

Jürgen THORWALD

EL SIGLO DE LA INVESTIGACION CRIMINAL

Con 110 ilustraciones fuera de texto



EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO
MEXICO - MONTEVIDEO

1966

756

Traducción del alemán
por
FELIU FORMOSA

364.18
752.3

Título de la obra original:

J. THORWALD, Das Jahrhundert der Detektive

Editada por DROEMERSCHER VERLAGSGESAMT A. G., ZÜRICH

© EDITORIAL LABOR, S. A. : Calabriz, 235-239 : Barcelona (15)

Depósito legal: B. 21064-1966

N.º registro: 2959-66

PRINTED IN SPAIN

Imprenta JUVENTIL - Dr. Ribal, 14 - BARCELONA (6)

Biblioteca Central
Univ. Veracruzana

1-1968.32
364.18

PRÓLOGO

La moderna investigación criminal es hija de la era que vio nacer las Ciencias físico-naturales y sociales, surgidas en el siglo XIX. Dicho siglo dio una fisonomía completamente nueva a la lucha ancestral de la sociedad humana contra los elementos extraños o nocivos que habitan en toda sociedad: a la lucha contra el elemento criminal que surge, con renovada fuerza, al cambiar las formas sociales.

A lo largo de cien años, las Ciencias físico-naturales proporcionaron a los creadores de la investigación criminal los materiales de construcción para los grandes cimientos sobre los que se asienta hoy la lucha —de alcance mundial— contra el crimen en todos sus grados y formas. Para mí, la historia de estos cien años constituye uno de los dramas más agitados y apasionantes que ha conocido la sociedad humana. Como toda época de aprendizaje y experimentación, también la que nos ocupa se halla presidida por figuras grandes e insólitas: soñadores y realistas, personajes enérgicos y apasionados, celebrados y escarnecidos, trágicos y afortunados. Es la época revolucionaria de las huellas digitales, de las fotografías policiales y de la valoración exacta a que se someten las pistas de un crimen desde la huella de un zapato hasta unas invisibles motas de polvo en la chaqueta de un delincuente. Es la época en que la toxicología empieza a usarse como una arma contra el crimen y en la que nace la ciencia de las armas de fuego y el estudio de los disparos: la balística. Es también la época en que la medicina forense da a conocer los secretos de los cadáveres, en la que se estudian detenidamente unas manchas de sangre descubiertas en el lugar de un crimen, en que se descubren indicios acusadores al examinar la escritura humana. En toda ella resuena el eco de sus grandes crímenes, de las *causes célèbres*, que dieron ocasión al crecimiento del nuevo mundo de la investigación criminal, le permitieron probar sus armas y crear otras nuevas.

40997

Conozco pocas épocas históricas comparables a ésta, por la multiplicidad y riqueza de decorados y telones de fondo, por el dramatismo de los sucesos, que nos conducen de lo más elevado a lo más abyecto. Yo la llamo *El siglo de la investigación criminal*.

WILLIAM HEWITT

ÍNDICE ANALÍTICO

I. EL SELLO INDELEBLE

o la aventura de la identificación

1. París en 1879. — Grandeza y miseria de la policía francesa. — La historia de la Sûreté, desde Eugène François Vidocq a Gustave Macé. — A la sombra de Vidocq. — Miles de espías y confidentes, millones de descripciones de delinquentes, centenares de miles de fotografías y un problema sin resolver: la identificación 1
2. Bertillon: un escribiente del archivo policial. — Un «carácter pésimo» 5
3. La tumultuosa época de las ciencias físico-naturales. — Lombroso y los comienzos de la investigación científica en el mundo del crimen. — Teoría de Quételet sobre la diferencia de las medidas humanas. — Nace una idea. — Bertillon propone la medición de delinquentes y su registro de acuerdo con las medidas corporales. — Por primera vez, la ciencia llama a la puerta de la policía. — Andrieux, prefecto de París, y Gustave Macé, jefe de la Sûreté, rechazan la idea de Bertillon 8
4. La luz viene del Este. — Bengala, año 1877. — William Herschel. — El sello chino. — Los largos experimentos de Herschel con huellas de dedos ennegrecidos. — El misterio de las líneas papilares. — Herschel utiliza las huellas dactilares para clasificar a los presidiarios hindúes. — El inspector general de prisiones de Bengala rechaza las propuestas de Herschel. — Herschel se desanima 15
5. Tokio, año 1879. — El médico Henry Faulds observa huellas dactilares en viejas cerámicas. — Faulds tiene la idea de que las huellas dactilares pueden servir para localizar a los culpables de algún delito. — Proposiciones de Faulds a la policía de Londres y a la prefectura parisiense. — El gran silencio 20
6. París, 1881, y un nuevo prefecto: Camécatse. — La oportunidad de Alphonse Bertillon. — Se inician las mediciones. — Burlas y oposiciones. — Al tercer mes: el éxito. — El caso Dupont. Cesan las burlas. — Amélie Notar. — Se ha descubierto un signo de Cain. — El camino de Bertillon hacia la gloria. — El

- primer servicio de identificación del mundo, instalado en la buhardilla de la prefectura parisiense. — Progreso de la fotografía policial. — El primer laboratorio policíaco 25
7. 1892: Los anarquistas de París. — Bertillon identifica a Ravachol. — En el umbral de la fama universal 34
8. Londres, año 1884. — Francis Galton. Historia y aventuras de una vida agitada. — La herencia en las particularidades del ser humano. — Galton mide a los visitantes de una exposición 41
9. La evolución histórica de Scotland Yard. — De los *thief-takers* a los *bow-street-runners*. — Jonathan Wild. — Fielding. — Townsed. — El ideal de la libertad burguesa y el desarrollo del hampa. — Londres, la ciudad más insegura del mundo. — Robert Peel. — Los primeros detectives. — Whichey y el caso Constance Kent. — Tanner y el caso Mueller. — El camino hacia el CID. — Corrupción en Scotland Yard. — Repercusiones. Los crímenes de «Jack el Destripador». — Nuevos reverses 46
10. También en Londres: Fotografías, paradas de delinquentes para su identificación, «cerebros fotográficos» de los policías, pero un problema sin resolver: la identificación. — Scotland Yard mira hacia París. — 1888: un encuentro histórico. — Francis Galton y William Herschel. — Galton descubre la huella dactilar. — Las probabilidades de que coincidieran los dactilogramas de dos personas corresponden a la proporción 64 000 000 000. 1. En busca de una posibilidad para catalogar las huellas dactilares. — Arcos, remolinos, curvas. — Scotland Yard viaja hacia París. — Melville Macnaghten. — Lépin. — El agón de Goron. Bertillon y los ingleses. — Vanos esfuerzos de Galton por demostrar las posibilidades de clasificar los dactilogramas. — 1894: La comisión Troup adopta una decisión: El sistema dactilográfico es mucho más sencillo que el bertillonage, pero posee la invencible dificultad de clasificación. — Introducción del bertillonage en Londres. — 1895: Los jefes de policía de todos los países europeos, camino de París. — La Meca de la policía. — El bertillonage en San Petersburgo, Bruselas, Madrid, Roma, Dresde, Berlín. — «Molkennarkts» y «Alexanderplatz». — Los policías alemanes. — Una luz que se extingue rápidamente en Berlín: El doctor Wilhelm Eber. — Hanns Gross en Graz. — El profeta de la era científica en la criminalística. — El bertillonage en Austria 57
11. El bertillonage en Argentina. — La gran parálisis. — Juan Vucetich, funcionario de la policía de La Plata, resuelve el problema de clasificar las huellas dactilares. — El caso Francisca Rojas. — El primer archivo dactiloscópico del mundo. — Intrigas y tragedias. — Vucetich pasa inadvertido en Europa 69
12. «La luz viene del Este». — 1896: Edward Henry, inspector general de la provincia de Bengala, resuelve también el problema de la clasificación dactiloscópica. — 1897: En la India, el bertillonage cede el paso a la dactiloscopia. — 1898: El asesinato de Julpeiguri. — De Calcuta a Londres. — Scotland Yard inspecciona el sistema Henry. — El fin del bertillonage. — 1901: Henry, jefe de la policía londinense. — El inspector Collins. — Primeros éxitos en los hipódromos. — 1902: Robo en Denmark Hill. — Las huellas digitales del ladrón Jackson. — Richard Muir 77
13. Una tragedia aleccionadora: El caso Adolf Beck 88
14. 1905: Crimen en Deptford. — Por primera vez: Huellas digitales como recurso probatorio en un proceso por asesinato. — Los hermanos Stratton. — El doctor Faulstich, o la rivalidad y el odio. — La condena de los Stratton. — Difusión de la dactiloscopia 100
15. París, 1906: Se extingue la gloria de Bertillon. — Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, Hungría, España e Italia abandonan el bertillonage. — La tragedia del caso Scheffer. — Bertillon se rebela contra su suerte. — 1911: El robo de la Mona Lisa. — El ladrón deja huellas dactilares, pero Bertillon no puede identificarlas. — 1913: Vucetich en París. — Bertillon le muestra, con odio, la puerta de su casa. — 1914: Muerte de Bertillon y desaparición de su sistema en la propia Francia. — La huella dactilar, camino del Nuevo Mundo 110
16. George H. Walling, el caso policíaco de Nueva York. — La policía neoyorquina, ejemplo de la situación en los Estados Unidos. — Se extiende la corrupción. — Celos entre Estados. Impotencia en Washington. — Allan Pinkerton y sus hijos. — El «Ojo». — Aventuras y métodos de la lucha contra el crimen en el Oeste. — Reno, el asaltante de ferrocarriles. — Jesse James. — El fichero fotográfico de Pinkerton. — La exhibición de huellas dactilares en St. Louis. — Pioneros americanos de la dactiloscopia. — Una obra de Mark Twain: Una vida en el Mississippi. — Sing-Sing. — La cárcel de Leavenworth. — Las aventuras del bertillonage en el Nuevo Mundo. — El caso de los dos presidiarios llamados Will West. — Se pierde la fe en el sistema de Bertillon. — Las leyendas sobre el inspector Byrnes. — Ma Mandelbaum. — High Constable Hays, héroe de los detectives. — El álbum de Byrnes y sus métodos de identificación. — El viaje del sargento neoyorquino Joseph A. Faurot a Scotland Yard. — 1906: El primer caso de Faurot. — Detención y condena del ladrón de hoteles Johnson. — 1908: El asesinato de Nellie Quinn y su esclarecimiento. — Recuerdo del caso Nathan. — 1911: El caso Caesar Cella. — La dactiloscopia en Sing-Sing. — La esforzada lucha contra la ineptitud y la corrupción. — Hacia la creación del FBI. — Los principios, en 1907. — Los aventureros: William J. Burns y Gaston B. Means. — J. Edgar Hoover. — La concentración de todos los archivos dactiloscópicos en Washington. — La mayor central de identificación del mundo 123
17. De 1924 a 1936: La gran prueba de la dactiloscopia. — La rebelión del hampa. — 1926: Doce mil asesinatos en un año. — 1933: Un millón trescientos mil delitos graves. — De Al Capone a Dillinger. — La lucha del hampa contra la dactiloscopia. — 1934: Descubrimiento alarmante: El gangster Klutas no tiene

- huellas dactilares. — La obra de un cirujano desconocido. — El doctor Joseph P. Moran. — Dillinger y los intentos de cirugía plástica de los doctores Loeser y Cassidy. — El caso Gus Winkler. — Los experimentos del doctor Updegraff. — 1941: Pitts, o «El hombre sin huellas dactilares». — Diez cicatrices de trasplatación en el pecho delatan a Pitts. — El doctor Brandenburg. — Las líneas papilares vencen. — 1956: 141 231 713 fichas dactiloscópicas en Washington. — Hacia el registro de toda la población. — La razón contra el liberalismo . . . 146
18. Recuerdo de un ejemplo inglés que podía servir de advertencia. — 1948: June Anne Devaney es raptada del hospital infantil de Blackburn y asesinada. — El asesino deja huellas dactilares. — Averiguaciones inútiles entre mayo y agosto de 1948. Una decisión histórica: Las huellas digitales de toda la población de Blackburn. — 11 de agosto: El asesino es descubierto. Peter Griffith. — El fundamento indestructible . . . 158
- ## II. LO QUE CUENTAN LOS MUERTOS
- ### Hitos de la medicina legal
1. Paris, 1889. — El caso Gouffé. — Espectacular entrada de la medicina legal francesa. — La desaparición del ejecutor judicial Gouffé. — Goron dirige las pesquisas. — El 13 de agosto de 1889 y el descubrimiento de un cadáver en Millery. — El depósito de Lyon. — La primera autopsia. — Errores. — El baúl de Paris y la segunda autopsia del «cadáver de Millery», el 12 de noviembre de 1889. — Lacassagne . . . 163
2. Evolución de la medicina legal hasta 1889. — Ejemplos insuficientes en la Grecia y la Roma antiguas. — Hsi-Yüan-Lu. — Código de Bamberg y *Constitutio Criminalis Carolina*. — Fideles y Zaccaria. — Los *leitmotif*. — Especulaciones y realidades. — Los siglos XVII y XVIII. — Fodéré. — Los pioneros del siglo XIX: Bernt, Orfila, Devergie, Casper . . . 171
3. Contribuciones de Lacassagne a los problemas fundamentales de la medicina forense. — Su gran momento, en noviembre de 1889. — Rollet. — El estudio de los huesos y la identificación de Gouffé . . . 178
4. Triunfo en Paris. — La persecución de los asesinos de Gouffé. Michel Eyraud y Gabrielle Bompard. — La medicina legal francesa, como motivo de orgullo nacional y de fe en la infalibilidad de la ciencia . . . 185
5. 1882-1883: Tisza-Eszlár en Hungría. — La desaparición de Esther Solymossi, el 1 de abril de 1882. — Acusaciones contra la comunidad judía del lugar: «Asesinato ritual» de una niña cristiana. — Detención de Salomon Schwarz, Abraham Buxbaum, Leopold Braun, Hermann Wollner, Joseph Scharf. — Austria-Hungría dividida en dos bandos. — 18 de junio de 1882: Descubrimiento de un cadáver femenino a orillas del

II. LO QUE CUENTAN LOS MUERTOS

Hitos de la medicina legal

1.	París, 1889. — El caso Gouffé. — Espectacular entrada de la medicina legal francesa. — La desaparición del ejecutor judicial Gouffé. — Goron dirige las pesquisas. — El 13 de agosto de 1889 y el descubrimiento de un cadáver en Millery. — El depósito de Lyon. — La primera autopsia. — Errores. — El baúl de París y la segunda autopsia del «cadáver de Millery», el 12 de noviembre de 1889. — Lacassagne	163
2.	Evolución de la medicina legal hasta 1889. — Ejemplos insuficientes en la Grecia y la Roma antiguas. — Hsi-Yüan-Lu. — Código de Bamberg y <i>Constitutio Criminalis Carolina</i> . — Fidelis y Zaccaria. — Los <i>leitmotiv</i> . — Especulaciones y realidades. — Los siglos XVII y XVIII. — Fodéré. — Los pioneros del siglo XIX: Bernt, Orfila, Devergie, Casper.	171
3.	Contribuciones de Lacassagne a los problemas fundamentales de la medicina forense. — Su gran momento, en noviembre de 1889. — Rollet. — El estudio de los huesos y la identificación de Gouffé	178
4.	Triunfo en París. — La persecución de los asesinos de Gouffé. Michel Eyraud y Gabrielle Bompard. — La medicina legal francesa, como motivo de orgullo nacional y de fe en la infalibilidad de la ciencia	185
5.	1882-1883: Tisza-Eszlár en Hungría. — La desaparición de Esther Solymossi, el 1 de abril de 1882. — Acusaciones contra la comunidad judía del lugar: «Asesinato ritual» de una niña cristiana. — Detención de Salomon Schwarz, Abraham Buxbaum, Leopold Braun, Hermann Wollner, Joseph Scharf. — Austria-Hungría dividida en dos bandos. — 18 de junio de 1882: Descubrimiento de un cadáver femenino a orillas del	243
6.	El caso del asesino sacro Iessnow y la aplicación del test de la precipitación ideado por Uhlenhuth. — Efectos estimulantes sobre la medicina legal alemana	218
10.	La alarmante conferencia pronunciada por el profesor Ungar en 1888. — Liman y la situación en Berlín. — Evolución y ascenso de una nueva generación. — Fritz Strassmann. — Rudolf Lesser. — Ernst Ziemke. — Richard Kockel. — Ernst Giese. — Georg Puppe	223
11.	París, 1905. — Jeanne Weber y los asesinatos de niños de la Goutte d'Or. — Los casos de Suzanne, Georgette, Germaine y Marcel Weber. — Ataque de asfixia de Maurice Weber y examen en el hospital Bretonneau. — El doctor Saillant. — El doctor Sevestre. — Detención de Jeanne Weber. — Sospechas de estrangulamiento	227
12.	Brouardel, Thoinot y la fama de la escuela forense de París. — El problema del estrangulamiento en la evolución de la medicina forense. — Thoinot rechaza la posibilidad de un estrangulamiento. — El proceso contra Jeanne Weber. — Absolución: 30 de enero de 1906	234
13.	Chambon, abril de 1907. — Muerte del niño Auguste Bavouzet. Autopsia por los doctores Audiat y Bruneau. — Diagnóstico: estrangulamiento. — La amante de Bavouzet es desenmascarada como Jeanne Weber. — Thoinot quiere seguir teniendo razón. — «Refutación científica» del estrangulamiento por parte de Thoinot. — La Sociedad de medicina legal de París condena a Audiat y a Bruneau. — Jeanne Weber, absuelta por segunda vez	243
14.	9 de mayo de 1908: Niño asesinado en Commercey. — Jeanne Weber es sorprendida <i>in fraganti</i> . — El escándalo; Repercusión	243

nes del caso Weber en la medicina forense.—Prosiguen los estudios sobre el problema del estrangulamiento

249

15. Londres, 1910: Se inicia el caso Crippen.—Hallazgo en el sótano de Hildrop Crescent.—El doctor Augustus Pepper.—Situación de la medicina forense en Inglaterra.—Los comienzos en Edimburgo.—1807: Los Duncan.—1834: Alfred Swaine Taylor.—El sistema de los coroners, su evolución histórica y su papel como obstáculo que impidió el desarrollo de la medicina legal.—Scotland Yard y el Home Office Pathologists.—La triada Pepper, Luff, Willcox.—Lucha por la identificación de Cora Crippen.—La ciceratriz de una operación.—La primera aparición de Bernard Spilsbury.—La nueva era de la medicina legal inglesa

254

16. Londres, enero de 1915.—Arthur Fowler Neil y el esclarecimiento del caso John Georg Smith.—La problemática forense de la muerte en el agua.—Métodos probatorios hasta la primera guerra mundial.—13 de julio de 1911: Muerte de Bessie Williams en la bañera.—12 de diciembre de 1913: Muerte de Alice Smith en el baño.—18 de diciembre de 1914: Muerte de Margaret Elizabeth Lloyd en el baño.—Detención de Smith.—Exhumación de los cadáveres por Spilsbury.—El problema: Muerte por submersión en el agua, sin síntomas de violencia.—Spilsbury da con la solución.—Experimentos de Neil con nadadoras.—Smith, condenado a muerte.—Proceso evolutivo de la investigación forense en casos de ahogos y muerte por submersión violenta.—Identificación de plañción y estudio de la sangre cardíaca.—Alexander O. Gettler, o la voz del Nuevo Mundo

270

17. Nueva Brunswick (Nueva Jersey), 1922.—El caso Hall-Mills, como ejemplo de la situación en que se hallaba la medicina legal estadounidense.—El reverendo Edward Wheeler Hall y Eleanor Mills.—El asesinato en De Russey's Lane.—Coroner, sepulturero y médico en la primera fase de la investigación.—El clan Stevens.—Autopsias como consecuencia de la ambición de prestigio del fiscal.—Los doctores Hegeman y Smith.—Exhumaciones del 29 de septiembre y el 5 de octubre de 1922.—Ingenuidad e inexperience.—La acusación contra Frances Noel Stevens y sus hermanos ante el *Grand Jury*, en noviembre de 1922.—Se rechaza la demanda.—La prensa neoyorquina y la reanudación del proceso en julio-agosto de 1926.—La segunda exhumación, en octubre de 1926.—El doctor Otto H. Schultze.—Los desaparecidos órganos del cuello.—La superficialidad de los médicos en 1922.—Ingenuas esperanzas.—Detención de los Stevens y absolución en diciembre de 1926 .

287

18. El sistema de los coroners en los Estados Unidos.—Obstáculos en la evolución de una medicina forense.—La destitución del coroner de Boston en 1877.—Los *medical examiners*.—El doctor Burgess Magrath, un pionero original.—La reforma en Nueva York: 1915-1918.—El doctor Charles Norris.—El doctor Alexander O. Gettler.—El caso Travia.—El *chief medical examiner* de Nueva York.—Primeros intentos de lecciones uni-

versitarias.—Las visiones de Norris.—González, Hapern, Vance, Marten, Umberger

301

19. Edimburgo, 1926.—El caso de Bertha y Donald Merrett.—El supuesto suicidio de Bertha Merrett.—La investigación forense de las heridas.—El problema de los tiros a quemarropa o a distancia en 1926.—Armas nuevas y viejas.—La pólvora sin humo. La muerte de Bertha Merrett en el Hospital Real.—Material de acusación contra su hijo Donald.—Falsificaciones de cheques de Donald Merrett.

307

20. La pistola española y la ausencia de señales de disparo a quemarropa en la herida de Bertha Merrett.—Cuestiones decisivas para la medicina forense. Harvey Littlejohn y Sydney Smith.—Intentos de Littlejohn con la pistola de Merrett.—Disparos sobre piel humana.—John Glaister, de Glasgow.—Parece imposible el suicidio de Bertha Merrett.—Acusación contra Donald Merrett.—Spilsbury, especialista de la defensa.—El caso Thorne en 1924 y el ataque a la fama de infalible que tenía Spilsbury.—Experimentos de Spilsbury en el caso Merrett.—Su error: Empleo de otra munición y otra pistola.—La legendaria fama de Spilsbury triunfa sobre las opiniones de Littlejohn.—Febrero de 1927: Donald Merrett, absuelto de la acusación de asesinato.—Oleada al futuro: La carrera criminal de Merrett.—Asesinato de su esposa y suegra en 1954.—Confesión del asesinato de su madre en 1927, y suicidio.—Trayectoria de Spilsbury.—Su suicidio en 1947.—Proceso evolutivo de la investigación forense de las heridas producidas por armas de fuego.—El papel de la Química.—El camino hacia lo invisible

311

21. Leipzig, 1929: El caso del estafador Teizner.—La problemática de la muerte por quemaduras y los signos de heridas.—Richard Koekel y la autopsia de Teizner.—El ejemplo de Al-berding.—Esclarecimiento de una muerte simulada para cobrar un seguro de vida.—El problema de la embolia adiposa. Hollin y monóxido de carbono.—Koekel contra Molitoris.—La condena de Teizner.—Koekel y la colaboración directa con la policía.—Strauch y Weimann.—Gemat.—Expansión de la medicina legal en la técnica criminalista

327

22. Aberdeen, 1934.—El caso Jeannie Donald como ejemplo de la evolución enciclopédica de la medicina legal.—Desaparición de Helen Priestly.—El hallazgo del cadáver de la niña. La primera autopsia por los doctores Richards y Sennan.—Una violación simulada.—Jeannie Donald, sospechosa del crimen.—Sydney Smith se hace cargo de la investigación forense.—La colaboración de dominios especializados: Estudio del cabello, análisis sanguíneo, investigación de motas de pelo y de fibras, comparación de cultivos bacterianos.—Thomas Jones Mackie.—Jeannie Donald, procesada gracias a la Bacteriología.—Condema a muerte en julio de 1934.—Sydney Smith y el problema del desarrollo de la medicina legal.—Especialización y coordinación.—Se incrementan los conocimientos... y los problemas por resolver

341

23. Octubre de 1949: Descubrimiento de un tronco humano en las marismas de Essex. — Se inicia el caso Setty-Hume. — Sucesos londinenses de Spilsbury: Keith Simpson, Donald R. Teare, Francis E. Camps. — Camps, después de la autopsia, afirma que el tronco humano fue arrojado al canal de la Mancha desde un avión. — En busca de Donald Hume. — Las fantásticas declaraciones de Hume. — Camps, Holden y el registro de la casa de Hume, en busca de sangre. — Huellas y experimentos. — Declaraciones de Hume y serología. — El gran problema de la coagulación de la sangre después de la muerte. — De Brouardel a Yudin, MacFaulane, Schleyer y Berg. — Las experiencias. — Nuevos descubrimientos, nuevos misterios. — Camps se convence de que el crimen fue cometido en la vivienda de Hume. — Imposibilidad de demostrarlo con datos serológicos. — El 23 de enero de 1950, Hume es absuelto de la acusación de asesinato. — Clínica y sensacional confesión de Hume en el «Sunday Pictorial». — El caso Hume, ejemplo de los problemas con que tenía que enfrentarse la medicina forense a mediados del siglo xx. 357
24. Expansión universal de la medicina forense 378

III. EL VENENO ESCONDIDO

Evolución y errores de la toxicología

1. 1840: Marie Capelle-Lafarge, o la función inaugural de la Toxicología. — Prehistoria del crimen del siglo. — Le Glandier, el arsénico y la muerte de Charles Lafarge. 382
2. Situación de la Toxicología en 1840. — Mathieu Joseph Bonaventure Orfila, en París. — James Marsh. — El caso Bodle y la invención del aparato Marsh para localizar el arsénico. 389
3. Primer acto del caso Lafarge: Los médicos y químicos de Brives buscan el veneno en el cuerpo de la víctima. — Detención de Marie Lafarge. — El sensacional proceso de Tulle. — Segundo acto: Maître Paillet demuestra que los expertos no conocen el aparato de Marsh. — Nuevo análisis toxicológico por los químicos de Limoges. — El aparato de Marsh no revela la existencia de veneno. Tercer acto: Decous, el fiscal, exige un análisis conjunto por los «médicos y químicos de Brives y Limoges». — Resultado: No hay arsénico. — Júbilo de los lafarguistas. — Último recurso: Confiar el análisis a Orfila, de París. — 13 de septiembre de 1840: Llegada del «Príncipe de la Toxicología». — El pueblo, en las calles de Tulle. — Orfila localiza arsénico en el cadáver y demuestra que los médicos y químicos de Limoges y Brives cometieron errores básicos en el empleo del aparato de Marsh. — Último intento de la defensa: ¿No procede el arsénico de la tierra del cementerio? — Orfila no descubre arsénico en la tierra. — 19 de septiembre de 1840: La sentencia. — Enormes repercusiones del proceso en toda

- Europa. — Apasionadas discusiones sobre el valor de la nueva ciencia toxicológica. 400
4. Lucha por la identificación de los venenos metálico-minerales y el descubrimiento de los alcaloides vegetales venenosos. — De la morfina a la atropina. — 1823: El caso Castaing en París, o el primer asesinato con morfina. — Los médicos legales y los químicos, indefensos. — En 1849, Orfila declara aún que es imposible identificar venenos vegetales en el cuerpo humano. 415
5. 1850: El caso Bocarmé y el descubrimiento de un método para identificar los alcaloides vegetales. — El conde y la condesa Bocarmé, en el castillo de Bitremont (Bélgica). — 21 de noviembre de 1850: Las misteriosas circunstancias de la muerte de Gustav Fournies. — Heughebaert, juez de instrucción de Mons, se traslada a Bruselas llevando consigo «la cabeza, el estómago, los intestinos, los pulmones y la vejiga de Gustav Fournies». — Jean Servais Stas. — El laboratorio de la Rue des Champs. — Diciembre de 1850-febrero de 1851: Stas descubre el método para aislar alcaloides en los órganos humanos y animales. — La sensación del año 1851: Stas demuestra que Gustav Fournies fue asesinado con nicotina. — 27 de mayo de 1851: Sensacional proceso de Bocarmé. — Confesión y sentencia. 419

6. 1850-1880: Lucha por la diferenciación de los distintos alcaloides. — Descubrimiento de las reacciones cromáticas que delatan la presencia de diversos alcaloides. — Dragendorff. — Fröhde. — Marquis. — Mandelin y Pellagri. — Falta de métodos probatorios para los alcaloides que no dan reacción cromática. — 1863: El caso de la Pommerais. — La enigmática muerte de la joven viuda de Pauw. — Cartas anónimas al jefe de la Sureté, Claude. — Un puente entre la investigación criminal y la Toxicología. — Ambroise Tardieu. — Vanos intentos por localizar veneno en el cadáver. — Clínicamente el sabor amargo de un extracto obtenido por el método Stas, hace suponer a Tardieu que existe un veneno vegetal sin reacción cromática. — Inyección de los extractos a perros y otros animales. — Todos ellos mueren de la misma forma que la viuda de Pauw. — Experimentos en animales con alcaloides sin reacción cromática conocida. — Un descubrimiento: La digitalina produce en los animales el mismo efecto que los extractos. — La digitalina. — Condensa y fin de De la Pommerais. — Posterior desarrollo de la «identificación fisiológica» de los alcaloides. — La asesina Becker utiliza la digitalina en Bruselas para cometer su crimen. Finalmente, todos los alcaloides parecen susceptibles de identificación. — Nubes amenazadoras en el horizonte. 433

7. Marzo de 1882: El caso del doctor George Henry Lamson en Londres. — Acusación: Envenenamiento de su cuñado paralítico, Percy John, con aconitina. — El doctor Thomas Stevenson, principal toxicólogo inglés, y la localización de la aconitina. — La dramática aparición del defensor Montagu Williams: ¿Quién se atreverá a afirmar la presencia de un alcaloide vegetal, si éste no se puede distinguir de un alcaloide cadavérico? — Confesión de Lamson. — Lucha de los toxicólogos contra el fantas-

ma de los alcaloides cadavéricos. — 1878: Francesco Selmi, en Bolonia, anuncia: Los cadáveres que jamás han tenido contacto con un alcaloide vegetal, pueden formar de por sí alcaloides al descomponerse, estos alcaloides producen idénticas reacciones cromáticas que los vegetales. — Muerte del general italiano Gibbone. — El caso Sonzogno en Cremona. — Falsa morfina. — Se derrumba el edificio de la identificación de alcaloides? . . .

444

8. Nueva York, 1892-1893: El asesino Carlyle Harris y el doctor Robert W. Buchanan. — Rudolph Witthaus, pionero de la Toxicología en Nueva York. — El fin de Harris y la preparación del asesinato cometido por Buchanan. — Muerte de Annie Buchanan, el 23 de abril de 1892. — Witthaus encuentra morfina en el cadáver de Annie Buchanan, y atropina en sus ojos. — Encabeza su informe el resultado del test de Pellagri. — Duelo de Witthaus con O'Sullivan, defensor de Buchanan. — El golpe, por sorpresa, de O'Sullivan: El profesor Víctor C. Vaughan declara: También el test de Pellagri da un resultado positivo con alcaloides cadavéricos. — Exhibición en la sala del tribunal. — Reacciones cromáticas ante los jurados. — Nueva York contiene el aliento. — Witthaus demuestra que los experimentos de Vaughan son pura charlatanería. — Ejecución de Buchanan el 2 de julio de 1895.

454

9. La Toxicología se apresta para una definitiva clarificación. — 20 de octubre de 1910: William Henry Willcox y la identificación de la hioscina en el caso del doctor Crippen. — El fin de la inseguridad. — Cristales y puntos de fusión. — 1938: Los farmacólogos Eisleben y Schumann descubren la dolantina. — Se inicia un nuevo acto del drama: La obtención de alcaloides artificiales. — La antihistamina. — Los alcaloides artificiales, medicamentos y venenos a la vez. — La industria farmacéutica inunda de venenos el mercado. — La competición entre la Toxicología y los venenos. — Nuevos métodos de identificación. — 0,05 centímetros cúbicos bastan para químicos tests. El análisis espectral. — Laue, W. L. Bragg, W. H. Bragg, Debye, Scherrer y el análisis estructural con rayos X. — El ruso Tswett y la historia de la cromatografía sobre papel. — La identificación de los alcaloides después del primer siglo de su dramática historia. — Sólo se ha recorrido un trecho reducido del largo camino de la Toxicología. — La investigación del fallo; el gas del alumbrado, veneno usado en frecuentes casos de suicidio. Y después: Un nuevo acto del drama. — No basta saber que hay veneno, es necesario también conocer su cantidad . . .

469

10. Londres, 4 de diciembre de 1911: Detención del inspector de seguros Frederick Henry Seddon, acusado del asesinato de Eliza Barrow. — Desarrollo de la identificación del arsénico, desde el caso Marie Lafarge. — Posibilidades de error. — 1859: Alfred Swaine Taylor y el error en el caso Smeethurst. — 1875: Franz Leopold Sonnenschein y el error en el caso Speichert. — La problemática del arsénico en la tierra de los cementerios. — Eduard Schiff, o el cabello humano y el arsénico. — En todas partes hay arsénico, y es preciso distinguir las dosis venenosas de las no venenosas. — En el proceso Seddon, Willcox intentó

descubrir la cantidad de arsénico existente en el cadáver de la víctima. — 131,57 miligramos de arsénico. — Tempestuoso debate con el defensor Marshall Hall. — Seddon, condenado a muerte. — Desarrollo del estudio cuantitativo de los venenos. La colorimetría. — Del electroanálisis al fotómetro espectral. El progreso hacia aspectos aparentemente insólitos. — Conclusión de un siglo: El arsénico en la tierra de los cementerios es prácticamente insoluble, y no es posible que penetre en grandes cantidades en los cadáveres. — El arsénico adherido al cabello desde el exterior se puede quitar por medio del lavado; el arsénico que pasa del cuerpo al cabello no se puede quitar, y su presencia en dosis considerables demuestra el envenenamiento. — Investigación atómica y medición radiactiva de arsénico en el cabello humano.

477

11. De 1949 a 1961: El caso Marie Besnard y el terremoto toxicológico de Poitiers y Burdeos. — Historia de la «viuda negra de Loudun». Trece casos de muerte entre 1927 y 1949. — Exhumación de Léon Besnard. — Traslado de algunas partes del cadáver a Marsella para un análisis toxicológico. — El doctor Georges Bérout. — Sus descubrimientos: de 19 a 58 miligramos de arsénico por kilogramo de peso corporal. — 21 de julio de 1949: Marie Besnard, detenida. — Exhumación de los restos de otros once cadáveres. — Bérout encuentra en todos ellos, con una sola excepción, dosis mortales de veneno. — 20 de febrero de 1952: Primer proceso Besnard. — Punto culminante: El duelo entre Gautrat y el doctor Georges Bérout. Triunfo de un truco toxicológico. — Se pone en entredicho la competencia de Bérout como toxicólogo. — No se puede negar la existencia del veneno en los cadáveres. — Nuevos especialistas. — Pédelève, Fabre, Kohn-Abrast, Griffon. — Nuevas exhumaciones. — Confirmación de las dosis venenosas de arsénico. — Griffon y la identificación radiológica del veneno en el cabello de los cadáveres. — 1954: Segundo proceso Besnard. — Gautrat y los errores de Henry Griffon. — Pero la existencia de las dosis de arsénico sigue siendo indiscutible. — Gran triunfo de Gautrat: «Las deducciones de la Toxicología sobre la insolubilidad del arsénico en la tierra y la imposibilidad de la penetración del mismo en el cabello se basan en un error. — El veneno hallado en los familiares de Marie Besnard procede del cementerio de Loudun». — Ollivier, Lepointre, Kelling, Truffert. — Nuevos descubrimientos: Los microbios disuelven el arsénico de la tierra que penetra en los cadáveres en grandes dosis. — Incertidumbre entre los especialistas de la acusación. — 31 de marzo de 1954: El fin del segundo proceso Besnard. — Tercer grupo de especialistas: Joliot-Curie, Savel, Demolon, Lemoigne, Tribaut. — Siete años en busca de la verdad. — 21 de noviembre de 1961: Tercer proceso Besnard. — Los microbios que disuelven el arsénico son una realidad. — Marie Besnard es absuelta definitivamente por falta de pruebas

493

12. Lecciones del proceso: Reconocimiento de los límites de la Toxicología. — La invasión de los venenos sintéticos. — Un ejemplo único: Los barbitúricos. — La inundación de somníferos, desde el veronal al seconal. — Barbitúricos en casos de

suicidio. — 22 de julio de 1955: Un niño fallece en Gosport. — El caso Armstrong. — ¿Bayas o somníferos? — Nickolls y sus métodos de identificación toxicológica: tests cromáticos, determinación de puntos de fusión y cristalizaciones, análisis con rayos X, cromatografía sobre papel. — Identificación de seccional en el caso Armstrong. — Las grandes lagunas y sorpresas.

530

13. 16 de febrero de 1954: El caso Christa Lehmann en Worms. El primer envenenamiento con E-605. — Situación sorprendente para los toxicólogos. — Kurt Wagner y la identificación del E-605 en los muertos de Worms. — Epidemia de suicidios con E-605. — Lucha por conseguir métodos definitivos de identificación toxicológica. — Schmidt, Schwerdt, Wölksen, Vogel, Averell, Norris. — Éxito, pero no pausa. — La indisoluble unión de Toxicología y criminalística. — Historia de los laboratorios policiales quimicotécnicos.

545

14. 1906: Rudolph Archibald Reiss, en Lausana. — 1910: Edmond Locard, en Lyon. — Van Ledden Hulsebosh, en Amsterdam. Paul Jeserich, en Berlín. — Georg Popp, en Francfort. — Caracteres e historias. — Robert Heindl y la idea de un laboratorio policiazo central. — 1919: Proyecto de una ley policiazo y primeros planes para un laboratorio central en Berlín. — Fracasos los planes. — August Brünning. — La era nacional-socialista, Arthur Nebe y el departamento criminal en el Werderschen Markt. — Walter Hees. Hundimiento de Alemania y evolución en la posguerra. — Los laboratorios en los países de Alemania Occidental y en el Departamento Criminal Federal. La evolución en Inglaterra. — 1935: Lord Trenchard, Arthur Dixon y la fundación de los Forensic Science Laboratories. — La evolución en los Estados Unidos. — Alexander Oscar Gettier. — August Vollmer. — Edward Oscar Heinrich. — Berkeley. — La trayectoria desde los primeros pioneros al laboratorio del FBI. — Fragmentación e inteligencia. — Relación entre laboratorios policiales y desarrollo científico de la Toxicología. — Objetivo: Lucha común para solucionar nuevos problemas.

560

15. 4 de mayo de 1957: El gran ejemplo del éxito en dicha lucha común. — El caso Kenneth Barlow en Bradford. — El cadáver en la bañera. — El gran enigma. ¿Era veneno? — En el Forensic Science Laboratory de Harrowgate. — Price, Curry, Wright, Birkenshaw, Gurd, Randall, o la colaboración ideal. — El seccional resultado: La insulina no sólo es un remedio, sino también un veneno. — Barlow, primer asesino que utiliza la insulina. — Diciembre de 1957: Barlow es juzgado y condenado.

584

16. Ojeada retrospectiva y panorámica. — La ley de la evolución

597

IV. LA BALADA DE LAS ARMAS DE FUEGO

o la evolución de la balística forense

1. El gran preludio. — 1835: Enry Goddard y las marcas en la bala del crimen. — 1860: Richardson, el arma que se cargaba por la boca y un papel de periódico. — 1879: Un episodio americano. — 1889: El doctor Lacassagne y las extrañas líneas en las balas. — 1898: Paul Jeserich fotografía las «extrañas líneas». — Estrías, orientación de las mismas y campos intermedios. — Hanns Gross: Sobre las armas de fuego. — 1902: El juez Oliver Wendell Holmes, de Massachusetts, y el armero. — Projectiles de prueba de armas sospechosas. — Comparación con la bala del crimen. — 1905: Las láminas de cera del profesor Kockel, de Leipzig. — 1913: El profesor Baithazard, de París. Huellas en las vainas de los cartuchos. — 1914: En Europa se extinguen las luces. — América toma la iniciativa. — La edad de oro de los charlatanes. — «Cómprate una lupa y conviértete en experto en balística. Ganarás cincuenta dólares diarios...»

599

2. 21 de marzo de 1915: Doble asesinato en la granja Phelps de Nueva York. — El revólver de Charles Stielow. — El «doctor» Hamilton, o el vendedor de patentes para expertos en balística. — «La bala salió del revólver de Stielow y no pudo salir de ningún otro revólver...» — Condena a muerte y lucha por la vida. — Entra en escena Charles Waite. — Aventurero y experto en balística por pasión. — Indulto para Charles Stielow y maldiciones para Hamilton.

606

3. 1919: Waite a la búsqueda de un método más seguro para demostrar que una bala procede de determinada arma. — La mayor colección de armas del Nuevo Mundo. — Decepción antes de conseguir el objetivo. — Viaje a Europa. — Nuevas armas — Descubrimiento del gran secreto: Toda arma de fuego go deja en los proyectiles disparados señales inconfundibles. El paso decisivo: Gravelle construye un microscopio comparativo. — Calvin Goddard. — En el objetivo de una vida agitada

615

4. 1921: Boston, o el proceso sensacional de Sacco y Vanzetti. — ¿Disparó Sacco la bala del crimen? — 1921-1926: El desfile de los expertos en balística. — Proctor, el aficionado. — Van Amburgh, el principiante. — El «doctor» Hamilton, el hombre sin conciencia. — Errores y estafas. — Oleadas de indignación, desde Moscú a Shangai y desde París a Río.

623

5. 1927: Calvin Goddard proporciona la certidumbre. — La ejecución.

640

6. 1929: La matanza del día de San Valentín en Chicago. — Goddard identifica las armas del crimen. — Primer laboratorio de criminalística científica en América.

643

7. Marcha triunfal del microscopio comparativo. — Intermedio europeo. — De Rechter y Mage, en Bruselas. — Los franceses Balhazard y Locard. — El sueco Söderman. — Los alemanes Brünig, Mezger, Hees, Kraft. — Un atlas de pistolas. — El microscopio comparativo atraviesa el Atlántico. — El Cairo, estación intermedia. — 19 de noviembre de 1924: El profesor Sydney Smith y el asesinato de Sir Lee Stack Bajá. — Seis balas y seis vainas. — Los asesinos son desenmascarados gracias al microscopio comparativo. — Una vez más: Polémica entre especialistas	646
8. Robert Churehill o pros y contras de un armero. — Error y absolución de un asesino. — 1927; El caso Brown y Kennedy. — Obertura británica del microscopio comparativo	652
9. El definitivo camino de la ciencia	658
10. Epílogo	659
Bibliografía	663
Fuentes de las ilustraciones	695
Índice alfabético	697

I

El sello indeleble o la aventura de la identificación

I

Alphonse Bertillon, auxiliar del primer *bureau* de la Prefectura parisiense, tenía 26 años cuando entró en el escenario de la Historia a dar el primer impulso a la evolución de la moderna investigación criminal. Era el año 1879, y la policía francesa contaba ya con unos setenta años de existencia.

La *Sûreté* — nombre dado a la policía de seguridad francesa — tenía por aquel entonces la fama de ser la más antigua y rica en tradición del mundo; era considerada como la cuna de la policía criminal. Sus setenta años de historia partían de la época napoleónica. Anteriormente existió ya una fuerza policial, pero dedicada más bien a espiar y detener a los enemigos políticos de los reyes franceses, que a esclarecer actos criminales. Durante la primera mitad de la era napoleónica, el jefe de la llamada «Primera sección» de la policía francesa — creada para combatir el crimen — era un tal Henri, hombre que sólo tenía autoridad sobre veintiocho jueces de paz y algunos inspectores. Las calles de París ofrecían un lucrativo campo de operaciones para verdaderas manadas de bandidos y ladrones. Sólo en 1810 — cuando se relajaron los vínculos y trabas sociales bajo los efectos de las guerras napoleónicas y la oleada de crímenes amenazaba con inundar todo París — nació la *Sûreté*; fue un momento decisivo para el destino de un hombre, cuya sombra seguía proyectándose sobre dicha organización setenta años después de ser fundada, tanto en los aspectos positivos como en los negativos. Nos referimos a su fundador, Eugène François Vidocq.

La vida de Vidocq, hasta los 35 años, fue una tumultuosa sucesión de aventuras: hijo de un panadero de Arras, actor, soldado, marinero, miembro de una compañía de marionetas, presidiario —por apalearse a un oficial que había seducido a una de sus amigas— y, finalmente, ladrón dedicado a manejar la ganzúa y a efectuar robos con escalas. Una vez escapó a los representantes de la ley vistiendo un uniforme que robó a un gendarme; en otra ocasión subió a la altura vertiginosa de la torre de una cárcel y se arrojó al río que corría al pie de la misma. Cayó una y otra vez en manos de la policía, y siempre acababa condenado a trabajos forzados y cubierto de cadenas. En las cárceles tuvo ocasión de convivir, durante años, con los más terribles criminales de aquellos días, entre ellos, los miembros de la famosa *pandilla de los Cornu*, que educaban a los hijos en el asesinato y —para familiarizarlos— los hacían jugar con las calaveras de las víctimas. En 1799 consiguió escapar de la cárcel por tercera vez, y, al parecer, definitivamente. Durante diez años vivió en París como un pequeño comerciante; pero a lo largo de los mismos fue constantemente amenazado de traición por sus antiguos compañeros de presidio, hasta que, por fin, el odio y el asco que le producían sus antiguos camaradas, lo indujeron a dar el paso más importante de su vida: se encaminó a la Prefectura de París e hizo la oferta de poner a disposición de la policía sus conocimientos de los bajos fondos; en compensación pidió que no volviesen a encerrarlo.

En la época de Bertillon, setenta años después, muchos representantes de la *Sûreté* sentían una cierta molestia cuando se les hablaba de Vidocq y el nacimiento de su institución. Porque, en definitiva, la historia de Vidocq —hasta 1810— contradecía todas las ideas que las gentes de los años setenta se hacían sobre la procedencia y el *curriculum vitae* de un policía; y mucho más tratándose precisamente del jefe de la Brigada Criminal. Todo el mundo había olvidado las enormes dificultades que tenían que superar en 1810 Henri y el barón Pasquier, prefecto en funciones, cuando tomaron la curiosa decisión de confiar a Vidocq la lucha contra el crimen en París. Al objeto de disfrazar su nuevo papel ante los bajos fondos, se simuló una detención. Después fue soltado, al abrigo de una nueva evasión, también simulada. Cerca de la Prefectura, en un sombrío edificio de la Petite Rue Sainte Anne, Vidocq instaló una especie de

cuartel general. Él mismo eligió a sus colaboradores, de acuerdo con la máxima: «Sólo los criminales pueden combatir el crimen». Al principio empleó a cuatro expresidarios; después fueron doce y, finalmente, veinte. Les pagaba con dinero de un fondo secreto, y los tenía sometidos a una férrea disciplina. En un año, y sólo con doce personas, detuvo a 812 asesinos, ladrones, rateros y timadores; desmanteló barrios enteros del hampa parisienne; lugares donde jamás se habían atrevido a poner los pies ni un juez de paz ni un inspector.

Al poco tiempo, la organización de Vidocq recibió el nombre de *Sûreté* (Seguridad). En veinte años se convirtió en el germen de la policía criminal francesa, a pesar de la oposición y las hostilidades que había provocado su existencia. Miles de disfraces, infiltración en los barrios del hampa, arrestos simulados, reclusión de los propios servidores de Vidocq en las cárceles y evasiones de los mismos —e incluso muerte simulada, tras haber cumplido su misión—; todo ello aseguró a Vidocq un caudal inagotable de informaciones.

El íntimo conocimiento del mundo de la delincuencia, de sus miembros, costumbres y métodos; la paciencia e intuición en las observaciones; la entrega personal y la capacidad para no perder jamás el contacto con «el rostro del crimen»; una prodigiosa memoria fotográfica y un archivo en el que se guardaban los datos de todos los delincuentes que conocía, aspecto físico y métodos de trabajo; todos estos elementos constituían la base del trabajo de Vidocq. Cuando su cualidad de jefe de la *Sûreté* no pudo ocultarse ya por más tiempo, empezó a visitar regularmente las cárceles para seguir familiarizándose con los rostros de los delincuentes.

En 1833, Vidocq fue retirado, porque el nuevo prefecto de policía, Henri Gisquet, no estaba dispuesto a tolerar que toda la Brigada Criminal de París estuviera aún en manos de un expresidario. Hasta 1877, en que murió, Vidocq llevó una vida próspera y acomodada: fue propietario de una agencia privada de detectives (probablemente, la primera del mundo), afortunado hombre de negocios, escritor y suministrador de ideas para las novelas del gran novelista francés Balzac.

Los jefes de la *Sûreté* que sucedieron a Vidocq eran perfectos burgueses. Sus nombres fueron Allard, Canler, Claude, y, en 1879, Gustave Macé. La *Sûreté* sobrevivió a cuatro cambios

de régimen: de Napoleón al nuevo monarca Borbón, de éste a la Monarquía de Julio — Luis Felipe de Orleans —, de la Monarquía de Julio al Imperio de Napoleón III y de Napoleón III a la Tercera República. Del sombrío edificio de la Petite Rue Sainte Anne había pasado a otro, no menos sombrío, del Quai d'Horloge, y, finalmente, se trasladó al propio edificio de la Prefectura, en el Quai d'Orfèvres. Los veintiocho subordinados de Vidocq se habían ampliado a varios centenares de inspectores. Los funcionarios con un pasado criminal fueron cediendo el paso a ciudadanos más o menos honorables. Sin embargo, ni Allard, ni Canler, ni Claude, ni Macé abandonaron jamás los principios instituidos por Vidocq; por tanto, seguían pagando a buen número de confidentes y colaboradores, elegidos entre los antiguos delincuentes, número que tendía a aumentar constantemente. Los criminales expulsados de París y que regresaban secretamente a la ciudad, si eran detenidos, no tenían más alternativa que trabajar para la *Sûreté* o desaparecer tras los muros de una cárcel. Por otra parte, la *Sûreté* tampoco había renunciado a la infiltración de *agents provocateurs* (llamados *moutons*) en las cárceles, al objeto de que se ganaran la confianza de otros presidiarios y poder obtener así toda clase de informaciones. Con una periodicidad regular, los propios inspectores entraban en los patios de las prisiones y hacían que los penados y los presos recientes anduvieran en círculo a su alrededor, con el fin de educar la memoria visual — a imitación de Vidocq — y grabar en ella los rostros de los delincuentes. La *parade* seguía siendo el método más difundido para reconocer a los presos que ya habían sido condenados con anterioridad o para identificar casualmente a personas condenadas y buscadas a la vez por otro delito.

El archivo de Vidocq se había convertido en un gigantesco aparato burocrático. Montañas de papeles se iban almacenando en las salas de elevado techo, polvorientas y poco acogedoras de la Prefectura. A cada uno de los criminales conocidos se le abría una ficha en la que constaban su nombre, delitos y penas, y en la que se describía su aspecto. Había casi cinco millones de piezas, y sin cesar entraban otras nuevas en los archivos; porque todos los hoteles y pensiones, todos los forasteros, estaban sometidos a vigilancia. En los años cuarenta, una prisión de Bruselas había adoptado la fotografía — recién inventada — para

retener los rostros de los criminales; y también la Prefectura de París había recurrido a este nuevo método de registro e identificación de delincuentes. En el edificio parisiense se amontonaban unas ochenta mil fotografías. Y, sin embargo, por muy maravillados que quedaran los visitantes extranjeros ante la rapidez con que a veces eran detenidos en París criminales huídos de su patria, y a pesar de que este asombro hubiera proporcionado a la policía parisiense una fama legendaria, lo cierto es que, en 1879, la *Sûreté* se hallaba sumida en una grave y devastadora crisis.

2

Las reglas y módulos que utiliza la Historia para elegir a los pioneros y a los héroes constituyen uno de sus más grandes secretos. Cuando su dedo señaló a Alphonse Bertillon para iniciar una nueva época de la investigación criminal en medio de la crisis — que aún no había afluído al exterior —, todo parecía indicar que la elección iba contra toda lógica. En efecto, Alphonse Bertillon era un joven de rostro pálido, enjuto y de una frialdad melancólica; sus movimientos eran tardos, y su voz, inexpressiva. Padeía trastornos digestivos, hemorragias nasales y ataques de jaqueca, que le hacían la vida imposible; era tan introvertido y hostil a cualquier contacto con la gente, que casi resultaba repulsivo. Su introversión corría parejas con la desconfianza, el sarcasmo, las explosiones coléricas, la irrefrenable pedantería y la carencia absoluta de sensibilidad estética. Su oído musical era tan nulo, que durante el servicio militar tenía que contar las notas para distinguir la diana del toque de llamada. Incluso uno de los pocos amigos con que contaba le atribuyó más tarde un «carácter tan imposible, que escapa a toda descripción». Un visitante de la Prefectura, a quien, en la primavera de 1879, le dijeron que nuestro Bertillon era hijo del doctor Louis Adolphe Bertillon — prestigioso médico, especialista en estadística y vicepresidente de la Sociedad Antropológica de París — y nieto del científico y matemático Achille Guillard, estalló en una sonora e irreprimible carcajada. Realmente era difícil creer que el hijo y nieto de personajes tan importantes se hubiese visto obligado a abandonar tres veces algunas de

las mejores escuelas de Francia por falta de rendimiento académico y conducta incalificable; que hubiese sido despedido de un banco tras unas semanas de aprendizaje; que, en Inglaterra, hubiese hecho un papel lamentable como preceptor, y que, finalmente, hubiera conseguido un puesto de auxiliar en la Prefectura parisiense, gracias a las buenas relaciones paternas.

El lugar donde trabajaba Bertillon estaba situado en el rincón de una gran sala, uno de los recintos en los que se amontonaban las fichas de los criminales franceses. En aquel rincón reinaba, durante el verano, un calor insoportable, y en invierno, el frío era tan intenso que no se podía trabajar sin guantes, y los pies se helaban hasta quedar materialmente insensibles. Allí languidecía Bertillon, más o menos evitado por sus colegas. Se dedicaba a copiar maquinalmente en las fichas los datos personales que los funcionarios de la policía le transmitían después de las detenciones e interrogatorios.

Durante la fría primavera del año 1879, nuestro hombre copiaba con dedos ateridos descripciones de personas, descripciones que, en manos de inspectores caídos en la más indiferente rutina, habían llegado a adquirir una uniformidad insólita. No decían más que: «Estructura elevada», o «baja», o «mediana»; «Rostro: regular»; «Ausencia de peculiaridades». Se trataba de conceptos aplicables a millares de personas. En las fichas se pegaban fotografías tomadas por fotógrafos que se consideraban «artistas». Lógicamente, los retratos eran más «artísticos» que claros; por añadidura, a veces quedaban «movidos», porque los detenidos se resistían a ser fotografiados.

Todo aquello, al pasar por las manos de Bertillon, constituía una lección enormemente ilustrativa de la crisis latente en que se agitaba la *Sûreté*. Desde el gran triunfo de Vidocq, desde la época en que nacieron los métodos de éste, el mundo había cambiado, la sociedad había sufrido una evolución, y, con ella, se transformaron también las formas y métodos de la delincuencia. Lo que ocurría era, simplemente, que tal transformación no había llegado plenamente a la conciencia pública. Hasta el año 1879, muy pocas personalidades habían realizado intentos serios para esclarecer el trasfondo sociológico, biológico y psicológico del hampa y su evolución. Uno de ellos fue, por ejemplo, Adolphe Quételet, astrónomo y estadístico belga, que, durante las décadas anteriores, se había esforzado por reducir a estadística

el mundo del crimen y calcular hasta dónde llegaba la participación de los criminales en la sociedad humana. Por otro lado, el psiquiatra italiano Cesare Lombroso había emprendido ambiciosos estudios para poner en claro la fisiología y psicología del crimen. En las cárceles y manicomios de Pavía midió los cráneos de numerosos criminales y llegó a la conclusión de que todo delincuente se caracteriza porque su estructura craneal sufre determinadas anomalías, que lo sitúan más cerca de los animales que de los demás hombres. El criminal —siguió afirmando Lombroso— es un fenómeno atávico, una regresión —por así decirlo— en la evolución humana; es criminal por su nacimiento. Desde 1876 —tres años antes del que no ocupa—, el libro de Lombroso, *L'uomo delinquente*, tuvo una cierta resonancia fuera de las fronteras de Italia y consiguió, por lo menos, despertar el interés de algunos científicos por el fenómeno de la delincuencia. Sin embargo, el mundo del crimen seguía aceptándose como un hecho; se combatía mediante el castigo y se mantenía totalmente inexplorado. Lo único que nadie podía pasar por alto era el hecho fundamental de que, en 1879, las cosas eran muy distintas y no podían juzgarse con los mismos criterios que a principios de siglo: el número de criminales crecía sin cesar al compás del aumento de la población y de la industrialización.

La fantástica memoria visual de Vidocq había sido algo verdaderamente único; pero ni cien Vidocqs habrían bastado para recordar el sinnúmero de rostros que en la octava década del siglo XIX surgían de la ciénaga del hampa, cada vez más extensa: del mundo donde proliferaban los crímenes de todos los tipos, grandes y pequeños. Al aumentar el nivel general de la inteligencia y la cultura, se elevó también el grado de inteligencia de los criminales: tampoco los *montons* infiltrados en las cárceles estaban muchas veces en condiciones de burlar y hacer cantar a cuantos presidiarios habían cambiado su nombre y su aspecto físico para evitar que salieran a la luz sus anteriores condenas. Los delinquentes no se dejaban ya engañar por trucos y estratagemas provocadoras, como las que usaban algunos inspectores, los cuales, por ejemplo, saludaban a un detenido como si fuera un antiguo conocido. En lo tocante a las recompensas ofrecidas por la identificación de delinquentes encarcelados, se dio el caso —cada vez más frecuente— de que los inspectores se ponían de acuerdo con un presidiario ansioso de ganar dinero

y juraban —contra su propia convicción— que aquel individuo era idéntico a un criminal buscado por la policía. Después, el inspector en cuestión se repartía la recompensa con su cómplice. Los éxitos eran contrapuestos por una gran dosis de inseguridad, insuficiencia, engaño y errores de fatales consecuencias.

Lo que Vidocq había utilizado como auxiliar para su memoria —el fichero—, se había convertido necesariamente en el sistema fundamental para la identificación de criminales. Pero el fichero había superado los límites de la previsible. Hacía ya mucho tiempo que resultaba imposible dominar el material existente. La clasificación por nombres era absurda, porque los ladrones, rateros, falsificadores, timadores y asesinos podían cambiarlos cuando les venía en gana. La subdivisión en edades, características o métodos de los criminales, no permitía ya formar pequeños grupos de fichas susceptibles de fácil consulta. La eficacia inicial de la fotografía acabó también por ser nula: la existencia de 80 000 fotografías hacía materialmente imposible comparar los retratos de los recién detenidos con los de los reincidentes. En este caso, la clasificación por nombres era tan absurda como en el archivo de datos personales. En los casos importantes, los inspectores y escribientes se pasaban días y días consultando la colección de fotos, con la esperanza de encontrar en ella a una sola persona.

En este mundo —caracterizado por la inseguridad interna— recibió Alphonse Bertillon sus primeras y profundas impresiones sobre la policía y la *Sûreté*.

3

Bertillon ocupó su puesto de escribiente auxiliar el día 15 de marzo del año 1879. Transcurridos apenas cuatro meses, se demostró que la Historia había efectuado una acertada elección cuando dirigió los pasos de nuestro hombre al polvoriento rincón de la Prefectura parisiense.

Aunque Bertillon tenía un carácter imposible y podía considerarse un fracasado, había crecido en un hogar que vio entrar y salir a muchos grandes hombres; concretamente, a los hombres que contribuyeron a que el siglo XIX fuera llamado el *siglo de las ciencias*. Esta circunstancia fue decisiva en el momento

oportuno. El ambiente de la casa paterna estaba imbuido de una enorme curiosidad por conocer las leyes de la Naturaleza; lleno de aquel espíritu que, desde hacía algunas décadas, había derribado las tradicionales barreras de la fe y la Filosofía. En su infancia, el nombre de Carlos Darwin se había convertido para Bertillon en un concepto familiar: la revolucionaria obra del biólogo inglés, *El origen de las especies*, había conmovido hasta sus cimientos el edificio dogmático de la historia bíblica sobre la creación del hombre, y había demostrado que todos los seres vivos han nacido de un largo proceso biológico evolutivo. Bertillon había oído hablar de Louis Pasteur, descubridor del mundo de las bacterias y revolucionario de la medicina; de Dalton, Gay-Lussac, Berzelius —hombres que llevaron la Química a metas jamás sospechadas—. Conocía la existencia de anatomistas, fisiólogos y biólogos que investigaban los procesos vitales más misteriosos del hombre y los animales. Muchas veces, Bertillon se había sentado a los pies de su abuelo, cuando éste analizaba vegetales y clasificaba por letras las especies y familias. Había visto a su padre y a su abuelo midiendo innumerables cráneos pertenecientes a seres humanos de todas las razas, operación que llevaba en sí algo de «rito sagrado» y que tendía a descubrir si existía alguna relación entre la forma de la cabeza y la evolución mental del hombre. Había oído muchísimas veces nombrar a Quételet, hombre que no sólo se ocupaba en la investigación criminal, sino que, además, trataba de demostrar que la evolución corporal del ser humano está sometida a leyes muy concretas. De muchacho había tenido ocasión de observar —junto a su padre y su abuelo— las llamadas *curvas de Quételet*, las cuales demostraban que las estaturas humanas se distribuyen de acuerdo con un cierto orden: había tantos enanos como gigantes, tantos hombres altísimos como hombres bajísimos, y tantos hombres altos como bajos; la masa estaba constituida por personas de estatura media. Durante muchos años, Bertillon había visto a su padre y a su abuelo en sus intentos de demostrar las afirmaciones de Quételet recurriendo a mediciones. El resultado era el siguiente: no había dos hombres bajo el sol cuyos miembros, una vez medidos, coincidieran plenamente; había una probabilidad contra cuatro de encontrar dos personas con la misma estatura. Bertillon fue incapaz de sentir entusiasmo alguno por el latín y las demás asignaturas que se enseñaban en las escuelas

francesas. En cambio, no olvidó jamás las mediciones de su padre y de los demás antropólogos que conocía.

En julio de 1879, bajo el calor sofocante del verano parisiense y en el diario trajín —monótono y embrutecedor— de su trabajo; cuando Bertillon llenaba y copiaba la ficha número tres mil o cuatro mil, le vino a las mentes una idea, la cual surgió —como más tarde reconoció el propio Bertillon— del profundo encono y el resentimiento que sentía por la aridez y la falta de sentido de su trabajo; y también de los recuerdos científicos de su juventud. ¿Por qué —se preguntaba— malgastar tanto tiempo, dinero y energías en intentos, cada vez menos prometedores, por obtener la identidad de los criminales? ¿Por qué mantenerse aterrorado a métodos antiguos, toscos e imperfectos, cuando la ciencia había descubierto el «estigma de Caín», la única cosa que permitía diferenciar a un hombre de otro sin posibilidad de confusión: las medidas corporales?

Bertillon no sabía que diecinueve años antes, en 1860, Stevens, director de la cárcel de Louvan, se había apoyado en las tesis de Quételet para proponer —en vano— que se midiera a los criminales, siempre que no pudieran distinguirse por la simple diferencia de estatura. Stevens había propuesto las medidas siguientes: perímetro de la cabeza, longitud de las orejas, longitud de los pies, estatura y perímetro torácico. Tenía la convicción de que tal procedimiento aportaría datos que ningún disfraz, cambio de nombre o desfiguración podían disimular.

Bertillon provocó el asombro y las burlas de los demás escribientes cuando, a fines de julio, empezó a comparar fotografías de presidiarios. Ponía las narices o las orejas unas junto a otras y comparaba sus formas. Con sonoras carcajadas fue acogida su petición de medir a los detenidos que ingresaban en la Prefectura para ser fichados. Finalmente, se le concedió lo que pedía, sin duda para facilitar una diversión a sus colegas. Durante varias semanas midió una gran cantidad de detenidos, con enconada obstinación. Se dedicaba a medir su estatura, longitud y perímetro de la cabeza, longitud de los brazos, dedos y pies. Su experimento lo llevó a la conclusión de que algunas medidas aisladas coincidían en varias personas, pero nunca cuatro o cinco medidas a la vez.

Los ataques de jaqueca y las hemorragias nasales atormentaban a Bertillon en medio del bochorno canicular de aquel mes

de agosto. Sin embargo, «una idea se había apoderado de él», de él, el hombre en apariencia inútil y sin ilusiones. A mediados de agosto redactó un informe en el que exponía la forma de solucionar el problema de obtener señas particulares inconfundibles para identificar delincuentes. Dicho informe fue enviado a Louis Andrieux, prefecto de policía desde marzo de 1879. No recibió respuesta alguna.

Bertillon siguió trabajando. A primera hora de la mañana, antes de empezar su trabajo habitual, visitaba la cárcel de La Santé. También en ella le permitieron tomar medidas, para diversión de los funcionarios y para que los presos tuvieran ocasión de reírse un rato. El día 1 de octubre de 1879, al ser ascendido de auxiliar a escribiente, mandó al prefecto un segundo informe. En él aludía a la ley de Quételet, según la cual existía una probabilidad contra cuatro de que coincidieran las estaturas de dos personas. Bertillon añadía que las medidas óseas de todo adulto se mantienen constantes durante toda la vida. Si a la estatura se añadía una segunda medida —por ejemplo, la longitud del tórax—, las posibilidades de coincidencia se reducían a 16:1. Y si se tomaban once medidas y se anotaban en la ficha de un delincuente, el cálculo de probabilidades demostraba que la posibilidad de hallar otro delincuente con las mismas medidas se reducía a la proporción de 4 191 304:1. Finalmente, catorce medidas dejaban dicha proporción en 286 435 465:1. Las partes susceptibles de medición eran muchas: además de la estatura, se podían medir la longitud y anchura de la cabeza, la longitud de varios dedos, la longitud de los antebrazos y de los pies. Todas las descripciones personales existentes —proseguía Bertillon— eran superficiales y poco claras; cuantas descripciones se basaban en testimonios oculares, resultaban incompletas y llenas de errores; cualquier tipo de fotografía podía inducir a engaño, y no podían ya consultarse las grandes colecciones de fotografías. En cambio, las medidas de los delincuentes ofrecían la seguridad absoluta de que los engaños y las confusiones no volverían a repetirse. Más aún: él, Bertillon, había inventado un sistema para ordenar y registrar las fichas con las mediciones que permitía comprobar en pocos minutos si las medidas de un detenido constaban ya en el fichero.

Bertillon citaba a su propio padre, el cual, en la clasificación de sus mediciones antropológicas, había distinguido siempre

tres grupos: grande, mediano y pequeño. Era facilísimo—asi se expresa Bertillon—clasificar un fichero de 90 000 fichas distintas, de modo que se pudiera localizar con rapidez una sola ficha. Si, por ejemplo, la primera medida anotada en el papel era la longitud de la cabeza, y dicha medida se dividía en los conceptos grande, mediano y pequeño, resultaban tres grupos de 30 000 fichas cada uno. Si la segunda medida era la anchura de la cabeza y se adoptaba la misma clasificación triple, nos encontramos con nueve grupos de 10 000 fichas. Las once medidas de que constaba cada ficha permitían una clasificación por grupos que oscilaban entre tres y veinte fichas.

Lo que para Bertillon era de una claridad diáfana, debía parecer, a primera vista, algo confuso para un profano. Y el informe de Bertillon estaba, además, redactado de una forma más que desconcertante. A causa de las lagunas de su educación, Bertillon no había aprendido a expresarse con bastante claridad. Sus frases eran un monstuoso revoltijo y sus formulaciones, oscuras. La pedantería lo inducía a repetir las cosas una infinidad de veces. No obstante, Alphonse Bertillon estaba tan firmemente convencido de la bondad de su causa, que esperaba, en un estado literalmente febril, la respuesta del Prefecto. De pronto había creído encontrar un sentido a su vida y poder demostrar, por fin, que no era un caso perdido ni la oveja negra de la familia.

Estuvo esperando casi quince días. Y, finalmente, ocurrió lo que con tanta ansia había esperado. El Prefecto lo mandó llamar. Más torpe y tímido que de costumbre a causa de la excitación, y blanco como el papel por la ansiosa espera, Bertillon penetró en el despacho de Andrieux y... tuvo un tremendo desengaño. Louis Andrieux era un político del ala republicana, que había llegado a la Prefectura por sus relaciones y «enchufes». Jamás se había interesado por la estadística y las matemáticas, y sus conocimientos de la investigación policíaca eran todavía escasos. Como no había visto claro el sentido del informe Bertillon, previamente había transmitido el documento a Gustave Macé, jefe de la *Sûreté*.

Macé era, sin duda alguna, un hombre de gran experiencia policíaca, pero sentía una invencible repugnancia por los teóricos y las teorías. La práctica le había permitido abrirse paso desde los puestos inferiores de la *Sûreté*, hasta escalar el cargo que entonces ostentaba. En 1869, siendo inspector, se había hecho

famoso por haber esclarecido un caso de asesinato: el llamado caso *Voirbo*.

He aquí los hechos: en un pozo habían sido hallados miembros de un cadáver, cuidadosamente cosidos en tela estampada. Todo París fue presa de gran agitación. Masé, con sus dotes de observación y combinación, no sólo pudo descubrir una relación entre los macabros restos y un sastre llamado Voirbo, sino que, además, demostró que éste había descuartizado un cadáver en su habitación. El método utilizado para llegar a su descubrimiento era una brillantísima prueba de las cualidades deductivas de Macé; partió de la siguiente suposición: para descuartizar el cadáver se había derramado, sin duda, mucha sangre. Macé examinó el suelo de madera, pero las tablas, cuidadosamente lavadas, no permitían descubrir la menor huella. Lo único que el policía pudo comprobar fue la considerable irregularidad del entarimado. En presencia de Voirbo, esparció agua por el suelo y mandó arrancar las planchas en aquellos sectores donde el agua se encharcaba y filtraba con mayor lentitud. Debajo aparecieron señales de sangre coagulada. Voirbo perdió su presencia de ánimo, se derrumbó y confesó que había asesinado, robado y descuartizado a un amigo suyo, un tal Bodasse.

Macé había resuelto muchos casos mediante sus facultades de deducción, unas facultades que, por otra parte, jamás perderían su importancia fundamental dentro de la investigación criminal. Sin embargo, creía de un modo tan exclusivista en la experiencia práctica, en la capacidad de aprovechar las pistas y en la «memoria fotográfica», que, en el caso de Bertillon, no podía hacer más que lo que hizo: rechazar en redondo las propuestas del escribiente. En el informe que posteriormente envió a Andrieux, manifestó que la policía no era un campo de experimentación para teóricos desocupados, y Andrieux vio en la actitud de Macé una justificación de su incapacidad por comprender el informe Bertillon. El Prefecto recibió a Bertillon con unas palabras que han pasado a la historia:

—¿Bertillon? Creo que usted es un escribiente de vigésimo grado y lleva ocho meses con nosotros, ¿no es así? ¿Y pretende ya tener ideas?... Su informe se lee como si fuera un chiste....

Bertillon, inseguro, respondió:

—Señor prefecto, si usted me permite...

Andrieux le permitió hablar. Pero la incapacidad de Bertillon

para expresar con claridad sus ideas, se había intensificado aún más por la excitación que lo dominaba. Se perdió, pues, en una serie de vanos intentos, que nada ponían en claro. Por fin, Andrieux lo interrumpió bruscamente y lo mandó salir, no sin advertirle que no se atreviera a molestar otra vez a la Prefectura con sus ideas; de lo contrario, se vería en la calle a los pocos minutos. Mientras Bertillon, deshecho y, a la vez, poseído por una cólera irreprimible, regresaba a su rincón, Andrieux recordaba al padre de nuestro escribiente que se preocupara de que su hijo se dedicase exclusivamente a su trabajo de oficina y no metiese las narices en asuntos ajenos al limitadísimo círculo de sus obligaciones. En caso contrario se vería en la triste necesidad de desposeerle de su puesto, que había obtenido por especial favor.

El doctor Louis Adolphe Bertillon había sufrido tantos engaños y pasado tantas horas amargas, que mandó llamar a su hijo sin demora. Presa de cólera, exigió una explicación. Y presa de cólera, tomó una copia del informe enviado a Andrieux; y cuando acabó de leerlo, toda su ira se había esfumado:

—Te pido perdón —dijo. Un contemporáneo alude a la profunda emoción que embargaba en aquellos momentos al doctor—. No me atrevía ya a creer que acabarías encontrando tu camino. Éste es: la ciencia aplicada. Todo esto supone una revolución para la policía. Se lo explicaré a Andrieux. Tiene que comprenderlo..., es preciso...

Al día siguiente, Louis Adolphe Bertillon se presentaba al Prefecto e intentaba hacerle cambiar de opinión. Pero el intento fracasó. Inmediatamente convenció al diputado Gustave Hubbard, secretario general del Tesoro, del valor que tenían las propuestas de su hijo. Hubbard hizo valer su influencia sobre Andrieux. También fue en vano. Aseguró que Andrieux se hallaba en una situación de inseguridad, pero que, por razones de prestigio, jamás se retractaba de sus decisiones. Sólo quedaba una oportunidad: Andrieux no sería jefe de la Prefectura eternamente; Alphonse Bertillon tenía que armarse de paciencia y esperar el retiro del Prefecto.

Louis Adolphe Bertillon mandó a la Prefectura a una buena docena de conocidos suyos, pertenecientes al partido político de Andrieux. Todos salían con el mismo resultado: Andrieux no salía de sus trece. Había que aferrarse a la única solución: es-

perar un nuevo prefecto. La experiencia demostraba que no era preciso esperar mucho tiempo.

¿Qué significaba para Bertillon «no mucho tiempo»? ¿Un año? ¿Dos, cinco, diez años? ¿Unos cuantos años más de escribiente en la Prefectura? ¿Unos años más de trabajo embrutecedor, cuya inutilidad era a sus ojos algo evidente? Serían años en los cuales jamás perdería la conciencia de conocer el camino del triunfo, sin poder recorrerlo. Los contemporáneos afirman que en Alphonse Bertillon se dieron síntomas de aquella misma indiferencia que lo había llevado a fracasar en la escuela y en la vida. Sin embargo, su padre lo obligó esta vez a perseverar y a imponerse. Louis Adolphe Bertillon —marcado ya por la enfermedad— se expresó con palabras dictatoriales y casi proféticas: «Tú introducirás nuestra ciencia en la policía. Tú serás el primero en enseñar a la policía de Francia lo que es el trabajo científico. Tú...»

Louis Adolphe Bertillon no sospechaba entonces que la Historia —o, si se quiere, la gran maestra casualidad— trabajaba al mismo tiempo en otra parte del mundo, muy alejada de Francia, e introducía en las mentes de dos hombres el deseo y la idea de dominar el problema cuya solución había hallado Alphonse Bertillon de un modo repentino.

De la noche a la mañana —por así decirlo— se había iniciado el gran drama que conduciría al nacimiento de la investigación criminal científica.

4

Según los filósofos, la luz de todo conocimiento procede de Oriente.

¿Tienen razón? ¿Fue una casualidad o un destino misterioso? En 1877, en la ciudad de Hooghly, capital del distrito gubernamental del mismo nombre, en la India, un funcionario británico llamado William J. Herschel se hallaba en su despacho, tendido en un sofá. Estaba dictando una carta.

Herschel era un hombre relativamente joven —tenía entonces 44 años—, pero la disentería amebiana y las fiebres habían minado sus fuerzas. Su barbudo rostro, de ojos opacos, era pálido y demacrado; su voz, débil y cansada. Pero el contenido

de la carta que dictaba tenía para él un interés vital; por ello empleaba todas sus fuerzas para comunicar a sus frases la convicción de que él sentíase poseído.

La carta iba dirigida al inspector general de prisiones de Bengala. La fecha era la siguiente: Hooghly, 5 de agosto de 1877. He aquí el texto: «Le adjunto un trabajo sobre un nuevo método de identificación personal. Consiste en la impresión estampillada de los dedos índice y medio de la mano derecha (adopto estas dos impresiones para mayor facilidad). Para la obtención de las huellas se puede utilizar tinta de tapon común. El procedimiento para tomar una de tales huellas no es más complicado que la impresión con cualquier estampilla de oficina. Desde hace meses, vengo experimentando el procedimiento con presos, en el registro civil y en el pago de pensiones, y nunca me he encontrado con dificultades prácticas. Hoy, en Hooghly, cualquier persona que necesite un documento oficial tiene que imprimir en él sus huellas digitales. Hasta el momento nadie se ha negado a aceptar el sistema. Yo creo que si este procedimiento se aplicara de un modo general, se pondría fin de una vez para siempre a los fraudes de identidad... En el transcurso de los últimos veinte años he coleccionado millares de papeles con huellas digitales, y actualmente me hallo casi siempre en condiciones de identificar personas por medio de dichas huellas.»

En efecto: veinte años —o, más exactamente, diecinueve— habían transcurrido desde que Herschel, joven secretario en la localidad de Junipur, situada en la región más elevada del distrito de Hooghly, se encontraba por primera vez con las extrañas huellas que dejaban las manos sucias en la madera, vidrio o papel. Se trataba de figuras llenas de líneas, arcos, recodos y espirales caprichosas. Posteriormente, ni el propio Herschel podía decir con exactitud en qué lugar y de qué modo había percibido tal fenómeno. Probablemente había observado a los comerciantes chinos que por entonces visitaban Bengala y que a veces cerraban sus tratos estampando en un documento la yema ennegrecida del dedo pulgar. Quizá le llegaron noticias sobre una costumbre china, según la cual los contratos matrimoniales se legalizaban mediante la impresión de la mano del marido y a los niños expósitos se les tomaban asimismo las huellas digitales.

Sea como fuere, en 1858 Herschel pidió al hindú Rajyadar Konai, proveedor de material para la pavimentación de carrete-

ras, que embadurnara con tinta negra toda la palma de la mano derecha y que —como parte contratante— estampara la huella de la misma al pie de un contrato comercial. Por aquel entonces, Herschel no estaba aún familiarizado con los dibujos resultantes de tales impresiones. Su principal intención había sido comprobar al hindú —que, como muchos de sus compatriotas, solía olvidar los pactos y sus vencimientos— por medio de una manipulación misteriosa destinada a impresionarlo. Posteriormente, aquellas caprichosas líneas le habían atraído de un modo obsesivo.

Mientras dictaba su carta, tenía a su lado un amarillento cuaderno de apuntes en cuyas cubiertas se leía la inscripción: «Huellas de manos». El cuaderno estaba lleno de impresiones de los propios dedos y de las impresiones que, a lo largo de diecinueve años, había tomado a muchos hindúes, siempre a intervalos regulares. Con gran sorpresa por su parte, había descubierto que las huellas tomadas a una persona no eran nunca idénticas a las de otra. Las líneas de las yemas de los dedos formaban siempre dibujos distintos. Herschel aprendió a distinguir muchas de sus impresiones y a reconocer a un individuo por los «dibujos de sus manos». En un manual de anatomía leyó que dichos dibujos se llamaban *líneas papirares*, definición que adoptó. Finalmente, hacía unos quince años, se enfrentó con el problema de pagar pensiones a una gran cantidad de soldados hindúes retirados. A los ojos de un europeo, todos aquellos militares se parecían. Sus rostros eran difíciles de distinguir; casi todos ellos poseían el pelo y los ojos del mismo color; los nombres se repetían hasta la saciedad y, además, no sabían escribir. Sucedió que, a menudo, se presentaban dos veces a cobrar y aseguraban que no habían recibido ni un céntimo. También solían enviar amigos o parientes para cobrar otra vez aprovechando la confusión creada por todas las circunstancias mencionadas. Herschel, impotente para mantener separados y contar a los pensionados, había obligado a cada uno de ellos a estampar las huellas de dos dedos en la lista de militares retirados y en los correspondientes recibos. De este modo pudo distinguir a los verdaderos pensionados de los falsos. Los fraudes cesaron automáticamente.

En el transcurso de los años siguientes efectuó otro importante descubrimiento: las líneas que surcaban las yemas de los

dedos humanos no cambiaban. En cinco, en diez, en quince y en diecinueve años no sufrieron la menor modificación. El cuaderno de apuntes de Herschel era una prueba irrefutable de ello. Un individuo podía envejecer, podía cambiar de fisonomía o de aspecto por causa de la enfermedad o del paso del tiempo; lo único que no cambiaba era el dibujo de sus yemas. Era un signo personal e inalterable, que permitía identificarlo, incluso después de muerto, aun cuando no quedara de él más que la piel de sus dedos.

¿Era tal vez un milagro? ¿Era una casualidad o un acto deliberado de la Creación, destinado a distinguir a cada individuo de manera inconfundible? Herschel no lo sabía. En una cárcel de su distrito había ordenado que todos los presos pusieran sus huellas dactilares junto a sus nombres en la lista de reclusos. Por increíble que esto pareciera, la medida sirvió para poner orden en un verdadero caos: personas introducidas furtivamente en la cárcel para sustituir a algún condenado; criminales peligrosos que cumplían condenas insignificantes e imposibilidad práctica de comprobar si un condenado había estado antes en presencia de otro juez.

La viva imaginación de Herschel le hacía pensar en toda clase de posibilidades y perspectivas para el futuro, no reducidas al ámbito de Hooghly. Sus ideas volaban a Londres. ¿Acaso en su patria no existían las mismas dificultades? Era evidente que ningún policía podía reconocer con seguridad a un criminal, un estafador, un ladrón o un ratero que, después de sufrir una condena, cambiara su nombre, cosa que estaba, evidentemente, al alcance de cualquiera. ¿No había resultado engañosa la misma fotografía? ¿No habían sido encarcelados o ahorcados inocentes, víctimas de fatales errores en la identificación? ¿Acaso no se llevaba mucho tiempo buscando una señal que caracterizara a los individuos de modo que fuera imposible toda confusión? Herschel no tuvo que buscar mucho para encontrar el ejemplo de un caso criminal londinense, en el que durante muchos años se luchó por identificar a un hombre. Las oleadas de indignación provocadas por dicho caso había llegado a la propia Bengala.

Todo el mundo conocía el proceso Tichborne, en el que estaba en juego la herencia de lord James Tichborne. De 1866 a 1894, este proceso mantuvo en suspenso a todo Londres. ¿Cuál fue la razón? Un estafador que se hizo pasar por el hijo único de

lord James, llamado Roger y desaparecido en 1854, y que como tal, reclamó los millones de la herencia; un sujeto tosco y brutal, de una obesidad casi grotesca, que no sólo consiguió engañar a la madre de Roger Tichborne, medio ciega, sino también a parientes y médicos, e incluso a abogados londinenses tan famosos como Sargeant Ballentine y Edward Kenealy. En resumen: se trataba de un impostor que, en 1874 —tras largos años de interminables discusiones y el derroche de varios millones de libras por las costas del proceso—, fue condenado a catorce años de prisión. ¡Cuántos testigos lo habían tomado por el verdadero Roger Tichborne! ¡Cuántos testigos lo habían identificado como tal bajo juramento! ¡Cuántos indicios y señales corporales, que se suponían infalibles, habían sido falsas! ¿Qué habría ocurrido, en cambio —ésta era la pregunta que no cesaba de formularse Herschel—, si se hubiera podido recurrir al procedimiento de las huellas digitales? ¿Acaso Roger Tichborne no había sido soldado? ¿No habría resultado todo muy distinto si hubiese existido ya la norma de registrar a todos los miembros del ejército mediante las huellas dactilares? Evidentemente, el interminable proceso habría durado sólo unos minutos si se hubiese podido contar con las huellas digitales de Roger Tichborne, tomadas al incorporarse al ejército. Un tampón, una huella digital de Castro, una comparación... habrían bastado para demostrar que Castro era un estafador. Por ello, William Herschel siguió dictando su carta de la siguiente forma:

«Como ejemplo del gran valor de mi descubrimiento, quiero citar el caso de Roger Tichborne; si se hubiesen tomado sus huellas digitales al incorporarse al ejército, el proceso se habría reducido a diez minutos... Creo que no necesito decir más para demostrar la útil que sería también dicho procedimiento en las cárceles, donde la identificación es imprescindible. Las huellas digitales constituyen el mejor sistema para comprobar en cualquier momento si el presidiario y la persona condenada por el juez son idénticos. Basta con llamar al número correspondiente y tomarle las huellas digitales. En seguida descubrimos si se trata de otra persona. ¿Ha muerto realmente el número 1302, o el cadáver es falso? El muerto tiene dos dedos, que pueden responder a esta pregunta.

»Les ruego no dejen de prestar atención al asunto y me permitan utilizar mi procedimiento en otras cárceles...»

Así terminaba la carta de Herschel. Adjuntó una serie de huellas digitales recogidas a lo largo de diecinueve años y añadió a su escrito el siguiente colofón: «Le ruego conserve cuidadosamente las muestras adjuntas. Suyo: W. Herschel»

Herschel selló la carta con «su mano macilentaa».

Le invadía una íntima seguridad, una esperanza profunda en el interés y la aprobación con que sería acogido su informe.

Herschel no había tenido ocasión de conocer el destino que la suerte había reservado a otros innovadores como él.

Diez días después tenía en sus manos la respuesta del Inspector General; una carta llena de palabras amables, palabras que sólo servían para encubrir el hecho de que el Inspector General conocía el estado de salud de Herschel y había tomado sus propuestas por engendros de una fantasía febril.

La respuesta sumió a Herschel en un estado de depresión, que lo paralizó por completo durante unos años y le impidió dar ningún otro paso para imponer su descubrimiento. Sólo lo movía un deseo: volver a Inglaterra y restablecer allí su salud. A fines de 1879 se puso en camino.

5

Una vez más nos vemos obligados a hablar de la indescifrable lógica interna de la Historia o, si se quiere, de las grandes casualidades.

Precisamente en los mismos años durante los cuales William Herschel languidecía en Hooghly y escribía su tan importante como inútil carta al Inspector General de prisiones de Bengala, un médico escocés, llamado Henry Faulds, trabajaba en el hospital de Tsukiji, en Tokio. Daba clases de psicología a estudiantes japoneses. Faulds era un hombre completamente distinto de Herschel; se trataba de un presbiteriano belicoso, inteligente y lleno de fantasía, pero, a la vez, colérico, excitable, egocéntrico y caprichoso hasta la exageración.

Jamás había visto a Herschel, ni tenía la menor noticia de los experimentos que éste realizaba en la India. Sin embargo, cuando, a principios de 1880, envió una carta al periódico inglés «Nature» de Londres, dicho escrito contenía el párrafo siguiente: «En 1879 observé algunos fragmentos de cerámica prehistórica

hallados en el Japón, y me llamaron la atención unas huellas dactilares, impresas forzosamente cuando el barro estaba aún blando. Una comparación de estas huellas con otras actuales me indujo a estudiar a fondo el problema... las líneas de la piel no varían durante la vida de una persona, por lo cual constituyen un método mejor que la fotografía para la identificación.»

No se ha podido poner en claro si el primer encuentro de Faulds con las huellas dactilares fue, en realidad, tal como él lo describe en su carta. Posteriormente sólo mencionó una vez el hecho de que los chinos conocían las huellas; Faulds lo había oído decir. En ningún momento aludió a que la impresión de las huellas dactilares no era nada insólito en el Japón. El original más antiguo de una de tales huellas, con las líneas papilares claramente visibles, se encontraba —como se descubrió posteriormente— en un templo de Kyoto; se trataba de una petición escrita en la que se veía la mano del emperador Goshiva. Hasta 1860, son frecuentes las impresiones digitales en documentos japoneses; en color rojo o negro. En los albergues había existido con frecuencia la costumbre de entregar el correo a los huéspedes contra un recibo sobre el que se estampaba la huella del pulgar, procedimiento que se aplicaba cuando el huésped en cuestión no poseía una de las estampillas con el propio nombre, muy frecuentes en el Japón. Durante los años en los cuales Faulds ejercía su actividad docente en aquel país, en las regiones interiores del mismo se solían adornar las puertas de las casas con huellas de manos en color rojo o blanco. En su carta a la revista «Nature», Faulds afirmaba que las impresiones digitales de un hombre no variaban en toda la vida. Esta afirmación fue la que hizo surgir dudas en torno a las explicaciones que él mismo había dado sobre sus estudios de las huellas. Porque era confuso —y lo siguió siendo— el hecho de que hubiera llegado a una conclusión tan terminante después de un año escaso de trabajo. La única explicación posible era el previo conocimiento de las experiencias efectuadas por los chinos y los japoneses.

Sea como fuere, lo cierto es que, entre 1879 y 1880, Faulds acumuló abundantes huellas dactilares y estudió la diversidad de formas que adoptaban las líneas papilares. Al principio le interesaron sólo como problema etnológico; quería descubrir por ejemplo, si los distintos pueblos mostraban diferencias en sus

líneas papilares. Posteriormente, el azar lo llevó a descubrir un rastro, una pista, que ya no abandonó: cerca de su domicilio, un ladrón había escalado una pared pintada de blanco. A Faulds, cuya «manía» era ya conocida de todo el mundo, le hicieron observar que en el muro habían quedado bien marcadas las huellas de unos dedos humanos sucios de hollín. Cuando nuestro hombre inspeccionó las huellas, se enteró de que el ladrón había caído ya en manos de la policía. Inmediatamente pidió a la policía japonesa que le permitiese tomar las huellas dactilares del detenido. Al comparar las huellas del muro con las del presunto delincuente, comprobó que eran distintas. Las huellas del muro eran, sin duda alguna, las del ladrón —porque éste había tropezado con un brasero apagado que se hallaba cerca de la pared—; de ahí dedujo Faulds que el detenido no era el verdadero ladrón. Y, realmente, tuvo razón. Pocos días después fue descubierto el verdadero culpable. Faulds tomó también sus huellas dactilares y vio que correspondían exactamente a las del muro. Persona de gran imaginación, el escocés se preguntó: ¿Qué pasaría si en todos los lugares donde se comete un crimen se tomaran las huellas dactilares del delincuente? ¿Y si de esta forma se lograra capturar a los ladrones y asesinos? La idea fue tomando forma en su mente, cuando he aquí que se produce un segundo robo. Esta vez se recurrió a la ayuda de Faulds, quien logró descubrir la huella de una mano en un vaso. Esta circunstancia le permitió, además, comprobar que no era preciso tener los dedos ennegrecidos para dejar huellas. Las glándulas sudoríparas de las yemas producían una huella grasienta, que se destacaba con tanta claridad como el hollín u otro colorante. Pero esto no fue lo decisivo. Lo decisivo fue un hecho casual, un azar casi inverosímil. En sus estudios anteriores, Faulds había pedido a los criados de diversas casas que le permitieran tomar sus huellas dactilares. Después del robo se le ocurrió comparar las huellas del vaso con las de su colección. Al principio no daba crédito a sus ojos; le parecía algo increíble, insólito y casi monstruoso, pero era innegable: las huellas del vaso coincidían con las de uno de los criados cuyas huellas había tomado. El sirviente fue interrogado y confesó de plano.

Para Faulds no podía existir ya duda alguna: acababa de descubrir un método probatorio y de identificación que podía revolucionar la investigación policiaca en todo el mundo. De

hecho, había descubierto posibilidades cuya conciencia no llegó a adquirir Herschel.

Pero Faulds no se dio por satisfecho. Él no era policía. Sin embargo, cuando la casualidad lo atrajo a los dominios de la policía y de la delincuencia, su fantasía y su potencia imaginativa lo llevaron a nuevas conclusiones que correspondían a las de aquel enfermo de Houghly. Todas sus experiencias y conclusiones fueron incluidas en la carta remitida a la revista inglesa «Nature».

«Si se recogen las huellas dactilares del lugar del delito —escribió—, pueden llevarnos a descubrir al delincuente. Así lo he comprobado personalmente en dos ocasiones. En la medicina forense, las huellas digitales pueden tener nuevas aplicaciones. Supongamos, por ejemplo, que descubrimos tan sólo las manos de un cadáver. Si las líneas papilares son conocidas previamente, está claro que poseen una fuerza probatoria superior al consabido lunar de las novelas de folletín. Se pueden tomar y coleccionar las huellas de todos los criminales, una vez condenados. Si el mismo criminal es detenido después por otro acto delictivo y da un nombre falso, la comparación de huellas dactilares puede descubrirnos el nombre verdadero... Las líneas de la piel no varían durante toda la vida de una persona, por lo cual constituyen un método mejor que la fotografía para la identificación.»

La revista «Nature» publicó la carta de Faulds el 28 de octubre de 1880. Pocos días después se estableció el contacto entre los dos hombres destinados a descubrir por separado las huellas dactilares como métodos de identificación y a llevarlo a Europa desde el Lejano Oriente; porque William Herschel —que por entonces convalecía ya en Inglaterra— leyó el informe de Faulds en su casa de Littlemore. El contacto fue momentáneo, porque en seguida se redujo a la nada la posibilidad de que continuara.

Cuando Herschel leyó el informe de Faulds, tuvo una reacción inmediata, y, sin demora, escribió una carta a «Nature». En ella afirmaba que él había tomado huellas dactilares veinte años antes que Faulds y las había usado en diferentes ocasiones para identificar personas. Sólo la actitud de sus autoridades y su enfermedad le habían impedido difundir sus descubrimientos. En cuanto a las ideas originales de Faulds, Herschel se manifestaba en desacuerdo sobre la importancia de las huellas dactilares tomadas en el lugar de un delito.

Los sentimientos que invadieron a Herschel al enterarse de que otra persona pretendía haber logrado en un año lo que a él le había costado veinte, lo llevaron a hacer valer a todo costa su descubrimiento. Era lógico que reivindicara su derecho de prioridad sobre la idea y que, en la excitación de los primeros momentos, pasara por alto las ideas verdaderamente originales que contenía el informe de Faulds. Herschel no pretendía otra cosa que aludir de un modo concreto a su propio trabajo.

Para un carácter tan polémico como el de Faulds, la carta de Herschel significó una provocación —la provocación de una persona que quería menoscabar el derecho de prioridad sobre sus propias ideas. ¿Acaso era culpa suya el que Herschel no se hubiera preocupado de dar publicidad a su descubrimiento y que optara por resignarse? Él, Faulds, era quien había llamado la atención del mundo sobre las huellas dactilares. Él, y nadie más que él...

Faulds no dudó ni un momento en emprender una lucha que Herschel no había previsto en absoluto. Inmediatamente decidió regresar a Inglaterra. Sin embargo, antes de emprender el viaje escribió una multitud de cartas con el fin de dar a conocer sus ideas a las personalidades más famosas e importantes de la época y asegurarse así la prioridad. Escribió a científicos como Charles Darwin; al ministro británico del Interior y al jefe superior de policía de Londres, Edmund Henderson. Ofreció su descubrimiento a ambos. Sin embargo, ninguna de las personalidades policiales de Londres se dignó responder. Faulds supo tan sólo —por un conocido de Londres— que Scotland Yard, la famosa sede de la policía londinense, lo consideraba un estafador.

Faulds escribió entonces a Francia. Se dirigió por carta al prefecto de policía de París, es decir, a Louis Andrieux. Faulds ignoraba que Andrieux era la persona menos adecuada para interesarse por ideas tan revolucionarias como la suya. Y mucho menos podía saber que, en el momento de enviar su carta, Andrieux se hallaba próximo al retiro, después de ocupar su cargo dos años escasos; un nuevo político, Jean Camecasse, estaba a punto de tomar a su cargo la Prefectura parisiense y de abrir las puertas a otra idea, destinada a revolucionar los métodos de identificación, a otra persona de cuya existencia Faulds no tenía la menor sospecha: Alphonse Bertillon.

6

Si alguna vez se pudo afirmar posteriormente que Jean Camecasse era un hombre de gran perspicacia, un hombre que captó en seguida la importancia de las ideas de Bertillon, tal afirmación no pasa de ser una de aquellas leyendas de que está empedrado el camino de la Historia.

Camecasse era político como Andrieux. Como prefecto alcanzó una cierta notoriedad por el hecho de haber fundado las primeras escuelas de policía. Sin embargo, estaba tan lejos de entender como su antecesor las ideas de Bertillon. En 1881, cuando ocupó su cargo, aún no sabía nada del escribiente titular que languidecía en su primera oficina.

El doctor Louis Adolphe Bertillon se hallaba por entonces en Neuilly, afectado de una artritis febril, y no estaba en condiciones de aprovechar el cambio de prefecto —tanto tiempo anhelado— para defender, con su intervención personal, la causa de su hijo. Sin embargo, escribió cartas, telegrafió y envió una y otra vez a sus amigos a la Prefectura. Tenía los suficientes conocimientos de medicina como para saber que no podía esperar una mejora de su dolencia y que no le quedaba mucho tiempo para allanar el camino a su hijo. Tuvo que pasar todavía un año —hasta noviembre de 1882— para lograr un resultado positivo. Uno de sus amigos, el abogado parisiense Edgar Demange, logró convencer a Camecasse para que hiciera una prueba con Bertillon, si no quería perder la fama de ser un hombre capaz de fomentar los nuevos métodos de lucha contra el crimen.

Unas semanas después, a mediados de noviembre, Camecasse mandó llamar al escribiente Bertillon. Éste había sido preparado ya por su padre. Sin embargo, su forma de presentarse, torpe e inhábil, comprometió el éxito de su primer encuentro con el prefecto. Probablemente Bertillon habría fracasado de nuevo si Camecasse no hubiese dado a Demange su palabra de que el hijo de Louis Adolphe Bertillon recibiría una oportunidad.

Camecasse, molesto, acabó con las siguientes palabras: «Bien, tendrá usted la oportunidad de poner a prueba su idea. Desde la semana próxima adoptaremos su método de identificación con carácter de prueba. Pondremos dos escribientes a sus órdenes.

Le doy tres meses. Si en ese tiempo no es usted capaz de identificar a un reincidente con la única ayuda de su método...»

Si nos detenemos a considerar la oportunidad concebida a Bertillon, observaremos que difícilmente merecía dicho nombre. En efecto: ¿Cuántas veces solía ocurrir que un detenido fuese acusado, condenado, puesto en libertad y detenido por segunda vez en un plazo de tres meses? El propio Bertillon vio con claridad que sólo una casualidad extraordinaria podía ponerlo en situación de cumplir las condiciones exigidas por Camecasse. No obstante, aceptó sin réplicas lo que le ofrecían. Probablemente hizo muy bien, porque cuando Gustave Macé supo que tenía que ceder dos escribientes a Bertillon, puso el grito en el cielo. Declaró que el sistema de Bertillon sólo podía tener alguna eficacia si las medidas eran tomadas por funcionarios extraordinariamente escrupulosos y de un modo matenático. Era imposible olvidar —siguió diciendo Macé— la rutina y el automatismo con que trabajaban casi todos los empleados. A todas estas consideraciones había que añadir, naturalmente, la vieja prevención del práctico contra el teórico enfermizo y contra todo lo que llevaba el nombre de ciencia. Y lo cierto es que, en las protestas de Macé, había una parte de verdad; así se demostró mucho más tarde —y de un modo trágico para Bertillon—. Sin embargo, en aquellos momentos, las objeciones del viejo policía no fueron escuchadas. Por lo demás, también es posible que Camecasse esperara el fracaso de Bertillon.

Bertillon inició su actividad de medición y registro en la misma sala donde había trabajado hasta entonces, pero esta vez con toda libertad. Y, sin embargo, ¡en qué condiciones! Sus colegas lo contemplaban con no disimulada hilaridad. Los dos escribientes que tenía a su cargo no eran de confianza, porque no comprendían el sentido de su trabajo. Además, intentaban rebelarse contra la pedantería gruñona e implacable con que los vigilaba Bertillon. Por añadidura, conocían la animosidad de Macé. Se unían a los cuchicheos mal disimulados que los restantes empleados sostenían a espaldas de Bertillon. No obstante, obedecían, porque habían aprendido a temer la fría cólera de su nuevo jefe, cuando los sorprendía en algún descuido.

Bertillon trabajaba con la obstinación obsesiva y con el silencio de un poseso. Medía, comprobaba, anotaba. Noche tras noche corría con los resultados de su trabajo a una pequeña vi-

vienda, que frecuentaba desde el invierno de 1881. Pertenecía a una joven austríaca, Amelia Notar, persona insignificante y miope que, a duras penas, conseguía salir de apuros dando clases de idiomas. Un día, a causa de su poca vista, había pedido a Bertillon que la ayudara a cruzar una calle, y el introvertido solitario estableció un curioso vínculo de amistad con la solitaria introvertida que escuchaba sus palabras y acogía sus ideas con rendida devoción. De este vínculo salió más tarde un matrimonio no menos curioso.

Bertillon no tenía en sus escribientes la suficiente confianza como para confiarles la copia de las fichas. Amelia Notar se encargó de este trabajo. De la mañana a la noche escribía sin cesar, con su caligrafía uniforme. A principios de 1883, el archivo de Bertillon contenía ya 500 fichas; a mediados de enero, unas 1000, y a principios de febrero, casi 1600. El sistema funcionaba. Pero, ¿de qué podía servir todo este trabajo?

El último día de febrero era el decisivo; con él concluía el tercer mes del plazo concedido. El día 15, el archivo contenía ya unas 1800 fichas; pero aún no se había producido la detención de ninguna persona que Bertillon hubiera medido anteriormente y cuyas medidas sirvieran para su identificación. Era un mes frío y desapacible; el cielo estaba oscuro, y su oscuridad influía desfavorablemente en el ánimo de Bertillon. Su susceptibilidad se había intensificado, y se pasaba las horas gruñendo en voz baja. La jaqueca volvía a atormentarlo, y se repitieron las hemorragias nasales. Su estómago se rebelaba. Llegó el día 17; sólo quedaban doce días. El 19 de febrero pasó también sin novedad; el plazo se reducía a diez días.

El 20 de febrero, poco antes de la hora de salida, el propio Bertillon tomó las medidas a un detenido que pretendía llamarse Dupont. Era el último del día y el sexto Dupont. Los criminales, gentes que no se destacaban precisamente por su imaginación, mostraban desde hacía tiempo una especial preferencia por el apellido Dupont. Bertillon midió: longitud de la cabeza, 157 mm; anchura de la cabeza, 156 mm; dedo medio, 114 mm; dedo meñique, 89 mm... En los días anteriores, más de una vez había creído descubrir rasgos familiares en el rostro de un detenido. En estos casos hojeaba con manos temblorosas sus fichas, con la esperanza de hallar, por fin, lo que tan ansiosamente buscaba. Sin embargo, siempre había sido burlado, burlado por la

inseguridad de la vista, contra la cual combatía precisamente con su nuevo sistema. La sensación de tener ante él una cara conocida se reprodujo al terminar las mediciones del detenido Dupont. Malhumorado, se defendió y se rebeló contra sus propios sentimientos.

La longitud de la cabeza de Dupont pertenecía a la categoría «media», y Bertillon consultó la sección correspondiente de su archivo. La anchura de la cabeza redujo a nueve el número de ficheros por consultar; la del dedo medio, a tres; la del dedo meñique, a uno. Dentro del fichero no había más que cincuenta fichas. Unos minutos después, Bertillon tenía en una de sus frías manos un cartoncito. Contenía las medidas exactas que buscaba, aunque pertenecían a un hombre que no se llamaba Dupont, sino Martin. Había sido detenido el 15 de diciembre de 1882 por robo de botellas vacías.

Bertillon se encaró con el detenido:

—Yo lo he visto a usted antes —declaró casi sin poder articular las palabras—. Fue usted detenido el día 15 de diciembre del año pasado por robo de botellas vacías. Entonces se llamaba usted Martin...

Durante unos momentos reinó en la sala un silencio sobrecogedor. El policía que había detenido a Dupont se había quedado boquiabierto. Entonces el supuesto Dupont admitió sombriamente: —Usted gana. Era yo...

Los demás empleados, testigos de la escena, miraron fijamente a Bertillon. Algunos de ellos creían que la casualidad había acudido en su ayuda. Los otros se dieron cuenta de que el objeto de sus burlas y sarcasmos acababa de vivir un momento triunfal. Bertillon supo contenerse y respondió con una sonrisa sarcástica a las miradas, fijas en él. Como siempre, no dijo ni una palabra; se sentó a su mesa de despacho, redactó un informe y lo envió a la oficina del prefecto. Después cerró el archivo y salió. Una vez en la calle, hizo algo insólito: alquiló un coche de punto y se hizo llevar a casa de su amiga Arnella Notar. Una vez allí, se dejó llevar por el entusiasmo y la excitación que a duras penas había conseguido reprimir hasta entonces; contó su triunfo a aquella mujer, pendiente, como siempre, de sus labios. Después siguió viaje en su coche de punto hasta la casa de su padre. La noticia que le comunicó fue una de las últimas alegrías para el enfermo, que falleció a los pocos días.

El 21 de febrero de 1883, los periódicos parisenses publicaron las primeras noticias sobre el caso Dupont-Martin y el sistema de identificación de Bertillon. Las informaciones pasaron bastante inadvertidas, pero veinticuatro horas más tarde, Caméasse mandaba llamar a Bertillon y prolongaba indefinidamente el período de prueba. La idea de alcanzar la gloria por la introducción de una innovación revolucionaria —idea muy sugestiva para cualquier político— se había apoderado del prefecto; ¡era preciso ayudar a aquel hombre! Así pues, Bertillon tuvo inmediatamente un despacho propio y algunos auxiliares más, para que pudiera proseguir sus mediciones sin molestias de ningún género. Por lo demás, las cosas no cambiaron mucho. En marzo consiguió identificar a otro reincidente, y en los tres meses siguientes identificó a seis más. Durante los meses de julio, agosto y septiembre, fueron quince los casos de identificación, y hasta finales de año, Bertillon reconoció a veintiséis delincuentes, tras haber fracasado los antiguos métodos de identificación y la «memoria fotográfica» de los inspectores que trabajaban de un modo rutinario. Al iniciarse el nuevo año, el fichero contenía 7336 fichas. Ni una sola vez habían coincidido las medidas de dos personas.

Sin embargo, el éxito de Bertillon seguía siendo un asunto puramente interno, que no salió de los muros de la prefectura. Entre las personas que rodeaban al antiguo escribiente se fue produciendo poco a poco el cambio de actitud que lógicamente se realiza en torno de los triunfadores. Los que lo atormentaban con sus burlas, enmudecieron y empezaron a tratarlo con toda clase de consideraciones. Sin embargo, las maneras desabridas y activas de Bertillon, el retraimiento y la desconfianza estaban profundamente arraigados en su carácter. Así pues, el antiguo escribiente se vengó de todas las burlas anteriores con un comportamiento glacial y un sarcasmo constante y despiadado. Gustave Macé, su más acérrimo enemigo, fue destituido del servicio el 1 de abril de 1884, porque no había conseguido obtener más dinero del municipio para la *Sûreté*. Se le negó incluso un teléfono, aunque él mismo estaba dispuesto a pagar la instalación. No obstante, la *Sûreté* seguía, en general, dominada por los inspectores de la vieja escuela, hasta el extremo de que nadie estaba dispuesto a tomar en serio al «rosto pálido de la prefectura». Algunos inspectores intentaron por todos los medios ridiculizar

a Bertillon; cuando se descubría el cadáver de alguna persona asesinada o ahogada, llamaban al antiguo escribiente y le rogaban con fingida amabilidad que lo identificase. Les divertía la repugnancia que sentía Bertillon por los cadáveres. Sólo cuando éste consiguió reconocer con sus mediciones y comparaciones a algunas personas asesinadas, en cuya identificación había fracasado la *Sûreté*, la oposición fue cediendo el paso a un reconocimiento respetuoso. Por lo demás, los inspectores seguían burlándose de él. Todo era perfecto —afirmaban— cuando el delincuente había sido detenido con anterioridad; pero, ¿de qué servían las medidas de Bertillon cuando la policía buscaba a un individuo determinado? ¿Era posible detener a todos los sospechosos, hacerlos desnudar y someterlos a las consabidas mediciones?

El propio Bertillon no hizo nada por romper el hielo en este aspecto. Jamás pudo olvidar las burlas. En ningún momento abandonó su ofensiva frialdad. A mediados de 1884, los escribientes estaban ya tan perfectamente adiestrados —gracias a la implacable vigilancia de Bertillon—, que éste podía confiarles, sin temor, la confección de las fichas. Así ganó tiempo para ocuparse en nuevos problemas. Volvió a pasarse las horas muertas en su despacho y a lamentarse por la mala calidad de las fotografías que le enviaba el estudio fotográfico, situado en la buhardilla de la prefectura; eran fotografías de los mismos delincuentes que él medía. Bertillon se procuró un aparato fotográfico y empezó a fotografiar a los delincuentes de acuerdo con sus propios métodos. Después recortaba las fotos y pegaba en papeles docenas de ojos, narices y orejas. Con una constancia y una paciencia infinitas, buscaba nuevos conceptos para definir con exactitud las distintas formas de narices u orejas. Las listas de conceptos se hicieron interminables. Para la nariz existían las definiciones siguientes: en forma de S, aplastada, aguileña, torcida hacia la derecha o hacia la izquierda, aletas salientes o aplastadas, etc. También registraba el color de los ojos y diferenciaba las zonas interior y exterior del iris: pigmentado de amarillo, anaranjado, castaño claro u oscuro, azul pizarroso...

Lo que lo movía a afanarse en sus nuevos descubrimientos eran las preguntas burlonas que le formulaban los hombres de la *Sûreté*; según ellos, era imposible perseguir y detener a un criminal basándose tan sólo en las mediciones, es decir, «con

la cinta métrica en el bolsillo». Una idea nueva se había apoderado de Bertillon, el cual intentaba hallarle una aplicación práctica con una constancia obstinada. Pretendía completar sus fichas de medición con buenas fotografías y descripciones, para que todos los policías pudieran tener una imagen clarísima de un criminal; una descripción que les permitiera detenerlo sin otra ayuda. Después se podría comprobar, recurriendo a la cinta métrica, si el detenido era el hombre buscado. Bertillon buscaba un tipo de fotografía distinto al habitual y capaz de destacar los rasgos invariables o difíciles de transformar en el rostro humano. Llegó a la conclusión de que las fotografías de perfil eran las que mejor cumplían dicha finalidad.

En el transcurso de 1884 identificó a 300 delincuentes que, casi sin excepción, habían conseguido burlar los antiguos métodos de identificación. Tampoco se dio, en todo ese año, ni un solo caso en que se repitieran las medidas de dos delincuentes. No se podía ya negar que el sistema funcionaba. Camecasse empezó a llevar amigos políticos y visitantes extranjeros al despacho de Bertillon para mostrarles el nuevo sistema de mediciones. A finales de 1884 se presentó un inglés, Edmund Spearman, interesado en cuestiones policíacas y muy bien relacionado con el ministerio del Interior británico. Spearman, del que habíamos de tratar más adelante, se mostró tan interesado, que Bertillon perdió por un instante su habitual frialdad y expuso su sistema al inglés, cada vez más entusiasta. Por entonces lo visitó asimismo el director de las cárceles francesas, Hebert. También él vio inmediatamente las posibilidades que se ofrecían de colocar sobre bases seguras el archivo de los presos franceses, tan repleto de nombres falsos y confusiones como el de la policía. Días después declaró a los periodistas que pensaba introducir el sistema de Bertillon en las prisiones francesas. Inmediatamente, todo el mundo quiso saber quién era el tal Bertillon. Al día siguiente, el nombre del antiguo escribiente apareció por primera vez en todos los grandes diarios parisenses. Los titulares decían: «Joven científico francés revoluciona la identificación de delincuentes». «La policía francesa se sitúa, una vez más, a la cabeza de la investigación criminal en todo el mundo». «El genial sistema de mediciones del doctor Bertillon».

De la noche a la mañana, Bertillon se hallaba en camino de convertirse en un grande de Francia. En 1885, la *antropometría*

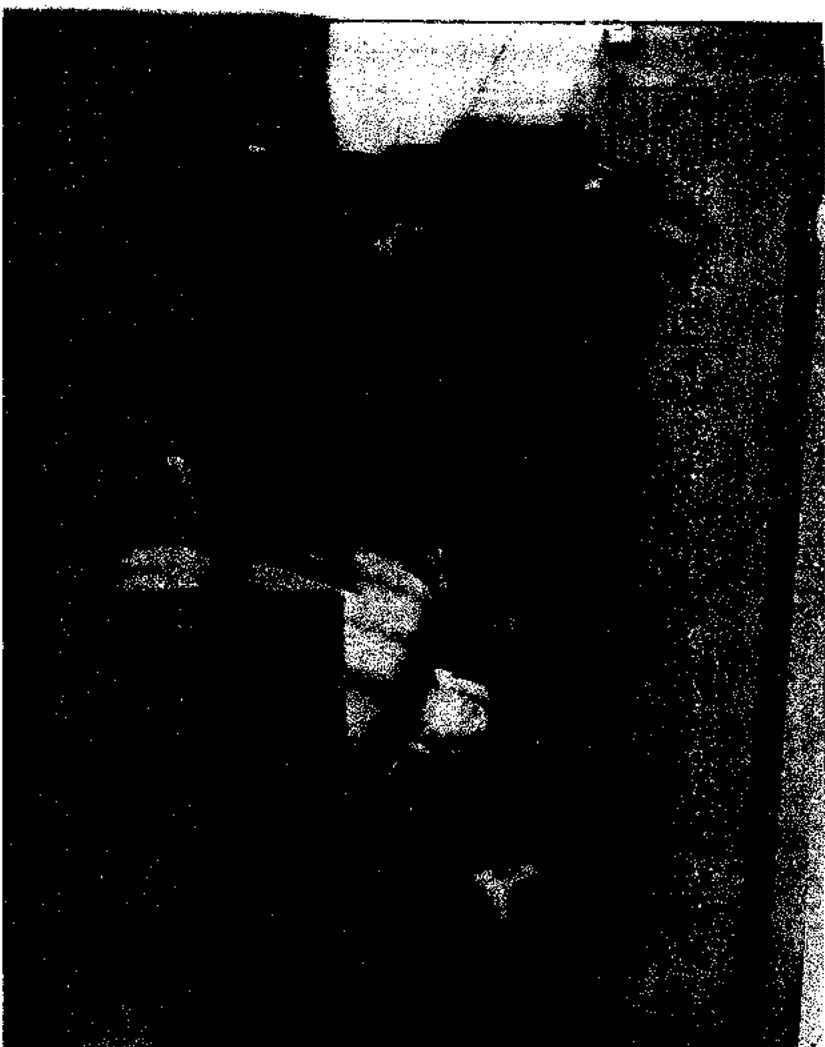
—nombre dado por Bertillon a su sistema— se introducía a marchas forzadas en todas las cárceles francesas. Entretanto, Caméasse se había retirado, y un nuevo prefecto, Gragnon, ocupaba su puesto. Gragnon detestaba a Bertillon, pero se daba perfectamente cuenta de que la antropometría significaba un cambio revolucionario en la policía y las prisiones. Así pues, era imposible oponerse a él. En consecuencia, Gragnon dispuso que las mediciones se introdujeran también en las comisarías provinciales y anunció la fundación de una Oficina Central de Antropometría, a la que se dedicaría lo antes posible un nuevo edificio.

Sin embargo, los planes de Gragnon chocaron con el inmovilismo de la burocracia oficial. En lugar de la construcción de un nuevo edificio, tuvo que contentarse con que le cedieran una serie de estancias, situadas en la buhardilla del palacio de justicia. En invierno hacía más frío y en verano más calor que en la anterior madriguera de Bertillon; los techos se caían a pedazos; las paredes estaban desconchadas; los entarimados, semipodridos. No se podía gastar mucho dinero en reparaciones. Sin embargo, el día 1 de febrero de 1881, Bertillon penetró en la buhardilla con el título de Director del Servicio Policial de Identificación.

El día de la inauguración se reunieron en el local representantes de los ministerios, miembros de la Cámara de Diputados y del Senado, y periodistas. Bertillon escuchó en silencio los discursos, y, tras el último de ellos, se metió en su oficina sin molestarse siquiera en dar las gracias. Era la primera oficina propia de toda su vida. Su absoluta carencia de sentido estético hizo que no percibiera la siniestra falta de gusto con que se había decorado la estancia. El antiguo escribiente poseía, por fin, su propio imperio. Esto era lo importante. En lo sucesivo, cualquier visitante que se atreviera a subir los innumerables escalones que conducían al último rellano, se vería obligado a esperar la venia de Bertillon para entrar en la oficina. Ésta sería la venganza de nuestro hombre por todas las humillaciones sufridas hasta entonces. Sin embargo, a la mañana siguiente los periodistas parisenses crearon un nuevo vocablo, que pronto entraría en la lengua francesa y en otros muchos idiomas: *bertillonage*.

Pierre Brullard escribía: «El *bertillonage*, basado en la medición de distintas partes invariables del esqueleto humano, es

Ya desde sus comienzos, la criminalística se enfrentó con un problema fundamental: la identificación de los delincuentes. Los detectives debían recordar el mayor número posible de rostros de criminales, para lo cual presenciaban cada día, en las cárceles, el llamado *desfilé de los presos* (*défilé*), costumbre que ha sobrevivido, aunque en otras formas (abajo, en 1931, en Estados Unidos).

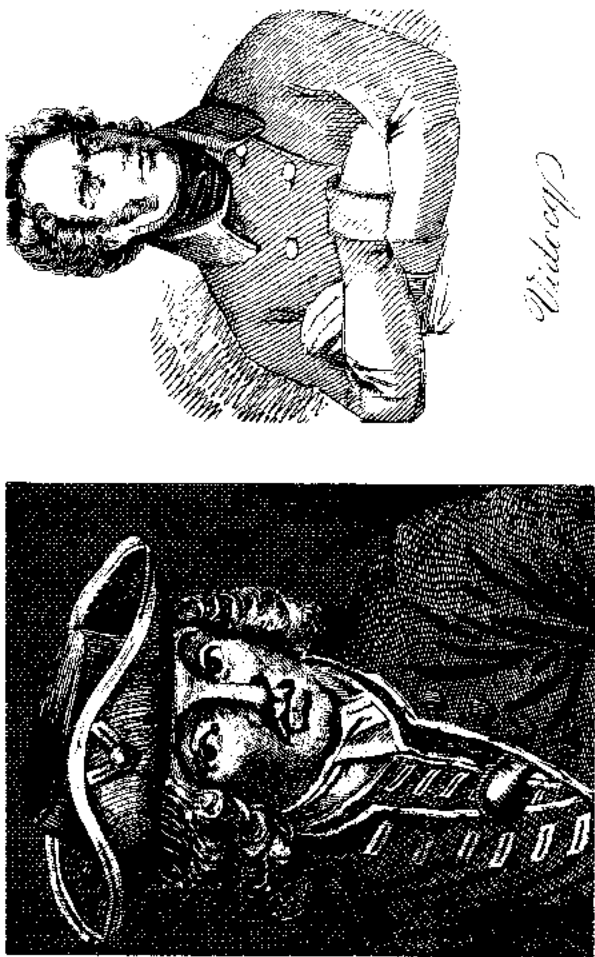


el invento más grande y genial que la ciencia de la investigación criminal ha efectuado en el siglo XIX. Gracias a un genio francés, desaparecerán para siempre los errores de identificación, y, con ellos, los crímenes legales cometidos por causa de identificaciones erróneas. ¡Viva el bertillonage! ¡Viva Alphonse Bertillon!».

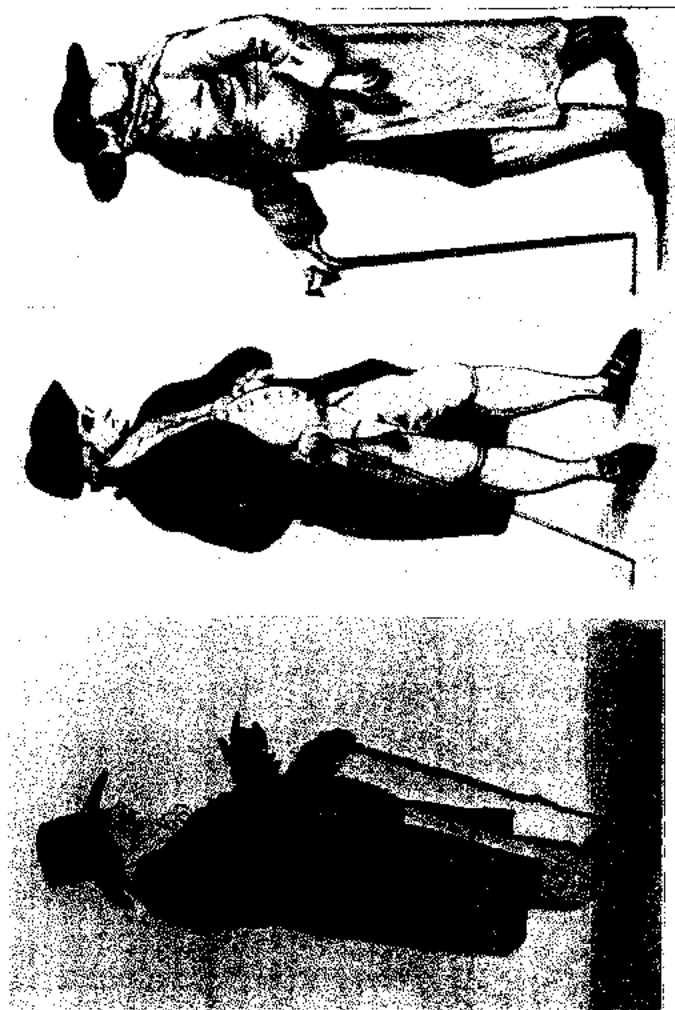
Unas semanas después, Bertillon solicitaba que el estudio fotográfico de la policía pasara a depender del servicio de identificación. Inmediatamente se le concedió lo que pedía. Los fotógrafos intentaron oponerse a la primera orden de Bertillon. Éste les exigía que de cada detenido tomaran dos fotografías: una de frente y otra de perfil; ambas a la misma distancia, con la cabeza en la misma posición y sin cambiar la luz. ¡Qué ofensa para los fotógrafos! Un fotógrafo era un artista, no un técnico. Sin embargo, no tardaron en conocer y temer la cólera de su jefe y su voz apagada y opaca, capaz de helarle a uno la sangre en las venas. Nuestro hombre construyó un sillón especial para que las dos fotografías pudieran ser tomadas sin la menor posibilidad de error. Con una eficiencia febril, las nuevas fotografías se fueron añadiendo a las fichas de medición.

Mientras el archivo se iba acercando ya a la «increíble» suma de medio millón de fichas, Bertillon perfeccionaba su «descripción del delincuente por medio de palabras». Le había costado varios años encontrar las fórmulas adecuadas. Este *portrait parlé*, unido a las fotografías, contribuiría a que los policías tuvieran del delincuente una idea mucho más exacta de lo que jamás hubieran podido imaginar. Bertillon había inventado una serie de conceptos aplicables a todas las características visibles de la cabeza humana. Cada uno de estos conceptos se expresaba mediante una sola letra; una serie de dichas letras —una fórmula— venía a constituir una síntesis de los rasgos más característicos de un individuo. Bertillon empezó inmediatamente el adiestramiento de los funcionarios a su cargo. Tenían que aprender las fórmulas correspondientes a determinados presos que no conocían personalmente; después iban a *La Santé* a presenciar la *parade* de los presidiarios e intentaban identificar a los individuos en cuestión. Bajo la férula del implacable Bertillon, los empleados reconocían a casi todos los presos. Sin embargo, del mismo modo que Gustave Macé había rechazado el método de las mediciones, tampoco faltaron las críticas en este caso: el

3. JÜNGEN THEORWALD. Investigación Criminal



Jonathan Wilde (*arriba, izquierda*), que trató de conseguir la posible alianza con delincuentes, vivió del doble juego entre la policía y sus propios compinches. Eugène François Vidocq (*arriba, derecha*), ex presidiario que, en 1811, fundó la Sureté, policía criminal francesa. El detective Charles Price (*abajo, derecha*), maestro en el arte del disfraz. Lo mismo que la Sureté, Scotland Yard basaba sus primeras identificaciones en la memoria visual. Los primeros criminalistas ingleses, llamados *bow-street-runners* (*abajo, izquierda*), el famoso Peter Townsend, utilizaban toda clase de disfraces para ejercitar su memoria dentro del mundo del hampa.



portrait parlé era un sistema absurdo y excesivamente complicado, que de poco servía a un inspector de policía normal. Sin embargo, esta vez las voces de la oposición no contaban ya para nada. El *portrait parlé* fue introducido sin demora en la policía francesa, como complemento de las fichas de medición y como base de las pesquisas policíacas.

A principios de 1889, Bertillon había alcanzado el pináculo de la gloria. Sólo faltaba un acontecimiento especialmente importante para que su nombre quedara definitivamente grabado en la mente de todos los franceses.

7

El día 11 de marzo de 1892, una fuerte explosión conmovió el Boulevard Saint-Germain. Saltaron las ventanas del edificio número 136, y por ellas salieron grandes nubes de humo. Cuando los bomberos y la policía se personaron en el lugar del suceso, pensaron que se trataba de una explosión de gas. Pero entre los escombros del segundo piso fueron hallados restos de una bomba.

Uno de los inquilinos del inmueble era el juez Benoit, que en mayo de 1891 había presidido un proceso contra un grupo de anarquistas. Así, pues, no cabía duda de quiénes eran los responsables del atentado ni del objetivo que perseguían al colocar la bomba.

Desde 1887, el anarquismo sembraba el terror en Europa. Se trataba de un movimiento socialista radical, integrado por fanáticos exaltados, enemigos de todo orden establecido y de toda forma de gobierno; consideraban que los sistemas políticos existentes eran el principal obstáculo para la instauración de la igualdad social. El día 11 de mayo de 1878, en Berlín, el oficial hojalatero Max Hödel había descargado unos cuantos disparos de revólver contra el emperador Guillermo I de Alemania, aunque sin alcanzarle. El 2 de junio del mismo año, y casi en el mismo lugar —la famosa Unter den Linden—, cayeron sobre el monarca dos perdigonadas que le causaron heridas de consideración en la cabeza y en los brazos. El autor de este segundo atentado era un tal Karl Nobiling, antiguo estudiante de economía política y agricultura, que había trabajado en el Instituto

Sajón de Estadística, en la ciudad de Dresde. Se trataba de un anarquista. Inmediatamente fueron víctimas de atentados semejantes los reyes de España e Italia. El miedo a tales atentados llegó a ser tan grande, que, en Italia, los sesenta y ocho acusados de un proceso político fueron encerrados en jaulas especiales, incluso en la sala del tribunal.

París se había convertido en un centro del anarquismo. Paul Brousse y el príncipe ruso Kropotkin predicaron sus quijotescas ideas en la ciudad del Sena y prepararon el terreno para una serie de fanáticos activistas que daban poca importancia a las teorías y lo habían todo a los atentados contra los gobernantes. En 1892, la agitación anarquista y un importante robo de dinamita efectuado en una cantera de Soiry-sous-Étoilles, habían excitado hasta tal punto los nervios de la población parisense, que la explosión del boulevard Saint-Germain desencadenó una especie de pánico en la Prefectura de policía.

Al principio resultaron infructuosas todas las pesquisas llevadas a cabo para descubrir a los autores del atentado. La inquietud de la población crecía por momentos. Finalmente, el 16 de marzo, un confidente femenino de la *Sûreté* —conocido por X2S1— comunicó algunos detalles interesantes. X2S1 estaba en contacto con la esposa del profesor Chaumartin, que daba clases en la Escuela técnica del suburbio parisense de Saint-Denis. Chaumartin era conocido como anarquista fanático; no se cansaba de dogmatizar sobre la era de la justicia social, que sobrevendría tras la caída de todos los gobiernos. No era considerado como un individuo peligroso, porque, evidentemente, parecía incapaz de andar con bombas por la calle. No obstante, su mujer declaró que Chaumartin había planeado el atentado con el fin de vengar en el juez Benoit la condena de unos compañeros. El autor del mismo había sido, al parecer, un tal Léon Léger.

Chaumartin fue detenido el mismo día. Inmediatamente se derribó y cantó de plano, aunque echó la culpa de todo a Léger. Afirmó que procedía de una localidad cercana a la capital y que se lo habían enviado a él; se le consideraba el terrorista ideal para acabar con todos los jueces enemigos de los anarquistas. Se trataba de un individuo que odiaba a muerte a los ricos y que estaba resuelto a lo que fuera. Por lo demás, era un delincuente buscado por la policía, y el nombre de Léger

debía de ser, naturalmente, falso; por lo general, se hacía llamar Ravachol. El tal Ravachol había cometido también el robo de dinamita en Soiry-sous-Étoilles. Posteriormente, Chaumartin acabó por confesar que la bomba para el atentado del Boulevard Saint-Germain había sido fabricada en el Quai de la Marine, en un inmueble donde se hospedaba Ravachol.

Cuando algunos inspectores de la *Sûreté* llegaron al Quai de la Marine, el sujeto se había esfumado. Sólo había dejado tras él algunos materiales para la fabricación de bombas. Chaumartin fue sometido a nuevos interrogatorios; pero pronto se descubrió que no conocía la nueva residencia de Ravachol. Lo único que se sacó de él fue una descripción del activista. Por lo demás, se trataba de una descripción vaga y poco clara, como todas las de este tipo: Ravachol tenía, aproximadamente, 1,60 m de estatura; era delgado, de rostro amarillento y barba negra. Unas horas más tarde, el nombre de Ravachol aparecía en los titulares de todos los periódicos de París. Centenares de policías seguían a todos los sospechosos y a los desconocidos que tuvieran un aire de misterio. Todas las salidas de la capital fueron vigiladas, así como los ferrocarriles. Los inspectores detenían en la calle a los hombres de tez amarillenta y barba negra. Los anarquistas conocidos fueron apresados. Los conserjes de las casas de vecindad recibieron la orden de dar parte de todos los individuos que respondieran a la descripción de Ravachol. Ninguna de estas medidas dio el menor resultado.

«Francia está en manos de incapaces —escribía «Le Gaulois»— que no saben cómo actuar contra los bárbaros del interior.» El prefecto de policía, Henry Lozet —el cargo había sido renovado una vez más—, pidió ayuda a Bertillon. Fuera de París se realizaron encuestas en todas las comisarías con el siguiente resultado: en Saint-Étienne y Montbrison se conocía a un tipo que había rondado por aquellas localidades y que también usaba el nombre de Ravachol. Sin embargo, su verdadero nombre era François Koenigstein. Había nacido en Saint-Chamond, el día 14 de octubre de 1849; era hijo de un obrero holandés que trabajaba en una empresa metalúrgica de Izieux, y había aprendido el oficio de tintorero. En su casa paterna todos le temían por su ferocidad. Había pegado y amenazado de muerte a su madre; en 1886 abandonó su trabajo para dedicarse al robo y al contrabando. Se le buscaba desde hacía un año como autor de

varios delitos graves. Durante la noche del 15 de mayo de 1895, la tumba del Barón de Roher-Taillier, en Saint-Étienne, había sido profanada. El ataúd apareció abierto; el ladrón había robado una cruz y un medallón, e intentó, en vano, arrancar los anillos de los dedos del cadáver. Existían pruebas de que el profanador había sido Ravachol. El 19 de junio del mismo año fue estrangulado un anciano que vivía solo en una cabaña de los montes Foréz. Habían desaparecido 35 000 francos, que el viejo avaro había ido ahorrando durante toda su vida y que tenía escondidos en la choza. Koenigstein-Ravachol, sospechoso del crimen, fue detenido, pero consiguió soltarse de los policías que lo llevaban y escapar corriendo. Unas seis semanas después, la noche del 27 de julio de 1891, las dos propietarias de una ferretería situada en la Rue de Roanne, en Saint-Étienne, fueron asesinadas a martillazos. El autor del crimen había conseguido un botín de sólo 48 francos. Las sospechas recayeron nuevamente en Koenigstein-Ravachol; pero nadie, hasta el momento, le había echado la vista encima.

Todos estos datos eran interesantes y, probablemente, de gran importancia; pero había una circunstancia que podía ser decisiva: en 1889, cuando en Saint-Étienne acababa de ser introducido el *bertillonage*, fue detenido y medido Koenigstein como sospechoso de complicidad en un robo. El 24 de marzo de 1892, el propio Bertillon tenía en sus manos los datos procedentes de la ficha de Saint-Étienne: Claudius François Koenigstein, alias Ravachol; estatura, 1,663; envergadura brazos, 1,780; perímetro torácico, 0,877; longitud de la cabeza, 0,186; anchura de la cabeza, 0,162; longitud del pie izquierdo, 0,279; dedo medio de la mano izquierda, 0,122; oreja izquierda, 0,098; color del iris del ojo izquierdo, verdemarillento; cicatriz en la mano izquierda, cerca del pulgar.

La parte «descriptiva» de la ficha no era tan extensa como exigía Bertillon, y ello provocó sus iras. Sin embargo, hecha esta salvedad, en sus manos tenía la única descripción exacta que existía del anarquista. Si Koenigstein-Ravachol era el mismo Ravachol de Chaumartin, la policía habría dado un gran paso adelante en la búsqueda del autor del atentado. Si caía en manos de la policía, sería fácil para Bertillon comprobar su identidad, y si Ravachol y Koenigstein eran una misma persona, supondría un rudo golpe moral para los anarquistas; se

podría divulgar a los cuatro vientos que los anarquistas, con sus elevados ideales de reforma social, utilizaban delincuentes profesionales para lograr sus fines.

El 26 de marzo aparecieron en los periódicos los datos personales de Ravachol; el nerviosismo y la confusión llegaron nuevamente al colmo: en «Le Figaro», Albert Milhaud fantaseaba: «¡Ravachol! ¿Quién conoce a Ravachol? ¿Quién sabe qué aspecto tiene? ¿Es un ser vivo? ¿Es un mito? ¿Es un hombre? La policía lo encuentra todo, incluso dinamita. Pero nadie sabe dónde encontrar a Ravachol». Realmente parecía que el tal Ravachol iba camino de convertirse en un mito. Era definido como un idealista, como uno de los miembros fundadores del grupo anarquista «Courtin», como un hombre que luchaba por la libertad de la clase trabajadora...

Precisamente entonces —el domingo, 27 de marzo, poco después de las 8 de la mañana— estalló otra bomba, esta vez en el inmueble número 39 de la Rue de Clichy. Los inquilinos de la casa saltaron de sus camas y pidieron socorro desde las destruidas ventanas; la escalera del edificio se hallaba destruida. Uno de los ocupantes del número 39 de la Rue de Clichy era el fiscal general Bulot, quien más de una vez había actuado de acusador en procesos contra anarquistas. Era indudable que los anarquistas habían dado un nuevo golpe.

Si quedaba alguna duda, ésta desapareció a la mañana siguiente gracias a un artículo publicado en el periódico «Le Gaulois» por el redactor socialista Jarzuel. Éste había recibido una nota en la que un desconocido lo citaba en la Place de la Bastille. El individuo en cuestión —de frac y con sombrero de copa— se había presentado como Ravachol y había ofrecido una entrevista a Jarzuel, siempre que se comprometiera «bajo palabra de honor, a no dar una descripción de su persona». El afán de sensacionalismo pesó más en el ánimo de Jarzuel que la oportunidad de ayudar a la policía. Informó que Ravachol le había dicho lo siguiente: «No somos muy queridos. Pero la gente debería saber que, en el fondo, no deseamos más que la felicidad del género humano. El camino de la revolución es sangriento. Voy a decirle exactamente lo que quiero. En primer lugar, deseamos sembrar el terror entre los jueces. Cuando no existan personas que puedan condenarnos, nuestros ataques se dirigirán contra los financieros y los políticos. Tenemos bastante dina-

mita como para hacer volar por los aires las casas de todos los jueces...».

Una nueva oleada de nerviosismo corrió entre los parisenses. Un muro de personas silenciosas permanecía constantemente ante el edificio de la Rue de Clichy; todo el mundo quería visitar el lugar del último atentado. El primer ministro, Émile Loubet, mantenía un contacto ininterumpido con el ministro de la Guerra y con el prefecto de Policía. Todos los anarquistas extranjeros conocidos fueron expulsados del país. En Roma, Londres, Berlín y San Petersburgo se hablaba de Ravachol. Los periódicos anarquistas lo exaltaban, lo calificaban de héroe y de «invencible».

Dos días después, el martes 30 de marzo, el propietario del restaurante Verry, situado en el Boulevard Magenta, comunicó que en su establecimiento desayunaba un hombre, de unos 30 años, con una cicatriz en la mano izquierda, muy cerca del dedo pulgar. El pasado lunes, el desconocido había conversado con su camarero Lérot y había pronunciado consignas anarquistas. El comisario Dresch y cuatro sargentos llegaron al restaurante precisamente cuando el sospechoso se disponía a salir. Sacó el revólver, pero fue reducido a la impotencia tras una lucha violenta. Camino de la policía, intentó fugarse varias veces, enzarzándose en una lucha brutal con los sargentos en plena calle. Al ser trasladado a la Sûreté, no cesaba de gritar en plena calle:

—¡A mí, hermanos! ¡Viva la anarquía! ¡Viva la dinamita! Cubierto de sangre, fue llevado a Bertillon; pero era absolutamente imposible medirlo y fotografiarlo, porque daba golpes a diestro y siniestro, como un loco. Finalmente, el miércoles se calmó. Su actitud cambió radicalmente y pasó a adoptar la actitud activa del héroe. Se dejó medir y fotografiar por Bertillon en persona. Sus medidas eran las siguientes: estatura, 1,663; convergadura de los brazos, 1,780; perímetro torácico, 0,877; longitud de la cabeza, 0,186; anchura de la cabeza, 0,162; longitud del pie izquierdo, 0,279; longitud del dedo medio de la mano izquierda, 0,122; de la oreja izquierda, 0,098. Ravachol, el «idealista» revolucionario, era Claudius François Koenigstein, y, probablemente, el profanador de tumbas y asesino de Saint-Étienne. Cuando, al día siguiente, se publicó el gran descubrimiento, muchos periódicos de izquierdas reaccionaron con indignación y

burlas sarcásticas. ¿Acaso la policía pretendía hacer creer a la gente que Ravachol era un vulgar delincuente, que había asesinado y robado por afán de lucro? ¿Se pretendía convencer a la población de que el detenido era el auténtico Ravachol? El desconcierto general y el terror ante la posibilidad de que Ravachol siguiera en libertad crecieron hasta lo indecible cuando, dos días antes del proceso —fijado para el día 27 de abril—, estallaba una nueva bomba. Con un estruendo ensordecedor, volaba por los aires el restaurante Very, ante cuya puerta había sido detenido Ravachol. Las paredes se derrumbaron. Entre los escombros aparecieron los cadáveres del propietario y de un cliente.

Sin embargo, las medidas de Bertillon no mentían.

El 27 de abril, Ravachol compareció ante el tribunal por los atentados del Boulevard Saint-Germain y la Rue de Clichy. El anarquista negó que fuera el asesino de Saint-Étienne. Los jueces se hallaban tan influidos y atemorizados por las amenazas de los anarquistas parisienses contra la justicia, que apenas se atrevían a abrir la boca. Sin embargo, el 20 de julio Ravachol comparecía ante el tribunal del departamento de Loire, en Montbrison, acusado de asesinatos y robos cometidos en la región de Saint-Étienne. El presidente del tribunal, Darrigant, procedía de Lyon. Se sentía libre del infierno de terror y coacción que reinaba en París. Cuando Ravachol vio que el juego de la intimidación había acabado, dejó caer la máscara. De una forma brutal, y dando enormes alaridos, reconoció, cínicamente, su anterior existencia como Koenigstein. Confesó la profanación y el robo en la tumba del Barón de Roche-Taillier, así como el asesinato del anciano solitario Jacques Brunel. Fue la confesión de un desquiciado a quien las amenazas de muerte del anarquismo contra los gobernantes y los ricos habían servido como pretexto para sus propios instintos criminales. La madrugada del 10 de julio, cuando el condenado a muerte recorría las calles de París camino del patíbulo, cantaba con voz atronadora: «Si quieres ser feliz, ahorca a tus señores y haz picadillo a los curas.» Sus últimas palabras, junto a la guillotina fueron: «¡Cerdos...! ¡Viva la revolución...!»

Con la noticia del desenmascaramiento de Ravachol, que recorrió todos los países de Europa, cruzó también las fronteras de Francia la historia de su identificación. La policía de todas

las grandes capitales dedicó su atención al *bertillonage*. No parecía existir ya ningún obstáculo para que el sistema de Bertillon iniciase su marcha triunfal por todo el mundo.

8

La Exposición Internacional de Londres de 1884 ofrecía a la curiosidad de los visitantes muchas novedades: grandes y pequeñas, destinadas a tener una larga vida o a ser olvidadas, verdades y curiosas. Entre las más amenas figuraba una instalación en la que todos los visitantes podían hacerse medir, y valorar por tres peniques sus propiedades y cualidades físicas e intelectuales. El portero cobraba el precio de las entradas, y el visitante pasaba a un corredor, a lo largo del cual había una mesa con los diversos aparatos e instrumentos. Un hombre joven estaba a disposición de la gente para someterla a la prueba. Medía la envergadura de los brazos, la estatura, la longitud del tórax, el peso. También comprobaba la fuerza de los músculos de los brazos, los reflejos, la capacidad pulmonar, el sentido de la vista para distinguir los colores, la visión y la función auditiva. Al llegar al final del corredor, el visitante recibía una carta de magnífico aspecto, en la que constaban los resultados del examen. La instalación fue concurrencísima.

De vez en cuando paseaba también por el interior del pasillo un señor muy atildado, de unos 60 años y una cabeza que llamaba la atención: el cráneo, completamente liso, estaba rodeado por una corona de largos cabellos. Se trataba de Sir Francis Galton, uno de aquellos *dilettantes* —¡horrible palabra!— del siglo XIX que tanto contribuyeron al progreso de las Ciencias físico-naturales.

Francis Galton era el hijo de un fabricante acomodado. Había nacido en Birmingham en 1822; estudió la carrera de medicina, pero jamás ejerció su profesión. Muy pronto había empezado a vivir exclusivamente de sus aficiones científicas. Tenía una absoluta independencia económica y había recorrido muchos países. En 1840 había estado en Gliessen para conocer al gran químico alemán Justus Liebig. Después había visitado Budapest, Belgrado, Constantinopla, Atenas, Venecia, Milán y Ginebra. Se trató de un viaje lleno de incidencias y fatigas, en el que había

utilizado un coche de caballos. El recorrido acabó en un derrumbamiento físico y moral (un estado de crisis que, por lo demás, se había producido con alguna frecuencia en la vida de Galton, sin que le impidiera llegar casi a los 90 años de edad).

El mapamundi estaba aún lleno de manchas blancas, de zonas inexploradas. Galton se interesó, pues, por la Geografía. Recorrió Egipto y el Sudán en busca de las fuentes del Nilo. Posteriormente se sintió atraído por los globos. Inició sus viajes desde las islas de Shetland. Apenas terminados estos primeros vuelos, subió a bordo de un gran aerostato y se encaminó al sur de África. Era el año 1850. También le interesaba la Antropología, por lo cual estudió y midió a los bosquimanos y a miembros de otras tribus indígenas. Estos trabajos despertaron en él un interés que jamás desapareció. En su casa de Londres —en el 42 de Rutland Gate— se daban cita geógrafos, médicos, biólogos, antropólogos y filósofos.

Inspirado por la obra de su primo Charles Darwin *El origen de las especies*, que le había descubierto el problema de la herencia, Galton empezó a interesarse por las cualidades físicas e intelectuales transmitidas hereditariamente. Corría la década de los años sesenta. Para descubrir cómo se transmitían dichas cualidades, necesitaba informaciones estadísticas sobre hombres, mujeres y niños, pertenecientes —si ello era posible— a varias generaciones. Año tras año fue recogiendo material, y la divertida instalación de la feria londinense había sido montada con el fin de obtener la mayor cantidad posible de nuevo material. Las copias de los datos suministrados a los visitantes pasaban al archivo de Galton. En 1885, cuando la Exposición cerró sus puertas, Galton estaba tan obsesionado por sus resultados, que no se dio punto de reposo hasta que pudo fundar un laboratorio de mediciones fijo en el famoso South Kensington Museum, de Londres. Hubo un tiempo en que era de buen tono hacerse medir en aquel centro por el sargento Randal, asistente de Galton. Éste consiguió en poco tiempo la fama de ser el especialista más importante de Inglaterra en antropometría.

Esta era la situación cuando, en la primavera de 1888, llegó a Londres la noticia de que Alphonse Bertillon había sido nombrado jefe del Servicio Policial de Identificación. La Royal Institution, una sociedad científica, se interesó por el *bertillonnage*. Pidió a Francis Galton que interviniera en uno de sus famosos

viernes, para hablar del tema. No sospechaba cuál sería el curso de los acontecimientos ni las insólitas repercusiones de dicha invitación.

Galton aceptó y partió inmediatamente hacia París para que Bertillon en persona le informara sobre el método. Sobre esta visita escribió lo siguiente: «Conocí a monsieur Bertillon durante una corta estancia en París, y tuve ocasión de comprobar la eficacia de su sistema. Nada puede superar la minuciosidad y el cuidado de sus subalternos en las mediciones de delinquentes. El método es rápido y exacto. Todo está perfectamente organizado...»

Galton no quería limitarse a informar sobre el descubrimiento de Bertillon. Una vez interesado en los problemas de la identificación, decidió que si quería tratar el tema públicamente, debía hacerlo a fondo. Naturalmente, las cartas que el doctor Faulds y William Herschel habían escrito ocho años antes a la revista «Nature», habían caído en el olvido. Faulds, que trabajaba en Londres como médico forense, había efectuado repetidos intentos para que Scotland Yard y el ministro del Interior dedicaran su atención a la idea de las huellas dactilares. Pero hasta entonces todo había sido en vano. Así, pues, no había tenido más remedio que proseguir sus investigaciones en privado. Sin embargo, la fabulosa memoria de Galton había conservado en algún rincón el recuerdo de las cartas publicadas por «Nature». Escribió a la redacción de la revista y pidió informaciones más detalladas. «Nature» satisfizo inmediatamente sus deseos. Pero la casualidad quiso que el informe enviado a Galton no fuera el de Faulds, sino el de William Herschel, que vivía en Littlemore y había recuperado a medias su salud. También Herschel había continuado sus estudios dactiloscópicos. Cuando Galton se dirigió a él por carta, le hizo abrigar nuevas esperanzas de que su invento tuviera una aplicación práctica. Sin vacilar, remitió a Galton todos sus papeles. Poco después lo visitó y le enseñó la forma de tomar las huellas digitales a una persona.

Y entonces ocurrió algo completamente lógico, si tenemos en cuenta el espíritu abierto de que Galton hizo gala durante toda su vida. Llevaba varios decenios ocupándose en Antropología y Antropometría. Por así decirlo, estaba predestinado a convertirse en partidario de Bertillon. Sin embargo, cuando estudió los documentos de Herschel, comprendió inmediatamente que tenía

en sus manos algo mucho más importante que el *bertillonage*. Indudablemente, el sistema de Bertillon era un progreso. Pero si todo lo que afirmaba Herschel era exacto en sus ideas y en sus resultados, el método de las huellas digitales supondría un progreso aún mayor. Las perspectivas que se ofrecían en este nuevo campo eran imprevisibles.

Galton dio su conferencia el 25 de mayo de 1888; no tuvo tiempo para ocuparse detenidamente del nuevo fenómeno. Sin embargo, durante su charla, aprovechó la oportunidad para manifestar que, además del *bertillonage*, existía otro método de identificación: la dactiloscopia, un método al que sin duda no se había prestado la atención que merecía.

Inmediatamente después de la conferencia, Galton se puso a trabajar. En principio le interesaba comprobar si, en realidad, las huellas digitales se mantenían inalteradas durante toda la vida. La colección de huellas de Herschel, que contenía material recogido durante unos treinta años, parecía suministrar pruebas suficientes de que así era. No obstante, Galton hizo que fueran tomadas huellas de todas las personas que en lo sucesivo visitaran su laboratorio del South Kensington Museum. Sentía que se hallaba en camino de comprobar la existencia de una «nueva maravilla de la especie humana».

El sargento Randal podía seguir midiendo la estatura, la fuerza visual o muscular de los visitantes; lo cierto es que Galton sólo se interesaba por las huellas dactilares. Mandó efectuar ampliaciones fotográficas de cada huella, con el fin de facilitar la comparación. Tres años después, Galton poseía una colección de huellas mucho mayor que la reunida por Herschel en toda su vida. No se dio ni un solo caso de coincidencia. Galton efectuó un cálculo de probabilidades. Según él mismo, existía una probabilidad contra cuatro de que coincidieran las huellas de dos dedos humanos. Si se tomaban las huellas de los diez dedos, la proporción daba una cifra casi inimaginable: 64 000 000 000:1. Comparando la cifra con la población total de la figura, ésta última parecía tan escasa, que prácticamente resultaba imposible una coincidencia de las huellas dactilares de dos seres humanos. Sin embargo, Galton trabajó en otro problema que ni Herschel ni Faulds habían imaginado.

Si las huellas dactilares querían competir con el *bertillonage* como método de identificación, era preciso que los innumerables

dactilogramas pudieran clasificarse de acuerdo con un sistema que permitiera registrarlos y catalogarlos como las medidas de Bertillon. Una vez más, Galton se puso al trabajo con ayuda de un colaborador llamado Collins. Al estudiar trabajos históricos, comprobó con asombro que el problema de la clasificación había preocupado ya a otras personalidades. En 1823, por ejemplo, el checo Johann Purkinje, profesor de Psicología y Patología en Praga, había escrito un libro titulado *Commentatio de examine physiologico organi visus et systematis cutanei*, en el que intentaba ordenar las innumerables formas de las huellas dactilares; éstas le habían llamado la atención en sus estudios de carácter patológico. Purkinje se fijó en muchas formas básicas, que, en su opinión, se repetían una y otra vez: espirales, elipses, círculos, remolinos dobles, franjas inclinadas.

Galton intentó partir de Purkinje para su trabajo. Efectuó nuevas ampliaciones fotográficas de mil huellas y las comparó. Sin embargo, no sacó mucho más en limpio. Evidentemente, Purkinje no era el modelo que había de seguir. Tras nuevos trabajos, Galton creyó haber descubierto sesenta dibujos fundamentales distintos. Completamente agotado, abandonó por unos días toda actividad y dejó reposar el trabajo. Cuando lo retomó, comprobó, con desesperación, que había considerado distintas entre sí algunas huellas idénticas, sólo porque el calor se había repartido de un modo distinto sobre el papel en el momento de tomar la huella. Indudablemente no podía utilizar el mismo método. Era imposible partir de la impresión general que ofrecían los dactilogramas.

Finalmente, tras una infinidad de intentos, Galton llegó a poseer la certidumbre de que existían cuatro tipos fundamentales de huellas dactilares. Constantemente había tropezado con una imagen triangular, que emergía de las líneas papilares. Este triángulo, o delta —llamado así por la forma que tiene dicha letra en el alfabeto griego— podía hallarse a la derecha o a la izquierda de la huella digital. Otras imágenes contenían dos triángulos, y no faltaban las que tenían más de dos. Finalmente, había huellas que se diferenciaban por la ausencia de la delta. Así, pues, los cuatro tipos fundamentales en cuestión eran los siguientes: Sin triángulo, con triángulo a la derecha, con triángulo a la izquierda y con varios triángulos. ¿Acaso esta primera diferenciación no podía servir de base para una clasificación más

completa? Naturalmente, si de cada persona se tomaba una sola huella, sólo cabía la posibilidad de clasificarla en uno de los cuatro grupos fundamentales. Si se destinaba un fichero especial a cada uno de ellos, los cuatro ficheros rebosarían de papeles a los pocos días. Ahora bien: si de cada persona se tomaban dos huellas y éstas quedaban impresas en una sola ficha, se daban $4^2 = 16$ posibilidades de combinación. Si se tomaban las huellas de los diez dedos, resultaban 1 048 576 posibilidades de combinación con los correspondientes grupos distintos.

Galton no cabía en sí de gozo. ¿Podía considerarse definitivamente resuelto el problema de la clasificación de las huellas? ¿No era conveniente comunicar lo antes posible al público que se había hallado una solución? En 1891 envió un informe a «Nature». En él, Galton hablaba del gran reconocimiento que debía a William Herschel. El artículo no tuvo mucha resonancia —si exceptuamos el hecho de que Faulds entró de nuevo en escena y comunicó que era él y no Herschel el descubridor de las huellas dactilares como método de identificación—. Sin embargo, Galton prestó tan poca atención a las declaraciones de Faulds como los restantes lectores de la revista. Los problemas de la prioridad en un descubrimiento no cabían en su mundo de ideas. Todos sus pensamientos se hallaban orientados al tema mismo del trabajo. Lo demás no le importaba. Galton estaba trabajando ya en un libro, que se ocupaba exclusivamente en la dactiloscopia como sistema de identificación. Lo acabó en 1892, y apareció ese mismo año con el título *Fingerprints*. Necesariamente había de corresponderle un papel decisivo en el escenario de nuestra historia

9

Por las mismas fechas en que salía a la venta el libro de Galton, dos imponentes edificios de frontones puntiagudos y torres se elevaban a orillas del Támesis. Eran la sede de New Scotland Yard, cuartel general de la policía londinense.

En esta época, Scotland Yard no podía vanagloriarse de poseer una tradición tan dilatada como la Sûreté de París, que contaba con unos ochenta años de historia. En 1829, los dos primeros *commissioners* de la policía de Londres, Mayne y Rowan,

tenían sus oficinas en unos inmuebles muy viejos, que pertenecían al antiguo palacio de Whitehall. Posteriormente, la policía londinense ocupó otra construcción que antes había servido de residencia a los príncipes escoceses cuando visitaban Londres. De ahí procede el nombre de Scotland Yard, que durante tantas décadas ha servido para definir a la policía inglesa.

Si la tradición de la policía británica era inferior a la de la francesa, ello obedecía a bien fundadas razones. Las ideas británicas sobre las libertades burguesas —que muchas veces se nos antojan exageradas o afectadas a los observadores extranjeros— fueron la causa de que la opinión pública viera en toda forma de policía una amenaza contra dichas libertades. Esta situación se mantuvo hasta que la ciudad de Londres —en la década de los años treinta— se había convertido en un hervidero de crímenes y violaciones de todas las leyes. Por respeto a las ideas de libertad de sus ciudadanos, Inglaterra había pasado unos siglos sin poseer un fiscal general ni una policía propiamente dicha. Se sustentaba el punto de vista de que el orden y la propiedad debían ser garantizados por los propios ciudadanos. Esta opinión estaba probablemente justificada mientras los ciudadanos estuvieran dispuestos a ocupar el cargo de juez de paz —no retirado— y a ejercer servicios de tipo policial en apoyo de dicho juez. Sin embargo, no había nadie que estuviera dispuesto a efectuar tales servicios. Los ciudadanos nombraron a sus representantes y les pagaron por ello. Al principio se decidieron por los policías más baratos que pudieran emplearse: inválidos, vagabundos e incluso ladrones. Muchos jueces de paz utilizaron además su puesto para amasar una fortuna mediante el soborno y el encubrimiento. Inglaterra no tuvo jamás un Vidocq. En lugar de un hombre entregado a su trabajo como el francés, las inevitables relaciones con el mundo del crimen dieron origen a la aparición de unos personajes mucho más macabros, los *common informers* (confidentes o delatores) y los *thief-takers* (gente que captura ladrones). Estos siniestros personajes se llamaban a sí mismos *detective*. Actuaban por ambición de lucro, por ansia de aventuras o de venganza. Y, cuando facilitaban la captura y condena de un ladrón, eran recompensados por el municipio con una parte de las indemnizaciones impuestas; si se trataba de un asesino o de un bandido, recibían la correspondiente recompensa.

Cualquier persona podía ejercer la «profesión» de *informers*, capturar delincuentes, llevarlos ante el juez de paz y acusarlos. Si la sentencia era condenatoria, el delator recibía su premio; a menudo se trataba de simples venganzas entre miembros de la misma profesión.

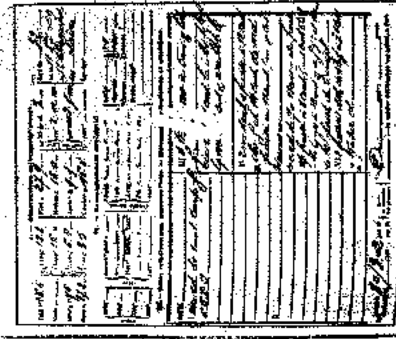
Cualquier persona podía considerarse *thief-taker* y entregar a la ley rateros, ladrones y asesinos. El delator creía haber hecho todo lo necesario cuando conseguía la sentencia más dura. Existían unos doscientos delitos —la mayoría, de escasa importancia— castigados con la pena de muerte. Las cárceles eran simples lugares de tránsito hacia la horca o la deportación a las colonias.

El premio que el Estado y la comunidad ofrecían al *thief-taker* era 40 libras por la acusación de un ratero; además, el delator se quedaba con las armas, el caballo y todos los bienes del condenado. El «premio de la traición» era el acicate que movía a todos estos «detectives», y la consecuencia de tales procedimientos era, naturalmente, una corrupción sin límites. Los *thief-takers* inducían al delito a muchachos inexpertos y después los delataban para cobrar la recompensa. Con frecuencia ofrecían la restitución de objetos robados a cambio de una prima equivalente al precio de los mismos. Después, naturalmente, se repartían la prima con los ladrones, siempre que el ladrón no fuera el propio *thief-taker*, cosa que ocurría con frecuencia. El más famoso representante de tan extraño gremio fue Jonathan Wild, educado en la estafa y el robo; fue el organizador de toda el hampa londinense y precursor de los *gangsters* norteamericanos. Wild se dio a sí mismo el título de *Thief-taker General of Great Britain and Ireland*; llevaba siempre un bastón con puño de oro y poseía un *Thief-taker Office* en Londres, así como una casa de campo con numerosa servidumbre. Entregó a los tribunales y a la horca unos cien delincuentes; siempre, desde luego, a todos aquellos que no habían querido entrar en su propia organización. En 1725 fue ahorcado él mismo en Tyburn, convicto de robo.

Tuvieron que pasar aún veinticinco años para que un juez de paz londinense se dedicara seriamente a poner coto a tanta delincuencia. Se trataba de Henry Fielding, un escritor que había escrito un mordaz libelo contra Jonathan Wild. Fielding estaba gravemente enfermo, pero poseía una fuerza de voluntad

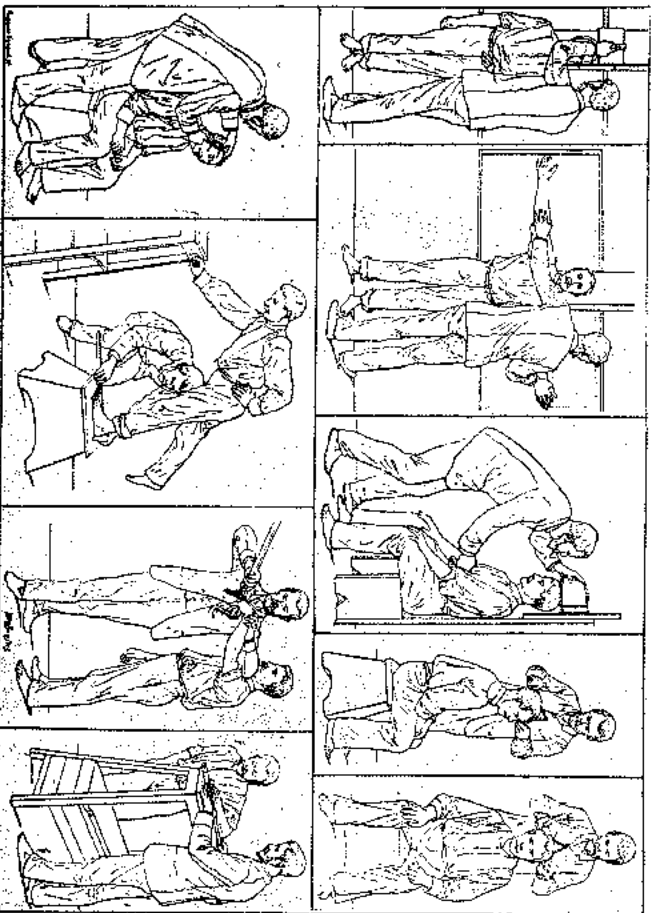


Entre 1891 y 1892, un anarquista apodado «Ravachol» sembró el terror en la capital francesa. Tras su espectacular detención (*arriba*), Bertillon, gracias a la antropometría, ideada por él, pudo identificarlo con el asesino Koenigstein. Con ello se inició la marcha triunfal del *bertillonage* por todo el ámbito europeo. (*Abajo*, ficha policiaca de Ravachol.)





Alphonse Bertillon (*izquierda*), a quien, por compasión, le fue concedido un empleo de escribiente en la prefectura de París, fue el primero en introducir los métodos científicos en la criminalística. Aprovechó los conocimientos de antropología y estadísticos, según los cuales las medidas de un cuerpo humano nunca coinciden totalmente con las de otro, y se dedicó a tomar las medidas de los delincuentes (*abajo*), medidas que pasó luego a fichas, ordenadas de forma que se pudieran localizar con facilidad. Aunque el procedimiento era lento y fatigoso y exigía que las medidas tuvieran precisión milimétrica, resultaba mucho más eficaz que todos los sistemas de identificación anteriores.



indomable. Siendo juez de Westminster, veía crecer, ante su impotencia, el número de crímenes hasta extremos insólitos. Sin embargo, poseía la decisión y la fuerza de convicción suficientes como para hacer ver al ministro del Interior que Londres se hallaba en camino de convertirse en un baldón para todo el mundo civilizado. Era la única ciudad del mundo sin policía. Inmediatamente, Fielding obtuvo fondos del Secret Service, con los cuales pudo pagar a una docena de ayudantes. Si les daba un uniforme, corría peligro de propagar una verdadera revolución. Se limitó a ponerles un chaleco rojo, bajo el cual llevaban una pistola. El juzgado de Fielding estaba situado en la Bow Street; de ahí que sus hombres recibieran el nombre de *Bow-Street-Runners*. De un modo inesperado, y sin saberlo ellos mismos, se convirtieron en la primera brigada criminal del mundo. Fielding les pagaba una guinea semanal. Sin embargo, cualquier ciudadano que necesitara protección o quisiera poner en claro algún delito, podía alquilar a los *Runners* por una guinea diaria. En un cuarto de hora estaban dispuestos para emprender cualquier acción.

Los métodos empleados no se distinguían mucho de los de Vidocq. Los *Runners* visitaban, disfrazados, las guaridas de los delincuentes, pagaban espías y confidentes, grababan en su memoria las caras de los criminales, poseían la capacidad de aceptar pacientemente y no carecían de valor y arrojo. El más famoso de todos ellos fue Peter Townsend, que trabajó una temporada como guardia secreto del rey Jorge IV. Otros nombres que han pasado a los anales de la investigación criminal son los siguientes: Joseph Atkin, Vickery, Ruthvan y Sayer. Lo que no dicen los anales es cómo los *Bow-Street-Runners* consiguieron amasar respetables fortunas: Townsend dejó 20 000 libras esterlinas, y Sayer, 30 000. Por lo demás, era un secreto a voces que no desdenaban aplicar algunos de los procedimientos de Jonathan Wild. Los bancos asaltados renunciaban a la persecución de los ladrones; recurrían a los *Bow-Street-Runners* para hacerse restituir lo robado a cambio de elevadas gratificaciones (a los *Runners* y a los asaltantes). Les parecía más seguro recuperar por lo menos una parte de lo robado, que ver ante los tribunales a un reo y perder todo el botín; pobre compensación que, además, podía hacerse esperar interminablemente. Los *Runners* se embolsaban también «premios a la traición». Algunos no tenían

escrúpulo alguno en llevar ante los tribunales a un inocente, si los verdaderos culpables pagaban bien.

Sin embargo, en una época en la que nadie podía sentirse seguro de sus propiedades ni de su vida, era mejor tener *Bow-Street-Runners* sobornables que no tenerlos. Y Henry Fielding, a pesar de los ayudantes sobornables, consiguió algunos triunfos que sorprendieron a su época. La razón de tales éxitos se debió, en gran parte, a un intento de confeccionar, como Vidocq, un fichero con todos los delincentes conocidos. Además, mantenía correspondencia con jueces de paz de toda Inglaterra sobre cuestiones referentes a la búsqueda de ladrones y asesinos, y publicó en los periódicos listas de delincentes buscados por la policía.

En 1754 murió Fielding y fue sustituido por su hermano John, que era ciego. No obstante, la Historia —o la leyenda— cuenta que al final de su vida (murió en 1780) sabía distinguir por la voz a tres mil delincentes. John Fielding creó patrullas de a pie y escuadras montadas, destinadas a limpiar las carreteras del país. Los guardias montados no duraron mucho tiempo, porque Fielding dejó de poseer los recursos económicos suficientes para pagarlos. En cambio, la institución de los *Bow-Street-Runners* se mantuvo muchísimo tiempo: durante noventa años fueron los únicos policías de todo Londres. Su número jamás pasó de quince. A la larga estaban condenados a una ineficacia absoluta. En 1828 había distritos londinenses en los que se podía robar y saquear a la luz del día. Por cada 822 habitantes había un delincuente. Unas treinta mil personas vivían exclusivamente del robo y el atraco.

La situación era tan indescritible, que Robert Peel, ministro del Interior, acabó por tomar una decisión radical y hacer frente a la opinión pública, opuesta a la existencia de policías. En la Cámara de los Comunes se desencadenó una encarnizada lucha; sin embargo, el 7 de diciembre de 1829, mil policías vestidos de frac azul, con pantalones de lino grises y sombrero de copa negro, llenaron las calles de Londres y se encaminaron a los nuevos puestos de policía, distribuidos por toda la ciudad. Los sombreros de copa estaban destinados a convencer a los londinenses de que no eran soldados, sino ciudadanos, los que se encargaban de protegerlos. Pese a todo, los sobrenombres burlescos y ofensivos con que fueron conocidos —*peelers*, *coppers* o *bobbies*— se conservaron durante varios decenios.

La policía de Peel no hizo más que restablecer la seguridad en las calles de Londres. A los pocos años se vio que los policías uniformados y fácilmente identificables no estaban en condiciones de combatir eficazmente el crimen, y mucho menos de esclarecer los delitos cometidos. La oleada de crímenes sólo retrocedió en apariencia. Los bandidos y ladrones dejaron de actuar a la luz pública, pues siguieron operando desde sus guaridas, utilizando mil formas distintas de burlar cualquier vigilancia. Lo único que se oponía al mundo del hampa era el ridículo puñado de *Bow-Street-Runners*, cansados, más corruptos que nunca y objeto de frecuentes burlas por parte de periodistas y caricaturistas.

Fueron precisos algunos crímenes, realmente brutales, para que el ministro del Interior, que se hallaba en funciones en 1842, tuviera el valor de dar un paso más: doce policías abandonaron el uniforme y se convirtieron en detectives. Se instalaron en tres pequeñas habitaciones de Scotland Yard. Algunos pasaron a la historia: Field, Smith, Jonathan Whicher. El escritor Charles Dickens immortalizó sus hazañas: en 1850 escribió la primera novela policiaca inglesa de importancia, *Bleak House*. El protagonista es un detective de Scotland Yard, el inspector Bucket. El modelo de este personaje novelesco era el inspector Field. Por primera vez en la literatura inglesa, un personaje de ficción se presentaba con estas palabras: «Soy Bucket, de los detectives. Soy un *detective officer*» (un hombre que busca e investiga). La palabra *detective* se convirtió en un concepto para definir a las personas ocupadas en la investigación criminal, y así inició su camino en el mundo.

Sin embargo, en la práctica, las cosas no cambiaron mucho. La retribución de los nuevos detectives era más elevada que la de los *Bow-Street-Runners*, y, lógicamente, disminuía la posibilidad de corrupción. No obstante, los ciudadanos particulares seguían teniendo la facultad de contratar a un detective. Semejante concesión pretendía una vez más hacer frente a la desconfianza de la opinión pública inglesa, que volvió a ponerse sobre aviso. ¿Acaso la policía de dicho país no era, en realidad, una institución para espiar a todos los ciudadanos? Estas suspicacias no hacían más que dificultar el enfrentamiento de los detectives con el mundo del hampa. Les ponían trabas que no existían en

Francia, y los criminales se beneficiaban de la situación. Los detectives no podían detener a nadie sin tener antes en sus manos una serie de pruebas fehacientes contra el supuesto delincuente. Tenían prohibido inducir a nadie a declaraciones comprometedoras. Estaban obligados a comunicar a todos los sospechosos que las declaraciones que hicieran podían ser usadas contra ellos. No es de extrañar, pues, que su trabajo no fuera tan eficaz ni tuvieran tan brillantes resultados como el de los franceses. El inspector Jonathan Whicher fue víctima de la opinión pública, hostil a la policía, cuando el día 15 de julio de 1860 fue llamado a Troxbridge (Somersetshire) para esclarecer un caso de asesinato.

Dos semanas antes, el 29 de junio, fue hallado el cadáver de un niño de 3 años asesinado en la casa de campo Road Hill House. Era el hijo menor de Samuel Savile Kent, inspector de fábricas, que habitaba en aquella hacienda con su segunda esposa, tres hijos de su primer matrimonio y otros tres habidos en sus segundas nupcias. El niño asesinado, Savile, era uno de estos últimos, el favorito de Samuel Kent y de su segunda mujer. Una noche desapareció de su cunita y fue hallado en un retrete del jardín con la garganta seccionada por una navaja. La policía local, al mando del superintendente Fowley, tan obtuso como ávido de conseguir alguna notoriedad, parecía incapaz de solucionar nada. Más aún: Fowley había hecho cosas que unos decenios más tarde habrían parecido inconcebibles e incluso delictivas. Por ejemplo había encontrado un camión de mujer —o de muchacha— en un barreno y no lo había puesto inmediatamente a buen recaudo, sino que mandó hacerlo desaparecer; además, hizo lavar la huella sangrienta de una mano, visible en una ventana. Todo ello lo hizo «para no asustar a la familia». Finalmente, para que no se dijera que no había hecho nada positivo, mandó detener a la niñera, Elisabeth Gough. Pero Elisabeth fue puesta en libertad, porque no existía la menor sospecha contra ella.

Cuando Whicher llegó a Troxbridge, Fowley lo recibió lleno de hostilidad. No le dijo nada del camión ni de la mano. El trabajo de Whicher se caracterizaba por el uso de los recursos y métodos típicos de los primeros detectives ingleses. No tenía la menor idea de los métodos científicos que impondría la investigación criminal en los años venideros. Sólo contaba con tres

armas: capacidad de observación, conocimiento de las personas y habilidad combinatoria. A los cuatro días, Whicher estaba convencido de que sólo una persona podía ser culpable: Constance, una de las hijas del primer matrimonio de Samuel Kent. Era una muchacha de 16 años, insatisfecha y llena de odio hacia su madrastra por creerse postergada y tratada sin las debidas consideraciones.

En la opinión de Whicher, Constance había asesinado a su hermanastro, favorito de su padre y de su madrastra, con la intención de vengarse de ellos. Por otra parte, el crimen no pudo realizarse sin que quedaran huellas en el camión de la muchacha. Cuando Whicher descubrió que uno de los tres camiones que poseía Constance había desaparecido, solicitó permiso para detener a la muchacha.

La consecuencia inmediata fue una oleada de indignación pública.

A los pocos días, la muchacha fue puesta en libertad ¡Qué desfachatez! ¡Atreverse a acusar a una niña del asesinato de su hermanito indefenso! ¡Qué alma tan hedionda la de un hombre capaz de urdir semejante acusación! Whicher fue objeto de las más terribles difamaciones; Richard Mayne, uno de los dos *commissioners* de la policía londinense, destituyó ipso facto a Whicher para impedir que la indignación general las tomara con toda la policía. Sin embargo, cuatro años después, en 1864, Constance Kent confesó que había asesinado a su hermanastro. Móvil del crimen: causar un disgusto a sus padres.

En ese mismo año —1864—, la opinión pública se mostró dispuesta a homenajear a otro de los primeros detectives, Dick Tanner —¡oh, veleidad de la naturaleza humana!—, porque había conseguido poner en claro el primero de los asesinatos cometidos en los ferrocarriles británicos. El 9 de julio de 1864, un desconocido asesinó a Briggs, empleado de banca, en un departamento del North London Railway, y arrojó el cadáver por la ventanilla del tren en marcha. El asesino robó un reloj de oro con su cadena, unas gafas con montura de oro y —cosa curiosa— el sombrero de la víctima. Dejó en el departamento su propio sombrero. Se ofrecieron enormes recompensas y se publicaron artículos sensacionalistas. A los once días, el detective Tanner dio con un joyero al que había acudido el asesino con el fin de cambiar por otro reloj el reloj y la cadena robados. El estuche

en el que iba el reloj cambiado puso al detective sobre la pista de un sastre alemán llamado Franz Mueller, que vivía en Londres. Había regalado el estuche a un niño amigo suyo. El sombrero abandonado en el lugar del crimen resultó ser el de Mueller. Una carta del susodicho Mueller a su patrona indicaba que se encontraba ya camino de Norteamérica, a bordo del velero «Victoria».

El 20 de julio, con la orden de detención en el bolsillo y algunos testigos importantes Tanner embarcaba en el vapor «City of Manchester». El vapor era más rápido que el «Victoria», y llegó a Nueva York dos semanas antes que el velero. Finalmente, cuando el «Victoria» entraba en el puerto, un grupo de curiosos le salieron al encuentro en un bote y, al acercarse, gritaron: «¿Cómo te va, asesino Mueller?»

El 16 de septiembre, Tanner estaba de nuevo en Londres con el detenido. Mueller fue ahorcado dos meses más tarde. En los últimos momentos, poco antes de su muerte, confesó su delito.

Sin embargo, estos éxitos espectaculares no ayudaron a la policía londinense. En 1869, al ocupar su cargo un nuevo jefe de policía, Edmund Henderson, declaró: «Grandes dificultades se oponen al desarrollo del sistema detectivesco. La mayoría de los ingleses lo consideran con desconfianza; es completamente extraño a las costumbres y sentimientos de la nación. Los detectives se ven obligados a trabajar en secreto.» Sin embargo, fue el propio Henderson quien aumentó hasta 24 hombres la sección detectivesca de Scotland Yard y confió el mando de la misma al superintendente Williamson, antiguo ayudante de Jonathan Whicher.

Williamson, llamado «El filósofo», efectuó el primer intento de organizar a todos los detectives, que trabajaban sin orden ni concierto. La deportación de criminales a las colonias había caído en desuso unos cincuenta años atrás. Tras purgar sus delitos en cárceles inglesas, recobraban la libertad. Fuera de toda vigilancia, la mayoría de ellos volvía a sus primitivas «ocupaciones». En 1871, el Parlamento se disponía a promulgar una ley que prescribía el registro de los delincuentes habituales con ayuda de fotografías y descripciones personales. Sin embargo, el fichero pasó en seguida de las manos de Scotland Yard al Ministerio del Interior, entró en los engranajes de la burocracia y perdió todo valor práctico. Por ello, Williamson decidió que Scotland Yard

volviera a confeccionar un fichero propio. No obstante, ocho años después, cuando empezaba a ver los primeros frutos de su trabajo, Scotland Yard (nombre que se aplicaba a la sección de detectives) recibió un rudo golpe. Se descubrió que tres de los más antiguos y prestigiosos funcionarios de Williamson —Melklejohn, Druscovich y Clarke— se habían dejado sobornar por estafadores.

El «escándalo de Scotland Yard» trajo consigo un nuevo alud de desconfianza. Ante la alternativa de sucumbir o afirmarse, Scotland Yard recibió, finalmente, una organización sólida. Al frente de la misma fue colocado un abogado amigo de las innovaciones, llamado Howard Vincent. Inmediatamente se dirigió a París para estudiar de cerca la Sûreté. Captó y estudió todo lo que, de acuerdo con las circunstancias del momento, podía ser estudiado y captado. El grupo, aún disperso, de los detectives británicos, fue convertido por él en una sección de investigación criminal, destinada a configurar la futura fisonomía de Scotland Yard. Una de sus primeras innovaciones fue la organización de un puesto de vigilancia y observación para los criminales. Siguiendo el ejemplo de Macé, Vincent empezó a reunir una colección de fotografías y las clasificó en «álbumes de delincuentes». Tres veces por semana enviaba treinta detectives a la prisión de Holloway con el fin de estudiar los rostros de los presos recientes e intentar descubrir en ellos caras conocidas. Los éxitos fueron cada vez más frecuentes. Sin embargo, Scotland Yard seguía teniendo una reputación pésima, como nos lo demuestra la siguiente anécdota, ocurrida al superintendente Williamson. Una vez, Williamson dirigió la palabra a un señor desconocido que le pareció idéntico a uno de los antiguos miembros de Scotland Yard, y le preguntó: «No lo conozco a usted? ¿No ha estado usted con nosotros?» La respuesta que recibió fue la siguiente: «No, a Dios gracias; aún no he caído tan bajo...»

En 1884, un hombre nuevo James Monro, que había trabajado muchos años en la policía británica de la India, ocupó la jefatura de la Sección de Investigación Criminal. También él pudo comprobar que Scotland Yard no pisaba aún terreno firme. Del 6 de agosto al 9 de noviembre de 1888, los horrendos crímenes de un asesino desconocido sembraron el pánico en toda Inglaterra. El mismo día, 6 de agosto, en los oscuros callejones del barrio londinense de Whitechapel apareció el cadáver de Martha Turner,

prostituta de 35 años. Tenía la garganta seccionada por una navaja. El 31 de agosto fue asesinada Ann Nicholls, otra prostituta. A estos dos crímenes siguieron otros cuatro: el 8 de septiembre fue asesinada Annie Chatman; el 30 de septiembre, Elizabeth Stride y Katherine Eddowes, y, finalmente, el 9 de noviembre, Mary Kelly. Todas las víctimas vivían de la prostitución, y todas ellas aparecieron degolladas, algunas con tanta brutalidad, que la cabeza estaba casi separada del tronco. No contento con ello, el asesino, ávido de sangre, había arrancado órganos enteros del cuerpo de las víctimas. El procedimiento utilizado para cortar revelaba ciertas nociones de cirugía. Todos los crímenes fueron cometidos de noche, entre las 11 y las 4, y exclusivamente en los distritos urbanos de Whitechapel, Spitalfield y Stepney. A pesar de que Charles Warren, jefe de policía, mantuvo ininterrumpidamente patrullas de vigilancia en aquellos barrios, y aunque todos los funcionarios de Scotland Yard se pasaban las noches sin pegar un ojo, el asesino no aparecía. «Jack the Ripper» (Jack el Destripador), nombre dado al maníaco criminal, se convirtió en un símbolo de terror y angustia. La indignación contra la ineficacia de la policía adquirió unas proporciones jamás vistas. Warren, antiguo militar y aventurero en África, se vio obligado a dimitir. Sin embargo, ni el nombramiento de Monro como jefe superior de policía, ni el de Robert Anderson —brillante abogado— como jefe de la Sección de Investigación Criminal, permitieron dar un solo paso más en la búsqueda de Jack el Destripador. Después de la muerte de Mary Kelly, los asesinatos cesaron de pronto y... jamás se pudo descubrir el misterio. Los asesinatos fueron atribuidos a un maníaco que quiso vengarse de todas las prostitutas, por padecer una infección venérea. Al parecer, el susodicho paranoico se suicidó el 9 de noviembre. La tesis más probable es que se tratara de un médico militar ruso que, en 1888, trabajaba cerca de los barrios del este de Londres y que era conocido con varios nombres: Pedachenco, Konovalov, Ostrog. Procedía de París, ciudad que había abandonado porque la policía tenía sospechas de que había asesinado a una grisette parisense utilizando el mismo procedimiento bestial que empleara Jack el Destripador. El ruso desapareció inopinadamente de Londres y acabó sus días en un manicomio de San Petersburgo, tras haber asesinado a una mujer en 1891.

Es muy probable que la indignación pública londinense fue-

ra justificada. Sin embargo, las acusaciones hubieran tenido que dirigirse en parte a los propios habitantes de la ciudad. ¿Acaso los crímenes de Jack el Destripador no demostraban, de un modo horrendo, adónde podía llevar la defensa obstinada de muchas libertades personales? ¿Acaso no era excesiva la libertad de movimientos del individuo, en perjuicio de la comunidad y la posibilidad de cambiar de nombre a voluntad? ¿No tenían razón los periódicos parisenses al afirmar —llenos de orgullo nacional— que Jack el Destripador no habría podido actuar en París, ni habría tenido la posibilidad de asesinar impunemente durante tantas semanas?

Sea como fuere, los crímenes de Jack el Destripador seguían pesando sobre Londres cuando Francis Galton consultaba en su laboratorio sus mil fichas con dactilogramas. El siniestro personaje no había sido aún olvidado en 1892, cuando Galton publicó su libro *Fingerprints*. A pesar del prestigio de Galton, el nuevo sistema de identificación tardó más de un año en llamar la atención del Ministerio del Interior. No obstante, 1893 llegó todavía a tiempo para «enarbolar la bandera de las huellas dactilares y trabar una lucha decisiva y de importancia histórica». Así se expresaba sobre la situación existente en Inglaterra un contemporáneo.

10

Desde su primera visita a Bertillon —en 1887—, Edmond Spearman no cesó de enviar informes e insistir personalmente para que el Ministerio del Interior adoptara el *bertillonage*. Contó, además, con un aliado en el doctor J. G. Garson, el ambicioso vicepresidente del Instituto Antropológico londinense.

Para Spearman, la lucha por el *bertillonage* se había convertido en una especie de cruzada. Conocía muy bien los métodos de identificación usados por Scotland Yard. Se los describió al ministro del Interior con los colores más sombríos; y la verdad es que la situación no podía ser más sombría.

Las listas de delincuentes profesionales y de los presos libertados —actualizadas cada fin de año por el ministro del Interior— tardaban al menos nueve meses en llegar a manos de la policía. Los acontecimientos, como es lógico, rebasaban siem-

pre las posibilidades de los pobres policías. Las descripciones personales eran de una superficialidad tan lamentable como lo habían sido antes en Francia. Sólo en casos excepcionales se mencionaban las señas particulares de un individuo. La indicación solía ser, en tales casos, del tenor siguiente: «Tatuaje en el anular izquierdo». En aquella época, el tatuaje estaba de moda, y la indicación correspondía a centenares de sospechosos. Los «álbumes» de Scotland Yard habían sufrido la misma suerte que los antiguos ficheros parisienses. Acabaron por almacenar unas 115 000 fotografías. Los funcionarios habían hecho lo imposible por clasificarlas, pero el caos acabó siendo tan enorme como en París. Los empleados del Convict Supervision Department, en Scotland Yard, empleaban a menudo días enteros para hacerse con la ficha de un solo delincuente. En un solo día del año 1893 —por ejemplo—, veintinueve empleados buscaban afanosamente en los «álbumes» para dar con la identidad de veintisiete detenidos. Se pasaron cincuenta y siete horas trabajando y sólo encontraron las fotografías de siete. Indudablemente, era un derroche innecesario de energías y tiempo. La situación no era mejor en el aparato de identificación de las cárceles. En la prisión de Holloway se presentaban tres veces por semana los treinta policías para buscar caras conocidas. Poco habían cambiado las cosas en cincuenta años; medio siglo antes, los aspirantes a detectives recibían siempre la misma lección: «Conoce a los bribones, hijo mío, conoce a los bribones...». Los policías, en una de sus visitas, solían identificar a unos cuatro detenidos. Cada identificación costaba noventa horas de trabajo, y muchas eran erróneas.

El libro de Galton, *Fingerprints*, había aparecido ya cuando Spearman —en la primavera de 1893— convenció a dos personalidades del Ministerio del Interior para que efectuaran una visita a Bertillon. Se trataba de Sir Charles Russel y Sir Richard Webster, los cuales habían ido a París por motivos políticos. Ambos fueron recibidos solemnemente en el santuario de Bertillon, y regresaron a Londres entusiasmados; Webster declaró haber visto el mejor sistema de identificación que jamás hubiese podido imaginar. Russel y Webster se unieron, pues, a la cruzada para que el ministro del Interior en funciones, Asquith, introdujera el *bertillonage* en Inglaterra. Asquith quedó muy impresionado; mas precisamente entonces se produjo

uno de aquellos «virajes históricos que a algunos les parecen casuales, y a otros, preparados por una Providencia de designios impenetrables» (así se expresó un historiador francés). Un miembro de la Royal Society entregó personalmente a Asquith el libro de Galton. Asquith dedicó a él el tiempo que le pareció conveniente; renunció a la adopción del *bertillonage* y decidió nombrar una comisión destinada a estudiar el sistema de Bertillon y el de las huellas dactilares, y a decidir cuál de los dos era el más adecuado para Inglaterra.

En octubre de 1893 se reunió la comisión por primera vez. La constituían: Charles Edward Troup, funcionario del Ministerio del Interior; el mayor Arthur Griffith y Melville Macnaghten. Griffith era inspector de prisiones y escritor extraordinariamente fecundo; estaba trabajando precisamente en una obra de dos volúmenes titulada *Mysteries of Police and Crime*. Macnaghten representaba a Scotland Yard. En los sombríos tiempos que siguieron a los asesinatos de Jack el Destripador, acababa de llegar de la India y había ocupado el cargo de inspector en jefe de la Sección de Investigación Criminal. Para que no se le borrasen de la memoria los crímenes de Jack el Destripador, tenía en la mesa de su despacho las horripilantes fotografías de las mujeres degolladas. Era un hombre diminuto, atildado, que siempre expandía a su alrededor la «atmósfera de la vida vegetal hindú». Posteriormente fue conocido con el nombre de *good old Mac*, y trabajó en una época que señalaba la transición entre el viejo Scotland Yard y el futuro. Había sustituido a Williamson, discípulo del infortunado Whicher, y fue recibido por él con las resignadas palabras: «Hijo mío. Éste es un oficio de locos. Si cumple usted con su deber, lo insultarán, y si no lo hace, lo insultarán igualmente». Macnaghten conoció aún detectives veteranos que, como el superintendente Shore, apenas sabían escribir sin faltas de ortografía. Además, había aprendido la norma clásica: «Los mejores detectives son la suerte y la oportunidad» (cosa que, a veces, era cierta y lo seguiría siendo). Poseía una irrefrenable tendencia al conservadurismo, pero su estancia en la India le había dado un criterio lo suficientemente amplio como para reconocer que la policía de lo criminal no podía desdeniar los nuevos descubrimientos científicos.

La comisión Troup empezó por visitar el laboratorio de Galton en el South Kensington Museum; sus miembros querían

familiarizarse con el sistema de las huellas digitales. La sencillez de la identificación por medio de las huellas era algo tan apasionante, que la comisión efectuó nuevas visitas al laboratorio. Sin embargo, el «viraje» de la Historia a que antes hemos aludido, y que parecía haberse producido en el momento justo, fue, en realidad, algo prematuro. Después de la publicación del libro *Fingerprints*, el incansable Galton se dio cuenta de que había cantado victoria demasiado pronto en cuanto al método de registrar y clasificar las huellas. Descubrió algunos fallos decisivos en su sistema. Eran los siguientes: si los cuatro tipos fundamentales de las líneas papilares—sin triángulo, con triángulo a la izquierda, con triángulo a la derecha y con varios triángulos; o también: arco, presilla cubital, presilla radial y espirol, según la terminología usada por Galton—se distribuían de un modo regular, no surgía ninguna dificultad para clasificar 100 000 fichas con diez huellas cada una, de forma que un solo ejemplar pudiera ser localizado fácilmente. Pero en modo alguno podía afirmarse que existiera tal regularidad. Las huellas con simples curvas eran mucho menos frecuentes que los restantes dibujos. Al parecer, existía una tendencia según la cual, en determinados dedos, se repetían los mismos dibujos fundamentales. Cuando Galton tuvo reunidas 2645 fichas, vio que en un fichero había 164, y en otros, sólo una. Esto conduciría inevitablemente a grandes amontonamientos de fichas en un solo fichero y sería imposible una localización rápida.

Cuando la comisión visitó el laboratorio de Galton, éste llevaba ya algún tiempo intentando encontrar otras posibilidades de clasificación. Estaba convencido de haber descubierto el buen camino..., pero aún no había llegado al fin. Griffith lo instó a poner un plazo; a fijar una fecha en la que él creyera poder alcanzar su objetivo. Pero esto no era posible. Galton podía necesitar un año, dos o tres. La comisión se vio en una «situación penosa». Contaba con un sistema de identificación caracterizado por su extrema simplicidad. ¿Había que considerar fracasado un fenómeno tan extraordinario, sólo porque no se había descubierto todavía un sistema de clasificación? ¿Era necesario adoptar el *bertillonage*, sin duda mucho más premioso, y enterarse unos años después de que Galton había logrado solucionar el problema de la clasificación?

La idea de la identificación por el sistema de las huellas dac-

tilares no se apartaba de las mentes de Troup, Griffith y Macnaghten mientras se dirigían a París.

Una vez en la capital de Francia, los tres ingleses fueron seducidos por el ambiente que caracterizaba a la época más brillante de la policía francesa. Un hombre nuevo se había hecho cargo de la prefectura: Louis Lépine, un tipo pequeño, ingenioso y temperamental. Lépine estaba destinado a convertirse en el prefecto de policía más famoso de finales del siglo pasado. Su principal objetivo era hacer que la policía fuera apreciada por la población. En estos esfuerzos mostró una decisión y un ingenio sin límites. Reprimía las huelgas y los disturbios con mano férrea, pero al mismo tiempo solía hacer gala de una maestría diplomática, que le evitaba las iras y el resentimiento de los que habían sido objeto de la represión. Aparecía siempre a la cabeza de sus policías y no desdenaba hacer uso de los exhibicionismos más refinados, pintorescos y espectaculares. Así, por ejemplo, una vez se interpuso de pronto entre los huelguistas, agrupados en las naves de un mercado, y sus fuerzas, listas a disparar—él mismo les había dado la orden de cargar las armas pocos momentos antes—, y gritó: «¡Alto! ¡Os prohíbo atacar a estos honorables caballeros!». Los huelguistas lo aclamaron y la huelga acabó pacíficamente.

Lépine era conocido con el sobrenombre de «El prefecto de la calle», porque siempre se le veía en los lugares públicos. Él mismo elegía a sus subordinados. Los policías de uniforme tenían que ser altos y de aspecto atrayente. No existía ninguna oportunidad para quien no midiera, por lo menos, 1,74 m. En cambio, para los inspectores, la norma era precisamente lo contrario: debían tener un aspecto exterior completamente vulgar. Quien midiera más de 1,67 m y fuera pelirrojo, barrigudo o tuviera una cicatriz en la cara, no tenía acceso al cuerpo.

Lépine sentía por Bertillon tan poca simpatía como sus antecesores, pero era demasiado amante de la espectacularidad para no saber lo que Bertillon significaba para la reputación de la policía parisense. Recibió a los ingleses con frases laudatorias para el genio de Bertillon, y tenía preparado un programa de visitas destinado a mostrar a los huéspedes todos los detalles del Servicio de Identificación.

Algo parecido ocurrió con Goron, jefe de la *Sûreté*. Goron, oriundo de Bretaña, estaba también en vías de convertirse en

un personaje legendario. Era un hombre bajo, rollizo, de brazos cortos. Llevaba un bigote de engomadas guías y usaba lentes de pinza; además, competía con Bertillon en la falta de cordialidad. Era cazador de delincuentes por pura afición. Significaba, por así decirlo, la transición entre Macé y el futuro. Nadie sabía exactamente hasta qué punto utilizaba los recursos tradicionales de la confidencia y el espionaje. Lo cierto era que poseía una cohorte de «batidores», los cuales, provistos de documentaciones pertenecientes a otros criminales reincidentes, se infiltraban en las madrigueras del hampa y se hacían pasar por bandidos de todo tipo. Estos individuos suministraban noticias a Goron. Además, se mezclaban con los presos de las cárceles y espían; eran trasladados a otras penitenciarias, «morían» y se metían en nuevos lugares sospechosos, con documentos de identidad diferentes, que les permitían proseguir su trabajo. En los interrogatorios, Goron trabajaba alternativamente con la oscuridad, el hambre y las comidas apetitosas. Prometía mujeres a los detenidos si le comunicaban lo que deseaba saber. Este procedimiento se conocía con el nombre de «El figón de monsieur Goron». Y, realmente, consiguió desbaratar bandas enteras que terrorizaban París desde sus guardias, situadas en las antiguas murallas y en los almacenes de maderas que bordeaban el Sena. Era tan espectacular y propagandista como Lépine, y, por ello, también tuvo buena prensa. Además —igual que Lépine—, poseía la suficiente inteligencia como para reconocer la importancia del *bertillonage* y valorar adecuadamente el prestigio internacional que había logrado Bertillon. Así pues, expuso a los ingleses el sistema de las mediciones, adornándolo con las frases más brillantes y laudatorias.

El propio Bertillon mostró ante los ingleses su faceta más amable. Salíó de su hosca reserva y los acompañó incluso en un recorrido por el hampa parisienne. No se dio por satisfecho hasta que los huéspedes aceptaron beber con él unos vasos de grog. Bertillon, que había estado unos años en Inglaterra, pensó que la invitación halagaría los sentimientos patrióticos de sus invitados. Él, por su parte, tuvo que pagarlo después con un fuerte ataque de jaqueca. En su «reino», bajo el tejado de la prefectura, «no se cansó —como después informaría Macnaghten— de exponer los éxitos obtenidos, de los cuales estaba, con razón, orgulloso». Exhibió aparatos de los que los ingleses no

habían oído hablar jamás; entre ellos, una cámara fotográfica colocada sobre un elevado trípode, con ayuda de la cual era posible tomar fotografías muy precisas de los lugares donde se hubiera cometido un crimen. El aparato tenía en su objetivo escalas métricas que aparecían después en las fotos reveladas. Esto permitía obtener medidas exactas del lugar en cuestión y saber los metros que separaban un cadáver de una puerta, una pared, un coche, etc.; ello, junto con otras muchas cosas de gran importancia. Ya no era necesario dibujar esquemas del lugar del crimen. Bertillon mostró acto seguido una habitación destinada a laboratorio para experimentos fotográficos y físicos. Sólo entonces —siguiendo una progresión hábilmente calculada— expuso a los huéspedes el *bertillonage*.

Fueron llevados a la sala algunos detenidos. Griffith y Macnaghten recibieron también instrumentos de medición, a fin de que pudieran hacerse una idea sobre la «sencillez» del procedimiento. Bertillon logró convencer a los visitantes de que su sistema suponía realmente un enorme progreso con relación a los anteriores métodos. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió que aquellos ingleses —eminentemente prácticos— vencieran una sensación de incomodidad ante lo complicado de las mediciones. Y no era tan sólo la complicación lo que temían los británicos. Pensaban que podían darse medidas erróneas si los trabajos se efectuaban fuera de la vigilancia de un funcionario tan puntilloso y obsesionado por su propia causa como Bertillon.

El *portrait parlé* aún los convenció menos. Lo consideraron una especie de palabrería complicada, capaz de poner en un brete a cualquier inspector normal (y la historia les dio la razón). Resignado, escribió Macnaghten: «Es posible que el trabajo de Bertillon fuera siempre más teórico que práctico».

Las deliberaciones de la comisión Troup duraron hasta febrero de 1894, y se desarrollaron bajo la influencia de un dilema insoluble. Spearman y el doctor Garson recurrieron a toda su influencia para que en Londres se adoptara el *bertillonage*, con el *portrait parlé*. Ambos eran tan acérrimos partidarios de la Antropometría, que se hallaban prácticamente ciegos para ver las posibilidades ofrecidas por el sistema de las huellas digitales. El 19 de febrero de 1894, cuando la comisión pasó al ministro del Interior sus sugerencias, contenidas en un legajo extraor-

diariamente voluminoso, se pusieron de manifiesto las consecuencias del desconcierto en que se hallaban: habían buscado una solución de compromiso. En lo sucesivo, Scotland Yard adoptaría el sistema de las mediciones, pero en una forma que redujera la prolijidad del *bertillonage*. Las once medidas de Bertillon se reducían a cinco, y el *portrait parlé* se rechazaba totalmente. Para sustituirlo, la comisión proponía incluir en cada ficha las huellas dactilares de los diez dedos. Ahora bien: como resultaba imposible clasificar las fichas basándose en las huellas, dicha clasificación se efectuaría de acuerdo con las medidas. El Ministerio aceptó las recomendaciones de la comisión Troup en julio de 1895. En Scotland Yard, el inspector detective Steadman y los sargentos detectives Collins y Hunt recibieron la orden de iniciar la confección de un fichero con mediciones y huellas dactilares de los detenidos.

Spearman puso el grito en el cielo al enterarse de dichas normas. El *bertillonage* se basaba tanto en la exactitud de las distintas medidas como en el conjunto de las mismas. Si se prescindía de seis medidas importantes, las posibilidades de éxito habían de reducirse considerablemente, y aun anularse. En cuanto a las huellas dactilares, Spearman consideró que se trataba de un juego disparatado.

Presa de indignación, se fue a París para informar a Bertillon del resultado. Sin embargo, al llegar a la capital francesa se encontró con que la situación había cambiado en muchos aspectos. El hecho de que en Londres se hubiera mutilado su sistema tocó a Bertillon en su punto más sensible y lo llenó de ira contra los ingleses. Sin embargo, entretanto habían ocurrido algunas cosas que restaron importancia a lo ocurrido en Londres. En París, Spearman encontró policías especializados en la investigación criminal que procedían de todos los países europeos y que esperaban turno para ser recibidos por Bertillon y conocer su sistema. Entre ellos cabe citar al doctor Becherev, de San Petersburgo; a Sergei Krasnov, de Moscú; al doctor Stocks, de Laja, y al jefe del *Erkennungsdienst* de la policía berlinesa, Von Hüllessem.

Mientras en Londres se afanaban en la búsqueda de una solución, París y la buhardilla del palacio de Justicia se habían convertido ya en «la Meca de las policías europeas» —así se expresaba un contemporáneo—; el sistema de Bertillon había con-

seguido realmente llevar a cabo su marcha victoriosa por toda la Europa continental. Los jefes de policía europeos, que se dirigían a Bertillon conscientes de las insuficiencias de sus propios sistemas de identificación, no tenían la menor sospecha de que existiera la dactiloscopia. En 1896, los doctores Stocks y de Laveleye crearon, en Bélgica, servicios de reconocimiento —al principio, de carácter privado—, que trabajaban según los principios del *bertillonage*. España creó también «gabinetes antropométricos» en sus prisiones. El profesor Di Blasio fundó el primer gabinete de medición italiano en la policía de Nápoles. El profesor Ottolenghi, médico forense de Siena —que pronto se convertiría en uno de los grandes pioneros de la investigación criminal italiana—, enseñó también los métodos de Bertillon. Fue un defensor tan apasionado del *portrait parlé*, que llegó a registrar temporalmente los «movimientos voluntarios e involuntarios» y las «características psíquicas», como, por ejemplo, «la memoria», de los detenidos. Para determinar tales características sugería el uso de complicados aparatos: dinamómetros y platismógrafos. Después siguieron Portugal, Dinamarca y Holanda. También estas naciones introdujeron el *bertillonage* en sus policías.

En 1896, la Antropometría inició su entrada en las fuerzas policíacas de las ciudades y Estados que formaban el Imperio alemán: el jefe de policía de Dresde, Koettig, montó una oficina de medición en la capital de Sajonia. Esta decisión hizo que su nombre sobresaliera en el panorama, bastante monótono, que ofrecía por aquellos tiempos la policía alemana, muy desigual en sus métodos de trabajo. Hacía aproximadamente tres cuartos de siglo que Berlín, capital de Prusia —el más grande de los Estados alemanes—, había convertido sus vigilantes nocturnos y sus servidores policiales en la primera policía organizada y uniformada.

En 1822 había en Berlín tres policías destinados a «ocuparse, vestidos de paisano, en el esclarecimiento de actos delictivos». Desde entonces no había surgido en ninguna parte de Alemania ninguna *Sûreté* ni Scotland Yard, con cuyo nombre se asociaran la gloria o la leyenda. Esto se debía, en gran parte, a la falta de imaginación de la burocracia, principalmente prusiana. ¿Qué inspector de policía alemán hubiera sido capaz de escribir unas memorias, como Macé, o de convertirse, como Goron, en protagonista de aventuras sensacionales? En la Alemania de la época

era imaginable que existiera un escritor interesado por la temática detectivesca como los ingleses Charles Dickens, Wilkie Collins y, más tarde, Conan Doyle o el francés Gaboriau.

El *Molkenmarkt*, complejo de edificaciones antiguas, sombrías e intrincadas, que albergaron la jefatura de policía berlinesa hasta 1891, y la nueva construcción de Alexanderplatz, sede posterior de la misma, carecían por completo de cualquier detalle capaz de estimular la fantasía. Y lo mismo podía afirmarse de la sección IV, que, desde 1854, correspondía más o menos a la *Sûreté* o a la Sección de Investigación Criminal londinense. Algo por el estilo ocurría en las jefaturas de policía de los restantes Estados alemanes.

Cuando el consejero Koettig adoptó en Dresde el *bertillonage*, ni él ni ninguno de los jefes de policía alemanes sabían que menos de ocho años antes, en 1888, un veterinario berlinés, el doctor Wilhelm Eber, había enviado al ministerio del Interior prusiano una memoria que hoy constituye uno de los documentos más asombrosos en la historia de las huellas dactilares. Si el documento hubiese sido leído con un poco de fantasía, probablemente la policía prusiana habría desempeñado un papel importante en la primera evolución de la dactiloscopia. Sin diferenciarse en mucho de las teorías del doctor Faulds —aunque partiendo de unas premisas totalmente distintas—, Eber había descubierto las posibilidades que las huellas dactilares, halladas en el lugar de un crimen, podían ofrecer a la investigación criminal. Las huellas de las manos sucias de sangre, que los carniceros y veterinarios dejaban en las toallas del matadero berlinés, habían llamado la atención de Eber sobre las líneas papilares de los dedos y la palma de la mano. Tras efectuar numerosas pruebas, descubrió que los dibujos eran siempre distintos. Al poco tiempo, Eber estuvo en condiciones de adivinar quién había usado una toalla, observando simplemente las huellas dactilares en ella impresas. Al igual que a Faulds, se le ocurrió la idea de que las huellas de los dedos y manos que quedaban en el lugar del crimen podían servir para detener a los delincuentes. La memoria que dirigió al ministerio del Interior iba acompañada por una caja que contenía diversos utensilios y aparatos destinados a tomar huellas dactilares. Además, Eber hacía observar que había intentado hacerse con objetos tocados por personas para localizar después las manos a las que correspondían las huellas

dejadas en dichos objetos. Con ayuda de vapores de yodo se podían fijar perfectamente las impresiones dactilares, de forma que no se perdía ni una sola línea papilar. El 8 de junio de 1888, el jefe de policía de Berlín, Von Richthofen, devolvió el informe a Eber, acompañado de esta fría observación: «Hasta el momento... ninguno de los inspectores recuerda haber visto en ningún objeto apto para retener y observar impresiones digitales, el menor sintoma de una huella que permita reconstruir los dibujos de la mano correspondiente, y ello a pesar de la minuciosa investigación realizada en los lugares donde se ha cometido algún delito». Las propuestas de Eber se habían olvidado ya por completo cuando Sajonia se adelantó a los restantes Estados alemanes en la adopción del *bertillonage*.

El consejero Koettig intentó invitar a Dresde a todos los jefes de policía de Alemania, con el fin de interesarlos también en el sistema antropométrico. Luchó para que se celebrara una Conferencia general de la policía alemana, pero sus esfuerzos chocaron con los intereses particulares de los Estados y sus autoridades policiales. Entretanto, el jefe de la Brigada Criminal de Hamburgo, Roscher, adoptó la Antropometría, y al poco tiempo lo siguió el de Berlín. Finalmente, en junio de 1897, se reunió una conferencia policíaca alemana, que —con gran satisfacción de Koettig— decidió que todos los Estados alemanes adoptaran el sistema antropométrico como base de sus servicios de reconocimiento. Además, se resolvió crear un archivo central en Berlín.

Con la «conquista de toda Alemania», Bertillon vivió uno de sus más grandes triunfos. Apenas transcurrido un año, Austria pasó también a «pertenecer» (como se decía en Francia) al *bertillonage*.

Seis años antes, en 1892, un hombre se había manifestado ya partidario de la adopción de la Antropometría en Austria; se trataba de un policía que posteriormente había de ejercer una extraordinaria influencia en la investigación criminal. Su nombre era Hans Gross. Nació en Graz, en 1847. Siendo estudiante de Derecho, había notado ya la insuficiencia de los métodos de identificación, sobre todo en la policía de su patria, que era bastante provinciana. Los inspectores eran antiguos suboficiales del ejército que cumplían, bien o mal, su misión; creían en las confidencias de sus espías y obligaban a los detenidos a confesar con métodos más o menos duros.

En 1869, Gross trabajaba como juez de instrucción en la región industrial del Alto Steiermark. Por entonces, el descubrimiento efectuado en sus años de estudiante lo acompañaba siempre como una pesadilla. Si existía en su país algún tipo de investigación criminal, éste se hallaba en manos de los jueces de instrucción. Sin embargo, en la Universidad, Gross había estudiado textos jurídicos y no tenía la menor idea de criminología. En cambio, contaba con la fuerza de la imaginación, cosa que, sin duda, lo distinguía de casi todos los jueces de instrucción de aquellos tiempos. Vio claramente la necesidad de dar al trabajo policíaco un nuevo fundamento cultural, de carácter eminentemente técnico-científico. Como jurista, carecía de conocimientos especializados sobre cualquier campo de la ciencia pura o de las Ciencias físico-naturales aplicadas. Sin embargo, el estudio incesante de todas las revistas y libros que caían en sus manos lo llevó a la conclusión de que apenas existía una sola conquista técnica que no pudiera utilizarse para el esclarecimiento de crímenes y delitos. Así, por ejemplo, estudió las primeras nociones de Física y Química, fotografía y microscopía, Botánica y Zoología. A lo largo de veinte años de silencioso trabajo, creó un «libro de experiencias», destinado a convertirse en el primer manual de la investigación criminal científica y a difundir por todo el mundo el nombre de Gross. El libro se llamaba *Manual del juez de instrucción*.

En 1883, Gross tuvo noticias del *bertillonage*. Como es natural, él mismo se puso a medir inmediatamente. Y en la primera edición de su libro (1892) se manifestaba resueltamente en favor de la adopción del sistema antropométrico en Austria.

El 3 de abril de 1898, el ministro austriaco del Interior dispuso la instalación de una oficina para el *bertillonage* en Viena, convencido de que proporcionaba a su país la más reciente conquista de la técnica policíaca. Tampoco él —como ninguno de los ministros del Interior y jefes de policía de los restantes países europeos— tenía la menor idea de que a miles de kilómetros, en otra parte del mundo, ocurrían cosas que habrían hecho tambalearse en sus cimientos tal convicción. Pero, ¿quién pensaba por entonces en Sudamérica? ¿Qué europeo pensaba en un país como la Argentina, cuando se trataba de problemas policíacos o de conquistas científicas?

II

Juan Vucetich, funcionario administrativo de la policía provincial de Buenos Aires, tenía 33 años cuando fue ascendido a jefe de policía de La Plata. Era el 18 de julio de 1891. El capitán de la Armada, Guillermo Núñez, comunicó a Vucetich que había oído hablar varias veces de un nuevo sistema de identificación inventado en París. Un amigo, el doctor Drago, había regresado de Francia no hacía mucho y le había contado una serie de cosas asombrosas, hasta convencerlo de que efectuara una prueba del método francés, a fin de poner orden en la provincia, donde pululaban los *atorrantes*, los delincuentes y, sobre todo, los *criminales políticos*.

En una palabra: Vucetich recibió el encargo de organizar una Oficina antropométrica.

Núñez no perdió el tiempo en demasiadas explicaciones. Se limitó a entregar a Vucetich algunas revistas especializadas de París que hablaban del *bertillonage*, y le deseó éxito. Vucetich estaba ya en la puerta cuando Núñez lo volvió a llamar. Sacó de un bolsillo otra revista y dijo, como de pasada:

—Ahí tiene usted algo más. Una publicación francesa que ayer dejó alguien olvidada. Es la *Revue Scientifique* del 2 de mayo. En ella se habla de los experimentos de un inglés, un tal Galton. Se dedica a estudiar las huellas de las yemas de los dedos. Quizá le sirva para algo...

Juan Vucetich era un «argentino» reciente. Procedía de Croacia, era oriundo de una aldea llamada Lesina. En 1884 pisó por primera vez tierra argentina. La única formación escolar que trajo de su tierra era lo que había aprendido en la escuela pública de su aldea natal. No obstante, poseía dotes innatas para la estadística matemática, un ardiente entusiasmo por todo lo nuevo y la inquebrantable vitalidad de un campesino. Un año después de su llegada a Argentina entró en la policía. A los cinco años dirigía ya la Oficina de Estadística, a cargo de la Jefatura de policía de La Plata.

Para Vucetich no era ningún problema organizar una oficina semejante al modelo creado por Bertillon en París. Ocho días después de su entrevista con Núñez, tenía ya en marcha una pequeña oficina de Antropometría; por ella pasaban todos los

detenidos para ser medidos y fichados. Sin embargo, y a pesar de que el sistema era nuevo para el propio Vucetich, «no afectó para nada los lóbulos donde se albergaba la fuerza creadora de su cerebro». Así se expresa un biógrafo. En cambio, Vucetich se sintió impresionado por el artículo de la «Revue Scientifique».

Apenas sus auxiliares se habían familiarizado con las medidas de Bertillon, cuando Vucetich construía el primitivo aparato que necesitaba para tomar huellas dactilares. Se hizo con las huellas de todos los detenidos que pasaban por su oficina. El gran problema de la inmutabilidad de las líneas papilares lo preocupó tanto, que pasó muchas noches en el depósito de cadáveres y llegó incluso a estudiar los dedos de las momias expuestas en el museo de La Plata. El descubrimiento de que las líneas papilares de las momias habían permanecido visibles después de muchos siglos e incluso milenios, dio alas a su entusiasmo. Menos de seis semanas después, el 1 de setiembre de 1892, tenía ante él «los principios básicos para una clasificación y registro prácticos de las huellas dactilares». La «Revue Scientifique» se refería a los esfuerzos de Galton por hallar un sistema de clasificación, pero no decía nada de sus resultados y decepciones. Con absoluta independencia, Vucetich descubrió también los cuatro tipos fundamentales de Galton: 1, huellas que sólo se componían de curvas; 2, huellas con un triángulo a la derecha; 3, huellas con un triángulo a la izquierda; 4, huellas con triángulos a ambos lados. Para el pulgar, Vucetich designó los cuatro tipos con las letras A, B, C, D, y para los restantes dedos usó números. Por tanto, si tomaba las huellas de una mano cuyo pulgar contara con una sola curva; el índice, con un triángulo a la izquierda; el medio, con un triángulo a la derecha; el anular, con dos triángulos, y el meñique, con una sola curva, como el pulgar, todas estas características se reducían a la fórmula A, 3, 2, 4, 1. La fórmula correspondiente a las dos manos era más larga, y podía ser, por ejemplo, A, 3, 2, 4, 1/C, 2, 2, 3, 3. Como en cada uno de los dedos podían darse los cuatro tipos, Vucetich hizo el siguiente cálculo de variaciones totales: 4^{10} o 4-4-4-4-4-4-4-4-4, es decir, 1 048 576 probabilidades, con su correspondiente fórmula distinta. Vucetich fue colocando en un archivo distintos ficheros en los cuales las fórmulas y características se disponían por letras y cantidades. Cuando quería comprobar si las huellas dactilares de un detenido habían sido toma-

das con anterioridad, le bastaba consultar la fórmula correspondiente, que buscaba en el respectivo fichero. El entusiasmo de Vucetich fue tan grande, que adquirió un archivo y las fichas correspondientes pagándolos de su bolsillo; tuvo que enajenar la mayor parte de sus bienes para hacerse con el dinero necesario. El desarrollo posterior del sistema de mediciones y la fundación de otras oficinas antropométricas en las ciudades de Dolores, Mercedes y Sierra Chica, fue para Vucetich una misión penosa, en la que no podía poner el menor interés.

Su colección de huellas era tan exigua al principio, que realmente no pasaba de las sesenta fichas. Al ir aumentando el número de fichas, Vucetich se encontró con las mismas dificultades que Galton; se dedicó también a buscar nuevos aspectos característicos y algún detalle que le permitiera subdividir las huellas pertenecientes a alguno de los cuatro grupos fundamentales. Entre otras, tuvo la ocurrencia de contar el número de líneas papilares. Esto le dio nuevas posibilidades de diferenciación, que bastaron, en principio, para su colección de huellas.

Núñez y los restantes oficiales de la policía observaban con desconfianza o desagrado el trabajo de Vucetich. Pero el destino le ayudó a vencer la indiferencia que le rodeaba. El 8 de julio de 1892 llegó a La Plata el siguiente mensaje, procedente de Necochea, una localidad costera de poca importancia, situada en el litoral Atlántico: el día 29 de junio, en una de las cabañas, habitadas por gente pobre, que se extendían por los alrededores de la aldea, fue cometido un doble asesinato. Las víctimas: dos hijos ilegítimos de una tal Francisca Rojas, trabajadora eventual, de 26 años de edad. Los hechos, según el informe del comisario de Necochea y otras versiones, eran los siguientes: Ya muy entrada la noche del 29 de junio, Francisca Rojas se precipitó hacia la cabaña más cercana, a unos cincuenta metros de la suya, con el rostro desencajado y los cabellos en desorden. Con palabras entrecortadas, iba repitiendo: «Mis hijos... Ha asesinado a mis hijos... Velázquez...» Velázquez, anciano trabajador de un rancho vecino, era conocido como una especie de padrino de los víctimas. Se decía que había hecho a Francisca insistentes propuestas de matrimonio. Por lo demás, era considerado como un hombre bondadoso y algo torpe. El vecino a quien acudió la Rojas después del asesinato, mandó a su hijo que tomara el caballo y fuera a Necochea para dar parte del

suceso al comisario de policía. El mismo, en compañía de su mujer, se encaminó a la barraca de Francisca y encontró allí los cadáveres de los niños: un muchacho de 6 años y una niña de 4. Yacían en sus camas, con la cabeza destrozada, en medio de un gran charco de sangre.

El comisario llegó a los pocos momentos y no perdió mucho tiempo en investigaciones. No buscó huellas ni se preocupó por descubrir el arma del crimen. Inmediatamente pasó a interrogar a Francisca Rojas, que se había arrojado al suelo llorando. La mujer manifestó que Velázquez la acosaba día y noche con sus requerimientos amorosos; pero ella amaba a otro hombre que quería casarse con ella. Al mediodía —siguió diciendo Francisca—, Velázquez había entrado en la choza y se había mostrado más impaciente que de costumbre. Ella, sin embargo, le había dicho que jamás se casaría con él. Velázquez se había puesto furioso y la había amenazado con matar a los seres que ella más quería. Después salió de la cabaña. Al regresar del trabajo, Francisca encontró la puerta abierta de par en par y Velázquez salió disparado y tropezó con ella. En el dormitorio yacían los cadáveres de sus hijos. El comisario mando detener inmediatamente a Velázquez, el cual no ofreció la menor resistencia; pero afirmó que ni siquiera había tocado a los niños. Dijo que realmente amaba a Francisca, que deseaba tomarla por esposa y que la había incluso amenazado, pero que ni remotamente había pensado en cumplir sus amenazas. El comisario mandó apalear a Velázquez, y como el detenido persistiera en sus negativas, fue atado, obligado a permanecer toda la noche en la habitación iluminada donde se hallaban los cadáveres de los dos niños, y colocado, además, en una posición en que se viera obligado a tener constantemente a las víctimas ante sus ojos.

A la mañana siguiente, Velázquez permaneció firme en su actitud y persistió en sus negativas después de ocho días de brutales interrogatorios. Se supo que el joven amante de la Rojas manifestó varias veces que se casaría con la «agresiva Francisca» si no existieran los dos niños. Inmediatamente, las sospechas del comisario recayeron sobre la madre. Una noche, el policía se dedicó a pasear por los alrededores de la cabaña de Francisca; golpeó las ventanas y la puerta y, con voz de ultratumba, simuló que los espíritus de la venganza rondaban la

casa dispuestos a castigar a la asesina. Permaneció varias horas jugando a los fantasmas, con la esperanza de que la mujer saldría aterrada de la choza y confesaría su crimen. Pero no ocurrió nada. De madrugada, Francisca Rojas abrió la puerta al comisario, sin que, al parecer, la hubieran asustado en lo más mínimo los duendes nocturnos. El comisario la golpeó, pero la mujer no dejó de acusar a Velázquez.

El 8 de julio, el inspector Álvarez, de La Plata, llegó a Necochea para efectuar una investigación a fondo. La casualidad quiso que Álvarez fuera uno de los pocos policías interesados en los experimentos de Vucetich sobre las huellas digitales. Más de una vez había pedido a su superior que lo instruyera sobre la forma de tomar huellas. Cuando llegó a Necochea, las cosas estaban más embrolladas que nunca. Álvarez comprobó que Velázquez no pudo estar en la cabaña cuando se cometió el asesinato. Existía una coartada en la que el torpe Velázquez no había caído. La única persona que había estado con los niños era la madre. Pero, ¿acaso era posible acusarla del asesinato de sus propios hijos sin tener una prueba concluyente?

Álvarez se encaminó a la cabaña, dispuesto a efectuar un intento, aunque tardío, de buscar huellas del crimen. Permaneció varias horas investigando, y ya se disponía a renunciar, cuando un rayo de sol entró por la ventana e iluminó la puerta entornada del dormitorio. En la madera había una mancha parduzca. En pocos segundos, Álvarez recordó todo lo que había visto y aprendido con Vucetich. No cabía la menor duda: la mancha era la huella de un dedo pulgar ensangrentado. Álvarez se hizo con una sierra y serró el pedazo de madera con la huella. Inmediatamente corrió a la comisaría de Necochea. El comisario local, completamente desconcertado, vio cómo Álvarez pedía tinta de tampón, mandaba traer a su presencia a Francisca Rojas, tomaba su mano y ponía la yema de su dedo pulgar, sucesivamente, en la tinta y en un papel blanco. Después, con una lupa, comparó las huellas del papel y del pedazo de madera. Álvarez no tenía aún mucha experiencia, pero sí la suficiente como para comprobar que la huella pertenecía al pulgar de la detenida.

Se sentía tan seguro, que puso ante los ojos de Francisca el pedazo de madera con la huella de su pulgar y la obligó a reconocerla con la lupa. Entonces, aquella mujer, a la que ni los

golpes ni los fantasmas había impresionado, perdió el dominio de sí mismo. Bastó un momento de debilidad para que confesara. Sí, había matado a sus hijos porque se interponían entre ella y su amante. Sí, había golpeado a los niños con una piedra; después arrojó la piedra a un pozo y se lavó las manos cuidadosamente. Sólo una cosa había olvidado: que antes de lavarse tocó la puerta del dormitorio.

El caso Rojas fue uno de los muchos dramas que, entre otros miles, conmovían el mundo en aquellos años. Pero era algo más: se trataba del primer caso de asesinato cuyo autor había sido descubierto por las huellas digitales dejadas en el lugar del crimen. Cuando Álvarez regresó a La Plata con su pedazo de madera y las huellas del dedo pulgar de Francisca Rojas, su informe no sólo impresionó a la jefatura de policía, sino a la prensa. «Apenas puedo creerlo —escribía Vucetich a un amigo de Dolores—, pero es verdad. Sin duda mis enemigos dirán que ha sido una casualidad. Pero yo tengo en mis manos un triunfo que me permite hacerles frente. Espero que pronto serán varios los triunfos...»

Vucetich tenía razón. No tardó en identificar a un suicida desconocido. Después de tomar sus huellas dactilares, le bastaron cinco minutos de consulta en su archivo para comprobar que se trataba de un individuo ya detenido y procesado con anterioridad. El propio Vucetich había tomado sus huellas dactilares cinco meses antes, en la cárcel de Sierra Chica. Poco después logró capturar al asesino Audifrasio González, que había matado al comerciante Rivas, de La Plata, mientras éste se hallaba trabajando detrás de su mostrador. González había dejado sus huellas digitales en el mismo.

Por aquel entonces, Vucetich identificó a veintitrés reincidentes en un solo día. Naturalmente, el *bertillonage* no había servido de nada en aquellos casos.

Vucetich intentó, acto seguido, convencer a sus superiores de las ventajas de las huellas dactilares. Sin embargo, en aquellos días todo el mundo creía que cualquier invento procedente de París tenía que ser perfecto. La Plata no era una excepción. La idea estaba tan arraigada, que no había fuerza humana capaz de acabar con ella. Vucetich redactó informes. Costeó la edición de un libro: *Introducción general a los sistemas antropométrico y dactiloscópico*, en el que demostraba la superioridad

de este último; todo en vano. En junio de 1893, la jefatura le prohibió continuar sus trabajos: tenía que servirse exclusivamente del sistema antropométrico. Tanta incomprensión, afectó a Vucetich hasta el extremo de hacerle perder su salud de hierro. Los trastornos estomacales no lo abandonaron ya hasta el fin de sus días.

Sin embargo, siguió trabajando en secreto, y, en unas condiciones deprimentes, escribió su siguiente libro: *Sistema de filiación*. Fue acusado de negligencia en las medidas antropométricas que estaba obligado a tomar, y amenazado con el despido. Vucetich tuvo que vender su biblioteca particular para poder imprimir su segunda obra. Tenía una fe incommovible en su causa; creía tan firmemente en ella, que comunicó su entusiasmo a su mujer y a sus hijos. Al ver que a éstos les faltaban las prendas de vestir más imprescindibles, les dijo: «La gente nos traerá el dinero a sacos, si mi sistema empieza a proporcionar beneficios en todos los países.»

Cuatro meses más tarde ocupó la dirección de la policía un nuevo jefe, Narciso Lozano; permitió que Vucetich siguiera trabajando, y en 1894, la superioridad de la dactiloscopia sobre el *bertillonage* era tan evidente, que todo el mundo se vio obligado a admitirla.

El primer síntoma de este reconocimiento general fue una decisión de la Cámara de Diputados de la provincia bonaerense, adoptada el día 22 de junio de 1894; se concedió un fondo de 5000 pesos oro para indemnizar a Vucetich de todos los gastos personales que había hecho a lo largo de sus experimentos dactiloscópicos. A pesar de ello, los partidarios de Bertillon lograron imponerse una vez más: mediante una resolución del Senado, impidieron que la suma fuese pagada. Sin embargo, un año y medio más tarde, en junio de 1896, la policía provincial abolió definitivamente el método antropométrico y adoptó la dactiloscopia.

Esta decisión fue fundamental, y Argentina se convirtió en el primer país del mundo donde las huellas dactilares sirvieron de única base para la identificación de delincuentes. Vucetich tenía entonces 38 años y, con sus propias fuerzas, había conseguido subir el primer escalón del éxito. El triunfo lo hizo olvidar las amarguras y los esfuerzos pasados. En 1901, después de cinco años de trabajos ininterrumpidos y de francos éxitos

obtenidos con la dactiloscopia en Argentina, Vucetich fue enviado al segundo Congreso Científico de Sudamérica, como delegado de la policía provincial de Buenos Aires. El congreso se celebraba en Montevideo. Sin que nadie osara contradecirlo, Vucetich pudo proclamar: «Puedo asegurarles que durante todos los años en los que aplicamos el sistema antropométrico, jamás estuvimos en condiciones de probar la identidad de una persona con las mediciones. Siempre se daban ligeras diferencias en identicas personas. Ésta fue la razón que nos indujo a adoptar el sistema de las huellas dactilares.»

Posiblemente nuestro hombre exageraba por influjo del éxito. O quizá tenía toda la razón. Es muy posible que en Argentina se hubiese dado una tardía demostración del argumento aducido por Macé, y que realmente el *bertillonage* no pudiera supe- rar una serie de inseguridades, cuando las medidas no eran tomadas bajo la férrea disciplina impuesta por el propio Bertillon. Probablemente se había confirmado las reservas de los ingleses. Sea como fuere, lo cierto es que la presencia de Vucetich en el susodicho congreso y en el siguiente congreso polilíaco de los Estados sudamericanos —celebrado en 1905—, sirvió para que los Estados de la América del Sur fuesen adoptando uno tras otro el sistema de las huellas digitales: Brasil y Chile, en 1903; Bolivia, en 1906; Perú, Uruguay y Paraguay, en 1908.

Los grandes momentos de triunfo se sucedían para Vucetich. Sin embargo, éste no podía imaginar la importancia de estos momentos triunfales. No le llegaban las suficientes informaciones de Europa para tener una idea exacta del gran progreso que su sistema representaba con respecto a la situación del Viejo Mundo. Además, poseía demasiado poca libertad de movimientos para que sus ideas pasaran a Europa. Los descubrimientos científicos seguían aún la ruta opuesta; es decir, iban del Viejo al Nuevo Continente. Para que el descubrimiento de Vucetich hallara el camino de Europa, era precisa mucha más fuerza de la que él jamás llegó a poseer. Ni siquiera los Estados Unidos tuvieron noticia de sus esfuerzos.

Por otra parte, Vucetich poseía un espíritu incansable, y en la propia Argentina no dejaba de perseguir nuevos objetivos, una vez alcanzado el primero. Ante sus ojos se presentaban nuevas posibilidades por las que otros países, lucharían unos

decenios más tarde. Pensó en registrar la totalidad de la población con ayuda de las huellas dactilares. No sólo debía facilitarse así el descubrimiento de criminales —que, hasta el momento, sólo era posible si quedaban huellas en el lugar del crimen y el asesino estaba ya fichado—, sino que, además, el registro de toda la población había de tener una importancia más general. Podría servir, por ejemplo, para identificar las víctimas de una catástrofe, las personas fallecidas o accidentadas. Pero la fantasía de Vucetich iba mucho más lejos aún: pensaba en instalar oficinas intercontinentales de identificación en Sudamérica, Norteamérica y Europa, mucho antes de que el sueño empezara a hacerse realidad por la colaboración internacional de las policías europeas. Estas oficinas debían estar a disposición de las autoridades policiales de todo el mundo, cuando las pesquisas llevaran a cualquier organización policíaca más allá de las fronteras del propio país, en busca de asesinos, ladrones o, simplemente, personas desaparecidas.

En los momentos de éxito, Vucetich no sospechaba que la lucha por sus nuevos objetivos acabaría por amargar su triunfo, convertir su éxito en desengaño y el agradecimiento de la patria en ingrátitud. Su camino no había hecho más que empezar. Volveremos a tratar de él, aunque la victoria final de las huellas dactilares fuera alcanzada por otra persona, y aunque la chispa de la idea no saltara de Sudamérica a Europa.

Esa chispa vino precisamente del Lejano Oriente: de la India.

12

A fines de 1896, un joven oficial británico se hallaba sentado en un departamento de un rápido que hacía su recorrido habitual en dirección a Calcuta. Nuestro hombre se dedicaba a observar a uno de sus compañeros de viaje, cuyo comportamiento le llamaba poderosamente la atención.

El viajero observado era un hombre alto, delgado y extraordinariamente elegante. Tenía unos 45 años. Su cabeza era alargada y de perfil aristocrático, con abundante cabello, dividido por una raya. El caballero llevaba un grueso bigote negro. Sin duda se trataba de un alto funcionario o un oficial. Llevaba casi

una hora mirando inmóvil el paisaje, cuando de pronto metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, sacó un lapicero de oro y, acto seguido, se puso a buscar algo en los restantes bolsillos de su traje. La búsqueda, al parecer, era infructuosa. Finalmente, se quitó el blanco puño almidonado que rodeaba su muñeca izquierda y empezó a escribir en él. Lo más sorprendente era que no sólo escribía, sino que dibujaba unos arcos extraños. Interrumpió su trabajo varias veces, se quedaba mirando ante sí, abstraído por completo, hasta que, finalmente, iba añadiendo nuevos dibujos a los que ya tenía. El puño almidonado estaba del todo lleno de figuras y anotaciones, cuando el caballero abandonó el tren en Calcuta; fue recibido en la estación por varios criados y tomó un elegantísimo carruaje.

El joven oficial no podía saber que había sido testigo de un acontecimiento de capital importancia. Tampoco sabía quién era el caballero que había estado frente a él. Se trataba de Edward Henry, Inspector General de la provincia británico-hindú de Bengala. Lo que Henry había escrito en su puño eran los fundamentos de un extenso sistema para clasificar las huellas digitales.

Henry, hijo de un médico, procedía de Shadwell, al este de Londres. En 1873, a los 23 años, se encaminó a la India e ingresó en la administración civil. Desde 1891 ocupaba el cargo de Inspector General de la policía de Bengala. Aunque aún era relativamente joven, podía pasar por un hombre extraordinario: inteligente, culto, amable, dotado de una enorme fantasía y, a la vez, de un gran sentido del orden; era un espíritu matemático y organizador. Al ocupar su elevado cargo, introdujo inmediatamente el *bertillonage* en Calcuta. Sin embargo, pensando en el bajo nivel cultural de los funcionarios hindúes y en su inexperiencia para aplicar correctamente el sistema de medidas europeas, tuvo que reducir a seis las medidas de Bertillon. De acuerdo con la decisión adoptada en Londres por la comisión Troup, las fichas de la policía bengalí fueron provistas también de algunas huellas dactilares.

Los éxitos del *bertillonage* —si se comparaba la situación con el caos anterior— eran innegables. En 1893 se dieron en Bengala 23 identificaciones de reincidentes entre los delincuentes detenidos por la policía. En 1894 fueron 143, y en 1895 llegaron a 207. En ese mismo año, la colección de fichas antropo-

métricas ascendía a la cantidad de 100 000. Por otro lado, se habían producido algunos errores de medición aterradores. Resultaba de una enorme dificultad instruir al personal hindú de la policía y las prisiones, de forma que se pudiera tener en ellos un mínimo de confianza. Por ello, la confección de una sola ficha exigía casi una hora de trabajo. Cada medición era tomada tres veces para facilitar la comprobación. Dos milímetros de error era un margen admisible. Pero la diferencia entre las medidas de dos personas no llegaba, a menudo, a los 2 milímetros; de ahí que fuera preciso buscar las fichas en muchos ficheros para no pasar por alto todas las que tenían mediciones aproximadas. Por lo menos se perdía una hora en la búsqueda de una ficha.

El hecho de que Henry trabajara en Bengala, es decir, en la misma provincia donde quince años antes había efectuado Herschel sus experimentos sobre las huellas digitales, es otra de las grandes casualidades que tan importante papel desempeñan en nuestra historia. Henry vivía en el mismo ambiente que Herschel y recibió las mismas impresiones. Por lo demás, Henry, sin saber nada de Herschel, observó el fenómeno de las huellas en 1892, o sea, antes de la decisión de la comisión Troup. En 1893 llegó a sus manos el libro de Galton, *Fingerprints*, aparecido un año antes. En 1894, al conocer el informe de la comisión Troup, supo que Galton no había logrado resolver el problema de la clasificación práctica de las huellas. Por primera vez se formuló la pregunta siguiente: ¿Había que considerar insoluble dicho problema?

Pocos meses después, Henry marchó de vacaciones a su patria. Apenas puso el pie en Londres, fue a visitar a Galton en su laboratorio de South Kensington. Galton, que tenía ya más de 70 años, lo recibió sin la menor reserva ni prejuicio. No le importaba nada la posible amenaza de perder la prioridad o el prestigio, y expuso todos sus esfuerzos y trabajos a Henry. La fantasía de éste halló un campo de acción en los misteriosos dibujos de las líneas papilares. Sumido en profundas cavilaciones y con una maleta llena de huellas digitales fotografiadas, nuestro hombre regresó a Calcuta. Una vez allí siguió confeccionando fichas y tomando nuevas fotografías de huellas. Comenzó a ordenar material hasta diciembre de 1896, en que efectuó el viaje de ferrocarril al que ya hemos aludido. Entonces fue cuando le vino a las mentes la solución del problema. Real-

mente era posible registrar las huellas dactilares de forma que pudieran localizarse en cualquier momento y sin esfuerzo.

En realidad, la idea surgió de una combinación de la investigación científica efectuada por Galton y el talento organizador y práctico de Henry.

Henry no negó jamás lo que debía a Galton. Y posteriormente, cuando conoció mejor las bases de la investigación de las huellas, tampoco negó los méritos de Herschel y Faulds. Sea como fuere, Henry fue quien —en las últimas semanas de 1896— encontró un medio para catalogar millones de fichas con huellas dactilares, con tanta perfección, que una de ellas podía ser localizada en un tiempo mínimo. Dividió en cinco los tipos fundamentales de dactilogramas y precisó con todo detalle cada uno de ellos. Había arcos simples, arcos fusiformes, ondulaciones radicales, ondulaciones cubitales y espirales. (Las ondulaciones cubitales miraban hacia la parte de la mano donde se halla el radio del antebrazo, es decir, hacia el pulgar; las ondulaciones cubitales miraban al cúbito, es decir, hacia el dedo meñique.) Los dactilogramas se clasificaban por letras —solución algo semejante a la Vucetich—; existían, pues, cinco letras: A, T, R, U y W. Para registrar grandes cantidades de fichas Henry recurrió a una nueva clasificación en numerosos subgrupos, y esto fue lo más importante de su descubrimiento. La base para esta subdivisión fueron las figuras que Galton había definido como triángulos o deltas. Un triángulo, por ejemplo, podía formarse por la bifurcación de una sola línea papilar o por la convergencia de dos líneas. Henry estableció unos determinados puntos de referencia, que denominó *términos externos*. En los llamados *dactilogramas ondulados* había asimismo unos puntos determinados, que recibieron el nombre de *términos internos*. Si se unían los términos internos y externos correspondientes mediante líneas rectas y se contaban las líneas papilares cruzadas por dichas líneas, se obtenían distintas cantidades y nuevas subdivisiones, que podían expresarse por medio de cifras. Estas cifras, unidas a las letras básicas, daban fórmulas que permitían clasificar las fichas.

Este sistema, que puede parecer muy complicado a los profanos, era, en realidad, un método de clasificación que podía aprenderse en un tiempo mínimo. Para llevarlo a la práctica sólo se requería una lupa y una aguja para contar las líneas.

A comienzos de enero de 1896, Henry publicó una disposición destinada a la policía bengalí: a las fichas que contenían las mediciones de Bertillon había que adjuntar las huellas dactilares de los diez dedos. Henry estaba resuelto a poner a prueba su sistema en una gran cantidad de fichas. «Si este sistema de registro resulta útil y seguro —escribió—, creo muy probable que la Antropometría esté condenada a una gradual desaparición...» Un año después, en enero de 1897, Henry estaba seguro de su causa. Se dirigió al gobernador general de la India y le propuso nombrar una comisión independiente para que decidiera si había o no llegado ya el momento de sustituir el *bertillonage* por la dactiloscopia. A pesar de su temperamento reservado, Henry salió de gozo cuando el gobernador General aceptó su propuesta. Bajo la presidencia del mayor general C. Shahan, Surveyer General of India, la comisión se reunió en Calcuta —en la comisaría de Henry—, el 29 de marzo de 1897. Dos días después, el 31 de marzo, presentó un informe que significó un enorme éxito para Henry: «Tras haber comprobado los defectos del sistema antropométrico, hemos examinado cuidadosamente el dactiloscópico. La primera que nos ha llamado la atención ha sido la facilidad con que las huellas pueden ser tomadas y la claridad de las mismas. No se precisa personal ni instrumentos especiales. Después, Mr. Henry nos ha expuesto su método de clasificación; es tan sencillo, que nosotros mismos hemos podido encontrar con facilidad, y sin equivocarnos, los originales de dos fichas, escogidas entre las más difíciles... Otro caso, al parecer muy complicado, porque las huellas eran especialmente confusas, fue resuelto en dos minutos...»

El 12 de julio del mismo año, 1897, el Gobernador General ordenó que en toda la India británica se renunciara a la Antropometría y se adoptara la dactiloscopia. En 1898 se identificaron en Bengala 345 criminales, y en 1899, 569; casi dos tercios del total habían conseguido burlar el sistema antropométrico. Entretanto, Henry intentaba ya demostrar la fuerza probatoria de las huellas dactilares descubiertas en el lugar o el cuerpo del delicto. En este aspecto, le ocurrió algo semejante a Vucetich: la casualidad o el destino le proporcionaron, por así decirlo, el hecho delictivo que necesitaba.

Fue en el mes de agosto de 1898. Escenario del crimen: el apartado territorio fronterizo entre Bengala y Bhutan. Cuando

el jefe de policía británico del distrito de Julpuguri, escoltado por dos hindúes, visitaba, a fines de mes, una plantación de té, la encontró tan abandonada y solitaria, que inmediatamente empezó a sospechar que ocurría algo anormal. Nadie salió a recibirlo cuando se acercó a la casa del administrador. La puerta estaba abierta. En el dormitorio encontró al administrador tendido en la cama; estaba muerto; alguien lo había degollado con un afilado cuchillo. Los papeles del escritorio aparecían revueltos; la caja del dinero, abierta y vacía. Se descubrió que la servidumbre había huido, presa de pánico. También había escapado la amante indígena del administrador. Finalmente, fueron hallados el cocinero y la mujer en cuestión. La amante no estaba en casa en el momento del asesinato. El cocinero había visto la sombra de un hombre que escapaba, pero no pudo reconocerlo. El jefe de policía de Julpuguri descubrió después la cartera del administrador. El dinero había desaparecido, pero en uno de los compartimentos había quedado un calendario bengalí impreso. En sus cubiertas, de color azul celeste, se observaba una pequeña mancha pardusca. El policía no llevaba una lupa consigo, pero supuso que se trataba de una huella digital. Inmediatamente dio parte del crimen a Calcuta.

Henry le transmitió la orden de hacerse con las huellas digitales de la víctima y de todas las personas relacionadas con ella. Todas las huellas tomadas tenían que ser enviadas a Calcuta inmediatamente. Una vez llegados los documentos a la capital, bastaron unos minutos para descubrir que la mancha de suciedad era la huella de un dedo de la mano derecha, seguramente el pulgar. No pertenecía al muerto ni a ninguna de las personas que vivían a su alrededor. Tras nuevas pesquisas e interrogatorios en Julpuguri, se descubrió que, a finales de 1895, la víctima había denunciado por robo a un criado llamado Charan, el cual fue detenido y condenado en Calcuta. En el momento de su detención había jurado vengarse de su señor.

Henry mandó buscar las huellas digitales de Charan. Posiblemente estarían aún en el fichero que, desde principios de 1896, había formado a base de mediciones y huellas dactilares. Si no era así, existía siempre la posibilidad de que la huella del pulgar de Charan se hallara en las fichas antropométricas anteriores, a las cuales solían añadirse ya algunas huellas digitales. La ficha de Charan fue encontrada, y, efectivamente, con-

tenía la huella de su dedo pulgar. ¡Era idéntica a la del calendario bengalí!

En 1897, el criado ladrón —junto con otros muchos presos— se había beneficiado de una amnistía, concedida para conmemorar los sesenta años de gobierno de la reina Victoria. Desde entonces, nadie supo nada de él. Pasaron algunas semanas hasta que fue detenido y juzgado en Calcuta. El juez y sus colegas se veían por primera vez ante una huella digital como recurso probatorio. Charan se obstinaba en negar su culpa. El tribunal, lleno de escrúpulos e inseguridad, se decidió por una condena de compromiso. Charan fue condenado por robo, pero no por asesinato. El tribunal no se atrevió a dictar una pena de muerte basándose tan sólo en la huella de un dedo. Todo era demasiado nuevo, demasiado inseguro y revolucionario para unos hombres que hasta entonces habían basado sus condenas en testimonios personales.

En el momento de pronunciarse la sentencia contra Charan, Henry se hallaba obsesionado ya por otros proyectos. Escribía un libro: *Classification and Uses of Fingerprints*, impreso a costa de la administración británica. Simultáneamente aprovechó la experiencia del caso Charan para descubrir una nueva forma de registrar las huellas digitales. Su intención era coleccionar huellas digitales de un solo dedo y ordenarlas de modo que facilitarían la identificación de una sola huella, como la descubierta en Julpuguri.

Por entonces no había un solo país del mundo que tuviera idea del cambio revolucionario operado en la policía bengalí.

La distancia entre la India y Londres era enorme, y la burocracia trabajaba con gran lentitud. Sin embargo, era innegable que trabajaba, y, así, pasó de Calcuta a Londres el informe de la comisión presidida por el general Shahan. Llegó al ministerio del Interior cuando Scotland Yard se agitaba en una nueva crisis, provocada por las repercusiones de la guerra contra los boers. Los parados organizaban manifestaciones en las calles de Londres. El número de delitos iba en constante aumento. El jefe de policía en funciones, Sir Edward Bradford, estaba agotado después de trece años de servicio. En cuanto a Sir Robert Anderson, jefe de la Sección de Investigación Criminal, era inminente su retiro. Respecto al Servicio de Identificación, Melville Macnaghten no tenía ningún resultado convin-

cente que ofrecer. No podía decirse que el *bertillonage* hubiera fracasado completamente, ya que, de hecho, había significado un gran progreso. Pero la inseguridad de la comisión Troup seguía pesando negativamente en el trabajo de las oficinas antropométricas. Además, Galton publicó un nuevo libro, *Fingerprint Dictionary*. En él se daba a entender que la solución del problema de la clasificación no estaba ya muy lejos. Estas circunstancias explican que el informe de la India cayera en un terreno favorable.

El 5 de julio de 1900 se reunió en Londres una nueva comisión, presidida por Lord Belper. Henry fue llamado a la capital británica para informar acerca de sus descubrimientos. El propio Galton fue invitado a las deliberaciones, en calidad de especialista. También estuvieron presentes los funcionarios de Scotland Yard, que llevaban cinco años trabajando con el *bertillonage* (y las huellas digitales anejas). Entre ellos se hallaban Macnaghten, Stedman, Collins y el doctor Garson, el hombre que, en 1895, con tanto apasionamiento había defendido la Antropometría.

La aparición de Henry fue un gran éxito. Francis Galton demostró la grandeza de su espíritu; en ningún momento mencionó lo que Henry debía a sus inspiraciones, sino que se limitó a reconocer que el nuevo sistema era la solución práctica. A su lado, el doctor Garson resultó un oportunista: había comprendido, de pronto, que no podía perder el tren y que tenía que inclinarse por el método dactiloscópico. De un modo sorprendente, empezó a defender un sistema de clasificación que pretendía haber descubierto él mismo. No obstante, se trataba de algo tan poco viable, que la comisión se lo quitó de encima en pocas palabras. En noviembre de 1900, tras concienzudas deliberaciones, Lord Belper recomendó la supresión del *bertillonage* en Inglaterra y propuso montar todo el aparato de identificación sobre el sistema de Henry.

Para acabar de redondear el éxito, el ministro del Interior nombró a Henry jefe de policía interino y encargado del Departamento de Investigación Criminal. En marzo de 1901, Henry ocupó su nuevo cargo. Su primera visita al edificio de Scotland Yard como funcionario lo llevó al modestísimo despacho donde trabajaban el inspector Stedman, el sargento Collins y su asistente Hunt. Stedman estaba ya marcado por la enfermedad.

Collins y Hunt llevaban el peso del trabajo. Sin embargo, pensando en sus experiencias de Calcuta, todo aquello le pareció a Henry de una lamentable pobreza. Las huellas coleccionadas eran técnicamente malas, poco nítidas y ordenadas de un modo defectuoso; Henry las encontró en los estrechos cajones de un armario casero. Sin embargo, el nuevo jefe de Scotland Yard tenía la personalidad suficiente como para comunicar a Collins y Hunt su gran pasión por la dactiloscopia. Puso a disposición de sus dos subordinados la magnífica y segura documentación que traía de la India. Él mismo les enseñó la manera de distinguir los dactilogramas. Sus facultades pedagógicas eran tan notables, que, en poquísimos tiempos, Collins se convirtió en el mejor especialista en dactiloscopia de toda Inglaterra. En un solo año, hasta mayo de 1902, el nuevo departamento dactiloscópico identificó a 1722 personas con antecedentes penales. Era el cuádruple de la cantidad máxima de identificaciones logradas por medio de la Antropometría. Sin embargo, Henry sabía que se requería algo más para imponer definitivamente la dactiloscopia en Inglaterra. Necesitaba triunfos confirmados por tribunales y penetrar en la opinión pública.

Las primeras oportunidades, insignificantes aún, se dieron en el año 1902, en el Derby de Epsom. Melville Macnaghten recordaba posteriormente: «Cuando llegó el primer día del Derby, teníamos no ser lo bastante rápidos. Entre seis y siete de la tarde, la policía se dedicó a trasladar a las cárceles a todos los delincuentes —estafadores de apuestas, rateros— que pudo cazar durante el Derby. A la mañana siguiente, a las nueve y media, fueron juzgados (por distintos juicios). Para ello mandamos a Epsom algunas personas adiestradas para el caso. Tomaron las huellas de 45 detenidos y las llevaron a Scotland Yard. Dos hombres del departamento dactiloscópico las revisaron aquella misma noche, con el resultado siguiente: 29 de los detenidos tenían antecedentes penales. Las fichas de los delincuentes fueron enviadas a Epsom de madrugada por el inspector en jefe (que, por entonces, era ya Collins). Cuando los malhechores comparecieron ante el juez, se encontraron con que salían a la luz sus anteriores delitos y recibían condenas mayores de las esperadas. El primero de ellos dijo llamarse Green, de Gloucester. Aseguró que jamás se había visto ante un tribunal. El hipódromo era para él un mundo desconocido.

Cuando el inspector en jefe le dijo que su verdadero nombre era Benjamín Brown, que procedía de Birmingham y que tenía una bonita carrera de delitos tras él, el delincuente estalló: «¡Malditas huellas digitales! ¡Sabía que acabarían metiéndome un paquete...!»

Aquel mismo año, Henry tuvo una segunda ocasión para lucirse, más importante que la primera. Se trataba, en este caso, de una huella encontrada en el lugar del delito. En agosto de 1902, después de un robo cometido en Denmark Hill, Collins halló, claramente visibles en una tabla recién pintada, las huellas digitales de un hombre. La inmediata consulta del fichero demostró que se trataba de un individuo que acababa de cumplir condena, también por robo. Se llamaba Jackson. Fue detenido y llevado a la cárcel de Brickstone. No cabía duda: Jackson había estado en la casa de Denmark Hill a la hora del robo.

El robo era un caso que no podía ser dirimido por un simple juez, sino ante el famoso tribunal de Old Bailey y ante jurados. Henry estaba resuelto a aprovechar la oportunidad que se le brindaba y a hacer todo lo posible por conseguir un éxito. Sabía que sólo un acusador extraordinariamente capacitado, prestigioso y abierto, estaría en condiciones de salvar la barrera de desconfianza y prejuicios que podían esperarse de unos jueces y unos jurados tan conservadores como los ingleses.

Para Henry, el mejor hombre era Richard Muir, a la sazón de 45 años, que había alcanzado ya la cumbre entre los jóvenes abogados londinenses que trabajaban como fiscales de la corona inglesa. Algunos casos de asesinato, como el mundialmente famoso caso Crippen, difundirían muy pronto el nombre de Muir más allá de las fronteras de Inglaterra.

Muir había sido empleado de banca y vendedor en un comercio de azúcar, y, gracias a sus esfuerzos, había conseguido terminar la carrera de Derecho. Era un durísimo luchador, que no conocía la alegre vida social ni las diversiones. De la mañana a la noche permanecía en su despacho —con las piernas encima de una mesa— y coleccionaba hechos, que iba anotando con lápices de distintos colores en innumerables fichas diminutas. Un color significaba interrogatorio normal o simple toma de declaración; otro, interrogatorio contradictorio. Su aparición ante el tribunal solía conocerse con el nombre de «juego de las cartas». Jamás dormía más de cinco horas, y era tan temido

por sus empleados como por los funcionarios de Scotland Yard que le suministraban material probatorio. Jamás se daba por vencido. ¡Ay de aquel que se atreviera a pronunciar en su presencia la palabra «imposible»! «¿Imposible? —era su respuesta—. ¡No conozco esa palabra!» Sus experiencias lo habían llevado a sentir una profunda desconfianza contra la identificación mediante testigos oculares. Siempre husmeaba el peligro de un error judicial cuando el único cargo contra un acusado era su identificación por tales testigos. Precisamente por esta razón, Muir era el hombre que Henry necesitaba.

Después de una entrevista con Henry, Muir se encaminó a Scotland Yard. Estuvo cuatro días examinando a Collins con el método implacable que le era característico. Durante cuatro días estudió a fondo el método dactiloscópico, el registro y los resultados obtenidos hasta el momento. Finalmente, se dio por satisfecho; su convicción era tan firme, que incluso se manifestó dispuesto a aceptar un caso todavía poco importante —como el caso Jackson— con tal de contribuir a que Henry y su sistema dactiloscópico logaran el reconocimiento público.

El 2 de septiembre de 1902, Jackson comparecía ante el Central Criminal Court, en Old Bailey. La historia no nos suministra ningún dato preciso sobre el desarrollo del proceso. Lo único que nos ha transmitido es el resultado: Muir hizo el milagro de convencer a los jurados, conservadores y desconfiados, de la absoluta seguridad que ofrecía la presencia de huellas dactilares en el lugar del delito. Jackson fue declarado culpable y condenado a seis años de prisión.

Henry obtuvo así el primer éxito público en territorio británico. Pero él sabía muy bien que su triunfo sólo podía ser un principio. Seguía esperando una gran victoria en algún caso de asesinato que conmoviera a todo el país. Sin embargo, antes de que Henry viera satisfechos sus deseos, desarrolló en Londres un drama que descubrió, para millones de personas, la inseguridad del antiguo método de identificación. El prólogo de dicho drama se había desarrollado cuatro años antes, aún dentro de la última década del siglo anterior: el 16 de diciembre de 1896. El suceso ha pasado a los anales de la criminalística con el nombre de caso Beck.

13

El 16 de diciembre de 1896, hacia las 4 de la tarde, un hombre de cabellos grises y bigote, que aparentaba unos 55 años, salía de la casa 139 de la Victoria Street, en Londres. Llevaba levita y sombrero de copa. Se detuvo unos minutos ante el portal, como si no supiera adónde dirigir su pasos.

Acababa de oscurecer, y los faroles de gas estaban ya encendidos. Una ligera niebla flotaba en el aire. Cuando el hombre se disponía a caminar, una mujer le cerró el paso.

—¡Señor, yo lo conozco a usted! —exclamó.

—¡Perdón! ¿Qué desea? —preguntó el caballero.

—Quiero mis dos relojes y los anillos...

El hombre se deshizo de la importuna y cruzó la calle. Al ver que la mujer lo seguía, se dirigió a un policía y le manifestó que una desconocida lo estaba molestando. Nunca la había visto ni sabía qué deseaba de él. La mujer le había ya dado alcance y, muy excitada, cortó al policía que aquel caballero le había estafado y robado. Exigió que fuese detenido inmediatamente. El agente condujo a los dos a la comisaría de Rochester Bow.

El caballero declaró que se llamaba Adolf Beck. La mujer dijo llamarse Otilie Meissonier. Según ella, Beck la había abandonado tres semanas antes en Victoria Street. Ella era profesora de idiomas, vivía sola, y en aquella ocasión se dirigía a una exposición de flores. Se sintió halagada cuando Beck le preguntó si era Lady Evertton. Al negarlo, Beck se excusó y añadió que la exposición floral no merecía una visita. Dijo que él sabía algo de flores, porque en su propiedad de Lincolnshire tenía nada menos que seis jardineros. Cuando Otilie Meissonier manifestó que también era aficionada a las flores y que en su casa cuidaba amorosamente unos crisantemos, Beck le pidió permiso para verlos. Quedaron citados para tomar el té al día siguiente, en la casa que la dama poseía en Foulham. Beck apareció con matemática puntualidad. Se presentó como Lord Salisbury, aludió como de pasada a que poseía una renta de 180 000 libras anuales y acabó por invitar a la dama —cada vez más halagada— a un viaje por la Riviera a bordo de su yate particular. Por otra parte, le había puesto una condición: aceptar que él le proporcionase un guardarropa más elegante que el que poseía.

Otilie Meissonier aceptó la condición, y el visitante le enumeró una serie de prendas de vestir que debía comprar. Incluso escribió una lista de los trajes que Otilie debía encargarse, y firmó un cheque de más de cuarenta libras a nombre de la Meissonier. Después examinó el reloj de pulsera y los anillos de la dama y le pidió que se los prestase para adquirir otras piezas más lujosas de la misma medida. Dos horas después que Beck se hubo despedido, la profesora de idiomas comprobó que le faltaba otro reloj. Inmediatamente empezó a sospechar y fue corriendo al Unionbank para hacer efectivo el cheque. Naturalmente, se trataba de un cheque falso. No existía ninguna cuenta corriente a nombre de Lord Salisbury. Otilie Meissonier comprendió que la habían timado. Desde entonces buscó al supuesto Lord Salisbury, hasta que lo encontró aquella desapacible tarde del 16 de diciembre. La dama se declaró dispuesta a jurar que Adolf Beck era el hombre que se había presentado a ella como Lord Salisbury.

La declaración llegó aquella misma noche a Scotland Yard; el inspector Waldoock, conocedor de la situación inmediata, fue encargado de la investigación. Resultó que, desde diciembre de 1894, constaban numerosas denuncias de mujeres solas contra un señor anciano, de cabellos grises, el cual se presentaba como Lord Wilton o Lord Willoughby; en sus timos había usado la misma táctica que «Lord Salisbury».

En total salieron veintidós víctimas. Entre otras estafas, el «Lord» había afanado dos anillos y un broche a una tal Fanny Nutt, a principios de diciembre de 1894; a primeros de enero de 1895 robó un anillo a Evelyn Miller; el 18 de febrero del mismo año, dos anillos a Tille Sinclair; el 7 de marzo, un anillo y dos relojes de pulsera a Annie Townsend; el 11 de marzo, un anillo a Juliette Kluth; el 3 de abril, un anillo a Minnie Lewis; el 23 de junio, dos anillos a Kate Brakefield; el 6 de julio, dos anillos y otras joyas a Daisy Grant. Algunas veces el «Lord» pidió un pequeño préstamo para tomar un coche, con el pretexto de que su criado había olvidado ponerle dinero en el traje.

Una tras otra, las víctimas fueron careadas con Beck. Para ello, Beck era colocado en medio de una fila de diez o quince hombres cogidos al azar —como siempre, sin pensar en posibles parecidos con el sospechoso—; casi siempre, Beck era el único hombre de cabellos grises y bigote que se alineaba en la «parada

para la identificación». Naturalmente, la vista de las mujeres se dirigía en seguida a él. Todas las víctimas —con una sola excepción— declararon que Beck era el hombre que las había timado. Fanny Nutt exclamó: «Lo reconocería entre mil... Lo conocería de frente y de espaldas, de la cabeza a los pies». Alice Sinclair manifestó: «Estoy completamente segura de que es él... Lo he reconocido entre otras personas. No tenían con él el menor parecido. Estoy absolutamente segura...». Y Kate Brakfield declaró: «Lo he reconocido en cuanto lo he visto. Ni siquiera me he fijado en los demás hombres».

Beck juró que no había visto a ninguna de todas aquellas mujeres en su vida. Hizo constar que vivía de los ingresos producidos por una mina de cobre que poseía en Noruega, y que no tenía necesidad de ganarse el pan engañando y robando a señoras solas. De acuerdo con su deposición, había nacido en Noruega en 1841, y se trasladó a Inglaterra en 1865 para trabajar como consignatario de buques. Desde entonces, su vida fue muy movida. Actuó como cantante en Aberdeen; en 1868, emigró a Sudamérica, organizó conciertos, montó agencias comerciales en Buenos Aires, hizo una fortuna como proveedor del ejército en Perú y regresó a Noruega en 1884, para adquirir una mina de cobre. Un año después volvió a Londres; primero se instaló en el Covent-Garden-Hotel, y después, en una vivienda amueblada de Victoria Street, la casa donde el destino le gastó una jugarreta inesperada sirviéndose de Otilie Meissonier. Por medio de un secretario que había trabajado para él, Beck pudo demostrar que, realmente, poseía la mina de cobre. No obstante, se descubrió también que había quedado a deber 600 libras al Covent-Garden-Hotel. Se había visto obligado a pedir un «pres-tamo» a su secretario. En sus relaciones con las mujeres, no había sido muy difícil de contentar ni había manifestado nunca un criterio muy selectivo. Todas estas circunstancias pesaron en contra suya. Sin embargo, no cesaba de proclamar su inocencia.

El 18 de diciembre, Scotland Yard recibió una carta anónima; en ella se recordaba que, en 1877, un hombre llamado John Smith había sido condenado a cinco años por el tribunal de Old Bailey; era un timador que abordaba a las mujeres solas y utilizaba el mismo procedimiento que Beck, alias «Lord Salisbury», alias «Lord Willoughby», alias «Lord Wilton». El propio Smith había usado el nombre de Lord Willoughby, había prometido a

algunas de las mujeres un empleo como ama de llaves en su gran castillo, les había dado cheques falsos y robado las joyas. El 20 de abril de 1877 fue reconocido por una de sus víctimas, Louisa Howard, y entregado a la policía. El 10 de mayo de 1877, el juez Forrest Fulton lo condenó a la pena mencionada, tras haber sido declarado culpable por el jurado. Cuatro años más tarde, el 14 de abril de 1881, fue puesto en libertad y no se supo nada más de él. Era posible —concluía el anónimo denunciante— que Beck no fuera otro sino el mismo Smith, y que hubiera reanudado sus actividades de estafador.

Scotland Yard buscó las actas de John Smith. Y, realmente, era absoluta la coincidencia de sus fechorías con las que se atribuían a Beck. Y había algo más: los dos policías que detuvieron a Smith en 1877 y llevaron el caso, aún vivían. Eran el agente E. Spurrel y el inspector Redstone. Beck fue careado con ambos. Desde su anterior encuentro con Smith habían pasado diecinueve años, y, sin embargo, Spurrel declaró que Beck era idéntico a Smith ante el tribunal de Westminster —al que competía decidir si había lugar para acusar a Beck—. El agente declaró bajo juramento: «El acusado es el hombre; no hay duda. Es él. Sé perfectamente todo lo que puede acarrear mi declaración, y puedo asegurar que se trata del mismo hombre».

Tampoco el inspector Redstone había visto a Smith desde 1877. A pesar de ello, su declaración coincidió con la de su colega. Beck se quedó pálido como un muerto, se cubrió el rostro con las manos y gritó con desesperación que en 1877 él ni siquiera estaba en Inglaterra. Podía presentar testigos de Sudamérica, personas honorables que podrían jurar haberlo visto dedicarse a sus negocios en América del Sur durante los años 1876 y 1877. Las mujeres se equivocaban. Los policías se equivocaban. No sabía quién era Smith. Jamás había oído nada de él ni había pasado una sola hora en una cárcel británica. «Lo juro por Dios: las mujeres y los policías se equivocan».

El grafólogo londinense Gurrin —y, al mencionarlo, nos anticipamos y aludimos a un capítulo de la criminalística que estudiaremos más adelante— comparó las listas de prendas de vestir que el estafador de 1894-1895 había dejado a las víctimas, con las listas que había escrito John Smith en 1877, y también con la escritura de Adolf Beck. Su dictamen fue el siguiente: la escritura del estafador de 1877 coincidía con la del

estafador de 1894-1895. La escritura de Beck era totalmente distinta; sin embargo, Beck era el autor de las listas de vestuario, sólo que para escribirlas había «deformado su letra».

La identificación de Beck por parte de las mujeres y los policías parecía tan convincente, que el Chief Clerk del ministerio público, F. J. Sims, encargado de preparar la acusación de Beck ante Old Bailey, no creyó necesario comparar la descripción personal que debía existir en las actas de John Smith con el aspecto físico de Adolf Beck. No obstante, el inspector Waldoock hizo notar a Sims que, por lo que él sabía, Smith tenía los ojos castaños; los ojos de Beck, en cambio, eran azules. Sims no hizo ningún caso de la observación. La identificación personal le parecía mucho más importante que las descripciones, cuya superficialidad era realmente bien conocida por todos. Al persistir en sus dudas el inspector Waldoock, le fue retirado el encargo de investigar el caso. Fue sustituido por el inspector en jefe Froest.

Froest era un hombre de la vieja escuela, un atleta que podía romper una barraja con las manos. En aquella época no existía apenas una colaboración policiaca internacional, y la especialidad de Froest era efectuar investigaciones en el extranjero. En su despacho de Scotland Yard tenía el revólver de un atracador de ferrocarriles americano, a quien había perseguido a través del Atlántico y al que, finalmente, detuvo en el restaurante «Gatti's», de Londres, sin más arma que sus manos. También «a manos limpias» había cazado al famoso «asesino-cowboy», que siempre llevaba un traje negro y, después de cada asesinato, labraba una nueva mueca en su revólver. Froest confiaba ciegamente en la «memoria fotográfica» del policía como principal recurso para la identificación, y estaba convencido de que Spurrel y Redstone tenían razón.

La acusación contra Beck fue llevada por Horace Avory. Avory era un sujeto diminuto, enjuto y ascético, que no se movía por nada del mundo. Posteriormente fue llamado «El juez de la horca». De él se decía: «Avory evita la grasa excesiva en su cuerpo; evita los cumplidos, pero jamás evita que se reduzca el número de condenados».

Posiblemente Avory no estaba seguro por completo de que Beck y John Smith fueran la misma persona. La acusación preliminar contenía, sin duda, algunas referencias a una posible condena de Beck en 1877. Pero Avory no quería que —como se

dice en la jerga judicial— aquellos puntos «fueran objeto de la vista», que se inició en Old Bailey el 3 de mayo de 1896.

El juez era el mismo que condenó a Smith en 1877: Forrest Fulton. Según declaraciones posteriores, no recordaba en absoluto el primer juicio de Smith. El defensor de Beck era C. F. Gill, abogado de gran experiencia. Gill veía su gran oportunidad en interrogar al grafólogo Gurrin cuando comparciera como testigo de cargo. Si Gurrin juraba que los escritos de 1877 y de 1894-1895 eran idénticos —es decir, el delincuente era el mismo—, entonces Gill demostraría, con testigos, que en 1877 Beck se hallaba en Sudamérica y no en Londres. Así pues, no habría sido el estafador de 1877 y, por consiguiente, tampoco el de 1894-1895. Pero Avory había previsto esta eventualidad. No preguntó a Gurrin su opinión sobre el escrito de 1877. Gurrin se limitó a decir que Beck había escrito las listas de trajes que dejó a sus víctimas de 1894-1895, para lo cual deformó su caligrafía.

Gill saltó de su asiento y pidió permiso al juez para preguntar a Gurrin qué opinaba de la lista escrita por el estafador en 1877. Sin embargo, en los procedimientos judiciales británicos de aquel entonces existía la curiosa particularidad de que los delitos y las condenas anteriores de un hombre juzgado por un nuevo delito, no podían ser mencionados hasta que el jurado hubiese pronunciado su veredicto. La medida tendía, teóricamente, a evitar que el jurado se dejara influir por ello contra un acusado. Esta disposición fue aprovechada por Avory cuando el defensor de Beck solicitó la venia de interrogar al grafólogo. Avory protestó y declaró que la petición del defensor debía ser rechazada, porque hacía referencia a cosas pasadas, ajenas al proceso. Gill protestó a su vez de un modo desesperado. Gritó que el pasado pertenecía, sin duda, al proceso y que, además, constituía la base de toda su defensa. Pero el juez Fulton, con toda la omnipotencia de los jueces británicos, decidió que no hacían al caso las preguntas sobre lo ocurrido en 1877. Por su parte, la acusación tenía que renunciar a la identificación de Beck por los policías Spurrel y Redstone, cosa que no preocupó mucho a Avory, porque cuando hizo destilar a las mujeres estafadas ante Beck, y todas, una tras otra, lo fueron identificando, el efecto producido sobre el jurado fue definitivo.

Comparecieron diez de las veintuna mujeres que identificaron a Beck durante la instrucción del proceso. La primera fue

Fanny Nutt, y la última, Otilie Meissonier. Una tras otra señalaron a Beck y declararon: «¡Es él! ¡Es él! ¡Es él!». Nadie tomó en consideración ciertas vacilaciones y dudas. Annie Townsend, por ejemplo, manifestó: «Sí, es el mismo hombre»; pero añadió: «Cuando habla, no estoy muy segura, porque en mi casa hablaba como un yanqui». Y Lilli Vincett hizo el comentario siguiente: «Cuando me visitó, su bigote era más largo y llevaba las guías engomadas...». Por lo demás, nadie se dio cuenta de que precisamente esta última testigo puso al descubierto hasta qué punto era dudoso el método de la «parada», cuando en ella se alineaban hombres de aspecto tan distinto. La testigo en cuestión dijo estas palabras: «Sabía que habían detenido a un hombre, y que si realmente era el culpable, debía tratarse de un anciano de pelo canoso». En vano intentó el defensor llamar la atención del jurado sobre tan vaga declaración. También protestó sin éxito cuando Otilie Meissonier dijo: «El timador tenía una pequeña cicatriz en el cuello, bajo la oreja derecha. Era una cicatriz minúscula, que parecía un lunar». Gill pidió que mostrara al jurado dicha cicatriz en la persona de Beck. Entonces la mujer declaró: «Ahora no la veo...».

El Derecho británico de aquellos días no permitía que el acusado ocupara el estrado de los testigos para defender su propia causa. Lo único que Gill pudo conseguir fue que Beck declarara personalmente con el fin de demostrar que no hablaba con el acento que todas las testigos le habían atribuido. Beck aprovechó la ocasión para exclamar desesperado: «No tengo nada que ver con esta terrible acusación. No sé nada de ninguno de los delitos. Soy completamente inocente...».

Todo fue en vano. El 5 de marzo, el jurado declaró culpable a Beck, y el juez Fulton lo condenó a siete años de prisión. Una vez más, Beck se levantó y gritó: «¡Soy inocente, del todo inocente!». Sus gritos se perdieron en la sala sin que nadie les prestase oídos.

Al día siguiente, Beck ingresó en la cárcel para cumplir la condena. Aunque el tribunal había reconocido taxativamente que no existía relación alguna entre la pena impuesta y los delitos de John Smith, Beck recibió el mismo número de periódico que había llevado Smith: el D 523. Más aún: al número le fue añadida la letra W, que servía para distinguir a los reincidentes. Entre 1896 y 1901, Beck cursó diez peticiones para que

se revisara su proceso. Pero Inglaterra no conocía aún los tribunales de apelación; el único camino que tenía Beck era el de la simple petición. Una y otra vez, el condenado afirmó que, en 1877, se hallaba en Sudamérica. Era imposible que él y John Smith fuesen una misma persona. Con toda probabilidad existía un John Smith auténtico, el mismo timador que actuó en 1895 y que merecía el castigo aplicado a Beck.

El abogado de Beck pidió permiso para consultar la descripción personal de Smith, incluida en su ficha. Su petición fue rechazada. Sin embargo, el 12 de mayo de 1898, un funcionario del ministerio del Interior pidió a la administración de la cárcel la descripción de John Smith. Se comprobó que Smith era de confesión judía y estaba circuncidado. En Beck no existía tal circuncisión. Sin embargo, el juez Fulton se hallaba tan influido por los testimonios de las mujeres, que su respuesta fue la siguiente: era probable que Beck y Smith no fueran la misma persona; él, por su parte, no tenía por qué dudar que Beck hubiera estado en Sudamérica. Así pues, no ocurrió nada; la administración de la cárcel se limitó a quitar la W del número de Beck. Finalmente, el 8 de julio de 1901 le fue concedida a Beck la libertad «vigilada».

Nuestro hombre dedicó todos sus esfuerzos a demostrar su inocencia. Gastó el resto de su fortuna en abogados, y no sospechaba que el destino le tenía preparada una nueva jugarreta.

El 15 de abril de 1904, Beck salía de su casa de Tottenham Court Road, alquilada poco antes. Cuando puso el pie en la acera, una mujer joven corrió hacia él. «¡Usted es el hombre —gritó— que me ha robado las joyas y el soberano de oro!» Involuntariamente, Beck retrocedió hacia la casa. Se tambaleó. Presa de un terrible pánico, gritó: «¡No! ¡No! ¡Yo no he sido! ¡No la conozco a usted! ¡No la he visto en mi vida!». La mujer continuaba: «Sí, usted es el hombre que me ha robado las joyas, y por aquí hay alguien que le está esperando...». El terror impulsó a Beck a correr; intentaba escapar a un destino imprevisible que de nuevo trataba de cebarse en él. Pero el fugitivo sólo pudo dar unos pasos; el inspector Ward le cortó el camino, lo detuvo y lo condujo a la comisaría de Paddington.

¿Quién había provocado esta segunda detención? El 22 de marzo de 1904, una mujer que trabajaba como asistente, Pauline Scott, se presentó en una comisaría de policía para efectuar una

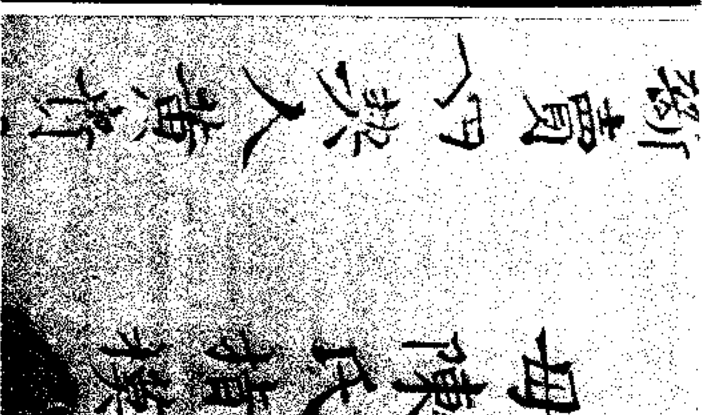
denuncia. Un hombre de aspecto elegante, anciano y de cabellos grises, la había abordado en la calle con toda clase de atenciones y cumplidos, y le había ofrecido una plaza de ama de llaves. El resto pueden imaginárselo los lectores; se trataba del tino que Scotland Yard ya conocía en 1896. El inspector Ward supuso que Beck había vuelto a sus estafas acostumbradas y, hacia el mediodía, envió a Pauline Scott a un restaurante, en el que Beck solía tomar su *lunch*. Aunque la mujer se sentó cerca de él y pudo observarlo durante más de una hora, no lo reconoció. Sin embargo, Ward no se dio por satisfecho. Ordenó a la Scott que permaneciera en las inmediaciones de la casa de Beck, precisamente a las horas en que éste solía abandonar su domicilio. La mujer recibió el encargo de descubrir al estafador entre las personas que pasaran cerca de ella. Así fue cómo Beck volvió a caer en manos de la policía.

El pobre hombre daba la impresión de una persona que ya no comprende nada del mundo que lo rodea. No cesaba de gritar: «¡Por Dios Santo, soy inocente! ¡No hay ni una palabra de verdad en las acusaciones contra mí!». Cuando los periódicos dieron la noticia de la detención, se presentaron otras cuatro mujeres: Rose Reece, Grace Campbell, Lily King, Caroline Singer, todas ellas víctimas del mismo tino. Las cuatro se manifestaron dispuestas a jurar que Beck era el hombre que les había robado las joyas y el dinero. De nada sirvió que el propio Beck se defendiera desesperadamente contra todas las acusaciones y que declarara solemnemente ante el juez de instrucción: «¡A más he visto ni hablado a ninguna de esas mujeres antes de que los policías las lanzaran contra mí. Puedo presentar muchos testigos de que me dedico honradamente a mis negocios... No puedo comprender...».

El 27 de junio de 1904, Beck ocupaba por segunda vez el banquillo en Old Bailey. Esta vez, ni siquiera podía contratar los servicios de un defensor hábil y experimentado. El abogado Leicester, que se manifestó dispuesto a defenderlo, sólo tuvo cuatro días para preparar su defensa. Beck estaba demasiado agotado y confuso para informarlo con la deseada exactitud. La fatalidad cayó de nuevo sobre la cabeza del acusado. Los testigos lo identificaron bajo juramento: «Su nariz es característica —declaró Rose Reece—; podría distinguirla entre mil». Tampoco esta segunda vez se molestó nadie en comprobar las confusiones



Principios de la dactiloscopia. William Herschel (*abajo*, izquierda) (1833-1917) puso a prueba la eficacia de las huellas dactilares cuando trabajaba como funcionario colonial en la India. A fin de demostrar la invariabilidad de las huellas dactilares, estampó las de su mano izquierda, labor que volvió a realizar treinta años después (*arriba*). Recibo chino (*abajo*, derecha) del año 1839, con una huella del dedo pulgar a grito de firma.



y contradicciones que contenían los testimonios de las mujeres. Una dijo que el timador llevaba monóculo; otra, por el contrario, afirmó que no había visto que lo llevara. Pero estos pequeños matices no pesaron para nada ante las aplastantes acusaciones: «Es él..., es él..., es él...».

Sin embargo, algo había cambiado en los tribunales ingleses desde 1896: Beck pudo defenderse. Pero, naturalmente, de poco podía servir que se dirigiera suplicante al jurado afirmando no conocer a ninguna de aquellas mujeres y ser víctima de algún doble, de alguna persona muy parecida a él. El jurado consideró culpable a Beck el mismo día en que se inició el proceso. Sin embargo, el juez Grantham, presidente del tribunal, no las tenía todas consigo y aplazó la sentencia. Beck quedó arrestado provisionalmente.

Pese a todo, es evidente que Beck no habría escapado a su mala estrella si diez días después no hubiera ocurrido un suceso que puso el caso a plena luz ante la opinión pública y levantó oleadas de indignación en todo Londres.

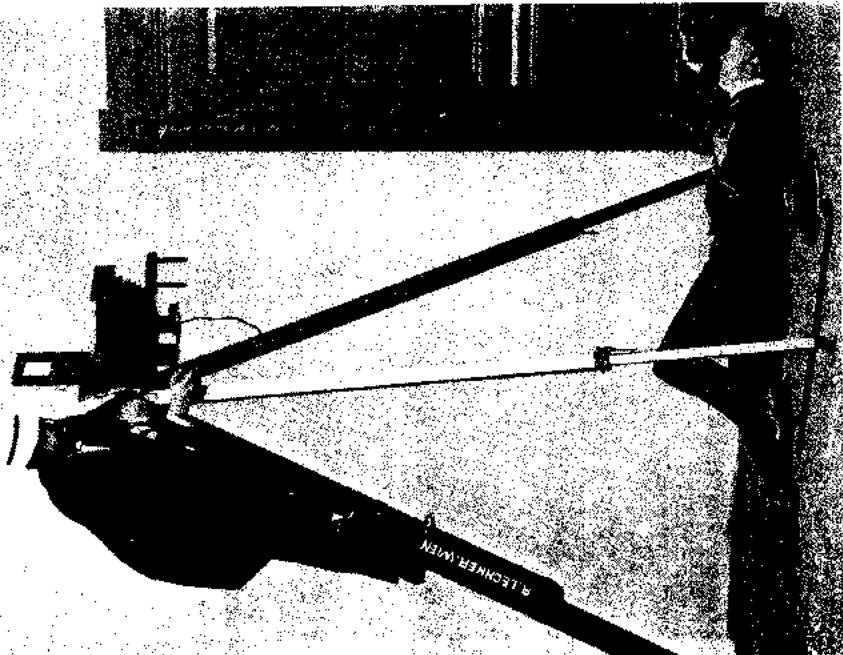
La noche del 7 de julio de 1904, el inspector Kane visitaba la comisaría de Tottenham Court Road. Era una visita rutinaria. El policía de servicio le comunicó que habían arrestado a un individuo; lo sorprendieron vendiendo dos anillos que aquella misma tarde había robado a dos actrices sin trabajo. Kane, que se hallaba más o menos familiarizado con el caso Beck, pidió más información. Con gran sorpresa, escuchó la misma historia que habían contado todas las testigos del proceso contra Beck: el lord que buscaba una ama de llaves, la lista de trajes, el cheque falso...

Kane fue inmediatamente a la celda donde se hallaba el detenido. Al verlo se quedó sin aliento. El hombre que estaba ante él era un anciano de cabellos grises como Adolf Beck; tenía, aproximadamente, su misma estatura, y algunos rasgos de su fisonomía recordaban el rostro de Beck. Sin embargo, este último era más joven y no tan robusto como el verdadero estafador.

El detenido dijo llamarse William Thomas y afirmó que no había cometido otras estafas en su vida. Sin embargo, Kane estaba convencido de que se hallaba ante John Smith, ante el hombre por cuyos delitos estaba esperando Beck su segunda condena.

Como un rayo, dio parte de su descubrimiento a Scotland

Además del método antropométrico, Bertillon creó las bases para fotografiar con precisión a los delincuentes (*abajo*). Las fotografías obtenidas se adjuntaban a las correspondientes fichas antropométricas. Bertillon dedicóse también a fotografiar los lugares y cuerpos del delito (*izquierda*), procedimiento que mostróse más seguro que las descripciones de los funcionarios, por muy exactas que fueran.



Yard. Las cinco mujeres que el 27 de junio identificaron a Beck, fueron careadas con William Thomas. Todas ellas se quedaron mirándolo sin poder articular palabra. Finalmente, Rose Reece, que con tanto aplomo había aludido a la forma inconfundible de la nariz del estafador, consiguió decir: «¡Dios mío! ¡Es él! ¡Es él!». Las otras cuatro mujeres confirmaron esta declaración.

Melville Macnaghten acudió a ver a la única mujer que, en 1896, había negado que Beck fuese el estafador. Trabajaba en una casa pública e interpretó equivocadamente la visita de Macnaghten. Sin embargo, cuando supo de qué se trataba, lo acompañó voluntariamente a la comisaría de Bow Street, donde se hallaba entonces Thomas. Al verlo, la mujer declaró: «Este es el bribón que me engañó hace nueve años».

También fueron convocadas las testigos de 1896 que pudieron localizarse. Reconocieron su error, confusas y buscando explicaciones y disculpas. Thomas tenía realmente la cicatriz bajo la oreja derecha y estaba circuncidado. Todas las señas particulares de la descripción de John Smith coincidían perfectamente con Thomas. Finalmente, el patrón de la casa donde habitó Smith en 1877, reconoció a su inquilino en el supuesto Thomas, y el detenido se derrumbó. Pocas horas después se divulgaba su historia y el terrible error judicial a que había dado lugar.

Si, en efecto: Thomas era John Smith. Había cometido las estafas por las que fue condenado en 1877. Dijo que había nacido en 1839, en Lincolnshire. En su infancia, emigró a Rusia con sus padres y estudió medicina en Viena; había servido al rey de Hawái como médico y, finalmente, fue propietario de una plantación en Honolulu. Era completamente seguro que Thomas, alias «Smith», vivió en Londres en 1876 con el nombre de William Weiss y se hacía pasar por un militar austriaco retirado. Tras cumplir su primera condena, emigró a Australia en 1881. Regresó a Londres en 1894 y no tardó en ser detenido con el nombre de Meyer; fue acusado de haber hecho pasar una carta de crédito falsa por valor de 300 libras. Sin embargo, no había pruebas para condenarlo. Nadie descubrió que el supuesto Meyer era John Smith, lo cual viene a confirmarnos las deficiencias de los primitivos métodos de identificación. En 1894, Smith volvió a dedicarse a sus estafas de mujeres, hasta que, por los periódicos, supo que Adolf Beck había sido detenido en su lugar. Inmediatamente tomó el nombre de doctor Marsh y se fue a América.

Ejerció la medicina en los Estados Unidos hasta 1903, con el nombre de doctor W. A. Wyatt. Finalmente, en agosto de 1903, regresó a Londres; tenía 65 años y estaba dispuesto a reanudar sus tinos. Desplegó una actividad que sólo ahora, después de su detención, podía valorarse en toda su amplitud: las cinco mujeres que prestaron declaración el 27 de junio de 1904 constituían una mínima parte de todas las víctimas. En el Unionbank, destinatario de los cheques falsos del estafador, se amontonaban de 20 a 25 cheques. La mayor parte de las mujeres engañadas no habían formulado denuncia porque las avergonzaba que se diera publicidad a su nombre. Indudablemente, Smith, alias «Weiss», alias «Mayer», alias «Dr. Marsh», alias «Dr. Wyatt», alias «William Thomas», habría escapado una vez más al castigo, si no hubiera cometido el error de engañar a otras mujeres después de la nueva detención de Beck.

El ministro del Interior se apresuró a poner a Beck en libertad. El 19 de julio fue indultado sin condiciones y recibió una indemnización de 5000 libras. Sin embargo, su caso había conmovido a la opinión pública hasta el punto de llegar a abier-tas acusaciones contra Scotland Yard, contra el ministerio del Interior, contra el fiscal Avory y el juez Fulton. Las acusaciones llegaron a adquirir una violencia tal, que Sir Forrest Fulton se vio obligado a justificarse en carta abierta dirigida al «Times». El gobierno nombró una comisión investigadora, en cuyo informe final se llegó a opiniones destructoras sobre el caso Beck-Smith, a pesar del tono comedido en que estaba redactado el informe. Horace Avory, ante la comisión, tuvo que oír las siguientes palabras de Beck: «No he tenido el placer de volver a ver a este honorable caballero desde 1896, cuando en Old Bailey me miraba con una sonrisa irónica y divertida, como diciendo: "Eres culpable"». Sin embargo, podemos asegurar que los reproches de Beck no penetraron ni un milímetro en la durísima piel de Avory.

Las repercusiones del caso en el mismo gobierno británico no se hicieron esperar: por primera vez en la historia judicial de la Gran Bretaña se creaba un tribunal de apelación. Sin embargo, uno de los efectos más importantes del caso Beck fue que hizo añicos la ya escasa confianza que todo el mundo tenía en los métodos de identificación usados por la policía. La forma de evitar nuevos errores judiciales se convirtió en un problema

público. Henry y Collins conocían la solución: la dactiloscopia. No se haría esperar mucho el reconocimiento público de sus investigaciones. Menos de un año después del caso Beck —y todavía bajo su influencia—, se daría la grande y decisiva oportunidad de demostrar la eficacia de las huellas dactilares. El escenario sería el viejo tribunal de Old Bailey. En este caso se juzgó un delito de sangre, que ha pasado a la historia con el nombre de «El caso de los asesinos de Deptford».

14

«¡Horror, horror, horror!»: eso fue lo que sintió el acusador Richard Muir ante los asesinos de Deptford. Y ese mismo horror fue compartido por todos los habitantes de Londres que, el 27 de marzo de 1905, leyeron las primeras noticias sobre el asesinato cometido en Deptford.

Las calles de Deptford, sombrío barrio del este de Londres, en la orilla meridional del Támesis, cerca de Greenwich, estaban aún desiertas cuando, hacia las 7,15 de la mañana, un repartidor de leche vio que dos muchachos salían de una pequeña droguería situada en la casa número 34 de High Street, y desaparecían por una bocacalle. Tenían prisa, tanta, que ni siquiera se molestaron en cerrar la puerta de la tienda.

Sin embargo, el lechero no vio en los dos jóvenes más que eso: dos jóvenes corriendo. En Deptford, la gente se inmiscuía lo menos posible en los asuntos ajenos. La lucha por la vida era ya lo bastante dura como para dar cabida a otras preocupaciones suplementarias.

Unos diez minutos después, una chiquilla andaba por la High Street. La niña vio a un hombre cubierto de sangre que asomaba la cabeza por la puerta de la droguería, e inmediatamente volvía a desaparecer en el interior de la tienda y cerraba por dentro. La chiquilla no vio nada anormal en aquel hombre. En los mataderos de Deptford, la sangre corría a mares: las batas y los rostros sucios de sangre eran el pan de cada día.

La alarma no se dio hasta las 7,30. Un joven aprendiz que trabajaba en el comercio halló la puerta cerrada al disponerse a entrar en la droguería. Farrow, su jefe, un bondadoso anciano de más de 70 años, solía madrugar con el fin de vender colores

y utensilios del oficio a los pintores que se dirigían al trabajo. Por esta razón, la tienda estaba siempre abierta cuando llegaba el aprendiz. El hecho de que esa mañana estuviera cerrada podía considerarse algo anormal. El muchacho llamó repetidas veces, pero nadie respondió. Finalmente, el aprendiz saltó a un solar vecino y después al patio de la vieja casita donde se hallaba instalada la droguería. Al mirar por los cristales de las ventanas traseras, el muchacho lanzó un grito y corrió a la tienda más próxima pidiendo socorro.

A los veinte minutos se presentaba el inspector Fox con algunos agentes; poco después, el propio Melville Macnaghten llegaba también al número 34 de High Street.

La pequeña trastienda que servía de almacén y despacho ofrecía un cuadro de completa desolación: no quedaba un mueble en pie, y todos los cajones habían sido arrancados. Había grandes manchas de sangre por todas partes. El viejo Farrow yacía en el suelo: era difícil reconocer a un ser humano en aquel montón de ropas ensangrentadas. Su cabeza, llena de sangre, descansaba en el hogar de la chimenea. Farrow llevaba su camión de dormir debajo de los pantalones y la chaqueta. Las numerosas manchas de sangre que se veían en el establecimiento y en la estrecha escalera que conducía al piso superior, permitieron a Fox sacar las deducciones siguientes: Farrow había bajado del piso superior para servir a un supuesto cliente. Al llegar a la tienda le atacaron y golpearon por primera vez. Seguramente el anciano había conseguido incorporarse para intentar cerrar el paso al asesino (o a los asesinos), dispuesto a subir al dormitorio, donde descansaba la señora Farrow. Una gran mancha de sangre en la escalera, indicaba que el viejo había caído por segunda vez. Después —por muy increíble que esto pudiera parecer—, el anciano se había levantado una vez más cuando el criminal o los criminales ya habían abandonado la tienda. Se arrastró hasta la puerta y miró a la calle, seguramente con la intención de pedir socorro. Al ver que la calle estaba desierta, cerró la puerta por dentro —quizá por miedo a que regresaran los asesinos— y consiguió arrastrarse aún hasta la trastienda. Allí, junto a la chimenea, le sorprendió la muerte.

En el piso superior se hallaba la señora Farrow, una anciana consumida por una larga vida de trabajo; yacía en su cama con la cabeza destrozada. Los policías comprobaron que todavía res-

piraba; fue trasladada inmediatamente al hospital de Greenwich, donde murió, cuatro días después, sin pronunciar una sola palabra.

Fox encontró en la tienda dos medias negras de señora, que, al parecer, habían sido utilizadas por los asesinos para cubrirse el rostro. Así, pues, los asesinos eran dos. No parecía que hubiesen dejado otras pistas. Sin embargo, posteriormente fue hallada una pequeña caja de metal bajo la cama de la señora Farrow. Había sido forzada y saqueada hasta el último penique. Las cuentas del viejo Farrow permitían deducir que el botín no pasaba de 9 libras. Macnaghten, íntimamente relacionado con la evolución de la dactiloscopia, examinó sin tardanza la cajita, ávido de descubrir en ella huellas dactilares. Se quedó sin aliento al distinguir en la lisa superficie esmaltada una mancha de sudor. Inmediatamente mandó presentarse a Fox y sus hombres, así como al aprendiz, que se hallaba en la planta baja completamente trastornado. Macnaghten quiso saber si alguno de los presentes había tocado la cajita. Un joven sargento, algo confuso, manifestó que la había puesto debajo de la cama para que no tropezasen los camilleros que se habían llevado a la señora Farrow.

Macnaghten ordenó que la cajita fuese envuelta con todo cuidado y enviada sin demora al inspector en jefe Collins. El joven sargento fue enviado también al departamento de dactiloscopia. Para mayor seguridad, Macnaghten hizo tomar las huellas dactilares del aprendiz y de los dos cadáveres. (Era la primera vez que en Londres se tomaban las huellas dactilares de un muerto.) Finalmente, Macnaghten informó a su superior Henry. Ambos esperaron ansiosos el resultado de la investigación.

Collins estuvo trabajando hasta la mañana siguiente. Según él, la huella de la caja correspondía a la yema de un dedo pulgar que no pertenecía al aprendiz, ni a los cadáveres, ni a ninguno de los que habían participado en las primeras investigaciones. La huella había sido comparada también con las 80 000 fichas que existían por entonces en el Departamento, sin que coincidiera con ninguno de los dactilogramas registrados. El informe de Collins —según contaba después Macnaghten— añadía que la huella de la caja, ampliada fotográficamente, daba un dactilograma bien claro. Si se conseguía detener a algún sospe-

choso, no habría la menor dificultad en comprobar si sus huellas dactilares coincidían o no con la huella de la cajita.

Entretanto, Fox había iniciado las pesquisas en las inmediaciones de la droguería de Farrow. Entre las personas interrogadas había una joven llamada Ethel Stanton. Hacia la misma hora que el lechero, había visto a dos jóvenes desconocidos que corrían a lo largo de High Street. Uno de ellos llevaba un abrigo de color castaño oscuro. Casi al mismo tiempo se presentó uno de los hombres de Fox y contó que había oído una conversación interesante en una taberna de Deptford. Los contentillos hablaban del asesinato y de dos hermanos, Alfred y Albert Stratton; afirmaban que los dos jóvenes «eran muy capaces de una cosa así».

Alfred y Albert Stratton no eran desconocidos en Scotland Yard, aunque jamás habían sido detenidos ni fichados. Tenían 22 y 20 años. Al parecer, eran dos vagos, incapaces de cualquier trabajo serio, y que, además, vivían de las mujeres. Constantemente cambiaban de domicilio. A los pocos días, Fox descubrió que Albert Stratton habitaba en una casa vieja y sombría de Knott Street, como pensionista de una anciana llamada Kate Wade, que vivía de alquilar sus habitaciones. Cuando la policía la interrogó, la vieja señora manifestó que sentía miedo de Albert Stratton. Una vez había entrado en su habitación y había descubierto debajo del colchón varias máscaras confeccionadas con medias negras. Fox supo aún más: el hermano de Albert Stratton, Alfred, tenía una amante llamada Hannah Cromarty. El inspector localizó a la muchacha en una mísera habitación de una casa situada en Brookmill Road. El cuchitril estaba en la planta baja del edificio y tenía una ventana que daba a la calle. Al parecer, la muchacha había sido apaleada por Alfred Stratton. Estaba furiosa y optó por «cantar de plano». Sí, conocía a Alfred Stratton. Iba a verla cuando le venía en gana y la obligaba a hacer todo lo que él quería. Sí, había pasado la noche del domingo con ella. Ya muy entrada la noche, un hombre había aparecido en la ventana y Alfred estuvo conversando con él. Más tarde, golpearon otra vez los cristales y Alfred se vistió. Después, ella se durmió. Cuando despertó, era ya de día, y Alfred, completamente vestido, estaba en la habitación. Según la Cromarty, Alfred Stratton solía escapar muchas noches por la ventana y regresaba después por el mismo camino. La última

vez conminó a la muchacha a que, si alguien le preguntaba algo, dijera que habían pasado toda la noche juntos y que él había salido a las nueve de la mañana del lunes. Hannah Cromarty añadió algo más: desde el martes había desaparecido el abrigo castaño de Alfred. Cuando ella le preguntó dónde estaba la prenda, Alfred respondió con brusquedad que lo había regalado a un amigo. Además, había teñido de negro sus zapatos castaño.

Macnaghten dio inmediatamente la orden de detener a los hermanos Stratton cuando fuesen localizados. Se efectuó un primer intento de sorprenderlos mientras presenciaban un partido de fútbol en el Palacio de Cristal, pero la caza fracasó. Los dos hermanos se habían esfumado. También Hannah Cromarty desapareció de su habitación. Sin embargo, Alfred pudo ser detenido el domingo siguiente, y Albert, el lunes. Fueron sorprendidos en una taberna. Eran dos muchachos de anchos hombros y rostro brutal. Protestaban a gritos cuando los conducían a la comisaría de Tower Bridge.

Macnaghten vio con claridad que todas las molestias que se había tomado Fox en sus pesquisas no bastarían para llevar a los hermanos ante un tribunal. Lo que le interesaba era tener sus huellas dactilares. Si los dactilogramas de sus pulgares no coincidían con la huella de la cajita de Farrow, no habría posibilidad alguna de mantenerlos encerrados. Ahora bien: si las huellas coincidían...

Efectivamente, el anciano juez que tenía la facultad de decidir si los Stratton debían o no permanecer encerrados, se mostró muy poco impresionado por los argumentos de Fox. ¿Qué era lo que Fox podía presentar? ¡Nada más que las habladerías de una vieja patrona y de una amante vengativa! Después de un largo tira y afloja, el juez se declaró dispuesto a prorrogar el arresto por ocho días y a permitir que les tomaran las huellas dactilares. El anciano había oído los rumores que corrían sobre la dactiloscopia. Collins acudió con sus instrumentos. Los Stratton estallaron en carcajadas cuando vieron que les ensuciaban los dedos con tinta y después se los ponían sobre una ficha. Sin la menor idea de lo que aquello pudiera significar, afirmaron que «les hacían cosquillas»...

Collins corrió con las fichas hacia Scotland Yard.

Macnaghten, en sus *Memorias*, nos cuenta lo siguiente: «Aquella mañana me hallaba en mi despacho. Jamás olvidaré

la expresión del experto en dactiloscopia (Collins) cuando, una o dos horas después, entró como una tromba en la oficina. «¡Gran Dios! —dijo con lógica excitación—, he descubierto que la huella de la cajita corresponde a la huella del pulgar del hermano mayor.»

El hermano mayor era Alfred Stratton. Henry, que entonces era ya jefe de la policía londinense, fue informado inmediatamente, y aquel mismo día se puso en contacto con Richard Muir. Henry sabía muy bien que había llegado la gran ocasión de lograr la victoria final para la dactiloscopia como recurso probatorio. Se celebraría un proceso contra los hermanos Stratton ante los ojos de todo Londres; más aún: ante los ojos de toda Inglaterra. Y el centro del proceso sería una huella dactilar... La dactiloscopia no podía esperar una oportunidad mejor.

Como en el caso Jackson, Richard Muir en persona se encaminó a Scotland Yard y pidió información a Macnaghten y Collins. Se enteró de que los hermanos Stratton habían sido caídos con el repartidor de leche, el cual afirmó haber visto salir a dos jóvenes de la tienda de Farrow. El lechero no los reconoció. En cambio Ethel Stanton se declaró dispuesta a jurar que Alfred Stratton era uno de los dos fugitivos. La primera declaración debilitaba las pruebas que existían contra Stratton —aparte la huella—, y la segunda las reforzaba.

Muir vio aún con mayor claridad que Macnaghten lo precario de las pruebas existentes. El punto clave de toda la argumentación lo constituía el problema de las huellas dactilares. La acusación no tenía, prácticamente, otro asidero alguno. La sentencia dependía del reconocimiento o la recusación de la huella dactilar por parte del jurado. Muir estuvo dos días meditando; después tomó una decisión y se declaró dispuesto a llevar la acusación contra Alfred y Albert Stratton.

Se trataría, indudablemente, de una lucha por la dactiloscopia. Así se vio con toda claridad el 18 de abril, en la acostumbrada vista preliminar, destinada, en Inglaterra, a formular la acusación definitiva. Se celebró en el escenario del tribunal en la comisaría de Tower-Bridge. Sobre la mesa de Muir estaba la cajita metálica forzada. La custodiaban dos policías. El propio Muir no se atrevía a alejarse de la mesa. Sabía que el juez y los jurados tenían aún ideas muy vagas sobre el método dactiloscópico, y que no reconocerían el valor probatorio de una simple

fotografía. Era preciso presentarles el original. «¡Que nadie la toque! —rugía el acusador—. ¡Tiene huellas digitales!»

Al lado de Muir esperaba Collins, dispuesto a dar todas las explicaciones e informaciones que pidiera el tribunal. El abogado de Stratton anunció que, en la vista general del caso, presentaría como testigos a dos especialistas. Ambos demostrarían que el sistema dactiloscópico de Henry no era nada seguro ni merecía confianza alguna. Naturalmente, el abogado silenció los nombres de sus «especialistas». Muir y Collins se rompían la cabeza para descubrir quiénes podían ser esos misteriosos enemigos. No dieron con ellos. Sin embargo, la simple mención de unos supuestos especialistas los obligaba a prepararse contra posibles sorpresas.

El día 5 de mayo, Alfred y Albert Stratton se sentaban en el banquillo de los acusados de Old Bailey. El juez Channell subió al estrado. Jamás se había ocupado en la dactiloscopia. Por su parte, los jurados tampoco tenían la más ligera idea sobre el nuevo fenómeno de las huellas digitales. Booth, abogado de los acusados, había conseguido los servicios de dos defensores, Curtis Bennet y Harold Morris. El primero de ellos fue una estrella que brilló con luz propia en la vida judicial británica de la década siguiente. Sin embargo, su aparición no conmovió a Muir. Sus ojos estaban fijos en otros dos hombres que habían tomado asiento en los bancos de la defensa. La presencia de los dos especialistas de la defensa dejaba de ser un secreto. El primero era el doctor Garson, el hombre que durante tanto tiempo defendió el *bertillonage* y que después inventó un sistema de registro de huellas reconocido por todos como inviable. Garson, rival de Henry, no tenía escrúpulos y se prestaba a aquel juego. ¿Acaso quería vengarse? ¿Tenía deseos de arremeter contra un sistema que era mejor que el suyo?

Al lado de Garson estaba sentado nada menos que Henry Faulds. Por una serie de circunstancias desgraciadas, los nombres de Herschel, Galton y Henry habían ofuscado y relegado el nombre del médico que por primera vez había utilizado la dactiloscopia para la investigación policial en el lugar o el cuerpo de un delito. Desde que Galton mencionó sólo a Herschel como descubridor de las huellas digitales, Faulds sostuvo una lucha encarnizada por conseguir la gloria de haber sido el primero. Pensó que existía contra él una conjura destinada a arre-

batarle el derecho de prioridad. En el transcurso de los años fue perdiendo todo sentido de la moderación; con artículos, cartas abiertas y opúsculos, luchó por demostrar su prioridad no sólo en la dactiloscopia aplicada a la investigación criminal, sino en el descubrimiento de la dactiloscopia como tal. ¿Era tan sólo la sed de venganza lo que lo impulsaba a atacar a Henry, y, en el fondo, a su propio descubrimiento?

Muir miró a los dos hombres con indecible encono, y su mirada revelaba que estaba bien pertrechado para cruzar sus armas con ellos. Cuando tomó la palabra, se hizo en la sala un silencio de muerte. El biógrafo de Muir, Felstead, escribía después lo siguiente: «En los centenares de casos de asesinato en que actuó como acusador de la Corona, Muir no demostró jamás una repugnancia y un odio tan grande hacia los acusados como en el caso Stratton. Consideraba que aquel delito era el crimen más brutal con que había tenido que vérselas hasta entonces. Explicó que la forma en que habían quedado las caras de los dos pobres ancianos, indicaba que los criminales no poseían ni un átomo de sentimientos humanos... Habló más lentamente y con más concentración que nunca, pero, a la vez, con una eficacia realmente mortífera. Los acusados lo miraban como si fuese él y no el juez el hombre que, en cada momento, podía mandar ejecutarlos...» Un periódico dominical escribía sobre Muir: «Sus palabras sonaban como la campana que anuncia las ejecuciones en la cárcel de New-Gate.»

Muir tenía el suficiente dominio del campo de batalla como para llamar, en primer lugar, a los testigos que, como Kate Wade y Ethel Stanton podían acusar a los Stratton. Sus declaraciones le facilitaron dar una descripción gráfica del doble asesinato, de sus preparativos y de la forma en que fue cometido. Sólo después de los testimonios «apareció», como decía un periódico, «la huella dactilar».

Muir señaló la cajita y declaró: «No hay ni la menor sombra de duda; la huella dactilar de esta caja, que perteneció a la víctima, es la huella del pulgar derecho del acusado Alfred Stratton.»

Inmediatamente llamó a Collins a declarar como testigo. Detrás de Collins había una gran pizarra destinada a explicar el principio de comparación de dactilogramas con la claridad suficiente como para que todos los jurados pudieran seguir la

explicación. Collins estuvo aún más convincente que tres años antes, en el caso del ladrón Jackson. Mostró las ampliaciones fotográficas correspondientes a la huella de la cajita y a la huella original de Alfred Stratton. Descubrió en ambos dactilogramas once coincidencias. «Toda la sala —escribió después el superintendente Cherrill (el más famoso de los sucesores de Collins en su departamento)— estuvo con el ánimo en suspenso mientras habló Collins y durante el interrogatorio a que luego fue sometido por la defensa.»

El interrogatorio, llevado a cabo por Booth y Bennet, descubrió, a las pocas palabras, los puntos débiles de su posición. Ninguno de los dos tenía la menor experiencia en el campo de la dactiloscopia. No se dieron cuenta de que Faulds actuaba impulsado por el odio, y Garson, por el afán de notoriedad. Sin la menor sospecha y de buena fe, expusieron una teoría que les había facilitado Faulds. Era la siguiente: las fotografías de Collins contenían diferencias evidentes para cualquier observador atento, y revelaban una irresponsable ligereza por parte de Scotland Yard.

Las diferencias con que operaba la defensa no eran otra cosa sino pequeñas irregularidades inevitables; porque al tomar las huellas digitales, era imposible hacer girar el dedo con una presión uniforme. Muir y Collins reaccionaron inmediatamente. Collins tomó las huellas dactilares varias veces a todos los jurados y después les hizo ver las «diferencias» que la defensa había esgrimido en el caso de las huellas de Alfred Stratton. Cada uno de los miembros del jurado pudo ver, con sus propios ojos, que las diferencias no tenían nada que ver con las líneas fundamentales del dactilograma, que eran las que interesaban en este caso. El disparatado argumento de la defensa quedaba brillantemente refutado. Por añadidura, el defensor Booth se enzarzó en una violenta discusión con su testigo Faulds, que miraba ante sí como un obseso.

Booth y Bennet habían perdido la seguridad en sí mismos; al parecer, dudaban ya de la eficacia de sus dos especialistas, y no se decidían a llamar al doctor Garson al banco de los testigos. Posiblemente vieron en los ojos de Muir una chispa que los alarmó, porque parecía indicar que tenía reservada una sorpresa y que estaba dispuesto a aniquilar a Garson si se lo ponían a tiro y podía someterlo a un buen interrogatorio. Sin embargo,

la defensa no tenía otro recurso y decidió, finalmente, llamar a Garson; los dos defensores sufrieron un golpe mucho más duro del que les había asestado su buena fe al seguir los consejos del doctor Faulds.

Muir sacó una carta. Preguntó al doctor Garson si era él quien había enviado aquel escrito a la acusación. Le preguntó también si no se había ofrecido a la acusación como experto en dactiloscopia, antes de ponerse a disposición de la defensa. ¿Cómo podía explicar este doble papel? No hubo respuesta, pero todo el mundo comprendió que, con las palabras de Muir, Garson quedaba en ridículo: se había manifestado dispuesto a declarar como testigo de la acusación y a decir precisamente lo contrario de lo que iba a declarar ahora en favor de la defensa. Así lo habría hecho si el fiscal hubiese aceptado sus servicios, con lo cual el deseo de gloria de Garson habría quedado satisfecho. Garson miró a su alrededor. Estaba lívido. Finalmente, respondió colérico: «Yo soy un testigo independiente.» No pudo decir una palabra más, porque el juez Channell le interrumpió: «Yo diría —afirmó el magistrado indignado— que es usted un testimonio totalmente indigno de crédito...», y obligó a Garson a abandonar el banco de los testigos.

«Ésta fue la victoria de Muir —contaba un espectador del proceso—. La defensa perdió la batalla contra las huellas digitales. El juez Channell, en sus últimas instrucciones al jurado, hubo de reconocer —pese a su reserva— que las huellas dactilares tenían una cierta eficacia probatoria. Aproximadamente a las 10 de la noche, después de dos horas de deliberación, los jurados regresaron al tribunal. Una vez más se hizo un silencio mortal. Después, los presentes oyeron el veredicto: "culpable". La sentencia contra Alfred y Albert Stratton fue pronunciada por el juez Channell: "Muerte en la horca". Inmediatamente, los dos condenados estallaron en mutuas acusaciones y recriminaciones, lo cual confirmó lo justo de la condena.» Los Stratton pagaron su crimen con la vida.

El proceso Stratton supuso la primera y decisiva etapa en el camino de la dactiloscopia hacia un pleno reconocimiento jurídico.

El sistema de Henry se extendió por toda Gran Bretaña, Escocia, Irlanda, los dominios y las colonias inglesas. Al mismo tiempo iniciaba su marcha triunfal por Europa y por todo el mundo.

15

Sin duda es una tragedia humana la del descubridor que ve su obra superada y condenada a desaparecer por un nuevo descubrimiento, cuando el suyo acaba precisamente de imponerse en el mundo. Ésta era la suerte que esperaba a Alphonse Bertillon desde el momento en que la dactiloscopia arraigó definitivamente en Inglaterra.

Quizás otra persona hubiese tenido la grandeza de espíritu para aceptar lo inevitable y para reconocer, además, el nuevo descubrimiento, tanto más cuanto que, por su obra anterior, tenía ya asegurado un lugar en la Historia. Bertillon era y seguiría siendo el hombre que había introducido la ciencia en la investigación criminal. Era y seguiría siendo el precursor de la fotografía policial. Era y seguiría siendo el fundador del primer laboratorio técnico-policíaco del mundo. Pero su carácter terco y rígido carecía de grandeza de ánimo y de amplitud de criterio. Ante los ojos de Bertillon, la Antropometría perdió de pronto las posiciones conquistadas en su marcha triunfal por el mundo.

Al principio pudo soportar la «apostasía» de Argentina y de otros Estados sudamericanos. Lo vio con amargura, pero, al mismo tiempo, con la típica altivez que los europeos sentían a veces ante las cosas del Nuevo Mundo. Sin embargo, el sistema dactiloscópico de Henry empezó a pasar de Inglaterra a los bastiones europeos del *bertillonage*. En 1902, Budapest abandonó la Antropometría, la cual cedió el paso en Hungría a las huellas digitales. En el mismo año, la policía vienesa inicia la introducción de la dactiloscopia en Austria. Pero transcurrieron aún unos años hasta la desaparición total de la Antropometría. Mas no dudaba nadie de que acabaría por pasar definitivamente a la Historia.

El 18 de abril de 1902, Dinamarca adopta el sistema de Henry. La sigue España, que había sufrido «tremendos errores» en la aplicación práctica del *bertillonage*. Moritz Aguilera, profesor de Anatomía en Madrid, recibió el encargo de reorganizar el sistema de identificación español. En Ginebra, sede del primer laboratorio antropométrico suizo, se mantuvo durante algún tiempo la medición de algunas partes del cuerpo, pero también pasaron a las fichas las huellas del pulgar e índice izquierdos, y el

pulgar, índice y medio de la mano derecha. Pronto se crearon archivos dactiloscópicos en Aarau, Basilea, Ginebra, Lucerna y Zurich. Dresde se situó a la cabeza de las organizaciones policiales alemanas al adoptar la dactiloscopia; su jefe era Koettig, el hombre que, en 1895, siendo jefe de la brigada criminal, había contribuido decisivamente a la difusión del *bertillonage* en toda Alemania.

En esta transformación influyó un joven que, por entonces, no pasaba de los 20 años y que en las décadas siguientes sería una de las más grandes personalidades con que contó la criminología alemana: Robert Heindl.

Heindl, estudiante de Derecho en la universidad de Munich, había leído casualmente un artículo, publicado por una revista inglesa, sobre los trabajos de Henry en la India. Escribió a Calcuta pidiendo informes y documentación sobre la dactiloscopia; al recibirlos, se dedicó a enviar memorándums detalladísimos a todos los jefes de policía de las grandes ciudades alemanas, en los cuales recomendaba arrojar por la borda el *bertillonage* y adoptar la dactiloscopia.

Koettig aprovechó una gran exposición celebrada en Dresde para propagar la idea de la dactiloscopia. Un grupo de figuras de tamaño natural mostraba a los visitantes cómo se tomaban las huellas dactilares. Heindl llamó a aquellos muñecos «El monumento funerario de la Antropometría». Durante la exposición, un ladrón de golosinas que había dejado en el lugar del robo las huellas de sus dedos pegajosos, pudo ser detenido e identificado con facilidad; este episodio contribuyó a despertar el interés general por el nuevo sistema. El 24 de octubre de 1903, todo el territorio de Sajonia adoptaba el sistema de las huellas dactilares. En el mismo año, Hamburgo y Berlín empezaron también a reunir fichas dactiloscópicas. En Baviera, Nuremberg fue la ciudad que dio el primer paso. Munich tardó unos años, hasta que algunos casos de asesinato demostraron la insuficiencia del sistema de identificación existente. Heindl recibió la orden de organizar el primer laboratorio dactiloscópico en la capital de Baviera.

Naturalmente, no faltaron focos de resistencia y oposición. Entre las tesis que se formularon, la más importante ponía en entredicho el valor de las huellas dactilares, porque los criminales encontrarían, a no dudarlo, la forma de cambiar las líneas

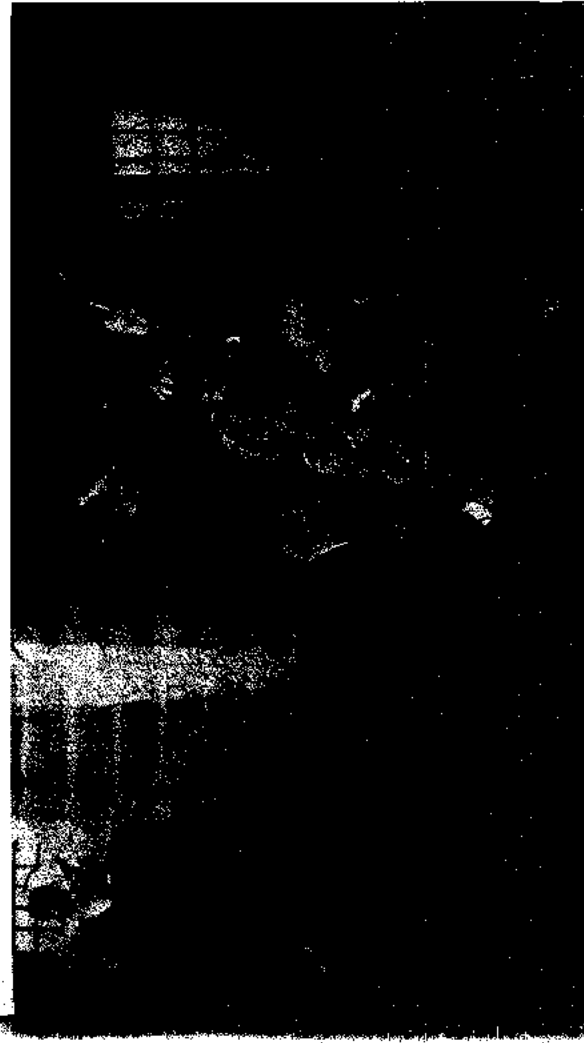
papilares de sus dedos. Tales argumentos se dejaron oír hasta que se demostró —por medio de pruebas prácticas— que las líneas papilares reaparecían en la piel humana incluso después de las más graves quemaduras o cauterizaciones. Heindl solía mostrar una verruga que tenía en la yema de uno de sus dedos. Incluso en la verruga se percibían claramente las líneas papilares.

La Antropometría había sido ya abandonada por casi todos los países europeos. En Bélgica fue el doctor Stockis quien paró el camino para adoptar la dactiloscopia. Facilitó mucho las cosas la detención de un anarquista belga que, en 1904, se delató por las huellas dactilares de algunas cartas anónimas. Más sensacional aún fue el descubrimiento de un criminal que, poco después de asesinar a su mujer, fue atormentado por remordimientos de conciencia y entró en el depósito de cadáveres para pedir perdón a la muerta. Las huellas dactilares que dejó en el depósito sirvieron para desenmascararlo. En 1906, la ciudad de Cristianía fue la primera en introducir el sistema dactiloscópico en Noruega. La siguió Suecia en abril del mismo año. En Italia fue el profesor Ottolenghi quien defendió la dactiloscopia a pesar de su anterior entusiasmo por el *bertillonage* y el *portrait parlé*. Rusia creó gabinetes dactiloscópicos en los grandes penales. En el ministerio del Interior se organizó una oficina central, y en 1912, un tribunal de jurados de la capital rusa condenó al primer asesino descubierto por las huellas dactilares que había dejado en un pedazo de madera. Finalmente, sólo quedaba un país —aparte Mónaco, Luxemburgo y, naturalmente, la propia Francia— que se mantenía fiel a las mediciones: Rumania.

El sistema de Bertillon quedaba reducido, pues, a Francia; el país que lo había creado y que, con el nuevo sistema, logró adquirir un papel predominante en los comienzos de la criminalística científica. Algunos círculos políticos y científicos de Francia consideraron que el hecho de que los países europeos abandonaran el *bertillonage* tenía mayor alcance que el de la simple derrota de Bertillon. Eran unos años en que el nacionalismo francés (como el alemán y el ruso) vivía un momento de exacerbación; por ello, la supresión del *bertillonage* adquirió el carácter de una afrenta nacional. Apoyado en esta atmósfera de nacionalismo, Bertillon defendió la fortaleza francesa de la



En Londres, Francis Galton (1822-1911) (*arriba, izquierda*) atrajo la atención general sobre el sistema dactiloscópico. Sin embargo, no consiguió descubrir un método de clasificación, problema que fue resuelto más adelante por Edward Henry (1850-1931) (*arriba, derecha*), inspector general de la policía de Bengala. La resistencia de los delincuentes a ser fotografiados era tan violenta, a menudo, que a veces había que sujetarlos por la fuerza ante la cámara, como vemos en esta fotografía (*abajo*), tomada ante el inspector neoyorquino Byrnes.



DACTILOSCOPÍA

→ COMPARADA ←

EL NUEVO SISTEMA ARGENTINO

企企企

Trabajo hecho especialmente para el 5º Congreso Médico
Buenos Aires, 1902

Buenos Aires, 2 de Mayo de 1902



LA PLUMA
En el Ministerio de Justicia y Fomento
Buenos Aires, 2 de Mayo de 1902



En 1894 apareció *Dactiloscopia comparada*, obra del policía argentino Juan Vucetich (1858-1923), quien, en 1891 —antes que Henry—, descubrió un sistema práctico para clasificar las huellas dactilares. En 1892, Vucetich pudo detener a una asesina basándose en la presencia de una huella dactilar entangrada en el lugar del crimen. En 1888, el veterinario berlinés Wilhelm Eber tomó huellas de manos *farridas, derecha*, lo cual no despertó el interés de la policía prusiana.

antropometría con resentimiento y sin inteligencia, y acabó por caer en la más obstinada ceguera.

Nunca se sabrá hasta qué punto Bertillon pensó seriamente que las *manchitas* dejadas por las yemas de los dedos —así llamaba nuestro hombre a las huellas dactilares— jamás llegarían a constituir una base sólida para la investigación. Es imposible adivinar desde cuándo actuó contra sus propias convicciones o si, sencillamente, cerró los ojos a la verdad.

Cuando Francis Galton se dirigió a él y le propuso realizar pruebas dactiloscópicas, el francés tomó tan poco en serio el nuevo fenómeno, que se limitó a responder de un modo absurdo e insuficiente. Afirmó que la toma y el registro de dactilogramas eran demasiado complicados para los funcionarios de la policía, y que existían dificultades prácticas invencibles. Una de estas dificultades era la siguiente: Después de tomar la huella, la yema del dedo quedaba sucia de tinta y había que limpiarla (!). En 1893, Bertillon escribió un *Manual de Antropometría*, en el que afirmaba: «Es evidente que las líneas de los dactilogramas muestran unas diferencias demasiado poco manifestadas para servir de base a una clasificación y registro». En 1894 tomó, en secreto, algunas huellas digitales y las incluyó en sus fichas: se trataba de los dactilogramas de los dedos pulgar, índice, medio y anular de la mano derecha. Las calificó de «señal particular». Por otra parte, tuvo que admitir la importancia de la huella dactilar como pista valorable en el lugar o el cuerpo de un delito. Intentó superar así un defecto de su sistema que no podía negar. No es de extrañar que considerara una infamia del destino el hecho de que, en 1902, se viera obligado a trabajar en el primer crimen del continente europeo cuyo esclarecimiento dependía de unas huellas dactilares halladas casualmente en el lugar del delito.

Era el día 12 de octubre de 1902, por la mañana. De mala gana, Bertillon se encaminó a la Rue du Faubourg Saint-Honoré, 157, para fotografiar el escenario de un crimen a sugerencia del juez de instrucción Joliot. Ni éste ni los inspectores que investigaban el caso pensaron al principio en las huellas dactilares. Sólo les interesaba poseer una fotografía del lugar en cuestión.

En la consulta de un dentista llamado Alaux fue hallado el cadáver del criado Joseph Reibel. Los asesinos habían forzado

una mesa de despacho y una vitrina. Por lo demás, los objetos robados eran tan pocos, que inmediatamente surgió la sospecha de que el robo servía para encubrir otros móviles. Sea como fuere, durante sus trabajos, Bertillon descubrió las huellas grasientas de varios dedos en el cristal de la vitrina (pulgar, medio y anular). Lo que indujo a Bertillon a llevar el cristal a su laboratorio no fue, en modo alguno, la idea de una identificación del asesino por medio de la dactiloscopia, sino una simple curiosidad de fotógrafo: quería saber cómo obtener una fotografía perfecta del cristal con las huellas. Finalmente, decidió ponerlo ante un fondo oscuro e iluminarlo con una lámpara de arco voltaico.

Sin embargo, al revelar las fotografías, comprobó que las líneas papilares se distinguían perfectamente. Esto lo indujo a consultar las huellas que, como hemos dicho, había incluido en su fichero. Probablemente se dejaba llevar a una especie de juego, a una curiosidad morbosa por conocer el sistema que amenazaba dar al traste con la obra de su vida. De hecho, nada permitía esperar que las huellas del asesino se encontraran en las escasas fichas con huellas dactilares que contenía el archivo de Bertillon. El hecho de que las fichas estuvieran clasificadas según las medidas antropométricas y no por dactilogramas, obligó a Bertillon y a algunos de sus colaboradores a un trabajo de varios días. Tuvieron que comparar las fichas una por una —a pesar de su relativa escasez, había unos cuantos millares de dactilogramas— con las huellas encontradas en el escenario del delito. De pronto ocurrió lo inesperado: ¡Aparecieron en el fichero las huellas del asesino! Fue como si el destino quisiera poner de manifiesto, ante los ojos de Bertillon, la importancia del nuevo sistema. En sus fichas constaban las huellas del pulgar, índice, medio y anular de la mano derecha. ¡Y el asesino había dejado precisamente en el cristal las huellas de esos mismos dedos! Pertenecían a un hombre con antecedentes penales, llamado Henri Leon Scheffer, nacido el 4 de abril de 1876. A los pocos días, Scheffer se presentó a la policía de Marsella y confesó su crimen.

El posterior informe de Bertillon sobre un hallazgo no indicaba que hubiese adquirido conciencia de la importancia de la dactiloscopia. Hablaba de una « semejanza e identidad convincentes en una serie de detalles... », pero su investigación demos-

traba que no había dado con las coincidencias decisivas. Una casualidad afortunada (y, en cierto modo, maligna) lo había llevado a un resultado positivo.

Como si el destino quisiera exagerar su burla hasta lo inadmisible, el caso Scheffer hizo nacer en Francia la leyenda de que Bertillon era el descubridor de la dactiloscopia, del método que tanto ruido estaba haciendo en todo el mundo. La cólera de Bertillon llegó a extremos inconcebibles cuando vio que los caricaturistas franceses lo representaban como un hombre que iba buscando huellas dactilares por todas partes. En «L'Assiette au Beurre» encontró un dibujo que lo pintaba en un retrete observando, con una lupa, las huellas que las manos sucias de excrementos habían dejado en las paredes.

Para él, el caso Scheffer no fue más que un episodio sin influencia alguna en sus ideas fundamentales. Con una curiosa falta de visión, desoyó los consejos francos y amistosos de algunos franceses, como los doctores Lacassagne y Locard, médicos forenses y pioneros de la criminalística, de quienes trataremos más adelante. En Lyon, el doctor Locard llevaba ya algunos años realizando experimentos con huellas dactilares. Se sometió incluso a dolorosas pruebas con el fin de demostrar la inalterabilidad de las líneas papilares; por ejemplo, quemó las yemas de sus dedos con aceite hirviendo y hierro al rojo. Forgeot, discípulo del doctor Lacassagne, inventó métodos físicos y químicos para dar la máxima visibilidad a las huellas dactilares descubiertas en le escenario del delito. Sin embargo, para Bertillon, la huella dactilar no pasó de ser un elemento suplementario de la Antropometría, tolerado a regañadientes, hasta que, en 1911, el *bertillonage* entró en una crisis capaz de hacer despertar y comprender las cosas a cualquiera otro que no fuera Bertillon.

El 22 de agosto del mencionado año, los periódicos parisenses sorprendieron a sus lectores con una noticia que, a los ojos de muchos franceses, adquiría las proporciones de una catástrofe nacional. El día antes, un lunes, había desaparecido del Salón Carré del Louvre la obra mundialmente famosa de Leonardo da Vinci conocida con el nombre de *Mona Lisa* —al parecer, el cuadro es un retrato de la esposa del Giocondo, noble florentino; de ahí que se llame también *La Gioconda*—. Al principio se buscaron explicaciones que no alarmaran a la opinión pública; se dijo, por ejemplo, que la célebre pintura había sido llevada a un

fotógrafo. Pero pronto la dirección del museo tuvo que reconocer que la obra maestra, orgullo del Louvre, había sido robada por un desconocido.

En París, cuando cualquier cosa se consideraba del todo imposible, la gente solía utilizar esta expresión: «Esto es tan difícil como robar la Mona Lisa». Ahora resultaba que la Mona Lisa había sido robada, y la susceptibilidad nacional de aquellos años —que precedieron a la primera guerra mundial— convirtió el acontecimiento en un escándalo político. Guillermo II de Alemania fue el primer sospechoso. Se creía que había provocado el robo para herir a Francia en su orgullo nacional. Los periódicos alemanes, como el «Berliner Lokalanzeiger», pagaron con la misma moneda. Publicaban textos como el siguientes: «El robo de la Gioconda no es más que una artimaña del gobierno francés, que quiere confundir a la población en estos momentos de crisis entre Francia y Alemania.»

Toda la policía francesa fue puesta en movimiento. Se vigilaron estrechamente todas las fronteras y los puertos. El ministro del Interior, el fiscal general Lescouvé, el jefe de policía Lépine, el nuevo jefe de la Sûreté, Hamard, y el propio Bertillon, se reunieron en el escenario del delito. El cuadro, pintado sobre una tabla de madera, había sido descolgado de la pared con la vitrina que lo contenía, vitrina que estaba en una escalera adyacente, utilizada tan sólo por el personal del Louvre y los obreros que ocasionalmente se necesitaban en el museo. El ladrón se había llevado tan sólo la tabla con la pintura. Nadie comprendía cómo había podido pasar con su botín por las puertas del museo, burlando la vigilancia de los porteros.

Fueron interrogados y registrados centenares de sospechosos. La policía inspeccionó y vigiló los manicomios, sólo porque en ellos vivían individuos que pretendían tener relaciones amorosas con Mona Lisa. Algunos artistas, como el entonces joven Picasso, fueron incluidos en la lista de sospechosos. De pronto se publicó la noticia de que Bertillon había encontrado una pista: la huella de un dedo humano en el cristal de la vitrina abandonada por el ladrón.

La noticia era cierta.

En efecto, Bertillon había descubierto una huella dactilar. Parecía como si fuera a repetirse el caso Schaffer, del año 1902. Pero no se repitió. Las primeras esperanzas puestas en el descu-

brimiento de Bertillon resultaron fallidas. Tan sólo se supo que fueron examinadas las huellas dactilares de numerosos sospechosos, aunque sin resultado alguno. Después se hizo el más absoluto silencio sobre la huella dactilar, y la Sûreté, movida por la excitación y la indignación públicas, fue investigando las diferentes pistas, hasta que sus esfuerzos despertaron sólo la hilaridad y las burlas de todo el mundo.

El 2 de diciembre de 1913, casi veintiocho meses después del robo, un desconocido, que usaba el nombre de «Leonard», ofrecía la Mona Lisa al anticuario florentino Alfredo Geri. El desconocido declaraba que su única intención era devolver a Italia una obra de arte robada por Napoleón, cosa que, dicho sea de paso, no correspondía a la verdad. Poco después se presentó en Florencia con el cuadro. En el momento de ser detenido, descubrió el misterio del robo y provocó un nuevo escándalo que, de haber tenido más publicidad, habría destruido la gran confianza de que gozaba aún Bertillon.

«Leonard» era el ladrón. Se llamaba, en realidad, Vincenzo Perrugia. Era italiano, y en 1911 trabajó en París como pintor de brocha gorda. Ocasionalmente ejerció su oficio en el museo del Louvre. El día en que desapareció la Mona Lisa, Perrugia había entrado en el museo para visitar a sus amigos pintores que estaban trabajando en el interior. El museo estaba cerrado al público, pero los guardas le conocían y le dejaron entrar. Nadie se preocupó de él. Con toda tranquilidad, esperó el momento en que lo dejaron solo en el Salón Carré, descolgó la vitrina con el cuadro, buscó la escalera lateral, sacó la tabla de la vitrina y la escondió debajo de su holgada blusa de pintor. Así consiguió burlar a los guardianes y correr a su miserable habitación de la Rue de l'Hôpital Saint-Louis; una vez allí escondió el cuadro bajo la cama. Esperó dos años, hasta que le pareció que se habían calmado los ánimos de la opinión pública.

La facilidad con que había podido actuar el ladrón era algo realmente vergonzoso para la vigilancia del Louvre. El hecho de que no pudiera ser detenido era aún más vergonzoso, porque resultó que Perrugia —psicópata que aborrecía el trabajo— había pasado varias veces por las comisarias francesas, la última, en 1909, al intentar robar el dinero a una prostituta. Entonces se le tomaron algunas huellas dactilares, de acuerdo con la pequeña reforma que Bertillon introdujo en su sistema en 1894.

Los dactilogramas figuraban, por tanto, en la ficha de Perrugia bajo la denominación *señas particulares*. Pero en 1911, el número de fichas con dactilogramas era ya tan grande, que no podían ser repasadas una por una, como se había hecho en el caso Scheffer. Así, pues, Bertillon no pudo efectuar la necesaria comparación de las huellas dactilares correspondientes al cuerpo del delito y al archivo. El robo, que en realidad hubiera podido esclarecerse en unas horas, fue un misterio insondable durante más de dos años.

Lépine temía que se reprodujeran los reproches que la policía tuvo que soportar después del robo de Mona Lisa; por ello puso una revisión y reorganización a fondo del servicio de identificación. El hombre que, desde el principio de su carrera, se había propuesto hacer que la policía francesa gozara de las máximas simpatías entre la población, no podía soportar ningún reproche. Fue, en definitiva, su temor al descrédito público lo que lo indujo a acabar con la leyenda nacional del *bertillonage*. Sin embargo, mientras meditaba su decisión, supo que Bertillon estaba ya marcado por la muerte y que no podía vivir mucho. Lépine resolvió esperar el fin de Bertillon.

A las antiguas dolencias digestivas y los graves ataques de jaqueca que padecía Bertillon, se unieron, en 1913, alarmantes síntomas de agotamiento y pérdida de temperatura. Continuamente temblaba de frío. En algunas ocasiones resultaba imposible vivir con él, porque las estufas tenían que estar siempre al rojo vivo, lo cual no impedía que Bertillon viviese envuelto en mantas. Cuando su vista empezó a disminuir, los médicos no tuvieron ya la menor duda: padecía anemia perniciosa, una dolencia que entonces significaba la condena a muerte.

El presentimiento de su próximo fin hizo aún más insoporrible para el enfermo incurable el fracaso de la Antropometría. Se daba cuenta de que su muerte podría significar el fin del *bertillonage* en la propia Francia.

En 1913, hallándose Bertillon en tan penoso estado, el destino le depuró un encuentro que colmó la medida de su amargura y resentimiento. Su secretario le presentó un día la tarjeta de un desconocido que deseaba hablar con él. Se trataba de una tarjeta, algo recargada de adornos, con muchos arabescos, según la moda imperante por entonces en Sudamérica. Entre la abigarrada ornamentación había un nombre: Juan Vucetich, La Plata.

El rostro de Bertillon perdió el poco color que le quedaba. ¡Vucetich! ¡El hombre que diecisiete años antes había acabado con el *bertillonage* en la Argentina! ¡El hombre que en 1901 había pronunciado las palabras, indudablemente injustas: «Puedo asegurarles que entre 1891 y 1895, años en los que hemos utilizado el sistema antropométrico, jamás estuvimos en condiciones de determinar la identidad de una persona con exactitud, a pesar de todos nuestros esfuerzos.» En el alma, llena de resentimiento, de Bertillon, surgió la sospecha de que Vucetich había esperado aquel año sombrío de 1913 con la intención de gozarse en el fracaso que amenazaba al sistema antropométrico y en su propio triunfo. ¡Vucetich se atrevía a presentarse sin hacerse anunciar! ¡Vucetich esperaba ser recibido!

Bertillon hizo esperar al argentino sólo para ofenderle. Lo hizo esperar el tiempo que creyó necesario para infundarle respeto. Después hizo su aparición, se acercó a la puerta que daba al rellano de la escalera y la abrió con una mano temblorosa por la cólera y la debilidad corporal. Cuando Vucetich se acercó inocentemente a él, con la mano tendida, Bertillon lo miró de arriba a abajo con una expresión de indecible odio. Luego es-talló: «Señor, usted ha intentado hacerme todo el mal que ha podido», y cerró la puerta en las narices del visitante.

Posiblemente Bertillon habría refrenado su resentimiento si hubiera podido saber el destino trágico que esperaba a aquel hombre que abandonaba en silencio el palacio de justicia parisiense. Por entonces, Vucetich creía aún en su éxito. Le parecía que no tardaría en cristalizar su sueño de un registro dactiloscópico de toda la población argentina. En 1911, el gobierno provincial de Buenos Aires promulgó la ley de 1829 que disponía la creación de un registro electoral y de empadronamiento para toda la población adulta. La base de dicho registro era el sistema de las huellas dactilares y Vucetich recibió la orden de organizarlo. A principios de 1913 había terminado su trabajo. Lleno de orgullo por los resultados obtenidos hasta entonces, Vucetich resolvió emprender un viaje a Europa, Norteamérica y Asia Oriental, al objeto de comprobar sobre el terreno todo lo que conocía por artículos de periódicos y revistas, es decir, el triunfo de la dactiloscopia. Indudablemente, también sentía interés por comprobar hasta qué punto se habían difundido su nombre y su obra.

Renunció a su jubilación como funcionario a cambio de una paga única de 25 000 pesos, con los que pensaba costear su viaje, y partió hacia lo desconocido.

Visitó la India, Japón y China. Tras recibir algunas condecoraciones, se encaminó a Europa, y, en aquella fecha histórica del año 1913, se presentó ante la puerta de Bertillon sin el menor deseo de molestarlo y con la única intención de tender la mano a un hombre cuya obra no había aceptado, pero a quien respetaba y admiraba.

La conducta de Bertillon significó para Vucetich un golpe muy duro, que lo indujo a regresar inmediatamente al Nuevo Mundo. En enero de 1915 pisó de nuevo tierra argentina. Una nueva sensación de triunfo y de felicidad lo invadió al enterarse de que el gobierno de Buenos Aires había decidido crear el registro general de la población, basado en la dactiloscopia. Así, pues, se acercaba la fecha en que se realizaría el mayor de sus sueños. El gobierno le encomendó la redacción de un proyecto. El 20 de julio de 1916 —fecha en que Vucetich cumplía los 58 años—, las dos Cámaras del parlamento provincial aceptaban el proyecto y disponían su realización práctica. Vucetich, exclusivamente obsesionado por la idea de terminar la obra de su vida, no paró mientes en las voces que se levantaron contra el registro de las huellas dactilares. Se adujeron los mismos argumentos que más tarde —en las décadas siguientes— reaparecerían una y otra vez en todos los países y continentes. Podríamos resumirlos en la siguiente pregunta: ¡Habitantes de Buenos Aires! ¿Queréis que os fichén como a los criminales?

En mayo de 1917, el gobierno argentino puso bajo inspección estatal la provincia de Buenos Aires. El 28 de mayo, el delegado del gobierno federal, Cantillo, derogó la ley sobre el registro general de dactilogramas, prohibió a Vucetich continuar sus trabajos y lo obligó a ceder a la policía todos los documentos, aparatos e incluso el mobiliario de su oficina. Con una paga de 300 pesos anuales, concedida por misericordia, Vucetich fue desterrado a la ciudad natal de su mujer, ciudad que tenía el significativo nombre de Dolores.

Acosado por la pobreza, Vucetich se dirigió a los gobiernos de los Estados sudamericanos que habían adoptado su sistema dactiloscópico, y les pidió ayuda. Pero no recibió más que respuestas que iban dando largas al asunto. Debilitado por la tu-

berculosis, trabajaba en una *Historia general de la identificación*. Pero en 1921 quemó el manuscrito, en un ataque de melancolía. La resignación y la enfermedad ensombrecieron los últimos años de su vida. Un cáncer de estómago consumió las pocas fuerzas que habían resistido a la tuberculosis. En la madrugada del 28 de julio de 1925, Vucetich cerró los ojos para siempre.

Como hemos dicho, posiblemente Bertillon no se habría mostrado tan brusco con él de haber podido adivinar el destino de Vucetich. Pero nuestras palabras son tan sólo una hipótesis sin base real.

Tras la visita de Vucetich, las fuerzas de Bertillon declinaron rápidamente. Sin embargo, el impulso de la costumbre lo llevó a meterse en su despacho cada día, mientras los pies lo sostuvieron. Con la susceptibilidad exacerbada del hombre que tenía sus días contados, sentía que algunos de sus colaboradores rechazaban interiormente la Antropometría. Su amargura lo llevaba a estallidos de cólera, que contribuían a debilitar aún más sus escasas fuerzas. Cuando los médicos vieron acercarse la ceguera total, recurrieron al único medio que entonces existía para contrarrestar la enfermedad de Bertillon: la transfusión de sangre. Pero, en 1913, ésta era una de las intervenciones médicas más apuradas y peligrosas. Al principio Bertillon se recuperó. Desapareció su terrible cansancio y la temperatura ascendió hasta normalizarse. También recuperó la vista. Bertillon estuvo de nuevo en condiciones de trabajar. Pero la recuperación fue transitoria. A los tres meses estaba tan grave como antes, y las dos transfusiones de sangre sucesivas le proporcionaron otras tantas mejoras transitorias.

En las últimas semanas de su vida, ya casi ciego y tendido en un sofá, conservaba aún su resentimiento. Seguía negándose a reconocer ningún error en su sistema. Veinte años antes, el gobierno francés le había concedido la banda roja de la Legión de Honor, pero aún no había recibido la preciada roseta de la Orden. Al difundirse la noticia de su próximo fin, el ministerio del Interior decidió concederle la anhelada condecoración, aunque con una sola condición: se le pedía que reconociera un error funesto que no tenía nada que ver con la Antropometría y que, por tal razón, estudiaremos a fondo en el segundo volumen de nuestra historia.

Bertillon se había dejado contagiar por el convencimiento

—muy difundido— de que en el ejército francés había espías que trabajaban para Alemania. La aureola de gloria que lo rodeaba, lo indujo a intervenir como especialista en el caso Dreyfus. Era el mes de octubre de 1894, y el susodicho *affaire* conmovía profundamente a toda Francia durante muchos años. Por medio de un dictamen sobre un escrito falsificado, es decir, en una especialidad que no era la suya, Bertillon había contribuido a que el capitán francés Dreyfus fuese condenado como espía de Alemania y deportado a las islas del Diablo. En 1906, el condenado fue rehabilitado por completo. Pero esta circunstancia no movió a Bertillon a reconocer su funesto error. Y aun que el delegado del ministerio del Interior, junto a su lecho de muerte, buscó los términos más diplomáticos para convalidarle, el terco Bertillon, ya casi ciego, se negó a retractarse. Su rostro se contraía por la ira, mientras sus labios repetían: «No, no...» Unos días después perdió la vista por completo, y el 13 de febrero de 1914 exhaló su último suspiro.

Pocas semanas más tarde se reunió en Mónaco una Conferencia Policiaca Internacional, que sólo en un grado bastante limitado merecía dicho nombre —ya que casi todos los participantes eran criminalistas, abogados y jueces franceses—. En medio de un clima nacionalista, típico de los años que precedieron a la primera gran guerra, los asistentes abucheaban a cuantos no utilizaban la lengua francesa. El centro de las deliberaciones fue el problema de la persecución y captura de los grandes delincuentes internacionales. Cuando se planteó el problema de la identificación, con la consiguiente alternativa de decidirse por la Antropometría o por la dactiloscopia, tomó la palabra David, sucesor de Bertillon. Y el método que propuso para ser aplicado internacionalmente no fue la antropometría, sino... la dactiloscopia.

Así, pues, el sistema antropométrico desapareció realmente con la muerte de Bertillon. El *bertillonage* fue sustituido por la dactiloscopia como único sistema de identificación en todas las policías europeas, incluida la francesa.

Sin embargo, el día en que David anunciaba la muerte de la antropometría, Europa no era la única parte del mundo donde se daba un paso hacia delante. Al otro lado del Atlántico, en el Nuevo Mundo, los Estados Unidos avanzaban también en el campo de la identificación. Cuando la antropometría entonaba

el canto del cisne, hacía ya tiempo que se había iniciado uno de los capítulos más accidentados en la historia de la dactiloscopia: la conquista de Nueva York.

16

En 1887, George W. Walling, superintendente de la policía de Nueva York, publicaba sus memorias, en las cuales se podían leer las siguientes palabras: «Conozco perfectamente el poder de la combinación de policías y políticos, tan difundida entre nosotros. He intentado oponerme a ella. Pero el resultado fue casi siempre catastrófico para mí. La administración municipal, en los Estados Unidos, es distinta de las de todo el mundo civilizado. Se basa en las elecciones generales, y las campañas electorales no tienen en cuenta lo que las ciudades necesitan, sino los objetivos de dos partidos políticos. No creo que exista un solo hombre, entre quinientos, capaz de explicar cuáles son las metas ideales de los dos partidos. Llamarlos "políticos" es un error; porque su único principio —al menos en Nueva York— es el poder y la explotación. Mientras tales políticos puedan mangonear en la policía, el aparato policial se hallará lastrado por la corrupción, una corrupción que afecta precisamente al organismo que tiene a su cuidado la propiedad y el honor de nuestros ciudadanos... La ciudad de Nueva York es gobernada prácticamente por unos veinte mil "enchufados", y los cargos más importantes son ocupados y fiscalizados casi siempre por los elementos más nocivos de la ciudad. Los auténticos caballeros se hallan prácticamente excluidos de toda participación en la política. Entre los hombres responsables no vemos a los comerciantes honrados ni a los periodistas famosos, ni a los científicos, ni a los ciudadanos que se dedican tranquilamente a su trabajo; sólo los rostros brutales de aquellos que persiguen sus propios objetivos con violencia y sin escrúpulos... La verdadera clase dominante de Nueva York es una imitación de la que domina al país de los hindúes, donde los Thugs gobiernan la mayor parte del país por medio del chantaje y la violencia descarada. Y, sin embargo, creemos tener un gobierno del pueblo para el pueblo... Los acusadores del gobierno, los juristas y funcionarios de la policía son elegidos por los mismos elementos peligrosos a quie-

nes ellos deberían castigar y convertir en inofensivos. Los funcionarios de Nueva York no se atreven, como es lógico, a tocar a las personas de quienes depende su existencia. A menudo, nuestros jueces de instrucción... no conocen las leyes, y tienen tan poca cultura general, que ni siquiera son capaces de escribir correctamente las palabras más sencillas... Los políticos consi-guen la libertad de individuos juzgados y considerados culpables por el tribunal..., y no es extraño que un detenido salga libre y sin costas de la sala de audiencias, a pesar de haber sido condenado a una larga pena de prisión... En nuestro país todo es posible, aunque yo, por mi parte, no considero tan posible que sea colgado uno de nuestros millonarios, a pesar de haber cometido el crimen más alevoso y premeditado. Todos los que han sido ahorcados en la última generación carecían de dinero y de amigos políticos... Como nación, tenemos la forma de gobierno mejor del mundo, pero nuestro sistema administrativo —en Nueva York— concede a los ciudadanos honrados menos... protección... que en cualquier ciudad europea, sin excluir las ciudades rusas. La opinión pública vive en tal estado de terror, que ya no ve en los policías los defensores de la paz y el orden..., sino que los considera como los principales enemigos públicos —y con razón—; la única esperanza de salvación que nos queda es que las clases culturalmente dirigentes y honradas sepan darse cuenta del peligro y no se dejen llevar por la situación. Conviene que antepongan su sentido cívico a sus intereses y utilicen sus derechos para hacer frente a todos los políticos, bribones, ladrones y pillos que llenan todos los niveles de nuestra administración municipal. Estamos hartos de que nos gobiernen fieras. Habría que intentar que nos gobernasen auténticos caballeros...”

Las palabras de Walling no sólo podían aplicarse al estado y a la policía de Nueva York. En formas distintas o más o menos atenuadas, podían definir la situación en otros muchos Estados, ciudades e instituciones del gigantesco país, joven, inmaduro y todavía en plena efervescencia. Las capas más intelectuales y conscientes de su responsabilidad empezaban a comprender que el ideal americano de libertad se convertía en un peligro para todos, porque implicaba la libertad para unas bandas de *gangsters*, criminales y con influencia en la economía y en la política, y ello, en unas proporciones no conocidas en ningún

otro lugar del mundo. La imagen que ofrecía la policía de Nueva York era, en muchos aspectos, un ejemplo especialmente claro de las condiciones en que se movían las organizaciones policíacas del Nuevo Mundo.

Tales condiciones iban acompañadas de una piratería en la política y en la economía, que no sólo se aseguraba su influencia sobre los ingresos fiscales —mediante el fraude electoral y el chantaje—, sino que luchaba por fiscalizar la propia policía con el fin de realizar impunemente sus manejos. Los funcionarios de la policía eran sobornados, abiertamente o casi sin el menor disimulo, o bien eran corrompidos mediante la participación en los beneficios obtenidos con la prostitución y el juego. Las fronteras entre la justicia y la injusticia desaparecían por la detención de inocentes, la eliminación de testigos molestos y la presión brutal que se ejercía sobre los policías conscientes de sus deberes. El trabajo de la policía no tenía perspectivas de éxito, porque lo impedía la mezuquina defensa de intereses particulares de las ciudades, *counties* y Estados federales; los jefes de policía electos eran, en general, hombres de confianza de los partidos políticos, pero muy raras veces estaban capacitados para cumplir sus funciones. Se desconocía totalmente la colaboración, y los delinquentes podían escapar a la acción de la justicia pasando de un Estado a otro. Y, por encima de todo, se hallaba la absoluta impotencia de las autoridades federales, sin excluir el Ministerio de Justicia de Washington, y la falta de un gran aparato policíaco central.

Esta situación puede explicarnos el hecho de que desde mediados del siglo XIX, una agencia privada de detectives, la Agencia Allan Pinkerton, no sólo alcanzara un notoriedad desusada entre el Atlántico y el Pacífico, sino que incluso llegara a adquirir fama universal. Los europeos la identificaban a menudo con la policía americana.

Nadie se habría atrevido a predecir un porvenir tan brillante al pobre Pinkerton, hijo de un policía irlandés. Había nacido en Glasgow, en 1819. Pasó al Nuevo Mundo, dispuesto a ejercer su oficio de tonelero, y, efectivamente, fabricó toneles en Dundee (Wisconsin), hasta que, en 1850, la casualidad lo llevó a la investigación criminal. En una isla cercana descubrió restos de un campamento, que le sirvieron de pista para descubrir a un grupo de bandidos. De la noche a la mañana adquirió la fama de ser

un gran detective en un Estado cuya fuerza policiaca más importante (en Chicago) se componía de once hombres sujetos a toda clase de críticas. Pinkerton supo aprovechar la oportunidad y fundó la Pinkerton's National Detective Agency. Su divisa comercial era un ojo muy abierto, bajo el cual figuraban las palabras: «Nunca dormimos...»

Pinkerton y sus empleados —al principio, sólo nueve— demostraron muy pronto la exactitud de las palabras que les servían de lema. Eran magníficos hombres de negocios, pero, a la vez, insobornables e infatigables en su trabajo. Perseguían a los delincuentes fugitivos a lomos de cabalgaduras o saltando por encima de los vagones de los ferrocarriles que surcaban el «salvaje Oeste». Estaban perfectamente adiestrados en el uso del revólver y el fusil de repetición, pero eran al mismo tiempo maestros en la psicología, agudos observadores, artistas del disfraz, audaces e intrépidos. En pocos años, los *pinkertons* se convirtieron en los más eficientes criminalistas de Norteamérica.

En el invierno de 1861, Allan Pinkerton, disfrazado de corredor de bolsa, seguía la pista a una banda de falsificadores de moneda, cuando descubrió una conjura contra el presidente Lincoln. Este éxito contribuyó de manera decisiva a su gloria, pero no fue más que un episodio en su accidentada carrera de detective. Durante la Guerra de Secesión, su oficina se convirtió en una organización de espionaje al servicio de los Estados del Norte. Sin embargo, el verdadero campo de acción de Pinkerton fue siempre la criminalística.

Después de la guerra civil, el oeste de los Estados Unidos experimentó una enorme expansión. Una verdadera inundación de inmigrantes invadió aquellas tierras en busca de oro, plata, tierras y pastos; por otra parte, el Oeste merecía, el nombre de «salvaje». Los inmigrantes llegaban a unos territorios en los que durante muchos años imperó sólo una ley: la del más fuerte y la del revólver más rápido. Los atracos en plena calle, los asaltos a ferrocarriles y diligencias, los robos de caballos, los atracos a los bancos y el asesinato a sueldo eran el pan de cada día. Había *sheriffs* que sólo ejercían su cargo porque sabían que el asesinato era menos peligroso a la sombra de la ley.

En este mundo conquistaron sus primeros laureles los *pinkertons*. Constituían la única organización policiaca en la que podían confiar las compañías ferroviarias y de transporte de via-

jeros. Los métodos utilizados por los *pinkertons* eran los de su tiempo, aunque no confiaban en los espías y confidentes infiltrados en el mundo del crimen. Ellos mismos se disfrazaban y se introducían en los campos de acción o en los cuarteles generales de las grandes bandas, en las ciudades del Oeste dominadas por los bandidos. Uno de los hombres de Pinkerton, Dick Winscott, puso un bar en el centro de Saymour, baluarte de la banda de Reno, que podía vanagloriarse de haber organizado el primer asalto a un tren en el Oeste, el 6 de octubre de 1866. Winscott dedicó varias semanas a hacerse amigo de los hombres de Reno. Un día atrajo al propio John Reno a la estación de Saymour en el preciso instante en que Allan Pinkerton y seis de sus hombres llegaban en un pequeño tren especial. John Reno fue detenido, y el ferrocarril partió antes de que el resto de la banda pudiera reaccionar.

Hasta 1878, los *pinkertons* se dedicaron a desarticular una de las sociedades secretas más peligrosas de Pensilvania: la banda irlandesa de Molly-Macguire. Bajo la influencia de esta banda, las luchas sociales de la zona carbonífera de Pensilvania habían impuesto el sangriento dominio de unos pocos. Uno de los mejores hombres de Pinkerton, McParland, se disfrazó e ingresó en la banda. Permaneció en ella tres años —en constante peligro de muerte—, hasta que pudo declarar como testigo contra los jefes de los Mollies. Muchos de los hombres de Pinkerton pagaron con la vida estos métodos de trabajo: James W. Whicher se infiltró en la temible banda de Jesse James —cuya pista siguieron los *pinkertons* a lo largo de miles de millas—; pero, reconocido, fue asesinado. El propio Jesse James estuvo en Chicago unos meses, esperando que Pinkerton, su mayor enemigo, se le pusiera a tiro de revólver.

Sin embargo, los *pinkertons* se hallaban en su ambiente tanto en las ciudades del Este como en las del Oeste. Al parecer, fueron los primeros en emplear la fotografía para reconocer a los delincuentes. En 1866, cuando Dick Winscott tomó a su cargo el trabajo de acabar con la banda de Reno, llevó consigo una máquina fotográfica. Durante una orgía, convenció a Fred y a John Reno para que se dejaran fotografiar. Inmediatamente, y en secreto, envió copias de las fotografías a Allan Pinkerton: eran las primeras fotografías de los Reno que se poseían, y se transmitieron a todos los hombres que trabajaban para Pinkerton.

Allan Pinkerton creó también el primer álbum de fotografías policiales de América. Incluso reunió fotografías y descripciones de muchísimos caballos de carreras, para evitar la suplantación del caballo momentos antes de iniciarse la carrera. Él y sus hijos sentaron las bases del mayor fichero especial de ladrones de joyas y sus encubridores que jamás haya existido en el mundo. En 1884, cuando murió Allan Pinkerton, su organización era como una roca en medio del caos reinante en la policía americana.

Calorce años después, en 1898, los visitantes de una exposición internacional celebrada en San Luis, tuvieron ocasión de contemplar una curiosidad procedente de Londres. El hombre que la presentaba era un tal Ferrier, el sargento Ferrier de Scotland Yard. Posteriormente, nadie pudo decir en Londres quién había tenido la idea de enviar al sargento Ferrier al Mississippi. Sea como fuere, el nombre de Scotland Yard hizo que se reuniera ante el *stand* de la exposición una gran masa de curiosos. Las paredes del *stand* estaban decoradas con fotografías de huellas dactilares procedentes de algunos presos de las cárceles británicas. Ferrier intentaba explicar el nuevo sistema con toda la precisión que le permitían sus escasas experiencias.

Sin embargo, la principal atracción consistía en que todo el mundo podía imprimir sus huellas dactilares en unas tarjetas conmemorativas.

Suponiendo que los que enviaron a Ferrier hubiesen abrigado alguna esperanza de despertar el interés de la policía americana por la dactiloscopia, tales esperanzas habrían resultado fallidas. Nadie creyó que la cosa tuviera bastante interés como para tomarla en serio: ni los policías ni los reporteros ávidos de novedades.

Nadie sabía que, en 1882, un ingeniero americano de ferrocarriles, Gilbert Thompson, afincado en Nueva Méjico, ponía una de sus propias huellas dactilares en las hojas de salarios de sus obreros, con objeto de evitar falsificaciones. Prácticamente, nadie tenía la menor idea de que tres años más tarde los ciudadanos de Cincinnati había propuesto la inclusión de la huella del dedo pulgar en los billetes de ferrocarril, y que un fotógrafo de San Francisco, llamado Tabor, había pensado registrar a los inmigrantes chinos con ayuda de la dactiloscopia. Tan sólo los americanos dados a la lectura podían recordar que su famoso compatriota Mark Twain había publicado, en 1882, un libro, titu-

lado *Una vida en el Mississippi*. En él el escritor narra la vida de un hombre llamado Ritter, cuya mujer e hijo han sido asesinados por soldados merodeadores durante la Guerra de Secesión. El asesino ha dejado la huella de su dedo pulgar ensangrentado. Provisto de esta huella, Ritter se hace pasar por activino y se dedica a leer el porvenir en las palmas de las manos. Pretende descubrir así al asesino. Peregrina de un campamento militar en otro y observa las manos de innumerables soldados. Con el pretexto de leer el porvenir, estudia detenidamente las líneas del pulgar. Por fin, encuentra al asesino. Luego expone su método con las siguientes palabras: «Cuando era joven, conocí a un anciano francés que durante treinta años había sido guardián en una cárcel. Me contó que en el hombre hay algo que no cambia jamás y que lo acompaña desde la cuna hasta la sepultura: las líneas que hay en las yemas de los dedos. Las fotografías no son de fiar, porque una persona puede cambiar su aspecto físico. Lo único seguro, para mí, era la huella del pulgar...»

Nunca se ha podido saber cómo se le ocurrió a Mark Twain la idea de las huellas dactilares en fecha tan temprana. ¿Fue una casualidad, una inspiración, o una intuición de escritor, capaz de adivinar la evolución de unos acontecimientos que aún se hallaban en estado latente?

Sin embargo, a pesar de que Mark Twain conociera ya las huellas dactilares, los policías del Nuevo Mundo no sintieron interés alguno por lo que les expuso Ferrier, de Scotland Yard. Además, se trataba de policías que —como dijo un periodista inglés contemporáneo— seguan métodos muy primitivos, carecían, por lo general, de toda cultura y, no pocas veces, eran individuos que un par de semanas antes estaban aun vendiendo limonada o goma de mascar por las calles. El mismo periodista afirmó: «En América un hombre interesado por los métodos científicos de la investigación criminal es verdaderamente un mirlo blanco.»

El periodista en cuestión no había dado con ningún «mirlo blanco». O, mejor dicho, no lo había buscado a fondo. En realidad, desde 1890, algunos jefes de policía y directores de prisiones habían intentado poner un poco de orden en el caos general, y habían adoptado el *bertillonage* para identificar a los delinquentes. En 1896, algunos de esos jefes de policía conscientes se reunieron en Chicago por propia iniciativa. Su intención

era buscar una posible colaboración mutua para perseguir a los criminales que pasaban de uno a otro Estado. En dicha reunión se descubrió que 150 organizaciones policiales y penales contaban con un gabinete antropométrico. Entre las cárceles que lo poseían se hallaban las de Sing-sing y Leavenworth.

Pero todos los jefes de policía y los directores de penitenciarías se quejaron de las inexactitudes y las dificultades del sistema antropométrico. También ellos habían tropezado con los mismos inconvenientes que surgieron en Sudamérica y en la India: si la antropometría no era aplicada bajo la férrea disciplina de un Bertillon y se dejaba en manos de hombres poco experimentados, los defectos saltaban inmediatamente a la vista. Añadamos a esto que los directores de Sing-sing y Leavenworth, por razones económicas, empleaban a los mismos presidiarios en sus oficinas antropométricas. Naturalmente, los presidiarios en cuestión no mostraban un gran entusiasmo por un trabajo que redundaba en perjuicio de sus compañeros, y aprovechaban cualquier oportunidad para anotar en las fichas medidas falsas. Pese a todo, los jefes de policía y de prisiones que, por sus esfuerzos, se destacaban sobre la gran masa de sus colegas, no habrían salido del *bertillonage* si —unos años más tarde— no hubiera ocurrido algo muy extraño en la prisión de Leavenworth.

En la primavera del año 1903, cinco años después de la «expedición» de Ferrier al Mississippi, el director de Leavenworth, McCloughy, recibió de un amigo inglés el libro de Henry sobre las huellas dactilares y una cajita con los utensilios necesarios para obtener los dactilogramas. McCloughy leyó el libro por encima y realizó experimentos con la placa de estaño y la tinta de imprimir; pero en principio no acabó de convencerle el nuevo invento.

Unos meses después ingresaba en el penal un negro llamado Will West, el cual pasó inmediatamente al gabinete antropométrico. Una vez fotografiado y llenada su ficha antropométrica, que tenía el número 3246, el guardián de turno hojeó el fichero para colocar el cartón en el lugar que le correspondía. De repente, se quedó perplejo.

—¡Eh! —exclamó, y sacó otra ficha—. ¿Por qué te hemos medido por segunda vez?

El negro aseguró que jamás lo habían medido y que, además, era la primera vez que veía una cárcel por dentro. Entonces el

guardián le mostró las dos fichas, la 3246 y la 2626, que acababa de encontrar en el fichero.

—¡Will West! —dijo con energía—. ¡Y Will West! Mira las fotografías. Aquí estás tú, y aquí también. Y las medidas son prácticamente las mismas. Eres el número 2626 y llevas ocho meses en este penal. ¡Seguirás mintiendo, o confesarás que has encontrado un truco para despistarte del trabajo?

El negro —según una crónica de la época— puso unos ojos como platos. En efecto, en las dos fichas figuraba su nombre, y las fotografías representaban, al parecer, al mismo individuo. Sin embargo, repitió que hasta ese día jamás había pisado la cárcel de Leavenworth.

El guardián lo amenazó con castigos, pero todo fue en vano. Finalmente, decidió dar parte a los encargados de los trabajos. La respuesta que recibió lo hizo enmudecer de asombro: el recluso Will West, número 2626, se hallaba en uno de los talleres de la penitenciaría y no podía ser idéntico al presidiario recién ingresado, al Will West número 3246.

McCloughy fue informado y compareció a los pocos minutos en la oficina de identificación. Mandó llamar al Will West 2626 para compararlo con el 3246. Se parecían como dos gotas de agua. McCloughy comprobó las medidas de ambos. No coincidían las once medidas (como posteriormente se dijo), pero las diferencias entraban en el margen de error tolerado en el trabajo práctico. En los primeros momentos de excitación, McCloughy gritó que aquello era el fin del *bertillonage*. Sin perder un minuto, mandó que le trajeran los aparatos recibidos de Inglaterra y tomó las huellas de los diez dedos a ambos presidiarios. Luego comparó los dactilogramas. Desde luego, no era ningún maestro en dactiloscopia, pero tampoco necesitaba serlo en aquel caso concreto: las diferencias entre las huellas dactilares de los dos individuos eran evidentes. Muy raras veces —quizá nunca— se había demostrado de manera tan contundente la superioridad de la dactiloscopia sobre el *bertillonage*. Al día siguiente, McCloughy arrojaba por la borda la antropometría e introducía el sistema dactiloscópico en Leavenworth, a pesar de que las autoridades judiciales sólo le concedieron una subvención de 60 dólares para instalar la oficina correspondiente.

La historia de los dos West se conoció fuera de los muros de Leavenworth y fue comentada por los jefes de policía inte-

resados en el problema. El *bertillonage* acababa de recibir un golpe de muerte. Sin embargo, la dactiloscopia no tenía aún el camino expedito. Para ello era preciso que ocurrieran cosas verdaderamente sensacionales, casos que llenaran los titulares de los periódicos y despertaran el interés de las masas americanas de aquellos días.

Tres años más tarde, un hombre suministró a la opinión pública las sensaciones que necesitaba. Se trataba de un policía más o menos desconocido, que trabajaba en una pequeña oficina de identificación instalada en la buhardilla del cuartel general que la policía neoyorquina tenía en Mulberry Street 300. El sargento Joseph A. Faurot —así se llamaba el hombre— llevaba también mucho tiempo afanándose en la aplicación de la Antropometría, sin conseguir éxito alguno. La mayor parte de los policías neoyorquinos seguían confiando en los métodos anteriores, procedentes, casi todos ellos, de un hombre que durante muchos años había sido considerado el primer detective de Nueva York, de toda América e incluso del mundo, por los periodistas amigos de la policía. Se trataba de una figura exaltada hasta lo legendario: el inspector Thomas Byrnes.

Byrnes había nacido en Irlanda en 1842, y emigró a Nueva York con sus padres, empujados al Nuevo Mundo por la miseria. Primero trabajó en la colocación de instalaciones de gas, y después intentó abrirse camino en la policía. En 1896, a los 54 años, abandonó el cuerpo después de uno de los más grandes escándalos, entre los muchos que amenazaron la existencia de la policía neoyorquina en aquellos días. Y no lo hizo con la modesta paga de 3000 dólares anuales que le hubiera correspondido como jubilado, sino con una enorme fortuna, sobre todo para un policía. Entre sus bienes se contaba una casa de alquiler en la famosa Quinta Avenida, valorada en más de 300 000 dólares. Byrnes, un gigante de anchos hombros y mostacho, jamás pudo familiarizarse con la gramática inglesa. Su cultura general era de una pobreza lamentable. En compensación, su actividad policial le permitió conocer, entre 1863 y 1880, los barrios más sombríos de Nueva York, hasta el último de los rincones: Satans Circus, Hells Kitchen, Five Points, Bowery y Waterfront. Después de la Guerra de Secesión los innumerables refugios de toda clase de vicios, las madrigueras de las bandas de *gangsters*, ladrones y estadadores, habían convertido a Nueva York en una

moderna Gomorra. Byrnes conocía a los Bowery Boys, la banda de East-man y los Five Pointers; los nombres y las caras de los jefes y de los miembros de las bandas. Estaba familiarizado con los distritos de cuyos sombríos cuchitriles salían los aprendices de ladrones. Era una cantera formada por individuos que, desde pequeños, aprendían a valorar al ser humano por lo que era capaz de quitar a un semejante. Byrnes sabía cuáles eran los barrios en los que los políticos reclutaban a sus votantes y a los bajadores. Nuestro hombre llegó a conocer incluso a «Mae» Mandelbaum, reina de los encubridores, una mujer que pesaba sus buenas quince arrobos. En su establecimiento, de apariencia infensiva, situado en Clinton Street, los grandes del hampa y de la política entraban y salían constantemente. Entre 1864 y 1884 pasaron por la tienda mercancias por valor de casi 10 millones de dólares. Byrnes supo que «Mae» Mandelbaum tenía una escuela de rateros y, además, tuvo conocimiento de que había financiado los atracos de bandidos célebres, como Shang Draper y Banjo Emerson. Desde sus primeros años de policía supo quiénes eran «Big Bill» Howe y «Little Abe» Hummel, los dos abogados más famosos de Nueva York. Desde 1896, «Howe & Hummel» no hicieron otra cosa que sobornar testigos y practicar el chantaje con el fin de librar de la justicia a miles de asesinos, ladrones, ventajistas, encubridores, propietarios de burdeles, falsificadores, atracadores de bancos y todos los políticos que se movían a la sombra de tales delincuentes. Ambos abogados conocían los más refinados trucos y artimañas.

En 1878, Byrnes logró atrapar en Manhattan a una banda de ladrones de cajas de ahorros; entonces cambió su uniforme de policía por el chaqué y el sombrero hongo. Se convirtió en jefe del Departamento de detectives. La vida que hasta entonces había arrastrado dicho departamento de la policía neoyorquina era aún más precaria que la de los primeros detectives de Scotland Yard. Su historia se iniciaba con el High Constable Jacob Hays —llamado «Old Hays»—, fallecido en 1850. En la caótica prehistoria de la policía neoyorquina, Hays había intentado ejercitarse como detective, y en 1836 destinó doce policías vestidos de paisano a vigilar ladrones e incluso —a sus propios colegas del cuerpo—. Hays era el héroe de muchísimas historias sencillas. Descubrió al asesino de un capitán de barco metiendo en

el depósito de cadáveres al dueño de una fonda marinera en la cual había desaparecido la víctima. Aterrado, el fondista se confesó autor del crimen. Hays detuvo también a un ladrón porque éste había olvidado su viejo traje en el lugar del delito. El policía recordó haber visto aquellas prendas catorce días antes. Las llevaba puestas un hombre recién llegado de Baltimore. El ladrón fue detenido a las pocas horas. Como hemos dicho, se trataba de historias simples e ingenuas. Pero la «leyenda de Hays» siguió viva durante varias generaciones de detectives.

Byrnes había «desembarazado el camino» —ni sus enemigos podían discutirlo—, y en 1880 creaba en Nueva York el primer Departamento de Detectives realmente eficaz. Contaba con cuarenta hombres. Su primera «realización seria» descubrió en él al hombre que no sólo estaba dispuesto a valorar los conocimientos adquiridos como policía mal pagado, sino que, como criminalista fiel a su deber, estaba resuelto a hacer dinero. Sabía que el barrio financiero de Wall Street —donde estaban, además, los grandes joyeros— era el campo de acción preferido por los ladrones y atracadores. Byrnes instaló a nueve de sus hombres en una habitación de Wall Street y creó una zona prohibida, la llamada *línea de la muerte*. Dio la orden de detener sin contemplaciones a cualquier individuo con antecedentes penales que cruzara dicha línea y penetrara en sus dominios de Wall Street. Byrnes se hizo pagar por los financieros la protección especial que su medida significaba para ellos. El pago de esta protección —que, por otra parte, no era más que el deber de la policía— fue hábilmente encubierto por Byrnes; declaró que sus beneficios provenían de la bolsa. Pero Byrnes no sólo estaba dominado por el afán de lucro; también quería rivalizar con la Sûreté y Scotland Yard. Por ello, valoraba el rendimiento de sus detectives por el número de detenciones e identificaciones de delincuentes que efectuaban. Ésta fue una de las razones de su especial interés por la identificación. La «parada matinal» de Mulberry Street era una idea de Byrnes: cada mañana, a las 9, todos los detenidos de las últimas veinticuatro horas pasaban por delante de los detectives, a fin de que éstos observaran sus rostros y descubrieran a los reincidentes. Byrnes introdujo también la fotografía en Mulberry Street. Si algún delincuente se resistía a ser fotografiado, los detectives reducían su resistencia a puñetazos. Byrnes se complacía en mostrar una fotografía en la que aparecía

él mismo contemplando cómo sus hombres aplicaban uno de tales correctivos. En 1886 publicó su colección de *Delincuentes profesionales de América*. En él aparecían fotografiados todos los criminales que Byrnes conocía, con comentarios sobre los métodos de trabajo que utilizaban. La colección era un intento —muy importante para América— de crear una especie de *Manual de los bajos fondos*, y sirvió para aumentar aún más la gloria de Byrnes. Frente a su oficina, en una gran nave, hizo instalar una especie de museo, al que dio el nombre de *The Mystery Chamber*. Con gran instinto publicitario, él mismo mostraba el «museo» a periodistas y visitantes. En las paredes podían verse las fotografías de todos los delincuentes que habían pasado por el Departamento de Detectives. En las vitrinas se hallaban expuestas herramientas usadas por los ladrones, armas, ganchos, máscaras, etc... Del techo colgaba la soga de una horca. A Byrnes le gustaba utilizar su «museo» para los interrogatorios; de este modo podía demostrar palpablemente a los detenidos lo desperado de su situación. Cuatro años después de hacerse cargo de su puesto, declaró: «En los cuatro años que precedieron a mi reorganización del Departamento, la policía practicó 1943 detenciones y consiguió condenas por un total de 505 años de cárcel. En estos últimos cuatro años, las detenciones han sido 1324, y las condenas, 2428 años de cárcel.» Cuando Scotland Yard se declaró impotente para descubrir el misterio de Jack el Destripador, Byrnes manifestó, con irreflexivo orgullo, que él habría cazado al tal Jack si se hubiese dejado caer por Nueva York. En 1894, al sobrevenir el escándalo antes mencionado, Byrnes se defendió diciendo que, gracias a él, pesaban casi diez mil años de cárcel sobre innumerables delincuentes americanos. Era una marca superior a las conseguidas por la Sûreté y Scotland Yard juntas en toda su historia.

El escándalo se desencadenó a raíz de un indignado sermón que pronunció un presbiteriano neoyorquino, Parkhurst, sobre la participación de la policía en los beneficios de burdeles y juegos de juego. La consecuencia del sermón fue que, en 1894, entró en funciones una comisión investigadora independiente; estas comisiones se formarían con frecuencia en las décadas subsiguientes, y desempeñarían un importante papel en la lucha de «lo mejor de América» contra el hampa de la policía y la policía. Ante este comité (llamado *Lerow-Committee*), Byrnes

encontró infinitos argumentos para explicar sus enormes riquezas. Pero hubo de admitir que la policía toleraba la existencia de burdeles y garitos de juego, a cambio de una participación en los beneficios, y que sólo procedía a clausurar dichos antros cuando ya no producían beneficio alguno. Un diario de Nueva York, el «World», escribió: «Si Byrnes no sabe lo que ha venido ocurriendo ante sus propias narices, es que quizá no sea lo bastante buen detective como para identificar un queso de Limburgo sin necesidad de comerlo.»

Byrnes —propagandista, amigo del sensacionalismo, ambicioso y, a pesar de todo, policía nato— hizo mutis. Su sucesor, el capitán McClucky, reorganizó el Departamento, pero conservó los métodos de identificación de Byrnes, que seguían gozando de general predicamento, si exceptuamos algunos intentos aislados de utilizar el *bertillonage*. Sin embargo, en 1904, el jefe de policía de Nueva York, McAdoo, conoció los sucesos de Leavenworth y decidió discutir a fondo el problema de las *Fingerprints*. «Para que Nueva York no se quedara atrás en la marcha del progreso». El sargento Joseph A. Faurot recibió la orden de ir a Londres para que Scotland Yard le diera la información necesaria. Faurot salió de Nueva York en la primavera de 1904. El inspector en jefe Collins fue para él un magnífico maestro. Sin embargo, cuando Faurot regresó a Nueva York, McAdoo no ocupaba ya la jefatura de policía. El sucesor no quería saber nada de las «ideas científicas». Aconsejó a Faurot que —por su bien— olvidara lo antes posible el asunto de las huellas dactilares. Pero Faurot había vuelto de Londres entusiasmado y empezó a trabajar por su cuenta en la dactiloscopia —como lo había hecho Vucetich muchos años antes que él—. Tomaba las huellas dactilares de todos los detenidos, a quienes se veía obligado a registrar siguiendo un método en el que se mezclaban, de un modo curiosísimo, los sistemas de Byrnes y Bertillon. Posteriormente fue trasladado al servicio exterior, pero no olvidó sus experiencias londinenses. Reunió una colección particular de dactilogramas, hasta que llegó el año decisivo: 1906.

El 16 de abril de 1906, hacia medianoche, Faurot entraba en el mundialmente famoso Hotel Waldorf Astoria. Realizaba un servicio nocturno. Decidió hacer una ronda de inspección por todo el edificio, que solía atraer a los ladrones y bandidos neoyorquinos, a causa de los ricos huéspedes que albergaba. El

destino, o la casualidad, quiso que, en el tercer piso, Faurot se tropezara con un hombre que salía de un apartamento. Iba de etiqueta, pero sin zapatos. Faurot lo detuvo, a pesar de sus airadas protestas, y lo condujo al cuartel general. El detenido renovó allí sus protestas. Con un acento británico característico, aseguró que se llamaba James Jones, que era un honorable ciudadano inglés y que lo único que buscaba en una habitación ajena era una aventura amorosa. Quiso hablar con el cónsul británico y aseguró a Faurot que se acordaría de aquello si no lo dejaba libre inmediatamente.

Parecía tan seguro de sí mismo, que los colegas de Faurot aconsejaron al sargento que soltara al detenido y no se buscara complicaciones innecesarias. Pero el instinto de Faurot —como contaría éste más tarde— le daba otro consejo. Tomó las huellas dactilares de Jones, metió la ficha en un sobre y —pensando en el acento británico del detenido— la envió al inspector Collins, de Scotland Yard. El 17 de abril, la carta salió para Londres. Siguió catorce días de dudas e inseguridad.

Pero el 1 de mayo, Faurot encontró encima de su escritorio una carta de Londres. Le enviaban las huellas digitales de Jones y la fotografía de una ficha dactiloscópica perteneciente al archivo de Scotland Yard. En la carta adjunta se decía lo siguiente: «Las huellas dactilares de James Jones coinciden con las que figuran en la ficha de Daniel Nolan, alias «Henry Johnson», condenado doce veces por robos en hoteles y buscado por asalto y robo de 800 libras en el domicilio de un famoso escritor británico, Scotland Yard sospecha que Johnson ha huído a los Estados Unidos.» En el sobre había, además, dos fotografías del individuo detenido por Faurot en el Waldorf Astoria.

Cuando le mostraron los papeles de Londres, Jones abandonó toda resistencia y reconoció que él y Henry Johnson, o Daniel Nolan, eran la misma persona. El asunto le costó siete años de cárcel, la más larga de las condenas que había recibido hasta entonces.

El mismo día, 2 de mayo, los periódicos neoyorquinos daban las primeras noticias sobre el insólito éxito de Faurot. Los titulares decían: «Una teoría policíaca de la India...» Por primera vez, los informadores policíacos americanos reconocían que el sistema dactiloscópico podía suministrarles noticias sensacionales. Las noticias se extendieron hasta San Francisco y Los An-

geles, Seattle y Nueva Orleáns. Sin embargo, la dactiloscopia tardó aún otros cuatro años en imponerse.

Faurot, después de su único éxito, siguió perteneciendo «al enemigo». Y los informadores lo visitaban de vez en cuando, al acecho de una nueva *story*.

Finalmente, en 1908, tuvieron la *story* que tanto anhelaban. En una habitación amueblada de un ático de East 118th Street fue descubierto el cadáver de una hermosa muchacha, cubierta de sangre. Era Nellie Quinn, enfermera de Welfare Island. Cuando Faurot entró en el lugar del crimen, lo encontró ya repleto de informadores. Aún no existían leyes que prohibieran tocar los objetos ni cambiarlos de lugar antes de que llegara la policía y los reporteros lo habían puesto todo patas arriba, ávidos de encontrar alguna pista del crimen. La mayoría de los objetos estaban materialmente cubiertos de huellas dactilares, pertenecientes a los dedos de los periodistas. Sólo al mirar debajo de la cama, Faurot descubrió una botella de whisky vacía, que había escapado a los dedos de los reporteros. La botella tenía huellas dactilares.

Nellie Quinn mantenía relaciones con varios hombres jóvenes. Faurot se hizo con las huellas dactilares de todos ellos. Sin embargo, ninguna de ellas coincidía con la de la botella. Faurot siguió investigando hasta dar con un fontanero llamado Georges W. Cramer. Comparó sus huellas dactilares con las de la botella y descubrió que aquél era «su hombre». La detención cogió a Cramer tan desprevenido, que el pánico le hizo confesar su crimen: había asesinado a la muchacha en un ataque de demencia alcohólica. Para los reporteros, el caso perdió inmediatamente todo interés, porque no acabó en un proceso sensacional.

Sin embargo, algunos de ellos aprovecharon la ocasión para refrescar la memoria de los ciudadanos sobre un caso de asesinato, ocurrido en una noche de calor bochornoso, que acabó en tormenta: la noche del 27 al 28 de julio de 1870. El crimen se cometió en una lujosa mansión de la calle 23, y el autor no había sido descubierto. La víctima fue Benjamin Nathan, un rico banquero, y, cuarenta años después el misterio de su muerte volvía a fascinar a los lectores de periódicos por lo insólito de las circunstancias que lo acompañaron. Nathan había pasado aquella noche en su casa de la ciudad, con dos de sus hijos, Fred y Washington, y un ama de llaves, Mrs. Kelly. El resto de la familia

estaba en la hacienda que el potentado poseía en Nueva Jersey. Los dos hijos habían llegado a la casa bastante tarde. Al subir al dormitorio, situado en el tercer piso, vieron por última vez a su padre vivo; dormía en una cama de campaña que tenía instalada en el segundo piso. A la mañana siguiente lo encontraron muerto. Le habían dado tantos golpes en la cabeza con una pesada herramienta, que resultaba imposible reconocerlo. Los autores del crimen habían forzado una caja fuerte y robado dinero, joyas y oro. La puerta principal estaba abierta. Las paredes de la habitación donde se cometió el asesinato, estaban llenas de huellas digitales ensangrentadas, e incluso había la huella de una mano entera. John Jourdan, superintendente de la policía neoyorquina, y James J. Kelso, antecesor de Byrnes en el Departamento de investigación criminal, se personaron en el lugar del crimen. Se ofreció una elevada recompensa a quien descubriera al asesino. Llovieron cartas de toda América con los consejos y autoacusaciones más disparatadas. Fueron interrogados y registrados 800 vagabundos y otros sospechosos. Finalmente, la mayor parte de las sospechas recayeron sobre Washington Nathan, el hijo segundo de la víctima, un muchacho depravado que llevaba una doble vida. Pero no había pruebas contra él. Posteriormente, Washington Nathan tuvo que someterse a una operación quirúrgica, y un cirujano se ofreció a interrogarlo mientras estuviera bajo la acción del cloroformo. Pero Washington renunció a la intervención quirúrgica, y el misterio del asesinato siguió sin resolverse.

Lo que interesaba a los periodistas de 1908 era la circunstancia de que el asesino habría podido ser descubierto de existir un Joseph A. Faurot, con su caja dactiloscópica. En 1870, el detective Kelso no pudo decir más que lo siguiente: «Dedos largos, delgados, femeninos. El asesino era un caballero.» Y así quedaron las cosas. En 1908, los americanos se enteraban, por los periódicos, de que no podía repetirse un caso semejante, porque el método de las huellas dactilares parecía abrir insólitas perspectivas a la investigación criminal.

Sin embargo, ya hemos dicho que el triunfo final de las huellas dactilares se haría esperar aún. No llegó hasta 1911. En mayo de este año compareció ante un tribunal neoyorquino Caesar Cella, famoso ladrón. Fue acusado de haber desvalijado en plena noche una tienda de modas situada en el centro de la ciudad.

Sus amigos habían puesto 3000 dólares a disposición de la defensa, la cual presentó nada menos que cinco testigos para probar la coartada del procesado. Los cinco sujetos juraron que la noche del robo Cella había estado en el hipódromo, y luego se acostó con su mujer. Hasta la mañana siguiente, según ellos, no había vuelto a salir de casa. Fracasaron todos los intentos de la acusación para llevar a los testigos a contradecirse. Finalmente, el fiscal llamó a Faurot al banco de los testigos. Entonces el tribunal se enteró de los siguientes hechos: En una de las ventanas de la tienda de modas por la que, al parecer, había entrado el ladrón, Faurot había descubierto varias huellas digitales dejadas por unos dedos sucios. Las fotografió y examinó su fichero, en busca de unos dactilogramas que coincidieran con los de las fotos. Y, realmente, dio con ellos. ¡Eran las huellas dactilares de Caesar Cella! Por primera vez, unas huellas dactilares servían como testimonio de cargo en un tribunal americano, contra un individuo que no sólo negaba su culpabilidad, sino que, además, poseía una coartada irrefutable. Un juez que no tenía la menor idea de dactiloscopia y unos jurados igualmente ignorantes del nuevo método de identificación, eran los que —como nueve años atrás en Inglaterra— tenían que decidir el valor probatorio de los dactilogramas en un caso como aquél. Visiblemente indignado, el defensor se lanzó hacia el banco de los testigos cuando Faurot apenas había acabado su informe. Estaba dispuesto a ridiculizar a Faurot y a la dactiloscopia. Sabía que el jurado estaba de su parte, porque sus miembros compartían el aborrecimiento que él sentía contra todo lo que oliera a ciencia. Es posible que, cinco años antes, Faurot hubiese sucumbido a los embates de semejante defensor. Pero ahora se hallaba dispuesto a todo. Como Collins en el proceso Stratton, llevaba consigo ampliaciones fotográficas y no se dejó intimidar por nada. A pesar de todo, cuando abandonó el estrado de los testigos dudaba aún de que hubiese conseguido impresionar al jurado. En aquel preciso instante, el juez gritó con energía: «¡Alto!», y ordenó a uno de los ordenanzas del tribunal que condujera a Faurot a su despacho y que no lo perdiera de vista. Faurot, completamente desconcertado, se dejó llevar.

Cuando se cerró la puerta de la sala de audiencias detrás de Faurot, el juez —cuyo nombre, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros— mandó que quince personas del público se acer-

caran a la mesa del tribunal. Dispuso que cada una de ellas tocara con el índice de la mano derecha uno de los cristales de la sala y que recordase exactamente dónde estaba la huella dactilar que había dejado impresa. Una de las quince personas imprimió una segunda huella de su dedo índice derecho en un cristal que cubría la parte superior de un escritorio. Después, Faurot fue conducido de nuevo a la sala, y el juez le dijo con voz contundente y amenazadora.

—A ver si puede usted decirnos cuál de las huellas de las ventanas corresponde a la de este escritorio.

Faurot respiró aliviado al comprobar que sólo se trataba de ponerle a prueba. Los jurados lo miraban «con la boca abierta», mientras él, con su lupa, ponía manos a la obra. En cuatro minutos dio con la solución exacta. La sala reaccionó como ante un juego de magia. Algunos espectadores aplaudieron. Cella y su defensor bajaron la cabeza y se pusieron a cuchichear. A los pocos minutos, el ladrón confesó su delito. Había decidido seguir el camino que, en los momentos desesperados, solían escoger los delinquentes americanos para conseguir una condena menos rigurosa. Cella dijo que, efectivamente, se había acostado con su esposa, pero que había esperado a que ésta se durmiera para salir de la casa por una ventana que daba al patio. Después del robo había regresado por el mismo camino y se había vuelto a meter en la cama, junto a su mujer, que seguía durmiendo.

¡Fue un momento histórico y una verdadera sensación! Por primera vez en territorio americano, un juez reconocía el valor probatorio de las huellas dactilares. Los periodistas corrieron a sus redacciones. Los periódicos dieron a conocer a toda América el caso Cella y la historia de Faurot. La noticia llegó hasta el último jefe de policía de la aldea más remota y despertó la atención general sobre la innovación que llegaba de Europa a través del Océano Atlántico.

Sin embargo, muchos periodistas seguían creyendo que el triunfo de Faurot era fruto de la casualidad. Por ello no perdieron ocasión de someter al sargento a nuevas pruebas. Un grupo de reporteros convenció a dos gemelos idénticos, Frank y Charles Terry, artistas de variedades, para que se prestaran a una jugarreta. Una mañana, los susodichos periodistas se presentaron con Frank Terry en la oficina de Faurot.

—Well, Jo —dijeron con la típica desenvoltura americana,

que habría sacado de quicio a cualquier policía europeo—, ¿cómo va el asunto de las huellas dactilares? ¿Sería usted capaz de reconocer a este hombre si volviera a toparse con él?

—Que me enseñe los dedos —respondió Fautrot. Tomó las huellas dactilares de Terry y volvió a su trabajo.

Los periodistas regresaron aquella misma tarde. Llevaban consigo a Charles Terry, el otro hermano, y preguntaron a Fautrot si lo reconocía.

Fautrot examinó los dedos de Charles Terry y respondió con brusquedad:

—No, no es el hombre que me habéis traído esta mañana. Las huellas dactilares son diferentes. Tienen que ser gemelos...

Hasta aquí la historia de Joseph Fautrot, el hombre que abrió a la dactiloscopia el camino de Nueva York y de la policía americana.

Sin embargo, los acontecimientos de 1911 no significaron más que un primer paso, muy modesto. Las mejores colecciones de dactilogramas —en Nueva York, Leavenworth o Sing-sing— no tenían, en el fondo, valor alguno, porque los delincuentes podían efectuar sus fechorías en toda la nación; la mayoría de las autoridades policiales carecían de fichero dactiloscópico, y no existía un servicio de reconocimiento creado con la cooperación de todos los países. Una anécdota que caracteriza la situación es que un grupo de conocidos delincuentes presentó una querrela contra la policía y calificó de atentado contra la libertad individual el hecho de que les tomaran las huellas contra su voluntad; los jueces fallaron en favor de los delincuentes. Hasta 1928, el Estado de Nueva York no admitió jurídicamente que se tomaran las huellas de todos los detenidos sin excepción. En la década siguiente quedaron muchos delitos sin castigar, porque las autoridades policíacas interesadas no dominaban el sistema dactiloscópico o se burlaban de él, como de cualquier otro método «científico». Por otra parte, algunos especuladores, que adivinaban la futura importancia de la dactiloscopia, se ofrecían a las autoridades, fiscales y defensores, como «expertos en huellas dactilares», aunque no poseían, generalmente, más que unos conocimientos vagos y primitivos del sistema. Además, algunos policías intentaron falsificar huellas o grabarlas con estampillas de goma en el lugar de un delito, con el fin de acusar a personas que no gozaban de sus simpatías.

A pesar del éxito de Fautrot, la situación de la dactiloscopia parecía tan desesperada como la lucha contra el crimen en general; hasta que se cumpliera la esperanza de George W. Wallings, y «las clases honorables, que constituían la avanzada cultural de la nación, decidieran despertar»; hasta que «lo mejor de América» preparara el terreno para que las ciudades y Estados tuvieran unas fuerzas de policía no comprometidas políticamente, y sobre todo, que existiera una central policíaca de todo el territorio estadounidense. Sólo entonces podría desarrollarse la dactiloscopia.

Probablemente fue una casualidad el hecho de que, en 1905, Teodoro Roosevelt, antiguo jefe de policía de Nueva York y nuevo presidente de los Estados Unidos, efectuara el primer intento de crear un organismo central, encargado de velar para que se cumplieran y respetaran las leyes federales. Mientras estuvo en la policía neoyorquina, Roosevelt conoció la situación que reinaba en gran parte de los organismos policíacos americanos. Entre 1901 y 1908, años en que Teodoro Roosevelt fue presidente de los Estados Unidos, sostuvo una encarnizada lucha contra los grandes estafadores, que, aliados con funcionarios federales, se apoderaban de enormes propiedades rurales pertenecientes al Estado y las vendían ganando millones. Pero el ministro de Justicia, el fiscal general Charles Joseph Bonaparte, no tenía ni un solo funcionario capaz de descubrir las gigantes cas estafas. Las autoridades federales, desde fines de la Guerra de Secesión, sólo ocupaban a algunos detectives en el correo y en el Tesoro, para que combatieran a los bandoleros y a los falsificadores de moneda. El fiscal general Bonaparte se vio obligado a pedir al Tesoro que le «prestara» algunos detectives. Pero los estafadores tenían poder e influencia suficientes entre los diputados del Congreso, como para conseguir que éstos votaran una ley prohibiendo que las autoridades federales se sirvieran de detectives pertenecientes a otros organismos. Lleno de cólera, Roosevelt lanzó al Congreso la acusación de que prestaba su apoyo al mundo del crimen. En 1905 encomendó a Bonaparte la creación de un órgano de investigación propio, con personal especializado. El nuevo cuerpo dependería única y exclusivamente del fiscal general, y se llamaría *Bureau of Investigation*.

En los diez primeros años de su existencia, el nuevo organismo se reveló como una fuente de constantes desengaños. Al

parecer, ni siquiera en Washington era posible encontrar hombres invulnerables a la corrupción. En los años que precedieron a la primera guerra mundial, el *Bureau* parecía que iba a sucumbir en un caos de soborno, compra y venta de cargos e incapacidad. Las recomendaciones y las buenas relaciones llevaron a la jefatura del *Bureau* a hombres como William J. Burns, propietario de una dudosa agencia de detectives: la Burns International Detective Agency. Ni Burns ni sus amigos perdían la sangre fría cuando eran acusados públicamente de sobornar a testigos y jurados. Entre los colaboradores de Burns se contaba una de las figuras más macabras entre todos los detectives privados de la época, Gastón B. Means, el cual había sido acusado del asesinato de una viuda llamada King y de haber falsificado el testamento. Si le pagaban bien, Means no retrocedía ante ningún medio para acabar con los enemigos de los políticos y los grandes magnates.

Finalmente, en 1924, el presidente Calvin Coolidge nombró fiscal general a un hombre de Nueva Inglaterra, Harland Fiske Stone, el cual mereció el nombre de «El insobornable». Destituyó a Burns y puso al frente del *Bureau of Investigation* a un joven abogado de 29 años, que no tenía amistades políticas: J. Edgar Hoover. Resuelto a todo, el nuevo fiscal general dio a Hoover plenos poderes para acabar radicalmente con todas las conexiones políticas del organismo y despedir sin contemplaciones a todos los funcionarios que ocuparan su puesto gracias a tales influencias políticas. Las únicas personas que podían ser empleadas con toda confianza eran abogados e interventores económicos. Los nuevos empleados debían ser sometidos previamente a un concienzudo examen: los conocimientos especializados y la integridad personal constituían el principal fundamento de la organización.

Stone había acertado en su elección.

Hoover poseía bastante capacidad de decisión, pero tampoco carecía de flexibilidad y paciencia para imponer normas tan curiosas, en un aparato policiaco, como la conciencia profesional y la integridad. Hasta el momento, tales normas se consideraban ridículas antigüallas. Odiado y combatido con los medios más brutales e incalificables, Hoover hizo el milagro de convertir su organismo de investigación en un centro que funcionaba perfectamente en medio del caos que reinaba en la policía ameri-

Estas fotografías y huellas dactilares de un fichero policiaco muestran hasta qué punto pueden ser engañosas las fotografías y el progreso que representó la dactiloscopia. Aunque ambas fotografías nos muestran a la misma persona, los cambios, introducidos por la edad, en el pelo y en la barba, dan la impresión de que se trata de dos personas distintas. Sin embargo, los dactilogramas revelan la misma identidad.



Un homicidio cometido en Depford —en el cual el criminal dejó una huella dactilar sobre una caja de dinero— dio origen, en 1905, al primer proceso sensacional en el que las huellas dactilares sirvieron como prueba. A la izquierda, la huella en la caja. En el centro, sus signos característicos. A la derecha, la huella original de un sospechoso llamado Stratton.

cana. Hoover podía esperar; al principio no se infiltró en el terreno, celosamente vedado, de las instituciones policiales de ciudades y Estados. Trabajó con lentitud y convenció a todos por su rendimiento. Contempló, sin perder la calma, cómo trababan en su favor una serie de cambios: la consolidación interna de los Estados Unidos, la formación de una clase dirigente responsable, la creciente indignación pública —alimentada por grandes crímenes y escándalos— y contraria a la omnipotencia del hampa y a la impotencia de la policía. El Congreso —donde también se dejaba sentir la evolución positiva— fue promulgando leyes que dieron una base jurídica al *Bureau of Investigation* —que no tardaría en llamarse Federal Bureau of Investigation (FBI)—, y le permitieron ejercer su actividad en todos los Estados de la Unión. Muchos crímenes —desde el rapto hasta asalto de bancos— fueron declarados delitos contra la Federación, y su esclarecimiento se confiaba al FBI.

Sin embargo, la primera medida que tomó Edgar Hoover después de su nombramiento como jefe del FBI fue la referente a la identificación. Se propuso acabar con la dispersión y el extravío de las fichas dactiloscópicas en todo el país. Las colecciones de fichas de las penitenciarías federales —por ejemplo, Leavenworth— fueron trasladadas a Washington. Esto no ofrecía dificultad alguna. Lo más difícil era hacerse con las colecciones de las organizaciones policíacas municipales o federales que venían utilizando la dactiloscopia desde 1911. Tardaron mucho tiempo en perder su actitud hostil contra cualquier tipo de organización central. Sólo en 1930, el Congreso concedió el permiso oficial a Hoover para que creara una enorme oficina de identificación para todo el territorio de los Estados Unidos.

Entonces ocurrió, al parecer, un nuevo milagro: Se creó un servicio de reconocimiento de unas proporciones y una precisión tales, que los observadores europeos consideraron inimitables. Los Estados Unidos se convirtieron en el mayor campo de experimentación de la dactiloscopia, y en él se confirmó la importancia y la eficacia de las huellas dactilares. Era algo que ni los propios pioneros del método podían esperar en sus sueños más audaces.

El edificio de New Scotland Yard (arriba) —construido en 1892 y cuyo nombre se ha hecho famoso en el mundo entero— y Old Bailey (abajo), escenario de los más importantes procesos judiciales que se celebran en la capital del Imperio británico.



17

Los historiadores y los sociólogos jamás han podido ponerse de acuerdo para dar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿De qué profundidades pudo surgir la enorme oleada de crímenes que inundó los Estados Unidos entre 1924 y 1936? Lo que ocurrió en Norteamérica durante esos años reduce a unas proporciones ridículas cualquier época de criminalidad masiva tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo.

A muchos observadores europeos no les pareció tan difícil hallar una explicación del fenómeno. Creyeron poder atribuirlo a tres causas: La primera sería el excesivo liberalismo, que —llevado a las últimas consecuencias— fomentaba precisamente el más craso egoísmo humano y provocaba una lucha que se regía por la ley de la selva. En segundo lugar, la ley que prohibía todas las bebidas alcohólicas, promulgado el 16 de enero de 1920, de acuerdo con un ingenuo afán de reformismo. La idea de poner «en seco», por medio de una ley, a un país tan grande como los Estados Unidos, era tan disparatada y estaba en tan evidente contradicción con las debilidades naturales del hombre, que desde el primer momento se produjeron las violaciones esperadas. La «Ley seca» no hizo más que dar el atractivo de lo prohibido a las bebidas alcohólicas; la ley fue burlada: el contrabando y la producción clandestina de bebidas permitían ganar miles de millones de dólares. La tercera causa de la oleada de delincuencia fue la crisis social y económica que conmovió a los Estados Unidos después de la primera guerra mundial. Intensificó aún más las diferencias existentes entre los desheredados y los ricos, los cuales sostenían una lucha libre y sin escrúpulos para amasar grandes fortunas y adquirir propiedades, y constituían un fustoso ejemplo para los que carecían de recursos económicos.

Al Capone, Frank Costello, John Dillinger, Alvin Karpis, nombres todos ellos de contrabandistas de alcohol, jefes de bandas, chantajistas, secuestradores, asesinos, adquirieron de la noche a la mañana una especie de fama mundial, cosa que jamás había ocurrido con ningún delincuente. En algún momento pareció incluso que toda la estructura social y política de los Estados Unidos iba a derrumbarse. Los *gangsters* estaban en vías de conquistar el poder en ciudades y distritos enteros.

Los acontecimientos tuvieron unas repercusiones enormes y profundas. En 1926, las estadísticas —incompletas e insuficientes— registran más de 12 000 asesinatos; esas mismas estadísticas nos dan, para el año 1933, la cifra de 1 300 000 delitos graves, robos y asesinatos. Dos terceras partes de los mismos quedaron impunes. Cada día eran asaltados dos bancos. En 1934 hubo 46 614 robos a mano armada, 190 389 robos con fractura, 142 823 robos graves y 380 000 leyes. Los observadores calcularon que el número de delincuentes armados superaba al número de los soldados americanos que combatieron en la primera guerra mundial. Los *bootleggers* organizaban la producción, el contrabando y el tráfico de alcohol en unas proporciones enormes. No sólo sobornaban a la policía y a los fiscales, sino que muchos agentes de organizaciones estatales recién creadas, y encargadas de que se cumplieran las medidas impuestas por la «ley seca», fueron también sobornados. Las rencillas y la competencia existente entre los *bootleggers* provocaban sangrientas batallas en plena calle, con pistolas, metralletas y bombas. Los entierros de famosos *gangsters*, con largas comitivas, lujosos ataúdes, urnas de bronce, flores por valor de miles de dólares y una multitud de espectadores en las aceras, constituían un espectáculo bastante frecuente. Los *gangsters* más inteligentes —a menudo, italianos inmigrados clandestinamente— descubrían sin cesar nuevas formas de amontonar riquezas por medio del crimen. Los *racketeers* extendían cada vez más sus dominios. Amenazaban a otros ramos profesionales legales, semilegales o ilegales —desde los burdeles y garitos de juego, hasta los restaurantes y lavanderías—, con destruir sus locales, y, a la vez, se ofrecían a defenderlos contra tal destrucción, a cambio de una paga o una participación en los beneficios. Esto les permitía ingresar millones, sólo de estos tributos periódicos. Si los «protegidos» no pagaban, podían perder el negocio e incluso la vida. Pero no bastaba con esto: los *bootleggers* y los *racketeers* pusieron también sus sucias manos en el tráfico de estupefacientes, que adquirió unas proporciones inimaginables.

Al Capone, nacido en 1899, era hijo de un peluquero napolitano. Al principio formó parte de la banda «Five-Points» en Nueva York, después fue guardaespaldas del *racketeer* Colosimo en Chicago. En 1925 se proclamó soberano de un imperio de *gangsters* que practicaban el contrabando de alcohol, la estafa, el

chantaje y toda clase de violencias. Algunos abogados ávidos de lucro le aconsejaban, y muchísimos policías recibían de él un salario. Desde 1927, gobernó su imperio desde una mansión de millonario que poseía en Florida. Y Al Capone era sólo una de tantas. La banda Barker-Carpis —acaudillada durante mucho tiempo por una mujer: Kate Barker, que educó a sus hijos en la violencia— ganó, entre 1931 y 1936, siete millones de dólares, producto de robos y rescates de personas secuestradas. Cometió siete asesinatos y dejó numerosos heridos graves en los escenarios de sus crímenes, principalmente en St. Paul de Chicago. John Dillinger y su banda, «Baby-Face», Nelson, Homer van Meter, John Hamilton y otros cometieron diez asesinatos en pocos meses: desde septiembre de 1933 a julio de 1934. Se dedicaban a asaltar bancos y a otros atracos. Más de una vez consiguieron fugarse de las cárceles donde habían sido encerrados. El 17 de julio de 1934, una banda mató en pleno día a cuatro policías y agentes del FBI, que cayeron bajo las ráfagas de sus metralletas. El hecho ocurrió ante la estación de Kansas City y el motivo era la liberación de un compañero detenido: Frank Nash.

Esta oleada de delitos indignó a la opinión pública americana mucho más que las noticias sobre la corrupción política y policiaca anteriores. Esta indignación dio a J. Edgar Hoover y al FBI la posibilidad de intervenir en la lucha contra el delito en un frente más amplio. Y el arma más eficaz —un arma que demostró su excepcional importancia en la lucha contra el crimen— fue la dactiloscopia y el servicio de reconocimiento organizado sobre la base de las huellas dactilares. En un país donde todo el mundo podía llamarse como quisiera, porque no existían documentos de identidad, ni autoridades de empadronamiento, ni hojas de registro en los hoteles, y en el que los criminales se movían con mucha mayor libertad que en Europa, la dactiloscopia era el único medio seguro para la identificación. El número de *gangsters* identificados por el servicio de reconocimiento llegó pronto a varios millares. El registro dactiloscópico de todos los funcionarios públicos permitió desenmascarar a muchos individuos con antecedentes penales que se habían infiltrado en los organismos oficiales. La aplicación del sistema dactiloscópico a la investigación del lugar o el cuerpo del delito, hizo que fueran descubiertos innumerables crímenes. En ningún momento de su

historia anterior, la dactiloscopia había demostrado de manera tan evidente su importancia y su infalibilidad..., hasta que el 6 de enero de 1934, surgió un incidente que inauguró una serie de acontecimientos dramáticos.

La tarde del mencionado día, el sargento Healy, de la policía de Chicago, y tres agentes del FBI, se escondían en un *bungalow* de Bellwood. Estuvieron al acecho con sus metralletas en ristre durante cuatro horas. Querían sorprender al jefe de una banda que, en un tiempo record, había robado 500 000 dólares. El jefe, Jack Klutas, tenía muchos asesinatos en su conciencia. Era llamado «Jack el Bonito». Klutas, antiguo estudiante de la universidad de Illinois, se había especializado en el rapto y chantaje de personalidades del hampa, individuos que le daban una impunidad absoluta, porque estaba seguro de que no avisarían al FBI. Sin embargo, a principios de enero, un miembro de la banda, Julius Jones, comunicó a la policía el lugar de residencia de su propio jefe. Se trataba del *bungalow* antes mencionado. Las cuatro horas de espera del sargento Healy y los agentes del FBI, no fueron en vano, porque, al atardecer, se presentó Klutas en un coche. Al acercarse a la puerta de su *bungalow*, ésta se abrió desde el interior, y Klutas vio los cañones de las armas que le apuntaban. Hizo un intento desesperado de sacar su propia pistola, pero Healy fue más rápido y una ráfaga de metralleta acabó con el *gangster*.

La policía tenía como rutina tomar las huellas dactilares de los *gangsters*, aun después de muertos. Era preciso estar seguro del nombre que se podía tachar en las largas listas de los delincuentes vivos. Al tomar las manos de Klutas para efectuar este trabajo rutinario, el funcionario del servicio de Reconocimiento se dio cuenta de que las yemas de los dedos tenían un aspecto un poco raro. Poco después supo la razón:

¡Los dedos de Klutas no dejaban huella dactilar alguna!

Recordemos que, hacia 1900, cuando la dactiloscopia empezaba a introducirse en la policía europea, sus enemigos habían esgrimido más de una vez el argumento de que los delincuentes podrían tal vez llegar a transformar las líneas papilares de sus dedos, e incluso hacerlas desaparecer. Estos argumentos fueron acallados, porque la delincuencia europea no había efectuado ningún intento serio en este sentido. ¿Acaso ahora, en esos días de enero de 1934, empezaba a pesar sobre la dactiloscopia un

destino funesto e imprevisto? ¿Y precisamente cuando ya nadie dudaba de la eficacia de las huellas dactilares? ¿Demostraba tal vez el caso de Klutas que los delinquentes podían hacer desaparecer realmente las líneas papilares? ¿O sucedía que —contra todo lo imaginable— había personas sin líneas papilares?

A toda prisa se dio noticia a Washington del incidente. Una vez recibido el parte, se dio la alarma a Hoover. Profundamente emocionado y aterrorizado, encargó a los principales especialistas de la universidad North-Western, de Chicago, una investigación a fondo de los dedos del muerto. El resultado se esperaba en Washington con un nerviosismo casi irresistible.

El resultado llegó dos días después y produjo una inmediata sensación de alivio. Jack Klutas se había hecho quitar la piel de las yemas de los dedos por un médico desconocido, para escapar así a la identificación en caso de ser detenido. Sin embargo, en la nueva piel que se había formado sobre las heridas, se distinguían ya débilmente las antiguas líneas papilares que volvían a formarse. Esto no hacía más que confirmar lo que se había dicho en Europa unas décadas antes. De este modo se conjuraba un peligro que, en los primeros momentos, parecía amenazar todo el edificio de la dactiloscopia. Ahora bien: ¿Podía considerarse definitivamente conjurado?

Unas semanas después, en mayo de 1934, la banda de Barker-Carpis, en la zona de Chicago, se vio tan acosada por los agentes del FBI, que Kate Barker decidió ponerse a cubierto con sus guardaespaldas. Los miembros de la banda se dispersaron, se tiñeron los cabellos y se pusieron gafas oscuras. Un signo evidente del grave peligro que todos ellos veían en la dactiloscopia, fue el hecho de que Carpis y Freddy Barker decidieran cambiar sus líneas papilares. Un *gangster* amigo les recomendó el cirujano doctor Joseph P. Moran, que ejercía su oficio en el Irving-Park-Hotel. Moran había sido alumno modelo de la Tufts Medical School, en Boston, y había tenido un comportamiento heroico en la primera guerra mundial; contaba 39 años escasos y tenía varias condenas a sus espaldas. En 1928, por afán de lucro, había practicado abortos en Spring Valley. En la cárcel de Joliet conoció a Olly Berg, famoso *gangster*, y gracias a las buenas relaciones que éste tenía con policías y funcionarios, Moran recibió un nuevo permiso para ejercer la medicina. Desde entonces, Moran se dedicaba normalmente a su profesión. Sin embargo,

atendía en secreto a los *gangsters* heridos en encuentros con la policía o con bandas rivales. Consiguieron salvar a muchos, y los que morían, eran arrojados a las cloacas de Chicago o al lago Michigan. Moran cobraba buenos honorarios, pero el alcohol y la morfina le arruinaron de tal modo, que, en 1934, era ya la sombra de sí mismo. Sin embargo, Carpis y Freddy Barker se pusieron en sus manos.

Moran les cortó la piel de los dedos hasta hacerles gritar de dolor. Kate Barker los cuidó durante cuatro semanas en una vivienda secreta y calmó con morfina los dolores insupportables que sentían. Sin embargo, los dos *gangsters* vieron con horror que sus sufrimientos eran inútiles. Al cicatrizarse las heridas, se formaban de nuevo las antiguas líneas papilares. Poco después, el doctor Moran, en estado de total embriaguez, fue arrojado al lago Michigan y se ahogó.

En mayo de 1934 tuvo que esconderse también John Dillinger. Pero él no era hombre para estar mucho tiempo metido en una madriguera. Sentía unas ganas irresistibles de ir al cine; por ello decidió cambiar completamente su aspecto con el fin de poder salir del escondite. Sin embargo, sabía perfectamente que, por mucho que cambiase su aspecto físico, las huellas dactilares lo delatarían en cualquier puesto policiaco. De ahí que pensara también cambiarlas. Un abogado sin escrúpulos, Louis Piquett, lo puso en contacto, por 5000 dólares, con dos cirujanos que se declararon dispuestos a efectuar algunas operaciones de cirugía plástica. Eran el doctor Wilhelm Loeser, alemán de nacimiento, y el doctor Harold Cassedy. El 27 de mayo operaron a Dillinger en un escondrijo que puso a su disposición, por 40 dólares diarios, un antiguo contrabandista de alcohol llamado Probasco. Dillinger estuvo a punto de morir a causa de la anestesia. Las transformaciones efectuadas por los médicos en su rostro le produjeron un desengaño tan grande, que, ciego de ira, los amenazó con la metrallleta. Con más precauciones, el doctor Loeser decidió tratar las líneas papilares de Dillinger con ácidos corrosivos, hasta hacerlas desaparecer totalmente. Se trataba de un método nuevo. Sin embargo, el día 22 de julio de 1934, cuando los agentes del FBI localizaron a Dillinger frente al cine «Biograph» de Chicago y acabaron con él, las líneas papilares eran perfectamente visibles. Una vez más se demostraba que no había medio de hacerlas desaparecer.

¿Estaba realmente demostrado? En octubre, un agente de la policía de Chicago que patrullaba por una calle de las afueras, encontró un cadáver agujereado por una bala. El rostro del muerto le pareció conocido. Se trataba de Gus Winkler, reclamado por asesinato, asaltos a bancos y a correos. No era difícil descubrir cómo había muerto Winkler: un rival había disparado más de prisa que él. Como en el caso de Klutas, había que tomar las huellas dactilares del cadáver y enviarlas a la Oficina de Identificación. Los funcionarios de la misma tuvieron una nueva sorpresa. Los dedos de Winkler daban unos dactilogramas perfectos, pero la fórmula correspondiente no llevó a los funcionarios al fichero donde, de acuerdo con sus antecedentes penales, debía hallarse la ficha de Winkler. El dedo medio de la mano izquierda daba un dactilograma distinto al de la ficha. Winkler era muy conocido y no podía tratarse de otra persona. Por segunda vez, se dio la alarma a Washington. ¿Qué había ocurrido? ¿Había un método para cambiar las huellas digitales y poner en entredicho todo el sistema, tan concienzudamente elaborado? La respuesta de Washington indicaba hasta qué punto la noticia los había alterado. Contenía la orden rigurosa de mantener en secreto el incidente y de llamar a consejo a algunos cirujanos y dermatólogos.

Esta vez las investigaciones de los médicos fueron más largas. Un funcionario del Servicio de Identificación dio con la verdadera pista. La huella del dedo medio de la mano izquierda tenía en la ficha dos deltas. La huella correspondiente al cadáver tenía una pequeña cicatriz en el pulgar donde debía hallarse uno de los triángulos. El médico desconocido, o la persona que había tratado a Winkler, se había limitado a cambiar una pequeña parte de las líneas papilares, y así consiguió, en principio, sembrar un desconcierto mayor que los otros médicos con sus operaciones de cauterización o supresión de la epidermis.

El problema estaba resuelto. En el futuro, si se presentaba un caso semejante, era preciso buscar cicatrices. Sin embargo, el método empleado en el caso de Winkler era tan ingenioso, que algunos representantes del FBI se reunieron con importantes cirujanos, especializados en trasplantes de piel, y con dermatólogos en Long Read (California). En las reuniones se estudiaron las posibilidades de cambiar las líneas papilares. La conferencia se celebró a puerta cerrada. El cirujano doctor Howart L. Uppde-

graff, del Lebanon-Hospital, de Hollywood, inició un vasto trabajo de experimentación. El resultado del mismo fue que, incluso el método usado con Winkler tenía un efecto transitorio, y las líneas papilares se regeneraban. Tan sólo existía una posibilidad de cambiar de un modo permanente las yemas de los dedos: el trasplante de piel, sobre todo si la piel trasplantada pertenecía a las palmas de las manos. Además, era imposible usar la piel de otra persona. El trasplante y la curación duraban unas cuatro semanas y eran relativamente indolores. Sin embargo, el método no ofrecía ningún peligro para el Servicio de Investigación, porque dejaba en los bordes de las yemas cicatrices y rupturas de las líneas papilares. Estas irregularidades eran perfectamente visibles si se tomaban las huellas haciendo girar bien el dedo. Lo único que se necesitaba era preparar para tal eventualidad a los funcionarios del Servicio de Reconocimiento. Por añadidura, las cicatrices que quedaban en la parte del cuerpo de la que se había quitado la piel, suministraban una prueba evidente de que se había efectuado una intervención quirúrgica. Tuvo que pasar bastante tiempo para que se cumplieran las predicciones del doctor Uppdegraff: Hasta 1941, cuando la oleada de *gangsterismo* público había pasado y cedido el paso a un *gangsterismo* menos espectacular y organizado de acuerdo con los métodos de la gran empresa económica.

Ocurrió el día 31 de octubre de 1941, en las cercanías de Austin (Tejas). Un hombre alto, rubio, de aspecto inteligente, que se llamaba Roberts Pitts, fue detenido por la policía porque, a pesar de haber superado la edad militar, carecía de la correspondiente cartilla del *Selective-Service*, la organización encargada de vigilar el cumplimiento del servicio militar en el país. El detenido fue llevado a Austin para comprobar su identidad. Un empleado de la oficina dactiloscópica colocó los dedos de Pitts en la hoja destinada a la comparación: el primero, el tercero, el cuarto, el quinto dedos. Luego pasó a la otra mano. Al contemplar el papel se quedó de una pieza y vio la expresión sarcástica con que Pitt lo miraba. El hombre que decía llamarse Pitts no poseía la menor sombra de huellas dactilares.

Había pasado siete años desde que el caso Winkler había provocado el terror y la perplejidad en el FBI. Washington no se hallaba ya desprevenida para casos como el presente. Los resultados de las pruebas dactiloscópicas fueron reclamados por la

oficina central, e inmediatamente se descubrieron las cicatrices que delataban el trasplante de piel. Pitts se hallaba ya en la cárcel estatal de Raleigh, y la dirección de la misma recibió la orden de buscar cicatrices en el cuerpo del preso. En pocas horas, los resultados de la investigación se hallaban en manos de las autoridades washingtonianas; a ambos lados del torso de Pitts se veían claramente cinco cicatrices. No cabía la menor duda de que eran las partes de la piel trasladadas a las yemas de los dedos. Pero, ¿quién era Pitts? ¿Qué peligroso criminal se escondía en aquel joven, que había considerado necesario someterse a una operación tan complicada? Pitts callaba. Al parecer, estaba convencido de que su pasado no sería descubierto.

¿Cómo se llamaba en realidad? ¿Dónde había nacido? ¿Dónde residía el 1 de mayo de 1934, el 1 de septiembre de 1939, el 15 de junio de 1937? ¡Silencio! Un silencio burlesco. ¿Quién era el criminal que había efectuado la operación? ¿Dónde lo había operado? Una burlesca sonrisa era la única respuesta a todas estas preguntas.

El FBI revisó las listas y antecedentes de todos los criminales y ladrones. Se revisaron todos los asaltos, atracos, asesinatos con las correspondientes descripciones de los hechos y los autores de los mismos. Nueve años antes había sido detenido en Virginia un tal Robert J. Phillips, joven de 23 años, por robo de coches. La descripción, la fotografía y la edad correspondían perfectamente a Pitts. Las huellas dactilares tomadas a Phillips coincidieron varias veces con las de un joven que había cometido diversos delitos, siempre con distintos nombres, y que los había pagado cumpliendo varias condenas en las prisiones de Atlanta y Atlanta. La fecha de la última detención era el 28 de marzo de 1941, y el lugar, Miami. En esta ocasión, la policía tuvo que soltarlo. Si Pitts era el individuo en cuestión, la intervención quirúrgica debió de efectuarse entre el 28 de marzo y el 31 de octubre de 1941, día en que cayó en manos del FBI. Los agentes interrogaron a varios presos que compartieron la celda con el delincuente localizado con diversos nombres y siempre con las mismas huellas dactilares. Uno de ellos se decidió a hablar. Recordó que una vez hablaron de un médico al que se podía recurrir en casos de apuro: un tal Brandenburg, que vivía, al parecer en el Estado de Nueva Jersey.

En efecto, fue localizado un tal doctor Leopold William Au-

gust Brandenburg en Unión City, Nueva Jersey. Era un hombre de enorme corpulencia, de ojos pequeños, apenas visibles en medio de la grasa, lentes sin concha, color enfermizo y desagradable y andar vacilante. Había sido juzgado varias veces, una de ellas por aborto y otra por complicidad en un robo cuyo botín ascendía a 10 000 dólares. Sin embargo, consiguió siempre eludir la condena. Pero esta vez no escaparía al FBI. Confesó que Robert Pitts era realmente Robert J. Phillips, y que en mayo de 1941 se había dirigido a él para que cambiara sus huellas dactilares. En su propia casa, Brandenburg procedió a un trasplante de piel. Primero lo hizo con los dedos de una mano, y después con los de la otra. En cada una de ambas operaciones fueron precisas tres semanas para que los dedos se fueran adaptando y asimilando a la piel de los lugares del torso que habían de ser trasplantados. Después, el doctor cortó la piel del torso que había crecido al contacto con los dedos y «modeló» las yemas. Pitts y el médico fueron condenados a largas penas de prisión.

El caso Pitts fue el último gran intento de burlar la dactiloscopia y las leyes de la naturaleza.

El servicio de reconocimiento del FBI, en una rápida evolución, se convirtió en el mayor y más perfecto del mundo. En 1966, el archivo de huellas dactilares de Washington contenía más de 141 231 713 fichas. Un fichero especial, en el que no se guardan las fichas con las diez huellas, sino huellas de un solo dedo, ha hecho posible identificar las huellas encontradas en los lugares o cuerpos del delito, incluso cuando dichas huellas son muy fragmentarias o parciales. Con ayuda de máquinas —que trabajan con el sistema de fichas agujereadas— puede localizarse una ficha en cuestión de minutos. Y la experiencia ha demostrado que, incluso en tan enorme colección de dactilogramas, sigue siendo cierto el principio que dio origen al método dactiloscópico: no existen dos hombres que tengan las huellas dactilares iguales.

Sin embargo, lo más importante es quizás el hecho de que J. Edgar Hoover lograra que cristalizase el sueño de Yucetich, la meta a la que dedicó toda su vida, que acabó de un modo tan trágico. Precisamente en un país donde la libertad del individuo se considera un principio básico, la paciencia de Hoover, sus constantes llamadas a la razón y la prudencia de numerosas autoridades lograron algo verdaderamente asombroso: de las

141 231 713 fichas del año 1956, 112 096 777 no pertenecen a personas con antecedentes penales, sino a honorables ciudadanos o residentes eventuales de los Estados Unidos. Este gran fichero, que no es aún completo ni perfecto, pero que tiene unas proporciones insólitas, permite que el servicio de reconocimiento no se limite a la identificación de delincuentes o personas que han cumplido condenas. No sólo facilita la identificación de huellas dactilares encontradas en el lugar o el cuerpo del delito, sino que ha prestado servicios inapreciables en accidentes, catástrofes, estados de emergencia y en la guerra, para la identificación de las víctimas.

18

Parecía como si la historia de la dactiloscopia quisiera probar una vez más, y de un modo irrefutable, la importancia que tenía el registro general de la población para el esclarecimiento de un delito. Una vez más escogió para ello un asesinato. Una vez más trasladó el escenario del crimen al otro lado del Atlántico, a la Gran Bretaña, donde la dactiloscopia había superado ya tantas etapas de su largo camino.

La noche del 15 de mayo de 1948, en la ciudad de Blackburn, Lancashire, murió una niña, June Anne Devaney, a manos de un asesino. June no había cumplido aún los 4 años y era hija de un obrero fundidor. Pocos días antes, la niña había sido trasladada a la sección infantil del Queens-Park-Hospital, para ser tratada de una leve afección pulmonar. La pulmonía había sido ya superada, y June tenía que regresar a su hogar el día 15 de mayo. Al atardecer de ese mismo día, la niña dormía en su cama de la sala CH III, destinada a la infancia. La habitación estaba en la planta baja y daba, por una parte, a la cocina y el baño de la sección infantil, y, por la otra, comunicaba con un anexo donde se hallaban los lavabos y unos grandes ventanales. Éstos solían permanecer abiertos para que hubiera buena ventilación. Así, pues, lo estaban también el día 14 de mayo.

Poco antes de las 11, la enfermera Gwendoline Humphreys fue a tranquilizar a un niño que lloraba. Muy cerca estaba la camita en la que dormía profundamente la pequeña June Devaney. La enfermera volvía a la cocina. A las 11,30 oyó ruido y

creyó percibir una voz infantil en el corredor. Al recorrer el pasillo vio que estaba abierta la puerta que daba al jardín. Sonaba un fuerte viento. La enfermera creyó que el viento había abierto la puerta, la cerró y regresó a la cocina.

Quince minutos después se levantó para echar una ojeada a la sala CH III. Al pasar junto a la cama de June Devaneys vio que estaba vacía. Corrió a los lavabos, pero June no estaba allí. Al regresar a la sala, la enfermera vio manchas en el suelo recién barnizado. Le parecieron huellas de pies, pero no de pies infantiles, sino de una persona adulta que había recorrido la sala descalza o en calcetines. Las huellas partían de una de los ventanales, corrían a lo largo de varias cama y terminaban en la camita de la niña desaparecida. Debajo de la cama había una gran botella con agua destilada, que poco antes de las once se hallaba aún en el otro extremo de la sala, sobre un pequeño carrito que servía para transportarla. Hacia las 12, la enfermera dio la alarma. Todo el personal de noche se puso a buscar a la niña. El Queens-Park-Hospital estaba situado en medio de una gran extensión de prados y jardines. A las 2 de la madrugada, la pequeña June no había aparecido, y el médico de servicio avisó a la policía de Blackburn. Una hora después, hacia las 3, un agente de policía descubrió el cadáver de la pequeña June entre la alta hierba que crecía junto a la valla del Hospital. Se veía que la niña había sido violada. Después, el criminal había cogido a su víctima por los pies y había estrellado su cabeza contra la valla.

Amanecía ya cuando llegaron los primeros policías de la Lancashire Constabulary, entre ellos, el inspector Looms y el inspector en jefe Campbell, este último pertenecía a la oficina dactiloscópica del condado de Lancashire, en Hutton, cerca de Preston. El jefe de la Constabulary no quiso perder tiempo y llamó en su ayuda a Scotland Yard. La niña que tenía ante sus ojos era la tercera víctima de uno o varios asesinos de niños. Los dos asesinatos anteriores se cometieron en Londres y Farnworth (ciudad cercana a Blackburn). Las víctimas fueron Eileen Lockhart, de 5 años, estrangulada en el sótano de una casa destruida por un bombardeo, y John Smith, de 11 años, apuñalado. El asesino o asesinos no habían sido descubiertos. Después del asesinato de la pequeña June, la opinión pública empezó a agitarse; se pedían más acciones policíacas y más éxitos. Loms

sabía muy bien lo que le iba en ello. El 15 de mayo, por la mañana, llegaron a Blackburn el inspector en jefe Capstick y dos funcionarios de Scotland Yard, y pusieron manos a la obra.

Se puso cerco a todo el terreno ocupado por el hospital. Nadie podía salir del edificio. Sólo se sabía con seguridad lo siguiente: entre los 11,15 y las 11,45, el asesino había entrado por uno de los ventanales abiertos, tras descalzarse. Al parecer, conocía perfectamente el lugar. Una vez en la sala, había ido de una cama a otra, vacilante, hasta que se decidió por June y la sacó de su cama. Después salió por la misma ventana y se fue al muro exterior con la niña. El dibujo de los calcetines se distinguía claramente en las huellas dejadas por el asesino en el entarimado. En cuanto a la botella de agua destilada, el asesino la había tomado como posible arma defensiva en caso de apuro. En uno de los ventanales, la policía encontró una hilacha de tela. También quedaban hilos de la misma tela en el cadáver de la niña. Pero todos estos descubrimientos sirvieron tan poco a la policía como los interrogatorios a que fueron sometidos todos los empleados y enfermos del hospital.

El inspector en jefe Campbell se dedicó a localizar huellas dactilares en la sala de infancia. Todas las paredes, mesas, ventanas, camas, sillas, botellas de medicamentos y juguetes fueron examinados a fondo. Varias cámaras fotografiaron centenares de huellas. Al mismo tiempo se tomaron los dactilogramas de todos los empleados y visitantes que habían entrado en la sala infantil durante las últimas semanas. Resultó que todas las huellas encontradas en la sala pertenecían a médicos, enfermeras, niños y visitantes, con excepción de las huellas de un pulgar y otros dedos, así como la huella de toda una mano, descubiertas en la botella de agua destilada que se encontró bajo la cama de June. Los policías llegaron a la convicción de que aquellas huellas pertenecían al asesino. Sin embargo, para adquirir una plena seguridad de ello, hicieron una lista de todas las personas que habían entrado en la sala de infancia durante los últimos meses o se ocupaban en rellenar las botellas de agua destilada.

Las huellas de dichas personas fueron comparadas con las de la botella, sin resultado. Era evidente que las huellas de la botella pertenecían al asesino desconocido.

Campbell envió las fotografías de los dactilogramas a Scotland Yard y a todos los archivos dactilográficos locales de Gran

Breña. Pero la comparación con las fichas de Scotland Yard —que por entonces pasaban ya de 1 125 000— resultó también infructuosa. Por correo aéreo se enviaron copias fotográficas de las huellas a todas las oficinas de identificación extranjeras. Cabía, dentro de lo posible, que el asesino fuera algún marinero o extranjero que hubiese permanecido poco tiempo en Blackburn o en sus alrededores. Pero ninguno de estos esfuerzos condujo a resultados positivos. Parecía evidente que el asesino procedía de Blackburn o de sus inmediaciones. La tesis se confirmaba por el hecho de que el asesino conocía el lugar y las costumbres de las enfermeras de noche.

El día 20 de mayo, Campbell hizo una propuesta que ha pasado a la historia de la investigación criminal. Era tan insólito, que ni el propio Campbell se atrevía a esperar que fuera realizable. Propuso que se tomaran las huellas de todos los hombres de Blackburn mayores de 16 años. Además, se tomarían las huellas de todos los trabajadores procedentes de localidades vecinas y de cuantas personas iban diariamente a Blackburn. La ciudad tenía 110 000 habitantes y unas 35 000 familias. Campbell calculaba que deberían obtenerse unas 50 000 fichas dactiloscópicas. Sabía que nunca se había intentado nada semejante, por lo menos en Inglaterra. Y sabía también que nadie estaba en disposición de garantizar si el gigantesco esfuerzo conduciría a un resultado positivo. Todo podía ser inútil. El único motivo que tenía el inspector para esperar que su propuesta fuese aceptada era la inquietud y la indignación públicas: las autoridades se sentían amenazadas, y esto las obligaba a seguir los procedimientos más insólitos.

No existía ninguna ley con la cual pudiera obligarse a la población a someterse al procedimiento dactiloscópico. En ningún otro país del mundo se hallaba tan arraigada la idea de que el registro dactiloscópico «tenía algo que ver con el mundo del delito» y de que ningún ciudadano honrado podía someterse a él. ¿Cuántos habitantes de Blackburn se negarían a ser fichados? ¿Hasta qué punto se podía esperar el éxito? Sin embargo, las autoridades se decidieron a hacer la prueba. Para conjurar cualquier posible resistencia, la iniciativa no partió de la policía; el alcalde de Blackburn pidió la ayuda voluntaria de la población. Aseguró que serían destruidas todas las fichas que, después de la comparación con las huellas del asesino, dieran un resultado

negativo. Fue incluso más lejos: garantizó que las fichas sólo serían utilizadas para dicha comparación, y que en ningún caso pasarían a los archivos de la policía ni se confrontarían con las listas de sospechosos. Esto último eliminaba conscientemente la posibilidad de descubrir a otros criminales buscados por la policía. Por fin, se aseguró que los funcionarios encargados de tomar las huellas dactilares irían de casa en casa, para que nadie tuviera que pisar una comisaría de policía.

El día 23 de mayo, ocho días escasos después del asesinato, se inició la acción, y en la policía de Blackburn reinaba una tensión extraordinaria. No obstante, el primer día transcurrió sin dificultades. La indignación general, el ardiente deseo de descubrir al criminal, hizo desaparecer todos los prejuicios. El registro electoral sirvió de base para la operación. En cuanto a los trabajadores de fuerza de la ciudad, se recurrió para su registro a las listas salariales de las empresas. Muchas casas fueron visitadas varias veces; a finales de junio, seis semanas después, había ya unas 20 000 fichas dactiloscópicas.

Sin embargo, los dactilogramas buscados no habían aparecido aún, y la tensión aumentaba de día en día. A mediados de julio, la policía había recogido ya las huellas de 30 000 hombres, sin que se hubiera dado un solo paso hacia el descubrimiento del asesino. Las 30 000 fichas suponían un gasto de tiempo y dinero que angustiaba a las autoridades; y las perspectivas de éxito seguían siendo nulas. No obstante, habría sido absurdo abandonar la operación antes de llevarla a cabo en su totalidad. El abandono habría sido aún más absurdo a finales de julio, cuando las fichas ascendían ya a 40 000 y el asesino seguía sin aparecer; las huellas de la botella de agua destilada no querían revelar su secreto. A principios de agosto se habían reunido 45 000 fichas. La esperanza de sacar algo en limpio descendió a una temperatura de cero grados, porque prácticamente todos los habitantes y trabajadores de la ciudad habían pasado la prueba. Pero, ¿eran realmente todos? ¿Se había ausentado alguien de Blackburn, sin que nadie se hubiera dado cuenta?

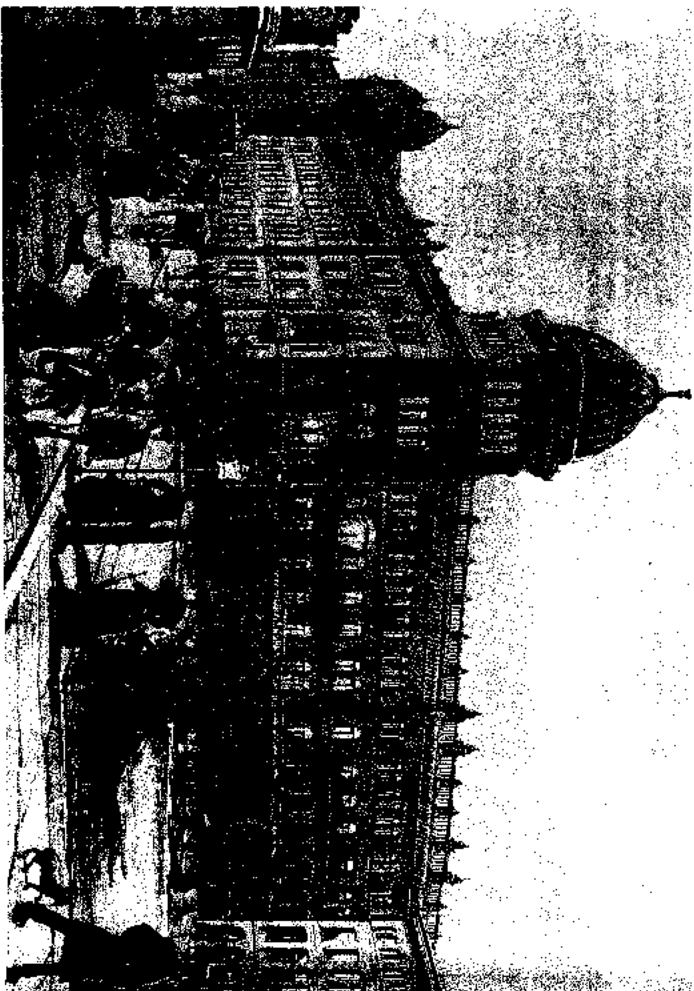
En estos momentos de incipiente resignación, uno de los agentes tuvo la idea de que quedaba por revisar la última lista de los que poseían cartillas de racionamiento, existentes aún en Inglaterra tres años después de la segunda guerra mundial. Esta nueva revisión puso de manifiesto un hecho que daba todavía una oportu-



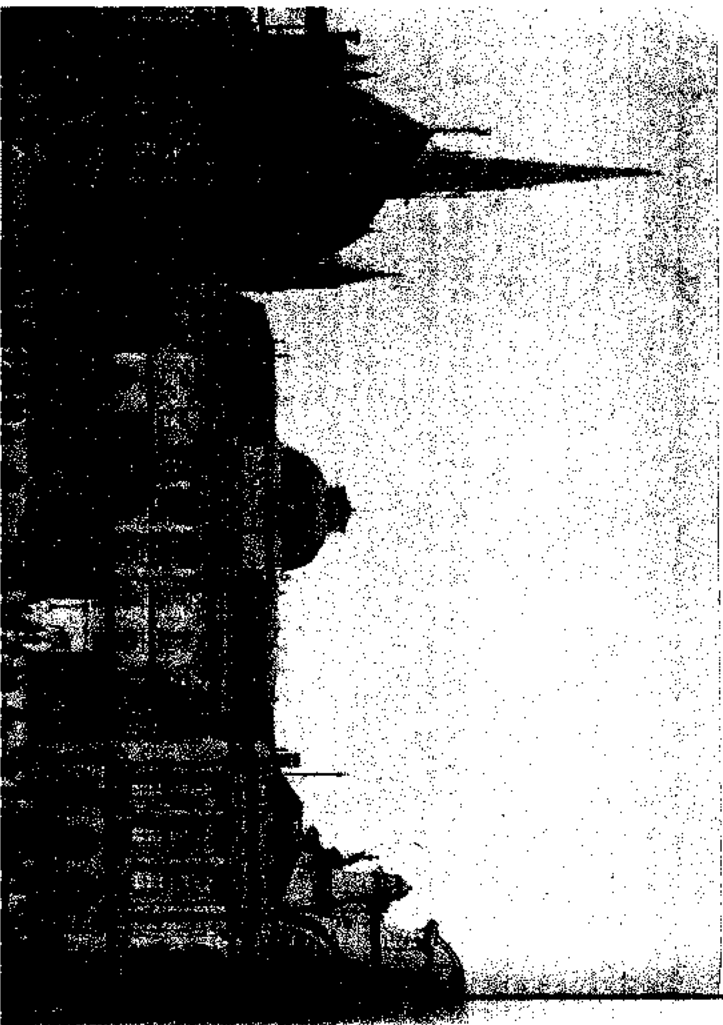
En la historia de la dactilografía inglesa fue muy importante el escándalo Beck, en el que Adolf Beck (*arriba*) fue confundido dos veces con el estafador Thomas Beck (*abajo*) y encarcelado.



Por otra parte, el *bertillonage* recibió un duro golpe en Francia cuando, en 1911, fue robada del Louvre la célebre *Mona Lisa*. En el marco abandonado por el ladrón había una huella dactilar del delincuente Perrugia, ya condenado y fichado. Bertillon no pudo encontrarlo porque en sus ficheros había dado más importancia a su sistema que a las huellas dactilares.



El presidio de la policía berlinesa en Alexanderplatz (*Arthaus*), sede de la policía de Berlín entre 1885 y 1945, y el Palais de Justice de París (*abajo*), donde se desarrolló una parte importante de la historia de la criminalística francesa.



tunidad a la laboriosa búsqueda del asesino. Quedaban por registrar unos 800 individuos, que, a pesar de la minuciosidad de las pesquisas, habían sido pasados por alto. ¿Se escondía entre ellos el individuo que buscaba la policía? ¿Acaso el destino lo había protegido hasta el último momento?

El 11 de agosto, el inspector Calvert, uno de los policías que tomaba las huellas digitales de los ochocientos individuos en cuestión, penetró en la casa número 31 de Birley Street. Estaba habitada por la señora Griffith y su hijo Peter, de 22 años. Peter Griffith, un muchacho delgado y bien parecido, tenía fama de simpático y amigo de los niños. Era uno de los hombres que quedaban por registrar. Calvert le preguntó si estaba dispuesto a dejarse tomar las huellas dactilares. Griffith le tendió las manos en silencio. Junto con otras huellas tomadas por Calvert ese mismo día, los dactilogramas de Peter Griffith fueron enviados a Hutton. Veinticuatro horas después —a las 3 de la tarde del día 12 de agosto—, uno de los funcionarios que trabajaban en la comparación de las huellas, lanzó un grito. Sus compañeros abandonaron el trabajo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Aquí está... —Las huellas del pulgar y el índice izquierdos de Griffith coincidían con las de la botella de agua destilada. El éxito sobrevino en el último momento.

Se acabaron las dudas y la resignación. Los interrogatorios y las investigaciones posteriores demostraron, en pocos días, que la caza había tocado a su fin.

Griffith, hijo de un enfermo mental, había pasado muchos años de su infancia en la sala del Queens-Park-Hotel destinada a los niños. Conocía perfectamente el escenario de su crimen. Cuando vio que no le quedaba otra salida, confesó su delito. Era un muchacho degenerado y anormal, con cara de niño, incapaz de cualquier trabajo regular y sin relación alguna con mujeres. Probablemente no había asesinado tan sólo a June Devaney, sino al niño de 11 años John Smith, de Farnworth. Sin embargo, no existía indicio alguno que permitiera arrancar a Griffith una segunda confesión.

Era evidente que si Peter Griffith pudo ser acusado del asesinato de la pequeña June, ello se debía únicamente a la dactiloscopia. El éxito de las pesquisas, obtenido de modo tan laborioso, hizo que la atención de millones de personas se dirigiera a la

dactiloscopia, al método que, tras casi cien años de existencia, había alcanzado un nivel de gran perfección y ofrecía enormes posibilidades. Muchas personas de criterio abierto e independiente, dentro y fuera de la Gran Bretaña, se convencieron —si no lo estaban ya— de la necesidad de luchar por un registro dactiloscópico que abarcara a toda la población de los países y continentes y de superar la resistencia a este medida. Después del caso Griffith, la investigación criminal podía ofrecer argumentos de peso en pro de un registro dactiloscópico general. Si en la Gran Bretaña hubiese existido tal registro, el asesino de June Devaney habría sido descubierto en pocos días.

Pero la historia enseñaba que la eliminación de prejuicios y reservas sentimentales era siempre cuestión de tiempo. La realización de tan ambicioso objetivo era un problema del futuro. Con todo, aunque tardara más o menos en tomar forma, era una etapa inevitable del desarrollo que ha acabado por imponer la dactiloscopia en todo el mundo.

II

Lo que cuentan los muertos

Hitos de la medicina legal

I

«El cadáver es identificado», decía un titular de un artículo publicado en la segunda página del periódico parisiense «L'Intransigeant», con fecha del 22 de noviembre de 1889. El rotativo publicaba también dos fotografías. La primera representaba la cabeza irreconocible de un cadáver que tenía ya cuatro meses; la otra mostraba el rostro del mismo hombre en vida.

El doble retrato, algo macabro, reproducía el rostro de un insignificante ejecutor jurídico, llamado Gouffé, que tenía una oficina en la Rue Montmartre y que alternaba su floreciente negocio con las aventuras amorosas. El día 22 de noviembre, cuando «L'Intransigeant» publicaba su titular con aires de triunfo, el individuo en cuestión había alcanzado una fama que casi llegó a ofuscar el éxito triunfal de la Exposición Universal, celebrada en París por aquellas fechas. La súbita desaparición de Gouffé, ocurrida la noche del 26 de junio, y el descubrimiento de que frecuentaba con una asiduidad casi inconcebible los lechos de las «señoras de alto copete» que vivían en los Campos Elíseos, habían bastado para dar a su nombre una popularidad insólita. Los vanos esfuerzos que, durante meses, venía realizando Goron, jefe de la Sûreté, para dar con el desaparecido, y una oleada de extraños rumores, habían hecho el resto. Finalmente, el hallazgo de un cadáver irreconocible en La Tour de Millery, cerca de Lyon, y la posible relación del mismo con la desaparición de Gouffé, excitaron los ánimos hasta lo inconcebible. El día 22 de noviembre, «L'Intransigeant», daba la respuesta: «¡Era Gouffé!»

Dopffer dio por liquidado el asunto. No así Goron, que telegrafió a la redacción de la «Lanterne» y pidió al informador local una minuciosa relación de todo lo ocurrido. El 20 de agosto, Goron recibía un informe que no podía ser más completo ni minucioso. Desde principios de agosto, los habitantes de Millery estaban sorprendidos por el olor nauseabundo que procedía de unas matas de zarzamoras situadas a orillas del Ródano. Un empleado municipal, llamado Goffy, que tenía a su cargo el cuidado de las calles, descubrió finalmente —el 13 de agosto— un gran saco de yute entre la maleza. Al cortar la lona con su cuchillo, se encontró con la cabeza de un hombre de pelo negro. Se hallaba en estado de descomposición. Aterrado, Goffy corrió a la gendarmería. Unas horas después llegaban de Lyon un funcionario del ministerio público, Bérard, y un médico, el doctor Paul Bernard; este último era una de los médicos que —de acuerdo con una reciente ley— actuaban como forenses y eran llamados cuando los jueces y los acusadores públicos creían necesario un consejo médico. Cuando los funcionarios llegaron al lugar donde se hallaba el cadáver había oscurecido ya, y la luz de las antorchas era insuficiente para proceder a una investigación inmediata. El saco de yute fue trasladado a Lyon. El 14 de agosto, Bernard procedía a la autopsia. De su informe se desprendían los hechos siguientes: el cadáver, completamente desnudo, había sido metido de cabeza en el saco. Todo el cuerpo estaba envuelto en hule y atado con un cordel de 7,5 m. El muerto medía 1,70 m de estatura y oscilaba entre los 35 y 45 años. El pelo y la barba eran negros. La laringe presentaba dos fracturas, lo cual indicaba que el desconocido había sido estrangulado.

Cuando el doctor Bernard acababa su autopsia, llegó a Lyon una nueva noticia alarmante de Saint-Genis-Laval, aldea cercana a Millery. Un campesino que andaba buscando caracoles encontró, a orillas del Ródano, unos extraños pedazos de madera. El gendarme Thomas, que se personó inmediatamente en el lugar, llegó a la conclusión siguiente: se trataba de fragmentos de una maleta o cofre, y despedían un «típico olor a cadáver». Inmediatamente relacionó su hallazgo con el cadáver de Millery y llevó a Lyon todo el material. Sobre la tapa del baúl había dos etiquetas de los Ferrocarriles Franceses con la siguiente inscripción: «Facturación: París 1231 - París 27, VII, 188... Expreso 3. Destino: Lyon - Perrache I.»

La última cifra del año 188... era casi ilegible. Pero el comisario Remondencq, de la policía de Lyon, decidió que se trataba de un 8 y que, por tanto, la maleta había sido facturada hacia más de un año. La relación existente entre el cofre y el cadáver se confirmó el 16 de agosto, cuando el mismo empleado municipal de Millery descubrió una llave en el lugar donde halló el cadáver. La llave en cuestión correspondía al cerrojo del cofre.

Todos estos datos fueron los que el informador local de Lyon envió a París. Goron tuvo la convicción —en realidad, no justificada— de que se hallaba sobre la pista de Gouffé. Conocía a muchos médicos forenses y no se fiaba de los datos proporcionados por el doctor Bernard. La noche del mismo día en que recibió el informe, arrancó al desconfiado Dopffer el permiso para que Landry, cuñado de Gouffé, partiera hacia Lyon en compañía de un agente de la Sûreté. Landry tenía que conversearse con sus propios ojos de la identidad del cadáver y decir si se trataba o no de Gouffé. El 21 de agosto, el brigadier Soudais y Landry se pusieron en camino. Soudais creía tan poco como Dopffer en el resultado del viaje. El recibimiento que les tributó el juez de instrucción Bastide no contribuyó a mejorar su malhumor. Sólo la necesidad de cumplir órdenes lo indujo a visitar la Morgue. Era plena noche. La Morgue de Lyon estaba en una vieja barcaza, fondeada en el Ródano, frente al Hôtel Dieu de Soufflot. En verano despedía un hedor insoportable; en invierno, el frío que reinaba en su interior era tan intenso, que a los médicos se les caían de las manos los instrumentos de disección.

El guardián, Père Delaignue, cuyos cabellos y barbas le colgaban hasta la cintura, era un personaje sucio, que fumaba en pipa. Condujo a Soudais y a Landry a través de una pasarela hasta el interior de la barcaza. En el suelo estaban tendidos algunos cadáveres. Père Delaignue iluminó con su farol el cadáver de Millery. Landry, que se tapaba el rostro con un pañuelo, echó una sola ojeada a los restos irreconocibles que podían ser los de su cuñado Gouffé, meneó la cabeza y volvió aterrado a tierra. Soudais se convenció de que los cabellos del muerto eran negros, negros como el betún, y no castaños como los de Gouffé. A la mañana siguiente, telegrafió a Goron y le comunicó que el viaje había sido un fracaso. Había algo más: el brigadier se enteró de que, aquella misma mañana, un cochero de Lyon hizo

una sorprendente declaración y fue interrogado inmediatamente por un juez de instrucción llamado Vial.

El cochero, un tal Laforge, manifestó que el día 6 de julio había estado de parada en la estación, hasta que apareció un cliente que le hizo cargar en el coche un pesado baúl. Además de dicho individuo, otros dos hombres ocuparon el interior del coche. El cochero tuvo que llevarlos hasta las inmediaciones de Millery. Allí descargaron el cofre y pidieron a Laforge que los esperase. Poco después regresaron sin el baúl y ordenaron al cochero que los llevase nuevamente a Lyon.

Laforge identificó el baúl por los restos que del mismo le mostró la policía. Después tuvo que mirar el álbum de fotografías, donde figuraban todos los delincuentes fichados por la policía lionesa. El cochero identificó a tres individuos llamados Chatin, Revol y Bouvanet como a sus clientes del 6 de julio. Desde el día 9 de julio, los tres delincuentes estaban detenidos, acusados de robo.

Vial, que se había hecho cargo del «caso Millery», dijo a Soudais que comunicase a su superior todos estos hechos, para acabar así con nuevas inferencias de París. El caso estaba aclarado. El cadáver sería enterrado al día siguiente en el cementerio de La Guillotière.

Goron —según nos cuenta un contemporáneo— recibió las noticias de Lyon con un estallido de ira, y no se dejó convencer por ellas. Por otra parte, el jefe de la Sûreté era un hombre de una terquedad proverbial. Como no vio, en principio posibilidad alguna de intervenir una vez más en Lyon, intensificó las investigaciones en la capital. En septiembre, uno de sus espías le dio una noticia que lo puso inmediatamente al acecho. El día 25 de julio, Gouffé había sido visto en la Brasserie Guttenberg con un tal Michel Eyraud, individuo que pasaba por comerciante y que tenía una dudosa reputación. Eyraud iba acompañado de su amante, una joven llamada Gabrielle Bomparé. Ésta era la primera parte de la confidencia. Lo más importante era lo que venía a continuación. Tanto Eyraud como Gabrielle faltaban de París desde el día 27 de julio, es decir, desde el mismo día en que se dio por desaparecido a Gouffé. Goron intentó localizar a los dos amantes durante todo el mes de octubre, pero no dio con ellos. Entretanto, los periódicos parisenses arremetían sus críticas contra Goron. El policía, mimado hasta entonces por el éxito,

estaba frenético. Sin embargo, antes de capitular, prefirió volver a su primitiva idea —ante el asombro de cuantos le rodeaban— y se empenó en que el cadáver de Millery tenía algo que ver con Gouffé. Dopffer se negó resueltamente a aceptar la idea del policía; pero Goron lo acosó de tal forma, que no le quedó más remedio que ceder una vez más. Así, pues, el juez de instrucción parisiense escribió a Lyon pidiendo informes sobre la conclusión del «caso Millery». Vial, el juez de instrucción de Lyon, comunicó que los tres detenidos se empeñaban en negar que tuviesen algo que ver con el baúl y con el cadáver. El cochero Laforge, en una nueva declaración, había dicho que él mismo vio cómo el baúl era abandonado entre los matorrales. Desde entonces se hallaba también detenido por complicidad. Según Vial, lo único que se podía hacer era esperar que los tres individuos se decidieran a confesar quién era su víctima. Por lo demás, concluía el juez de instrucción, aprovechaba la ocasión para pedir a Dopffer una pequeña ayuda. El baúl había sido facturado un año antes en París. Tal vez —por tratarse de un bulto de tamaño insolito— existiera la posibilidad de que el empleado de ferrocarriles recordara al individuo que lo había facturado. Vial sospechaba que tal vez el remitente fuese la misma víctima, asesinada a causa del valioso contenido del baúl. A su carta, Vial adjuntaba las dos etiquetas de los Ferrocarriles Franceses, para confirmar su opinión.

Dopffer pasó la carta a Goron y éste estudió las etiquetas con la inscripción: «Facturación: París 1231 - París, 27, VII, 188... Expreso 3. Destino: Lyon - Perrache I.» El día 27 de julio, fecha en que fue anunciada la desaparición de Gouffé, había quedado grabado de un modo obsesivo en la memoria de Goron, y no es de extrañar que inmediatamente le llamara la atención la coincidencia con la fecha de la etiqueta. Goron tomó el primer coche que pudo encontrar y se lanzó hacia la estación de Lyon. Un empleado del despacho de equipajes consultó el registro de envíos. Resultado: el 27 de julio de 1888 no fue facturado ningún bulto con el número 1231. Excitado, Goron rogó al empleado que consultara la misma fecha del año 1889. El registro era muy extenso, porque la Exposición Universal había intensificado extraordinariamente los envíos de equipajes. Sin embargo, el empleado acabó por encontrar lo que Goron buscaba; la inscripción decía lo siguiente: «27 de julio de 1889, tren número 3, 11,45

de la mañana, número 1231. Destino: Lyon-Perrache. Un bulto; peso, 105 kg.»

Goron corrió a ver a Dopffer. ¿Era preciso buscar más explicaciones? Bastaba con un hecho innegable: el baúl en el que fue transportado el cadáver de Millery salió de París el 27 de julio de 1889, el mismo día en que desapareció Gouffé. Era evidente, aunque Landry no reconociera mil veces los restos de su cuñado y aunque el forense de Lyon afirmara un millón de veces que el muerto no era Gouffé. El, Goron, estaba convencido de que el cadáver de Millery era Gouffé y nadie más que Gouffé.

El juez de instrucción siguió mostrándose escéptico; pero el sorprendente desarrollo de los acontecimientos lo obligó a permitir que el mismo Goron fuese a Lyon. El 11 de noviembre llegaba a la estación lionesa el jefe de la Sûreté, en compañía del inspector Jaume. «Como una tromba», se presentó al juez de instrucción Vial, que se vio arrollado antes de que pudiera decir esta boca es mía. ¿Por qué demonios —preguntó Goron colérico— se empeñaba Vial en mantener encerrado al cochero Laforge? ¿Cómo era posible que el día 6 de julio —según declaración del propio cochero— hubiese transportado en su coche un baúl que salió de París el 27 de julio?

¿Por qué Laforge declaró que había llevado a Millery un cofre que saldría de París tres semanas después? Evidentemente, no podía ser más que un embustero, o uno de aquellos tipos que querían darse importancia. Goron había tropezado con cientos de ellos a lo largo de su carrera.

Laforge fue sacado de la cárcel y confesó que había inventado su historia. Al parecer, temió perder su licencia de cochero a causa de una pequeña estafa y pretendió congraciarse con la policía de Lyon contándoles la historia del baúl. Hecho una furia, Goron exigió que el cadáver no identificado fuese desenterrado y sometido a una nueva investigación. El, Goron, demostraría que Gouffé era el cadáver hallado en Millery y sepultado en el cementerio de Lyon.

Vial quiso parar los pies al intruso de París y opuso a Goron los más diversos reparos e inconvenientes. El fiscal Bérard intentó desentenderse del asunto; pero no había otra salida. Al caer la tarde, Bérard firmaba la orden de exhumar el cadáver. El acto se realizaría al día siguiente, 12 de noviembre de 1889. El encargado de la exhumación y la autopsia fue Alexandre

Lacassagne, de 46 años. El doctor Lacassagne era catedrático desde hacía nueve años; tenía a su cargo la cátedra de medicina legal en la universidad de Lyon.

2

En aquella importante fecha —12 de noviembre de 1889—, la medicina forense, «auxiliar del Derecho» —como la llamó el profesor alemán Mende—, tenía una historia relativamente corta, sobre todo si se comparaba con la larga historia de la ciencia médica. Posteriormente, algunos historiadores calificaron de «fornicaciones» ciertos pasajes de las obras de Galeno, el famoso grecorromano que ejerció su profesión en la Roma del siglo II d. de J. C. Uno de los fragmentos que más trabajo ha dado a los investigadores ha sido el informe de Galeno sobre el extraño dictamen de otro médico, que libró a una mujer griega del castigo por adulterio. La griega en cuestión dio a luz un niño que no tenía el menor parecido con el marido. El médico declaró que los rasgos del niño procedían de la estatua de un hombre, que adoptaba la habitación de la mujer y que ésta había contemplado de un modo inconsciente durante todo el embarazo. También se ha citado muchas veces el dictamen del médico latino Antistio, que examinó el cadáver de Julio César, y llegó a la conclusión de que sólo una de las veintitrés heridas era mortal.

Estas interpretaciones eran, evidentemente, muy inseguras. El primer testimonio serio de que la medicina haya sido una ciencia auxiliar del Derecho data del siglo XIII d. de J. C., y procede de China. En 1248 se publicó en aquel país un voluminoso libro titulado *Hsi Yuan Lu*, que, en realidad podría considerarse como un precedente de la aplicación de los conocimientos médicos al esclarecimiento de actos delictivos y a los procedimientos jurídicos. De acuerdo con el carácter especulativo de la primitiva China, muchos de los métodos propuestos eran puras fantasías. Sin embargo, existían importantes datos sobre el estudio de los cuerpos muertos, sobre las distintas heridas producidas por armas agudas o romas y sobre los síntomas de que el muerto había sido estrangulado o ahogado. El problema que supone descubrir si un muerto encontrado en el agua se ha ahogado o ha sido asesinado previamente, y el saber si alguien ha sido

quemado antes o después de morir —es decir, la posibilidad de que le fuego evite el descubrimiento del crimen— son temas tratados por el libro chino. Asimismo, se recomienda registrar e investigar minuciosamente el lugar del delito; como *leit-motiv* del libro, podía servir el proverbio:

«La diferencia entre dos cabellos puede decidirlo todo.»

La Edad Media europea no ha producido nada semejante al mencionado libro chino. Fue una época en la que, por un lado, la tortura era el principal recurso para demostrar la culpabilidad de sospechosos y asesinos y, por otra parte, la medicina prohibía que se abrieran los cadáveres y se perdía en las más disparatadas especulaciones; no es, pues, de extrañar que la Edad Media no ofreciera muchas posibilidades para que la ciencia médica se convirtiera en auxiliar del Derecho. Sólo en el año 1507, en los territorios del obispo de Bamberg —es decir, en suelo alemán—, apareció un libro de leyes, la *Constitutio Bambergensis Criminalis*, que ordenaba la consulta médica en casos de infanticidio y lesiones corporales; el dictamen médico debía preceder al juicio. Este código sirvió de modelo a un código penal mucho más extenso, la *Constitutio Criminalis Carolina*, o *Código penal del emperador Carlos V y del Sacro Imperio Romano*. El emperador Carlos V lo promulgó en el año 1532 para todos los territorios pertenecientes a su vasto imperio. Sin embargo, en el libro no se aludía para nada a investigaciones médicas o autopsias en casos de asesinato. Todo lo que se permitía era «ensanchar» las heridas para comprobar su profundidad aproximada o su trayectoria. Una parte esencial de la actividad médica consistía en determinar si un acusado era lo bastante fuerte como para ser sometido a la tortura. Tenía que pasar aún medio siglo para que surgieran los primeros precursores de la medicina legal. Uno de ellos fue Ambroise Paré, francés, que vivió de 1509 a 1590. Ha pasado a la Historia como el precursor de la cirugía. Mencionemos también a los italianos Fortunato Fidelis, de Palermo, y Paolo Zacchia, de Roma. Ambos trabajaban sobre un terreno, preparado ya en la primera mitad del siglo XVI, por Andreas Vesalius, el médico que inició la disección de cadáveres y sustituyó las ideas fantásticas sobre el interior del hombre por comprobaciones científicas. Paré describió los pulmones de niños estrangulados violentamente por sus padres. También buscó hue-
llas que permitieran descubrir crímenes sexuales. Fidelis inves-

tigó los síntomas de accidente y asesinato en las personas ahogadas. En las obras de Zacchia aparecen muchos de los grandes motivos y temas esenciales que caracterizarán a la medicina forense de los siglos XIX y XX. En medio de un confuso revuelto de supersticiones sobre «la autoinflamación de las personas» o «el nacimiento simultáneo de 365 niños en un solo parto», encontramos noticias y comentarios sobre heridas de bala, contusiones, heridas por arma blanca, muerte por asfixia, estrangulamiento y ahogo; diferencias entre el suicidio y el asesinato; sobre la muerte repentina por causas naturales, los crímenes sexuales y los trastornos mentales; el aborto, el infanticidio, y, en relación con éste, el problema de cómo descubrir si un niño ha nacido vivo o ya estaba muerto antes del parto.

Cuatro años después de la muerte de Zacchia, en 1663, el danés Thomas Bartholin tuvo una idea para descubrir si un recién nacido había o no vivido después del parto; es decir, para saber si la madre era o no una asesina. Se trataba de buscar aire en los pulmones del niño. La presencia de aire en los pulmones le pareció una prueba de que el niño había respirado. En 1682, el médico Schreyer, de Presburgo, sumergió por primera vez en el agua los pulmones de un niño que, al parecer, había nacido muerto. Si los pulmones flotaban, contenían aire y, por tanto, el niño había vivido. Así se realizó el primer experimento de la medicina forense, un método algo tosco, pero basado, indudablemente, en la razón y en la experiencia. En 1640 y en 1687, dos médicos alemanes, Michaelis y Bohn, empezaron a enseñar, a los estudiantes de la universidad de Leipzig, los diversos tipos de muerte violenta y la muerte aparente. Los estudios de Bohn fueron seguidos por los alemanes Teichmeyer, Alberti, Plenck y Metzger, y por los franceses Louis, Latosse, Mahon y Fodéré. En 1796, Fodéré publicó en Estrasburgo una voluminosa obra que llevaba por título: *Traité de Médecine légale et d'Hygiène publique*. Su trabajo coincidió con otro, *System einer vollständigen medicinischen Polizey*, publicado en Viena por Johann Peter Frank. Ambos nos descubren la confluencia de dos corrientes médicas: de una parte, el esfuerzo por descubrir e interpretar, desde un punto de vista médico, procesos que desempeñan un papel en el esclarecimiento de crímenes y delitos, desde el asesinato hasta la violación, desde las heridas y lesiones hasta la enfermedad simulada. Por otra

parte, los primeros síntomas de aglomeración de seres humanos en las grandes ciudades trajeron consigo enfermedades masivas y epidemias, lo cual dio a la medicina una nueva función: la vigilancia de las condiciones higiénicas. En ambos casos se trataba de problemas públicos y de responsabilidades estatales. A finales del siglo xviii y principios del xix, en los países germánicos y austrohúngaros se desarrolló una combinación de esfuerzos higiénicos y de medicina legal, que recibió el nombre de *Staatsarzneikunde*. En los distintos países y ciudades se crearon cargos oficiales para los médicos, destinados a velar por la salud de la población y a emitir un dictamen médico en los juicios por delitos criminales. Simultáneamente, algunas universidades (Erlangen, Praga, Viena) empezaron a dar cursos sobre medicina legal, destinados a facilitar los conocimientos necesarios a los futuros médicos del Estado. La Revolución francesa dio un considerable impulso a esta evolución. El *Code d'instruction criminelle*, de Napoleón —creación revolucionaria del año 1808—, dio el golpe de gracia a la tortura «inquisitorial» y secreta, que servía para arrancar la confesión en los procesos del siglo anterior. Preparó el terreno para que en Francia y en Europa surgiera el proceso verbal, público e inmediato; la actividad de los jueces, así como el dictamen médico, saldría del misterio anterior y sería confrontado con la opinión pública.

En noviembre de 1839, cuando Lacassagne se encaminó al cementerio municipal de Lyon para exhumar el cadáver de Millevoy, que tanto ajeteo había producido, la medicina legal tenía una historia relativamente exigua; se hallaba, en realidad, en sus inicios. Lo que la medicina del Estado había enseñado a principios del siglo anterior, estaba influido todavía por la tendencia a solucionar los problemas médicos mediante construcciones mentales y no con experimentos. La verdadera historia de la medicina legal se había iniciado unos decenios más tarde. Al igual que la trayectoria del sistema de Bertillon o de la dactiloscopia, los principios de la medicina legal estaban íntimamente relacionados con el fabuloso desarrollo de las Ciencias Naturales y el paso de la especulación a la experimentación, es decir, de las vacías construcciones ideológicas, a la búsqueda de los hechos reales, relacionados con la vida y la muerte. Nada caracteriza tanto este desarrollo como las frases que uno de los más audaces precursores, el médico berlinés Johann Ludwig

Casper —muerto en 1864—, escribió en el prólogo de su revolucionario *Manual de la medicina legal*, aparecido en 1857: «Sin afán de reprochar nada a nadie... sólo quiero comprobar el hecho de que la medicina legal, por lo menos en Alemania, ha sido practicada en gran parte por hombres cuya formación científica, afán de recopilación y erudición no han podido sustituir la falta de observación directa. Para citar sólo a un médico, ya difunto, nombraré a Henke —Casper se refería a Adolf Henke, que murió en 1843, cuando era profesor de *Staatsarzneikunde* en Erlangen—, un hombre que desplegó una actividad literaria como pocos en el campo de la medicina legal; y, sin embargo —que yo sepa—, jamás practicó una autopsia judicial ni pisó una cárcel, ni tampoco estudió los dudosos estados de ánimo de un delincuente o las enfermedades simuladas...»

El siglo de Darwin, Galton y Quételet, contribuyó a que también la medicina experimentara un enorme progreso y viera una «nueva época científica». Aunque la historia de la anatomía, la disección del cuerpo humano, contaba ya con unos trescientos años, sólo en el siglo xix penetró en las verdaderas sutilezas del organismo humano. Anteriormente, a fines del siglo xvii y principios del xviii, el italiano Morgagni había empezado ya a abrir cuerpos de cadáveres y a comparar las transformaciones de los distintos órganos con los fenómenos patológicos que había provocado la muerte del individuo estudiado. Fue el fundador de la Patología, ciencia que estudia las transformaciones orgánicas que caracterizan determinadas enfermedades. Sin embargo, la Patología no experimentó un verdadero auge hasta mediado el siglo xix. Desde luego, ya en el siglo xvii, el holandés Leeuwenhoek había usado el microscopio, recién descubierto, para estudiar detalles de la musculatura humana que ningún anatomista hubiese podido observar a simple vista. Sin embargo, únicamente en el siglo xix empezó en realidad la época de la microscopia, de la anatomía microscópica, del descubrimiento de la célula como última unidad del cuerpo humano y de todas las estructuras orgánicas; se inició también la histología microscópica, que rastreaba los más mínimos y sutiles detalles de los tejidos humanos, los estudiaba bajo el microscopio y cortaba los tejidos de forma que fuesen visibles centenas de miles de cortes. Finalmente, surgió también la patología microscópica.

Los médicos que, en la primera mitad del siglo XIX, trabajaron en Francia, Alemania y Austria-Hungría, para trasladar los descubrimientos de la medicina científica al campo de la medicina legal, podían contarse con los dedos de la mano. Eran hombres como Kromholz y Popel, en Praga; Fietz y Bernt, en Viena, y los tres médicos que, en Berlín y París, crearon los fundamentos de la verdadera medicina legal: Johann Ludwig Casper, nacido en Berlín en 1786; Matthieu Joseph Bonaventura Orfila, nacido, en 1787, en Menorca —y principalmente creador de la toxicología—, y Marie Guillaume Alphonse Devergie, que nació en 1798 en la capital francesa. Sus vidas fueron tan distintas como las circunstancias en las que trabajaron. Sin embargo, tenían algo en común: casi todos los representantes de la medicina los consideraron como unos intrusos, oportunistas de la verdadera ciencia médica o defensores de una ciencia de segundo orden, surgida a la sombra del delito o de los barrios miserables. Los patólogos, que, en su tumultuosa avida investigación, nunca tenían bastantes cadáveres para sus laboratorios de disección, no sólo reivindicaron el derecho a «abrir» los cadáveres de enfermos fallecidos en hospitales, sino que exigieron los de todas aquellas personas muertas de un modo violento, repentino o misterioso; todos los cadáveres encontrados en las calles, escenarios de crímenes, barrios del hampa, ríos o canales. Rokitsansky, príncipe de los patólogos austríacos, dispuso, entre 1832 y 1875, de todo el «material» que la ciudad de Viena podía proporcionar. Era dueño absoluto de todos los cadáveres. Y Bernt, catedrático de medicina legal—lo mismo que su sucesor Dlauddy—, sólo podían presenciar como espectadores las autopsias de los patólogos. En 1830 se intentó alejarlos, tanto a ellos como a sus discípulos, de las salas de disección, con el pretexto de que entre los alumnos podían filtrarse incluso personas sospechosas de asesinato».

Casper trabajó en Berlín en unas condiciones que han puesto los pelos de punta a las generaciones posteriores; primero en el terrible sótano —que servía de depósito de cadáveres— de la *Berliner Anatomie*, un edificio que tenía más de cien años. Después fue obligado a trasladarse a un sótano de la *Charité*. Y dos años después, el rey de los patólogos, Rudolf Virchow, lo mandó a otro pestilente sótano de la Luisenstrasse. Sin embargo, cuando aparecieron los libros *Médecine légale, théorique et pratique*

(1835), de Devergie; *Gerichtliche Leichenöffnungen* (1850), de Casper, y *Praktisches Handbuch der gerichtlichen Medizin* (1856), del mismo Casper, surgió ante los ojos de todos un mundo nuevo. Se trataba de un mundo macabro; mas, por desgracia, era inevitable penetrar en él. Los temas que ocupaban a Casper o a Devergie no diferían esencialmente de los que estudiaron sus predecesores en los siglos pasados. Los motivos básicos de la medicina legal seguían siendo los mismos y lo seguirían siendo —con pocas variaciones— en los cien años venideros, llenos de aventuras. Como siempre, iban de las distintas formas de muerte violenta y natural, hasta el dictamen de los estados mentales patológicos en los delincuentes. Sin embargo, lo revolucionario era la forma con que un Casper o un Devergie trataban tales temas; en su trabajo se hallaban las bases para la evolución futura. Sólo conocían un punto de partida para sus juicios y dictámenes: la autopsia, el estudio microscópico o químico y la observación minuciosa. Sus manuales y lecciones ofrecían una exacta descripción de centenares y miles de casos vividos por ellos mismos; la observación general de los mismos era lo único que podía conducir a la emisión de juicios y normas experimentales.

Aquella tarde del 12 de noviembre de 1889 en que Goron, Jaume y Alexandre Lacassagne, esperaban que el enterrador sacara de su tumba el humilde ataúd de madera número 126 —que contenía el cadáver de Millery—, habían transcurrido veintiocho años de la muerte de Casper, treinta y seis de la de Orfila, cuarenta y siete de la de Bernt y diez de la de Devergie. La medicina legal seguía luchando con su madre, la medicina, para lograr una exacta delimitación y un reconocimiento del mundo que le era propio. Los médicos funcionarios y encargados de la higiene pertenecían ya al pasado. La higiene se había convertido en una nueva especialidad, y la medicina recuperaba así una actividad que, en vida de Casper y Bernt, todavía formaba parte de la medicina legal. Sin embargo, el trabajo de Casper y Orfila, Bernt y Devergie, había dado sus frutos, conseguidos en una actividad silenciosa y esforzada. En el terreno abonado por ellos siguieron trabajando sus discípulos y seguidores; de este modo se reunió un tesoro de experiencias, de cuya riqueza aún no tenía idea la opinión pública.

El día 12 de noviembre de 1889, a las 4 de la tarde, los restos hallados en Millery estaban sobre la mesa de pizarra que ocupaba el centro del aula de Lacassagne en la Facultad de Medicina de Lyon.

Las hileras de bancos del anfiteatro, en las que solían apretujarse los estudiantes, estaban vacías. Sólo en la última fila había un hombre: el inspector Jaume. Sin importarle la mirada burlona de Lacassagne, se había situado lo más lejos posible del ambiente que para el doctor era el pan de cada día — así se expresa una crónica de la época —; junto a Lacassagne, y al lado opuesto de la mesa de disección, se hallaban Goron, el fiscal Bérard, el doctor Étienne Rollet, cuñado de Lacassagne, el asistente doctor Saint-Cyr y el doctor Paul Bernard, el médico a quien, en agosto, se confió la primera disección del cadáver y que ahora no podía disimular su nerviosismo.

Alexandre Lacassagne era un hombre de estatura mediana. Tenía 45 años, pero su recio bigote le hacía parecer más viejo. Lo dominaba aquella pasión por la medicina legal, sin la que ninguno de sus precursores habría podido decidirse por dicha especialidad, sombría en muchos aspectos. En una época en la que se desconocían las cámaras frigoríficas y el uso de los guantes de goma; y los cadáveres descompuestos eran estudiados con las manos desnudas, sin que después desapareciera de ellas, durante mucho tiempo, el «olor a cadáver»; en una época semejante era imprescindible actuar por pasión, por un interés tan inevitable como la «voluntad de saber». Lacassagne procedía de Cahors y había estudiado en la École Militaire de Estrasburgo. Posteriormente sirvió como médico militar en África, donde había empezado a interesarse por el aspecto forense de la medicina. Entre los soldados y la chusma que pululaba por los bajos fondos de Túnez y Argel, eran muy frecuentes los tatuajes. Esta costumbre dio ocasión a Lacassagne para realizar un amplio estudio sobre la importancia del tatuaje en la identificación. Esto fue el principio. Lacassagne se dio cuenta de que la medicina forense abría ante él un nuevo mundo, digno de ser investigado en la época de la industrialización y de las tensiones sociales, con todos sus aspectos médicos y criminales. En 1878 apareció

su *Précis de Médecine Judiciaire*, y en 1880, al crearse en Lyon la cátedra de medicina legal, Lacassagne fue el primer catedrático de la misma que poseyó la gran ciudad. Su vitalidad, su simpatía personal y su vasta formación médica, biológica y filosófica, le permitieron competir en pocos años con los médicos de la escuela de medicina legal que funcionaba en París y que fue la gran creación de un Orfila y un Devergie.

Lacassagne contribuyó de manera esencial a esclarecer problemas fundamentales dentro del campo de la medicina forense y de la higiene. Estudió los distintos métodos para averiguar las causas de la muerte. Conoció aún los depósitos de cadáveres con sistemas de timbres para que los muertos aparentes pudieran llamar a los guardianes en el momento de despertar de nuevo a la vida. Las «pruebas de la vida» más frecuentes consistían en poner ante la nariz y la boca del presunto cadáver un espejo o una pluma de ave. Si el espejo quedaba empañado o la pluma se movía, esto significaba que aún había respiración. No existía seguridad alguna en el diagnóstico de fallecimiento: en alguna ocasión, Devergie había recurrido al método extremo de hacer un corte en el pecho y tocar el corazón con el dedo, para percibir los latidos. Lacassagne había ampliado las observaciones sobre el fenómeno de las manchas en los cadáveres. La observación y la experiencia le demostraron que las manchas se formaban porque la sangre, al detenerse la circulación, tendía a bajar a las partes inferiores del cuerpo y producía en la piel una coloración violácea. La importancia criminalística del descubrimiento no era desdeñable. El descenso de la sangre se efectuaba en determinados periodos de tiempo. Por lo general se iniciaba media hora después del fallecimiento. Entre las diez y veinte horas, la mancha formada podía hacerse desaparecer por presión, porque la sangre, dentro de las vasos situados bajo la epidermis, cedía a dicha presión. Posteriormente, la sangre atravesaba las paredes de los vasos sanguíneos y se mezclaba con los tejidos y la epidermis; entonces ya no era posible cambiarla de lugar por medio de la presión exterior. Este descubrimiento permitía, naturalmente, sacar conclusiones acerca del momento en que se había cometido un asesinato o un caso de muerte sin testigos inmediatos. Después de unas horas, las manchas podían cambiarse también de sitio al cambiar la posición del cadáver: la sangre aflúa a las partes del cuerpo que, con el cambio de posi-

ción, quedaban más bajas. Sin embargo, posteriormente cesaba también este corrimiento, y la sangre perdía toda movilidad. Si se descubrían manchas en partes superiores del cuerpo, este hecho indicaba que un cadáver había cambiado de lugar dentro de un tiempo determinado. Lacassagne había intentado fijar exactamente este tiempo.

Algo semejante ocurrió con el problema de la rigidez cadavérica, que en 1811 llamó la atención de Pierre Nysten, médico nacido en Bélgica. Fue el primero en describir el proceso legal y cronológico de la rigidez muscular, que tantas especulaciones había suscitado en los siglos precedentes. Según Nysten, la rigidez se iniciaba en los músculos de las mandíbulas, pasaba después al cuello y brazos, y acababa en las piernas y los pies; luego de un período de tiempo más o menos largo desaparecía en orden inverso. En general solía sobrevenir la distensión a los tres o cuatro días. El problema de la rigidez muscular tenía también gran importancia para determinar el momento del óbito. Por su parte, Lacassagne comprobó que en este fenómeno existían muchas irregularidades, y descubrió que la rigidez no se iniciaba en las maxilares, sino en el corazón. Se trataba de un problema que seguiría preocupando a la medicina legal durante muchas décadas. Además de las manchas y la rigidez, Lacassagne estudió también el problema del enfriamiento que seguía a la muerte. Los precursores de la medicina forense habían intentado ya investigar el proceso cronológico del enfriamiento en los cadáveres, porque permitía determinar también el momento del fallecimiento en casos de asesinato o accidente. La experiencia condujo a formular como norma general que, en las primeras horas, la temperatura del cadáver descendía un grado centígrado por hora. Pero también en este caso podían darse sorpresas e inseguridades, derivadas de la influencia de la temperatura ambiente. Estas irregularidades indujeron a Lacassagne a formular uno de sus principios básicos: «Es necesario poder dudar» Porque precisamente los misterios e incertidumbres constituían para él un estímulo en la búsqueda de soluciones.

Al iniciar la autopsia del cadáver de Millery, el rostro de Lacassagne enrojeció de ira. Tenía sobradas razones para enfurecerse. Otro de sus principios era: «Una autopsia mal hecha impide toda repetición.» Pero el doctor Bernard había sido preceptor en el instituto de Lacassagne. ¿Era así —rugió Lacas-

sagne— como había aprendido a hacer autopsias? ¿De qué le había servido todo el tiempo que había permanecido en el instituto? ¿Cómo había podido actuar con semejante torpeidad? ¿Qué significaban las innecesarias heridas producidas en el cuello? ¿Por qué había tratado con tanta brutalidad el cráneo y la caja torácica? ¿Se habían perdido grandes partes del cadáver! ¿Con qué brutalidad había sido rasgado el esternón! ¿Eran ésos los frutos de su actividad docente? Lo que Bernard no había destruido, lo había destruido la acción del tiempo, los tres meses que siguieron a la primera autopsia. No quedaba nada utilizable para la identificación, excepto los huesos y los cabellos. E incluso en los huesos, el doctor Bernard había dejado señales de su brutal intervención. Sin embargo, la ira de Lacassagne no tardó en esfumarse. El misterio de la identidad del cadáver y la necesidad de desentrañarlo eran más fuertes que su ira. Con sus robustas manos, Lacassagne inició su trabajo.

La intervención iniciada aquella tarde de noviembre fue sólo el primer acto de un trabajo que duraría unos once días. Aparte los huesos y los cabellos, no había nada patológicamente utilizable; por ello, los primeros esfuerzos de Lacassagne consistieron en separar el esqueleto de las masas en putrefacción. Faltaban aún seis años para que se descubrieran los rayos Roentgen, que tan importante papel desempeñarían posteriormente en el estudio forense del esqueleto humano. Lacassagne sólo contaba con sus ojos. Sin embargo, por inspiración suya, el doctor Étienne Rollet llevaba ya unos años concentrando todo su trabajo hacia un objetivo concreto: la estatura de los cadáveres, cuando la descomposición impedía una medición exacta, podía ser calculada a través de los distintos huesos conservados. Los estudios de Rollet habían terminado poco tiempo antes. En 1889, año del caso Millery, publicó su obra: *De la mensuration des os longs des membres dans ses rapports sous l'antherologie, la clinique et la médecine judiciaire*. Este estudio estaba destinado a servir de base para otros posteriores que, sesenta años más tarde, seguirían ocupando a numerosos investigadores, entre ellos a los americanos Dupertois, Hadden, Trotter y Gieser. En cincuenta cadáveres masculinos y otros cincuenta femeninos, Rollet descubrió que existían relaciones bastante exactas entre la longitud total del cuerpo y la longitud de sus distintos miembros. Si el hueso del brazo medía, por ejemplo 35,2 cm, la esta-

tura, era generalmente, de 1,80 m. Las mediciones permitían cálculos aproximados cuando sólo se disponía de un hueso. En cambio, cuantos más huesos se tuvieran a mano, más exactos eran los resultados finales. Si se poseían, por ejemplo, los huesos de los dos brazos, Rollet sacaba un promedio de las mediciones y lo utilizaba como base para el cálculo de la estatura. Si, además, contaba con los huesos del muslo, las tibia y los peronés, los valores obtenidos podían ser extraordinariamente exactos. Confeccionó fórmulas y tablas de cálculo, cuyas bases no cambiarían mucho en el futuro.

En el cálculo de la estatura del cadáver encontrado en Millery, el doctor Bernard había recurrido a cálculos superficiales. Lacassagne preparó los huesos de los brazos permitían calcular una estatura de 1,76 m; los de las piernas, daban 1,81; el promedio de ambos valores era 1,785. Cuando comunicó este resultado a Goron, todo el mundo creyó que éste sufriría un amargo desengaño; porque la descripción de Gouffé según los datos suministrados por la familia, daba una estatura de 1,75 m. Pero Goron, con la obstinación que lo caracterizaba, telefoneó el día 5 de noviembre a las autoridades militares de París. Resultó que Gouffé había sido medido con exactitud durante su servicio militar. La estatura que constaba en los documentos militares era de 1,78 m! Se avisó también al sastre de Gouffé, Bochart. También él había medido a su cliente, y la medida coincidía exactamente con el cálculo de Lacassagne. El primer obstáculo quedaba brillantemente superado.

Entretanto, Lacassagne había iniciado investigaciones que conducirían a resultados aún más importantes. Al preparar los huesos de la pierna izquierda, vio que las partes del hueso en las que están fijados los músculos de la pierna, presentaban curiosas transformaciones. De los músculos no quedaba absolutamente nada que permitiera emitir un juicio sobre su primitivo estado; la descomposición había hecho su obra. Pero las visibles deformaciones óseas demostraban que la musculatura de la pierna derecha debió de ser más débil que las de la pierna izquierda. Además, la rodilla derecha presentaba una deformación de la rótula, que Lacassagne había observado más de una vez y que procedía de una acumulación inflamatoria de agua en la rodilla. La comparación de los huesos de los pies condujo a Lacassagne a nuevos descubrimientos. La articulación del talón derecho con

el astrágalo presentaba deformaciones atribuibles, entre otras enfermedades, a una inflamación tuberculosa en la juventud. Cuando Lacassagne pesó todos los huesos del pie derecho y el izquierdo, se dieron diferencias ligeras, pero importantes. Los huesos del tarso del pie izquierdo, que estaba sano, pesaban 65 g; en cambio, los del derecho pesaban sólo 55 g; la diferencia entre el peso total de la pierna derecha y la izquierda era de 39 g. Había numerosos síntomas de que el pie izquierdo fue deformado por una enfermedad. Lacassagne comunicó a Goron que, en su juventud, el muerto de Millery había padecido probablemente una enfermedad tuberculosa en los huesos del pie derecho, con la consiguiente debilitación muscular en la pierna y el muslo derechos. Así, pues, cojeaba ligeramente, o al menos andaba contrayendo un poco la pierna derecha. También existían sintomas de una inflamación hidrópica en el menisco.

Inmediatamente Goron telefoneó y telegrafió a París. Se puso en comunicación con la hija de Gouffé, con su médico, el doctor Hervieux, y con su zapatero —que, por una sorprendente casualidad, llevaba el nombre de Millery—. Los datos de Lacassagne se vieron asombrosamente confirmados. Gouffé cojeaba un poco, pero, a causa de su vanidad, nadie se atrevía a mencionar este defecto. La musculatura de su pierna derecha era, en efecto, más débil. El padre de Gouffé y una mujer, Louise Dominique, que le conoció de niño, contaron que, después de una caída en un montón de piedras, Gouffé sufrió una inflamación del tobillo, que había tardado años en curarse totalmente. En 1885, el doctor Hervieux había efectuado a Gouffé una intervención en el menisco. El médico lo envió después a Aix-les-Bains, para que lo tratara el doctor Guillaud. Éste no sólo confirmó la inflamación del menisco, sino la debilitación de toda la pierna izquierda. Por primera vez, Goron sintió que la razón estaba de su parte, y que se avecinaba para él un gran triunfo.

Y, sin embargo, el trabajo de Lacassagne estaba aún muy lejos del final. Al estudiar los huesos y las partes cartilaginosas de la boca y el cuello, encontró fracturas en los dos extremos superiores de los cuerpos tiroideos. Esto lo indujo a confirmar la opinión de Bernard, según la cual la muerte se había producido por ahogo violento; pero —contra el diagnóstico de Bernard— Lacassagne creyó más probable una estrangulación con

las manos que con una cuerda o algo parecido. Sin embargo, lo que indujo a dar especial preferencia al estudio de fragmentos de piel, fue la posibilidad de determinar la edad del difunto con mayor exactitud que Bernard. En aquellos días, la teoría de la determinación de la edad por medio de los dientes estaba aún en sus balbuces, como la misma Odontología. Y setenta y cinco años después —cuando el sueco Gösta Gustafson, entre otros, efectuó ambiciosos intentos para registrar el más pequeño cambio producido por la edad en la dentadura humana—, el procedimiento seguía siendo uno de los campos menos explorados dentro de la medicina forense. En la época de Lacassagne, los conocimientos utilizables se referían a la evolución de la dentadura en las personas jóvenes, y permitían calcular la edad con relativa aproximación hasta los 24 ó 25 años. La determinación de la edad en personas de edad superior —sobre todo en la edad madura— ofrecía mayores dificultades. Por tales razones, una de las grandes hazañas de Lacassagne fue la de, a mediados de noviembre, estudiar los dientes del cadáver de Millery. La pérdida de sustancia básica en los dientes, la formación de cemento dentario en las raíces y la debilitación de dichas raíces lo llevó a la conclusión de que el muerto tenía más edad de la que había calculado Bernard. Afirmó que tenía «unos 50 años». Al comprobar que Gouffé tenía 49, Goron se sintió ya seguro de su triunfo.

Pero Lacassagne le proporcionó una última prueba. Uno de las razones de que el juez de instrucción —y también Soudais y Landry— discutieran la identidad de Gouffé con el muerto de Millery fue la de que, según Bernard, éste tenía el pelo negro. En cambio, Gouffé, según los testimonios de su familia, su peluquero y todos sus amigos, tenía el pelo castaño. Lacassagne era uno de los forenses que solían efectuar intentos con el pelo de un sospechoso a fin de encontrar indicios útiles para esclarecer los delitos. En algunos años había realizado al microscopio innumerables estudios de cabellos, y, además, había estimulado al profesor Hugounenq, químico de la universidad de Lyon, para que también se dedicara a hacer pruebas químicas con el cabello humano. Por orden de Goron, un agente de la Sûreté fue a casa de Gouffé, cogió el cepillo para el pelo y lo mandó a Lyon por medio de un correo. Lacassagne encontró en el cepillo el pelo suficiente como para poder efectuar una comparación. Muchas

veces había tenido ocasión de observar cambios en el color del pelo de los cadáveres. Sin embargo, antes de proceder a comparar los pelos del cadáver con los del cepillo, sometió aquéllos a varias operaciones de lavado. Bastaron para hacer desaparecer el color negro y surgir el castaño original. No obstante, para mayor seguridad de que ni el pelo de Gouffé ni el del cadáver habían sido teñidos en vida, mandó analizar químicamente las dos pruebas. Hugounenq buscó las sustancias usadas generalmente para la fabricación de tintes: cobre, mercurio, plomo, bismuto y plata. Todos los análisis fueron negativos. Por tanto, Lacassagne hubo de admitir que ambas pruebas tenían su color original. Entonces las sometió al microscopio para estudiar el grosor y descubrió una coincidencia tan absoluta, que el día 21 de noviembre se presentó a Goron y Jaume y, con un gesto ligeramente teatral, bastante frecuente en él, les comunicó: «Señores, les devuelvo al señor Gouffé.»

4

Al día siguiente —22 de noviembre—, cuando Goron regresaba a París, se encontró con el titular de «L'Intransigeant»: «Es identificado el cadáver», y con las crónicas en las que se relataba con todo detalle el trabajo de Lacassagne. Una investigación de la medicina legal se había convertido por primera vez en la noticia del día. El policía, hombre rutinario, de la vieja escuela, se dio cuenta, con indignación, de que la gloria de Lacassagne ofuscaba la suya. Esto lo impulsó a buscar con tanto mayor afán al asesino de Gouffé y lograr así que su gloria superara a la del médico forense.

El 25 de noviembre, unos carpinteros, por encargo de Goron, habían confeccionado ya una reproducción exacta del baúl encontrado en La Tour de Millery. Al día siguiente, fue expuesto al público en la *morque* de París. La pregunta que formulaba Goron era la siguiente: ¿Dónde ha sido fabricado este baúl, y dónde pudo ser vendido? Durante tres días desfilaron ante el baúl del depósito de cadáveres veinticinco mil personas, como si se tratara del túmulo funerario de un personaje famoso. El 26 de noviembre, un fabricante de maletas de la Rue Bastoi afirmó que el baúl no pudo ser fabricado ni vendido en Francia. Era un

producto inglés. Goron tomó buena nota de esta declaración, tanto más cuanto que acababa de recibir una carta de un tal Chévon, ciudadano francés residente en Londres. El 24 de junio de 1889, afirmaba Chévon, una francesa que residía también en Londres, Madame Vespres, le envió a un señor de París para que le diera alojamiento. Este huésped, Michel, había alquilado una habitación para él y su hija. Cuatro días después, los Michel adquirieron un gran baúl en la casa Zwanziger, de Euston Road; se trataba de un baúl muy semejante al que se exponía en la morgue de París. A mediados de julio, Michel y su hija abandonaron Londres con el cofre.

Sin perder un minuto, Goron mandó fotografiar el cofre y enviar fotografías especiales al inspector Hulier, de la Sûreté, que trabajaba en Londres. El vendedor de la casa Zwanziger reconoció inmediatamente el baúl. No cabía la menor duda: lo había vendido el día 11 de junio a un francés de piernas cortas, que aparentaba unos 50 años y que iba acompañado de una mujer joven. Lo recordaba perfectamente: el comprador tenía unas manos que llamaban la atención por su tamaño desmesurado, y su rostro, cubierto de una espesa barba, era particularmente rudo. Goron resolvió hacer un viaje a Londres con los restos del baúl original. El 19 de diciembre llegó a la capital inglesa. En la célebre comisaría de Bow Street, el cofre fue mostrado al vendedor de la casa Zwanziger, Lauterbach, y a los dos franceses, Chévon y Madame Vespres. Los tres juraron que se trataba del baúl de los Michel. Entonces Goron empezó a interesarse por Madame Vespres. ¿Conocía a Michel? ¿De qué lo conocía? ¿Qué sabía de él? ¿Por qué, al llegar a Londres, se había dirigido Michel a ella?

Al parecer, Madame Vespres tenía fundadas razones para tener a la policía. Sea como fuere, confesó todo lo que sabía sobre Michel y su hija. ¿La chica? No la conocía muy bien; pero, indudablemente, no era hija de Michel, sino una amiga suya, llamada Gabrielle Bompard. ¿Y Michel? A ese lo conocía mucho mejor. Catorce años atrás había sido su amiga en París. ¿Y el nombre? ¿Cuál era el verdadero nombre? La francesa dudó. Pero, finalmente, acabó por decir lo que se le pedía: el individuo en cuestión se llamaba Michel Eyraud. En ese momento se abrió para Goron el camino hacia el esclarecimiento definitivo del caso Gouffé. Recordó a la pareja que desapareció

de París el mismo día que el ejecutor judicial asesinado. Se trataba de Michel Eyraud y Gabrielle Bompard.

El día 22 de diciembre, Goron estaba otra vez en París, resuelto a dar con el criminal. Antes de Navidad, un confidente le dio una serie de detalles nuevos sobre Eyraud. Éste era un estafador y un aventurero *par excellence*. A pesar de sus 56 años, de su fealdad y de su calvicie, simulada bajo una peluca, había sido un verdadero Don Juan. ¿Y su biografía? Procedía de Saint-Étienne, pero de niño se había trasladado a España con sus padres; hablaba el español a la perfección. Posteriormente aprendió el oficio de tintorero, huyó de su maestro, se enroló en el cuerpo expedicionario francés que partía en dirección a Méjico, y desertó. En 1869 aprovechó una amnistía para regresar a Francia, casó con una mujer rica, la arruinó y la abandonó con un hijo para emigrar a Sudamérica, donde se hizo comerciante de tejidos. En 1882 apareció una vez más en Francia para montar una destilería de alcohol, que acabó en quiebra fraudulenta. Después se metió en otra empresa comercial, que en 1889 se hallaba también al borde de la quiebra. Desde el verano de 1888, Gabrielle Bompard era la amante de Eyraud. Se trataba de una prostituta, hija de un nuevo rico de Lille. Había huido de su casa y afirmaba que, de pequeña, fue hipnotizada y violada. Era una bella muchacha de 20 años, corrompida, embustera, sin conciencia y dispuesta a cometer cualquier delito.

En la fantasía de Goron empezó a perfilarse todo el proceso del asesinato: Eyraud conocía a Gouffé —probablemente al quebrar la destilería, en cuya liquidación debió de intervenir el ejecutor jurídico—; tal vez el estafador supo que los asuntos de Gouffé iban viento en popa y se enteró también de la insaciable pasión que Gouffé sentía por las mujeres. ¿Había utilizado a su amiga Gabrielle como cebo para atraer al ejecutor jurídico? ¿Tenía preparado el baúl en alguna casa de citas, a la que atrajo a su víctima por medio de Gabrielle? ¿Había matado a Gouffé con la esperanza de quitarle las llaves de la caja de caudales? ¿Había tenido la idea de enviar el baúl con el cadáver a Lyon, para abandonarlo en un lugar desierto, a orillas del Ródano? En la mente de Goron se acumulaban las preguntas. Mas el policía presentía que para todas ellas sólo podía haber una respuesta: «Sí». Inmediatamente intentó hacerse con fotografías de Eyraud y Gabrielle Bompard. En cuanto a Eyraud, a princi-

prios de enero de 1890, el policía tenía en sus manos lo que necesitaba. El inspector Garret localizó a Laure Bourgeois, la esposa abandonada por el estafador, la cual le dio algunas fotografías de su marido. Con una perseverancia obsesiva, Goron envió cartas a todas las embajadas y consulados franceses de uno y otro lados del Atlántico; remitió también la fotografía y la descripción personal de Eyraud, y pidió que fueran transmitidas sus indicaciones a las centrales de policía correspondientes en Europa, Norteamérica y Sudamérica. Los periódicos franceses —y, poco después, los ingleses y americanos— empezaron a publicar noticias sobre la apasionante caza de Eyraud.

Finalmente, el día 16 de enero, por la mañana, Goron encontró en su despacho una carta remitida el 8 de enero desde Nueva York. Cuando Goron leyó el nombre del remitente, pensó que se trataba de un error, del escrito de un psicópata ávido de notoriedad. Comparó la carta con algunos papeles escritos que sus hombres habían hallado en la casa de Eyraud. No cabía la menor duda: ¡la carta de Nueva York era del propio Eyraud! Tenía casi veinte páginas, y estaba llena de quejas por el hecho de que en todo el mundo fuese acusado de asesinato. Él había huido de París porque le amenazaba la ruina económica. Gabrielle Bompart lo había mandado a paseo al enterarse de que estaba arruinado. En cuanto a Gouffé, siempre había sido buen amigo suyo. Creía que si alguien había asesinado al ejecutor jurídico, sólo podía ser Gabrielle Bompart. «Seguramente —afirmaba Eyraud— lo ha hecho asesinar por alguno de sus innumerables amantes».

Los días 18 y 20 de enero, cuando Goron se hallaba aún ocupado en descubrir el motivo que pudo mover a Eyraud a escribir tan curiosa carta, recibió otras misivas del presunto asesino. Sin embargo, le esperaba todavía una enorme sorpresa. El día 22 de enero, por la mañana, la secretaria anunció a Goron una visitante. Su nombre: Gabrielle Bompart.

La mujer buscada por la policía correspondía a la descripción que se tenía de ella: pequeña, graciosa, elegante. Pero en los rasgos de aquella muchacha de 20 años se veían las huellas de una vida disipada. «Su sensualidad y su perversión salían casi a flor de piel» (así la describió Goron). No venía sola, sino acompañada por un «americano que parecía de la mejor sociedad». Éste se presentó como Georges Garanger y empezó a hablar in-

mediatamente. Goron pudo oír que, durante un viaje de negocios a Vancouver, Garanger conoció a un negociante francés llamado Vanaerd, que viajaba con su hija Berthe. Garanger se sintió atacado de una pasión fulminante por Berthe y se metió en negocios con Vanaerd. Oyó con entusiasmo que Vanaerd le proponía acompañar a su hija a París y montar allí la nueva empresa; durante el viaje se convirtió en el amante de Berthe y, finalmente, acabó por enterarse de que Vanaerd era el Eyraud de quien hablaban todos los periódicos; el estafador había aprovechado el viaje de Garanger a París para liquidar la recién fundada empresa y desaparecer con el capital de Garanger. Naturalmente, también se enteró de que Berthe era Gabrielle Bompart. Pero su pasión por ella era tan desenfrenada, que creyó a su amante, al decirle ésta que ella no era más que una víctima de Eyraud. Éste era el estafador y el asesino. Eyraud había asesinado a Gouffé y utilizado a la inocente muchacha como cebo para atraer al ejecutor jurídico. Eyraud había alquilado un pequeño apartamento en la Rue Tronson-Ducoudray de París. En él, Gabrielle dio cita a Gouffé para el 26 de julio. ¿Por qué no había de hacerlo? Gouffé no era el único hombre a quien la muchacha se entregaba por orden de Eyraud, a fin de obtener dinero cuando el estafador estaba sin blanca. ¿Por qué, pues, no hacer lo mismo en el caso de Gouffé? Pero la noche prevista para el colquio, Eyraud comunicó a la joven que Gouffé tenía otras ocupaciones y que la cita no se celebraría. Cuando, horas después del momento fijado para la entrevista, Gabrielle regresó al apartamento, encontró a Eyraud con un hombre pelirrojo que se estaba poniendo ya la chaqueta para desaparecer en seguida. El baúl de Londres se hallaba en un rincón del dormitorio. A la mañana siguiente, Eyraud propuso a su amiga hacer un viaje hacia el sur. El baúl fue facturado por ferrocarril. En Lyon, Eyraud alquiló un coche, que condujo él mismo, cargó el cofre y se encaminó a Millery. Una vez allí, reapareció el pelirrojo y se hizo cargo del baúl. Eyraud habló a la muchacha de asuntos de negocios y ambos embarcaron para América.

El americano estaba convencido de la inocencia de Gabrielle Bompart. Inmediatamente después de llegar a París, la convenció para que se presentara a la policía y pusiera fin a todas las falsas sospechas que recaían sobre ella. Gabrielle Bompart asintió con la cabeza a cada una de las palabras de su amigo. «Al

parecer —manifestó después Goron—, esperaba de buena fe que yo sería tan crédulo como su nuevo galán».

Goron tenía una idea algo distinta de cómo se habían desarrollado los acontecimientos. En su opinión, Gabrielle Bompard, una vez en América, vio llegado el momento de separarse de Eyraud y salvar su propio pellejo. Utilizó al americano para presentarse a la Sûreté con una historia verosímil y para «confesar». Ante los asombrados ojos del americano, Goron mandó detener inmediatamente a Gabrielle Bompard y —como se decía por entonces— «cocerla en su famoso figón». La hizo pasar hambre, la interrogó día y noche, envió espías a su celda y la llevó a la casa de la Rue Tronson-Ducoudray. La patrona reconoció inmediatamente a la detenida y se acordó también del enorme baúl. También recordaba el día 26 de julio, pero no que Gabrielle hubiese regresado a casa muy tarde. Al contrario, había recibido a un caballero cuya descripción coincidía con la de Gouffé. Además, había un hecho de gran importancia: el 25 de julio, Gabrielle acudió a un cerrajero de la vecindad para que reforzara el baúl con charnelas de hierro más resistentes. Gabrielle Bompard siguió mintiendo con la tenacidad de que sólo son capaces las mujeres que tienen una propensión patológica a la mentira. No obstante, Goron, hasta principios de febrero, le fue arrancando la verdad detalle por detalle. Acabó por confesar que Eyraud decidió robar a Gouffé y que ella lo sabía. Sin embargo, ella no había sido más que un instrumento. La cabecera de la cama que había en el apartamento tenía detrás una cortina que ocultaba una alcoba. Eyraud clavó en una de las vigas del techo una anilla de hierro y pasó una cuerda a través de ella. En uno de los extremos de la cuerda había un gancho. La noche del 26 de julio, el estafador se hallaba escondido detrás de la cortina cuando la muchacha recibió a Gouffé, el cual temblaba materialmente de deseo. La joven, vestida sólo con un *deshabillé*, ceñido por un cordón, se tendió en la cama, al lado de Gouffé; luego se desabrochó el ceñidor y, en pleno delirio amoroso, lo puso en torno del cuello del amante. Este momento fue aprovechado por Eyraud para atar los dos extremos del cordón a su cuerda y tirar de ella con todas sus fuerzas. Sin embargo, Gouffé empezó a gritar y Eyraud tuvo que agarrarle el cuello con las manos y estrangularlo. Los hechos coincidían plenamente con la interpretación del doctor Lacassagne. Después del asesinato,

Eyraud envolvió en hule el cadáver, lo ató como un paquete y lo metió en el baúl. Gabrielle, llena de terror —según ella—, se había quedado sola con el muerto durante varias horas, mientras Eyraud intentaba desvalijar la oficina de Gouffé. Lleno de ira por su fracaso, regresó y apaleó a la muchacha. Inmediatamente, «sin vergüenza, y a pocos metros del cadáver», se acostó con ella. Siguió luego el transporte del baúl a la estación, el viaje a Lyon y el viaje a Millery. Junto al Ródano, Eyraud sacó el cadáver del baúl y lo arrojó al río; finalmente, destruyó el cofre y lo dejó abandonado en la orilla. Ésta era la historia. Goron llevó otras tres veces a Gabrielle a la Rue Tronson-Ducoudray. Descubrió la anilla de hierro en la viga del techo y parte de la cuerda utilizada por Eyraud.

Desde la detención de Gabrielle Bompard, todo París se hallaba en plena fiebre de sensacionalismo. Familias enteras, con los abuelos, padres e hijos, acudían en masa a la Rue Tronson-Ducoudray para contemplar la casa del asesinato. El 7 de febrero, el juez de instrucción Dopffer envió a la detenida a Lyon, escoltada por dos inspectores, a fin de proceder a un reconocimiento; para contener a la multitud, hubo que emplear la caballería. Hubo incluso personas que —movidas por una perversa admiración hacia una asesina— lanzaron flores a Gabrielle Bompard. Sin embargo, el 10 de febrero acabó la pesadilla. Goron no abrigaba ya la menor duda de que conocía toda la historia del asesinato de Gouffé, con una sola excepción. Tenía la convicción de que el verdadero papel desempeñado por Gabrielle Bompard no había sido el de una víctima obligada a ayudar al asesino, sino el de una cómplice consciente por completo.

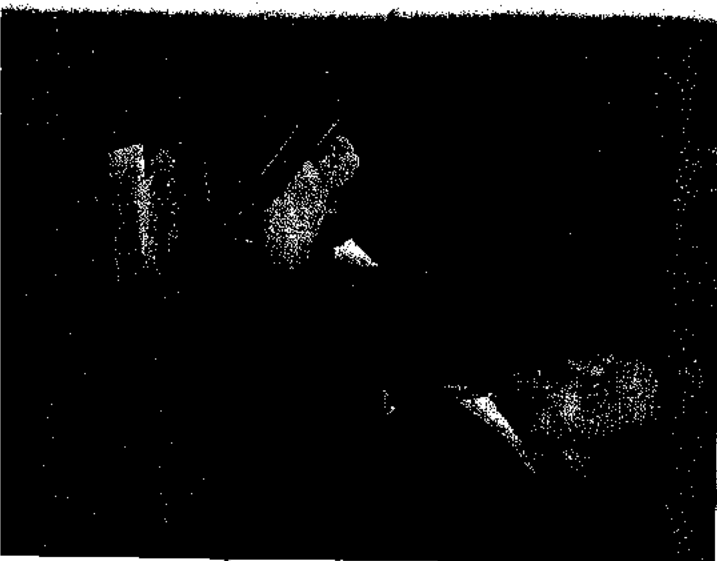
Por segunda vez, Goron envió órdenes de búsqueda y captura a todas las representaciones que la policía francesa tenía al otro lado del Océano. Estas notificaciones estaban aún en camino cuando Eyraud dejó oír su voz una vez más. Las confesiones de Gabrielle Bompard lo indujeron a enviar su propia versión del caso a «L'Intransigeant». La publicación de las cartas de Eyraud desencadenó nuevas oleadas de histeria. Escritas en un francés infernal, dictadas por la sed de venganza y fantásticas hasta la más absoluta inverosimilitud, las informaciones de Eyraud daban toda la culpa del crimen a Gabrielle Bompard y a uno de sus amantes. Lo único que de aquellas misivas interesaba a Goron era el lugar donde habían sido lanzadas al correo.

Por las mismas fechas en que «L'Intransigeant» publicaba las últimas partes de las réplicas recibidas, hacia el 19 de mayo, Eyraud fue reconocido en La Habana por un francés que residía en la capital cubana. A la noche siguiente, la policía de Cuba detenía al asesino al salir de un burdel. El 24 de mayo, los inspectores Soudais y Gaillard iban ya camino de La Habana a bordo del vapor «La Bourgogne», dispuestos a hacerse cargo de Eyraud para llevarlo a París. Cuando el «La Fayette», en el que regresaban los dos inspectores con el detenido, fondeaba en Saint-Nazaire, el día 30 de junio, una inmensa multitud estaba esperando en el muelle. Un hombre llevaba un papagayo que repetía sin cesar el nombre de Eyraud. Los periodistas se encaramaban a los estribos del tren que condujo a Eyraud a París. Aquel mismo día, un grupo de negociantes oportunistas alquilaban la casa de la Rue Tronson-Ducoudray para ganar dinero abriendo a la curiosidad pública la habitación del crimen. Reinaba un clima de sensacionalismo, en el que campaban por sus respetos los más oscuros y bajos instintos.

Finalmente, el 16 de diciembre de 1890 se inició el último acto —tempestuoso y apto para excitar a las masas por última vez—: el proceso contra Eyraud y Bompart ante el tribunal del Sena. Desde el primer momento, la situación de Eyraud fue desesperada. Por el contrario, Gabrielle Bompart desempeñó el mismo juego de toda su vida, el de la «culpable inocente». Tuvo una magnífica ayuda en un defensor tan dotado de fantasía como carente de escrúpulos: Henri Robert. Utilizó la afirmación de la acusada según la cual, de niña, fue violada en estado hipnótico, y manifestó que también en el caso Gouffé había intervenido en el mismo estado de hipnosis. Explotó una polémica que en aquellos días ocupaba a los médicos de una especialidad nueva: la neurología. ¿Era posible hipnotizar a una persona hasta el punto de obligarla a cometer un asesinato? Los neurólogos e hipnotizadores llenaron la sala de audiencias y pusieron una misteriosa nota en la última escena del drama. El 20 de diciembre terminó el espectáculo. Daban las 9 de la noche cuando el presidente del tribunal pronunciaba la sentencia: «Pena de muerte para Eyraud y veinte años de trabajos forzados para Gabrielle Bompart». Diez semanas después, el 2 de febrero de 1891, la cabeza de Eyraud caía bajo la cuchilla del verdugo parisense Deibler. A la misma hora, los boulevards de París



El terror del gangsterismo de los años treinta (*arriba*) exigió reformas en la policía y la intervención del F. B. I. de Hoover en todo el país. A Edgar Hoover (*abajo, izquierda*) debe Estados Unidos la moderna organización policíaca que combatió eficazmente el crimen. El edificio del F. B. I. en Washington (*abajo, derecha*).



estaban llenos de vendedores que ofrecían al público pequeños baúles con un cadáver de plomo en el interior. El baúl llevaba la inscripción: «El caso Gouffé».

5

Aunque el caso Gouffé llamó considerablemente la atención de la opinión pública sobre la medicina forense y la importancia de esta nueva ciencia, no podemos decir que fuera el único. Ya en 1882, un proceso sensacional, que dividió a la monarquía austrohúngara en dos bandos que luchaban entre sí encarnizadamente, hizo que todas las miradas se concentraran en la segunda cuna de la medicina legal: Austria-Hungría.

El escenario de los sucesos en cuestión fue una pequeña aldea húngara, Tisza-Eszlár, en el condado de Szabolcs, a orillas del Theiss, no muy lejos de Nyíregyháza. Tisza-Eszlár se componía de tres núcleos de población muy dispersos en la *puszta*: la «aldea nueva» Ujfalu, la «aldea eslovaca» Tottalu y la «aldea vieja» Ofalu. Los habitantes eran católicos, miembros de la Iglesia reformada y judíos.

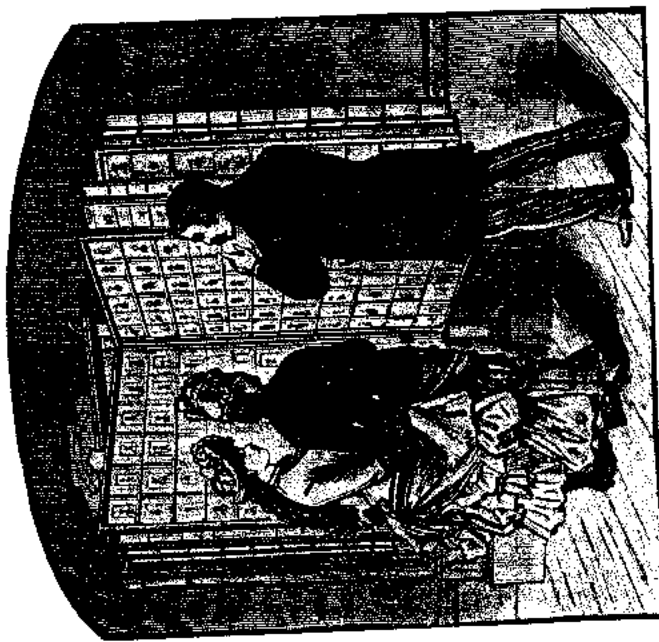
El 1 de abril de 1882, durante la Pascua, la sirvienta Esther Solymossi, cristiana de 14 años, salía de la casa de su señora en Ujfalu y se dirigía a Tottalu para comprar un colorante en la tienda de un comerciante llamado Kohlmayer. Esther hizo su compra, y cuando regresaba fue vista aún por su hermana Sophia. Pero no llegó nunca a Ujfalu. Su señora, la madre de Esther —viuda de Solymossi— y otros familiares buscaron a la chica hasta la noche, pero no hallaron el menor rastro de la desaparecida. Cuando la madre de Esther pasaba corriendo por delante de la sinagoga, encontró al servidor de aquel templo, Joseph Scharf, y a su mujer. La viuda lloraba, y Scharf intentó consolarla. Seguramente Esther volvería. Hacía unos años había desaparecido también un niño en la vecina aldea de Nanás. Todo el mundo acusó a los judíos de haberlo matado. Pero en realidad se había perdido en la *puszta* y volvió sano y salvo a los brazos de su madre.

El día 8 de abril, Esther no había vuelto aún, y entonces el comisario de la Seguridad, Recsksy, de Nagyfalva, se encargó de organizar la búsqueda por todo el distrito. Pero también estas

13. JÜNGEN THORWALD. Investigación Criminal



La introducción de métodos científicos de identificación en Estados Unidos fue obstaculizada por el estado caótico en que se encontraba el sistema de organización de la policía. Es característico el hecho de que no fuera la policía, sino la agencia de detectives de Allan Pinkerton (*arriba*) —que aparece descalzo en el grabado—, la que dio forma a la criminalística norteamericana. La gran realización criminalista era la lección de fotografías de delinuentes reunida por el inspector Bynes en Nueva York (*abajo*).



pesquisas fueron inútiles. A primeros de mayo empezaron a difundirse por la aldea ciertos rumores, que pronto se extendieron como un reguero de pólvora. Se decía que Samuel Scharf, hijo del servidor de la sinagoga, un niño de 5 años, había contado lo siguiente: «Papá llamó a Esther a casa, la lavó y la llevó con él al templo. El carnicero judío la mató. Yo y mi hermano Moritz vimos la sangre que caía en un plato...».

Jamás pudo explicar nadie cuál fue el origen de semejante rumor. El distrito al que pertenecía Tisza-Eszlár era representado en el Parlamento por el diputado Onody, uno de los más furibundos antisemitas de lengua húngara. Siempre que podía, hacía la vida imposible a los judíos. Todos los medios le parecían buenos. Era de los que difundían la más maliciosa calumnia inventada jamás contra los judíos: la historia del asesinato ritual, inventada en la Edad Media como «motivo» para los pogroms. Se decía que los judíos necesitaban sangre de cristianos para sus ceremonias, y que mataban niños cristianos para preparar con su sangre la masa del pan pascual, no fermentado. Después se habló de que la vida Solymossi se había acordado de que, el 1 de abril, Joseph Scharf le había hablado del niño perdido en Nanás, de cuya desaparición habían sido acusados los judíos. Se dijo que, probablemente, Scharf tenía mala conciencia cuando dijo que en aquella ocasión los judíos fueron injustamente acusados. La vida contó al comisario Reesky lo que le había dicho Scharf, y éste lo comunicó a Onody. El diputado sugirió a algunas familias que sus hijos consacraran a Samuel Scharf, que le atrajeran con golosinas y pusieran en boca del niño de 5 años palabras que ni él mismo podía comprender.

El 19 de mayo se presentaron en Tisza-Eszlár, procedentes de Nyireghaza, el juez de instrucción Bary con su escribiente Piczely, los comisarios Reesky y Pay y varios *panduros*, policías montados. Iban dispuestos a iniciar una investigación contra Joseph Scharf. Bary era un oportunista violento y obtuso, y... partidario de Onody. Llegó a Tisza-Eszlár convencido de que los judíos habían matado a Esther Solymossi y de que su misión era detener a los culpables. Hizo varias preguntas al pequeño Samuel Scharf y tomó una nota oficialmente de unas manifestaciones que —real o supuestamente— hizo el chiquillo con la desenfrenada fantasía infantil, que tanto conoce y teme cualquier juez de instrucción consciente de su responsabilidad.

Las historias que contaba el niño eran tan contradictorias, que difícilmente habrían convencido a otro juez de instrucción. Bary, en cambio, mandó que Joseph Scharf y su hijo Moritz, de 14 años, fuesen conducidos al llamado *Kallaysche Kastell*, en Tisza-Eszlár, donde el juez había instalado su cuartel general.

Joseph Scharf, hombre relativamente culto y educado, declaró que todas las manifestaciones de Samuel eran producto de una fantasía infantil, influida por violencias exteriores perfectamente conscientes. Por su parte, Moritz negó que jamás había visto nada de lo que contaba su hermano menor. Pero Bary poseía una sensibilidad especial para descubrir las debilidades humanas, una sensibilidad que a veces caracteriza a las personas estúpidas. Se dio cuenta de que Moritz tenía un carácter débil, influible y ligeramente psicopático. El 21 de mayo entregó a Moritz al escribiente Piczely y al comisario Reesky. Tenían que separarlo de sus padres, llevarlo a Nyireghaza y obtener de él «cualquier confesión aprovechable». Durante el viaje, Reesky y Piczely pernoctaron en la casa del primero, en Nagytalu; encerraron a Moritz en un establo oscuro y le dijeron que pasaría en él el resto de sus días si no confesaba que había visto el sacrificio de Esther Solymossi. Si confesaba, no le ocurriría nada. Tanto le pegaron y le tiraron de las orejas, que, a medianoche, el muchacho estaba dispuesto a confesar todo lo que quisieran. La criada de Reesky, que había presenciado el interrogatorio, se lo contó a algunos vecinos. Reesky se enteró de ello y mandó a uno de sus policías que azotara a la muchacha, hasta que ésta juró que jamás diría una palabra sobre lo que había visto aquella noche.

Piczely envió inmediatamente algunos *panduros* a Tisza-Eszlár para que alertaran a Bary. De madrugada, el juez de instrucción llegaba a Nagytalu y recogía satisfecho las declaraciones de Moritz Scharf. Eran las siguientes: «Mi padre, el servidor de la sinagoga Joseph Scharf, llamó a Esther Solymossi cuando pasaba por la calle. El mendigo judío Wollner, que vivía con nosotros, la llevó a la sinagoga, la hizo tender en el suelo y la desnudó hasta dejarla en camisa. Estaban presentes, además de mi padre y Wollner, el carnicero Schwarz, Buxbaum y Braun, y también Adolf Junger, Abraham Braun, Samuel Lustig, Lazar Weistein y Emanuel Taub. Braun y Buxbaum sujetaron a Esther; el carnicero Schwarz le cortó el cuello con un cuchillo.

La sangre fue recogida y vertida en un bote. Yo miraba por el ojo de una cerradura y pude verlo todo... Esther Solymossi, a quien ya conocía de antes, llevaba piedra de Galizia —el colorante que la muchacha había comprado— en un viejo paño de color amarillo... Mi hermano Samuel no ha visto nada. Yo se lo he contado todo...».

Bary estaba tan convencido de que eran posibles semejantes ritos judíos, que consideró perfectamente verosímil lo que declaró Moritz. Mandó que el muchacho fuese llevado a Nyireghaza y que viviera en la casa del carcelero Henter. Éste recibió la orden de mantener aislado a Moritz del ambiente circundante y de recordarle a diario que, si cambiaba su declaración, ingresaría en la cárcel. Luego, Bary detuvo a todos los ciudadanos judíos mencionados por Moritz; gentes que habitaban en diversas aldeas del distrito.

Sin excepción, afirmaron que no sabían nada de los acontecimientos. Schwarz, Buxbaum y Braun habían ido a Tisza-Eszlár el 31 de marzo para presentar su candidatura al puesto de canicero, que estaba libre. El día 1 de abril, por la mañana, asistieron al servicio divino; luego salieron de la sinagoga y no volvieron a entrar en ella. Wollner era un mendigo que, casualmente, había encontrado refugio en casa de Scharf el mismo día 31 de marzo, y luego había seguido su camino. El propio Joseph Scharf estuvo en la sinagoga durante el servicio divino, y al terminar se fue a su casa. Hacia las 12 de la mañana comió en compañía de sus tres hijos, entre ellos, Moritz y Samuel. Cuando salió de la sinagoga, él mismo la cerró y nadie volvió a entrar en ella. Scharf se negó a creer que Moritz hubiese hecho la declaración que le presentaron. Desesperado, lo negó todo una y otra vez, ora con cansancio, ora con indignación, pero siempre con firmeza. Los restantes detenidos aseguraron que habían vuelto a casa inmediatamente después del servicio divino, es decir, cuando Esther Solymossi se hallaba aún camino de Totfalu. Sus familias lo atestiguaron; pero Bary hizo caso omiso de tales testimonios.

Las primeras noticias de lo ocurrido en Tisza-Eszlár cayeron en terreno favorable cuando empezaron a difundirse a través de Austria-Hungría. En el país reinaba un antisemitismo más o menos público. Los periódicos estaban llenos de noticias y comentarios. Los judíos fueron maltratados, saqueadas sus casas;

los criados cristianos abandonaron las casas judías por temor a ser asesinados. Bary recibió innumerables cartas que aprobaban su actitud. Unos desconocidos le enviaron una supuesta receta judía sobre «la mejor forma de preparar una comida con la sangre de una doncella cristiana». Bary adjuntó dicha receta a las actas del caso. Se enviaron comandos a registrar la sinagoga; se levantó el suelo; se abrieron los sótanos de las casas de todos los detenidos, se destrozaron incluso barriles de vino, con la pretensión de encontrar el cadáver de Esther Solymossi.

A tales extremos había llegado Bary cuando, el 18 de junio de 1882, ocurrió algo que superó en sensacionalismo a todos los sucesos anteriores. La mañana de aquel día cálido del mes de junio, el guarda rural de Tisza-Eszlár sacó del río Theiss un cadáver femenino. La muerta llevaba en la mano izquierda un hato de paño que contenía un colorante azul. El guarda sabía —como todo el mundo— que, el día de su desaparición, Esther Solymossi había comprado un colorante. Rápidamente se difundió la noticia de que Esther había sido hallada y de que su cuerpo no presentaba la menor señal de degollación.

Excitado, Bary corrió a Tisza-Dada. Si la muerta era realmente Esther Solymossi y si no presentaba ninguna herida, todo el edificio de su acusación se vendría abajo como un castillo de naipes. El juez mandó que la madre de la muchacha, los vecinos y parientes, acudieran a Tisza-Dada. La viuda Solymossi dijo que la muerta llevaba un traje igual al de su hija Esther. Pero, con gran satisfacción de Bary, afirmó que no podía tratarse de su hija. La viuda no dio ningún motivo, y Bary tampoco se lo pidió. Algunos vecinos confirmaron la declaración de la madre; otros afirmaron que, en su opinión, la muchacha muerta era Esther. El 19 de junio, por la mañana, Bary envió al lugar del hallazgo a los cirujanos Trajtler y Kiss y al estudiante de medicina Horvath. Tenían que averiguar si la muerta era una muchacha de 14 años y si podía haber estado en el agua desde la fecha en que desapareció Esther, es decir, desde el 1 de abril.

Trajtler y Kiss eran médicos del distrito; pocas veces en su vida habían efectuado autopsias. Y Horvath no había acabado aún sus estudios. El 20 de junio presentaron un informe al juez de instrucción. Contenía, en esencia, los datos siguientes: 1) El cadáver pertenecía, sin duda, a «un individuo que tenía por lo menos 18 años, pero que podía llegar muy bien a los 20». Así lo

demostraba el «desarrollo general del cuerpo», el estado de los dientes y el hecho de que el hueso frontal tuviera la junta crecida. 2) Los órganos genitales se hallaban tan abiertos, que probablemente la muchacha había tenido frecuentes contactos con hombres. 3) Hacía unos diez días que estaba muerta. El cutis era blanco y no presentaba el menor signo de corrupción. Las entrañas estaban muy bien conservadas. 4) El corazón y las venas estaban completamente vacíos de sangre. La chica había muerto, por tanto, de anemia. 5) La piel era muy suave. Las manos y los pies estaban muy cuidados, especialmente las uñas. La muchacha no había andado nunca descalza y pertenecía a una clase acomodada, poco acostumbrada a trabajos duros o manuales.

Ninguna de las conclusiones correspondía a Esther Solymossy. Esther tenía 14 años, no era anémica ni había tenido tratos con hombres; su piel estaba tostada por el sol, sus manos, acostumbradas al trabajo, y, además, solía andar descalza. Por añadidura, no había desaparecido diez días antes, sino que hacía ya más de dos meses y medio que no se sabía nada de ella.

Bary vio confirmada toda su actuación. Pero aún no se dio por satisfecho. Sus recelos y su odio contra los judíos lo indujeron a relacionar con los judíos de Tisza-Eszlár el misterio del cadáver hallado en el río. El hecho de que la muerta llevara un vestido como el de Esther Solymossy y un hato con un colorante, despertó en él la sospecha de que los amigos de los detenidos habían «disfrazado» otro cadáver, para hacer creer que Esther se había ahogado y proteger así a sus correligionarios de las acusaciones de asesinato que pesaban sobre ellos. Sin pensarlo más, tomó una decisión al recibir una carta anónima de alguien que, al parecer, había tenido la misma idea. En la carta se acusaba a un barquero del Theiss, llamado Jankel Smilovics, como cómplice del segundo asesinato. El anónimo correspondiente afirmaba, además, que la idea del segundo cadáver procedía de Amsel Vogel, de Tisza-Eszlár. Dos judíos habían llevado el cadáver en coche hasta Tisza-St. Marton y lo habían entregado a Smilovics. El barquero judío David Herschko lo llevó luego a Tisza-Eszlár, atado debajo de una balsa. Una vez en la aldea, una judía desconocida proporcionó un vestido semejante al de Esther Solymossy, y un hato con colorante. El barquero cristiano Ignaz Matthey había sido sobornado y ayudó a vestir el cadáver.

Bary mandó detener a Smilovics, Herschko y Vogel, y conducirlos al Kallaysche Kastell. Lo negaron todo. Inmediatamente, el comisario Pay obligó a Vogel a beber algunos litros de agua fría, hasta hacerlo retorcer de dolor. Luego fue obligado a correr delante de un coche hasta que cayó extenuado. Finalmente, confesó lo que se quería que confesara. También Smilovics confesó por miedo a las torturas. Sin embargo, no estaba en condiciones de dar los nombres de los dos judíos que le dieron el cadáver en Tisza-St. Marton, y, por ello, todos los habitantes judíos de Tisza-Eszlár fueron obligados a presentarse y a formar militarmente ante el ayuntamiento de la aldea. Bary pidió a Smilovics que identificara a los dos desconocidos. Presa de terror, Smilovics señaló a los dos que encabezaban la línea, Martin Gross e Ignaz Klein. Fueron apaleados y obligados a tragar agua hasta que gritaron: «Pédime lo que queráis...», lo dijo todo...». Herschko fue obligado, a golpes, a firmar una declaración. Estaba escrita en húngaro, lengua que el detenido desconocía. El único que escapó a la detención fue Matthey; sin embargo, recibió tantos bastonazos en las plantas de los pies que acabó por confesar su conocimiento del asunto. Cuando los detenidos ingresaron en la prisión de Nyíregyháza, el diputado Onody pidió al carcelero: «Hacedlos pasar por delante de mi castillo, para que mi mujer y mis amigos se diviertan».

Esta nueva evolución de los acontecimientos provocó una oleada de discusiones y de excitación más allá de las fronteras del Imperio austro-húngaro. El caso de Tisza-Eszlár se convirtió en objeto de los debates parlamentarios en Budapest y Viena. El fiscal general de Budapest no vio más salida que iniciar una revisión a fondo de todo el asunto. El encargado de la misma fue el fiscal Szeifert. Al mismo tiempo, algunos de los más famosos defensores húngaros se mostraron dispuestos a hacerse cargo de la causa de los detenidos, entre ellos, el diputado Karl von Eötvös. En octubre de 1882, después de consultar el sumario y hablar con algunos de los detenidos, Eötvös se convenció de que no había el menor indicio que permitiera demostrar la existencia de un «crimen de sinagoga». Según él, todo el caso se basaba en una serie de rumores, prejuicios, falta de escrúpulos y odio racial, sin el menor fundamento jurídico. ¿De qué podía servir el testimonio principal, de Moritz, de un muchacho indigno de ser creído, psicópata y obligado a declarar después

de ser sometido a toda clase de violencias? ¿De qué valían las restantes confesiones? De nada. Todos los acusados volverían a negar su crimen tan pronto como se sintieran a salvo de nuevas torturas por parte de Bary. Eötvös dedicó su principal atención al cadáver del río Theiss. Leyó el informe de Trajtler, Kiss y Horvath. En otros procesos de Budapest —en los que él había intervenido o había presenciado como observador— tuvo ocasión de entrar en contacto con los primeros médicos forenses de Hungría, hombres que habían adquirido sus conocimientos en Francia. Sus nombres eran Ajtai y Belki. Sin embargo, Eötvös había estado con frecuencia en Viena y sabía que, desde el año anterior, funcionaba en aquella capital una escuela de medicina forense, bajo la dirección del profesor Eduard von Hofmann. Éste adquirió una gran celebridad al identificar, entre las víctimas carbonizadas del incendio ocurrido en el Ringtheater, a muchos hombres y mujeres. Para ello estudió sus dientes o algunas particularidades de su esqueleto. Así, pues, Eötvös tenía una idea aproximada de lo que era la medicina legal. Tras estudiar la autopsia de Tisza-Dada, tuvo la sospecha de que aquello era un trabajo de aficionados. Ahora bien, si los cirujanos se habían equivocado en su diagnóstico y el cadáver no pertenecía a una muchacha o a una mujer mayor, sino a Esther Solymossis, ¿qué quedaría de toda la acusación?

Eötvös se aseguró la ayuda de Johannes Belki, de Budapest. Sin embargo, el hecho de que éste sólo tuviera 32 años, hizo que Eötvös considerara prudente solicitar el apoyo de otros dos patólogos de más edad. No eran médicos forenses, mas, por su edad y dignidad, servían para dar más peso al trabajo de Belki. El 3 de noviembre de 1882, Eötvös solicitó a Bary que fuera exhumado el cadáver de Tisza-Dada y que realizaran una nueva autopsia los profesores de Budapest. Bary rechazó de plano la solicitud. Entonces Eötvös tuvo una sorpresa que jamás hubiese esperado. El fiscal Szeiffert apoyó su demanda. Eötvös no había caído aún en la cuenta de que el propio Szeiffert, al estudiar el sumario, también se había convencido de que no existían pruebas contra los acusados. Si siguió con la acusación, fue porque la opinión pública de todo el país no le dejaba otra alternativa.

El 3 de diciembre de 1882, los profesores Scheuthauer, Mikalcovics y Belki, recibieron la orden de exhumar el cadáver

del Theiss y estudiar una vez más su posible identidad con Esther Solymossi. El 7 de diciembre, los médicos llegaron a Tisza-Dada. Cuatro semanas más tarde, el 8 de enero, enviaron al fiscal y al juez un diagnóstico que contenía los siguientes apartados fundamentales: 1) El cadáver pertenecía a una muchacha que no podía pasar de los 14 ó 15 años de edad. 2) Había estado en el agua entre dos y tres meses. 3) Los médicos Trajtler y Kiss, y el candidato Horvath, al desconocer totalmente los cambios que la muerte en el agua produce en la piel humana, habían caído en un lamentable error cuando afirmaron que la muchacha jamás había andado descalza. 4) En ningún caso podía afirmarse que la muchacha hubiera tenido contacto con hombres. 5) Era muy probable que el cadáver perteneciese a Esther Solymossi. Hacía mucho tiempo que en todo el distrito no había desaparecido nadie, con excepción de Esther. Este hecho sólo podía fortalecer la convicción de que el cadáver del Theiss era el de Esther Solymossi, y de que la muchacha se había caído al agua por accidente o por otras causas desconocidas.

Bary se negó a incluir en el sumario el informe de los médicos de Budapest. En mayo de 1883, cuando era seguro que el 19 de julio Szeiffert elevaría su acusación ante el tribunal de Nyireghaza contra todos los detenidos, por asesinato, complicidad y retención de un cadáver, Eötvös resolvió asegurarse el dictamen de la máxima autoridad con que contaba la medicina legal austríaca. Se dirigió, pues, al profesor Eduard von Hofmann, de Viena.

6

En aquellos días funestos, en que el odio y la ofuscación prevalecían contra el terror indefenso, Eduard von Hofmann tenía 45 años. Era un hombre robusto, de espesa barba. Estaba lleno de aquella vitalidad que se consume rápidamente.

Si, en el último cuarto del siglo pasado, Austria-Hungría recibió el título de segunda cuna de la medicina legal —después de Francia—, este mérito correspondía, principalmente, a Hofmann. En la parte checa de la monarquía danubiana —en la ciudad de Praga—, Hofmann había sido discípulo de los precursores de la medicina legal Maschka y Popel. Desde 1865 dio

clases de patología forense en aquella ciudad, que contaba con dos universidades, una checa y otra alemana. En 1869, a los 32 años, fue llamado a Innsbruck como profesor de medicina legal. Allí se encontró con unas condiciones extraordinariamente precarias: no había ningún instituto especial ni aula alguna. La situación se caracterizaba por la típica polémica con los patólogos que no querían reconocer la independencia del aspecto criminalístico de la Patología. En Innsbruck, Hofmann desplegó toda su energía para combatir el «error de los que creen que cuando existe un buen conocimiento de la medicina, la aplicación a objetivos forenses se da por sí sola». En seis años creó las bases para que sus sucesores, Kratter, Dittich, Ipsen y Meixner convirtieran la universidad de Innsbruck en uno de los centros más importantes de la medicina legal en Austria.

En 1875, cuando Hofmann pasó a Viena, encontró completamente abandonada la llamada «cátedra vienesa de medicina legal», famosa en la primera mitad del siglo XIX. En lucha con los patólogos, consiguió que el Instituto de Medicina Legal—que, a su llegada, estaba aún en el depósito de cadáveres del Hospital General—tuviera el derecho indiscutible de llevar a cabo todas las investigaciones forenses y todas las autopsias de asesinatos. En ellas no podía intervenir ningún otro patólogo.

En junio de 1883, al hacerse cargo del caso Tisza-Eszlár, se estaba construyendo ya un edificio, situado al lado del depósito del Hospital General y destinado a albergar una gran aula para las clases de medicina legal. En pocos años, el nuevo edificio se convertiría en una especie de Mecca para innumerables estudiantes de toda Europa y del resto del mundo.

Hofmann era un hombre frío y objetivo. Sus lecciones eran casi monótonas, porque para él sólo contaban los hechos. Por ello nadie notó la excitación que lo dominaba cuando tuvo en sus manos el informe de Trajler, Kiss y Horvath, efectuado entre el 19 y el 20 de junio de 1882. El informe representaba precisamente todo aquello que Hofmann venía combatiendo desde hacía quince años: la errónea creencia de que cualquier médico era capaz de hacer descubrimientos en el campo de la medicina legal. Aquel informe encerraba tal error, y de un modo tan espantoso, que casi podía utilizarse como prueba, como advertencia para cualquier juez o acusador.

En aquel caso, Hofmann se vio en la poco satisfactoria si-

tuación de tener que juzgar algo no visto con los propios ojos. Los únicos datos seguros de que disponía eran los informes de los médicos de Budapest, los cuales demostraban, sin duda, una conciencia profesional y una precisión científica muy notables. Pero los errores de los médicos de Tisza-Dada eran tan sorprendentes; el desconocimiento de aspectos fundamentales de la medicina resultaba tan grotesco, que Hofmann no necesitaba ver las cosas con sus propios ojos. Le bastaba con remitirse a las experiencias sobre ahogados, adquiridas en Praga y en Viena, para probar que el informe de Tisza-Dada acumulaba error sobre error, y que sus autores no poseían ni siquiera los más imprescindibles y mínimos conocimientos sobre la medicina legal.

Por ejemplo, había la cuestión de la edad de la muchacha. Los médicos de Tisza-Dada basaban su juicio en la «impresión general», la observación superficial de la dentadura y la junta frontal. Lo mismo que Lacassagne, Hofmann tampoco podía conocer a fondo los cambios que la edad producía en el esqueleto humano. Tales transformaciones serían descubiertas en el transcurso del posterior desarrollo de la medicina legal. Sin embargo, las experiencias de Hofmann constituían el grado máximo de conocimiento alcanzado en la época. El hecho de que los médicos de Tisza-Dada afirmaran que la junta frontal era signo de que el cadáver debía de pertenecer a un adulto, no hacía más que demostrar su absoluta ignorancia. Era un hecho mil veces probado que la junta frontal de una persona se formaba a los 2 años de edad. El examen correcto de la dentadura que habían efectuado los médicos de Budapest, indicaba que existían todos los dientes; sólo las muelas del juicio no habían salido del todo. Las muelas posteriores, que aparecían a los 12 ó 13 años, estaban completamente formadas. Así, pues, la muchacha había superado dicha edad. Las muelas del juicio se formaban, generalmente, entre los 16 y los 17 años; el estado en que se hallaban en este caso, demostraba que la muerta no había llegado aún a esa edad. Por consiguiente, la edad de la muchacha oscilaría entre los 12 y los 17 años. Por otra parte, se sabía que, en algunos casos, las muelas del juicio salen entre los 24 y los 25 años; por ello, Hofmann no se basó únicamente en la dentadura para su juicio. Recurrió también a la descripción exacta del esqueleto efectuada por Belki. Los médicos de Tisza-Dada no examinaron para nada el esqueleto. La experien-

cía demostraba que en las partes cartilaginosas infantiles de los omóplatos se formaban núcleos óseos sólo a partir de los 14 años. El cadáver del Theiss no los tenía aún. Además, las tres partes del hueso coxal se unían sólo entre los 16 y los 18 años, y el cadáver de la muchacha las tenía separadas. Otros muchos detalles del esqueleto demostraban que la muerta se acercaba más a los 13 que a los 18 años. En cuanto a la distensión de los órganos sexuales, Hofmann había tenido innumerables experiencias que le habían demostrado cómo el agua relaja los tejidos, hasta el punto de que se distienden de un modo anormal. Era evidente que los médicos de Tisza-Dada habían acumulado un error tras otro. Hofmann llegó a la conclusión de que el cadáver del Theiss pertenecía a una muchacha que tenía la edad de Esther Solymossi.

En segundo lugar, quedaba por discutir la afirmación de los médicos de Tisza-Dada, según la cual el cadáver no había estado en el agua más de diez días. Con bastante frecuencia, Hofmann había visto cadáveres de ahogados que, después de permanecer varios meses en el agua, conservaban una sorprendente frescura. Siempre se trataba de cadáveres que no habían vuelto a la superficie —como suele ocurrir en los ahogados—, sino que habían permanecido bajo el agua por cualquier impedimento. Los cadáveres que emergían a la superficie del agua estaban expuestos a la influencia corruptora del aire; esto no ocurría cuando el cadáver no salía a flote, en especial si el agua era fría y corriente. El agua conservaba frescos los órganos interiores del cadáver. La piel se volvía pálida. La epidermis se iba separando de la dermis al relajarse los tejidos. A las pocas semanas, la epidermis de manos y pies podía ser arrancada —con las uñas incluidas—, o bien era ya arrancada por la misma corriente del agua. Saltaban grandes zonas de epidermis, que dejaban al descubierto las puntas de los vasos sanguíneos. El cuerpo perdía, pues, toda la sangre.

Todos estos fenómenos, completamente naturales, habían llevado a los médicos de Tisza-Dada a conclusiones tan disparatadas, que casi resultaban increíbles. El «frescor» los indujo a creer que el cadáver llevaba pocos días en el agua. La falta de sangre los indujo a afirmar que la muerte había sobrevenido por anemia, cuando en realidad Esther Solymossi había sido siempre una muchacha sana. Sin embargo, lo más característico

era la afirmación de que la muchacha no había efectuado nunca trabajos corporales y de que jamás había andado descalza como la pequeña Esther. Además, las manos y los pies, así como las uñas, demostraban que se trataba de una señorita de buena familia. Trajtler, Kiss y Horvath se habían dejado engañar por el cutis, que seguramente parecía de una gran suavidad. Los lechos de las uñas —las cuales habían desaparecido totalmente— los indujeron a creer que se trataba de unos uñas muy cuidadas. De hecho, los médicos de Budapest no habían encontrado en el cadáver una sola uña, ni en las manos ni en los pies. Por su parte, Hofmann conocía a muchos estudiantes de los cursos superiores a quienes aún era preciso poner en guardia antes tales ilusiones. Al final de su informe, el médico vienés afirmaba: «El mundo de la medicina legal tiene sus secretos, que piden ser descubiertos y estudiados. Los sucesos de Tisza-Dada me parecen un ejemplo manifiesto de los errores que amenazan a la ciencia jurídica cuando desprecia una ciencia especializada...»

En julio de 1883, cuando Hofmann enviaba su informe a Karl von Eötvös, no aseguraba que el cadáver del Theiss fuese Esther Solymossi; lo único que afirmaba es que la muchacha tenía la edad de Esther y que llevaba unos meses en el agua. El grueso legajo iba camino de Nyireghaza cuando el proceso contra los judíos de Tisza-Eszlár se hallaba ya en plena marcha. Había comenzado el 13 de junio.

La sala de audiencias de Nyireghaza era el escenario de una insólita lucha entre la razón y el odio, entre el juicio objetivo y la ofuscación más brutal. Los métodos del juez de instrucción Bary quedaron en ridículo. El escribiente Piczely fue desmascarado como antiguo asesino y presidiario. No cupo ya la menor duda de que Moritz Scharf fue inducido a mentir mediante la coacción y el terror. Ni los prejuicios y debilidad del presidente del tribunal Kornis, ni los gritos de los airados espectadores, ni los desenfrenados ataques del diputado Onody contra el fiscal Szeiffert impidieron que quedara al descubierto el entresijo de rumores, mentiras y chantajes. Tampoco pudieron impedir que los profesores de Budapest, cuyo dictamen no fue incluido en el sumario, declararan como testigos. Además, para reforzar su testimonio, Eötvös presentó también el informe de Hofmann, cuyo dictamen, con sus decisivos argumentos, fue el broche que cerró el discurso de siete horas pronunciado por

Karl von Eötvös. El 3 de agosto de 1883, el tribunal absolvía a todos los acusados.

Hofmann, que se había educado en un ambiente de tolerancia, acogió con satisfacción el veredicto, mas para él, lo más importante fue el hecho de que los acontecimientos de Tisza-Eszlár confirmaron, ante la opinión pública, la exactitud de una de sus mayores aspiraciones: la necesidad de una formación especial para los médicos destinados a emitir juicios sobre cuestiones de medicina legal. Hofmann, que jamás tuvo un momento de descanso, murió de una dolencia cardíaca en verano del año 1897, cuando apenas había cumplido los 60 años. La muerte lo sorprendió prematuramente en su finca de Igls. No pudo completar el gran trabajo que se había propuesto: separar la medicina legal de la medicina y la patología generales. Su discípulo Albin Haberdia era demasiado joven —a los ojos de las autoridades universitarias vienesas— para suceder a Hofmann. El sucesor fue Kolisko, un patólogo general. La cátedra cayó de nuevo en el estado contra el que tan encarnizadamente había luchado Hofmann, estado que se mantuvo hasta 1916, es decir, hasta que Albin Haberdia tomó a su cargo la Escuela vienesa de medicina legal y le dio un campo de trabajo que iba mucho más allá de los límites de la patología. No obstante, Hofmann siguió siendo la gran figura, que no sólo cimentó la gloria de la Escuela de Viena, sino que, además, ha pasado a la Historia como personificación de la lucha por la independencia de la medicina forense, y con él se ha conservado también el recuerdo de los vergonzosos sucesos de Tisza-Eszlár.

7

«Hay algo especialmente interesante... Con ayuda de mi suero, he conseguido diagnosticar cuál era la sangre humana en una mezcla de sangre de persona, caballo y buey que había permanecido seca durante cuatro semanas sobre una tabla, en una solución fisiológica de ClNa (sal común). Este hecho podría tener gran importancia para la medicina legal...»

Así decía uno de los párrafos de un trabajo científico publicado, el 7 de febrero de 1901, por la *Deutsche Medizinische Wochenschrift*. El título del estudio era: «Método para diferen-

ciar diversos tipos de sangre, y, en especial, para comprobar, mediante un diagnóstico diferencial, la existencia de sangre humana.» El nombre del autor era Paul Uhlenhuth, asistente del Instituto de Higiene con que contaba la universidad de Greifswald.

El trabajo era tan sobrio como corto. Sin embargo, aunque pareciera tener poca importancia en comparación con los centenares de artículos de prensa que promovieron los casos de Tisza-Eszlár o de Gouffé, era indudable que significaba la innovación más importante que podían consignar los anales de la medicina forense en los años de transición entre los siglos XIX y XX.

Los pioneros de la medicina forense llevaban mucho tiempo estudiando la posibilidad de comprobar si las manchas u otras huellas encontradas en los escenarios de crímenes o en objetos pertenecientes a sospechosos, eran o no de sangre humana. Lo primero que se había observado era que la sangre perdía muy pronto su coloración típica, al secarse o al ir pasando el tiempo. El color rojo se convertía en pardo. Posteriormente presentaba tonos verdemarillentos, que ya no recordaban en modo alguno la sangre. Y, sin embargo, tras dichas coloraciones podía esconderse sangre, sangre que podía servir como indicio para establecer la relación entre el delito y su autor, en casos de asesinato, intento de asesinato, heridas corporales, agresiones, violaciones o robo de animales. Así, pues, en los comienzos de la medicina forense se habían realizado toda clase de pruebas para hallar un método que permitiera comprobar la presencia de sangre en las manchas más indefinibles. En relación con dichos intentos surgió un segundo problema.

La historia de la policía y la justicia conocía miles de casos en los que habían aparecido manchas de sangre fresca e inconfundible en sospechosos y acusados y en los que, sin embargo, no se había podido probar el asesinato. Los sospechosos objetaban siempre que las manchas de sangre procedían de la matanza de un animal. ¿Qué podía objetarse a tal afirmación? Miles de veces, dichas objeciones habían levantado un muro infranqueable, ante el que la medicina legal se veía impotente. El muro fue infranqueable mientras no existió un método para distinguir la sangre humana de la sangre animal.

En la fecha antes mencionada —7 de febrero de 1901—, cuan-

do los médicos forenses alemanes y austriacos leyeron con una atención, no exenta de dudas, el trabajo aparecido en la *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, pudieron comprobar que, por lo menos, no se hallaban ya tan impotentes como antes ante el problema de determinar la simple procedencia de las manchas de sangre.

En 1853, el anatomista Ludwig Teichmann-Stawlarsky, de Cracovia —ciudad polaca que pertenecía entonces al Imperio Austro-húngaro—, observó que la sangre tratada con ácido acético formaba unos cristales muy característicos. Bastaba con disolver esquilas de manchas de sangre seca, colocarlas en un cristal con algo de sal común y ácido acético cristalizado, y calentar la mezcla hasta la ebullición. Después, bajo el microscopio, se observaban cristales inconfundibles. Recibieron el nombre de *cristales hemínicos*, porque constituían una materia, la hemina, que era una parte del colorante llamado *hemoglobina*, el cual daba su color característico a la sangre. La cristalización no se formaba cuando las manchas de sangre se hallaban sobre metales oxidados; también fracasaba el método con las huellas encontradas sobre materiales que habían estado expuestos a un gran calor, de más de 140 grados. Por consiguiente, cuando no se formaban cristales, no se podían probar con seguridad que las huellas contuvieran sangre. En cambio, cuando se formaban, la seguridad de que se trataba de sangre era tanto mayor. Con el nombre de *prueba de Teichmann*, el descubrimiento de Cracovia se convirtió en instrumento fundamental de todo médico forense.

Unos años después, en 1861, en Groninga, el holandés Van Deen consiguió demostrar por otros medios si eran realmente sangre las manchas secas que lo parecían. Para ello utilizó el descubrimiento de que la hemoglobina no sólo daba a la sangre el color, sino que, principalmente, poseía la cualidad de asimilar oxígeno al circular por los pulmones de los hombres o animales, y llevarlo después, como máximo dispensador de vida, a los distintos órganos a través de las venas. Por tanto, la hemoglobina estaba en condiciones de absorber oxígeno, pero también de liberarlo. Van Deen, al realizar experimentos con extractos alcohólicos de las plantas de guayaco, que se crían en las Indias Occidentales, descubrió que se teñían de azul cuando se mezclaban con sangre y trementina resinificada, rica en oxígeno.



En 1929, cuatro gangsters de Chicago asesinaron en un garaje a siete miembros de una banda rival (*artha*). Con las balas y cartuchos hallados en el lugar del crimen, Goddard pudo identificar las armas empleadas y contribuir al descubrimiento de los criminales. Chicago había sido dividida por los gangsters en dos reinos (mapa, *abajo*), que luchaban encarnizadamente entre sí.

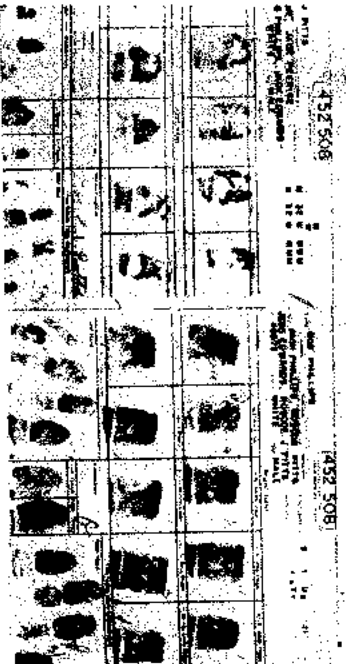


Zona de influencia de Al Capone.

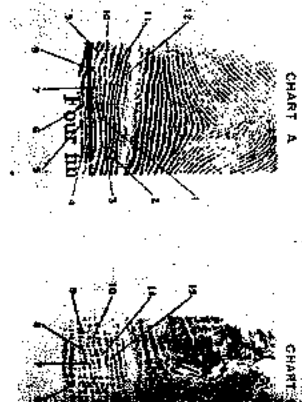
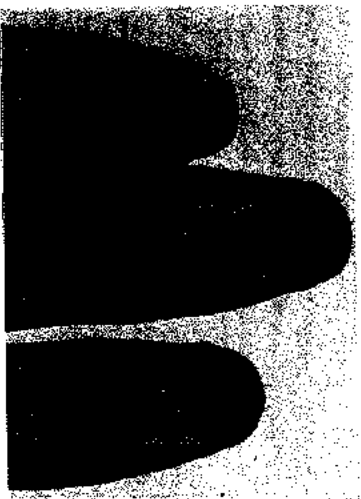
Zona de influencia de los enemigos de Al Capone.

Cuarteles generales de los gangsters.

Las líneas cerradas señalan las fronteras de los dominios de los gangsters, fronteras que cambiaban constantemente de delimitación, porque la mayor parte de los barrios de la ciudad eran administrados por las bandas rivales.



quiere); el cirujano Brandenburg transplantó piel del pecho de Pitts a los dedos. Pese a ello, el delincuente fue reconocido. En 1933, el gangster Gus Winkler se hizo cambiar algunas de las líneas papilares de sus dedos (*abdolo*), lo cual no impidió que fuese identificado. Edgar Hoover pretendía registrar las huellas dactilares de toda la población. Ello permitiría no sólo identificar a los delincuentes, sino también la de las víctimas de accidentes y catástrofes.



Las huellas digitales tuvieron que pasar por una de sus más duras pruebas en la lucha contra el gángsterismo. Los criminales se percataron en seguida del peligro e intentaron por todos los medios cambiar o destruir las líneas papilares de sus dedos. Pararon sumas fabulosas por operaciones de cirugía plástica. Pero todos los esfuerzos resultaron vanos, pues las líneas reaparecían siempre con el tiempo, al regenerarse la piel. Uno de los intentos más radicales para alterar las huellas digitales fue el llevado a

El tinte azul se debía, sin duda, a la acción del oxígeno, y no se daba cuando en la mezcla no existía la sangre. Por tanto, la hemoglobina de la sangre liberaba el oxígeno de la trementina y lo pasaba al guayaco. Bastaba una cantidad ínfima de sangre para provocar el color azul. Incluso cuando Van Deen empleó para sus pruebas soluciones con manchas de sangre coagulada desde muchos años antes y cuya coloración se había perdido totalmente, el color azul se formaba en algunos minutos. En el transcurso de las décadas siguientes se había descubierto que también la potasa, el cloro o el yodo daban, como la sangre, un color azul a la solución de guayaco; sin embargo, la prueba de Van Deen no dejó de ser un método usado por todo el mundo para demostrar la presencia de la sangre.

Dos años después, en 1863, el alemán Schönbein descubrió otra prueba que permitía descubrir restos de sangre incluso en lugares donde no era visible ninguna mancha, porque se había procedido a limpiarlas. Schönbein pudo observar que la hemoglobina contenía un fermento mediante el cual el superóxido de hidrógeno era forzado a precipitar una espuma blanca, espuma que aparecía inmediatamente cuando se salpicaban con superóxido de hidrógeno las prendas de vestir y otros objetos sospechosos, y se tocaban lugares donde se ocultaban restos de sangre. También en este caso, el tiempo enseñó que el superóxido de hidrógeno no sólo reaccionaba con la sangre, sino también con secreciones mucosas, saliva y, a veces, con orín. Además, se comprobó que una excesiva aplicación de superóxido de hidrógeno destruía las manchas de sangre, de forma que se perdía el material probatorio. No obstante, la prueba de Schönbein alcanzó una gran importancia. Permitía descubrir indicios de huellas de sangre, cuya confirmación se obtenía luego mediante las pruebas de Teichmann y Van Deen.

Finalmente, el hecho de que existieran en la sangre corpusculos rojos y blancos, dio a la ciencia la idea de buscar glóbulos rojos en las manchas de sangre, estudiándolas al microscopio. Se presentaban en forma de pequeños discos inconfundibles, en cuyo centro había una hendidura llana. Para que los glóbulos fuesen visibles en restos de sangre coagulada, era necesario licuar dichos restos, a fin de que los glóbulos rojos —también secos— volvieran a recuperar su primitiva forma y flotaran en la solución líquida. Para ello se utilizaba una solu-

ción de sal común, bórax o potasa cáustica. A veces transcurrían varios días hasta la formación del líquido y la aparición de los primeros discos rojos. Además, en manchas muy secas podían fracasar todos los intentos de obtener algún resultado con el microscopio. Por ello, desde 1859, a la técnica microscópica se unió otro método de investigación física, destinado a adquirir una enorme importancia para la medicina legal. Nos referimos al *análisis espectral*, descubierto por los alemanes Kirchhoff y Bunsen en 1859.

La luz, dirigida por medio de un prisma y esparcida, daba, sobre una pantalla, un espectro, una banda semejante al arco iris, en la que se observaban los siete colores, del rojo al violeta. Bunsen y Kirchhoff descubrieron que toda materia susceptible de dar irradiaciones luminícas tenía su espectro específico. En 1861, los dos investigadores de Heidelberg comunicaron que en su espectroscopio se podía distinguir una cantidad inferior a la tresmillonésima parte de 1 mg de sodio, la cual daba una fina línea de color amarillo, que caracterizaba dicha sal. Se descubrió que las materias sólidas, líquidas o gaseosas, cuando eran obligadas a dar radiaciones luminícas por medio del calor o la descarga eléctrica, se caracterizaban siempre por colores, líneas o bandas (líneas contiguas) muy bien definidas. Por tanto, era posible reconocer sustancias desconocidas por la forma de sus espectros. Además de los espectros formados por materias capaces de emitir luz propia, Bunsen y Kirchhoff descubrieron los llamados *espectros de absorción*. Se formaban al proyectar luz de una materia incandescente a través de una materia líquida o gaseosa más fría. Esta última absorbía parte de la luz, de suerte que en los espectros aparecían intervalos en forma de líneas negras. La situación y el tipo de estos intervalos permitían descubrir la índole de la sustancia atravesada por la luz. Finalmente, se descubrió que, además de la luz visible para el ojo humano, existían rayos ultravioleta e infrarrojos invisibles, que producían espectros propios e invisibles más allá del color violeta o el rojo. Estos espectros se hacían visibles por medio de la fotografía, y tuvieron también una gran importancia para la identificación de materias desconocidas.

La aplicación del análisis espectral a las soluciones que contenían sangre, daba como resultado que la hemoglobina de dichas soluciones produjera en la cinta cromática del espectro unas

franjas oscuras de abstracción, situadas en lugares típicos y determinados. Cuando la sangre era fresca, bastaba tratarla con una solución de sal común; si estaba seca, se podían obtener preparados aptos mediante ácido acético, ácido sulfúrico o alcohol. Los disolventes provocaban algunos cambios en la hemoglobina, cambios que, no obstante, se mostraban también en típicos corrimientos de las franjas de absorción. Finalmente, la construcción de un microespectrógrafo, unido a un microscopio, dio la posibilidad de descubrir y analizar las más pequeñas manchas o restos de sangre.

Así, hasta fines del siglo XIX, la medicina forense fue reuniendo un arsenal de métodos y recursos para probar la existencia de sangre. Sin embargo, no pudo obtener éxito alguno en la distinción —no menos importante— de la sangre humana de la de animales. Desde 1829 hasta 1901 se sucedieron los experimentos infructuosos y las más amargas decepciones. Orfila, Dumas, Cattaneo, Barruel, Friedberg, Misuraka, Dvornitschenko, Magnanini..., franceses, italianos, japoneses, rusos, holandeses, alemanes, austríacos forman parte de dicho serie de experimentaciones. En 1829, el francés Barruel creyó haber descubierto un método para distinguir la sangre humana de la animal. Con él llamó la atención general. Cuando, en el transcurso de un experimento, Barruel hirvió sangre de buey en ácido sulfúrico, creyó percibir un típico olor a establo de vacas. Poco después trató con ácido sulfúrico la sangre de un suicida. Y entonces —según una crónica de la época— notó «un olor tan fuerte a sudor humano, que Barruel se vio obligado a abandonar el laboratorio durante unos minutos». Posteriormente, el francés fue desarrollando todo un sistema de olores: con el ácido sulfúrico, la sangre de hombre produciría un olor típico «a hombre», y la de mujer olería a sudor femenino; la sangre de cerdo se caracterizaría, naturalmente, por el olor a lana, y la de cerdo, por el olor a pocilga; la sangre de rana tendría el olor característico de los juncos que rodean los pantanos. El método de Barruel, considerado con toda seriedad durante bastante tiempo, acabó por resultar falso.

En las décadas posteriores se intentó llegar a un resultado mediante el análisis de la sangre al microscopio. Todos los mamíferos —con excepción de los camellos y llamas— poseían glóbulos rojos circulares, lo mismo que los seres humanos. En

cambio, los restantes vertebrados los tenían ovales y provistos de un núcleo central, que faltaba en los glóbulos de todos los mamíferos y del hombre. Así, pues, la aparición de glóbulos rojos redondos indicaba, sin lugar a dudas, que la sangre pertenecía a una persona o a un animal mamífero; los glóbulos rojos ovalados procedían de peces, aves y otros animales vertebrados. Este descubrimiento era ya un paso, pero no servía de mucho. Para distinguir la sangre humana de la de vacas, bueyes, caballos, perros, cerdos y otros animales domésticos, que se mencionaban constantemente para explicar la presencia de sangre en casos criminales, se pensó en medir el volumen de los glóbulos. La sangre humana era la que tenía los glóbulos más grandes. Pero las diferencias eran tan mínimas, que, incluso en la sangre fresca, resultaba imposible una diferenciación segura. Además, en la sangre seca cuyos glóbulos rojos habían sido liacuados artificialmente, las células sanguíneas no tenían jamás su volumen original.

Finalmente, el italiano Roberto Magnanini—futuro profesor de medicina legal en Modena—dio a conocer, en 1898, un método basado en el análisis espectral. En laboriosos ensayos, descubrió que el colorante rojo de la sangre humana y animal reaccionaba de manera muy diversa al ser tratada con potasa cáustica. Bajo la acción de la potasa, se formaba una materia especial, que recibió el nombre de *hematina*. Para que se formara se necesitaban dos minutos en la sangre humana, seis en la sangre de perro, 31 en la de caballo y 135 en la de ternera. Las diferencias eran lo bastante grandes como para permitir una diferenciación. Pero el método sólo podía aplicarse a la sangre fresca y no a las huellas. Por tanto, no ofrecía una solución práctica para el gran problema.

Así, pues, en 1901, la medicina forense se hallaba tan impotente como setenta años antes—en los tiempos de Barruel—para diferenciar la sangre humana de la animal. Cuando Paul Uhlenhuth publicó su trabajo, los primeros lectores no podían ocultar su escepticismo, alimentado por todos los desengaños anteriores. ¿Qué ofrecía Uhlenhuth? ¿Una nueva esperanza, que acabaría por resultar fallida? ¿Una pompa de jabón, que estallaría en la nada de la decepción? ¿O quizás el gran descubrimiento que ponía fin a la impotencia de un siglo y deparaba a la medicina forense la oportunidad de dar un paso decisivo?

8

Paul Uhlenhuth, nacido en Hannover, tenía 30 años escasos en 1901, y no era médico forense. Poco antes de 1900, fue enviado como médico militar al Instituto de Enfermedades Infecciosas de Berlín, uno de los más famosos centros médicos de aquella época.

Del mismo modo que, en Francia, el nombre de Pasteur había conseguido llegar a los sentimientos y al pensamiento de las grandes masas, así también, el nombre del director del Instituto berlinés era conocido por todos: se llamaba Robert Koch. Personificaba un capítulo decisivo en la historia de la Medicina. El descubrimiento del bacilo de la tuberculosis habría bastado para immortalizar su nombre. Como discípulo de Koch, Uhlenhuth dio sus primeros pasos en el misterioso mundo de las bacterias, de la transmisión de enfermedades infecciosas y de la sorprendente facultad que poseía la sangre para defenderse contra los gérmenes patógenos y contra toda clase de cuerpos extraños. En el Instituto de Koch, Uhlenhuth encontró al asistente del famoso médico, Friedrich Loeffler, descubridor del agente de la difteria. Posteriormente, Loeffler fue nombrado profesor de Higiene en la universidad de Greifswald. En Berlín dirigió una comisión estatal, encargada de estudiar la fiebre aftosa. Escogió a Uhlenhuth como asistente y se lo llevó en 1899 a Greifswald, porque los establos berlineses para animales destinados a la experimentación no eran lo suficientemente grandes. En cambio, en Greifswald, mientras buscaba un suero contra el agente de la fiebre aftosa, que se resistía a toda observación microscópica, Uhlenhuth se encontró en un terreno científico del que saldría su propio descubrimiento. Dicho campo de investigación era el estudio de los sueros, y en él llegó Uhlenhuth a su observación de que la sangre tenía una misteriosa capacidad para defenderse contra los cuerpos extraños y para hacerlos inofensivos mediante su reacción.

En 1890, el alemán Emil von Behring descubrió que en el elemento acuoso de la sangre—el llamado *suero sanguíneo*—de los animales, cuando se le inyectaba con precaución una pequeña dosis de veneno diftérico, se formaban anticuerpos contra la difteria. Esto producía una clara acción curativa en

los enfermos. Desde entonces, los investigadores alemanes, franceses y belgas rivalizaron en el descubrimiento de sueros curativos contra otras enfermedades infecciosas. En 1899, el belga Bordet descubrió que los conejos, si se les inyectaba durante algún tiempo leche de vaca, producían en su suero sanguíneo un anticuerpo contra la albúmina de la leche, que era para ellos un cuerpo extraño. Si se mezclaba el suero de la sangre de los conejos con leche de vaca, se producía un fenómeno sorprendente: la albúmina de la leche, la caseína, era «expulsada», y surgía un precipitado de color oscuro. Las cosas iban aún más lejos: resultaba que los conejos, cuando se les inyectaba leche de cabra, producían también anticuerpos, los cuales sólo eran eficaces contra dicha leche, pero no contra la albúmina de la leche de vaca. Al parecer, la sangre poseía la cualidad de producir —casi milagrosamente— anticuerpos específicos contra cualquier tipo de albúmina extraña. Esto permitía diferencias entre los tipos de albúmina, que la investigación humana no había logrado producir hasta el momento.

Estos anticuerpos recibieron el nombre de *precipitina*, por su acción «precipitadora» o «expulsora». El fenómeno de la aparición y la acción de los mismos ejerció sobre Uhlenhuth una particular atracción. «Bajo esta impresión —escribió unos cincuenta años después, a finales de su vida— empecé mi trabajo en 1900. Partí realmente de la nada, porque me propuse determinar si en el suero de animales tratados previamente con albúmina de huevo se desarrollaban precipitinas específicas, y si de esta forma era posible diferenciar las materias albuminosas de distintos huevos de ave.»

Uhlenhuth empezó inyectando a conejos grandes dosis de albúmina de huevos de gallina. En la sangre de los roedores obtuvo un suero que incluso en una solución líquida al 1:1 000 000, precipitaba la albúmina y producía una coloración oscura. El mismo suero no producía acción precipitadora alguna en soluciones albuminosas de otra procedencia. Posteriormente, Uhlenhuth trabajó con diversos tipos de huevos: de gaviota, gallina de Guinea, avefría, paloma, ganso, oca y pava. Resultó que en todos ellos existían distintas materias albuminosas, y que en el suero sanguíneo de los conejos se formaban en cada caso precipitados diferentes. Sólo en animales de familia muy próxima, como las gallinas y las gallinas de Guinea, las precipitinas ac-

tuaban sobre la albúmina de las dos especies de huevos, aunque en proporción diferente. Con ayuda de los sueros obtenidos por precipitación en la sangre de los conejos, Uhlenhuth estuvo pronto en condiciones de descubrir de qué especie zoológica procedían las soluciones albuminosas que estudiaba sin conocer previamente su origen. ¿Existían tal vez diferencias entre la albúmina del huevo de gallina y la albúmina que se formaba en la sangre de la gallina, es decir, en el mismo animal? ¿Podían comprobarse estas diferencias con ayuda del mismo suero de los conejos?

Pocas semanas más tarde, en el verano de 1900, Uhlenhuth tenía en sus manos pruebas fehacientes. Existían diferencias. El suero de los conejos formado por inyección de albúmina de gallina, no precipitaba albúmina en soluciones de sangre de gallina. Y, viceversa, el suero formado por inyección de sangre de gallina, precipitaba albúmina en aquella misma sangre, pero no en la albúmina del huevo. Uhlenhuth puso suero de conejo —que había precipitado albúmina en sangre de gallina— en una solución de sangre de buey. No se produjo la menor reacción. Por tanto, existían diferencias decisivas entre la albúmina de los distintos tipos de sangre. Uhlenhuth repitió su experimento con soluciones de sangre de caballo, cerdo y cerdo. Los resultados fueron siempre los mismos.

Cincuenta años después, Uhlenhuth, nombrado una vez más profesor emérito de Higiene y Bacteriología en Friburgo, declaró con la frialdad del científico: «Esta interesante observación fue el punto de partida para elaborar el procedimiento biológico que permite investigar los diferentes tipos de sangre.» En estas palabras no se trasluce ya la excitación de los momentos en que tuvo el presentimiento de que su estudio anunciaba la posibilidad de diferenciar la sangre humana y la animal. Este descubrimiento vino a solucionar uno de los problemas más acuciantes que tenía planteados la medicina forense. Uhlenhuth, en aquel verano del año 1900, no sabía si adentrarse o no por aquel camino, que sólo él había presentido.

Injectó sangre de asno a sus conejos, obtuvo el suero sanguíneo acostumbrado y lo mezcló con el suero de la sangre de asno. Inmediatamente se inició el proceso de oscurecimiento y precipitación. El mismo suero de conejo no tenía efecto alguno en la sangre de caballos, bueyes, cabras y gallinas. Cuando

Uhlenhuth hubo repetido el mismo experimento con un suero de conejo obtenido por inyección de sangre de buey, y comprobó una vez más la acción especial que dicho suero producía tan sólo en la sangre de buey, comunicó al profesor Loeffler los resultados de sus trabajos. Como especialista en Higiene, Loeffler conocía las problemas de la medicina legal y pudo dar al descubrimiento de Uhlenhuth la importancia que merecía. Sin embargo, Loeffler estaba muy familiarizado con las posibilidades de fiasco y decepción inherentes a cualquier estudio científico. No creía las cosas a pies juntillas; quería que lo convencieran por medio de pruebas. Mandó producir soluciones sanguíneas de los más diversos animales: de bueyes, caballos, perros, gatos, ciervos, marsopas, cerdos, gansos, pavas, gallinas, ratones... A esta colección de sueros añadió una solución de sangre humana. Luego propuso a Uhlenhuth el siguiente problema: con ayuda de su suero, que, según él, sólo actuaba sobre la albúmina de la sangre de buey, tenía que descubrir, entre las numerosas soluciones sanguíneas, cuál era la que contenía sangre de buey.

«En pocos minutos —contaba Uhlenhuth en el mencionado relato, escrito medio siglo después— pude resolver el problema. Sólo la sangre de buey produjo el típico oscurecimiento y el precipitado; las restantes soluciones no perdieron su color claro.» Este gran experimento, efectuado en otoño del año 1900, prevenció a Loeffler, que dio a Uhlenhuth la posibilidad de producir todos los sueros de conejo precipitadores de albúmina para las distintas clases de sangre, principalmente para sangre humana, y de reunir los resultados. Durante muchas semanas, Uhlenhuth trabajó hasta obtener suero de conejo que actuaba sobre la albúmina de la sangre humana. En pocos minutos podía ya distinguir la sangre humana entre múltiples soluciones sanguíneas desconocidas. Las grandes series de experimentos que pudo efectuar entonces confirmaron, de manera irrefutable, que una determinada cantidad de sueros precipitadores de albúmina permitirían distinguir no sólo la sangre humana y la animal, sino también la sangre de los distintos animales. Uhlenhuth era capaz de decir exactamente si una solución sanguínea procedía de un caballo, de un buey, de un cerdo, etc. Los sueros de animales pertenecientes a la misma familia —como el caballo y el asno— no permitían una diferenciación de la sangre. El suero de caballo actuaba también sobre la sangre de asno.

En cuanto a las personas, el suero que actuaba sobre la sangre del ser humano, precipitaba también la albúmina en la sangre de mono; por tanto, no dejaba de ser posible una confusión entre la sangre humana y la sangre de mono. Sin embargo, estas excepciones eran insignificantes comparadas con las nuevas posibilidades que se abrían ante la ciencia.

En diciembre de 1900, Otto Beumer, forense de Greifswald y profesor extraordinario de medicina legal en la universidad de la misma ciudad, conoció los experimentos de Uhlenhuth. El médico, de 50 años, se había encontrado frecuentemente en la más absoluta impotencia ante asesinos que afirmaban, impávidos, que la sangre hallada en sus vestidos procedía de algún animal sacrificado. Inmediatamente quiso participar en los trabajos de Uhlenhuth y le dijo que aún tenía que descubrir una nueva prueba para que su trabajo se convirtiera en un verdadero acontecimiento para la medicina forense: era preciso probar que los diferentes sueros de conejo podían servir para efectuar diferenciaciones en restos o manchas o sangre seca, manchas que tuvieran semanas, meses, incluso años. El mismo Beumer puso a disposición de Uhlenhuth unas docenas de muestras secadas de un modo natural o artificial y las hizo licuar en una solución de sal común, para aplicar el método de Uhlenhuth. Sobre una gran tabla de madera fueron esparcidas muchas pruebas sanguíneas de hombres y animales; después, al secarse, fueron raspadas las manchas y estudiadas por Uhlenhuth «a ciegas». El propio Loeffler puso trampas al investigador e intentó desconcertarlo, pero todo fue en vano: los sueros de Uhlenhuth tenían la misma eficacia sobre las manchas y los restos más insignificantes, que sobre la sangre fresca.

En sus memorias, Uhlenhuth recuerda aquellos excitados días del mes de enero de 1901: «Aunque no podía existir duda alguna de que estaba resuelto en principio el problema de la diferenciación de la sangre con finalidades forenses, la conciencia de mi enorme responsabilidad, relacionada con la divulgación de un procedimiento a menudo decisivo para los procesos criminales, hizo que no pudiera decidirme tan fácilmente a publicarlo. El original llevaba ya bastante tiempo terminado. Y entonces, mi joven esposa, con la capacidad de adivinación que a veces caracteriza a las mujeres, me aconsejó no esperar más.» Esta «capacidad de adivinación» era la noticia de que, por aque-

los días, August Wassermann, en Berlín, estaba también intentando descubrir el principio de diferenciación de la sangre. Una vez más, Uhlenhuth visitó a Friedrich Loeffler.

«Le leí el trabajo y él estuvo totalmente de acuerdo con el mismo. Aquella misma noche lo llevó al correo. Una semana después recibí las galeradas, y el 7 de febrero de 1901, apareció el trabajo con el título *Eine Methode zur Unterscheidung der verschiedenen Blutarten, insbesondere zum differentialdiagnostischen Nachweis des Menschenbluts* (Método para la diferenciación de los distintos tipos de sangre, especialmente para la verificación diagnóstico-diferencial de la sangre humana)».

9

Los médicos forenses y los criminalistas, para quienes unas décadas más tarde la reacción de Uhlenhuth era ya un trabajo rutinario, quizá no puedan comprender fácilmente el tenso nerviosismo con que la medicina forense y las autoridades judiciales se entregaron al estudio del método de Paul Uhlenhuth, después de la lógica reserva de los primeros momentos. En pocas semanas, Greifswald se convirtió en un centro de atracción de médicos forenses alemanes y extranjeros, deseosos de informarse personalmente. Era preciso contestar innumerables encuestas y trabajar con huellas de sangre enviadas por fiscales y jueces de instrucción, los cuales pedían con insistencia que se les comunicara en breve plazo si se trataba de sangre humana o animal. El interés general acababa de ser despertado, cuando Uhlenhuth se vio ayudado por el mismo fenómeno que desempeñó un papel sensacional, que parecía preparado expresamente para demostrar la eficacia del nuevo método.

A primeros de julio de 1901, los periódicos del norte de Alemania publicaron sorprendentes noticias sobre un infanticidio cometido en la isla de Rügen, en el Báltico. Los dos hijos de un cohero que ejercía su oficio en el balneario de Göhren, situado al sudeste de la isla, desaparecieron durante la noche del 1 de julio. El mayor, Hermann Stubbe, tenía 8 años, y el menor, Peter, 6. Los niños no se presentaron a cenar. Al caer la noche seguían sin aparecer, y el padre, acompañado por algunos vecinos y un gendarme, inició la búsqueda de los desaparecidos.

La localidad de Göhren lindaba con espesos bosques, y Stubbe supuso que sus hijos se habían perdido jugando y después no pudieron dar con el camino de regreso. Llamándolos a gritos, él y sus acompañantes recorrieron todos aquellos bosques hasta donde les fue posible. Al no recibir respuesta, regresaron a Göhren con la intención de reanudar la búsqueda a la mañana siguiente.

Al día siguiente, 2 de julio, un terrible descubrimiento sembró el desconcierto en toda la isla de Rügen: uno de los vecinos que buscaban a los niños, encontró sus cadáveres entre la espesura del bosque. Las cabezas de los dos muchachos estaban destrozadas y separadas del cuerpo; los brazos y las piernas, amputados, y los cuerpos, abiertos. Las entrañas aparecían esparcidas alrededor de los cuerpos. El corazón del hermano mayor había desaparecido. Al parecer, el asesino se lo había llevado. En unas matas había un grueso guijarro manchado de sangre. Era el arma del crimen.

Todo indicaba que se trataba de un crimen sádico. La policía efectuó encuestas planificadas para averiguar si alguien había visto a los niños acompañados por un desconocido. El mismo día 2 de julio, por la tarde, una comerciante de frutas que conocía bien a los dos hijos del cohero se presentó a declarar. Al caer la tarde del 1 de julio, la mujer había visto al oficial ebanista Ludwig Tessnow, de Baabe —un pueblo de la isla—, hablando con los dos niños. Tessnow tenía fama de excéntrico. Había pasado muchos años recorriendo Alemania, y llevaba poco tiempo en su isla natal. La noche del mismo día 2 de julio se presentó también un peón caminero que había visto a Tessnow cuando regresaba a casa, la noche del 1 de julio. Tessnow llevaba un traje lleno de manchas parduscas.

Tessnow fue detenido la misma noche del 2 de julio. Llevaba puesta su ropa de trabajo: camisa, pantalón y delantal azul. Sin embargo, en su armario fueron encontrados un traje y un sombrero nuevos, un cuello de papel y una corbata larga, también nueva. Algunas partes del traje parecían recién lavadas. En otras se observaban manchas que apenas estaban completamente secas. También aparecían manchas en la pechera de la camisa, en el ala del sombrero, en la chaqueta, en el forro de los pantalones y del chaleco. Tessnow dijo que él no tenía nada que ver con la muerte de los niños. Las manchas de su sombrero

procedían de la sangre de una ternera sacrificada mucho tiempo antes. Las restantes manchas eran producidas por el líquido mordiente que usaba en su oficio.

Precisamente esta alusión al mordiente fue la que recordó al juez de instrucción de Greifswald otro infanticidio, cometido el 9 de septiembre de 1898 en la aldea de Lechtingen, cerca de la ciudad de Osnabrück. En aquella ocasión desaparecieron dos muchachas, Hannelore Heidemann y Else Langemeier; no regresaron de la escuela al mediodía. Cuando los padres preguntaron a la dirección de la escuela, supieron que aquella mañana las dos niñas no habían comparecido. También en Lechtingen, los padres y algunos amigos buscaron a las desaparecidas por los bosques circundantes. En medio de unas matas descubrieron el cadáver de Hannelore Heidemann. Al caer la tarde, hacia las 6, apareció el de la otra niña, escondido bajo un montón de ramas secas. El asesino había descuartizado los cuerpos y había esparcido los fragmentos por los alrededores. Las sospechas recayeron sobre un oficial ebanista que había sido visto en Lechtingen. Su traje apareció lleno de manchas. Sin embargo, las autoridades policiales de Osnabrück no tenían conocimientos de medicina legal. Por ello, cuando el sospechoso les dijo que las manchas provenían del mordiente usado por los ebanistas, se dieron por satisfechos y dejaron en libertad al detenido.

El juez de instrucción de Greifswald escribió a Osnabrück y supo que el oficial ebanista, detenido transitoriamente en septiembre de 1898, se llamaba Ludwig Tessnow, de Baabe, aldea de la isla de Rügen. El asesinato de Lechtingen seguía sin esclarecer. Cuando el juez de instrucción de Greifswald recibió estas informaciones de Osnabrück, se convenció de que Tessnow era el asesino de Lechtingen. También le dio mucho que pensar una denuncia presentada a la gendarmería de Rügen: La noche del 11 al 12 de julio de 1901, en unos pastos cercanos a Göhren, fueron sacrificadas seis o siete ovejas de un modo bestial; los cuernos habían sido cortados en varias partes, que luego fueron esparcidas por el campo. El propietario de los animales no llegó a tiempo de detener al autor del desaguizado, pero lo había visto correr y afirmó que lo reconocería si volviese a verlo. El juez de instrucción mandó encarar a Tessnow con el pastor, y éste dijo, sin vacilar, que Tessnow era el que mató a sus ovejas. Lo reconocía por su forma de andar, por los movimientos de sus brazos,

por su perfil, que había podido ver a pesar de la oscuridad. Tessnow lo negó todo. Juró que jamás había puesto la mano sobre un animal inocente, ni sobre un niño. Afirmó una vez más que las manchas de sus vestidos no eran de sangre, sino de mordiente.

El 23 de julio, después de un interrogatorio agotador e inútil, el juez de instrucción se encontró con el fiscal de Greifswald, Hübschmann, y le expuso el caso y las dificultades que existían para procesar a Tessnow. Hübschmann acababa de conocer los trabajos de Uhlenhuth.

—Escuche —dijo al juez de instrucción—: según el método de Uhlenhuth, es posible comprobar la existencia de sangre humana, o de cordero, en las ropas de Tessnow. Si lo conseguimos, habremos dado un gran paso en este asunto. La presencia de sangre de cordero y la identificación por parte del pastor demostrarán, sin lugar a dudas, que Tessnow mató a los animales. Y la existencia de tanta sangre humana como, a la vista de las manchas, se puede suponer, comprometerá definitivamente a Tessnow y hará innecesaria otra investigación para demostrar que el ebanista está complicado en estos horrendos crímenes.

El 29 de julio y el 1 de agosto de 1901, cuando Uhlenhuth recibió dos paquetes del juez de instrucción de Greifswald, con la ropa de Tessnow y el guijarro ensangrentado, la población y los periódicos estaban indignados e insatisfechos por el hecho de que la policía no hubiese arrancado a Tessnow una confesión. El juez de instrucción se sentía contagiado de la inquietud general. Pidió que el experimento se efectuara con la mayor rapidez posible y rogó que «se protegieran las manchas en su color y forma originales, para que los jurados vieran su aspecto característico y se convencieran de que era realmente sangre...».

Estas palabras demostraban hasta qué punto el juez de instrucción estaba poco familiarizado con el problema de verificar la presencia de sangre, y en qué medida se aferraba a un engorroso testimonio ocular. Uhlenhuth vio perfectamente la importancia que para él y su método podía tener su triunfal intervención en un caso que mantenía en vilo a millares de personas. Con la única ayuda de su asistente Schirmacher, examinó casi cien manchas y manchitas. Ante todo, era preciso saber si las manchas eran realmente de sangre. Para ello utilizó las pruebas de Teichmann y del guayaco. El examen demostró que la

ropa de trabajo de Tessnow no contenía la menor huella de sangre. En cambio, el resultado fue muy distinto en la ropa «buena» del ebanista. Las dos pruebas clásicas dieron un resultado evidente: ¡sangre! Uhlenhuth raspó las manchas en los lugares donde ello era posible. En otros lugares tuvo que cortar los fragmentos de tela manchados, con el fin de disolverlos en una solución fisiológica de sal común. Las salpicaduras que se veían en el cuello, la pechera y la corbata, eran tan pequeñas, que no bastaban para efectuar una reacción con el suero. Sin embargo, el día 5 de agosto, cuando Uhlenhuth se puso a redactar su informe, podía darse por satisfecho por el éxito obtenido. He aquí el resultado: sangre humana en cinco manchas de la chaqueta de Tessnow, seis manchas de los pantalones, cinco del chaleco, una de la camisa y cuatro del sombrero. Y, además, otro hecho importantísimo: sangre de cordero en seis partes de la chaqueta y tres de los pantalones.

El papel que, a fines de 1902, desempeñó el informe de Uhlenhuth en el proceso y condena a muerte de Tessnow, dio fama universal a su método y lo convirtió, según un contemporáneo, en «el acontecimiento fundamental de los progresos efectuados por la medicina forense a principios del siglo xx». Pocas dudas surgieron sobre la seguridad del método de Uhlenhuth. Las más importantes fueron formuladas por Julius Kratters, de Graz, en una conferencia pronunciada el 22 de septiembre de 1902 ante la LXXIV Asamblea de Investigadores y Médicos Alemanes, reunida en Karlsruhe. Había hecho comprobar la eficacia de la prueba de la precipitina a su asistente japonés Okamoto. El japonés creyó descubrir muchas posibilidades de error. Pero Uhlenhuth no tuvo grandes dificultades en demostrar que Okamoto no dominaba aún la técnica de la producción de suero. Si el trabajo se efectuaba a conciencia, no había posibilidad de error. Uhlenhuth exigió que los sueros se fabricaran sólo en unos cuantos institutos estatales, bajo una vigilancia rigurosa, y, además, hizo notar que algunos materiales, como la corteza de árbol y la piel, formaban precipitados con el suero de conejo, aunque no existiera sangre. Manifestó que posiblemente existían otros materiales en los que se produciría la misma reacción. En efecto, unas décadas más tarde, Erich Fritz, director del Instituto Médico Forense de la Universidad de Hamburgo, descubrió que los materiales de impregnación usados para fabricar impermeables,

podían producir reacciones engañosas al estudiar las manchas sospechosas existentes en ellos. Sin embargo, ya en los primeros momentos, Uhlenhuth había dado un sistema para defenderse contra semejantes anomalías; exigió que en cada prueba se verificara la reacción del material donde estaba la mancha ante el suero de conejo.

En 1904, al ser ejecutado Ludwig Tessnow en la cárcel de Greifswald, no existía ya ningún obstáculo que impidiera difundir la reacción de precipitina en todos los institutos médicos forenses del mundo.

10

Cuando el descubrimiento de Uhlenhuth atrajo hacia Alemania las miradas de toda Europa, la medicina forense germana —tras una época de gran esplendor en los lejanos días de Casper— se encontraba en un bache de su evolución. Indudablemente, en las últimas décadas del siglo xix, la organización de los médicos estatales y jurídicos en los distintos *Länder* alemanes era mejor que en otros estados europeos. Los médicos de distrito estaban a disposición de los fiscales y jueces de instrucción en los distritos o ciudades grandes, y trabajaban en el marco de su ciencia, destinada a proporcionar diagnósticos relacionados con delitos y asesinatos. Sin embargo, el nivel científico dependía del grado de desarrollo de la medicina legal y de los institutos en los que podían estudiarse los aspectos fundamentales de la medicina forense. Y precisamente en este aspecto, Alemania parecía encontrarse a un nivel muy inferior al alcanzado por Francia o Austria-Hungría.

La razón del mencionado bache se debía a la estrechez de miras de los organismos judiciales, de los distintos gobiernos de la Federación, de las autoridades policíacas e incluso de las Facultades de medicina, las cuales seguían negándose a reconocer que la medicina legal era una ciencia especializada, sin la que, en el futuro, no se podría llevar a cabo ningún trabajo policíaco o jurídico.

En 1888, cuando el profesor Ungar pronunció ante la asamblea científica de Colonia un discurso sobre *La importancia de la medicina legal y su situación en las universidades alemanas*,

la insoportable situación se había hecho evidente. El propio Ungar no era médico forense, sino que desempeñaba el cargo de profesor de Pediatría en Bonn. El hecho de que, como pediatra, se viera obligado a dictaminar muchos casos de muerte sospechosa en niños, lo familiarizó con la importancia y necesidad de la medicina forense, y se convirtió en uno de sus más apasionados promotores. Por propia iniciativa, había empezado a dar clases sobre problemas médicos relacionados con la ciencia jurídica. No poseía ningún instituto ni laboratorio; tuvo que realizar sus estudios y experimentos en institutos cuya utilización le permitieron algunos colegas amables. En 1883 llamó la atención general al demostrar que la prueba de introducir los pulmones en agua para comprobar si un niño había nacido vivo o muerto, no ofrecía la seguridad absoluta que se le venía atribuyendo por parte de centenares de médicos forenses. Algunos gases resultantes de la putrefacción podían conducir a resultados erróneos. Era posible que los pulmones de un niño nacido muerto flotaran en el agua. Con este descubrimiento, Ungar inició una revisión científica a fondo que, en el transcurso de las décadas siguientes, acabaría por dar a dicha prueba una seguridad y un puesto clásico en la medicina forense.

En 1886, cuando Ungar pronunció su discurso, tras sus palabras se levantaba el prestigio de una persona cuyo nombre era conocido más allá de las fronteras alemanas. Observó que de las veinte universidades alemanas, sólo dos tenían profesores numerarios dedicados a dar lecciones de medicina legal. En diez de ellas no se daban clases, y en ocho, existían médicos forenses en ejercicio, que, complementariamente, daban algunas lecciones en la universidad. En ninguna universidad era materia de examen la medicina legal; por ello, los estudiantes, tanto de Medicina como de Derecho, la consideraban como un complemento de poca importancia. No existía prácticamente ningún instituto de investigación. Cuando los médicos forenses daban lecciones en la Facultad de Medicina, tenían la posibilidad de hacer prácticas con sus alumnos, utilizando los cadáveres que caían en sus manos en los casos de asesinato, suicidio o muerte por causas desconocidas. Sin embargo, muchas veces tenían que «luchar por los cadáveres» con los patólogos generales.

Las circunstancias en las que tenía que trabajar el doctor Liman, sobrino y sucesor de Casper en Berlín, fueron descritas

por él mismo en un texto de los años ochenta del siglo pasado: «En un sótano sucio, sombrío y sin ventilación, se alineaban juntos los cadáveres de personas identificadas y desconocidas; los vestidos estaban colgados en cuerdas y mezclados... De aquella sala salían muchas veces los entierros, y con mucha frecuencia vi a todos los asistentes a la ceremonia escuchando el sermón de un sacerdote en medio del hedor insoportable que llegaba del sótano, por donde forzosamente tenían que pasar los jueces, médicos, parientes y asistentes. Las instalaciones pedagógicas, tan necesarias para los "candidatos a médico del Estado", consistían en una sola habitación, en la que se practicaban las disecciones, y un anejo que servía de despacho al director del "instituto", a sus asistentes y a los jueces... y que, además, tenía que acoger a los testigos...». Sólo en 1886 se construyó en Berlín un depósito de cadáveres; en el ala oriental del mismo se hallaban las salas de disección, en las cuales podían trabajar los siete forenses con que contaba la capital alemana. En la misma ala, el profesor Liman obtuvo unas habitaciones para sus clases de medicina legal.

En la última década del siglo XIX, la medicina forense se fue abriendo paso hasta alcanzar una cierta audiencia. Los patólogos jóvenes vieron, como en otros países, que dicha especialidad no sólo les abría nuevas perspectivas científicas, sino que les daba posibilidades de alcanzar una buena posición personal. En Berlín, el médico Fritz Strassmann —internista y patólogo—, de 33 años, sustituyó al anciano profesor Liman. Estaba resuelto a conquistar para la medicina legal alemana un papel importante en todos los asuntos e investigaciones de tipo criminal o judicial. Algo parecido se propuso —tal vez con mayor empuje— Richard Kockel, el cual ocupó por primera vez el puesto de «profesor extraordinario de medicina legal» en Leipzig. Kockel no era forense, y por ello necesitaba un permiso del Ministerio de Justicia sajón para «poder asistir» a las autopsias que, con cierto dilettantismo, realizaban los médicos legales de Leipzig.

Adolf Lesser, que había iniciado sus actividades como patólogo en la escuela berlinesa de Rudolf Virchow y que, en 1886, pasó a Breslau como médico del Estado, empezó a dar clases de medicina legal en aquella universidad, un año después de su llegada. Hasta entonces, en la universidad de Breslau se habían dado sólo algunas lecciones esporádicas por parte del médico

del distrito, Jakobi. En Königsberg, el joven profesor auxiliar Georg Puppe, discípulo de Strassmann, demostró poseer la misma mentalidad avanzada que su maestro. A él se debe la creación de una Sociedad Alemana de Medicina Legal, y la inclusión en dicha especialidad de la «medicina social», nuevo campo de acción para los médicos forenses. El objeto de la medicina social era intervenir en todos los problemas médicos que la era industrial planteaba a la medicina: diagnósticos en accidentes laborales, capacidad para el trabajo y problemas de seguros y pensiones.

En Halle se alzó la voz de Ernst Ziemke, que, con el tiempo, sería uno de los médicos forenses de ideas más fecundas. Como médico asistencial del distrito y el puerto de Danzig, Karl Berg, de 30 años, concentró sus experiencias en los casos de personas ahogadas. Era hijo de un pastor cuya familia se componía de diecisiete miembros, y la pobreza le impidió lanzarse desde el primer momento al estudio de la especialidad forense. Sin embargo, estaba resuelto a conseguir su objetivo. Y, en realidad, lo consiguió después de muchos años de trabajo en la ciudad de Düsseldorf. Todos estos hombres, desde Kockel a Berg y desde Strassmann a Ziemke, estaban destinados a dar una fisonomía específica a la medicina forense alemana de los años veinte y treinta. En 1901 luchaban aún por su reconocimiento y por obtener posibilidades de actuación.

No fue casual el hecho de que, en ese mismo año, Ernst Giese, otro precursor, iniciara su actividad docente en Jena con una lección sobre el *Estado actual de la verificación de la sangre*. El descubrimiento de Uhlenhuth —a pesar de no ser éste un médico forense— dio a la medicina legal germana el impulso decisivo que con tanta urgencia necesitaba. Sin embargo, fuera de Alemania, especialmente en Francia, donde la medicina legal despertaba la atención y el interés generales en un grado mayor, aún que en la época de Lacassagne y Gouffé, la posibilidad de distinguir la sangre humana de la animal reafirmó la fe en las posibilidades de la medicina legal, que los franceses consideraban ya ilimitadas.

No es de extrañar, por tanto, que fuera precisamente en París donde, pocos años después, la medicina legal sufriera una de las crisis más espectaculares de su primera época. Ante la catástrofe, el admirado Lacassagne —que no pudo sustraerse a la

resaca provocada por la crisis— pronunció la frase siguiente: «La Historia suele recordarnos los límites de nuestro conocimiento, cuando nosotros estamos en peligro de olvidarlos».

II

Hacia las 3 de la tarde del día 5 de abril de 1905, una joven obrera se presentó en la entrada del hospital parisiense de Bretonneau. Desesperada, mostró al portero un niño que tenía la cara completamente violácea y que respiraba con dificultad. Atendido, el portero condujo a la mujer a la sala de infancia y avisó inmediatamente al doctor Saillant. La mujer dijo llamarse Madame Charles Weber, y su hijo, Maurice.

Tras un examen superficial, Saillant vio que el niño estaba bajo los efectos de un agudo ataque de asfixia. La madre contó una extraña historia: Madame Charles Weber venía de la Goutte d'Or, sombrío barrio situado entre el manicomio y el hospital Salpêtrière. En aquel distrito vivían muchísimas personas apellidadas Weber, emparentadas entre sí: obreros, cocheros, pequeños comerciantes. A mediodía, Madame Charles Weber, con su hijo Maurice, de 6 meses, y una cuñada, Madame Pierre Weber, había ido a comer a casa de otra cuñada, Madame Jeanne Weber. Después de la comida, Jeanne pidió a sus dos invitadas que fueran a hacerle algunas compras, porque ella no se encontraba muy bien. Las dos mujeres accedieron, y el pequeño Maurice se quedó con Jeanne. Cuando, a los cinco minutos, regresó Madame Pierre Weber, encontró a Maurice en la cama con el rostro azulado, jadeando y echando espuma por la boca. Jeanne Weber estaba sentada junto a la cama; tenía las manos metidas bajo la camiseta del niño y le tocaba el pecho. La madre tuvo que arrebatar violentamente el niño de manos de su cuñada. Presa de pánico, corrió a la casa del médico más próximo, el doctor Moock, y, de allí, al hospital Bretonneau.

Saillant reconoció a Maurice por segunda vez y encontró en el cuello del niño una huella rojiza, de un dedo de longitud, más intensa en los dos extremos que en el centro. Inmediatamente se le ocurrió la idea de que el niño podía haber sido estrangulado. Maurice fue llevado a una de las salas de infancia, y la madre no se movió de su lado. Hacia las 9, Saillant hizo

una nueva visita al pequeño Weber y lo halló ya restablecido; la madre estaba calmada y pudo contar otros detalles del incidente. El médico oyó cosas que le parecieron extraordinariamente alarmantes. Desde el 2 de marzo —es decir, en unas cuatro semanas— habían muerto cuatro niños de la familia Weber, todos ellos, con síntomas de asfixia.

En todos los casos parecía estar complicada de un modo u otro Jeanne Weber. Jeanne era una mujer de 30 años, oriunda de un pueblo de pescadores, Keritry, situado en el Norte. Llegó a París a los 19 años, y, desde 1893, era la esposa de uno de los hermanos Weber, Jean. El matrimonio habitaba en el Passage de la Goutte d'Or.

El día 2 de marzo, por la mañana, comenzó la racha de muertes por asfixia. Fue en la casa de Pierre Weber, padre de dos niñas: Georgette y Suzanne. Georgette murió mientras su madre se hallaba en los lavaderos públicos y Jeanne Weber cuidaba de las niñas. La pequeña falleció a consecuencia de un ataque de asfixia. Jeanne estaba inclinada sobre ella y tenía las manos escondidas bajo la ropita de la criatura. El día 11 de marzo murió la otra hermana, Suzanne Weber, que apenas tenía 3 años. Mientras los padres trabajaban, Jeanne se ofreció a cuidar de Suzanne. El rostro de la pequeña quedó casi negro, y cuando una vecina abrió el cuello de la camisita que la niña llevaba, descubrió una hendidura oscura en la piel. El médico de los pobres del barrio no dio importancia alguna al asunto y certificó que ambas muertes habían sobrevenido por «asfixia». Cuatro días después, el 25 de marzo, Jeanne estaba invitada en casa de Léon Weber y su esposa. También en este caso cuidaba de una niña, Germaine —que sólo tenía siete meses—, mientras los padres trabajaban o iban de compras. La pequeña Germaine sufrió el primer ataque de asfixia en la mañana del día 25. La abuela, que vivía en el mismo inmueble, oyó los gritos y encontró a la niña en el regazo de Jeanne, con el rostro hinchado. Germaine se restableció durante la noche; pero al día siguiente, mientras se hallaba al cuidado de Jeanne, falleció de un nuevo ataque. Una vez más, las personas que acudieron hallaron a Jeanne con las manos bajo las ropas de la criatura, cerca del cuello. El 27 de marzo —hacía ocho días— fue enterrada la pequeña Germaine, y aquella misma noche enfermó misteriosamente el propio hijo de Jeanne Weber, Marcel, de siete años.

A las pocas horas fallecía también a causa de un ataque de asfixia, provocado, al parecer, por difteria.

El doctor Saillant conocía la Goutte d'Or. En el barrio, la vida de un niño no tenía gran importancia ni preocupaba mucho a los médicos. Para ellos, la muerte de un niño era la ley de una naturaleza implacable y alevosa, contra la cual era inútil toda defensa. La vida del niño tampoco contaba mucho para los padres, embrutecidos o borrachos. Si todo lo que contaba Madame Charles Weber era cierto, ¡cuánta estupidez debía de reinar entre los Weber para no ver nada sospechoso en aquella serie de muertes, hasta el tercer caso de asfixia! ¿No era, además, inconcebible que los padres confiaran sus hijos a una cuidada, en cuyas manos morían todos de la misma enfermedad? Saillant quiso saberlo todo: ¿Acaso Madame Charles Weber, y los demás miembros de la familia, no cayeron en la cuenta de que sus hijos no morían de una enfermedad misteriosa, sino a causa de un estrangulamiento provocado, del que sólo el pequeño Maurice había escapado con vida? ¿Ninguno de ellos había sospechado de Jeanne Weber? Madame Weber miraba al médico; una mirada joven, animal, obtusa. Sí, en efecto, las sospechas nacieron al morir Germaine. Pero después había muerto el propio hijo de Jeanne, el pequeño Marcel.

El día 6 de abril, por la mañana, el pequeño Maurice parecía totalmente restablecido. El color violeta del rostro había desaparecido totalmente. En cambio, las huellas del cuello seguían distinguiéndose, ahora con mayor nitidez. Habían tomado un tinte azul. Saillant no era médico forense, pero estaba convencido de que la señal del cuello era debida a un estrangulamiento. Cuando el médico de la sala de infancia, el doctor Sevestre, reconoció al pequeño, encontró también las señales de violencia. Fue él quien informó a Monentheuil, comisario de policía de la Goutte d'Or, sobre los extraños sucesos ocurridos entre los Weber. Una hora más tarde era detenida Jeanne Weber, mujer baja y gruesa, de rostro inexpressivo. Dos inspectores iniciaron los interrogatorios de todos los testigos. La descripción de los acontecimientos ocurridos parecía, en muchos aspectos, inconcebible.

Jeanne Weber había dado a su marido dos niñas, además de Marcel, fallecido el 28 de marzo. Ambas hermanas habían muerto prematuramente unos años antes. En aquella ocasión, los

Weber y otros vecinos sintieron una gran compasión por la pobre Jeanne, en la medida en que la gente de la Goutte d'Or era capaz de albergar tales sentimientos. Sus ofrecimientos — que todos describían como muy insistentes — para cuidar a los niños de parientes y vecinos eran interpretados como signo de «maternidad frustrada», comprensible en una mujer a quien la muerte había arrebatado dos hijas.

El 7 de abril, el inspector Coiret supo que, en 1902, habían muerto dos niños, Lucie Alexandre y Marcel Poyatos, en los brazos de Jeanne Weber, sin que los médicos llamados a consulta pudieran dar más que un vago diagnóstico sobre las causas del fallecimiento. Los acontecimientos ocurridos el 2 de marzo de 1905 en casa de Pierre Weber, en la Rue Près Mandit, sólo podían explicarse por la confianza compasiva que los parientes ponían en una «madre a quien el destino sometió a una prueba muy dura». El día en que murió Georgette Weber, de año y medio, la madre recibió un aviso a tiempo. Una hora después de haber dejado a la niña en manos de Jeanne para ir a trabajar a los lavaderos públicos, una vecina de la Rue Près Mandit, Mademoiselle Pouche, entró corriendo en el lavadero. Había oído gritar a Georgette; inmediatamente entró en el dormitorio de los Weber y encontró a la niña llorando en el regazo de Jeanne. Acto seguido, corrió a avisar a la madre. Cuando Mademoiselle Pouche regresaba a la Rue Près Mandit, con la aterrorizada madre, Georgette estaba en la cama. Tenía la lengua colgante y los labios llenos de espuma. Jeanne Weber estaba inclinada sobre ella, pálida y con expresión ausente. Cuando la madre quiso levantar a la niña, Jeanne se asustó; no quería quitar las manos del pecho de la criatura, «porque —según ella— estaba estimulando el movimiento del corazón». Tras grandes forcejeos, Madame Pierre Weber consiguió liberar a la niña y la llevó a una ventana abierta hasta que volvió a respirar normalmente. Después la devolvió a su cuñada, convencida de que la niña había superado un ataque de ahogo provocado por un acceso de tos. Además, rechazó el ofrecimiento de la vecina, dispuesta a cuidar a la niña junto con Jeanne, y regresó a su trabajo. Tres cuartos de hora más tarde fue alarmada de nuevo por la misma vecina. Esta vez, Georgette estaba muerta en su cama. El padre había encontrado a la niña moribunda, con el rostro oscuro y medio tapada por el robusto cuerpo de Jeanne.

El hombre creyó que la cuñada hacía esfuerzos desesperados para devolver la vida a la niña. Al amortajar el cadáver, Mademoiselle Pouche y otra vecina, Madame Navet, observaron una línea azulada en el cuello de la niña. Pero el doctor Ascher, llamado para certificar la defunción, no hizo caso de las señales. Acostumbrado a las muertes repentinas de niños, no tardó ni un minuto en diagnosticar: «Asfixia».

El inspector Bovet, que intentaba poner en claro las circunstancias que rodearon la muerte de Suzanne Weber, ocurrida el 11 de marzo en la misma casa —y en la misma habitación—, supo que el padre fue advertido a tiempo. Después del almuerzo, Pierre Weber y su mujer se habían dirigido a sus ocupaciones, más o menos alejadas de su domicilio. Pierre no trabajaba lejos. Suzanne, como Georgette, estaba al cuidado de Jeanne Weber. Hacía las 2, una vecina, Madame Miquel, fue a buscar al padre y lo llevó a su casa a toda prisa. Suzanne estaba en la cama, fuertemente sujeta —como Georgette— por Jeanne; el rostro de la niña estaba completamente ennegrecido; las mandíbulas, apretadas, y los miembros, convulsos. El padre creyó recordar que aquella mañana Suzanne había tomado jarabe de éter contra la tos, y supuso que la dosis había sido excesiva. Así pues, cogió a la niña y la llevó a la ventana para que le diera un poco el aire. Después la puso nuevamente en brazos de su cuñada. Diez minutos más tarde, era Mademoiselle Pouche quien volvía a buscarlo al trabajo. Suzanne estaba muerta. Jeanne había colocado un pañuelo en el cuello de la niña, y rechazó a Mademoiselle Pouche cuando ésta quiso quitarlo. La vecina contó al inspector que, a pesar de todo, consiguió deshacer el pañuelo durante un instante, sin ser vista; había comprobado la existencia de un profundo surco en el cuello del cadáver. El doctor Ascher tampoco quiso perder su precioso tiempo en esta ocasión; echó una breve ojeada al cadáver, no miró para nada el cuello y escribió el mismo diagnóstico que en el caso de Georgette: «Asfixia».

Bovet había nacido también en la Goutte d'Or. Conocía aquel mundo, la suciedad y la miseria, y sabía con cuánta frecuencia la muerte hacía estragos entre aquellas gentes; sabía cuán escasos eran los sentimientos en el barrio, y a qué grados insólitos llegaba la inconsciencia de sus habitantes. Sin embargo, cuando supo lo que había sufrido la pequeña Germaine Weber, hija del

matrimonio Léon Weber, en la Impasse Langlois, los días 25 y 26 de marzo, hasta que murió, el inspector no podía comprenderlo; aquello superaba los «límites de lo imaginable». La niña acababa de salir de una congestión pulmonar, y Jeanne Weber se ofreció a cuidarla. Era el 25 de marzo por la mañana. La madre estaba en el mercado cuando, hacia las 11,30, la abuela de Germaine oyó los primeros gritos de la niña; bajó del piso superior, donde vivía, y encontró a la criatura indefensa en el regazo de Jeanne, intentando respirar desesperadamente y con los ojos fuera de las órbitas. Sin desconfiar aún, creyendo tan sólo que Jeanne no había tenido bastante cuidado de la niña, tomó a la pequeña Germaine y la tuvo consigo hasta que, después de comer, hubo de reintegrarse a su trabajo en una casa de costura, donde hacía media jornada. Poco después regresaba la madre de Germaine. Jeanne le pidió que hiciera algunas compras para ella, porque tenía «las piernas muy pesadas». Apenas se quedó sola con la niña, cuando los vecinos volvieron a oír gritos. Corrieron a la vivienda y vieron a Germaine sollozando y con el cuerpo como muerto en las rodillas de Jeanne. Ésta tenía las manos bajo la camista de Germaine. Los vecinos avisaron al doctor Labelle, que precisamente se encontraba entonces en la Impasse Langlois. El médico no descubrió ningún síntoma de difteria ni de tos convulsiva; en cambio, observó zonas contusas en el cuello de Germaine. A los pocos momentos, la niña recuperó la respiración; el médico se despidió y prometió volver al día siguiente. Jeanne Weber también se fue; pero a la mañana siguiente regresaba a la casa. Germaine se había recuperado por completo. El doctor Labelle hizo la segunda visita prometeda y se convenció de que el peligro había desaparecido. A las 4,30 de la tarde, Jeanne —como el día anterior— encargó a la madre de Germaine una diligencia. Dijo que sus piernas eran tan torpes y pesadas, que casi no podía tenerse en pie. La madre salió de la casa. A los pocos minutos, los vecinos volvieron a oír los mismos gritos extraños del día anterior: unos gritos ahogados y llenos de angustia. Encontraron a Jeanne inclinada sobre el cochecito de Germaine. La carita de la niña estaba completamente morada, y los ojos le salían de las órbitas. En un ataque de pánico, los vecinos corrieron a buscar al doctor Labelle y a la madre de Germaine. Al regresar, la niña estaba muerta. El doctor Labelle no pudo ser localizado. En su lugar,

apareció el doctor Ascher y se apresuró a dar su acostumbrado diagnóstico: «Asfixia».

Los días 8, 9 y 10 de abril, Bovet informó al juez de instrucción Leydet sobre los resultados de sus pesquisas. Lo mismo que el doctor Saillant, Bovet quiso saber hasta qué punto la conducta de Jeanne no había despertado sospechas entre sus parientes. Pero sólo las vecinas Pouche, Navel y Miguel habían desconfiado de Jeanne Weber después de la muerte de Suzanne. Al morir Germaine, la abuela tuvo las primeras sospechas. Sin embargo, todas las sospechas y desconfianzas desaparecieron cuando murió el pequeño Marcel, hijo de la propia Jeanne.

No había testigos de esta última muerte, excepto la misma Jeanne Weber y su alcoholico marido. Un médico, el doctor Moock, había hecho dos rápidas visitas al niño, lo había vacunado, y como causa de la muerte había dictaminado «meningitis». El padre se limitó a declarar que el niño había tenido mucha fiebre y accesos de ahogo. Jeanne no contestó a ninguna de las preguntas que le formuló el juez de instrucción Leydet. Pero éste sospechaba que en aquella muerte había algo realmente satánico: la mujer había asesinado a su propio hijo para desviar las sospechas de sus parientes y vecinos y tener la posibilidad de cometer otros asesinatos.

El 9 de abril, Leydet llegó al final de sus investigaciones. Como los inspectores de policía, estaba convencido de que ninguno de los niños había muerto de muerte natural. Su parecer era el de que todos ellos murieron a manos de Jeanne, y que Maurice había escapado a su destino por una casualidad casi milagrosa. Creía adivinar los pensamientos que pasaban por la mente de la silenciosa mujer detenida. Pero sólo podía adivinarlos. ¿Era la sed de venganza por la muerte de sus primeros hijos lo que había anidado en el corazón de Jeanne? ¿Era el disgusto y el odio frente a otras madres, en apariencia felices? ¿O se trataba de un placer sádico, que sólo hallaba satisfacción en el acto de matar, como ocurría con muchos asesinos?

Cualquiera que fuese la respuesta a las anteriores preguntas, Leydet estaba seguro de una cosa: había que encontrar una prueba de que Jeanne Weber era una asesina, y de que ni Georgette, ni Suzanne, ni Germaine, ni Marcel habían muerto de muerte natural.

El 9 de abril, Leydet encargó al doctor Léon Henri Thoinot

que examinara a fondo a Maurice Weber, salvado de la muerte. Dos días después, le encomendó la exhumación y autopsia de los niños Gergette, Suzanne, Germaine y Marcel. Leydet no tenía la menor duda de que Thoinot le proporcionaría pruebas científicas de que los niños habían sido estrangulados.

12

Thoinot era el colaborador más íntimo de un hombre que, desde 1877, representaba a la célebre Escuela de medicina legal de París: Paul Camille Hipolyte Brouardel. Thoinot había conocido también a Ambroise Tardieu, antecesor de Brouardel entre 1861 y 1877. Había ocupado la cátedra de medicina legal en la universidad y había conquistado para la Escuela de París una reputación nacional e internacional. Thoinot, que contaba 47 años, era considerado por todo el mundo como seguro sucesor de Brouardel. Frecuentemente había comparecido como especialista ante los tribunales parisienses y había suscitado la admiración general por su seguridad juvenil, su precisión y su confianza en la infalibilidad de la ciencia.

Cuando Thoinot se hizo cargo del trabajo que le encomendó el juez de instrucción Leydet, la medicina legal llevaba por lo menos ochenta años ocupándose a fondo en casos en los que existían síntomas de ahogo o estrangulamiento, con los correspondientes fenómenos de asfixia. Su principal interés se había dirigido a estudiar las transformaciones patológicas provocadas por este tipo de muertes violentas. Unos treinta años antes, Tardieu se había ocupado exclusivamente en el problema en su libro *La pendaïson, la strangulation et la suffocation*, y descubrió las llamadas *manchas de Tardieu*. Se trataba de pequeños derrames sanguíneos, en forma de puntos, que se formaban bajo la piel del pecho y en el corazón cuando la muerte se había producido por asfixia súbita. Por primera vez, Tardieu había abordado los diversos tipos de muerte por ahogo o sofocación, poco estudiados aún; había que considerar la asfixia por medio de cojines apretados sobre el rostro de niños o adultos indefensos. También podía darse el ahogo por presión sobre la caja torácica, como ocurría con las personas sepultadas o muertas en las grandes aglomeraciones.

Aún no se habían apagado los ecos de la gran admiración que provocó el forense Langreuter en 1838, cuando, en su laboratorio, iluminado por un intenso reflector, estudió la región laríngea de los cadáveres abriendo la cabeza de los mismos por la parte superior. Su asistente oprimía la garganta de los muertos o les apretaba la garganta con cuerdas o cordones, y Langreuter iba anotando exactamente los cambios producidos en la laringe, vasos respiratorios, lengua, carótidas y venas del cuello. Aún se recordaban los peligrosos ensayos efectuados en su propia persona por el rumano Minovici en 1904, para averiguar las sensaciones experimentadas por los ahorcados. El médico rumano había experimentado en sí mismo en qué momentos y circunstancias sobrevenían los zumbidos en los oídos, la pérdida de la vista, el ennegrecimiento del rostro, el bloqueo de los vasos sanguíneos y la pérdida del conocimiento. El audaz investigador sólo abandonó sus experimentos al sentir dolores insoportables en el hueso hoides, que persistieron durante doce días. En 1897, Brouardel publicó un trabajo, *La pendaïson, la strangulation, la suffocation, la submersion*, en el que se recogían las experiencias de algunas decenas. Estudiaba también la muerte repentina que se producía al tocar determinados centros nerviosos del cuello. Era seguro que, en los casos de ahorcamiento, se producía una señal cuya longitud dependía de que el nudo de la cuerda hubiese oprimido la nuca o la parte lateral del cuello. Esta señal de la estrangulación consistía en un corte de la piel, que se cerraba posteriormente y adoptaba un color pardo oscuro. A veces la marca se conservaba tierna cuando, en lugar de una cuerda, se había usado un pañuelo o una media. En este último caso, la marca no era tan clara y podía desaparecer al poco tiempo. Una de las reglas básicas era la de que en el cuello de los cadáveres podían formarse arrugas que, a veces, adoptaban un color azulado y que no debían confundirse con las señales de estrangulamiento. Lo mismo ocurría con los surcos que un cuello demasiado estrecho podía producir en los cadáveres de muchos días. Con frecuencia, al ser colgada una persona, la cuerda se corría hacia arriba y se producía una doble marca; entre los dos surcos se formaban coágulos de sangre. Otro descubrimiento importante era el de los asesinatos en los cuales el criminal colgaba el cadáver de la víctima para simular un suicidio. Las susodichas hemorragias en los tejidos servían para

comprobar si el ahorcado lo había sido en vida o después de muerto. Aún estaba viva la polémica sobre el problema de la aparición de sangre en los tejidos después de la muerte. En este aspecto empezaba a vislumbrarse un problema que —como veremos— aún no estaba definitivamente resuelto cincuenta años más tarde: el problema de la coagulación de la sangre antes y después de la muerte. Además, existía el principio general de que el rostro de los ahorcados era casi siempre muy pálido, porque quedaba interrumpida bruscamente la afluencia de sangre a la cabeza. Con frecuencia, la presión de la cuerda provocaba la ruptura del hueso hioides y de la laringe.

En caso de estrangulación con una cuerda u objeto semejante, usado raras veces en los suicidios y con muchísima frecuencia en los asesinatos, quedaba siempre una marca muy clara en el cuello, que, a menudo, lo rodeaba por completo. El rostro quedaba, generalmente, de color violáceo, porque parte de las arterias que conducían la sangre a la cabeza no eran bloqueadas, pero sí las venas que devolvían la sangre al cuerpo.

Por esta misma razón se observaban contusiones azuladas en el cuello y puntos de sangre en el rostro y las tiroideas. El ahorcamiento producía también frecuentemente escisiones en los aritenoides. La estrangulación causada con las manos dejaba asimismo huellas características. Iban desde las escisiones en los aritenoides y el hioides, hasta las huellas de uñas, apenas visibles. También se observaban hemorragias subcutáneas, zonas secas y hemorragias en los músculos, casi siempre a la izquierda de la laringe, lugar que generalmente era oprimido por el pulgar del asesino. Con más frecuencia que en los casos de estrangulación, aparecían hemóstasis en la cabeza y el rostro, que podían adquirir un color negruzco. Los ojos se salían de las órbitas, y la lengua colgaba fuera de la boca. Al efectuar la autopsia, casi siempre se descubría una gran hipermia en el cerebro, en los pulmones y en la parte derecha del corazón; finalmente, también aparecían las manchas de Tardieu.

El día 10 de abril de 1905, cuando Thoinot recibió a Madame Charles Weber, acompañada de su hijo Maurice, en el Hospital Saint-Antoine, el médico vivía en un mundo de ideas propio de la persona que no se siente destinada a descubrir un nuevo horizonte científico. Defendía las tesis de sus antecesores con la conciencia del hombre que se sabe menos favorecido por la ca-

pacidad de fantasía y de duda que aquéllos poseían. Pidió a Madame Weber que le contara todo lo ocurrido el 5 de abril en el Passage de la Goutte d'Or. Supo que las marcas existentes en el cuello de Maurice se habían ido debilitando hasta desaparecer totalmente el día 9. Después, el asistente examinó al niño, mientras Thoinot ojeaba los informes de los doctores Sevestre y Saillant sobre el aspecto de Maurice en los días 5 y 6 de abril. Finalmente, él mismo procedió a examinar al niño. Al terminar, dictó un informe para el juez de instrucción. Maurice Weber era una criatura gruesa y robusta. No tenía señal alguna de violencia en el cuello. Este resultado negativo del examen podía explicarse por el hecho de que las señales del «supuesto atentado» habían desaparecido totalmente. Por otra parte, también era admisible que la madre de Maurice hubiese hecho declaraciones confusas y desconcertantes y que el pequeño hubiese sido víctima de un espasmo de la glotis, cosa muy frecuente en los niños. Al parecer, los médicos del Hospital Bretonneau creyeron observar síntomas de estrangulación, pero —así concluía el informe— «nosotros nos vemos obligados a insistir en que no podemos dar más que resultados negativos».

El 14 de abril fueron desenterrados los ataúdes de Georgette, Suzanne y Germaine Weber. Thoinot encontró muy bien conservado el cadáver de Georgette, y afirmó que «ofrecía posibilidades patológicas aprovechables». Con la rutina acostumbrada, inició la autopsia. El resultado fue el siguiente: el cuello no presentaba cambio patológico alguno, ni contusiones... absolutamente nada. La musculatura del cuello no tenía equimosis. Las carótidas estaban tan intactas como el hioides. En el pulmón izquierdo existía un pequeño foco de tuberculosis. Los restantes órganos estaban sanos.

Tampoco el cuello de Suzanne Weber, «después de quitar el moño que lo cubría», presentó —según Thoinot— lesión alguna. Unos cortes hechos en el «músculo esternocleidomastoideo izquierdo» dejaron al descubierto un pequeño hematoma. Thoinot afirmó: «El hecho de que estas huellas aparezcan sólo en la parte izquierda y no en otros músculos del cuello u otros miembros corporales, nos permite deducir que no estamos ante un fenómeno de la putrefacción, sino ante una lesión formada en vida.» Con esta pequeña excepción, el resultado de la autopsia fue tan negativo como en el caso de Georgette. No había lesio-

nes en el hioides, ni en la laringe, ni en los conductos respiratorios. No existían hematomas en los pulmones ni manchas de Tardieu. Todos los órganos estaban sanos.

El cuerpo de la pequeña Germaine era el que estaba mejor conservado. El resultado de la autopsia fue el siguiente: «No hay huellas de violencia en la parte exterior del cuello. No hay hematomas en los músculos. La lengua y la laringe no están dañados. En los pulmones aparece una extravasación sanguínea de poca importancia. Los restantes órganos están sanos.»

La noche del mismo día, Thoinot envió su informe a Leydet. Le describió las transformaciones patológicas que solía encontrar la medicina forense en casos de estrangulamiento. «Sin embargo —añadía—, para poder formular un diagnóstico forense sobre una estrangulación, tenían que existir, por lo menos, algunos de los síntomas descritos.» La putrefacción no podía hacer desaparecer estos síntomas en tan poco tiempo. El hecho de que ni Georgette ni Germaine Weber presentaran ninguno de los conocidos síntomas, impedía formular la hipótesis de que ambas niñas hubiesen sido víctimas de una muerte violenta por estrangulamiento. En el caso de Suzanne Weber había aparecido, sin duda, un pequeño hematoma en un músculo. Pero era muy aventurado deducir del mismo que Jeanne Weber había estrangulado a la niña. Thoinot añadía que sus tres autopsias no permitían diagnosticar ninguna enfermedad natural, con excepción del pequeño foco tuberculoso en el pulmón de Georgette Weber. Sin embargo, existían muchos casos de muerte natural que no dejaban la menor transformación en los órganos. Esto era especialmente frecuente en los espasmos de la glotis y en laseudodifteria, «cuyas señales desaparecen en el cadáver al poco tiempo». Thoinot resumía así su dictamen: «Todo ello indica que Suzanne, Georgette y Germaine Weber pudieron ser víctimas de un acceso natural de ahogo, sin que quedara el menor síntoma del mismo.»

A la mañana siguiente, Thoinot realizó la última parte de su trabajo: la autopsia de Marcel Weber. El único resultado notable fue que el diagnóstico de meningitis, formulado por el doctor Moock, no era correcto. Thoinot tampoco pudo descubrir otros signos de cambios orgánicos de índole patológica. Y mucho menos existían síntomas de estrangulación, señales o zonas concretas. Según su informe, la autopsia no autorizaba la hipótesis

de muerte violenta, estrangulación con las manos o con una cuerda.

La decepción experimentada por Leydet tras el examen del pequeño Maurice Weber se convirtió en una especie de inseguridad perpleja después de los restantes informes. La discrepancia entre la clara trayectoria de sus deducciones y los resultados de Thoinot le pareció incomprensible. Aunque Leydet era una de las muchas personas impresionadas por los progresos médicos de principio de siglo, y confiaba a ciegas en los progresos de la medicina legal, no por ello dejó de interrogar a cuantos testigos se pusieron a su alcance entre mediados de abril y mediados de junio de 1905. Sus pesquisas lo llevaron de nuevo a la convicción de que Jeanne Weber estaba gravemente complicada en la muerte de los niños. Para salir del círculo vicioso en que se había metido, Leydet se dedicó incluso a estudiar por su cuenta los libros de Tardieu y Brouardel sobre las muertes por ahogo violento. El 21 de junio pasó a Thoinot los resultados de su investigación y le pidió que efectuara nuevos informes, basándose no sólo en las autopsias, sino en la revisión de las declaraciones de los testigos. Leydet tenía una gran confianza en las declaraciones de los doctores Saillant, Sevestre y Labelle. Finalmente, el juez de instrucción pedía al médico que le explicara por qué —según todos los testigos— Jeanne Weber había oprimido siempre el pecho de los niños por debajo de la ropa. ¿Acaso Tardieu no mencionaba la posibilidad de ahogo por opresión de la caja torácica?

Leydet esperó con indecible nerviosismo el resultado de la nueva investigación. A fines de agosto, Thoinot terminó su informe; constaba de muchas páginas de apretada caligrafía. Se había dedicado a estudiar minuciosamente las actas. Su informe estaba dividido en varios capítulos, correspondientes a Georgette, Suzanne, Germaine y Marcel. Pero al leer el primer capítulo, Leydet vio que se encontraba en el mismo callejón sin salida del pasado abril, después del primer informe. Thoinot se negó a cambiar en lo más mínimo su dictamen final. No quiso apearse del carro. Las causas de las cuatro muertes eran las siguientes: Georgette, espasmo de la glotis o asma infantil; Germaine, espasmo de la glotis o asma infantil; Suzanne, espasmos eclámpicos; Marcel,seudodifteria. Los testimonios sobre marcas profundas en el cuello, rostros violáceos, ojos salientes... fueron

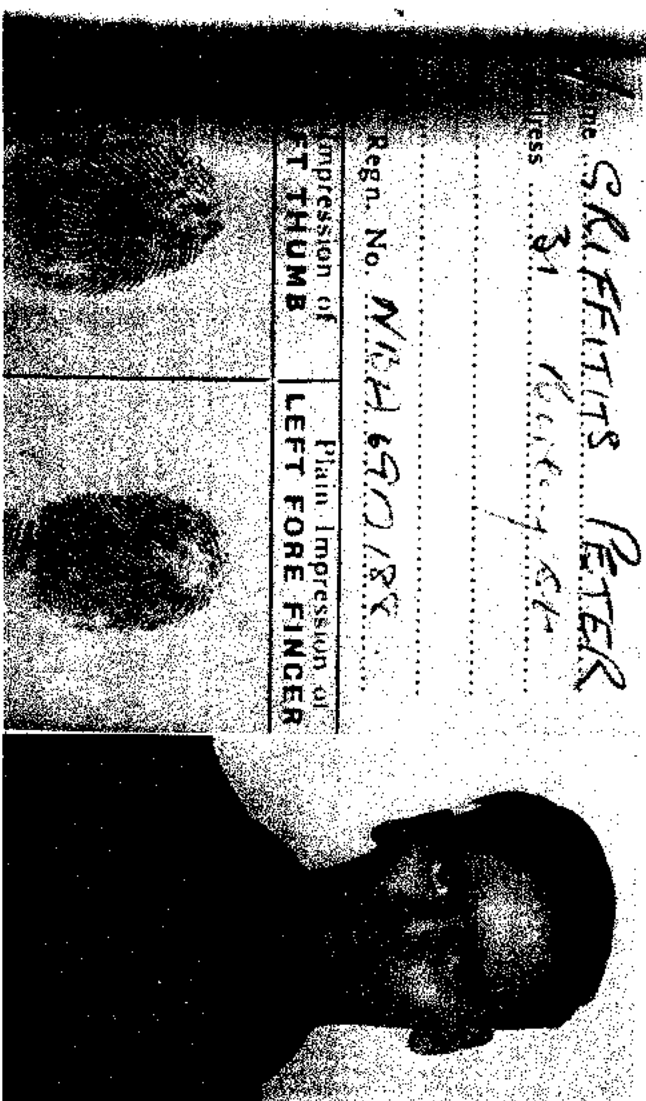
rechazados como «no científicos». Thoinot escribió: «Tales declaraciones, hechas por personas ajenas al mundo de la medicina, carecen totalmente de valor.» La idea de un ahogo por presión de las manos sobre la caja torácica era, indudablemente, admisible. Pero Thoinot la aceptaba sin plantearse seriamente la posibilidad de que hubiera ocurrido. También hacía referencia a las experiencias efectuadas por Tardieu en 1870, relacionadas con la muerte en accidentes de derrumbamiento o en las grandes aglomeraciones. Como es natural, en estos casos, Tardieu había comprobado la existencia de lesiones bien visibles. «La autopsia —decía Thoinot— no nos muestra la existencia de lesiones propias de una muerte por presión sobre la caja torácica.» Además, consideró que era muy aventurado admitir que se podía oprimir el pecho de un niño hasta ahogarlo. La quinta- esencia del informe eran las palabras siguientes: «En resumen, hay que reconocer que, científicamente, es insostenible la tesis de una muerte violenta en el caso de Georgette Weber.» Y lo mismo podía afirmarse en los casos de Germaine, Suzanne y Marcel. Sólo en las últimas cuatro líneas, Thoinot escribía: «Únicamente en el caso de Maurice Weber existe una observación médica llevado a cabo en el Hospital Bretonneau: la posibilidad de estrangulamiento.» Pero era evidente que no tomaba en serio los testimonios de Saillant y Sevestre, porque ambos médicos no procedían del campo de la medicina legal.

Leydet tuvo en cuenta el diagnóstico de Thoinot; pero si éste se aferraba a sus puntos de vista, él, Leydet, tampoco abandonaba su convicción de que Jeanne Weber era culpable. Pasó las actas al fiscal, Seeligman, el cual, ante la audiencia del Sena, elevó la acusación contra Jeanne Weber por asesinato e intento de asesinato. Sin embargo, antes de que se iniciara la vista, se vio claramente que sobre el tribunal pesaba la misma discrepancia entre las investigaciones policíacas y el dictamen de Thoinot. El presidente del tribunal, Bertholus, tenía también una profunda fe en el nuevo mundo de la ciencia y el progreso, pero, a la vez, se sentía vivamente impresionado por las deposiciones de los testigos. Finalmente, aplazó las sesiones de diciembre hasta enero de 1906. El día 18 de enero encargó al propio profesor Brouardel un nuevo examen de los informes, tras ponerse en contacto con Thoinot.

Brouardel tenía 68 años. Sólo seis meses le separaban de la



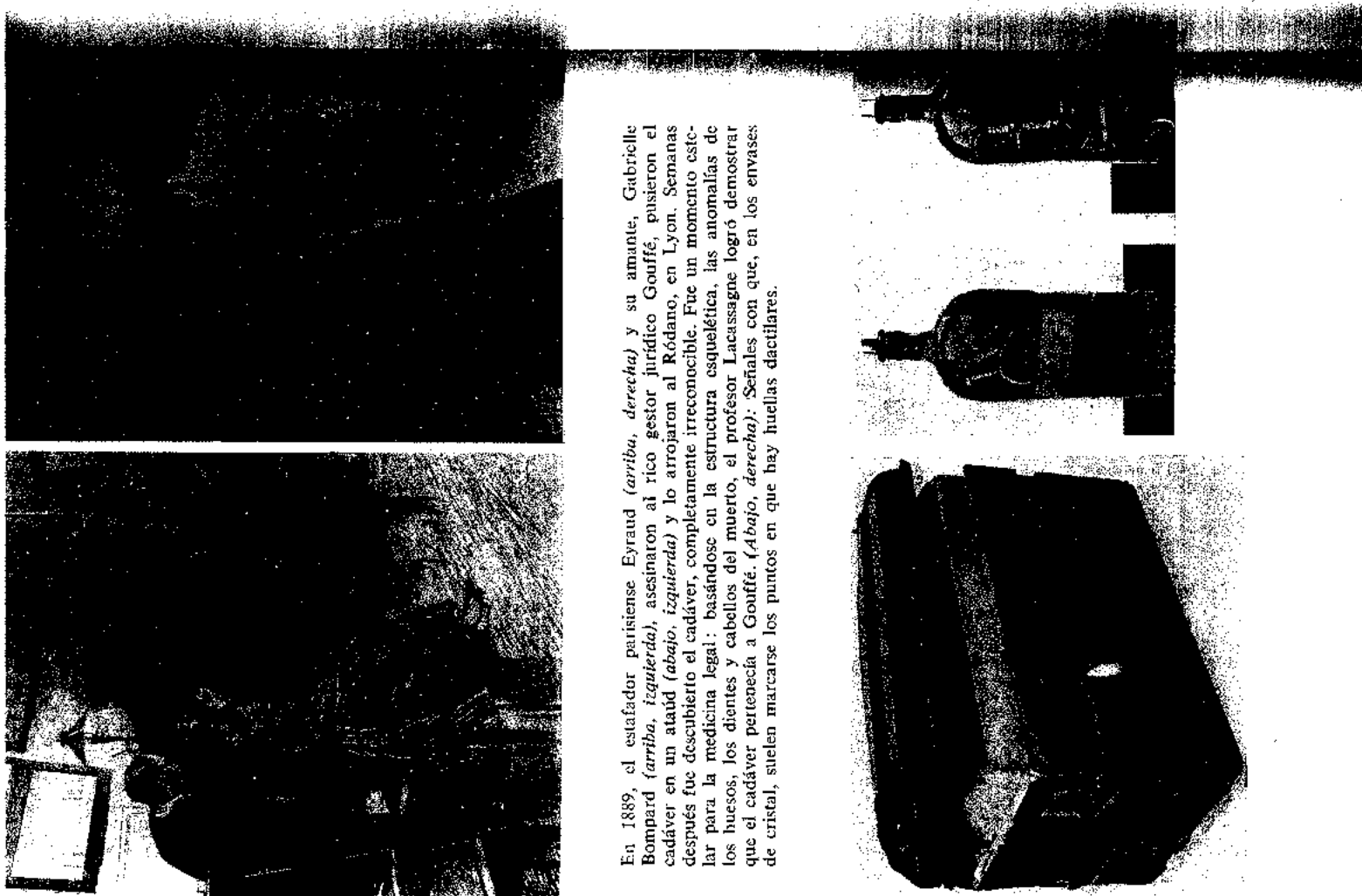
En 1948, una muchacha fue rapada de un hospital, violada y asesinada. Bajo su cama se halló una botella con las huellas dactilares del asesino. El inspector jefe, Campbell, ordenó que se tomaran las huellas dactilares de toda la población masculina de Blackburn: unos 50 000 hombres. Después de examinar 46 000 huellas apareció la del asesino: Peter Griffith (*abajo*). Una vez apresado el delincuente, consideróse que esta medida limitaba las libertades individuales, por lo cual se exigió la destrucción pública de todas las huellas recogidas (*arriba*).



muerte. Más adelante se puso en duda que el famoso catedrático se ocupara personalmente en el trabajo que le habían encomendado. Otros críticos lo acusaron de haber perdido desde mucho antes toda capacidad de autocrítica y de que la gloria se le había subido a la cabeza. El hecho es que a los pocos días el tribunal recibió un informe firmado por Brouardel y Thoinot. En él se confirmaban punto por punto los anteriores informes. Al final, se decía lo siguiente: «Nuestros conocimientos de medicina legal nos permiten comprobar que no se ha ejercido ninguna acción violenta con la mano en la región del cuello, boca y nariz, y nos impiden sostener la hipótesis de ahogo por opresión de la caja torácica...»

El 29 de enero de 1906 se inició el proceso contra Jeanne Weber. Seeligmann y Bertholus vacilaban entre sus opiniones personales sobre la culpa de la acusada y sus profundas convicciones científicas. La sombra de Thoinot y Brouardel pesaba sobre ellos. ¿Qué importancia tenían los nombres de los doctores Saillant, Sevestre y Labelle, ante el nombre de Brouardel? ¿Quién se atrevería a enfrentar los nombres de unos médicos de pobres con un nombre íntimamente unido a la gloria de la medicina legal francesa? ¿Qué importancia podían tener los testigos restantes, los humildes personajes de la Goutte d'Or? ¿Qué quedaría de sus declaraciones al ser contrastadas con Thoinot y con una defensa que sabría desconcertar a aquellas pobres gentes y abusar de su ignorancia para que acabaran desmintiendo lo que habían visto con sus propios ojos?

El 29 de enero, por la mañana, se agolpaban ante las puertas del tribunal muchos padres y madres para quienes la acusada se había convertido en una satánica devoradora de niños, a la que daban el remoquete gráfico de «Ogresse de la Goutte d'Or». Su instinto les pedía venganza contra la asesina, que, con su rostro redondo y estúpido, parecía estar al acecho de algo. Era seguro que el instinto de aquellas personas —las que se aglomeraban en el exterior y las que habían conseguido entrar en la sala— no tardaría en volverse contra la acusación y la presidencia si la defensa, con ayuda de Brouardel y Thoinot, lograba convertir a la asesina en una pobre mujer perseguida injustamente, en una madre que había perdido sus propios hijos. Era indudable que la defensa perseguiría dicho objetivo. Entre las masas impacientes se abrió paso Maître Henri Robert, el



En 1889, el estafador parisiense Eyraud (*arriba, derecha*) y su amante, Gabrielle Bompard (*arriba, izquierda*), asesinaron al rico gestor jurídico Gouffé, pusieron el cadáver en un ataúd (*abajo, izquierda*) y lo arrojaron al Ródano, en Lyon. Semanas después fue descubierto el cadáver, completamente irreconocible. Fue un momento estelar para la medicina legal: basándose en la estructura esquelética, las anomalías de los huesos, los dientes y cabellos del muerto, el profesor Lacassagne logró demostrar que el cadáver pertenecía a Gouffé. (*Abajo, derecha*): Señales con que, en los envases de cristal, suelen marcarse los puntos en que hay huellas dactilares.

famoso Henri Robert, nombre que se había hecho popular en París desde los días de Gouffé y Gabrielle Bonpard. Robert se había prestado a defender a la «Ogresse». No era hombre que dejara escapar un caso sensacional como el que se le ofrecía.

Bastó una sola sesión para que se cumplieran las sombrías predicciones de Seligman. Robert intimidó a los testigos de la acusación, incluidos los médicos (el doctor Labelle no fue invitado por olvido o por error); el defensor consiguió envolverlos en contradicciones y ridiculizar sus testimonios sobre las señales de muerte violenta. En medio de aquel campo de Agramante compareció Thoinot para defender una tesis. El forense tenía un aire satisfecho, seguro, de persona incapaz de cometer errores. El mismo día 30 de enero, por la tarde, Seeligmann se vio obligado a pedir la absolución de Jeanne Weber. Por primera vez, los rasgos de la acusada parecieron animarse. Besó la mano de Robert y llamó a su marido: «¡Di que tú crees en mi inocencia!», le gritó. En las masas de espectadores se produjo el cambio previsto por Seeligman. Hombres y mujeres estallaron en gritos entusiastas e intentaron sacar de la sala a Jeanne Weber.

Al día siguiente, Michel Darland escribía: «En lo sucesivo, nadie debe olvidar que el destino de Jeanne Weber, el destino de una inocente, habría sido muy otro si no hubiese vivido en nuestra época y en un París donde la ciencia de la medicina legal tiene una de sus más gloriosas representantes, si no la más gloriosa. Sólo la ciencia ha hecho triunfar la inocencia, y ha podido obtener un triunfo que confirma la superioridad de los conocimientos científicos sobre cualquier testimonio o investigación policíaca...» Los «Annales d'hygiène publique et de médecine légale», revista dirigida por Brouardel y famosa en todo el mundo especializado, publicó, en su número de enero, un largo informe firmado por Brouardel y Thoinot. Su título era *L'affaire Jeanne Weber*. Reproducía textualmente el sumario y todos los informes, actas y protocolos, así como una introducción de los autores, que acababa con las siguientes palabras: «La vista pública condujo a un esclarecimiento del caso. Las contradicciones y errores de los testigos impresionaron tan profundamente al jurado y al tribunal, que nuestros informes pudieron barrer los restos de desconfianza que, en algunos momentos, aún se ponían de manifiesto contra la acusada...»

Ni Brouardel ni Thoinot sospechaban en ese momento que el caso Jeanne Weber acababa de iniciarse, y que ellos y el tribunal de París tendrían que pasar por pruebas durísimas, pruebas a las cuales pudo escapar Brouardel con su muerte, ocurrido el 23 de julio de 1906.

13

La noche del 16 de abril de 1907, en el municipio de Ville-dieu, departamento de Indre, una niña tocaba insistentemente el timbre de la casa del doctor Papazoglou. Cuando el médico quiso saber la causa de aquel escándalo, la niña contestó: «Vengo de Chambon. Me llamo Louise Bavouzet. Mi hermano Auguste está muy enfermo. Tiene que acompañarme en seguida». Bavouzet poseía una pequeña y miserable casa de campo. En su cabaña vivía con tres hijos y una especie de sirvienta, que era también su amante y que respondía al nombre de Moulinet. La mujer había aparecido hacia unas semanas, como una vagabunda, y había hallado refugio en casa de Bavouzet. El médico preguntó cuáles eran los síntomas de la enfermedad de Auguste. Al enterarse de que el niño llevaba unos días indispuesto y de que había comido demasiado en una boda, dio a Louise Bavouzet un remedio contra los dolores de estómago y la envió a su casa.

Al día siguiente, muy de mañana, el propio Bavouzet se presentaba en el domicilio del médico. Iba sucio y parecía intimidado. De su excitación, Papazoglou dedujo que el estado del niño debía de ser realmente grave. Así, pues, se dirigió a Chambon sin pérdida de tiempo. Sin embargo, cuando llegó, el pequeño Auguste había muerto ya. Al lado del jergón relleno de paja donde se hallaba el niño, había una mujer gruesa, de rostro redondo y ojos negros, inexpresivos. Papazoglou observó que la criatura había sido lavada y vestida con una camisita nueva de cuello muy cerrado y estrecho. «¿Y eso, a qué viene?», preguntó el médico. La respuesta que recibió, dada con una voz soñolienta y negligente, fue: «Vomitó muy sucio». El médico insistió en que quería desbrochar el cuello al pequeño. Al hacerlo, vio una señal roja, que rodeaba todo el cuello con más o menos intensidad. Aquella línea roja era tan extraña, que

Papazoglou se negó a extender el certificado de defunción y dio parte del suceso a la policía de Chateauroux. El juez de instrucción, Belleau, mandó al doctor Charles Audiat, médico forense, que se dirigiera inmediatamente a Villedieu e intentara poner en claro las causas de la muerte del niño. Audiat llegó a Villedieu la tarde del 18 de abril; encontró el cadáver en la capilla del cementerio, mandó colocar unas tablas de madera sobre dos caballetes y, en aquella mesa improvisada, procedió a la autopsia. Audiat vio inmediatamente la extraña marca del cuello y sospechó que el chiquillo podía haber sido estrangulado. Pero la señal era tan gruesa, que el médico empezó a dudar. También él conocía la bibliografía especializada, y sabía que la presión de un cuello demasiado estrecho podía producir un surco en la piel de un cadáver. Cuando se enteró de que el pequeño Auguste llevaba algunos días quejándose de dolores de cabeza, prefirió admitir que la muerte era natural. Así, pues, Audiat dictaminó lo siguiente: «La muerte del niño es natural. Al parecer, ha sido provocada por fenómenos espasmódicos, causados por una encetalitis que se había declarado un par de semanas antes».

El 19 de abril, el pequeño cadáver de Auguste Bavouzet desapareció bajo la tierra de Villedieu. Madame Moulinet estaba junto a la fosa, con su rostro embrutecido.

Nadie se dio cuenta de que la hermana mayor de Auguste, Germaine, una muchacha afeada por un corte en el labio superior que le daba un aspecto leporino, permaneció apartada de todos durante el entierro. Por alguna razón desconocida, desconfiaba de todos aquellos extraños que invadían su casa, y permanecía tendida en la cama de su difunta madre. Durante los días siguientes, registró el saco en que Madame Moulinet había traído sus cosas. Dio con un montón de recortes de periódico. Pertenecían al «Petit Parisien» del año 1906 y comentaban el proceso de Jeanne Weber. Algunos de los recortes reproducían fotografías de la acusada. Y Germaine Bavouzet empezó a comprender lo ocurrido con su hermano: Madame Moulinet no era otra que Jeanne Weber. La niña escondió los recortes debajo de su delantal, corrió a Villedieu, entro en la gendarmería, los puso en la mesa del inspector Auphand y, hablando con dificultad a causa de su labio partido, dijo: «Ha sido ella. Ella ha estrangulado a Auguste».

El 23 de abril, el juez de instrucción Belleau volvía a encar-

garse del asunto. Recomendó al doctor Audiat una revisión del informe presentado el 18 de abril, y, al mismo tiempo, llamó a un segundo médico, el anatomista y patólogo doctor Frederic Bruneau, para que efectuase una nueva autopsia. Por segunda vez en pocos días —el 23 de abril—, la humilde capilla del cementerio de Villedieu se convertía en una sala de disección. Al día siguiente, cuando Belleau tenía en sus manos las actas de la autopsia, la situación cambió radicalmente. El doctor Bruneau observaba (y Audiat se declaraba esta vez conforme) una clarísima marca, de 2,5 cm, que podía deberse a un estrangulamiento. La parte más débil de dicha señal estaba en la nuca. Bajo el cricoides había algunas lesiones que podían atribuirse a uñas humanas. La piel de la marca se había secado como el pergamino. En la laringe aparecían hemorragias que desmentían la hipótesis del doctor Audiat sobre la presión del cuello de la camisa. El corazón estaba repleto, inundado de sangre. Las señales del cuello demostraban que el niño había sido estrangulado violentamente. Al parecer, la asesina había usado para ello un pañuelo; lo había colocado alrededor del cuello de Auguste y había tirado de los extremos en la parte delantera, bajo la barbilla. Esto explicaba las señales de uñas en la laringe y el hecho de que la señal fuera menos intensa en la nuca. Este último hecho explicaba también la confusión con la posible presión del cuello de la camisa. Los dos médicos estuvieron de acuerdo en afirmar que no existía ningún síntoma de muerte natural. Se encontraba una ligera inflamación tuberculosa, pero en una fase tan prematura, que en modo alguno podía ser la causa del fallecimiento.

El día 4 de mayo, los gendarmes se presentaron en Chambon y detuvieron a Jeanne Weber-Moulinet, que fue trasladada a Bourges. Al día siguiente, los rotativos parisenses difundían la noticia de la segunda detención de la «Ogresse de la Goutte d'Or». Al mismo tiempo, se supo que, en junio de 1906, Jeanne Weber abandonó de pronto a su marido, porque, a pesar de la absolución, ningún vecino confiaba en ella. Todo el mundo apartaba temerosamente a sus hijos de aquella mujer. Veinticuatro horas después de las noticias sobre la detención, aparecían los primeros comentarios. Se preguntaban: «¿Qué significan los sucesos de Chambon? ¿Acaso que, el día 30 de enero de 1906, la audiencia de París absolvió a una asesina? ¿Tal vez que los

Soquet sólo había hecho un corte casual en el intestino delgado. Al hacerlo vio una anomalía patológica que, a simple vista, calificó de *mancha de Peyer* ulcerosa. Al parecer, Soquet saludó la aparición de la mancha con un «¡Bienvenida!». Belleau llamó inmediatamente a Audiat y Bruneau y les rogó que dieran su opinión. Resentidos y exasperados, los dos médicos declararon que los síntomas de estrangulamiento eran patentes y que, por tanto, no había considerado necesario abrir los intestinos. Sin embargo, los habían palpado, y dicha operación les pareció suficiente para comprobar que no existía anomalía alguna capaz de provocar una muerte tan repentina. En cuanto a las manchas de Peyer, Thoinot podía consultar un libro publicado en París, el manual de Vibert. En él se leía: «Es importante saber que en los niños aparecen con mucha frecuencia y casi de forma constante manchas de Peyer, muy extensas, blancas y llamativas. Este descubrimiento no debe inducirnos a diagnosticar la existencia del tífus».

Audiat y Bruneau no sospechaban que, con su cita, servían las intenciones que tenía Thoinot de demostrar su incompetencia; al aludir a ella, se metían en un campo dialéctico del que no tenían ninguna experiencia. Thoinot encontró otro párrafo del mismo Vibert en el que se decía que cuando las manchas de Peyer presentaban un aspecto ulceroso, el tífus era evidente. Y este tipo de manchas eran las que habían aparecido en los intestinos de Auguste Bavouzet.

El juez de instrucción siguió convencido de que Jeanne Weber era culpable y de que a Thoinot sólo le importaba su reputación personal. Sin embargo, ante la opinión pública no era más que un hombre enzarzado en una polémica científica. A fines de agosto, Belleau no vio otra salida a la situación que pedir la opinión a otros tres médicos forenses importantes: el profesor Lande, de Burdeos, el profesor Brissaud, de París, y el profesor Mairét, de Montpellier.

Lande, Brissaud y Mairét tuvieron que dictaminar sin ver el cadáver. Sólo podían basarse en el informe de Thoinot por un lado, y en el de los oscuros médicos de Chateauroux, por otro. Se decidieron por Thoinot. Resignado, el juez de instrucción Belleau abandonó la lucha en diciembre de 1907.

Jeanne Weber fue puesta en libertad. Los periódicos departamentales de Indre escribieron, llenos de sarcasmo: «Jeanne

Weber está libre, y los señores Thoinot y Soquet, también». Pero, ¿qué peso tenían sus palabras?

El 13 de enero de 1908, la Sociedad parisense de medicina legal celebró la primera reunión del año para escuchar un discurso de Henri Robert sobre el caso Jeanne Weber. Robert se sentían triunfante, y este sentimiento se traslucía en cada una de sus palabras. Su charla fue una ardiente diatriba condenatoria contra la ignorancia de hombres como Audiat y Bruneau, y un apasionado panegírico de Thoinot, Lande, Brissaud y Mairét. «El informe de estos últimos —concluyó Robert— fue... en todos sus puntos, una confirmación del dictamen formulado por los señores Thoinot y Soquet. Jeanne Weber fue puesta en libertad después de ocho meses de prisión preventiva. Ustedes saben muy bien quiénes son los responsables de esta detención».

El presidente de la Sociedad se levantó para estrechar la mano a Robert. Thoinot exigió que se cambiasen los estatutos sobre el ejercicio de la medicina legal, para evitar que en lo sucesivo se produjeran casos como el de Chateauroux. Se exigieron medidas disciplinarias contra los doctores Audiat y Bruneau. El presidente anunció: «Sacaremos las consecuencias adecuadas del caso Jeanne Weber». Ninguno de los presentes sospechaba que aquella era la última hora triunfal que vivían en aquel célebre caso. Sólo cuatro meses los separaban del día en que todos ellos desearían no haber triunfado jamás.

14

Fue como un inesperado redoble de tambor. El 9 de mayo de 1908, los periódicos parisenses anunciaban: «¡Asesinato y robo en Commercy! ¡Marcel Poirot, hijo del fondista Poirot, estrangulado! ¡Jeanne Weber, sorprendida *in flagrante*!».

Al principio, la cosa parecía increíble. Todos los recuerdos, apenas borrados, volvieron a surgir: el odio contra la asesina, las primeras dudas sobre la exactitud de los dictámenes científicos, la compasión para con la mujer acusada injustamente por segunda vez. Si lo que los titulares anunciaban era cierto... si esta vez se confirmaba el asesinato, ¿qué quedaría del gran triunfo científico? ¿Qué sería de la fe en los descubrimientos y en su infalibilidad?

A la misma hora, en el hospital de Commercy, el profesor Parisot, catedrático de medicina legal de Nancy, su hijo Jacques y el doctor Thierry, se inclinaban sobre el cadáver de Marcel Poirot, un niño de 7 años. Tras ellos se hallaba el juez de instrucción de Saint-Mihiel, Rollin. Estaba resuelto a no pasar por el mal trago de su colega Belleau y a no dejar abierta la menor brecha que pudiera ser aprovechada por la dialéctica de Thoinot.

Dieciséis horas antes, a las 6 de la tarde del día 8 de mayo, llegaron a Commercy un hombre —calero de oficio— llamado Émile Bouchery, y una mujer rechoncha, de aspecto insignificante, que el individuo presentaba como su esposa. Al parecer, aquella mujer era muy amante de los niños. Los dos forasteros se instalaron en la fonda Poirot, situada en la Rue de la Paix. Bouchery había encontrado trabajo en las canteras de Euville. Por la noche, dijo que tenía que ir a trabajar y que volvería de madrugada. Su mujer jugaba con el hijo de Poirot, Marcel. A la hora de acostarse, dijo a los Poirot que solía tener miedo por las noches y que le gustaría que el pequeño Marcel se acostara a su lado, en la cama de su marido.

Los Poirot accedieron. Hacia las 10 de la noche, otro huésped, que ocupaba una habitación del primer piso, oyó gritos infantiles. Inmediatamente fue a avisar a los fondistas. Cuando éstos penetraron en el cuarto de Madame Bouchery, se ofreció a sus ojos un terrible espectáculo. Marcel yacía inerte en la cama, con el rostro ennegrecido. Echaba sangre por la boca. A su lado estaba la forastera con las manos y las enaguas manchadas de sangre. Bajo la cama asomaban los extremos de unos pañuelos, también ensangrentados.

A los pocos minutos, llegó el médico, doctor Guichard, que, casualmente, se encontraba en una casa vecina; pero ya era demasiado tarde. Marcel estaba muerto. En el cuello y en la nuca del niño se observaban contusiones y señales inconfundibles. El niño se había mordido la lengua, y esto había provocado la hemorragia. La sangre que manchaba las ropas y las manos de la asesina la delataban esta vez de forma inequívoca. Impasible, con las manos sucias de sangre, la mujer declaró que era inocente y que no sabía nada de nada. Cuando llegaron los gendarmes de Saint-Mihiel, encontraron entre las ropas de la asesina una carta del abogado Henri Robert. Estaba dirigida a

la cárcel de Bourges, y la destinataria era Jeanne Weber. Robert la felicitaba por su próxima puesta en libertad en diciembre de 1907. Con la misma estúpida impasibilidad con que afirmó su inocencia, Madame Bouchery declaró que era, en efecto, Jeanne Weber.

El cadáver del niño fue conducido al hospital y vigilado. El juez de instrucción Rollin dispuso que el niño fuese fotografiado inmediatamente, con las señales y las manchas de sangre que le daban un aspecto capaz de impresionar a cualquiera. «A mí —declaró con rabia— no me vendrá ningún Thoinot a destruir los hechos con sus sabias argumentaciones». Luego se puso en contacto telegráfico con el profesor Parisot, de Nancy, y le pidió ayuda.

Parisot procedió a la autopsia el día 9 de mayo, a las 10 de la mañana. Cada uno de los cortes hechos en el cuerpo del pequeño Marcel, fue fotografiado. El resultado era innegable: la marca de la estrangulación rodeaba todo el cuello. Era más intensa en los lados y más débil bajo la barbilla. En esta zona, y en la cara, había leves huellas de uñas y pequeñas contusiones. En la lengua quedaban las señales de los dientes. Rollin llamó también al profesor Michel, patólogo de la universidad de Nancy. Michel no podría llegar a Commercy hasta el día 11 de mayo. Entretanto, Rollin se informó, mediante comunicaciones telefónicas y telegráficas, de todo lo que Jeanne Weber había hecho desde su segundo proceso, celebrado en diciembre de 1907.

Primero estuvo en un asilo de Faucombault. En aquella localidad, George Bonjeau, presidente de la Sociedad para la protección de la infancia, dio a Jeanne el cargo de asistente en su hogar infantil de Orgeville; con ello quería «reparar de un modo claro la injusticia cometida con una mujer inocente». Bonjeau confesaba ahora a Rollin que, a los pocos días, la «injustamente perseguida» fue descubierta cuando intentaba estrangular a un niño, y despedida inmediatamente. El miedo al ridículo impidió a Bonjeau denunciar el hecho a las autoridades. En marzo de 1908, Jeanne Weber fue detenida como vagabunda. Al ser llevada a la comisaría, declaró que era Jeanne Weber, la asesina de los niños de la Goutte d'Or. Sin embargo, ante el comisario Lépine, lo negó todo y dijo que se había acusado a sí misma para que la llevaran a una habitación caliente. Lépine la con-

dujo al asilo de Nanterre y la hizo examinar por el neurólogo doctor Toulouse, el cual la encontró completamente sana. En abril de 1908 apareció en Bar-le-Duc, donde se unió a Emile Bouchev.

El 12 de mayo, cuando Michel llegó a Commercy, unos centenares de personas esperaban ante la puerta del hospital. Parisot y Michel redactaron juntos un informe final en el que se afirmaba lo siguiente: muerte por estrangulación, causada por un pañuelo atado alrededor del cuello y sujeto bajo la barbilla. En toda Francia se levantó una tempestad de indignación y una oleada de discusiones. ¿Cómo era posible que los grandes representantes de la medicina forense de París hubiesen ignorado o confundido los síntomas de cinco asesinatos —por lo menos— y dejado así el camino libre para otro asesinato comprobado? —sin hablar de los que jamás podrían ya descubrirse—. ¿Cómo era posible? ¿Cómo explicarlo?

Thoinot y la Escuela de París no dieron respuesta alguna; no salió de ellos ninguna confesión de su incompetencia ni de los errores cometidos. Pocos años separaban a Thoinot de su prematura muerte. Con la obstinación propia de los espíritus que carecen de verdadera grandeza, él y sus amigos intentaron defender hasta el fin sus puntos de vista. Recurrieron a la psiquiatría, ciencia que, por entonces, acumulaba los errores uno tras otro y que gozaba de grandes preferencias entre algunos médicos forenses. La influencia de Thoinot sirvió para que Jeanne Weber no fuese sometida a un nuevo proceso. El 25 de octubre de 1908 fue declarada irresponsable por el psiquiatra Lataue. La asesina desapareció en el manicomio de Marcevalle, y dos años después se estranguló a sí misma, impulsada, al parecer, por ese sadismo que la había inducido a cometer sus anteriores crímenes. Thoinot y Robert no tuvieron escrúpulos en hablar de hipnosis; afirmaron que Jeanne Weber solo había cometido el asesinato de Commercy. El clima de sensacionalismo creado en torno de los casos de París y Chambon la había sumido en un estado hipnótico, que la llevó a cometer en realidad uno de los crímenes que antes se le atribuyeron injustamente.

En una época en que todo el mundo creía que la medicina legal había alcanzado sus mayores conquistas; en medio del entusiasmo general por la grandeza y la infalibilidad de la Es-

cuela de París, el caso Jeanne Weber fue como una advertencia del destino; todo el mundo pudo ver los límites de la ciencia médica en el campo jurídico. El caso vino a demostrar que muchas posibilidades y pistas para el esclarecimiento de un crimen podían escapar a los ojos de las personas más experimentadas. Se pusieron de manifiesto los funestos errores a que podían conducir las exhumaciones y autopsias efectuadas mucho tiempo después de la muerte. Fue también una exhortación a la humildad, a la prudencia y al reconocimiento de que la medicina legal no estaba destinada a decir siempre la última palabra en los casos criminales. En muchísimos casos, no era la que tenía la responsabilidad exclusiva de una decisión, sino que constituía tan sólo un eslabón en la cadena de las investigaciones policíacas generales.

Lo que Brouardel, y, sobre todo, Thoinot, creían una base segura para sus juicios, era, en realidad, el principio de un trabajo de varias generaciones de forenses; se trataba de los complejos problemas que plantean los síntomas de una muerte por asfixia. Los conocimientos de estas nuevas generaciones sobre los misteriosos procesos que acompañan a la estrangulación, sobre las transformaciones experimentadas por la circulación de la sangre, la aparición de materias químicas y los daños causados en el cerebro, hígado y corazón..., todo ello dejaría muy atrás, en cincuenta años, las ideas de Brouardel y Thoinot. El trabajo de estas generaciones de investigadores demostraría que la estrangulación de niños dejaba pocas huellas, a causa de la mayor elasticidad de los órganos infantiles; y dichas huellas desaparecerían con gran rapidez. Los forenses tenían que aprender aún muchas cosas sobre la muerte provocada por opresión de la caja torácica; no sabían hasta qué punto los síntomas quedan ocultos al ojo humano normal. Brouardel y Thoinot no podían hacerse una idea de semejantes dificultades.

Sin embargo, basándose en la evolución de la Histología, los forenses investigaron con microscopios cada vez más perfeccionados los síntomas de asfixia en las células de los tejidos, o analizaron las transformaciones bioquímicas producidas por una estrangulación violenta, los trabajos efectuados comprendían desde las investigaciones del húngaro Orsos sobre la disolución de la grasa en las pequeñas células adiposas —dentro de la zona oprimida por la cuerda o el objeto usado en la estrangulación—,

hasta los experimentos del japonés Kuboïwa y Ogata sobre la forma de distinguir dichos tejidos —invisibles a causa de la estrangulación— de los tejidos normales, sirviéndose de materias colorantes. Los médicos forenses se ocuparon también en la extirpación de los finísimos tejidos del cuello por capas sucesivas —como el alemán Walcher y el sudafricano Mackintosh—, así como en la investigación de los ganglios linfáticos, en las finísimas arteriolas de la dermis o en las células nerviosas del cuello.

En la búsqueda de un procedimiento que permitiera distinguir el suicidio del asesinato con ahorcamiento posterior a la muerte, desempeñaron un importante papel los análisis de saliva y los experimentos del alemán Berg con fosfuros, es decir, con materias lanzadas a la sangre por el hígado y el bazo en caso de asfixia violenta. En este caso, el contenido normal de tales fosfuros en el plasma sanguíneo llegaba a un grado de saturación. Si en un estrangulado o ahorcado se encontraba un exceso de fosfuros en todo el cuerpo, con excepción de la cabeza, ello demostraba el suicidio. El bloqueo de los vasos sanguíneos que pasaban a la cabeza, impedía la entrada de sangre saturada de fosfuros. Cuando se ahorcaba a una persona ya muerta, dicha entrada no podía impedirse.

En conjunto, iba naciendo todo un arsenal de posibilidades probatorias en el que Brouardel o Thoinot no podían ni siquiera soñar. Sin embargo, aún no bastaba para operar con toda seguridad. El caso Weber pasó a la historia como una exhortación a la prudencia, que no sería ya olvidada.

15

En el mes de octubre de 1910, los nuevos métodos para la verificación microscópica de las transformaciones más insignificantes producidas en los tejidos humanos —a las que nos acabamos de referir— entraron en el escenario de la opinión pública con una claridad que impedía no prestarles la debida atención. Así se expresaba un contemporáneo.

La historia de Hawley Harvey Crippen, que el 1 de febrero de 1910 asesinó a su mujer, Cora, en Londres, reunía todas las condiciones para convertirse en una pieza clásica de la historia criminal. La romántica fuga del asesino con su amante, vestida

de hombre, era tan apta para satisfacer a las grandes masas, como el hecho de que su detención a bordo del vapor «Montrose» se debiera a un nuevo invento: la telegrafía sin hilos. Esta fachada de aventuras ocultó en parte el hecho de que el caso Crippen ejerció una gran influencia en la evolución de la medicina legal británica.

El caso Crippen se inició el 30 de junio de 1910. Un hombre llamado Nash pidió a Scotland Yard que realizara pesquisas para averiguar el paradero de una artista desaparecida desde el 1 de febrero. Los nombres artísticos de la amiga de Nash eran «Cora Turner» o «Belle Elmore»; su verdadero nombre, Cora Crippen. Era la esposa de un médico americano, el doctor Crippen, que, desde 1900, vivía en Londres como representante de las casas de patentes médicas Munyon Remedies y Tooth Specialists, esta última, dedicada a la fabricación de prótesis dentarias.

La historia explicada por Nash al inspector en jefe Walter Dew era la siguiente: Crippen vivía en una pequeña casa del norte de Londres, en Hildrop Crescent 39. La noche del 31 de enero, él y Cora invitaron a unos amigos artistas, llamados Martinelli, los cuales se despidieron hacia la 1,30 de la madrugada. Desde entonces no se sabía nada de Cora Crippen. Nash la describió como una mujer alegre, vital y sana, que no llegaría a los 35 años. El 3 de febrero, el Music Hall Ladies Guild, del que era miembro Cora Crippen, recibió dos cartas firmadas por ella. Cora les comunicaba que se había visto obligada a marcharse urgentemente a California, por enfermedad de un pariente cercano. Ni la letra ni la firma eran de la propia Cora. Los Martinelli y otros amigos fueron a ver a Crippen y le pidieron más noticias. Sin embargo, en lugar de suministrar la información que le pedían, el médico se dejó ver con su secretaria, Ethel Le Neve, en un baile. Lo más curioso del caso era que la joven llevaba joyas y pieles de Cora. Además, el 12 de marzo, la secretaria entró en el domicilio particular de Crippen. El 24 de marzo, Crippen comunicó a los amigos de su mujer que la pobre Cora había fallecido de congestión pulmonar durante su estancia en Los Ángeles.

El día 8 de julio, el inspector Dew se dirigió a Hildrop Crescent. Sólo encontró en la casa a Ethel Le Neve, joven menuda y simpática de unos 20 años. Crippen estaba trabajando

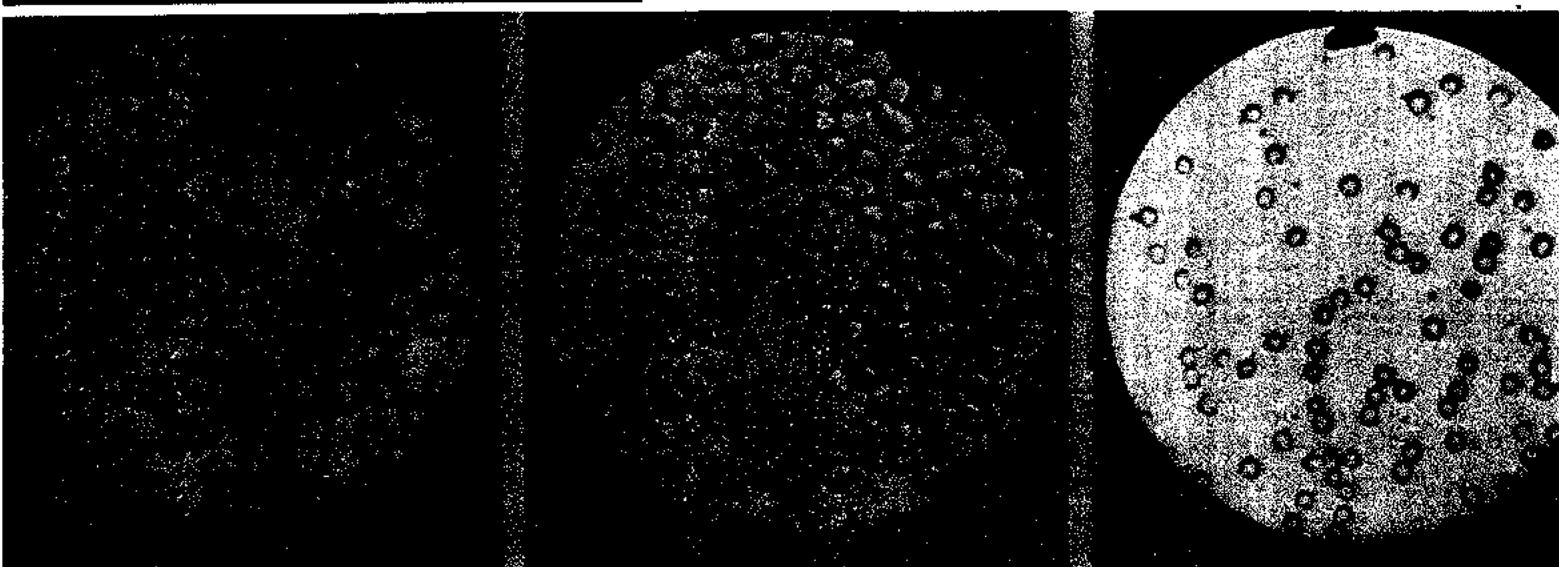
en Oxford Street. Allí lo encontró Dew, ocupado en sus trabajos de odontología.

Crippen era un hombre bajo, de unos 50 años. Los gruesos cristales de sus gafas con montura de oro agrandaban sus ojos. Llevaba un grueso bigote. No manifestó la menor sorpresa y declaró al inspector: «Creo que es mejor decir la verdad... Las historias que he contado sobre la muerte de mi mujer son falsas. Por lo que sé, todavía vive». Según Crippen, su mujer se había ido con un hombre más rico que él. Había inventado la historia de su muerte para no tener que representar el papel de marido burlado.

Crippen no tuvo el menor inconveniente en contar su vida al inspector. Éste conoció otros detalles por los amigos del médico. Crippen había nacido en Michigan y obtuvo su licencia-tura en el Ophthalmic Hospital de Nueva York. Ejerció en Detroit, Santiago y Filadelfia. En 1892, se casó en Nueva York con una opulenta beladad de 17 años que se hacía llamar «Cora Turner» o «Belle Elmore»; su verdadero nombre era Kunigunde Mackamotski. Cora poseía una «débil voccecita», pero sentía una gran pasión por el teatro. Ciego de amor, Crippen financió sus clases de canto y aceptó trasladarse a Londres, porque Cora creía que en la capital británica le sería más fácil hacer carrera que en Nueva York. Pero la muchacha consiguió sólo unos cuantos contratos en salas de poca monta. Su carácter agresivo hizo que convirtiera a Crippen en una especie de pararrayos, sobre el que descargaba todo el malhumor que le producían sus designios artísticos. Se rodeó de una cohorte de admiradores más o menos dudosos y obligó a su marido a llevar todo el peso de la casa y a servir a sus invitados. Crippen no perdió nunca la paciencia ni se rebeló jamás. Finalmente, Cora dedicó sus favores a un americano llamado Miller.

Hasta aquí todos los antecedentes del asunto: Crippen acompañó a Dew a su casa de Hilldrop Crescent 39, abrió todas las habitaciones y se ofreció a ayudar a la policía a buscar a su mujer. Dew quedó «satisfecho» con las explicaciones del médico y se dispuso a redactar un informe con el que pensaba liquidar definitivamente el asunto. Al confeccionarlo, se dio cuenta de que le faltaban unos datos. El día 11 de julio se encaminó de nuevo a Oxford Street para pedir información a Crippen. Entonces se enteró de que el día 9 Crippen había salido precipi-

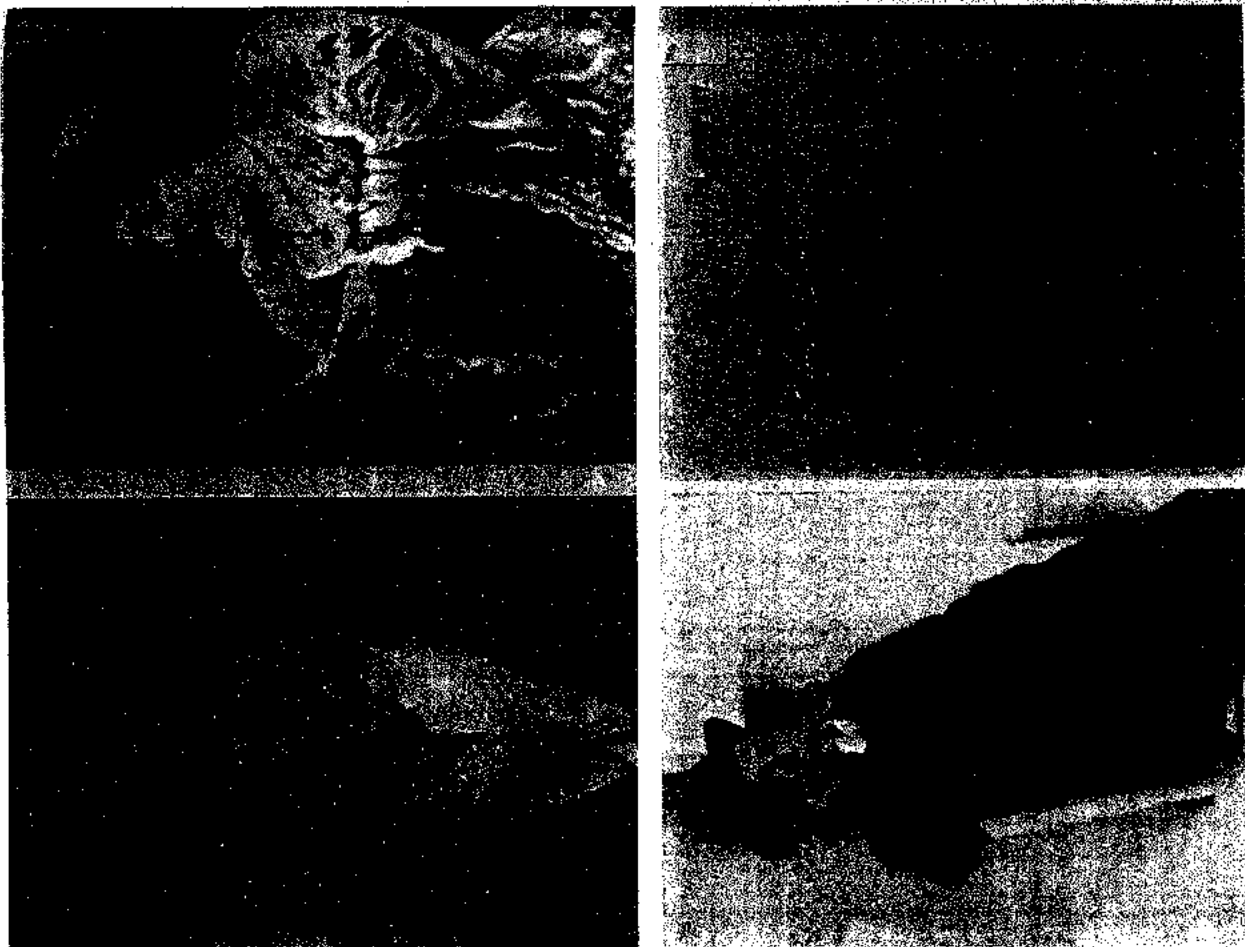
En 1901, los médicos forenses llevaban ya casi un siglo esforzándose por investigar las manchas de sangre en el lugar del crimen. Lograron crear métodos con los que se podía probar si las manchas eran realmente plasma sanguíneo. Sin embargo, seguía siendo imposible diferenciar la sangre de los seres humanos de la de los animales. Teóricamente, los glóbulos se distinguían por su forma y tamaño al microscopio. (A la derecha, *de arriba abajo*: sangre de cabra, de cerdo y de ser humano, aumentada mil veces.) En la práctica, los corpúsculos sanguíneos secos pierden sus signos característicos. Sólo un acontecimiento insólito, el descubrimiento de Paul Uhlenhuth (*abajo, izquierda*), permitió distinguir, mediante suero de conejo, no sólo la sangre humana y la de animal, sino también los distintos tipos de sangre animal.



tadamente de Londres con destino desconocido. Dew marchó en seguida a Hildrop Crescent y encontró la casa vacía. Crippen y Ethel Le Neve se habían esfumado. Como es natural, el inspector empezó a desconfiar y ordenó que la casa fuese sometida a un minucioso registro. El 13 de julio, él mismo descubrió en el embalsado del sótano unas cuantas baldosas que se movían. Al levantarlas y quitar la tierra que había debajo, encontró parte de un cuerpo humano, una masa de carne ensangrentada, sin cabeza ni extremidades. Sin embargo, había restos de prendas de vestir, entre ellos, una camisa de mujer.

El inspector fue inmediatamente a Scotland Yard e informó a Melville Macnaghten. Hacia las 11 de la mañana del día siguiente, el doctor Augustus Joseph, cirujano y patólogo del St. Mary's Hospital de Hildrop Crescent, se presentó dispuesto a inspeccionar el macabro hallazgo.

En aquella mañana decisiva, la medicina legal británica se encontraba en una situación que la diferenciaba, en muchos aspectos, de la medicina forense continental. Si había en realidad una cuna de la medicina forense británica, ésta se hallaba en Escocia. A fines del siglo XVIII, Andrew Duncan el Viejo, profesor de medicina de Edimburgo, empezó a dar clases sobre policía médica, inspirado por los modelos austríacos. En 1807, el hijo de Duncan ocupó, por real decreto, el cargo de profesor de medicina legal en aquella universidad. La especialidad era tan insólita para los escoceses, que los diputados parlamentarios y los concejales de Edimburgo vieron en la creación de la nueva cátedra una especie de insulto del gobierno central; en su opinión, el gobierno «quería demostrar que podía permitírselo todo». Duncan fue quien abrió el camino a hombres como Christison, Traill, Henry Littlejohn y su hijo Harvey Littlejohn. Las *medical schools* inglesas concedieron mucho más tarde un pequeño margen de actuación a la medicina legal. Después de una etapa preparatoria, con nombres como Ryan y John Gordon Smith, la Escuela del Guy's Hospital de Londres se había adelantado en 1844, al nombrar profesor de medicina legal a Alfred Swaine Taylor, cirujano de 25 años. Taylor venía de París e introdujo en su patria la nueva especialidad. Su obra en dos volúmenes *Principle and Practice of Medical Jurisprudence* se convirtió en el primer manual extenso. Fue la primera obra que impuso en Inglaterra el concepto europeo de la medicina legal. Por otra



El caso del doctor Crippen (*arriba, izquierda*), que, en 1910, asesinó a su esposa (*arriba, derecha*), enterró su cadáver, irreconocible, en el sótano de la casa y huyó con su amante, vestida de hombre (*abajo, izquierda*). Dada la orden de arresto (*abajo, derecha*), fue detenido en el vapor «Montrose». Este caso dio origen a uno de los mayores acontecimientos de la medicina forense.

parte, el propio Taylor fue quien, en 1859, reavivó la vieja desconfianza de la opinión pública inglesa contra la policía y la justicia —extendida ahora a la nueva ciencia de la medicina forense—, al cometer un lamentable error en el proceso por envenenamiento contra el doctor Smethurst (del que trataremos en el capítulo sobre toxicología). En los días de Crippen, esta desconfianza aún se mantenía viva y era una de las razones que apartaba a casi todos los patólogos de los problemas médico-jurídicos. No obstante, la causa principal residía en el sistema vigente en Gran Bretaña —con excepción de Escocia— para investigar los casos de muerte repentina o misteriosa, sistema que tenía ya muchos siglos de antigüedad.

A diferencia de Europa —con sus investigaciones en las que intervenían policías, médicos estatales y forenses—, el centro del sistema británico lo constituía una figura que procedía de la más antigua tradición: el *coroner*. Éste era un hombre libremente elegido que, junto con un jurado compuesto por no menos de siete ni más de once miembros, abría una encuesta pública (llamada *Inquest*) sobre todos los casos de muerte violenta o sospechosa que eran denunciados en su oficina. Al principio, el *coroner* fue un delegado de la corona. Su cometido era el descubrir los actos criminales de todo tipo y procurar que las fortunas o haberes de los condenados o de los suicidas fueron puestos a buen recaudo y pasaran a los fondos de la Corona. En el transcurso de los siglos, el *coroner* perdió su primitiva función y se convirtió en un órgano de investigación para los casos de muerte violenta o misteriosa. La ley no exigía conocimientos especiales para el cargo; sólo pedía «honorabilidad». Desde tiempo inmemorial los *coroners* y *coroner-jurys* habían dictaminado sobre un número infinito de defunciones anormales sin poseer los menores conocimientos médicos, basándose tan sólo en la observación superficial del cadáver y en los interrogatorios de los testigos. Cuando un *coroner* creía necesario el consejo de un médico, recurría a los facultativos que tenía más a mano. La evolución europea de la medicina forense no ejerció la menor influencia sobre el sistema de los *coroners*. Por otra parte, tal sistema era tan imperfecto que, hasta 1873, no se había extendido en Inglaterra ni un solo certificado de defunción que contuviera los datos precisos y exactos. Sólo en 1874 se promulgó una ley sobre el registro de nacimientos y defunciones. Sin embargo,

en 1893, una comisión investigadora informaba: «El procedimiento vigente parece inadecuado para impedir que se den datos falsos sobre las causas de la muerte en casos de asesinato... En una palabra: no hace más que fomentar el crimen». A fines de siglos existían aún decenas de miles de muertes que el *coroner* no captaba, o enjuiciaba de un modo erróneo a causa del sistema superficial de registro o de los desconocimientos médicos. Una inspección del año 1899 dio como resultado el que, entre los casos de muerte no registrada, había por lo menos 127 asesinatos, y en 1910, una comisión destinada asimismo a investigar el sistema del *coroner*, declaraba: «La actual ley sobre los certificados de defunción ofrece toda clase de posibilidades para ocultar asesinatos». Las inquietudes suscitadas por tan inseguro sistema no eran nada nuevo; ya a mediados del siglo XIX, el *coroner* estuvo expuesto a múltiples críticas. Desde luego, —admitían los críticos—, el sistema tenía una ventaja indiscutible sobre los sistemas europeos: la denuncia e investigación de las defunciones repentinas e inexplicables no pasaba a la policía ni, por tanto, se relacionaba con el odio al criminal. Sin embargo, los evidentes progresos de la medicina legal europea dieron un carácter cada vez más parentorio a la exigencia de que el *coroner* poseyera conocimientos médicos y patológicos. Por lo menos, le ley tenía que estimularlo a servirse de los patólogos para investigar los casos más confusos. Los críticos estaban de acuerdo en que tal medida no significaba todavía un grado máximo de seguridad para el descubrimiento de asesinatos o muertes violentas. Los únicos patólogos disponibles, los de los grandes hospitales, estaban acostumbrados a descubrir las causas de las defunciones naturales. En cambio, no conocían el campo de la medicina forense, los síntomas de los distintos tipos de muerte violenta. Por añadidura, la idea, muy extendida, de que toda autopsia era una «ingobernable orgía de sangre», constituyó un grave obstáculo para cualquier reforma, y el lamentable estado de muchos depósitos de cadáveres (incluso en las grandes ciudades) contribuía a fomentar las reservas y prejuicios existentes. En los albores del siglo XX había algunos *coroners* y ciudades industriales que solían recurrir a los patólogos. Se habían dado cuenta de que tal medida no sólo era recomendable en casos de asesinato, sino en los múltiples casos —cada vez más frecuentes— en los que era preciso resolver problemas de

seguros y previsión social mediante un diagnóstico exacto sobre las causas de una defunción. En 1903, el municipio londinense recomendó a los grandes hospitales de la capital que tuvieran siempre un patólogo disponible para las autopsias ordenadas por el coroner. La mayor parte de dichos patólogos estaban aún muy lejos de poseer conocimientos forenses.

Sólo tres personas constituían una excepción a la regla. Pertenecían al cuerpo facultativo del St. Mary's Hospital, ubicado en el barrio londinense de Paddington. Eran cirujanos e internistas que se dedicaron a la Patología, a la patología forense y al análisis toxicológico por puro interés personal. Se llamaban A. P. Luff, William Willcox y Augustus Joseph Pepper.

El hecho importante es que no debían su posibilidad de ejercer la medicina legal a los coroners, sino a la evolución de Scotland Yard. Los coroners llevaban ya mucho tiempo pasando a los tribunales el trabajo de descubrir los autores de los asesinatos denunciados a ellos. Al mismo tiempo, los jueces de paz llevaban a cabo las averiguaciones necesarias contra los sospechosos a quienes los *Thief-takers*, *Bow-Street-Runners* y después los policías, acusaban de haber cometido algún delito. No pocas veces los coroners y los jueces de paz habían trabajado paralelamente o en oposición. En el último cuarto de siglo xrx, Scotland Yard y la autoridad superior a ella, el Home Office británico —secretariado o ministerio del Interior—, estaban mucho más lejos que las organizaciones policíacas continentales de dar a la medicina legal el papel que le correspondía en su trabajo cotidiano. Sin embargo, los juristas del ministerio del Interior se encontraban cada vez más frente a casos investigados por Scotland Yard, en los cuales era imposible obtener pruebas si no se recurría a la medicina legal.

Por tanto, el ministerio del Interior vióse en la precisión de buscar patólogos y químicos capaces de llevar a cabo las investigaciones correspondientes. A nadie se le ocurrió fundar institutos de medicina legal, adscritos a las universidades, como en Europa. Las autoridades se limitaron a solicitar la ayuda de algunos patólogos y químicos, que seguían trabajando después en sus hospitales, hasta que volvían a ser llamados para emitir un dictamen médico sobre algún nuevo caso criminal. Recibieron el nombre de *Home Office Pathologists*, o *Home Office Analyzists*. Entre estos patólogos y químicos adquirieron gran

notoriedad Luff, Willcox y, sobre todo, Pepper —nacido en el año 1849—, los tres contribuyeron de un modo decisivo a esclarecer algunos casos de asesinato ocurridos a principios de nuestro siglo.

En 1901, Pepper intervino en el famoso caso del «asesinato de Moat-Farm», en Essex. Logró identificar a la víctima, Camille Holland, que había permanecido tres años en una cuneta. Además, las lesiones del cadáver le permitieron dictaminar que no se trataba de un caso de suicidio, como afirmaba el asesino. Otros dos casos (Druce y Devereux) llegaron a interesar también vivamente a la opinión pública. El trabajo de Pepper, limpio y minucioso, consiguió abrir la primera brecha en el muro de prejuicios que existían contra la Patología (la *beastly science*), y, en especial, contra la patología forense. En 1908, Pepper abandonó su cargo de *Senior-Pathologist* del St. Mary's Hospital y lo cedió a su discípulo Bernard Spilsbury. Sin embargo, continuó su puesto de *Home Office Pathologist*.

En este punto se hallaba la evolución de la medicina forense británica aquella mañana del día 14 de julio de 1910 en la que Pepper bajó al sótano de la casa de Crippen, en Hilldrop Crescent, dispuesto a estudiar los restos humanos encontrados bajo las baldosas. Inmediatamente se dio cuenta de que el asesino debía poseer conocimientos de Anatomía; no sólo había separado del cuerpo la cabeza y las extremidades, sino que, además, había arrancado todos los huesos de la víctima para destruirlos o esconderlos en otro lugar, con el claro objetivo de impedir una identificación mediante el estudio del esqueleto. Habían desaparecido todas las partes del cuerpo indispensables para descubrir el sexo de la víctima; faltaban grupos enteros de músculos y zonas de piel. Pepper mandó que los restos fuesen recogidos con todo cuidado y trasladados al depósito de Islington. El 15 de julio procedió a una inspección, que duró varias horas. Entre las partes del cuerpo descubrió restos de un pijama en cuyo cuello había una etiqueta con la inscripción: «Camisera Johnes Brothers Holloway». Este detalle acusador hizo pensar a Pepper que tal vez el asesino había cometido otras omisiones, pese a su minuciosidad. El estado de los restos indicaba que no llevaban más de ocho semanas bajo el embalsado del sótano. Los órganos reconocibles (corazón, pulmones, esófago, estómago, hígado, riñones y páncreas) no presentaban síntomas

de enfermedad alguna. Pepper pasó a Willcox una parte de dichos órganos para que procediera a un análisis toxicológico. Por su parte, él no podía hacer más. Tenía ante sí una masa de carne, grasa, piel y restos de cuero cabelludo, todo ello indistinguible. La longitud de los cabellos conservados y la blusa permitían deducir que el cadáver pertenecía a una mujer. Pero ninguna de las deducciones efectuadas tenía un valor probatorio.

El día 15 de julio, por la mañana, entró en escena Richard Muir, a quien ya conocemos por la historia de la dactiloscopia, y se encargó de las restantes averiguaciones.

Duro e implacable como siempre, Muir persiguió «resultados» concretos. Estaba seguro de que aquel asunto no llegaría a convertirse en el caso Crippen si no conseguía probar que el cadáver del sódano pertenecía a Cora Crippen.

Las amigas de Cora identificaron la blusa; pero esto no bastaba. A primera hora de la tarde del día 15, Pepper seguía en la imposibilidad de dar a Muir alguna esperanza. Sin embargo, procedió a un nuevo y minucioso examen y descubrió un pedazo de piel en cuyo borde crecían algunos pelos que, al parecer, pertenecían al sexo de la víctima. Se trataba, sin duda, de una parte del vientre. El interés de Pepper se dirigió inmediatamente a una curiosa anomalía de la epidermis. Podía deberse a una arruga de la piel, formada después de la muerte. No obstante, una parte de la anomalía recordó a Pepper las cicatrices de las operaciones quirúrgicas; Pepper había trabajado muchos años como cirujano y estaba capacitado para emitir un juicio al respecto. Muir inició inmediatamente una encuesta entre los amigos de Cora. En efecto, la desaparecida fue sometida en Nueva York a una operación en la que le fueron extirpados algunos órganos del vientre. En esos mismos días, Scotland Yard difundía una descripción personal de Crippen y Ethel Le Neve. La notificación fue enviada también a todos los buques que efectuaban la travesía del Atlántico, y así llegó a manos del capitán del «Montrose», vapor de pasajeros británico que zarpó de Ambres el 20 de julio y que había embarcado, entre otras personas, a un tal mister John Philo Robinson y a su hijo John. Al segundo día de travesía, el capitán Kendall observó que el joven John Robinson hablaba y se movía como una mujer. Posteriormente, llegó a la conclusión de que el comportamiento de los Robinson era el de dos amantes, más que el de padre e hijo.

Inmediatamente envió un cable al armador de Londres, comunicándole sus sospechas. El 23 de julio, el inspector Dew y el sargento Mitchell embarcaban a bordo del rápido vapor «Laurentic» y daban alcance al «Montrose» el 31 del mismo mes, frente a la ciudad de Quebec. Los Robinson—Crippen y Ethel Le Neve—fueron detenidos. El 10 de agosto, los policías llegaban a Londres con su presa, sin sospechar aún que dos días antes Pepper había dado con la «prueba patológica» que permitiría la identificación del cadáver.

Pepper se había pasado casi tres semanas ocupado con el fragmento de piel que tanto le llamó la atención el 15 de julio. ¿Pertenecía en realidad al vientre de la víctima? ¿Correspondía la cicatriz a una operación como la que sufrió Cora Crippen? La respuesta a estas preguntas era tan difícil de hallar, que Pepper consultó a uno de sus antiguos discípulos, Spilsbury. Desde 1889, Spilsbury—por consejo de Pepper—se había dedicado al estudio microscópico de los tejidos humanos, y, sobre todo, al problema de la formación de cicatrices. La cicatriz como medio de identificación y prueba de la existencia de antiguas heridas había ocupado ya a Devergie. El francés había propuesto—por ejemplo—frotar o golpear la piel en la que se suponía la existencia de una cicatriz, hasta que se formara una señal pálida sobre la piel enrojecida. También la preocupó la diferencia entre las cicatrices producidas por enfermedades y heridas. Sin embargo, sólo cuando se crearon métodos histológicos perfeccionados se vio la posibilidad de efectuar estudios más profundos. No obstante, este campo de la investigación se encontraba aún en sus inicios cuando Pepper y Spilsbury se inclinaron sobre los restos humanos hallados en el sódano de la casa Crippen para estudiarlos. El hecho—un poco inseguro—de que los pelos mencionados procedían del sexo no permitía sacar una conclusión definitiva sobre el lugar exacto del vientre a que pertenecía el pedazo de piel. La prueba sólo podría presentarse si se encontraban tejidos musculares o aponeuróticos característicos de la zona situada entre el sexo y el ombligo: músculo recto de la pared abdominal, aponeurosis planas y músculos más pequeños, unidos al músculo recto. Tras muchos días de preparación, estudio microscópico y comparación con cortes hechos en otras paredes abdominales de personas sanas, Spilsbury pudo demostrar que el fragmento de piel había re-

cubierto la parte central del vientre. El otro problema por resolver era el de la cicatriz. A simple vista, tenía forma de herradura; pero la observación microscópica de cortes hechos en el tejido de la misma demostró que los dos «brazos» de la herradura eran de naturaleza muy diferente. Uno de ellos era, sin duda, un fenómeno producido por la situación en que había permanecido la piel durante el tiempo en que los restos estuvieron enterrados en el sótano. Dentro del pliegue, la piel tenía la misma estructura normal que alrededor del mismo. Existían raíces capilares, y, sobre todo, glándulas sebáceas, cosa que no ocurría nunca en las cicatrices de operaciones quirúrgicas. Los tejidos formados en dichas cicatrices eran duros, sin glándulas ni pelos. Además, la blusa de Cora Crippen había dejado una marca del estampado en la piel que rodeaba el pliegue. Al parecer, la blusa se había plegado con la misma piel, porque el dibujo se encontraba también en el interior del pliegue. El otro brazo de la herradura tenía unos 10 cm y era distinto por completo. Constaba de una superficie larga y estrecha, dura y de color pálido, que se ensanchaba un poco en el extremo inferior, ensanchamiento característico de las cicatrices que partían del ombligo; la presión de los intestinos producía a menudo tal ensanchamiento en la parte inferior de la cicatriz. Sin embargo, la prueba más decisiva de que se había hecho una operación quirúrgica era la siguiente: a derecha e izquierda de la cicatriz se observaban raíces capilares y glándulas; en cambio, no las había en la superficie de la cicatriz. Esto era un sintoma evidente de la separación quirúrgica de la piel y de la formación posterior de nuevos tejidos, propios de las cicatrices y desprovistos de pelos y glándulas. Sólo en un pequeño sector descubrió Spilsbury restos de glándulas y pequeñas formaciones adiposas. Sin embargo, Pepper, como cirujano, sabía que, al coser las heridas de una operación, la capa superior de piel era incluida en los puntos; parte de esta capa superior quedaba en la cicatriz con sus pelos y glándulas. También sabía que, en muchos casos, los agujeros producidos por los pinchazos de las agujas desaparecían por completo con el tiempo, o dejaban huellas apenas visibles. En efecto, Spilsbury descubrió con su microscopio pequeñas señales de la costura. El 15 de septiembre, después de casi ocho semanas de trabajo, Pepper y Spilsbury estaban convencidos de que la piel estudiada proce-

día del bajo vientre del cadáver, y de que la cicatriz se debía a una operación quirúrgica en la que se había extirpado algún órgano femenino enfermo.

Mientras Pepper y Spilsbury llegaban a estos resultados tras esforzado y minucioso trabajo, Willcox y Luff no habían permanecido ociosos. El 20 de agosto, Willcox, con métodos que estudiaremos en el capítulo dedicado a la toxicología, descubrió que las partes del cadáver conservadas contenían una dosis mortal de hioscina, veneno vegetal. Al mismo tiempo, los agentes de Scotland Yard, a los que Richard Muir —según su costumbre— no había dado tregua, descubrieron que el día 17 ó 18 de enero Crippen había adquirido 5 gr de hioscina en el establecimiento Lewis & Burrows; la dosis no podía tener aplicación alguna en las actividades médicas de Crippen. Finalmente, se descubrió que Crippen poseía dos pijamas semejantes al que llevaba el cadáver. La casa Johnes Brothers le había suministrado tres pijamas en enero de 1909. El 15 de septiembre se cerró la cadena de pruebas aportadas por la colaboración de los médicos forenses y la policía. La acusación, representada por Richard Muir y Travers Humphreys, tenía ya todas las piezas en sus manos, y millones de personas se dispusieron, con enorme curiosidad, a seguir el proceso Crippen, iniciado el 18 de octubre de 1910.

El consejero jurídico de Crippen, Arthur Newton, era uno de los *solicitors* londinenses de menos escrúpulos. Las pruebas que esperaba de la acusación sólo le dejaban abierta una posibilidad de defensa: la afirmación de que los restos humanos hallados en el sótano del domicilio de Crippen no pertenecían a Cora, sino que habían sido enterrados antes de que su defendido alquilara la casa de Hilldrop Crescent, el día 21 de diciembre de 1905. Newton confiaba en esta táctica porque compartía el desprecio general por la medicina forense, al igual que el abogado Alfred A. Tobin, encargado de representar a Crippen ante el tribunal.

Tobin estaba convencido de que el testimonio de otros especialistas médicos despertaría tantas dudas sobre el dictamen de Pepper y Spilsbury, que el jurado no concedería valor alguno a la identificación basada en el estudio de la cicatriz hallada en la piel del cadáver. Con ello —así lo esperaba el defensor— se habría ganado la parte más importante de la batalla.

Newton conocía al director del Instituto Patológico del London-Hospital, Hubert Maitland Turnbull, y a su antiguo asistente, Wall. Preguntó a ambos si sentían interés por examinar las supuestas piel y cicatriz de Cora Crippen, y se ofreció a facilitarles dicho examen. Sabía que entre los patólogos del London-Hospital existía cierta animosidad contra sus famosos colegas del St. Mary's. Por esta razón, contaba con que Turnbull y Wall, ante la posibilidad que el abogado les daba de expresar sus opiniones, se opondrían a las ideas de Pepper y Spilsbury. Después quería comprometerlos hasta el punto de que no pudieran volverse atrás, y presentarlos ante el tribunal como especialistas contra Pepper y Spilsbury.

El 9 de septiembre, los dos médicos inspeccionaron el fragmento de piel y la cicatriz. Tras un examen superficial, comunicaron a Newton que la piel no pertenecía al vientre, sino al muslo, y que la supuesta cicatriz era, sin duda alguna, un pliegue de la piel. Con el pretexto de que su testimonio sería utilizado sólo como orientación para la defensa, Newton logró convencerlos de que expresaran su opinión por escrito. Sólo cuando Turnbull supo lo que Newton pretendía en realidad, se dio cuenta de que su trabajo había sido excesivamente superficial. El día 17, víspera del proceso, pidió que le permitieran analizar otra vez el tejido de la piel al microscopio. Aterrado, comprobó que su afirmación de que la piel procedía del muslo era totalmente insostenible, y de que sus argumentos sobre la cicatriz eran muy débiles. Pero ya era demasiado tarde. Había afirmado oficialmente otra cosa y creía (como Thoinot en Francia) que su reputación estaba en juego si se retractaba.

El 18 de octubre, cuando se inició el proceso contra Crippen, nadie sabía aún que el verdadero triunfador del mismo sería un joven cuyo nombre se haría luego familiar para todos los ingleses que hubiesen oído hablar de medicina forense: Bernard Spilsbury. El 19 de octubre, Pepper, y tras él Spilsbury, ocuparon el estrado de los testigos como especialistas de la acusación. Llevaban con ellos el pedazo de piel, conservado en formalina.

El día 21 comparecieron Turnbull y Wall, dispuestos a contradecir a Pepper y Spilsbury. Los precipitados argumentos que adujeron eran los siguientes: 1. La piel no procede de la pared abdominal. Falan en ella las llamadas *inscripciones tendinae*,

es decir, los tendones que, en dicha zona del cuerpo, unen los grandes músculos que bajan verticalmente desde el pecho a la pelvis. Tampoco existía la *línea alba*, que desciende desde el torso hasta el pubis. Finalmente, faltaban algunos tendones, aponeurosis, que eran típicos del bajo vientre. 2. La cicatriz no era tal, porque no quedaba el menor rastro de la costura y porque existían en ella glándulas sebáceas y corpúsculos adipo-
posos. Se trataba, por tanto, de un pliegue cutáneo formado después de la muerte. El defensor Tobin añadió que Pepper, al iniciar el examen conocía ya la operación de Cora, y que la pretendida cicatriz no era más que el resultado de una opinión previamente formada.

En el momento de formular estas acusaciones, Tobin estaba aún seguro de sí mismo. Tenía el convencimiento de que lograría provocar la polémica científica que necesitaba para sembrar la confusión entre los miembros del jurado. Su confianza aumentó cuando Pepper —colocándose a sí mismo en un segundo plano— manifestó que su discípulo Spilsbury había llevado a cabo las investigaciones microscópicas decisivas, y que él mismo podría responder a otras preguntas. ¿Quién era Spilsbury? ¿Qué podía significar para los miembros del jurado un hombre joven y prácticamente desconocido?

El 20 de octubre, Bernard Spilsbury prestó su primera declaración, y el 21 se sentó por segunda vez en el banco de los testigos de Old Bailey. Tenía 33 años recién cumplidos; era alto, delgado, de rostro regular, capaz de despertar la simpatía y la confianza; nada parecía indicar que aquel hombre pasaba la mayor parte del día entre cadáveres. Muy atildado, con un clavel en el ojal y una voz clara y agradable... así se presentó por primera vez ante los jueces, defensores y jurado.

Era hijo de un químico que había corrido medio mundo, y en su adolescencia no reveló ningún talento excepcional. Estudió medicina por casualidad más que por vocación, y había querido ejercer la medicina general. Durante su carrera fue un introvertido, sin relaciones amistosas con sus condiscípulos, sin intereses especiales ni dotes excepcionales. Pero después asistió a las clases y demostraciones de Pepper, y lo que vio a través del microscopio le hizo descubrir, al parecer, que no estaba hecho para la medicina general. Se sintió intensamente atraído por la Patología y la Histología. Desde 1902 se había dedicado

a los estudios histológicos y patológicos con tanta pasión, que olvidó los exámenes indispensables para obtener la licenciatura de medicina. No pudo terminar su carrera de médico hasta los 28 años; sus condiscípulos hacía ya tiempo que se ganaban la vida como médicos. Él, en cambio, era el único que seguía investigando obsesivamente en los depósitos de cadáveres y laboratorios, interesado en descubrir transformaciones patológicas en los tejidos, ocultas incluso al propio Pepper.

El futuro demostró que Spilsbury no era un innovador, sino un práctico, un hombre dotado de una vista de águila y de una gran experiencia; un hombre que, con extraordinaria rapidez, efectuaba las autopsias sirviéndose de las dos manos a la vez. En 1910, su experiencia le permitía reconocer anomalías patológicas que otros médicos no eran capaces de ver ni con el microscopio. No era, pues, una mente excepcional, flexible y ambiciosa; pero era lo que necesitaba precisamente la medicina legal británica en aquellos años: un hombre que unía sus sobresalientes cualidades como patólogo, a una claridad expositiva ejemplar y a la apariencia seductora y confiada de un *gentleman*. Indudablemente, un hombre como Spilsbury debía de impresionar a los jueces y al jurado. Tobin fue el primero en ver la seguridad y la fuerza de convicción que emanaba de aquel nuevo testigo. Cuando Tobin lo calificó como discípulo de Pepper, que lógicamente no haría más que sustentar la opinión del maestro, recibió la respuesta siguiente: «El hecho de que yo haya colaborado con el doctor Pepper, no tiene absolutamente nada que ver con las convicciones que aquí defiendo. El que los periódicos hayan hablado de la operación quirúrgica de «Belle Elmore» (Cora Crippen), no ha influido para nada en mis conclusiones... Siento una opinión independiente y sólo soy responsable de los resultados obtenidos con mi trabajo».

Después empezó a machacar implacablemente los argumentos de Turnbull y Wall. ¿Desconocían los especialistas de la defensa que las *inscripciones tendinae* no tocaban para nada la piel, sino que se hallaban en los músculos cortados por el asesino? ¿Y la *línea alba*? Turnbull había de saber que sólo era una confluencia entre determinados tendones subcutáneos existentes entre los distintos músculos abdominales. En el presente caso, los músculos en cuestión, con sus tendones, habían sido arrancados. En cuanto a los tendones típicos, a las aponeurosis

que Turnbull y Wall echaban en falta, él, Spilsbury, estaba dispuesto a mostrárselas en el pedazo de piel. Con unas tenazas, Spilsbury levantó en el aire los tendones y los mostró al jurado.

El juez, lord Alverstone, se inclinó sorprendido y quiso saber lo que Turnbull tenía que decir. Turnbull intentó salir del paso con evasivas. Pero Alverstone lo conminó furioso: «Le ruego que conteste con toda claridad a mi pregunta... ¿Existen o no los tendones? ¿Son éstos o no lo son?».

Turnbull no tuvo más remedio que contestar: «Sí».

Tampoco a Wall le quedó más salida que manifestar su cambio de opinión sobre el origen de la piel. «Ahora creo —declaró en voz muy baja— que puede pertenecer a la pared abdominal».

Por lo demás, Turnbull y Wall, después de tan penosa experiencia, aún tuvieron el valor de negar que en la piel existiera una cicatriz. Frío e impassible, Spilsbury respondió: «Tengo conmigo todas las secciones microscópicas, y ahora mismo van a traernos un microscopio».

Con el aparato, Spilsbury explicó a los jurados, agrupados a su alrededor, las distintas secciones del tejido de la cicatriz; les mostró la distribución de las raíces capilares y las glándulas procedentes de la costura quirúrgica. Turnbull no pudo argumentar nada e intentó salir del paso con ataques personales. Dijo, por ejemplo, que él no podía fiarse de gente joven sin la suficiente experiencia en el uso del microscopio. Pero Muir, entre murmullos de aprobación, lo hizo callar con la siguiente frase: «Aquí no hablamos de gente que no sabe usar el microscopio. Hablamos de gente como el doctor Spilsbury».

El 22 de octubre, después de 27 minutos de deliberación, el jurado pronunció su veredicto: «Culpable». Cuatro semanas más tarde, el 23 de noviembre, Crippen fue ahorcado. Las pruebas de Spilsbury no sólo sirvieron para dar qué hablar a la prensa británica, sino que, además, contribuyeron a que cambiara la actitud de la opinión pública ante la medicina legal. Spilsbury y el «caso Crippen» completaron en este aspecto lo que Pepper había venido preparando con sus espectaculares éxitos en los casos Moat-Farm, Druce y Devereux. Este cambio de actitud supuso, sin embargo, el principio de una nueva fase de la patología forense, una fase de casi tres decenios, presidida, en todos sus aspectos —positivos y negativos—, por la legendaria figura de Bernard Spilsbury.

Tres años después, una noche del mes de enero de 1915, el inspector-detective Arthur Fowler Neil echaba una rápida ojeada a las informaciones que la central de Scotland Yard enviaba todas las noches a las comisarías de los distintos barrios londinenses. Por aquellas fechas, Neil estaba destinado en Ken-tishtown.

Entre las informaciones había un papel con la siguiente indicación: «Casos de muerte sospechosas». Cosidas al papel había algunas copias de crónicas y noticias periodísticas. Una de ellas procedía del semanario «The News of the World», de gran circulación. Su contenido era el siguiente: «En una *Coroner-Inquest* de Islington han sido examinadas las tristes circunstancias que han concurrido en la muerte de Margaret Elizabeth Lloyd, de 38 años, residente en Holloway. Su marido ha declarado que, precisamente, acababan de contraer matrimonio en Bath. Al llegar a Londres, su esposa se había quejado de fuertes dolores de cabeza, y él había creído conveniente llevarla a un médico. Al día siguiente —fecha de la muerte— se sintió mucho mejor. Hacía las 7.30 parecía del mejor humor y declaró que iba a tomar un baño. El marido salió a dar un paseo. Estaba seguro de encontrarla perfectamente sana a su regreso. Pero cuando volvió no encontró a su mujer; llamó a la patrona del inmueble, en cuya habitación se hallaba el matrimonio al despedirse. La patrona y el marido entraron en el cuarto de baño, que estaba completamente oscuro. El marido encendió la luz de gas y encontró a su mujer ahogada en la bañera, llena en unas tres cuartas partes... El doctor Bates (médico que había visitado a la difunta) declaró que Margaret había muerto ahogada. En su anterior visita, el médico había diagnosticado gripe. Probablemente dicha gripe, con el agua caliente del baño, había provocado un desvanecimiento».

El recorte del semanario era de fecha reciente. La encuesta a que aludía se había realizado el 22 de diciembre de 1914; Margaret Elizabeth Lloyd había muerto el 18. La casa en que ocurrió el suceso se hallaba en Highbate Bismarck Road 14, en el distrito del inspector Neil.

El segundo recorte era mucho más antiguo. Databa del 14 de

diciembre de 1913 y contenía el informe de una *coroner-Inquest* celebrada en Blackpool (localidad de la costa del mar de Irlanda) el día 13 del mismo mes. Decía así: «Muerte repentina de una mujer. Ahogada en el baño al sufrir un ataque. La señora Smith, de Portsmouth, Kimberlay Road 80... murió repentinamente en una pensión de Blackpool. Su marido la había conocido tres meses antes y se había casado con ella hacía seis semanas. Ambos llegaron a Blackpool el pasado miércoles y alquilaron una habitación en la Regent's Road 16. Durante el viaje, la mujer se había quejado de dolores de cabeza. A la llegada, aún no se sentía bien, y el marido optó por visitar a un médico. La noche del viernes tomó un baño caliente. Cuando su marido la llamó, no recibió respuesta. Entró en el cuarto de baño y encontró a su mujer muerta en el agua. El doctor Billing (que había tratado a la señora Smith) manifestó que el baño caliente podía haber producido un ataque cardíaco o un desvanecimiento. La señora Smith, al quedar indefensa, se habría ahogado». Además de los dos recortes, Neil encontró una carta de Blackpool, escrita por un tal Joseph Crossley, propietario de la pensión en que se había ahogado la señora Smith. Un año después leyó en el «News of the World» la noticia sobre la muerte de Margaret Elizabeth Lloyd, y ahora recomendaba a la policía que intentara descubrir si existía alguna relación entre las muertes de Highbate y Blackpool.

En efecto, la coincidencia entre los dos sucesos era tan sorprendente, que Neil decidió ocuparse en persona del asunto. A la noche siguiente se encaminó a Bismarck Road 14. La casa pertenecía a una tal señora Blatch. En el piso superior había un dormitorio. El baño se hallaba en un rellano de la escalera. Según Mrs. Blatch, el 17 de diciembre de 1914, Lloyd alquiló la habitación con derecho a usar el baño y a permanecer en las otras habitaciones de la casa. A la patrona le llamó la atención el hecho de que, antes de firmar el contrato de alquiler, Lloyd efectuara un detenido examen del cuarto de baño. La señora Blatch hizo una descripción de su inquilino: estatura mediana, enjuto, musculoso. Su edad oscilaría entre los 40 y 50 años. Sus facciones eran vulgares y tenía la mirada penetrante. La noche del 17 de diciembre, Lloyd preguntó a la patrona si conocía algún médico, porque su mujer no se encontraba bien. Mrs. Blatch le recomendó al doctor Bates. El matrimonio fue a visi-

tarlo, y al día siguiente la señora Lloyd se sentía mucho mejor. Por la tarde, antes de salir a pasear, pidió un baño caliente para la noche. Cuando ella y el marido regresaron, a las 7,30, el baño estaba ya preparado. La señora Blatch se metió en la cocina. Poco después oyó un chapoteo en el baño, seguido, al poco rato, del sonido del armonio que se hallaba en la sala de estar. El concierto sólo podía provenir del señor Lloyd, que seguramente se encontraba en la sala de estar mientras su mujer se bañaba. Pasó otro ratito y se oyó el tiemblo de la puerta. Fuera estaba Lloyd. Declaró que había salido a comprar unos tomates para la cena y había olvidado la llave de la casa. Luego preguntó si su esposa se hallaba ya en la sala de estar. Pero la sala estaba vacía, y el hombre subió la escalera. Inmediatamente pidió socorro. La señora Blatch subió a toda prisa y encontró a Lloyd manteniendo fuera de la bañera el busto de su esposa. Gritó que era preciso avisar inmediatamente al doctor Bates. Pero el médico no pudo ya hacer nada. La señora Lloyd se había ahogado. Lloyd resolvió las diligencias del entierro y desapareció. ¿Adónde fue? Mrs. Blatch no lo sabía.

Neil entró en el cuarto de baño. La bañera era de hierro y medía 1,25 m de longitud en el suelo y 1,65 en el borde superior. Al inspector le pareció muy extraño que una persona adulta pudiera ahogarse en aquella bañera. Luego fue a visitar al doctor Bates. El médico confirmó que había tratado a Mrs. Lloyd. Durante la visita, la señora permaneció callada. El marido explicó cuáles eran los síntomas de la enfermedad. Bates vio que la mujer tenía fiebre y recetó un específico adecuado. Cuando lo llamaron, la noche del 18 de diciembre, ya era demasiado tarde. No cabía la menor duda de que la señora Lloyd se había ahogado. Al llegar él, aún salía de la boca del cadáver un poco de espuma blanca. Seguramente la causa fue un estado de debilidad o un desvanecimiento. Neil preguntó, con mucha precaución, si el médico había observado algún síntoma de violencia. Bates dijo que no; ni el menor síntoma. Al efectuar la autopsia por orden del coroner, le llamó la atención una pequeña zona contusa encima del codo izquierda. Pero nadie podía afirmar que fuera un indicio de violencia. Podía tratarse de una contusión producida por un movimiento convulsivo en un ataque cardíaco. La *Inquest* acabó con el diagnóstico: «Muerte accidental». Bates no podía decir más. Sólo un detalle le había llamado la atención:

Lloyd no había mostrado el menor signo de dolor ni se había puesto luto. Además, había buscado el ataúd más barato. Neil pidió al doctor Bates que lo informara si llegaba a sus oídos alguna noticia de Lloyd.

Cuando Neil salió del consultorio, encontró al sargento detective Dennison, el cual se había enterado de que Neil se interesaba por el caso Lloyd y quería comunicarle algo. El sargento conocía a una tal Miss Lokke, que regentaba una pensión en Highgate. Al parecer, Lloyd quiso instalarse en casa de Miss Lokke y visitó las habitaciones. Lo que más le interesó fue el baño. Al principio le pareció demasiado pequeño; después había comprobado por sí mismo si «en la bañera cabía una persona en posición horizontal». Miss Lokke encontró tan extraño el comportamiento de Lloyd, que se lo quitó de encima inmediatamente.

Neil regresó a su despacho y ordenó a todos los hombres de su división que iniciaran la búsqueda de Lloyd. Apenas habían pasado 24 horas cuando llegaron los primeros partes. Era el día 10 de enero. En el tribunal testamentario se hallaba el testamento de Margaret Elizabeth Lloyd, nacida Lofly; había sido presentado la tarde del 18 de diciembre, tres horas antes de la muerte de Margaret. Nominaba heredero universal a su esposo Georges Joseph Lloyd. Aquella misma tarde, la señora Lloyd, en compañía de su marido, se dirigió a la caja de ahorros de Muswell Hill, para sacar todo el dinero de su cuenta corriente. Otro comunicado anunciaba que, a principios de enero, Lloyd había visitado al abogado W. T. Davies, en Uxbridge Road, y le había entregado el testamento de su difunta esposa para que hiciera «las restantes diligencias».

Dos días después, el 12 de enero, el doctor Bates llamó a Neil y le mostró una encuesta de la Yorkshire Insurance Company, de Bristol. La compañía de seguros quería conocer detalles sobre la muerte de la señora Lloyd. El 4 de diciembre de 1914, la señora Lloyd, que entonces se llamaba aún Lofly —aunque era ya la prometida de Lloyd—, suscribió un seguro de vida por valor de 700 libras. En caso de muerte, los herederos tenían derecho a percibir el dinero. Niel pidió al médico que demostrase un poco su respuesta. Estaba seguro de hallarse en la pista de un caso sensacional.

El mismo día envió a la comisaría de Blackpool un informe

sobre sus averiguaciones. Adjuntaba también el recorte del periódico de Blackpool y pedía que la policía iniciara investigaciones en la población. El 21 de enero llegó respuesta de Blackpool. Contenía más cosas de las que el inspector esperaba. El día 10 de diciembre de 1913, por la tarde, llegó a Blackpool Georges Joseph Smith, de Portsmouth, con su esposa Alice, nacida Burnham, una joven de 25 años, corpulenta pero muy bella. Se hospedaron en la pensión de Mr. y Mrs. Crossley, en Regent's Road. Con anterioridad, Smith había visitado otra pensión, perteneciente a una tal Mrs. Marden. Sin embargo, cuando supo que Mrs. Marden no tenía baño, renunció y fue a casa de los Crossley, donde sólo alquiló la habitación después de examinar detenidamente la bañera. Estaba en el primer piso, encima de la cocina. Al caer la tarde, el señor Smith preguntó a la señora Crossley si conocía algún médico. Dijo que su mujer no se encontraba bien; el viaje le había dado dolor de cabeza. El médico, doctor Georges Billing, auscultó a la señora Smith y creyó percibir ligeras irregularidades cardíacas, aunque de poca importancia. Recetó un poco de heroína y cafeína. A la mañana siguiente, la señora Smith tenía un magnífico aspecto y salió a pasear con su marido. Después, hacia las 6 de la tarde, pidió que le prepararan un baño. A las 8, Smith entró en el dormitorio con su mujer. Los Crossley estaban en la cocina. Al poco rato vieron que en el techo se formaba una mancha de humedad. Mientras comentaban el extraño incidente, llamaron a la puerta. Fuera estaba Smith. Explicó que había salido a buscar huecos para el desayuno del día siguiente. Cuando los Crossley le mostraron la mancha del techo, Smith corrió a la escalera y subió al piso superior. Inmediatamente gritó: «¡Vayan a buscar a un médico... que venga el doctor Billing... La conozco!». Billing llegó a los pocos minutos y encontró a Smith en el cuarto de baño, sosteniendo fuera del agua la cabeza de su esposa. El agua llegaba hasta el pecho de la joven. Como era muy corpulenta, Smith y Billing tuvieron que hacer un esfuerzo para sacarla del agua y depositarla en el suelo. Billing no encontró en el cadáver ninguna huella de violencia, aunque tampoco se detuvo a examinarlo mucho rato. Posteriormente, no podía recordar si la cabeza de la ahogada estaba situada a los pies o a la cabeza de la bañera. El coroner, ocupado en resolver otro caso de defunción, tenía prisa. Se limitó a dictaminar: «Crisis

cardíaca en el baño, muerte accidental». Smith discutió con los Crossley el precio de la pensión y desapareció.

El informe de la policía de Blackpool no decía nada sobre el paradero de Smith, pero añadía algunos datos importantes sobre su matrimonio con Alice Burnham. Smith conoció a Alice en Southsea, donde ella trabajaba como enfermera de un anciano caballero. Percibía unos ingresos netos de 27 libras, pero había prestado 100 libras a su padre, Charles Burnham, que vivía en Aston Clinton. Pocos días después del primer encuentro, en septiembre de 1913, Smith pidió a Alice Burnham que se casara con él. La boda se celebró el 30 de octubre en Southsea. Unos días antes, la novia hizo un seguro de vida por 500 libras. Inmediatamente antes de la boda, Smith exigió a Charles Burnham, su suegro, la devolución de las 100 libras prestadas, con los correspondientes intereses. La gran influencia que Smith ejercía sobre su mujer, se demostraba en el hecho de que incluso amenazó al padre de ella con un abogado si no devolvía el dinero. El 8 de diciembre, dos días antes del viaje de bodas, Alice Smith dejó en Portsmouth un testamento en favor de su marido. Cuatro días después estaba muerta en la bañera de los Crossley.

El 23 de enero, el inspector Neil se hacía anunciar a Sir Charles Mathews, director de la Oficina de acusaciones públicas. Le expuso su convicción de que Lloyd y Smith eran la misma persona; un hombre que asesinaba mujeres, siempre con el mismo método, para heredarlas después. Mathews contestó: «Me parece increíble que un hombre asesine a dos mujeres en el baño. En toda mi vida había oído nada de una muerte así». No obstante, dio plena libertad a Neil para efectuar otras pesquisas y para detener a Lloyd si conseguía echarle el guante.

Una hora más tarde, Neil pidió a Bates que enviara a la Yorkshire Insurance Company un informe favorable sobre la muerte de Mrs. Lloyd. Contaba con que Smith, o Lloyd —al enterarse de que la compañía de seguros iba a pagar— se pondría en contacto con el abogado Davies, que era quien tenía el testamento de la esposa. La oficina de Davies fue vigilada día y noche. El 1 de febrero de 1915 se acercó a la puerta un hombre cuyo aspecto correspondía a la descripción de Smith y Lloyd. Neil le salió al paso y entabló con él el siguiente diálogo:

—Soy el detective Niel. ¿Es usted John Lloyd?

—Sí.

—¿El mismo John Lloyd cuya esposa murió ahogada la noche del 18 de diciembre en una casa de Bismarck Road, en Highgate?

—Sí.

—Tengo razones para creer que es usted también George Smith, a quien asimismo se le ahogó la mujer en una bañera unas semanas después de la boda, en Blackpool.

—¿Smith? No conozco a ningún Smith. Yo no me llamo Smith.

—Tengo que detenerlo por haber suministrado datos falsos al registro civil.

El detenido volvió hacia Neil su rostro anguloso y huesudo. Después dijo:

—¡Oh, si se muestra usted tan espectacular por algo tan insignificante, no tengo inconveniente en decirle que, en efecto, yo soy Smith!

Neil sabía muy bien lo que pensaba su oponente. El asesino sintió miedo a ser descubierto, y por ello, aliviado, admitió lo del registro civil. Neil había conseguido su objetivo. Lloyd-Smith estaba detenido por falsificación de datos. Sir Charles Mathews se quedó muy sorprendido. Bernard Spilsbury recibió el encargo de «investigar los aspectos médicos del misterioso caso».

Spilsbury tenía entonces 37 años, y, después de la jubilación de Pepper, era el segundo patólogo del Home Office, junto a Henry Willcox. Éste se había especializado cada vez más en la toxicología. Por ello Spilsbury llevaba casi todo el peso del trabajo patológico. Tenía un edificio especial en Londres, para realizar autopsias a cualquier hora del día o de la noche. Muchas noches brillaba la luz tras las ventanas del piso superior. Allí tenía el forense su pequeño laboratorio particular. Su familia apenas lo veía. Su mujer esperaba el segundo hijo y estaba afectada de apendicitis. Se corría el peligro de tener que operar durante el embarazo. Sin embargo, estos problemas no apartaban a Spilsbury de su trabajo. Más o menos conscientemente, había empezado a trabajar no sólo como patólogo del Home Office y de los *coroners* londinenses, sino para establecer una comunicación directa y constante con la policía. Este impulso lo sacaba a veces del depósito y lo llevaba a los escenarios de los crímenes. Uno de los mayores méritos de su vida fue el de

haber enseñado a los agentes de Scotland Yard la importancia de que un médico forense visitase el lugar o viese el cuerpo del delito.

El 4 de febrero, Spilsbury se dirigió al cementerio de Islington para presenciar la exhumación de Margaret Elizabeth Lloyd, nacida Loffy. La misión del joven médico era descubrir si la mujer se había ahogado o la habían ahogado. El problema era clásico en la medicina forense. Ya Galeno, en la antigua Roma, había intentado definir por primera vez las causas de la muerte por ahogo; según él, una persona moría ahogada porque tragaba demasiada agua y el estómago se hinchaba. Sólo en 1630, el anatomista Sylvius explicó que la muerte por ahogo provenía de la entrada de agua en los pulmones. Todo el mundo lo tomó a chacota. Sin embargo, en el siglo XVIII, el patólogo Morgagni efectuó pruebas con perros y gatos y descubrió que, en efecto, después de la muerte los pulmones contenían un líquido espumoso en el que había una buena dosis de agua. No obstante, en 1892, el francés Cuvillier todavía logró contradecir este hecho mediante experimentos erróneos en su propia persona. Los más importantes descubrimientos existentes en 1915 se debían al francés Brouardel, a los austriacos Hofmann, Paltauf, Wachholz y Horoszkiewicz, al italiano Carrara, al finlandés Fagerlund y al alemán Revenstorff. Este último había intentado explicar, a base de múltiples experimentos, los síntomas que distinguían la muerte repentina, pero natural, de un nadador, y la muerte por ahogo; y también los que diferenciaban a ésta de la muerte violenta. En este aspecto volvió a formularse la pregunta de los antiguos chinos: ¿Cómo descubrir si un hombre había muerto en el agua o se había sumergido en ella después de la muerte? (por un ataque al corazón en el baño, un accidente o un asesinato).

Los síntomas externos de ahogo eran las burbujas espumosas en la boca y la nariz, y la «carne de gallina». Los síntomas internos eran, principalmente, la presencia de una cantidad de aire en los pulmones, que producía una inflamación pulmonar como un globo. La causa de la misma seguía siendo objeto de debates. En Praga, el austriaco Paltauf descubrió, además, extravasaciones sanguíneas debajo de la pleura, producidas, tal vez, por una explosión de alvéolos. La laringe y las ramas más gruesas de los bronquios estaban llenas de espuma.

Sin embargo, los tres descubrimientos más importantes eran, al parecer, los siguientes:

1.º El agua y otros líquidos en los que podía ahogarse una persona entraban en las venas pulmonares y pasaban al ventrículo izquierdo del corazón. Al parecer, el líquido no pasaba más allá, porque la circulación sanguínea quedaba interrumpida por la muerte. Sin embargo, en las zonas descritas, la sangre aparecía mezclada con el agua que había penetrado del exterior. Si se podía demostrar la existencia de esta mezcla, la muerte por ahogo no sólo era segura, sino que, además, podía afirmarse que la víctima se había sumergido en el agua con vida, es decir, con el corazón en funcionamiento. Brouardel había intentado contar los glóbulos rojos de los dos ventrículos del corazón, para comprobar si estaba aguada la sangre del izquierdo.

2.º En las aguas solían vivir pequeños seres animales o vegetales, visibles tan sólo al microscopio. Se trataba, principalmente, de especies de algas. En 1904, el alemán Revenstorff descubrió al microscopio que, en el 95 % de los casos existían en los tejidos pulmonares de los ahogados esqueletos de algas diatomeas. Después resultó que también se observaba la presencia de algas en cadáveres arrojados al agua. Pero en este último caso, ni el agua ni las algas penetraban hasta los últimos rincones de los pulmones. Así, pues, si ambos elementos se esparcían por todo el pulmón, podía afirmarse que el cadáver era el de un ahogado.

3.º También aparecía agua en el estómago. El hecho de que el agua fuese clara no demostraba necesariamente que la muerte había sobrevenido por ahogo. También en este caso se daban diferencias. Independientemente de la posible presencia de algas, en el estómago de los ahogados se formaba una mezcla de agua, aire y espuma, debida a la actividad espasmódica de los músculos digestivos, de la tos y la deglución de agua. Como en el caso de los pulmones, la experiencia demostraba que cuando una persona era arrojada al agua después de muerta, también penetraba líquido en el estómago. Pero sólo cuando la lucha contra la muerte provocaba violentas contracciones del aparato digestivo, dicho líquido se introducía hasta el duodeno. Desde 1890, año en que el finlandés Fagerlund descubrió esta particularidad en los trabajos realizados en la ciudad de Helsingfors—que

entonces pertenecía a Rusia—, los distintos países europeos venían estudiando el mencionado fenómeno; en todos los casos se había confirmado plenamente.

Así pues, también para los casos de muerte en el agua se contaba con posibilidades de diagnóstico, siempre que se trataba de muertes recientes o relativamente recientes. Mucho más difícil era comprobar si el muerto se había caído al agua por accidente o había sido sumergido en ella con violencia. Existía alguna posibilidad de descubrir lesiones, cuando la caída al agua iba precedida del asesinato. Sin embargo, la muerte por submersión violenta presentaba a la investigación problemas muy concretos. Sólo existía una circunstancia que podía facilitar el diagnóstico: la víctima de una submersión violenta solía defenderse en una lucha más o menos intensa contra la muerte. El asesino se veía obligado, generalmente, a hundir a su víctima en el agua con un esfuerzo desesperado, que podía provocar lesiones y arañazos. Incluso en el caso de suicidio, al saltar al agua o efectuar intentos desesperados por salvarse de nuevo y por encontrar algún lugar donde agarrarse, se producían lesiones. A veces, la diferenciación resultaba imposible. En este caso, sólo la aportación de otras averiguaciones y pruebas externas podía servir de ayuda. Por lo demás, en los casos de posible muerte violenta, los médicos intentaban descubrir siempre alguna huella de lucha.

Cuando Spilsbury se puso a examinar la última víctima de Lloyd-Smith en una pequeña casa vacía de Summers Lane (Friar's Barnet), su objetivo era estudiar el cuerpo pulgada a pulgada, en busca de algún rastro de violencia. Todo fue inútil. Exceptuando la insignificante contusión del codo—de la que ya había hablado el doctor Bates—, sólo descubrió dos pequeñas equimosis en el dorso del brazo izquierdo. No eran visibles a simple vista y no podían servir para demostrar que se había recurrido a la violencia. Spilsbury intentó descubrir el menor síntoma de enfermedad cardíaca o circulatoria que pudiera explicar una paralización de la circulación durante el baño; todo en vano. Para andar sobre seguro, extrajo unas pruebas de los órganos internos para un análisis toxicológico. Además, aunque no muy claros, parecían evidentes los síntomas de asfixia por submersión. Más bien cabía pensar en una muerte instantánea producida por algún shock. ¿Cómo se podía ahogar

a una persona en una bañera pequeña, en un cuarto de baño reducido, sin dejar el menor rastro de violencia? Este problema obsesionaba a Spilsbury cuando el cadáver fue devuelto a su tumba. Y no abandonó su mente mientras regresaba a su domicilio, en compañía de Neil. Antes de separarse, el médico propuso hacerse con la bañera donde murió Margaret Elizabeth Lloyd, para efectuar con ella algunos experimentos. Aquella misma noche, la bañera era sacada de Bismarck Road y llevada a la comisaría de Kentishtown.

Neil y Spilsbury intentaron dar la menor publicidad a la exhumación. Pero los periodistas se habían acostumbrado a pisar siempre los talones del célebre forense. El 5 de febrero, los periódicos de la mañana hablaban de la misteriosa autopsia de Islington, y el día 7, la historia de los dos crímenes se contaba con todos los detalles en los periódicos de Londres y Blackpool. A pesar de los partes que llegaban a diario de los frentes donde se desarrollaba la primera guerra mundial, los titulares como *The Brides in the Baths*, ocupaban un primer plano. La noche del 8 de febrero, Neil recibió una carta de Herne Bay, pequeño balneario del condado de Kent. El jefe de la policía de Herne Bay había leído algunas crónicas de los rotativos londinenses. Enviaba a Neil un informe sobre un caso de muerte misteriosa acaecido en Herne Bay el 13 de julio de 1912. El caso era tan semejante a los dos que ya conocemos, que el jefe de policía de Herne Bay pedía a Neil que investigara la posible relación existente entre ellos.

El informe en cuestión contenía los siguientes datos: el 20 de mayo de 1912, un hombre llamado Henry Williams alquiló un apartamento para él y su mujer en un inmueble de High Street. Williams —individuo cuya edad oscilaba entre los 40 y 50 años de edad— y su mujer Bessie, de 30 años, solían permanecer pocos días en su nueva vivienda. Siete semanas después, el 9 de julio de 1912, Williams compró una bañera en un establecimiento de la localidad. La casa alquilada no tenía baño, y Williams explicó al comerciante que su esposa no quería estar un día más sin baño. Al día siguiente, Williams y su mujer aparecieron en la consulta del doctor French. El marido manifestó que su esposa había sufrido un ataque de epilepsia. La mujer se quejaba de fuertes dolores de cabeza. French recetó bromo. El 12 de julio, en plena noche, French fue avisado para

que acudiera a la High Street. Williams le comunicó que su mujer había sufrido un nuevo ataque. Hacía mucho calor. French supuso que el calor había provocado el ataque. Por la tarde, hacia las 3, efectuó una nueva visita al matrimonio y encontró a la mujer completamente sana. Su sorpresa fue tanto mayor cuando el 13 de julio, a las 8 de la mañana, fue avisado una vez más. Le entregaron un papel en el que Williams había escrito: «¿Puede usted venir en seguida? Me temo que mi mujer esté muerta». French encontró a Bessie Williams tendida de espaldas en el interior de la bañera, con la cabeza sumergida. En la mano derecha tenía una pastilla de jabón. Las piernas estaban completamente estiradas y rígidas; las puntas de los pies sobresalían del agua y se apoyaban en la pared posterior de la bañera. French tendió el cuerpo en el suelo e intentó practicar la respiración artificial. Pero Bessie Williams estaba realmente muerta. French no descubrió el menor signo de violencia. El coroner, un abogado de Dover, efectuó una rápida investigación, se limitó a tomar nota de los anteriores ataques de epilepsia y certificó: «Muerte accidental por submersión en una bañera durante un ataque de epilepsia».

Cuando llegó la carta de Herne Bay, Neil se disponía a salir para Blackpool a fin de preparar una autopsia del cadáver de Alice Smith, nacida Burnham, segunda esposa de Smith-Lloyd. Antes de la partida, mandó que fuesen remitidas a Herne Bay unas fotografías de Smith-Lloyd, con la indicación de que fuesen mostradas a todas las personas que hubieran tenido algún contacto con el supuesto Williams; quería obtener una identificación provisional. El 10 de febrero, Neil y Spilsbury llegaban a Blackpool. Spilsbury trabajó de noche, para despistar a los periodistas. El análisis toxicológico de Margaret Elizabeth Lloyd había sido negativo, y la muerte por ahogo resultaba indiscutible. El pesado cuerpo de Alice Smith había sufrido más transimportantes: no existía el menor síntoma de violencia, y sólo Spilsbury pudo sacar algunas conclusiones. He aquí las más importantes: No existía el menor síntoma de violencia, y sólo algunos, muy vagos, de muerte por submersión. La muerte fue más rápida aún que en el caso de Margaret Elizabeth Lloyd. En el aparato circulatorio no descubrió más que una pequeña anomalía en una de las válvulas cardíacas; indicio bastante frecuente de antiguas enfermedades reumáticas. Pero era tan pe-

queña como las que pueden poseer infinitas personas, consideradas totalmente sanas. En modo alguno bastaba para explicar una muerte natural en el baño.

Con más intensidad que en la primera autopsia, Spilsbury se sentía obsesionado por la pregunta: ¿Cómo era posible ahogar violentamente a una persona sin dejar huellas de violencia ni de asfixia? Midió con todo cuidado el cuerpo y pidió a Neil que llevara también la bañera de Blackpool a la comisaría de Kentishtown. Cuando los dos hombres llegaron a la comisaría de Blackpool, a Neil le esperaba una conferencia de Londres. Le comunicaron la siguiente noticia de Herne Bay: todos los testigos reconocieron a Williams. Por tanto, Williams, Smith y Lloyd eran la misma persona.

Neil mandó a dos de sus colaboradores a la costa de Kent, para que iniciaran las pesquisas. Cuando llegó él, el tercer crimen «de la bañera» era ya «un libro abierto». Los antecedentes eran muy semejantes a los de los otros dos asesinatos. Sólo faltaba un detalle: el seguro de vida. Pero, en este caso, Williams-Smith-Lloyd no lo necesitaba: la mujer con quien se había casado poseía bastante dinero propio. En verano de 1910 conoció a Bessie Mundy en Clifton, suburbio de Bristol. La mujer tenía 30 años, y su padre le había dejado 27 000 libras, administradas por un pariente. Ella misma no podía tocar la fortuna. De los intereses recibía 8 libras mensuales; el resto se guardaba para casos de apuro.

En 1918, el capital había aumentado en 138 libras y Bessie Mundy podía disponer de ellas. El 26 de agosto de 1910, Williams se casó con Bessie y no esperó al día siguiente para pedirle las 138 libras. Al recibirlas, desapareció y escribió una carta a su mujer en la que le decía que ella le había contagiado una enfermedad venérea. No quería verla más. Bessie no comprendía nada. Siguió llevando la vida solitaria de una mujer sola, joven y poco atractiva. En febrero de 1912 se instaló en una pensión de Weston-super-Mare. Un día encontró por la calle al hombre que la había abandonado. Por incomprensible que pudiera parecer, bastaron unas horas para que le perdonase, y le siguió a Herne Bay. El 2 de julio, Williams visitó a un abogado para informarse sobre la posibilidad de que la fortuna de su mujer pasara íntegramente a sus manos a la muerte de ella. El abogado contestó de manera afirmativa. Seis días más tarde, su

esposa le nombraba heredero universal. El 9 de julio, veinticuatro horas después, Williams compraba una bañera muy barata: aquella en que murió Bessie el 13 de julio de 1912.

A causa de la guerra, Herne Bay estaba rodeado de alambradas y fortificaciones. En medio se hallaba el cementerio. Costó algún trabajo llevar el cadáver de Bessie Williams al depósito. Spilsbury llegó el 19 de febrero. A pesar del avanzado estado de descomposición, encontró un síntoma de muerte por ahogo: una zona de «carne de gallina». Los restantes síntomas indicaban una muerte muy rápida por submersión. El corazón estaba bien conservado, lo mismo que el resto del aparato circulatorio; su estudio permitía deducir que no se había producido paralización alguna en la circulación. Tampoco existía la menor lesión externa que indicara una violencia o una lucha. Spilsbury midió el cuerpo de la víctima y, por tercera vez, pidió que la bañera fuese transportada a Londres. El 23 de febrero, la humilde bañera de hierro, algo oxidada, llegaba a Kentishtown.

Los hombres de Neil seguían trabajando sin descanso para averiguar quién era en realidad Williams-Smith-Lloyd, de dónde venía y qué posibilidades había de que hubiese asesinado a otras mujeres. Sus pacientes averiguaciones los llevaron a descubrir que el verdadero nombre del individuo era Georges Joseph Smith, nacido en 1872; su padre había sido agente de seguros. A los 9 años fue llevado a un reformatorio; había sido ladrón y estafador, y más de una vez estuvo en la cárcel. Poco a poco fueron apareciendo las mujeres a quienes había robado todos los ahorros, para desaparecer después sin dejar rastro. Probablemente fueron las 27 000 libras de Bessie Mundy las que lo indujeron al asesinato, dado que no tenía otra forma de hacerse con ellas. Sin embargo, por mucho material que recogieran Neil y sus hombres, no existía ningún testigo de los crímenes de Smith. Nadie lo había visto matar. Nadie podía declarar ante el tribunal: Sí, es el asesino. Y si no había testigos oculares, la acusación tenía que estar, por lo menos, en condiciones de exponer al tribunal cómo Smith había ahogado a sus víctimas sin dejar huellas de violencia. Ningún jurado condenaría a Smith si antes no se daba una satisfactoria respuesta a esta cuestión. Pese a sus problemas personales y familiares, Spilsbury iba a diario a la comisaría de policía y se encerraba en la habitación

donde estaban las tres bañeras. Estuvo trabajando durante toda la primera quincena de marzo. Tenía una lista de medidas corporales y peso de las víctimas. Entre los papeles dejados por él se encontraban después dibujos que mostraban el proceso seguido para descubrir la posición exacta en la que murieron las mujeres.

Encontró la solución a fines de la primera quince de marzo, al revisar una vez más todas las posiciones posibles en las que podía encontrarse una mujer de la estatura y el peso de Bessie Smith, en el caso de que realmente hubiese sufrido un ataque de epilepsia. La primera víctima de Smith media 1,70 m de estatura, y la bañera tenía sólo 1,50 m. El pie era vertical, y la cabecera, inclinaba. La longitud del suelo pasaba muy poco de 1 m. La primera fase de un ataque de epilepsia consiste en una tensión de todos los miembros, que los mantiene rígidos. Era imposible que la mujer tuviera entonces la cabeza debajo del agua. Al contrario. Comparando la longitud del cuerpo y la de la bañera, parecía que el torso había de sobresalir por el borde de la inclinada cabecera de la bañera, y ejercer presión sobre él. El segundo estadio de un ataque de epilepsia consistía en un movimiento convulsivo de todos los miembros, que se contraían y extendían. También en este caso parecía imposible que el cuerpo se sumergiera, ya que la mujer estaría seguramente sentada en el suelo de la pequeña bañera. El ataque de epilepsia tenía una tercera fase, que aún hacía más inexplicable la submersión: la distensión y sopor general. El contraste entre las medidas de la víctima y las de la bañera era demasiado grande. Si, como decía el doctor French, la cabeza de la ahogada estaba debajo del agua y los pies sobresalían por el extremo inferior de la bañera, ¿Cómo podía Bessie Smith colocarse en semejante posición? A menos que... Y en ese instante, Spilsbury encontró de pronto la solución.

Sólo había una posibilidad: Williams — fingiendo gastar una pequeña broma de enamorado a su mujer— había agarrado los pies de la víctima y luego, súbitamente, los había atraído hacia él por encima del borde inferior de la bañera. En ese instante, la cabeza de la víctima se sumergía; la entrada súbita de agua en la nariz y en la boca producía un shock, con desvanecimiento inmediato. Esto explicaba la falta de signos de violencia y el hecho de que existieran tan leves síntomas de ahogo o asfixia.

Spilsbury corrió hacia su despacho y estudió la bibliografía existente sobre los casos de muerte repentina por ahogo. Casi nadie se había ocupado en el problema de descubrir si la súbita penetración de agua en las fosas nasales y en la garganta podía provocar algún efecto sobre el corazón o el sistema nervioso. Tan sólo había observaciones aisladas al respecto. Pero Spilsbury estaba seguro de haber encontrado la solución.

Cuando Neil lo supo, contrató a algunas nadadoras acostumbradas a sumergirse y cuyas características corporales correspondían aproximadamente a las de las víctimas de Smith. Estaba resuelto a demostrar de un modo práctico la exactitud de la solución dada por Spilsbury. Con las nadadoras examinó las diversas posibilidades de cambiar de posición en las tres bañeras y las situaciones en las que la cabeza y el torso podían ser violentamente hundidos en el agua. Era, sin duda, imposible hundirlos, aunque se recurriera a la lucha más violenta. Ni siquiera la submersión súbita de la cabeza podía impedir que la víctima se sujetara con las manos a los bordes de la bañera y se agarrara al agresor. En cambio, cuando Neil cogió a una de las nadadoras por los pies y la atrajo subitamente hacia él, la cabeza y el torso se sumergieron en seguida en el agua, sin que la víctima tuviera tiempo de usar las manos. Aterrado, Neil comprobó que la nadadora no se movía. Sacó el cuerpo de la joven del agua, y vio que la cabeza caía inerte a un lado. Durante media hora, Neil, un sargento y un médico lucharon denodadamente para devolver el sentido a la mujer. Cuando, por fin, despertó, sólo recordaba una cosa: al sumergirse, el agua había penetrado en sus fosas nasales. Inmediatamente perdió el conocimiento; se había producido un shock, aunque —a diferencia de las víctimas de Smith— todo estaba previsto, y, además, el sujeto del experimento era una persona experta en la natación y la submersión. Neil interrumpió sus experimentos. Había estado jugando con la muerte sin saberlo, y de esta forma pudo confirmar la exactitud de la solución de Spilsbury, una solución que posteriormente podía aceptar el jurado.

El 22 de junio de 1915, Georges Joseph Smith compareció ante el tribunal de Old Bailey. El antiguo y severo edificio no había visto jamás tantas mujeres en sus salas. En efecto, la sala de audiencias estaba repleta de mujeres... mujeres solitarias, poco agradecidas o enfermicas, ansiosas de amor; las mujeres

entre las que Smith escogía sus víctimas. El día 30 de junio, el jurado, después de veinte minutos de deliberación, declaró culpable al acusado, que fue condenado por el juez Scrutton a morir en la horca.

Aunque los acontecimientos de la primera guerra mundial impidieron que las insólitas circunstancias del caso Smith fuesen conocidas más allá de las fronteras británicas, no por ello dejaron de influir decisivamente en la investigación forense de la postguerra. La semilla cayó, en parte, en un nuevo campo de la actividad médica legal y de la medicina en general; un campo que partió de la muerte por ahogo y sus síntomas orgánicos y se introdujo luego en el misterioso dominio de la función de los nervios. Se descubrieron reflejos nerviosos que podían producir la muerte de un modo sorprendente. Existía, por ejemplo, una curiosa relación entre los nervios faciales u ópticos y los centros respiratorios o circulatorios. La excitación de tales zonas nerviosas podía tener efectos mortales completamente inesperados. Existía también una curiosa relación entre una acción externa sobre el órgano auditivo y la muerte repentina en el agua. Por lo demás, las posibilidades probatorias en casos de ahogo accidental y provocado experimentaron el mismo progreso que las otras ramas de la medicina forense. Sin embargo, cuarenta años más tarde, los médicos forenses seguían buscando nuevos y mejores métodos para descubrir la presencia de síntomas de ahogo. La experiencia de algunas décadas demostró que la presencia de algas diatomeas o verdes en las ramificaciones menores de los bronquios no siempre demostraba —como se creía antes— que una persona se había sumergido viva en el agua y se había ahogado. Cuando el agua era corriente, las algas llegaban hasta los mismos alvéolos pulmonares, incluso en personas arrojadas al agua después de muertas. Tan sólo cuando las algas aparecían en la musculatura del corazón o en el hígado, se tenía una prueba absoluta de que la persona sumergida había muerto ahogada. La prueba de la existencia de algas en la musculatura cardíaca y en los tejidos hepáticos exigía la destrucción de dichos tejidos por medio de ácidos que no podían desintegrar la protección silicosa de las diatomeas. De este modo, las algas podían ser observadas en el microscopio. También surgieron nuevas posibilidades probatorias en el estudio de la sangre acumulada en el ventrículo izquierdo. La

presencia de agua en dicha sangre podía ser demostrada con ayuda de la microquímica y la química física. Precisamente uno de los nuevos métodos fue propuesto en 1921 por un norteamericano, un ciudadano del Nuevo Mundo. Hasta entonces, América no había contado para nada en la historia de la medicina legal. El mencionado investigador realizó autopsias de personas ahogadas en el puerto de Nueva York, es decir, en agua salada, y estudió el contenido de sal en la sangre que aflúa al corazón. Descubrió que el contenido salino natural aumentaba considerablemente en el ventrículo izquierdo. Cuando una persona se ahogaba en agua dulce, ocurría precisamente lo contrario; disminuía el contenido salino. El nombre de este famoso forense fue Alexander O. Gettler, químico y toxicólogo del Chief Medical Examiners de la ciudad de Nueva York. Su método fue desconocido, discutido o rechazado en Europa.

Pese a estos prejuicios del Viejo Mundo, no cabe duda de que Gettler puso de relieve un hecho importante: al otro lado del Atlántico empezaban a moverse las personas destinadas a poner los cimientos de la medicina legal americana; personas que trabajaban en unas condiciones extraordinariamente difíciles.

17

Los periodistas americanos dieron el nombre de *década sin ley* a los diez años de la historia estadounidense que siguieron a la primera guerra mundial. En estos diez años, la criminalística de los Estados Unidos tuvo que habérselas con varios crímenes que merecieron el dudoso honor de ser llamados *crímenes del siglo* por unos reporteros ávidos de sensacionalismo.

La historia de uno de tales crímenes se inició a primera hora de la mañana del 16 de septiembre de 1922, en las inmediaciones de Nueva Brunswick, pequeña ciudad de Nueva Jersey que contaba con unos 30 000 habitantes. Difícilmente podríamos hallar un crimen cuya investigación demostrara tan a las claras la desorientación, la falta de experiencia y la insuficiencia de que —según William Ricket— adolecía en los Estados Unidos el aspecto médico de la investigación criminal.

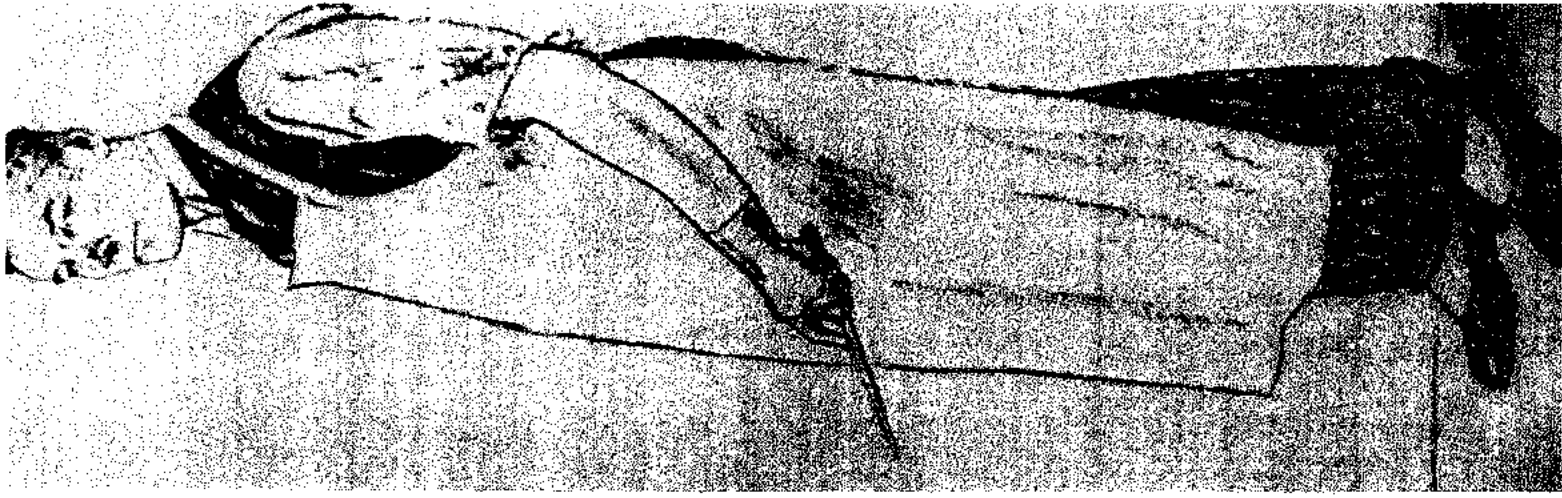
Un joven obrero de Nueva Brunswick, Raymond Schneider,

y su amiga Pearl Bahmer, de 15 años, iban buscando un «nido de amor» a las 9,30 de la mañana de aquel día de septiembre. Andaban vagabundeando por De Russey's Lane, una carretera fangosa, bordeada de árboles. En un camino lateral, Pearl vio los cuerpos de un hombre y una mujer, inmóviles en la hierba. Schneider se acercó y comprobó que estaban muertos. La joven pareja corrió a la casa más cercana. El dueño se encargó de llamar por teléfono a la comisaría de Nueva Brunswick. El teniente Dwyer tomó nota de la llamada y envió a De Russey's Lane al policía Edward Garrigan. Por el camino, Garrigan encontró a su colega James Curran y lo llevó con él.

En el lugar del suceso se ofreció a sus ojos el cuadro siguiente: El muerto yacía de espaldas; llevaba una chaqueta negra, de cuello cerrado, propia de un clérigo. Su rostro estaba cuidadosamente tapado por un sombrero de jipijapa. Los dos policías levantaron el sombrero y vieron que el muerto llevaba gafas. Tenía los ojos cerrados. Sobre el brazo derecho, extendido, del cadáver, yacía el cuerpo de una mujer joven. Tenía el rostro cubierto por una bufanda de lana. Esparcidas por todo el cuerpo había numerosas hojas de papel —cartas escritas por una mano femenina—. En la suela del zapato izquierdo del hombre había una tarjeta de visita. Decía: Reverend Edward W. Hall, Church of Saint John the Evangelist, New Brunswick, N. J.

Garrigan y Curran se disponían a leer las cartas cuando se acercó a ellos una multitud de curiosos procedentes de Nueva Brunswick. Los policías toleraron que los hombres, mujeres y niños, hicieran desaparecer toda posible huella. La tarjeta de visita corrió de mano en mano. Los posibles dactilogramas del asesino desaparecerían bajo las innumerables huellas de dedos, más o menos sucios, que la tocaron. El sombrero y la bufanda fueron levantados y colocados de nuevo innumerables veces sobre los rostros de las víctimas. Todo el mundo quería convenirse de que el muerto era realmente Edward Wheeler Hall, pastor de 41 años, que regentaba la iglesia episcopal de Nueva Brunswick. La mujer era Eleanor Mills, esposa del sacristán de Saint John, madre de una hija, Charlotte, y de un hijo. Todo el mundo la conocía porque cantaba en el coro de la iglesia.

Entretanto, el teniente Dwyer, en Nueva Brunswick, estaba obsesionado por un difícil problema. Nueva Brunswick perte-



William Wilcoxon (*arriba*) y Bernard Spilsbury (*derecha*), patólogos del St. Mary's Hospital de Londres, contribuyeron decisivamente al esclarecimiento del caso Crippen. Wilcoxon demostró la existencia de hioscina en los restos del cadáver. Spilsbury analizó al microscopio un fragmento de piel en el que había una cicatriz de una operación quirúrgica, y demostró fehacientemente que se trataba de los restos de la esposa de Crippen. Este hecho dio gran renombre a Spilsbury.



A las 11,45 de la mañana, el jefe de policía de Somerset County, Georges Totten, el sheriff Conkling y el médico William H. Long, se personaron en el lugar del suceso. Long era un médico no especializado, que se interesaba por cuestiones higiénicas y que algunas veces había realizado autopsias para el coroner de Somerset County.

Totten no pudo obtener la colaboración inmediata del *comer* de Somerville, por lo cual recurrió al doctor Long, que se había puesto a su disposición. Por lo menos, Totten tuvo la buena idea de alejar a todos los curiosos y de estudiar a fondo los dos cadáveres. La garganta de Eleanor Mills aparecía seccionada, y Hall tenía sólo una pequeña herida en la sien derecha, que parecía el orificio de entrada de un proyectil. El sheriff Conkling tropezó después con una vaina de cartucho, que había

escapado a la acción devastadora de los curiosos. Totten guardó la tarjeta de visita y mandó al sheriff que recogiera las cartas y la vaina. En una de las cartas, leyó lo siguiente: «Sé que hay muchachas con el cuerpo mejor formado, pero esto no me preocupa. Yo gozo de la mayor felicidad: un hombre digno, y un amor profundo, verdadero, eterno. Mi corazón es suyo; mi vida es suya. Puede que mi cuerpo no sea bello; puede que mi piel no sea bella..., pero yo le pertenezco para siempre...».

El doctor Long se limitó a comprobar que en la herida de Eleanor Mills había larvas de gusanos y que, por ello, el cadáver tenía ya uno o dos días. No examinó las heridas ni buscó otros síntomas médicos que pudieran ayudar a la investigación policiaca. Le faltó tiempo para avisar a la funeraria de Somerville y ordenar a su propietario, Samuel T. Sutphen, que llevara los cuerpos a la ciudad.

Hacia las 2, cuando Sutphen llegó al lugar del crimen, éste estaba lleno de curiosos. Había, además, unas dos docenas de periodistas. Casi todos conocían al reverendo Hall. Casi todos sabían que, en 1911, se había casado con Frances Noel Stevens, una mujer que, además de llevarle siete años, no era ninguna belleza. Su única cualidad era ser hija única de una de las familias más influyentes de Nueva Brunswick: los Stevens. Cuando se mencionaba a los Stevens, se hablaba siempre del «clan Stevens». Ahora, el esposo de Frances Noel Stevens, el pastor de Saint John, yacía asesinado junto a su amante, la mujer del sacristán: un suceso que parecía preparado para satisfacer el ansia de sensacionalismo y la alegría por el mal ajeno, características del fariseísmo reinante en una pequeña ciudad provinciana.

Cuando el propietario de la funeraria desnuó al reverendo, cayó al suelo una bala. Nadie se había preocupado de ella en las primeras investigaciones. Al desabrochar los gemelos, Sutphen descubrió hematomas en la mano derecha del pastor. El doctor Long también los había pasado por alto. Pero, además, había otro hecho de importancia fundamental: entre los ojos de Eleanor Mills había un orificio producido, sin duda, por un proyectil. Por consiguiente, Eleanor Mills no sólo pudo ser muerta por el corte de la garganta, sino por un disparo. Sin embargo, la misión de Sutphens no era ocuparse en aquellos detalles, sobre todo cuando, poco antes, el doctor Long le mandó trasladar el

cuerpo de Hall a Nueva Brunswick. Además, le dejó entrever que el abogado del clan Stevens, el antiguo senador Florence, había insinuado al fiscal Beekman que sería mejor para él no seguir dando publicidad al asunto y llevar el cadáver cuanto antes a los Stevens.

Por la tarde, hacia las 7, se presentó John V. Hubbard, de la funeraria de Nueva Brunswick, y cargó el cadáver del pastor en su coche. El cuerpo de Eleanor Mills quedó con Sutphen. Sin embargo, a la mañana siguiente se presentó el doctor Long en la oficina de Sutphen y le comunicó que el cuerpo de la mujer también tenía que ser trasladado a Nueva Brunswicks. Al parecer, el abogado de los Stevens creía que no merecía la pena seguir encubriendo el escándalo del reverendo Hall. Sutphen estaba acostumbrado a los arbitrarios métodos de fiscales y coroners, cuando los muertos eran miembros de familias que podían influir en su reelección. Sin embargo, quedó muy sorprendido al ver que el doctor Long hacía un corte en el vientre de Eleanor Mills, abría el útero, observaba el interior del mismo y volvía a coser la pared abdominal.

Poco después, Hubbard llegaba a Somerville para trasladar el cadáver de Eleanor Mills a Nueva Brunswick. Hubbard ejercía, además, el cargo de coroner de Middlesex County. Desde tiempo inmemorial, en los Estados Unidos existía la costumbre de que los propietarios de empresas funerarias fuesen elegidos coroners. Al parecer, se creía que el cargo «les iba», por su constante relación con cadáveres. Hubbard sonrió con aire de misterio y declaró que no podía efectuar la correspondiente *Inquest* sobre el cadáver. Manifestó que los cadáveres «olían mal» y tenían que «desaparecer bajo tierra» lo antes posible. Cuando Hubbard llegó a Nueva Brunswick con el cadáver, encontró en su oficina al médico oficial de Middlesex County, el doctor Cronk, el cual tendió a Hubbard los dos certificados de defunción, ya listos, y la orden para que ambos cadáveres fueran enterrados. Hubbard comprendió: los Stevens no deseaban investigaciones ni autopsias. Hubbard no opuso la menor objeción. Calculaba que el entierro de Hall sería de los más caros y solemnes que había conocido Nueva Brunswick en mucho tiempo, y no quería que el negocio se le fuera de las manos. Si iniciaba una *Inquest*, corría el peligro de perderlo. Por ello no abrió la boca cuando vio que el doctor Cronk abría la costura

del vientre de Eleanor Mills. También Cronk examinó el útero. Según él, el ex-senador Florence quería saber si Eleanor Mills estaba embarazada. Al terminar, dejó los dos cadáveres al *coroner* y empresario de pompas fúnebres, el cual empezó a embalsamarlos.

El lunes, 18 de septiembre, Hall fue enterrado con gran solemnidad en el mausoleo de los Stevens, erigido en el cementerio de Greenwood, Brooklyn. Su viuda, mujer pesada y torpe, pero muy respetable, caminaba inmediatamente detrás del féretro. El entierro de Eleanor Mills, celebrado al día siguiente, no fue tan solemne. Con excepción de su marido, James Mills, un personaje seco y «cadavérico», y de su hija Charlotte, de 16 años, sólo acudieron a la ceremonia reporteros. Encima del féretro había una gran corona que llevaba el nombre de Frances Noel Hall: al parecer, se trataba de un símbolo de reconciliación y expresaba el deseo de que el triste asunto fuera olvidado cuanto antes.

Sin embargo, las misteriosas circunstancias que rodeaban el crimen habían despertado ya la curiosidad pública en los Estados de Nueva Jersey y Nueva York. La tarjeta de visita a los pies del muerto, la relación amorosa existente entre el pastor y la mujer del sacristán, y las cartas de amor, cuyo contenido tendría seguramente sus detalles picanos..., todo ello era adecuado para mantener despierta la atención de las masas durante mucho tiempo. El hecho de que, por aquellos días, los nacionalistas turcos de Kemal Atatürk hubiesen asesinado a unos miles de griegos en Esmirna, estaba muy lejos de interesar tanto a la gente como los sucesos de Nueva Brunswick. Ni siquiera la enorme influencia de la familia Stevens pudo impedir que el fiscal de Somerville, Beekman, y los policías intentaran esclarecer el caso. Los periodistas olfateaban un gran drama pasional y una venganza por celos. ¿Quién podía ser el asesino? ¿James Mills, o criminales pagados por Frances Noel Hall? Antes de que la policía de Somerville empezara a efectuar algunos interrogatorios, los reporteros descubrieron que las dos víctimas habían huido de sus familias y se desconocía su paradero. La desaparición no había sido comunicada a la policía. La noche del 14 de septiembre, Eleanor Mills había salido de su casa hacia las 7, para dirigirse al Parker Home, donde, según ella, consolaba con sus cantos a los enfermos incurables que alber-

gaba aquella institución. Los periodistas descubrieron que, en realidad, hacía ya años que Eleanor Mills no había sido vista en Parker Home. El hospital estaba cerca de De Russey's Lane; era evidente, por tanto, que la visita a Parker Home servía de pretexto para las entrevistas que la mujer del sacristán sostenía todos los miércoles con el pastor. Sin embargo, el 14 de septiembre entre las 10 y las 12 de la noche, James Mills despertó y vio que estaba solo en la cama. Al parecer, Eleanor Mills había encontrado otras excusas para sus encuentros con Hall; decía, por ejemplo, que pasaba las noches en casa de sus hermanas. Mills creyó que también aquella noche su mujer se quedaría con una hermana, y se volvió a dormir tranquilamente. Mills esperó sin alarmarse un día y una noche más. Según dijo a los periodistas, él jamás había sospechado el adulterio de su esposa, cosa perfectamente verosímil, dadas sus pocas luces. Sin embargo, los periodistas se enteraron de todo lo que había hecho entre la noche del día 14 y la mañana del 16 de septiembre. Llegaron a la conclusión de que Mills no podía ser el asesino celoso.

Su atención se concentró sobre Frances Noel Hall, que desde el entierro se había retirado en su casa y no recibía a nadie. Los periodistas descubrieron —también antes que la policía— que la noche del 14 de septiembre, la esposa del pastor había abandonado su domicilio por la puerta trasera. Sin embargo, todo el personal de la casa juró que aquella noche la señora Hall había echado de menos a su marido y despertó a su hermano, que vivía con ella. Ambos se dirigieron a la iglesia, porque creían que Hall se había quedado dormido en ella. Al encontrarla cerrada, regresaron a casa y entraron por la puerta trasera. Al día siguiente decidieron esperar, para no «llamar la atención». Louise Geist, empleada y persona de confianza de la señora Hall, declaró que ésta no tenía ni idea de las infidelidades de su marido; cualquier idea de venganza quedaba excluida como fantástica.

Los habitantes de las cercanías de De Russey's Lane dijeron que, la noche del asesinato, hacia las 9,30, oyeron voces, disparos y ruido de coches. Además, habían visto pasar automóviles con los faros apagados. Estas informaciones hicieron nacer transitoriamente la sospecha de que el Ku-Klux-Klan era responsable del asesinato. De hecho, en aquellos años, la famosa

sociedad secreta americana se dedicaba a castigar las faltas contra la moral. En julio de 1921, el reverendo Irvin, de Miami, había sido embreado y emplumado, porque se decía que se había acercado a algunos feligreses con intenciones deshonestas. Existían infinitos ejemplos semejantes. Por consiguiente, era lógico pensar que el Ku-Klux-Klan pudiera haber castigado a Hall y a Eleanor Mills por su conducta inmoral. Sin embargo, la tesis les pareció a los periodistas excesivamente simple. No creían en la inocencia del clan Stevens.

Toda su atención se dirigió a los dos miembros principales del clan, a los dos hermanos de Frances Noel Hall. Uno de ellos, Willie Stevens, pasaba por ser un tipo original. Tenía aspecto de mulato, y en Nueva Brunswick se contaba que era hijo natural del viejo Stevens, habido con una mujer de color. Aunque Willie Stevens no pertenecía al cuerpo de bomberos, llevaba siempre un uniforme de bombero ideado por él. Era seguro que poseía un revólver calibre 32 —el mismo calibre de la vaina con que había tropezado el sheriff Conkling en el lugar del crimen—. Otra circunstancia sospechosa era que Willie odiaba a su cuñado Hall por razones financieras. El segundo hermano de Frances Noel Hall, Henry, era, en cambio, un verdadero *gentleman* de Nueva Inglaterra. Pero tenía fama de ser un formidable tirador. ¿Era absurdo pensar que ambos hermanos hubiesen seguido al reverendo Halls y a Eleanor Mills, para prender su intimidad y salvar el honor de la familia?

La presión de los periodistas llegó a ser tan grande, que el fiscal Beekman, de Somerville, intentó deshacerse de tan penoso asunto. Urdió la teoría siguiente: los cuerpos de las víctimas estaban demasiado bien colocados. Esto indicaba, según el fiscal, que el asesinato había sido cometido en Middlesex, y las víctimas fueron trasladadas después a De Russey's Lane. Beekman envió al fiscal Stricker, de Nueva Brunswick, las pruebas halladas en el lugar del crimen: la tarjeta de visita, la vaina del cartucho y las cartas de amor. El juez supremo del Estado de Nueva Jersey, Parker, tomó la decisión de que el mismo día se iniciaran las investigaciones en torno del caso de Somerville. Entre tanto, el fiscal Stricker llegó a la conclusión de que tenía que cargar con la responsabilidad de las averiguaciones. El hecho de que los fiscales estadounidenses necesitaran votos públicos para su reelección, hizo creer a Stricker que la interven-

ción, en un caso tan sensacional como aquél, sólo podía redundar en beneficio de su carrera. Así pues, inició las pesquisas por su cuenta. Así fue cómo surgió una polémica entre dos fiscales, que condujo a innumerables interrogatorios dobles y que, a los doce días, acabó en un callejón sin salida.

El 27 de septiembre, Beekman invitó a los periodistas a Somerville para anunciarles «nuevos pasos de importancia decisiva», siempre dentro de su disputa con Stricker. «Llevamos doce días investigando —les dijo— sin que hayamos encontrado el menor indicio de que se trate de un asesinato, ni la menor prueba contra ningún sospechoso». Después les anunció las medidas que pensaba adoptar. «He pedido permiso al juez Charles W. Parker para exhumar el cadáver de la señora Mills. Probablemente, una autopsia pueda descubrirnos algo que aún no sabemos».

El 27 de septiembre, por la tarde, el juez Parker firmaba la autorización para la autopsia. Dos días después fue desenterrado el cadáver de Eleanor Mills y conducido a la sala de la funeraria de John V. Hubbard. Como la autopsia se celebró en territorio de Middlesex County, Stricker exigió que estuviera presente en ella un médico de Nueva Brunswick. De Somerville vino el doctor Runkle Hegeman; el médico de Nueva Brunswick era el doctor Arthur L. Smith; el primero ejercía la medicina general, y el segundo, la cirugía. Ninguno de los dos poseía experiencias en el campo de la Patología, y mucho menos de la patología forense. El resultado de la autopsia fue el siguiente: la herida del cuello llegaba hasta la espina dorsal; los conductos respiratorios y el esófago aparecían seccionados. «Las dos arterias y venas —así decía textualmente el informe— que conducen la sangre del cerebro al cuerpo y del cuerpo al cerebro, estaban cortadas... El corte fue hecho con una navaja muy afilada. La línea de la herida era recta y no irregular, como debería de haber sido en caso de usar un instrumento menos afilado». Hegeman, que se ocupó especialmente en la cabeza, comprobó: «He descubierto que la señora Mills recibió tres tiros. Todos ellos atravesaron el cerebro...». Finalmente, los médicos descubrieron una pequeña herida en el labio superior y rasguños en ambos brazos. Evidentemente, el descubrimiento de que Eleanor Mills tenía tres balas en la cabeza y rasguños en los brazos era algo nuevo. Lo que nadie pudo

explicarse fue por qué, al día siguiente, Beekman y el gobernador de Nueva Jersey, Edward, declararon, entusiasmados, que la autopsia era una «contribución decisiva» al esclarecimiento del caso. La única explicación de semejante optimismo era la absoluta ignorancia de todo un país, de sus policías y juristas frente a las posibilidades y los límites de la patología forense.

El fiscal Stricker, de Nueva Brunswick, se creyó postergado por la iniciativa de Beekman. El 30 de septiembre decidió imitar a su rival y poner en marcha otra autopsia, la del pastor Hall. Envió una solicitud al tribunal supremo de Brooklyn, que fue rechazada. De este modo, Beekman pudo obtener un nuevo, aunque macabro, triunfo: a él le fue permitida la exhumación del cadáver de Hall. Los jueces de Brooklyn sólo dieron a Stricker la satisfacción de que su médico, el doctor Smith, participara una vez más en la autopsia. El 5 de octubre, los restos mortales de Hall fueron llevados al depósito. Cuando los doctores Hegeman y Smith salieron del hospital, Hegeman declaró a los periodistas: «No hemos encontrado nada nuevo. El doctor Hall murió a consecuencia de un disparo. La bala penetró por la sien derecha y salió por la parte posterior del cuello; atravesó el cerebro; el calibre de la bala era, al parecer, el 32». También se comprobó la existencia de arañazos en la palma de la mano izquierda y de una pequeña herida debajo de la rodilla derecha. La herida pudo producirse con algún instrumento no punteado o por una caída.

La autopsia era tan incompetente y superficial como la de Eleanor Mills, y los resultados de la misma fueron también totalmente nulos. Sólo la relación entre las circunstancias que explicasen la presencia de los cadáveres en el lugar del crimen y el momento en que éste fue cometido podrían conducir a algún resultado positivo.

Si, a principios de octubre, se reanudaron las investigaciones, ello se debió sólo a que el fiscal general de Nueva Jersey empezó a impacientarse y puso el caso en manos del fiscal de Essex County, Wilbur A. Mott. El fiscal general creía que un hombre de otro distrito tendría más éxito. Lo primero que hizo Mott fue tomar como punto de partida la declaración de una testigo, efectuada unos días antes de que él se ocupara del asunto. Beekman y Stricker no la habían tomado en serio. La testigo

en cuestión era Jane Gibson, viuda de 50 años, que criaba cerdos en una granja miserable situada en un extremo de De Russy's Lane. Los periodistas dieron a la pobre mujer el nombre de «Pig-Woman». Según ella, la noche del 14 de septiembre oyo ruido y, cabalgando en su mulo, se acercó al lugar de donde procedía. En el lugar del crimen vio a dos hombres y dos mujeres. Se estaban peleando. Una de las cuatro personas cayó al suelo; una mujer gritó: «¡No lo hagás!». Después siguieron unos tiros. Otra persona cayó. Un hombre y una mujer abandonaron el lugar. La mujer puso la mano en el hombre de su acompañante y exclamó: «¡Henry!». Eso era todo. Pero Henry era precisamente el nombre del hermano de Frances Noel Hall, el buen tiador.

Naturalmente, los periodistas se lanzaron sobre Jane Gibson y rodearon su sucia granja día y noche. Las preguntas de los periodistas recibían siempre respuestas detalladas y concretas. Jane Gibson recordó que la mujer que pronunció el nombre de Henry tenía el pelo blanco (como Frances Noel Hall). Había, además, otro hombre de pelo ensortijado, como un negro (Willie Stevens). La granjera identificó a la señora Hall y a Willie Stevens en fotografías.

Wilbur A. Mott convirtió a Jane Gibson en el testigo principal de su acusación contra Frances Noel Hall y sus hermanos. Además, reunió una gran cantidad de rumores que circulaban por la ciudad. Así, por ejemplo, el jefe del cuerpo de bomberos declaró que un día antes de crimen, Willie Stevens le había susurrado misteriosamente: «En casa tenemos pelea. Va a pasar algo gordo». El 20 de noviembre de 1922, Mott presentó su acusación al *Grand Jury* (asamblea de jurados, institución adoptada también del Derecho británico; su misión era la de decidir si el material aportado bastaba para abrir un proceso ante un tribunal). Más de cien periodistas se hallaban reunidos a las puertas del tribunal de distrito de Somerville cuando se reunió el *Grand Jury*. Los periódicos neoyorquinos contrataron especialistas en leer las palabras por el movimiento de los labios de quien las pronuncia. Estas personas estaban encargadas de observar a los testigos de Mott a través de las ventanas e interpretar todo lo que decían. El jurado se reunió hasta el 28 de noviembre. Pero todos los sirvientes de Frances Noel Hall, desde Louise Geist hasta el chofer, aportaron coartadas para la

viuda y su hermano Willie. Y Henry Stevens tenía testigos completamente limpios de toda sospecha. Confirmaron que, en el momento del crimen, Henry se hallaba a 50 millas del lugar, en Lavalette.

El 28 de noviembre, el presidente del jurado anunció que el Grand Jury no tenía pruebas suficientes para llevar el caso a los tribunales. El «Daily Home News» resumió la reacción de la opinión pública en estas palabras: «No importa lo que cueste ni el tiempo que empleemos..., lo cierto es que en ningún cargo puede tener cabida un hombre que permite que una investigación policial termine de esa forma». Y así fue, en efecto: los periódicos neoyorquinos tuvieron buen cuidado de que no terminara el caso.

En Nueva Brunswick y Somerville, el caso se fue olvidando hasta que, en julio de 1926, el periódico de Hearst, «Daily Mirror», recién fundado, hacía revelaciones sensacionales a sus lectores. Se basó en las declaraciones de un afinador de pianos llamado Arthur S. Riehl, que unos diez meses antes se había casado con Louise Geist, antigua dama de compañía de Frances Noel Hall. En julio de 1926, Riehl pidió el divorcio y declaró que, en 1922, Louise Geist había sido sobornada por los Stevens. En realidad, la antigua sirvienta tenía perfecto conocimiento del doble asesinato, porque el día 14 de septiembre de 1922 había acompañado a la señora Hall y a Willie Stevens a De Russey's Lane y había sido testigo del crimen. Phil Payne, rector jefe del «Mirror», afirmaba que tenía conocimiento de otros sobornos y declaraciones falsas, y exigió al gobernador de Nueva Jersey, Moore, que reanudara la investigación. Inmediatamente, los demás rotativos neoyorquinos volvieron a ocuparse en el tema. Moore se vio incapaz de detener la renovada presión de la opinión pública. Una vez más, escogió a un hombre imparcial para que iniciara las averiguaciones. La elección recayó en un amigo personal del gobernador, el abogado Alexander Simpson.

El 2 de agosto, Simpson —hombre diminuto y lleno de ambición— llegó a Somerville y se encontró con un «caos sin ejemplo». Gran parte de las pruebas de 1922 habían desaparecido. Willie Stevens tenía otra vez su pistola. Las actas y declaraciones de los testigos se habían esfumado. El 3 de agosto, Markus W. Beekman, hermano del antiguo fiscal de Somerville

—que ya había fallecido—, intentó vender al «Daily Mirror» documentación del año 1922. Al parecer, la había encontrado en un sobre y se había quedado con ella. La tarjeta de visita hallada a los pies del reverendo asesinado se extravió «misteriosamente». Se decía que un experto en dactiloscopia la había pedido prestada. Simpson tuvo que buscarla hasta dar con ella en el archivo de un periódico. También habían desaparecido los informes originales de las autopsias practicadas por los doctores Hegeman y Smith.

Una de las primeras medidas de Simpson fue la de pedir una nueva exhumación de los cadáveres. Un periodista inglés, Pieter Robertson, informaba posteriormente: «Simpson pensaba con toda seriedad que las nuevas autopsias le darían una clave para la solución de tan enmarañado caso. Lo único que obtuvo fue una confirmación de la ligereza e incompetencia con que habían trabajado los médicos de 1922». Simpson encargó la nueva autopsia a un médico de Nueva York, el doctor Otto H. Schultze, hombre respetado y odiado a la vez, porque se había opuesto públicamente a la institución de los coroners. Hacía ya algunos años que el fiscal general de Nueva York lo había contratado como *Medical Assistant*. A finales de octubre practicó la disección del cadáver de Hall. El 28 de octubre fue a Nueva Brunswick y, en un garaje, hizo la autopsia de lo que quedaba de Eleanor Mills.

El 5 de noviembre, tras violentos debates con un Grand Jury, Simpson elevó la acusación contra Frances Noel Hall y sus dos hermanos. Schultze fue su principal testigo. El médico causó impresión al hacer llevar ante el banco de los jurados una figura de yeso que representaba la cabeza y los hombros de una persona. Dicho busto estaba compuesto de varias partes. y Schultze mandó desmontarlas; abrió la cabeza y mostró al jurado la trayectoria de los proyectiles mortales. Pero esta demostración no pasó de ser un *show*, una sensación para los periodistas y los espectadores.

En cambio, había otro detalle mucho más importante. Sobre la autopsia de Eleanor Mills, Schultze dio la siguiente información: «La parte superior de los conductos respiratorios, la garganta y la lengua fueron extirpadas...». Se trata —gritó Simpson— de todos los órganos que usaba para cantar. Schultze respondió: «Sí».

Seguidamente, Simpson le preguntó si podía explicar de qué modo fueron extirpados los mencionados órganos. Los habían cortado.

Simpson llamó a los doctores Hegeman y Smith al banco de los testigos y les preguntó por qué en 1922 no habían descubierto una circunstancia tan importante, que quizás hubiese aportado una pista para descubrir al asesino, un asesino que odiaba los órganos de la garganta y la boca de Eleanor Mills, porque creía que con ellos había seducido a Hall. Simpson tuvo que poner en un aprieto a los médicos, hasta que confesaron que no se habían molestado en abrir la boca del cadáver.

Simpson obtuvo un pequeño triunfo. Pero de nada le sirvió para la marcha general del proceso. Lo único que quedó bien claro fue el hecho de que en el país no se sabía nada de medicina forense ni se tenía idea de su importancia y de la colaboración entre medicina e investigación criminal. Simpson luchó como un león, pero todo fue en vano. Fue inútil la dramática aparición de Jane Gibson, enferma de cáncer. La llevaron a la sala del tribunal en una camilla, para que repitiera sus declaraciones de 1922. La enferma gritó a Frances Noel Hall: «Yo digo la verdad. Que me condenen si miento. Y usted lo sabe, usted lo sabe...».

Pero la propia madre de Jane Gibson, sentada entre los espectadores, gritó al mismo tiempo: «¡Es una embustera! ¡Es una embustera!».

Louise Geist, que, al parecer, confesó a su marido su participación pasiva en el crimen, declaró al tribunal que jamás había hecho semejante confesión. Las coartadas de los hermanos Stevens y Frances Noel Hall —a quien los periodistas llamaron «la viuda de hierro»— eran incommovibles. El 3 de diciembre, el jurado declaró inocentes a los tres hermanos, que habían gastado 400 000 dólares en la defensa.

El caso Hall-Mills se perdió en la misma nada en la que se esfumaron tantos y tantos casos durante aquellos años. Sin embargo, no fue olvidado como ejemplo de la situación en que aún se encontraba la medicina forense americana en los años veinte.

18

En 1926, el mismo año en que concluyó el caso Hall-Mills, el americano Ward J. MacNeal redactaba dos informes sobre el sistema del *coroner* en Nueva York, por encargo del National Research Council. Se limitó a estudiar el funcionamiento de la institución en la ciudad más grande del Nuevo Mundo; pero todo lo que MacNeal tenía que decir sobre el sistema del *coroner*, podía aplicarse, en mayor o menor grado, a todo el país. Cuanto más se alejaba uno de la costa oriental, más grave parecía la situación. Si en la propia Inglaterra, donde estaba mejor organizado, el sistema de los *coroners* era ya objeto de tantas críticas, en Norteamérica tuvo una evolución ingobernable que lo llevó a convertirse en un campo de agramante, donde se producían los fenómenos más insólitos. Los interrogatorios a los testigos para poner en claro las causas de la muerte de una persona adquirían muy a menudo aspectos grotescos. De cien casos de muerte sospechosa —investigados por los *coroners* de Nueva York entre 1868 y 1890—, sólo se practicó una especie de autopsia en ocho. Apenas había patólogos y, naturalmente, nadie tenía la menor idea de patología forense; de ahí que las pistas y descubrimientos desembocaran casi siempre en el error. Los empresarios de pompas fúnebres, que muchas veces actuaban como *coroners*, no tenían interés alguno en practicar autopsias; para ellos, lo más importante era el negocio, y a los familiares de las personas fallecidas no les gustaba que «estropearan» el cadáver. Los informes de los *coroners* contenían sentencias como la siguiente: «El muerto sucumbió a causa de una herida de bala de pistola. La forma en que esto pudo ocurrir se desconoce, porque no fue disparada ninguna pistola». Entre los *coroners* elegidos por Nueva York entre 1898 y 1915 había ocho empresarios de pompas fúnebres, siete políticos profesionales, seis comerciantes de fincas, dos peluqueros, dos quincalleros, un carnicero, un lechero, dos propietarios de bar, etc. Los médicos que intervenían a veces en los casos judiciales eran, generalmente, borrachos o fracasados. Algunos *coroners* de Brooklyn tuvieron fama de ofrecer premios para que los cadáveres de los ahogados en Newton Creek, entre Brooklyn y Queens, fuesen empujados a la orilla de Brooklyn, porque cada *Inquest* les re-

portaba unos honorarios que oscilaban entre las cantidades 12 y 50 dólares.

En 1877, este estado de cosas llegó a provocar una indignación tan grande entre la población de Boston, que acabaron por ser suprimidos los *coroners* electivos, los cuales fueron sustituidos por los *medical examiners*, patólogos designados por el gobernador para un periodo de siete años. Su misión era la de examinar los cadáveres de todas aquellas personas cuya muerte no parecía natural. La opinión pública sentía, como en Inglaterra, una profunda aversión por las autopsias; por ello, los *medical examiners* sólo podían efectuarlas con el consentimiento del fiscal del estado. Esto condujo, una vez más, a que la influencia política volviera a desempeñar un cierto papel en los asuntos forenses; sin embargo, dicha influencia pesó menos que el hecho de que, finalmente, todos los casos de muerte sospechosa eran examinados por personas especializadas. Lo acertado de la medida adoptada por Massachusetts en 1877, se demostró al ser descubiertos numerosos asesinatos que anteriormente habían quedado por esclarecer y habían sido ocultados. Algunos de los *medical examiners* poseyeron los rasgos aventureros que caracterizaron a tantos precursores americanos en otros aspectos.

Uno de los más importantes fue el doctor Georges Burgess Magrath, que ocupó el cargo de *medical examiner* de Boston en 1906. Magrath era un excéntrico, un *show-man*. Alto y robusto, imponía por su llamante cabellera roja, cuya pérdida, en la edad madura, fue compensada por una peluca roja, no menos flamígera. Toda la ciudad conocía sus corbatas de artista bohemio, sus chalecos de colores chillones y sus trajes verdes. De soltero vivía encima de su oficina, en un viejo edificio de Boylston Street. Comía una vez al día —aunque opíparamente—, y afirmaba que había oído casi todos los conciertos sinfónicos celebrados en el Estado de Massachusetts. Tenía un Ford, al que había dado el nombre de «Lizzie», con una especie de campana de bomberos. Cuando se dirigía al escenario de algún crimen o a examinar un cadáver, gustaba de armar el mayor estruendo posible con su campana. Magrath hacía estas exhibiciones de un modo perfectamente consciente. Una vez dijo a un asistente, el toxicólogo William F. Boos: «Bill, tiene usted que impresionar a la gente. Eso le ayudará, le ayudará...». Conocía el ambiente anticientífico o indiferente que le rodeaba.

Por otra parte, es innegable que, con excepción de los primeros médicos americanos que trataron de introducir la enseñanza de la medicina legal en su país entre 1815 y 1823 —J. S. String-Ham y Romain Beck—, Magrath fue el primer médico que usó los métodos patológicos europeos. No sólo sentía una gran pasión por la Patología; en época muy temprana, afirmó que la medicina forense tenía que extenderse de la Patología a las demás ciencias fisonaturales. En su agenda figuraba una frase memorable: «Si la ley te pide que declares como testigo, no dejes nunca de ser un hombre de ciencia. Tu misión no es vengar a nadie; no es salvar a un inocente y aniquilar a un culpable. Tu misión es prestar declaración sin salirte jamás del marco de tus conocimientos y de tu experiencia científica».

A pesar del éxito apoteósico que tuvo la nueva institución de Massachusetts, la ciudad de Nueva York no substituyó a los *coroners* por *medical examiners* hasta 1915. En 1914, cuando John Purroy Mitchel ocupó el puesto de alcalde de Nueva York, la ciudad se hallaba en un período de «movimientos reformadores», tendentes a acabar con los abusos de las administraciones anteriores. Mitchell encargó a uno de sus funcionarios, Wallstein, que investigara el sistema de los *coroners* en Nueva York. En el informe final de Wallstein se leían cosas como la siguiente: «Los *coroners* neoyorquinos constituyen una mescanza de poder político, incapacidad e irresponsabilidad... El hecho de que —según declaración de los guardianes del depósito de cadáveres— ninguna autopsia dure más de cinco minutos, nos demuestra cómo son examinados los cadáveres... En la jurisdicción de los *coroners* de Nueva York, el asesinato de un niño y el envenenamiento efectuado con cierta habilidad, ofrecen para los asesinos una impunidad casi absoluta...».

El informe movió a la ciudad de Nueva York a promulgar una ley para la institución de *medical examiners*. La nueva ley disponía que, a partir del 1 de julio de 1918, los *coroners* fuesen substituidos por un *chief medical examiner*, ayudado por una buena cantidad de asistentes. El *chief medical examiner* y todos sus colaboradores tenían que ser patólogos experimentados y concededores de las técnicas del «microscopio y el análisis de sangre». Su misión era la de investigar todos los casos de muerte «ocurridos por violencia criminal, accidente o suicidio», así como «las muertes repentinas de personas sanas o no sometidas a tra-

tamiento médico». El *chief medical examiner* tenía la obligación de personarse en el «lugar de la muerte». Podía decidir si era o no necesaria la autopsia; en caso afirmativo, él mismo la efectuaba y avisaba al fiscal, en caso de muerte violenta.

Naturalmente, los *coroners* de Nueva York se defendieron. Querían conservar sus puestos. Declararon que el sistema de los *medical examiners* conduciría a una «carga de sangre de los médicos». Sus esperanzas renacieron cuando, en las elecciones municipales de 1917, el alcalde Mitchell perdió el cargo y fue sustituido por John F. Haylan, el cual intentó «olvidar» la ley promulgada en 1915. Sólo el enorme peso de la opinión pública lo obligó a ponerla en vigor. A regañadientes, nombró para el cargo de *chief medical examiner* a uno de los pocos médicos neoyorquinos que poseían cualidades para el mismo: el doctor Charles Norris.

Con Norris pasó al primer plano un hombre que creó los fundamentos de la medicina forense en el Nuevo Mundo. Norris nació en Hoboken en 1867. Había estudiado medicina en la universidad de Columbia, y después estuvo en Europa. Cursó dos semestres en Kiel y uno en Gotinga. Hasta 1894 permaneció en Berlín con Virchow, el rey de los patólogos. Después, entre 1894 y 1896, trabajó en Viena con Eduard von Hofmann y Kollisko, y conoció la medicina forense en su misma cuna. De 1904 a 1918 fue profesor de Patología y director del laboratorio quimicobacteriológico en el Bellevue-Hospital de Nueva York. Hacía ya muchos años que llevaba una vida acomodada e independiente. Cuando fue nombrado *chief medical examiner* de Nueva York, Norris vio realizarse las ideas que él mismo había traído de Europa. Sin embargo, había que vencer considerables escollos. Los políticos intentaron una y otra vez acortar el período de ejercicio del cargo. Pero Norris dedicó una parte importante de su fortuna personal a la construcción de laboratorios. Gran organizador, creó una oficina central en Manhattan, con servicio telefónico que funcionaba día y noche. En Brooklyn se creó una oficina filial. Los patólogos jóvenes trabajaban en los depósitos de los barrios neoyorquinos de Manhattan, Brooklyn, Bronx, Queens y Richmond. Otros se ocupaban en el servicio exterior y estaban siempre dispuestos a presentarse en los lugares donde ocurriera una defunción misteriosa.

Desde sus albores, la medicina forense, como toda la Medicina, era una ciencia experimental. Los objetos de estudio eran las víctimas de asesinatos o los casos de muerte inexplicada. Los primeros laboratorios fueron los depósitos de cadáveres (*arrthua*, el antiguo depósito de Berlín). En ellos, generaciones de forenses estudiaron las formas y fenómenos de la muerte natural repentina y de la muerte violenta. Las colecciones de preparados reunidos durante décadas fueron la base para importantes decisiones criminalísticas. (A la derecha, huesos y cráneos heridos.)



Uno de los más importantes colaboradores de Norris fue Alexander Oscar Gettler. Nació en Viena en 1883, y emigró a Nueva York a los 5 años. El dinero que necesitaba para pagar sus estudios de química tenía que ganarlo trabajando como cobrador en un *ferry* del Battery. Luego entró a trabajar como químico en el laboratorio de Norris, en el que se ocupaba, preferentemente, en Bioquímica y Toxicología. En verano de 1918, cuando Norris luchaba en vano por allegar los recursos para construir un laboratorio químico propio, Gettler iniciaba sus investigaciones quimicotóxicológicas para el *chief medical examiner* en el Bellevue-Hospital. Aquel hombre, diminuto e introvertido, no sospechaba el arduo trabajo que cargaba sobre sus espaldas.

Norris solía presentarse como una tromba en los lugares donde ocurría algún accidente o asesinato. Se enfrentaba con policías acostumbrados a los oscuros *coroners*, sin la menor noción de medicina. Los primeros encuentros con el gigante barbudo quedaban grabados en la memoria de los funcionarios policiales. Aquel hombre viajaba en un coche elegante, conducido por su chófer, Charlie Liebermann, y pasaba todas las mañanas por el depósito de cadáveres de Manhattan. Al mediodía se quitaba sus guantes de goma e iba a tomar su *lunch* en uno de los más lujosos hoteles de Park Avenue. Reunía más condiciones que Magrath para convertirse en una figura popular e incluso legendaria en los círculos de la administración, la justicia y la policía. Norris consiguió dar una idea a la población neoyorquina de lo que significaba la medicina forense.

Desde 1918, casi cada año pasaban por la oficina de Norris de 15 000 a 20 000 denuncias de muertes sospechosas o inexplicables. Él y sus asistentes efectuaban entre 4000 y 6000 autopsias anuales. En doce meses se pusieron en claro casi 7000 casos de muerte violenta; y en un solo año se examinaron 338 casos de muerte por disparo de arma de fuego, 120 casos de estrangulamiento, 638 casos de intoxicación por gas, 446 casos de ahogo, 326 caso de muerte por quemaduras. Cuando Norris pensaba en Viena comparaba las posibilidades de experiencia que allí se ofrecían con la hostilidad de Nueva York, lamentaba vivamente que todas aquellas experiencias beneficiaran sólo a sus escasos colaboradores y a nadie más. En realidad, sus esfuerzos coincidían con los que realizaban las facultades médicas en las uni-



El caso de John Donald Merrett fue uno de los que enseñaron a la medicina legal cuán fácilmente podía equivocarse. Merrett, notorio parásito (*arriba, derecha*), mató, en 1926, a su madre y simuló un suicidio. Un erróneo dictamen de Bernard Spilsbury hizo que el tribunal lo absolviera. Veintiocho años después, en 1958, tras una dudosa carrera en la marina británica (*arriba, izquierda*), Merrett asesinó a su esposa y a su suegra. Tras confesar clínicamente su asesinato de 1926 a una amiga suya alemana, se suicidó. (*Abajo*, la única persona que acompañó sus restos mortales hasta el cementerio.)



versidades neoyorquinas; por entonces, éstas sentaban las bases de una medicina americana que, en pocos años, rompería el cordón umbilical que le unía a Europa y se convertiría de seguidora en dirigente. Sin embargo, para la medicina forense, para la formación de médicos que pudieran hacer en todo el país lo que él hacía en Nueva York, faltaban la comprensión y las posibilidades.

En una de sus entrevistas con los periodistas, Norris decía: «Tenemos más intelectuales que en cualquier parte del mundo. Poseemos un espíritu emprendedor que podría ser envidiado por la gente del Viejo Mundo. ¡Pero no estamos civilizados, *old man!* (Las dos últimas palabras eran una de sus expresiones predilectas, como la exclamación «¡Cristóphero Colombo!»). «Nos llamamos libres; pero sólo tenemos libertad para convertirnos en asnos... Resulta grotesco que seamos tan mezquinos y estúpidos...». Y también: «En todas las grandes ciudades y en todos los *countys* debería existir un *medical examiner* competente. Tendríamos que empezar a formar médicos jóvenes, que pudieran dedicar a ello toda su vida...». Norris se quejaba amargamente de que los médicos no especializados, o los simples patólogos, pudieran ser nombrados *medical examiners*: «Los candidatos a ocupar un puesto en el cuerpo de *medical examiners* de Nueva York tienen que superar un examen muy duro. Un médico joven tiene que haber efectuado por lo menos cincuenta autopsias para que pueda empezar a trabajar como asistente, dedicado, al principio, a trabajos de menor importancia. Comparen ahora estas normas con la posible experiencia de cualquier medicucho aplicada a casos forenses...».

Norris era un hombre que no podía permanecer indiferente ante la tontería y la falta de visión. El mismo año de su muerte, 1934, logró crear, por fin, algo así como un Department of Forensic Medicine en el New Yorker University College for Medicine. Sin embargo, un médico europeo, Kurt E. Landé, que estuvo en Nueva York por aquellos años y trabajó en la oficina del *chief medical examiner*, informaba, en 1936, que el año anterior sólo mostraban interés por la medicina legal dos estudiantes, y en 1936, uno solo. No obstante, podemos preguntarnos: ¿De dónde tenía que venirles dicho interés? ¿Qué utilidad podía proporcionarles el estudio de la medicina forense, cuando en todo el país no había puestos ni posibilidades de hacer ca-

rrera, con excepción de Nueva York y Boston? ¿Por qué los estudiantes habían de escoger una rama sin oportunidades en un momento en que el auge de la medicina general americana les abría todas las puertas? ¿Por qué, en un momento de especialización, habían de escoger una especialidad que, en el transcurso de la evolución sufrida en Europa, se había convertido en una mezcla de especialidades que iban de la Patología a la Psicología?

En septiembre de 1934, cuando Norris murió de un ataque cardíaco, a los 67 años, la idea de los *medical examiner* sólo había sido adoptada en Newark, además de Nueva York y Boston. En 1932, la universidad de Harvard creó un instituto de medicina forense. Como siempre, los *coroners* seguían dominando la mayor parte de los Estados Unidos. Charles Norris dejó a su sucesor, Thomas A. Gonzales, y a sus colaboradores y discípulos —con Milton Helpern, Morgan, Vance, M. Edward Marten y Charles J. Umberger, asistente y sucesor de Gettler— una misión que no podría ser cumplida en una sola generación. Entretanto, la evolución de la medicina legal europea seguía su trayectoria.

19

Edimburgo: Buckingham Terrace número 31, 17 de marzo de 1926.

He aquí los datos fundamentales de un caso criminal que vino a marcar un hito de la medicina forense y cuyas repercusiones se extenderían a varios decenios.

El citado día 17 de marzo, a las 9,30 de la mañana, Henrietta Sutherland, asistente de los Merrett, se hallaba en la cocina cuando oyó un disparo. Poco antes había atizado el fuego de la chimenea del *living*, y había visto a su señora, Bertha Merrett, de 56 años, escribiendo una carta en la mesa. El hijo, Donald, estaba sentado en un sillón, situado al lado opuesto de la estancia, y hojeaba un libro. Cuando Henrietta, alarmada por el ruido, abrió la puerta de la cocina, tropezó con Donald —muñacho de 18 años—, que le dijo, sin grandes muestras de excitación: «Rita, mi madre se ha suicidado». Después, siguió diciendo: «He malgastado su dinero y esto la preocupaba...».

Al entrar en la sala de estar, el muchacho y la sirvienta encontraron a Bertha Merret tendida en el suelo, entre la mesa y su pequeño *secreter*. Tenía una herida en la cabeza, de la que manaba sangre. La silla en la que estaba sentada pocos momentos antes, aparecía tumbada. Henrietta creyó ver una pistola encima del *secreter*; corrió al teléfono. A los pocos momentos llegaban dos policías, Middlemiss y Izat, en una ambulancia. Bertha Merrett vivía aún y, sin perder tiempo, los dos agentes la metieron en la ambulancia y mandaron que fuese trasladada inmediatamente al Hospital Real. Middlemiss e Izat eran ejemplos típicos del funcionario sin experiencia en el reconocimiento minucioso del lugar del crimen; un tipo de policía que abundaba aún en el año 1926. Después de levantar a la herida, olvidaron totalmente la posición en que se hallaba el cuerpo. Sus declaraciones sobre el lugar en que se encontraba la pistola fueron contradictorias. Middlemiss se la guardó, pero después no recordaba si la había cogido del suelo o del *secreter*. A ninguno de los dos agentes se le ocurrió buscar huellas dactilares. Sobre la mesa, a medio terminar, se hallaba la carta que había estado escribiendo Bertha Merrett. No cabía duda de que aquella carta era el último testigo de sus pensamientos. Ninguno de los policías le concedió la menor importancia. Sólo en el vestíbulo —cuando la camilla con la herida había salido ya de la casa— Middlemiss preguntó a Donald lo que había ocurrido en la sala de estar. El muchacho contestó: «Problemas de dinero», y el policía se dio por satisfecho. En Escocia, el suicidio estaba penado; por ello, poco después del suceso se presentó en el domicilio de los Merrett el inspector Fleming. También poco él buscó huellas dactilares ni prestó atención a la carta de Bertha Merrett (luego fue quemada y se buscó en vano por toda la casa). El inspector vio que en el *secreter* había dos cartas abiertas, como si alguien las hubiese puesto intencionadamente en un lugar muy visible. Procedían del banco de Clydesdale y comunicaban a Bertha Merrett que el dinero de su cuenta se había agotado. Fleming creyó que la noticia justificaba el suicidio. Después ordenó a la dirección del Hospital Real, que pusieran a la herida en una habitación con ventanas enrejadas, porque, en caso de restablecimiento, tendría que responder a una acusación.

Mientras se practicaban todas estas diligencias, los doctores

Bell y Holcombe atendían a la herida. Detrás de la oreja derecha, se veía el orificio de entrada de un proyectil. Los dos médicos tomaron una radiografía y observaron una bala de pistola en la base del cráneo. El proyectil aparecía incrustado en el hueso. Era imposible operar. Lo único que se podía hacer era cuidar la herida. Al día siguiente, Bertha Merrett recobró el conocimiento y quiso saber todo lo que había ocurrido. Como estaba prohibido hablar con los suicidas sobre su propio caso, la única respuesta que recibió fue: «Tuvo usted un pequeño accidente». Ella, sin embargo, no dejó de pensar en su herida. Dijo al doctor Holcombe: «Yo estaba escribiendo una carta. Mi hijo Donald estaba junto a mí. Yo le dije: "¡Vete de aquí, Donald. No molestes!"». Luego oí una especie de explosión... y no recuerdo nada más...».

La declaración le pareció muy curiosa al doctor Holcombe; informó al inspector Fleming y le preguntó si realmente se trataba de un suicidio. El estado de la señora Merrett era tan grave, que probablemente muy pronto no habría ya ocasión de preguntarle nada más. Pero Fleming no dio ni un paso. La enferma dijo a una amiga llamada Bertha Hill, que fue a visitarla: «No he tenido ningún accidente. Escribía una carta de la señora Anderson y alguien disparó una pistola detrás de mí». Bertha Hill preguntó: «¿Tuviste en la mano la pistola?». La respuesta fue: «No».

El 24 de marzo, la hermana de la presunta suicida, Eliza Penn, fue al hospital. La enferma le explicó que ella estaba sentada a la mesa cuando oyó la explosión junto a la cabeza. «Fue como si Donald hubiese disparado sobre mí». Luego rogó a su hermana que se ocupara de Donald. A primera hora de la mañana del día 1 de abril, Bertha Merrett estaba muerta.

Cuando Eliza Penn «se ocupó de Donald», descubrió cosas que la «conmovieron profundamente». Tan pronto como su madre fue trasladada al hospital, Donald trajo a casa a una muchacha que bailaba en el Dunedine Palais de Danse. Después, todas las noches escapaba por la ventana de su habitación. Se compró una enorme moto —Eliza Penn no sabía de dónde sacaba el dinero— y se fue a Londres con dos mujeres. Lo único que le interesaba de su madre era saber si estaba viva o muerta. En el suelo de la sala de estar apareció un cartucho que no había visto el inspector Fleming. En el dormitorio de Donald

había una caja con 38 cartuchos iguales. Cuando su tía le preguntó por ellos, Donald contestó que una vez había comprado una pistola para cazar conejos; pero que su madre se la había quitado.

Eliza Penn nunca vio con muy buenos ojos la educación que Bertha Merrett daba a su hijo. Lo único que la justificaba era el hecho de que John Alfred Merrett, con quien Bertha se casó en 1907, fue un aventurero que abandonó a su esposa y a su hijo. Eliza se enteró de que Donald llevaba ya muchos meses sin poner los pies en el *College*; salía con una tal Betty Christy, del Dunedine Palais de Danse y le hacía costosos regalos. Al parecer, Bertha Merrett no se enteró o no quiso enterarse de todo aquello. Eliza Penn se preguntaba de dónde salía el dinero que gastaba Donald en cada una de sus fugas. No tuvo que esperar mucho tiempo para recibir una respuesta.

Entre los papeles de su difunta hermana, apareció un testamento en el que disponía que su pequeña fortuna, cuya heredero era Donald, fuese administrada por un tutor. Cuando el tutor se hizo cargo de la herencia, descubrió que, en los meses anteriores a la muerte de Bertha Merrett, los bancos Clydesdale y Midland habían pagado 457 libras a Donald. El muchacho solía presentar cheques con la firma de su madre. Naturalmente, todas las firmas habían sido falsificadas. El día 15 de marzo, el banco Clydesdale comunicó a Bertha Merrett que su cuenta estaba totalmente saldada. Al parecer, Donald interceptó la comunicación, obtuvo dinero del Midland mediante un cheque falso y lo puso en la cuenta agotada. Esta medida hizo que la cuenta del Midland sufriera un sensible bajón. El 17 de marzo llegaba a la casa de Buckingham Terrace un aviso del Midland. Eliza Penn dudaba que dicha comunicación hubiese llegado a manos de su hermana. Poco a poco se fue intensificando su sospecha de que Donald había interceptado también la carta del Midland y de que el muchacho se dio cuenta de que no podría seguir engañando a su madre. Eliza Penn llegó a la conclusión de que Donald era el asesino.

En otoño de 1926, las sospechas de que Bertha Merrett había sido asesinada por su propio hijo se acumularon hasta el punto de que el *procurator-fiscal* tuvo que tomar cartas en el asunto. En Escocia, a diferencia de Inglaterra, existía el cargo de *procurator-fiscal*, semejante a los fiscales generales europeos. El 29

de noviembre, Donald fue detenido y acusado de asesinato y falsificación de cheques.

Estos fueron los antecedentes del caso Merrett, hasta que la medicina forense desempeñó en él el papel central.

20

El problema de las heridas producidas por armas de fuego preocupaba a la medicina legal desde Devergie. Su investigación formaba parte de un gran complejo en el que se incluían las lesiones con armas agudas o romas, todas ellas producidas por los distintos tipos de armas blancas u objetos contundentes. Los estudios se concentraron en determinados problemas fundamentales. En primer lugar, era preciso saber en qué circunstancias eran mortales las heridas de bala. Luego había que diferenciar los orificios de entrada y los de salida del proyectil, cosa que permitía a veces sacar importantes conclusiones sobre la forma en que se cometía un asesinato, intento de homicidio o suicidio. También era importante sondear la trayectoria del proyectil en el cuerpo, porque su longitud podía indicar a qué distancia fue disparada el arma. Muy pronto se descubrió que el estudio de la herida podía dar una respuesta satisfactoria al problema de distinguir un suicidio de un asesinato. Para ello era preciso saber si el arma fue disparada a distancia o muy cerca de su blanco. En ningún caso podía hablarse de suicidio si el disparo procedía de un lugar situado fuera del alcance del cadáver. En realidad, podía darse el caso de que un suicida montara un fusil a distancia, se colocara después en la trayectoria del proyectil y apretara el gatillo con ayuda de un cordel; pero tales casos constituían excepciones. Por lo general, la comprobación de la distancia tenía una importancia decisiva.

Los disparos producían una llama cuyos efectos permitían determinar el tipo de arma utilizado y la potencia de su proyectil. Si el disparo había sido hecho desde una distancia inferior a los 30 cm, aparecían chamuscados la ropa, la piel o el pelo que rodeaban el orificio de entrada. Sea como fuere, el vienes Eduard von Hofmann hizo la experiencia de que, en estos casos, la diferenciación debía ser especialmente precisa. Durante varias décadas se creyó que el calor pardusco de la piel

en torno a un orificio de entrada era producido por el fuego del disparo. Sin embargo, Hofmann demostró que se trataba de algo muy distinto: todo disparo producía en la piel una zona contusa, con excoriación de la epidermis. Esta excoriación acababa por dar a la epidermis un color pardusco, que aparecía también cuando el disparo había sido efectuado a distancia.

Por el contrario, se producía una verdadera zona chamuscada cuando la bala atravesaba una prenda de vestir. Algunos forenses, como Tardieu, Brouardel, Strassmann o Hofmann, eran capaces muchas veces de distinguir, por el olor, si un disparo había sido efectuado a quemarropa. Por lo demás, había otra circunstancia más importante: en cada disparo quedaban partículas de pólvora sin quemar, que salían del cañón junto con la bala. Si el disparo se hacía desde una distancia muy corta, las partículas quedaban en la piel que rodeaba la herida. Por otra parte, el impacto podía ser tan fuerte, que las partículas penetraran en la piel. Cuando el arma estaba a unos 50 cm del blanco, las partículas eran perfectamente visibles. No menos importantes eran las señales dejadas por el humo de la explosión. Según la longitud del cañón del arma, el humo podía salir en forma de cono o de hongo. En cualquier caso, el humo se depositaba alrededor de la herida en forma de residuos de pólvora. La señal de humo era especialmente visible en disparos hechos a una distancia muy corta: entre los 2 y los 12 cm. Sin embargo, en este sentido no había reglas establecidas. También se producían efectos especiales y reconocibles cuando el cañón del arma había sido colocado sobre el blanco. En este caso se encontraba pólvora en el interior de la herida; además, en el canal penetraban gases que levantaban la piel alrededor del orificio de entrada.

Hasta la primera guerra mundial, la medicina forense creó un sistema experimental apto para distinguir entre los disparos a quemarropa los hechos a distancia. Desde entonces, la invención de la llamada *pólvora sin humo* y la producción de municiones *nitro y sinórido* plantearon nuevos problemas. Los efectos de la llamarada quedaron prácticamente excluidos. Las salpicaduras de pólvora en la piel fueron mucho menores, y las señales de humo se redujeron también casi por completo.

En otoño de 1926, cuando el procurador-fiscal de Edimburgo, William Horn, acusó a Donald del asesinato de su madre, la me-

dicina legal iba en busca de nuevas posibilidades para averiguar la distancia en los disparos de armas de fuego. Todavía circulaban muchas armas antiguas, con munición de pólvora negra. Pero el número de armas modernas —fusiles, pistolas y revólveres— aumentaba constantemente. Por tanto, a la munición perfeccionada había que oponer métodos de investigación forense más refinados.

Cuando William Horn empezó a investigar la muerte de Bertha Merrett, no tardó en descubrir que no existía en realidad ninguna prueba convincente de asesinato. El único testigo directo era el mismo acusado. El inspector Fleming no se había preocupado de interrogar a Bertha Merret, que, pese a las heridas, conservaba recuerdos aprovechables del suceso. No existía, por tanto, ninguna declaración escrita. De consiguiente, Horn tenía que basarse en los testimonios indirectos de médicos y parientes, personas que el tribunal no consideraría testigos irrecusables. Había sospechas realmente gravísimas, pero no pruebas. Así, pues, sólo se podía contar con la prueba material indicaría; pero, en este aspecto, la negligencia de Fleming y sus hombres había hecho estragos. El peor de todos era la pérdida de la carta que estaba escribiendo Bertha Merrett cuando la bala penetró en su cráneo. Probablemente su contenido hubiese bastado para saber si la víctima pensaba o no en suicidarse. Después de estudiar los antecedentes, Horn no tuvo más remedio que confiar por completo en la medicina legal.

Quizá podría demostrarse que la trayectoria del proyectil no procedía de un disparo hecho por la propia Bertha Merrett, o que la excesiva distancia entre el arma homicida y su blanco excluía toda idea de suicidio.

Entre las actas, Horn encontró un documento muy poco apropiado para el optimismo. El 1 de abril, el profesor de medicina legal de la universidad de Edimburgo, Harvey Littlejohn, hizo la autopsia del cadáver. En su informe, el médico afirmaba que había encontrado un orificio detrás de la oreja derecha del cadáver. La trayectoria del proyectil no recorría toda la cabeza, sino que penetraba 2 ó 3 cm; la bala se había incrustado en la base del cráneo. Posteriormente, la herida se había infectado hasta producir una inflamación meningítica de efectos mortales. La frase más importante del informe era la siguiente: «No se puede determinar con exactitud a qué distancia fue disparada

el arma: el impacto pudo producirse a pocos centímetros o a una distancia mayor. En lo que respecta al estado de la herida, es admisible la idea del suicidio».

Evidentemente, el informe no podía animar a Horn. En 1926, Harvey Littlejohn era considerado como el primer médico forense de Escocia. Desde 1906 ocupaba una cátedra que tal vez era la más famosa de la Gran Bretaña: había sucedido a su padre Henry Littlejohn en Edimburgo. De este último se recordaban muchas frases ingeniosas y mordaces. He aquí una de ellas: «¿Apuesta usted algo a que todas las vírgenes de Edimburgo podrían cargarse en una de las carretillas de Arthur Seat?». Harvey Littlejohn no sólo había heredado la lengua viperina de su padre. Llevaba también la medicina legal en la sangre.

Al iniciar sus averiguaciones, Horn no sabía que el propio Littlejohn dudaba de su primitivo diagnóstico desde que conocía el cambio de vida de Donald Merrett a partir de la muerte de su madre. Sus dudas aumentaron cuando, en el mes de julio, se reunió con los doctores Bell y Holcombe, los médicos que había tratado a Bertha Merrett en el hospital. Ambos estaban convencidos de que no hubo suicidio. Dijeron que, al ingresar Bertha Merrett en el hospital, no descubrieron la menor huella de humo o de pólvora, ni tampoco el característico olor a chamusquina. Conocían estos dos síntomas inmediatamente. Littlejohn se dio cuenta de que, a sus 65 años, había cometido uno de los errores contra los que no cesaba de advertir a sus estudiantes: el de aceptar una opinión previa. En efecto, había aceptado el hecho del suicidio con tanta seguridad, que no se tomó la molestia de reunirse con los médicos del hospital para pedirles su opinión. Él, que llevaba años atormentado por el asma, la bronquitis y una dolencia de estómago, vio en el error cometido un síntoma de decrepitud, pero no logró descubrir medio alguno para reparar la omisión.

En el transcurso de los últimos veinte años, Littlejohn había visto por lo menos quinientos casos de suicidio con arma de fuego; pero —como la mayoría de los médicos de su generación— jamás se había dedicado al estudio de dichas armas. Los dictámenes sobre armas de fuego estuvieron durante mucho tiempo al margen de la ciencia médica y, como veremos en el capítulo siguiente, se consideraban asunto exclusivo de los ar-

meros. Tan sólo los médicos forenses más jóvenes, ante la gran cantidad de heridas por arma de fuego que se producían desde la primera guerra mundial, se dedicaron al estudio de las armas que causaban tales heridas. Uno de estos médicos jóvenes fue Sydney Smith, discípulo de Littlejohn. Nacido en Nueva Zelanda, Smith llegó a Edimburgo en 1908. Era un hombre que carecía de medios de fortuna, pero extraordinariamente emprendedor. Se empenó en estudiar Medicina, lo logró y acabó por conseguir una beca, la cual le permitió trabajar como ayudante de Littlejohn. Así fue como llegó a convertirse en forense.

Desde 1917 trabajaba como director del Instituto Médico Legal del Gobierno Egipcio, en El Cairo. De la noche a la mañana se vio en la necesidad de investigar casos criminales que no hubiese podido hallar en Escocia. En el transcurso de los años, él y sus asistentes tuvieron que investigar miles de asesinatos e intentos de homicidio. Hombre dotado de gran fantasía y flexibilidad, en 1926 había logrado montar laboratorios que no existían en toda Inglaterra ni Escocia. Sus experiencias superaban ampliamente a las de Littlejohn. En el verano de 1926, a los 43 años, Smith hizo un viaje de vacaciones a Edimburgo; visitó a Littlejohn, en la casa de soltero donde el médico vivía solitario, rompiéndose la cabeza con el caso Merrett. Puede decirse que Smith desconocía los antecedentes del caso, cuando propuso una solución a su anciano colega.

Más adelante trataremos de Smith como precursor del estudio forense sobre armas de fuego. Por el momento nos limitaremos a decir que, durante los años pasados en Egipto, pudo estudiar innumerables casos de asesinato, suicidio e intento de homicidio, y que conocía toda clase de armas, antiguas y modernas. En 1925 había aparecido su primer libro, *Forensic Medicine and Toxicology*, obra que llamó la atención de todos los especialistas por la extraordinaria importancia que concedía al estudio de las armas de fuego y a otros aspectos técnicos, incluidos por él en la medicina legal. Smith había sacado sus conclusiones científicas sobre los efectos de los disparos a quemarropa, efectos que desaparecían con cierta rapidez y que resultaban cada vez más difíciles de descubrir. Se le ocurrió hacer disparos con las mismas armas y municiones del crimen, sobre pedazos de piel humana, puestos a su disposición en cantidad suficiente por la Clínica Quirúrgica de El Cairo. Los efectos

causados por estos disparos comparativos desde varias distancias permitían determinar—incluso en armas modernas—si el disparo había sido hecho a quemarropa o a distancia, y si se trataba o no de suicidio. Sin embargo, la experiencia había enseñado a Smith que tales comparaciones eran seguras sólo si se usaba la misma arma del crimen, e incluso la misma munición. Cuando el arma en cuestión era un revólver de tambor, Smith llegaba a recomendar que el proyectil se colocara en la misma recámara que ocupó al ser disparado por el asesino o suicida. Por increíble que pareciera, en cualquier arma, una carga anterior o posterior producía en el blanco una huella distinta, incluso cuando se usaba la misma munición.

Smith preguntó a Littlejohn si tenía el arma de la que procedía el proyectil hallado en la cabeza de Bertha Merrett y si había cartuchos en el depósito o los poseía Donald Merrett. Littlejohn afirmó.

Inmediatamente, Smith declaró: «Yo creo que se trata de un asesinato. ¿Por qué no hace usted unas pruebas con el arma del crimen? Compruebe si los disparos hechos a corta distancia dejan alguna huella en la piel».

Smith regresó a El Cairo. Littlejohn, tras breves vacilaciones, se decidió a seguir su consejo. El 6 de agosto empezó a hacer los disparos de prueba en su Instituto. El revólver de Merrett era un arma muy barata, de fabricación española. Los cartuchos llevaban la inscripción *Eleys Smokeless Cartridges*. Primero, Littlejohn disparó sobre papel blanco mojado desde las siguientes distancias: 1 ½, 2 ¼, 5, 7 ½, 15, 22 ½ y 30 cm. Entre 1 ½ y 7 ½ cm, el proyectil causaba grandes ennegrecimientos por el humo de la pólvora, y salpicaduras más o menos numerosas en la piel, debidas a las partículas de pólvora. Sólo a los 22 ½ cm empezaban a debilitarse las huellas. La munición se vendía como «carente de humos», pero en modo alguno pertenecía al tipo del moderno cartucho de sinóxido. Además, las huellas eran perfectamente reconocibles a simple vista. Littlejohn recordaba que los doctores Holcombe y Bell habían limpiado la herida de Bertha Merrett. Por ello limpió también cuidadosamente el papel usado en la prueba. El resultado fue que desapareció una parte del ennegrecimiento y la impregnación de pólvora. Sin embargo, otra parte quedaba perfectamente visible, y sólo desaparecía después de varios días de manipulaciones, repetidas

incansablemente. Las huellas que producía el revólver de Donald Merrett al ser disparado a quemarropa no eran tan fáciles de quitar. Littlejohn dedujo que, de haber existido tales huellas, habrían sido mencionadas por dos médicos tan expertos en suicidios como Holcombe y Bell.

El 18 de agosto, Littlejohn comunicó al Procurador-fiscal los resultados de sus experimentos, y admitió que el problema no había sido estudiado a fondo en abril. Expuso su convencimiento de que en ningún caso podía aceptarse la idea del suicidio. No quedaba otra posibilidad: se trataba de un asesinato. Donald Merrett asesinó a su madre mientras ésta, inclinada sobre la mesa, escribía su última carta. Sus palabras: «No molestes», podían explicarse por el hecho de que Donald se acercó desde un lado y se puso tras ella para disparar. También tenía fácil explicación la trayectoria del proyectil, que iba hacia arriba.

Horn intuyó que ningún abogado defensor resistiría la tentación de poner en duda el cambio de opinión de Littlejohn. Por ello preguntó al forense si tenía algún inconveniente en aceptar el dictamen de otro especialista. Horn pensaba en John Glaister, catedrático de medicina forense en la Universidad de Glasgow. Littlejohn adivinó los pensamientos del fiscal, lo cual intensificó el sentimiento de amargura por su fracaso. Al igual que Smith, Glaister pertenecía a la joven generación, en cuyo éxito veía Littlejohn su propio declive. Sin embargo, aceptó. Tras largos preparativos, Glaister llegó a Edimburgo el 8 de diciembre. Él y Littlejohn repitieron los experimentos del 6 de agosto. Esta vez, además de papel, utilizaron piel fresca de un muslo humano acabado de amputar en la clínica quirúrgica de la Universidad. Las pruebas dieron los mismos resultados que en agosto, más convincentes aún, si cabía. Se demostró que era completamente imposible hacer desaparecer las huellas de pólvora en la piel humana. El 10 de diciembre, Glaister envió su informe al Procurador-fiscal. El 13 de enero fue seguido por el dictamen final de Littlejohn. Su mal humor le había hecho esperar de Horn una nueva citación antes del informe final.

Mientras trabajaba en su informe, Littlejohn supo que el defensor de Donald Merrett, Craigie Aitchison, había logrado el concurso de Sir Bernard Spilsbury como especialista de la defensa. El legendario personaje, que en Inglaterra actuaba sólo como patólogo de la acusación, tenía libertad para actuar en

Escocia con la defensa. Si lo hacía en el presente caso, era sin duda porque estaba resuelto a contradecir a Littlejohn con todo el peso de su personalidad. ¡Qué perspectiva para el hombre de Edimburgo, enfermo, asaltado por toda clase de dudas sobre su capacidad, pero convencido de la verdad de su causa! Tenía que hacer frente al más peligroso enemigo de toda su carrera; quizá fuera el último combate de su vida.

El proceso contra Donald Merrett se inició el 1 de febrero de 1927 ante el Alto Tribunal del *Parliament Square*, en Edimburgo, con Lord Alness como juez y un jurado compuesto por seis mujeres y nueve hombres. Cuando Donald Merrett compareció en el banquillo —bien parecido, alto, ancho de espaldas y muy desarrollado para su edad—, parecía tan frío e indiferente como si no estuviera en juego su vida. Del día 1 al 3 fueron declarando los testigos de la acusación, desde el inspector Fleming hasta los doctores Holcombe y Bell, pasando por Eliza Penn. Las declaraciones de Fleming fueron todo lo contrario a una ayuda para el acusador. En cambio, los testimonios de Bertha Hill, Eliza Penn y los doctores Bell y Holcombe tuvieron un peso indudable. Aitchison sabía muy bien por qué usaba todas sus fuerzas para hacer tambalear las declaraciones de aquellos testigos. Dominaba todos los registros del interrogatorio, desde la pregunta amable hasta la más brutal intimidación. Obstinado e implacable, luchó por destruir los testimonios de Bell y Holcombe sobre el aspecto de la herida. Pero los dos médicos se mantuvieron firmes. Naturalmente, admitieron que no eran forenses, aunque sí cirujanos. Ningún forense experto en heridas producidas por armas de fuego había visto la herida en los primeros días. Pero esto no era culpa de los dos médicos, sino de la policía, que había actuado con negligencia al no hacerse acompañar al lugar del crimen por un médico legal. Ambos doctores declararon que la herida había sangrado y que ellos la limpiaron. No obstante, manifestaron que no había señales de un disparo a quemarropa. Era imposible que, de haber existido, se les escaparan dichas señales. En este punto, Aitchison tenía que ceder.

El 3 de febrero de 1927 llegó el momento decisivo. Littlejohn compareció como principal testigo de la acusación. Era evidente que estaba sufriendo. Pero a las pocas preguntas, todo el mundo vio que estaba resuelto a concentrar sus últimas fuerzas para

defender con decisión sus convicciones. Punto por punto, explicó cómo había efectuado sus pruebas y cuáles habían sido los resultados.

Aitchison tomó nota de todas sus palabras. Ante el defensor se amontonaban libros de medicina forense, entre ellos, el volumen ilustrado del propio Littlejohn, *Forensic Medicine*, y la obra de Sydney Smith, *Forensic Medicine and Toxicology*. Aitchison había estudiado la difícil materia para preparar el terreno cuando apareciera Bernard Spilsbury.

Así, pues, se dispuso a interrogar a Littlejohn. Preguntó: ¿No era cierto que Littlejohn había escrito un prólogo para el libro de Sidney Smith?

En efecto, era cierto.

En tal caso, era evidente que Littlejohn consideraba muy valioso el libro y aceptado en sus manifestaciones científicas. Naturalmente.

Entonces, declaró Aitchison, él leería un pasaje de dicha obra, que recogía los más recientes descubrimientos en la materia. Y leyó: «El investigador debe tener en cuenta que la munición de las armas automáticas contiene siempre pólvora no productora de humos, y que, en casos de suicidio con dichas armas, es corriente la falta de quemaduras y ennegrecimiento».

Littlejohn no tuvo dificultad alguna en rechazar este primer ataque. Propuso al abogado que siguiera leyendo hasta llegar a unas frases que se hallaban algo más adelante. En ellas, Sydney Smith observaba que, fuese como fuese, no se podía dar regla alguna, y que en cada caso era preciso efectuar experimentos con el arma del crimen. El, Littlejohn, había llevado a cabo dichos experimentos, de los cuales sacó la conclusión de que la pólvora contenida en la munición de Merrett dejaba clarísimas huellas de humo, pese a tratarse de pólvora «sin humos».

Aitchison volvió a probar suerte con otra cita. Pero Littlejohn, cuyo pálido rostro iba adquiriendo vivos colores, le hizo observar que estaba manejando manuales anticuados. Ninguno de los autores había descubierto que la munición «sin humos» fuera siempre munición «sin humos». Lo decisivo era y seguía siendo la prueba práctica.

Aitchison intentó otro procedimiento. Declaró: Si admitimos que la pólvora sin humo puede dejar huellas, ¿qué ocurre con la resistencia de estas huellas al lavado? Littlejohn le per-

mitiría, sin duda, citar su propio libro, *Forensic Medicine*, aparecido en 1925. Seguramente no contradiría lo que él mismo había escrito.

Naturalmente, Littlejohn no negaría sus propias palabras.

Bien, siguió Aitchison; en la página 120, Littlejohn mostraba unas fotografías que representaban impactos de armas de fuego en un caso de suicidio, antes y después de ser lavados. Al pie de las fotografías, el autor había escrito: «Las huellas del humo producido por la pólvora pueden lavarse con una esponja». ¿Estaba de acuerdo Littlejohn con estas palabras?

En efecto, Littlejohn estaba de acuerdo. Pero también en este caso propuso a Aitchison que siguiera leyendo y que no se saltara nada de lo que figuraba en el libro. En la misma página se decía que el humo podía ser lavado, pero no las partículas de pólvora que salpicaban la piel. Pidió al defensor que examinara con una lupa la fotografía de la página 120. Él mismo podría descubrir con facilidad las partículas de pólvora.

Aitchison luchaba encarnizadamente para arrancar a Littlejohn la confesión de que a veces era posible hacer desaparecer las huellas producidas por disparos a quemarropa. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Con la paciencia de un profesor minucioso, Littlejohn repitió que el humo podía ser lavado, pero que las manchas producidas por las esquilas de pólvora no podían desaparecer. Éste era el caso del asesinato en cuestión. Los experimentos habían demostrado que existía humo susceptible de ser lavado, pero que alrededor de la herida había también una zona ennegrecida que jamás podía eliminarse del todo. Como si supiera lo que vendría después al enfrentarse con Spilsbury, Littlejohn repitió, con una insistencia inconvencible, que lo importante era el experimento, y que el elemento decisivo en dicho experimento era el uso de la misma arma y la misma munición. Cualquiera otro experimento carecía de valor.

Finalmente, Aitchison cedió.

Glaister no tuvo más que subrayar las palabras de Littlejohn. Todo dependía, pues, de lo que dijera Spilsbury y de que el jurado de Edimburgo se dejara o no arrastrar por la sugestión de su nombre.

El 7 de febrero, después de haber expuesto la acusación, durante varios días, las estafas y el despilfarro de Donald Merrett, ocupó el estrado de los testigos Bernard Spilsbury.

Habían pasado cinco años desde que Spilsbury recibió el título nobiliario. Ahora tenía 50 años, y representaba siempre el papel de un ser infalible al que los jurados creían a pies juntillas. Desde 1922 había incrementado sus conocimientos y su experiencia con otras cinco mil autopsias. No obstante, en 1925 sufrió una especie de crisis.

En diciembre de 1924, una mecanógrafa, Elsie Cameron, de 23 años, había desaparecido sin dejar rastro. Lo único que se sabía era que quería visitar a su novio, un tal Norman Thorne, el cual tenía una granja muy pobre en Crowborough, Sussex. Negó que hubiese visto a Elsie. Sin embargo, unas semanas después, el cuerpo de la muchacha fue hallado en el terreno que rodeaba a la granja. Faltaban los brazos y las piernas. Thorne confesó entonces que había descuartizado y enterrado el cadáver de Elsie, que había ido a verlo para obligarlo a casarse con ella. Él había rechazado. Elsie se había quedado sola en la granja mientras él iba a ver a otra muchacha. Al regresar, Thorne encontró a Elsie ahorcada en una viga. Por miedo a que lo acusaran de la muerte, el joven había enterrado el cadáver.

Spilsbury examinó los restos y descubrió una serie de heridas. En el cuello había algunas arrugas naturales, pero no se observaba ningún síntoma de que la muchacha hubiese sido ahorcada o se hubiese ahorcado. La situación le pareció tan evidente, que no realizó ninguna investigación microscópica ni hizo incisión alguna en las arrugas del cuello. Su conclusión fue la siguiente: la muchacha había sido golpeada y murió a consecuencia de un shock. Thorne mentía al afirmar que la víctima se había ahorcado. Curtis Bennett, defensor de Thorne, movilizó a otros patólogos, entre ellos, a Robert Bronté —irlandés que llevaba mucho tiempo trabajando como patólogo forense para su gobierno— y a David Nabarro, patólogo del Great Ormond-street Hospital de Londres.

A mediados de febrero, cuatro semanas después de Spilsbury, efectuaron una segunda autopsia, hicieron preparaciones microscópicas con la piel del cuello y declararon que los resultados histológicos revelaban la presencia de contusiones atribuidas a muerte por ahorcamiento. No discutieron que las restantes heridas fueron producidas mientras Elsie Cameron aún vivía; en cambio, negaban que dichas heridas le hubiesen causado la muerte. En su opinión, la muchacha había intentado

ahorcarse para conmovier la conciencia de Thorne; éste la despolgaría moribunda y arrastraría el cuerpo hasta la cama. Esta operación causaría las heridas.

Spilsbury hizo nuevas comprobaciones microscópicas y declaró ante el tribunal que la investigación de la región del cuello resultaba completamente inútil, considerando el tiempo que había transcurrido desde la muerte. Sus incisiones demostraban que el gran contenido de agua en la tumba de Elsie Cameron había eliminado todo resto de sangre de las células. Aseguró que Bronté y Nabarro habían confundido restos de glándulas cutáneas con hematomas.

Quizá tuviera razón Spilsbury. Lo que lo distinguía de Bronté era su mayor minuciosidad; de Nabarro lo separaban sus conocimientos especializados sobre patología forense. Reconocía las transformaciones celulares en cadáveres que llevaban meses bajo tierra. En cambio, la experiencia de la patología general se basaba casi exclusivamente en la disección de muertos recientes. La opinión de Spilsbury venía apoyada por las investigaciones especiales que los médicos forenses realizaban por aquellos años. Estudiaban el tipo de heridas que los ahorcados se producían a sí mismos al luchar por su vida, así como las contusiones surgidas cuando se cortaba la cuerda sin el debido cuidado. También se habían investigado las huellas de las cuerdas o sogas en las vigas. En las de la cabaña de Thorne no había ninguna huella. Sin embargo, existía un hecho innegable: Spilsbury confió en que nadie discutiría su distamen, formulado a simple vista, y olvidó efectuar incisiones microscópicas en la primera autopsia.

En el proceso de Thorne, el juez, casi rutinariamente, explicó a los jurados que la opinión de Spilsbury era, sin duda, la mejor. El jurado declaró culpable al acusado, y Thorne fue ahorcado. Sin embargo, antes del veredicto se produjo por primera vez una especie de indignación pública contra el papel preponderante adquirido por Spilsbury. El propio defensor, antes de la sentencia, gritó al jurado: «¿Acaso, cuando han oído ustedes al gran Sir Bernard Spilsbury, han esperado que se formularan otras opiniones? ¡Cuántas tragedias son posibles cuando un veredicto se basa en la infalibilidad o en la posibilidad de error de un solo hombre...! Podemos reconocer la importancia de un hombre en su especialidad, pero de aquí a creer que lo que dice

no admite el menor margen de error, media un largo trecho...» En este clima de indignación pública contra el monopolio de Spilsbury, aparecieron artículos como el publicado por el «Law Journal»: «Thorne puede creer, con razón, que ha sido condenado por un tribunal que ha aceptado las opiniones del hombre más famoso».

Pese a esta experiencia, cuando Spilsbury llegó a Edimburgo, estaba muy lejos de dudar de sí mismo. Se presentó al tribunal más seguro y con más aplomo que nunca. Los ojos de todos los miembros del jurado estaban fijos en él cuando subió al estrado de los testigos con su cara fresca, su expresión resuelta y el inevitable clavel en el ojal. ¡Aquél era el famoso Spilsbury! ¡Aquella era su voz, sus palabras, comprensibles para todo el mundo!

Spilsbury conocía los experimentos de Edimburgo y había realizado otras pruebas por su cuenta. Para ello se había puesto en contacto con un armero londinense, Robert Churchill, de fama internacional. Spilsbury comenzó a hablar: «Nuestros experimentos han sido efectuados con una pistola automática que, en lo posible, era semejante al arma usada en el presente caso. Posémos una descripción de la misma y escogimos un arma con un cañón de idéntica longitud y calibre. También hemos empleado cartuchos iguales —siempre dentro de lo posible—, a los que, según la descripción, se utilizaron en el caso que nos ocupa».

La mayor parte de los presentes estaban tan sugestionados por la legendaria figura de Spilsbury, que sólo unos pocos comprendieron que, ya en sus primeras frases, el célebre forense pronunciaba la sentencia de muerte sobre el valor de sus experimentos: el arma usada por él tenía tan sólo una vaga semejanza con el arma de Merrett; por tanto, no servía para el experimento. Y lo mismo podía decirse de la munición. ¿Pero quién sabía semejante cosa? Todo el mundo escuchaba embaleado la descripción de un experimento cuyos resultados eran totalmente opuestos a los de Littlejohn.

Spilsbury y Churchill habían disparado también sobre papel y sobre piel humana; el resultado fue una débil capa de humos y partículas, que se podía limpiar fácilmente sin que se reconociera después a simple vista. Así, pues, según Spilsbury, una intensa hemorragia y el lavado de la herida bastaron para pro-

vocar la desaparición total de huellas en el caso Merrett. La huella, casi invisible, existente alrededor de la herida producida por el suicidio de Bertha Merrett, pudo borrarse incluso durante el traslado de la mujer a la clínica.

Spilsbury declaró, además que no sólo se había fiado de sus experimentos londinenses, sino que había efectuado otros en Edimburgo con el arma de Merrett; desde luego, la munición utilizada no era la misma, sino los cartuchos que había traído de Londres, y, además, había disparado sólo sobre papel, no sobre piel humana. Cualquier espectador atento hubo de alarmarse necesariamente cuando Spilsbury declaró que los experimentos de Edimburgo habían producido un «ennegrecimiento mucho mayor» que los de Londres. El simple uso del arma original (sin la munición original) había bastado para conducir a unos resultados muy distintos.

Aitchison preguntó: «Entre los experimentos de Londres y Edimburgo, ¿se ha dado alguna diferencia respecto a la facilidad para hacer desaparecer las huellas?», y la respuesta de Spilsbury fue: «Yo diría que no». Y a la pregunta de Aitchison: «¿Diría usted, por tanto, que los experimentos de Edimburgo confirman las conclusiones de los de Londres?», respondió el médico: «No han cambiado mis conclusiones finales».

El acusador prosiguió: los experimentos de Spilsbury sobre piel humana habían sido realizados con un arma y una munición londinense, en tanto que Littlejohn usó el arma y las municiones originales.

Spilsbury asintió.

El acusador preguntó a Spilsbury si no prefería tomar como base de un juicio los experimentos de Littlejohn. Spilsbury respondió sin vacilar: «No». Lo único que pudo arrancarle el acusador fue la afirmación de que los resultados de Edimburgo podían tomarse en consideración junto con los suyos.

Pero esta manifestación no tenía importancia para el jurado. Sus miembros estaban dispuestos a basar su veredicto en la declaración de Spilsbury, considerado por todos como la máxima autoridad. Aitchison se dio cuenta de ello. «No necesito recordarles —les dijo—, que en este caso hemos contado con la gran ayuda que supone la experiencia de Sir Bernard Spilsbury. No discutiré que los profesores Littlejohn y Glaister son hombres importantes. Pero no vacilo en declarar que ni en Gran

Bretaña, ni en toda Europa, la medicina forense cuenta con un nombre que pueda ponerse a la altura del de Sir Bernard Spilsbury. Ante las pruebas médicas, veo que todo habla en favor del acusado».

El 8 de febrero, el jurado declaró que Donald Merrett era culpable de falsificación de cheques. La acusación de asesinato fue rechazada por «falta de pruebas».

Cuando Sydney Smith, en El Cairo, se enteró de cómo había acabado el asunto, dijo: «Ya oiremos hablar del joven Merrett...». Pero Littlejohn no tendría ocasión de oír nada más sobre el joven Donald. Murió pocos meses después, en agosto de 1927. Sydney Smith dejó su cátedra de El Cairo para ocupar el puesto vacante en Edimburgo. Tampoco Spilsbury vivía cuando los acontecimientos dieron la razón a Littlejohn y lo desmintieron a él. El 19 de diciembre de 1947, a los 70 años de edad, fue encontrado muerto en su laboratorio del London University College. Tras otros veinte años de trabajo incansable, después de 25 000 autopsias y un inculcable tesoro de experiencias que él, eminentemente práctico, no consiguió reunir en ningún manual, Spilsbury se quitó la vida con gas de monóxido carbónico. Abatido por desgracias familiares y después de dos ataques de apoplejía, que mermaron sus facultades, Spilsbury escogió el suicidio.

Siete años después, el 16 de febrero de 1954, en un bosque cercano a la ciudad de Colonia, apareció el cadáver de un hombre que había llegado a Alemania con las tropas británicas de ocupación. Se había valido de su posición militar para encubrir una serie de negocios turbios. Sus amigos lo conocían con el nombre de «Ronald Chesney». En realidad se trataba de Donald Merrett. Después de su primera condena por falsificación de cheques, vióse en posesión de una herencia de 50 000 libras, que le dejó uno de sus abuelos, y adoptó el nombre de Chesney. Una muchacha de 17 años no supo resistir a los atractivos de Donald, se casó con él, y éste tuvo la inteligencia (o la estupidez) de asegurarle 8400 libras para su uso personal. En pocos años, Chesney gastó el resto de su fortuna. Después vivió del chantaje, el robo y la estafa. Pasó varias temporadas en la cárcel. Durante la guerra se introdujo en la Marina británica y tuvo a su mando un buque, que utilizaba para operaciones de contrabando. En 1950, cuando se acabó en Alemania la época

de los negocios turbios, recordó la fortuna que había dejado a su mujer. Hacía muchos años que se había separado de él y tenía una residencia de ancianos en Ealing, que regentaba junto con su madre. En febrero de 1954, Merrett-Chesney decidió asesinar a su esposa y apoderarse de su dinero. Obtuvo un pasaporte con nombre falso y utilizó el auténtico para visitar a su mujer. Luego regresó a Alemania, y a la noche siguiente volvió a partir en avión para Inglaterra, usando esta vez el pasaporte falso. En secreto, se encaminó a la residencia de ancianos y ahogó a su esposa en una bañera. Después, contra lo que esperaba, tropezó con su suegra, a la que también dio muerte después de una lucha violenta. Lleno de manchas de sangre y con heridas en los brazos, regresó a Colonia. Pero los vecinos de la residencia de ancianos habían visto a un hombre corpulento, y a los pocos días, Scotland Yard estaba sobre su pista.

Al darse cuenta de que esta vez no conseguiría escapar a la justicia, decidió suicidarse, después de confesar a sus amigos que era Donald Merrett y que hacía más de veinticinco años asesinó a su madre en Edimburgo.

En 1927, nadie podía prever semejante final; de ahí que el caso Merrett tuviera enormes repercusiones en la medicina forense. El problema de las heridas de bala fue estudiado más a fondo y se reunieron nuevos conocimientos. En 1912, cuando Julius Krater escribió en Graz su *Lehrbuch der gerichtlichen Medizin*, la descripción de las heridas producidas por armas de fuego ocupaba seis páginas (de las 600 que tenía el libro). Unos cincuenta años más tarde era imposible reunir todos los conocimientos adquiridos, si no se dedicaba a ello todo un libro. Eran numerosísimos los estudios sobre todos los efectos posibles de las heridas de bala en la vida del hombre. Antes se había descubierto ya que los tiros en el corazón y en determinados sectores de la cabeza, pulmones y vientre, así como las lesiones producidas en los grandes vasos sanguíneos, resultaban siempre mortales; posteriormente, la investigación del sistema nervioso había descubierto que incluso los disparos que rozaban el cuerpo podían causar la muerte por shock, al afectar el sistema nervioso vegetativo. Se hicieron estudios sobre la asombrosa resistencia y capacidad de movimiento de algunos heridos graves y sobre las trayectorias de los proyectiles, utilizando para ello los rayos X. Se comprobó que dichas trayectorias no siempre

eran rectas, sino que muchas veces sufrían desviaciones en el interior del cuerpo. Quedaba ya muy atrás la época en que, a simple vista o con el microscopio, se estudiaban sólo las huellas externas en los orificios de entrada y salida, los disparos a quemarropa o a distancia. Estas investigaciones se acompañaban siempre por análisis espectroscópicos, químicos y bioquímicos. Los franceses Ivanov, Hérissel, Hausser, Grillon y Piédelièvre; los alemanes Mueller, Elbel, Schoentag y Krauland, y los rusos Molchanov y Skopun, dedicaron decenas de años a estos estudios especiales. En el orificio de entrada, donde antes se veía sólo el *anillo de excoriaciones*, los nuevos métodos ayudaron a descubrir otro «anillo», el *anillo de suciedad*. Su origen era la suciedad y la grasa que la bala recogía al pasar por el cañón del arma, y que dejaba en la piel humana o en los vestidos. La fotografía con retardador permitió descubrir el proceso de la formación de humos y la trayectoria que éstos seguían al salir del arma. Las reacciones químicas hicieron posible deducir exactamente si un disparo había sido hecho a quemarropa o a distancia: la antigua pólvora negra contenía azufre y salitre, y las pólvoras sin humos, nitratos; en las municiones modernas, que casi no dejaban huellas, había plomo. Los médicos forenses aprendieron a descubrir las más pequeñas partículas de todas estas materias en las heridas, y no sólo su presencia, sino su cantidad. Su mayor o menor concentración permitía deducir la distancia a que se había hecho el disparo. A semejanza de los estudios sobre la muerte por estrangulamiento o ahogo, la investigación sobre las heridas de bala siguió una evolución que pasaba de la tosca observación macroscópica a los análisis físicoquímicos más minuciosos y exactos.

21

En el transcurso de su historia, la medicina forense tuvo sus momentos culminantes en varios países. Hacia finales de 1929, Alemania volvió a ocupar un primer plano. El principal representante de este nuevo desarrollo fue Richard Kockel; treinta años después de sus modestos comienzos en Leipzig, se había convertido ya en la figura más relevante y progresiva de la medicina forense germana.

Lo que el caso Merrett había enseñado a todos —la necesidad de que la investigación policiaca y médica actuasen de acuerdo y colaboraran en el mismo lugar del delito— fue defendido por Kockel con la misma insistencia que la necesidad de incluir en la medicina forense otros conocimientos técnico-científicos, útiles para la investigación criminal. El hecho de poseer unas facultades técnicas excepcionales, indujo probablemente a Kockel a superar los límites de la Medicina como tal. Los nuevos métodos técnicos de la medicina legal iban desde la investigación de las armas de fuego hasta la comparación de escritos y de fibras textiles, pasando por la inspección de motas de polvo y huellas biológicas de todo tipo. Del mismo modo que en Austria-Hungría se había dado ya una cierta rivalidad entre la medicina legal estrictamente patológica y una forma más enciclopédica de la misma —con la Toxicología y la Psiquiatría—, así también Kockel luchó por una medicina forense moderna que se sirviera de los más variados recursos técnicos y científicos para esclarecer los delitos. Kockel tenía enemigos que trataban de mantener la medicina legal dentro de sus límites tradicionales. Pero también contaba con numerosos partidarios. Y podía estar seguro de que el futuro inmediato le pertenecía, aunque después los métodos científicos adquirieran tal importancia, que dieran origen a la formación de otras especializaciones independientes. Sin embargo, tal evolución no era aún previsible.

En cuanto a la colaboración directa con la policía, en la XVI Asamblea de la Sociedad Alemana de Medicina Legal y Social —celebrada en Graz en septiembre de 1927—, Kockel declaró: «Ustedes saben que la influencia de la policía en todos los problemas relacionados con el Derecho penal, está experimentando un rápido auge. La policía se ha convertido en un factor que hemos de tener en cuenta... Considero necesario llegar a un acuerdo formal con la policía de lo criminal, a fin de asegurar nuestra participación regular en algo tan fundamental para nosotros como la investigación previa sobre el cuerpo del delito...». Hombres de la tenacidad y clarividencia de Kockel fueron quienes, en los años treinta, convirtieron la «medicina legal sobre el lugar y el cuerpo del delito» en algo natural e imprescindible para toda investigación criminal. Uno de estos hombres fue el forense berlinés Kurt Strauch, el cual logró convencer al consejero de la policía criminal, Ernst Gennat

—hombre que pesaba casi 150 kg y que fue la figura más popular en los medios policiales de entreguerras— de que la medicina legal no sólo tenía su campo de acción en los depósitos de cadáveres y laboratorios, sino «en el frente». Aunque el profesor Strauch odiaba las batas blancas y trabajaba —como Spilsbury— con chaquetas viejas e instrumentos toscos, es evidente que logró familiarizar a los más simples funcionarios de la policía berlinese con el mundo de la medicina forense. Lo mismo podemos afirmar del joven Waldemar Weimann, más preparado científicamente; en 1930 —época en que la policía de Berlín, como las de París y Londres, contó con grandes personalidades en el campo de la criminalística—, Weimann logró que en los camiones de la comisión investigadora berlinese se incluyera una maleta con todos los instrumentos que podía necesitar un forense para una investigación sobre el lugar o el cuerpo del delito. En esta medida se adivina el espíritu de Kockel.

En este ambiente se desarrolló un episodio que tuvo sus principios el 30 de noviembre de 1929, en el Instituto forense de la Universidad de Leipzig. Al mediodía se presentó un agente de la gran compañía de seguros alemana Nordstern, que pidió a Kockel una entrevista sobre un asunto íntimo y muy urgente. En la capilla del cementerio meridional de Leipzig se hallaba el cadáver de un hombre que sería enterrado una hora después. Las señas personales del difunto en cuestión eran: Erich Tetzner, comerciante de Leipzig, nacido en 1903. Según datos de la policía y del fiscal general de Regensburg, el 27 de noviembre, Tetzner se había estrellado contra un poste señalakilómetros de la carretera 8, cuando hacía un viaje de negocios en su Opel de color verde. El coche se había incendiado, y el cuerpo, irrecogible, de Tetzner, fue extraído de su asiento completamente carbonizado. El ministerio público de Regensburg concedió la autorización para que el cadáver fuese enterrado.

Éstos eran los antecedentes del caso.

Para la compañía de seguros, el problema consistía en que Tetzner no sólo tenía suscrito un seguro de accidente en la Nordstern, sino en otras dos compañías: la Vateländische y la Allianz. Además, todos los seguros eran de 145 000 marcos, una suma insólita para su situación económica. Las pólizas habían entrado en vigor pocas semanas antes. La viuda, Emma

Tetzner, nacida Georgi, envió las correspondientes solicitudes para percibir las sumas que le correspondían, inmediatamente después de la muerte de su marido. Todas estas circunstancias tenían que despertar necesariamente la desconfianza de cualquier compañía de seguros. El agente explicó que Tetzner sufriría del corazón, y que la causa de la muerte podía haber sido un ataque cardíaco. También cabía pensar en un suicidio. La viuda, tras violentas discusiones, había dado su autorización para que se efectuase una autopsia. Así, pues, en nombre de la compañía Nordstern, el agente solicitó de Kockel que se encargase de la misma. No existía ya posibilidad alguna de trasladar el cadáver al instituto de Kockel. La autopsia debía hacerse en el cementerio.

Como la mayoría de los forenses, Kockel se había ido acostumbrando a lo macabro. Accedió, pues, a lo que le pedían, y pese a lo intempestivo de la hora. En pleno mediodía, se dispuso a acompañar a su visitante al cementerio. En el ataúd —según escribió más tarde— yacía «un cuerpo carbonizado, al que sólo se mantenían unidos el raquis cervical, la base del cráneo, la mitad superior de ambos muslos, la articulación inferior del muslo derecho y parte de los brazos. Junto al cuerpo había también un pedazo de cerebro, que tenía aproximadamente el tamaño de un puño... A pesar de que las perspectivas de la autopsia eran prácticamente nulas, el forense procedió a la disección del cadáver. En principio era fácil demostrar que se trataba de un hombre. La uretra masculina aparecía carbonizada, pero bien conservada. No se podía observar el pelo, porque faltaba la parte de la cabeza que lo contenía».

El pedazo de cerebro se hallaba en un estado de perfecta conservación, sin que Kockel pudiera explicarse la causa. En la cavidad bucal, laringe y partes conservadas de los conductos respiratorios, no había la menor señal de hollín procedente del fuego. El corazón contenía poca sangre viscosa. El lóbulo inferior del pulmón derecho estaba bien conservado. Kockel puso el lóbulo y la sangre del corazón en una botella y la metió en su bolsillo. Al examinar los huesos conservados vaciló, perplejo. Eran tan débiles y recordaban tanto la estructura ósea femenina, que casi se podía dudar de que se tratara de un esqueleto masculino. La sorpresa de Kockel aumentó al serrar la articulación del brazo izquierdo, muy bien conservado. Reconoció

claramente los restos de un cartilago que sólo existe en las articulaciones de los huesos largos de los adolescentes ya que desaparece hacia los 20 o, como máximo, a los 22 ó 23 años. Kockel volvió a preguntar a su acompañante la edad de Tetzner. «Veintiséis años», fue la respuesta.

¿Y cuál era su estatura?

El agente de seguros consultó sus actas y respondió: «Muy robusto, un metro setenta de estatura, ancho de espaldas, algo rechoncho y pesado».

En el atrio de la capilla sonaban ya las voces del cortejo fúnebre, cuando Kockel salió por la puerta trasera. Al abandonar el cementerio, recordó un caso que desde agosto de 1928 venía preocupando no sólo a la policía de Fulda, sino al profesor Ernst Giese, director del Instituto forense de Jena. El 1 de enero de 1928, el comerciante Heinrich Alberding, de 32 años, se despedía de su mujer para asistir a una función teatral en Francfort. Desde entonces se desconocía su paradero. A principios de febrero, la policía de Fulda recibió una carta fechada en Regensburg el día 7 del mismo mes. El remitente era Alberding. Afirmaba que había arrojado la carta por una ventana, con la esperanza de que alguien la recogiera y le diera curso. Se encontraba en poder de dos comerciantes rivales; él, Alberding, había descubierto que se dedicaban al tráfico de drogas. Mientras se dirigía a Francfort lo habían narcotizado y secuestrado. Por si alguna vez aparecía su cadáver, Alberding advertía que se registrara el forro de la manga derecha de su chaqueta. Tal vez pudiera esconder otras explicaciones en ella. Siete meses después, el 23 de agosto de 1928, fue encontrado un esqueleto entre una espesura de Wittmannsgereuther Wald, cerca de Salfeld. En la cabeza había un orificio causado por un proyectil. Los pies estaban cortados, y la ropa, chamuscada. En el anular derecho había un anillo de boda con la inscripción M. T. 1920; en el bolsillo del chaleco apareció un reloj con el nombre: H. Alberding, Fulda. En el forro de la manga derecha de la chaqueta se encontró una carta chamuscada, escrita con la caligrafía de Alberding. Contenía las frases siguientes: «Tengo que prepararme para mi último viaje. En el caso de que ocurriera lo peor, se ruega a quien me encuentre que informe en seguida a la policía de Fulda. Mi dirección es: Heinrich Alberding, Fulda, Markstrasse 24».

La viuda, al enterarse de la muerte de su marido, reclamó el pago de dos seguros de vida por valor de 60 000 marcos. Presentó las dos pólizas correspondientes, las cuales no habían entrado en vigor hasta el pasado mes de septiembre. Entretanto, el profesor Giese examinaba los restos del cadáver en su instituto de Jena. El estado de la columna vertebral lo llevó a la conclusión de que el muerto no podía, en ningún caso, tener 32 años, sino que oscilaría entre los 20 y los 22. Al mismo tiempo, el anatomista de Gotinga, profesor Stadtmüller, valiéndose de un procedimiento nuevo, demostró que el cadáver no podía pertenecer a Alberding: utilizó fotografías de éste en vida para efectuar dibujos del cráneo a tamaño natural y sobre papel transparente. Hizo lo mismo con el cráneo del cadáver y comparó los dos dibujos. Las diferencias entre las siluetas de los dos cráneos constituían una prueba evidente de que el esqueleto no pertenecía a Alberding.

Aunque el comerciante se había esfumado, no cabía duda de que se había cometido un asesinato para engañar a las compañías de seguros.

(En pocas palabras, he aquí cómo acabó el caso: en 1934, Alberding hizo una visita secreta a Fulda y fue descubierto bajo la cama de su dormitorio. En 1935 fue condenado a muerte por asesinato. La víctima no pudo ser identificada.)

En 1929, cuando Kockel recordó el caso Alberding, éste no estaba aún resuelto. Antes de salir del cementerio, preguntó al agente de seguros si tenía el absoluto convencimiento de que el muerto era Erich Tetzner.

El agente quiso saber si Kockel también tenía dudas al respecto.

Kockel respondió que las tenía, pero que no pensaba sacar ninguna conclusión definitiva hasta la tarde.

Por entonces, la medicina forense llevaba ya unos cien años ocupándose en las distintas formas de quemaduras y muerte por quemaduras. Uno de los episodios que más habían llamado la atención general había sido la muerte de la condesa Görnitz, que encontraron quemada, en su casa de Darmstadt, el 13 de junio de 1847. Además de al médico oficial de Hesse, Graff, la extraña muerte había preocupado a científicos tan famosos como el químico Justus Liebig, de Giessen. Hubo largas discusiones sobre la posibilidad de un accidente. Se dijo que, tras consumir

una cantidad excesiva de alcohol, la víctima había acercado una llama a su aliento y esto había provocado el incendio. Tal posibilidad constituía una de las fábulas en las que aún creía la vieja medicina forense. Liebig había rechazado la peregrina idea, pero ni él ni los demás especialistas pudieron demostrar que la condesa había sido estrangulada por su criado y quemada después, con el fin de que desaparecieran las huellas del crimen. Sólo la confesión del asesino permitió esclarecer los hechos.

La terrible muerte por quemaduras de numerosas personas en el incendio del Ringtheater vienés, ocurrido en 1882, dio ocasión a Eduard von Hofmann de estudiar no sólo los posibles métodos de identificación de cadáveres carbonizados, sino también los efectos de las quemaduras en el ser humano. Desde entonces, la medicina forense se había tenido que enfrentar cada vez más con el problema de las quemaduras, tanto en casos de seguros sociales como en el esclarecimiento de crímenes. El número de trabajos sobre la muerte por incendio casual, el asesinato y el llamado *incendio criminal*, utilizado por muchos asesinos para enmascarar su crimen —como en el caso Görnitz—, había ido constantemente en aumento. La ciencia tuvo que ocuparse en el importante problema de distinguir entre el accidente y el asesinato.

En este sentido era muy importante el descubrimiento de que las personas quemadas vivas aspiraban hollín, el cual aparecía después en la laringe, en los conductos respiratorios y en los alvéolos pulmonares. Más decisiva aún fue la comprobación de que también se aspiraba monóxido de carbono, desprendido en toda combustión. Por tanto, las personas que había sido quemadas vivas tenían monóxido carbónico en la sangre.

La enorme cifra de accidentes y suicidios acaecidos desde la introducción del gas del alumbrado —que contiene monóxido de carbono—, había enseñado a la medicina forense a descubrir la presencia del mortífero gas en la sangre de los cadáveres. Entre el monóxido de carbono y la hemoglobina de los glóbulos rojos existía una enorme «fuerza de atracción», mayor aún que la que había entre el colorante de la sangre y el oxígeno, necesario para la vida humana. Por así decirlo, el monóxido de carbono sustituía al oxígeno de la sangre y mataba por asfixia interna, cuando el gas producía sus efectos venenosos durante el tiempo suficiente. En esta particularidad había basado la

medicina forense su método para reconocer el monóxido de carbono en la sangre: el color rojo era mucho más persistente en la sangre impregnada de monóxido de carbono que en la sangre oxigenada. Cuando la sangre se exponía a la acción de determinados productos químicos, si contenía oxígeno, adquiría rápidamente un color pardo. En cambio, la sangre que contenía monóxido de carbono conservaba su color rojo.

Sin embargo, era mucho más importante el análisis espectral que la prueba química. La hemoglobina oxigenada y la que contenía monóxido de carbono formaban al espectroscopio líneas claramente diferenciadas. Si ambas muestras se sometían a determinadas reacciones químicas, las líneas de la sangre oxigenada cambiaban en el espectro; por el contrario, las de la otra sangre permanecían inalteradas. En cualquier caso, el contenido de monóxido de carbono debía rebasar necesariamente el 20 % para que el mortífero gas delatara su presencia en el análisis espectroscópico. En 1921, el austriaco W. Schwarzscher logró descubrir una cantidad inferior de monóxido de carbono en la sangre.

Este tipo de análisis estaba aún en boga cuando, el 30 de noviembre de 1929, a las 3 de la tarde, Kockel entraba en su instituto. Inmediatamente procedió a analizar la sangre del co-razón del supuesto Erich Tetzner, traída en una botella. Utilizó todos los métodos químicos y espectroscópicos. El resultado fue siempre negativo. No había monóxido de carbono. Kockel vio confirmadas sus sospechas de que el cadáver enterrado en el cementerio meridional no pertenecía a Tetzner. Si los conductos respiratorios no tenían hollín ni había monóxido de carbono en la sangre, era evidente que el muerto no respiraba ya cuando el coche se incendió. ¿Se trataba de un segundo caso Alberding? ¿Era posible que Tetzner, el supuesto cadáver, hubiese asesinado a un desconocido y lo hubiera quemado en su coche para hacerse pasar por muerto y cobrar el seguro con ayuda de su esposa?

Kockel intentó comprobar si el supuesto desconocido —al principio, se expresaba aún con grandes precauciones— había sido víctima de violencias antes de arder con el coche. Esto llevó al médico a otro campo de la medicina forense, al que nos hemos referido varias veces. En los años treinta, dicho campo era el centro de la atención de muchos forenses, como

Kurt Walcher, en Alemania; Piédelièvre, en Francia; Kernbach, en Rumania; Balotta y Domenici, en Italia; Orsos, en Hungría, etc. El objetivo de todos ellos consistía en determinar si las lesiones de un cadáver habían sido producidas en vida o después de la muerte. Se trataba de buscar qué era lo que las distinguía. Kockel preparó, para su estudio en el microscopio, fragmentos del lóbulo pulmonar que había traído del cementerio. Al analizarlos, vio que algunos sectores de las más pequeñas arteriolas pulmonares estaban obstruidos por gotas acuosas, de color claro, que tenían forma de salchicha. En otras palabras, descubrió una embolia adiposa; una obstrucción de los vasos sanguíneos —especialmente pulmonares— por grasa procedente del cuerpo. Algunos decenios antes, los cirujanos y patólogos habían observado que cuando se ejercía una violencia sobre el cuerpo humano —aplastamiento de huesos, lesiones en el cráneo, malos tratos e incluso simples intimidaciones—, la grasa de los tejidos podía penetrar en los vasos sanguíneos. La circulación la llevaba al corazón, desde donde pasaba a los pulmones. La consecuencia era una obstrucción de los vasos sanguíneos pulmonares, que en muchos casos podía paralizar la circulación y causar la muerte. Si la circulación era lo bastante fuerte, la sangre llevaba parte de la grasa a otros órganos del cuerpo, principalmente al cerebro y a los riñones. A veces, la embolia adiposa se producía en unos segundos, siempre a causa de algún tipo de violencia externa. Por otra parte, en 1898, el italiano Mario Carrara había observado que, en la muerte por quemaduras, también podía penetrar grasa en los pulmones, llevada por el calor. Sin embargo, la mayoría de los forenses estaban seguros de que estas «irrupciones de grasa» se distinguían perfectamente de las auténticas embolias adiposas, y de que éstas eran siempre el resultado de violencias ejercidas sobre una persona. Así, pues, Kockel llegó a la conclusión de que el cadáver del cementerio meridional pertenecía a un hombre asesinado antes de ser quemado.

Había ya anochecido cuando Kockel terminó su trabajo. Sin embargo, decidió informar inmediatamente a la policía de Leipzig. En el curso de sus trabajos, el forense había ido estableciendo relaciones cada vez más íntimas con la policía, de acuerdo con lo que se había propuesto desde el principio. Por consiguiente, visitó al jefe interino de la brigada criminal, Von Krieger,

con el que mantenía un especial contacto. Con la fuerza de convicción que lo caracterizaba, Kockel supo destruir el escepticismo con que lo recibió Kriegern. Las tesis que le expuso fueron las siguientes: 1) El muerto no era Tetzner. 2) Se trataba de un desconocido que fue asesinado, y quemado después. 3) El asesino era probablemente el mismo Tetzner, que había urdido una estafa a las compañías de seguros. 4) No era admisible que las partes del cuerpo que faltaban hubiesen desaparecido como consecuencia del incendio. Las partes de la cabeza habían sido, sin duda, arrancadas porque tenían heridas mortales. Los órganos fueron cortados porque habrían permitido descubrir a simple vista que el muerto no era Tetzner. Probablemente habrían sido encontrados si en el lugar del crimen se hubiese personado en seguida un forense. En cualquier caso, era indispensable buscar dichos órganos en los alrededores del lugar del accidente. 5) Seguramente Tetzner estaba escondido e intentaría ponerse en contacto con su esposa.

Kriegern ordenó inmediatamente vigilar la vivienda de Emma Tetzner. El 1 de diciembre, el jefe de policía supo que Emma Tetzner utilizaba con mucha frecuencia la línea telefónica de una familia vecina. Al mismo tiempo, envió a un hombre al lugar del accidente, para que registrara minuciosamente los alrededores del mismo. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles. Sólo trajo la noticia de que el comisario local, Pfeiffer, había recogido el pedazo de cerebro encontrado por Kockel al hacer la autopsia. El comisario había sido el primero en llegar al lugar del accidente, donde encontró el pedazo de cerebro fuera del coche incendiado, casi a un metro y medio de la parte opuesta al asiento del conductor. Kriegern comunicó a Kockel la sorprendente noticia, y éste la oyó con mal reprimida ira, no sin lamentar una vez más que no se hubiese enviado un forense al lugar del crimen en el momento adecuado.

Poco después, Kriegern recibió un comunicado de la policía de Ingolstadt. En el hospital de la localidad se hallaba desde el 22 de noviembre el oficial cerrajero Alois Ortner. Afirmaba que el día 21 del mismo mes un automovilista se había detenido junto a él en la carretera y le había ofrecido llevarlo en su Opel verde. Cerca de Ingolstadt, el hombre manifestó que había sufrido una avería el cambio de marchas y pidió a Ortner que se pusiera debajo del coche y reforzara unos tornillos. Cuando

volió a salir, el cerrajero recibió dos fuertes golpes en la cabeza y en un hombro. Tuvo tiempo de incorporarse y vio que el atacante era el mismo conductor del coche, antes tan amable. Los dos hombres se enzarzaron en una pelea, y el cerrajero consiguió librarse de su agresor y escapar a través del bosque. Kriegern pensaba que aquel conductor podía ser Tetzner —propietario de un Opel verde—. ¿Había escogido a Ortner como víctima? ¿Había fracasado su primer intento de asesinato, porque Ortner era demasiado fuerte?

El 4 de diciembre, a las 8 de la mañana, el policía encargado de intervenir el teléfono de los vecinos de la señora Tetzner, oyó que ésta recibía una llamada desde Estrasburgo. El hombre que ponía la conferencia se llamaba Sranelli y preguntaba por Emma Tetzner. El propio policía contestó a la llamada y comunicó que la señora Tetzner no estaba en casa; regresaría hacia las 6 de la tarde. Sranelli podía volver a llamar a sea hora, en la seguridad de que podría hablar con ella. Rápidamente se comprobó que la conferencia procedía de la central de correos de Estrasburgo. El conferenciante había hablado desde una de las cabinas de la misma. Kriegern pidió a la Sûreté que vigilara la oficina de correos, tomó un avión especial y voló hacia Estrasburgo. Llegó a tiempo de detener al desconocido que se hacía llamar Sranelli, en el momento en que éste entraba en la cabina telefónica. Faltaba poco para las 6 de la tarde. La sorpresa fue tan grande, que Sranelli confesó ser Erich Tetzner. Por la noche prestó declaración. Admitió que desde septiembre de 1929 tenía la idea de planear una estafa a una compañía de seguros y hacerse con una considerable cantidad de dinero. Para ello era preciso que un desconocido ardiera en su lugar. Después de su matrimonio, en 1927, tuvo un café en Oschatz. Pero con él no podía satisfacer su deseo de enriquecerse rápidamente. En 1929 vendió el café. Tetzner se trasladó a Leipzig con su mujer y gastó la mayor parte del dinero obtenido con la venta. Después se le ocurrió la idea de la estafa. Primero suscribió varios seguros de accidente y luego se dedicó a buscar una víctima adecuada. Tetzner admitió que el 21 de noviembre invitó a Ortner a subir en su coche y luego trató de asesinarlo. El 26 de noviembre partió en busca de una nueva víctima, no sin antes dar instrucciones a su mujer. Si el golpe tenía éxito, Emma Tetzner recibiría un telegrama con una descripción de la ropa

de la víctima. Al identificar el cadáver, ella tenía que reconocer aquella ropa como perteneciente a su marido. Inmediatamente después, cobraría el dinero del seguro. Él la llamaría periódicamente con nombres falsos y, por fin, la comunicaría en qué país del extranjero habrían de encontrarse. El 27 de noviembre, Tetzner vio a un muchacho que andaba por la carretera en dirección a Regensburg. Tenía un aspecto muy distinto al suyo, era mucho más joven y menos robusto. Pero, tras la experiencia de Ortner, decidió escoger una víctima más débil. Mientras se dirigían a Regensburg, el muchacho se durmió. Tetzner se detuvo con cuidado junto a un poste señalakilómetros. El muchacho despertó, y Tetzner le dijo que había tenido una pequeña avería. Luego roció el coche con gasolina y echó una cerilla encendida en el estribo. Al incendiarse el coche, emprendió la huida.

Kriegern se puso inmediatamente en contacto con Kockel. Éste le dijo que la confesión era falsa. La embolia adiposa descubierta por él contradecía la descripción de Tetzner. Kockel insistió en que el muchacho no había muerto quemado, sino antes del incendio, a causa de la violencia a que lo sometió el asesino. Esta explicación no sólo era confirmada por su examen científico, sino por la misma investigación policíaca. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que el muerto se hallara en el asiento del volante, si, según Tetzner, estaba durmiendo a su lado?

Kriegern interrogó varias veces al detenido, pero sólo en abril de 1930, cuando Kockel presentó su informe por escrito, Tetzner cambió de pronto sus primeras declaraciones. Kriegern le dio tiempo para que se familiarizara con los resultados de la autopsia. Al parecer, Tetzner reflexionó y llegó a la conclusión de que el fenómeno de la embolia adiposa era realmente una prueba decisiva contra él. A principios de mayo, pidió que le llevaran ante el juez de instrucción y declaró lo siguiente: «Mi primera confesión es falsa». Explicó que, en plena noche, al pasar por Beyreuth, había atropellado con su coche a un muchacho. Descendió del coche, vio que el joven yacía inconsciente en la carretera y lo recogió en su coche, donde falleció a los pocos momentos. Entonces Tetzner tuvo la idea de utilizar el cadáver para su estafa. Lo colocó en el asiento del volante y prendió fuego al coche.

La nueva confesión era, indudablemente, muy ingeniosa.

Explicaba la embolia adiposa y alejaba de Tetzner la sospecha de que había asesinado a la víctima con sus propias manos. Un accidente de circulación era, sin duda, un delito de menor gravedad que un asesinato.

El ministerio público de Leipzig —algo desconcertado y sin contar con la ciencia de Kockel— se dirigió a Hans Mollitor, director del Instituto forense de Erlangen. El fiscal pedía una opinión sobre el asunto. Mollitor estudió a fondo las actas. Sin estar familiarizado con el caso; sin haber examinado los órganos respiratorios ni la sangre del corazón ni haber comprobado hasta qué punto se podía hablar de una embolia adiposa, envió un informe en el que declaraba que todo parecía confirmar la primera confesión de Tetzner. Por tanto, éste habría quemado vivo a un hombre en el interior del coche. Citó varios ejemplos —extraídos de diversos manuales— en los que se demostraba que en algunos casos de personas quemadas no había aparecido hollín en las vías respiratorias ni monóxido de carbono en los pulmones. En cuanto a la embolia, aludió a los casos en que el fuego fundía la grasa de los tejidos humanos y la hacía penetrar en los pulmones.

Cuando Kockel leyó dicho informe, el dictamen despertó en él un gran apasionamiento. Su indignación se traslucía aún en el informe que escribió tres años después sobre el caso Tetzner; en él se decía lo siguiente: «Aquel informe era absolutamente rechazable, porque un juicio sobre un caso tan complicado tenía que basarse tanto en un conocimiento profundo de las experiencias médicas que se reflejaban en nuestro escrito, como en una minuciosa investigación del cadáver y el lugar del crimen, tal como la practica la moderna medicina forense en Alemania».

Para demostrar que la teoría médico-forense no significaba nada si no está vinculada a la realidad de un hecho, bastaban pocos argumentos: si la víctima de Tetzner fue quemada viva en el coche, ¿cómo explicar que se encontrara un pedazo de cerebro, que procedía sin duda de la cabeza del muerto, cerca de la cuneta, a metro y medio de la parte opuesta al volante? ¿Dónde estaban los órganos del cuerpo que faltaban y que no habían podido desaparecer por el simple efecto de las quemaduras? Estaba claro —como lo demostraba la embolia adiposa— que la víctima fue asesinada violentamente fuera del coche, y que, al descuartizarla, Tetzner no se dio cuenta de que dejaba

en la carretera un pedazo de cerebro, caído al separar del cuello la parte superior de la cabeza. ¿Había otra explicación?

El 17 de mayo de 1931 se inició en Regensburg el proceso contra Erich y Emma Tetzner. «El acusado —afirmó Kockel obstinadamente— quemó un cadáver al que había mutilado previamente. Tal vez la víctima había muerto en circunstancias que Tetzner creía mucho más terribles que las llamas». A los pocos días, el tribunal condenó a muerte a Tetzner. El 2 de junio, después de serie rechazada la demanda de clemencia, Tetzner confesó una parte de los hechos. Recogió al muchacho en su coche mucho antes, en Reichenbach. Cerca de Nuremberg, el viajero se había quejado de frío, y él, Tetzner, lo envolvió fuertemente en su manta de viaje, hasta inmovilizarlo por completo; después lo estranguló. En esta última confesión seguía faltando una parte de la verdad. Pero Tetzner concluyó con estas palabras: «El profesor Kockel tiene razón; así lo pensé durante todo el proceso».

Tres años después, el 19 de enero de 1934, Kockel murió de un cáncer en las vías respiratorias. En esta época, la medicina forense se ocupaba más que nunca en estudiar los problemas de la embolia adiposa y encontrar procedimientos para descubrir su presencia y determinar si una persona quemada vivía o estaba muerta al entrar en contacto con las llamas. Resultó que también en este segundo caso podía entrar monóxido de carbono en los pulmones; penetraba a través de la piel. El monóxido de carbono hallado en las arteriolas cercanas a la epidermis no podía servir de prueba para demostrar que la víctima lo había aspirado antes de morir. Sólo su hallazgo en la sangre del corazón era una prueba incontrovertible en este aspecto. Por otra parte —principalmente gracias a los trabajos efectuados por el austriaco Breitenecker en 1936-1937—, se perfeccionó la prueba espectroscópica cuantitativa del monóxido de carbono en la sangre y se encontró una posibilidad de distinguir entre el asesinato y el accidente. Posteriormente, en 1941 y 1943, el sueco Wolff y el americano Gettler descubrieron métodos químicos más sensibles aún. Con el método de Wolff se podía determinar incluso la presencia de monóxido de carbono en las manchas de sangre seca. Luego vinieron las experiencias de los bombardeos de la segunda guerra mundial: el hollín penetraba hasta los extremos de los bronquios en los

cadáveres, pero nunca llegaba a los alvéolos; si aparecía en ellos hollín, era evidente que éste había sido aspirado por la persona quemada. En el transcurso de los años, la medicina forense descubrió los casos en que las heridas infligidas antes de quemar a una persona podían ser localizadas después que el cuerpo era pasto de las llamas. Esto era posible, por ejemplo, en casos de estrangulamiento, con ayuda de las señales que quedaban en el cuello; la fractura de la laringe, que durante tantos años había servido como prueba de estrangulamiento, podía producirse a causa de un fuego muy intenso y persistente, sin que existiera estrangulamiento previo.

Los médicos forenses seguían ocupándose sin descanso en el problema de la embolia adiposa como síntoma de violencia anterior a la muerte. La necesaria diferenciación entre las verdaderas embolias adiposas y la penetración de grasa en la sangre por efecto del calor exigía nuevas investigaciones. El uso de la violencia se podía demostrar sólo cuando en los pulmones se producía una obstrucción de los pequeños vasos sanguíneos por sustancia cerebral o células del hígado.

Treinta años después de la muerte de Kockel, la medicina forense buscaba nuevas posibilidades para una diferenciación en el comportamiento de las fibras elásticas, es decir, las partes de los tejidos conjuntivos humanos que dan a éstos su elasticidad. Las fibras elásticas aparecían destruidas casi por completo cuando una persona vivía antes de ser víctima del fuego.

Se abrían nuevas perspectivas y surgían nuevas dudas. El margen de error se ampliaba, y sólo la precisión, la prudencia y la consideración de todos los hallazgos y descubrimientos médicos y ajenos a la medicina podían permitir salir adelante.

22

Durante el decenio que siguió a los acontecimientos de Leipzig, en el dominio de la criminalística se dieron muchos procesos evolutivos. De ellos se desprendería que la medicina forense se estaba sirviendo cada vez más del método «enciclopédico», fomentado por hombres como Kockel. Probablemente hallaríamos muy pocos ejemplos que nos demostraran con tanta claridad la utilización de la ciencia y la técnica y la realización

del ideal de una colaboración patológico-médico-científico-técnica, como el esclarecimiento de un infanticidio perpetrado en la ciudad escocesa de Aberdeen.

El escenario en que se inició el drama era una casa de tres pisos situada en Urrquhart Road, al norte del río Dee. Se trataba de una casa de vecinos de aspecto pequeño-burgués, poco atractiva y carente de todo elemento apto para dar brillantez a una *cause célèbre*. A ambos lados de la estrecha escalera se abrían los apartamentos, compuestos de una cocina-comedor y un dormitorio. Los retretes se hallaban en un patio interior, en el que se alineaban también los lavaderos y carboneras.

El día 20 de abril de 1934 desapareció de la casa una niña de 8 años, Helen Priestly, hija única del pintor de paredes John Priestly y de su esposa Agnes. Los Priestly vivían en el primer piso, derecha. A las 12,15, Helen regresó de la escuela, situada a pocos minutos de la casa. Entre las 12-45 y la 1 comió con su madre: carne, patatas, una taza de té y un panecillo con mantequilla. A la 1,30 fue a comprar pan a la panadería de una cooperativa de consumo, situada en una esquina formada por Urrquhart Road y Hunter Place. El establecimiento estaba a muy pocos minutos. A la 1,50 aún no había regresado. Se acercaba ya la hora de regresar a la escuela, y Agnes Priestly, muy inquieta, fue a la panadería. Helen había ido ya a comprar el pan, recogió la nota en la caja y salió del establecimiento. Desde entonces habían pasado quince minutos. La madre corrió inmediatamente a la escuela, con la esperanza de que su hija estuviera allí. Pero nadie había visto a Helen en la Kingstreet School. Después de visitar a varios amigos y avisar a su marido, decidió dar cuenta del hecho a la policía.

El inspector Taylor se hizo cargo del asunto a las 5 de la tarde. Pidió una descripción de Helen. La niña llevaba una falda de sarga, un jersey de lana azul, una gorrita azul marino, medias negras, combinación y bragas de color azul oscuro. En el curso de las primeras pesquisas, un condiscípulo de la niña, Richard Sutton, afirmó que había visto a Helen al mediodía, acompañando a un hombre muy mal vestido. Esta declaración hizo que las primeras investigaciones tomaran un rumbo completamente equivocado, hasta que Sutton confesó haber inventado su historia. Sin embargo, Taylor creyó conveniente no perder de vista el inmueble de Urrquhart Road. Varios agentes

registraron los lavaderos y las carboneras. Los Priestly recurrían por turno todas las calles del barrio en un coche policial, con el fin de intentar localizar a su hija. Los vecinos los sustituyeron después en tales viajes. La noche del 21 de abril era fría y lluviosa; sin embargo, la búsqueda no se interrumpió. De vez en cuando regresaba un vecino para tomar una reconfortante taza de té. Algunos pasaban por el retrete, situado en la planta baja, junto al patio de los lavaderos. A las 4,30, cuando ya empezaba a clarear, William Topp, que habitaba en el entresuelo izquierdo, entró en el retrete, que estaba desocupado. Media hora más tarde, hacia las 5, otro vecino de los Priestly, llamado Porter, volvía de buscar a la pequeña Helen y penetraba en el inmueble. Al entrar vio un saco, que sobresalía por detrás de la escalera. Corrió hacia él, lo palpó y avisó a los demás vecinos. En el saco se hallaba Helen Priestly, muerta.

Veinticinco minutos después llegaban el inspector Taylor, el superintendente Gordon, los agentes Cole y Westland y el doctor Robert Richards. Richards era el médico de la policía y profesaba medicina legal en la Universidad. La estrecha escalera estaba repleta de gente. Los policías tuvieron que apartar a los curiosos, para que Richards pudiera abrir el saco. Lo primero que llamó la atención del médico fue que el saco no estaba mojado. El hecho de que en la calle lloviera a cántaros hacía improbable que alguien lo hubiese traído del exterior. Richard mandó sacar fotografías, y después extrajo el pequeño cadáver. Helen yacía sobre su costado derecho. A la primera ojeada, Richards vio que había ocurrido algo monstruoso. Se acercó a Gordon y le comunicó en voz baja que la niña había sido violentada. No sólo había grandes manchas de sangre en las braguitas, sino también unas manchas amarillentas cuyo origen no pudo explicarse inmediatamente. El cuerpo estaba frío y rígido. Las manchas de la muerta aparecían en la cara externa del muslo izquierdo y en la interna del derecho. Esto indicaba que Helen descansó sobre el costado izquierdo y que sólo mucho después, cuando la sangre estaba ya coagulada, fue cambiada de posición. En la mano derecha conservaba aún un pedazo del papel que le dieron en la caja de la cooperativa. Entre los dientes había pedazos de escoria de carbón. También el pelo aparecía sucio, y el polvillo de carbón se mezclaba con restos de vómito alrededor de la boca.

A las 6, Helen fue trasladada al depósito de cadáveres entre una verdadera multitud de curiosos. Gordon y Taylor se quedaron en el inmueble. Lo que más les preocupaba era saber cómo, entre las 4,30 y las 5, el cuerpo de la pequeña Helen fue a parar al lugar donde lo encontraron. Ningún vecino había oído el ruido característico de una puerta al cerrarse. Por otra parte, delante de la casa había un constante ir y venir de gente. A las 4,30, los obreros municipales iniciaban sus trabajos de canalización en las inmediaciones. A las 4,45, un repartidor de leche vecino salía de casa camino del trabajo. Nadie había visto a ninguna persona que llevara un saco. Gordon estaba cada vez más convencido de que el cadáver estaba ya en la casa y que, en un momento favorable, poco antes de las 5, fue colocado en el lugar donde lo encontraron.

El hecho de que, según Richards, la niña hubiese sido violada, permitía deducir que el criminal era forzosamente un hombre, un hombre que tal vez se hallaba entre los vecinos del inmueble. Aquella misma mañana, Taylor empezó a hacer averiguaciones sobre los habitantes masculinos de la casa. Aparte John Priestly, sólo había cinco: Topp y Donald, que vivían con sus esposas en la planta baja; Mitchell, Coull y Hunt, los cuales habitaban en los otros pisos. Poco antes de mediodía se presentó a Taylor un obrero llamado Munro, cuyo trabajo consistía en reparar tejados. Explicó que el 20 de abril se hallaba trabajando en la casa vecina cuando, a las 2, oyó el grito de un niño. Esta declaración confirmó las opiniones de Taylor, evidentemente, el crimen fue cometido en la casa habitada por los Priestly.

Entretanto, el Procurador-fiscal encomendaba la autopsia del cadáver al patólogo Theodore Shennan, profesor de la Universidad de Aberdeen. Shennan tenía 65 años, y Richards, veinte años más joven, actuó como ayudante. Las principales preguntas que se formularon los dos médicos fueron las siguientes: ¿De qué murió Helen? ¿Cuándo murió? ¿Fue la violación la causa de la muerte? La segunda pregunta fue relativamente fácil de responder. El estómago de la niña estaba lleno de alimento no digerido. Sólo una pequeñísima parte del contenido había pasado al duodeno. Los vasos linfáticos del intestino, cuya función es absorber los alimentos para llevarlos al cuerpo, apenas había empezado a dilatarse. Shennan dedujo de ello que la

niña había muerto, aproximadamente, una hora después de su última comida. Si Helen había comido a la 1, el asesinato fue cometido hacia las 2.

Los pulmones presentaban todos los síntomas de asfixia. Los conductos respiratorios y del esófago mostraban una curiosa combinación de fenómenos. En la epidermis del cuello había varias contusiones que indicaban un estrangulamiento con las manos. Al mismo tiempo, Shennan descubrió parte de los alientos vomitados en el interior de las vías respiratorias. Ésta debió de ser la causa de la asfixia. El patólogo hizo otro curioso hallazgo. Puso al descubierto el timo, glándula que —según se creía— desempeñaba un papel especial en el desarrollo de los huesos y las glándulas germinativas. El timo de Helen Priestly tenía un tamaño excesivo, y la experiencia enseñaba que los niños cuyo timo superaba las proporciones normales, tenían menos resistencia a las infecciones y a todo tipo de influencias externas. Sobre todo, tendían a desmayarse con facilidad; el menor shock podía provocarles un estado de inconsciencia semejante a la muerte. El sorprendente descubrimiento se realizó precisamente cuando Shennan y Richards investigaban el vientre de la niña, para sacar conclusiones más concretas sobre la violación. Las bragas de la niña estaban rasgadas, y el pubis ofrecía un aspecto que los dos médicos no habían observado en ningún caso de violación. Por la vagina y el ano había fluído una gran cantidad de sangre, que empapó el muslo y gran parte de las bragas. Los médicos tuvieron la impresión de que en los órganos sexuales había penetrado con violencia un objeto duro y ancho. La pared posterior de la vagina presentaba un orificio que comunicaba con el intestino. Era de todo punto imposible que el miembro de un hombre produjera tales heridas. Más bien se podía pensar en un dedo de tamaño y fuerza inusitadas, provisto de una larga uña, aunque lo más probable era que se hubiese utilizado algún objeto. Tanto Shennan como Richards sabían que algunas formas de perversión masculina podían conducir a semejantes monstruosidades.

Sin embargo, la cosa no dejaba de ser insólita.

Ambos forenses se dedicaron a buscar restos de esperma en los órganos lesionados, en los vestidos y en todo el cuerpo.

La búsqueda de restos de esperma era uno de los más antiguos problemas que preocupaban a la medicina legal. El francés

Albert Florence, nacido en 1851, descubrió uno de los primeros métodos para reconocer dichas huellas. Se basaba en el hecho de que un tratamiento con una solución concentrada de dos partes de yodo por una de potasa, producía en el esperma cristales rómnicos de color pardusco. Posteriormente, al ser descubiertos los rayos ultravioletas con lámparas de cuarzo, se demostró que las manchas de semen adquirirían una coloración azulada. Sin embargo, en el curso de los años, se vio que otras materias—por ejemplo, el almidón—producían una fluorescencia semejante. Sin embargo, el examen con rayos ultravioleta servía para saber que las manchas podían ser de esperma. Después era preciso someterlas a un nuevo estudio para definir las exactamente. Sin embargo, lo decisivo fue el descubrimiento de las células de esperma al microscopio. En los cadáveres se conservaban con toda seguridad durante dos o tres días, y algunas veces, incluso una semana.

Shennan y Richard utilizaron la lámpara de cuarzo y el microscopio y no descubrieron la menor huella de esperma. Mientras los dos médicos intentaban relacionar sus sorprendentes descubrimientos, Shennan recordó un caso ocurrido años atrás: Una mujer había asesinado a una niña y había producido en el sexo de la víctima unas heridas destinadas a simular una violación y a alejar de sí toda sospecha. Sin embargo, en este caso se daba la circunstancia de que las heridas producidas en el cuerpo de Helen, lo fueron en vida de la pequeña. Alrededor de las heridas había intensas hemorragias; la sangre había penetrado en el tejido muscular. Esto, según la experiencia de Shennan, no había ocurrido si la niña hubiese estado muerta al producirle las lesiones. Por otra parte, las heridas fueron seguidas de una muerte casi inmediata, porque la investigación microscópica no indicaba la menor reacción contra las lesiones, una reacción que, en un cuerpo vivo, se produce con gran rapidez. Por ejemplo, muchas veces, un cuarto de hora después de producirse la herida se acumulaban glóbulos blancos alrededor de la misma. Shennan dedujo, por tanto, que la niña vivía aún cuando fue violentada. Por tal razón, perdía verosimilitud la idea de que, tras el asesinato, se había simulado la violación.

Shennan y Richards siguieron estudiando sus hallazgos, y descubrieron, además, que las bragas de la niña estaban empa-

padas de orina. El vaciado involuntario de la vejiga era un fenómeno corriente en casos de asfixia por estrangulamiento o ahogo. La orina se hallaba tan sólo en las partes rasgadas y apartadas de las bragas; en cambio, la sangre no había tocado en absoluto dichas partes. Ello permitía, naturalmente, deducir que la orina había salido como consecuencia de un estrangulamiento, antes de que el criminal rasgara las bragas y violentara a la niña.

Los días 23 y 24 de abril, Shennan y Richard redactaron dos informes. Los puntos decisivos eran la determinación de la hora en que se cometió el asesinato, y la observación de que el acto no había sido cometido necesariamente por un hombre. El superintendente Gordon y el inspector Taylor se habían ido formando ya una idea de todos los inquilinos del inmueble. Habían tachado de la lista de sospechosos a todos los hombres, uno tras otro. Sólo uno de los inquilinos, con su familia, no se dejó ver ni participó en la búsqueda de la niña. Se trataba del barbero Alexander Donald, que vivía en el entresuelo derecha con su mujer, Jeannie, de 38 años, y una niña de 10. Entre las 4 y las 5 de la madrugada, es decir, cuando fue hallado el saco con el cadáver de la pequeña Helen, los vecinos habían visto luz en la cocina de los Donald. Alexander Donald no salió a la puerta de su casa hasta las 6.30. Con expresión estúpida e indiferente, preguntó a uno de los agentes si ocurría algo. El agente respondió: «Han encontrado a la niña en un saco». Donald volvió a meterse en su casa inmediatamente.

Al parecer, Donald era un hombre silencioso, que se dedicaba a su trabajo de un modo torpe e indiferente. Esto no significaba nada. A menudo, una naturaleza de este tipo esconde los más salvajes instintos. La mujer de Donald había sido cocinera en un hotel de Banchoy. Tenía fama de colérica. Se decía que una vez reforzó el cuello a todas las gallinas del hotel sólo porque su jefe la había reprendido. Por lo demás, era una mujer de mediana estatura y manos enormes, tan silenciosa como su marido. Sólo una cosa parecía interesarle: su hija de 10 años, Jeannie Reid. La niña estudiaba danza, y su madre confeccionaba para ella trajes de ballet, que la precoc danzarina se ponía para efectuar pequeñas representaciones públicas. Jeannie Donald no hablaba apenas con los vecinos y jamás saludó a los Priestly.

El 24 de abril, Taylor tuvo una penosa conversación con Alexander Donald mientras la mujer no estaba en casa. Posiblemente la estupidez de Donald hizo que éste declarara cosas que despertaron en Taylor las primeras sospechas. Taylor quería informes sobre la noche del 20 de abril. Preguntó a Donald si en realidad no había oído nada por completo del ruido, verdaderamente insólito, que llenaba toda la escalera. Donald respondió con su calma habitual: «¡Oh, claro!». Él y su familia oyeron el ruido desde la cama. Su mujer le dijo que saliera a ver qué ocurría, pero él no se movió. Su mujer le dijo: «¿Has oído? Es la voz de la señora Joss. Está gritando que la han violado...». Tampoco entonces Donald se movió; limitóse a responder: «¿De qué sirve meterse entre un montón de gente excitada?»

Taylor no pudo arrancarle más. Pero las palabras de Jeannie Donald: «¿Has oído? Es la voz de la señora Joss. Está gritando que la han violado...» lo obsesionaban. Él, Taylor, había estado todo el tiempo en la escalera, entre la gente. Se encontraba al lado del superintendente Gordon cuando Richards susurró a éste que la niña había sido violada. Nadie más había oído las palabras del forense, nadie pudo gritar: «La han violado...». Y, en realidad, nadie lo había gritado. ¿Cómo pudo saber Jeannie Donald el verdadero estado de la niña? El 24 de abril, cuando Taylor supo que el criminal podía ser una mujer, sus sospechas se intensificaron.

El miércoles 25 de abril, a las 1 de la mañana, el superintendente Gordon, el inspector Taylor y el agente Westland llamaban a la puerta de los Donald. Jeannie Donald estaba sola en casa. Gordon le dijo que se trataba de una encuesta puramente rutinaria. Pero la encuesta se convirtió en un interrogatorio que duró trece horas, hasta las 12 de la noche. Durante todo ese tiempo, Jeannie Donald permaneció fría e impasible. Sus respuestas eran seguras, sin vacilaciones. He aquí su declaración: El día 20 de abril, entre las 10 y 10,15, se fue al mercado. Compró huevos y naranjas. Dijo incluso el precio que había pagado por ello. Después fue a una tienda de tejidos que pertenecía a Raggi Morrison. Describió las telas que le mostraron. El surtido no la satisfizo. Cuando regresaba a casa, al doblar la esquina de Urquhart Road, vio a un grupo de mujeres, entre las que se hallaba la señora Priestly, llorando. Jeannie

Donald no se detuvo, sino que entró en casa. Una vez en el apartamento, se puso a planchar. Levantó la vista una vez para mirar el reloj. Eran las 2,10 ó 2,15. A las 4, cuando ya había acabado de planchar, Jeannie Reid le contó que Helen había desaparecido. A las 5,20 acompañó a su hija al Beach Pavillon, para un ensayo de ballet, que duró hasta las 11 de la noche. Después, ambas volvieron a casa y se acostaron inmediatamente.

El superintendente Gordon mandó comprobar la verdad de la declaración a un sargento y conoció detalles que permitían poner en duda las palabras de Jeannie. Por ejemplo, los precios de las naranjas y los huevos no eran correctos. El 20 de abril habían empezado a regir nuevos precios. Los que había dicho la señora Donald eran precios de la semana anterior. El comercio de Raggi Morrison estaba cerrado a la hora en que Jeannie pretendía haber estado en él. Era cierto que la señora Priestly estaba en la calle llorando, rodeada de vecinas. Pero ni ella ni las vecinas recordaban haber visto pasar a Jeannie Donald. Gordon echó una ojeada por la ventana de la casa de Donald y comprobó que desde ella se dominaba la esquina. Jeannie pudo ver el grupo de mujeres sin necesidad de salir de casa.

A las 9 de la noche, Gordon preguntó a los Donald si tenían algún inconveniente en que entrara en las otras piezas del apartamento y efectuara un pequeño registro. El matrimonio accedió. Taylor y los agentes entraron inmediatamente en la cocina. Bajo el desagüe, el suelo estaba cubierto de linóleo. En él se observaban unas huellas que podían proceder de un depósito de carbón o cenizas. Jeannie Donald afirmó que no tenía tal depósito; pero su hija cometió una indiscreción y dijo que en aquel lugar había habido siempre una caja de cenizas. En el cadáver de Helen se habían encontrado cenizas y escoria, y las palabras de la niña venían a confirmar las sospechas con un nuevo elemento. Pero, además, cerca del armario de la cocina había algunas manchas sobre el linóleo. Un coche de la policía fue a buscar en seguida al doctor Richards, el cual efectuó inmediatamente una prueba previa para saber si se trataba de manchas de sangre. El resultado fue positivo, pero el forense manifestó que sólo tras un análisis de laboratorio podía formular el dictamen definitivo. Todos los indicios reunidos parecieron suficientes a Gordon para detener a los Donald. Hacia las 12 de la noche, el matrimonio pasó a disposición de las autoridades. Jean-

nie Donald dijo con expresión imperturbable: «Yo no lo he hecho».

El día 26 de abril, por la mañana, Richards analizó las manchas en su laboratorio y descubrió que no eran de sangre. Sin embargo —como hemos dicho—, los restantes indicios eran suficientes para mantener a los Donald a buen recaudo. Alexander Donald fue puesto en libertad al descubrirse que durante todo el día 20 había estado trabajando y que, por tanto, no podía ser culpable del asesinato. Jeannie Donald siguió detenida. No obstante, persistió en su negativa, y las pruebas reunidas no bastaban para formular una acusación en regla. Entonces, el 30 de abril, el fiscal se dirigió al profesor Sydney Smith, de Edimburgo, rogándole que utilizara todos los procedimientos médicos y científicos adecuados para esclarecer el asesinato de Helen Priestly.

En los seis años transcurridos desde que ocupó la cátedra de medicina legal en Edimburgo, Smith había adquirido una fama que traspasaba ampliamente las fronteras de Escocia. Era uno de los médicos que se habían atrevido a luchar contra la leyenda de Spilsbury, aunque sin negar por ello los méritos históricos del famoso forense. Pocos meses antes, en noviembre de 1933, Smith había regresado de un proceso que se celebró en la isla de Jersey. Un médico, el doctor Avarne, fue acusado de haber hecho abortar a la amiga de un hotelero. El acusado declaró que el niño estaba ya muerto en el seno materno, y que se había visto obligado a operar. Spilsbury actuó como especialista de la acusación. Basándose en unos preparados de tejidos, declaró que el niño estaba vivo. Smith y Alec Burne, uno de los ginecólogos más importantes de Londres, lo convencieron de que estaba en un error. Avarne fue absuelto. De regreso a Inglaterra, Spilsbury no quiso dirigir la palabra a Smith. Le faltaba lo que distinguía precisamente a Smith como especialista: la conciencia de que no sólo los hombres corrientes, sino también los médicos forenses, pueden equivocarse.

El 30 de abril, Smith llegaba a Aberdeen. Helen Priestly estaba ya enterrada. Sin embargo, tras una entrevista con Gordon, Shennan y Richard, y después de analizar al microscopio unos preparados que le presentaron los dos últimos, Smith confirmó el dictamen de Shennan y aseguró, a su vez, que no se trataba de un caso de violación auténtica. Un pequeño detalle

de las averiguaciones efectuadas por Gordon le dio una pista para desarrollar una teoría sobre los hechos. El 29 de abril, Gordon supo que Helen Priestly había inventado un apodo para Jeannie Donald; la llamaba «El coco». Muchas veces, la niña se detenía al pasar ante la puerta de los Donald y gritaba: «¡Coco, coco...!».

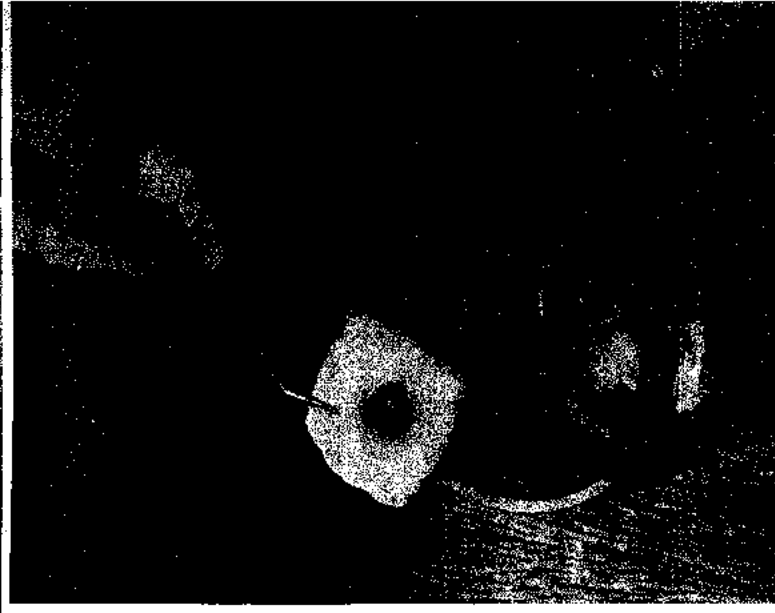
La teoría de Sydney Smith era la siguiente: El día 20 de abril, hacia mediodía, Helen Priestly regresó de comprar pan, pasó por delante de la puerta de los Donald y, según su costumbre, gritó: «¡Coco!». Jeannie Donald estaba casualmente cerca de la puerta, la abrió y se apoderó de la niña. Tal vez lo único que hizo fue sacudirla violentamente. Pero la presión de sus robustas manos había bastado para que la niña, enferma del timo, perdiera el sentido. Aterrada, la señora Donald llevó el cuerpo de la niña, aparentemente sin vida, al interior de la casa. Creyendo que la niña estaba muerta y que ella era una asesina, buscó desesperadamente una solución. Entonces se le ocurrió simular una violación. Levantó la falda de la niña, rasgó las bragas e introdujo en la vagina de la niña su robusto dedo o el mango de un utensilio de cocina. El dolor despertó a la pequeña, que se puso a gritar. Fueron los gritos que oyó el obrero que reparaba el tejado de la casa vecina. Jeannie Donald fue presa de un indescriptible pánico y no vio más salida que matar realmente a la niña. Entonces la estranguló. Sin embargo, quedaba un punto oscuro; Helen pudo morir asfixiada en ese momento, o antes, al aspirar súbitamente los alimentos que vomitó. Después de la muerte de la niña, Jeannie Donald puso el cadáver en la caja de las escorias, donde se ensució con las mismas. Por la noche, mientras el marido y la hija dormían, Jeannie metió el cadáver en un saco y lo llevó a la escalera en el momento que le pareció más adecuado.

La teoría de Smith concordaba con todos los indicios y resultados médicos. Pero, como siempre, una teoría no era una prueba. No obstante, si Sydney Smith lograba probar que el cadáver de Helen Priestly se encontraba en la vivienda de los Donald en algún momento del día 20, el problema quedaba resuelto. Existían dos posibilidades: era preciso que en la vivienda de los Donald fuera encontrada alguna de las cosas que la pequeña Helen llevaba consigo y que habían desaparecido: su gorra, el pan comprado en la cooperativa, parte del registro

de caja roto que llevaba en la mano... Pero como Jeannie Donald (si realmente era culpable) había tenido tiempo suficiente para deshacerse de todo y limpiar la casa, había muy pocas esperanzas de hallar alguno de dichos objetos. Tanto más importante era, en este caso, la búsqueda de pequeñas huellas que la presunta asesina pudiera haber dejado en el apartamento: sangre de la niña, alimentos vomitados e incluso fibras de sus ropas. Y, a la inversa, el saco en que fue metida la niña podía tener huellas cuyo origen pudiera atribuirse a la vivienda de los Donald: escoria, ceniza o partículas de materiales típicos de una cocina doméstica. Sin embargo, Smith ponía su mayor esperanza en una circunstancia que nadie había tenido aún en cuenta en Aberdeen. Las heridas producidas en el vientre de Helen habían abierto un orificio que comunicaba la vagina con el intestino; por tanto, la sangre habría de contener forzosamente bacterias intestinales. Existían muchos tipos de bacterias intestinales, y a veces surgía entre ellas una clase muy extraña.

Si Jeannie Donald era realmente la asesina, era casi seguro que la sangre de las heridas habría empapado el suelo de su casa y que Jeannie lo había fregado después. Existía, pues, la posibilidad de que alguno de sus trapos de cocina contuviera bacterias intestinales.

Posteriormente, Sydney escribió: «No pudimos descubrir la gorra, ni el objeto utilizado para herir a la niña. Entre la escoria de la estufa apareció un pedazo de papel cuya estructura y composición microscópica coincidían con el que la niña tenía en la mano al ser hallado su cadáver; había una línea verde que encajaba perfectamente en ambos pedazos de papel. Sin embargo, esta pequeña prueba... no fue valorada. En cuanto al saco, era un saco de yute ordinario, con la inscripción "Boss". Mandé hacer averiguaciones y descubrí que el saco había formado parte de un cargamento de trigo procedente de Canadá. Había pasado de Londres a Glasgow y de aquí a Aberdeen... Era muy probable que fuera adquirido por un campesino que vivía en la vecindad de un hermano de la señora Donald. Resultó que dicho hermano solía llevar sacos de patatas a su hermana. Esta prueba tampoco era suficiente... En el interior del saco había dos puñados de escorias. Fueron comparadas al microscopio con pruebas de escorias procedentes de las distintas viviendas del inmueble. Después las envié al museo de minería



La medicina forense no tardó en ocuparse de las huellas que dejaba en las heridas de bala la pólvora sin humo, usada en las armas modernas. La investigación de dichas huellas permitía descubrir a menudo si se trataba de suicidio o asesinato. Si tales huellas eran muy manifiestas, se podía deducir que el disparo se había hecho a muy corta distancia, lo cual significaba un posible suicidio. La falta de huellas demostraba que el disparo se había realizado a mayor distancia, y, por tanto, no se trataría de un suicidio. Una minuciosa investigación del orificio de entrada del proyectil (*derrecha*) y las pruebas prácticas desde varias distancias (*arriba*) contribuían al descubrimiento.

para que las sometieran a un examen radioscópico. Allí, las escorias fueron convertidas también en cenizas y se efectuaron con ellas análisis microscópicos y espectroscópicos sobre los elementos químicos, para comprobar si contenían elementos típicos de la casa de los Donald. Ninguna de estas pruebas tuvo éxito. La escoria del saco estaba mezclada con pequeñas cantidades de polvo, fibras de trapos de cocina y estopa, cosa perfectamente lógica; también contenía algunos pelos humanos y de animal...».

Desde los días de Lacassagne, muchos forenses se esforzaban por resolver el problema de distinguir los pelos, de facilitar la identificación por medio de los mismos y, sobre todo, de solucionar definitivamente todo lo referente a la comparación. Había numerosas posibilidades de análisis microscópicos y químicos (más adelante trataremos de ello con detalle). En la primavera de 1934 no se había conseguido aún resolver el problema, porque en la cabeza de una persona hay pelos de estructura muy diferente. Lo que sí se podía distinguir era el pelo humano del animal, y el de los adultos del de los niños. Además, era posible una identificación relativamente segura cuando el pelo de una persona presentaba unas características muy especiales o era tratado químicamente. La ondulación del pelo conducía, por ejemplo, a una torsión en espiral, que podía ser importante en la identificación de mujeres. John Glaister se había ocupado muchos años en la investigación forense del cabello, y en 1931 publicó un amplio estudio sobre dicho tema. Por indicación de Sydney Smith, fueron enviadas a Glaister, en Glasgow, todas las pruebas de pelos encontrados en el saco y en la vivienda de los Donald. Jeannie Donald, en la cárcel, recibió un cepillo nuevo para el pelo; de esta forma se obtuvieron muestras de su pelo sin que ella se diera cuenta. El 30 de mayo fue exhumada Helen Priestly, porque Glaister necesitaba también muestras del pelo de la niña. Por su parte, Smith se ocupó también durante varias semanas en el estudio de distintas muestras de pelos. En sus memorias se refería a los pelos hallados en el saco: «Los pelos humanos no eran de la niña. Eran más gruesos, tenían otro color, un contorno claramente distinto y unas torsiones muy visibles, debidas a una burda ondulación. En mi opinión, coincidían, hasta en sus menores detalles, con los pelos de la señora Donald...».

Además de estudiar el cabello, Smith se dedicó a examinar

La medicina forense nació en Europa, y sólo después de la primera guerra mundial se introdujo en los Estados Unidos. Los emigrantes ingleses trataron de aclimatar en el Nuevo Continente una vieja institución británica: la de los *coroners*, los cuales decían sobre las causas de muerte repentina, suicidios y asesinatos. Para ejercer este cargo no era necesario poseer conocimientos médicos; bastaba con ser elegido por los ciudadanos. La incapacidad y falta de escrúpulos de dichos *coroners*, y el hecho de que permanecieran impunes miles de crímenes escandalosos, condujo, en 1877, a sustituir al *coroner* por un *Medical examiner*, médico que tenía preparación forense. El primer *Chief medical examiner* neoyorquino fue Charles Norris (1867-1934) (a la derecha), a quien vemos acompañado por su colaborador Alexander O. Gettler.

los trapos y demás materiales de limpieza compuestos de tejidos y hallados en la vivienda de los Donald. La casa fue registrada muchas veces durante el mes de mayo. Se levantaron fragmentos del suelo, se cortaron tiras de linóleo y se recogieron todas las escobas, fregadores, cubos, cepillos, colchones, mantas, toallas, cepillos de dientes y uñas, así como el desagüe del lavabo.

«El material de los trapos de limpieza —proseguía Sydney Smith— se compone casi siempre de fibras comunes (lana, algodón, etc.), a las que se pegan fibras de trajes, alfombras y otras cosas. En las muestras recogidas en el saco pudimos localizar una gran cantidad de fibras, entre ellas, lana, algodón, lino y yute de diversos colores —rojo, pardo, rosa, verde, amarillo y púrpura—; en total llegamos a distinguir unos doscientos tipos diferentes, que pasamos a comparar con los encontrados en el material y la hilaza de la casa de los Donald... Los comparamos por su longitud, anchura y forma. Comparamos la estructura de sus células, su color y la composición de los tintes. Además, definimos exactamente los elementos químicos de los colorantes con ayuda del análisis espectral y la reacción química. Resultó que en total, veinticinco fibras distintas de las halladas en el domicilio de los Donald coincidían con las encontradas en el interior del saco. Para la comparación se recurrió también al material de limpieza de otras viviendas... Nunca pudimos comprobar tantas coincidencias...».

Smith no quiso basarse tan sólo en sus propias opiniones, por lo cual se aseguró la constante ayuda de Joseph Barr, director del Laboratorio textil de Bradford. A fines de junio, Smith y sus colaboradores estaban convencidos de hallarse sobre la verdadera pista y de haber establecido un primer contacto seguro entre la víctima y la casa de los Donald, a través de la comparación de las fibras.

Por aquellos mismos días era ya evidente que se había cumplido la mayor esperanza de Smith: la posibilidad de que las bacterias aportarían pruebas irrefutables. Él mismo no creía poseer los suficientes conocimientos bacteriológicos, y por ello envió a Edimburgo la ropa interior de Helen Priestly y todas las huellas de sangre halladas en su cuerpo, a nombre de Thomas Jones Mackie, profesor de Bacteriología en aquella Universidad. Mackie, de 46 años, era un microbiólogo tan entusiasta como experimentado, y aceptó con el mayor interés el encargo

de Smith. Las correspondientes muestras del material enviado fueron colocadas en terreno adecuado y formaron cultivos característicos. Smith tenía razón: la sangre de Helen Priestly contenía bacterias intestinales. Por lo demás, esto no era aún lo decisivo. Lo importante fue que Mackie descubrió un cultivo de bacterias intestinales extraordinariamente curioso. Durante los años anteriores había preparado cultivos ciento cincuenta veces, con fines higiénicos, y ni una sola vez había descubierto las bacterias que se habían desarrollado en los intestinos de Helen Priestly. El segundo descubrimiento decisivo acaeció al mandar Smith a Edimburgo todos los trapos de limpieza recogidos de la casa de los Donald. Mackie volvió a preparar sus cultivos. En los objetos personales de Jeannie Donald proliferaron en seguida los tipos corrientes de flora bacteriana intestinal. Pero he aquí que, de pronto, se formó una familia de bacterias completamente insólita. Procedía de un trapo de limpieza y correspondía exactamente a la extraña familia existente en los intestinos y en la sangre de Helen Priestly.

El día 22 de junio, cuando Mackie redactó su informe final, Smith estaba seguro de haber hallado el eslabón que necesitaba entre la víctima y el lugar donde fue asesinada. Por grande que fuera su inclinación a la prudencia y a la duda, en aquel caso se acumulaban tantos argumentos científicos y criminalísticos, que apenas cabía el menor margen de duda.

El 16 de julio de 1934, Jeannie Donald compareció ante un tribunal de Edimburgo, no de Aberdeen. La excitación reinante en esta última ciudad era tan grande, que se tenía una influencia negativa sobre la necesaria imparcialidad del jurado. Diez mujeres y cinco hombres eran los encargados de emitir el veredicto sobre la culpabilidad o inocencia de la mujer que, también ante el tribunal —como durante la instrucción de la causa— mantenía una actitud impasible, como si nada ocurriera. Sólo dos veces mostró ligeros síntomas de excitación: primero, al ser interrogada su hija como testigo, y segundo, cuando el jurado la declaró culpable del asesinato de Helen Priestly. Fue condenada a muerte, pena que después se le conmutó por la de cadena perpetua. Después de diez años de presidio, fue puesta en libertad.

El caso Jeannie Donald, desde el principio al fin, vino a constituir un clásico ejemplo del camino que gran parte de la

medicina forense emprendió en las dos décadas que precedieron a la segunda guerra mundial, un camino que, por encima de las antiguas especialidades —Patología, Toxicología, Psiquiatría forense y Medicina social— desembocaba en el campo de la ciencia, la Química, la Física, la Microbiología y, a la vez, la interdependencia y colaboración inmediatas con la criminalística. En el fondo, Sydney Smith, que era uno de los forenses más polifacéticos de aquellos años, dio ya un gran paso hacia delante en este sentido. Como veremos en la parte siguiente de nuestro libro, las posibilidades tecnocientíficas de la criminalística tuvieron sus pioneros no sólo dentro de la medicina forense, sino también en los laboratorios químicos, técnicos y privados de todo tipo. Sin embargo, dentro de la medicina forense propiamente dicha adquirieron tal amplitud especialidades como la toxicología o el análisis de sangre, que sólo podían ser dominadas por verdaderos especialistas. Lo que movió a hombres como Kockel en sus esfuerzos por ampliar el campo de la medicina forense, fue el miedo a la dispersión. Fue el clarividente descubrimiento de que, en lo sucesivo, sólo una estrecha colaboración podía conducir al éxito. Pretendían que la medicina forense se convirtiera en un receptáculo, en el cual habrían de tener cabida todas las posibilidades que las más diversas disciplinas pudieran aportar para el esclarecimiento de un crimen.

Sydney Smith dio un paso más en esa dirección. Vio —y lo vio aún con mayor claridad durante la guerra— que la gran variedad de las posibilidades mencionadas para ampliar el campo y la capacidad de asimilación de la medicina forense, tenían que explotar a la corta o a la larga. Por ello no pensó ya en reunir todos los conocimientos bajo un mismo concepto, sino que concibió la medicina legal como instrumento de coordinación. Él, que conocía la toxicología mejor que muchos toxicólogos y que dominaba completamente la balística, vio que el simple desarrollo de la medicina en los años cuarenta proporcionaba a la medicina forense tal cantidad de métodos nuevos y le planteaba a la vez tantas dudas e inseguridades, que necesariamente se imponía la colaboración con los investigadores médicos generales y con otros muchos campos. Pronto no habría ya nadie en situación de dominar personalmente el amplísimo campo de la Medicina, por no hablar de los métodos tecnocientíficos. Así, pues, Smith se dio cuenta de que la misión del

forense consistía en coordinar una especialización cada vez más refinada y entregada a los fines de la criminalística. Sólo en esta colaboración veía él la oportunidad de dominar los problemas que irrumpían tumultuosamente a través del progreso científico de la medicina forense.

23

El campesino Sidney Tiffin, que durante el mediodía del 21 de octubre de 1949 surcaba en su pequeño bote las marismas de Essex, en las inmediaciones de Tillingham (Inglaterra), no podía sospechar que daría origen a un caso criminal realmente sorprendente. En medio del tumultuoso desarrollo que experimentaba la medicina legal en aquellos años de posguerra, el mencionado caso sería un ejemplo que demostraría cuántos problemas dejaba al descubierto dicho desarrollo y en qué medida la medicina forense se veía obligada a efectuar nuevos esfuerzos y a especializarse cada vez más.

En aquellas horas de mediodía, la mirada de Tiffin se detuvo en un extraño bulto que flotaba en un afluente del Black-River. Al principio, Tiffin creyó que se trataba de un saco hinchable arrojado por algún avión de la Royal Air Force. Sin embargo, al acercarse vio que era un bulto grande, envuelto en una manta y atado con una cuerda. Lo abrió y, aterrado, vio ante sus ojos el tronco de un cuerpo humano. Faltaban la cabeza y las piernas. El tronco estaba envuelto en una camisa de seda engrentada y los restos de unos pantalones azules.

El superintendente Tottterdell, de la policía de Essex, fue informado una hora más tarde del macabro hallazgo y pidió ayuda a Scotland Yard. El superintendente MacDougall salió de Londres con dirección a Tillingham. A causa de la marea, el tronco del cadáver no pudo ser extraído hasta la mañana siguiente. Fue conducido al depósito de Chelmsford. Desde allí, MacDougall llamó a Londres y solicitó la presencia de un forense. Después regresó a las marismas y dirigió la búsqueda de la cabeza y las piernas de la víctima. Las aguas pantanosas eran barridas por vientos de tormenta que dificultaban extraordinariamente el trabajo. Unas horas después, MacDougall renunciaba a la búsqueda.

Cuando MacDougall, calado hasta los huesos, regresaba a Chelmsford, encontró al forense en pleno trabajo. Su nombre era Francis E. Camps. Pertenecía al pequeño grupo de médicos legales londinenses que habían puesto punto final a la era de Spilsbury. A la cabeza de los mismos se hallaba Keith Simpson, extraordinariamente sensible, nervioso y activo profesor de medicina legal en la Guy's Hospital School y primer catedrático de medicina forense de la Universidad londinense. Su fama se basaba en el papel decisivo que desempeñó en crímenes tan insólitos como el caso Dobkin (1942), el caso del «asesino de Wigwam», Sangret (1942), y el caso de Haigh, el asesino de los ácidos (primavera de 1944). Simpson había vivido aún las repercusiones de la era de Spilsbury. Cuando se presentaba en los depósitos de cadáveres con su moderno instrumental, muchos ordenanzas creían que «el mundo se hundía, porque se negaba a utilizar los anticuados instrumentos de Spilsbury». Como el propio Spilsbury, era un hombre que defendía la íntima colaboración con la policía, pero era a la vez un científico de gran importancia. Luchó por la fundación de institutos forenses perfeccionados hasta el extremo de que en Londres resultaba aún insólito. Sólo en el año 1942 consiguió crear la base para uno de tales institutos en una habitación del Guy's Hospital cedida por el químico y toxicólogo Ryffel. En realidad se trataba de una estancia tan pequeña, que «un gato no podía mover la cola en ella». Con él colaboraron Francis E. Camps, profesor de medicina forense en el London Hospital, y Donald R. Teare, médico forense de Londres. Camps, sesudo, tranquilo, con la pipa entre los dientes, comunicó a MacDougall el resultado de su primera investigación.

El tronco pertenecía a un hombre muy robusto y pesado, de casi 100 kg y una estatura de 170 cm aproximadamente. La vieja experiencia de que la epidermis y las uñas de los cadáveres arrojados al agua desaparecían después de cierto tiempo, permitió deducir a Camps que el torso llevaba por lo menos tres semanas en el agua. Calculó, además, que el asesino lo había lanzado al río unas cuarenta y ocho horas después de la muerte. El cadáver tenía seis heridas de arma blanca. Además, presentaba diversas fracturas de costillas y otros huesos, sufridas todas ellas después del fallecimiento. Camps propuso extirpar la piel de los dedos y enviarla rápidamente al inspector jefe Cherrill,

jefe de la sección dactiloscópica de Scotland Yard. El superintendente Totterdell partió ya hacia Londres cuando Camps se hallaba ultimando su trabajo. Cuando el forense, en compañía de MacDougall, llegó a Londres, le esperaba la noticia de que Cherrill, tras inyectar glicerina en la piel, había obtenido unas huellas dactilares aprovechables y había encontrado las huellas correspondientes en una de las fichas de Scotland Yard. El muerto era un tal Stanley Setty, condenado a ocho meses de prisión en 1928 por quiebra fraudulenta. Setty contaba 47 años y procedía de Bagdad. Su verdadero nombre era Sulman Seti. Había llegado a Londres en 1903 con sus padres, que se dedicaban al comercio de alfombras. En los últimos años desempeñó un papel poco claro, como comerciante, en el mercado diario de Warren-Street. Sus verdaderos negocios quedaban en la sombra. Se sospechaba que uno de estos negocios oscuros era el tráfico de bonos de gasolina falsos y la venta de aviones viejos a los países del Próximo Oriente.

Setty, que, con su rostro carnosos, sus camisas de seda y sus corbatas llamativas, era uno de los personajes más conocidos de Warren-Street, había desaparecido el 4 de octubre. Al día siguiente, la familia de su hermana, que habitaba con él en un lujoso apartamento de Lancaster Gate, comunicó su desaparición a la comisaría de Albany Street. El día 4 de octubre, Setty había vendido todavía un coche y hecho efectivo un cheque de 1000 libras. Se embolsó doscientos billetes de cinco libras. El inspector jefe Jamieson, encargado de investigar la desaparición, consiguió los números de los billetes cobrados. El 5 de octubre, por la mañana, el coche de Setty apareció ante su garaje de Cambridge Terrace News, con la llave de contacto puesta. De su propietario no había el menor rastro. Desde el 6 de octubre, los periódicos londinenses difundieron las más diversas especulaciones sobre las causas de la desaparición.

El 22 de octubre aparecía el cadáver de Setty —víctima, sin duda, de un asesinato—, y el acontecimiento ponía punto final a las especulaciones periodísticas. Sin embargo, se formulaba inevitablemente una pregunta: ¿Cómo pudo ir a parar a las marismas de Essex el torso del cadáver?

Aquella misma noche, un coche trasladó los restos mortales de Setty a la London University Medical School, donde Camps los estaba ya esperando. La autopsia demostró que para el ase-

sinato se había usado un arma de doble filo, de unos 10 cm. Las heridas pudieron ser inferidas mientras la víctima estaba tendida, sentada o de pie; las trayectorias de las mismas estaban distribuidas de tal forma, que seguramente el cuerpo de Setty rodó hacia uno y otro lado mientras lo apuñalaban. Una de las cuchillas penetró hasta el lóbulo pulmonar izquierdo, y casi le había arrancado de raíz. Seguramente produjo una intensa hemorragia, una especie de pérdida total de sangre, que tendría como consecuencia una muerte casi instantánea. Los brazos y manos de Setty no presentaban heridas, lo cual resultaba algo extraño, ya que, con frecuencia, la víctima de un asalto semejante se defendía con los brazos. Para separar las piernas y la cabeza, el asesino había utilizado una sierra de dientes irregulares. Camps pidió ayuda al anatomista Dixon Boyd. Sólo la radiografía permitió apreciar totalmente las proporciones de las lesiones óseas: estaban rotas todas las costillas, el pubis y el sacro. Se descubrió que todas estas lesiones eran posteriores a la muerte y fueron ocasionadas por un aplastamiento, algo así como una caída desde una gran altura.

El día 23 de octubre por la mañana, cuando Camps se hallaba con el superintendente MacDougall en la sala de la Medical Hospital School, declaró como de pasada: «Las fracturas de los huesos me recuerdan las autopsias de aviadores y paracaidistas cuyo paracaídas no se ha abierto y han caído al agua desde una gran altura. Parece increíble, pero tal vez en este caso el asesino se haya deshecho del cadáver lanzándolo desde un avión...». MacDougall informó inmediatamente a su superior, el superintendente jefe Beveridge. Éste tenía una dosis de fantasía suficiente como para captar y admitir las ideas de Camps. MacDougall empezó a hacer averiguaciones en los aeropuertos del oeste de Inglaterra. Al día siguiente, 24 de octubre, se recibió un comunicado de Elstree, aeródromo privado de Hartfordshire. El 5 de octubre, es decir, un día después de la desaparición de Setty, un joven llamado Donald Hume, de Londres, Golders Green, 620 B Finchley Road, alquiló el avión Auster G-AGXT para un vuelo hacia el Southend. Hume era conocido en Elstree como antiguo piloto de guerra. En los años precedentes había pilotado a menudo aviones. El encargado de turno, Davey, recordaba que Hume llevaba consigo dos enormes paquetes, que trasladó desde su coche al avión alquilado. El más

grande de los dos bultos fue colocado por Hume en el asiento del copiloto. MacDougall fue a buscar inmediatamente la manta y la cuerda que envolvían el cadáver y regresó a Elstree, para interrogar a Davey. El encargado no reconoció la manta, pero sí la cuerda. Otro hecho interesante fue que MacDougall descubrió varias manchas de sangre en el suelo del avión, tras el asiento del copiloto. El superintendente Beveridge decidió vigilar a Donald Hume y averiguar lo que había hecho desde el día 4 de octubre. El resultado fue sorprendente. El 5 de octubre, entre las 4 y las 5 de la tarde, Hume despegó de Elstree. Fallaban unas dos horas para que se pusiera el sol. Contra su costumbre, dejó su perro favorito, Tony, en el coche, vehículo de alquiler que quedó en Elstree. Hume manifestó que había regresado antes de caer la noche. Pero no era cierto; en realidad aterrizó en Southend a las 6,30, cuando estaba ya anocheciendo. En Elstree, Hume era considerado como un piloto poco seguro, incapaz de volar por la noche, y por ello nadie se extrañó de que no regresara hasta el día siguiente. Lo raro fue que dejara a su perro —generalmente muy mimado— en el coche cerrado, durante toda la noche y la mañana del día 6 de octubre. Hacia las 7,30, Hume salió del Southend y se fue a Londres en taxi. A las 8,30 llegaba a Finchley Road. A la mañana siguiente tomaba otro taxi en dirección a Elstree, para recoger el coche alquilado y el perro. Comunicó a los empleados del aeródromo que el avión estaba en Southend y que lo devolvería por la tarde. Hacia las 3,30 compareció en Southend. El ingeniero jefe de aquel aeródromo vio que Hume sacaba de su coche un enorme bulto, envuelto en una manta militar, y lo cargaba en su Auster G-AGXT. Hume puso el bulto de pie, en el asiento del copiloto, y despegó. Tres horas después aterrizaba, pero no en Elstree, sino en el aeródromo de Gravesend. Dijo que se había extraviado, tomó un taxi y se fue a su casa. Pagó con un billete de cinco libras. Al día siguiente comunicó a la dirección del aeródromo de Elstree que fueran a recoger el aparato en Gravesend.

Todas estas circunstancias eran aptas para despertar sospechas. ¿Estaba Hume complicado en el asesinato de Setty? ¿No era posible que atrajera a Setty a su casa de Finchley Road, que lo asesinara y aprovechara sus habilidades como piloto para arrojar las partes del cadáver descuartizado en el

canal de la Mancha? Las averiguaciones posteriores sobre el pasado de Hume intensificaban las sospechas. Además, existía un hecho fundamental: Donald Hume era amigo de Setty.

La historia de Hume no tenía nada de edificante. Aunque muchas de las cosas averiguadas en el Soho por los hombres de Beveridge eran difíciles de probar, el conjunto era poco tranquilizador. Hume, de 30 años, era hijo ilegítimo de una maestra, que lo abandonó en un asilo. Desde su niñez le obsesionó la idea de su nacimiento y creyó que tenía derecho a vengarse de la sociedad y a «tomar de ella lo que se le antojara, sin dar nada a cambio». Aunque tuvo unos padres adoptivos ejemplares y le dieron un buen empleo como electricista, jamás había bajado de un modo constante. A los 17 años robaba coches, los utilizaba hasta dejarlos convertidos en pura chatarra, y después los dejaba abandonados en alguna carretera. Ávido de aventuras, en 1939 entró voluntario en la RAF con documentación falsa. A los pocos meses fue licenciado. El motivo oficial fue una meningitis, pero ya anteriormente se había mostrado incapaz de cumplir lo que se exigía a cualquier piloto o tirador de a bordo. En los años siguientes vendió en el mercado negro alcohol mé-dico mezclado con gin, con el nombre de «Fonlinson's Old English Gin». Cuando no pudo obtener más alcohol logró un empleo en las fábricas de aviones Napier, para dar la alarma antiaérea. Una vez dio una falsa alarma y robó las existencias de la cantina, mientras el personal se encontraba en el refugio. Más tarde adquirió por 5 libras un uniforme de piloto, y desde el año 1942 se presentó como el oficial piloto Don Hulme en diversos depósitos de maquinaria aérea. Recogía piezas de motores con documentación falsa, y luego las vendía ilegalmente. Al ser detenido, encontró en Old Bailey un juez extraordinariamente benévolo, que le concedió un plazo de prueba de dos años. Inmediatamente, Hume explotó en beneficio propio la miseria de los años de guerra y posguerra. Produjo material eléctrico, fundó talleres en Londres y Hay on Way, se sospechó que había participado en robos de grandes bandas, llevaba trajes caros y andaba en coches lujosos. Era cliente habitual de los clubs nocturnos más caros; compró una casa de dos pisos en Finchley Road y se casó con la elegante Cynthia, hija de un empleado de banca. Su esposa jamás le preguntó de dónde procedían sus ingresos. En 1947, cuando los años de escasez pasaron

y se inició la vida normal, con sus exigencias de honradez y capacidad, Hume se encontró otra vez con las manos vacías. Por entonces conoció a Setty y se hizo su cómplice en toda clase de negocios turbios. Esto le permitió seguir viviendo como hasta entonces.

Se decía que Hume pasaba para Setty los aviones viejos al norte de África. A todas estas averiguaciones vino a añadirse la presencia del taxista que llevó a Hume desde Southend a Londres la noche del 5 de octubre. Hume le había pagado con un billete de cinco libras, que el taxista aún llevaba consigo. El número de la serie coincidía con la de los billetes cobrados por Setty antes de su desaparición.

El 27 de octubre, a las 7,30 de la mañana, Jamieson se presentaba en casa de Hume para detenerlo provisionalmente. Se encontró con un hombre joven, robusto, de pelo negro y mirada fría. La comisura de sus labios se torcía hacia abajo en un gesto de burla. Posteriormente, el superintendente Beveridge escribió: «Ser detenido por un crimen capital e ir a parar a una comisaría es algo que suele producir temor. Ya he visto hundirse en tales ocasiones a los individuos más arrogantes. Hume parecía completamente tranquilo...». En sus primeros intentos de negarlo todo, Hume declaró que realmente había conocido a Setty y que había llevado paquetes en un avión; pero todo podía explicarse perfectamente. La declaración de Hume empezaba así: «Estoy casado y vivo con mi esposa Cynthia y mi hijo de 3 meses en Golders Green. Durante la guerra, serví dieciocho meses en la Royal Air Force. Tengo carnet de piloto y, desde hace nueve meses, soy socio del United Services Flying Club... En los últimos años he estado relacionado con comerciantes de automóviles en Warren-Street. Entre ellos se encontraba el señor Salvadori. Ya les he dicho que puedo pilotar un avión. Muchas veces me pedían que llevara a alguien a Italia o Bélgica». Después, Hume seguía diciendo que la noche del 30 de septiembre había hablado con un hombre llamado Mac en la oficina de Salvadori. Éste le presentó a otro hombre llamado Gree. Hume los describió a ambos con todo detalle. Mac le preguntó si quería ganar dinero. Hume dijo que sí y dio a Mac su número de teléfono. El domingo, 2 de octubre, Mac le llamó y le preguntó si podía volar cuanto antes. Hume dijo que podía hacerlo. Tres días después, el 5 de octubre, Mac llamó

otra vez y pidió a Hume que dispusiera de un avión de alquiler porque pensaba visitarlo para darle «un encargo». Hume alquiló el avión y un automóvil sin chofer para dirigirse a Elstree. Entre las 2 y las 3 de la tarde, se presentaron en casa de Hume, Mac, Gree y otro desconocido llamado Roy. Gree y Roy llevaban un paquete cada uno. Mac dijo que los paquetes contenían matrices para imprimir bonos de gasolina falsos. Hume tenía que meterlos en su avión y arrojarlos al canal de la Mancha. Mientras le daba el encargo, Mac jugaba con una pistola. Hume recibió seis billetes de 5 libras. Mac le dijo que volvería a pasar por su casa a las 8 de la tarde y que le daría otras 50 libras. Hume describió el tamaño de los dos paquetes, descripción que coincidía con la de los empleados de Elstree. Los dos bultos estaban envueltos en cartón y papel. Hume los puso en su cocina. Hacía las 3,30 de la tarde, los cargó en el coche de alquiler y, acompañado de su perro, se encaminó al aeropuerto. El resto de la historia contada por Hume coincidía con el informe de Elstree. Lo único nuevo era que, una vez en el avión, había volado hacia el canal, a unos 300 m de altura, y había arrojado los paquetes a unas 4 ó 5 millas de Southend. Al alquilar el avión había dicho que lo necesitaba para ir a Southend; así, pues, aterrizó en aquel aeródromo y luego se encaminó a Londres, porque ya era muy tarde para regresar en el avión. Pagó al taxista con uno de los billetes de 5 libras que la había dado Mac. Al llegar a su casa, Mac salió de las sombras y pidió a Hume que, al día siguiente, arrojará otro paquete al canal. El paquete estaba en un coche, que se hallaba aparcado al otro lado de la calle. Mac y Roy lo llevaron a casa de Hume y lo pusieron en el depósito de carbón de la cocina. Hume continuaba su declaración con las siguientes palabras: «A la mañana siguiente, hacia las 11, cargué el paquete en el coche con ayuda de un empleado del garaje Sounders. Al bajarlo por la escalera, se oyó un sonido gutural. Pensé que podía tratarse de un cuerpo humano... A la mañana siguiente leí la noticia de la desaparición de Setty y, de pronto, se me ocurrió que en el paquete podía estar el cuerpo. El bulto iba envuelto en una manta del ejército y atado con un cordel».

El resto de las declaraciones de Hume coincidían con las averiguaciones efectuadas en Southend, Gravesend y Elstree. Los detalles nuevos correspondían a la forma en que Hume

había arrojado el pesado bulto al canal de la Mancha. El 7 de octubre, por la mañana, Hume leyó en los periódicos los números de los billetes que llevaba Setty antes de morir. Aterrado, comprobó que correspondían a los que le había dado Mac. Hume decía también: «El domingo, 23 de octubre, leí que en Essex había aparecido una parte del cadáver de Setty. Poco después, hacia las 11, sonó el teléfono... El desconocido llamado Roy me preguntaba si había leído los periódicos dominicales y me amenazó: "Espero que no te vayas de la lengua. Tienes mujer y un hijo". Desde entonces no he sabido nada más de ellos».

La «confesión» de Hume casaba tan perfectamente con las averiguaciones efectuadas, que Beveridge y MacDougall, pese a su desconfianza, no pudieron «pasar adelante». Exigieron una vez más una descripción minuciosa de los tres desconocidos. Hume los describió con todo detalle y dijo: «Búsquenos por Warren-Street». La declaración de Hume demostraba que, por lo menos, había participado —aunque inconscientemente— en la desaparición del cadáver de Setty; por ello no fue puesto en libertad. Jamieson y una escuadra de agentes se pusieron a buscar en seguida a Mac, Gree y Roy. Encontraron a Salvadori, en cuya oficina Hume había conocido a Mac. Pero Salvadori dijo que jamás había conocido a nadie que respondiera a las características de Mac, Roy y Gree. En todo el barrio de Warren-Street no había nadie que supiera de quién podía tratarse. Las pesquisas en todos los bares y locales nocturnos donde pululaban gentes de oscura existencia, dieron un resultado nulo. MacDougall llegó a la conclusión de que Mac, Gree y Roy no existieron jamás, sino que eran personajes inventados por Hume.

Varios policías instalaron su cuartel general en la casa de Hume con el pretexto de proteger a Cynthia Hume contra posibles represalias de los desconocidos. No dejaron ni un solo rincón por investigar. Buscaban huellas dactilares de Setty. Interrogaron sistemáticamente a todas las personas que habían entrado en la casa o habían estado en contacto con Hume entre los días 4 y 6 de octubre. No descubrieron la menor huella dactilar de Setty. Cynthia Hume declaró que nunca había visto a Setty en la casa y que no había notado absolutamente nada extraño los días 4 y 5 de octubre. El día 5 había permanecido en una habitación del piso superior, en compañía de su hijo

enfermo. A mediodía, el niño fue llevado a una clínica y ella estuvo con él durante todo el día 6. Por lo demás, jamás se había ocupado de los negocios de su marido. Sin embargo, le parecía difícilmente explicable que en su casa se hubiese cometido un crimen, descuartizado y empaquetado un cadáver sin que ella se hubiera dado cuenta. Se mostraron fotografías de Setty a todos los vecinos. Nadie recordaba haberlo visto nunca en Finchley Road. En la noche del 4 de octubre, ninguno de los demás habitantes del inmueble había oído ruidos extraños, de una lucha, una caída o un cuerpo arrastrado. Por otra parte, tampoco había visto personajes dudosos como Mac, Gree o Roy. Jamieson descubrió, finalmente, el primer punto débil de la declaración. Mrs. Stride, la asistente, que cada miércoles limpiaba la casa de los Hume, solía llegar a las 2 y trabajaba hasta las 5 de la tarde. El miércoles 5 de octubre subió al primer piso, compuesto de un vestíbulo, una gran sala de estar y un comedor con cocina aneja. Con gran sorpresa, descubrió que faltaba la alfombra de la sala de estar. Hume le dijo que la había sacado por la mañana para llevarla a lavar y teñir. Además, afirmó que quería aprovechar la ocasión para barnizar todos los suelos, con excepción del linóleo del salón. Finalmente, ordenó a Mrs. Stride que comprara nuevos trapos de limpieza, porque los viejos estaban demasiado usados. Luego permaneció una hora en la cocina, con la puerta cerrada, y salió con dos paquetes bajo los brazos. Se trataba de dos paquetes muy pesados. Mrs. Stride no había visto a ningún hombre cuyas señas correspondieran a los que —según Hume— le llevaron los paquetes a casa.

En el garaje Sounders, Jamieson habló poco después con un empleado llamado Stadden. El 6 de octubre, por la mañana, Hume le había encargado barnizar los suelos. Stadden se puso a trabajar a mediodía. Poco después, Hume le pidió que le ayudara a llevar un paquete a su coche. Hume había intentado bajarlo solo, pero sólo había llegado al pie de la escalera. Se trataba de un pesadísimo bulto, envuelto en una manta y atado con un cordel. Hume prohibió a Stadden que lo cogiera por una parte que no fuera el cordel. Hume tuvo que llevar el coche desde la calle a la puerta trasera de la casa, para acortar el camino. Y se dio la curiosa circunstancia de que, para trasladar el coche, Stadden tuvo que acompañarlo y sentarse a su lado, como si Hume temiera dejarle solo con el bulto en la escalera.

En principio, MacDougall y Jamieson no contaban con más material para fundamentar una acusación. Sin embargo, bastaba para intensificar la sospecha de que Hume era el asesino y de que había inventado una historia para eludir su culpabilidad. ¿Había asesinado a Setty, que lo visitó por alguna razón la noche del 4 de octubre? ¿Había dejado el asesinato tantas manchas de sangre, que Hume decidió quitar la alfombra y barnizar los suelos? ¿Había escondido el cadáver en la carbonera de la cocina y lo había descuartizado a primera hora de la tarde del día 5, mientras su mujer y su hijo estaban fuera, y la asistente trabajaba en la habitación contigua?

El 29 de octubre, Francis E. Camps recibió la orden de examinar toda la vivienda de Hume para buscar manchas de sangre y polvo de huesos serrados. Parte del trabajo fue encomendado al doctor Henry Smith Holden, director del laboratorio policíaco de medicina forense de Scotland Yard. La historia de este laboratorio y su relación con la medicina legal, serán estudiadas en otro capítulo. Digamos, por el momento, que Holden era químico y poseía gran experiencia en el estudio forense de la sangre, tema que tantos problemas venía planteando desde los días de Uhlenhuth, hasta el punto de convertirse casi en una especialidad: la serología forense. El mayor impulso vino dado por el descubrimiento de que la sangre no era siempre igual, sino que podía dividirse en los llamados *grupos sanguíneos*. La distinción entre grupos A, B, AB y O, así como el descubrimiento de un creciente número de factores sanguíneos, había hecho posible sacar importantes conclusiones forenses del estudio de manchas de sangre. En casos de asesinato se determinaba también el grupo sanguíneo de la víctima. La autopsia de Setty dio como resultado que su grupo sanguíneo era el O. La serología forense y su evolución hasta convertirse en especialidad, serán tema de un capítulo especial; de ahí que nos limitemos ahora a dar estas simples indicaciones.

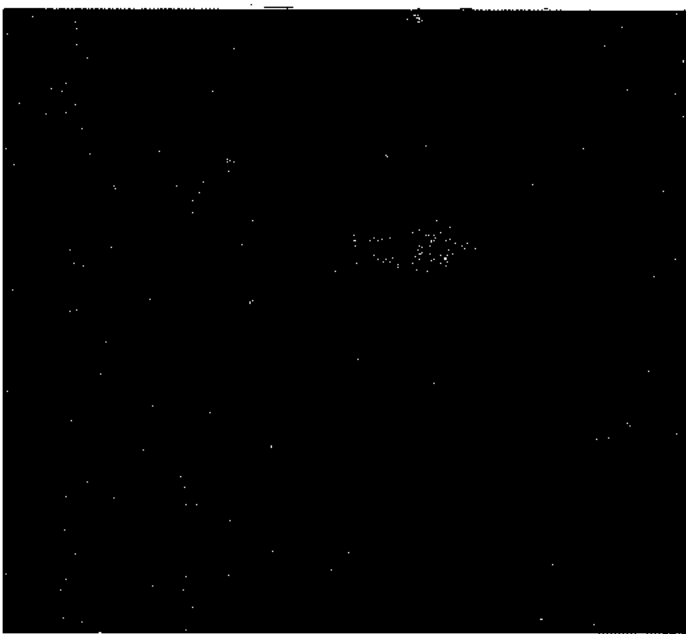
Holden y Camps trabajaban con una precisión milimétrica. Bajo la alfombra lavada y teñida, Holden localizó una mancha de 30 por 22 cm. Era sangre. Sin embargo, a causa del lavado y el teñido, resultaba imposible determinar el tipo y el grupo de la misma. Holden descubrió otras manchas en tres tablas de madera del entarimado, muy cerca de la puerta del salón. En este caso, el análisis era posible: se trataba de sangre humana.

El linóleo de la sala tenía otras manchas de sangre. Iban desde la puerta de la sala de estar, hasta el comedor. El suelo del comedor se hallaba cubierto por tablas recién barnizadas, cuya superficie no contenía la menor huella. En cambio, entre las tablas habían quedado rastros de sangre. Entre seis tablas se encontró sangre del grupo 0. Finalmente, Camps mandó arrancar todo el entarimado. El correspondiente examen dio como resultado la presencia de casi una taza de sangre, muy esparcida, perteneciente al grupo 0. La cocina y la carbonera no presentaban huella alguna; en la pared de la escalera y en el linóleo del cuarto de baño aparecieron unas manchas tan pequeñas, que no se podía comprobar si eran realmente de sangre humana. En ningún caso fue posible determinar el tiempo que llevaba la sangre en la vivienda de Hume, aunque algunas pruebas indicaban que debía de ser reciente.

No cabía la menor duda: en todo el cuerpo inferior de la vivienda había sangre humana, que luego se había intentado hacer desaparecer. En las superficies lisas de la cocina y en la carbonera, los intentos habían sido coronados por el éxito. En cambio, en el linóleo del salón, a pesar de todos los esfuerzos, quedaban manchas de sangre. Esto permitía deducir que las manchas de sangre debieron ser mucho más grandes.

Camps y Holden trataron de calcular la cantidad de sangre que el asesino tuvo que derramar para que quedara tanta sangre coagulada bajo las tablas del entarimado del comedor. Mandaron colocar unas cuantas tablas correspondientes al comedor de Hume. Luego vertieron encima medio litro de sangre fresca y calcularon, en diferentes intervalos, la cantidad de sangre que se acumulaba y coagulaba debajo de las tablas. Tras varios días de experimentos, llegaron a la conclusión de que, por lo menos, se necesitaba un litro y medio de sangre para explicar las manchas halladas debajo de las tablas. En el cálculo no se incluía la sangre que había llegado a la alfombra y al entarimado del salón, al suelo del vestíbulo y al cuarto de baño. Esta gran cantidad de sangre excluía cualquier posible explicación de Hume, en el sentido de que había sido derramada casualmente como consecuencia, por ejemplo, de una hemorragia nasal. Finalmente, Camps examinó la manta en que estaba envuelto el tronco de Setty. La manta dejó pasar una «gran cantidad de sangre», vertida sobre ella por los forenses.

En 1929, Erich Tetzner, de Leipzig (*abajo, derecha*) asesinó a un vagabundo, colocó el cadáver ante el volante de su coche y luego lo incendió. (*Arriba*, el coche en cuestión y el matrimonio Tetzner detenido.) Si, mutando su propia muerte por accidente, Tetzner pretendía cobrar un seguro de vida. El papel principal en el esclarecimiento del caso fue desempeñado por el profesor Fritz Korkel (1865-1934) (*abajo, izquierda*), uno de los forenses alemanes más importantes del período de entreguerras. Luchó por una colaboración cada vez más estrecha entre la medicina legal y la policía, mediante la puesta en práctica de nuevos métodos técnicos y científicos.



Si, de acuerdo con la versión de Hume, había alguna explicación para las manchas de sangre, la única posible era que la sangre procedía de los paquetes y bultos en los que —como él mismo había admitido— estaba el cuerpo de Setty. Ahora bien: si de los paquetes cayó tan gran cantidad de sangre, como es natural, tenían que estar completamente empapados. Hume no había dicho una palabra de ello. Y tampoco notaron nada Mrs. Stride y Stadden. Además, los paquetes habrían tenido que ser colocados sucesivamente en la sala de estar, el vestíbulo y el comedor, o arrastrados por todas las habitaciones. Pero Hume tampoco había dicho nada de ello en el interrogatorio. Todo parecía llevar a la conclusión de que Hume, y no otro, había asesinado a Setty en su casa y había arrastrado el pesado cuerpo ensangrentado por todas las estancias. Éste era el origen de las manchas de sangre.

Beveridge sospechaba que, durante el primer interrogatorio —sin que ellos supieran aún nada de las manchas de sangre— había tanteado con infernal habilidad e inventado una historia de acuerdo con lo que sabía la policía. Por ello, el superintendente —de acuerdo con el fiscal, Christmas Humphreys— decidió mantener en secreto el descubrimiento y no dar ocasión a Hume de imaginar nuevos detalles que justificaran las manchas de sangre, sin la presencia inmediata del criminal. La única posibilidad de envolverlo en contradicciones consistía en enfrentarlo por sorpresa con el hecho de las manchas de sangre. Además, contaban con que Hume tuviera ya preparada una versión de los hechos con detalles complementarios.

Humphreys preguntó a Camps y Holden si las manchas de sangre permitían sacar otras conclusiones que demostraran irrefutablemente que el asesinato sólo pudo ser cometido en el domicilio de Hume. ¿Qué ocurría, por ejemplo, con la coagulación de la sangre? Recordaba haber leído, en un libro de medicina forense, que la sangre de los cadáveres pierde la facultad de coagularse. ¿Cómo era posible, en este caso, que la sangre hallada bajo el entarimado del comedor estuviera coagulada? En el caso del bulto que envolvía el torso, habían pasado probablemente de diez a veinticuatro horas desde la muerte de Setty; su sangre había perdido, por tanto, la facultad de coagulación. ¿No constituía este hecho una prueba irrefutable de que la historia de Hume era inventada y que la sangre coagulada sólo



Uno de los casos en que se demostró la eficacia de los medios técnicos aplicados a la medicina forense fue el de Ruxton, ocurrido en Lancaster en 1934. Ruxton mató a su mujer y a una empleada doméstica, cuyos cadáveres descuartizó para impedir cualquier identificación. Una fotografía (a la izquierda) sirvió para identificar a la esposa. Una diadema, cuyas medidas se conocían, permitió ampliar la fotografía al tamaño natural y compararla con otras del cráneo encontrado (arriba). La coincidencia de las características anatómicas fue total.



podía proceder de Setty, que había sido asesinado precisamente en aquellas habitaciones?

Dos o tres decenios antes, Camps y Holden hubiesen podido responder con buena conciencia que el hecho de la coagulación podía ofrecer una clave para probar la culpabilidad de Hume. Entre 1935 y 1938, el alemán Walcher y el francés Piédelièvre, entre otros, habían comprobado que la sangre perdía la facultad de coagularse unas horas después de la muerte (Walcher estableció un lapso de seis horas). Pero lo que entonces parecía tan claro y sencillo, no lo era ya en 1949. El principio de que la sangre derramada en un asesinato se coagula, mientras que la sangre de un cadáver no lo hace, o pierde la facultad de hacerlo en un intervalo relativamente corto, no se sostenía ya ante algunos descubrimientos recientes y, a veces, contradictorios. La investigación, cada vez más sutil, de los procesos biológicos y químicos en el cuerpo humano, había demostrado que la coagulación de la sangre, incluso en personas vivas, era un proceso muy complejo, con factores aún desconocidos. En 1953, Berthold Mueller, uno de los forenses más importantes de Alemania, lamentaba que «al aumentar nuestros conocimientos, los procesos, en vez de simplificarse, se complican».

Uno de los problemas más difíciles era el de la coagulación de la sangre en los cadáveres. Tras una muerte lenta, en el curso de una enfermedad consuntiva, había aparecido siempre sangre líquida junto a sangre coagulada. Por el contrario, en casos de muerte rápida—y, naturalmente, también de muerte violenta—la sangre solía ser siempre líquida. En 1897, Brouardel afirmó que la sangre de una persona ahorcada se coagulaba en la primera hora que seguía a la muerte, y después volvía a licuarse. Sus afirmaciones fueron olvidadas hasta que, después de la segunda guerra mundial, se volvieron a admitir los descubrimientos de Brouardel y se estudiaron otros muchos detalles, aún más complejos. Algunos forenses alemanes, como Schleyer, Berg y Klein, y soviéticos, como Ydin, Bagdassarov, Gul'yayev, efectuaron nuevos hallazgos de importancia. La investigación de la sangre efectuada por los soviéticos experimentó un gran impulso después de la guerra civil española. La necesidad había obligado a utilizar sangre de cadáveres para transfusiones, las cuales no sólo se realizaron con un éxito completo, sino que permitieron descubrir, además, una serie de hechos sobre la

sangre de los cadáveres. Se demostró que, en efecto, la sangre de los fallecidos repentinamente se coagula casi siempre después de la muerte, para volver a licuarse en un tiempo más o menos corto. Por lo general, la sangre de los cadáveres parecía poseer una mayor capacidad de resistencia contra la coagulación. Sin embargo, el proceso cronológico de la coagulación o no coagulación no permitía formular reglas precisas. La sangre previamente coagulada podía licuarse—según las experiencias soviéticas—entre treinta minutos y tres días. Al parecer, la coagulación dependía de los órganos o partes del cuerpo de las que procedía la sangre. Sin embargo, también era influida por una serie de procesos fisiológicos y bioquímicos, distintos durante la muerte o después de ella, y en cada tipo de muerte. No existía una explicación segura de que la sangre del corazón permaneciera líquida en caso de muerte repentina y se coagulara si la muerte era lenta. En cambio, se daban diversas interpretaciones de este hecho; se pensaba en un suplemento de ácido carbónico anticoagulante, exceso que en caso de asfixia, por ejemplo, era producido por carencia de oxígeno. También se pensaba que, en caso de muerte repentina, proseguían durante algún tiempo ciertos procesos quimicobiológicos, que, cuando la muerte era lenta, quedaban ya interrumpidos antes del fallecimiento. En una serie de trabajos, el alemán Klein limitó a dos horas el tiempo en que la sangre de un cadáver conservaba su facultad de coagulación. En cambio, los estudios soviéticos afirmaban que dicha facultad se conservaba durante cinco, seis o más días. Probablemente, ambos resultados eran correctos, porque las circunstancias eran distintas. El alemán Schleyer descubrió que la sangre periférica, es decir, la que circula por las partes más externas del cuerpo, presentaba fases muy diversas de coagulación. De sus observaciones extrajo la conclusión de que, en casos de muerte repentina, la sangre era coagulable, pero no se coagulaba para después volver a licuarse, sino que, desde el principio, se mantenía en estado líquido, y posteriormente, tras un intervalo más o menos largo, perdía la capacidad de coagulación y de licuación posterior. Sin embargo, todos los conocimientos y descubrimientos podían considerarse provisionales. Todo estaba aún en marcha. Los forenses y serólogos buscaban los caminos que pudieran conducir a descifrar los secretos del proceso de coagulación.

No existía aún bibliografía sobre los mencionados estudios, cuando Camps y Holden se preguntaron si la coagulación de la sangre proporcionaría una base probatoria contra Hume. Ambos forenses estaban familiarizados con los trabajos del inglés MacFarlane —efectuados entre 1946 y 1948—, así como con los resultados de las investigaciones soviéticas. Revisaron una vez más todas las publicaciones científicas que tenían a su alcance y comprobaron que todas ellas coincidían en que, después de una muerte rápido —como la de Setty—, la sangre se conservaba líquida o se licuaba después de un cierto tiempo. Este hecho favorecía exclusivamente a Hume, en caso de que pudiera ampliar su declaración y dijera que salió sangre de los paquetes o del bulto llevados a sus habitaciones. En cambio, no existía certeza alguna sobre el tiempo que podía permanecer coagulada la sangre de un cadáver y la pérdida de la facultad de coagulación. Muchos experimentos parecían demostrar que la sangre de un cadáver permanece coagulada sólo unas pocas horas. Esto acusaba a Hume, y tanto Camps como Holden estaban convencidos de que era así. Pero también sabían que no tenían objeto operar ante un tribunal con un argumento científico semejante. Cualquier defensor hábil opondría ideas opuestas, ya que no existía seguridad alguna en este asunto. Por otra parte, no tenía sentido hacer del problema de la coagulación sanguínea un objeto básico de las pruebas contra Hume.

Los días 18, 19 y 20 de enero de 1950, Christmas Humphreys tomó la palabra como acusador en el proceso contra Donald Hume, celebrado en el tribunal número 1 de Old Bailey. Acusó a Hume de haber asesinado a Stanley Setty en su casa, durante la noche del 4 de octubre, o en la siguiente, y de haber desquartizado el cadáver, el cual, envuelto en tres paquetes, fue arrojado por el acusado desde un avión al canal de la Mancha los días 5 y 6 de octubre. El periodista británico John Williams describió al acusado con estas palabras: «Su espeso cabello negro y su rostro redondo y fresco le hacían parecer más joven de lo que realmente era. Sin embargo, aunque en aquellos días estaba un algo mitigada la fría expresión de sus ojos, su boca y las líneas rotundas de sus cejas daban una idea de su dureza». No tardaría mucho tiempo en dar pruebas de su resistencia y fantasía. Durante tres días, Humphreys fue llamando a sus testigos; desde el encargado del aeródromo de Epsom, pasando

por Mrs. Stride, hasta los más diversos personajes de Warren-Street, ninguno de los cuales sabía nada de los supuestos Mac, Gree o Roy. Sin embargo, el gran golpe de la acusación fue la presencia de Francis E. Camps y Henry S. Holden, los cuales presentaron la prueba de las manchas de sangre. Fue una sorpresa general. «Hume estaba de pie ante el banquillo, con las manos apoyadas en la barandilla —sigue contando John Williams—. Parecía tan seguro de sí mismo como siempre, pero, en el fondo, la excitación se iba apoderando de él. Era un triunfo del fiscal...». Pero la excitación del acusador no era menor. Le preocupaba una pregunta decisiva: ¿Conseguiría Hume llevar a cabo la jugada de cambiar su historia y explicar la presencia de las manchas de sangre sin necesidad de que él mismo hubiera levantado la mano contra Setty?

Humphreys, Camps y Holden no tuvieron que esperar mucho para darse cuenta —con indecible sorpresa y amargura— de que Hume había encontrado la respuesta. Cuando su defensor Levy lo llamó al estrado de los testigos, repitió su primera historia hasta lo ocurrido durante la noche del 5 de octubre, en la que Mac, Gree y Roy llevaron el gran bulto a su casa y lo dejaron en la carbonera. Pero desde ese momento cambiaba la historia.

—¿Qué hizo usted del paquete —le preguntó Levy—. ¿Qué hizo al marcharse los tres hombres?

—Fui a la carbonera —respondió Hume— para dejar el bulto en un rincón. Cuando lo levanté, oí un gorgoteo y vi una mancha de sangre en el suelo.

Humphreys cerró los ojos un instante. Luego se inclinó hacia delante. No quería perder ni una palabra de Hume. Quería descubrir en su declaración algún punto flaco. Frío e impassible, Hume explicó que, al ver la mancha, se sintió dominado por el terror. Encontró sangre en la sala de estar, donde antes estuvo el paquete, y la limpió. A la mañana siguiente hizo un primer intento de transportar el bulto al coche. Pudo arrastrarlo hasta la cocina, y luego al comedor. Entonces se deshizo una parte del paquete y se derramó gran cantidad de sangre, que se extendió por el vestíbulo. Volvió a limpiar el suelo, sujetó el bulto con un vestido de su mujer y puso después una manta encima. Una vez más limpió todos los suelos. Después llegó el empleado del garaje, dispuesto a barnizar, y él le pidió que le ayudara

a llevar el paquete al coche. El obrero no había visto la menor huella de sangre. Seguidamente, Hume relató la historia, ya conocida, de sus viajes en avión.

Humphreys sintió que el acusado estaba mintiendo a sangre fría. Excitado, intentó que Hume se contradijera en el interrogatorio, pero todo fue en vano. Se aferró a la única laguna que Hume se había olvidado de llenar: no explicaba las manchas encontradas en la alfombra de la sala de estar. La alfombra fue llevada a la tintorería el mismo día 5 de octubre. ¿De dónde procedía la sangre, sino de un asesinato cometido por Hume en su casa? Pero Hume era duro de pelar. Declaró, con su habitual impassibilidad, que él mismo desconocía el origen de la mancha. ¿Acaso no se encontrarían en muchas viviendas manchas de sangre de procedencia desconocida? En su opinión, ni siquiera se había demostrado que se tratara de sangre humana. Camps y Holden no lo habían probado.

Cada una de las respuestas de Hume confirmaba en Humphreys la impresión de que el acusado estaba mintiendo. Pero se hallaba impotente ante aquella sarta de mentiras, y Camps y Holden no habían podido proporcionarle pruebas irrefutables. Cuando Humphrey terminó su interrogatorio, sabía que había perdido la batalla más importante. Todo lo que seguiría después, tendría una importancia secundaria. No importaba ya que Levy presentara unos testigos que afirmaran haber encontrado a Mac, Gree y Roy en París. De nada servía que Donald R. Teare, como testigo de la defensa, dijera que Hume no habría podido serrar los huesos de Setty sin alarmar a los vecinos. «Es imposible —declaró Teare aludiendo a su experiencia de patólogo— dictar algo a una secretaria mientras se está serrando un cuerpo». Todos estos aspectos eran insignificantes. Lo decisivo era que el único testigo —como dice un informador—, la sangre de la víctima, no había demostrado nada de un modo patente.

El 23 de enero, sexto día del proceso, los miembros del jurado se reunieron a deliberar. Cuando regresaron a la sala, el que hablaba en nombre de todos —con una voz que dejaba traslucir la convicción de que Hume había mentido— anunció que el jurado no estaba en condiciones de emitir un veredicto unánime. Inmediatamente, Humphrey exigió la formación de un nuevo jurado. Sin embargo, sabía perfectamente que ese nuevo jurado no podría adoptar una decisión distinta del primero.

Resuelto a que Hume no escapara totalmente al peso de la ley, recurrió al único medio que Hume le proporcionó al declarar que los paquetes estaban manchados de sangre. El acusado podía escapar a la pena de muerte por asesinato, pero no podía negar que había participado, con plena conciencia, en la desaparición de la víctima. Así, pues, Humphrey lo acusó de complicitad en el asesinato. Preguntó a Hume si admitía su culpa, y éste no tuvo más alternativa que reconocerse culpable. El juez Sellers lo condenó a doce años de prisión. Al día siguiente, Hume ingresaba en la penitenciaría de Dartmoor.

«Toda Inglaterra —escribía luego Victor Sims, cronista del «Sunday Pictorial»— sintió que Hume había mentido para salvar la piel». No faltó quien reconociera que Camps y Holden hubiesen podido aportar la prueba de la culpabilidad, si su ciencia hubiera podido proporcionarles una base segura. Con gran indignación, la escritora Rebecca West escribió: «En lo que respecta a los especialistas médicos, mejor sería que se hubiesen quedado en casa...». Fue uno de aquellos momentos en los que Camps sintió, con profunda amargura, los límites de la medicina forense en un siglo de grandes progresos científicos. Esta amargura se percibía claramente en el informe que presentó sobre el caso Setty a la Sociedad londinense de medicina legal, el 23 de noviembre de 1950. Sin abandonar la frialdad científica, exponía la convicción de que Hume era culpable y el sentimiento de su propia impotencia. La respuesta al problema del caso Setty —concluía Camps— quedaría para siempre en el terreno de la especulación. En aquellos momentos, Camps no podía sospechar que, pocos años después, en una de las contiendas más insólitas y cinicas de la historia criminal, el caso Setty volvería a la luz estridente de la opinión pública, y con ello se daría una respuesta definitiva al problema del asesinato de Setty.

El 1 de febrero, muy de mañana, Hume abandonaba la prisión de Dartmoor, antes de que se cumpliera el plazo de la condena. Cuatro meses después, el 1 de junio de 1958, salía a la calle el periódico «Sunday Pictorial» con el titular siguiente: «Confesión sensacional de Donald Hume: ¡Yo asesiné a Setty y no fui castigado por ello!». Al principio parecía algo increíble, monstruoso... pero era verdad: incapaz de llevar una vida tranquila y ordenada, movido por la ambición económica y el ci-

nismo, Hume había vendido al periódico por 2000 libras la verdadera historia del asesinato de Stanley Setty. Sabía que ningún tribunal inglés podía juzgarlo por un crimen que ya había sido objeto de proceso.

La confesión de Hume, comprobada antes de su publicación, constituía una confirmación de los hechos descritos por los investigadores médicos y policíacos. Tras la quiebra de sus ambiciosas empresas de posguerra, Hume se había convertido en la sombra de Setty para todos los negocios sucios que efectuaba éste. Robó camiones, pasó armas al extranjero... Setty le pagaba bien, pero siempre vio en él a un «bastardo», a un pillo de más palabras que hechos. En 1949 llegó a su punto culminante el odio de Hume contra las maneras despectivas de su jefe. La noche del 4 de octubre de 1949, cuando Setty fue —sin ser visto— a casa de su ayudante para confiarle un nuevo encargo, el patrón desencadenó las iras de su subordinado con una observación burlesca. Presa de cólera, Hume echó mano de un puñal y asesinó a Setty a puñaladas. Setty intentó defenderse de su agresor con las piernas, pero ya era demasiado tarde. Cayó sobre la alfombra, donde recibió las heridas mortales. Fue todo cuestión de minutos. Ni siquiera estaban cerradas las persianas de las ventanas. Cuando todo hubo terminado, Hume arrastró el pesado cuerpo a través de las habitaciones, hasta dejarlo en la carbonera, lugar al que jamás iba su mujer, por miedo a los ratones. El suelo estaba cubierto de sangre; en la alfombra del comedor había una gran mancha. Hume limpió con todo cuidado los suelos e intentó lavar la alfombra, cosa que sólo logró a medias. Finalmente, limpió todos los objetos que pudo tocar Setty, con lo cual hizo desaparecer todas las huellas dactilares. Después salió a la calle para llevarse el Citroën de su patrón. Llevó el coche a Cambridge Terrace News, lo dejó aparcado en la oscuridad, corrió hasta Avenue Road, encontró un taxi, recorrió en él un trecho e hizo a pie el resto del camino hacia su casa. Cuando, hacia las 11, entraba de nuevo en su domicilio, nadie lo vio. Hume se dedicó inmediatamente a cortar la cabeza y las piernas de Setty con una sierra vieja y un cuchillo de cocina. El macabro trabajo resultó más rápido y fácil de lo que había pensado. Metió la cabeza en una lata vacía de la fábrica de conservas Heinz; las piernas, cosidas a puñaladas, pasaron a una caja de cartón, y el

tronco fue envuelto, primero, en fieltro, y luego, en una manta militar.

Cuando la asistente, Mrs. Stride, compareció al día siguiente, Hume había hecho su trabajo hacía ya muchas horas. La carbonera y la cocina aparecían limpias, y la alfombra había sido llevada a la tintorería. Además, Hume esperaba al obrero que había de barnizar los suelos. Ya no manaba sangre de los paquetes ni del bulto; sólo este último se había humedecido un poco. Por ello, Hume pidió al obrero barnizador Stadden que lo cogiera por el cordel. Como el tiempo apremiaba, Hume no pudo arrojar todos los restos de Setty al canal de la Mancha. Ello fue causa de que el tronco apareciera en la costa de Essex. Las tres semanas transcurridas hasta su detención, sirvieron a Hume para realizar nuevos trabajos de limpieza en su domicilio. Al final, quedó convencido de que había desaparecido hasta el menor rastro del crimen. Tan sólo cuando se dieron a conocer los números de los billetes de banco que Setty llevaba consigo, Hume comprendió que no podría escapar a una detención. Entonces empezó a inventar todas sus mentiras: su historia de Mac, Gree y Roy. El descubrimiento de las manchas de sangre fue para él una espantosa sorpresa; pero no le impidió maquinarse su segunda y gran mentira. ¿Acaso —preguntaba Hume— no fue algo verdaderamente magistral?

Cuando la cínica confesión de Hume apareció en el periódico inglés, su autor había abandonado Inglaterra. Se fue a Zurich, donde, con el nombre de Bird, se hizo pasar por un piloto de pruebas canadiense y derrochó su dinero a manos llenas. En 1959 organizó un asalto al Banco Industrial de Zurich, hirió a un cajero y mató a un taxista. Fue detenido y condenado a cadena perpetua.

Su confesión de junio de 1958 significó para Humphreys, Beridge y sus hombres, una tardía justificación. Para Camps y Holden tuvo una doble importancia. Por un lado, les enseñó que sus investigaciones y conclusiones habían sido irreprochables. Mas precisamente esta certidumbre hacía mucho más dolorosa la circunstancia de que la última prueba se estrelló ante la inseguridad que la investigación de la coagulación y otros innumerables procesos posteriores a la muerte no había podido superar.

24

En 1840, una de las primeras revistas de medicina forense, «Henke's Zeitschrift für die Staatsarzneykunde», publicaba una lista de los hombres que habían dedicado toda su vida a la medicina legal, lista que constaba de veintidós nombres de personas que vivían en Francia, países germanos, Italia, Austria, Escocia, etc. Habituaban, por consiguiente, en Europa, centro del mundo de entonces. Cien años más tarde, en los umbrales de la segunda mitad del siglo XX, varias revistas de medicina forense publicaban nuevas listas en las que se intentaba enumerar los institutos de medicina legal y las personas que se dedicaban a ella en todo el mundo. La lista ya no podía aspirar a la exhaustividad. Los nombres eran miles y miles, y el «mundo» no era ya Europa, sino toda la tierra habitada. Y, sin embargo, las listas distaban mucho de ser completas. Aunque los países donde nació la medicina forense seguían marchando en cabeza; aunque París, Lyon o Lille; Berlín, Leipzig, Munich, Heidelberg, Colonia, Erlangen o Hamburgo; Viena, Graz o Innsbruck; Milán, Roma, Nápoles o Palermo; Edimburgo o Glasgow seguían siendo centros de medicina forense de rango internacional, constituían sólo una parte de un mundo forense mucho más vasto. En la misma Europa, a lo largo de varias décadas, surgieron nuevos centros de investigación y trabajo, que muchas veces superaban a los más antiguos en modernidad de ideas y en instalaciones. Se encontraban en Zurich, Basilea, Berna y Ginebra; en Bruselas, Lieja; Madrid, Valencia o Barcelona; Atenas, Estambul o Liubliana; en Budapest, Bucarest, Cracovia y Lodz. Fueron creados en Helsinki, Copenhague, Oslo y Estocolmo, Moscú y Leningrado, Londres y Leeds. Sin embargo, la verdadera expansión de la medicina forense sólo era perceptible cuando se volvían los ojos a otros continentes. Había institutos forenses en Teherán, Pekín y Shanghai; en Tokio, Fukushima, Hiroshima, Hokkaido, Osaka, Kumamoto y Nagasaki; Brisbane, en Australia, y Auckland, en Nueva Zelanda; Manila, en Filipinas; El Cairo y Johannesburgo, en África. El panorama debía extenderse a Sudamérica: Buenos Aires y La Plata, en Argentina; Montevideo, en Uruguay; Santiago y Concepción, en Chile; Caracas, en Venezuela; Bogotá, en Colombia; São Paulo, Bahía,

Río de Janeiro, Belo Horizonte y Santa Catalina, en Brasil. Y la visión se completaba con los institutos creados en Quebec y Montreal, en Boston, Cleveland, Nueva York, Baltimore, San Francisco y Los Ángeles.

Como siempre, los Estados Unidos representaron un papel aparte. Unas tres décadas después de la muerte de Charles Norris, la lucha entre los *medical examiners* y los *coroners*, entre la comprensión de la importancia que tenía la medicina forense y la creencia de que cualquier médico podía ejercer un trabajo criminalista, no estaba aún resuelto. Tan sólo siete nuevos Estados habían adoptado el sistema neoyorquino del *medical examiner*, tantas veces puesto a prueba. Sólo cinco Estados habían abolido el *coroner* como cargo elegible, y cuatro de ellos establecieron, mediante una ley, que todos los *coroners* debían ser necesariamente médicos. En la mayor parte del país, los *coroners* seguían condicionando la fisonomía de la medicina legal.

Incluso en 1950, de los 70 *coroners* que seguían existiendo en Wisconsin, 33 eran propietarios de funerarias, como en la «década sin ley». Y, sin embargo, los *coroners* no eran ya lo que fueron. La creciente influencia de los sucesores de Norris, desde Gonzales a Vance, indujo a los *coroners* más inteligentes a tomar en sus propias manos la reforma del sistema. Henry W. Turkel, *coroner* de San Francisco, disponía de posibilidades forenses que podían ser enviadas por cualquier médico forense del Viejo Continente. Lo mismo podemos decir del *coroner* de Los Ángeles. Del mismo modo que Gonzales y Helpern daban lecciones en aulas que solían estar vacías en la época de Norris, así también el sistema de los *coroners* creó patólogos que, en San Francisco y Los Ángeles, pusieron los cimientos para las clases de medicina forense en las universidades californianas; hombres como Newbarr, Myers o Carr. Allan R. Mortiz, que fundó el Instituto de medicina forense en la Universidad de Harvard y enseñó patología forense en la Universidad de Cleveland junto con el *coroner* S. R. Gerber. Richard Ford prosiguió el trabajo de Mortiz en Harvard, y todos los meses reunía a un grupo de policías de todo el país en Boston, para hacerles ver la importancia de la medicina legal. Russell Fischer en Baltimore o Theo Curphy en Long Island persiguieron idéntico objetivo. Todos ellos eran aún individuos aislados, que habían de luchar contra las trabas tradicionales, contra las rivalidades

entre los condados y las leyes antiguadas. Sabían que la evolución europea no podía ser injertada en el propio país, sino que tenía que surgir un sistema distinto, impuesto mediante luchas y penalidades y capaz de cumplir la misma función que la medicina forense en el Viejo Mundo. Para conseguirlo había que marchar al compás de la estabilización social de los Estados Unidos. Sin embargo, aquellos hombres, con el optimismo característico de su país, esperaban que la medicina forense de los Estados Unidos influyera, a la corta o a la larga, en la de todo el mundo, como venían haciéndolo la medicina general y la investigación médica.

No cabía duda de que en un siglo la medicina forense se había convertido en una ciencia extendida por todo el mundo. Pero esta expansión geográfica era tan sólo un aspecto. Existía otro: el constante esfuerzo por adaptarse a la evolución, cada vez más vasta y difusa, de los problemas criminalísticos y sociales, y también a la evolución del mundo de la medicina. Desde sus primeros momentos, la medicina forense había aprendido dos cosas: a luchar y a transformarse. Durante muchos años tuvo que luchar porque quedara bien delimitada su función ante su «madre», la medicina: constituir un puente entre la medicina y la justicia y la investigación criminal. En otro período intentó, con éxito asimilar, transformar y proseguir una serie de conocimientos médicos, científicos y técnicos, necesarios para cumplir su misión frente a la criminalística. También a mediados de siglo, la medicina legal se encontró ante una nueva época, una época en la que las exigencias de la investigación criminal habían superado todo lo imaginable y, a la vez, los descubrimientos médicos, científicos y técnicos habían adquirido tal amplitud, que amenazaban con hacer estallar el marco de la medicina forense o lo hicieron estallar en realidad ya en el terreno tecnocientífico. Los casos de Jeannie Donald y Hume —con el éxito de una serie de métodos y disciplinas distintas, y la duda y comprensión de las lagunas científicas, resultado todo ello de un desarrollo tumultuoso— determinaban el panorama general. Cuando la medicina forense no pudo ser ya el receptáculo de todos los descubrimientos, se impuso la idea de la coordinación, preconizada por Sydney Smith en 1934. Esta idea pudo materializarse creando, al lado de todos los institutos forenses, otros institutos especiales para diferentes

ramas de la Medicina. Se podía seguir el camino iniciado en el Instituto forense de Copenhague por el danés Knut Sand, el cual creó un «gran consejo de medicina forense», del que formaban parte facultativos de todas las especialidades médicas y científicas con que contaba aquella Universidad. Dicho consejo, presidido por el propio Sand, se reunía siempre que era preciso resolver problemas difíciles de la investigación criminal.

Cuando Fritz Reuter —uno de los más inteligentes sucesores de Eduard von Hofmann y Albin Haberdas —escribió en 1954 una visión panorámica de la trayectoria seguida por la medicina forense, acababa con estas palabras de Schiller:

*Aspira siempre a la totalidad, y si tú mismo no puedes ser una
[totalidad,
¡inclúyete como un eslabón más al servicio de esa totalidad!*

de las masas. Pero esto no cambiaba el hecho fundamental: la fascinadora ciencia era la Toxicología, ciencia que ocupó el centro del interés mundial gracias al caso Lafarge y que provocó tumultuosas discusiones de repercusión internacional.

Empecemos por los hechos: Charles Lafarge era un joven tosco y brutal, de unos 30 años. Su padre, un fundidor no menos primitivo, tenía su forja en los terrenos de un antiguo monasterio y había alcanzado una posición económica bastante desahogada. Al morir el fundidor, su hijo Charles se casó con la hija de un acomodado propietario de Beauford y gastó la dote en ampliar la fundición. Mientras se efectuaban las obras, murió la mujer. Desde principios de 1838, los hornos permanecían apagados, y los acreedores apremiaban a Lafarge. La única salida para tan desesperada situación era, para el arruinado fundidor, un nuevo matrimonio con una mujer rica. Encargó, pues, a una agencia matrimonial parisiense que le buscara una dama apropiada. Los reclamos que utilizó revelaban la falta de escrúpulos de su forma de ser. Se hacía pasar por industrial y propietario de una especie de castillo. En agosto de 1839 entró en contacto con los padres adoptivos de una huérfana de 24 años llamada Marie Capelle.

Marie (Fortunée) Capelle era hija de un coronel sin recursos, aunque ambicioso y de un orgullo enfermizo. Había servido a Napoleón. Después de su muerte y de la de su esposa, los padres adoptivos de Marie, una pareja de burgueses parisenses acomodados, pero no ricos, enviaron a la muchacha a las mejores escuelas, donde convivió con las hijas de la nobleza y la aristocracia del dinero. Con el orgullo y la ambición enfermizos que había heredado de su padre, Marie utilizó la mentira para simular un origen noble y para ser considerada por sus condiscípulas como una igual. Al salir de la escuela, se fue hundiendo cada vez más en ese mundo de la mentira y el autoengaño. Como no tenía ni la belleza ni el dinero suficientes para hacer una gran carrera en París, vio, con resentimiento y amargura, cómo se casaban sus nobles amigas y pasaban a vivir en suntuosos palacios. Poco antes de que Charles Lafarge hiciera su aparición en París, Marie acompañó a una de sus excondiscípulas, casada con el vizconde de Leautaud, a uno de los castillos de éste. Mientras estuvieron en él, desaparecieron unas joyas, y el vizconde pidió al jefe de la Sûreté, Allard, que efectuara

III

El veneno escondido

Evolución y errores de la toxicología

I

Al iniciarse el año 1840, muy pocas personas conocían el nombre de una joven francesa de 24 años: Marie Lafarge.

Pocos meses después andaba en boca de todo el mundo no sólo en París, Londres, Berlín, Viena o Roma, sino también en San Petersburgo y Nueva York. Marie Lafarge, acusada de haber envenenado a su marido, Charles Lafarge, había adquirido fama mundial.

Como en otros muchos casos, también en éste podía parecer insólito el hecho de que la muerte de un hombre primitivo (pues no otra cosa era Charles Lafarge), en una localidad insignificante de una provincia francesa (Le Glandier), llegara a conmover el mundo. ¿Se debía acaso a la enigmática y extraña figura de la joven esposa, a la que Lafarge había sacado de París para llevarla a Le Glandier? ¿Podía quizás atribuirse a la circunstancia de que una envenenadora ejercía siempre una fascinación enfermiza en la opinión pública? ¿O bien fue la causa el que el proceso Lafarge llevara al escenario mundial una nueva ciencia, la Toxicología, o sea, el estudio de los venenos? Muchos millones de personas vieron por primera vez cómo desfilaban ante el tribunal médicos y químicos, todos ellos preocupados por arrancar al cadáver el secreto del veneno que había provocado la muerte. La nueva ciencia, favorecida por el auge general de la Química, parecía tan misteriosa como el objeto criminal de sus investigaciones. Probablemente se dio un intercambio: la fascinación del veneno y la envenenadora, confirió a la nueva ciencia un macabro relieve, que atrajo la atención

una investigación. Allard llegó a la conclusión de que sólo una persona podía haber cometido el robo: Marie Capelle. Esta sospecha le pareció tan inverosímil al vizconde, que impidió la detención de Marie y permitió que ésta regresara a París. Allí, sus padres adoptivos la recibieron con la noticia de que tenía un rico pretendiente.

Cuando Marie vio a Charles Lafarge, lo encontró ordinario y repugnante. Pero la noticia de que poseía un castillo bastó para que la muchacha ocultara sus verdaderos sentimientos. Sin vacilación, dio su consentimiento para la boda inmediata. Después de la ceremonia, la desigual pareja salió de París en compañía de la doncella de Marie, Clémentine. Hasta que llegaron a Le Glandier, Marie soñaba con ser la señora de un castillo y poder recibir en él a sus antiguas compañeras.

La decepción fue grande: Le Glandier era un lugar triste, de calles sucias. El castillo era un edificio monástico medio en ruinas, sombrío, húmedo, sucio hasta lo indescriptible y lleno de ratas, que corrían por las habitaciones en pleno día. Marie se encontró con unos parientes cuya incultura campesina provocó su más profunda aversión, gentes que, por su parte, desconfaban de la forastera llegada de París. En lugar de la soñada riqueza, le esperaba una angustiosa situación económica. La noche que siguió a su llegada, Marie se encerró con Clémentine en uno de los míseros dormitorios y escribió a su marido una carta en la cual lo conminaba a devolverle la libertad. Si no estaba de acuerdo, ella tomaría una buena dosis de arsénico; llevaba el veneno consigo. La carta era el resultado de un choque entre sus sueños y la realidad. Sólo después de varios días pareció calmarse. Lafarge, perseguido por sus acreedores, estaba dispuesto a cualquier sacrificio, excepto al de dejar escapar a su mujer. Se comprometió a no «tocarla» como mujer. Prometió reparar la casa y le proporcionó un caballo de montar y más servidumbre.

En las semanas siguientes, Marie escribió a sus parientes y amigos; sus cartas sólo podían provocar admiración: Marie hablaba de la felicidad que había encontrado en Le Glandier. Parecía doblegarse a su suerte y volver al antiguo juego del engaño y de la autosugestión. De repente, cedió a Lafarge una parte de su pequeña fortuna y escribió cartas de recomendación, que el marido llevó a París y que habían de sacarlo de

sus apuros económicos. Antes de que Lafarge partiera, en 1839, Marie le cedió, sin más ni más, toda su fortuna en caso de que ella muriera, y exigió a su marido que le correspondiera cediéndole la suya, en especial, la propiedad de Le Glandier. Lafarge cumplió el deseo de su esposa; pero— sin que ella lo supiera— redactó otro testamento en el que dejaba la propiedad a su madre.

Mientras Charles estuvo en París, falsificando otras cartas de recomendación con la firma de Marie, su esposa le escribía apasionadas cartas de amor. Como prueba de cariño, le envió un retrato pintado por una joven vecina de Le Glandier. Anna Brun. Finalmente, Marie pidió a su suegra que hiciera unos pastelillos de Navidad, para que Charles tuviera en París un recuerdo de su provincia natal durante los días santos. Escribió una carta al marido anunciándole la llegada de los pasteles, y en ella le decía también que, como prueba de su afecto hacia él, comería ella también de aquellos pasteles.

El 16 de diciembre, el paquete con los pasteles fue remitido desde Le Glandier, y el 18 llegaba al hotel L'Univers, donde se hospedaba Lafarge. El paquete no contenía los pastelillos anunciados, sino un solo pastel grande. Lafarge no se dio cuenta de nada y comió un pedazo de pastel. Poco después fue presa de violentas convulsiones, y vomitó y tomó un purgante. Permaneció un día en la cama, con los miembros paralizados por la debilidad. Por aquellas fechas, las gastroenteritis coléricas estaban a la orden del día; por ello, Lafarge no fue a ver a un médico. El pastel, al parecer en mal estado, fue destruido.

El 3 de enero, cuando Charles regresó a Le Glandier, se sentía aún muy débil y enfermo. Sin embargo, llevaba consigo 28 000 francos, y la idea de que podría saldar las deudas más urgentes le hacía olvidar sus males. Marie lo recibió cariñosamente, lo metió en la cama y le trajo carne de venado con trufas. Inmediatamente después del ágape se sintió atacado otra vez por la «enfermedad de París». Vomitó y se retorció por el lecho en convulsiones terribles. Por la noche vino el médico de la casa, el doctor Bardou, el cual creyó también que se trataba de cólera. No sospechó nada cuando Marie le pidió una receta para adquirir arsénico. Según ella, lo necesitaba para acabar con las ratas, que turbaban el descanso del enfermo.

Al día siguiente empeoró el estado de Lafarge. Le atormentaban

taba la sed y devolvía cuanto comía. Todos los habitantes de la casa y muchos parientes se reunieron a su alrededor: Marie y su criada Clémentine, la madre de Lafarge, sus hermanas, la joven prima Emma—única que sentía cariño e incluso admiración por Marie—Anna Brun, la pintora y Denis, secretario y sirviente de Charles. Marie servía al enfermo bebidas y medicamentos, en especial un remedio, goma arábica, que llevaba siempre consigo en un pequeño bote de malaquita y que ella misma—según decía—tomaba con frecuencia. Todo el mundo seguía sin sospechar nada, a pesar de que las fuerzas de Lafarge iban cediendo constantemente. El 10 de enero fue llamado otro médico, Massénat. También él creyó que se trataba de cólera y recomendó al enfermo leche con huevos batidos. Cuando Marie preparaba esta bebida, Anna Brun observó que tomaba unos polvos blancos de su bote de malaquita y los echaba en la leche. Anna preguntó a Marie qué medicamento era aquél, y Marie respondió que se trataba de un azúcar de flores de azahar. Momentos después, Anna Brun encontró el vaso—del que el enfermo sólo había tomado unos sorbos—y vio unos grumos blancos que flotaban en la leche.

Le pareció muy extraño que el azúcar no se hubiera disuelto. Le pintora empezó a sospechar y mostró los grumos al doctor Bardou. Este los tocó con la lengua y notó un sabor quemante. Sin embargo, manifestó que podía tratarse de cal derrendida del techo. Esta explicación la pareció tan inverosímil a la pintora, que guardó los restos de la leche en un armario. Desde aquel momento no perdió de vista a Marie. Observó que, a escondidas, echaba polvos blancos en la sopa de pan destinada al enfermo y no cocinada por ella, sino por la madre de Charles. Al primer sorbo, el enfermo gritó: «¡Oh, Marie...! ¿qué me das? ¡Quema como fuego!». Anna Brun escondió el resto de la sopa y comunicó sus sospechas a la madre, a las hermanas y a la prima de Lafarge.

El 12 de enero por la noche, una fuerte tormenta hizo temblar los viejos muros de Le Glandier, mientras los lobos aullaban en el exterior. Llovía a cántaros. Es difícil describir el ambiente reinante desde el momento en que, a la angustia por la vida del enfermo, se unieron las sospechas de que podía ser víctima de su propia esposa. La madre y las hermanas de Lafarge se metieron en la habitación del enfermo, mientras la prima

Emma corría a avisar a Marie y le comunicaba la monstruosa sospecha que se tenía de ella. La desconfianza creció cuando Denis, el criado de Lafarge, comunicó a las mujeres de la habitación del enfermo, que el 5 de enero Marie había enviado al jardinero Alfred, y el 8 a él mismo, a buscar arsénico a la farmacia de Eyssartier, en Liversac. Marie había dado a Alfred una receta del doctor Bardou; a él, Denis, no le había dado ninguna receta; sin embargo, consiguió que le vendieran 64 gr de arsénico en Brives. La madre de Lafarge se arrojó junto a la cama de su hijo, oró y juró que no entraría en la boca del enfermo ni un sorbo de líquido servido por su esposa.

La única que parecía inmovible, en medio del terror y la confusión, era Marie Lafarge. Con la cabeza erguida, penetró en el dormitorio del enfermo y mandó llamar al jardinero. Alfred manifestó que el arsénico que había comprado él mismo y el que adquirió Denis en Brives le fueron entregados por Marie con la orden de que confeccionara una pasta ratificada. Así lo había hecho. Aún tenía en su propiedad restos del arsénico utilizado. La desconfianza desapareció. Pero cuando, al día siguiente, 13 de enero, Armena, una de las hermanas de Lafarge, descubrió un poso de color blanco en un vaso de agua azucarada preparado por Marie, las sospechas volvieron a surgir. La noche del día 13, en medio de la tormenta, tras una penosa cabalgada por caminos casi intrasitables, llegó a Le Glandier un tercer médico: Lespinasse. Los síntomas que presentaba Lafarge convencieron a Lespinasse de que el enfermo había sido envenenado. Sólo el arsénico—declaró el facultativo—podía provocar tales síntomas. Sin embargo, ya era demasiado tarde para salvar al moribundo. A las pocas horas, cuando amanecía el día 14 de enero, Charles Lafarge falleció.

La excitación de los habitantes de Le Glandier era algo indescribible. Una vez más, sólo una persona parecía conservar la calma: Marie Lafarge. Mientras se propagaba el rumor de que había envenenado a su esposo, ella se maquillaba en su habitación, acompañada por su doncella Clémentine. Se vistió de luto, ordenó sus papeles y envió a su notario el testamento de Lafarge (sin saber que no era válido). La prima Emma fue la única que quiso visitarla, y obtuvo permiso para hacerlo. Llena de dudas, la muchacha dijo que el cuñado de Lafarge había ido a Brives a buscar el juez de paz y a avisar a los gendarmes.

Emma seguía admirando a Marie, aunque sentía que las acusaciones contra ella podían tener algo de cierto. En una momento de descuido, quitó a Marie la caja de malaquita, porque temía que aún contuviera arsénico y pudiera comprometer a Marie. Fue un acto de irreflexivo celo juvenil. Al mismo tiempo, Alfred, en un ataque de pánico, enterró el resto del arsénico que tenía en su poder.

Ésta era la situación cuando, el 15 de enero, llegaron a Le Glandier el juez de paz de Brives, Moran, con su escribiente, Vicant, y tres gendarmes. Marie Lafarge recibió al funcionario —sin duda capacitado pero con la inseguridad de todo provinciano frente a una parisienne— con una tristeza tan profunda, que Moran creyó hallarse ante una mujer injustamente acusada. Vacilante, escuchó las acusaciones de la familia y reunió las pruebas que Anna Brun tenía en su poder: la leche con huevos batidos, la sopa de pan, el agua azucarada y, finalmente, el vómito del enfermo. Moran lo puso todo, negligentemente, en un cesto. Tras un breve interrogatorio, Alfred confesó que había enterrado el arsénico y contó otras cosas: no sólo recibió arsénico el 5 de enero, sino también a mediados de diciembre, después que Marie Lafarge estuvo en Lubersac. Por lo demás, las ratas no habían consumido la pasta confeccionada por él, que se encontraba por todos los rincones donde fue colocada. Moran mandó recogerla y envió un gendarme a Lubersac para interrogar al farmacéutico Eyssartier.

El gendarme regresó con noticias que cambiaron totalmente la actitud de Moran frente a Marie Lafarge. En efecto, el 12 de diciembre, Marie había comprado una gran dosis de arsénico; el 12 de diciembre, es decir, pocos días antes de enviar a París el paquete con el pastel que provocó la repentina enfermedad de Lafarge. Más aún: el 2 de enero de 1840, Marie se presentó de nuevo en Lubersac y pidió más arsénico contra las ratas; el 2 de enero, es decir, un día antes del regreso de Lafarge.

Moran, lleno ya de desconfianza, mandó llamar a los médicos que habían tratado al enfermo. A mediodía del 16 de enero, llegaron a Le Glandier Barbou, Massénat y Lespínasse. Moran les encomendó abrir el cadáver y dictaminar las causas de la muerte. Luego provocó en ellos una gran sorpresa cuando les dijo que —según sus noticias— en París se había conseguido no sólo descubrir arsénico en las comidas, sino también en los cadá-

veres, por medio de procesos químicos. De un modo especial los profesores Devergie y Orfila habían realizado cosas sorprendentes en este terreno. Moran quiso saber si los tres médicos estaban informados de ello y se hallaban en condiciones de aplicar dichos procesos químicos en el caso Lafarge. Era evidente que Bardou, Massénat y Lespínasse estaban desconcertados; pero eran demasiado orgullosos para confesar su desconocimiento. Tras una corta deliberación, Lespínasse respondió que, naturalmente, estaban dispuestos a llevar a cabo en Brives las investigaciones pertinentes. Lo único que pensaban hacer era llamar a consulta a sus colegas Lafosse y D'Albay, porque éstos tenían una gran experiencia de la química.

Así, pues, en aquel momento y en aquellas circunstancias, se inició la entrada en escena de la Toxicología, que atraería la atención de millares de personas, a uno y otro lados del Atlántico.

2

Retrocederemos un poco, para describir la situación en que se hallaba la que por entonces se conocía con el nombre de Toxicología.

«Sacad el veneno del lugar en que está escondido, mostradlo y será ahorcado», gritó unos cien años atrás Henry Fielding, el hombre que había creado en Londres la institución de los Bow-street-runners. Lo gritó cuando una viuda fue acusada por sus vecinos de haber envenenado a su marido. Pero los Bow-street-runners no encontraron veneno en el domicilio de la viuda, ni se pudo probar que ésta lo hubiera adquirido jamás. Sólo existía la posibilidad de descubrir el veneno en el cuerpo del marido. Pero todos los médicos consultados por Fielding estaban incapacitados para hacerlo.

Por aquellos días, hacía treinta años que el famoso clínico holandés Hermann Boerhaave creyó descubrir que varios venenos, en «estado incandescente o gaseoso», despedían olores característicos. Por ello propuso tratar con brasas encendidas sustancias que se suponían venenosas, y luego comprobar su olor. Boerhaave se consideraba el primer investigador que había intentado resolver el problema de descubrir la presencia de un

veneno por procedimientos químicos. Hasta entonces, las sustancias venenosas solían buscarse en las autopsias. Pero los médicos que las practicaban estaban aún muy lejos del deprecionante reconocimiento que poseyeron los forenses de los siglos XIX y XX. Resultaba imposible —con escasas excepciones— demostrar que existía un envenenamiento partiendo de los descubrimientos efectuados en las autopsias. Las escasas excepciones correspondían a venenos particularmente corrosivos, como ácidos, que causaban inconfundibles destrucciones de los tejidos, y algunos venenos inflamatorios, como el peligroso Liebespulver «Spanische Fliege», que producían cambios muy notorios, especialmente en los riñones.

Desde los tiempos de la antigua Roma, los médicos, juristas y órganos policiales tenían ideas muy confusas sobre los síntomas de envenenamiento. Una mezcla de observación insuficiente y de superstición hacían que se considerara envenenado el cuerpo humano cuyo aspecto fuera «azul oscuro o manchado» o que «oliera mal». A veces, los fenómenos normales de los cadáveres eran considerados por los antiguos como síntomas de envenenamiento. Por ejemplo, era pura superstición la idea de que el corazón de un envenenado no podía ser destruido por el fuego.

No es de extrañar que Henry Fielding, uno de los precursores de la criminalística, intentara oponerse a semejante confusión con su grito: «¡Sacad el veneno del lugar donde está escondido!». En la época de Fielding era imposible calcular cuántas personas morían envenenadas en la ciudad de Londres, y mucho menos en el resto de la Gran Bretaña. Lo mismo podía decirse de Francia, España, Italia, países alemanes, las vastedades de Rusia, Asia o América. Todas esas víctimas eran objeto de asesinatos, de la ignorancia médica, del uso immoderado que la medicina solía hacer de sustancias venenosas o del contacto personal e imprudente con sustancias venenosas desconocidas. Desde tiempos inmemoriales llenaba la Historia una multitud de envenenamientos y crímenes por envenenamiento. Aristóteles, el griego, y Celso, el romano, conocieron algunos venenos vegetales, como la cicuta y el beleño. Sin embargo, el veneno más conocido era ya el arsénico, que en los siglos posteriores se convirtió en la sustancia venenosa por excelencia. Existía asimismo el antimonio (en su aleación con el tártaro emético),

mercurio y fósforo, todos ellos capaces de causar una muerte terrible; sin embargo, desde que, en el siglo VIII, el árabe Geber convirtió el arsénico en el famoso polvo blanco, inodoro e insípido, el arsénico ha sido siempre una de las armas más mortíferas. La multitud de muertes causadas por el arsénico entre todos los pueblos quedó más o menos oculta por la insuficiencia de la policía. Sin embargo, aún se recuerdan los crímenes y asesinatos en masa perpetrados en las cortes francesas del siglo XIV y entre los príncipes del Renacimiento italiano y los papas de esta misma época. Asesinos como el papa Alejandro VI, de la familia Borgia, y su hijo César, sobrevivieron en la conciencia general, así como la sombría figura de Teotania di Adamo, que, en el siglo XVII, no sólo se suicidó con su *agua tofana* (solución de arsénico blanco), sino que vendió su pócima a numerosos asesinos y asesinas. Lo mismo podemos afirmar de Marie Madeleine, marquesa de Brinvilliers, la cual, en aquel mismo siglo, asesinaba con una solución de arsénico y comerciaba con su *eau admirable*. El arsénico blanco adquirió una fama tan terrible, que acabó por ser llamado *poudre de succession*, polvos de sucesión.

El conocimiento de que el arsénico era inodoro e insípido y de que, por tanto, se podía echar fácilmente en sopas, bebidas y masas de repostería, era del dominio público. Casi todo el mundo sabía, además, que los fenómenos provocados por un envenenamiento de arsénico apenas se distinguían de los producidos por una de las enfermedades más frecuentes en aquellos tiempos: el *cholera nostras*. Los policías y jueces carecían de medios para probar irrefutablemente que una persona había muerto por ingerir arsénico. La única posibilidad de descubrir al asesino era que él mismo se delatara adquiriendo el arsénico demasiado abiertamente, o que hubiera testigos directos del envenenamiento.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, época en que los aparatos policíacos europeos empezaron a tomar cuerpo y Vi-docq inició su carrera, había hombres, como Georg Adolph Wel-per, *Stadtphysikus* de la ciudad de Berlín, el cual creía que los cadáveres envenenados con arsénico no se corrompían —Johann Daniel Metzger, profesor de Medicina y Medicina legal en Königsberg desde 1779, describió las manchas azules de la piel como síntomas típicos del envenenamiento con arsénico, es de-

cir, confundió las manchas naturales de los cadáveres con los fenómenos resultantes de un envenenamiento—. Y, sin embargo... en esa misma época se dejaban sentir ya las primeras repercusiones de la gran era científica que se iniciaba, especialmente en el campo de la Química y la Toxicología.

Hacia 1775, Carl Wilhelm Scheele, nacido en Stralsund y farmacéutico de la localidad sueca de Köping, hizo una observación fundamental. Descubrió que el arsénico blanco sufría una reacción al añadir cloro o agua regia al ácido arsénico. Si este ácido entraba en contacto con cinc metálico, se formaba un gas intensamente venenoso, que olía a ajo. Scheele había descubierto, pues, el gas hidrógeno arsénico, que pronto adquiriría una importancia decisiva en la Toxicología. Aproximadamente una década más tarde, Samuel Hahnemann —que luego se haría famoso como creador de la Homeopatía—, descubrió que, en sustancias líquidas sospechosas, y también en el jugo estomacal de personas envenenadas, el arsénico se precipitaba formando un poso amarillento, cuando se le echaba ácido clorhídrico y ácido sulfhídrico. El ácido sulfhídrico era también un reactor inevitable para descubrir venenos metálicos.

En 1787, Johann Daniel Metzger, que aún se equivocaba en su interpretación de las manchas en los cadáveres, dio con un fenómeno curioso. Cuando calentaba sustancias, en las que se suponía la existencia de arsénico, con carbón vegetal, y sostenía sobre los vapores formados una plancha de cobre, éstas se cubrían de una capa blanquecina; era el arsénico. Si se llenaba de arsénico blanco un tubo de cristal, se colocaba carbón vegetal encima y se calentaba el tubo hasta que el carbón se pusiera incandescente, los vapores del arsénico, al atravesar el carbón, volvían a precipitarse, y el nuevo arsénico formado se depositaba en las partes superiores y más frías del tubo, en el que formaba manchas metálicas negroparduscas: los llamados *pejos*.

Todos estos experimentos eran los inicios, los primeros pasos en el mundo de los venenos, cuya vastedad nadie podía sospechar aún. Fue otro alemán, Valentin Rose, asesor del Medizinal-kollegium en Berlín, quien, en 1806, dio uno de los primeros pasos para localizar arsénico en los órganos humanos, especialmente en los intestinos y en las paredes estomacales, cuando el jugo gástrico no contenía ya arsénico, porque el veneno había

sido ya «reabsorbido por el tabique estomacal». Rose cortó en pedazos el estómago de una persona envenenada, y los hirvió en agua destilada. El caldo obtenido lo sometió a varias filtraciones. Después lo trató con ácido salitrero, porque éste le pareció apropiado para destruir los «materias orgánicas», es decir, el estómago, y dejar tan sólo el veneno buscado. Con ayuda de carbonato de potasa y agua de cal, Rose obtuvo un precipitado, que luego secó y, según el ejemplo de Johann Daniel Metzger, puso en un tubo de ensayo con carbón vegetal. Si había arsénico, no tardaban en formarse espejos metálicos bajo los efectos del calor.

Pocos años después, la evolución iniciada en Alemania fue proseguida en Francia, donde un hombre que, no sólo por sus experiencias y descubrimientos, sino —principalmente— por sus dotes para ordenar y revisar las experiencias dispersas, recibió el título honorífico de «Padre de la Toxicología». Nos referimos a Mathieu Joseph Bonaventure Orfila. En 1813, a sus 26 años, Orfila publicó la primera parte de su obra en dos volúmenes: *Traité des poisons... ou Toxicologie générale*, y todos los médicos, juristas y policías europeos preocupados por el tema de los venenos, acogieron la obra con enorme interés. Era la primera obra de importancia internacional, que compilaba cuanto se sabía por entonces sobre los venenos.

Orfila —nacido en 1787 en Menorca y destinado por su padre a la Marina mercante española— siguió muy pronto los dictados de su vocación por la Química y la Medicina. Estudió en Valencia y Barcelona. En privado, leyó las publicaciones de hombres como Lavoisier o Berthollet, y muy pronto se sintió superior a sus maestros españoles, los cuales sostenían aún la anticuada tesis de los cuatro elementos universales: fuego, tierra, aire y agua. Sus aficiones lo llevaron a París. En 1811 se doctoró en Medicina. Sin recursos, pero lleno de pasión por los secretos de la Química, instaló un laboratorio en su domicilio de la Rue Croix des Petits Champs, y se dedicó cada vez más al estudio de los venenos. A los 29 años daba clases particulares sobre química de las sustancias venenosas. Los experimentos con animales convirtieron dichos cursos en algo sensacional. La mencionada obra sobre los venenos, cuyo segundo volumen apareció en 1815, tuvo unas extraordinarias repercusiones. En 1817 publicó su segunda obra: *Éléments de chimie appliqués à la médecine et aux arts*.

En 1819, Orfila era ya profesor de química médica (después legal) en la Universidad de París. De 1821 a 1823 escribió otra obra: *Leçons de médecine légale*. Desde entonces, y pese a dedicarse —como ya hemos dicho— a la medicina forense, uno de cuyos grandes precursores era, fue considerado como el primer experto de Europa en venenos. Su gloria y ambición, a veces desmedida, lo llevaron a ser nombrado decano de la Facultad de Medicina en 1831.

De acuerdo con la situación de la época, una parte considerable del trabajo de Orfila estuvo dedicada al arsénico. Recopiló y revisó todas las experiencias efectuadas en Francia y fuera de Francia. Utilizando perros envenenados, demostró que, desde el estómago y los intestinos, el arsénico llegaba al hígado, bazo, riñones e incluso nervios. Así, pues, si no aparecía veneno en el estómago, podían delatar su existencia el hígado, el bazo y otros órganos. Orfila mejoró los métodos de Valentin Rose. Dejó que el salitre actuara en los tejidos humanos o animales hasta que éstos estuviesen completamente carbonizados. Cuanto más total era la destrucción de las «materias carnosas» que habían asimilado el veneno, con tanta mayor facilidad y perfección se podía demostrar la presencia de arsénico. Lo mismo podía aplicarse al estudio del contenido del estómago o los intestinos, que muchas veces contenían elementos albuminosos y grasos, hasta el punto de no «liberar» el arsénico. En este aspecto fallaba el método de Hahnemann. El ácido sulfhídrico no precipitaba el arsénico en forma de poso amarillento. Más aún: había elementos de la bilis que, bajo los efectos del ácido sulfhídrico, daban un precipitado que podía disolverse de nuevo en amoníaco y ser confundido con el arsénico.

Aquello era un preuncio del cúmulo de errores y posibilidades de error que acompañaría a la evolución de la Toxicología, como la de la medicina forense. Orfila exigía que, al buscar arsénico, se comprobaba siempre todo precipitado amarillo, aunque se disolviera en amoníaco. Para él, sólo existía arsénico cuando el precipitado amarillo formaba un espejo metálico en el tubo calentado y cuando, mediante reacciones químicas, se demostraba que dicho espejo metálico era realmente arsénico.

Sin embargo, y pese a los grandes progresos alcanzados, Orfila se encontró una y otra vez con fronteras infranqueables, con misterios que no lograba desentrañar. En muchos animales,

envenenados por él en presencia de sus discípulos, resultaba imposible demostrar la existencia de arsénico, incluso en los órganos más alejados. ¿Por qué? ¿Cuál era la causa? ¿Acaso el veneno sufría transformaciones dentro del cuerpo? ¿O tal vez los vómitos que precedían a la muerte dejaban en los órganos sólo pequeñas huellas, no localizables con los métodos existentes? Era preciso, pues, encontrar otros métodos capaces de dar con el más pequeño indicio de arsénico.

Orfila era un gran compilador y experimentador, pero no un verdadero descubridor. A esto se debe, probablemente, el hecho de que no fuera él quien descubriera tales métodos, sino un químico inglés, a quien la pobreza convirtió en alcohólico: James Marsh, químico del Arsenal Real Británico en Woolwich, cerca de Londres.

James Marsh contaba 21 años cuando, en 1832, tuvo que resolver un caso de envenenamiento. No lejos de Woolwich, en Plumstead, murió, en misteriosas circunstancias, el rico granjero George Bodle. Vómitos, convulsiones, debilidad y diarrea fueron los fenómenos que precedieron a la muerte. Los primeros síntomas de la enfermedad aparecieron poco después que el granjero hubo tomado el café matinal. También su mujer, su hija, una nieta sordomuda y la criada Sophia Taylor se sintieron atacadas por fuertes dolores, pero se restablecieron pronto.

El juez de paz, Slace, y el sheriff local, Morris, empezaron a sospechar inmediatamente. Por propia experiencia conocían las relaciones existentes entre los habitantes de la granja. El difunto, de 80 años, había ejercido sobre todos ellos un dominio tiránico. Su hijo, John Bodle (llamado «John el mediano»), que vegetaba con su familia en la granja como un siervo, esperaba impacientemente la muerte del anciano. Y el nieto del difunto, «John el menor», vivía siempre a la que saltaba, sin hacer nada.

Cuando Sophia Taylor, la criada, declaró que el menor de los John había aparecido por la granja la mañana en que el viejo enfermó de pronto, y se había ofrecido insistentemente —cosa insólita— para ir al pozo a buscar el agua para hacer el café, se intensificaron las sospechas del juez de paz. Y crecieron aún más cuando supo la conversación sostenida por el muchacho con su madre. La criada oyó las palabras siguientes: «Me gustaría que el viejo estuviese muerto. Tendríamos unos miles de libras cada año». Después se supo que un farmacéutico de Powis

Street había vendido dos veces arsénico al joven John..., como «veneno contra las ratas».

Slace, uno de los jueces de paz más progresistas de su tiempo, hizo sellar la cafetera y ordenó al cirujano Butler que hiciera la autopsia del cadáver. El café y los órganos digestivos del viejo Bodle fueron entregados a James Marsh, ocupado por entonces en inventar un sistema para disminuir el retroceso en los cañones navales. Sin embargo, no había ningún otro químico de importancia a mano. A regañadientes, Marsh interrumpió su trabajo. Estudió los métodos alemanes para descubrir la presencia de arsénico. En el café y en el contenido del estómago descubrió síntomas inequívocos de envenenamiento por arsénico: precipitado amarillo y disolución del mismo en amoníaco. En la *inquest* logró también convencer al jurado de que Bodle había muerto envenenado. El joven John fue acusado de asesinato. Sin embargo, en la vista de la causa, iniciada en Maudston el 12 de diciembre de 1832, la tradicional repugnancia de la opinión pública británica contra la policía y las «pruebas científicas», obtuvo una victoria.

Para los jurados, las expresiones «precipitado amarillo», «ácido sulfhídrico» y «amoníaco», eran incomprensibles y tenían un aspecto de cocina de brujas. Ellos querían «ver» el arsénico. Entre los gritos de júbilo de los asistentes, el acusado fue absuelto. Diez años después confesó el crimen, tras haber sido condenado a siete años de cárcel por estafa y deportado a las colonias por chantaje. Sin embargo, James Marsh sintióse tan herido en su orgullo de químico, que, en diciembre de 1833, se propuso descubrir un método que dejara el arsénico perfectamente visible y al descubierto; tan visible, que ni los jurados más estupidos pudieran negarse a reconocerlo.

Marsh se metió en la biblioteca del Arsenal y encontró en ella los trabajos de Carl Wilhelm Scheele —el farmacéutico de Köping, muerto cuarenta y siete años antes— sobre la formación del gas hidrógeno en el arsénico. Las deducciones de Marsh fueron tan sencillas, que hombres como Orfila no pudieran perdonarse jamás el hecho de no haber caído en ellas. Si cualquier líquido que contuviera arsénico y al cual se hubiera añadido un poco de ácido sulfúrico o clorhídrico, se ponía en contacto con cinc, éste convertía en hidrógeno el agua de dicho líquido. El arsénico tenía la propiedad de formar hidrógeno arsenioso

con dicho gas, y liberarse en forma gaseosa. Si este gas se hacía pasar por un tubo y se calentaba, el hidrógeno y el arsénico volvían a separarse, y el arsénico metálico se podía acumular y recoger en estado puro.

Marsh hizo fabricar un tubo en forma de U, uno de cuyos extremos estaba abierto, mientras que el otro terminaba en un tubo capilar. En este último se colocaba un pedazo de cinc; en el extremo abierto se echaba el líquido con los ácidos (una solución sospechosa o una parte del contenido del estómago). Cuando el líquido llegaba al cinc, bastaba el menor indicio de arsénico para que se formara el hidrógeno arsenioso, el cual escapaba por el tubo capilar. El gas era encendido al escapar, y junto a la llama, Marsh sostenía un plato de porcelana frío. El arsénico metálico se precipitaba en forma de manchas negras sobre la porcelana. Este proceso seguía hasta que el líquido había liberado hasta la última partícula de arsénico. En el transcurso de su posterior desarrollo, el procedimiento reveló tal sensibilidad, que una milésima de miligramo de arsénico añadida al líquido usado en la experiencia, se hacía visible en forma de espejo de arsénico.

En octubre de 1836, cuando James Marsh publicó la forma primitiva de su descubrimiento en el «Edinburgh Philosophical Journal», no podía sospechar que su procedimiento estaba destinado a conquistar el mundo de la Toxicología, y que se immortalizaría como método apto para localizar arsénico. Orfila, pese a su vanidad, su afán de gloria y su tiranía, tuvo la suficiente amplitud de criterio como para reconocer inmediatamente la importancia del aparato de Marsh. En París hubo una especie de competición por arrancar nuevos secretos al arsénico con ayuda del nuevo aparato. Los médicos y los químicos, como Devergie, Olivier, Barruel y Raspail, rivalizaron con Orfila, que, en realidad, fue el primero en eliminar algunas dificultades del procedimiento de Marsh en el análisis de extractos del estómago, hígado, bazo u otros órganos. Todos estos extractos, al no estar limpios de albúmina, grasa y «otras materias», producían espuma e impedían la formación del gas. Orfila completó su método de la carbonización mediante el uso de ácido salitrado, capaz de destruir las materias orgánicas más resistentes. De este modo se obtenía un material de pureza total, y apto para ser sometido a la investigación.

En 1838 se produjo una alarma general entre los químicos de París, al comprobar que el aparato de Marsh producía espejos de arsénico incluso con materiales experimentales que no contenían arsénico. Raspail y Orfila encontraron una explicación. Descubrieron que el cinc y el ácido sulfúrico utilizados contenían pequeñas cantidades de arsénico. La enorme difusión del arsénico por toda la Naturaleza—una abundancia que preocuparía y plantearía graves problemas a los toxicólogos de más de un siglo después—se hacía ya perceptible. Al parecer, era preciso tener en cuenta que, antes del análisis, había que comprobar si los materiales usados como reactivos químicos contenían también arsénico. Con ello se evitaban conclusiones fatales. Se vivieron los momentos dramáticos en que los experimentos con el aparato de Marsh producían arsénico con mucho mayor frecuencia de la que todo el mundo esperaba. El químico Couerbe estudió los huesos de personas que, con toda seguridad, no habían muerto envenenadas, y encontró arsénico. El fue quien hizo el alarmante descubrimiento de que el arsénico era un componente natural del cuerpo humano, aunque en pequeñas dosis. Orfila se vio obligado a confirmar este nuevo descubrimiento. Se trataba de pequeños rastros de arsénico, existentes sólo en los huesos, lo cual no impedía la búsqueda de arsénico mortífero en otros órganos. No obstante, ¿se podía afirmar que el arsénico era un elemento natural, o se formaba, mediante procesos químicos después de la muerte?

Como si esto no bastara, planteóse una nueva situación confusa cuando se buscó arsénico en la tierra. El aparato de Marsh demostró que el suelo contenía arsénico en muchos lugares, principalmente en algunos cementerios de París. Ahora bien, si la tierra de los cementerios contenía el veneno, ¿no podía infiltrarse en los muertos y conducir a juicios erróneos en casos de exhumación de cadáveres? ¿Cómo aceptar que el aparato de Marsh, inventado para descubrir a los asesinos envenenadores, provocara tantas confusiones? ¿Acaso no daba a los asesinos y a sus defensores pretextos para discutir la presencia de arsénico en las víctimas?

Orfila, se puso a trabajar con todo su entusiasmo y energía, dispuesto a sacar algo en claro. Sus discípulos recogieron huesos del hospital de St. Louis y de los depósitos parisienses, y Orfila confirmó lo que había descubierto Couerbe. Había arsénico que

podía definirse como «natural». Sin embargo, Orfila no se dio por satisfecho. ¿No podía tratarse del arsénico con que habían sido tratados los enfermos del hospital de St. Louis, afectados de cáncer y enfermedades venéreas? ¿O tal vez hubiesen comido pan cuya simiente se hallaba impregnada de arsénico? ¿Se trataba en realidad de un elemento corporal, o la presencia de arsénico se debía simplemente a que su gran abundancia en la Naturaleza provocaba en muchas ocasiones su infiltración en los huesos, sin que en realidad existiera envenenamiento? Orfila se procuró huesos del Departamento de Somme, donde la impregnación del trigo era bastante corriente, e inició nuevos experimentos. Con mayor pasión aún, se dedicó al problema del arsénico hallado en la tierra de los cementerios. Descubrió arsénico en el cementerio de Montparnasse y en campos donde se había sembrado trigo tratado con arsénico. Pero el arsénico se había transformado siempre en un arseniato de cal, insoluble en el agua, es decir, que difícilmente podía penetrar en los cadáveres a causa de la humedad del suelo. Esto llevó a Orfila a la convicción de que el arsénico de los cementerios no podía ser hallado en los cadáveres, principalmente cuando el ataúd se conservaba en buen estado. Orfila no podía sospechar que este problema no estaría aún del todo aclarado un siglo más tarde; sin embargo, como conclusión de sus investigaciones, formuló una teoría que demuestra su clarividencia. Ante el enigma con que la Naturaleza nos sorprende cada día, era recomendable analizar siempre la tierra que rodeaba a un difunto antes de proceder a la autopsia. Si en ella aparecía arsénico, la entrada del mismo en el cadáver dependía del estado del féretro y las posibilidades de contacto entre el cuerpo y la tierra; también era preciso observar el tamaño de los espejos de arsénico que se formaban al investigar la tierra y los órganos del difunto. Si los de la tierra eran grandes y los del cadáver pequeños no se podía excluir la posibilidad de que el arsénico del suelo hubiese penetrado en el cuerpo muerto. Todo dependía de las circunstancias, y el descubrimiento químico solo no significaba nada.

Este era el estado de la Toxicología el día 16 de enero de 1840, cuando el juez de instrucción Morvan, en Le Giandier, dio la orden de buscar el arsénico que pudo haber matado a Charles Lafarge dos días antes. Había llegado la hora en que el descu-

brimiento de Marsh alcanzara fama mundial y en que la Toxicología entrara en el escenario de la opinión pública universal.

3

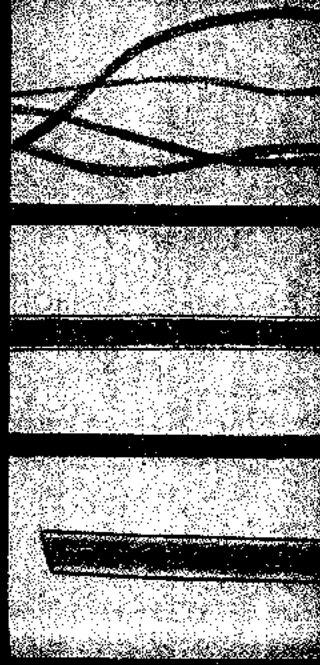
Las crónicas no nos dicen mucho sobre las condiciones en que los doctores D'Albay, Massénat, Bordue, Lafosse y Lespinasse, se pusieron al trabajo en Brives. Pero el informe final que presentaron al juez de instrucción, el día 22 de enero de 1840, habla por sí mismo.

Los doctores se habían limitado a extirpar el estómago del cadáver, después de atar ambos extremos del mismo con un tosco cordón, para evitar que escapara el contenido. Inmediatamente después, los restos mortales recibieron sepultura en el cementerio de Reynac. Además del estómago, los médicos examinaron todas las sustancias recogidas por el juez de instrucción Moran en Le Glandier.

Aunque habían pasado ya cuatro años desde 1836, la noticia sobre el descubrimiento de James Marsh no había llegado aún a las provincias de Francia. Todo lo que los doctores hallaron en los viejos manuales, en los que se trataba del envenenamiento por arsénico, fueron descripciones de los métodos descubiertos muchos años antes por Hahnemann y Rose.

En la leche, la sopa de pan y el agua azucarada, los médicos echaron ácido sulfhídrico y «se formó un precipitado amarillo, que se disolvía en amoníaco». Así, pues, los facultativos comprobaron la existencia de una considerable cantidad de arsénico. En los «vómitos» del difunto apareció tan sólo una coloración amarillenta. Esto indujo a creer que la dosis de arsénico era demasiado pequeña para precipitarse. Una parte del contenido del estómago y del propio estómago, cortado en pedazos, fue tratada por los doctores Massénat y Lespinasse con ácido salitrado; luego añadieron ácido sulfhídrico, y se formó una vez más el famoso sedimento amarillo. Inmediatamente lo pusieron en un tubo de ensayo con carbón y calentaron el tubo. Pero su informe sobre este último experimento concluía con las siguientes palabras: «...se produjo una explosión porque, por imprudencia, los tubos no estaban herméticamente cerrados. Por ello no pudimos obtener ningún resultado». Sin embargo, afirmaron

La investigación de cabellos hallados en el lugar del crimen podía suministrar importantes pruebas. La fotografía nos muestra pelos de persona, gato y conejo, así como una fibra de yute (*a la derecha, en un círculo*), vistas al microscopio. Era esencial poder diferenciar los distintos tipos de pelos y fibras textiles.



La microfotografía nos muestra pelos de persona y de gato, junto a hebras de lana y (*en el círculo*) estopa de coco. Abajo vemos hebras de algodón, lino, seda y (*en el círculo*) cáñamo de Manila.



que los jugos estomacales y el estómago «contenían ácido arsénico», y que «la muerte de Charles Joseph Poush Lafarge es el resultado de un envenenamiento con arsénico». El examen de la pasta ratificada y del arsénico enterrado por el jardinero Alfred condujo a un resultado sorprendente. En ninguno de los dos casos se trataba de arsénico, sino de otro polvo blanco, absolutamente inofensivo: óxido de sodio.

Para el juez de instrucción había ya suficientes motivos de sospecha contra Marie Lafarge, y el informe de los médicos no hizo más que convencerlo de la culpabilidad. Lo que le preocupaba de un modo especial era que el ratificado de Alfred no contuviera arsénico. ¿No era posible que Marie Lafarge utilizara el verdadero arsénico para asesinar a su marido, y entregara al jardinero óxido de sodio y harina para disimular el arsénico? Las pocas dudas que aún podía mantener Moran, desaparecieron el 24 de enero al caer en sus manos el bote de malaquita en el que Marie Lafarge guardaba, según ella, los inofensivos polvos medicinales. Tras varios días de lucha consigo misma, la prima Emma se decidió a entregar a los gendarmes el bote que había escondido para proteger a Marie. Lespinasse calentó al carbón parte del contenido del bote y se produjo un intenso olor a ajo. El médico quedó convencido de que la cajita contenía una considerable dosis de arsénico.

El 25 de enero se presentaron los gendarmes en Le Glandier, detuvieron a Marie y la llevaron a la cárcel de Brives en compañía de su criada Clémentine. Al día siguiente, todos los periódicos franceses publicaban las primeras noticias sobre el envenenamiento de Le Glandier. Los padres adoptivos de Marie, horrorizados, fueron a ver a uno de los mejores abogados de París, Maître Paillet, rogándole que defendiera a Marie con todos los medios a su alcance.

Sin embargo, antes de que Paillet y su ayudante, Bac, pusieran manos a la obra, surgió una nueva sorpresa. El vizconde de Leautaud recordó el robo de brillantes cometido en su castillo. Las sospechas formuladas entonces por el jefe de la Sûreté, Allard, contra Marie, ya no le parecieron tan absurdas. Exigió que fuera registrada la propiedad de Le Glandier, y no hubo que buscar mucho para encontrar las joyas robadas. Marie Lafarge —puesta ante los hechos consumados— confesó, con allivez despectiva, que las joyas estaban en su poder. Sin embargo,

Pese a los grandes progresos realizados por la medicina legal hasta nuestros días, la investigación criminal se ha visto impotente, una y otra vez, ante nuevos problemas. Por ejemplo, en 1949, cuando el inglés Hume (*abajo, derecha*) apuñaló, en su casa, al vendedor de coches Setty, para descurtizarlo luego y arrojar al canal de la Mancha, desde un avión, paquetes con partes del cadáver. Francis E. Camps (*abajo, izquierda*) y Keith Simpson (*arriba*) encontraron manchas de sangre en la vivienda de Hume. Por aquel entonces no estaba resuelto aún el problema de la capacidad y tiempo de coagulación en la sangre de los cadáveres. Hume escapó a toda condena, hasta que, en 1958, confesó su crimen en unas escandalosas y únicas declaraciones periodísticas.

afirmó que la condesa de Leautaud se las había confiado con el encargo de que las cambiara por dinero; la condesa necesitaba ese dinero porque era víctima de un chantaje por parte de un amante secreto, un tal Clavé. La historia de Marie Lafarge era, como después se demostró, uno de los muchos engaños que, con el tiempo, habían llegado a constituir en ella como una segunda naturaleza. A primeros de julio, mientras se efectuaban los preparativos para el proceso por envenenamiento, Marie Lafarge fue juzgada por robo en Brives. Representó tan a conciencia el papel de mujer injustamente perseguida, que muchos periódicos se pusieron de su parte y acusaron a la condesa de Leautaud. Pero el tribunal no se dejó influir y condenó a Marie a dos años de cárcel por ladrona. Este acontecimiento —en realidad episódico— contribuyó a que el caso Lafarge fuese conocido fuera de las fronteras de Francia. Mucho antes de iniciarse el proceso, que no se celebraría en Brives, sino en Tulle, era ya imposible encontrar una habitación libre en ninguno de los hoteles y pensiones de dicha localidad y sus alrededores. De toda Europa llegaron periodistas y curiosos para ver a Marie Lafarge ante el tribunal.

El 3 de septiembre de 1840 —un día extraordinariamente caluroso—, una compañía del ejército rodeaba el edificio del tribunal para mantener a raya a la multitud. Los privilegiados que se encontraban en la sala de audiencias miraban con curiosidad a la acusada, la cual hizo su aparición vestida de negro —a pesar del calor— y con una botellita de perfume en la mano. Desde el primer momento adoptó una actitud de inocencia tan conmovedora, que los espectadores se dividieron en dos bandos. Uno de ellos estaba convencido de la inocencia de Marie antes de que se iniciara el proceso.

El discurso del acusador, Decous, daba principio al gran drama. Los motivos que indujeron a Marie Lafarge a asesinar a su marido eran, para el fiscal, evidentes. El toco individuo, que ya en París causó a Marie una invencible repugnancia, se convirtió para ella en una carga insoportable cuando vio lo que era realmente la propiedad de Le Glandier. Si no quería consumirse en Le Glandier ni renunciar a sus sueños de grandeza, no tenía más solución que liberarse. A los pocos días empezó ya a maquinarse la muerte del marido y a prepararla. Simuló que se iba enamorando de Lafarge y de cuanto la rodeaba, con el fin

de hacer frente a las posteriores sospechas que recaerían sobre ello. El doble testamento había sido un juego para hacerse con la propiedad de Lafarge después de su muerte. La pretensión de Marie era convertir Le Glandier en su residencia y casarse luego con un hombre noble.

El viaje de Charles a París le dio la primera gran ocasión para pasar a los hechos. La tarta de Navidad, confeccionada por la madre de Lafarge, fue cambiada por Marie, la cual envió a París un pastel envenenado. Aparte Marie, sólo Clémentine se había ocupado también en confeccionar el nuevo paquete. La criada estaba entregada por completo a su señora. Un solo bocado del mortífero pastel bastó para que Lafarge enfermara. Todos los síntomas correspondían a un envenenamiento por arsénico. Por desgracia, los restos del pastel fueron destruidos en París.

Sin embargo, el intento de asesinato había fracasado, porque Lafarge consumió un pedazo de pastel demasiado pequeño. La acusada intentó hacerse con nuevos dosis de arsénico y fracasó; sin embargo, le quedaba aún bastante veneno para ponerlo en la comida que preparó para recibir a su esposo. Lafarge enfermó de nuevo. El 4 de enero, Marie consiguió una receta para 4 gr de arsénico. Unos días más tarde, se hizo con una dosis mayor por mediación del criado Denis. Marie dio el veneno al jardinero Alfred para que confeccionara una pasta raticida. Pero, en realidad, lo que le dio fue óxido de sodio. El arsénico fue escondido en el bote de malaquita que Marie llevaba siempre consigo. Con él fue envenenando todos los líquidos que bebía su marido, hasta que éste falleció, después de diez días de lucha desesperada contra la muerte.

«Por fortuna —concluyó Decous—, la investigación de los casos de envenenamiento ha contado en los últimos tiempos con la revolucionaria ayuda de la Química. Tal vez la acusada no estaría ante este tribunal si la ciencia, casi milagrosamente, no hubiese dado con la posibilidad de descubrir el veneno en lugares hasta hoy ocultos para nosotros: en las mismas víctimas, en los cadáveres». Decous afirmó que empezaba una nueva época, una nueva época para la persecución del crimen. Los representantes de esta nueva época, los médicos de Brives, conocedores de la Química, comparecerían ante los señores jueces y jurados y contribuirían a que triunfara la justicia.

A pesar de estas palabras del acusador, el caso Lafarge no se habría convertido probablemente en un acontecimiento dramático y fundamental para la Toxicología, de no haber desempeñado un considerable papel la casualidad. Esta casualidad consistió en que Maître Paillet, el principal abogado defensor de Marie, era a la vez abogado del hombre que había conquistado en París el título de «Príncipe de la Toxicología»: Mathieu Joseph Bonaventure Orfila.

Paillet se dio cuenta en seguida de que eran muchos los motivos de sospecha existentes contra su defendida, pero vio también que el mayor peligro residía en la posibilidad de demostrar la presencia del veneno en el cadáver. Si los jueces y el jurado se dejaban convencer en este sentido, pocas esperanzas podían existir para Marie Lafarge. Pero si se lograba poner en duda la existencia de arsénico en el cadáver de la víctima, Marie Lafarge podría ser salvado.

Tan pronto como Paillet tuvo en su poder los antecedentes sobre las investigaciones químicas efectuadas en Brives, se fue a casa de Orfila para pedirle consejo. Y Orfila le proporcionó las armas que Paillet, desde ese momento, estaba ansioso de utilizar. Orfila no tuvo muchas dificultades para ello. El desconocimiento y la negligencia de los médicos de Brives se traslucía en cada línea de su dictamen. ¿Qué significaba el sedimento amarillo soluble en amoníaco? Orfila llevó a Paillet a su laboratorio y le mostró precipitados amarillos en los que no había el menor indicio de arsénico. Le demostró que ni siquiera la presencia de espejos metálicos en los tubos de ensayo servía para probar nada, si no se sometían tales manchas a otros experimentos. En Brives, el tubo de cristal explotó antes de que se formaran espejos de arsénico. ¿Quién podía osar, en tales circunstancias, afirmar que había aparecido arsénico? Semejante afirmación habría sido ya una herejía en la época en que James Marsh no había inventado aún su aparato. En 1840 era una barbaridad no conocer el aparato y tratar de descubrir arsénico sin él. Posteriormente, Orfila redactó su crítica a los procedimientos de Brives y la puso a disposición de Paillet.

Paillet estaba, pues, bien preparado cuando, el 3 de septiembre de 1840, por la tarde, entraron en la sala los doctores D'Albay y Massénat, vestidos de negro y dispuestos a dar a conocer su dictamen. Poco antes de iniciarse el proceso, la casualidad puso

también en manos del defensor un inesperado testigo, una persona que había visto el descuido con que eran tratados los «materiales» de investigación extraídos del cadáver de Lafarge. Ni siquiera se había colocado en una botella el estómago extirpado. El escribano del juez de instrucción —cuyo olfato no debía ser, ciertamente, muy delicado— lo tuvo en su cajón hasta que los médicos empezaron su trabajo.

D'Albay y Massénat no tuvieron la oportunidad de gozar por mucho tiempo de la atención de un público que oía cómo fue extirpado el estómago de Lafarge y cómo en él había aparecido el veneno.

Paillet escuchaba casi con delectación las declaraciones de los médicos. Apenas terminó el informe, se levantó y empezó a acrbillar a preguntas a los sorprendidos doctores: ¿Sabían lo que representaba el nombre de Orfila? Naturalmente, los dos médicos habían leído sus obras. ¿Qué obras? ¿Las obras publicadas veinte años antes? ¿No sabían los señores doctores que posteriormente se había producido una revolución? ¿Habían oído hablar de James Marsh, de James Marsh y su aparato para localizar el arsénico?

Los jueces, el jurado y el público, vieron, asombrados que el doctor Massénat, mortalmente pálido, confesaba que jamás había oído hablar de Marsh. Entonces Paillet, dando énfasis a sus palabras, leyó el informe en el que Orfila acusaba de ignorancia y negligencia a los médicos de Brives. Paillet solicitó que Orfila fuese llamado a Tulle.

Durante unos instantes reinó un silencio opresivo; luego el público estalló en aclamaciones. El presidente del tribunal, De Barny, se vio en apuros para restablecer el orden. Ocurría lo que el propio acusador había predicho: el problema de la localización del veneno se había convertido en el centro del proceso, aunque no en la forma en que esperaba Decous. Con el rostro lívido, Decous pidió una suspensión del proceso. Al reanudar la vista, el fiscal había recuperado el dominio de sí mismo. Declaró que la acusación estaba tan segura de la culpabilidad de Marie Lafarge, que no tenía inconveniente alguno en permitir una nueva investigación según los principios de los señores Orfila y Marsh. Por lo demás, la acusación no consideraba necesario llamar a un científico de París. Él, por su parte, había mandado venir de Limoges a los farmacéuticos Dubois (padre

e hijo) y al químico Dupuytren. Los tres estaban dispuestos a utilizar los nuevos sistemas.

Paillet protestó inutilmente. Exigía la presencia de Orfila, con el pretexto de que la provincia había demostrado sobradamente su incapacidad. El tribunal aceptó la propuesta del fiscal. Los Dubois y Dupuytren fueron llamados y encargados del nuevo análisis. Paillet aceptó, pero expuso su ardiente interés por saber si los señores D'Albay y Massénat habían dejado alguna parte del material utilizado, tal como exigía Orfila en todas las investigaciones, con el fin de hacer posibles otros análisis. Probablemente los dos médicos habían utilizado todos los materiales sin conservar nada.

Massénat, excitado aún por su anterior derrota, respondió indignado al nuevo ataque de Paillet. Mandó traer a la sala una caja en la que se hallaban los materiales «analizados» y los «conservados». Sin embargo, ante la lógica hilaridad de Paillet, el médico no pudo decir cuál de los dos recipientes contenía las partes analizadas del contenido del estómago. El médico se vio obligado a llamar en su ayuda a Bardou y Lespínasse. Tan sólo después de un largo debate, los médicos estuvieron en condiciones de pasar a los Dubois y a Dupuytren los frascos adecuados. Los señores de Limoges volvieron inmediatamente a su ciudad para no perder tiempo.

El proceso continuó. Pero estaba claro que todo el mundo se hallaba pendiente del resultado de la investigación química. Los espectadores esperaban noticias con ánimo febril.

Finalmente, el 5 de febrero comparecieron en Tulle los Dubois y Dupuytren. Al entrar en la sala, nadie sospechaba aún que —como diría un periódico— «llevaban consigo algo sensacional». El viejo Dubois, con su traje negro, que resultaba un poco provinciano, había aprovechado la lección recibida por los negligentes médicos de Brives. Lo primero que hizo fue devolver al tribunal la mitad del material utilizado «para el caso de que sean necesarios otros experimentos». Luego leyó el informe. En Limoges se habían dedicado con atención al estudio del estómago y de lo que contenía. Dubois pronunció una larga conferencia sobre el aparato de Marsh y encomió la extraordinaria sensibilidad del mismo (lo que no dijo fue que él y sus colegas lo habían construido por primera vez y lo habían usado sin la menor experiencia).

Después de su exordio, Dubois, con expresión solemne, se dirigió al jurado: «Hemos utilizado —manifestó— varios tipos de experiencias, sobre todo las que hemos observado en los trabajos del señor Orfila». Describió cómo habían sido carbonizados los materiales que se habían de analizar, y cómo se habían obtenido extractos, de acuerdo con lo prescrito por Orfila, extractos que se depositaron en el aparato de Marsh. Después, el farmacéutico, con voz sonora, prosiguió: «Aunque nuestra atención ha sido enorme, y nuestro análisis se ha extendido hasta los menores detalles, no hemos obtenido el menor resultado...». Es decir, el resultado había sido negativo a pesar de que los extractos del estómago y el contenido estomacal había sido tratados durante casi una hora en el aparato de Marsh, siempre bajo la acción constante del fuego. «El resultado —repitió Dubois— ha sido que el material confiado a nosotros para el análisis no contiene ni la menor partícula de arsénico...».

La crónica del proceso comenta sobre este momento: «Las últimas conclusiones provocan en el auditorio una indescriptible agitación... Madame Lafarge eleva los ojos al cielo y junta las manos». Inmediatamente llegaron correos con el resultado del análisis a Burdeos, donde se hallaba la oficina de telégrafos más próxima. La Toxicología era el tema de todos los titulares periodísticos. Paillet «derramaba lágrimas de satisfacción por su gran triunfo».

Sin embargo, las lágrimas de Paillet eran prematuras. En realidad, el acusador no esperaba semejante desastre; pero en los días precedentes se había dedicado personalmente a estudiar los escritos de Orfila y de Devergie, a fin de hallarse bien pertrechado ante cualquier eventualidad. Se enteró de que, en algunos casos de envenenamiento con arsénico, no se podía demostrar la existencia del veneno en el estómago, pero sí en el hígado y otros órganos. Antes de que Paillet, seguro de su victoria, comprendiera lo que se estaba tramando, Decous envió en dudas al viejo Dubois y a los expertos de la primera investigación efectuada en Brives; estos últimos se sentían humillados por segunda vez y provocaron la polémica. Unas observaciones de Dubois excitaron a Massénat, y a la inversa. Todo ello sirvió al acusador para exclamar: «¡Estamos buscando la verdad, no la satisfacción de nuestro amor propio! Tan sólo queremos utilizar la ciencia en beneficio de la justicia...» ¿Tal

vez los expertos no sabían que en París, cuando el estómago no podía ya aportar ninguna prueba de envenenamiento, había que analizar el hígado y otros órganos? Aunque Massénat y Dubois conocían este hecho, ninguno de ellos estaba dispuesto a confesar su incapacidad. Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo cuando Decous, con gran maestría psicológica, propuso un acuerdo entre los expertos de Brives y los de Limoges, realizar un tercer análisis de los órganos de la víctima. Decous expresó su convicción de que todos ellos estaban capacitados para descubrir la verdad, y que no era necesario pedir ayuda a París. Por lo demás, el cadáver de Charles Lafarge sería exhumado para que los expertos pudiesen extraer los órganos necesarios para la tercera investigación.

Paillet intentó, demasiado tarde, oponerse a las pretensiones del fiscal. ¿Por qué un nuevo análisis?, argumentó. En realidad, los resultados del primero y el segundo experimentos se contradecían sólo en apariencia. Si a los médicos de Brives no les hubiese explotado el tubo de ensayo, sin duda habrían llegado a los mismos resultados negativos que los señores de Limoges. Los argumentos de Paillet eran tan elaborados, que el presidente del tribunal se decidió por la propuesta de Decous.

«El alud de las nuevas ciencias —escribió aquel mismo día un corresponsal parisiense— ha empezado a producirse. No habrá descanso hasta que la verdad salga a la luz ».

Mientras los expertos se encaminaban a Le Glandier, el proceso siguió su curso de un modo lánguido y monótono. El tribunal intentó poner en claro cómo el paquete con el pastel envenenado había llegado a París, y por qué había arsénico en el bote de malaquita de la acusada. Marie Lafarge volvió a proclamar su inocencia, pero no pudo dar ninguna explicación sobre ambos cargos. No obstante, cosechó abundantes aplausos cuando afirmó, con voz de mártir, que también ella abrigaba sospechas, pero que no diría nada, porque no deseaba a nadie el sufrimiento que ella misma estaba pasando por haber sido acusada a la ligera. En el fondo, todo el mundo estaba esperando el resultado del tercer análisis.

Los médicos de Brives habían aprovechado también las lecciones recibidas públicamente en el tribunal. Todos los órganos extirpados al cadáver de Charles Lafarge pasaron en seguida a «recipientes limpios». Los últimos descubrimientos de Orfila

fueron estudiados rápidamente. Tampoco olvidaron los médicos recoger tierra del cementerio y describir el estado del ataúd.

El 8 de septiembre regresaron a Tulle y llevaron a la sala del tribunal dos cajas cerradas, «para que el tribunal se convenciera del estado en que se hallaban los materiales». Las actas del juicio observan: «La mesa con las dos cajas está rodeada de damas. En el momento de abrirlas, ni las más valerosas pudieron ocultar un movimiento de horror, que sólo la curiosidad hacía reprimir. Por consejo de los expertos, se decide que la operación del análisis químico se efectuara, en parte, en la plazuela situada frente al Palacio de Justicia. Las dos calles de acceso serán custodiadas por policías...». El resultado del análisis se anunció para el 9 de septiembre.

¡Habría que esperar todavía un día y una noche! ¿Confirmarían los nuevos experimentos lo que habían descubierto los farmacéuticos de Limoges: inexistencia de arsénico? Por tanto, ¿sería inocente Marie Lafarge? El sol seguía brillando, y surcaban las calles de Tulle nubes de polvo... Finalmente, el día 9, por la mañana, los médicos y los farmacéuticos comparecieron de nuevo, esta vez presididos por Dupuytren. «Un profundo silencio —sigue relatando el acta del proceso—, una enorme tensión sobrecoge a todo el mundo. Todos los ojos están fijos en Madame Lafarge, que conserva la calma. El señor Dupuytren lee el dictamen...».

Los médicos y los farmacéuticos habían carbonizado el hígado y efectuado todos los preparativos necesarios para obtener un extracto. Dupuytren no se detuvo mucho rato en describir el experimento. No tardó en pronunciar la frase que estaban esperando el acusador, el juez, el jurado, el defensor y el público: «Introdujimos el extracto en el aparato de Marsh y obtuvimos un resultado negativo: no hay arsénico...». Una vez más recurrimos a la crónica directa para describir el efecto que esta frase produjo en el público: «Un movimiento de entusiasmo general... aplausos inabarcables... Marie Lafarge se inclinaba sonriente hacia su abogado, el cual, menos capaz de dominarse que la propia acusada, siente que las lágrimas humedecen sus mejillas».

Después del hígado, Dupuytren y sus colegas analizaron partes del bazo, pulmones, corazón y cerebro en el aparato de Marsh. Dupuytren repitió: «No hay arsénico». Massénat, por

su parte, añadió: «Hoy he operado con un nuevo procedimiento, con el aparato de Marsh, y, como mis colegas, he llegado a la conclusión de que no hay envenenamiento...». Ante tales resultados, los expertos renunciaron ya a analizar la tierra del cementerio.

Con enorme satisfacción, Paillet afirmó que todo el cadáver había sido minuciosamente analizado sin que apareciera ni un átomo de arsénico. ¡Ni un átomo de arsénico! A semejante resultado se podía haber llegado unos meses antes, y jamás habría existido un proceso Lafarge. Las noticias se difundieron inmediatamente. La gente prorrumpía en gritos de entusiasmo en las calles. Nuevas partes telegráficas fueron llevadas a la oficina de Burdeos. Todo el mundo, incluido Paillet, estaba tan influido por los nuevos resultados, que parecía olvidado el veneno descubierto en las bebidas que Marie Lafarge suministraba a su marido. Pero el acusador no lo había olvidado. En aquellos difíciles momentos, cuando su derrota parecía segura, se aferró a aquella primera prueba. Podía tratarse de una escaramuza o de una acción nacida de la indestructible seguridad del acusador sobre la culpabilidad de Marie Lafarge; en cualquier caso, explicó que las bebidas y el contenido del bote malaquita fueran analizados también con el aparato de Marsh. Paillet aceptó de buen grado. El triunfo que acababa de obtener le había dado tal euforia, que en todas las propuestas del fiscal veía un paso más hacia la derrota de éste. Para él, era evidente que los expertos de Brives, tras reconocer su primer error reconocerían también que se habían equivocado al analizar las bebidas y los polvos. ¡Habían descubierto arsénico donde no lo había! Para la nueva investigación no se requerían tantos preparativos como para el análisis de los órganos; de ahí que pudiera realizarse en pocas horas. El trabajo fue encomendado a los dos Dubois. La vista fue suspendida; las actas del proceso decían: «La señora Lafarge parece extraordinariamente conmovida, y parece como si quisiera dar las gracias al público, que tan claramente le ha demostrado su simpatía».

Una vez más se produjo un compás de espera. Pero la tensión no podía ya compararse con la de los días anteriores. Los «lafargistas» parecían dominados por una especie de delirio. Por la tarde, el tribunal volvió a reunirse para escuchar el dictamen de los expertos.

Cuando penetraron en la sala, los farmacéuticos tenían una expresión sombría. El mayor de los Dubois vaciló un momento antes de hablar. Después, con voz insegura, leyó su informe. El contenido del mismo explicaba perfectamente tanta inseguridad. Él y sus colegas habían encontrado arsénico en todos los líquidos. Sólo la leche con los huevos batidos, contenía arsénico «para matar por lo menos a diez personas».

El acusador se levantó con un movimiento brusco y enérgico. El resultado —gritó— demostraba lo justo de su obstinación. Los «lafargistas» acogieron sus palabras con una tempestad de gritos hostiles. Decous no se dejó intimidar. Volvía a pisar terreno firme bajo sus pies. Así, pues, prosiguió diciendo: «Me afirmo en la convicción de que esta mujer ha asesinado a su marido». El camino de la ciencia había desembocado una vez más en un callejón sin salida; por ello, el tribunal se vio obligado a agotar todas las posibilidades de investigación. El fiscal exigió la presencia de Orfila, para que diera un dictamen definitivo. La propia defensa lo había exigido apasionadamente repetidas veces, y, por ello, el fiscal esperaba que ahora no se opondría a que fuera llamado el gran toxicólogo.

En efecto, Paillet no tuvo más remedio que acceder. Sin embargo, estaba convencido de que los resultados serían también negativos, tanto más cuanto que los expertos de Brives y Limoges no habían hecho otra cosa sino servirse de los métodos del propio Orfila. Esperaba incluso que Orfila corregiera los inexplicables hallazgos de arsénico en las bebidas. En medio de la excitación general, un correo a caballo salió de Tulle y cabalgó hacia Burdeos para ponerse en contacto telegráfico con Orfila y pedirle que acudiera a Tulle. El 12 de septiembre, el famoso toxicólogo anunció que llegaría el día siguiente.

En efecto, el correo de París lo dejó en Tulle el día 13, por la mañana. Orfila pidió que todos los expertos que habían trabajado en el asunto presenciaran sus experimentos. Además, utilizó los reactivos y el material usado por ellos, para evitar toda sospecha de que hubiera traído de París reactivos con algún contenido de arsénico.

El trabajo sería efectuado en una sala del Palacio de Justicia, cuyas puertas permanecerían cerradas y custodiadas. Orfila estuvo trabajando toda la noche, hasta que amaneció el día 14 de septiembre. Nada se sabía en el exterior sobre la marcha de sus

experimentos. La indescriptible tensión acabó en estallidos de protesta ante el edificio del tribunal. Orfila siguió trabajando hasta el anochecer del día 14. Luego se dirigió a la sala del tribunal. Los dos Dubois, Dupuytren y los médicos de Brives lo seguían con la cabeza baja.

«Comparemos —declaró Orfila— para presentar nuestro informe al tribunal». Tras algunas breves observaciones, siguieron unas frases que paralizaron todo movimiento en la agitada masa de espectadores: «Voy a demostrar: primero, que hay arsénico en el cuerpo de Lafarge; segundo, que este arsénico no procede de los reactivos utilizados ni de la tierra que rodeaba el féretro; tercero, que el arsénico descubierto por nosotros no corresponde al contenido normal de arsénico que se encuentra en todo cuerpo humano...».

Paillet se cubrió la cara con las manos, incapaz de comprender que aquel golpe mortal viniera de Orfila, de «su» Orfila. Sólo con grandes esfuerzos pudo comprender lo que Orfila iba diciendo. Orfila convirtió en extracto lo que quedaba del estómago y de su contenido, y lo introdujo en el aparato de Marsh. Al poco tiempo, los espejos de arsénico eran perfectamente visibles. Una prueba con óxido de plata demostró que se trataba realmente de arsénico. Después se preparó un nuevo extracto con los restantes órganos, desde el hígado al cerebro. En este caso, el aparato de Marsh reveló la presencia de una dosis pequeña, pero inconfundible, de arsénico. Finalmente, Orfila carbonizó todos los residuos que quedaron en los filtros al preparar los extractos. Este experimento le permitió localizar doce veces más arsénico que los anteriores.

El análisis de la tierra del cementerio fue totalmente negativo. Por tanto, el arsénico del cadáver no procedía de la tierra que rodeaba el féretro.

El arsénico natural del cuerpo humano se encuentra sólo en los huesos, nunca en los órganos. De ahí que dicho arsénico, según Orfila, no desempeñara papel alguno en el caso Lafarge.

Respecto a los resultados obtenidos por los médicos y farmacéuticos de Brives y Limoges, Orfila dijo que los primeros experimentos se efectuaron con métodos anticuados, y que el aparato de Marsh, utilizado después, era extraordinariamente sensible. Las personas que lo desconocían, podían obtener al principio resultados negativos. Lo que habían hecho los exper-

tos provincianos era dar demasiada intensidad a la llama que calentaba el tubo de ensayo. El arsénico había salido entonces en forma de gas, en lugar de precipitarse.

El presidente del tribunal, De Barne, no formuló más que una pregunta. Preguntó a Orfila si el tamaño de los espejos de arsénico era bastante grande como para admitir un envenenamiento. Orfila respondió que esta pregunta se relacionaba con las demás circunstancias: con los síntomas de enfermedad, la compra del arsénico y la existencia de las bebidas envenenadas. Para él, la respuesta era fácil.

Orfila abandonó la sala hacia las 7 de la tarde. De Barne temió que los «lafargistas» lo atacaran y ordenó a algunos generales que le dieran escolta hasta dejarlo en el coche correo de París. Sin embargo, el shock provocado por las declaraciones de Orfila había producido una paralización total. Las actas informan: «Este nuevo e inesperado viraje del gran drama histórico parece haber paralizado a todos los presentes». Paillet era incapaz de formular declaración alguna. Por primera vez, Marie Lafarge perdió el dominio de sí misma. Pasó a la cárcel entre los gritos de ánimo de sus partidarios, y una vez allí se derrumbó. El proceso tuvo que ser interrumpido durante dos días.

Paillet consideraba estúpido acudir a otros expertos para poner en duda las declaraciones de Orfila, a quien él mismo había definido públicamente como la más grande autoridad. Pero un abogado local, Lachaud, que había servido a Paillet como asistente y que sentía cierta pasión por Marie Lafarge, envió un correo a París por propia iniciativa. Se trataba de pedir a François Raspail, que no sólo era químico, sino político liberal, y que más de una vez había cruzado su acero con el conservador Orfila, que acudiera inmediatamente a Tulle. Era una acción desesperada. Raspail se puso en camino, pero al salir de París, el proceso entraba ya en su fase final.

En una desesperada defensa, Paillet intentó demostrar que Marie Lafarge era un carácter noble, y que la nobleza de sus sentimientos excusa de su corazón toda idea de asesinato. De la calle llegaban gritos airados; la gente pedía que se esperara la llegada de Raspail. Sin embargo, la noche del 19 de septiembre, los jueces y el jurado se retiraron a deliberar. Una hora después, Marie Lafarge era declarada culpable. A las 11,30 de

la noche se pronunciaba la sentencia: «Trabajos forzados a perpetuidad».

A esa misma hora llegaba Raspail a Tulle. Una muchedumbre de «lafargistas» lo esperaba. Amenazaron al correo, porque había tardado demasiado en traer a Raspail. El toxicólogo no hizo más que inspeccionar los platos de porcelana con los espejos de arsénico, que le fueron mostrados sin el menor inconveniente. Luego regresó a París. No pudo ya influir en el destino de Marie Lafarge. El rey Luis Felipe conmutó la pena impuesta por la de «prisión a perpetuidad». En octubre de 1841, la condenada fue llevada a Montpellier, donde permaneció diez años y escribió sus memorias. Enferma de los pulmones, fue puesta, finalmente, en libertad y murió a los pocos meses sin reconocer jamás su culpa. Bac, el ayudante de Paillet, un hombre que durante mucho tiempo creyó en la inocencia de Marie y hizo cuanto pudo por salvarla, al enterarse de la muerte de la asesina, manifestó: «Piensen ustedes de ella todo lo mal que puedan. Siempre se quedarán cortos».

Durante los años que siguieron al proceso, el ambiente reinante distaba mucho de permitir un juicio objetivo. Prosiguió la lucha entre «lafargistas» y «antilafargistas». En Francia y en varios países de Europa se publicaron libros y escritos polémicos. Sus títulos indicaban el apasionamiento con que se enfrentaban los antagonistas. Por un lado, se escribía: «La astuta ladrona de diamantes y peligrosa envenenadora», y por otro: «Marie Lafarge, inocente».

Sin embargo, el problema de la búsqueda del veneno y de la toxicología como nueva ciencia siguió ocupando el centro de la atención general, como había ocurrido durante el proceso. La polémica llevó a la conciencia de la opinión pública lo que el mismo proceso no había conseguido llevar totalmente. En aquellos días de la gran búsqueda de cosas desconocidas e inexplicadas —que caracterizó a la primera mitad del siglo XIX—, las miradas de numerosos médicos, químicos y farmacéuticos, se dirigió al campo misterioso y discutido de la toxicología. París se llenó de jóvenes químicos, ansiosos de convertirse en discípulos de Orfila y los otros toxicólogos.

Se iniciaba el siglo de la toxicología forense.

4

En el mismo momento en que se inició el gran desarrollo de la toxicología forense, los investigadores de los venenos empezaron a adivinar lo implacable de una ley que pesaría sobre la nueva ciencia más que sobre la medicina forense, y que un siglo más tarde seguiría aún influyendo en la evolución. Comprendieron que todo paso adelante significaba un éxito, pero también enfrentaba al investigador con nuevos e inexplicables misterios. Incluso se podía decir que, mientras ellos estudiaban los enigmas de un grupo de sustancias venenosas, las Ciencias Naturales descubrían o creaban nuevos venenos.

El propio Orfila, además de estudiar los venenos metálicos y minerales, dedicó su atención a unos cuantos venenos vegetales, conocidos desde hacía milenios o por lo menos, siglos. Sin embargo, mientras los científicos se esforzaban con éxito por localizar el arsénico y (aproximadamente en la misma época) el antimonio, el plomo, el mercurio, el fósforo, el azufre y otros muchos venenos metalicominales, el pequeño grupo de venenos vegetales conocidos empezó a convertirse en un mundo vasto y rodeado de misterio.

Cuando el farmacéutico alemán Sertürner, en 1803, aisló la morfina del opio, se inició dicha evolución. En las décadas siguientes, los investigadores y farmacéuticos fueron aislando venenos en cantidad creciente, procedentes, en general, de plantas exóticas. Estos venenos solían ser bases, es decir, afines al álcali, de ahí que se llamaran *alcaloides*. Todos los alcaloides vegetales afectaban el sistema nervioso de personas y animales. En pequeñas dosis podían servir de medicina; en grandes dosis constituían un veneno absolutamente mortal. En 1818, Caventou y Pelletier aislaron la mortífera estricnina de la nuez vómica. En 1820, Desosse descubrió la quinina en la quina, y Runge, la cafeína en el café. En 1826, Giesecke descubrió la nicotina en la cicuta. En 1828, Possell y Reimann aislaron la nicotina del tabaco, y en 1831, Mein obtuvo la atropina de la belladona. Que daban aún por descubrir casi dos mil alcaloides, desde la cocaína, la hiosciamina, hioscina y colchicina, hasta la aconitina. Aún transcurrió algún tiempo hasta que los primeros alcaloides pasaron de los pequeños laboratorios a los médicos, químicos y

farmacéuticos, y se difundieron. Naturalmente, los médicos fueron los primeros en servirse no sólo de sus efectos curativos, sino también venenosos. Sin embargo, pronto los venenos pasaron a otras manos; la consecuencia fue un creciente cifra de asesinatos y suicidios. Cada una de esas muertes demostraba que los venenos vegetales mataban sin dejar huellas, cosa que no ocurría con el arsénico y demás venenos metalominerales.

El 15 de noviembre de 1823, el fiscal general de Broe, presa de violenta indignación, se levantaba de su asiento para hablar ante el tribunal de jurados de París. Tenía que pronunciar su discurso de acusación contra el joven médico parisiense Edme Castaing, acusado de haber envenenado a dos amigos y pacientes. El doctor, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión serena, se sentaba, seguro de sí mismo, en el banquillo de los acusados.

De Broe gritó: «Si la ley pretendiera considerar la prueba técnica del envenenamiento como algo imprescindible para demostrar el asesinato, entonces tendríamos que añadir un nuevo párrafo al código penal. Este párrafo podría decir lo siguiente: Dado que los venenos vegetales no dejan huellas, el envenenamiento con sustancias vegetales queda libre de toda pena... Y, en este caso, podríamos recomendar a los envenenadores: no uséis arsénico ni venenos metálicos, porque dejan huellas. ¡Usad venenos vegetales! ¡Envenenad a vuestros padres! ¡Envenenad a vuestras madres! ¡Envenenad a toda la familia y la herencia pasará a vuestras manos! ¡No temáis nada! Vuestro crimen quedará impune. No existe el cuerpo del delito, porque no podemos encontrarlo...». Lleno de apasionamiento y con voz de falsete, De Broe prosiguió su alegato: «Nadie estaría seguro si tan espantoso ejemplo de envenenamiento quedara impune...».

Fueron innumerables los médicos que, entre los días 10 y 14 de noviembre de 1823, comparecieron como expertos de la acusación contra el doctor Edme Castaing. Entre ellos había verdaderas celebridades de la medicina parisiense, como los profesores Magendie o Laennec, que ha pasado a la historia como inventor del estetoscopio. La pregunta que preocupaba a todos era la siguiente: ¿Ha asesinado el doctor Castaing, de 27 años, a sus dos amigos, Hippolyte y Auguste Ballet, con dosis mortales de morfina, para entrar en posesión de la fortuna de ambos hermanos?

El forense y químico parisiense Orfila (*arriba*), nacido en Menorca (1787-1853), ha pasado a la historia de la criminalística como uno de los adelantados de la toxicología. Gracias a un trabajo de muchos años, descubrió métodos químicos que permitían localizar un veneno en el cuerpo de un cadáver, incluso mucho tiempo después de la muerte. Sus investigaciones suministraron pruebas para la condena de Marie Lafarge. El escandaloso proceso contra Marie Lafarge (*abajo*) que, en 1840, fue acusada de haber asesinado a su marido con arsénico, marca los dramáticos inicios de la toxicología forense, ciencia que evolucionó, primero, dentro del campo de la medicina forense, y que luego experimentó un gran desarrollo como ciencia independiente.

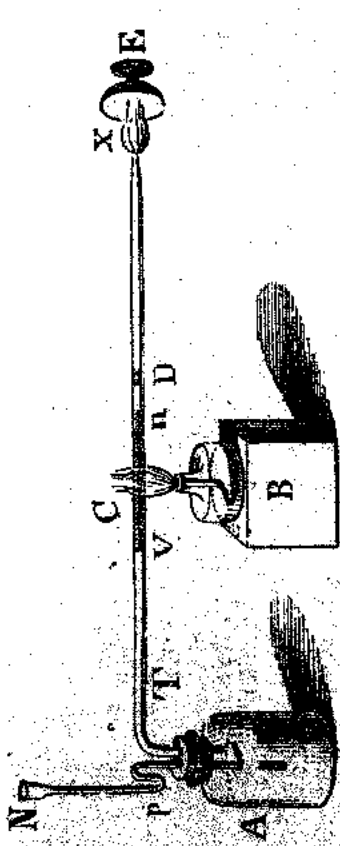


Era evidente que el día 5 de octubre de 1822, Hippolyte murió en su casa de París, cuando gozaba de plena salud. El único médico que lo visitó fue el doctor Castaing. Se sabía también que Castaing, apremiado por las deudas, liquidó todas el 14 de octubre, prestó 30 000 francos a su madre y adquirió acciones por valor de 10 000 francos. El hermano de Hippolyte, Auguste, murió el 2 de junio de 1823 en el Hotel Tête Noire de Saint-Cloud, tras repentinos vómitos, angustia, cansancio y pulso apenas perceptible. Las pupilas del muerto aparecían empujadas de un modo insólito. Como en el caso del otro hermano, Castaing había sido el único médico que lo trató.

Sin embargo, fracasaron completamente todos los intentos que efectuaron los médicos y químicos de París —Chaussier, Pelletan, Lhermier, Segalas, Magendie, Vauquelin y Barruel— por descubrir morfina en el estómago de Auguste y Ballet. El informe que presentaron el 15 de julio de 1823 demostraba su incapacidad para descubrir la presencia del alcaloide. Por medio de vaporizaciones, baños de magnesia o disolución en alcohol, habían intentado obtener extractos del contenido estomacal y los habían tocado con la lengua para encontrar en ellos un sabor amargo. Les parecía que el sabor característico de la morfina era el mejor criterio para dar una prueba. Para comparar los sabores les sirvió una solución compuesta de morfina, agua y un poco de alcohol vínico. Sin embargo, no pudieron descubrir nada, y así lo hicieron constar en su informe del 15 de julio.

El fiscal general, De Broe, supo que era imposible descubrir químicamente la presencia de la morfina. Sin embargo, el 10 de noviembre de 1823, al iniciarse el proceso contra Castaing, esperaba que los especialistas le darían por lo menos una información sobre la acción de la morfina en el cuerpo humano, sus síntomas, la cantidad de veneno necesaria para producir la muerte. Esperaba que todos estos síntomas correspondieran a los de la enfermedad de Auguste Ballet. Además de Causier, Vauquelin, Lhermier, Magendie, Barruel, Segalas y Pelletan, invitó también al proceso a los profesores Laennec, Pigache, Michel, Petit y Balzac: la flor y nata de la medicina francesa. Y, sin embargo, la comparecencia de todos ellos ante el tribunal sólo sirvió para poner más de manifiesto la incapacidad e ignorancia generales frente al fenómeno de los alcaloides.

Entre los conocimientos adquiridos en el futuro, se impon-



El primer gran descubrimiento en el campo de la toxicología fue el realizado por el inglés James Marsh en 1836. Aquí vemos el primer aparato de Marsh, que permitía aislar el arsénico contenido en líquidos y extractos orgánicos de los tejidos de un cadáver. El arsénico pasaba a formar parte del hidrógeno arsenioso y se precipitaba en un plato de porcelana colocado en un extremo del aparato.



Los posteriores perfeccionamientos de los aparatos de Marsh (*arriba*) permitieron determinar con mayor exactitud las proporciones del «espejo» arsenioso o la cantidad de arsénico (*izquierda*) en el tejido de los cadáveres.



dría la experiencia de que —a pesar de las diferencias individuales— 1 gr de morfina podía ser ya mortal. La muerte por envenenamiento a causa de morfina presentaba, como en el caso de Auguste Ballet, los síntomas siguientes: vómitos, cansancio, pesadez muscular, pérdida de la consciencia, paralización del sistema nervioso central y, a veces, convulsiones. Uno de los síntomas más seguros de envenenamiento con morfina era, además, la clara reducción de las pupilas. Tres días después de iniciarse el proceso, el 13 de noviembre de 1823, el profesor Laennec declaró que algunas personas soportaban hasta 100 gramos de morfina; otras, en cambio, sucumbían a una dosis de 10 gr. Segalas dijo que la morfina era mortal a partir de los 8 gr. Pigache se creyó obligado a hablar de la disminución de las pupilas, observada por él en Auguste Ballet cuando éste agonizaba. Magendie estuvo conforme con su colega. Por el contrario, el viejo Chaussier y sus seguidores declararon que el envenenamiento con morfina producía siempre una dilatación de las pupilas. Cuando De Broe le hizo notar que Pigache y Magendie opinaban precisamente lo contrario, Chaussier respondió que ambos doctores no tenían su experiencia. «Yo no pregunto lo que opinan mis colegas. Yo me baso en mi larga experiencia».

En resumen: un macabro espectáculo que duró dos días, un espectáculo de errores, ignorancia y desconcierto que dio seguridad a Castaing y a la defensa. No era de extrañar que De Broe se dirigiera apasionadamente al jurado y conminara a sus miembros para que no se dejaran influir por el desconocimiento de los médicos y los químicos. «Piensen ustedes en el peso abrumador de las restantes pruebas y no dejen, con su absoluta abstención, el camino libre a otros criminales, que seguirán el ejemplo de Castaing».

El 17 de noviembre de 1823, el jurado declaró culpable al doctor Edme Castaing: De Broe había triunfado. Pero la condena a muerte de Castaing no impidió que el espectáculo de la impotencia científica frente a los venenos vegetales fuera conocida, primero, en París; después, en el resto de Francia, y, finalmente, en Europa. La convicción de que los venenos vegetales eran localizables después de la muerte de las víctimas, fue penetrando en las grandes masas. Nadie ha podido saber jamás el número de víctimas que, hasta bien entrada la segunda

mitad del siglo XIX, murieron envenenadas por alcaloides, por inconsciencia, por la intervención de médicos sin escrúpulos y asesinadas por personas más hábiles que Castaing, asesinos que supieron eludir toda sospecha.

Hasta 1850, los toxicólogos lograron descubrir, desde luego, algunos reactivos químicos, con ayuda de los cuales se podía localizar la presencia de alcaloides, siempre que éstos se hallaran en una sustancia pura o en soluciones relativamente «puras». El ácido tánico, el cloruro de mercurio y otros reactivos producían determinados enturbiamientos o sedimentos. Tras muchas pruebas se descubrieron algunos reactivos que adoptaban coloraciones características al contacto con ciertos alcaloides. Si, por ejemplo, se echaban gotas de ácido salitrroso en una solución de morfina, ésta adquiría un color rojo. Pero, ¿dónde y cuándo se podían obtener sustancias puras del veneno utilizado en casos de muerte dudosos? ¿Dónde y cuándo localizar el veneno en bebidas u otros líquidos? De ordinario, el alcaloide vegetal penetraba profundamente en el cuerpo de la víctima, se introducía en sus órganos, en la «materia animal», de la que tantas veces habló Orfila. Una y otra vez se demostraba la imposibilidad de aislar el veneno vegetal de los tejidos, como se solía hacer con el arsénico y los venenos metalcominerales. Si se destruía la materia animal, desaparecían también los alcaloides.

En 1847, Orfila, ya anciano, tras una serie de experimentos con animales previamente envenenados con alcaloides, afirmó que quizá fuera imposible siempre arrancar a los cuerpos de los envenenados con alcaloides el secreto de la causa de su muerte. Por entonces no podía saber que sólo le separaban tres años de un invento que revolucionó la Toxicología más que el aparato de Marsh, y que, por ello, adquirió una importancia universal.

5

Caja la noche del 21 de noviembre de 1850 cuando el párroco de Bury, comunidad situada entre las ciudades belgas de Mons y Tournai, recibía a un extraño grupo de visitantes: tres mu-
chachas y un joven. El párroco los reconoció inmediatamente

cuando, tímidos e inquietos, salieron de la oscuridad y se acercaron a su lámpara: Gilles, un cochero; Emmerance Bricourt, una doncella, y Justine Thibaut y Virgine Chevalier, dos niñas. Todos ellos pertenecían a la servidumbre del castillo de Bitremont. Al parecer, los atormentaba la conciencia y querían pedir consejo al sacerdote. El día anterior, 20 de noviembre, por la tarde, habían ocurrido cosas terribles en el viejo castillo rodeado de muros y fosos.

Lo que contó Emmerance Bricourt —que hablaba en nombre de los cuatro— era realmente insólito, insólito incluso para el castillo de Bitremont, conocido desde mucho antes, por toda la población de Henao, como escenario de una vida extraña. Muchos de los habitantes de los alrededores creían que era cierto lo que se contaba del castellano. Se decía que el conde Hippolyte Visard de Bocarmé había sido amantado por una leona y que, con la leche, había absorbido toda la fiera del animal.

Bocarmé era hijo de un gobernador holandés de Java y de su mujer, belga. Su madre lo había traído al mundo en alta mar, durante un viaje hacia el Extremo Oriente a bordo de la fragata «Eurimus Marinus». Posteriormente, el conde residió en los Estados Unidos con su padre, que comerciaba en tabaco y cazaba. Esto acabó de convertirlo en un salvaje. Al regresar a Europa fue extraordinariamente difícil enseñarlo a leer y escribir. Finalmente, se interesó por las ciencias físicas y naturales y por la agricultura y se hizo cargo de la administración de su castillo.

Para mejorar su situación económica, Bocarmé se casó en 1843 con una burguesa, Lydie Fournies, al enterarse de que poseía una gran fortuna. El padre de Lydie era farmacéutico en Peruwelz; un hombre ambicioso y extraño, que educó a sus dos hijos, Lydie y Gustav, un muchacho enfermizo, en el «afán de grandezas» y en la ambición de adquirir títulos nobiliarios. Después de la boda del conde Bocarmé con Lydie, se descubrió que la fortuna de Fournies distaba mucho de ser tan grande como se creía. La nueva condesa recibió una renta anual de 2000 francos, insuficiente para las extravagantes aspiraciones del conde.

En pocos años, Bitremont se había convertido en un lugar de disipación: fiestas orgiásticas, cacerías y una legión de criados. Las deudas aumentaban de día en día. El conde y la condesa

alternaban las palizas con los estallidos de pasión. Cuando murió el viejo Fournies, la renta de la condesa aumentó a 5000 francos anuales, aumento que no podía ya mitigar la situación. La única posibilidad de pagar las deudas era vender todos los terrenos del castillo. En 1849, esta posibilidad estaba ya agotada. La situación se hizo tan desesperada, que Bocarmé pidió préstamos a los criados que tenían algunos ahorros. La última esperanza del noble matrimonio era la muerte de Gustav, el hermano de Lydie, el cual estaba en posesión de la herencia de su padre. Si moría soltero, la condesa heredaría la fortuna.

Desde la amputación de una pierna, Gustav estaba gravemente enfermo. Usaba muletas, y las especulaciones sobre su próximo fin no carecían de fundamento. Sin embargo, desde la primavera de 1850, corrió el rumor de que Gustav quería casarse. En efecto, se descubrió que había comprado el castillo de la familia Grandmetz, unos nobles arruinados, y que se había prometido con su propietaria, Demoiselle de Dudzech. A primeros de noviembre de 1850, era ya evidente que no tardarían en casarse. La boda acabaría con todas las esperanzas de los Bocarmé sobre la fortuna de Gustav Fournies.

La noche del 21 de noviembre, cuando el párroco de Bury escuchaba las monstruosas cosas que le contaba Emmerance Bricourt, hacía ya más de veinticuatro horas que Gustav Fournies no estaba en el mundo de los vivos. Ya no podría casarse, porque estaba muerto.

Desde la tarde del día 20 de noviembre, su cadáver se hallaba en la habitación de Emmerance, desnudo, con llagas en las mejillas, y la boca, quemada y ennegrecida.

La historia que contó Emmerance era más o menos como sigue: El mismo día 20 de noviembre, un criado anunció a los Bocarmé que Gustav iba al castillo hacia mediodía, para comunicarse a sus parientes la próxima boda. Inmediatamente empezaron a ocurrir cosas extrañas. Los niños de los condes, que generalmente comían en el comedor con sus institutrices, fueron relegados a la cocina. Fue la propia condesa la que sirvió la comida. Poco antes de oscurecer, Emmerance oyó un ruido procedente del comedor. Era como si un cuerpo cayese al suelo. Poco después, Gustav gritó con voz sofocada: «¡Ay, ay, perdón, Hippolyte...!». Emmerance corrió a la sala, pero tropezó con la condesa que salía y cerraba la puerta tras ella. La condesa

corrió a la cocina y volvió con ollas de agua caliente. Poco después llamó a Emmerance y al cochero Gilles y exclamó: «Gustav se ha puesto enfermo de pronto. Ayudados. Creo que está muerto».

Los criados encontraron el cuerpo sin vida de Gustav en el suelo del comedor. El conde Bocarné parecía muy excitado. Se lavaba las ensangrentadas manos y ordenaba a Gilles que subiera vinagre de un barril que se hallaba en el sótano y que desnudara el cadáver. El conde arrojó el vinagre a chorro en la boca de Gustav y ordenó que el cuerpo fuese lavado también con vinagre. La condesa llevó la ropa de su hermano al lavadero y la metió en agua hirviendo con jabón. Gilles tenía que arrojar vinagre sin cesar sobre el cadáver. Después, Gilles llevó el cuerpo a la habitación de Emmerance y lo tendió en la cama.

La condesa había pasado la mitad de la noche frotando con jabón el suelo del comedor, en el lugar donde había caído su hermano. Después lavó las muletas, para quemarlas en seguida. A la mañana siguiente, apareció con un cuchillo y raspó la superficie de los entarimados. Esta actividad duró hasta mediodía. Por la tarde, el conde y la condesa se acostaron, completamente agotados. Al caer la noche, la servidumbre se había decidido a ir a Bury, donde ahora se hallaban. Asustados, preguntaron al párroco: «Por el amor de Dios, ¿qué debemos hacer?».

Con gran alivio por su parte, el párroco no tuvo necesidad de responder a esta pregunta. Apenas acababa Emmerance su historia, se presentó un escribiente del ayuntamiento y comunicó que el juez de instrucción de Tournai llegaría al día siguiente. Dijo que, al parecer, habían llegado a Tournai rumores de que Gustav Fougues había muerto de un modo no natural. El juez de instrucción no daba crédito a tales rumores, pero cumpliría con su deber y haría una visita de inspección.

El 22 de noviembre, al caer la tarde, el juez de instrucción, Heughebaert, llegaba a Bury con tres gendarmes y los médicos Marouzé, Zoude y Cosse. Las dudas de Heughebaert eran tan grandes, que dejó a los gendarmes en Bury y se encaminó al castillo con los médicos y el escribiente. Sin embargo, una vez allí, sus dudas se convirtieron en la más profunda de las desconfianzas. Bocarné no se dejó ver hasta mucho rato después. La chimenea del comedor estaba llena de ceniza. Se veía claramente que se trataba de libros y documentos quemados. En

el suelo había tablas de madera raspadas. A regañadientes, el matrimonio condujo a Heughebaert a la habitación del cadáver. La condesa se negó a abrir las cortinas que oscurecían la habitación. El propio juez de instrucción tuvo que hacerlo. Sus ojos se fijaron inmediatamente en las heridas que Gustav tenía en la cara. Bocarné hizo un inútil intento para esconderlas con las manos. El juez de instrucción contaba después: «Se me empezó a encender la sangre». Inmediatamente ordenó a los médicos que investigaran el cadáver y comprobaran si había muerto de muerte natural.

Los médicos mandaron llevar el cadáver a una cochera situada en el patio del castillo. Dos horas después anunciaban el resultado de su investigación. El cerebro estaba completamente sano. No hubo, por tanto, ningún tipo de ataque. En cambio, la boca, lengua, cuello y estómago presentaban corrosiones tan intensas, que, según los médicos, Gustav Fougues había muerto tras ingerir un líquido muy corrosivo. Incluso hablaron de ácido sulfúrico. «La muerte—declararon—se debió a la duración e intensidad de los dolores producidos por las quemaduras de la boca y la garganta».

Heughebaert ordenó que fuesen extraídos del cadáver todos los órganos útiles para un análisis químico. El mismo fue testigo de cómo los médicos ponían en recipientes de cristal la lengua y el esófago, el estómago y los intestinos, el hígado y los pulmones del cadáver. Después echaron alcohol puro en dichos recipientes y los sellaron. El escribano y un gendarme se encargaron de llevarlos a Tournai sin pérdida de tiempo. Los otros dos gendarmes se encargaron de detener al conde y a la condesa de Bocarné.

Tan pronto como regresó a Tournai, Heughebaert alquiló un coche de caballos rápidos, cargó en él los objetos que se habían de analizar y corrió a Bruselas, a la École Militaire, donde, desde 1840, se hallaba un profesor de Química cuyo nombre había conocido casualmente el juez de instrucción al consultar una revista de química. Se trataba de Jean Servais Stas.

Stas tenía 37 años cuando Heughebaert le encomendó el trabajo que le daría fama mundial. Flamenno de nacimiento, Stas era hijo de la ciudad de Lovaina, donde había estudiado Medicina y Química. Los conocimientos del catedrático de Química de aquella Universidad, Van Mons, fueron pronto insufi-

cientes para Stas. En la buhardilla de su casa paterna instaló un pequeño laboratorio, con aparatos contruidos por él mismo. Entre ellos se hallaba una balanza de metal, cristal y lacre, que servía para pesar miligramos. Stas guardó dicha balanza como un talismán hasta el fin de su larga vida. En su laboratorio de la buhardilla descubrió la fluoridcina. El gran químico sueco Berzelius, al enterarse de la hazaña de Stas, declaró: «Debemos prestar atención a un químico que se inicia con un trabajo semejante». En 1835, Stas, como muchos de sus contemporáneos, fue a París para trabajar con hombres como Gay-Lussac, Arago, Dumas y Orfila. Logró despertar el interés de Dumas, y, gracias a él, pudo trabajar durante cuatro años en laboratorios aptos para descubrir el maravilloso mundo de la química. Stas se atrevió incluso a corregir a Berzelius, que había calculado mal el peso atómico del carbono.

Stas, de aspecto insignificante, débil, nervioso y muy sensible, arruinó su frágil salud en París. Una dolencia intestinal, debida probablemente a una alimentación escasa e irregular, lo atormentó el resto de sus días. Sin embargo, cuando, en 1840, con ayuda de Dumas, se pudo trasladar a Bruselas como profesor de Química, sus conocimientos eran superiores a los de cualquier otro químico belga. Sin embargo, el laboratorio de la Escuela Militar era insuficiente, y el químico alemán Liebig pensó llamar a Stas a Alemania. Pero éste se mantuvo fiel a su patria, y, por segunda vez, él mismo montó su laboratorio propio, situado, primero, en la Rue de Champs, Ixelles. Después se trasladó a Saint-Gilles, a la Rue de Joncour, donde alquiló una casa que convirtió completamente en laboratorio, desde el sótano a la azotea. En ella vivió también hasta su muerte, acaecida en 1891. Y en ella, el modesto químico llegó a recibir a ministros y reyes.

El día en que Heughebaert llegó a Bruselas, Stas trabajaba aún en la Rue des Champs. Y fue allí donde, entre principios de diciembre de 1850 y finales de febrero de 1851, el gran químico efectuó el segundo gran descubrimiento de la toxicología: el método básico para localizar los venenos vegetales o alcaloides, incluso en los cadáveres.

Nadie tenía la más ligera sospecha de que Gustav Fournies pudiera haber sido envenenado con un alcaloide vegetal, cuando Stas tomó a su cargo los materiales procedentes de Bitremont.

Heughebaert le comunicó la opinión de los médicos, según la cual, la muerte pudo ser producida por ácido sulfúrico.

Los venenos corrosivos habían sido ya muy estudiados, y Stas pudo darse cuenta en seguida de que un envenenamiento con ácido sulfúrico era de todo punto imposible. Como la mayor parte de sus colegas, había utilizado mil veces el olfato y la lengua —a falta de otros medios— para reconocer sustancias o vapores químicos. En este caso, su olfato le decía que el único ácido posible era el ácido acético. Al exponer esta opinión, Heughebaert habló de que el cadáver había sido lavado con vinagre y que se habían echado grandes dosis del mismo líquido en la boca. Entonces Stas empezó a sospechar que el vinagre pudo servir para disimular los síntomas o efectos de otro veneno. En cualquier caso, su primer trabajo consistió en buscar ácido acético en la boca y órganos digestivos del cadáver. Sin embargo, la sospecha que germinaba dentro de él, lo obligaba a trabajar con una prudencia y un cuidado que la química posterior no pudo imaginar. A menudo había comprobado que los venenos son fácilmente destruidos por el calor y el aire, antes de ser localizados. Para que no se perdiera ninguna sustancia sospechosa o quedara irremisiblemente destruida, Stas realizó las evaporaciones y destilaciones en complicados aparatos cerrados.

El contenido del estómago, intestinos y vejiga —órganos sumergidos en alcohol— consistía en un caldo negruzco. La mitad del mismo fue separado por Stas para eventuales experimentos posteriores. La otra mitad fue disuelta en el agua utilizada para lavar los pedazos del estómago y los intestinos. Stas filtró varias veces la solución, la calentó y la destiló. Obtuvo así un líquido de color pardo-rojo y tomó varias pruebas; sometió una de ellas a presión hasta convertirla en un jarabe. La prueba despedía un olor inconfundible a vinagre. Luego trató otras dos pruebas con potasa cáustica y, de pronto, algo le sorprendió. Los líquidos despedían un olor casi imperceptible, que recordaba la orina de las ratas. En los años anteriores, dicho olor había llamado la atención de muchos químicos. Correspondía a la conina, el alcaloide venenoso de la cicuta. Se intensificaron las sospechas de que el ácido acético había servido para disimular otro veneno misterioso.

¿Y si Gustav Fournies hubiese sido envenenado con una

sustancia vegetal? ¿No era posible que el cadáver contuviera uno de aquellos venenos que, hasta el momento, escapaban a todo intento de localización cuando se infiltraban en la «materia animal»? ¿Por ventura la casualidad había llevado a Stas a dar con los indicios de un alcaloide?

Desde ese momento, Stas permaneció día y noche en su laboratorio y no perdió de vista sus matraces, crisoles, reactivos y tubos de ensayo.

Una parte del líquido obtenido con las pruebas investigadas fue introducida en una gran dosis de alcohol fresco; después la filtró, la decantó, añadió agua, la volvió a filtrar y dejó evaporar el líquido filtrado hasta obtener una solución pegajosa. Trató dicha solución con potasa y volvió a percibir el sorprendente olor, que pronto desapareció de nuevo. Sin embargo, esta segunda vez, el olor había sido más fuerte y narcótico. Hasta el momento se conocían dos alcaloides vegetales que se delataban por el olor: la conína y la nicotina, terrible veneno del tabaco; una dosis de 50 mg de nicotina bastaba para matar a una persona en pocos minutos. El olor percibido por Stas recordaba, sin lugar a dudas, el de la nicotina.

Se iba perfilando una posibilidad tan insólita y audaz para Stas, que, al principio, el sabio se resistió a admitirla. Sin embargo, tampoco pudo excluirla: ¿Se trataba realmente de nicotina? ¿Había sido la nicotina el veneno que acabó con la vida de Gustav Fougnes?

Stas puso una parte del extracto obtenido en una botella y le añadió éter puro. Lo agitó y dejó reposar la emulsión hasta que el éter volvió a separarse; tomó la mitad del éter y lo hizo evaporar en un pequeño plato. En él quedó, finalmente, un anillo pardusco que desprendía un inconfundible olor a tabaco. Stas tocó el anillo con la lengua y comprobó que tenía un intenso sabor a tabaco, un sabor ardiente que se extendía por toda la boca y permanecía en ella varias horas. Tras nuevas mezclas de la sustancia de prueba con éter—todas las cuales condujeron a idéntico resultado—, Stas trató aquella solución, compuesta por el contenido del estómago, intestinos y vejiga—de la que había partido—, con potasa cáustica. Añadió éter a la solución alcalina obtenida y agitó la mezcla hasta que se formó una emulsión. Pero esta vez esperó en vano que el éter se separara. Stas descubrió que ello se debía a que en la solu-

ción quedaban restos de «materia animal». Eliminó dichos restos mediante lavados y filtraciones con agua y alcohol, y consiguió, por fin, separar el éter. Era evidente que la materia con sabor a tabaco, obtenida en las anteriores experiencias, se debía a que el éter la atraía; por ello, Stas repitió seis veces la mezcla con éter, para estar completamente seguro de obtener el alcaloide y el correspondiente veneno. La evaporación trajo consigo la presencia de una materia oleagínosa cuyo sabor y olor correspondían a la nicotina.

Para estar seguro de que realmente había obtenido nicotina, Stas trató la materia oleagínosa con los reactivos químicos que, desde el descubrimiento de la nicotina, habían servido a los farmacólogos para comprobar la presencia del alcaloide. Por ejemplo, si se ponía cerca de la nicotina una barrita de cristal untada con ácido clorhídrico, se formaban vapores de un color blanco muy intenso. Si la nicotina entraba en contacto con ácido salitrero, se convertía en una masa espesa de color amarillo. Stas no se contentó con las reacciones más conocidas. Mezcló nicotina pura con los productos químicos más diversos, comprobó los precipitados, cristalizaciones y cambios de color, y los comparó con los efectos producidos por los mismos productos químicos sobre la materia oleagínosa obtenida de los órganos de Gustav Fougnes. Los efectos coincidían del todo con los obtenidos sobre la nicotina pura.

En aquel momento—era ya el 28 de noviembre—, Stas puso su extracto oleaginoso en un matraz, con la inscripción: «Nicotina procedente de los órganos de Gustav Fougnes». El matraz fue remitido inmediatamente a Heughebaert. Stas, en una carta adjunta, recomendaba al juez de instrucción que investigara si el conde y la condesa de Bocarmé habían utilizado alguna vez nicotina para algo, o si tenían nicotina en su propiedad. Además, rogaba a Heughebaert que le informara sobre los resultados de dicha investigación.

Heughebaert recibió el envío de Stas el día 30 de noviembre. Inmediatamente se encaminó a Bitremont con unos cuantos gendarmes; hizo registrar todas las estancias y volvió a interrogar a los criados. El jardinero Deblicqui, un hombre algo enfermo, declaró que durante el verano y el otoño de 1850 había ayudado al conde a confeccionar agua de colonia. Para ello, Bocarmé compró gran cantidad de hojas de tabaco y estuvo

trabajando con muchos aparatos, en un laboratorio ubicado en los lavaderos del castillo.

¿Tabaco para fabricar agua de colonia?, preguntó Heughebaert.

Sí, en efecto, aseguró Debliequi; muchas hojas de tabaco. Resultó que, principalmente entre los días 28 de octubre y 10 de noviembre, el conde se pasaba los días —e incluso algunas noches— en los lavaderos, ocupado en extraer colonia de las hojas de tabaco. El 10 de noviembre puso el agua de colonia en un armario del comedor, que cerró con llave. Al día siguiente, todos los aparatos de destilación y los alambiques de cristal habían desaparecido. El mismo se hizo cargo del transporte, ya que ni el jardinero ni los otros criados recibieron la orden de hacerlo.

El registro efectuado por los gendarmes y por el propio Heughebaert fue inútil; no apareció el menor rastro de aparatos químicos. Sin embargo, el juez de instrucción obtuvo del cocheró Gilles otras informaciones importantes. En febrero de 1850, Bocarmé hizo un viaje a Gante para visitar a un profesor de química. Gilles no sabía nada más, y Heughebaert partió inmediatamente hacia Gante. Visitó a todos los químicos de la ciudad, hasta que dio con un tal profesor Loppers, que daba lecciones en la Escuela Industrial. Loppers recordó que, desde el mes de febrero pasado, había recibido varias veces a un señor de Bury. La descripción que hizo del visitante correspondía exactamente a Bocarmé. Por lo demás, se había presentado a él con el nombre de Berant y le había escrito varias cartas con el mismo nombre. Todas las cartas trataban del mismo tema: cómo obtener nicotina de las hojas de tabaco.

Cuando Bocarmé-Berant hizo su primera visita a Gante, dijo a Loppers que venía de América. Sus parientes, radicados en aquel continente, eran víctimas, con mucha frecuencia, de los ataques de los indios, los cuales solían envenenar sus flechas con sustancias vegetales. Él, Berant, quería conocer todos los venenos vegetales con el fin de prestar alguna ayuda a sus familiares. Quería saber si dichos venenos dejaban huellas en las personas envenenadas. Loppers le dijo que no, y Berant se despidió del doctor. Sin embargo, volvió a visitarlo antes de que acabara el mes.

Esta vez explicó a Loppers que los indios obtenían del ta-

baco un extracto capaz de matar a una persona en pocos minutos. Dicho extracto era conocido en Europa con el nombre de *nicotina*. Su deseo era obtener también el mencionado extracto y estudiar sus efectos. Loppers le enseñó el método para obtener nicotina y le recomendó al fundidor de cobre Vandenberghe y al farmacéutico Vanbenkeler como proveedores para los recipientes y aparatos necesarios. Vandenberghe y Vanbenkeler confirmaron al juez de instrucción que, en efecto, hasta el mes de noviembre habían enviado a Bury veintitún aparatos y recipientes químicos. En mayo, Bocarmé fue a Gante por tercera vez para enseñar a Loppers la primera prueba de nicotina obtenida. Se trataba de un extracto bastante impuro. Bocarmé siguió trabajando hasta octubre, e hizo tantos progresos, que, finalmente, pudo llevar a Gante el primer extracto de nicotina pura. Afirmó que había logrado envenenar a gatos y patos.

Mientras, en pocos días, Heughebaert viajaba desde Bury a Tournai, Gante, Bruselas, Gante y Bury, para regresar, finalmente, a Bruselas, el día 2 de diciembre, dispuesto a comunicar sus averiguaciones a Stas, éste no se había dado tampoco punto de reposo. Investigó y descubrió el principio del método que, por primera vez, le había permitido descubrir un alcaloide en el contenido del aparato digestivo de un cadáver. Luego se dedicó a estudiar los órganos de Fougny, especialmente el hígado, pulmones, lengua y laringe. Una vez descubierto, el método de Stas resultaba ya de una claridad meridiana.

Todos los venenos vegetales, «afines a las bases», eran solubles en agua y en alcohol. En cambio, casi todas las sustancias del cuerpo humano, desde la albúmina y la grasa hasta la celulosa de los jugos gástricos e intestinales, eran insolubles en cada uno de los dos líquidos mencionados y en los dos a la vez. Si se introducían los órganos —previamente triturados o convertidos en pasta— y el contenido de los mismos en una elevada dosis de alcohol con un ácido, el líquido penetraba en la masa del material sometido a análisis y los venenos vegetales o alcaloides —al igual que las bases— se disolvían y se mezclaban con la solución de alcohol y ácido.

En esta situación había encontrado Stas el material, el cual, como sabemos, le fue entregado en recipientes con alcohol y con el ácido acético procedente del vinagre usado por Bocarmé para disimular el veneno vegetal. Si se filtraba la solución alcohólica

y se separaba el alcohol, éste se llevaba consigo —además del azúcar, el mucilago y otras materias corporales solubles— el alcaloide, y dejaba todas las materias no solubles. Si los residuos se filtraban varias veces con alcohol fresco y se repetía la filtración hasta que el alcohol no asimilaba ya más materias solubles de dichos residuos, se podía tener la seguridad de que la mayor parte del alcaloide venenoso había pasado de los residuos orgánicos al alcohol. Si se vaporizaba el filtro alcohólico hasta obtener un jarabe, y luego se mezclaba éste con agua y se filtraba varias veces, quedaban en el filtro elementos corporales, como grasa y otras materias no solubles en agua. En cambio, el alcaloide era asimilado por el agua. Para obtener soluciones aún más puras y libres de sustancias «animales», se podía y debía repetir otras veces la operación del vapor y el lavado con agua y alcohol, hasta que, finalmente, quedaba un producto soluble en alcohol y agua. Esta solución seguía siendo ácido, y, mediante ácidos, se mantenían en la solución los alcaloides vegetales, afines a una base. Sin embargo, cuando se añadía una sustancia alcalificante, como sosa o potasa cáusticas, los alcaloides se separaban de la solución y quedaban, por así decirlo, libres.

Cuando Stas hubo introducido potasa cáustica en sus soluciones de prueba, vio que se desprendía de ellas por primera vez un olor a alcaloide; posteriormente reconoció el olor característico de la nicotina. Para separar los venenos vegetales «liberados» de la solución alcalina en que se encontraban, era preciso, por fin, un disolvente que, al ser agitado con el agua, formara transitoriamente una emulsión y que, al reposar, volviera a aislarse del agua. La gran habilidad de Stas le hizo pensar en el éter, que empezaba a conquistar los quirófanos europeos como anestesia procedente de América. El éter era menos pesado que el agua y se mezclaba con ella al ser agitado, para separarse de nuevo. Mediante este proceso, el alcaloide abandonaba el agua y pasaba al éter. Si luego se destilaba cuidadosamente el éter o se dejaba evaporar en un plato, quedaba un extracto que contenía el alcaloide buscado.

Esta sustancia no podía someterse ya a nuevos lavajes. Sólo quedaba por determinar cuál era el tipo de alcaloide, mediante los reactivos químicos correspondientes u otros medios que aún se estaban estudiando.

A primeros de diciembre de 1850, cuando Stas imaginaba este nuevo método, no podía sospechar que pondría a la Toxicología en condiciones de localizar y aislar todos los alcaloides vegetales importantes (y, posteriormente, otros venenos), desde la atropina de la belladona hasta la delphinina de la espuela de caballo. Tampoco podía sospechar que, mediante una ligera ampliación de su procedimiento (adicción de cloruro de amonio en la última fase y empleo de cloroformo y alcohol amílico en lugar de éter) se obtendría el alcaloide más importante del opio, la morfina, localizable en los más recónditos recovecos del cuerpo humano.

El 2 de diciembre, cuando Heughebaert entró en el laboratorio de Stas con sus importantes noticias, éste acababa de demostrar la existencia de nicotina en los órganos «nacidos» del cuerpo humano, es decir, en el hígado y en la lengua de Gustav Fougues. Contaban la nicotina suficiente como para «matar a varios hombres».

Todo lo que el juez de instrucción contó a Stas sobre la preparación del veneno por parte de Bocarmé confirmó el éxito del químico. Todo lo que había que hacer después era un trabajo rutinario, aunque importante y decisivo, para la futura colaboración de la ciencia con la investigación criminal.

Heughebaert llevó a Stas varias prendas de ropa pertenecientes al difunto y siete tablas de roble, arrancadas del suelo del comedor de Bitemont. La investigación de la ropa dio un resultado negativo, porque había sido lavada cuidadosamente. En cambio, en las tablas había rastros de nicotina. El 7 de diciembre, Stas examinó los pantalones que llevaba el jardinero Deblicqui cuando ayudó a Bocarmé a fabricar la supuesta «agua de colonia». Los pantalones estaban manchados de nicotina. El 8 de diciembre, Heughebaert y sus gendarmes descubrieron los restos enterrados de algunos gatos y perros, en los que Bocarmé había experimentado los efectos de su veneno. El análisis de los restos dio como resultado la presencia «de un alcaloide que tiene todas las características de la nicotina». El 17 de febrero de 1851, Stas inició su última serie de experimentos. Mató a un perro poniéndole nicotina en el morro. Luego envenenó a otro y le echó ácido acético en la garganta. El primer experimento demostró que la nicotina no dejaba señal alguna. En cambio, el segundo produjo las mismas quemaduras negruzcas observa-

das en el cadáver de Gustav Fougnies. Sin duda Gustav fue arrojado al suelo y sujetado fuertemente por el conde, mientras la condesa echaba el veneno en la boca de su hermano. Éste se había defendido con todas sus fuerzas. Hubo heridas, y la nicotina se derramó por el suelo. Por ello, los Bocarmé decidieron librarse de los vestidos del muerto y, sobre todo, utilizar el ácido acético para no dejar ninguna huella exterior del veneno.

Finalmente, pocos días después del último experimento de Stas, los gendarmes de Heughebaerts encontraron bajo un tejado del castillo los aparatos químicos, tanto tiempo ocultos, que había empleado Bocarmé para obtener la nicotina.

Cuando tres meses después, el día 27 de mayo, se inició en Mons el proceso contra el conde y la condesa de Bocarmé, el acusador, De Marbaise, tenía tantos antecedentes en que apoyarse, que la causa de los acusados estaba perdida de antemano. Las pruebas presentadas les impidieron negar su crimen; ambos ofrecían el aspecto de criaturas acosadas, que se acusaban mutuamente. La condesa admitió haber participado en los preparativos y realización del crimen. Pero echó toda la culpa a su marido, que la había sometido a una violencia brutal. El conde confesó haber fabricado el veneno; pero intentó salvarse diciendo que había guardado toda la nicotina en una botella, con la intención de llevarla a América. Su mujer la había confundido con una botella de vino, del cual ofreció una copa a Gustav, después de la comida.

Todos estos intentos de defensa fueron inútiles. Los jurados sólo necesitaron una hora para declarar culpable al conde. Si se absolvió a la condesa —con gran indignación de la opinión pública—, fue tan sólo porque el jurado no quiso entregar una dama al hacha del verdugo.

La noche del 19 de julio de 1851, a la luz de las antorchas, Hippolyte Visard de Bocarmé murió en el cadalso de Mans.

El caso Bocarmé había concluido.

Jean Servais Stas había alcanzado la inmortalidad en el reino de la Química y la Toxicología, al localizar y aislar la nicotina.

6

En efecto, Stas había alcanzado la inmortalidad. Aunque su sistema fue sometido después a mejoras y ampliaciones; aun- que el alemán Friedrich Julius Otto, profesor de química en Brunswick, amplió las posibilidades de aplicación del método, el sistema de Stas seguía siendo fundamental a mediados del siglo xx.

Después del proceso de Bocarmé, cuando el descubrimiento de Stas fue difundido, se inició un nuevo capítulo de nuestra historia. Era ya posible descubrir la existencia de alcaloides en todas partes; el trabajo inmediato consistía en hallar otros métodos para saber con seguridad cuál era el alcaloide encontrado en el extracto obtenido mediante el procedimiento de Stas. Numerosos químicos de Alemania, Francia, Inglaterra, Rusia, Suecia e Italia, empezaron a encontrar las reacciones químicas típicas de cada veneno vegetal. A lo largo de varias décadas, millares de experimentos condujeron al descubrimiento de una gran cantidad de reactivos químicos que, en contacto con determinados alcaloides, producían coloraciones típicas de cada uno de ellos.

Los precursores de este desarrollo fueron hombres como Dragendorff, Husemann, Marquis, Fröhde, Ollivier, Mecke, Mayer, Wagner, Sonnenschein, Erdmann, Keller, Merck, Vitali y Pellagri.

Varios de estos nombres van unidos a ciertos reactivos o tests concretos, y han alcanzado también la inmortalidad. Pronto se habló de las reacciones «de Mecke», «de Marquis», «de Fröhde» o «de Mandelin». En cada caso, el reactivo era sulfato de selenio, formalina, molibdeno o vanadina. Si se aplicaba, por ejemplo, el «reactivo de Mecke» a un extracto que contenía morfina, obtenido con el método de Stas, se producía un color verde oliva, que luego se convertía en violeta azulado y, finalmente, en verde oliva con bordes rojos. El tratamiento de un extracto de heroína con el «reactivo de Mecke» daba un color azul claro con borde verdoso, que más tarde viraba a verde oliva. El «reactivo de Marquis» daba un color violeta cuando el extracto contenía morfina, heroína y codeína, y caracterizaba, por tanto, a un grupo de venenos vegetales. Otro grupo se dela-

taba mediante una prueba que ha pasado a la historia de la toxicología con el nombre de *prueba de Vitali*. El extracto obtenido con el procedimiento de Stas se trataba con ácido sulfúrico, se vaporizaba, y la sustancia seca se mezclaba con carbonato potásico. Si se formaba un color azul violado, quedaba demostrada la presencia de atropina, hiosciamina o hioscina. Para localizar los distintos alcaloides de este grupo se idearon nuevas pruebas. Los laboratorios se convirtieron en lugares donde se jugaba con los más brillantes y bellos colores.

Sólo para la localización de la morfina existía casi una docena de reacciones. La más importante llevaba el nombre de su descubridor, Pelagri. En esta prueba, la morfina se manifestaba a través de un color rojo brillante, siempre que la sustancia por analizar se disolviera en ácido clorhídrico humeante, se trataba por unas gotas de ácido sulfúrico concentrado y se evaporara. Si después se añadía ácido clorhídrico diluido, carbonato sódico y tintura de yodo, el rojo se volvía verde. Todas estas reacciones cromáticas eran procesos que, en principio, no tenían explicación. Tan sólo un siglo más tarde, cuando se conoció la complicada estructura química de los distintos alcaloides, se pudo, por lo menos, entrever algo de tales explicaciones. Sin embargo, miles de experimentos sirvieron para enseñar a los toxicólogos a descubrir determinadas leyes y constantes en los múltiples cambios de color. Sólo unos cuantos alcaloides vegetales seguían eludiendo su identificación mediante este tipo de reacciones. Uno de ellos era la aconitina. Sin embargo, al contacto con la lengua, producía una sensación punzante y paralizadora tan característica, que resultaba imposible cualquier confusión con otro veneno vegetal. Por contra, otros alcaloides no producían ninguna sensación de este tipo. La falta de nuevas posibilidades para identificarlos obligó a las búsquedas de nuevos métodos.

Trece años después del decisivo descubrimiento de Stas, en 1863, el París de Napoleón III se convirtió en escenario del primer gran caso de envenenamiento en el que se pudo identificar un veneno vegetal con ayuda de nuevos métodos. Con este episodio se inicia un capítulo dramático de nuestra historia.

La joven viuda de Pauw y el doctor Couty de la Pommerais, la víctima y el asesino, fueron famosos durante muchos meses en toda Francia, desde diciembre de 1863 hasta el 9 de junio de

1864. Además de sus nombres, también corrió de boca en boca el de Ambroise Tardieu, profesor de medicina legal ya mencionado por nosotros en el capítulo correspondiente a dicha especialidad. Tardieu tenía entonces 45 años.

«Sólo tengo un pequeño ataque de cólera. Pero el doctor De la Pommerais me ha dicho que me pondré bien en veinticuatro horas». Éstas fueron las últimas palabras pronunciadas por Madame de Pauw la mañana del 17 de noviembre, día de su muerte; por lo menos se trataba de las últimas palabras oídas por los testigos del caso. Pocas horas después de pronunciarlas, estaba muerta. Murió de una repentina enfermedad, cuyos primeros síntomas se dejaron sentir durante la noche del 16 de noviembre. La dolencia empezó con dolores de estómago y vómitos. Siguió luego una «terrible debilidad muscular». Cuando los vecinos hallaron a la enferma bañada en sudor, llamaron inmediatamente a los doctores Blases y Gaudinot, médicos del barrio. A ambos les sorprendió el funcionamiento del corazón. Las palpitaciones eran muy fuertes, irregulares, y a veces dejaban de oírse. Gaudinot pensó que podía tratarse de una perforación de estómago. Sin embargo, Madame de Pauw se negó a que la tratasen los dos médicos y reclamó la presencia del doctor De la Pommerais.

Los dos facultativos abandonaron la casa, y poco después se presentó De la Pommerais, hombre elegante, bien parecido, de unos 28 años, que se quedó solo con la paciente. Los vecinos y curiosos se agolparon ante la puerta de la casa. La mayoría de ellos conocían al joven doctor. Desde 1861 era visitante habitual de la viuda, y entraba y salía de la casa cuando quería. Procedente de Orléans, se había establecido en París como homeópata y había tratado al difunto marido de Madame de Pauw, víctima de una enfermedad mortal. Poco después del fallecimiento del marido, De la Pommerais se había convertido en amante de la viuda, la cual carecía de recursos económicos. Después, por razones económicas, el doctor se casó con una señorita llamada Dubiczky y se apartó de la señora de Pauw. Sin embargo, hacía unos meses que el amante se había decidido a volver a casa de la amada. En resumen: era una historia bastante corriente. Un hombre tenía una amante, se casaba con una mujer rica y regresaba al poco tiempo a su verdadero amor. ¿Qué más? La noche anterior, De la Pommerais había perma-

necido mucho rato en el domicilio de la viuda. Esta se había despedido de él en la puerta y parecía del mejor humor.

Habían dado ya las 3 de la tarde cuando De la Pommerais, con la cabeza baja, salía a la calle y comunicaba a los vecinos que Madame de Pauw acababa de fallecer, víctima de un ataque de cólera. Había redactado ya el certificado de defunción y se encargaría del entierro. Todo transcurrió normalmente, en un ambiente pequeño-burgués. Fue un entierro discreto en el Cimetière du Sud.

Madame de Pauw y el doctor De la Pommerais no se habrían convertido jamás en los protagonistas de una *cause célèbre*, si el jefe de la Sûreté, Claude, no hubiese recibido un anónimo el día 20 de noviembre, por la mañana. El desconocido autor de la carta le sugería que intentase descubrir si un tal doctor De la Pommerais tenía interés en que muriese la viuda de Pauw, por motivos financieros.

Claude encargó a uno de sus subalternos que hiciera averiguaciones sobre De la Pommerais. Se trataba de un trabajo rutinario. Sin embargo, la rutina desapareció cuando Claude supo los resultados de las averiguaciones. La difunta tenía seguros de vida por la considerable suma de 550 000 francos. Más aún: De la Pommerais acababa de presentar a las casas aseguradoras una última disposición de la viuda. Disponía que, en caso de fallecimiento, el dinero fuese entregado al joven médico, para que éste pudiera educar a sus hijos. En cuanto a la vida pública y privada de De la Pommerais, era cierto que en poco tiempo había adquirido una considerable práctica en su especialidad médica, mas, por otra parte, se trataba de un conquistador, amigo del juego y de la aventura, que jamás salía de sus apuros económicos. El «de la» que precedía a su apellido era también prestado. Su suegra, Madame Dubiczy, tenía tan poca confianza en él, que mantenía bloqueada la parte de la fortuna familiar perteneciente a su hija. Dos meses después de la boda de Pommerais, madame Dubiczy enfermó repentinamente al volver de una cena en casa de su yerno, y murió en unas horas. La fortuna de la esposa, libre por la muerte de la suegra, permitió a Pommerais salvarse de la ruina que lo amenazaba. Pero desde mediados de 1863 se encontraba de nuevo en apuros. Entonces fue cuando reanudó las visitas a su antigua amante. Poco después, ésta suscribía sus seguros de vida. Pom-

merais pagó las primeras cuotas y visitó con su amante a un abogado, para depositar un testamento en el que el joven médico quedaba como único beneficiario de las sumas del seguro, en caso de muerte de la viuda.

Entre los médicos que visitaron a Madame de Pauw antes de firmar las pólizas, se encontraban verdaderas eminencias, como Nélaton o Velpeau. A fines de verano de 1863, certificaron que la asegurada gozaba de perfecta salud. Sin embargo, una noche, los vecinos oyeron el ruido de una caída en la escalera de Madame de Pauw. A la mañana siguiente, la viuda guardaba cama y se quejaba de fuertes dolores en las «entrañas». Nélaton y Velpeau la visitaron, pero no descubrieron «lesión orgánica» alguna. En esa ocasión conocieron a Pommerais, el cual confesó al asombrado Nélaton que tendría que preparar a la compañía de Seguros ante la eventualidad de una larga enfermedad de la asegurada. Nélaton atribuyó estas afirmaciones a la inexpertencia médica del joven. De hecho, Madame de Pauw se recuperó con sorprendente rapidez, hasta que, la noche del 16 de noviembre, contrajo la enfermedad mortal.

Claude se interesó por el caso y decidió encargarse de él personalmente. Sin embargo, antes de ponerse seriamente al trabajo, el día 26 de noviembre, recibió la visita de una tal Madame Ritter. Se presentó como una de las hermanas de la difunta y declaró conocer algunas cosas que no quería callar por más tiempo. Después que Madame de Pauw se cayó por la escalera de su casa, ella fue a visitarla llena de preocupación. Pero, ante el indescriptible asombro de la visitante, Madame de Pauw declaró que no estaba enferma. Su amigo, Pommerais, había echado un saco lleno escaleras abajo, para que los vecinos creyeran que se trataba de una caída. Pommerais, según la viuda, había ideado un plan genial que le permitiera a ella vivir el resto de sus días sin preocupaciones económicas. Se trataba de firmar una serie de pólizas de seguros y simular enfermedades graves. Tan pronto como las compañías de seguros estuvieran convencidas de que Madame de Pauw tenía una enfermedad grave, se les propondría convertir los seguros de vida en seguros de renta. Esto reportaría a la viuda un ingreso mensual de 500 francos. Las compañías aceptarían, aliviadas, esta solución, porque preferían pagar una renta durante un tiempo probablemente corto, que una enorme suma en caso de muerte.

Tan pronto como esta renta estuviere bien asegurada, la viuda volvería a encontrarse como el pez en el agua y gozaría de su seguridad económica.

Madame Ritter declaró que ella había advertido a su hermana contra los peligros de semejantes maniobras. Su terror y su asombro fueron aún mayores cuando supo lo del testamento. Incluso había dicho a su hermana que Pommerais no sólo quería enfermarla, sino matarla para convertirse en su heredero. Pero Madame de Pauw estaba completamente sugestionada por Pommerais y no atendía a razones.

En noviembre de 1863, Claude estaba aún muy lejos de pensar que la Toxicología pudiera convertirse en una ayuda indispensable para la investigación criminal, tan indispensable, que, medio siglo más tarde, se crearía en Francia uno de los primeros laboratorios quimicopoliciales del mundo. En el caso De la Pommerais, Claude, como Heughebaert, fue un precursor de la futura colaboración entre la ciencia y la criminalística. Tras la visita de Madame Ritter, convenció al juez de instrucción Gonet para que ordenara exhumar el cadáver y comprobar si había o no envenenamiento. El análisis toxicológico fue encomendado a Ambroise Tardieu.

El 30 de noviembre de 1863, Tardieu y su asistente, Rousin, pusieron manos a la obra. Hacía ya trece días que la viuda de Pauw había muerto. Los dos científicos no descubrieron lesión interna alguna. Todos los órganos, especialmente el corazón, estaban sanos. Ni el cólera ni una perforación de estómago fueron la causa de la muerte. Tardieu se dedicó, pues, a localizar algún veneno. Mientras buscaba arsénico, antimonio y otros venenos metálicos o minerales, Claude mandó detener a Pommerais por sorpresa y registró su casa. Los policías encargados del registro hallaron extrañas cartas de amor, pero, sobre todo, una colección de venenos y medicamentos venenosos completamente insólita para un homeópata: grandes cantidades de arsénico y sublimado; de estricnina, aconitina, atropina y otros alcaloides venenosos, así como de cianuro potásico, ácido prúsico, hojas de digital en polvo y digitalina.

El 10 de diciembre, Claude en persona llevó a Tardieu las cartas y la colección de venenos de Pommerais. Estuvo diez días esperando un resultado..., en vano. La inquietud y el ansia de sacar algo en claro, lo indujeron a visitar a Tardieu y sus

ayudantes en el laboratorio de la Universidad de París. Los encontró entre alambiques y recipientes de cristal. Estaban todos de pésimo humor. Habían empleado todos los métodos para identificar venenos metalominerales y volátiles, siempre con resultado negativo. Llevaban días estudiando los alcaloides vegetales. Tardieu había obtenido varios extractos de Stas y los había sometido a todas las reacciones cromáticas. Los extractos adquirían un sabor amargo muy sospechoso, pero las reacciones no daban el menor síntoma de ningún alcaloide conocido. No obstante, el sabor era tan amargo, que Tardieu no podía evitar la idea de que se trataba de un veneno vegetal, un veneno cuya reacción probablemente no se había descubierto todavía.

Tardieu lamentó que la policía no tuviera la menor idea del trabajo toxicológico. Si la tuviera, no se limitaría a entregar un cadáver a los toxicólogos y esperar un milagro. Lo que haría, sería registrar a fondo todos los lugares relacionados con el crimen, en busca de cualquier indicio capaz de ayudar a la investigación toxicológica. El trabajo científico resultaría mil veces más fácil si en todos los casos se dispusiera de «vómitos» de la víctima o de huellas encontradas en el suelo. Generalmente, en estos casos se disponía de mucho mayor cantidad de veneno de la que contenía el cuerpo de la víctima.

Cuando Claude, más inquieto aún que a su llegada, se despedía de Tardieu, éste no tenía la menor idea de lo que podía hacer. El primer examen de la colección de venenos de Pommerais, no le sirvió de nada. Había tal cantidad de alcaloides, que todas las posibilidades quedaban abiertas. Al principio, Tardieu no hizo ningún caso de las cartas de amor, porque no le parecieron importantes para su trabajo. Por su parte, Claude había olvidado señalar algunos pasajes que podían tener interés para un toxicólogo.

Dos días después, el 12 de diciembre, tras el fracaso de todos los métodos utilizados, Tardieu decidió inyectar parte de los extractos, obtenidos al triturar los órganos del cadáver, en la sangre de un perro fuerte y robusto, y observar si producían algún efecto venenoso.

Tardieu recordaba que el propio Stas había hecho experimentos semejantes, aunque con el único objetivo de confirmar la identidad de alcaloides ya identificados por otros procedi-

mientos. Tardieu confeccionó una mezcla con los distintos extractos e inyectó 1 gr de la misma. Las reacciones del perro fueron minuciosamente vigiladas.

Al principio, el corazón siguió funcionando normalmente. Pasaron dos horas y no ocurrió absolutamente nada. Luego, de repente, el animal vomitó y cayó desfallecido al suelo. El corazón palpitaba de un modo irregular, y a veces se detenía. Después de seis horas y media, el número de palpitaciones disminuyó a cuarenta y cinco. El perro jadeaba. Esta situación duró doce horas. Después, el animal se fue recuperando.

Por tanto, el efecto no había sido mortal. Pero Tardieu no dudaba ya de la existencia de un veneno, y de que dicho veneno actuaba sobre el corazón. Sin embargo, lo que más le interesaba era la coincidencia con los síntomas observados en Madame de Pauw durante su enfermedad.

Tardieu revisó por segunda vez la colección de venenos de Pommerais. Esta vez, su mirada se detuvo en una de las etiquetas: «Digitalina». Era un extracto de dedal rojo, planta cuyos beneficiosos efectos sobre el corazón habían sido descubiertos, en 1775, por el médico rural inglés Withering. Como es natural, dichos efectos se obtenían con una dosis pequeña. Si se suministraba una dosis excesiva de digitalina, se producía al principio un estado de sobreexcitación, seguido de paralización de los músculos cardíacos y muerte. Todo ello ofrecía un nuevo paralelismo con la muerte de la viuda. La sospecha de Tardieu aumentó al descubrir que, el 11 de junio de 1863, Pommerais había adquirido nada menos que 1 gr de digitalina, y el 19 de junio, 2 gr. De estas cantidades, quedaban 5 cgr el día del registro domiciliario. Faltaban, por tanto, nueve veinteavos del total. La sospecha se convirtió casi en certidumbre cuando Tardieu echó una ojeada superficial a las cartas de amor, que anteriormente no habían merecido su atención. Ahora comprendía por qué Claude se las había dado. Contenían algunas frases en las que se mencionaba la digitalina. Pocas semanas antes de su muerte, la viuda de Pauw comunicaba a su amante, muy de pasada que, por consejo de «unos amigos que no eran médicos», tomaba digitalina para excitarse. Esto era curiosísimo, porque en ningún otro pasaje de las cartas se hablaba de asuntos médicos.

Tras breves reflexiones, Tardieu suministró a un segundo

perro una parte de la digitalina que quedaba en el frasco de Pommerais. Con el ánimo más tenso que la primera vez, observó todas las reacciones del perro. El animal murió a las doce horas. Los síntomas fueron: vómito, excitación, debilidad muscular, irregularidad y paralización del corazón. Tardieu estaba convencido de que la viuda de Pauw había muerto envenenada con digitalina, y de que Pommerais había elegido dicho veneno porque sabía que la ciencia no había logrado aún identificarlo. Además, sospechó que el propio Pommerais había inducido a su ciega amante a mencionar la digitalina en sus cartas, con la secreta finalidad de tener una coartada si —contra lo que esperaba— era descubierto el veneno en el cuerpo de su víctima. Las cartas probarían que Madame de Pauw había hecho un uso irreflexivo del venenoso medicamento sin que él lo supiera.

Pero Tardieu tenía la suficiente experiencia como para saber que todas sus convicciones no eran aún pruebas. Los extractos del cadáver no habían matado al primer perro. «Por tanto —argumentaría Pommerais—, el veneno no pudo matar tampoco a Madame de Pauw». Tardieu decidió repetir sus experimentos en ranas. Los farmacólogos habían descubierto que el corazón de las ranas era el más adecuado para estudiar los efectos de las drogas cardíacas y sacar útiles consecuencias sobre los efectos de las mismas en los seres humanos.

Sin embargo, antes de que pudiera iniciar sus experimentos, ocurrió una de aquellas cosas que tantas veces, a lo largo de nuestra historia, nos han hecho referirnos a la casualidad o a una sorprendente influencia del destino. El 12 de diciembre, ya muy entrada la noche, un empleado de la Sûreté llevaba a Tardieu unos paquetes sellados, por encargo de Claude. Cuando Tardieu los abrió, encontró lo siguiente: 1.º Tablas de un entarimado procedentes del dormitorio de Madame de Pauw. En ellas había restos de vómitos. 2.º Raspaduras de otras partes del suelo donde habían caído también vómitos.

Claude había reaccionado de un modo sorprendente a las quejas de Tardieu. Registró a fondo la habitación mortuoria y pudo proporcionar a Tardieu lo que éste le había pedido con tan amargas palabras.

Tardieu se puso a trabajar inmediatamente. Esperaba que los restos de los vómitos, pese a estar secos, contuvieran mayor concentración de veneno que los órganos corporales. En su in-

forme posterior decía lo siguiente: «Partiendo de que todo líquido caído en el suelo tiende a concentrarse en las hendiduras y grietas, los expertos habían raspado a conciencia los cantos de las tablas arrancadas del suelo. Quedaban aún partes húmedas, que añadieron a las raspaduras extraídas de las zonas superficiales». Tardieu añadió a dichos materiales una dosis de alcohol, filtró la mezcla, la lavó y la vaporizó hasta obtener un extracto. Después tomó tres ranas y dejó el corazón de las mismas al descubierto. En los tres animales, el número de latidos era más o menos el mismo: de 40 a 42. Con la primera rana no efectuó operación alguna. Inyectó a la segunda 6 gotas de una solución que contenía 1 cgr de digitalina pura en 5 gr de agua. A la tercera rana le fueron inyectados, del mismo modo, 5 gr del extracto obtenido con los vómitos.

Lo que ocurrió acabó de disipar las dudas que Tardieu pudiera abrigar aún sobre el envenenamiento de la viuda. El corazón de la rana no envenenada latió normalmente durante media hora. En cambio, los de las otras dos ranas se comportaron de un modo idéntico: a los seis minutos, los latidos se redujeron a un ritmo de 20 a 30. A los diez minutos, las palpitaciones se hicieron irregulares. Su número descendió a 15-20. Y a los treinta y un minutos, los dos corazones se habían detenido.

Para estar completamente seguro, Tardieu repitió el experimento. Estuvo trabajando aún otras dos semanas. El 29 de diciembre de 1863 dijo a Claude que le proporcionara más material del lugar del crimen. Esta vez deseaba partes del suelo en las que «no pudo caer el vómito de la enferma». Claude le envió raspaduras obtenidas de debajo de la cama. Tardieu confeccionó un nuevo extracto. Su objetivo era adelantarse a cualquier sugerencia de que quizá la pintura del suelo contenía una sustancia venenosa, de efectos idénticos a la digitalina. Los extractos no produjeron el menor efecto en las ranas. Inmediatamente, Tardieu entregó su informe al juez de instrucción Gonet. En él afirmaba que, con toda seguridad, la viuda de Pauw había muerto envenenada. Luego proseguía: «Todo hace suponer que el envenenamiento se produjo por la ingestión de una dosis mortal de digitalina».

Tardieu presentaba que el abogado defensor de Pommerais, el inteligente y hábil Lachaud, pondría en duda su informe y la posibilidad fisiológica de identificar un veneno vegetal expe-

rimentando con animales. Si Tardieu hubiese poseído el don de la profecía y hubiera podido adivinar la evolución de los setenta años siguientes, habría podido esperar los ataques de Lachaud con la seguridad del que ve confirmado su trabajo de precursor por las experiencias de tres cuartos de siglo. En efecto, en 1938, la viuda Marie Alexandrine Becker era acusada de once envenenamientos con digitalina, y condenada a prisión perpetua. Los análisis de varias de sus víctimas fueron llevados a cabo por importantes toxicólogos, farmacólogos y fisiólogos, bajo la dirección del profesor Firquit. En este caso pudieron aprovechar los progresos efectuados desde los días de Tardieu. Hombrès como Heinrich Kiliani, que todavía era un niño en 1863, dedicarían luego toda su vida a estudiar los secretos de la digitalina. Se descubrieron los rápidos procesos de destrucción que dificultan la identificación de la digitalina en el cuerpo humano, y se comprobó, una y otra vez, que lo mejor era investigar el vómito de la persona envenenada, es decir, el método que llevó a Tardieu a su resultado positivo. Después de Kiliani se descubrió también una reacción cromática. Pero el color añil-azul verdoso aparecía sólo cuando la dosis de digitalina era muy grande, una dosis que —teniendo en cuenta los mortíferos efectos del veneno— jamás aparecía en ningún caso de envenenamiento. Cuando los especialistas de 1938 expusieron al tribunal los resultados de sus análisis, no se apoyaron en reacciones químicas, sino en los resultados de los mismos «experimentos fisiológicos con ranas», efectuados por Tardieu en diciembre del año 1863.

En la primavera de 1864, cuando se inició el proceso contra el doctor Couty de la Pommerais, Tardieu aún estaba solo. Y no se engañaba al esperar violentos ataques por parte de la defensa. Lachaud atacó los métodos de Tardieu con toda la pasión de que era capaz. ¿Dónde estaba el veneno que había matado a Madame de Pauw? ¿Existía un solo gramo del mismo? ¿Dónde se había encontrado la típica reacción cromática que demostraba, según todos los toxicólogos, la presencia de un veneno vegetal? No existía nada de nada. Tardieu sabía perfectamente, aseguró Lachaud, que no podía ni podría mostrar al tribunal una reacción cromática. Y, sin embargo, había tenido la osadía de entrar en un terreno terriblemente engañoso, a pesar de tratarse de un caso de culpabilidad o inocencia, de vida o muerte.

¡Qué monstruosa inconsciencia se necesitaba para sacar conclusiones sobre un ser humano sirviéndose de ranas, sí, de ranas! ¡Cuánto desprecio por la multiplicidad y variedad de la naturaleza! Tardieu podía, si ello le divertía, provocar verdaderas hecatombes de animales, pero no podría convencer a un ser pensante de que el corazón de una rana era igual al de un hombre. Podía confeccionar cientos de extractos e inyectarlos en sus ranas, pero no convencería a ningún tribunal ni a ningún jurado de que en un cadáver existía un veneno como la misteriosa digitalina. Con voz tonante, Lachaud gritó que si sus informaciones eran exactas, la ciencia atribuía la formación de venenos vegetales a la pérdida de albúmina vegetal. ¿No había pensado Tardieu que en Madame de Pauw podía haberse producido una pérdida de albúmina y que, al corromperse el cadáver, podía formarse un veneno capaz de matar a las ranas, sin tratarse necesariamente de digitalina? Tardieu no había malgastado su tiempo en tales suposiciones. Pero el jurado y el tribunal lo harían en su lugar.

El violento ataque de Lachaud no salvó a De la Pommerais. Fue declarado culpable y ejecutado el 9 de junio de 1864. El defensor fracasó porque Tardieu no había extraído el veneno del cuerpo del cadáver, sino de los vómitos. Fracasó porque —como se demostraría muy pronto— la idea más genial de su discurso, la formación natural de venenos afines a los alcaloides en los muertos, era ya tan grotesca en la época del proceso, que nadie podía admitirla seriamente. Parecía un fantástico invento de un abogado dispuesto a agarrarse desesperadamente a cualquier posibilidad de defensa. Sin embargo, la idea no era en absoluto lo que se pensaba. Por muy poco relacionada que estuviera con los nuevos métodos de la identificación de venenos por procedimientos fisiológicos, fue en realidad la precursora de una extraña realidad, una realidad que precipitó la lucha de los toxicólogos contra los venenos vegetales en una grave crisis y en un profundo bache.

El 13 de marzo de 1862, a mediodía, el abogado Mantagu Williams pronunciaba en Old Bailey uno de los discursos de

defensa más importantes de su carrera. Todas las miradas se dirigían a aquel hombre alto y fuerte: las del jurado, las del acusador, Sir Herschell; las del juez, Sir Henry Hawkins; las de los espectadores apretujados en la sala, y las del hombre, de 30 años escasos, que ocupaba el banquillo de los acusados un hombre de pelo negro, que enmarcaba un rostro de lividez casi fantasmal. Se trataba del doctor George Henry Lamson, acusado de haber envenenado con aconitina a su cuñado Percy John, un muchacho paralítico de 18 años. El crimen se habría cometido el 3 de diciembre de 1861. La figura del abogado Williams atraía, además, la atención de dos especialistas toxicólogos: el doctor Thomas Stevenson, profesor de química y medicina legal en el Guy's Hospital, y el doctor August Dupré, del Westminster Hospital. Ambos habían declarado que, al estudiar el cadáver, habían encontrado un alcaloide que presentaba todas las características de la aconitina.

Desde hacía muchos años, ningún proceso por asesinato había atraído tal muchedumbre de espectadores, sobre todo mujes. Quizá se debiera a que, una vez más, era un médico el acusado de asesinato con un veneno misterioso, o tal vez al extraño aspecto del acusado. Hijo de un pastor inglés, en 1876 había intervenido en la guerra servio-turca como cirujano, y adquirió el vicio de la morfina. A su regreso, intentó en vano afincarse en Londres. Ahora, todo el mundo conocía ya la historia de Lamson: su regreso en el año 1878, su matrimonio con la menor de cuatro huérfanas, cuyos padres les habían dejado, al morir, una pequeña fortuna; la inversión de la parte que correspondió a la mujer de Lamson en un consultorio instalado en Bournemouth; el fracaso del mismo; las deudas; la salvación transitoria por la muerte repentina de su cuñado Herbert, cuyos bienes fueron repartidos entre los tres hermanos supervivientes, entre ellos, la mujer de Lamson; la quiebra definitiva en 1881 y la huida de Lamson a América. Todo el mundo conocía la historia de su regreso, la desesperada caza de la morfina, sus empréstitos a la hermana mayor de su mujer, también casada, que vivía en la isla de Wight; su segundo viaje a América, sin tener jamás un hogar; y, finalmente, su estancia en el hotel Nelson de Londres y sus estafas de cheques, con las que pretendía obtener dinero para pagar la cuenta del hotel. El proceso había puesto al descubierto la vida y milagros de

Lamson hasta el 3 de diciembre de 1881, fecha en que murió su cuñado Percy.

Era indiscutible que el crimen tenía un móvil: la desesperada situación económica. Para Lamson no había más que una salida: la muerte de su cuñado, un muchacho paralítico de ambas piernas, que andaba en una silla de ruedas y que vivía en la escuela-internado de Blenheim, en Wimbledon. Si Percy moría, su parte de la fortuna paterna sería repartida entre los hermanos supervivientes, es decir, la mitad de ella correspondía a la esposa de Lamson. En los días anteriores al proceso se habían mencionado innumerables veces las circunstancias que acompañaron la muerte de Percy. Los hechos se iniciaban con una carta de Lamson a su cuñado, en la cual le anunciaba que, a principios de diciembre, pensaba ir a París con su mujer, y que quería despedirse de él.

El 3 de diciembre, por la noche, Lamson se presentó en Wimbledon. Mr. Bedbrook, el director de la escuela, llevó a su visitante, pálido y enjuto, a la habitación de Percy, y fue testigo de toda la visita. Bedbrook obsequió a Lamson con una copa de jerez. Este pidió azúcar para echarlo en la copa y sacó de su cartera un pastel ya cortado. Entregó un pedazo a Percy, otro a Bedbrook y se sirvió un tercero a sí mismo. El resto del pastel quedó en la mesa. Los tres comieron su pedazo de pastel, mientras Lamson contaba anécdotas de su último viaje a América. Luego sacó de su bolsillo algunas cápsulas y dijo que eran un invento americano para facilitar la toma de una medicina. Observó que las llevaba para él, para el director, por si alguno de sus discípulos tenía que tragar alguna vez algún medicamento amargo.

Lamson abrió una de aquellas cápsulas, la llenó con azúcar del azucarero que había en la mesa, volvió a cerrarla y la entregó a Percy sonriente, diciéndole que demostrase al director con qué facilidad se tragaban. Percy, también riendo, cumplió el deseo de su cuñado. Inmediatamente, Lamson se despidió con el pretexto de que tenía que tomar el próximo tren para Londres y no quería perderlo.

Al poco rato ocurría algo tremendo. Apenas transcurridos diez minutos después de la salida de Lamson, Percy John cayó literalmente fulminado. Dijo que tenía la sensación de que alguien lo estrangulaba. Después siguieron unos ataques de an-

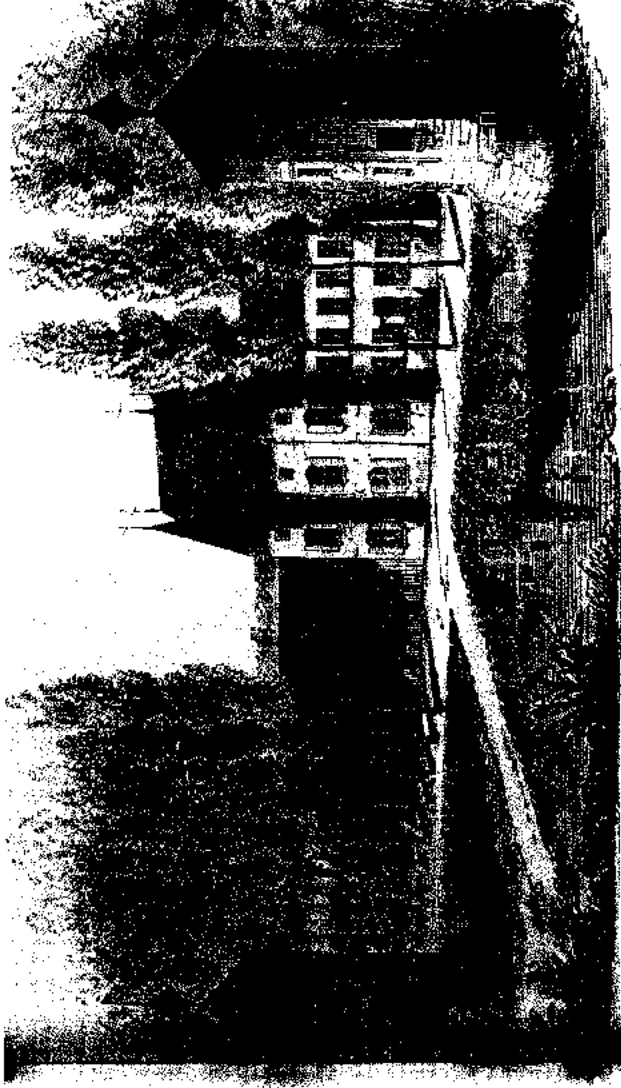
gustia tan intensos, que sus discípulos tuvieron que sujetarlo en la cama. El médico de la casa, Berry, y su colega, el doctor Little, llamado también con urgencia, no sabían de qué se trataba. Hacia las 9,30 se intensificaron los dolores. El enfermo sentía escalofríos. Después sintió como si le arrancaran la piel. Los dolores eran tan intensos, que el doctor Little le inyectó morfina varias veces. A las 11,20, después de varias horas de padecimientos, el enfermo falleció.

La autopsia, llevada a cabo por los doctores Bond, Berry y Little, no dio como resultado ninguna anomalía, excepto un pequeño hematoma en un lóbulo pulmonar. Nada explicaba el terrible final de Percy. Para el doctor Bond, sólo podía haber una explicación: envenenamiento con un alcaloide vegetal. Todas las sospechas recayeron en Lamson. La enfermedad de Percy siguió inmediatamente a la visita de Lamson. Las manipulaciones de Lamson con sus cápsulas eran extraordinariamente sospechosas. El 4 de diciembre fue avisado el inspector Fuller, que examinó la habitación del difunto y se llevó los restos del pastel, el jerez y el azúcar. El inspector Butcher, de Scotland Yard, se aprestó a localizar a Lamson. Éste se hallaba realmente en Francia, lo cual intensifico aún más las sospechas, que se convirtieron casi en certidumbre cuando —tras las primeras noticias de la prensa— se presentó a la policía un dependiente de la farmacia londinense Allen & Hanbury, de Lombard Street, el cual recordaba haber vendido a Lamson 2 gr de atropina el 24 de noviembre. Éste dio su nombre, y el empleado lo localizó en el listín de médicos. Butcher informó al superintendente jefe Williamson, el cual envió inmediatamente a París al sargento Moser, para que siguiera el rastro de Lamson. Sin embargo, antes de que Moser llegara a París, Lamson regresó por sorpresa a Londres y, con gran asombro de Butcher, se presentó en Scotland Yard. Lamson declaró que sabía lo que se sospechaba de él en relación con la terrible muerte de su cuñado, pero que no tenía nada que vez en ella. Precisamente regresaba de París para demostrar su inocencia. Al parecer, se hallaba bajo los efectos de la morfina y hablaba en un estado delirante. Al detenerlo, Butcher descubrió en su equipaje un libro sobre los efectos de los venenos vegetales.

Si en la Inglaterra de aquellos días se efectuaban investigaciones toxicológicas, ello se debía —como en el caso de la

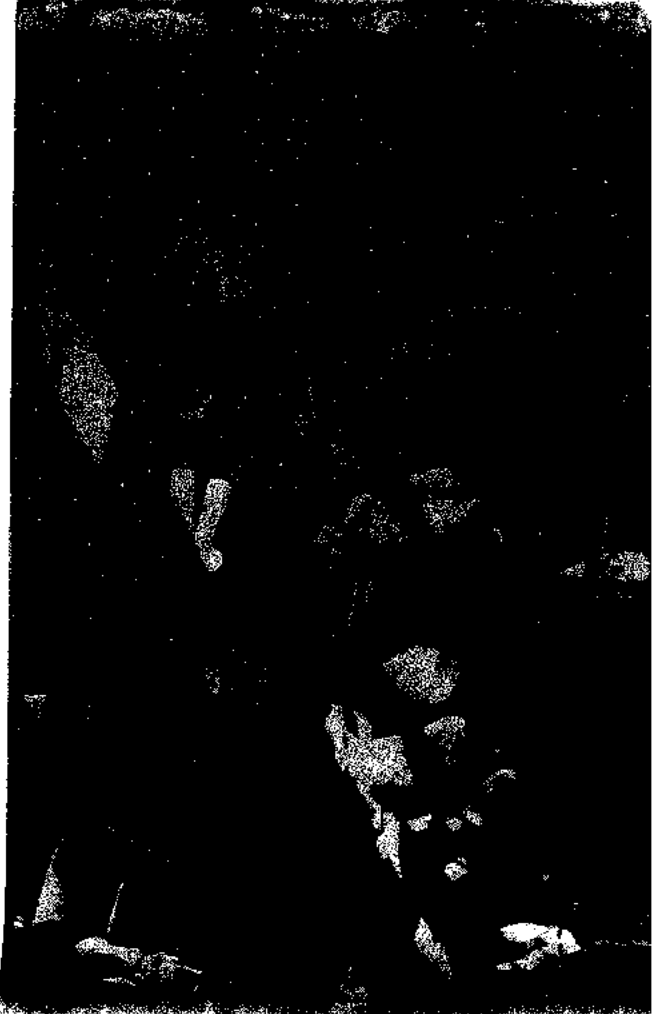
medicina legal y patología— a las autoridades del Ministerio del Interior. Casi siempre se trataba de encargos aislados a médicos legales o profesores de Química ocupados en el estudio de las sustancias venenosas. Esta vez la elección recayó en el doctor Thomas Stevenson, además del doctor Dupré. A los 40 años, en 1878, Stevenson había sustituido al profesor Alfred Taylors en el Guy's Hospital. Hijo de un granjero de Yorkshire, no era nada amigo de las novedades, sino que más bien hacía gala de un espíritu superconservador. Sin embargo, había demostrado su eficacia y su meticulosidad en varios procesos por envenenamiento, y era sin duda el hombre destinado a resolver muchos problemas difíciles durante las dos últimas décadas del siglo pasado, siempre desde su anticuado laboratorio.

El 8 de diciembre, Stevenson y Dupré recibieron los restos del pastel, el jerez y el azúcar, así como recipientes sellados en los que se guardaban el estómago, el contenido del mismo, el hígado, el bazo, los riñones y la vejiga del muerto. El doctor Stevenson recurrió al procedimiento de Stas y obtuvo los correspondientes extractos, capaces de reaccionar bajo la acción de reactivos adecuados para los venenos vegetales. Los reactivos especiales para la morfina dieron como resultado el descubrimiento de pequeños indicios de dicho alcaloide. Había que atribuirlos, sin duda, a las inyecciones administradas por el doctor Little, y no explicaban en absoluto la muerte del infatunado Percy. Stevenson siguió investigando. No halló ni el menor rastro de atropina, el veneno que, según las pruebas, había comprado Lamson. Sin embargo, a lo largo de su trabajo, Stevenson había adquirido una especial (y peligrosa) habilidad en probar los venenos con la lengua. Con dicho procedimiento había localizado unos cincuenta alcaloides, y el sabor de alguno de ellos era para él tan familiar, que incluso podía identificar su procedencia antes de que se produjera la reacción cromática. Esta habilidad la debía Stevenson a sus métodos anticuados, procedentes de la época en que aún no existían las reacciones cromáticas. En el caso de Lamson, esta circunstancia le fue de gran utilidad. Cuando, al poner el veneno en contacto con su lengua, sintió la típica reacción de la aconitina, no sabía aún que el empleado de la farmacia Allen & Hanbury había corregido su primera declaración. Al revisar los libros, vio que el veneno vendido a Lamson no era atropina, sino aconitina.



El segundo gran descubrimiento de la toxicología tuvo sus orígenes, en 1850, en Bélgica. En el castillo de Bitremont (*arriba*), el conde de Bocarmé (*abajo, izquierda*), ayudado por su esposa Lydia (*abajo, derecha*), envenenó con nicotina a su cuñado Gustav (*abajo, centro*). Bocarmé sabía muy bien que habían fracasado todos los intentos de la medicina legal por localizar venenos vegetales en los cadáveres. El juez de instrucción entregó órganos del muerto al químico de Bruselas Jean Servais Stas (1813-1891), el cual descubrió el método que lleva su nombre y que permite aislar venenos vegetales (alcaloides) en los tejidos de un cadáver. Posteriormente fueron descubriéndose nuevas pruebas químicas, que permitieron determinar con exactitud cuál era el veneno existente en un extracto. Con pocas excepciones, los alcaloides reaccionan dando colores característicos ante determinadas sustancias químicas.





Otro gran acontecimiento de la toxicología fue el proceso contra el agente de seguros londinense Sedon (*arriba*) quien, en 1911, envenenó con arsénico a una mujer. Por vez primera, William Wilcox logró calcular la cantidad exacta de arsénico que contenía normalmente un cuerpo humano.



El médico inglés Lamson (*izquierda*) cometió uno de los más sensacionales envenenamientos por medio de alcaloides: el asesinato, en 1811, de su cuñado Percy con aconitina. El toxicólogo Stevenson consiguió localizar el veneno. Sin embargo, en esta misma época, los toxicólogos italianos descubrieron que la corrupción formaba productos, que reaccionaban como alcaloides en cadáveres de personas no envenenadas. El proceso Lamson coincidió con esta crisis de la toxicología, que terminó sobre dicho caso la sombra de la duda. Transcurrirían aún varias décadas antes de que se pudiera descartar posibilidad de error en este aspecto.

Stevenson empleó todos los reactivos conocidos, sin obtener resultado alguno. Sólo un alcaloide era capaz de eludir todos los reactivos: la aconitina, para la cual no había aún, en 1881, reacción química alguna, ni la habría jamás. Para mayor seguridad, Stevenson siguió el ejemplo de Tardieu. Experimentó con animales. Tomó ratones blancos y les inyectó aconitina pura, usada por algunos médicos como remedio externo contra las neuralgias, así como partes de los extractos del cadáver que contenían el alcaloide. Los ratones murieron en treinta minutos, todos ellos con idénticos síntomas. Lo más característico era la gran agitación que provocaba el veneno. Entonces fue cuando Stevenson conoció la nueva declaración del vendedor de la farmacia. En el comercio había distintas clases de aconitina; por ello, el médico efectuó un nuevo experimento comparativo con sus extractos y la tintura original de la casa Allen & Hanbury. Los efectos obtenidos coincidieron perfectamente. Por último, Stevenson efectuó experimentos para demostrar lo fácil que era disimular los pocos miligramos de aconitina necesarios para el envenenamiento, en una de las cápsulas americanas vacías, y después llenarla de azúcar ante testigos, quizá con el fin de suavizar el intenso sabor del veneno. A los cuatro días de haberse iniciado el proceso, el día 11 de mayo, Stevenson y Dupré expusieron los resultados de sus investigaciones.

La afluencia de público amenazó en aquellos días con hacer saltar las puertas de la sala. La gente sentía curiosidad por saber lo que, en el interrogatorio de Stevenson, haría Montagu Williams, defensor de Lamson, con el fin de reducir el cúmulo de pruebas existentes ya contra su defendido. El último análisis de Stevenson constituiría, por así decirlo, el punto final de las mismas.

Williams no defraudó las esperanzas del público, aunque al principio los espectadores no comprendieron lo que pretendía el defensor cuando, tras un largo interrogatorio, preguntó si estaba convencido de haber hallado un alcaloide venenoso en el cuerpo de Percy John y de que Percy había muerto envenenado con aconitina.

Stevenson asintió.

Williams siguió hablando. Suponía que Stevenson estaba familiarizado con la evolución científica más reciente. Por tanto, no desconocería los descubrimientos publicados principalmente

por toxicólogos italianos, descubrimientos que habían alcanzado tal notoriedad, que ningún toxicólogo podía ignorarlos o no tenerlos en cuenta, y mucho menos Stevenson. Y, sin embargo, las apariencias indicaban que Stevenson no había hecho el menor caso de ellos. ¿Era admisible que no conociera lo que habían demostrado los toxicólogos italianos? Es decir, que los cadáveres, sólo por la acción de la putrefacción, podían formar sustancias alcalinas, o sea, alcaloides, que reaccionaban exactamente igual que los alcaloides vegetales. ¿Acaso Stevenson no sabía que en Italia se habían dado casos en que los toxicólogos habían tomado dichos alcaloides por alcaloides vegetales, dando origen a procesos por asesinato, sin que se hubiese cometido jamás un asesinato?

Cada una de las frases pronunciadas por el defensor indicaba claramente cuál era su objetivo final. Tenía en su poder un arma tan nueva y sorprendente, que nadie podía conocerla ni sospechar su existencia. Ante la gran cantidad de material que se iba acumulando contra Lamson, Williams había buscado por lo menos una posibilidad de poner en duda la identificación del veneno en el cadáver de la víctima. Para ello había consultado al profesor Tildy, un toxicólogo londinense no tan famoso como Stevenson. Tildy, que más de una vez había informado a abogados defensores sobre aspectos toxicológicos, se había especializado en observar evoluciones científicas que los toxicólogos famosos, acostumbrados ya al éxito, no consideraban a veces con el suficiente detenimiento y minuciosidad. Estaba seguro de que Stevenson no había estudiado a fondo el fenómeno de la formación de alcaloides en los cadáveres, y que, atacando por sorpresa, se podría despertar la duda en el jurado. Por lo demás, estaba convencido de que el nuevo fenómeno amenazaba realmente la seguridad que se creía poseer para identificar venenos vegetales en los cadáveres. Así, pues, informó a Williams con todo detalle.

Ya en 1865, el químico Marquardt investigó cadáveres de personas muertas de muerte natural y pudo obtener extractos alcalinos que tenían una sorprendente afinidad con la coníina, el alcaloide venenoso de la cicuta. Los materiales analizados oían a orina de rata. Bajo la acción de ácido fosfomolibdénico se formaba un precipitado con prismas amarillentos, muy semejantes a los que daba la coníina. Desde entonces, varios qui-

micos se habían ocupado en el fenómeno y se sirvieron de la definición *alcaloides*.

Sin embargo, el principal impulso para el estudio de estos «alcaloides animales» provino de Francesco Selmi, que pasó de farmacéutico a profesor de química farmacéutica en la Universidad de Bolonia. En 1878 publicó un trabajo titulado *Sulle proprietà e alcaloidi cadaverici e loro importanza in tossicologia*, dedicado exclusivamente a estudiar con detalle el nuevo campo científico.

Selmi describía, entre otros, dos casos de envenenamiento en los cuales los especialistas químicos habían quedado totalmente desconcertados por la presencia de alcaloides nuevos. El primer caso fue la muerte repentina del general Gibbone en el sur de Italia. El químico encargado del análisis toxicológico declaró haber hallado en el cadáver delfinina, el venenoso alcaloide de la espuela de caballero. El criado del general fue acusado del supuesto envenenamiento. Tan sólo el hecho de que no existía ningún móvil para el crimen, indujo al tribunal a solicitar de Selmi un segundo informe toxicológico. Selmi obtuvo del cadáver extractos que, sometidos a la reacción especial utilizada para descubrir la delfinina, reaccionaban realmente como si existiera dicho alcaloide. Sin embargo, al inyectar en ranas delfinina pura y parte del extracto obtenido, descubrió notables diferencias. Los extractos paralizaban el corazón como la verdadera delfinina, pero no lo hacían en la diástole, sino en la sístole. La delfinina no producía jamás semejante efecto. Esto obligó a Selmi a repetir todas las reacciones y a buscar otras nuevas, que tal vez correspondieran también a la delfinina pura. Descubrió que, al ser tratada con hiposulfito de sodio-oro y otros compuestos químicos, la delfinina reaccionaba formando determinados sedimentos. Sin embargo, no se formó ningún sedimento al aplicar estos reactivos a sus alcaloides cadavéricos. Selmi llegó a la conclusión de que el general Gibbone no había sido envenenado con delfinina, sino que después de su muerte se había formado en el cadáver un «alcaloide animal», alcaloide que daba reacciones semejantes a las de la delfinina y podía conducir a errores lamentables.

Más importante aún parecía el segundo caso: la muerte de una viuda, llamada Sonzogno, en Cremona. También en este caso hubo sospechas de envenenamiento. La acusación hizo es-

tudiar el cadáver a un grupo de químicos de Cremona, doce días después de la muerte. Los químicos afirmaron que el cuerpo contenía morfina. Sin embargo, la acusación no tenía otros motivos de sospecha y creyó necesario encomendar un segundo análisis, esta vez, a químicos de Milán y Brescia. El resultado del análisis fue el de que, sin lugar a dudas, existía un alcaloide, aunque seguramente no se trataba de morfina. Selmo recibió el encargo de redactar un tercer informe. Al principio se encontró una vez más ante el hecho de que los extractos correspondientes al cadáver producían verdaderamente las reacciones cromáticas de la morfina. Sin embargo, al aplicar la reacción de Pellagri para dicho alcaloide, Selmi obtuvo un resultado absolutamente negativo. No había el menor indicio de morfina, y el experimento con ranas dio unos resultados tan radicalmente distintos a los de la morfina, que las dudas se disiparon por completo: en el cuerpo del cadáver no había morfina, sino otro alcaloide «animal». En años sucesivos, Selmi descubrió que la reacción de Pellagri era la mejor para distinguir la morfina de cualquier otro alcaloide animal afín.

En conjunto, Selmi descubrió los mencionados errores con un minucioso método de trabajo. Pero cualquier investigación toxicológica estaba expuesta a confusiones fatales. En 1880, el ministerio italiano de justicia, bajo la impresión de los trabajos de Selmi, nombró una comisión especial y le encomendó investigar científicamente el problema de los alcaloides cadavéricos, a fin de acabar con la inseguridad. Sin embargo, dicha inseguridad había producido ya sus efectos en los toxicólogos europeos, a los cuales preocupó extraordinariamente.

Esta inseguridad fue la que, el 11 de mayo de 1882, permitió a Montagu Williams formular sus preguntas en medio del silencio reinante en la sala de audiencias de Old Bailey. Tras unas cuantas preguntas y respuestas, todo el mundo vio con claridad que Stevenson poseía un conocimiento muy superficial de los trabajos continentales sobre los alcaloides animales. Lleno de inseguridad admitió que, en efecto, muchos toxicólogos europeos afirmaban que los alcaloides cadavéricos producían a veces reacciones idénticas a los vegetales. Él, por su parte, no conocía a Selmi ni sabía el italiano. Tuvo que admitir que no podía explicar si existía algún alcaloide animal que produjera un sabor semejante a la aconitina al contacto con la

lengua. Finalmente, apremiado por las preguntas del defensor, se refugió en su afirmación de que él, personalmente, había investigado muchos cadáveres a lo largo de su carrera, sin encontrar jamás un alcaloide cadavérico realmente venenoso. Tampoco había hallado en ningún caso un sabor que pudiera confundirse con el de la aconitina. Finalmente, repitió que no quería discutir los estudios efectuados en Europa, pero que todo era *sub iudice* y completamente incierto.

Montagu Williams podía estar satisfecho de los resultados obtenidos en su interrogatorio del 11 de mayo. Había actuado por sorpresa y había conseguido trasladar a la sala de Old Bailey la inseguridad que reinaba en el mundo de los toxicólogos. De este modo obtuvo un pequeño margen de esperanza en un caso que parecía totalmente desesperado. Por ello, los espectadores se pusieron en tensión cuando Williams se levantó para pronunciar el discurso final de la defensa de Lamson. Era el 13 de mayo.

Williams habló casi durante dos sesiones completas: las del 13 y el 14 de mayo. El primer día, por la tarde, llegó ya a un punto culminante de tensión cuando dirigió su rostro, de recias facciones, al jurado y, en tono conminatorio, declaró: «Les recuerdo la pregunta que formulé al doctor Stevenson sobre la frecuencia con que se forman alcaloides venenosos en los cadáveres. Él respondió que conocía los trabajos científicos sobre este tema, y que el problema estaba todavía en una fase de discusiones y dudas». La voz de Williams, un poco ronca —enfermó cuatro años después de cáncer en la laringe— se alzó algo más al proseguir: «Cuando la situación científica y el juicio de los médicos sobre el problema está todavía en plena indecisión, este mismo problema tiene que ser dirimido aquí en relación con el acusado. Si el doctor Stevenson admite que no hay nada seguro, yo comino a ustedes a reflexionar. Si en los cadáveres se forman alcaloides venenosos, les recuerdo que en este caso transcurrieron seis días antes de que se llevara a cabo el análisis del veneno. Si ustedes no pierden de vista este hecho, ¿pueden afirmar, con toda seguridad, que la víctima murió envenenada? Ante este problema, es preciso que sepan ustedes distinguir entre lo seguro y lo inseguro. Si quieren ustedes llegar a la conclusión de que el difunto fue asesinado con aconitina, ¡tienen que eliminar toda posibilidad de duda! ¿Existen

pruebas fehacientes de envenenamiento? ¿No es evidente que su veredicto sólo puede ser uno: «falta de pruebas»?

Nadie sabía cuántas esperanzas alimentaba en este momento Williams sobre la suerte de su cliente. Sin embargo, el abogado sabía que las restantes pruebas pesaban muchísimo. Pero las dudas que había despertado el discurso final se reflejaron en las conclusiones del acusador: «Han oído ustedes —dijo éste al jurado— que los resultados de los expertos médicos y científicos pueden ser calificados como de una simple especulación. Si ustedes comparten este punto de vista, todo el mundo quedará en libertad de quitar la vida a un semejante. Bastará con que escoja un veneno poco conocido, para eludir todo castigo». Las palabras de Herschell eran muy semejantes a las que pronunció el fiscal francés De Broe, sesenta años antes, en el caso Castaing.

El 14 de mayo, después de deliberar tres cuartos de hora, el jurado pronunció su veredicto: culpable. El juez Hawkins dictó la sentencia de muerte. Pero pronto se supo que el jurado había excluido los informes científicos y se había basado tan sólo en las demás pruebas. Por otra parte —como confesó el propio Lamson cuatro días antes de su ejecución—, el veredicto había sido justo.

La importancia del caso Lamson para la Toxicología reside en que un proceso sensacional y de resonancia internacional hizo que se vieran las nubes de la duda y de la inseguridad avanzando, amenazadoras, sobre la Toxicología y todas las conquistas logradas en las décadas anteriores. Diez años después, uno de los casos criminales más sensacionales de Norteamérica ponía todas estas inseguridades bajo una luz más potente todavía; aunque dio origen a los arduos trabajos, que, finalmente, acabarían con esa época de dudas.

8

El médico neoyorquino Robert W. Buchanan, que vivía en Greenwich Village, 267, West Eleventh Street, acababa de cumplir los 30 años cuando, en 1892, fue el protagonista de un extraño caso criminal. Era un escocés, uno de aquellos emigrantes que, como una riada incontenible, proporcionaba nuevas ma-

terias primas al crisol en que se estaba formando la enorme ciudad de Nueva York, que por entonces tenía ya 2 millones de habitantes. En este escenario transcurrió la incidentada era policiaca del inspector jefe Byrnes.

En mayo del año 1892, un reportero del diario neoyorquino «World» llamado Ike White, sorprendió a sus lectores con la primera crónica sensacional sobre un caso de envenenamiento ocurrido el 23 de abril de 1892. La víctima fue la esposa del doctor Buchanan, Annie, mucho mayor que su esposo. El 7 de junio, uno de los detectives de Byrnes, llamado Arthur A. Carey, detuvo al doctor Buchanan en un café neoyorquino. Carey se convirtió diecisiete años después, en jefe de una efímera comisión de lo criminal, a las órdenes del jefe de policía Bingham. Sin embargo, ni Byrnes ni Carey desempeñaron el papel fundamental en el esclarecimiento del caso Buchanan. Las averiguaciones fundamentales fueron realizadas por el periodista White, lo cual constituye un ejemplo del extraordinario papel que el periodismo americano desempeñaba en los asuntos de la policía, tanto en el buen como en el mal sentido.

A principios de mayo de 1892, White andaba a la caza de noticias en la oficina del coroner neoyorquino Louis Schultze. Entonces fue testigo de la visita de un anciano esmirriado e insignificante. El viejo, que dijo llamarse Smith, venía de Newark y sospechaba que el doctor Buchanan había asesinado a su mujer.

A finales de 1890, Smith había servido en Newark, de «consejero» de las muchachas de un burdel que pertenecía a una opulenta dama de 50 años llamada Annie Sutherland. El doctor Buchanan, más interesado por las mujeres y el alcohol que por la medicina, fue asiduo cliente del establecimiento desde 1889. Fue dedicando sucesivamente sus atenciones a todas las pupilas de la casa. A mediados de 1890 empezó a hacer la corte a la patrona, mucho mayor que él, bastante ajada y —según Smith— «ordinaria». Smith, que vio amenazada su posición de «consejero», se procuró informes sobre el doctor Buchanan. Al parecer, el médico había llegado a Nueva York en 1887, procedente de Halifax, Nueva Escocia, y había empezado a ejercer su profesión. Lo acompañaba su joven esposa, Helen, con quien se había casado en Halifax. El joven médico ejerció con éxito en Greenwich Village. Pero sus malas costumbres lo llevaron poco

a poco a la ruina y a la separación de su esposa. Helen Buchanan regresó a Halifax.

En el alma desconfiada de Smith, los informes recibidos lo inclinaron a sospechar que Buchanan, casi arruinado, pretendía engatusar a Annie Sutherland, la cual, además del burdel, poseía una fortuna líquida de 10 000 dólares. Los temores de Smith se confirmaron cuando, en otoño de 1890, Annie vendió su prostibulo y dejó en la calle al «consejero»; el 27 de noviembre nombraba heredero universal a Buchanan. Después se convirtió en la señora Buchanan y se trasladó a Nueva York. Los recién casados formaban, sin duda, una pareja grotesca, y su historia resultaba ridícula. Sin embargo, Smith declaró que tenía testigos de todo lo que contaba: dos compinches del doctor Buchanan, Michael Macomber, propietario de una taberna frecuentada por el médico, y un aventurero llamado Doria, asiduo concurrente del tugurio de Macomber. Ambos habían sido los únicos, aparte de Buchanan, que, el 26 de abril de 1892, acompañaron a Annie Buchanan a su última morada en el cementerio de Greenwood, después de año y medio escaso de matrimonio.

Smith aconsejó al coroner que oyera lo que Macomber y Doria podían contar sobre el matrimonio Buchanan. Bastaría con unas copas para soltarles la lengua. La boda fue consecuencia de una serie de violentísimas discusiones. Annie no dejaba de amenazar a Buchanan con no darle ni un centavo más si no la «respetaba como a una verdadera señora». Después de algún tiempo, Buchanan empezó a contar a sus amigos que su esposa era aficionada a la morfina y que no tardaría en morir si no abandonaba su vicio. Smith dijo que estaba dispuesto a jurar que Annie Sutherland no había tomado jamás la menor dosis de morfina. Concluyó diciendo que la mujer no había muerto a causa de su vicio, sino que había sido envenenada por Buchanan para entrar en posesión de la fortuna. El doctor McIntire, que trató a Annie Buchanan cuando enfermó repentinamente el día 22 de abril, para fallecer veinticuatro horas después, declaró que la muerte se debía a un «ataque de apoplejía»; pero una de las más notables peculiaridades de los médicos era... equivocarse.

El odio de Smith por Buchanan era tan patente, que el coroner Schultze no hizo caso de sus acusaciones. En cambio, el periodista White tomó buena nota de todas las sospechas de

Smith, porque la palabra «morfina» le recordaba un asesinato que él mismo había esclarecido en 1891, contra la resistencia de la policía y el fiscal general. Fue un envenenamiento con morfina, cometido el 1 de febrero de 1891 por Carlyle Harris, estudiante de medicina de 22 años. La víctima fue una muchacha casada secretamente con él: Helen Potts, de 19 años. Cuando, un día del mes de mayo de 1892, White se dedicó a observar al doctor Buchanan, habían transcurrido unas semanas desde el juicio y la condena a muerte de Carlyle Harris en la Court of Session. White no sospechaba aún hasta qué punto estaban relacionados los dos casos.

Harris, nieto de un prestigioso profesor de medicina neoyorquino, Benjamin McCready, era un joven intelectual ávido de aventuras sexuales, y la única forma de conquistar a la bellísima Helen Potts, educada severamente en una familia burguesa de Ocean Grove, fue casándose con ella. El matrimonio se celebró en secreto, porque el joven tenía las iras de su abuelo. Cuando la madre de Helen Potts se enteró de la boda y de todas las circunstancias que la acompañaron, conminó al joven Harris a hacer público el enlace. La presión se intensificó a principios de 1891, hasta el punto de que Harris pensó librarse de su joven esposa, de cuyos encantos había gozado ya bastante. Aprovechó la ocasión de que su mujer padecía insomnio para recetar — pese a no haber terminado aún la carrera de medicina — una fórmula para seis cápsulas. Cada una de ellas debía contener 4 $\frac{1}{2}$ gr de quinina y $\frac{1}{2}$ de gramo de morfina. Se trataba de una receta normal, y la libertad con que trabajaban entonces los farmacéuticos hizo que la casa McIntire & Sons, de la Sexta Avenida, encontrara normal confeccionar las cápsulas.

El 20 de enero, Harris dio cuatro de las seis cápsulas a su esposa, que residía en el Comstock Institute para señoritas, con la indicación de que tomara una cada noche antes de acostarse. Harris se quedó dos cápsulas, al parecer, para no dejar en manos de su esposa una cantidad excesiva de un medicamento peligroso. La noche del 31 de enero, hacia las 10,20, Helen se despertó y se quejó de depresión, modorra y pesadas musculares. Una hora después se hallaba inconsciente. El médico del pensionado, E. P. Fowler, que llegó hacia las 12, se quedó muy sorprendido al ver que las pupilas de la enferma se habían reducido al tamaño de cabezas de alfiler. Se trataba de uno de los

más famosos síntomas de envenenamiento por morfina. Fracasaron todos los intentos para mantener viva a Helen con ayuda de atropina y cafeína. Helen falleció a las 11 de la mañana del día siguiente, 1 de febrero.

El coroner Louis Schultze se encargó de la autopsia. El proceso de la enfermedad y contracción de las pupilas revelaban envenenamiento por morfina, y Schultze lo reconoció así. Pero el fondo de los acontecimientos era totalmente desconocido, y la tendencia de los coroners, fiscales y jueces a ahorrar el dinero de los fondos públicos y gastar lo menos posible en análisis químicos y en procesos, tuvo como consecuencia una incomprendible renuncia a toda investigación. También desempeñó en ello cierto papel la circunstancia de que la madre de la difunta silenció las verdaderas relaciones existentes entre Harris y Helen, y manifestó que su hija había padecido del corazón desde la infancia. Tan sólo posteriormente se descubrió que esta declaración era falsa, y que la intención de la madre era buscar motivos para que la muerte pareciera natural y evitar así una investigación, que hubiese manchado la honra burguesa de Helen. La mentira de la madre proporcionó al coroner el motivo que estaba deseando para cerrar el caso. Según él, se trató de un lamentable accidente. Tal vez el farmacéutico cometió un error al confeccionar las cápsulas, o la propia Helen tomó más de una cápsula, contra la prescripción de Harris, y su co razón no pudo resistir una doble dosis de morfina. Los restos mortales de Helen Potts fueron inhumados el 7 de febrero del año 1891.

Pocos meses más tarde, el 21 de mayo, Ike White proporcionaba a los lectores del «World» una noticia sensacional. Había investigado a fondo el asunto, obligó a la madre de Helen a confesar que su primera declaración era falsa, descubrió la poco edificante vida íntima de Harris, describió con todo detalle los síntomas de la muerte de Helen y obligó al *district attorney*, Nicoll, y a su ayudante, Francis E. Wellmann, a exhumar el cadáver y a encargar el análisis toxicológico al único toxicólogo americano de importancia: el doctor Rudolph Witthaus, el cual comprobó la existencia de morfina en todos los órganos que le fueron entregados para el análisis. Inmediatamente, Harris fue detenido y acusado de haber envenenado a su esposa poniendo una dosis excesiva de morfina en una de las cápsulas que había

dado como somnífero a la pobre muchacha. El asesino pudo procurarse fácilmente el veneno, por ser estudiante de medicina.

Intencionadamente, hizo confeccionar las cápsulas en una farmacia, para tener testigos de que eran inofensivas. Sin embargo, una de ellas contenía la dosis mortal de morfina, y fue entregada a la muchacha junto con las otras tres. Si Helen Potts tomaba la cápsula venenosa antes que las demás, éstas resultarían inofensivas en caso de investigación. Y si Helen tomaba al final la cápsula envenenada, las dos que conservaba Harris en su poder, y que entregó inmediatamente al acusador, darían testimonio de que jamás tuvo la intención de envenenar a su esposa. El 4 de enero de 1892 se inició el proceso ante el juez Smith, y, tras violentas discusiones, acabó con la condena a muerte de Harris.

Como ya hemos dicho, habían transcurrido unas cuantas semanas desde entonces, y los detalles del sensacional proceso permanecían aún en la memoria de White cuando, el 3 de mayo de 1892, empezó a ocuparse en el doctor Buchanan. Pronto se confirmaron las informaciones de Smith. En el tribunal testamentoario pudo consultar el testamento de Annie Buchanan, y Macomber y Doria se mostraron extraordinariamente comunicativos después de tomar unas copas. Ambos afirmaron que Buchanan había salido de Nueva York para recuperarse de las fatigas de su matrimonio.

Sin embargo, ninguno de los dos sabía dónde se había dirigido el doctor. Cuando White pidió noticias sobre la vida de Buchanan a un colega de Halifax, recibió un informe que lo dejó de una pieza: Buchanan estaba en Nueva Escocia, y el día 16 de mayo se había vuelto a casar con su primera esposa, Helen. Ambos estaban a punto de regresar a Nueva York. Por Halifax se decía que Buchanan esperaba una fabulosa herencia.

Desde aquel instante, White quedó convencido de que se hallaba ante un nuevo asunto sensacional. Sus opiniones se confirmaron cuando volvió a interrogar a Macomber y Doria. Éste recordó un incidente, que le había causado una gran impresión, pero cuya verdadera importancia no sospechaba. La noche del día en que Harris fue condenado a muerte, Buchanan fue a la taberna de Macomber. El doctor hizo algunas observaciones burlonas sobre el condenado: manifestó que era un

«imbécil», porque se había dejado «pescar». Doria dijo textualmente: «El doctor nos contó que era posible cometer un asesinato con morfina sin ser descubierto. Según él, todo ácido se opone a una base, y para cualquier reacción existe siempre una contrarreacción. Pero que el diablo me lleve si sé lo que significa todo esto...».

Después, White fue a ver al doctor McIntire, el médico que trató a Annie Buchanan antes de su muerte. Naturalmente, McIntire se mostró reservado cuando White le rogó que considerara la posibilidad de un error en su diagnóstico sobre la muerte de Annie y de un envenenamiento por morfina. El médico se hizo más comunicativo cuando conoció las manifestaciones de Buchanan sobre Harris, y confesó que, en efecto, algunos síntomas correspondían a un envenenamiento. Sin embargo, no se observaba el síntoma decisivo: la contracción de las pupilas. McIntire seguía inclinándose por la hemorragia cerebral, que a menudo produce efectos externos parecidos a los que se observan en el envenenamiento por morfina. Las hemorragias en la zona pontocerebelosa podían producir incluso la contracción de las pupilas. White recordaría, sin duda, que este curioso fenómeno había desempeñado un papel en el proceso contra Harris.

White lo recordaba. El defensor de Harris, William Travers Jerome, abogado de treinta y un años que había estudiado Química en Amberst, intentó demostrar por todos los medios, que Helen Potts podía no haber muerto envenenada por morfina. Los médicos más famosos de Nueva York y Filadelfia —desde el doctor Wood hasta el doctor Roosevelt— desfilaron por la sala, para demostrar que algunas anomalías cerebrales producían una contracción de las pupilas, como la observada por el doctor Powler.

Sin embargo, estas afirmaciones no pudieron desmentir el hecho de que en los órganos del cadáver había aparecido morfina; no obstante, sirvieron para crear tal sensación de inseguridad en el jurado, que al fiscal Wellmann le costó no poco trabajo destruirla.

Como ya hemos dicho, White recordaba muy bien este incidente. Y el doctor McIntire le dijo que había incluso otras anomalías que podían explicar la contracción de las pupilas. En cambio, no encontraba explicación alguna para el hecho de que

un envenenamiento con morfina no produjera la clásica contracción. McIntire no conocía tampoco ningún medicamento que pudiera contrarrestar la acción de la morfina sobre las pupilas. Para él resultaba incomprensible lo que Buchanan había contado a sus dos compinches.

Esto ocurría el día 18 de mayo, al anochecer. Ya muy entrada la noche, White regresó una vez más a la taberna de Macomber, en la que vio nada menos que al propio Buchanan, sentado en la barra.

Fue decepcionante el primer encuentro de White con el hombre que él consideraba un asesino. Buchanan era un sujeto diminuto e insignificante, de cutis marchito y ojos relucientes, que miraba tras unas gafas con montura de oro. White pagó varias copas al médico, con la esperanza de emborracharlo y arrancar alguna frase comprometedora. Pero no ocurrió nada. En compensación, la mirada de White sorprendió —en un segundo decisivo— los ojos de Buchanan, detrás de sus gafas: las pupilas tenían un tamaño excesivo, anormal. El periodista recordó inmediatamente a uno de sus compañeros de escuela, enfermo de la vista; un muchacho que visitaba con frecuencia a oculistas y que siempre regresaba de ellas con las pupilas dilatadas. Los médicos ponían gotas de atropina en los ojos enfermos del muchacho, al objeto de facilitar el examen del interior del ojo.

A White se le ocurrió inmediatamente algo que a él mismo le parecía en principio inverosímil y casi fantástico. Sin embargo, no pudo ya liberarse de aquella idea, como posible explicación de las palabras de Buchanan sobre la estupidez del asesino Harris. ¿No era posible que Buchanan hubiese vertido unas gotas de atropina en las contraídas pupilas de su mujer moribunda? ¿Era éste el secreto?

White se despidió del médico con un pretexto y corrió a casa de una tal señora Crouch, que había cuidado a Annie Buchanan durante su corta enfermedad. El periodista la había visitado ya para obtener de ella alguna información aprovechable. Ahora sólo quería formularle una pregunta. La respuesta de la señora Crouch fue la siguiente: El doctor Buchanan había entrado varias veces en la habitación de la enferma, se había inclinado sobre ella y le había puesto unas gotas en los ojos.

Al día siguiente, muy de mañana, White entró en el despacho

de Louis Schultze. Después de las experiencias que Schultze vivió en el caso Harris, bastó la información de White para hacerle abandonar toda su indiferencia y su apatía. El inspector jefe Byrnes recibió el encargo de vigilar los movimientos de Buchanan, y el 22 de mayo el cadáver fue exhumado y llevado al Carnegie Institut para su examen. Ese mismo día, el detective Carey, que seguía a Buchanan desde el 19 de mayo, perdió su pista. Al parecer, el médico había sospechado algo y estaba escondido. Carey recuperó la pista al descubrir que un individuo llamado Hood llevaba varios días rondando la tumba de Annie Buchanan. Al ser detenido, Hood confesó que actuaba a las órdenes de Buchanan, el cual le encargó que le avisara si veía abrir la tumba de su esposa. Conocía también el escondrijo de Buchanan, en la East Twenty Ninth Street. Carey volvió a pegarse a los talones de Buchanan hasta que se conocieron los primeros resultados de la autopsia.

En el informe se destacaba un hecho innegable: Annie Buchanan no había muerto de ataque alguno. Lo mismo que en el caso de Carlyle Harris, el análisis toxicológico posterior a la autopsia, sólo podía ser encomendado a un hombre: el doctor Rudolph Witthaus. El 7 de junio presentó su informe. Confirmó la presencia de una dosis mortal de morfina y declaró posible el uso de atropina para contrarrestar la contracción de las pupilas. Buchanan fue detenido y llevado a los Tombs, la enorme cárcel de Nueva York. Aunque la culpabilidad de Buchanan parecía probada, todo lo ocurrido hasta aquel momento era sólo el prólogo de un gran «espectáculo» protagonizado por la toxicología y unido para siempre al nombre de Buchanan.

«Nueva York, en suspenso», escribía el «World» cuando, la mañana del 20 de marzo de 1893, se iniciaba el proceso contra Buchanan. La acusación pública estaba representada por DeLancey, Nicoll, James W. Osborne y Francis L. Wellmann. «Recorder» Smith se sentaba en la presidencia del tribunal. Los defensores de Buchanan eran Charles W. Brooks y William J. O'Sullivan. Este último era prácticamente un desconocido. Cinco semanas después, el 26 de abril, cuando el proceso tocaba a su fin, su nombre andaba ya de boca en boca. El caso Buchanan puso los cimientos de su carrera. La causa fue precisamente el «espectáculo toxicológico», que supo montar con una maestría teatral extraordinaria.

O'Sullivan había sido médico antes de decidirse por la abogacía. Durante medio año, había estudiado toda la literatura especializada sobre alcaloides y su identificación. La obra más importante consultada por él fue la de Francesco Selmi, y O'Sullivan estaba resuelto a jugar la carta de los «alcaloides cada- véricos» y a destruir ante los ojos —ingenuos y sensibles a cualquier dramatismo— de los jurados, toda la argumentación que pensaban presentar los acusadores a través de su especialista, el doctor Witthaus.

El plan de batalla de O'Sullivan estaba ya preparado antes de iniciarse el proceso. La casualidad le proporcionó un ayudante en Victor C. Vaughan, profesor de Química en la universidad de Michigan. También Vaughan se había basado en las investigaciones de Selmi y, con más deseo de gloria que verdadero interés científico, había efectuado varios experimentos en órganos animales descompuestos, con el fin de descubrir en ellos nuevos alcaloides cadavéricos. O'Sullivan supo, casualmente, que Vaughan había descubierto un alcaloide cadavérico en una glándula intestinal. Al ser sometida a seis de las reacciones para la identificación de morfina, y al mismo test de Pellagri, la glándula en cuestión daba (como decía Vaughan) «las mismas reacciones cromáticas que la morfina, con mayor o menor exactitud».

O'Sullivan no sólo estaba familiarizado con las teorías de Selmi —según las cuales el test de Pellagri era el más importante y seguro para localizar la morfina—, sino que, además, había sido testigo de la declaración de Rudolph Witthaus en el proceso contra Harris, y conocía muy bien los métodos usados por el famoso toxicólogo. El defensor de Harris, William Tra- vers Jerome, no desperdició ocasión para poner en duda los análisis toxicológicos de Witthaus. Habió también de los alcaloides cadavéricos y consiguió que los espectadores presintieran algo de la infinita cantidad de venenos y de los fallos a que estaban expuestos los toxicólogos. Pero Witthaus estaba muy bien pertrechado contra todos los ataques posibles. Había utilizado todos los tests existentes para la morfina y, por añadidura, realizó experimentos fisiológicos con ranas. Ningún investigador de alcaloides cadavéricos había descubierto jamás una materia que, sin ser morfina, respondiera a más de tres o cuatro reacciones, entre las que se usaban para identificar dicho ve-

nen. Sin embargo, Witthaus puso en primer plano el test de Pellagri y declaró que era el método más seguro para distinguir la morfina de los alcaloides cadavéricos. Jerome se había visto obligado a arriar velas.

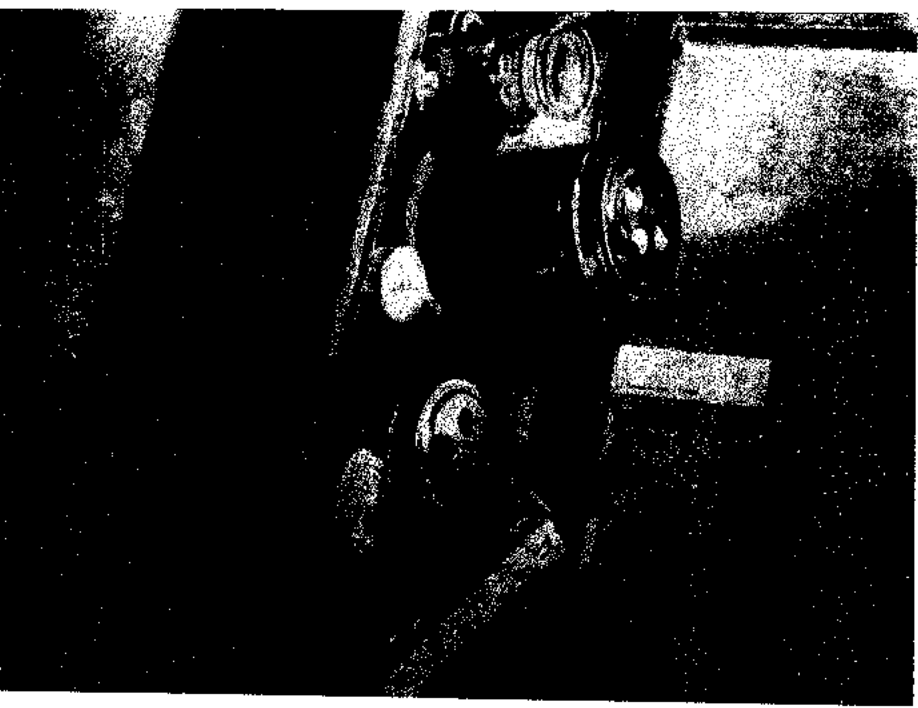
O'Sullivan podía esperar con seguridad que Witthaus no sólo volvería a hablar de los métodos conocidos, sino que, una vez más, insistiría en la fuerza probatoria del test de Pellagri. Cuando esto ocurriera, O'Sullivan interpondría—siguiendo su plan de batalla—, llamaría a Vaughan como testigo, demostraría la inseguridad del test de Pellagri y derrotaría a Witthaus con sus mismas armas.

Cuando Rudolph Witthaus compareció como especialista en el proceso contra el doctor Buchanan, contaba cuarenta y siete años. Era un tipo curioso, diminuto, de cabeza calva que parecía demasiado grande para su cuerpo, bigote y patillas rojizas. Sus ojos, de color azul claro, se destacaban bajo los gruesos cristales de las gafas. Las experiencias de su vida anterior lo habían convertido en un clínico, y sus continuas explosiones de ira hacían que la convivencia con él fuese una tortura. No obstante, contaba entre los hombres más cultivados de Nueva York, precisamente en una época en la que los científicos del Nuevo Continente tropezaban a menudo con la incompreensión y el menosprecio. Cuando todavía era casi un niño, construyó su primer laboratorio químico en un establo de su padre; posteriormente estudió Química y Medicina en la universidad de Columbia y en la Sorbona de París. Desde 1876 trabajaba como profesor de Química y Fisiología en la universidad de Nueva York, y los libros de química y toxicología que venía publicando desde 1879 gozaban de un sólido prestigio hasta en Europa.

También Witthaus había sacado útiles consecuencias del proceso contra Harris y se había preparado concienzudamente. Era tan exacta y minuciosa la localización e identificación de morfina en varios órganos de Annie Buchanan por medio de procedimientos químicos y fisiológicos, que ningún toxicólogo de épocas posteriores pondría en duda que Annie había muerto envenenada con morfina y sólo con morfina. Pero Witthaus no estaba informado de los descubrimientos que pretendía haber efectuado Vaughan. Por ello, volvió a conceder un valor fundamental a los resultados obtenidos mediante el test de Pellagri, siempre de acuerdo con el nivel en que se hallaba a la sazón la



Lo mismo que en medicina legal, los progresos en toxicología plantearon cada vez nuevos y variados problemas. Ya Orfila había estudiado el dilema que representaba el arsénico en los cadáveres exhumados, para descubrir si el mismo procedía de un envenenamiento de la tierra que rodeaba a la víctima. La tierra de muchos cementerios contiene arsénico. De aquí que, en las exhumaciones, la toxicología tuviera que adoptar la costumbre de analizar no sólo partes del cadáver —recogidas en recipientes *(a la derecha)*—, sino también muestras de tierra (*arriba*), con el fin de comprobar si contenían o no arsénico.



Número	Nombre, ácido barbitúrico, fabricante	Composición de sub- tancia activa	Catalo- gación	Observaciones
255.	Vegonol: Ácido fenilbarbitúrico, 0.025. Braun & Herberg KG, Erlan	4	R. L. 59	
256.	Vegonol-Dragees: Ácido fenilbarbitúrico, 0.012. Arzncim.-Fabr. Hüls A. Hense, Hüls b. Krefeld	4	R. L. 57 59	Rojo anaranjado
257.	Vegonol c. Codina: Ácido fenilbarbitúrico, 0.012. Arzncim.-Fabr. Hüls A. Hense, Hüls b. Krefeld	4	R. L. 57 59	Rojo anaranjado
258.	Veralgit c. Codina: Ácido fenilbarbitúrico + fenildimetilpirazolona + dimetilaminofenazona, 0.027. Dialilbarbitúricos + fenildimetilpirazolona molat., 0.013. Krevel-Werke, Ertel b. Kalm	5	R. L. 57 59	
259.	Veramon. Dietilbarbitúricos + dimetilaminofenildimetilpirazolona, 0.2365. Schering AG, Berlin	2	R. L. 57 59	
260.	Verasulf: Ácido dietilbarbitúrico, 0.012. Arzneimittelfabrik GmbH, Frankfurt	3	R. L. 57 59	¿Como sal de sodio?
261.	Verigon: Ácido dietilbarbitúrico, 0.015. E. Scheurten, Appenweier	2	Gehe's Codex 53 56	
262.	Vesperone: Ácido alilbromalilbarbitúrico, 0.015. Pfleger, Bamberg	1	R. L. 57 59	

La toxicología forense tropezó con las mayores dificultades en la identificación de sustancias venenosas durante los primeros años de la tercera década de nuestro siglo, en que se inició la producción masiva de venenos y medicamentos sintéticos. Sólo el ácido barbitúrico, venenoso, se aplicó a centenares de calmantes y se difundió en muchos millones de tabletas (como lo demuestra la clasificación de los toxicólogos alemanes Emil Weinig y Georg Schmidt, reproducida en la figura de arriba). El número, cada vez mayor, de venenos y combinaciones de sustancias tóxicas obligó a crear métodos cada vez más precisos, rápidos y eficaces. El número de reacciones químicas no tardó en elevarse a centenares, y se perfeccionó al máximo la localización de venenos por procedimientos fisiológicos en animales. Sin embargo, la Química física y la Física nuclear —análisis de la radiactividad— son las ramas que han adquirido mayor importancia en el campo de la toxicología.

Edmond Locard (*a la derecha*) fue uno de los primeros que propugnaron por la creación de laboratorios policíacos.



investigación internacional sobre este punto. Su declaración lo convirtió, sin que él lo sospechara, en uno de los principales actores de la farsa montada por O'Sullivan.

O'Sullivan reservaba su espectáculo para después de los interrogatorios y declaraciones de especialistas. Preparó su golpe con gran habilidad, mencionando constantemente los alcaloides cadavéricos, capaces de producir reacciones semejantes a la morfina. Y lo hizo con tanta insistencia y tan a menudo, que incluso los jurados más estúpidos tuvieron que notar cuál era el tema en torno al que se planteaba el proceso. Después se levantó y dirigió a Witthaus algunas preguntas aparentemente inofensivas sobre los tests empleados por el toxicólogo: el test del cloruro de hierro, el de Husemann, el de Frönde, el del ácido yódico, el del ácido salitroso... Y, sobre todo, el de Pellagri.

Según el abogado, los jurados debían entender que el llamado test de Pellagri tenía una importancia especial para la identificación de la morfina. ¿Quería confirmarlo el doctor Witthaus? Witthaus lo confirmó.

También había dicho, si O'Sullivan había oído bien, que el test de Pellagri servía para demostrar que en los órganos de la víctima se había encontrado morfina y no alcaloides cadavéricos.

Witthaus hizo la salvedad de que, en cualquier caso, era preciso apoyarse también en los restantes tests, pero afirmó, en lo esencial, lo dicho sobre el test de Pellagri.

O'Sullivan se dio por satisfecho y siguió diciendo que, si no lo había entendido mal, el test de Pellagri producía un color púrpura inconfundible, que luego viraba a rojo cereza.

Witthaus volvió a afirmar.

Y la reacción —prosiguió el enigmático O'Sullivan— se daba cuando existía morfina en estado puro.

Witthaus objetó que en presencia de codeína se producía la misma reacción. Pero la codeína, en el procedimiento de Stas, sólo se puede aislar con éter; mientras que la morfina se aislaba con cloroformo o alcohol amílico. Era imposible la confusión. En este sentido, el test de Pellagri era la prueba típica de la morfina.

—¿Sólo de la morfina? —preguntó el abogado.

—Sí, sólo de la morfina —respondió el toxicólogo.

O'Sullivan dio un paso más y preguntó si un alcaloide cada- vérico podía producir una reacción semejante. Witthaus aseguró que, hasta entonces, jamás se había observado semejante cosa.

O'Sullivan, con una voz insinuante y llena de ocultas intenciones, se limitó entonces a llamar al profesor Víctor C. Vaughan al banco de los testigos.

La aparición de Vaughan tenía, indudablemente, la apariencia de un ataque por sorpresa, y todo lo que siguió fue un espectáculo insólito y, visto con una perspectiva histórica, casi macabro. Vaughan instaló en una mesa todos sus tubos de cristal, sus botellas con extractos y sus reactivos. Las preguntas de O'Sullivan derivaron hábilmente hacia la ocupación del profesor Vaughan: el estudio de los alcaloides cadavéricos. Finalmente, cuando Vaughan hubo terminado sus preparativos, el defensor quiso saber si los tests presentados por la acusación demostraban, sin lugar a dudas, la presencia de morfina, o si eran absolutamente falsos por la presencia en el cadáver de alcaloides no vegetales.

Vaughan contestó negativamente a la primera pregunta y afirmativamente a la segunda.

O'Sullivan repitió su pregunta sobre el test de Pellagri: ¿Daba dicho test una seguridad absoluta de que el alcaloide localizado era morfina y no un producto natural de la descomposición del cadáver?

Vaughan dijo que no. No había seguridad alguna.

Así, pues, ¿el test de Pellagri podía conducir a errores fatales?

Sí, en efecto, afirmó Vaughan.

¿Estaba Vaughan en condiciones de probar los posibles errores de los especialistas presentados por la acusación?

El interpelado dijo que sí, que estaba en condiciones de hacerlo.

Entonces O'Sullivan le pidió que lo probara.

Muy pocas veces había reinado en una sala de audiencias un silencio tan sepulcral como cuando Vaughan mostró un extracto alcalino que, según él, procedía de una glándula intestinal extraída de un cadáver que llevaba varias semanas en descomposición.

El médico declaró que añadiría cinco miligramos de morfina a un extracto perteneciente al páncreas de un hombre que nunca había tenido el menor contacto con la morfina. De este modo desautorizaría las pruebas de la acusación, en especial, el test de Pellagri. Su experimento consistiría en repetir el test con

los productos de la descomposición, sin el menor contenido de morfina. Demostraría que en ambos casos se producía la misma reacción cromática. Vaughan empezó con el test del cloruro de hierro, que, como sabía todo toxicólogo, producía un color azul claro si había morfina. En el tubo de Vaughan apareció un verde azulado. Pero el toxicólogo afirmó que, en la bibliografía especializada, el color se definía a veces como azul claro, y en ocasiones como azul verdoso. En cualquier caso —explicó a los jurados—, en ambos tubos se había formado el mismo color y esto era lo decisivo. Para el test de Husemann, las reglas prescriben que la sustancia por analizar sea tratada con ácido sulfúrico concentrado, calentada durante cinco minutos a una temperatura de 100-105 grados, y tratada, finalmente, con ácido salitrado. El color formado había de ser un violeta oscuro, que luego viraba a rojo y anaranjado. Vaughan puso ácido sulfúrico en sus soluciones y dijo: «En realidad, el material analizado tendría que calentarse, pero no es absolutamente necesario, y, además, no tenemos los aparatos para hacerlo». Sin muchas vacilaciones, añadió el ácido salitrado. En los tubos de ensayo apareció un colorido verde azulado, pero en modo alguno violeta. Sin embargo, Vaughan se salvó recurriendo al hecho de que la formación cromática, en la reacción de Husemann, es muy efímera y desaparece rápidamente. Habló de un «violeta que ha desaparecido en seguida», e hizo hincapié en que lo importante era, una vez más, la coincidencia en ambos tubos de ensayo, el de la morfina y el que contenía sólo un extracto de un órgano humano en descomposición. La reacción de Frönke no dio el violeta-azul-amarillo prescrito, sino un anaranjado turbio. Pero Vaughan declaró que la suciedad del color era violeta, y no se inmutó cuando el fiscal Wellmann saltó de su asiento y gritó: «Creo que me he vuelto ciego para los colores». Vaughan insistió en que había algo de violeta en el color de la última reacción, y la confusión del jurado ante la semejanza de las reacciones en los dos tubos de ensayo era ya tan grande que, casi sin excepción, creían lo que Vaughan estaba diciendo, y habían perdido, además, toda confianza en la seguridad de las pruebas efectuadas. ¿Qué significaba, para sus ojos poco expertos, el hecho de que el test del ácido salitrado produjera un amarillo indefinido, en lugar del rojo anaranjado, que luego tenía que virar teóricamente a amarillo? Así, se fue

preparando el terreno para el ataque general contra el test de Pellagri.

Antes de que Vaughan empezara, O'Sullivan volvió a recordar al jurado que, según la acusación, la reacción de Pellagri daba un color púrpura brillante, que viraba a rojo cereza si el extracto analizado contenía morfina. El profesor Vaughan demostraría que el extracto que no contenía morfina reaccionaba de un modo idéntico al que la contenía.

Ante los ojos asombrados de Witthaus, Vaughan llevó a cabo el test de Pellagri de una forma que contradecía todas las experiencias obtenidas en muchos años de trabajo. La prueba de Pellagri consistía en tratar el extracto con ácido sulfúrico concentrado y ácido clorhídrico, y vaporizarlo después en agua. Vaughan se limitó a usar ácido clorhídrico y renunció a la vaporización. Pero ya era demasiado tarde para dar explicaciones y oponer objeciones.

Inmediatamente, los primeros periodistas abandonaron la sala para comunicar a sus periódicos la gran sensación del día. El extracto de órganos en descomposición había producido un color rojo brillante, exactamente igual al que contenía morfina. No cabía la menor duda: la materia en descomposición había formado un alcaloide que producía una reacción idéntica a la morfina. La seguridad del test de Pellagri quedaba reducida al absurdo. La autoridad de Witthaus y toda la ciencia toxicológica quedaban en entredicho. Los periodistas, el jurado, los espectadores tenían la prueba ante sus ojos: rojo, un rojo brillante y luminoso.

Al terminar aquella sesión del proceso, casi todo el mundo estaba convencido de que la acusación había perdido la partida. Brooks y O'Sullivan triunfaban, y quizás habían triunfado de verdad si al día siguiente no hubiesen cometido un error fatal. Después del proceso de Harris se había difundido entre los neoyorquinos la opinión de que Harris se había perdido porque no quiso comparecer como testigo de su propia causa, a requerimiento de la defensa. Esto había causado la impresión de que Harris temía el interrogatorio del fiscal. Brooks, en el momento de su triunfo, quería evitar una impresión semejante, y permitió que Buchanan fuese testigo de su propia causa. Sólo cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta del error cometido. El aspecto repulsivo y rastroso de Buchanan no podía despertar

muchas simpatías. Pero, sobre todo, no era lo bastante fuerte como para soportar el despiadado interrogatorio a que lo sometió Francis L. Wellmann (encolerizado aún por la farsa toxicológica de Vaughan). Buchanan se fue envolviendo en contradicciones y dudas, hasta el punto de hacer olvidar la impresión causada por el «espectáculo científico» anterior. Sin embargo, cuando, el 25 de abril, los miembros del jurado se retiraron a deliberar, necesitaron veintiocho horas para llegar a un acuerdo sobre la culpabilidad de Buchanan.

Los abogados de Buchanan lucharon todavía dos años por su vida, recurrieron a las más diversas instancias, y más de una vez repitieron la tesis de que las pruebas toxicológicas de la acusación no eran válidas. A sugerencia de la defensa, fue enterrado un conejo en el cementerio de Greenwood y exhumado muchos meses después, para demostrar que se formaban alcaloides cadavéricos identificables con la morfina. Pero esta vez, todos los esfuerzos fueron inútiles, y los resultados, nulos. Y no podía ser de otro modo, porque Witthaus, irritado por el absurdo espectáculo de O'Sullivan, desenmascaró los errores y la trivialidad científica de Vaughan; demostró que para confectar los dos extractos había usado alcohol amílico sucio, y que por tal razón había logrado sus desconcertantes juegos de color.

El día 2 de julio de 1895 fue cumplida la sentencia de muerte contra Buchanan.

9

Entretanto, los informes sobre lo ocurrido en el proceso Buchanan se habían difundido por todo el mundo. A pesar del menosprecio con que era considerada entonces la ciencia americana, el proceso sirvió para dar un impulso definitivo a los esfuerzos por resolver el problema de la identificación de alcaloides y desterrar de una vez para siempre las últimas dudas. Durante las dos décadas anteriores al siglo xx se fue viendo cada vez más claro que —en primer lugar— muchos informes sobre la confusión producida por los alcaloides cadavéricos podían atribuirse a falta de limpieza o a una observación superficial de la reacción cromática; en segundo lugar, era prác-

ticamente imposible dar con alcaloides animales en extractos obtenidos mediante la aplicación correcta del método Stas; y, finalmente, si ocurría alguna vez esto último, el uso de seis reacciones cromáticas—como mínimo—y de otras posibles pruebas fisiológicas excluía totalmente cualquier posibilidad de confusión entre alcaloides vegetales y animales.

Sin embargo, lo más importante era que la toxicología, en su búsqueda de métodos absolutamente irreprochables, dio los primeros pasos por un camino que la conduciría a éxitos sorprendentes en los segundos veinticuatro años del siglo xx.

El miércoles 20 de octubre de 1910, en uno de los días más decisivos del proceso contra el doctor Crippen, el doctor William Henry Willcox—citado ya varias veces en el capítulo sobre medicina legal—ocupaba el estrado de los testigos en Old Bailey, para hablar del veneno que había encontrado en los restos de Cora Crippen. Se trataba de hioscina, uno de los tres alcaloides vegetales (atropina, hioscina y hiosciamina) que, al ser colocados sobre la pupila de un gato, producían una inconfundible dilatación de la misma y daban un inconfundible color violeta al ser sometido al llamado *test de Vitali*. En las semanas (del 22 de julio al 20 de agosto) que duró la búsqueda del misterioso veneno en los restos de Cora Crippen, Willcox recurrió a todas las reacciones conocidas. Pero cuando el robusto médico—el cual daría más impulsos creadores que Stevenson a la toxicología forense—llegó al momento culminante de su declaración como testigo, empleó por primera vez conceptos nuevos, o por lo menos desconocidos en Londres. Habló de cristalización y de los puntos de fusión en los alcaloides.

Willcox no era un testigo tan «brillante» como Spilsbury en su especialidad. En los años siguientes, más de una vez se caricaturizó a sí mismo y manifestó que sus éxitos ante los tribunales se debían a que parecía un imbécil, pero no lo era. En el caso Crippen, los nuevos conceptos utilizados por Willcox quedaban difusos en sus frases, tan poco brillantes como siempre, y nadie podía sospechar las perspectivas que se abrían para el futuro.

Tras efectuar previamente la típica prueba de los ojos de un gato, Willcox trató los extractos obtenidos mediante el procedimiento de Stas con una solución de bromuro potásico. En muchos alcaloides, este tratamiento conducía a la formación de

precipitados y cristales distintos en los diversos alcaloides. Las diversas formas de cristalización podían observarse al microscopio. La atropina y la hiosciamina producían cristales aciculares; en cambio, la hioscina adoptaba la forma de esferas semijantes a gotas.

De este modo, Willcox logró identificar la hioscina en los extractos analizados.

La prueba de la cristalización constituía uno de los primeros pasos por un camino inédito. El propio Stas había intentado identificar la nicotina valiéndose de formaciones cristalográficas, y el americano Wormley habló, en 1895, de experimentos semejantes; sin embargo, en 1910, el procedimiento llamaba la atención general.

Sin embargo, las cosas no acabaron aquí. Por primera vez, la opinión pública, interesada, conoció un segundo procedimiento. Se basaba en el hecho de que los alcaloides, después de la cristalización, se fundían por medio del calor. El proceso de fusión se iniciaba a una temperatura determinada, o dentro de un margen térmico, distinto en los diversos alcaloides. De este modo podían ser identificados los venenos por los grados o por el tipo de margen térmico a que se fundían.

En el interrogatorio a que lo sometió Tobin—abogado defensor de Crippen—Willcox declaró que el punto de fusión de la atropina tratada con cloruro de oro se hallaba a los 148 grados centígrados; el de la hiosciamina, a 160, y el de la hioscina, a 190. En el caso Crippen no se había servido del procedimiento de la fusión, porque no bastaban las cantidades de veneno obtenidas. Pero esto no cambiaba el hecho de que se abría un nuevo campo de investigación para el futuro. Cuando Tobin intentó una vez más insinuar el peligro de una confusión entre alcaloides vegetales y cadavéricos, mostróse como una persona absolutamente ignorante de la evolución científica de su tiempo. Willcox pisaba terreno firme: la inseguridad de las décadas anteriores había sido destruida poco a poco, después de muchos esfuerzos, errores, dudas y desviaciones. El trabajo de los cincuenta años siguientes llevaría a la ciencia a descubrir nuevos procedimientos para la localización de alcaloides, procedimientos en los que los primeros descubridores de las reacciones cromáticas no podían soñar y que iban aún más lejos que los de Willcox.

Su evolución coincidió con el desarrollo de la química y la industria farmacéutica, que —en el segundo cuarto del siglo xx— empezaron a fabricar productos sintéticos semejantes, por sus efectos terapéuticos y venenosos, a los alcaloides vegetales.

En 1939, los farmacólogos Eisleb y Schaumann descubrieron una materia sintética, la dolantina, que reunía en ella los efectos de la atropina y la morfina. Con los nombres de Demmerol, Pethidine, Dolsal, Meperine, Piridosal, etc., la dolantina dio la vuelta al mundo como medicamento, pero también como una nueva posibilidad de envenenamientos casuales, voluntarios, involuntarios o intencionados. Durante la segunda guerra mundial, los químicos Ehrhart y Bockmühl, que trabajaban en las fábricas de colorantes Hoechst, en el río Mein, descubrieron otro producto sintético, el polamidón, que multiplicaba el efecto calmante de la morfina. También se difundió pronto con los nombres de Amidone, Adanón, Dolophine, Physeptone, Miadone, Hepalgina, Butalgina, Petalgina... La dolantina y el polamidón no eran sólo dos de las muchas sustancias sintéticas que se fabricaban en los laboratorios europeos, cada vez más numerosos e importantes, y en los del Nuevo Mundo, emancipado de Europa y superior a ella en muchos aspectos. Todas estas materias eran a la vez curativas y venenosas; sus efectos y reacciones eran idénticos a los de los alcaloides.

Una verdadera inundación de «alcaloides sintéticos» se unió a los antiguos venenos vegetales. Y aún creció más cuando, en 1937, los franceses produjeron los primeros antihistaminos, productos sintéticos contra cualquier tipo de enfermedad alérgica, desde el asma hasta el exantema epidérmico. En pocos años, su número pasó de los dos mil, y una docena de ellos se difundieron extraordinariamente como medicamentos (y como venenos en potencia). También se trataba de «alcaloides artificiales», y nadie era capaz de enumerar sus nombres, desde el atosil y el sandosten. Todos estos productos nuevos obligaban a los toxicólogos forenses a competir contra la producción de nuevos venenos y a descubrir nuevos métodos para identificarlos.

Jamás perdió importancia el sistema de Stas. Tan sólo hubo que refinarlo, lo cual, en algunos casos, condujo a que la pureza de los extractos alcanzara un grado desconocido aún en la época de Willcox. Las reacciones cromáticas conservaron también su importancia. Su cantidad aumentó al crecer la de los venenos.

En 1955 había treinta métodos distintos para la identificación de la morfina. En este terreno de las reacciones cromáticas trabajaban principalmente científicos ingleses, canadienses, americanos, alemanes, franceses, suecos y chinos: Fulton, Thomis, K. K. Chen, Shu-Sing-Chen, C. G. Farmilo, K. W. Bentley o P. Besnard.

La identificación de los alcaloides por su punto de fusión experimentó un nuevo desarrollo gracias a hombres como los austriacos Fischer, Brandstetter y Reimers, así como a Ludwig Kofler, profesor de Farmacología en Innsbruck, fallecido en el año 1951. Kofler creó un aparato para medir microscópicamente el punto de fusión. Las sustancias que se habían de analizar podían fundirse bajo el microscopio, y el momento de la fusión podía ser leído en un termómetro.

En esta misma época experimento grandes progresos la identificación de alcaloides por sus cristalizaciones. Principalmente el inglés E. G. C. Clarke creó en Londres una colección de unas quinientas formas cristalográficas, correspondientes a alcaloides distintos. Ello facilitaba la rápida comparación microscópica con los cristales obtenidos de objetos por analizar. Se probó la eficacia de casi doscientos reactivos químicos, con cuya ayuda se podía provocar la cristalización de soluciones que contuvieran alcaloides. Los precursores e iniciadores de este trabajo fueron W. F. Whitmore, J. Travell, P. Duquenois, L. Levi, F. Lüdy Tenger, A. E. Hawkins, G. Bachmann, G. H. Wagenaar, A. D. Marciso, H. Wachsmuth. Sólo unas gotas de extracto bastaban para la investigación. Una gota microscópica de 0,05 mililitros bastaba para realizar unos quinientos tests.

No obstante el progreso más decisivo vino de un dominio que, a mediados del siglo xx, iba adquiriendo cada vez mayor importancia dentro de la toxicología: la Física. Habían pasado unos cien años desde que los alemanes Robert Wilhelm Bunsen y Gustav Kirchhoff —en 1859— iniciaran la evolución que condujo al análisis espectral con ayuda de rayos visibles e invisibles, y su aplicación a toda la medicina forense. En 1895, el descubrimiento de los rayos X por Roentgen introdujo un nuevo tipo de rayos capaces también de producir espectros. Ya en 1912, el físico alemán M. von Laue —premio Nobel— observó que los cristales de las materias químicas, bajo los rayos X, pueden utilizarse como prismas. Si se dirigía un haz de rayos X a uno

de dichos cristales, la difracción era tan típica, que permitía sacar conclusiones sobre la naturaleza y origen del cristal en cuestión. Los dos premios Nobel ingleses, W. L. y W. H. Bragg, el holandés P. Debye, distinguido también con el premio Nobel y profesor en Zurich, Berlín y, más tarde, en los Estados Unidos, así como el suizo P. Scherer, desarrollaron antes de 1914, y durante la primera guerra mundial, el procedimiento de los rayos X para analizar los cristales. En los años siguientes se registraron las peculiaridades inconfundibles que presentaban miles de sustancias químicas cristalizadas al ser sometidas a un análisis con rayos X. Sin embargo, hubo que esperar hasta los años 1949, 1950, 1952 y 1955 para que los toxicólogos L. T. Anderson, C. Rosenblum, C. Marion, C. E. Hubley, L. Levi y C. G. Farnilo descubrieran la importancia de la espectroscopia ultravioleta e infrarroja para la identificación de muchos alcaloides preparados con el método Stas. En esa misma época, otros toxicólogos, como el danés T. Y. Huang o el belga G. Lacroix, hicieron notar la extraordinaria importancia del análisis estructural con rayos X para la toxicología. Facilitaba el sencillo y rápido reconocimiento de muchos cristales y de los alcaloides correspondientes. Los americanos W. W. H. Barnes, B. Marvin, Gabarino y Shepard se colocaron a la cabeza de la evolución y recopilaron todas las características que permitieron identificar gran número de alcaloides con ayuda del análisis estructural con rayos X.

Sin embargo, el progreso que probablemente tendría mayor importancia estaba aún por hacer. Se caracterizó por unas palabras extrañas: *chromatografía de columnas* o *de papel*. El inglés A. S. Curry fue el que contribuyó más resueltamente al triunfo de este método de análisis en la toxicología.

En 1906, el botánico ruso Tswett estudiaba extractos vegetales acuosos que contenían distintos colorantes naturales. Sirviéndose de un tubo de cristal lleno de blanco de España, echó en uno de dichos extractos una «columna». Ocurrió lo siguiente: el blanco de España absorbió el colorante. En un extremo de la columna de tiza se formó una capa de colores mezclados, en la cual estaban reunidos todos los colorantes, mientras que del extremo inferior se desprendía la solución acuosa pura del extracto vegetal. Y luego sucedió algo más sorprendente aún: cuando el ruso vertió más agua en el tubo, la zona coloreada

del extremo se fue deslizando hacia abajo, pero no uniformemente. Los colores se separaron uno de otro y quedaron perfectamente distinguibles a varios niveles de la masa de blanco de España. Al verter más agua, siguieron descendiendo y se desprendieron uno tras otro.

Tswett había descubierto la posibilidad de separar de un modo sencillo una serie de materiales mezclados, y obtener todos los ingredientes. Este método de separación se llamó *análisis cromatográfico*, de las palabras griegas *chroma* (color) y *graphein* (escritura). El descubrimiento había caído en el olvido cuando fue redescubierto por el alemán Richard Kühn, a principios de los años treinta, en Heidelberg. Resultó que la cromatografía permitía separar los ingredientes de las más diversas sustancias químicas, y que de este modo se podían identificar tales ingredientes. Si eran incoloros, podían ser localizados mediante rayos ultravioleta o reactivos que daban un determinado color en el análisis toxicológico.

Finalmente, se descubrió que la columna podía sustituirse por papeles-filtro, en los cuales las sustancias por analizar se separaban también de la misma manera. Entre 1950 y 1960, la toxicología dominó y asimiló el nuevo procedimiento. La cromatografía con filtros de papel, dentro de la identificación de alcaloides, vino a ser «un acontecimiento único desde la época de Stas» (según la expresión del inglés Clarke). Además del inglés Curry, los alemanes J. Zander y H. Simmer, los brasileños E. de Moraes y E. T. M. Palma, el americano K. Genest, los suizos J. Büchi y H. Schumacher y otros muchos toxicólogos rivalizaron, entre 1950 y 1960, por dar a la cromatografía con papel la categoría de un método básico y fundamental. Los reactivos cromáticos descubiertos a lo largo de todo un siglo sirvieron para hacer visibles e identificar los alcaloides incoloros, que se aislaban en cantidades muy pequeñas en el papel filtro.

Cuando la cromatografía adquirió carta de naturaleza en el sistema de la toxicología, la búsqueda de alcaloides vegetales y la multiplicación de sus sucesores sintéticos dejaba tras sí una historia de más de cien años. Y, sin embargo, esta búsqueda fue sólo un acto del drama que nos ocupa: el drama de los esfuerzos, errores, triunfos, nuevos errores y nuevos triunfos. Se trató, sin duda, de un acto decisivo, que condicionó toda la tra-

vectoria evolutiva de la toxicología forense, aunque de hecho no fue más que un acto dentro de su historia total.

Mientras se iba desarrollando la lucha contra los alcaloides, la toxicología aprendía a localizar los efectos de nuevas sustancias venenosas y a identificarlas. La pequeña cantidad de venenos metalicominales se convirtió, por obra de la química y la industria, en una interminable cadena de nuevas sustancias: desde las aleaciones de manganeso, hierro, níquel y cobre, hasta el talio. Estos venenos alcanzaron una difusión insólita en productos de limpieza, insecticidas o medicamentos. También los venenos gaseosos, como, por ejemplo, el ácido prúsico o cianhídrico, inundaron el mercado. A la cabeza de los gases mortíferos seguía figurando el monóxido de carbono, que causaba innumerables víctimas cada año. Tras el monóxido seguía una serie de materias, compuestas de agua sulfúrica y sulfuro de carbono, hasta el tricloretileno; todos ellos eran venenos que, sin excepción, llegaban a manos de la gente en grandes cantidades y en las más diversas formas. Lo mismo podemos afirmar sobre la enorme cantidad de ácidos y lejías, desde el metilsulfato hasta el ácido salicílico, componente de la aspirina. Éste, después del monóxido de carbono y los barbitúricos, ha ocupado durante muchos años el tercer lugar entre los venenos usados para suicidios.

Cualquier observador puede darse cuenta de que los primeros tanteos de los precursores dieron nacimiento a una importante ciencia. Y, sin embargo —después de todos los esfuerzos, triunfos y éxitos—, se planteaba ya en el siglo XIX una pregunta: ¿Bastaba la identificación del veneno en los tejidos o en la sangre humana, para descubrir que la persona viva o muerta había sido víctima de un asesinato, de un suicidio, o de un envenenamiento accidental provocado por la medicina? ¿Era suficiente determinar *grasso modo* —como ocurría a veces— la cantidad de veneno encontrado y sacar conclusiones, no menos vagas, sobre la dosis ingerida por la víctima? ¿Era preciso encontrar nuevos métodos para determinar con exactitud la dosis del veneno identificado? ¿No era acaso éste el supremo objetivo, la coronación de todos los esfuerzos?

10

El 4 de diciembre de 1911, Alfred Ward, inspector jefe de Scotland Yard, detenía al agente de seguros londinense Frederick Henry Seddon, frente a la casa de éste, situada en Tollington Park 63, y le decía: «Lo detengo por haber asesinado con arsénico a Eliza Mary Barrow».

Una vez más, después de unos setenta años, el arsénico vuelve a ocupar el primer plano de nuestra historia. Desde que las puertas de la prisión se cerraron tras la figura de Marie Lafarge, no había conocido un momento de respiro la lucha por resolver los problemas que planteaban los envenenamientos con arsénico. Apenas habían transcurrido cincuenta años desde que el famoso forense y toxicólogo británico Alfred Swaine Taylor vio gravemente amenazada su fama por un error cometido en un caso de envenenamiento con arsénico.

En 1842, el químico Hugo Reinsch, de Zweibrücken, descubrió un nuevo método para la identificación del arsénico en el cuerpo humano. Consistía en verter ácido clorhídrico en una solución sospechosa, y calentarla después hasta la ebullición. Finalmente, se colocaba en la solución una finísima tela metálica de cobre. Si había arsénico, éste se depositaba en el cobre formando un precipitado de color gris hierro. En 1859, al morir, en circunstancias sospechosas la segunda esposa del médico inglés doctor Smethurst (casada en bigamia), Taylor analizó con el método de Reinsch los vómitos de la enferma y en los primeros interrogatorios juró haber encontrado arsénico. Basándose en las reglas instituidas por Orfila, había analizado el ácido clorhídrico para eliminar el posible arsénico que pudiese contener, al objeto de utilizarlo en el experimento. Sin embargo, antes de que se iniciara el proceso tuvo que confesar un grave error: no se le había ocurrido que el cobre pudiese contener también arsénico. El propio Reinsch no había contado con tal eventualidad. Con gran terror por su parte, Taylor descubrió que el arsénico localizado por él en el experimento procedía de la tela metálica de cobre.

Dos decenios más tarde, Franz Leopold Sonnenschein, profesor de química en Berlín y autor de uno de los más prestigiosos manuales alemanes de química legal, cometió un error se-

meiante. El 6 de mayo de 1875, en la pequeña ciudad de Bornst, ubicada en el distrito prusiano de Posen, falleció la esposa del farmacéutico Speichert, mujer joven y completamente sana. Se sospechó que el farmacéutico la había envenenado, Sonnenschein descubrió evidentes indicios de arsénico, y contribuyó a que Speichert fuese condenado a muerte, pena que le fue conmutada por la de cadena perpetua. Años después —Sonnenschein había fallecido ya—, resultó que, una vez más, el arsénico procedía de uno de los materiales usados en el experimento: el ácido sulfhídrico. En el caso del ácido sulfhídrico, los científicos habían creído siempre que éste y el ácido arsénico se repelían mutuamente. Sin embargo, en 1879, el químico alemán Robert Otto demostró que el ácido sulfhídrico podía muy bien contener arsénico, y en 1886, O. Jacobson descubrió la forma de limpiar por completo de tales impurezas el ácido sulfhídrico.

Las nubes de la incertidumbre, que durante tantos años ensombrecieron el mundo de los alcaoides, surgían continuamente en el horizonte de los venenos metálicos. Volvieron a actualizarse problemas que Orfila intentó solucionar en su tiempo. ¿Había arsénico natural en el cuerpo humano? Si no era así, ¿no podía admitirse que el hombre asimilara cada día cierta cantidad de arsénico por mil distintas fuentes, y que este arsénico se introdujera en los órganos y condujera a falsas conclusiones en la investigación de posibles envenenamientos?

En 1898, Edvard Schiff, especialista en enfermedades cutáneas, observó que muchas veces había arsénico en el pelo humano. Recomendó que en los casos de envenenamiento no se prescindiera jamás de un examen de los cabellos.

A fines de siglo, en la ciudad de Manchester, resultaron intoxicadas por arsénico unas 6000 personas. Una comisión real británica comprobó que en las cervecías se utilizaba glucosa con cierto contenido de arsénico. La comisión descubrió otros muchos alimentos en los que había arsénico: polvos para rebozar, malta, vinagre, mermelada, pan, dulces, etc., teñidos con colorantes que contenían arsénico. También apareció arsénico en determinadas capas de pintura y papeles pintados de verde. Al parecer estos papeles producían síntomas de envenenamiento con arsénico en los inquilinos de las casas. La comisión vio confirmada la idea de que incluso en los cabellos se acumulaban pequeñas dosis de arsénico. El arsénico aparecía en el pelo

poco tiempo después de iniciarse el proceso de envenenamiento (se hablaba de unas tres semanas). Al principio se podía localizar muy pegado al cuero cabelludo. Pero después, al crecer 1 centímetro y medio aproximadamente cada mes, los cabellos llevaban el arsénico más hacia afuera. Cuanto más lejos del cuero cabelludo se hallaba el arsénico capilar, más tiempo hacía que la persona en cuestión se hallaba sometida a la acción del veneno. Si el arsénico aparecía sólo en un sector del pelo relativamente alejado del cuero cabelludo, ello indicaba que la asmilación del veneno había sido transitoria. Si se observaban en una cabellera varios sectores con arsénico, ello indicaba un largo envenenamiento, interrumpido varias veces.

Seguía siendo fundamental la cuestión de la existencia de arsénico en la tierra de los cementerios. En el transcurso de los años se había impuesto la opinión de Orfila, según la cual el arsénico existía en forma de calcio arsenioso, pero que no se disolvía a causa de la lluvia o de «cualquier otra forma de humedad de la tierra». En consecuencia, no parecía posible que dicho arsénico penetrara en los cadáveres enterrados, ni tampoco entre las maderas de los ataúdes. Sólo cuando los restos humanos entraban en contacto con la tierra, podía darse el caso de que el arsénico de la misma penetrara en el cadáver, y que no siempre se pudiese hablar de envenenamiento al aparecer dicho veneno en el análisis toxicológico.

En cualquier caso, para evitar errores, en todas las exhumaciones se solían tomar también pruebas de la tierra que rodeaba el cadáver, extraídas de las partes superior, inferior, derecha e izquierda del ataúd. También se recogía tierra de otros lugares, más o menos alejados de la tumba donde se hallaba el cadáver que se había de analizar. Si el test de Marsh demostraba que en la tierra —principalmente en la que pertenecía a la parte superior del sarcófago— había más arsénico que en el cuerpo, entonces era perfectamente admisible una infiltración de arsénico exterior en los tejidos y órganos del cadáver. Por el contrario, si la tierra del cementerio no contenía arsénico, o contenía una cantidad muy pequeña, mientras que el cadáver presentaba una dosis mayor, parecía bastante seguro que la muerte se había producido por envenenamiento, y que el arsénico de la tierra podía proceder del cadáver.

¿Qué significaban, no obstante, los conceptos «mucho» y

«pocos»? ¿No podían ser engañosos los cálculos de los toxicólogos? ¿No dependían de la buena vista y de la sensibilidad de los químicos?

En un mundo en el que parecía existir tal cantidad de arsénico, se imponía cada vez más la exigencia de una exactitud mayor en la localización del veneno. Era preciso dar con un método que permitiera —incluso en fracciones de miligramo— determinar cuánto arsénico podía penetrar en un cuerpo humano, sin que la dosis causara la muerte; cuánto arsénico existía realmente en la tierra, en un cuerpo humano o en los cabellos del mismo; cuánto arsénico quedaba en un cadáver, después de eliminar grandes cantidades del mismo en los ataques y vómitos que precedieron la muerte. Una vez resuelto el problema del «qué», había que resolver urgentemente el del «cuándo».

Ésta era la situación cuando el inspector jefe Ward detuvo a Frederick Henry Seddon ante su casa de Tollington Park 63. La mujer, cuya muerte se atribuía a Seddon, se llamaba Eliza Barrow; era una persona corpulenta y de cortos alcances, que contaba cuarenta y ocho años. Una herencia y su avaricia le permitieron hacerse con una pequeña fortuna, consistente en inmuebles, valores, dinero líquido y joyas. Hasta el mes de julio de 1910, vivió con un sobrino de siete años, Ernest Grant, en casa de su primo Venderahe, no lejos de Tollington Park. Su principal ocupación consistía en defender su fortuna y acusar constantemente a los Vonderahe de esperar heredarla. La tensión existente había degenerado más de una vez en terribles altercados. Al llegar el verano de aquel mismo año, Eliza Barrow oyó decir que Frederick Seddon alquilaba el segundo piso de su casa por doce chelines semanales. El 25 de julio, la mujer abandonó a los Vonderahe y se estableció en casa de Seddon con su sobrino.

Si Frederick Seddon, hombrecillo de mirada fría, casi calvo y cuarentón, poseía algún rasgo característico, era precisamente su enfermiza ansia de dinero. Llevaba veinte años trabajando como inspector de distrito de la London & Manchester Industrial Insurance Company, y había conseguido vivir en una casa propia y tener unos ingresos de 400 libras anuales. Estaba casado y tenía cinco hijos. Pero su familia le importaba muy poco. Sólo tenía una pasión: aumentar su fortuna.

En este aspecto existía una evidente afinidad espiritual entre

él y Eliza Barrow. Sea como fuere, el ansia de obtener riquezas dio origen a una extraña relación entre los dos personajes. El 14 de octubre, Eliza Barrow cedía a Seddon sus valores «de la India», que alcanzaban las 1600 libras, a cambio de una renta semanal vitalicia. La Barrow pensaba que semejante renta le daría más seguridad económica que los papeles. El 9 de junio del año siguiente, Seddon logró hacerse con la renta de un inmueble perteneciente a Eliza Barrow. Como compensación, ésta aumentó la renta vitalicia en 3 libras semanales. En verano de 1911, cuando el Birkbeck-Bank, donde Eliza Barrow tenía su dinero, se encontró en dificultades, la avariciosa mujer liquidó su cuenta, que ascendía a unas 400 libras, y guardó el dinero en su habitación, junto con las joyas. Así, en ese momento, toda su fortuna se hallaba ya en manos de Seddon o en la casa. Poco después, el 26 de agosto de 1911, la hija de Seddon, Maggie, compraba en la farmacia Thorley un paquete de papel de arsénico contra las moscas. A los pocos días, Eliza Barrow enfermaba de «vómitos, dolores de vientre y diarrea». Un médico de la vecindad, el doctor Sworn, diagnosticó «diarrea epidémica» y propuso a la enferma que se trasladase a un hospital. Pero la mujer rechazó la oferta por avaricia, y prefirió que la cuidase la señora Seddon. La agonía duró doce largos días. La enferma dormía con su pequeño sobrino. La noche del 13 de septiembre, Eliza Barrow gritó tan fuerte, que le oyeron desde la planta baja. «¡Me muero!», decía. Seddon consideró innecesario llamar al médico. Estuvo esperando en el pasillo hasta que la enferma falleció. En seguida se puso a registrar la habitación. Posteriormente afirmó que sólo había encontrado 10 libras. Pero sus empleados lo habían sorprendido a la mañana siguiente contando piezas de oro. Además, se presentó a un joyero con un anillo de la difunta y le encargó que borrara el nombre de la madre de Eliza, que estaba grabado en la joya. Colocó grandes sumas en varios bancos y fue a visitar al doctor Sworn, que le firmó un certificado de defunción sin molestarse en echar una sola ojeada al cadáver. Su diagnóstico fue «diarrea epidémica». Seddon ocupó luego en que la difunta fuese enterrada rápidamente, sin avisar siquiera a los únicos parientes de la difunta, los Vonderahe. Escogió la tumba más barata que encontró y exigió (y obtuvo) una comisión de 12 chelines, que le pagó la funeraria como intermediario.

El 16 de septiembre de 1911, la tumba del cementerio de Finchley destinada a Eliza Barrow se cerraba sobre el misero ataúd. Seis días después, los Seddon salían de vacaciones hacia la costa.

Naturalmente, los Vonderahe se enteraron de la muerte de su pariente. Esperando hacerse con la herencia, Vonderahe dirigió a la casa de Tollington Park. Al encontrarla cerrada, empezó a sospechar. Diez días después, el 9 de octubre, encontró en casa a Seddon, el cual le comunicó que la herencia de Eliza Barrow ascendía a 10 libras. El Seddon, se había ocupado en el entierro y en cuidar al sobrino. Llevaba gastadas ya 11 libras, 1 chelín y 10 $\frac{1}{2}$ peniques; de modo que si Vonderahe quería hacerse cargo de la herencia, le debía aún todo lo que pasaba de 10 libras. Quedaban también algunos vestidos y muebles, cuyo valor total no pasaría de las 16 libras. Cuando Vonderahe quiso saber qué se había hecho de los inmuebles, los valores y los billetes de banco, Seddon le dijo que los inmuebles y las acciones obraban legalmente en su poder, al que habían llegado a cambio de una renta vitalicia, una renta que había sido pagada puntual y religiosamente hasta el momento en que falleció Eliza Barrow. En cuanto al dinero líquido, debía de tratarse de un cuento de hadas.

Al salir de la casa de Seddon, Vonderahe corrió inmediatamente a Scotland Yard. El inspector jefe Ward y los sargentos Cooper y Hayman recibieron la orden de encargarse del asunto. Hasta el día 10 de noviembre, se dedicaron a hacer averiguaciones, y dieron con tal cantidad de indicios sospechosos, que Bernard Spilsbury exhumó el cadáver el día 15 de noviembre, por orden del Ministerio del Interior. El famoso forense no encontró en Eliza Barrow ningún síntoma de muerte natural, y el cuerpo pasó a manos de Willcox, cuyo nombre iba aún de boca en boca, después del caso Crippen. Willcox no tuvo dificultad alguna en demostrar, con ayuda del aparato de Marsh, que el cuerpo y los cabellos de la difunta contenían una dosis mortal de arsénico. No cabía la menor duda: Eliza Barrow había muerto a causa de un envenenamiento agudo, producido por arsénico.

Cuando le encargaron este análisis, Willcox llevaba bastante tiempo ocupado con la idea de abrir un nuevo campo a la toxicología: el de determinar el peso exacto de los venenos. Des-

pues de adquirir notoriedad pública con sus nuevos métodos para la identificación de alcaloides, dados a conocer en el proceso Crippen, sintióse atraído por este nuevo campo. Y el caso Seddon le pareció apropiado para dar un paso adelante en un terreno que, por lo menos en Londres, era totalmente desconocido. Su objetivo consistía en determinar la dosis de veneno que contenía un cadáver, con una exactitud desconocida hasta entonces. Con ello, las pruebas toxicológicas tendrían un peso mucho mayor en los procesos criminales. Se trataba pues de crear un método cuantitativo para localizar el arsénico.

El 29 de noviembre, Willcox entró en la sala donde se hallaban los restos mortales de Eliza Barrow. Pesó el cadáver con la máxima exactitud posible. En su laboratorio, se dedicó a pesar los órganos extraídos previamente para el examen toxicológico. Llegó a la conclusión de que el cadáver de Eliza Barrow, inmediatamente después de la exhumación, pesaba unas 60 libras. El último peso de la mujer, en vida, era de 140 libras.

Hasta entonces había sido siempre imposible pesar el arsénico obtenido por el sistema de Marsh. Los espejos de arsénico que se formaban no podían ser determinados «cuantitativamente». Willcox creía haber descubierto un camino para determinarlos: tenía que ser posible hacer pasar por el aparato de Marsh centenares de dosis, ya pesadas, de arsénico puro. Después se podría producir un espejo de arsénico distinto para cada una de dichas dosis. Si los tubos de cristal en que se precipitaba el arsénico se fundían luego con el arsénico, podrían servir como base de comparación con los espejos de arsénico que se formaban en otros análisis toxicológicos. Si se poseían las suficientes muestras para tales comparaciones, desde 1 miligramo hasta 1/200 de miligramo de arsénico, había de ser posible determinar el peso del arsénico obtenido en un análisis, con una exactitud antes inalcanzable.

Después de arduos trabajos, Willcox logró poseer unos cien «espejos comparativos». Luego empezó a estudiar los órganos de Eliza Barrow.

El estómago dio un peso de 105 gramos. Después cortó un pedazo del tejido estomacal, que pesaba 0,525 gramos, es decir, 1/200 del peso total. Sometió dicho fragmento a la prueba de Marsh, obtuvo el correspondiente espejo de arsénico y comprobó el peso del arsénico con ayuda de los espejos compara-

tivos de su colección. Multiplicó el peso por 200 y llegó a la conclusión de que en el estómago había 7,3 miligramos de arsénico. Hizo lo mismo con los restantes órganos y comprobó que los intestinos contenían 41 miligramos; el hígado, 11,13 miligramos, etc. Las cosas se pusieron más difíciles cuando se trató de descubrir la cantidad de arsénico que podía haber en la piel, huesos y músculos. Willcox no quería ni podía llegar al extremo de destruir todo el cuerpo, preparar los fragmentos respectivos y pesarlos separadamente. Por ejemplo, sometió un pedazo de músculo de 6 gramos al análisis comparativo, y descubrió que contenía 1,30 miligramos de arsénico. Pero el peso de todo el arsénico contenido en los músculos no se podía descubrir, porque para la multiplicación faltaba un dato: el peso de la musculatura. Willcox se basó en el principio de que el peso de los músculos humanos es $\frac{2}{5}$ del peso total de la persona. Si el peso total era de 60 libras en el momento de iniciarse la investigación, había que multiplicar por 2000 el peso del arsénico contenido en los 6 gramos de musculatura. De este modo se obtendría la cantidad de arsénico contenida en los músculos, que sería de 67,2 miligramos. La prueba de los cabellos dio una proporción de 0,18 miligramos de arsénico por 100 gramos de cabellos. Sin embargo, Willcox decidió no incluir en su balance general ningún dato sobre los cabellos, huesos y piel. El cálculo definitivo, basado en todos los órganos analizados, daba un resultado de 131,57 miligramos, cantidad que bastaba para demostrar el envenenamiento. Las cantidades de arsénico no determinadas fueron para Willcox una especie de reserva, a la que podría recurrir si la defensa de Seddon buscara en su primer análisis errores e insuficiencias que a él mismo se le hubieran escapado.

Willcox previó lo que le esperaba en el juicio. Cuando Seddon y su esposa, detenida como presunta cómplice, se sentaron en el banquillo de los acusados de Old Bailey, inició una de las batallas toxicológico-forenses más violentas de toda la historia jurídica londinense. El defensor de Seddon era Edward Marshall Hall, el más combativo y experto en medicina de todos los abogados de Londres. Al hacerse cargo de la defensa de Seddon, manifestó: «Este es el caso más sombrío que he tenido que defender». Contra su costumbre, esta vez no creía en la inocencia de su cliente. Sin embargo, luchó como si estuviera defendiendo a un inocente. En el cuarto, quinto y octavo días

del proceso, Willcox se convirtió en el principal objetivo de su inteligente y eficaz estrategia. Hall se había preparado a conciencia y se hallaba al borde del agotamiento total.

Los días 7 y 8 de marzo se desmorolló el interrogatorio de Willcox. Tenía preparados dos tiros que Willcox, según propia confesión, no esperaba. El segundo de ellos estuvo a punto de acertarle mortalmente. Hall tenía la suficiente inteligencia para saber que los cálculos de Willcox no podían ser despreciados sin más ni más. Lo único que se podía hacer era buscar unos puntos flacos que hubiesen escapado al mismo Willcox. Hall empezó por repetir el testimonio del toxicólogo sobre los cálculos que lo habían llevado a determinar la cantidad de arsénico contenida en el cadáver de la víctima. Al parecer, había multiplicado los valores hallados en cada uno de los análisis. Las multiplicaciones tenían siempre un factor muy elevado: 60 en los riñones, 200 en el estómago y 2000 en la musculatura. Marshall Hall se volvió hacia Willcox, y le preguntó si las cifras eran correctas. Willcox asintió.

Marshall Hall siguió hablando; dijo que Willcox tenía que saber que el más insignificante error en el peso podía conducir a un error enorme en la multiplicación. Esto daría unos resultados absolutamente falsos.

Willcox lo admitió.

Entonces Marshall Hall dijo que se limitaría a hablar de la musculatura. Willcox había multiplicado el veneno hallado en 6 gramos de tejido muscular por 2000; porque el peso total de Eliza Barrow era de 60 libras y Willcox aplicó la regla general de que la musculatura pesa $\frac{2}{5}$ del total.

Willcox volvió a admitir lo que decía el abogado.

Éste insinuó entonces la posibilidad de que Willcox hubiera olvidado algo muy importante. El cuerpo de Eliza Barrow, en su estado normal, pesaba 140 libras. En el cadáver, dicho peso se había reducido a 60 libras por la pérdida de agua. Y precisamente los músculos contenían una cantidad de agua mucho mayor que los restantes órganos humanos.

Willcox no tuvo más remedio que seguir dando la razón al defensor.

Así, pues, continuó el abogado: Si los músculos contenían más agua, lógicamente habrían perdido también mucho más peso que los demás órganos. ¿No se desmentía totalmente la

regla de que el tejido muscular pesaba 2/5 partes del peso total? Era evidente que la multiplicación de Willcox por 2000 debía de conducir a un valor falso. «Estoy seguro —gritó Marshall Hall— de que usted no lo ha tenido en cuenta al hacer el cálculo. Ha olvidado esta pérdida de agua en los músculos...».

Willcox no tuvo más remedio que reconocer su error. Sin embargo, aquello no alteraba en modo alguno la totalidad de su trabajo, porque la reducción de las proporciones en el peso no era muy grande, ya que quedaban muchas partes del cuerpo por investigar. Sin embargo, el ataque de Marshall Hall constituyó uno de aquellos momentos en que la historia de la toxicología se veía influida por una lección inteligente y experimentada de un abogado a un toxicólogo; una de esas lecciones que daban un decisivo impulso a los esfuerzos por progresar, aunque su único objetivo era sembrar la duda entre los miembros del jurado. Estaba bien claro que Marshall Hall había conseguido este último objetivo, aunque sólo hasta cierto punto. Pero no había terminado aún. Inmediatamente cambió de tema y se puso a hablar de la dosis de arsénico descubierta por Willcox en los cabellos de Eliza Barrow. Marshall Hall había estudiado a fondo el informe de la comisión investigadora de Manchester, redactado en 1906. Todos los detalles del mismo estaban presentes en su memoria. En cambio, Willcox, en aquel preciso momento, no estaba suficientemente preparado para afrontar el ataque.

—Usted encontró 1/800 de miligramo de arsénico en la parte inferior de los cabellos, junto al cuero cabelludo...

—En efecto —contestó Willcox.

—¿Y cuánto arsénico descubrió en las puntas de los cabellos?

—Aproximadamente, una cuarta parte del anterior.

Hall expuso entonces los resultados de la comisión de Manchester. Willcox afirmaba que Eliza Barrow había muerto de envenenamiento agudo, o sea, por ingerir veneno en las dos semanas que precedieron al fallecimiento. ¿Cómo compaginar un envenenamiento agudo con los descubrimientos de la comisión de 1906, si había arsénico en las puntas de los cabellos? Si el arsénico ingerido en un envenenamiento necesitaba varias semanas para llegar a las raíces de los cabellos, y diez meses para subir a unos 15 centímetros, ¿cómo explicar que en dos semanas llegara a las puntas de los cabellos de Eliza Barrow?

Marshall Hall quiso saber si no era evidente en tal caso que Eliza Barrow ingirió arsénico un año antes de su muerte.

Desconcertado, Willcox calló unos instantes. Después, confuso y abatido, afirmó: «Más de un año...».

Posiblemente, Marshall Hall habría obtenido un triunfo espectacular, de no haber sido víctima de su propia meticulosidad y de sus esfuerzos por explicar todos los detalles al jurado. El hecho de que el defensor no acabara su interrogatorio, sino que prosiguiera acumulando pregunta sobre pregunta, dio a Willcox ocasión de reflexionar. Mientras contestaba a las preguntas de Hall, dio de pronto con la solución del misterio. El cabello de Eliza Barrow había estado sumergido en un líquido que contenía sangre del cadáver. El, Willcox, lo había lavado cuidadosamente con agua. Desde hacía unas décadas, el lavado se consideraba como un medio seguro para eliminar del cabello el arsénico procedente del interior del cuerpo, sino del exterior —de la tierra del cementerio, por ejemplo—. Willcox iba contestando a las preguntas de Hall, pero sus pensamientos estaban en otra parte. Le preocupaba un solo problema: ¿Acaso el lavado fue insuficiente? ¿Había penetrado el arsénico del líquido corporal en el cabello? ¡No había otra explicación posible!

Aprovechó la primera ocasión para introducir, en medio de sus respuestas, la siguiente observación: «Existe un factor que no he mencionado y que puede haber influido en mis resultados. El cabello podía estar más o menos impregnado por humores del cuerpo, extendidos por todo el suelo del ataúd.

Marshall Hall quedó desconcertado un momento. Después afirmó, indignado, que las palabras de Willcox eran una invención forzada y posterior a unos hechos probados por él.

Sin embargo, Willcox, al terminar el interrogatorio, corrió al hospital St. Mary. Tomó de un cadáver un mechón de pelo completamente libre de arsénico y lo introdujo en el líquido formado en el ataúd de Eliza Barrow. El día 11 de marzo, lunes, comprobó el contenido de arsénico de los cabellos en cuestión. El resultado era evidente: los cabellos habían quedado impregnados de arsénico.

Willcox tenía razón. El arsénico que impregnaba el cabello de Eliza Barrow procedía del exterior, no del cuerpo. El envenenamiento había sido agudo, y era imposible que el arsénico del interior del cuerpo llegara a las puntas de los cabellos.

El 12 de marzo, Willcox fue llamado por el fiscal al estrado de los testigos. La ofensiva de Hall fue rechazada totalmente.

La comparecencia de Seddon como testigo de su propia causa descubrió de un modo despiadado su naturaleza fría y carente de escrúpulos, sobre todo cuando se trataba de dinero. Dos días después, el jurado pronunció su veredicto: «Culpables». La mujer fue declarada inocente. El 18 de abril de 1912, Seddon murió en la horca de la cárcel de Pantownville.

Marshall Hall había sostenido su batalla con una gran brillantez, pero la había perdido. El intento de aventurarse en el campo del llamado análisis cuantitativo había soportado la prueba del fuego, gracias a Willcox. Sin embargo, el ataque de Hall ejerció sus efectos en el posterior trabajo del toxicólogo y en la evolución de la toxicología cuantitativa. Habían quedado al descubierto unas posibilidades de error que no podían olvidarse en ningún momento.

Desde los días del proceso Seddon no conoció ya un momento de reposo la esforzada lucha por descubrir métodos útiles para pesar los venenos contenidos en sustancias sospechosas. La investigación del peso en el arsénico dio origen a la determinación de los pesos en todos los venenos conocidos y en los que se iban descubriendo. Todos los métodos descubiertos hasta entonces en Química y en Química física —y los que se fueron descubriendo en los cinco años siguientes— fueron pasando, a la corta o a la larga, a la toxicología.

El primero de ellos fue la colorimetría. Se basaba en el hecho de que muchas materias orgánicas e inorgánicas formaban soluciones cromáticas o, como los alcaloides, podían ser introducidos en soluciones que producían una reacción cromática más o menos intensa. La intensidad del color aumentaba según el porcentaje de sustancia colorante. Se usaron materias conocidas para confeccionar soluciones modélicas de distinta cantidad y concentración. Después se comparaban estos tonos de color con los de soluciones cuya concentración era desconocida. Las comparaciones —efectuadas primero a simple vista y luego por medio de aparatos con oculares graduables— permitían calcular la concentración en las materias analizadas.

A la colorimetría se unió un segundo procedimiento: el análisis mensural, o titrimetría, basado con el hecho de que para provocar una reacción —por ejemplo, la formación de un pre-

cipitado— en una materia soluble, se necesitaban distintas cantidades de reactivos químicos. El momento de la reacción se hacía visible echando en la solución unas gotas de colorante: cuando se producía la reacción, cambiaba el color. Para comprobar la concentración o el contenido de una materia en una solución, se iba vertiendo cuidadosamente el reactivo químico —al final, mediante un cuentagotas—, hasta que se producía el cambio cromático. La cantidad de reactivo necesaria para producir el cambio de color era mensurable, y de dicha cantidad podía deducirse perfectamente el grado de concentración de la materia estudiada. También este método fue utilizado por la toxicología. Su utilidad se acreditó, por ejemplo, en la determinación cuantitativa del arsénico. Las dosis contenidas en los espejos de arsénico podían calcularse disolviéndolas en yoduro de potasio o en yoduro monoclorhídrico. Con ayuda de la titrimetría se obtenía un cálculo mucho más exacto que el efectuado por Willcox comparando a simple vista sus espejos-muestra con distintas cantidades de arsénico.

El análisis espectral fue aprovechado también para el estudio cuantitativo de los venenos. Tras iniciar una evolución casi revolucionaria en la determinación cualitativa de las sustancias tóxicas, desempeñó un papel no menos importante en su determinación cuantitativa. Las típicas líneas de las sustancias tóxicas en el espectro visible, ultravioleta o infrarrojo, se podían comparar por su intensidad. Esto permitía sacar deducciones sobre la concentración o la cantidad del veneno.

Hombres como Willcox conocieron aún la medición cuantitativa de venenos en el espectro, mediante aparatos fotográficos, pero no alcanzaron a ver el asombroso desarrollo iniciado a mediados de siglo. El fotómetro espectral, que tanta importancia había alcanzado ya en la medicina forense para identificar las más insignificantes partículas de monóxido de carbono, permitió también localizar pequeñas partículas de veneno. Con ayuda de aparatos electrónicos, los fotómetros registraban las líneas espectrales producidas por la sustancia analizada, trasladaban los valores cuantitativos obtenidos a unos aparatos contadores y, en pocos minutos, facilitaban el cálculo cuantitativo de numerosos metales y de muchos venenos. Los fotómetros voltaicos se basaron en el descubrimiento de que las líneas espectrales producidas por una llama se transformaban de un modo típico

cuando se rociaba la llama con soluciones acuosas de determinadas sustancias químicas. Las líneas espectrales que se formaban podían ser registradas y medidas con células fotográficas, también en el estudio de pruebas de tierras, para localizar venenos metálicos.

A mediados de siglo, y gracias a los nuevos métodos, aumentaron los conocimientos toxicológicos de problemas que aún eran insolubles para hombres como Orfila y sus sucesores. La posibilidad de medir las más insignificantes partículas de veneno llegó incluso a disipar la oscuridad existente en torno a la tan debatida cuestión del arsénico natural del cuerpo humano. Este arsénico existía realmente. Y no sólo en los huesos. Lo había también en la sangre, cerebro, corazón, pulmones, hígado, bazo y leche materna. Existía en los cabellos y en las uñas de cualquier ser humano, aunque jamás se hubiese dado un contacto con arsénico, materias o medicamentos arseniosos. Pero estas cantidades naturales eran tan pequeñas, que no podían expresarse en las unidades de peso alcanzadas por las balanzas de los tiempos de Orfila. La nueva unidad era la gamma, igual a una millonésima de gramo. Una larga serie de cálculos dieron para el cuerpo humano un contenido natural de arsénico correspondiente a una diezmillonésima parte de su peso total. En los cabellos, el contenido oscilaba entre 0,24 y 3,8 gamma por cada gramo de cabello. Estos valores aumentaban en las personas cuya profesión las ponía en contacto con arsénico, como, por ejemplo, los cultivadores de viñas —que usaban el arsénico como insecticida—, así como en personas que consumían mucho marisco, por ejemplo, langosta. En lugar de las 67-102 gamma que se eliminaban con la orina, en los cultivadores de viñas esta cantidad aumentaba hasta las 285 gamma.

La posibilidad de localizar las menores cantidades de veneno enseñó que, durante la larga lucha por la identificación del arsénico, no se cometieron errores cuando, en personas de probada salud, se descubría la existencia de una dosis de arsénico expresable en miligramos y capaz de producir, sin lugar a dudas, un envenenamiento mortal. Posteriormente, cuando ya se pudo descubrir la dosis de arsénico existentes en los cabellos de personas envenenadas o fallecidas en circunstancias sospechosas, se vio que, cuando una persona ingería una dosis excesiva de arsénico, el veneno podía encontrarse en las raíces de los ca-

bellos a los cinco días. El hecho de que, en innumerables experimentos, los animales utilizados conservaran las dosis de veneno en los pelos durante bastante tiempo, de modo que siempre se podían determinar cuantitativamente las distintas dosis localizadas en diferentes sectores capilares, llevó al descubrimiento de que el cabello constituía una especie de escala para descubrir las cantidades de veneno ingeridas. Al objeto de poder utilizar dicha escala, era preciso lavar previamente el cabello con ácido clorhídrico, alcohol y acetona. De este modo se excluía la posibilidad de que existiera arsénico procedente del exterior. El arsénico que quedaba en el cabello después del lavado resultó ser, en todos los casos, veneno procedente del cuerpo. Su determinación cuantitativa permitía deducir el tipo, duración y grado de envenenamiento.

El estudio de las tierras con ayuda de los nuevos métodos dio como resultado que el arsénico estaba mucho más extendido de lo que se creía. El cincuenta por ciento de todas las tierras contenían de 5 a 10 miligramos de arsénico por kilogramo; el 20 por ciento, pasaban de los 10 miligramos, y el 30 por ciento no llegaban a los cinco. Principalmente la tierra vegetal era muy rica en arsénico, y el contenido del mismo aumentaba con el uso de productos contra las plagas y abonos artificiales. Los abonos podían provocar incluso un aumento de arsénico en terrenos bastante alejados del campo abonado. Sin embargo, los millares de experimentos de laboratorio, efectuados para determinar la cantidad de arsénico que se disolvía con las lluvias y las aguas subterráneas, condujeron, por otra parte, a descubrir que se trataba de cantidades muy pequeñas. Miles de veces se hizo pasar agua de lluvia por tubos de ensayo llenos de tierra extraída de cementerios, y se midieron después las dosis de arsénico que contenía el agua recogida en el fondo del tubo. Los resultados obtenidos fueron restando verosimilitud a las teorías sobre la penetración de arsénico en los cadáveres; en cualquier caso, cuando se exhumaba un cadáver cuyo ataúd aparecía destruido, había que evitar que en el material por analizar hubiese tierra con arsénico.

Hacia mediados de siglo se había demostrado que el arsénico «natural», o adquirido «de un modo natural», se podía distinguir perfectamente en el cuerpo humano de las dosis capaces de producir una intoxicación. La toxicología pudo estu-

diar muchos casos de envenenamiento inmediatamente después de la muerte, y no quedaban ya problemas insolubles ni dudas importantes. Sin embargo, aun en los casos en que las sospechas de envenenamiento surgían mucho después de la muerte y se procedía a una exhumación, parecía definitivamente resuelto el problema de la infiltración de arsénico exterior en el cadáver. Estaba demostrado que las aguas no separaban de la tierra cantidades de arsénico apreciables, capaces de infiltrarse después en los tejidos humanos. También parecía probado que una gran cantidad de arsénico en un cadáver no procedía en absoluto de la tierra circundante, ya que ésta contenía sólo pequeñas dosis de arsénico. Y también se podía considerar definitivamente demostrado que el estudio de las pruebas de tierra, realizado ya mucho tiempo antes, y la determinación exacta de su contenido arsenioso, no podían conducir a errores graves. Era ya una norma el que todo arsénico llegado a los cabellos por contacto inmediato con la tierra o con un líquido, desaparecía tras el lavado de los cabellos con ácido y acetona. La experiencia había enseñado también que si después del lavado quedaba arsénico en los cabellos, éste debía proceder necesariamente del cuerpo. La cantidad del mismo indicaba el tipo y las proporciones del envenenamiento.

Tan sólo en contadas ocasiones surgía alguna manifestación de algún toxicólogo que afirmaba lo contrario. Así, por ejemplo, en una ocasión se enterró cabello libre de arsénico y se desenterró mucho tiempo después. La investigación del mismo demostró que contenía arsénico incluso después del lavado. Por otra parte, en 1933-1934, el profesor Sydney Smith, de Edimburgo, descubrió un hecho curiosísimo: El cabello, introducido en soluciones con pequeñas dosis de arsénico, parecía capaz de movilizarse y asimilar tanto arsénico, que su contenido acababa por ser superior al del líquido circundante. Pero estas experiencias contradecían los experimentos efectuados miles y miles de veces, y acabaron por ser considerados como «una confirmación de la regla».

A mediados del siglo xx, las posibilidades para la determinación cuantitativa de los venenos habían alcanzado un grado de desarrollo que la generación de un Willcox no hubiese podido ni siquiera soñar. Cada día surgían nuevas posibilidades de identificación. Las experiencias de los investigadores ató-

micos comenzaron a aprovecharse en todas las ramas de la ciencia, y empezaron a interesar también a la toxicología forense: algunos toxicólogos, principalmente en Francia, realizaron los primeros intentos para identificar venenos metálicos mediante procedimientos radiológicos. Sus experimentos afectaban, sobre todo, al arsénico capilar. El arsénico se hacía radiactivo con ayuda de neutrones; se podían medir incluso sus radiaciones, y el grado de las mismas permitía deducir cuál era la cantidad de veneno existente.

Por vasto que fuera el campo de la toxicología cuantitativa, es evidente que la evolución del estudio del arsénico podía servir como ejemplo de los éxitos obtenidos durante una serie de decenios. Sin lugar a dudas, se podía saber si una vida humana se había extinguido o no por causa de un envenenamiento con arsénico.

Sin embargo, en la primavera del año 1952 ocurrió uno de aquellos acontecimientos que, a lo largo de la Historia, situaban la toxicología a la luz deslumbrante de la opinión pública, la sometían a una prueba muy dura y la obligaban a efectuar nuevos descubrimientos. Dicho acontecimiento acaeció en Poitiers, ciudad del sur de Francia. Destruyó el sentimiento de seguridad adquirido en los años anteriores y enseñó que la ciencia tenía unos límites, más allá de los cuales quedaban aún misterios y dudas por resolver.

El personaje central del caso fue una mujer, acusada de haber envenenado con arsénico nada menos que a doce personas. Se llamaba Marie Besnard, nacida Devaillaud.

Pronto la llamó todo el mundo el caso de «La viuda negra de Loudun».

11

El 21 de julio de 1949, fecha de su detención, Marie Besnard, nacida Devaillaud, tenía cincuenta y tres años. Era una campesina rentista de la mencionada villa de Loudun. De estatura mediana, más bien baja, facciones prematuramente envejecidas bajo un maquillaje algo provinciano, ojos vivos y protegidos por los gruesos cristales redondos de las gafas, labios delgados... en fin, una persona corriente, una figura típica de provinciana,

igual a muchísimas mujeres de la provincia francesa de Vienne, provincia llena de murallas romanas, con aldeas y pequeñas ciudades, haciendas dispersas, pequeños campesinos, arrendatarios y artesanos. Todo el mundo se conocía, el dinero se guardaba aún en los calceines viejos, y el vino, la buena mesa, el amor y los chismes llenaban el tiempo libre.

Fue precisamente la chismorrea lo que puso en marcha el asunto Besnard, que tantos años había de durar. La murmuración, típica de las pequeñas ciudades, partió de la encargada de correos, Madame Pintou.

El 24 de octubre de 1947, cuando Léon Besnard, marido de Marie, falleció tras corta enfermedad, Madame Pintou contó a uno de sus «amigos», el hacendado Auguste Massip, que Léon Besnard, poco antes de morir, le había dicho que su mujer lo estaba envenenando. Según Madame Pintou, Besnard le comunicó sus sospechas cuando Marie acompañaba a los dos médicos, los doctores Gallois y Chauvenel, a la puerta de la casa, y la dejaba a ella sola con el moribundo. Auguste Massip, que vivía solo con dos hermanos débiles mentales, en la arruinada mansión de sus mayores, casi vacía y rodeada de unos míseros campos, contó a la policía de Poitiers lo que le dijo la empleada de correos. El asunto pasó a manos del juez de instrucción Pierre Roger, joven de veinticinco años. Él y los inspectores de la Sûreté Nocuquet, Chaumier y Normand, pusieron en marcha el caso Besnard, que duraría catorce años, sin un momento de pausa.

La historia tiene que reconocer, sin duda, que una parte importante de los extraños sucesos que rodearon el caso, bastaba para provocar sospechas de envenenamiento. Las primeras averiguaciones no llevaron muy lejos, porque Madame Pintou se volvió atrás y negó haber acusado de asesina a Marie Besnard. Sin embargo, otros habitantes de Loudun tenían las mismas sospechas. En mayo de 1947, en la granja de los Besnard trabajaba un prisionero alemán de veinte años llamado Dietz. Se decía que era el amante de Marie Besnard, treinta años mayor que él. Según los rumores que corrían por la ciudad, una vez Léon Besnard manifestó que ya no era el dueño de su casa, sino el criado de su criado. Hasta la llegada del joven alemán, los habitantes de Loudun se vieron inquietados por una inundación de cartas anónimas llenas de frases obscenas. Las cartas

fueron entregadas al doctor Locard, gran figura de la criminalística científica en Lyon —y del que volveremos a ocuparnos más adelante—. Locard comparó los anónimos con pruebas caligráficas de Marie Besnard, y comprobó que Marie era la autora de los mismos. Los anónimos —como en tantos casos de la historia criminal— tenían su origen en una insatisfacción sexual. Marie Besnard negó insistentemente que fuese la autora de aquellas cartas. Pero todas las pruebas estaban contra ella, sobre todo el hecho de que, al llegar el joven alemán, cesara repentinamente el envío de anónimos.

El inspector Nocuquet vio en ello un motivo de peso para un posible envenenamiento de Léon Besnard: Marie, poseída por una irreprimible pasión amorosa, había eliminado a su marido para poder vivir sin estorbos con su joven alemán. A la muerte de Léon Besnard, Marie efectuó largos viajes con el alemán en su coche Simca, y en 1948, cuando Dietz regresó a Alemania, se mantuvo en contacto con él y logró que, en 1949, fuese de nuevo a Loudun, al parecer, para encontrar, con ayuda de ella, una base para su existencia, cosa que no había conseguido en su patria.

En este punto se hallaban las averiguaciones cuando, el 16 de enero de 1949, falleció, a los ochenta y siete años, la madre de Marie Besnard, Marie-Louise Devaillaud, nacida Antigny. La anciana vivía con los Besnard desde el año 1940. El doctor Gallois, el mismo que en el caso de Léon Besnard había diagnosticado, primero, ataque de hígado, después angina de pecho y, finalmente —tras un análisis de orina—, intoxicación urínaria, trató también a Marie-Louise Devaillaud. En enero del año 1949 reinaba en Loudun una epidemia de gripe maligna. Cuando la enferma perdió la consciencia y quedó paralizada de un costado, el médico dedujo que la gripe había minado las fuerzas de la enferma hasta producirse una embolia. En cualquier caso, la muerte de la anciana fue la chispa que convirtió en un incendio la irritación latente. El inspector Nocuquet supo que la anciana había reprochado a Marie sus relaciones con el alemán y la idea de que éste regresara a la casa. Nocuquet sospechaba que Marie Besnard asesinó a su madre y a su marido para poder seguir satisfaciendo, sin estorbo alguno, sus irreprimibles instintos sexuales. Nocuquet consiguió también romper la reserva de la empleada de correos, Madame Pintou, la cual des-

cribió de un modo muy convincente las últimas horas de Léon Besnard, sus dolores de estómago, sus vómitos y el diálogo que mantuvo con ella: «¡Oh, qué me han dado!» —«¿Quién, el alemán?» —«No, Marie... íbamos a comer la sopa. Vi que en mi plato había algo líquido antes de que Marie pusiera la sopa en él. Comí y vomité en seguida». Nocquet supo también que Marie Besnard había contratado los servicios de un detective privado parisiense, un tal Loccident, hombre algo dudoso, y que éste había intentado intimidar a madame Pintou. Las dudas del inspector se dispararon totalmente.

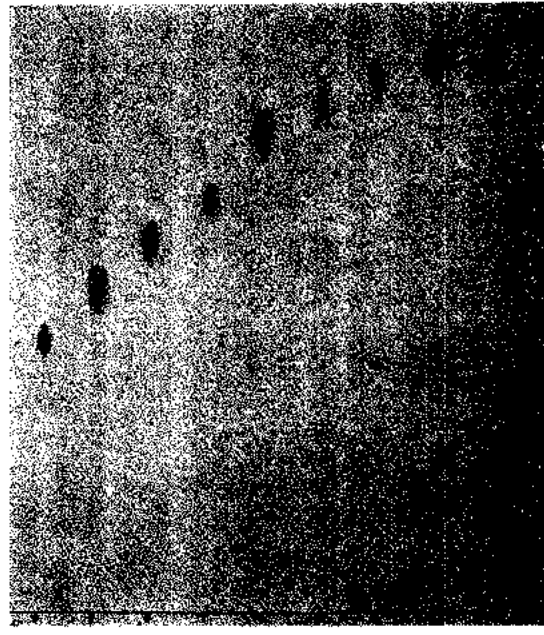
El 9 de mayo, en Poitiers, se dispuso que el cadáver de Léon Besnard fuese exhumado dos días después y sometido a un análisis toxicológico. La exhumación fue encomendada a los doctores Séta, y Guillon y al sepulturero Jean Morin; el análisis correría a cargo del doctor Georges Bérourd, director del laboratorio policopolicial de Marsella y hombre de gran prestigio en el sur y sudoeste de Francia. En 1938 había publicado el libro *Précis de criminologie et police scientifique*, que lo dio a conocer más allá de las fronteras de su país. Las partes correspondientes del cadáver —que llevaba ya más de un año y medio bajo tierra— fueron encerradas en recipientes, los cuales, sellados, se enviaron a Marsella. El doctor Bérourd expidió a Poitiers los resultados del análisis. Su informe decía que el análisis cuantitativo y cualitativo del cuerpo había dado como resultado la presencia de 39 miligramos de arsénico por kilogramo, una dosis tan grande, que podía ser considerada como prueba suficiente de un envenenamiento con arsénico. Roger ordenó en seguida la exhumación de la madre de Marie Besnard. El análisis de Bérourd dio como resultado la existencia de una enorme cantidad de veneno; nada menos que 58 miligramos por kilogramo.

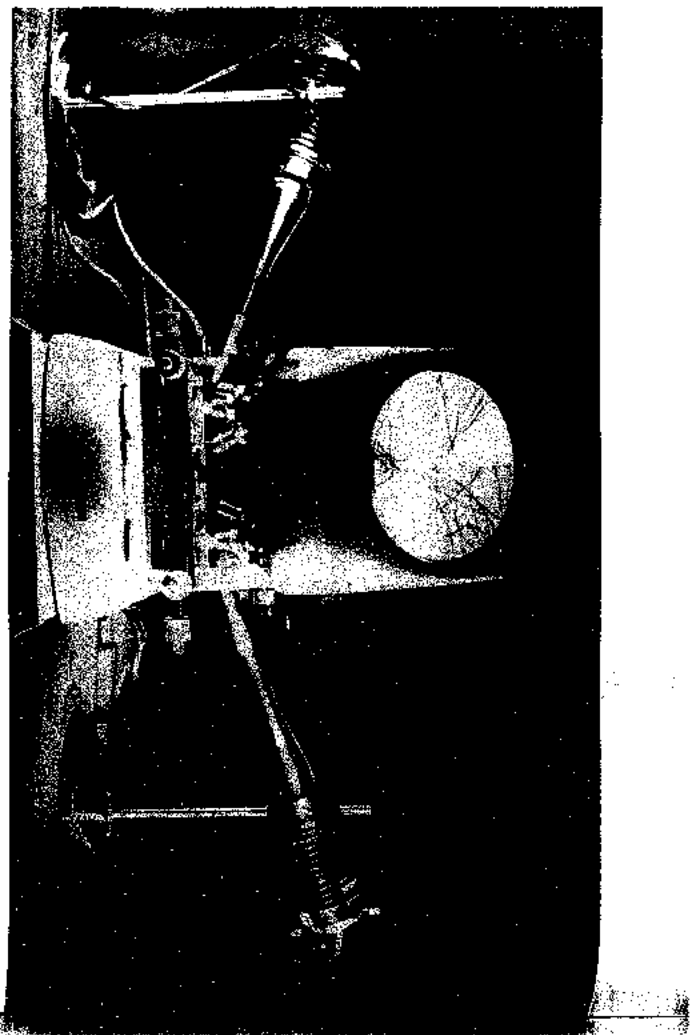
El 21 de julio de 1949, los inspectores Nocquet y Normand se presentaron en Loudun y condujeron a Poitiers a Marie Besnard y a Dietz. Llena de odio y con una curiosa originalidad, Marie Besnard describió después al joven juez de instrucción que la interrogó: «Tenía una cabeza enorme y me miraba como si tuviera un colador delante de los ojos».

El aspecto de la campesina de Loudun y su frialdad despectiva e inmovible no eran muy adecuadas para despertar las simpatías de Roger. Tras un largo interrogatorio, el juez de ins-

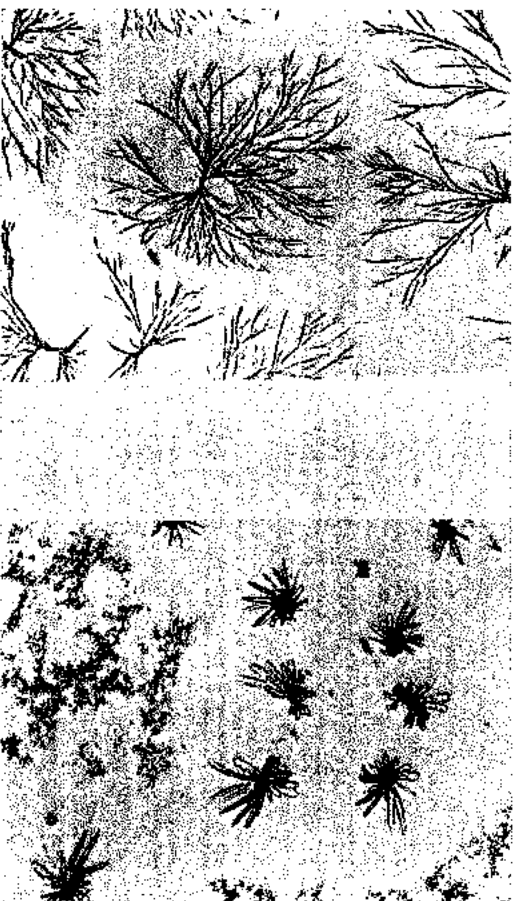


Una de las innovaciones más importantes en el campo de la toxicología, después de la segunda guerra mundial, fue la cromatografía sobre papel, para aislar e identificar venenos. El cromatograma (abajo) nos muestra (desde la parte superior a la inferior) la presencia de los somníferos luminal, veronal, dial, soneril, prominal y de otros cinco preparados que contienen barbitúricos.





Otro importante procedimiento toxicológico es la identificación de venenos mediante los cristales típicos que suelen formar. Los laboratorios reunieron colecciones de tales formaciones cristalográficas típicas, a fin de comparárlas después con las formadas por venenos desconocidos. Microscopio comparativo con pantalla (*arriba*), para facilitar y acelerar el proceso de comparación e identificación. Las fotografías inferiores muestran formas cristallinas de los somníferos nembutal (*izquierda*) y fanodormino (*derecha*).



trucción ordenó que la mujer pasara a la cárcel Pierre-Leyé, mientras se instruía el proceso. Dietz fue sometido a un minucioso interrogatorio. El alemán se mantuvo firme y negó que tuviera relaciones amorosas con Marie Besnard. Roger lo dejó libre provisionalmente. Lo que hizo Dietz al verse en la calle era bastante comprensible, pero muy poco apropiado para disipar las sospechas de asesinato que pesaban sobre Marie Besnard. No esperó a que llegaran de París sus documentos personales, aún en trámite después de su regreso a Francia, y cruzó la frontera sin que jamás volviera a saberse nada de él.

Las averiguaciones efectuadas por Roger contra viento y marea, dieron unos resultados inesperados e insólitos: se habían dado una serie de muertes sospechosas en la familia Besnard y entre los vecinos y amigos de la misma. Las investigaciones se fueron remontando a fechas cada vez más distantes, hasta el año 1927. Poco después de la primera guerra mundial, Marie Besnard, que contaba entonces veintitres años (era hija del granjero Pierre Eugène Devaillaud, de Saint-Pierre-de-Maille), casó con su primo Auguste Antigny, trabajador agrícola. Ambos se instalaron en el Château-des-Martins, en calidad de mayor-domo y ama de llaves, respectivamente. Auguste Antigny murió en 1929 de tuberculosis —éste fue el diagnóstico de los médicos—, pero el cadáver fue exhumado, y Bérout, a pesar de los veintidós años transcurridos, descubrió en los restos 60 miligramos de arsénico por kilogramo.

En 1929, Marie Besnard casó con Léon Besnard y empezó su ascenso en la escala social. Besnard poseía una casa en Loudun, una cordelería y una propiedad rural. Marie no le dio hijos, pero se reveló como una perfecta administradora, capaz de aumentar la hacienda de su esposo con eficacia y cálculo. Besnard estaba enemistado con sus padres, que vivían en una casa muy cercana. Su resentimiento se debía a que éstos habían preferido siempre a su hermana Lucie. La hostilidad se extendía a otros miembros de la familia. Pero Marie Besnard superó todos estos conflictos y consiguió que la tía-abuela de su marido la nombra heredera de sus bienes, junto con su cuñada Lucie. Poco después, el 22 de agosto de 1938, falleció Louise Lecomte. Tenía más de ochenta años y nadie habló de un posible envenenamiento. Sin embargo, el análisis toxicológico efectuado por Bérout sobre sus restos mortales exhumados, demostró que exis-

tían 35 miligramos de arsénico por kilogramo. Además, se sabía que Marie Besnard había permanecido junto al lecho de muerte y había enviado con frecuencia vino a Louise Lecomte.

Dos años después, el 2 de septiembre de 1940, murió la abuela de Léon Besnard, la viuda Gouin. Era la única pariente que, según Léon, lo había tratado bien. En su testamento lo nombraba heredero universal. Marie Besnard y su marido habían visitado a la anciana dama poco antes de su muerte. Tampoco existía un dictamen médico sobre la causa del fallecimiento. Sin embargo, el 23 de agosto fue exhumado el cadáver. Que daban tan sólo unos restos de huesos y tejidos, con tan mínimas cantidades de arsénico, que no justificaban la acusación de asesinato.

Tanto más sospechosos fueron los datos obtenidos en el análisis del padre de Marie Besnard, Pierre Devaillaud, fallecido el 15 de mayo de 1940. El diagnóstico emitido inmediatamente después de la muerte referíase a un ataque de apoplejía. Marie Besnard no había estado en casa de su padre en la época de la enfermedad, el análisis demostró la existencia de 30 miligramos de arsénico por kilogramo. Marie Besnard había heredado la granja de su padre, y su madre pasó a vivir con los Besnard en Loudun.

El 19 de noviembre de 1940 murió otro pariente, el suegro de Marie, Marcellin Besnard, a quien ella visitó repetidas veces, a pesar de la enemistad existente entre el viejo y su marido. Tampoco esta vez estuvo presente Marie en la habitación del moribundo. El viejo llevaba algunos años aquejado de parálisis progresiva, y el doctor Delaroch, médico de la familia, diagnosticó debilidad senil y ataque de apoplejía. Bérout halló en el cadáver exhumado una proporción de 38 miligramos de arsénico por kilogramo. La muerte del viejo proporcionó a los Besnard una herencia de 227 734 francos.

Pocas semanas después, el 16 de enero de 1941, falleció la suegra de Marie, Marie-Louise Besnard, a los sesenta y seis años, tras una enfermedad de sólo nueve días: el doctor Delaroch diagnosticó congestión pulmonar. Marie Besnard cuidó a su suegra hasta el último momento. La mitad de la herencia pasó a manos de Lucie Besnard, y la otra mitad, a los Besnard: 262 325 francos. Roger, que veía en cada una de las muertes un envenenamiento, mandó exhumar también el cadáver de Marie-

Louise Besnard. El resultado del análisis de Bérout fue: 60 miligramos de arsénico por kilogramo.

La siguiente muerte acaeció también a las pocas semanas: el 27 de marzo de 1941, Lucie Besnard, la hermana de Léon, que contaba cuarenta y cinco años, apareció ahorcada en su casa paterna. Nadie se preocupó de investigar si en el supuesto suicidio había algún misterio. Lucie era una católica muy devota. Por otra parte, había soportado con muchas dificultades la soledad, después de perder a sus padres. Bérout descubrió también arsénico en una proporción de 30 miligramos por kilogramo. El suicidio parecía aun más misterioso que en 1941. Roger empezó a sospechar que tal vez Léon Besnard fuese cómplice de su mujer en el envenenamiento de los padres, y que quizá colgó después el cadáver de su hermana para simular un suicidio. Posteriormente, Besnard fue víctima de los criminales instintos de su mujer. En este último caso, los móviles habían cambiado: la asesina por dinero se convirtió en asesina por amor.

La lista de los casos sospechosos parecía interminable. El 14 de julio de 1939, un vecino de los Besnard, el pastelero Toussaint Rivet, de sesenta y cinco años, falleció de una supuesta «tisis galopante». Su mujer, Blanche Rivet, pidió ayuda a los Besnard para la administración de sus pequeñas propiedades. Finalmente, fue a vivir a casa de los Besnard y les cedió su propia casa a cambio de una pequeña renta vitalicia. Blanche Rivet murió el 27 de diciembre de 1941. La causa fue también una «tuberculosis». Marie Besnard había cuidado a la enferma. Los restos de los dos Rivet fueron llevados también a Marsella y analizados; resultado: 18 gramos de arsénico por kilogramo en ambos casos.

Pero la serie de extrañas muertes no acababa aquí. En mayo de 1941, dos primas ancianas de Léon Besnard, Pauline y Virginie Lalleron, buscaron refugio en el domicilio de su pariente. La ocupación alemana las obligó a huir de su propiedad, situada en el pueblo de Les Trois Moutiers. Pauline llevaba su fortuna líquida en un cinturón; murió el 1 de julio de 1941. (Diagnóstico del doctor Gallois: «Intoxicación de la orina a causa de la edad.») La hermana superviviente nombró heredera de toda la fortuna a Marie Besnard, y falleció una semana después que Pauline: el 9 de julio de 1941.

Los análisis toxicológicos de Bérout se habían convertido ya

en una especie de rutina. Esta vez el resultado fue: 48 miligramos de arsénico por kilogramo en Pauline, y 24-30 en Virginie Lallier. En ambos casos, las dosis eran suficientes para cambiar el diagnóstico formulado en el momento de la defunción y afirmar que se trataba de envenenamiento con arsénico.

Las circunstancias que hablaban en favor de la inocencia de Marie Besnard eran, por una parte, el hecho de que, aparte Madame Pintou —testigo «de oídas»—, no había otros testigos de que Marie hubiese comprado arsénico. Tampoco la había visto nadie echarlo en ningún alimento ni suministrarlo a ninguna de las supuestas víctimas. En segundo lugar, se daba la circunstancia de que en ninguno de los casos se habían observado los síntomas externos de un envenenamiento crónico o agudo. Contra el primer argumento se podía aducir que Marie Besnard no era la primera envenenadora de la historia que procedía con semejante prudencia y no dejaba testigos de sus actos. Y contra el segundo, existía el hecho innegable de que eran innumerables los casos de envenenamiento que habían quedado sin descubrir a causa de la inexperiencia o la negligencia de los médicos de cabecera.

Sin embargo, Roger no trataba de basar su acusación en simples indicios. En los dos años que duró la instrucción, utilizó todos los medios a su alcance para obligar a Marie Besnard a que confesara. Llegó a servirse de métodos que pertenecían a los recursos más clásicos y eficaces de los tiempos de Góron —recursos que nunca fueron abandonados del todo—. Introdujo una espía en la celda de Marie Besnard. Pero la desconfianza de la detenida, o su inocencia, resistieron todas las pruebas. Sin duda, gran parte de la capacidad de resistencia de Marie Besnard se debía al hecho de que su defensa corría a cargo de uno de los primeros abogados de Francia. Inmediatamente después de su detención, Marie se aseguró la ayuda de los prestigiosos abogados René Hayot y Ducluzeau. Sin embargo, su caso tuvo cada vez mayor resonancia, y los mejores abogados de París, ávidos de casos sensacionales, se interesaron por la provinciana. El propio René Hayot fue quien llevó a Poitiers a una de las estrellas de la profesión, al abogado de sesenta y cuatro años Albert Gautrat, de la Rue Marbeuf, caballero de la Legión de Honor. Gautrat estuvo un día entero conversando con la detenida.

Probablemente, antes de su visita a Marie Besnard, Gautrat estaba ya resuelto a no dejar escapar un caso tan insólito. La experiencia de muchos años le había enseñado que la acusación actuaba siempre sobre indicios predominantemente toxicológicos, y sabía que para ganar un proceso como aquél, nada era más adecuado que recurrir a unos modelos perfectamente prestigiosos y acreditados, y utilizarlos para lograr que se tambaleara la confianza en las pruebas toxicológicas. En Marsella, Gautrat recibió ya algunas informaciones sobre el trabajo de Bérond, y se creía capaz de «apear del caballo» al toxicólogo. La minuciosidad de su información se refleja en una observación que hizo a Marie Besnard cuando ésta, llena de ira, se quejó de los toxicólogos marseleses: «No hable usted mal de sus enemigos, porque sus enemigos la salvarán».

Cuando Gautrat, después de una visita a Poitiers, se encargó de la defensa de Marie Besnard, se redobló la capacidad de resistencia de la detenida, la voluntad de negar su culpa hasta el fin y defender su inocencia, es decir, demostrar que era víctima de un cúmulo casi increíble de casualidades, fatalidades, incomprendiones, mentiras y rumores.

El 20 de febrero de 1952 se inició el proceso Besnard en el Palacio de Justicia de Poitiers. Las rojas togas del presidente Vavard y los jueces le parecieron a Marie «como de sangre» —así lo manifestaría más tarde—. La acusada hizo su entrada vestida con un abrigo negro, forrado de piel, y a veces con una sonrisa fría, escuchó la lectura de los puntos de la acusación. La cosa empezó con un pequeño preludio que recordaba el proceso Lafarge. Marie Besnard fue acusada de haber embolsado unas rentas con nombre falso, en lugar de uno de sus parientes difuntos. La sentencia fue de dos años de cárcel y 50 000 francos de multa. Fue, como hemos dicho, una especie de preludio, aunque parecía preparado ex profeso para que resaltarán los aspectos sombríos del carácter de Marie. Al segundo día se inició la gran lucha. Giraud, el fiscal, llamó a su primer testigo.

Todos los espectadores avisados pudieron darse cuenta de que los testimonios directos, con excepción del de Madame Pintou, tenían poca importancia. Sin duda, la acumulación de murmuraciones y rumores daban una imagen de la acusada, en la

que se observaban los rasgos de una asesina fría y calculadora. Pero ninguna de las declaraciones tenía auténtico valor probatorio. Muchas de ellas podían incluso despertar dudas sobre la posibilidad material, puramente técnica, de que la acusada tuviera ocasión de cometer algunos de los asesinatos. Sin embargo, en el momento en que surgieron tales dudas, el acusador y el presidente del tribunal mencionaron un nombre: el doctor Georges Bérout, que había localizado e identificado el veneno. Se trataba de uno de los más famosos toxicólogos del sur de Francia. ¿Cómo pudo llegar el veneno a los cadáveres sino a través de una mano asesina? Y si alguien había suministrado el veneno a todos ellos, ¿qué otra persona podía ser, aparte Marie Besnard, la ambiciosa mujer que en todos los casos se había aprovechado de las muertes?

El 22 de febrero, un nombre corría de boca en boca: Bérout, Bérout, Bérout, hombre cuya importancia crecía aún antes de que el doctor entrara en la sala del tribunal. Al caer la noche del día 22, todas las esperanzas se concentraron en la mañana del día siguiente, fecha en la que Bérout informaría sobre sus análisis toxicológicos.

El comportamiento, algo desinteresado y negligente, de Gautrat y Hayot en los dos primeras días, despertó cierto asombro. Sólo tenía dos explicaciones. O fueron al proceso como abogados de la capital, dispuestos a mostrar su superioridad y su conciencia de sí mismos en aquel proceso provinciano, o bien no concedían importancia a todo el juego de rumores y acusaciones poco fundamentadas, y esperaban la aparición del toxicólogo para cruzar sus armas con él. Lo que irritó a los espectadores de Poitiers fue la sonrisa de suficiencia con que se presentó Gautrat el 23 de febrero. Parecía la calma que precede a las tormentas. Y, desde luego, no sólo lo parecía, sino que lo era: había pasado el último momento de calma.

Nadie sabía cómo Gautrat había conseguido hacerse con la correspondencia mantenida entre Roger y Bérout en 1949, y con ciertos papeles procedentes del laboratorio de Marsella. Lo cierto era que estaban en sus manos. La forma de usar tales documentos, y toda la marcha del proceso, demostraron que Gautrat no sólo era un gran trabajador —capaz de dominar magistralmente determinados aspectos y procesos científicos—, sino, además, un hombre que se complacía en utilizar cualquier

medio para provocar efectos sensacionales, aunque fueran fáciles. No los rehuía, sino que parecía buscarlos con una especie de delectación.

El 23 de febrero, por la mañana, Bérout cruzó la sala del tribunal en medio de una muchedumbre excitada. Era un hombre moreno, pesado, de anchos hombros y movimientos tardos. Sobre él, Marie Besnard escribió llena de rabia: «No parecía muy inteligente, pero su aspecto era en cierto modo respetable en relación con todas sus tonterías y errores». La presencia de Bérout se explicaba porque, dentro de la diferencia de nivel existente en la medicina forense de París y la de provincias, había algunas excepciones, como el gran desarrollo alcanzado en Lyon, excepciones que quizá sólo confirmaran la regla. Bérout pertenecía a una vieja generación y había trabajado siempre en el Sur. Como otros muchos colegas de su misma generación, se dedicó a otros campos de la criminalística científica y técnica, además de su trabajo toxicológico. Incluso conocía la ciencia grafológica.

Cuando hizo su aparición para exponer su extenso y minucioso trabajo, todo el mundo pudo observar su falta de brillantez. Con palabras escuetas y secas, fue trazando el cuadro de los acontecimientos ocurridos en los últimos meses, durante los cuales se había procedido a las distintas exhumaciones. Los reacios se había sometido a las sustancias que se habían de someter a análisis viajaron entre Loudun y Marsella, con centenares de restos de órganos pertenecientes a los cadáveres, los cuales llevaban más o menos tiempo enterrados. Bérout había efectuado sus análisis con el aparato de Marsh, y determinó las cantidades de veneno con el método dado a conocer por Willcox en el caso Seddon. También había usado la colorimetría. En su laboratorio se había trabajado con métodos conservadores durante treinta años. Bérout no podía dudar que —al margen de las lógicas e insignificantes oscilaciones cuantitativas— las cantidades de veneno identificadas por él en los cadáveres eran correctas. También había analizado numerosas pruebas de la tierra que rodeaba las tumbas, en busca de arsénico soluble. Pero la cantidad hallada era tan exigua, que no podía explicar en modo alguno la presencia de tan insólitas cantidades de veneno en los cadáveres. Bérout no daba la impresión de ser un hombre capaz de obrar a la ligera, sino que se limitaba a los conoci-

mientos de su especialidad. Así lo demostró realmente cuando el juez le formuló la comprometedora pregunta: «¿Puede usted asegurar que alguien suministró el veneno a las personas fallecidas?». Bérout respondió: «¡Oh, no! No me atrevería a declarar semejante cosa. Lo que yo he dicho se limita exclusivamente al hecho de que he encontrado arsénico en los cadáveres».

En este momento, Bérout no sospechaba que, poco después, sería víctima de una serie de trucos forenses, utilizados por Gautrat con diabólica maestría, como si fueran golpes de hacha destinados a derrumbar todo el edificio del análisis toxicológico. Por otra parte, Bérout no fue únicamente víctima de dichos trucos, sino de las omisiones cometidas por él o por sus colaboradores. En realidad podía considerarse un pecado el hecho de que Bérout no se sirviera de los procedimientos más recientes; pero en este aspecto se podía discutir siempre si era un pecado limitarse al campo que una persona conoce perfectamente. Más adelante, los resultados de Bérout fueron confirmados por dichos procedimientos modernísimos. El pecado del que realmente podía sentirse culpable era de otro tipo: no llevó su exactitud y su precisión prácticas hasta el más pequeño de los detalles, y descuidó por completo la comprobación y el registro burocrático, tarea que no podía olvidar ningún laboratorio de la era del trabajo en serie. Semeciente olvido, teniendo en cuenta la acumulación de análisis, había de conducir, a la corta o a la larga, a una pérdida de la perspectiva general.

Gautrat empezó por interrogar a los doctores Seta y Guillon, los médicos que habían extraído de los cadáveres las partes necesarias para el análisis y que las habían enviado, en recipientes sellados, al laboratorio de Marsella. «Estoy convencido —declaró el abogado con una desacomunada amabilidad— de que ustedes han trabajado con una meticulosidad irreprochable, y han contado todos los recipientes para registrarlos en listas antes de mandarlos a Marsella...».

«Naturalmente —contestó Seta—. Hemos trabajado con todo detenimiento». Además, añadió el médico, era una condición indispensable para que llegaran a los laboratorios los objetos de análisis indispensables.

Gautrat tomó unas listas de su mesa y las distribuyó entre los jueces, jurados y periodistas.

No sabía muy bien —declaró— cómo calificar ciertas cosas que se veía obligado a mencionar, y que tal vez no coincidieran con las condiciones expuestas por el doctor Seta. Al parecer, se trataba de algún misterio. Si los señores se molestaban en comparar las listas efectuadas por el doctor Seta en el cementerio, con las listas del doctor Bérout, comprobarían que en Marsella se habían anotado y analizado muchos más recipientes de los que se enviaron desde Loudun. Si se excluía la posibilidad de que los recipientes se hubiesen multiplicado por encanto durante el viaje, sólo quedaba una conclusión posible: en el laboratorio del doctor Bérout se habían confundido los recipientes y se habían analizado otros órganos que no pertenecían al caso Besnard. Probablemente, el doctor Bérout podría aclarar el misterio.

Bérout quedó tan sorprendido por el inesperado ataque, que no pudo articular palabra, y se limitó a mirar a su alrededor como un animal acosado.

«Cálmese, doctor —prosiguió Gautrat con una afabilidad irónica, bajo la cual escondía sus garras leoninas—; en un instinto tan grande como el suyo pueden ocurrir fácilmente cosas semejantes. Como es natural, usted recibía a diario muchos recipientes, recipientes que eran alineados en estantes, de modo que podían mezclarse con facilidad. Bastaba con que uno solo de sus asistentes tuviera un pequeño despiste. Sin embargo —y aquí la voz de Gautrat se volvió de repente seca y cortante— las listas de Loudun nos dicen que de los restos mortales de Madame Guoin, sólo se envió a Marsella tejido muscular y no partes de los intestinos. En cambio, su análisis del caso Gouin habla de grandes cantidades de arsénico descubiertas en los intestinos. Seguramente se trata de una confusión. Usted analizó, sin duda, los intestinos de algún otro cadáver.

Bérout, más desconcertado aún, se quitó las gafas y se limpió los ojos con su bufanda amarilla. Sin embargo, Gautrat no quería darle ni un segundo de respiro. «En su informe —dijo con voz aún más fuerte y amenazadora— se habla del arsénico encontrado en los cabellos de Toussaint Rivet. Y resulta que Toussaint Rivet... era calvo. He aquí un nuevo misterio. Admitamos que exista otra confusión con los cabellos de otro cadáver desconocido. Finalmente, entre sus informes existe una observación sobre uno de los ojos de la viuda Louise Lecomte. En las

listas de Loudun no se habla en absoluto de los ojos de dicha señora. Por otra parte, habría sido realmente difícil. La viuda llevaba once años bajo tierra, y aún está por descubrir el ojo humano capaz de durar tanto...».

El ataque de Gautrat no era en realidad tan importante como parecía a primera vista y en el momento de la primera sorpresa. Se había limitado a destacar ciertas inexactitudes que le llamaron la atención al comparar las listas de un modo minucioso, pero que en modo alguno podían contrarrestar los centenares de datos contenidos en el informe. Sin embargo, el ataque estaba destinado a poner en primer plano dichas inexactitudes, para que la sala tuviera la impresión de que todo el trabajo de Bérout fue realizado en un ambiente de desorden y desorganización, y de que los cadáveres analizados podían no ser los de Loudun. Gautrat sabía que a su sorprendido enemigo —que se hallaba en inferioridad de condiciones— le sería imposible destruir esa primera impresión.

En tales condiciones, prosiguió el abogado, se permitía preguntarse si el arsénico encontrado procedía realmente de los órganos analizados o de los mismos recipientes, que Bérout había puesto a disposición de los médicos de Loudun. «En otras palabras, me pregunto si los recipientes estaban en realidad limpios y totalmente libres de arsénico».

Bérout se había recuperado algo y pudo protestar, con voz excitada, pero llena de sincera convicción, contra semejantes sospechas.

—Bien, bien —preguntó Gautrat—, usted asegura que los recipientes fueron esterilizados y lavados cada vez, antes de partir para Loudun...».

—¡Naturalmente! —gritó Bérout.

—¡Ajá! —exclamó Gautrat—. Entonces tengo que decirle que esto no coincide con mis informaciones.

Gautrat llamó entonces al sepulturero Morin, el cual declaró que algunos recipientes llegaron de Marsella sucios, y que en Loudun no fueron lavados. Como es natural, se podía poner en duda que Morin fuera el testigo más adecuado en este caso; no dejaba de ser extraño que Gautrat lo prefiriera al médico Séta, responsable directo de los recipientes y hombre que, como todo el mundo pudo comprobar en su primera declaración, era un modelo de minuciosidad. Pero también había de resultar

extraño el hecho de que Bérout no exigiera inmediatamente la presencia de Séta y se dejara «poner entre la espada y la pared» (como dijo después un periodista). La sala empezó a agitarse, los periodistas se adelantaron, y estallaron los fogonazos de los *flash*. Todo ello contribuyó a acrecentar el nerviosismo de Bérout.

Sin embargo, nadie mejor que el propio Gautrat conocía la poca firmeza del terreno que pisaba, y sabía que tenía que seguir atacando para que su edificio no se desmoronase. Tomó de su mesa copias de cartas y las distribuyó.

Se trataba de unos escritos muy interesantes, dirigidos por el doctor Bérout al juez de instrucción Roger. Con un ágil movimiento, tomó una de las cartas, como si se tratara de una muestra escogida al azar. Luego rogó a Bérout que le dijera si realmente él había escrito a Roger la frase siguiente: «Si mi análisis no le satisface, le ruego que me lo comunique, para que pueda efectuar los cambios necesarios...».

Todo el mundo vio claro que ya no estaba en juego la competencia de Bérout, sino su honor. El abogado lo acusaba de haber cambiado sus dictámenes de acuerdo con los deseos del juez de instrucción. La confusión de Bérout desapareció, para dar paso a una violenta indignación. Casi a gritos, preguntó cómo era posible que hubiese llegado a manos de la defensa su correspondencia con Roger. Con el rostro encendido, gritó que él no falseaba sus dictámenes científicos. Lo único que proponía al juez de instrucción eran cambios estilísticos para facilitar al tribunal la comprensión de una materia difícil. Sin embargo, la sospecha formulada por Gautrat consiguió su objetivo, fríamente previsto; ninguna aclaración posterior pudo borrar por completo la idea de que Bérout recibía órdenes del juez de instrucción. Gautrat declaró: «Me basta con una frase... aunque pienso en todas las demás». Y, sin tomarse casi tiempo para respirar, se dispuso a asestar un nuevo golpe. Preguntó a Bérout si reconocía ser el autor de la frase siguiente, dirigida también al juez de instrucción. Tal frase decía que Bérout, después de décadas de experiencia, estaba en condiciones de reconocer a simple vista los espejos de arsénico que se formaban en el aparato de Marsh, y distinguirlos de los espejos formados en el mismo aparato por otro veneno metálico, el antimonio. ¿Reconocía Bérout haber escrito la frase? ¿Sí o no?

Bérout afirmó e intentó explicarse; pero Gautrat no lo dejó hablar, y afirmó que Bérout había respondido ya afirmativamente.

En realidad, no era fácil explicar la razón que pudo inducir a Bérout a formular semejantes declaraciones. En efecto, cuando Bérout estudiaba, muchos toxicólogos habían adquirido una gran práctica en la distinción del arsénico y el antimonio. A menudo exhibían esta habilidad ante sus discípulos, pero jamás habrían confiado sólo en su vista cuando se trataba de redactar un informe que podía decidir sobre la vida o la muerte. Sin duda, Bérout actuaba con esa misma solvencia, y su frase (sacada intencionadamente del contexto) no era más que la expresión de una debilidad, que lo indujo a subrayar sus experiencias ante un juez de instrucción que, por la edad, habría podido ser su alumno. Gautrat conocía perfectamente el alcance de la frase. Por ello no dio tiempo a Bérout para explicarse y recurrir a otras citas de las cartas.

Bérout se reafirmó, pues, en lo que había escrito, pero quería añadir algo; quería explicar la frase. Pero, como un mago, Gautrat mostró de repente seis matraces en los que había espejos de arsénico y de antimonio para ser comparados. «Bien —gritó mostrando los matraces a Bérout—, díganos usted en cuáles de estos matraces hay arsénico y en cuáles antimonio».

Probablemente, la jugada de Gautrat habría fracasado ante un hombre menos provinciano y más hábil que Bérout. Cualquier científico habría rechazado, sin más, un espectáculo semejante, y habría situado la citada frase en su verdadero contexto, que, sin duda, quedaba bien claro en la carta. Mas para ello se habría necesitado una personalidad de gran agilidad mental, capaz de sobreponerse en todo momento a las sorpresas que Gautrat iba preparando con vertiginosa rapidez. En cambio, Bérout era ya un hombre desconcertado, de reacciones lentas y herido en su orgullo. Si el toxicólogo aceptaba el reto y caía en la trampa de Gautrat, reaccionando con el falso orgullo típico de su situación, estaba perdido. Posiblemente en un momento de calma y concentración, habría podido distinguir a simple vista el arsénico y el antimonio. ¿Cómo podría conseguirlo en plena tensión nerviosa y con los ojos de toda la sala fijos en él?

Con la frente perlada de sudor, Bérout contempló los ma-

traces. Luego devolvió tres a Gautrat y manifestó que contenían arsénico. Los otros tres contenían antimonio.

A Gautrat le brillaron los ojos. «Doctor Bérout —dijo con una voz que vibró en toda la sala—, voy a decirlo algo, en confianza. Ni uno solo de estos matraces contiene arsénico. Todos contienen antimonio. He aquí un certificado del laboratorio que me los ha proporcionado». Con los brazos abiertos, se dirigió a los jueces y jurados y gritó con sarcasmo: «Aquí tienen ustedes la prueba de que el doctor Bérout es un especialista en cuyos análisis se puede confiar».

Hubo un momento de silencio absoluto. Después, toda la sala estalló en atronadoras carcajadas. El doctor Bérout estaba hundido en su silla. El presidente Favart impuso silencio, y al Palacio de Justicia estaba tan excitado, que se cayó. Se produjo heridas de tanta consideración, que, en la sesión siguiente, fue sustituido por uno de sus ayudantes, el doctor Médaille. Pero, ya había concluido la disputa sobre las pruebas toxicológicas de Marsella.

Sin duda, nadie mejor que Gautrat sabía que su juego tenía muy poco que ver con la existencia o inexistencia de arsénico en los órganos analizados por Bérout. Sin duda el abogado sabía que los errores de las listas cambiaban tan poco los resultados finales como la sospecha de que algunos recipientes no fueron esterilizados o el hecho de que Bérout hubiese efectuado un experimento de los primeros tiempos de la toxicología. El éxito transitorio de Gautrat era el triunfo de un intelecto educado en los tribunales parisienses. El hecho de que no solicitara inmediatamente un veredicto, demostraba hasta qué punto era consciente de las limitaciones que tenía su golpe teatral. Accedió en seguida cuando el tribunal, algo desconcertado por la primera impresión de inseguridad, propuso nombrar nuevos especialistas y efectuar un nuevo análisis. El defensor aceptó sin vacilar, porque, por sus experiencias anteriores, sabía mucho mejor que los jueces de Poitiers las dificultades que se presentaban para este segundo análisis. En efecto, sería muy difícil obtener sustancias que permitieran un análisis irreprochable. Un fracaso del primer análisis y una decaimiento del mismo como la que Gautrat había conseguido, muy raras veces se había podido reparar en toda la historia de la toxicología. Y Gau-

trat confiaba en descubrir nuevos errores o puntos débiles que le permitieran poner en entredicho el nuevo análisis.

René Fabre, E. Kohn-Abrest, Henry Griffon y René Piédelièvre fueron los nombres de los nuevos especialistas nombrados por el tribunal de Poitiers. Ninguno de ellos trabajaba en provincias. Los cuatro figuraban entre los más prestigiosos toxicólogos y forenses que poseía París en 1952.

Ya hemos mencionado anteriormente el nombre de Piédelièvre, famoso en todo el mundo como médico forense. René Fabre, de sesenta y tres años, empezó su carrera, en 1919, como farmacéutico jefe del famoso hospital Necker. Desde 1931 era profesor de toxicología en la universidad de París, y desde 1946, decano de la Facultad de Farmacia. Kohn-Abrest, hombre enjuto, barbudo y cerca ya de la senectud, había dedicado toda su vida a la toxicología. Finalmente, Henry Griffon, el más joven, era director de la Sección de Toxicología en el laboratorio de la prefectura parisiense. Su nombre estaba unido a los primeros intentos de relacionar los descubrimientos atómicos con la identificación cualitativa y cuantitativa del arsénico. El grupo necesitó casi dos años para efectuar el trabajo encomendado, que se inició volviendo a exhumar los cadáveres de Loudun.

Piédelièvre estuvo presente en las exhumaciones. El respetable septuagenario de cabellos blancos, comendador de la Legión de Honor, permanecía erguido en la capilla central del cementerio. Cada uno de los órganos destinados al análisis era llevado a él y minuciosamente registrado. El anciano intentaba evitar el más insignificante error. Con gran asombro (y para mayor satisfacción de Gautrat), comprobó que, después de la primera exhumación, se había trabajado con un incomprensible descuido al volver a enterrar los cadáveres. La minuciosidad de Séta, que Gautrat había ensalzado y enfrentado al descuido de Bérout, parecía ahora bastante dudosa. Nadie había pensado en una segunda exhumación. Los fémures de varios cadáveres fueron colocados en una sola tumba, y era imposible saber a quién habían pertenecido. Lo mismo ocurría con los restos de los otros órganos, que, además, estaba mezclados con la tierra hasta el punto de no poderlos separar de ella totalmente. Piédelièvre sabía muy bien que a Gautrat le faltaría tiempo para recurrir al argumento de que el arsénico hallado en los cadáveres procedía de la tierra. Mando recoger y sellar pruebas de tierra

tomadas de distintos lugares y capas del cementerio; servirían para investigar la solubilidad del arsénico que contuvieran.

Piédelièvre, que había crecido en el mundo de la medicina forense, estaba acostumbrado a los aspectos macabros del mismo. Pero jamás se había encontrado con un caso tan extraordinario, con tantos cadáveres, algunos de los cuales llevaban más de diez años bajo tierra y sólo quedaban de ellos algunos restos. El análisis toxicológico de alguna de las partes del cuerpo sólo podía efectuarse en algunos cadáveres. En otros sólo se podían analizar los cabellos, en los que —según una norma básica de la toxicología— se almacenaba el arsénico, de modo que era posible determinar el tipo, grado y duración del envenenamiento.

Los restos de órganos y las pruebas de tierra pasaron al laboratorio del profesor Kohn-Abrest; el cuero cabelludo y las pruebas de cabellos fueron llevados al laboratorio de Henry Griffon. Gautrat, informado del estado del material que se iba a analizar, esperaba, confiado, la continuación del proceso. Sin embargo, poco después de iniciarse el análisis supo que los resultados, a pesar de las dificultades existentes en el trabajo, distaban mucho de ser favorables para Marie Besnard. Kohn-Abrest, que trabajaba con el aparato de Marsh y, además, con los métodos de análisis espectral, obtuvo resultados que llegaban a los 20 miligramos por kilogramo. Teniendo en cuenta la escasez de las sustancias investigadas, tales resultados podían considerarse como una confirmación de los hallazgos de Bérout. Aún más alarmantes eran las informaciones que Gautrat recibió del laboratorio de Griffon. En el cabello de Léon Besnard, Griffon había hallado una cantidad de arsénico que superaba en cuarenta veces el contenido normal.

La confianza de Gautrat se tambaleó. Como una pesadilla, le atormentaba la idea de que al reanudarse la vista, Kohn-Abrest, Fabre y Griffon pudieran confirmar, con todo el peso de su autoridad, la presencia de arsénico en «los muertos de Marie Besnard», y no le dieran la oportunidad de repetir la táctica empleada con tanto éxito contra Bérout. Supo que Griffon, en sus análisis del cabello, utilizaba métodos de la investigación nuclear; lo que no podía sospechar era que precisamente esta circunstancias le serviría para repetir el golpe de teatro que acabó con Bérout. Desde luego, nunca renunció a la esperanza de encontrar algún punto flaco en los análisis, aun-

que suponía que en ningún caso podría dejar de aceptar la existencia del arsénico. Por tanto, necesitaría una táctica distinta. La táctica más adecuada era la misma que utilizaban los abogados en los tiempos de Orfila, y que consistía, simplemente, en aceptar la presencia del arsénico en los cadáveres, pero defender la tesis de que el veneno no había sido suministrado por una mano criminal, sino que procedía de la tierra del cementerio.

En principio, esta táctica no satisfacía a Gautrat. Supo que los especialistas del tribunal estaban trabajando febrilmente para evitar cualquier ataque y quitar a la defensa todas las armas. Grifon llevaba a cabo una larga serie de filtraciones con las pruebas de tierra procedentes de Loudun. Comprobó que, en efecto, la tierra contenía arsénico. Pero se trataba de arsénico que no se disolvía en agua o se disolvía en dosis muy pequeñas. René Truhaut, profesor de Farmacia y Toxicología en París —discípulo y colaborador de Fabre—, tomó en 1952 cabellos cuyo contenido de arsénico natural estaba perfectamente establecido, y los enterró, bajo vigilancia policial, en el cementerio de Loudun, precisamente a idéntica profundidad que los «muertos de Marie Besnard». En 1953 se comprobó que los cabellos enterrados no había sufrido prácticamente alteración alguna, mientras que los cabellos de los cadáveres contenían una cantidad insólita de arsénico. Estos hechos dejaban muy pocas posibilidades de éxito a una defensa basada en la afirmación de que el arsénico de los muertos procedía de la tierra de Loudun.

Sin embargo, Gautrat no renunció a esta argumentación, y no podía renunciar a ella, porque no le quedaba otro camino. En su desconcierto, siguió el ejemplo que le habían dado muchos de los abogados anteriores a él. El mismo se dedicó al estudio de la bibliografía sobre el arsénico de la tierra. Pero, a fines de 1953 parecieron disiparse algo las nubes que se cernían amenazadoras sobre él y sobre Marie Besnard.

Gautrat encontró publicaciones de algunos científicos, cuyo campo de actividad afectaba sólo de un modo marginal a la Toxicología. No se trataba de toxicólogos, sino de biólogos o médicos interesados en la Biología. Los primeros que descubrió Gautrat fueron Henry Olivier y Lepeintre. El primero era un médico de cincuenta años, jefe de los laboratorios de la Facultad

En 1949, la campesina francesa Marie Besnard (*arriba*) fue acusada de haber asesinado a doce personas, prurientes y amigos. Fueron exhumados doce cadáveres, y en once de ellos se encontraron dosis mortales de arsénico. Cuando la acusada, después de tres procesos, fue absuelta, en 1961, por falta de pruebas, los toxicólogos tuvieron que enfrentarse una vez más con hechos tan nuevos como sorprendentes. El viejo problema de la filtración de arsénico de la tierra en los cadáveres se consideró resuelto durante mucho tiempo. Sólo en condiciones muy especiales, el arsénico era soluble en el agua y podía penetrar en los féretros. Estas condiciones indispensables no se habían dado en el caso de Marie Besnard. Sin embargo, en el segundo proceso, el profesor Paul Léon Truhaut (*abajo*) y varios especialistas llamaron la atención sobre una circunstancia que hasta entonces no se había tenido en cuenta: los microbios de la tierra podían llevar el arsénico a los cadáveres, y, además, en grandes cantidades. La incertidumbre obligó al tribunal a absolver de nuevo a Marie Besnard, y a los toxicólogos, a ocuparse de un nuevo problema.

de Medicina en París, y catedrático de Biología; el segundo, Lepeintre, era director del laboratorio para la comprobación del agua potable destinada a la capital francesa.

La casualidad puso a ambos científicos en contacto con el arsénico contenido en el agua, y los llevó a la conclusión de que en el suelo tenían que darse procesos desconocidos que permitían al arsénico disolverse en el agua en cantidades mucho mayores de lo que venían creyendo los toxicólogos. Al parecer, estos procesos no eran propiamente químicos —como pensaban los toxicólogos—, sino de naturaleza biológica, y estaban en inmediata relación con la actividad de los microbios de la tierra. Gautrat supo que existían muchísimos microbios terrestres, los cuales, teniendo en cuenta el cambio de materia, podían dividirse en dos grandes grupos: los que, como el hombre, necesitan oxígeno para subsistir —aerobios—, y los que pueden vivir sin oxígeno: anaerobios. Estos últimos adquieren la energía para sus procesos vitales en las fermentaciones, en las cuales el hidrógeno desempeña un papel decisivo.

Ollivier y Lepeintre llevaron a cabo minuciosos y vastos experimentos. Al colocar determinados gérmenes anaerobios en una tierra llena de arsénico insoluble en el agua de lluvia filtrada, resultaba que dicho arsénico se disolvía en grandes cantidades y era arrastrado por el agua. Si se ponían en la misma tierra gérmenes aerobios, el arsénico no se disolvía. En todos los lugares en que se desarrollara un proceso de descomposición o fermentación por la actividad de gérmenes anaerobios, existían condiciones favorables para la disolución del arsénico en la tierra. Y, realmente, ¿dónde puede existir más descomposición y fermentación que en un cementerio?

Gautrat encontró nuevos motivos de júbilo al seguir leyendo; supo que existían determinadas relaciones entre los anaerobios y el cabello humano, porque los anaerobios de los cementerios —no siempre, pero sí en muchos casos— obtenían el hidrógeno vital de las aleaciones azufrosas existentes en el cabello humano. Cuando se producía este complicado proceso, el arsénico, en una especie de intercambio, pasaba a impregnar por completo los cabellos y parecía que hubiera salido del interior del cuerpo a través de las raíces capilares. Este arsénico no desaparecía tampoco con el lavado. Todas las ideas propagadas por Ollivier y Lepeintre eran ajenas a la Toxicología.

El caso Christa Lehmann —la cual, en una vieja casa de Worms (*arriba*), asesinó primero a su marido y a su suegro con el veneno E 605, utilizado para proteger las plantas, y luego a una amiga— demostró que la toxicología tenía que habérselas cada día con nuevos venenos. Se trataba del primer envenenamiento con E 605. El caso fue seguido de una serie de asesinatos y suicidios, mientras los toxicólogos intentaban hallar un método de identificación del E 605. A mediados del siglo xx, la toxicología se veía obligada a trabajar al mismo ritmo que los productores de nuevos venenos.



Los dos biólogos no pretendían tampoco haber demostrado los problemas apuntados. Sin embargo, resultaba incontrovertible la posibilidad de que el arsénico se disolviera en el agua y penetrara en los cabellos de los cadáveres por la actividad de los gérmenes anaerobios. No obstante, los procesos desarrollados escapaban a toda comprobación. Podían darse en una tumba y no darse en otra, situada al lado de la anterior. Sin embargo, el nuevo fenómeno representó para Gautrat un rayo de esperanza. Finalmente, tenía un material que le serviría para sen-
 brar la duda en torno a la doctrina toxicológica oficial y a las tesis de Fabre, Kohn-Abrest y Griffon. No necesitaba más.

Gautrat se puso en contacto con Ollivier y Lepeintre. A través de ellos, conoció a otros dos médicos dedicados a problemas biológicos. Habían hecho experiencias semejantes y estaban dispuestos a efectuar nuevos experimentos y a comparecer como testigos de la defensa. Se trataba del profesor Jean Keilling, del Instituto Nacional de Agronomía, y el profesor Léon Truffert, que, pese a sus sesenta y cinco años, era un investigador tan entusiasta como insobornable en el nuevo campo. Su reputación como clínico y titular de la Legión de Honor lo convirtieron en el más importante de los nuevos aliados con que contaba Gautrat.

Parecía como si el abogado defensor tuviera una racha de suerte. Porque, poco después de las primeras conversaciones con Léon Truffert, una nueva luz brilló en el horizonte. Lo que había buscado en vano durante tanto tiempo, llegó a sus manos: una información exacta sobre los métodos utilizados por Henry Griffon para identificar el arsénico en los cabellos.

El mundo de la física atómica era para Gautrat un libro cerrado, lo mismo que para la gran mayoría de sus contemporáneos. Por ello buscó científicos atómicos para que le proporcionaran la posibilidad de descubrir errores en los experimentos de Griffon. Si existían —y así lo esperaba Gautrat—, Griffon caería en sus redes. Por fin, dio con dos consejeros: los físicos Lebreton y Derobert. Ambos le confirmaron que el método de descubrir arsénico en huesos y cabellos por medio de la radiactividad poseía, sin duda, un gran porvenir. Gautrat tuvo, además, ocasión de conocer dicho método.

En su estado normal, el arsénico no era radiactivo: no producía radiaciones de ningún tipo. Sin embargo, se hacía radia-

tivo cuando se ponía en un reactor atómico y era bombardeado con neutrones (partículas del átomo sin carga eléctrica). Los neutrones entraban en los átomos normales del arsénico y lo convertían en un elemento radiactivo, cuyas radiaciones podían medirse por medio de un contador Geiger-Müller (como todas las radiaciones atómicas). Así, pues, si se quería localizar el arsénico en el cabello humano, bastaba con poner cabellos en un reactor atómico. Si realmente existía el veneno, se volvía radiactivo y se podrían medir perfectamente las radiaciones. Para determinar la cantidad de arsénico existente, bastaba poner en el reactor una cantidad de peso conocido y comparar los resultados de las radiaciones con las del cabello. Por ejemplo, si la cantidad de arsénico conocida daba 1000 oscilaciones, y la desconocida 1500, esta última era superior en una proporción de 1500:1000, es decir, de 1 $\frac{1}{2}$:1.

La dificultad del procedimiento era el tiempo que debía durar el bombardeo de neutrones sobre la sustancia sometida a análisis en el reactor atómico. La radiación, en todo elemento radiactivo, proviene de la desintegración de los átomos. Los elementos se distinguen por el grado de velocidad con que se realiza dicha desintegración. Puede ser cuestión de minutos, de años, e incluso de siglos y milenios.

Para los profanos —entre los que se hallaba Gautrat—, lo más curioso era la unidad utilizada para medir la velocidad de la desintegración: el tiempo medio, o sea, el tiempo que tardaban en desintegrarse la mitad de los átomos de un elemento. Por ejemplo, en el arsénico radiactivo, el tiempo medio es de 26 $\frac{1}{2}$ horas. Esto significa que en 26 $\frac{1}{2}$ horas se desintegran la mitad de los átomos. De la cantidad restante se desintegra en 26 $\frac{1}{2}$ horas la mitad, y así sucesivamente, hasta la transformación completa en un elemento no radiactivo.

Si, por el contrario, queremos convertir un elemento en radiactivo y obligarlo a emitir radiaciones, hay que calcular el tiempo que necesitamos con ayuda del valor medio. De este modo sabremos lo que tardará en «cargarse» la materia en cuestión dentro del reactor atómico. En los últimos tiempos se había demostrado que un tiempo medio, es decir, 26 $\frac{1}{2}$ horas en el reactor, bastaba para que el arsénico pudiera ser medido.

Pero inmediatamente surgía un nuevo problema. El cabello humano analizado contiene, sin duda, otros elementos, que tam-

bién se vuelven radiactivos en el reactor. Sus radiaciones dificultan la medida del arsénico y pueden conducir a veces a resultados completamente falsos. El cabello contiene, por ejemplo, carbono, oxígeno e hidrógeno, además de partículas de otros elementos, como calcio, cobre, plata, potasio, magnesio o sodio. Las radiaciones de estos elementos no perturbaban la medición del arsénico, porque el tiempo medio de cada uno de ellos es muy distinto del del arsénico. El magnesio, por ejemplo, se desintegra con tanta rapidez, que en dos horas no emite ya la menor radiación. Por otra parte, el calcio tiene un tiempo medio de 164 días, y tampoco podía dificultar la medición del arsénico. En cambio, había elementos más peligrosos, cuyo tiempo medio era más próximo al del arsénico; por ejemplo, el sodio, con 18 horas, o el potasio, con 12 $\frac{1}{2}$. El peligro de confusión no estaba superado aún. Los científicos sólo habían aprendido a evitarlo perfeccionando el cálculo de los tiempos medios. Sin embargo, se efectuaban trabajos destinados a separar los elementos que podían originar confusión con el arsénico, por medio de procedimientos químicos. Al sacar las pruebas capilares del reactor atómico, eran tratadas con reactivos químicos capaces de separar el sodio, el potasio y las otras sustancias perturbadoras.

Estos principios, por interesantes y aleccionadores que fueran, sólo significaron para Gautrat una especie de preludio. Desde el momento en que supo que el análisis radiológico del arsénico presentaba dificultades y entrañaba problemas no resueltos, creció su esperanza de sorprender algún descuido en el trabajo de Griffon; algún error o conclusión precipitada. Y no tuvo que esperar mucho para ver cumplida su esperanza.

Lebreton y Derobert le hicieron notar que, sin duda alguna, Griffon había cometido una de las faltas capitales para cualquier toxicólogo. La ligereza o la ambición de que el desarrollo de los métodos radiactivos quedara unido a su nombre, gracias al caso Besnard, le impidieron esperar que estuvieran concluidas la evolución y fundamentación científica del nuevo método. El cabello de Léon Besnard no estuvo en el reactor las 26 $\frac{1}{2}$ horas que eran necesarias, sino sólo 15. En tal caso, podía suceder que el sodio provocara sus radiaciones y dificultara la medición exacta. Así se expresó Derobert. Este peligro podía no conducir a resultados necesariamente falsos, pero sin duda, existían posibilidades de error.

Gautrat tuvo nuevos motivos de júbilo. Para mayor seguridad, a fines de 1953 se dirigió a algunos físicos atómicos y franceses ingleses. Todos ellos le confirmaron lo que ya sabía.

El 15 de marzo de 1954, al reanudarse el proceso contra Marie Besnard, Gautrat se sentía más fuerte que nunca. No tenía la menor duda de que ganaría la nueva batalla.

Marie Besnard había pasado casi todo el tiempo en la cárcel de Poitiers, hasta que, en julio de 1953, fue trasladada a Burdeos, porque dicha ciudad había sido escogida como escenario de la segunda parte del proceso.

El acusador era esta vez Steck, y el presidente del tribunal, Porquery de Boisserin, hombre de aspecto duro y brutal, pero de carácter equilibrado. Ninguno de los dos tenía idea de la terrible lucha que les esperaba. Steck estaba convencido de que los nuevos análisis toxicológicos constituirían un testimonio irrefutable. Todos ellos confirmaban la presencia de dosis mortales de arsénico en doce cadáveres. Afirmaban, además, que el arsénico no podía proceder de la tierra circundante.

El interés público por Marie Besnard y su caso había aumentado extraordinariamente desde 1952, gracias a las constantes informaciones periodísticas. El 15 de marzo de 1954, Burdeos se convirtió en un lugar de cita de curiosos y periodistas procedentes de todo el mundo.

Por segunda vez, el proceso se inició con el desfile de testigos de cargo. Lo mismo que la primera vez, los testigos de la provincia de Vienne no pudieron aportar pruebas fehacientes, sino simples rumores y descripciones de la acusada. Marie Besnard era presentada como una persona antipática, avariciosa, calculadora, como un fenómeno casi patológico en el aspecto sexual. Pero aquello no bastaba para ver en ella una asesina.

Gautrat, Hayot y una atractiva abogada de Burdeos, Favreau-Colombier, se dedicaron a contradecir con más o menos intensidad a los testigos.

Sin embargo, estos pequeños interrogatorios constituyeron sólo una obertura —como en 1952— antes del acto decisivo en el que Marie Besnard —pálida y enferma por el largo encierro, pero siempre al acecho— quedó totalmente en un segundo plano y la escena pasó a ser ocupada de lleno por los especialistas de uno y otro bando.

Gautrat se guardó muy bien de atacar los conocimientos to-

xicológicos de Kohn-Abrest y Fabre. Su prestigio y la claridad de sus pruebas eran tan grandes, que la defensa no podía buscar el menor triunfo en este sentido. Lo cierto es que tampoco lo necesitaba. La espada de Gautrat, afilada con diabólico celo, estaba preparada exclusivamente para Henri Griffon, para el hombre que Marie Besnard, con el desprecio que siempre demostró hacia cuantos la acusaban, calificó de «pescado rídiculo». «Siete centímetros de piernas, y el resto de cuerpo en proporción con ellas. Era un hombre muy bajo. Tenía el desagradable aspecto del individuo pagado de sí mismo y que considera un cero a la izquierda a todos sus semejantes. Además, era demasiado joven para tener experiencia».

Probablemente la caracterización escrita por Marie Besnard no estaba muy lejos de la verdad. Por lo menos explicaba el inútil debate en el que Griffon —conocido generalmente por la minuciosidad de su trabajo— se enzarzó junto con la acusación; la vanidad, la ambición, el orgullo y la pérdida de sentido de responsabilidad en una generación joven que vivió la guerra y la ocupación alemana, podían ser las causas explicativas. Ante el presidente del último proceso contra Marie Besnard, tuvo que aceptar el hecho de que su manera de trabajar no había causado una impresión muy favorable. Después se demostró la inutilidad de todo el debate, al descubrirse que no habría sido necesario utilizar los métodos radiológicos, inseguros aún. Las investigaciones posteriores dieron como resultado el que Griffon había tomado una decisión precipitada y no había trabajado con todo el detenimiento necesario. En realidad, su afirmación de que había descubierto dosis mortales de arsénico en los cabellos analizados, habría podido formularse trabajando con los métodos conservadores utilizados por Fabre y Kohn-Abrest. Todo indicaba que su ambición y su deseo de ser el primero en trabajar con métodos atómicos fueron los defectos que lo expusieron al ataque de Gautrat. Además, quizá tenía la seguridad de que ningún abogado podría atacarlo en el difícil terreno de la física nuclear.

Sea como fuere, lo cierto es que el abogado defensor fue preparando el terreno cuidadosamente para su ataque, y pronunció una especie de lección de física atómica y de análisis radiológico del arsénico ante el tribunal y los jurados. Le favorecía el hecho de que había estudiado la materia desde la posi-

ción de un profano, y fácilmente podía hacerse entender por los profanos.

Cuando vio que era comprendido y que todos los miembros del jurado sabían lo que significaban las 15 ó 26 $\frac{1}{2}$ horas de tiempo medio, Gautrat desencadenó el ataque. Acusó a Griffon de haber trabajado a la ligera y de haber utilizado un «tiempo de bombardeo» falso. Sus resultados carecían, pues, de valor.

La sorpresa que produjo el ataque fue tan grande, que el acusador miró a Griffon con el rostro lívido. El presidente, los jueces y los miembros del jurado se inclinaron hacia delante para no perder ni una palabra.

En los primeros momentos, Griffon, a pesar de su excitación, reaccionó con la superioridad del científico que no admite la inferencia de ningún profano en su especialidad. Pero Gautrat no se dejó influir por dicha actitud. Con un seguro olfato para los defectos de su oponente, se mantuvo firme en los aspectos fundamentales de su ataque, principalmente en un detalle que cualquier profano podía comprender: ¿Cuánto tiempo había tenido Griffon los cabellos en el reactor, 15 ó 26 $\frac{1}{2}$ horas? ¿Era o no un tiempo falso? ¿Existía o no la posibilidad de error? Griffon acabó reconociendo que su método era muy nuevo y que, naturalmente, los expertos tenían opiniones diversas. Incluso podía haber diferencia de opinión sobre la aplicación de uno u otro procedimientos.

Gautrat percibió que en este momento empezaba a surgir la deseada duda entre todos los presentes. Sintió que crecía la excitación de Griffon y que amenazaba con acabar en una verdadera explosión. Así, pues, repitió: «El tiempo de radiación de 15 horas, ¿estaba bien elegido o era erróneo?».

Griffon, dominándose a duras penas, dijo que no podía hablarse de «falsedad», sino de opiniones distintas sobre lo que podía ser «verdadero» o «falso». La explosión se produjo a los pocos momentos. Probablemente, también Griffon se daba cuenta de que la desconfianza iba aumentando a su alrededor. Tal vez el clima creado fuera insoportable para un hombre que había venido a Burdeos a conquistar la gloria y a ser el experto que había demostrado la culpabilidad de Marie Besnard con procedimientos de la física nuclear. No podía soportar que los manejos de un profano hicieran fracasar sus investigaciones por una simple cuestión de detalle, capaz de impresionar al público.

Griffon empezó a golpear la mesa con los puños. «¿Pretende usted enseñarme...? —gritó—. ¿Acaso es usted especialista?».

—No —dijo Gautrat fríamente—. Pero los señores Lebreton y Derobert son especialistas.

Iba a leer a Griffon lo que ambos pensaban sobre la solvencia de sus trabajos. Blandió el informe de los dos físicos franceses y leyó su contenido. «¡Son expertos! —concluyó y prosiguió—. Aquí tiene usted ahora lo que piensan en el centro de investigación nuclear británico sobre su manera de trabajar». Y leyó el informe de los ingleses, en el que se criticaban las precipitadas conclusiones de Griffon.

Los ingleses —gritó Griffon encolerizado— no podían opinar en el campo de la física nuclear. No tenían experiencia alguna en el análisis de la radiactividad del arsénico.

—Entonces —concluyó Gautrat con una sequedad glacial— le recomiendo que vaya usted a darles lecciones.

El rostro del fiscal había perdido el poco color que le quedaba. Completamente desconcertado, asistía al inesperado espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Los expertos de la acusación habían estado trabajando dos años. Él, el fiscal, estaba convencido de que el trabajo no tendría el menor punto débil, apto para que Gautrat desplegara su endemoniada habilidad dialéctica. Y ahora, ahora tenía que contemplar, indefenso, cómo la negligencia y el poco dominio de los nervios de un solo hombre, daba ocasión a Gautrat para sembrar dudas entre el jurado, las mismas dudas que habían paralizado también la acusación en 1952.

Cuando Gautrat se deshizo de Griffon, había conseguido todo lo que se había propuesto para la primera parte de su estrategia defensiva: una vez más, había destruido la confianza en el análisis toxicológico. Sonrió con una suficiencia burlona, mirando a Marie Besnard, cuyos labios delgados se ensancharon en una sonrisa. Lo hizo con la conciencia de que el ataque principal aún no se había producido, y de que las flechas más venenosas y puntiagudas permanecían aún en su carcaj, esperando el momento de ser disparadas.

En los cadáveres había veneno, poco o mucho... si o no, ¿qué importaba? Así empezó Gautrat su gran ofensiva... Nadie había visto jamás arsénico en manos de Marie Besnard; nadie había visto a Marie Besnard suministrar arsénico a alguno de los

muertos. Los especialistas de la acusación afirmaban que el veneno sólo podía haber llegado a los órganos de los cadáveres por envenenamiento intencionado y criminal. Los toxicólogos llevaban más de un siglo ocupados en el problema de descubrir si el arsénico de la tierra era soluble en el agua y podía infiltrarse en los tejidos de los cadáveres. Durante más de cien años se negaba dicha posibilidad. Pero los toxicólogos la negaban sólo porque en todos sus estudios habían olvidado que el suelo era un elemento vivo, y que en él se desarrollaban millones de procesos desconocidos. Esto los indujo a negar también dicha posibilidad en el caso de los cadáveres de Loudun. Según ellos, durante dos años habían efectuado filtraciones de agua de lluvia en la tierra del cementerio, y habían buscado en ella rastros de arsénico disuelto. Pero habían olvidado los descubrimientos de una ciencia que empezaba a desarrollarse hasta un nivel insospechado, la ciencia de los procesos biológicos en los suelos. Probablemente él, Gautrat, era el primero que, en aquel momento histórico, recurría a dicha ciencia como testimonio de un caso criminal. Pero estaba seguro de que, en lo sucesivo, no volvería a celebrarse ningún proceso semejante sin recurrir a los descubrimientos de los hombres que él iba a nombrar. Solicitaba, pues, la presencia de los señores Ollivier, Lepeintre, Keilling y Truffert.

Todos los que leyeron después el informe sobre las sesiones siguientes, tuvieron la sensación de que un elemento nuevo —magistralmente defendido por Gautrat— se infiltraba en el campo de la toxicología, más o menos anquilosada.

Gautrat procedió con extraordinaria cautela. Sabía que Ollivier, Lepeintre o Keilling, eran hombres respetables y prestigiosos, pero también era consciente de que no tenían la aureola de gloria o de prestigio social capaces de dar «una verosimilitud absoluta» a sus tesis ante el tribunal y los jurados. Sus testimonios servirían tan sólo para preparar la aparición de Paul Léon Truffert, con toda su dignidad de miembro de la Academia y su Legión de Honor. Esta última carta sería la que podría darle el triunfo. Los testimonios de Ollivier, Lepeintre y Keilling sobre la importancia de los microbios en la disolución del arsénico constituyeron una verdadera sensación. Como todas las grandes innovaciones, ejercieron una fascinación que obligó a prestar atención a los observadores profanos y a los periodistas,

gentes que sólo con grandes esfuerzos podían seguir las argumentaciones científicas de los expertos.

«La fascinación de sus experimentos —escribió el cronista inglés Armand Steel— efectuó a todo el mundo, a cualquier persona que sintiera un interés mínimo por los misterios de la Naturaleza; y una de las razones fundamentales de tal fascinación era también el hecho de que los nuevos descubrimientos parecían poner en tela de juicio todo un siglo de investigaciones toxicológicas».

En realidad, la Toxicología se tambaleaba.

El fiscal vio que, por segunda vez, era atacado por sorpresa. Era como si, de un cielo claro y diáfano, le cayera un rayo, un rayo que no sólo le tocaba a él, sino a los especialistas, completamente desprovistos de experiencia y de argumentos que oponer a la irrupción de científicos de otro campo y a sus tesis. La acusación no tenía más salida que poner en ridículo a Ollivier, Lepeintre o Keilling, y calificar sus teorías de fantasías propias de profanos. El fiscal afirmó que Keilling llevaba «el farolillo rojo de la ciencia». Sin embargo, la aparición de Truffert redujo a la nada todos los intentos de desprestigiar a los otros tres científicos. Tales intentos se estrellaron —como había esperado Gautrat— contra la gloria, el rango y la presencia física de Truffert.

Todos los espectadores siguieron, con los nervios tensos, la tranquila, sobria y equilibrada declaración de Truffert. En resumen, el sabio vino a decir lo siguiente: En efecto, sus investigaciones lo inducían a admitir que los microbios de la tierra, especialmente en los cementerios, ejercían una influencia difícil de calcular en la disolución del arsénico y en su acceso a los tejidos humanos y a los cabellos. La actividad microbiana podía, en algunos casos, hacer que el arsénico quedara pegado al cabello humano, sin que ninguno de los lavados realizados por la toxicología pudiera eliminarlo. Más aún: algunos de sus experimentos demostraban que esta penetración podía afectar a diversas partes bien delimitadas de un solo cabello, como si se hubiese producido un envenenamiento temporal o se tratara de arsénico corporal, separado de la raíz al crecer el pelo. Esto desmentía la teoría según la cual el arsénico no corporal impregnaba siempre la totalidad del cabello, y que esta circunstancia lo distinguía del arsénico corporal. Y, por último: a causa de la actividad microbiana, era posible que el arsénico

corporal o capilar superara en una cantidad insólita el contenido de arsénico de la tierra circundante. Esto ponía en entredicho el principio de que, cuando la tierra contenía menos arsénico que el cadáver, quedaba excluida toda posibilidad de infiltración de arsénico exterior en el tejido humano.

Truffert concluyó su informe con una gran humildad: sus investigaciones estaban aún por terminar. Se trataba de los primeros pasos por un nuevo campo de investigación, y se necesitaba tiempo. Pero su conciencia lo obligaba a afirmar algo con plena seguridad: los principios fundamentales sobre la solubilidad o insolubilidad del arsénico en la tierra no eran ya seguros. La posibilidad de que las grandes cantidades de arsénico contenidas en los cadáveres de Loudun procedieran de la tierra que los rodeaba, no podía en modo alguno excluirse a la vista de los últimos descubrimientos. Naturalmente, se trataba de una simple posibilidad, escasa e incalculable, pero suficiente para ayudar a la acusada y evitar una decisión fatal para ella.

Cuando Truffert acabó su declaración, el fiscal miró a Kohn-Abrest y a Fabre, en busca de ayuda. Con los ojos, parecía conminarlos a que tomaran una actitud ante las nuevas teorías, que minaban los fundamentos de la acusación, y a que las refutaran como engendros insostenibles de una mente especulativa. Pero tanto Fabre como Kohn-Abrest estaban en el final de una larga vida que, como toxicólogos, les había enseñado a no excluir jamás la posibilidad de error, ni olvidar la incalculable diversidad de la naturaleza y sus posibilidades. Desde luego, se manifestaron extraordinariamente escépticos, pero cuando el tribunal les pidió una opinión definitiva, ambos declararon no hallarse en condiciones de «negar pura y simplemente la minuciosidad, la exactitud y la posible verosimilitud de los experimentos e investigaciones de Truffert». Kohn-Abrest manifestó que sólo había un camino: someter a detenidas pruebas científicas la nueva problemática, que indudablemente tenía un enorme alcance para la Toxicología.

El 31 de marzo de 1954, el segundo proceso de Marie Besnard llegaba al mismo punto muerto que el primero: a la duda y la inseguridad. Gautrat no desaprovechó la ocasión.

Con los brazos abiertos, gritó al jurado y al tribunal que él no tenía nada que oponer a la propuesta del profesor Kohn-Abrest, y que realmente era preciso una nueva y laboriosa bú-

queda de la verdad. ¿Pero cuánto duraría dicha búsqueda? ¿Otros dos años, o más? Las experiencias anteriores demostraban que no se podía excluir tal posibilidad. Así, pues, apelaba al sentimiento de humanidad del tribunal. Apelaba a la justicia francesa. Ninguno de los jueces, ninguno de los jurados podía asumir la responsabilidad de que Marie Besnard tuviese que seguir esperando en la cárcel hasta que la ciencia se pusiera de acuerdo sobre su culpabilidad o su inocencia. Exigía, por consiguiente, su libertad. Exigía que Marie Besnard fuese puesta en libertad hasta que su inocencia quedara demostrada definitivamente.

El tribunal deliberó durante más de una hora, para decidir, al final, que un nuevo grupo de especialistas investigara la tesis de Truffert y de los restantes testigos presentados por la defensa. Marie Besnard fue puesta en libertad bajo una fianza de 1 200 000 francos, hasta que estuvieran redactados los nuevos informes y pudiera organizarse una tercera vista de la causa.

Esta decisión fue una de las más sensacionales que jamás pronunciara un tribunal francés. El 12 de abril, Marie Besnard salió de Burdeos. Pasó una temporada en París, con la ayuda de Gautrat y Hayot, y luego regresó a Loudun —a su vieja casa, medio desvalijada—. Muy pocos la saludaron, y casi todos la evitaban, pero ella estaba dispuesta a luchar, con altivez y energía, por su propiedad. Muy pocas personas creían en su inocencia. Las opiniones que se formaban de Marie Besnard los curiosos y periodistas que, de vez en cuando visitaban Loudun, eran muy diversas. Pero casi siempre coincidían en describir a una mujer convencida de que—después de tantos años y tantas luchas—no habría ningún tribunal capaz de condenarla, por más dudas que existieran aún sobre su inocencia. Era la imagen de una asesina que debía su libertad a los errores de los fiscales, a los errores y debilidades humanas de los especialistas y a la exageración, poco escrupulosa, de dichos errores y debilidades por parte de la defensa.

Entretanto, un nuevo acusador, Guillemin, luchaba tenazmente por detener una vez más a Marie Besnard y por contrarrestar las nuevas tesis biológicas utilizadas por el defensor para paralizar el segundo proceso. Su primer objetivo fue reparar el desastre causado por Griffon. En este aspecto se apuntó el éxito de ganar para su causa al más famoso de los físicos ató-

micos franceses, Frédéric Joliot-Curie, quien se ofreció a revisar el trabajo de Griffon y a eliminar todas las dudas que quedasen sobre la presencia del veneno. El famoso científico —Premio Nobel— creó en 1948 el primer reactor nuclear francés y organizó el centro de investigación atómica de su país. En realidad, era el verdadero descubridor de la radiactividad artificial, utilizada por Griffon en su trabajo. Joliot-Curie dudó antes de aceptar. Tenía miedo de verse envuelto en un asunto rodeado de dudas y escándalo. Pero, finalmente, se puso a trabajar para comprobar, como científico, las dudas formuladas sobre el análisis radiactivo del arsénico y eliminar los posibles errores cometidos. Su trabajo duró varios años. Joliot-Curie confirmó que Griffon había cometido algunos errores, pese a los cuales, tuvo toda la razón al afirmar que existían dosis venenosas de arsénico en los materiales analizados.

En 1958, al morir Joliot-Curie, su discípulo Pierre Savel continuó trabajando. Perfeccionó los métodos y confirmó, sin lugar a dudas, que los cabellos de las cadáveres de Loudun contenían dosis mortales de arsénico. Joliot-Curie y Savel eran nombres que no ofrecían a Gautrat la menor posibilidad de ataque. La acusación podía ganar la última batalla.

Pero Guillemin sabía que el veredicto no se podía obtener ya por la simple confirmación de que existía el veneno. Si no se conseguía rebatir la tesis de que el arsénico no procedía de la tierra, la causa estaba perdida. Ésta era la carta con que jugaba Gautrat. Todo estaba perdido si se atribuía un mínimo de verosimilitud a la tesis de Gautrat y se admitía que en algún lugar, momento o circunstancia, era correcta. Después de tantos años y tanta confusión, ningún jurado estaría dispuesto a pronunciar la palabra «culpable» si quedaba en su conciencia la menor duda.

Parece inconcebible, pero durante siete años, de 1954 a 1961, se luchó por resolver el problema del arsénico en la tierra del cementerio de Loudun, su solubilidad y la acción de los microbios. El tribunal encargó los estudios y experimentos a tres especialistas de fama internacional. El profesor René Charles Truhaut, de la universidad de París, como toxicólogo; el profesor Albert Demolon y —al morir éste— el profesor Maurice Lemoigne, del Instituto Pasteur de París, hombre de más de setenta años. Demolon y Lemoigne eran microbiólogos y espe-

cialistas en la investigación de los suelos. Lemoigne, en el Instituto Pasteur, dirigía la sección dedicada al estudio de los fermentos. El cementerio de Loudun no llegó a recuperar su primitiva calma. No sólo Truhaut y Lemoigne aparecían a intervalos regulares para efectuar sus experimentos. Tampoco los testigos de Gautrat, desde Truffert hasta Ollivier, perdonaron esfuerzos para demostrar sus nuevas tesis. Los cadáveres fueron exhumados de nuevo; se enterraron cabellos y animales y se desenterraron cadáveres de personas que no tenían nada que ver con el caso Besnard ni habían muerto por envenenamiento de arsénico. Se construyó una maqueta exacta del cementerio para realizar amplios estudios sobre los movimientos subterráneos de las aguas.

Finalmente, en noviembre de 1961, se trabó la tercera y última batalla. El 17 de noviembre, Marie Besnard fue acompañada por gendarmes desde Loudun a Burdeos, e ingresó en la enfermería de la prisión. El 21 de noviembre se sentó por tercera vez en el banquillo de los acusados, envejecida, pero con la misma expresión enérgica y resuelta. Por tercera vez se dio el inevitable e inútil desfile de testigo, desde Madame Pintou hasta los inspectores Nocquet y Normand. A la nueva cita fallaron los testigos que habían muerto en el entretanto, como el hacendado Massip. Para escapar a un proceso por ofensas al general De Gaulle, Massip había emigrado a Argelia y volvió a Loudun «dentro de un atadú», como dijo la propia Marie Besnard, llena de satisfacción. Todo el espectáculo tenía tan poco sentido como los dos procesos anteriores; sin embargo, se fue desarrollando como si realmente hubiera otras cuestiones, además, de la fundamental: saber si las dosis de arsénico halladas en los cadáveres de Loudun procedían de la tierra del cementerio o si se podía excluir definitivamente tal posibilidad. Nada importaba que la acusación presentara, además del doctor Savel, a Kohn-Abrest y a Piédelièvre, para confirmar la existencia del veneno. Contra las declaraciones de ambos, Gautrat sólo pudo ofrecer otro de sus trucos. Pero su afición a la teatralidad y a las estratagemas forenses era tan grande, que no podía renunciar a ellos. Una vez más operó con la comparación de listas confeccionadas en las exhumaciones y en los trabajos de laboratorio. Esta vez comparó las notas tomadas en 1952 por el profesor Piédelièvre en Loudun, con los informes de la-

laboratorio confeccionados por Henri Griffon y Savel sobre el estudio del cabello en el caso de Léon Besnard. En sus notas, Piédelièvre se refería sólo al cuero cabelludo, y no a los cabellos; ello permitió al abogado la audaz afirmación de que jamás se enviaron a París los cabellos de Léon Besnard. También quiso aprovechar la circunstancia de que los cabellos de Léon Besnard analizados por Griffon, y después por Joliot-Curie y Savel, tenían 60 milímetros en el informe de Griffon y 75 en el de Joliot-Curie. Afirmó que no se trataba del mismo cabello. Piédelièvre tuvo que decirle que el pelo de una persona se alarga después de la muerte en un 25 por ciento, y que con el cuero cabelludo de Léon Besnard se enviaron, naturalmente, los cabellos. El adjunto del fiscal pidió a Gautrat que pusiera fin a sus macabros juegos, pero éste los utilizaba porque los seguía necesitando.

Las sesiones decisivas se desarrollaron entre los días 23 de noviembre y 1 de diciembre. Truhaut y la pesada figura del anciano Lemoigne, por la acusación; y Truffert, Ollivier, Kelling, Lepeintre y el doctor Bastisse por la defensa, entraron en escena y la dominaron completamente. Marie Besnard desapareció del todo en un segundo plano. Aunque fuera su suerte la que estuviera en juego, también lo estaba algo más importante: un problema fundamental para la Toxicología en lo que se refería a cadáveres que llevaban mucho tiempo bajo tierra.

René Charles Truhaut defendió la teoría tradicional según la cual el arsénico de la tierra no podía penetrar en los cadáveres, y mucho menos en la cantidad descubierta en los cadáveres de Loudun. Se basó en numerosos experimentos realizados en la misma localidad de Loudun. Era indudable que la tierra de aquel cementerio contenía arsénico, y también lo era que su cantidad por kilogramo de tierra resultaba insignificante al lado de las dosis que contenían los cadáveres. Truhaut declaró totalmente imposible que las grandes cantidades de arsénico de los cadáveres procedieran de las mínimas cantidades que contenía la tierra. En los cadáveres que no tenían nada que ver con el caso Besnard —enterrados también en Loudun— no había aparecido la menor señal de arsénico, pese a estar rodeados de la misma tierra. Marcellin Besnard, Louise Lecomte y Marie Louise Gouin, tres de las supuestas víctimas de Marie Besnard, yacían en la misma fosa, muy juntos. Habían permanecido en ella más de once años. Si el arsénico de la tierra hubiese penetrado

en los órganos humanos, en los tres cadáveres se habría encontrado, sin duda, una cantidad de arsénico semejante. Pero nada de eso ocurrió. Los restos mortales de Marcellin Besnard presentaban dosis insólitas de veneno; en cambio, Marie Louise Gouin apenas si tenía en sus restos mortales la menor huella de arsénico. No, no existía infiltración de arsénico exterior. Todos los experimentos lo confirmaban.

Después de Truhaut comparecieron Ollivier, Lepeintre, Keilling, Bastisse y, principalmente, Truffert. En la sala no se movía ni una mosca, cuando los científicos empezaron a describir los resultados de sus recientes experimentos. Todos ellos confirmaron que los procesos provocados por microbios y fermentos en la tierra eran difíciles de determinar, y que en ningún caso podía existir la regularidad que había buscado Truhaut. También ellos habían enterrado cabellos y analizado cadáveres que yacían muy juntos, en la misma tierra. En un caso podía existir una actividad microbiana que facilitase la disolución del arsénico; en otro caso, no. En un mismo cementerio podía existir arsénico soluble y arsénico insoluble. Basándose en recientes investigaciones americanas y en los resultados de sus experimentos de 1952-1954, Truffert demostró que no existía una relación clara entre las cantidades de arsénico existentes en la tierra y en un cadáver. Nada significaba el hecho de que la cantidad de arsénico terrestre fuera escasa y la de los cadáveres muy grande. En una solución acuosa con 0,01 miligramos de arsénico, un cabello —en condiciones microbianas favorables— asimilaba cantidades de arsénico del orden de los 50 miligramos por kilogramo, cantidad insólita de acuerdo con las experiencias anteriores. Sus últimos experimentos habían confirmado también que el cabello no sólo podía acumular arsénico del cuerpo, sino del ambiente, de modo que podían observarse distintos sectores impregnados de arsénico en un cabello, principalmente cerca de la raíz. En este fenómeno representaba tal vez un importante papel la población microbiana del cuero cabelludo. Truffert concluyó su informe con la observación de que los errores anteriores se debían a que no se había tenido en cuenta la enorme diversidad de la naturaleza. La Microbiología estaba ya en condiciones de hacer justicia a dicha diversidad, aunque seguía enfrentada con una serie de puntos oscuros y de irregularidades. El futuro se encargaría de ir poniendo las cosas en

claro. Truffert se dirigió a Truhaut y le pidió que le contestase a una pregunta.

Todo el mundo vio con claridad que la pregunta debía de ser fundamental. Truffert preguntó: ¿Acaso ha olvidado usted sacar las conclusiones pertinentes sobre un experimento que usted mismo efectuó en 1952?».

Resultó que, en 1952, Truhaut había envenenado a un perro y lo había tenido enterrado durante dos años en el cementerio de Loudun. Al ser desenterrado, Truhaut se encontró ante un enigma inexplicable: el perro no contenía la menor huella del arsénico que provocó su muerte.

«Bien —dijo Truffert—, ¿puede usted decirme qué se hizo del veneno? Usted no pudo encontrarlo en el animal ni en la tierra que lo rodeaba. ¿Cómo pudo desaparecer?».

Truhaut confesó que no lo sabía.

«Entonces —prosiguió Truffert—, todos tenemos que confesar que nos hallamos ante un mundo desconocido, cuando queremos sacar conclusiones sobre el comportamiento del arsénico en la tierra y en los cadáveres». Truffert manifestó que la Toxicología no tenía derecho a responder la pregunta de la penetración o no penetración de arsénico exterior en los cadáveres, basándose sólo en los principios vigentes. Era necesario confesar que se había llegado a un límite, y que dicho límite debía ser respetado hasta que se conociera mejor lo que había al otro lado del mismo.

Si en el segundo proceso Besnard Truffert contribuyó a que la decisión final favoreciera a la acusada, también en este caso su aparición inició la fase decisiva de la lucha. Sin embargo, las palabras más importantes salieron de la boca del biólogo presentado por la acusación, el hombre que tenía la misión de comprobar las tesis de Truffert: el profesor Lemoigne. Tras largas y minuciosas descripciones de sus experimentos en Loudun y en el Instituto Pasteur, Lemoigne pronunció la frase siguiente: En general, podemos decir que la descomposición bacteriana de restos animales o vegetales favorece la disolución del arsénico. Pero es completamente imposible decir si en una tierra se disuelve o no el veneno. Es un problema que por depender de múltiples factores, escapa a nuestros conocimientos...».

Con esta afirmación, Lemoigne confirmaba precisamente lo declarado por Truffert, Ollivier, Lepeintre, Keilling o Bastisse:

el hecho de que aún no existía una seguridad absoluta sobre la procedencia del arsénico, ni podía negarse, sin más, que procediera de la tierra. Era preciso admitir una posibilidad, aunque remota, y decidir en favor de la acusada, independientemente de lo que se pensara sobre su culpabilidad o su inocencia.

Gautrat, que había seguido con tenso interés cada una de las palabras, proclamó: «Este es el fin del caso Besnard...».

El acusador sabía que estaba sosteniendo una lucha en retirada, cuando gritó a Gautrat: «Usted tiene la curiosa cualidad de interpretar todo como mejor le conviene. Las diferentes posibilidades escapan, según acabo de oír, a los actuales conocimientos de los expertos. Y usted, en beneficio de la acusada, admite sólo una posibilidad: la de que el arsénico se disuelva. Pero, en realidad, también podría suceder que la regla fuese la insolubilidad del arsénico, es decir, la imposibilidad de que penetra en los cadáveres».

Gautrat lo interrumpió, triunfante: «Sí, pero usted no sabe cuál de las dos posibilidades es la correcta. Ni usted ni sus expertos están en condiciones de aportar ningún dato exacto que aclare el fenómeno. Usted tendría que reconocer ahora mismo que ya no puede mantener en pie la acusación».

Efectivamente, el drama, que había durado más de diez años, tocaba a su fin. El 12 de diciembre de 1961, el tribunal levantó la acusación formulada contra Marie Besnard, por falta de pruebas.

12

Las lecciones más importantes del caso Besnard fueron el reconocimiento de que la Toxicología tenía sus límites, y la pública confesión de que había unas fronteras concretas. Esta vez se trató de un caso extremo. Pero la historia necesita los casos extremos para que todo el mundo preste atención a los problemas. Probablemente las lecciones del caso Besnard llegaban en el momento justo.

En 1954, año en que se celebró el segundo proceso en Burdeos, todos los toxicólogos del mundo se vieron envueltos en una lucha que les daba muy pocos motivos para sobrevalorar su actividad o para gozar tranquilamente de su mayor o menor

fama. El caso los obligaba brutalmente a seguir adelante en la investigación.

Lo que ya se había anunciado en la historia de los alcaloides significaba un gran peligro para los toxicólogos; nos referimos a la tumultuosa evolución de la industria farmacéutica a mediados del siglo XX, a la producción cada vez más rápida y masiva de nuevos venenos y específicos venenosos sintéticos. Se corría el peligro de que semejante productividad pusiera en manos de millones de hombres nuevos venenos y nuevas posibilidades de asesinato, suicidio u homicidio por imprudencia, que escaparan a las posibilidades de la toxicología forense.

En 1863, cuando Adolf Baeyer, a la sazón profesor de Química orgánica en la academia industrial de Berlín —posteriormente pasó a Múnich, donde recibió un título nobiliario y el premio Nobel— describió el ácido barbitúrico, no podía sospechar que había creado las bases para la producción masiva de un tipo de medicamente venenosos destinados a dar muchos quebraderos de cabeza y a convertirse en una especie de pesadilla para los toxicólogos de cien años después; una pesadilla semejante a la que, en aquel entonces, producía el aislamiento de alcaloides vegetales, y la sensación de que la ciencia se hallaba indefensa ante ciertos venenos. Baeyer se sintió romántico y dio al nuevo ácido el nombre de una muchacha amiga suya: Bárbara. Cuarenta años más tarde, en 1904, Emil Fischer y Joseph Freiherr von Mehring, también alemanes, descubrieron que los derivados del ácido barbitúrico (el barbitol y el fenobarbital) podían servir como somnífero, y Mehring tuvo también un rapto de romanticismo. El hecho de encontrarse cerca de la ciudad italiana de Verona lo indujo a dar el nombre de veronal a uno de los primeros somníferos confeccionados con ácido barbitúrico. El fenobarbital pasó a la historia de la medicina con el nombre de luminal.

A los diez años de su descubrimiento, el veronal y el luminal se utilizaron ya como venenos, en dosis excesivas. Uno de sus creadores, Fischer, se había esforzado en localizar barbitúricos —nombre dado a los nuevos medicamentos— en la orina de las personas envenenadas. Pero sólo entre 1924 y 1931, la proporción de suicidios alcanzó tales proporciones, que la ciencia se vio obligada a buscar urgentemente un sistema para su identificación.

Primero se descubrieron reacciones cromáticas —como en el caso de los alcaloides—, reacciones que recibieron los nombres de sus descubridores, el italiano Parri, el holandés Zwikker, los alemanes Bodendorf y Orttel y el americano Koppanyi.

La prueba de los barbitúricos en la orina de los cadáveres venía dificultada por el hecho de que se conocía muy poco la trayectoria que seguían los somníferos en el cuerpo humano. Había una cosa segura: que sufrían transformaciones más o menos grandes con la descomposición.

Sin embargo, a finales de los años treinta no se podían prever aún las proporciones que adquiriría la producción de calmantes y somníferos quince o veinte años después. Los acontecimientos de la segunda guerra mundial y los años de posguerra, la creciente opresión ejercida sobre los seres humanos por las tensiones políticas y las dificultades económicas de la llamada *era atómica*, todo ello había de preparar el terreno para la difusión de específicos que prometían una distensión de los nervios excitados. El número de derivados de los barbitúricos y sus nombres crecieron hasta convertirse en una verdadera legión: desde el alfenal, amital, delvinal, dormina y epiván, etc., hasta el mabaral, nembutal, noctal, fanodormo, sandoptal y seconal. Sus múltiples presentaciones y formas aumentaron también por la cantidad, no menos grandes, de medicamentos en los que se combinaban los barbitúricos con otras sustancias, casi siempre tóxicas. Cuando en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania Occidental, los toxicólogos confeccionaron listas de preparados con barbitúricos y describieron la presentación externa de cada uno de ellos, los resultados fueron sorprendentes: Emil Weinig, director del Instituto de Medicina Legal en Erlangen, contó 265 preparados alemanes. En 1948, la producción anual en todo el mundo alcanzó las 300 toneladas. En un país tan pequeño como Dinamarca, con una población de 4 millones y medio de habitantes, se consumieron nueve toneladas de barbitúricos en 1957. En Inglaterra, el número de suicidios conocidos en 1954 era doce veces mayor que en 1938. En verano de 1955, el asesinato de un niño en Inglaterra levantó un poco el velo de misterio que encubría la posibilidad de que los barbitúricos se utilizaran con fines criminales.

El escenario del suceso fue Gosport, ciudad costera del sur de Inglaterra, cerca de Portsmouth, frente a la isla de Wight.

Nadie conocía su nombre fuera de Inglaterra, y también era desconocido para muchos ingleses hasta 1955.

El 22 de julio de 1955, a la 1,20 del mediodía, el doctor Bernard Johnson, que tenía un consultorio en Gosport, en unión de su colega, el doctor Buchanan, recibió una llamada telefónica. Procedía del Marine-Hospital de Haslar. El comunicante dijo llamarse John Armstrong, enfermero de profesión. Comunicó que su hijo Terence, de cinco meses, estaba gravemente enfermo, y suplicó al doctor Johnson que corriera a visitar al niño, aunque quizá fuera ya demasiado tarde. Johnson se puso en camino inmediatamente.

Para el médico, los Armstrong eran tan conocidos como para todo el mundo. Se trataba de una jovencísima pareja, que había llegado a la localidad en el mes de febrero de 1954. John Armstrong tendría veintiséis años, y Janet, su esposa, no pasaría de los diecinueve. Eran dos personas rudas, de carácter sensual, unidas tan sólo por una pasión animal. Se peleaban, se golpeaban y siempre volvían a reconciliarse. Estaban llenos de deudas. En medio de este caos, Janet había tenido tres hijos: Stephen, Pamela y, por último, Terence. Stephen murió en marzo de 1954. Era todo lo que sabía el doctor Johnson sobre la extraña familia. Lo que preocupaba al médico era el hecho de que John Armstrong hubiera llamado la noche anterior y comunicado que Terence estaba enfermo. Sin embargo, la cosa no era urgente, y a las nueve de la mañana siguiente, Buchanan, el colega de Johnson, fue a casa de los Armstrong. Encontró al niño completamente sano.

A la 1,30, el doctor Johnson era recibido por Janet Armstrong; se acercó al cochecito situado en el dormitorio y comprobó que Terence acababa de fallecer. Janet Armstrong parecía algo excitada. Pero su rostro redondo, de labios gruesos, no dejaba traslucir señales de miedo o de dolor. Johnson dijo que le describieran los síntomas de la enfermedad del niño. Tras muchas preguntas, supo que el día antes Terence y Pamela se habían encontrado mal. Entre las 4 y 5 de la tarde comieron leche con bizcochos y vomitaron poco después. A las 7, cuando John regresó del trabajo, ambos estaban perfectamente. A las 11 de la noche, Janet notó que Terence respiraba con dificultad. Tenía el cuerpo frío y era imposible despertarlo. John, cuya profesión era precisamente la de enfermero, puso un dedo en

el cuello de Terence, pero el niño no vomitó ni despertó. Hacia las 12 y media, John envolvió al niño en botellas de agua caliente. Cuando el rostro de Terence se volvió azulado, decidió llamar por teléfono al doctor Buchanan. Pero, según Janet, el doctor Buchanan estuvo muy poco amable a causa de lo intempestivo de la hora en que fue llamado y John no se atrevió a decirle que debía acudir inmediatamente. Por la mañana, Terence se había repuesto; sin embargo, hacia las 12, cuando John volvió a casa para la comida, el rostro del niño volvía a estar azulado. De nuevo respiraba con dificultad y no despertaba. El padre decidió llamar al médico sin pérdida de tiempo. Ésta era la historia, contada de un modo torpe y poco hábil por Janet Armstrong. Johnson quiso saber por qué demonios John no había corrido a la primera cabina telefónica, y había recorrido 6 millas en bicicleta para llamar al médico desde su trabajo, en Haslar. Janet se encogió de hombros. No lo sabía. Ella no sabía nada.

El doctor Johnson no podía sospechar aún nada. Tenía entre sus pacientes muchas familias como los Armstrong, gentes inconscientes, limitadas, llenas de hijos e incapaces de convertirse por la pérdida de uno de ellos. Sin embargo, al no poder determinar la causa del fallecimiento, se puso en contacto con el coroner de Gosport, el cual envió a sus asistentes Bulley y Edge, quienes se llevaron la botella de leche y la almohada en la que el niño había vomitado el día anterior. El cadáver fue trasladado al depósito. Aquella misma tarde, el doctor Harold Miller, patólogo, recibió la orden de practicar la autopsia.

Miller no descubrió nada, aparte las manchas azuladas, que permitiera deducir las causas de la muerte. Cerca de la laringe vio una piel muy arrugada y de color rojo, que le recordó la piel de torvisco. Otras pieles de baya aparecían en el estómago, enrojecido. Por razones de seguridad, puso las cortezas de baya de la boca en una solución de formalina. En un segundo recipiente dejó el contenido del estómago, con las restantes cortezas, y lo metió todo en un frigorífico. Sospechaba que el niño había consumido algún alimento envenenado. Aquella misma noche, Bulley y Edge visitaron una vez más a los Armstrong para saber si el niño había tenido frutos de torvisco al alcance de la mano. Encontraron al matrimonio Armstrong viendo la televisión, como si nada hubiera ocurrido. Por lo demás, en el

jardín había un arbusto de torvisco cargado de frutos. John Armstrong declaró que el cochecito de Terence había estado bajo el arbusto. Naturalmente, era posible que algunos de los frutos, sucios y polvorientos, llegaran a la boca del niño. En efecto, la cosa era muy posible. Y, además, la fruta del torvisco era muy venenosa.

Cuando el doctor Miller oyó la información de los dos funcionarios, creyó haber dado con la solución del problema. Sin embargo, el 23 de julio, al abrir el frigorífico, comprobó que la corteza roja había desaparecido en la solución de formalina: se había disuelto y había enrojecido la formalina. También las cortezas que contenían el estómago se habían estumado, y el color rojo del tejido gástrico era mucho más intenso. Contrariado y desconcertado, Miller envió sus dos recipientes, la botella de leche y la almohada, a un laboratorio químico que realizaba investigaciones toxicológicas para el coroner. El informe que le enviaron los científicos del laboratorio indicaba que no existía envenenamiento alguno con una sustancia conocida. Nada quedaba de las supuestas frutas venenosas. En el estómago había sólo una pequeña cantidad de almidón de maíz y de eosina, colorante rojo. Se desconocían las causas de la muerte del pequeño Terence. Sin embargo, en 1955 había aún muchas enfermedades naturales que no dejaban el menor rastro, sobre todo en los niños. Para mayor seguridad, el inspector Gates, de la policía de Gosport, visitó a los Armstrong el 28 de julio. Formuló a los esposos unas cuantas preguntas. John Armstrong le produjo una impresión desagradable. Sin embargo, ni Janet ni John hicieron manifestaciones comprometedoras.

Posiblemente, el caso se habría cerrado sin más diligencias, si Gates hubiese podido olvidar la repulsión que le produjo John Armstrong. A principios de agosto fue a Haslar. Allí pidió informes a los superiores de Armstrong, y lo que éstos le comunicaron era precisamente muy poco apropiado para disipar su desconfianza instintiva. Algunas de las observaciones formuladas sobre John Armstrong eran del tenor siguiente: «No se puede confiar en él; es sucio, poco puntual y poco reflexivo...». «Es un muchacho algo retrasado, que se muere las uñas». «Es un obstáculo, más que una ayuda, para el hospital». Lo único que lo libraba del desdicho era la escasez de enfermeros.

Gates regresó a Gosport, visitó al doctor Miller y quiso saber

si existía algún posible síntoma de muerte violenta. El doctor Miller, como patólogo de un hospital, estaba muy ocupado. Sólo el 19 de agosto, cuando Gates volvió a preguntarle lo mismo, el patólogo respondió que las supuestas cortezas de fruta podían ser cápsulas gelatinosas de algún medicamento. El tono rojo-anaranjado le recordaba las cápsulas de un somnífero llamado seconal. Él, por su parte, había echado algunas cápsulas de seconal en jugos gástricos y había comprobado que daban el mismo color rojizo observado en el estómago de Terence. Gates reprimió su indignación por la forma en que el médico había llevado la investigación, y preguntó cuáles eran los efectos del seconal.

Supo que se trataba de un somnífero muy fuerte, de efectos rápidos aunque poco duraderos.

Gates quiso saber también si los síntomas de la enfermedad de Terence podían corresponder a los causados por la ingestión de seconal.

El doctor Miller asintió. Unos pocos granos bastaban para matar a un niño. Pero, naturalmente, se trataba tan sólo de una especulación. Jamás se había hablado de ningún asesinato con barbitúricos. Gates no tuvo ya un momento de reposo. Informó a su superior, el superintendente Jones, y éste decidió pedir ayuda a Scotland Yard. Al día siguiente, L. C. Nickolls, que dirigía desde 1951 el laboratorio tecnocientífico de Scotland Yard, llamó por teléfono a Gosport. Nickolls dijo que le enviarían inmediatamente los materiales para analizar. Gates recibió la orden correspondiente, pero el inspector comprobó, atorado, que el químico de Gosport había usado generosamente los materiales. Sólo quedaban algunos restos. La almohada suelta de vómito parecía lo mejor conservado. El 23 de agosto, unas cuatro semanas después de la muerte de Terence Armstrong, Gates en persona emprendió el viaje a Londres.

Por aquellos días, Nickolls estaba escribiendo un libro que aparecía en 1956. Su título era: *The Scientific Investigation of Crime*, y contenía un importante capítulo sobre Toxicología, basado en experiencias propias. En la introducción, el autor escribía: «Las experiencias más recientes nos enseñan que las formas de envenenamiento van cambiando con las costumbres de la población y con los medicamentos». A causa de esta evolución, la Toxicología, según Nickolls, se veía inmersa en una

situación en la que ya no bastaban los procedimientos tradicionales para identificar o localizar un veneno. Nickolls se había dedicado de manera especial al estudio de los somníferos; una parte considerable del mencionado capítulo se ocupaba en la lucha contra los barbitúricos, que por entonces se encontraba en su punto culminante. En esta lucha, el procedimiento Stas-Otto demostró también su importancia y eficacia intemporal. No sólo los alcaloides, sino también los barbitúricos podían ser aislados de los órganos o los alimentos ingeridos por personas envenenadas. Pero los nuevos venenos se distinguían a veces muy poco de las materias corporales, hasta el punto de que muchas veces se necesitaban grandes esfuerzos suplementarios para poderlos separar, ya que el procedimiento era demasiado primitivo. Por tal razón, ya en 1946, P. Valow descubrió un método mediante el cual se destruían las materias corporales con ácido de volframio. Así se separaban los barbitúricos y sus productos afines. Según Nickolls, el nuevo método permitía un trabajo rápido, pero sólo tenía utilidad cuando había cantidades relativamente grandes de barbitúricos. El japonés Kawahara intentó destruir sustancias corporales, sobre todo albúmina y grasa en las que se buscaba barbitúricos, añadiéndoles grandes cantidades de fermentos digestivos. Estos fermentos, como los jugos de las glándulas intestinales, servían para separar la albúmina y la grasa. Finalmente, el propio Nickolls ideó un sistema mediante el cual intentaba eliminar la albúmina y la grasa con sosa cáustica. Obtuvo extractos relativamente puros, excepto cuando se trataba de órganos muy corrompidos. En este caso era necesaria una nueva limpieza y purificación filtrando y añadiendo carbón, acetato de plomo y otras materias. Las grandes dificultades que presentaba todo el problema se reflejan en el hecho de que, hacia 1948, todo el mundo buscaba la solución más adecuada.

En cuanto a la identificación de los distintos barbitúricos en los extractos obtenidos, Nickolls se hallaba también metido de lleno en los grandes esfuerzos de aquellos días. Las antiguas reacciones cromáticas se habían ampliado. Existía la llamada reacción de Vanillin, de dimetilaminobenzaldehído. Pero ninguna de dichas reacciones era totalmente segura, porque, además de los barbitúricos, existían con frecuencia otras sustancias que, al ser sometidas a un test, producían reacciones cromáticas

idénticas. Además, se necesitaba mucha experiencia para distinguir los colores producidos por uno u otro de los barbitúricos. Todos ellos se parecían. En el caso del seconal, la reacción del dimetilaminobenzaldehído producía un tinte pardo, con franjas de púrpura, que iba virando a violeta al añadir alcohol. Los somníferos nembutal y pentotal se comportaban de un modo casi idéntico. Lo mismo que en el caso de los alcaloides, se había intentado encontrar una ayuda en la búsqueda de los diversos barbitúricos. Los puntos de fusión del pentotal y el amital —155 a 158 ó 156 a 157 grados— se hallaban tan próximos, que apenas permitían una diferenciación segura. Para el seconal, la situación era más favorable, porque su punto de fusión era bastante característico: 95 grados. Con el fin de precisar los puntos de fusión, se había creado una «determinación mixta de los puntos de fusión», cuya seguridad venía probando Nickolls desde hacía algunos años.

Además —como en el caso de los alcaloides—, se podían estudiar y distinguir las cristalizaciones. Principalmente el inglés Turfitt desde 1948, y apoyado en trabajos previos del suizo Ludy-Tenger, se había esforzado, con éxito, en descubrir las formas que adoptaban los barbitúricos al cristalizar, y en dar reglas para su diferenciación. Los daneses T. Y. Huang, E. Jolk Hansen, B. Jerstew aplicaron los rayos X a los cristales. También la Cromatografía sobre papel había acreditado su utilidad para descubrir una serie de barbitúricos, gracias a los trabajos del inglés Curry, los finlandeses Tamminen y Leppänen, los checos Vezerek y Chundela, el alemán Georg Schmidt y los americanos Algerie y Cooper. En otros barbitúricos, las manchas formadas sobre el papel filtro quedaban tan juntas, que no permitían una distinción segura. Así ocurría, por ejemplo, con el seconal, nembutal, amital y soneril. En las mezclas de barbitúricos usadas para la producción de muchos somníferos, era posible separarlos recurriendo a la cristalización. Sin embargo, había preparados, como el tural (mezcla de seconal y amital), que resistían cualquier intento de separación.

Nickolls había pasado por una serie de amargas experiencias, y había aprendido que el trabajo criminalístico de identificar los barbitúricos exigía tantos conocimientos, aparatos y experiencia, que forzosamente tenían que fracasar en el intento la mayor parte de los químicos de 1955. Todos ellos seguían

trabajando en laboratorios demasiado pequeños. Si en el material facilitado por el inspector Gates había realmente seconal y se podía localizar, ello constituiría una prueba angustiosa de las lagunas que permitían disfrazar impunemente un asesinato, porque el trabajo rutinario de muchísimos laboratorios no permitía dominar el problema.

Entre el 23 y el 28 de agosto, Nickolls investigó la formalina, el contenido del estómago y los vómitos. Algunos de los métodos fallaron, porque el químico de Gosport había empleado una parte excesiva del material. Más de una vez, Nickolls dudó de que realmente existiera seconal. Sin embargo, el 28 de agosto desaparecieron todas sus dudas: los vómitos de la almohada contenían algo más de un miligramo de seconal. En los restos del contenido estomacal, Nickolls aisló 20 miligramos. Para conocer con exactitud la dosis de seconal suministrada a Terence Armstrong, propuso la exhumación del cadáver.

El 6 de septiembre se le concedió lo que pedía.

Nickolls se puso a analizar los órganos extraídos del cadáver. La descomposición se había iniciado muy pronto. De acuerdo con las experiencias sobre la rápida disimilación y desintegración de muchos barbitúricos en el cuerpo humano, sería difícil encontrar en el cuerpo del niño unos miligramos de seconal. La menor imprudencia en el proceso de aislamiento podría hacer que desapareciera esa mínima dosis.

Nickolls se encontraba aún en pleno trabajo, cuando el inspector Gates visitó una vez más el Marine-Hospital de Haslar. Si Nickolls lograba demostrar que el niño había muerto envenenado con seconal, era preciso que Gates descubriera cómo pudo hacerse Armstrong con el peligroso somnífero. Parecía lógico que el presunto asesino se hubiese «servido» de los depósitos de medicamentos existentes en Haslar. Al principio, los esfuerzos del inspector fueron vanos. Sólo después de muchas horas dio Gates con un médico que recordaba un importante detalle: Armstrong tuvo servicio de noche varias semanas y se encargó de distribuir somníferos entre los enfermos insomnes. Sin embargo, Gates dio un paso todavía más decisivo hacia su meta: habló con una enfermera que tuvo a su cargo la administración de medicamentos en la sección donde trabajaba Armstrong. En febrero y marzo de 1955, la enfermera comprobó que el armario donde se encontraban los medicamentos vene-

nosos se abría sin llave. El cerrojo había sido roto y faltaba una caja de 50 cápsulas de seconal. El autor del robo no fue descubierto. Sin embargo, había un hecho significativo: Armstrong tenía acceso a la habitación donde estaba el armario. Esto no demostraba que fuera él el autor del robo. Sin embargo...

Los primeros días de septiembre transcurrieron con desesperante lentitud para el inspector. Nickolls no quería que le apremiasen. Y Gates tampoco estuvo ocioso. Ahora le interesaba la muerte del segundo hijo de los Armstrong, Stephen, fallecido en marzo de 1954. Con gran sorpresa, el inspector comprobó que el certificado de defunción había sido extendido por un médico de ochenta y dos años, que nunca había tratado a los Armstrong. Gates recordó los casos de envenenamiento, bastante frecuentes, en los cuales los asesinos recurrían a médicos viejos y muy alejados de la plenitud de sus facultades, para obtener un certificado de muerte natural. El inspector descubrió que los síntomas de la enfermedad de Stephen coincidían de un modo sorprendente con los de la dolencia que acabó con la vida del pequeño Terence: rostro violáceo, somnolencia, dificultades respiratorias y muerte repentina. Además, efectuó otro descubrimiento no menos sorprendente. En mayo de 1954 enfermó también Pamela Armstrong (que tenía entonces dos años), y los síntomas de la enfermedad eran los mismos. Un médico mandó que la niña fuese conducida inmediatamente a un hospital, donde sanó en poco tiempo.

Éstas eran las averiguaciones efectuadas por Gates cuando, a mediados de septiembre, llegó el tan esperado dictamen de Nickolls. En los órganos corporales del niño, a pesar del mal estado en que se hallaban, Nickolls logró localizar 3 miligramos de seconal. Sus vastas experiencias le enseñaban que el niño debió de recibir entre 3 y 5 cápsulas de 80 miligramos cada una. De no ser así, no se habría conservado la cantidad descubierta por él. Se trataba, pues, de una dosis mortal.

El mismo día, 16 de-septiembre, el superintendente Jones y el inspector Gates fueron a interrogar a los Armstrong. En primer lugar, se hicieron repetir la historia de la enfermedad y muerte de Terence. No mencionaron aún el seconal. ¿Qué era, pues, lo que había ocurrido? El 21 de julio, a las 4,30 de la tarde, Terence comió su bizcocho con leche y vomitó en la almohada (en el vómito había seconal). ¿Quién se encontraba en ese mo-

mento cerca del niño? Janet Armstrong... y nadie más. El mismo día, a las 7 de la tarde, John Armstrong regresaba a casa. El niño se había repuesto. A las 11 de la noche, Terence respiraba con dificultad, estaba frío y no había manera de despertarlo. A las 12, el rostro del niño tenía un color alarmante. John telefonó al doctor Buchanan, y se dio por satisfecho cuando el médico anunció su visita para la mañana siguiente. El 22 de julio, a las 7 de la mañana, John fue a trabajar a Haslar. A las 8,40, el doctor Buchanan encontró al niño sano y normal. A las 12,15, John Armstrong regresó a comer. El niño volvía a respirar con dificultad, estaba soñoliento y no conseguía mantenerse despierto. A la 1, o poco antes, John decidió llamar al médico, aunque con tan pocas prisas, que recorrió 6 millas en bicicleta hasta Haslar. A la 1,20 llamaba desde allí al doctor Johnson. Diez minutos después, el médico encontraba muerto al niño.

Éstos eran los hechos.

—¿Seguro? —preguntó Jones.

—Sí, seguro.

—¿No había nada que rectificar?

—No.

—¿Nadie más había entrado en la casa? ¿Nadie se había acercado a Terence?

—¡No! ¡Nadie!

Jones lanzó entonces la pregunta decisiva: ¿Cómo explicaban los Armstrong lo presencia de una dosis mortífera de seconal en el cuerpo de Terence? Con los nervios tensos, Jones esperó los efectos de su pregunta. Pero los Armstrong lo miraban con ojos estúpidos. Janet confesó que no sabía lo que era seconal. Como enfermero, John no pudo negar que conocía el somnífero, pese a su estupidez. Sin embargo, y no obstante su escasa inteligencia, tenía los conocimientos jurídicos suficientes como para negarse a seguir hablando «sin ver antes a un abogado».

Jones y Gates salieron de la casa convencidos de dejar en ella a dos asesinos. Inmediatamente solicitaron la orden de exhumación de Stephen Armstrong, a pesar de que Nickolls, por teléfono, se declaró incapaz de descubrir la menor huella de barbitúricos después de tanto tiempo. El 17 de septiembre, Gates acompañó a John Armstrong al cementerio para que (de acuer-

do con las ordenanzas) asistiera a la exhumación. En la puerta del cementerio, Armstrong se detuvo un momento, miró a Gates con interés y dijo: «Después de tanto tiempo, poco quedará del pequeño... ¿no cree? Gates descubrió una mezcla de mala conciencia y esperanza en aquellos ojos estúpidos, que lo miraban detrás de las gafas. El inspector tenía que Armstrong tuviera razón, y así fue: Nickolls efectuó todos los intentos para localizar el veneno... en vano. Si Stephen fue envenenado con seconal, no quedaba en su cuerpo el menor rastro del veneno ingerido. La investigación tenía que concentrarse en la muerte de Terence.

Tanto Jones como Gates estaban firmemente convencidos de que John y Janet Armstrong planearon matar al niño para librarse de una carga económica que les impedía salir a flote, ya que estaban llenos de deudas. Pero, ¿cuál de los dos había suministrado a Terence la cápsula mortal? Jones pensó que tal vez fuera posible «fijar» con exactitud la culpabilidad de uno u otro, aprovechando la duración de los efectos del seconal, perfectamente conocida. Era bien sabido que el seconal empezaba a actuar rápidamente, y que sus efectos no se mantenían durante mucho tiempo. Por lo demás, tales efectos dependían también de la rapidez con que las cápsulas se disolvían en el estómago y liberaban el somnífero. Si los últimos síntomas de la enfermedad de Terence se habían presentado realmente a las 12,15, John Armstrong sólo podía ser el asesino en el caso de que la acción del somnífero se iniciara a los pocos minutos. El marido había llegado a casa hacia esa hora, y volvió a salir de ella a las 7 de la mañana. Era imposible que unas cápsulas suministradas a las 7 no produjeran ningún efecto hasta mediodía. Si la acción del seconal no se iniciaba en unos cuantos minutos, sólo Janet podía ser la asesina.

Nickolls se puso al trabajo una vez más. Dejó una cantidad de cápsulas de seconal —compradas en una farmacia— en unas condiciones semejantes a las que podían esperarse de un estómago infantil. Las cápsulas se componían de gelatina, se disolvían pronto y nunca dejaban las cortezas de color rojo descubiertas por el doctor Miller, de Gosport. Nickolls buscó otros preparados de seconal en cápsulas rojas. Pero no existían. Entonces se puso en contacto con la casa productora. Resultó que, «por razones comerciales», la empresa había fabricado durante

cierto tiempo cápsulas de otro material, sin informar de ello a los médicos y farmacéuticos. Se trataba de una metilcelulosa, coloreada con eosina. Las cápsulas producidas contenían, además del seconal, una pequeña cantidad de maíz. La metilcelulosa absorbía el jugo gástrico, que penetraba en el interior de la cápsula; entonces el maíz se hinchaba y la rompía en dos partes. De este modo, el seconal podía llegar al estómago. Después, las cápsulas se disolvían y perdían el color. Esto explicaba la razón de que el químico de Gosport hubiese encontrado maíz en el estómago del niño. Nickolls empezó de nuevo sus experimentos —esta vez con cápsulas de metilcelulosa—. El resultado explicaba por qué la casa productora había renunciado a dichas cápsulas. La apertura de las mismas se producía de modo totalmente imprevisible. En pocos casos era rápida. En otros podía tardar en romperse una hora y media. Por lo general, la acción del seconal no se dejaba sentir hasta media hora o una hora después de tomar la cápsula.

Los resultados obtenidos por Nickolls con tantos esfuerzos eran realmente muy interesantes..., pero no servían de nada. Era imposible excluir a uno u otro de los Armstrong como presunto asesino. Si se partía de las declaraciones del matrimonio y se situaban los primeros síntomas a las 12,15, sólo Janet podía ser la asesina. Pero como las cápsulas también podían abrirse en cuestión de minutos, no eran posibles asegurar nada.

Con una sensación de impotencia, Jones apartó de su vista el informe de Londres. Sabía que, ante la inseguridad existente, resultaría imposible lograr que las autoridades judiciales sometieran el caso a un tribunal. La prueba mínima que podría vencer a un jurado sería el hecho de que los Armstrong tuvieran en su poder seconal el mismo día del asesinato. Pero las investigaciones de Gotes en Haslar sólo permitían una sospecha, no una certidumbre.

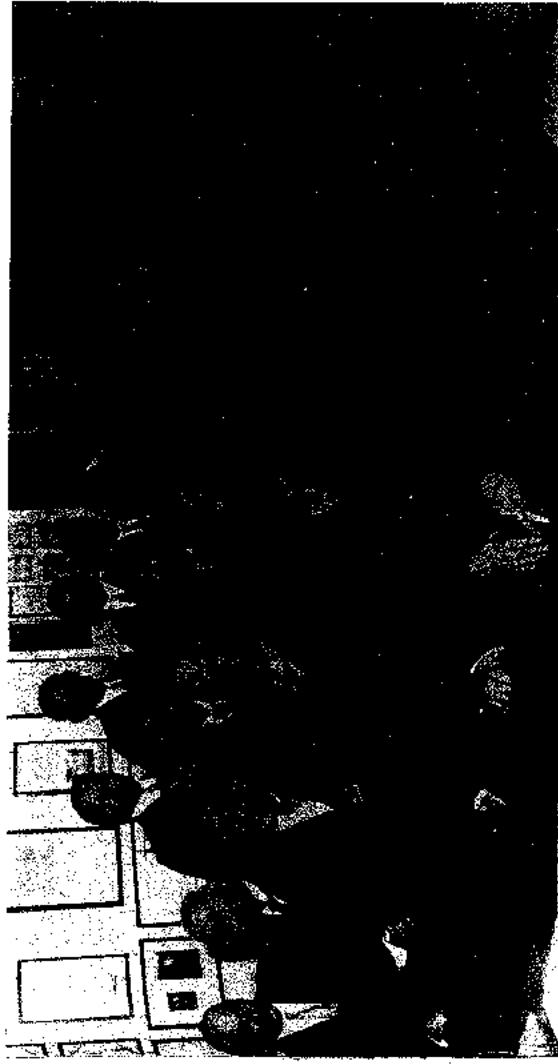
Gates no perdió de vista a los Armstrong. Necesitó una gran paciencia. Un año después, cuando ya estaba dispuesto a resignarse y abandonar el caso, la casualidad acudió en su ayuda. El 24 de junio de 1956, Janet Armstrong se presentó en el Magistrate Court de Gosport y pidió el divorcio. Además, exigía que John fuese condenado a mantener a ella y a su hija superviviente. El motivo aducido era que su marido la golpeaba continuamente. Al parecer, Janet se sentía particularmente ofen-

dida después de una de las constantes peleas que habían caracterizado su vida matrimonial. En cualquier caso, parecía llena de odio. Cuando el tribunal negó el divorcio, la mujer fue a visitar al inspector Gates y manifestó: «Tengo que hacer una declaración».

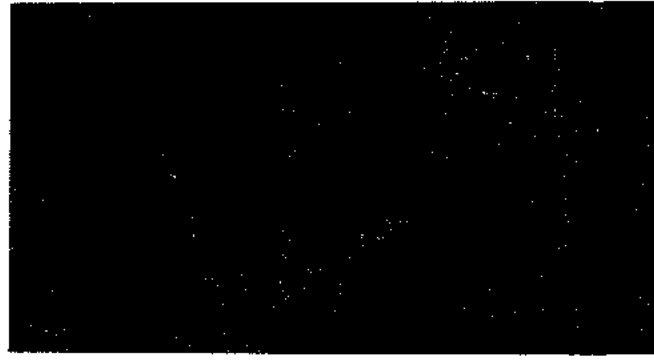
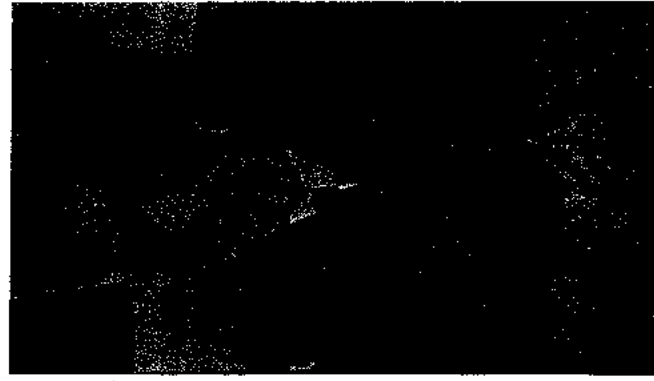
Gates sospechaba lo que vendría inmediatamente, y sintió que su corazón latía más de prisa.

Janet dijo que en julio de 1955 había mentido. En realidad, tenían en casa unas cápsulas de seconal. John había traído muchas de Haslar. Tres días después de la muerte de Terence, John le ordenó que se deshiciera de todas las cápsulas, porque, de no hacerlo, la podrían acusar de haber asesinado a Terence. Ella hizo lo que su marido le mandó. Arrojó algunas botellas en un montón de escombros, y otras, en el cubo de la basura. El 16 de septiembre, fecha en que el superintendente Jones y Gates estuvieron en su casa, John había declarado, con una sonrisa irónica: «Ahora puedes comprobar lo útil que fue tirar a la basura las cápsulas. Era seconal». Sólo entonces, así lo confesaba ahora Janet, supo que había habido seconal en casa. Preguntó a su marido: «¿Has dado cápsulas al niño?». Y John había respondido con sarcasmo: «¡Qué sé yo! ¿No se las puedes haber dado tú misma?». Janet no acudió a la policía porque temía que John le pegara. Ahora, ya todo le daba igual.

Gates vivo que en las palabras de la mujer había un deseo de venganza, pero no dudó de que decía la verdad en lo referente al seconal. En cambio, tenía sus dudas sobre la defensa que Janet había hecho de sí misma. Sin embargo, cualquiera que fuese la verdad, existía ya una confesión: los Armstrong tenían seconal en su casa el día de la muerte de Terence. Unos cuatro meses después, el 3 de diciembre de 1956, el fiscal general británico, Sir Reginald Manningham Buller, acusaba personalmente a John y a Janet Armstrong de haber planeado y cometido conjuntamente el asesinato de su hijo Terence. El proceso, celebrado ante el juez Pilcher, fue un espectáculo sombrío y repulsivo. Marido y mujer se acusaban mutuamente en un clima de mentiras, reproches, sospechas y odio. Después de deliberar durante 45 minutos, el jurado, compuesto por nueve hombres y tres mujeres, declaró culpable a John Armstrong y, ante el asombro de todo el mundo, no culpable a Janet Armstrong. Janet debió este veredicto a la forma inteligente con que el



Marc Bischoff, en Lausana (arriba, primera fila, primero de la izquierda); Georg Pop, en Francfort (primera fila, cuarto de la izquierda); Van Ledden Hulsbosch, en Amsterdam (primera fila, quinto de la izquierda); August Brüning, en Berlín (segunda fila, tercero de la izquierda); y Harry Söderman, en Estocolmo (segunda fila, sexto de la izquierda) figuran entre los primeros que introdujeron los laboratorios de investigación en las labores policíacas, en las que se podrían agotar todas las posibilidades técnicas y científicas para el esclarecimiento de crímenes, siempre en íntima colaboración con la policía. Otros adelantos de estas innovaciones criminalísticas fueron Rudolph Reiss, en Lausana (*abajo, derecha*), y Robert Heindl, en Múnich, Dresde y Berlín (*abajo, izquierda*).



defensor, Norman Skelhorn, utilizó los resultados a que había llegado Nickolls en su análisis de las cápsulas del secondal; supo reconstruir los hechos de forma que su defendida quedara exculpada de los mismos.

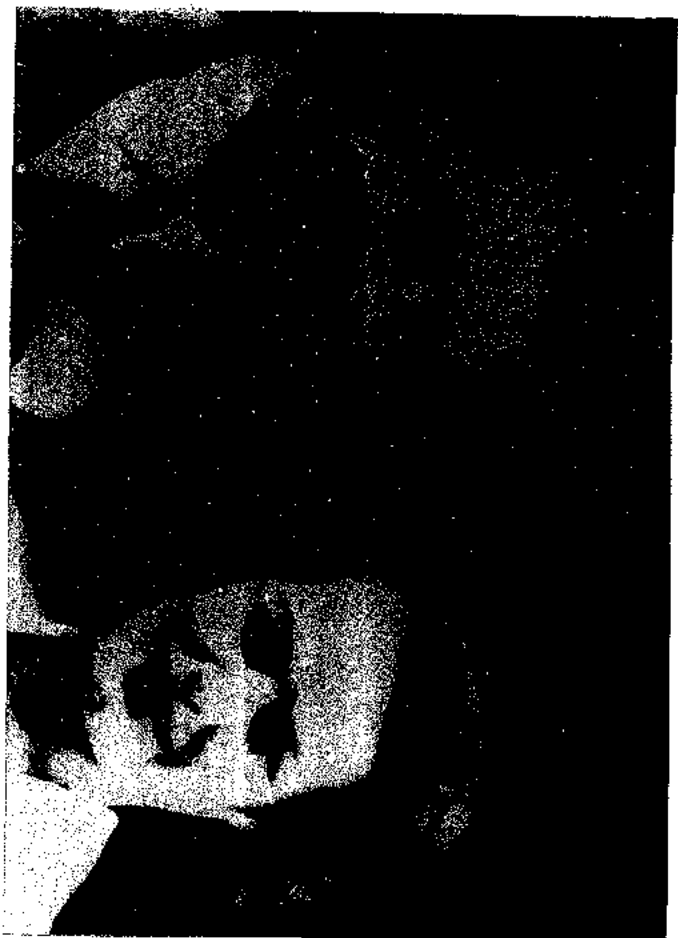
¿Acaso no era cierto —gritó el defensor— que algunas cápsulas se disolvían inmediatamente, mientras que otras necesitaban de una hora a una hora y media para vaciar en el estómago su venenoso contenido? ¡El mismo Nickolls lo había confirmado así! La acusación afirmaba que Janet tuvo que participar en el envenenamiento, porque los primeros síntomas de la enfermedad habían aparecido a las 12,15, a una hora en la que Jon Armstrong acababa de llegar a casa.

¿Pero, cuál era la verdad? Si se admitía que John Armstrong, al llegar del trabajo, dio a Terence varias cápsulas de secondal, la primera de las cuales se disolvió inmediatamente y produjo los primeros síntomas de la dolencia, ¿contradecía esta posibilidad las afirmaciones de Nickolls? Después, las restantes cápsulas se abrirían una ora más tarde y causarían la muerte repentina por la «suma de los efectos tóxicos». Y esto, repitió Skelhorn, contradecía los resultados de Nickolls? No, en absoluto.

Sin embargo, independientemente de la complicidad o no complicidad de Janet Armstrong, el primer proceso por envenenamiento con un barbitúrico demostró, con terrible claridad, hasta qué punto era urgente que los toxicólogos dominaran por completo aquella oleada de nuevos venenos. El hecho de que el secondal hubiera escapado a la investigación toxicológica de Gosport —cosa que, sin duda habría ocurrido en otros muchos laboratorios—, descubría cuán grandes eran las lagunas existentes en la investigación de los barbitúricos. Se abría un abismo amenazador: una vez más, la ciencia se enfrentaba con las imprevisibles posibilidades de misteriosos envenenamientos.

13

En su lucha contra los barbitúricos, los toxicólogos recorrieron un camino materialmente pletórico de complicaciones. Sin embargo, cuando, por fin llegaron a su objetivo y empezaron a identificar de un modo seguro los barbitúricos o los productos



En 1957, el enfermero Barlow (*arriba, izquierda*) asesinó a su esposa Elizabeth (*arriba, derecha*) al inyectarle grandes dosis de insulina. El caso demostró la eficacia de los laboratorios de investigación de la policía, en los que colaboraban estrechamente forenses, toxicólogos, físicos y criminalistas. El patólogo David Price (*izquierda*) y el toxicólogo A. S. Curry, del laboratorio policial de Harrogate, esclarecieron este primer asesinato con insulina después de varias semanas de trabajo científico.

de desintegración que quedaban de ellos en el cuerpo humano, surgió un nuevo mundo de sustancias venenosas, el de los tranquilizantes, nuevos medicamentos que actuaban sobre la «vida anímica» de las personas sobreexcitadas y que debían ayudar a dichas personas a superar estados de depresión. Por añadidura, la lucha contra los barbitúricos tuvo que sufrir interrupciones a causa de la sistemática aparición de venenos procedentes de otros dominios industriales o químicos. Nadie habría esperado que de ellos pudieran surgir sustancias venenosas, y mucho menos, venenos mortales. Hubo muchísimas sorpresas. Mas, probablemente, no hubo ninguna que descubriera tanto lo imprevisible en la lucha de los toxicólogos contra los venenos, como el misterioso crimen cometido en Worms a principios de 1954. Fue un envenenamiento que durante varios meses excitó la morbosidad y los instintos más macabros de millones de personas.

El crimen, que para Worms se convirtió tal vez en el *crimen del siglo* diose a conocer el 15 de febrero de 1954. Al principio parecía un asunto insignificante, «un caso de gentes modestas». El escenario del mismo fue una casa baja e insignificante de Grossen Fischerweide, un callejón del barrio antiguo de Worms. Sus habitante eran: Eva Ruh, viuda de setenta y cinco años, su hijo Walter, su hija Annie Hamann, también viuda (su marido cayó en la guerra), y la hija de ésta, Uschi, de nueve años. Se trataba de una familia como había muchas por aquellos años: padres ancianos que acogían a sus hijas, a quienes la guerra había dejado desamparadas. Los nietos eran educados por los abuelos, y las madres no lograban normalizar su existencia o contraer nuevo matrimonio, y se dedicaban a la «buena vida», que querían gozar a manos llenas después de sentirse engañadas por la vida pasada. La tarde del día 15 de febrero, Annie Hamann volvía de una «salida» y buscaba algo comestible. En un plato que había dentro del armario de la cocina, vio un bombón de chocolate, una especie de hongo relleno de crema. Después se descubrió que Eva Ruh había guardado el bombón para su nieta Uschi, que se hallaba en casa de unos parientes.

Annie Hamann tomó el bombón, lo mordió, tragó una pequeña parte de él y escupió el resto, llena de asco. «¡Qué amarillo!» gritó, mientras el perro de la casa, un galgo blanco, se lan-

zaba sobre el resto del bombón arrojado al suelo y lo engullía con avidez. Las cosas se precipitaron hasta el punto de que Eva Ruh, que había permanecido todo el tiempo sentada junto al fogón de la cocina, sólo pudo describirlas de un modo fragmentario e impreciso. Annie Hamann se puso pálida, intentó agarrarse a la mesa y gritó: «Madre, no veo nada...». Se fue a su dormitorio, tambaleándose, y se dejó caer en la cama, retorciéndose de dolor. Luego perdió el conocimiento. Cuando la madre consiguió encontrar ayuda, Annie estaba muerta. El médico, llamado por los vecinos, no quiso diagnosticar un fallecimiento natural ni exponerse a un dictamen falso. Se lo impedía un hecho sorprendente: en el suelo de la cocina yacía, también muerto, el galgo blanco. Parecía verosímil la idea de que pudiera haber actuado algún veneno escondido en el bombón de chocolate. El médico se puso inmediatamente en contacto con la policía.

El inspector Dahmen, director de la brigada criminal en Worms, y sus dos empleados, Steinbach y Erhard, habían tenido hasta entonces pocas ocasiones de ocuparse en un asesinato. No sospechaban las enormes proporciones que tendría el caso Annie Hamann. Sus superiores de Maguncia tampoco podían prever las insólitas repercusiones de aquel crimen.

Sea como fuere, ordenó el levantamiento del cadáver, y el Instituto de Medicina Forense de Maguncia —cuyo director, el profesor Kurt Wagner, ya ha sido mencionado por nosotros en la historia de la medicina legal— recibió el encargo de practicar la autopsia y determinar las causas de la muerte.

El martes por la mañana llegó a Worms un asistente de Wagner. Como era de esperar, la autopsia no dio ningún síntoma de muerte natural. Las hemostasis y hemorragias internas en numerosos órganos, especialmente en el cerebro y en los pulmones, podían considerarse síntomas generales de un envenenamiento. El asistente extrajo las pruebas necesarias de órganos y contenido de los mismos, y las mandó a Maguncia.

Wagner es una de los forenses alemanes que posee también grandes conocimientos y experiencia en el campo de la Toxicología. Sin embargo, el hecho de que la única testigo de la enfermedad repentina de la víctima, su madre, no estuviera en condiciones de proporcionar datos concretos sobre los síntomas de la misma, dificultaba el análisis toxicológico con una de-

terminada orientación. Sin embargo, había un síntoma muy característico, que ni siquiera la viuda Ruh pudo pasar por alto: las convulsiones. Se trataba, pues, de un veneno convulsivo. Pero esta limitación no bastaba. Por tanto, resultaba completamente incierto el resultado de análisis toxicológico, y no se sabía cuánto tiempo tendría que pasar para llegar a dicho resultado.

Así, pues, los inspectores de Worms se encontraban al principio completamente abandonados a sus propias fuerzas. Dahmen, Steinbach y Erhard, en medio de la confusión general, de las sospechas y acusaciones de los vecinos y conocidos, intentaron saber de qué modo había llegado el bombón a la casa de la viuda Ruh.

Por fortuna, pudieron reconstruir los hechos con gran rapidez. El ansia de vivir a sus anchas había unido estrechamente a Annie Hamann con otra viuda de treinta años, Christa Lehmann, que habitaba en la Paulusstrasse. Christa Lehmann era madre de tres hijos. Su marido, Karl Franz Lehmann, albañil especializado en embaldosar, fue un alcohólico que falleció, en 1952, a causa de una perforación de estómago. El domingo, 14 de febrero, un día antes de la muerte de Annie, Christa Lehmann llamó a la ventana de la cocina, en la casa que daba a Grossen Fischerweide. En la cocina estaban la viuda Ruh, su hijo y una vecina. Hablaban sobre un traje gris que Annie Hamann quería arreglarle para un baile de Carnaval. Christa Lehmann se unió a ellos y sacó un cucurucho que contenía cinco hongos de chocolate. Christa dio el primero a la vecina; el segundo, a Annie Hamann; el tercero, al hermano de ésta. Ella misma tomó el cuarto y dio el quinto a la viuda Ruh. Todos, con excepción de Eva Ruh, comieron su bombón. La anciana viuda dejó el bombón en la mesa y no quiso comérselo, a pesar de los insistentes ruegos de Christa Lehmann. La señora Ruh dijo que tal vez a la noche, antes de acostarse, se lo comería. En realidad pensaba guardarlo para su nieta Uschi. Posteriormente, puso el bombón en un plato y lo metió en el armario de la cocina. Allí lo encontró Annie Hamann a la mañana siguiente.

Nadie, ni Annie Hamann, ni su hermano, ni Christa Lehmann, ni la vecina se quejaron de dolor alguno. Los bombones que comieron eran, pues, normales, inofensivos. ¿Qué había ocurrido en el hongo de chocolate que la madre de la víctima

había guardado para su nieta? ¿Acaso estaba en mal estado y se había vuelto tóxico? ¿O tal vez alguien lo había envenenado mientras estaba en el armario de la cocina? ¿Había intentado alguna persona asesinar a la niña a quien estaba destinado el bombón?

¿Quién podía tener interés en eliminar a la pequeña? ¿La abuela? Era una idea absurda. ¿La madre? ¿Quizá porque la niña se interponía entre ella y algún amante? Otra idea absurda. Si Annie Hamann hubiese sido la culpable, se habría guardado muy bien de morder el hongo de chocolate.

¿A quién estaba destinado el veneno? ¿A Annie Hamann? ¿Y quién era el posible asesino? ¿Su hermano? Ambos estaban en muy buenas relaciones. ¿O tal vez la culpable fuera la propia madre? La viuda Ruh, una mujer pequñoburguesa y tranquila, había tenido que sufrir realmente la vida disipada de su hija. ¿Bastaba aquel motivo para envenenarla? Por muy impenetrable que fuera el alma humana y las ideas y pensamientos que podían esconderse tras un bondadoso rostro, el inspector jefe Dahmen no podía ver en la viuda Ruh a la asesina de su propia hija. Siguió investigando: ¿Existía alguna persona desconocida que albergara sentimientos hostiles contra Annie Hamann o contra la familia Ruh? En este sentido había un hecho innegable: después de la reunión del domingo, ningún extraño había entrado en la casa. Nadie tuvo ocasión de envenenar la golosina en el armario. Sólo Christa Lehmann estuvo un momento en la casa el lunes por la mañana, y salió con Annie. Pero la viuda Ruh fue testigo de esta corta visita, y la amiga de su hija no tuvo ocasión de acercarse a la cocina. Ni siquiera sabía dónde se encontraba el bombón.

Éstos eran los hechos ocurridos en la Grossen Fischerweide los días 15 y 16 de febrero. Dahmen hizo una visita rutinaria a Christa Lehmann para oír de sus labios los antecedentes de la historia que ella vivió. Cuando los policías penetraron por primera vez en la vieja y destartada casa que habitaba la Lehmann, se encontraron con una mujer de mediana estatura, rubia, de nariz aguileña, facciones suaves y dientes muy pequeños y agudos. No era una belleza, ni tampoco tenía nada que sedujera. Los policías tuvieron la impresión de que se hallaba aún anonadada por la muerte de su amiga.

Admitió sin vacilar que había llevado los bombones a la

casa de los Ruh. Los había comprado la tarde del 13 de febrero, en unión de su amiga Annie. ¿Dónde? En los almacenes Wortmann. Luego se separó de la amiga para reunirse con sus hijos. Y el domingo fue a casa de Annie con las golosinas. El resto era ya conocido. Christa Lehmann aseguró que estaba deseperada porque, por más que le daba vueltas, no podía comprender la razón de que cuatro de los bombones fueran inofensivos y el quinto matara a su amiga. ¿No era posible que una parte de los bombones de los almacenes Wortmann estuviesen envenenados, y que, por su mediación, llegara a la casa de su amiga uno de aquellos mortíferos hongos?

Christa Lehmann estuvo tan convincente, que los policías la excluyeron al principio de los posibles sospechosos. Si ella era la asesina, era evidente que su intención fue matar a la vinda Ruh, ya que fue a ella a quien entregó el bombón. Pero, ¿qué podía inducir a Christa Lehmann a matar a la anciana? Evidentemente, tampoco podía excluirse la posibilidad de que, en unos bombones fabricados en enormes cantidades, se hubiera filtrado alguna sustancia tóxica. Podía tratarse entonces de una infortunada casualidad o del acto de un psicópata que colaborara en la producción, embalaje o distribución de los bombones. En los anales de los crímenes por envenenamiento, había bastantes casos de asesinos que actuaban en la sombra y que sentían un placer sádico en matar a cualquier persona desconocida. La policía podía seguir entonces pistas falsas, con el consiguiente peligro de acusar a un inocente.

Dahmen decidió hacer investigaciones en la sección de dulces de los Almacenes Wortmann. La casa había adquirido, en total, 140 hongos de chocolate a un fabricante de pastelería. Se habían vendido ya 133. Los siete que quedaban fueron confiscados por Dahmen y llevados inmediatamente al Instituto forense de Maguncia. Aquella misma noche, la radio local ponía en guardia a la población contra los bombones expendidos por la casa Wortmann.

Parecía que la investigación derivaba hacia un callejón sin salida. Si uno de los bombones confiscados contenía veneno, sólo quedaba la posibilidad de efectuar averiguaciones entre la dependencia de los almacenes y en las casas productora y distribuidora; tal investigación conduciría a un ámbito casi ilimitado. Sólo si no había veneno se podría admitir con seguridad que la

sustancia que había matado a Annie Hamann fue introducido en le bombón después de ser vendido.

El escenario principal de los acontecimientos se había trasladado al edificio 18 de la Facultad de Medicina de Maguncia, donde trabajaban Kurt Wagner y sus asistentes. Buscaron venenos convulsivos; primero estricnina y después otros alcaloides; pero todos los análisis fueron negativos.

Por aquel entonces, muy pocos toxicólogos alemanes se habían ocupado en el preparado E 605. Era uno de los insecticidas y productos para proteger las plantas que se empezaron a utilizar durante la segunda guerra mundial, o inmediatamente antes y después. Era sorprendente que tan pocos toxicólogos se dedicaran a su estudio, porque el E 605 era un descubrimiento alemán. Sin embargo, esta circunstancia puede explicarse por la curiosa historia del E 605.

Entre 1934 y 1945, el químico alemán Gerhard Schrader creó aleaciones orgánicas con fósforo en las fábricas Bayer de Leverkusen. Estos productos, en los experimentos efectuados después por el biólogo Kückenthal, revelaron unos efectos extraordinariamente mortíferos contra las plagas del campo. El último grado de desarrollo fue alcanzado a principios de 1945. El producto obtenido recibió el nombre de E 605. Se habían realizado ya las primeras pruebas del nuevo insecticida, cuando las tropas americanas avanzaron y se apoderaron de los recipientes que contenían todas las reservas del nuevo producto. Así, el preparado, recién concluido, fue aplicado por primera vez en los Estados Unidos. Los americanos le dieron el nombre de Parathion. En pocos años, la producción de Parathion alcanzó unas proporciones descomunales. Sólo en 1950, se esparcieron sobre los cultivos de Florida miles de toneladas, para limpiar de insectos nocivos los naranjales. El preparado se difundió por todo el mundo con distintos nombres, desde Folidol hasta Thiophos 3423, y retornó a Alemania en 1948. Los alemanes lo fabricaron en enormes cantidades. Se presentaba en simples botellitas con tapón de rosca, y después, en ampollas de plástico, y se vendía libremente en droguería y en comercios de semillas y abonos. Volvió a llamarse E 605, y todas las botellas contenían una advertencia sobre los efectos venenosos del producto «si se usaba de un modo inadecuado».

Hasta 1953 se dieron en Norteamérica 168 casos de envene-

namiento. Las causas se atribuyeron siempre a negligencia. Los americanos habían estudiado los efectos de grandes dosis de E 605. Eran semejantes a los del ácido prúsico, que, generalmente, produce una parálisis respiratoria y convulsiones. Jamás se había utilizado el veneno para el asesinato o el suicidio. Por ello no existía un método forense de identificación del E 605. En 1948, los americanos Averell y Norris crearon un test, que servía sólo para localizar el E 605 en materiales de procedencia vegetal. Mediante diversos procesos de transformación química y la adición de un colorante de anilina, la mezcla adquiría un color azul violado, si en el material que se investigaba existía E 605. En 1951 se ideó otro test, con ayuda del cual se podía localizar el E 605 en la orina de las personas intoxicadas. Sin embargo, esta prueba se utilizó sólo para comprobar el estado de salud de los trabajadores que manipulaban el E 605 de una u otra forma.

Las circunstancias descritas hicieron que, en 1948, se dieran en Alemania algunos casos de intoxicación. En 1952 y 1953, algunos químicos y toxicólogos, como Georg Schmidt, W. Schwerd, W. Wölsken o G. Vogel, estudiaron la posibilidad de localizar el E 605 en los jugos y tejidos corporales de las personas intoxicadas. Probaron un método con el cual se podía identificar el veneno en la sangre. La sustancia por analizar era tratada con lejía sódica, y se formaba un color amarillo inconfundible. Si se vaporizaban el contenido del estómago o extractos de otros órganos y luego se volvía a licuar el vapor obtenido, tratando la solución según el procedimiento de Averell y Norris, se observaba un azul violado. Tampoco fallaron algunos tanteos con el análisis espectral y la cromatografía sobre papel. Sin embargo, no parecía existir especial urgencia en el análisis toxicológico-forense del E 605, y por lo cual su estudio se hallaba en una fase de iniciación, cuando, en febrero de 1954, Kurt Wagner se enfrentó con el problema de descubrir el veneno —un veneno convulsivo— que había matado a Annie Hamann. Fracasaron por completo cuantos métodos se conocían para localizar venenos convulsivos.

El recuerdo de algunas publicaciones esporádicas sobre el E 605, especialmente sobre las convulsiones que precedían a la muerte causada por dicho veneno, pusieron a Wagner sobre la verdadera pista. Sin embargo, jamás se había usado el E 605

con fines criminales, y la pista le parecía a Wagner tan aventurada, que no esperaba un resultado positivo. Una parte del contenido gástrico de Annie Hamann fue sometida a destilación con vapor de agua, y a los pocos momentos, Wagner y sus asistentes se encontraron ante una de las más grandes sorpresas de toda su vida. Los métodos y reactivos descritos en la bibliografía especializada, condujeron a la formación de un color que, según las experiencias anteriores, sólo podía atribuirse a la presencia de E 605.

En los primeros momentos, Wagner dudó de que su resultado fuese correcto. Ordenó a sus asistentes que siguieran aplicando los métodos generales de análisis, para comprobar si realmente no se trataba de otro veneno. Pero los resultados fueron siempre negativos. El único resultado positivo era el obtenido con la prueba del E 605. Inmediatamente, Wagner mandó analizar los bombones confiscados en los almacenes de Worms. No contenían el menor indicio de veneno.

Las dudas de Wagner no se disiparon aún. Él y sus colaboradores vivieron horas dramáticas. Si realmente existía un envenenamiento con E 605, se trataba del primer crimen de este tipo. ¿Se podía dar curso a unas investigaciones que se hallaban en una fase de tanteo, con la intención de proporcionar un indicio científico apto para formular una acusación de asesinato? Cuando Wagner se decidió a comunicar a la policía y al fiscal general el hallazgo de E 605, manifestó que existían «muchas probabilidades» de envenenamiento con E 605, y expuso la necesidad de que sus descubrimientos fueran apoyados por nuevas averiguaciones policíacas y por una confesión.

El jueves, cuando llegó a Worms la tan esperada noticia sobre los resultados del análisis toxicológico, Dahmen, Steinbach y Erhard, llevaban ya unos días de intenso trabajo, a pesar de la inseguridad en que todavía se hallaban. Si el veneno había sido introducido en el hongo de chocolate durante el camino que éste recorrió desde los almacenes a la cocina de la viuda Ruh, era preciso tener una información exacta sobre la vida y milagros de Christa Lehmann. La imagen que Dahmen se había hecho de la joven viuda no sólo era poco agradable, sino que bastó para despertar las primeras sospechas de los tres policías.

Había crecido sin el menor cuidado, y casi sin padres. La madre llevaba ya muchos años en el manicomio de Alzey; el

padre, Karl Ambros, era ebanista y había fracasado completamente en su segundo matrimonio. Después de asistir a la escuela del Estado, Christa Lemann trabajó en una fábrica de artículos de piel, y luego en la fábrica de colorantes Hoechst. Había sido condenada a una pena de prisión, que cumplió en libertad condicional, por robo. En Hoechst conoció a Karl Franz Lehmann, hombre enfermo del estómago y que, a causa de una ostensible cojera, se había librado del servicio militar durante la segunda guerra mundial. Se casaron en 1944 y fueron a vivir a Worms, con los padres del marido. Lehmann montó un negocio de baldosas y azulejos, que prosperó bastante entre 1945 y 1948, los años de hambre y escasez. Existían pruebas de negocios turbios, mercado negro, grandes orgías y cuentas sin saldar. La reforma fiduciaria puso fin a la época de los negocios fáciles. Pero Christa Lehmann no pudo renunciar a la vida disipada de los años del mercado negro. Tuvo frecuente discusiones con su marido, que a menudo acababan a golpes. Se peleó primero con sus suegros y, a la muerte de la suegra, con su suegro. Mantuvo múltiples relaciones con los soldados americanos del ejército ocupante y con otros muchos hombres. Lehmann se dio a la bebida. Los altercados con el marido se hicieron cada vez más frecuentes, hasta que éste murió de repente el 27 de septiembre de 1952.

La muerte de Karl Franz Lehmann daba mucho que pensar a Dahmen y a sus colaboradores. La mañana del día en que murió, Lehmann había estado en la peluquería, y murió inmediatamente después de llegar a casa, entre terribles convulsiones. El médico que le visitó, el doctor Wattrin, diagnosticó perforación de estómago, lo cual era muy verosímil teniendo en cuenta la dolencia gástrica y la afición del difunto a la bebida... pero... ¿era correcto? ¿No recordaban aquellas convulsiones la muerte de Annie Hamann?

Christa Lehmann no negó jamás que la muerte de su marido significara para ella un gran alivio. Su casa se convirtió en lugar de cita de innumerables amigos, que cambiaban continuamente. Las peleas con el marido fueron sustituidas por continuos roces con el suegro, Valentin Lehmann. Y con él se relacionaba el segundo suceso que despertó las sospechas de Dahmen. El 14 de octubre de 1953, media hora después del desayuno, Valentin Lehmann iba en bicicleta por la ciudad, cuando cayó

muerto de un modo fulminante. Un médico, llamado por los transeúntes, certificó la defunción y dictaminó: «ataque de apoplejía». También este diagnóstico era lógico; pero, ¿podía asegurarse que era justo? La muerte de Valentin Lehmann había librado a Christa del último obstáculo que se oponía al uso que ella quería hacer de su vivienda. Desde el repentino fallecimiento del suegro, Christa pudo hacer la vida que deseaba en compañía de Annie Hamann.

Aunque Dahmen no podía descubrir ningún móvil para el intento de asesinato de Eva Ruh, era indudable que, en los casos del marido y el suegro, los móviles resultaban evidentes. Sin embargo, cuando Dahmen y sus subalternos estudiaron todo el caso partiendo de los móviles evidentes, se preguntaron si tal vez la viuda Ruh no constituiría también un obstáculo semejante para Christa Lehmann.

En esta encrucijada se hallaban las investigaciones de Worms cuando llegó el resultado del análisis toxicológico de Maguncia. Los policías tuvieron ya la seguridad de que el bombón había sido envenenado después de su compra en los almacenes y antes de entrar en la cocina de la Grosse Fischerweide. El veneno utilizado fue el E 605. Esta denominación les decía tan poco a los policías de Worms como después a la opinión pública. Pero el hecho de que se tratara de un veneno fabricado por la casa Bayer, llevaba en seguida a una conclusión que en nada favorecía a la causa de Christa Lehmann. En efecto, ella había bajado en la fábrica de colorantes Hoechst y pudo conocer los mortíferos efectos del E 605.

El 19 de febrero, cuando Annie Hamann fue enterrada en la colina de Hochheimer, todo Worms sabía que la difunta había sido envenenada con un insecticida vegetal. Empezaba a vislumbrarse el gran interés y la macabra sugestión que ejercería el nombre E 605 sobre toda Alemania. Los curiosos se amontonaron a las puertas del cementerio. Entre ellos se escondía Dahmen, que no perdía de vista a Christa Lehmann mientras ésta se acercaba a la tumba abierta con el rostro lívido y bañado en lágrimas. Al salir del cementerio la detuvo y la llevó a la comisaría.

Dahmen, Steinbach y Erhard interrogaron a la detenida desde el viernes al domingo, en una fría habitación de la comisaría de Worms. ¿Qué era el E 605? Christa dijo que no co-

noía ningún veneno que se llamase E 605. La acusación de que mató a Annie Hamann por error, porque en realidad quería asesinar a la viuda Ruh, fue rechazada por ella con frialdad, con las palabras: «Yo no fui». En cuanto a la acusación de haber envenenado a su marido y a su suegro, respondió con una sonrisa sarcástica.

El registro de su casa no suministró la menor prueba de que jamás hubiese tenido E 605. El lunes por la mañana, la investigación parecía completamente estancada. La policía de Maguncia pensó en la exhumación de Karl Franz y Valentin Lehmann, porque parecía la única posibilidad de obtener material para acusar a Christa. Pero la decisión no era tan sencilla. Los dos cadáveres llevaban un año y medio y cuatro meses enterados. No se tenía aún la menor experiencia sobre la identificación del E 605 después de tanto tiempo. El profesor Wagner no podía asegurar nada sobre los resultados del análisis toxicológico. Sin embargo, parecía que la exhumación era la única salida posible. Desde el viernes se iban reuniendo curiosos ante la cárcel territorial de Worms. Lo que no pasaba de ser un caso de asesinato entre cien, adquiría una insólita notoriedad por la sugestión de la letra y los números E 605. Los cronistas de los grandes periódicos se dirigieron a Worms, dispuestos a esperar el resultado de los análisis.

Entonces, el martes 23 de febrero, surgió la primera sorpresa. Hacia las 10 de la mañana, Christa Lehmann solicitó la presencia de su padre, Ludwig Ambros, y de un sacerdote, en su celda. Jamás se ha podido saber qué motivo la indujo a actuar de un modo semejante. ¿Creía que su causa estaba perdida? ¿Fue un acceso de orgullo estúpido lo que le impidió confesar nada a Dahmen y escoger a su padre y a un sacerdote? Sea lo que fuere, lo cierto es que Christa Lehmann admitió haber envenenado con E 605 el bombón que mató a Annie Hamann. Repitió su confesión ante el juez de instrucción, a presencia del cual fue llevada inmediatamente.

En efecto, su intención había sido envenenar a la viuda Ruh, aunque no para matarla, sino tan sólo para enfermarla. Aseguró que Annie Lehmann la había arrastrado a su desenfrenada vida, y que por esta razón pensó en enfermar a la madre de Annie para obligar a ésta a permanecer junto a la anciana y a dejarla a ella en paz. Ignoraba que el E 605 fuese un veneno mortal.

La confesión era una mezcla de mentiras y verdades, encaminadas, al parecer, a evitar la acusación de asesinato. Pero una vez abierta la brecha en el muro defensivo de Christa, Dahmen sólo necesitó unas horas para arrancarle toda la verdad. Acabó por admitir que Eva Ruh era un obstáculo que quería eliminar. La viuda la había acusado de ser el demonio de su hija, y había hecho todo lo posible por romper su amistad. Después de esta confesión, los policías quisieron saber algo sobre la muerte repentina de su suegro, ocurrida el 14 de octubre de 1953. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, hasta que sobrevino la segunda sorpresa del día. Christa Lehmann fue llevada a la sala de interrogatorios, donde, con una frialdad burlesca, declaró: «También envenené a mi suegro».

Una vez más, todo el mundo se preguntó: ¿Qué había inducido a Christa Lehmann a su segunda confesión? ¿Era el orgullo enfermizo de una maníaca asesina, acostumbrada a librarse de sus enemigos y a confesarlo después cuándo y cómo quería, y no al ser interrogada por la policía? ¿Sabía que si se había descubierto el veneno en el cadáver de Annie Hamann se descubriría también en el de su suegro? ¿La había consumido la impaciencia de declarar con orgullo: ¿Qué queréis? ¿Por qué me molestáis? ¡Ahí tenéis vuestro asesinato!?

Sea como fuere, lo cierto es que la asesina confesó. Puso una ampolla de E 605 en el yogur que Valentin Lehmann tomaba para desayunar, y después echó azúcar. El anciano se comió el yogur, montó en su bicicleta y, veinte minutos después, se le paralizó la respiración y cayó fulminado. Cuando Christa Lehmann fue devuelta a la prisión, el coche celular avanzó entre puños que se alzaban amenazadores.

Pero el juego macabro de las confesiones no había terminado aún. El miércoles por la mañana, Christa fue sometida a un interrogatorio de varias horas para inducirle a confesar el asesinato de su marido. La asesina se mantuvo fría, distante y despectiva. Dahmen, Steinbach y Erhard tuvieron que esperar hasta la tarde. Al final del interrogatorio, ya en la puerta abierta que conducía al vestíbulo, Christa Lehmann se detuvo unos segundos y miró a los policías. Luego declaró, como si hubiera olvidado algo: «También asesiné a mi marido».

Karl Franz Lehmann había ingerido una elevada dosis de veneno en la leche de su desayuno. ¿Y el veneno? ¿De dónde

procedía? En el escaparate de la droguería Meyer, en Worms, Christa vio, en 1952, unos paquetes con el letrero «Veneno». Entró y adquirió uno de ellos, que contenía varias ampollas de E 605. Nadie se lo impidió. Luego probó sus efectos en un perro basset.

Esta era toda la historia. La facilidad para adquirir el veneno, matar a tres personas y engañar a dos médicos parecía algo tan monstruoso, que ni siquiera el ministerio público quiso aceptarla sin una comprobación de los hechos.

Así, pues, el 12 de marzo fueron exhumados los restos mortales de Karl Franz y Valentin Lehmann. En el mismo cementerio de Hochheimer Höhe fueron extraídos los órganos necesarios para el análisis toxicológico y enviados a Maguncia. El hecho de que en Valentin Lehmann existieran aún restos del contenido del estómago, y en Karl Franz se conservara parte de la pared estomacal, dio al profesor Wagner esperanzas de encontrar rastros del veneno. Al día siguiente se confirmaron dichas esperanzas. En ambos cadáveres apareció E 605, y así se cerró la instrucción del proceso.

En 1954 no hubo en Alemania ningún caso criminal que tuviera unas consecuencias tan mortíferas, en el sentido literal de esta palabra e independientemente de la sensación que produjo el suceso. En la historia de los «envenenamientos» siempre hubo venenos que se popularizaron y se difundieron como una epidemia en un momento determinado. El ya clásico arsénico había estado «de moda» en múltiples ocasiones. Pero lo que ocurrió con el E 605 desde el fatídico mes de febrero, en que empezó a sonar su nombre unido al de Christa Lehmann, fue algo en verdad insólito. Inmediatamente se sucedieron en Alemania y en Austria una serie de suicidios con E 605. Los titulares de los periódicos repetían una y otra vez, sin pausa ni respiro: «El veneno de Worms acaba con nuevas vidas humanas». «Cinco nuevos suicidios con E 605». «Otras seis personas se suicidan con el insecticida». «Una familia de cuatro personas se envenena con E 605».

El 20 de septiembre de 1954, cuando Christa Lehmann compareció ante el tribunal, sin desmentir sus confesiones y sin el menor signo de dolor o arrepentimiento, y cuando el juez territorial Nix la condenó a prisión perpetua, volvió a producirse la oleada de crímenes y asesinatos.

No hubo un solo instituto médico-forense ni un laboratorio químico-toxicológico que no tuviera que identificar el E 605. Se dieron nuevas sorpresas y fracasos. Una vez más, los métodos de identificación que se consideraban seguros en un momento dado, parecían perder todo su valor poco tiempo después. Los métodos basados en Averell y Norris no escaparon a dichas dudas. En dicho método, el color violeta se basaba en el hecho de que los «nitrocompuestos aromáticos» del E 605, mezclados con «aminas aromáticas», eran sometidos a la acción de una «diazoación y acoplamiento en un colorante de anilina». Ahora se demostraba que también otros nitrocompuestos aromáticos y aminas aromáticas producían las mismas formaciones cromáticas. No sólo los barbitúricos, sino también, y de manera especial, las sulfamidas —medicamento contra algunas infecciones bacterianas, famoso desde la segunda guerra mundial y ampliamente usado— podían producir el efecto o la reacción del E 605 en personas tratadas con sulfamidas antes de la muerte.

Los toxicólogos viejos recordaron las polémicas en torno a los alcaloides cadavéricos, cuando F. Fretwurst y H. Kaiser descubrieron que un producto de la descomposición con sangre cadavérica y sin el menor contenido de E 605, podía provocar una coloración engañosa sometido a la reacción de Averell-Norris. Los misteriosos alcaloides cadavéricos reaparecían —al parecer— una vez más, aunque con otro disfraz.

Lo mismo que tantas veces en la historia de la Toxicología, se iniciaron los esfuerzos por lograr una seguridad absoluta. Se crearon nuevos procedimientos cromatográficos sobre papel, que condujeron, por fin, al método que identificaba el E 605 mediante la llamada *espectrofotometría*, en la zona de las radiaciones ultravioleta, y permitía calcular la cantidad de veneno existente en un cadáver.

La irrupción del E 605 en la toxicología forense constituye, sin duda, un pequeño episodio en relación con toda su historia. Pero la brusquedad con que apareció fue más sorprendente e iluminó con una luz más viva que cualquier otro episodio la constante situación de lucha en que se encontraba la Toxicología a los ciento cincuenta años de evolución.

La Toxicología se había convertido en un enorme edificio, que iba más allá de países, fronteras y continentes. El trabajo de varias generaciones abrió unos caminos que no podrían ya

comoverse. Pero la Toxicología, en mayor grado que la medicina forense, estaba sometida a la dura ley de una evolución ininterumpida. Tenía que marchar al compás de sus dos «ma-dres», la química y la farmacia, las cuales no cesaban de crear sustancias nuevas, materias indispensables para el desarrollo de una sociedad industrial de masas, unas masas que, por otra parte, tenían en sus manos una cantidad de sustancias tóxicas que superaba ampliamente las más audaces fantasías de un Orfla o un Stas.

Si había algo que subrayara la importancia criminalística de la toxicología forense, pese a los fracasos, decepciones y limitaciones, este algo fue un acontecimiento que ocupará inmediatamente el primer plano de nuestra historia y que coincide con la insólita evolución de los venenos.

Nos referimos al puente que, al iniciarse el siglo XX, tendióse entre la criminalística y la policía criminal por un lado, y la Toxicología por otro. La Toxicología seguía siendo una parte de la medicina forense, la Farmacología y la Química. Este puente fue tendido de una forma que, en principio, superó el que existía entre la medicina forense y la criminalística, ya que tenía un carácter mucho más inmediato.

Se trató de una colaboración más o menos estrecha entre la policía y los laboratorios, institutos y centros de investigación toxicológica, y condujo además a que las organizaciones policiales de casi todos los países instituyeran sus propios laboratorios y tuvieran a su servicio toxicólogos que colaboraron con los policías de un modo indisoluble.

14

Retrocedamos ahora unos decenios y volvamos a la época de los pioneros y precursores, de los buscadores de nuevos métodos y los personajes originales que, como Bertillon y otros muchos, abrieron el camino de la ciencia a la investigación criminal.

Probablemente fue Rudolph Archibald Reiss quien tuvo la idea de instalar laboratorios tecnocientíficos junto a los organismos policiales, y de convertir en criminalistas a los científicos y toxicólogos. Pero al crecer la Toxicología, como parte



Pese a que hubo muchos precursores europeos, Estados Unidos fue la cuna de la balística. Su iniciador más importante fue Calvin H. Goddard, a quien vemos estudiando el ánima de un cañón de pistola.

Sobre los trabajos de los norteamericanos Waite y Gravelle, Calvin H. Goddard ideó un microscopio comparativo, que se convirtió en el instrumento más importante de la balística.



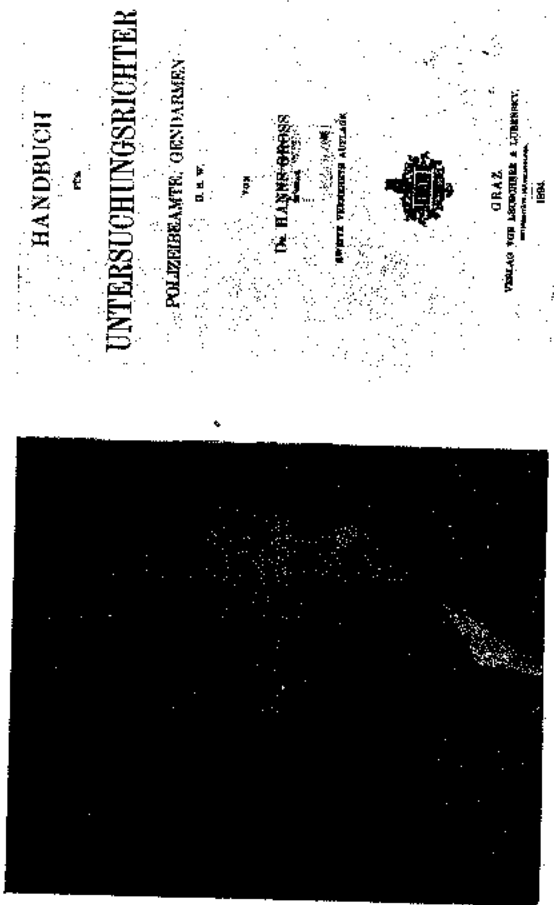
integrante de las Ciencias Naturales y entrar, como tal, en la criminalística, la función de los laboratorios científicos anejos a la policía significó también el principio de su entrada definitiva en las instituciones policíacas de todo el mundo.

Lo que Alphonse Bertillon calificaba de «laboratorio criminal» era, en realidad, un taller en el que él montaba sus aparatos fotográficos para estudiar las posibilidades de la fotografía al servicio del reconocimiento o la identificación. Reiss era también un hombre interesado, sobre todo, por la fotografía y la «identificación científica»; pero poseía a la vez una personalidad tan rica y unas ideas tan originales, que supo ver la importancia que llegaban a alcanzar los laboratorios químicos en la policía.

Reiss, hombre alto, cuya fisonomía recordaba a Sherlock Holmes —el detective de las novelas de Conan Doyle— había nacido en Alemania. En 1895, a los veinte años, empezó a estudiar Química en Lausana. Ya en su época de estudiante le ocurrieron cosas extrañas. Se contaba que, a causa de una debilidad circulatoria congénita, Reiss se sumió en una profunda inconsciencia y fue dado por muerto. Al volver en sí vio que estaba ya amortajado y colocado en un ataúd. El joven tuvo un shock, que no pudo superar en toda su vida. Por lo demás, su dolencia no le impidió convertirse en un fumador recalcitrante. Fumaba tantos cigarrillos al día, que, puestos en fila, habrían formado una hilera de varios metros. En 1900 se trasladó a París, deseoso de conocer a Bertillon, y regresó a Lausana obsesionado por la idea de ejercer la criminalística con un criterio totalmente científico. Mantuvo un íntimo contacto con la policía del cantón suizo de Waad, y con las autoridades del mismo, y fundó, con sus propios fondos, un Instituto de policía científica. Logró que su instituto fuese reconocido por la universidad de Lausana como centro docente para la especialidad de «criminalística científica», ciencia en modo alguno definida. Reiss era un hombre que vivía completamente sumergido en su mundo. Una vez fue invitado a una velada social, y aburrido a su anfitriona con interminables discursos sobre problemas policíacos. No volvió a ser invitado. Su instituto no tardó en ser frecuentado por policías rusos, serbios, sudamericanos, etc. El mismo realizó un viaje a San Petersburgo y a Rio de Janeiro, para instalar laboratorios policíacos. En 1917, durante la pri-



El juez de instrucción austriaco Hanns Gross (*abajo, izquierda*) fue tal vez el primero que, en su *Manual del juez de instrucción* (*abajo, derecha*), aparecido en 1893, utilizó los logros científico-médicos para la investigación criminal. Hacia la misma época, el médico forense berlinés doctor Paul Jeserich Kugel (*arriba*) fotografió las balas extraídas de los cuerpos de personas asesinadas y las comparó con microfotografías de proyectiles disparados con las armas de los sospechosos.



mera guerra mundial, fue llamado a Servia para organizar la policía de aquel país. Después de la guerra regresó a Lausana y cedió la dirección de su instituto a su asistente Marc Bischoff, de veintisiete años, que posteriormente fue catedrático de criminalística científica. Reiss regresó a Servia y vivió en una casa de Belgrado que, al parecer, le regaló el rey Pedro de Yugoslavia. Muchos no comprendían por qué se enterró en Belgrado. Se contaba que en 1928 se peleó con un vecino a causa de las vallas que separaban los huertos de ambos, y que murió a consecuencia del disgusto. Su débil corazón dejó de latir. Por extraña que fuera la vida de Reiss, es indudable que su trabajo y, en especial, la fundación del instituto de Lausana, le aseguraron para siempre un lugar en la historia de la investigación criminal.

Casi en la misma época actuó en Lyon el doctor Edmond Locard. Nacido en dicha ciudad en 1877, estudió en ella Medicina y Derecho. Trabajó muchos años como asistente de Lacasagne, tiempo durante el cual descubrió que la Química, la Microscopía y la Biología ofrecían posibilidades de investigación criminal que, a la larga, acabarían por desbordar la actividad de un patólogo, por muy polifacético que fuera. No le bastó el hecho de que en el Instituto Químico de la universidad se iniciaran investigaciones toxicológicas de carácter forense. Era un hombre lleno de fantasía, que soñaba con ver albergarse bajo un mismo techo los métodos de investigación criminal y científica: bajo el techo de la policía. Locard, como Reiss, visitó a Bertillon en París. Luego se trasladó a Viena, Berlín, Nueva York y Chicago, para informarse sobre el estado de la policía criminal y comprobar hasta qué punto eran utilizados los métodos científicos del departamento del Ródano, fundó el laboratorio policíaco de Lyon, en dos misérrimas habitaciones situadas en la buhardilla del Palacio de Justicia. El centro de los intereses científico-policiales seguía siendo la lucha por conseguir el mejor método posible al servicio de la identificación. Pero Locard, que no tardó en decidirse por las huellas digitales, no perdió nunca de vista su objetivo final. Empezó con el análisis químico de las partículas de polvo y extendió su trabajo a todo el campo de la Química y la técnica forense. De la investigación de la tinta y el papel pasó a la grafología, que le ocupó más o menos tiempo en sus últimos años.

Aquel hombre, que en su juventud y madurez exhibió una figura esbelta y elegante, tenía bigote negro, nariz aguilena y ojos claros, chispeantes. Fue el primero que, en unión de químicos y patólogos, intentó asegurar en su laboratorio la rápida e inmediata colaboración de todas las fuerzas. Sus clases en la escuela policíaca de Saint-Cyr-au-Mont d'Or contribuyeron resueltamente a despertar el interés de la Sûreté por las Ciencias Naturales.

Pero no sólo en Francia y en Suiza hubo pioneros que actuaron en el campo de la criminalística científica. Muchos otros países contaron con ellos. Casi siempre eran personas ajenas al oficio policial, personas que, a diferencia de los químicos, toxicólogos y farmacéuticos más famosos—cuyo trabajo policíaco y judicial les ocupaba una mínima parte de su tiempo—, dedicaron la mayor parte de sus desvelos a la criminalística. Casi todos ellos trabajaban en laboratorios propios, a menudo improvisado, y se interesaban por todo el dominio científico que luego se llamó *ciencias forenses*: desde la Toxicología y la identificación de la sangre, hasta la grafología y la balística. Los más capacitados alcanzaron una fama casi legendaria.

Los Países Bajos dieron uno de los personajes más originales de esta galería de pioneros que surgieron a finales del siglo pasado: C. J. van Leden Hulsebosc, que vivió y trabajó en Amsterdam. Los Leden eran boticarios desde hacía muchas generaciones. También llevaban generaciones habitando una vieja casa de ladrillos, muy agradable y bien conservada, en cuya planta baja se hallaba la farmacia. Decíase que el padre de nuestro hombre analizó durante treinta años sus propios excrementos para estudiar determinados fenómenos acerca de los cambios de la materia orgánica. Su hijo heredó de él «el afán de saber» y el «talento analítico». En su juventud, Van Leden Hulsebosc vivió algunos casos criminales y comprobó hasta qué punto los análisis químicos habrían podido contribuir a su esclarecimiento. Cuando conoció la existencia de Locard y Reiss, emprendió viaje a Lyon y Lausana y regresó convencido de que tenía que dedicar toda su vida a ayudar a la investigación criminal con sus conocimientos químicos. No tardaron en llover los encargos sobre su laboratorio. Fue siempre un hombre libre, sin contacto directo con la policía ni la justicia. Por lo demás, siempre tuvo un carácter burlesco, y en los últimos años llamaba

la atención por el color azulado de su nariz. Una vez, durante una inspección al lugar de un crimen, se cayó a un foso lleno de carbonilla. El negro polvo penetró tan profundamente en los poros de su nariz, que nunca pudo hacerlo desaparecer del todo. Pero nuestro hombre era lo bastante original como para aceptar el aspecto insólito de su apéndice nasal y considerarlo una característica propia y personal.

Una de las figuras más famosas y peculiares, entre los llamados *químicos forenses* de finales de siglo, fue Paul Jeserich, de Berlín. En la capital alemana, y en un amplio contorno, hubo muy pocos procesos que no requirieran la presencia de Jeserich como experto en Química. Era hijo de un transportista de muebles y había aprendido «a fondo» la química y la toxicología forenses con el profesor Sonnenschein. A la muerte de éste, lo substituyó en el laboratorio privado que poseía. Posteriormente, Jeserich trabajó en su propia casa, en el número 12 de la Fasanenstrasse, un edificio de varios pisos en cuya planta baja se hallaba el laboratorio. Jeserich vivía en el primer piso con su familia. En su laboratorio se afanaba nuestro hombre, cada vez más pesado y corpulento, ayudado por varios asistentes y un factótum llamado Karl. Aún estaba lejos la época de la Cromatografía, el análisis espectral, los rayos X o la radiactividad, un mundo complejo que no sería ya dominado por una sola personalidad. Jeserich trabajaba con aparatos contruidos en gran parte por él mismo. Los materiales destinados al análisis toxicológico se hallaban en un patio interior. No había cámara frigorífica. El mal olor de los órganos de los cadáveres se extendía por toda la escalera, hasta los pisos más altos. En esta pieza trasera se hallaban también los recipientes de cristal con las distintas sustancias que habían de someterse a investigación; todo ello contribuía a definir aún más la «atmósfera» de la casa. En este ambiente, que para un científico posterior habría de resultar primitivo, Jeserich realizó un trabajo que acabó por convertirlo en una autoridad para los policías, abogados y jueces de su tiempo, y en una figura popular para muchos berlineses. Una de sus preferencias era la fotografía aplicada a la química forense. Fuera de su laboratorio, no tenía más que dos aficiones: la navegación a vela o a vapor y la cítara. Era propietario de un yate de motor y otro de vela, y pertenecía al club marítimo imperial. Aunque antes de la primera guerra

mundial podía considerarse millonario y estaba casado con la hija de un comerciante berlinés, poco a poco fue dominado por una avaricia patológica, y en la ancianidad, el éxito le dio unos rasgos cada vez más autocráticos. Se convirtió en un despota para su familia, y acabó siendo un tipo raro. Cuando, al término de la primera guerra mundial, fue propuesto para catedrático y se le pidió que acudiera a la universidad de Berlín a fin de tener unas entrevistas previas con las autoridades académicas, se negó a ello con las siguientes palabras: «¿Yo? Yo soy el doctor Jeserich. Si quieren algo de mí, que vengan a verme». En los últimos años de su vida, él, el pionero, se opuso al progreso técnico de su propia especialidad. Sin embargo, al morir —en 1927— era considerado como una de las personalidades inolvidables que tendieron el primer puente firme entre la criminalística, la Química y las Ciencias Naturales.

Casi contemporáneo de Paul Jeserich fue el doctor Georg Popp, nacido en Francfort del Mein en 1861. Su actividad docente, como químico de alimentos en Marburg, Leipzig y Zurich, se sitúa en la segunda mitad del siglo XIX. En 1888 fundó un laboratorio en Wiesbaden. Una de sus especialidades fue el análisis del tabaco. Sin embargo, cuando la policía del sur de Alemania le pidió que se dedicara al análisis de sustancias venenosas, nació en él la pasión por la química y la toxicología forenses. Por propia iniciativa fundó un laboratorio en Francfort, en el que se dedicó predominantemente a los análisis toxicológicos y científicos afines, al servicio de la investigación criminal. Fue el primer toxicólogo que, en 1913, intentó localizar un veneno en las cenizas de cadáveres incinerados —en el sensacional caso del envenenamiento Hopf, el cual fue acusado de haber envenenado con arsénico a sus dos primeras mujeres, a sus padres y a dos hijos, y de haber intentado envenenar a su tercera mujer con bacterias del tífus y arsénico. En las cenizas de la madre de Hopf encontró Popp 0,075 miligramos de arsénico por cada 100 gramos de sustancia analizada, e intentó descubrir, valiéndose de animales, la cantidad de arsénico que tenía que ingerir un ser vivo para que en sus cenizas quedara una cantidad de veneno correspondiente a aquellos 0,075 miligramos. En 1924, Popp fue nombrado profesor honorario de química forense en Francfort, y fue uno de los primeros químicos forenses alemanes, si no el primero, a quien se concedía tal honor.

Una de las personalidades fundamentales del campo que nos ocupa fue un hombre ya citado en la historia de la identificación: Robert Heindl, el cual fue nombrado consejero de legación del ministerio de Asuntos exteriores por la recién fundada República alemana. Tenía unos cuarenta años y era un hombre de gran imaginación y energía. Intuyó que la policía tendría que unirse de un modo inmediato a los químicos y a otros científicos, si quería aprovechar las posibilidades criminalísticas que le ofrecía la investigación científica, en constante evolución. Estaba convencido de que la Toxicología y las restantes disciplinas científicas, sobre todo la Química, proporcionarían una colaboración tan importante, que, a la corta o a la larga, sería imposible hacer frente a las necesidades policiales de la época de masas, sin la colaboración de químicos particulares, químicos de alimentación adscritos a las autoridades correspondientes, institutos de medicina forense ocupados en investigaciones toxicológicas o de medicina legal, así como institutos universitarios de Farmacología y Química. Heindl vio acercarse el momento en el que los métodos de investigación científica llegarían a ser una necesidad cotidiana de la policía. En los primeros años de la posguerra quedaron sin esclarecer numerosos casos de accidente, suicidio o asesinato, porque no era posible una investigación a fondo. Miles de casos quedaron por investigar, porque los médicos, inexpertos, no informaban a la policía, y porque los policías no tenían la menor idea sobre la evolución de la Química y la Toxicología. Conocían el valor de las huellas dactilares y habían aprendido a registrar los indicios existentes en el lugar o el cuerpo del delito. Sin embargo, la Química y la Toxicología eran conceptos totalmente extraños para los funcionarios policiales, hasta los más altos cargos. Heindl consideró muy necesario que trabajaran químicos en la policía, personas dispuestas día y noche a efectuar las primeras investigaciones y a instruir a los funcionarios, con los cuales colaborarían, además, en la búsqueda de sustancias susceptibles de análisis.

Cuando, en 1911, Heindl fue nombrado director de la policía de Dresde, había instalado ya un laboratorio químico-policial en aquella ciudad. La primera guerra mundial paralizó más o menos el trabajo de dicho laboratorio. No tuvo mejor suerte una modesta institución creada por aquellas mismas fechas en el presidio de la policía berlinesa y destinada a un funcionario

«químico al servicio de la investigación policíaca». Un discípulo de Gerhard Popp, el químico de veinticinco años August Brüning, se había hecho cargo del laboratorio, que a la sazón contaba con escasas posibilidades. Nadie sospechaba que veinte años después Brüning sería uno de los científicos forenses más importantes, al servicio de la criminalística alemana.

Hasta la caída del Imperio alemán y la proclamación de la República, Heindl no pudo emprender el segundo intento de realizar su sueño: la creación de un laboratorio policial. Una oleada de crímenes, que inundó Alemania después de la guerra, obligó al ministerio del Interior a pensar en una reorganización de la policía. A las ideas de una superación humanitaria del crimen, que proliferaban en la Alemania de aquellos años, se oponían duras realidades. El ministerio del Interior se dirigió a Heindl, que en 1919 estaba confeccionando una *Ley para la policía criminal*. En ella se intentaba poner fin a la división existente entre la policía de los distintos Estados y ciudades alemanas, que no había desaparecido con el advenimiento de la República. Su idea seguía siendo el contacto de la criminalística con las Ciencias Naturales. Según él, la Jefatura Superior de la policía alemana habría de tener forzosamente un gran laboratorio. Un laboratorio en el que los químicos y otros científicos pudieran aplicar los métodos que les ofrecían la técnica y la ciencia para esclarecer crímenes. Los expertos, en contacto permanente con el trabajo de la policía, efectuarían rápidas investigaciones, que hasta entonces habían sido repartidas entre personalidades aisladas e institutos públicos o privados de mayor o menos cualificación. Heindl pensaba además crear otros laboratorios dependientes del central, extendidos por todo el territorio nacional. Ello permitiría trabajar en inmediato contacto con los hechos y analizar las sustancias correspondientes en los mismos lugares del crimen. Sólo los trabajos difíciles serían enviados a la central berlinesa.

Los proyectos de Heindl no llegaron a cristalizar. En cambio, fue aprobada la Ley para la policía del Estado, bajo la impresión causada por el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores, Rathenau, el 24 de junio de 1922. Pero fracasó su puesta en práctica porque los diferentes Estados, especialmente Baviera y Sajonia, se mostraron celosos de sus prerrogativas policiales.

Sin embargo, la evolución prevista por Heindl no pudo ser

contenida, aunque sí aplazada durante muchos años. Con gran rapidez aumentó el número de trabajos encargados por la policía a los químicos forenses, a los institutos de medicina legal y farmacología dedicados a un trabajo toxicológico y químico; y en las ciudades pequeñas o pueblos, a los médicos legales o a los farmacéuticos. La criminalística científica, y con ella la toxicología, ofrecían un panorama variado y multicolor. No existía una verdadera colaboración, y constantemente cometían errores y faltas los hombres que trabajaban en laboratorios insuficientes y no podían seguir la evolución científica. Sin embargo, también hubo excepciones: August Brüning, que en 1930 tuvo, por fin, a su cargo un gran laboratorio en Berlín-Charlottenburg, sintió la satisfacción de que los policías berlineses (y no sólo ellos) le consultaran y le pidieran ayuda. No obstante, muchos institutos de medicina forense seguían proporcionando, como siempre, los resultados más seguros, incluso en los análisis toxicológicos. Entre los farmacólogos y toxicólogos de las universidades alemanas adquirió una gran reputación Hermann Georg Fünner, que actuó en Leipzig y, desde 1925, en Bonn. Fue especialista de la policía y del ministerio público en numerosos casos de envenenamiento.

En medio de una confusa variedad de formas, la policía y las ciencias forenses fueron evolucionando paralelamente de una manera vacilante.

Hubo que esperar al año 1937 para que, por segunda vez y con éxito, se intentara dotar a la policía de grandes laboratorios técnico-científicos. Condición previa para ello fue el hecho de que se hiciera realidad la idea de una unificación policíaca, idea propugnada por Heindl en su proyecto veinte años antes. Hacía ya algunos años que Heindl no estaba solo. Cuando, entre 1923 y 1929, un asesino sexual violó, lesionó y mató, en Düsseldorf, a buen número de mujeres (nunca se ha podido saber la cifra exacta), muchos policías abogaron por la centralización de los organismos destinados a combatir el crimen.

El hecho de que el asesino, Peter Kürten, no fuera detenido hasta después de muchos años, no se debió precisamente a la falta de colaboración de las autoridades policíacas. Finalmente, cuando, el 29 de mayo de 1930, pudo ser capturado, el éxito fue debido más a la casualidad que a un trabajo metódico. Sea como fuere, el consejero berlinés Ernst Gennat consiguió, en

febrero de 1926, reunir las distintas comisiones investigadoras de Berlín en una Inspección criminal central. Y el caso Kürten condujo a la fundación de un organismo semejante para todo el territorio del Ruhr. Pero la evolución no prosiguió. Quedaron sin efecto las palabras de Gennat: «Nuestras experiencias en la investigación criminal nos llevan a la conclusión de que es imprescindible crear un organismo central». Fueron necesarios la destrucción de la República y el advenimiento de la era nacionalsocialista para que se hiciera realidad la idea de unificar la policía alemana.

No deja de ser irónico y trágico el hecho de que dicha centralización se efectuara al amparo de un nuevo sistema político en el que no cabían hombres como Heindl o Gennat y al que no podían adaptarse por temperamento. En 1933, Heindl fue jubilado, y Gennat permaneció «atado» a la estrecha jurisdicción de una comisión criminal, hasta que murió en 1939, apenas cumplidos los sesenta años. Pero no sólo Heindl o Gennat eran incapaces de adaptarse al nuevo mundo; otros muchos policías alemanes se encontraban en las mismas condiciones.

Esto puede afirmarse, en cierto sentido, del hombre que entre los años 1937 y 1944 estuvo al mando de la policía alemana centralizada e hizo realidad la idea del gran laboratorio policíaco central: Arthur Nebe.

Nebe había nacido en 1894; era hijo de un maestro berlinés, y fue voluntario en la primera guerra mundial. Más tarde se convirtió en agente de la policía berlinesa, y aprendió su oficio a las órdenes de Gennat. Luego fue nombrado Comisario de estufeficientes, y por fin, en 1930, director de la sección de robo. No sólo aprovechó las lecciones de Gennat, sino que su propia experiencia lo convirtió en defensor de la unificación policíaca y de la colaboración inmediata con los científicos. Gennat, pese a reconocer la importancia que tenía el médico en el lugar del crimen, siempre había dado la preferencia a la observación y al arte de interrogar; en cambio, Nebe supo reconocer la importancia, cada vez mayor, de las Ciencias Naturales en el campo de la investigación criminal.

Nebe fue uno de los muchos especialistas que acogieron alborozados el advenimiento del nacionalsocialismo, porque los ayudaba a llevar a la práctica sus ambiciosos planes, puramente individuales y, en este caso, ilegítimos. Como muchos millo-

nes de personas, Nebe fue incapaz de calcular las consecuencias políticas y humanas de la revolución hitleriana, y cuando, en 1945, fue condenado a muerte por complicidad en el fracasado atentado de 1944 contra Hitler, y ejecutado en secreto, la muerte lo sorprendió en un mar de dudas, entre la ambición y la lucidez, entre la obediencia y los sentimientos humanos, entre el miedo y el repudio de un sistema político que lo había envuelto en sus tentáculos y del que ya no podía escapar.

En 1937, Nebe fue nombrado jefe de policía del Reich. El 16 de julio del mismo año fue creada la central de Berlín; al mismo tiempo se iniciaba la construcción del correspondiente edificio oficial en el Werderschen Markt.

Esta evolución sirvió de marco a unos acontecimientos que merecen nuestra atención en este capítulo. En octubre de 1938, un año después del nombramiento de Nebe, se creó un *Kriminalltechnisches Institut* para toda Alemania, instituto que se convirtió en poco tiempo en uno de los laboratorios policiales más grandes y mejor acondicionados del mundo. Su director fue el doctor Hees, que hasta entonces había trabajado en la Oficina de Investigaciones químicas de Stuttgart. Al igual que el director de esta institución, Metzger, Hees sentía un enorme interés por las ciencias forenses. Más adelante volveremos a tratar de él como precursor de la balística forense.

El laboratorio de Hees se destinaba a realizar gratuitamente análisis químicos, toxicológicos y técnico-científicos en general, para todos los órganos policiales, acusadores públicos y tribunales. A la creación del Instituto central en el Werderschen Markt siguió la instalación de unos cuarenta centros de investigación técnico-criminal en toda Alemania; se trataba de pequeños laboratorios receptores, que dependían de los puestos de policía previamente creados. Su función, según las primitivas ideas de Heindl, era la de asegurar el análisis especializado de materiales en el mismo lugar del crimen, y enviar a Berlín los trabajos más difíciles.

Así, en 1941, parecían realizarse los sueños de muchos años. Y, de hecho, el Instituto técnico dio en numerosos casos resultados que ensombrecieron por completo lo que los mejores especialistas pudieron realizar en años anteriores.

Las ventajas del nuevo sistema eran evidentes e innegables. En el Instituto trabajaban científicos y técnicos que, aparte la

tarea forense tenían que realizar otras investigaciones de todo tipo; estaban en contacto diario e inmediato con las actividades de la investigación criminal. Así se llegó a la unión de las investigaciones que antes se repartían entre los científicos e investigadores aislados, y a la acumulación de una serie de experiencias que quedaban fuera del alcance de cualquier personalidad o instituto privado, e incluso de grandes institutos forenses, secciones toxicológicas y técnicas. Se efectuaba un trabajo rápido, cuyos resultados quedaban a disposición de los criminalistas, quienes podían servirse de ellos ya durante el curso de sus averiguaciones, y no sólo cuando las mismas estaban terminadas y se habían seguido innumerables pistas falsas. Hees demostró, evidentemente, que no era en modo alguno acertado el argumento más importante esgrimido contra las ideas de Heindl: que los laboratorios policiales sólo proporcionarían resultados favorables para la misma policía. El Instituto dio en realidad unos resultados objetivamente positivos, capaces de confirmar o reforzar unas sospechas, y, además, otros resultados negativos, es decir, que obligaban a renunciar a una pista. Muchas veces se confirmó lo que Heindl había predicho: que los miembros de un laboratorio estatal, al abrigo de problemas económicos, podrían trabajar más objetivamente que cualquier centro privado o semiprivado, que nunca lograría desenvolverse con semejante independencia. Y, no obstante, la gran empresa de los años 1938 y 1939 estaba condenada al fracaso. El estallido de la segunda guerra mundial arrebató muchos especialistas a los laboratorios. Las instalaciones técnicas fueron utilizadas con fines bélicos. Cuando el Instituto de Hees dejó de estar en condiciones de responder a las demandas, los fiscales y policías tuvieron que recurrir de nuevo a la ayuda de especialistas, institutos forenses y químicos particulares. El vasto sistema de contactos fue minado antes de que llegara a estructurarse totalmente.

Además, la participación de un gran contingente de la policía criminal alemana en acciones (y organizaciones políticas) afectó también necesariamente al Instituto técnico. Tenía que afectarlo, desde el momento en que el mando policiaco político comprobó que la criminalística científica podía servir como arma de lucha política y proporcionar pretextos para detenciones y condenas a muerte. Aunque Hees y sus colaboradores

trataron de evitar tales exigencias con todos los medios a su alcance, es evidente que no pudieron escapar, de un modo u otro, a alguna influencia.

En los días de la derrota alemana, en mayo de 1945, sucumbió la central policiaca del Reich después de siete años escasos de existencia, y, con ella, el Instituto de investigaciones técnicas-criminalísticas del Werderschen Markt. Hees, el director de esta última institución, desapareció.

Algunos científicos del Instituto volvieron a reunirse cuando la curva de criminalidad aumentó después de la segunda guerra mundial, y las tropas americanas, inglesas, francesas y soviéticas en Alemania, se vieron obligadas a rehacer los órganos policiales alemanes. La agitada historia de esta reestructuración no cabe en el presente capítulo. Lo que nos interesa en este sentido es el hecho de que reempezó la evolución de los laboratorios científicos y técnicos, que parecía interrumpida en 1945. Cuando se consumó totalmente la división de Alemania en una República Federal Alemana y una República Democrática Alemana, tanto en el Oeste como en el Este, las autoridades se decidieron a reestructurar nuevos laboratorios —en el Este, centralizados, y en el Oeste, a medio camino entre una cierta ordenación central y la autonomía de los distintos *Länder* y ciudades—. Al principio, parecía como si no se hubiese desarrollado nunca la lucha por una policía unitaria, iniciada antes de la era nacionalsocialista, incluso por personas no hitlerianas. La frecuente identificación de los términos centralización y nacionalsocialismo, y la tendencia de muchos alemanes a exagerar los conceptos de democracia y liberalismo, del mismo modo que antes exageraron los de autoritarismo estatal, condujo a la fundación de órganos policiales en los distintos *Länder* y ciudades de la República Federal: Munich, Kiel, Berlín, Bremen, Düsseldorf, Hamburgo, Hannover, Coblenza, el Sarre y Stuttgart.

Y cuando, en 1951, se creó por primera vez una central policiaca federal en Hamburgo y luego en Wiesbaden, es natural que dicho organismo no tuviera poder ejecutivo alguno, «a menos que los *Länder* pidiesen una investigación criminal en su territorio». Tampoco la posición de su presidente, Dullien, tenía nada que ver con las condiciones en las que empezó a trabajar Edgar Hoover en Washington. Sin embargo, el alto precio que, a lo largo de su historia internacional, tuvo que pagar la cri-

iminalística a los ideales de libertad mal entendidos o aplicados, pertenece también a otro capítulo. Limitémonos a comprobar el hecho de que la central policiaca de la Alemania Occidental, en los años que siguieron a 1951, construyó laboratorios técnicos-científicos, instalaciones que, por la calidad de los colaboradores y por su acondicionamiento, pronto estuvieron en condiciones de competir con los mejores del mundo. Sin embargo, dejaron de constituir una organización centralizada, apta para solucionar todos los problemas difíciles. Los *Länder* y las ciudades crearon sus propios laboratorios, más o menos grandes y perfeccionados, pero siempre independientes.

Parecía una ironía del destino el hecho de que Robert Heindl, que tenía sesenta y tres años y vivía retirado en las cercanías de Munich, recibiera, en noviembre de 1946, el encargo de crear una oficina central de identificación, técnica policiaca y registro de la población para el *Länd* de Baviera. Aquel hombre, siempre ingenioso, de figura hercúlea, blancas melenas y vivos ojos azules, que antaño luchara por un gran laboratorio central en Alemania, se veía retrotraído a la época en que la fundación de un laboratorio policiaco sajón le pareció un gran progreso. Sin embargo, en aquella época incierta, en la que no se sabía si volvería a existir alguna vez una nación alemana, era evidente para él la utilidad de crear una policía territorial. Naturalmente, Heindl tuvo que montar un laboratorio de investigación criminal en un edificio viejo y semidestruído por las bombas. Cuando tres años después, en 1949, pudo retirarse definitivamente a su casa del valle de Isar, el laboratorio en cuestión contaba ya con dos aparatos de análisis espectral, tesoro inapreciable en aquellos días.

En los años que siguieron se fue desarrollando gradualmente en Alemania el sistema de la criminalística basada en las Ciencias Naturales y en la técnica. Durante mucho tiempo se dejaron sentir aún los nocivos efectos de la insuficiencia y la improvisación, la rivalidad y el trabajo doble e inútil, así como la exclusión de los especialistas capacitados, pero comprometidos por su actuación en la época nacionalsocialista. No sólo era necesario haberse con nuevos equipos de científicos, sino que se requerían también nuevos funcionarios policiales, familiarizados con la criminalística científica y sus posibilidades, así como con las limitaciones en su trabajo de investigación cri-

minal. Durante muchos años, el trabajo de la nueva policía alemana fue entorpecido por dictámenes falsos o superficiales, que más de una vez pusieron en entredicho la buena fama de toda la criminalística científica en Alemania, aunque también abrieron los ojos acerca de las limitaciones con que forzosamente trabajaban muchos de los laboratorios territoriales. Sucedió, pues, que una parte de los territorios alemanes pidieron ayuda en mayor o menor medida a los laboratorios centrales de Wiesbaden.

La escasez de los años de reconstrucción trajo como consecuencia el que los acusadores públicos y las autoridades policíacas volvieran a dirigirse a los institutos forenses, químicos y farmacéuticos de las universidades. Sin embargo, no se había olvidado la idea de concentrar en los institutos forenses los trabajos de la criminalística científica, idea nacida en los primeros tiempos de la misma. En cuanto a la Toxicología, las aficiones eran tan grandes, que muchos preguntaron si realmente no habría de adscribirse a los institutos forenses, más que a los laboratorios policíacos. En los institutos podrían trabajar los toxicólogos especialistas, y su labor sería enjuiciada por los médicos legales, dentro del marco general de su ciencia.

La solución adoptada en el futuro consistió en una reglamentación, según la cual los laboratorios de la policía podían realizar todos los análisis toxicológicos que habían pasado ya del campo de la investigación científica al de la rutina artesana. Por su parte, los institutos universitarios se dedicarían, sobre todo, a problemas planteados por la investigación de los venenos y los métodos de análisis. Además, actuaría como instancia suprema, cuando las posibilidades de aquéllos no bastaran, en algún caso que planteara dudas, en el trabajo o ante los tribunales. Al lado de este esquema general, era también evidente que en los laboratorios policíacos había cada vez más científicos preocupados por objetivos de su especialidad y cuya experiencia les permitía contribuir al progreso general de la Toxicología. Asimismo, muchos laboratorios daban trabajo a médicos legales o funcionaban incluso bajo su dirección. Aún no se podía saber con seguridad adónde conducirían las polémicas sobre dicha reglamentación, cuando se inició la segunda mitad del siglo XX. No obstante, siempre fomentarian un trabajo en colaboración si se dominaban los problemas que iban surgiendo a diario y

no se quería perder la carrera contra los venenos, cuyo número aumentaba constantemente.

Aunque las vicisitudes de Alemania entre la guerra, la revolución, la dictadura, la nueva guerra y la división del Estado puedan hacernos creer que ha sido muy difícil el camino recorrido hacia la creación de laboratorios técnico-policíacos, lo cierto es que dicha evolución constituye un ejemplo de la que siguieron muchos países europeos en la primera mitad de nuestro siglo. También Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Dinamarca, Noruega y todos los países orientales, ocupados primero por Alemania y luego por la Unión Soviética, quedaron más o menos afectados por la segunda guerra mundial. La evolución de sus órganos policíacos quedó interrumpida en muchos casos o, como en Austria, sufrió una influencia directa de Alemania. Tan sólo Suiza, Suecia, España y Portugal pudieron evitar las repercusiones directas de la guerra. Sin embargo, cualquiera que fuese el camino seguido por sus órganos de policía, todos los grandes países europeos situados al oeste de la gran línea de demarcación creada después de la guerra, instalaron, en una u otra forma, laboratorios técnico-científicos, con sección toxicológica, unidos a la policía.

Casi en los mismos años que Alemania, Inglaterra dio los pasos decisivos para la fundación de grandes laboratorios forenses. Entre 1924 y 1925 se impuso en Londres la idea de que, entre los catedráticos de Química, los escasos médicos forenses y los químicos, físicos y biólogos de instituciones privadas, resultaba imposible encontrar un número suficiente de personalidades que estuvieran en condiciones de cubrir las demandas de la policía y el ministerio público.

También en Inglaterra había acabado la época de un Stevenson, un Lynch o un Willcox, la época de los *home office analysts*. C. R. M. Cuthbert, futuro superintendente del laboratorio de Scotland Yard, desempeñó por aquellos días el papel de un oficial de enlace, siempre en busca de los expertos más adecuados. Casi siempre eran rechazados sus encargos. Los motivos eran los siguientes: exceso de trabajo en otros campos ajenos a la policía, inexperiencia en cuestiones criminales y repugnancia por comparecer como testigo ante un tribunal. En el país hubo algunos centros de policía que lograron salir del paso por sí mismos. En Nottingham, el capitán Atheistan Pop-

kess creó su propio laboratorio. En Sheffield, el comisario jefe Percy Sillitoe fundó un laboratorio en el que se desplegó una gran actividad, bajo la dirección de James M. Webster, joven patólogo y toxicólogo de Manchester.

Francia desempeñó un papel preponderante con su *Laboratoire de Police Scientifique*, situado en el Quai-des-Orfèvres y en la Place Mazas de París, y con otros grandes *Laboratoires Inter-régionaux de Police Scientifique* en Toulouse, Lille, Marsella y otras ciudades. Lentamente, pero con seguridad, estos laboratorios fueron asegurando su posición junto a los numerosos institutos forenses y laboratorios toxicológicos de las Facultades de Farmacia. En Italia, además de los institutos forenses, también muy numerosos, existía el laboratorio de la *Scuola Superiore della Polizia Scientifica*, con sede en Roma. En Suiza fueron creados los *Kriminalwissenschaftliche Dienste*, como el de la policía de Zurich o de Ginebra, y los *Kriminal-technische Abteilungen*, como el del ministerio público de Basilea. Suecia creó un Laboratorio Técnico Policiaco y un Laboratorio de química forense en Estocolmo. Dinamarca poseía un *Rigspolitiets tekniske Afdeling* en Copenhague, y Finlandia contaba también con su laboratorio central en Helsinki.

En 1928, Archer Bai, jefe interino de la policía de Londres, y el profesor Sydney Smith, de Edimburgo, intentaron convencer al ministro del Interior de la necesidad de montar un laboratorio policiaco propio. Pero la idea era prematura. La actitud anticientífica de muchos policías, que tan negativamente había influido ya en la adopción de los nuevos métodos de identificación, distaba mucho de haber desaparecido. Aún pasarían unos cuantos años hasta que dos grandes personalidades logaran vencer la fuerte resistencia. Se trataba de Lord Trenchard, que fue varias veces jefe de la policía londinense, y de Sir Arthur Dickson, subsecretario del Interior. Trenchard había fundado un *college* de policía en Hendon, al que siguió, en 1936, una escuela para funcionarios de la brigada criminal. En ella se enseñaban sistemáticamente los métodos de investigación, con las lógicas y constantes alusiones a la importancia de los métodos y auxiliares técnico-científicos.

Trenchard logró crear en Hendon un gran laboratorio físico-químico, con científicos que estaban siempre a disposición de la policía. Arthur Dickson, aficionado a la Química, Física y Bio-

logía, propuso al ministro del Tesoro que cada una de las 183 jefaturas de policía del país contribuyero económicamente a la creación de un laboratorio central en Londres. La cuantía de dicha contribución dependería de la capacidad económica de cada uno de los centros. Como compensación, los respectivos jefes de policía podrían enviar al laboratorio materiales para analizar y obtener gratuitamente dicho análisis.

La propuesta de Dickson fue aceptada en 1933-1934. El primer laboratorio inglés recibió el nombre de *Metropolitan Police Laboratory* y —como deseaba Trenchard— fue instalado en Hendon. Más tarde se trasladó a Scotland Yard. En 1935 nacieron otros seis grandes laboratorios, repartidos por Inglaterra y Gales, con el nombre de *Home Office Regional Laboratories*. Se encontraban en Nottingham, Birmingham, Preston, Bristol, Cardiff y Wakefield. Este último tenía jurisdicción sobre todo el nordeste de Inglaterra, y más tarde fue trasladado a Harrogate. Los hombres que erigieron dichos institutos tendrían que hacer frente a largos años de prueba, de desconfianza y de burla por parte de los policías viejos, los cuales seguían creyendo que sus jóvenes colegas perderían su instinto de detectives, porque se dedicaban sólo a las Ciencias Naturales. También existía otro problema: el de la separación y colaboración con los toxicólogos universitarios, los médicos forenses y una larga serie de laboratorios químico-toxicológicos. Sin embargo, la necesidad de los grandes laboratorios era tan evidente, que todas las resistencias se superaron en pocos años y se llegó a una colaboración ejemplar.

Pero todas estas dificultades del Viejo Mundo no eran nada comparadas con las luchas que las ciencias forenses tuvieron que sostener al otro lado del Atlántico. Del mismo modo que la dactiloscopia hizo su entrada muy tardíamente en los Estados Unidos y tuvo que conquistar su puesto venciendo la más encarnizada oposición, así también los pioneros de las ciencias forenses se vieron obligados a vencer enormes obstáculos. Hombres como Rudolph Withaus, en Nueva York, eran personajes completamente aislados y solitarios en una época en la que Europa contaba ya con unos centenares de toxicólogos de importancia, en los primeros años de nuestro siglo. Alexander Otto Gettler seguía siendo un caso más o menos aislado treinta años después. La opinión pública comprendía tan poco su importancia como la gran masa de policías existentes entre Nueva York y Los An-

geles. Y, sin embargo, el país, de cuya mescolanza de razas y pueblos salía ya una nueva generación, estaba destinado a pesar decisivamente en las Ciencias Naturales después de la segunda guerra mundial. En la lucha por la adopción de las ciencias físicas, los Estados Unidos produjeron figuras de una variedad y de un espíritu aventurero desconocidos en Europa.

Entre ellos podemos citar hombres como August Vollmer y Edward Oscar Heinrich. Ambos salieron de la nada. Vollmer era cartero en Berkeley (futura sede de la famosa universidad californiana) cuando, en 1905, el editor del periódico «Gazette», Richardson, lo detuvo en la calle y le dijo: «Gus, queremos que presentes tu candidatura a la elección de jefe de la policía y echés de aquí a los bandidos y pillos que nos vienen de San Francisco». En efecto, Vollmer se convirtió en jefe de policía de Berkeley y se metió en la reducida oficina situada tras el cuartel de bomberos. Los archivos consistían en una agenda con los nombres y algunos datos sobre los delinquentes habituales de la ciudad.

Visto desde fuera, Vollmer era un jefe de policía como tantos otros, sin educación, comprometido ante sus electores y dependiente de la benevolencia de éstos. Pero era, al mismo tiempo, un hombre nacido para ser policía. Dos años después de su elección, Berkeley tenía la cifra de delitos más baja de toda California. Vollmer entró en contacto con la Toxicología en 1908, al ser descubierto en Berkeley un cadáver que tenía en la mano una botella de ácido prúsico. Uno de los policías de Vollmer informó que se trataba de un suicidio. Pero Vollmer se encontró casualmente con un químico amigo suyo, llamado Loeb, el cual le dijo que en modo alguno podía tratarse de un suicidio. «El ácido prúsico —manifestó— causa la muerte instantánea. Los músculos se relajan, y el muerto no puede mantener la botella entre los dedos. Por tanto, alguien ha metido nuestra botella en los dedos del cadáver.» Posteriormente, Vollmer declaró: «El asesinato pudo escapar. Pero yo descubrí que nosotros, los policías, éramos una manada de imbéciles».

Vollmer rogó a su amigo Loeb que, mediante conferencias, les enseñara, a él y a sus policías, la forma de identificar los venenos. Pronto invitó a hablar a otros especialistas: químicos, biólogos y físicos. Finalmente, acabó por contratar a algunos de ellos como profesores fijos en el cuartel general de la policía,

trasladado ya desde el cuartel de bomberos a un edificio propio. Así se inicia la historia del primer laboratorio policíaco y de la primera escuela de ciencias forenses en territorio estadounidense. Vollmer tuvo muchos partidarios y discípulos, que llegaban de todo el Oeste y el Noroeste. Se trataba de sheriffs, jefes de policía e incluso jóvenes estudiantes de Jurisprudencia. Pertenecían a aquella América que empezaba a sentirse responsable de la totalidad del país y que no estaba satisfecha de cómo marchaban las cosas en grandes sectores del aparato policial y en la justicia americana, que, por su formación escolástico-dogmática, ponía por encima de todo las declaraciones de testigos, y sólo con gran resistencia reconocía el valor objetivo de las pruebas científicas. En junio de 1916 empezaron los primeros cursos de Berkeley. Lo que Vollmer sembró eran algunas semillas en un inmenso campo no cultivado. Pero pronto dieron los primeros frutos. En 1919, el municipio de Lewisville pidió a Vollmer que organizara su policía y montara un laboratorio. En 1925 lo siguió Los Angeles, y en 1927, Detroit.

Quizá fuese una casualidad —o tal vez hubiera algo más— el hecho de que en 1918 se instalara en la ciudad de Berkeley otro hombre que dedicó toda su vida a la aplicación de los progresos científicos a la investigación criminal: Edward Oscar Heinrich. Tenía treinta y siete años y procedía de la pequeña ciudad de Clintonville, en Wisconsin. Su padre, alemán de nacimiento, no logró nunca una holgura económica, y Heinrich ganó sus primeras monedas recogiendo botellas de whisky vacías. En 1895, la situación financiera de su hogar paterno era tan catastrófica, que Heinrich tuvo que abandonar la escuela. Obtuvo un empleo de cajero y aprendiz en una farmacia de Tacoma, en el Estado de Washington. En ella aprendió los conceptos fundamentales de la Química y la Toxicología. Durante la guerra rusojaponesa pudo especular con trigo en pequeña escala. Con un beneficio de 18 dólares, se puso en camino hacia Berkeley para estudiar «verdadera química». En 1908 regresó a Tacoma con el cargo de «Químico municipal para las instalaciones sanitarias». Había llegado el momento decisivo de su vida. Se hizo amigo del sheriff, y la atención que fue dedicando a los casos criminales le demostró la utilidad de la Química para la investigación criminal. Su primer caso fue el análisis de una tarta con la que fue envenenado un sereno. Heinrich logró cristalizar el veneno e

identificarlo con el microscopio. Años más tarde se convirtió en jefe de policía de Alameda, en la bahía de San Francisco. Después de pasar algún tiempo en Boulder (Colorado), vivió el resto de su vida en Berkeley, ciudad en la que instaló un laboratorio que no tardó en convertirse en la Meca de los jefes de policía y detectives de todo el oeste americano. Heinrich se hizo famoso por algunos casos criminales, principalmente el caso Charles Henry Schwarz, en el cual logró demostrar que Schwarz incendió su fábrica de Walnut Creek, amenazada de ser puesta en pública subasta, y simuló su propia muerte entre las llamas con el fin de embolsarse la elevada suma del seguro a través de su supuesta viuda. Charles Henry Schwarz había empleado a un asistente llamado Barbe, cuya constitución corporal era muy semejante a la suya, al que asesinó y arrojó a las llamas.

Hasta que se suicidó, en 1953, Vollmer, incansablemente, dio conferencias, propuso reformas, viajó de ciudad en ciudad. Pero su acción se dejó sentir principalmente en el atractivo que ejercían sus éxitos sobre la mentalidad de muchos americanos, al principio para bien, y luego con algunos aspectos negativos. Así como los expertos en huellas digitales surgieron como las setas ofreciendo sus servicios a buen precio a las autoridades policíacas y tribunales, así también América se vio invadida de pronto por una plaga de supuestos «especialistas en química, toxicología y criminología científica». Entre ellos había hombres capacitados, que realizaban un trabajo consciente, dentro de sus posibilidades; pero también menudeaban los charlatanes y estafadores, que aprovechaban el liberalismo americano y la falta de normas para el ejercicio de cualquier especialidad, y que sólo buscaban su propio beneficio. Si en Europa la química forense y la toxicología no pudieron escapar a numerosos errores, la aparición de estos «expertos» americanos condujo a errores aún más fatales, debidos a una falta de escrúpulos previa. De uno de los personajes más típicos y lamentables de esta serie, el «doctor» Albert Hamilton, trataremos ampliamente en el capítulo dedicado a la balística. Durante dos decenios, los falsarios tuvieron más o menos vía libre. Muchos de ellos seguían actuando aún después de los *roaring twenties*, e incluso después de la segunda guerra mundial. Pero los escándalos que provocaron, ejercieron sobre la América consciente los mismos efectos que las acciones de los gangsters, y ayudaron al nacimiento y a la

ejemplar organización del Federal Bureau of Investigation (el famoso F. B. I.).

A finales de los años treinta, los únicos defensores serios de la policía científica eran químicos y toxicólogos adscritos a las oficinas de los *medical examiners* y de algunos *coroners* progresivos; los químicos que trabajaban en laboratorios policiales inspirados, en general, por Vollmer, en ciudades como Los Ángeles, Minneapolis, Toledo, Seattle o Salt Lake City, así como los pioneros particulares de la categoría de Edward Oscar Heinrich. Sin embargo, en esta época se inicia una nueva etapa del desarrollo. En 1929, John O'Connell, inspector jefe interino de la policía neoyorquina, creó un laboratorio con instalaciones químicas y físicas que contaban con los más modernos adelantos, incluido en el marco de una escuela superior de policía. En el mismo año, la North Western University fundó en Chicago un *Scientific Crime Detection Laboratory* que (como veremos) debió su desarrollo a uno de los pioneros de la balística norteamericana: Calvin Goddard. Otros laboratorios que se dedicaron posteriormente a trabajos técnico-científicos fueron creados en aquellos años por expertos en balística, como Thomas Lewis, Charles Gunther o Julian Hatcher. Sin embargo, fue la evolución del F. B. I. la que —como en el campo de la identificación— materializó, dando un gran salto adelante, los sueños acariciados por hombres como Heindl en el marco más modesto de la investigación criminal europea. Coincidiendo más o menos con la fundación del Instituto técnico-policíaco de Berlín, Edgard Hoover creó en Washington un laboratorio del que, unas décadas más tarde, pudo decir Cuthberth, el ya mencionado superintendente de Scotland Yard: «Es el laboratorio soñado por todo científico forense».

La misión del enorme laboratorio, dotado con los más modernos aparatos, era la de superar el trabajo disperso de las policias de cada Estado en el estudio científico de los materiales probatorios. Se repitió la lucha que Hoover tuvo que sostener en el terreno de la identificación; la lucha contra los intereses policiales de los Estados, contra los laboratorios insuficientes que se agitaban por su existencia, contra los institutos privados dominados por el caciquismo de políticos y jefes de policía que se beneficiaban de ellos, y contra la estupidez y el localismo.

Esta lucha no había terminado aún a mediados de siglo. Pero

los químicos, físicos y biólogos del F. B. I., con su trabajo modélico, obligaron a los Estados y ciudades a dirigirse a Washington o a reformar sus propios laboratorios. En este sentido tuvo una importancia decisiva la insólita evolución de las ciencias físico-naturales americanas después de la segunda guerra mundial y la revolución interna que, poco a poco pero con paso seguro, hizo que las ciencias se convirtieran del hazmerreír de las masas, en un motivo de orgullo nacional. La contribución, a veces revolucionaria, que los investigadores posteriores a 1945 prestaron al desarrollo de las ciencias físico-naturales, y la fama internacional que alcanzaron como representantes de su país, ejercieron los mismos efectos beneficiosos. Sin embargo, a mediados de siglo, los laboratorios policíacos americanos seguían ofreciendo la imagen de una variedad y multiplicidad insólitas. Junto al *Crime Laboratory* de El Centro (California) se hallaba el gran *Criminological Laboratory* de Los Angeles *County Sheriffs Department*; el *Crime Laboratory* de Georgia convivía con el *Scientific Police Laboratory* del *City of Oakland Police Department*; el laboratorio de la *Criminal Investigation Section* del ministerio público de Trenton, Nueva Jersey, competía con el *Santa Anna County Laboratory of Criminalistics* en San José. En una sola ciudad, St. Paul, existía el *Crime Detection Laboratory* del *Minnesota Bureau of Criminal Apprehension*, y el *State of Minnesota Crime Detective Laboratory*. Junto a estos laboratorios funcionaban los laboratorios químico-toxicológicos de los *medical examiners* o de los *coroners* más progresivos, como el de Henry Tuckels en San Francisco. En ellos trabajaban muchos de los toxicólogos que, como los sucesores de Gettler, Lamberger, Sidney Keye de Richmond, Henry C. Freimuth de Baltimore o A. W. Freireich del Nassau County (Nueva York), alcanzaron fama internacional. Otros toxicólogos forenses cuyos nombres traspasaron las fronteras fueron Abraham Stolman o Leo R. Goldbaum, los cuales trabajaban en laboratorios de oficinas estatales sanitarias o instituciones del ejército americano. La distensión, la rivalidad y las influencias políticas seguían dificultando el trabajo. Pero ni siquiera los más pequeños laboratorios podían compararse, por su rendimiento, con el lamentable estado en que se hallaban en los años treinta. Constantemente surgían científicos ambiciosos, deseosos de conquistar grandes objetivos y más progresivos incluso que algunos criminalistas

europeos de su tiempo. Cuando, en 1950, la universidad de California fundó una Facultad dedicada exclusivamente a la criminalística científica, creó con ella el órgano más importante del mundo en su género, con seis profesores ordinarios, nueve extraordinarios y tres adjuntos. Su más famoso representante, y no sólo en América, fue el profesor Paul Leland Kirk. En dicha Facultad se daban cita los médicos forenses y se unían en un todo indisoluble las ciencias forenses y la técnica: síntoma de que se vislumbraban los grandes objetivos a que tendía la evolución criminalística americana.

Hemos descrito, pues, las fases decisivas de la trayectoria seguida por las ciencias físico-naturales en su unión con la criminalística, y de los órganos que se crearon en las centrales policiales, grandes y pequeñas, de todo el mundo. Es característico que precisamente los pueblos y naciones que alcanzaron su independencia después de la segunda guerra mundial siguieran, casi sin excepción, el camino de la participación inmediata de las Ciencias Naturales en la organización policial. India tuvo o fundó laboratorios policíacos en Agra, Bombay, Calcuta, Jaipur, Lucknow, Madrás, Putna. Birmania creó laboratorios policíacos técnico-científicos en Rangún e Insien. Lo mismo podemos afirmar de Tailandia, Filipinas y otros muchos Estados.

La evolución seguida por Inglaterra sirvió de ejemplo a Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Canadá. Australia poseía laboratorios en Brisbane y Melbourne; Canadá, en Montreal, Toronto, Ottawa, Sackville, Regine (tres laboratorios de la famosa Policía Montada del Canadá); nueva Zelanda, en Wellington, Auckland, Christchurch y Dunedin. Japón fue uno de los pocos países que dejó el trabajo técnico-forense casi exclusivamente en manos de los institutos de medicina legal. Pero también la policía de Tokio creó un instituto de investigación científica.

Ya tocando a su fin la primera mitad del siglo xx, apenas quedaba en todo el mundo un laboratorio sin una puerta con la inscripción: «Toxicología», palabra que suena de un modo igual o muy semejante en todas las lenguas de la tierra.

El sargento-detective Naylor, de la sección criminal de Bradford, en Inglaterra, no podía prever que se hallaba ante un caso sensacional cuando, la noche del 3 de mayo de 1957, fue enviado a una casa de Thornbury Crescent.

Naylor era uno de los muchos funcionarios pertenecientes a un grande y complejo aparato: al aparato policiaco en que se había convertido la policía británica, gracias a la colaboración y a pesar de su primitiva dispersión. Sin embargo, nuestro sargento era un hombre de formación moderna y había aprendido las nociones de Ciencias Naturales y la forma de valorar las posibilidades probatorias en el lugar del crimen, conocimientos que se exigían también a los policías de servicio. Se iniciaba, pues, una investigación criminal, cuyo desarrollo constituiría un ejemplo de lo que podía realizar un laboratorio policial cuando actuaban en él de un modo conjunto los patólogos y los toxicólogos, y cuando éstos, conscientes de las limitaciones personales, buscaban y hallaban la colaboración de los mejores expertos privados.

Poco antes de medianoche, un médico de la sección criminal de Bradford llamó por teléfono y comunicó que, hacia las 11,30, había sido avisado por un matrimonio llamado Skinner, que habitaba en una casa de dudosa reputación, situada en Thornbury Crescent. Al parecer, una vecina de los Skinner, Elizabeth Barlow, había sufrido un ataque en el baño. El médico se encontró con un cadáver. Las circunstancias que rodeaban el caso eran tan sospechosas, que el facultativo se puso inmediatamente en comunicación con la policía.

La casa con que se encontró Naylor formaba parte de una hilera de edificios semejantes, con sala de estar y cocina en la planta baja, y dormitorio y baño en el primer piso. En el rellano superior de la escalera esperaban el médico y un hombre joven, de unos treinta y ocho años. Este último, de aparente sangre fría, se presentó como Kenneth Barlow, enfermero del St. Luke's Hospital, situado en el cercano pueblo de Huddersfield. La difunta era su esposa.

En silencio, Barlow contempló cómo el médico conducía al sargento al cuarto de baño. Toda el agua de la bañera había

salido por el desagüe abierto. En el suelo de la misma yacía una mujer de treinta años: Elizabeth Barlow. Descansaba sobre un costado, con los brazos doblados, como si durmiera. Al parecer, la mujer había vomitado mientras estaba sentada o tendida en el baño. La debilidad la había vencido y se había ahogado, al sumergir la cabeza en el agua. El cadáver no parecía presentar el menor signo de violencia externa. Pero el sargento, antes de que el médico hablara, observó que las pupilas de la difunta se hallaban muy dilatadas. «Parece —dijo el médico— como si hubiese estado bajo los efectos de alguna droga. Es una suposición. Oiga usted la historia del señor Barlow. Aquí tiene mi dirección. Por desgracia, tengo que marcharme...»

Naylor escuchó lo que le contó Barlow. Sin el menor tropiezo ni vacilación, le soltó la siguiente historia: Él y su esposa Elizabeth, que trabajaba en una lavandería, habían tenido el día libre. Después del té de las 5, Elizabeth Barlow se había acostado y había dicho a su marido que la despertase a las 7,30, porque tenía interés en ver un programa de televisión. Durante el programa volvió a meterse en cama, porque no se sentía bien.

Elizabeth vomitó la comida, y él cambió la ropa de la cama y se acostó también. Poco después su esposa se quejó de calor y de hallarse sudorosa. Quería tomar un baño. Barlow se había dormido. Habían dado ya las 11 cuando despertó y vio que no había nadie a su lado. Venía luz del cuarto de baño. Barlow corrió hacia allí y encontró a su mujer ahogada. Primero intentó sacarla del agua, pero pesaba demasiado. Después abrió el desagüe e intentó reanimar a su esposa haciéndole la respiración artificial. Todo había sido inútil.

Naylor registró la casa. En el dormitorio le llamó la atención que el pijama de Barlow, utilizado para socorrer a su esposa, estuviera completamente seco. Por lo demás, todo lo que vio Naylor parecía confirmar la historia de Barlow. No obstante, ante el pijama seco se imponía una pregunta: ¿Cómo era posible que no estuviera mojado, si Barlow intentó sacar del agua a su mujer?

El sargento telefonó a H. S. Price, su jefe, y le comunicó que, en su opinión, había que dar trabajo a los «hombres de Harrogate» (se refería al laboratorio policiaco local). Price se presentó diez minutos después, y observó algunos detalles que lo desconcertaron. Por ejemplo, no había la menor salpicadura

en las paredes ni en el suelo del cuarto de baño. Le pareció inconcebible que Barlow hubiese intentado sacar a su esposa de la bañera sin que se derramara una gota de agua. Price se puso inmediatamente en comunicación con el laboratorio de Harrogate. El inspector jefe Coffey, que estaba de servicio nocturno, le prometió acudir inmediatamente a Bradford en compañía del médico forense doctor David Price. A las 3,30 de la noche llegaron ambos, tras un difícil viaje por las carreteras oscuras.

El doctor Price quedó sorprendido de que hubiese agua en la parte interior de los brazos doblados. Este hecho contradecía la declaración de Barlow, según la cual, le había practicado la respiración artificial a su esposa. El inspector jefe Coffey encontró después en un rincón de la cocina dos jeringas de poner inyecciones. Una de ellas estaba húmeda. Barlow dio toda clase de explicaciones sin inmutarse. Las jeringas eran suyas; consultaban sus herramientas de trabajo, puesto que era enfermero. Dijo, además, que él mismo se había inyectado penicilina contra un carbunco que no tenía muy buen aspecto. Negó haber puesto inyección alguna a su esposa. Sin embargo, el doctor Price, al observar las pupilas de la difunta, decidió que ésta había estado bajo los efectos de alguna droga. El cadáver fue trasladado inmediatamente a Harrogate.

A las 5,40 de la mañana, Price empezó la autopsia. No descubrió el menor síntoma de que Elizabeth Barrow hubiese sufrido un ataque en el baño. El corazón estaba sano, como los restantes órganos, y el minucioso análisis de las glándulas intestinales, tiroides e hipófisis no descubrió tampoco anomalía alguna. La inspección bacteriológica de los intestinos y el bazo no reveló la presencia de ningún germen infeccioso. Por lo demás, el primer examen tampoco descubrió señales de inyecciónes en ninguna parte del cuerpo. Un detalle curioso: la difunta esperaba un hijo. Price calculó que habrían pasado unas ocho semanas desde el principio del embarazo, el cual seguía su curso normal, y tampoco explicaba el ataque que había provocado la muerte.

El 4 de mayo, hacia las 11 de la mañana, A. S. Curry y P. H. Wright, químicos y toxicólogos, se hicieron cargo del análisis de medicamentos y venenos. Pasaron varios días estudiando el aparato digestivo, pruebas de los vómitos, orina, sangre, hígado, bazo, pulmones y cerebro. Efectuaron los tests correspondientes

para descubrir varios centenares de medicamentos y venenos, y aplicaron todos los métodos bioquímicos que pudieran explicar la existencia de una enfermedad de la sangre o trastornos del metabolismo. Los resultados fueron negativos. No se pudo descubrir la menor huella de ningún veneno, ni exista dolencia alguna en el metabolismo que justificara un estado de debilidad con pérdida de la consciencia. La inspección de las jeringas de inyecciones y de las agujas condujo al descubrimiento de pequeñas dosis de penicilina. Este hallazgo confirmaba la declaración de Barlow, según la cual él mismo se la había inyectado.

El 8 de mayo, muy de mañana, el doctor Price se hacía con una lámpara muy potente y examinaba con la lupa el cutis del cadáver. Quería cerciorarse de que realmente no existían señales de inyecciones. A las dos horas de trabajo vio en la nalga izquierda dos pequeñísimas señales, muy juntas. En la nalga derecha, en un pliegue que formaba la piel, aparecían dos huellas de pinchazos muy semejantes a las anteriores. En el primer examen, las señales habían pasado inadvertidas porque la piel del cadáver presentaba zonas muy sucias. Con gran precaución, Price hizo cortes en las supuestas señales de inyecciones y examinó la grasa y el tejido muscular, descubriendo las típicas alteraciones que dejan en ellos las agujas al penetrar en la carne. No cabía la menor duda: había descubierto varios pinchazos. Mas aún: las inyecciones de la nalga izquierda fueron puestas en un detalle de su declaración. Era evidente que había inyectado alguna sustancia a su mujer, una sustancia que podía tener alguna relación con el fallecimiento. No sin dar muestras de excitación, Price pidió a Wright y Curry, de la sección toxicológica, que acudieran a verlo. En vista del resultado negativo de sus anteriores análisis, los toxicólogos se hallaban ante el arduo problema de saber cuál era el posible veneno que mató a la señora Barlow, un veneno que se les había escapado.

Los resultados del análisis fueron comunicados al comisario Price. No tenía sentido echar en cara a Barlow sus mentiras. Sembrante proceder lo hubiera puesto en guardia. Y no se habría ganado nada si Barlow confesaba que había mentido en lo de las inyecciones. Podía decir que se trataba de inyecciones inofensivas, de vitaminas, por ejemplo. Si nadie lograba demostrar que Barlow había tenido en casa y manejado una sustan-

cía de efectos peligrosos, él se guardaría muy bien de ayudar a los toxicólogos a descubrirla. Se decidió que el comisario vigilara a Barlow y comprobara si en el St. Luke's Hospital había manejado medicamentos (quizá muy modernos), y si dichos medicamentos habían desaparecido.

El día 8, por la tarde, el doctor Price separó las partes de tejido en las que se hallaban las inyecciones y obtuvo tres preparados, que colocó en una cámara frigorífica. Si realmente habían sido inyectadas sustancias no localizadas en ninguna parte del cuerpo, quedaba una posibilidad: en los orificios de las inyecciones podía haber restos de dichas sustancias, no resorbidos por el cuerpo. Sin embargo, los preparados que quedaban para posteriores investigaciones eran tan escasos, que no se podían utilizar para test de resultado completamente imprevisible. Había que reflexionar cuidadosamente y decidir qué análisis podían conducir a un resultado positivo.

Curry y Price llamaron a consulta a unos cuantos especialistas: el profesor C. S. Russell, ginecólogo de la universidad de Sheffield; el profesor R. H. Thompson, director de la Sección de Patología química en el Guy's Hospital de Londres, y S. S. Randall, de la sección bioquímica perteneciente a la fábrica de productos farmacéuticos Boots, en Nottingham. Todas las consultas tenían como tema una sola pregunta: ¿Qué clase de droga o medicamento podía producir en una mujer embarazada unos síntomas como los que habían provocado la muerte de Elizabeth Barlow: cansancio, vómitos, sudor, debilidad, pérdida de la consciencia y dilatación de las pupilas? Entre los expertos se fue imponiendo la idea de un fenómeno conocido con el nombre de *hipoglucemia*: pérdida patológica del azúcar sanguíneo necesario para la vida. La hipoglucemia es lo contrario de la diabetes. En la diabetes, «el órgano insular» del páncreas cesaba de producir la hormona insulina, importantísima para regular el azúcar existente en la sangre humana. Esto producía un exceso de azúcar o hiperglucemia. La hiperglucemia era mortal hasta que, en 1921, se obtuvo la hormona del páncreas de animales y pudo ser inyectada regularmente a los diabéticos. En algunos casos, el exceso de insulina había provocado la muerte. El páncreas sano regula por sí mismo la cantidad de insulina que tiene que producir de acuerdo con el azúcar que entra en el cuerpo en distintas formas. Cuando el cuerpo recibía insulina de un

modo artificial, no actuaba dicha regulación. Así pues, un exceso de insulina producía un consumo excesivo del azúcar que se quería eliminar, y el nivel normal descendía en 80-120 miligramos por cada 100 mililitros. El cuerpo perdía entonces una de sus más importantes sustancias vitales y se producía una hipoglucemia. El enfermo caía presa de terror, temblores musculares, malestar, calor y sudor. Finalmente, perdía el sentido y entraba en el llamado coma *hipoglucémico*. Era preciso inyectarle azúcar inmediatamente. En estos casos se producían con mucha frecuencia dilataciones de las pupilas. Los experimentos realizados con animales y las experiencias casuales en personas, habían demostrado que un individuo sano podía sufrir un shock hipoglucémico y morir, cuando se le inyectaba la dosis de insulina que un diabético soportaba perfectamente. El órgano insular no enfermo producía ya bastante insulina; por ello, un exceso de dicha hormona reducía el azúcar imprescindible para la vida. En el caso de Elizabeth Barlow, era evidente que no existía diabetes, como se había demostrado en el análisis de orina realizado durante la autopsia. Se daba, además, otra importante circunstancia: en el transcurso de su análisis bioquímico, Curry había extraído de los dos ventrículos cardíacos la llamada *sangre mezclada*, y había determinado el contenido de azúcar de la misma: 210 miligramos por 100 centímetros cúbicos, cantidad que superaba incluso a lo normal.

Esta circunstancia parecía excluir la idea de una insuficiencia de azúcar, es decir, de una hipoglucemia, como causa de la muerte. Pero tal idea no desapareció de la mente de los expertos.

Una y otra vez se formulaba la pregunta: ¿Había ocurrido en este caso lo que jamás se había observado ni descrito en la historia de la criminalística? ¿No pudo ocurrírsele a Barlow —que, como enfermero, conocía los efectos de la insulina— la idea de inyectar una dosis de dicha hormona a su esposa, completamente sana? ¿Había preparado las cosas de forma que la pérdida de la consciencia sobreviniera precisamente en el momento del baño y su mujer se ahogara? Se trataba de preguntas bastante vagas. Pero la situación se agudizó de un modo dramático cuando, el día 23 de mayo, apareció en Harrogate el comisario Price.

«Barlow parece un tipo raro —manifestó el policía—. La difunta es su segunda esposa. La primera falleció en 1956, a la

edad de treinta y tres años. No se pudo descubrir la causa de la muerte. Según una de las enfermeras del St. Luke's Hospital, Alice Lodge, nuestro hombre se ocupa, sobre todo, en poner inyecciones de insulina...

Los toxicólogos apenas pudieron disimular su excitación, excitación que aumentó cuando el comisario les fue informando sobre otros detalles curiosos. Barlow había trabajado antes en el sanatorio de Northfield. En él habló una vez con un paciente y dijo: «Una buena dosis de esto es un pasaporte seguro para el otro mundo». En las Navidades de 1955, Barlow contó a su colega Harry Stork que, con insulina, se podía cometer un crimen perfecto. La insulina no podía ser identificada jamás, porque se disolvía en la sangre sin dejar rastro. Price preguntó: «¿Les dice algo todo esto?».

«¡Santo Dios! —exclamó Curry—. No puede usted imaginarse la cantidad de cosas que nos dice...».

Sin pérdida de tiempo, fueron sacados del frigorífico los tres preparados de tejido muscular. Si Barlow había inyectado insulina a su esposa, necesariamente tenía que quedar algo en los tejidos en cuestión. El problema era el siguiente: ¿Cómo localizarla? Curry, Wright, Randall y sus colaboradores, Birkenhaw y Gurd, revisaron toda la bibliografía forense, toxicológica y bioquímica de que disponían, mas, al parecer, jamás se había cometido un crimen con insulina. Nadie había intentado buscar insulina en los tejidos humanos. Sin embargo, Curry hizo un interesante descubrimiento. En 1940, J. L. Hamilton-Patterson y E. W. M. Johnson publicaron un informe sobre experimentos referentes a los valores del azúcar sanguíneo en los cadáveres. Ambos científicos llegaban a la conclusión de que la sangre extraída de los dos ventrículos —como en el caso de Elizabeth Barlow— podía contener una gran cantidad de azúcar, sin que ello indicara la cantidad de azúcar que contenía realmente la sangre. En 38 casos de personas no diabéticas, muertas por estrangulamiento o ahogo, aparecían grandes cantidades de azúcar en el ventrículo derecho, aun cuando el análisis de la sangre en otros órganos diera como resultado una absoluta carencia de azúcar. La explicación del fenómeno era muy sencilla. En los momentos que precedían al fallecimiento, el hígado —gran almacén de azúcar del cuerpo humano— movilizaba las últimas reservas de dicha materia. Y estas reservas tenían tiempo de

llegar, a través de una vena, al ventrículo derecho, antes de que se produjera la muerte. Luego salían ya del corazón. Ésta era la explicación de que la llamada *sangre mezclada*, extraída de los dos ventrículos de Elizabeth Barlow, contuviera tanto azúcar. Los 210 miligramos descubiertos por Curry no contradecían la posibilidad de que Barlow hubiese puesto en práctica sus ideas sobre el crimen perfecto con insulina.

Lo único que faltaba era la prueba. Y para hallarla había que adentrarse en un dominio científico absolutamente desconocido.

Desde 1955 se venía investigando la estructura química de la insulina, como albuminóide. Pero nunca se había presentado la oportunidad de identificarla o localizarla por procedimientos químicos. Curry no tuvo más remedio que emprender el camino de los experimentos biológico-fisiológicos comparados, experimentos que, desde los días de Tardieu, desempeñaban un papel relativamente importante en la Toxicología. Los tres preparados del cadáver, en los que se hallaban los cuatro pinchazos, fueron reducidos a extractos en un trabajo que duró varios días. Después, Curry tomó algunos ratones y les inyectó insulina pura, en diferentes dosis y momentos. Los animales fueron sometidos a observación. Según las unidades de insulina inyectadas (la insulina suministrada a los diabéticos se mide por «unidades»), los ratones presentaron distintas reacciones, que iban desde los temblores, convulsiones e inquietud, hasta la pérdida del sentido y el coma.

En todo el laboratorio de Harrogate se respiraba un ambiente de expectación, que alcanzó su punto culminante cuando Curry procedió a inyectar a otros ratones parte de los extractos del cadáver. El resultado fue el siguiente: los ratones presentaron los mismos síntomas que sus compañeros sometidos a la acción de la insulina pura. Cayeron en estado de coma y murieron. Era especialmente interesante e importante el hecho de que los extractos de los distintos tejidos extraídos al cadáver produjeran efectos de diversa intensidad. Cuando el doctor Price descubrió los pinchazos de las inyecciones en las caderas del cadáver, pudo observar que algunas inyecciones habían sido suministradas pocas horas antes de la muerte. Ahora se demostraba que los extractos procedentes de dicho sector corporal ejercían sobre los animales de experimentación una acción mu-

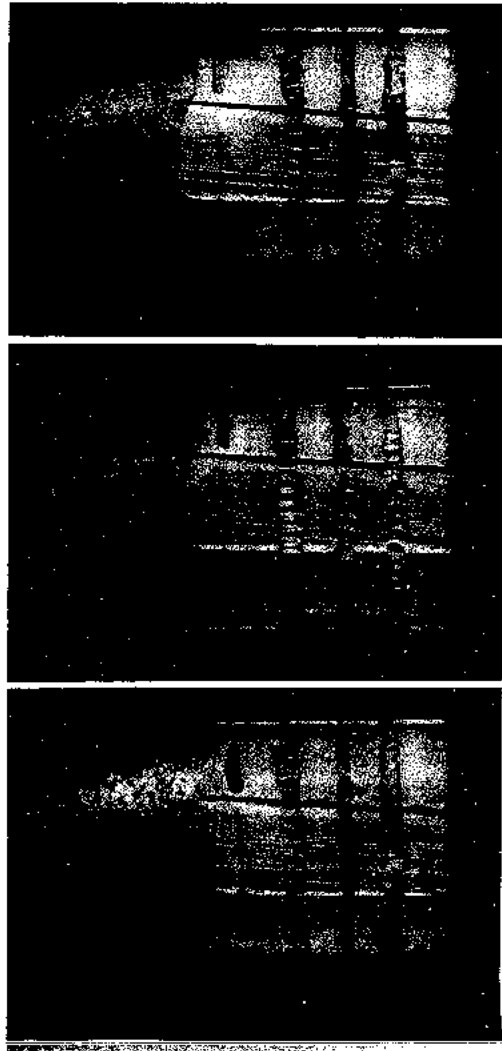
cho más intensa que los que procedían de la cadera derecha. En efecto, las inyecciones del lado izquierdo habían sido suministradas horas antes de la muerte y contenían las mayores dosis de insulina no resorbida.

Mediante comparaciones con la escala de los efectos producidos por distintas unidades de insulina sobre los ratones, se pudo demostrar que la acción de la totalidad de un extracto sacado de los tejidos del cadáver equivalía a 84 unidades de insulina. Esto indicaba que la dosis suministrada a la víctima había sido muy superior, cuando tan grande era la cantidad no resorbida.

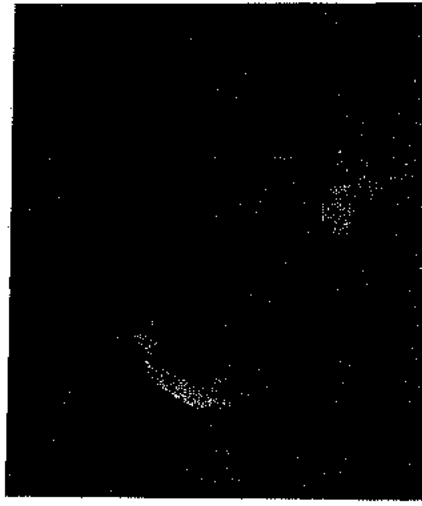
Para mayor seguridad, los experimentos comparativos se repitieron en pequeñas marsopas. Los resultados fueron idénticos. A principios de julio de 1957 se efectuaron otros experimentos sobre el diafragma de ratas (conservado en incubadoras y especialmente sensible al azúcar, según había demostrado la experiencia). Una vez más se comprobó que los extractos del cadáver eliminaron tanto azúcar como la insulina original. Pero aún no bastaban todos estos experimentos. Si no se podía identificar química o físicamente que era insulina y sólo insulina lo que causó la muerte de Elizabeth Barlow, era preciso, como mínimo, «aislar y señalar al máximo» la sustancia hallada.

Se sabía que algunas materias podían destruir la insulina. Entre ellas se contaban no sólo el aminoácido cisteína, sino —principalmente— la pepsina, fermento que, como jugo gástrico, se encontraba en cualquier estómago que funcionara normalmente. Su existencia era una de las causas de que los diabéticos no pudieran tomar la insulina por vía bucal, porque quedaba eliminada en el estómago. Curry trató los extractos con cisteína y pepsina. Inmediatamente desapareció su eficacia sobre los ratones, marsopas y ratas. Se sabía también que las marsopas a las que se había inyectado durante largo tiempo una solución de insulina, creaban una especie de suero defensivo, que también podía destruir la insulina. Los extractos del cadáver fueron tratados también con dicho antisuero, e inmediatamente perdieron su eficacia.

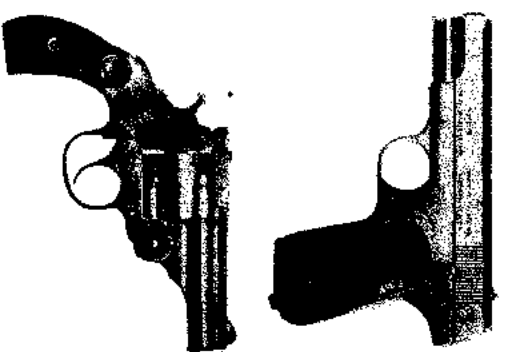
¿Podía haber dudas de que Barlow había asesinado a su mujer inyectándole insulina? ¿Encontraría Barlow una explicación? ¿Existían, además de la insulina, otras materias que pudieran causar los síntomas de la hipoglucemia? S. S. Randall



Vainas de un proyectil utilizado en un asesinato (*abajo, izquierda*); a la *derecha*, una bala de la misma arma. Ambas vainas presentan las mismas características. Más claras resultan aún las fotografías en el microscopio comparativo (*arriba*): A la *izquierda*, la bala del crimen; en el *centro*, una bala disparada con la misma arma del crimen; a la *derecha*, comparación de las huellas superponiendo las fotografías de la *izquierda* y del *centro*, que coinciden por completo.



Miles de disparos de prueba hechos con miles de armas cuyos proyectiles quedaban apresados en una masa de material blando (*derecha*), demostraron que toda arma de fuego deja signos inconfundibles en las balas y en los cartuchos.



La primera y discutida aparición mundial de la balística forense surgió durante el proceso contra los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti (*fabrión*) que en 1920 fueron acusados de robo a mano armada y asesinato de dos cobradores. Al ser detenidos, Sacco llevaba una pistola, y Vanzetti, un revólver (*farrba, derecha*). En el proceso, que duró siete años, fueron acumulándose los dictámenes. En 1927, armado con su microscopio comparativo, apareció Goddard, el cual demostró que la bala que mató al cobrador y el cartucho hallado en el lugar del crimen (*farrba, izquierda*) procedían de la pistola de Sacco.



inició una serie de pruebas especiales. Las encuestas presentadas a la industria farmacéutica y a los especialistas en diabetes condujeron al resultado de que, en efecto, había otras sustancias que eliminaban azúcar, la Sintalina, la Carbutamida y el Tolbutamed. Pero los resultados de los experimentos de Randall con tales sustancias eran inequívocos. En realidad producían un descenso del nivel del azúcar, pero no los síntomas de la insulina. Finalmente quedaba otra posibilidad, aunque remota. Había casos en los que una eliminación patológica del azúcar sanguíneo podía sobrevenir sin la intervención de insulina procedente del exterior; nos referimos a un tumor del órgano insular dentro del páncreas. Esta enfermedad podía producir una expulsión mortal de insulina. Sin embargo, en este caso no era difícil excluir tal posibilidad. En primer lugar, el examen del páncreas de Elizabeth Barlow no descubrió el menor síntoma de tal fenómeno patológico, y en segundo lugar, en caso de expulsión natural de insulina, ésta se habría distribuido regularmente por todo el cuerpo. Jamás se habían encontrado dosis tan distintas de insulina en dos zonas del cuerpo humano, como las descubiertas en el caso de Elizabeth Barlow.

Tras la aplicación concienzuda de todos los descubrimientos y después de agotar todas las posibilidades, Price y Curry quedaron, por fin, convencidos de que Barlow había suministrado insulina a su mujer para que ésta perdiera el sentido en el baño y se ahogara. Esto permitía al asesino encubrir la verdadera causa de la muerte.

Sin embargo, y pese a la seguridad a que habían llegado los científicos después de casi dos meses de trabajo, Curry tropezó con un nuevo problema que podía plantear nuevas dudas.

Cuando, unos años antes, Barlow había manifestado que un crimen con insulina no podía ser descubierto porque la insulina desaparecía completamente en el plasma sanguíneo, el asesino no había hecho más que exponer una opinión compartida por toda la ciencia médica contemporánea. Y si en Harrogate se había logrado obtener un extracto de insulina muchos días después de la muerte de la víctima, la opinión común tenía que ser necesariamente falsa. Curry buscó una respuesta que explicara por qué era inexacta la opinión de todo el mundo. La encontró en la enorme complejidad de los procesos que se efectúan en el cuerpo humano, fuente constante de enigmas y de

nuevos análisis. La insulina se conservaba en los tejidos llamados «limpios», y mientras que los tejidos interiores, sobre todo los órganos digestivos, pasaban a un estado de base por la acción de los fermentos que, después de la muerte, disociaban la albúmina, en los músculos se formaba ácido láctico. Por consiguiente, dicho ácido se había formado en los músculos glúteos del cadáver, y ésta era la causa de que la insulina se hubiese conservado el tiempo suficiente para que la localizaran los científicos.

El 29 de julio de 1957, un día después de los últimos análisis de Harrogate, Kenneth Barlow era detenido en Huddersfield. No pudo disimular su terror cuando el detective superintendente Sheshire, de Scotland Yard, lo sorprendió con la afirmación de que él, Barlow, había envenenado a su mujer con insulina. Sin embargo, recuperó inmediatamente el dominio de sus nervios. Al principio negó y mantuvo su primitiva declaración, según la cual no había puesto ninguna inyección a su mujer. Sólo unos días más tarde confesó que, en efecto, le había inyectado medicamentos, pero no insulina, sino ergometrina. Según él, su esposa no quería tener el hijo que esperaba. Él, Barlow, sabía que la ergometrina determinaba espasmos en el útero y podía provocar el aborto. Así, pues, había sustraído algunas ampollas del St. Luke's Hospital. La última inyección fue suministrada el mismo día en que murió su esposa.

Cheshire comunicó esta declaración a Harrogate. Pero los científicos no se extrañaron en absoluto de las palabras de Barlow. La ergometrina, frecuentemente usada como abortivo, era uno de los medicamentos venenosos que habían sido buscados en los primeros análisis toxicológicos. Si en realidad se hubiese inyectado ergometrina el día de la muerte, el veneno habría aparecido en la orina, la experiencia lo había demostrado así centenares de veces. Pero Curry volvió a aplicar una vez más su principio de actuar con todo rigor y a conciencia. Inyectó ergometrina en tejidos procedentes de la espalda de un cadáver que, con toda seguridad, no había sido tratado con insulina ni con ergometrina; luego obtuvo los correspondientes extractos y repitió sus experimentos con ratones, marsopas y ratas. Los extractos no dieron jamás los síntomas observados después de inyectar extractos con insulina. Aunque Curry sabía que la ergometrina no influía para nada el azúcar de la sangre ni causaba

dilatación de las pupilas, se dirigió a los ginecólogos Russell y Dean, los cuales confirmaron sus últimas experiencias: la ergometrina no actuaba para nada en ninguno de los dos aspectos. No quedaba la menor duda de que la última confesión de Barlow era un simple intento para escapar a la acusación de asesinato.

En diciembre de 1957, Sir Harry Hylton-Foster levantó contra Barlow la acusación de haber asesinado a Elizabeth Barlow mediante «la inyección de insulina». En una época en que el análisis toxicológico era algo natural en la investigación criminal y en los procedimientos judiciales, no era insólita la extensa documentación científica presentada por la acusación. Sin embargo, el proceso contra Kenneth Barlow causó sensación porque demostró, con especial claridad, a qué resultados podían llegar los toxicólogos y los médicos forenses cuando trabajaban en colaboración con otros especialistas y realizaban su trabajo con el máximo detenimiento a conciencia.

Los motivos en que se basaba la acusación contra Barlow eran importantes. Sin embargo, el trabajo del Instituto de Harrogate constituyó el fundamento del fiscal. Aunque Barlow negó de un modo obstinado y calificó de broma pesada la acusación de asesinato con insulina, los análisis de Harrogate eran inatacables. El único especialista que presentó el defensor, Gillis, fue el doctor Hobson, del St. Luke's Hospital, el cual se limitó a reproducir una teoría inventada el día antes, tras haber leído algunos estudios sobre el tema.

Según dicha teoría, el cuerpo humano produce, en momentos de gran excitación o miedo, determinadas cantidades de adrenalina. Esto aumentaba el contenido de azúcar en la sangre. En tales circunstancias, podía suceder también que el páncreas expulsara grandes cantidades de insulina. Posiblemente, Elizabeth Barlow sufrió un acceso de debilidad a consecuencia del cual quedó sumergida en el agua del baño. Entonces fue presa del pánico y se produjo el fenómeno descrito: el páncreas expulsó grandes cantidades de insulina y produjo la defunción.

Si Curry y Price habían actuado con la intención de excluir toda posible duda, era evidente que tuvieron que valorar también la tesis de Hobson. Pero Price, llamado por el fiscal, refutó la tesis en pocas palabras. ¿Tenía presente el doctor Hobson que en la pequeña zona afectada por las inyecciones se habían

acumulado 84 unidades de insulina, o —para expresarlo con la máxima precisión—, de una materia que producía unos efectos idénticos a la insulina? Resultaba que una insulina expulsada por el páncreas y repartida lógicamente por todo el cuerpo conservaba una concentración de 84 unidades en tres partes del cadáver, que no pasaban, en conjunto, de los 170 gramos de peso. Si la teoría de Hobson hubiese sido cierta, el cuerpo de Elizabeth Barlow habría estado materialmente saturado de insulina, en una cantidad inimaginable. ¿Se había molestado Hobson en calcular cuántas unidades de insulina tendría que expulsar el páncreas para invadir en tan gran proporción un cuerpo de 32 000 gramos? Evidentemente, no serían menos de 15 000 unidades. ¿Conocía el doctor Hobson algún caso en que un páncreas humano hubiere producido tal cantidad de insulina? ¿Había pensado que el consumo diario de insulina en un caso medianamente grave de diabetes, es decir, de máxima deficiencia del páncreas, se producían de 12 a 20 unidades? Y, por último, ¿podía el doctor Hobson explicar por qué la insulina —suponiendo que hubiese sido expulsada por el páncreas y distribuida por todo el cuerpo— se había concentrado precisamente en zonas en las que aparecían claras señales de inyecciones? ¿Y por añadidura, mucho más en el glúteo izquierdo que en el derecho? Hobson no respondió nada, y la defensa calló.

El juez Diplock, hombre conocido por su reserva crítica, quedó tan impresionado como los miembros del jurado por la minuciosidad con que se habían realizado los análisis de Harrogate. «Este proceso —declaró— nos ha proporcionado unos conocimientos muy valiosos... Nadie puede aceptar que Barlow no conociera los efectos mortales de una inyección de insulina. Si ustedes han quedado convencidos de que inyectó insulina a su esposa, no les será difícil deducir que lo hizo con la plena intención de asesinarla». El jurado deliberó durante algunos minutos y regresó con el veredicto de «culpable». Diplock condenó a Barlow a prisión perpetua. Al pronunciar la sentencia, manifestó: «Ustedes han pronunciado su veredicto para un crimen frío, cruel y premeditado, un crimen que jamás hubiese sido descubierto sin una actividad científico-criminalista de insólita eficacia...».

16

En otro pasaje de este capítulo hemos aludido al gran edificio de la toxicología forense, tal como quedó erigido a mediados del siglo xx; se apoyaba en unos cimientos de experiencias y descubrimientos que databan de más de un siglo, y no dejaba de verse obligado a un crecimiento constante. En efecto, las experiencias de la toxicología forense habían enseñado que no podía haber ya ni un solo alto en el camino. Quedaba muy atrás el tiempo en que tan sólo algunos casos aislados de envenenamiento requerían su colaboración. Su mundo se extendía ahora desde el asesinato, el suicidio, la muerte en circunstancias sospechosas, hasta el mundo social, con sus infinitas posibilidades de intoxicación en millones de puestos de trabajo. Incluso tenía que interesarse por el caos de la circulación callejera, y dedicarse al estudio e identificación del alcohol como causante de innumerables accidentes de la circulación. El mundo de la Toxicología se extendía al trabajo cotidiano de centenares de miles de médicos, en cuyas actividades podían pasar inadvertidos innumerables casos de envenenamiento accidental o provocado, porque muchos médicos no habían aprendido aún a reconocer el complejo sintomático del envenenamiento.

Los toxicólogos sabían que, durante un tiempo imprevisible, les seguirían esperando nuevas luchas, nuevos encuentros con formas imprevistas de presentación y aplicación de las sustancias que formaban la hidra de mil cabezas de los tóxicos. Las palabras del toxicólogo alemán Herbert Schreiber, en las que apenas pone fronteras al mundo de los tóxicos, nos pueden dar una idea de su cantidad y profusión: «Un envenenamiento es un fenómeno en el que se produce una interacción de una sustancia y un organismo; esta interacción causa efectos negativos en el organismo». Los toxicólogos sabían, además, que sus colegas no estaban exentas de posibles errores, y que su principio fundamental tenía que seguir siendo el de Lacassagne: «Hay que poder dudar». Sabían también que el puente entre ciencia e investigación criminal no estaba terminado, sino que tenía que ampliarse constantemente: por una parte, los policías tenían que conocer con precisión el alcance de la ciencia, y, por otra, los toxicólogos tenían la misión de aprovechar hasta

el fondo la experiencia de la criminalística y sumergirse en el ambiente de ésta.

No obstante, si se contemplaba el camino recorrido en cien años de toxicología forense y su lenta pero progresiva unión con la policía, y se sopesaba lo positivo y lo negativo, resultaba evidente que el platillo de la balanza en que se hallaba lo positivo, los logros y las conquistas, pesaba mucho más que el platillo de los errores, decepciones e incertidumbre.

IV

La balada de las armas de fuego

o La evolución de la balística forense

I

En 1835, Henry Goddard, uno de los últimos y más famosos *bow-street-runners* —de quienes ya hemos tratado al estudiar los orígenes de la policía británica— detuvo a un asesino.

En una de las balas que penetraron en el cuerpo de la víctima, Goddard observó una curiosa «protuberancia», y con dicho proyectil —provisto de la mencionada «seña particular»— lanzó a la búsqueda del asesino. En la sombría vivienda de uno de los sospechosos, Goddard descubrió un molde para balas de plomo, un utensilio bastante corriente en aquellos días. El molde tenía un pequeño defecto. En él se podía observar claramente una hendidura. Resultó que la protuberancia de la bala asesina se ajustaba perfectamente a dicha hendidura. El dueño del molde, cogido por sorpresa, confesó su crimen.

Como la mayoría de los *bow-street-runners*, Goddard era un personaje brutal y corrompido, ávido de lucro, pero muy hábil. Su éxito se basaba en la intuición. Estaba muy lejos de hacer de ello un método o un sistema.

Sin embargo, el episodio descrito constituye probablemente el primer intento de descubrir el arma de un crimen y el autor del mismo partiendo de un proyectil. Sin saberlo, Goddard se convirtió en el precursor de una larga serie de personas, armeros y policías, charlatanes y verdaderos investigadores, que, en el curso de varias generaciones, fundaron un método nuevo para el esclarecimiento de crímenes, un método que, en la primera mitad del siglo xx, tomó carta de naturaleza en la criminalística científica —al lado de la medicina legal y la Toxicología— y recibió el nombre de *balística forense*.

Veinticinco años después de la aventura de Goddard, en el año 1860, las actas judiciales de la Lincoln Assize inglesa nos hablan de otro pionero semejante a Goddard, aunque sin mencionar su nombre. Era también un policía y descubrió al asesino de uno de sus compañeros de cuerpo. Esta vez no se sirvió de una bala hallada en el cadáver de la víctima, sino de uno de los tacos de papel con que —en la época en que las armas de fuego se cargaban por la boca— se solía introducir la pólvora y los perdigones en el cañón del arma. Junto al cadáver de la persona asesinada, el viento jugaba con los restos de uno de dichos tacos; estaba chamuscado y despedía un intenso olor a azufre. Estada hecho de papel de periódico. Al registrar las casas de algunos sospechosos, fue descubierta una pistola de dos cañones en la vivienda de un tal Richardson. El arma había sido disparada por uno solo de los cañones; el otro aún estaba cargado. El taco que lo cubría era de papel de periódico y pertenecía a un ejemplar del «Times» del 27 de marzo de 1854. Nuestro policía pidió ayuda al editor del famoso periódico. Este «se caló sus gafas de gruesos cristales» y manifestó que el pedazo de periódico hallado en el lugar del crimen pertenecía también al «Times» del 27 de marzo. Richardson se vio atrapado y confesó su crimen. Fue también un éxito casual.

Esta vez pasarían casi veinte años hasta que se produjera un acontecimiento semejante. En 1879, un hombre llamado Moughon compareció ante un tribunal de los Estados Unidos, acusado de asesinato. Según las crónicas de la época, el juez era un «hombre de ideas muy modernas». Moughon tenía una pistola. El fiscal lo acusó de haber hecho con ella dos disparos mortales sobre la víctima. El acusado, desesperado, insistió una y otra vez en que su arma llevaba años sin ser disparada. Entonces el juez llamó a un armero cuyo taller estaba cerca del edificio del tribunal. El armero, un gigante barbudo, vestido con su ropa de trabajo, miró el interior de los cañones, dijo que estaban «ennohecidos» y «llenos de orín», y juró que en dieciocho meses —por lo menos— no había salido por ellos ningún proyectil. Esta afirmación, a los ojos de los futuros especialistas, era muy audaz, pero salvó la vida al acusado. De nuevo nos hallamos ante un caso aislado, resultado de «las modernas ideas» profesadas por un juez.

Sea como fuere, a uno y otro lados del Atlántico se hablaba

cada vez con más frecuencia de armeros a los que convocaban los tribunales como «especialistas en armas de fuego». Franciscamente de tipo más o menos exactos, y lo que se pedía de ellos eran simplemente opiniones sobre si la carga había sido delantera o trasera, si un arma podía dar en el blanco desde una gran distancia, si de un cañón podían salir muchos perdigones y el área de dispersión de los mismos.

Pasaron otros diez años hasta que, en la primavera de 1869, tomó cartas en el asunto de la balística el profesor Lacassagne, de Lyon, el famoso científico que tantas veces hemos citado. Lacassagne había extraído una bala del cadáver de una persona asesinada. Al inspeccionarla, descubrió siete franjas o «estrias» longitudinales. La bala correspondía al calibre de un revólver desenterrado del suelo en el domicilio de un sospechoso. Por tanto, podía haber sido disparada por él. Podía, pero no debía haberlo sido necesariamente. Por esta razón, Lacassagne dedicó toda su atención a las siete «estrias».

A lo largo del siglo XIX se habían ido transformando notablemente los cañones de las armas de fuego. Hacía ya trescientos años que los armeros sabían que el alcance y la precisión de las armas podían aumentar considerablemente si en el ánima del cañón se hacían estrias que lo recorrieran de arriba abajo en forma de espirales. La bala disparada por uno de tales cañones adquiría un movimiento de rotación y alcanzaba blancos a los que jamás se podría llegar con armas de cañón liso. Sin embargo, mientras las armas de fuego se cargaron por la boca, resultaba prácticamente imposible introducir la munición por un cañón estriado. Antes había que perfeccionar los sistemas de carga por detrás; en ellos, la bala, junto con el cartucho que contenía la pólvora, era introducida en el arma por la parte trasera. La fuerza expansiva de la pólvora impulsaba al proyectil con facilidad por las estrias del ánima, que la obligaban a adquirir un movimiento rotatorio.

Los fabricantes de armas fueron inventando distintos tipos de las mismas. Unos hacían cinco estrias en el cañón, y otros, entre ellas se diferenciaba en los distintos modelos de armas. También era distinto el número de curvas en espiral o la dirección, a derecha o a izquierda, condicionada por la «torsión»

de las estrías. Todos los fabricantes creían haber encontrado la mejor solución.

En 1889, cuando el profesor Lacassagne inspeccionaba la bala con siete estrías, aún no había nadie que tuviera un conocimiento exacto de todas las diferencias mencionadas. Lacassagne supuso que las estrías de su bala correspondían a las del ánima de un cañón de revólver. Después, al verle presentados varios revólveres pertenecientes a sospechosos, descubrió que uno de dichos revólveres tenía un cañón con siete estrías. Hasta entonces, jamás se había encontrado con un arma de siete surcos. La coincidencia del número de estrías en la bala y en el arma sirvió de base para condenar al propietario de la misma como autor del asesinato. Posteriormente, la experiencia demostraría que, en realidad, tal coincidencia permitía sólo abrigar sospechas. Porque incluso la escasa experiencia de Lacassagne podía conducirle a pensar que un fabricante de armas pudo fabricar varios revólveres de siete estrías.

Transcurrieron de nuevo diez años, hasta que, en 1898, se produjo un suceso semejante en la pequeña ciudad alemana de Neuruppin. El protagonista del mismo fue Paul Jeserich, el polifacético médico forense de Berlín. Jeserich fue llamado a comparecer como experto ante el tribunal de Neuruppin. Le presentaron una bala extraída del cuerpo de una persona asesinada, junto al revólver del acusado. Jeserich, hombre ingenioso y de gran inventiva, hizo un disparo con la supuesta arma del crimen y fotografió la bala del asesinato y la bala de prueba, sometióndolas ambas al microscopio. Si los dos proyectiles procedían del mismo revólver, era muy probable que se observaran en ellas las mismas huellas procedentes del ánima del cañón. Al comparar las dos fotografías, Jeserich vio claramente el dibujo de los surcos y los campos intermedios. Este dibujo —basándose en su limitada experiencia— le pareció muy característica y fuera de lo normal; y las anomalías eran idénticas en las dos balas. Su declaración contribuyó resueltamente a condenar al acusado. Sin embargo, los campos que merecían el interés de Jeserich eran demasiado diversos para permitirle una dedicación preferente a las armas de fuego; éstas sólo podían constituir una mínima parte de su trabajo. Por ello, sus trabajos en este campo no tuvieron un carácter importante ni definitivo.

Hasta qué punto eran escasas las posibilidades científicas de

la balística a fines del siglo pasado, nos lo demuestra el tan celebrado *Handbuch für Untersuchungsrichter* (*Manual del juez de instrucción*), de Hanns Gross. Gross dedica un capítulo entero de su obra al estudio de las armas de fuego. Recomienda a los jueces de instrucción que adquirieran conocimientos de balística, porque quien los posee puede obtener resultados mucho más satisfactorios que los llamados *especialistas armeros*. Gross se burla de las frecuentes anotaciones que aparecían en algunas actas de juicios: «El fusil fue entregado al experto para que lo descargara, y éste comprobó que estaba cargado con una gran cantidad de perdigones». Pero el propio Gross se limita a darnos descripciones más o menos exactas sobre los tipos de armas conocidos en su campo de acción y sobre la posibilidad de inspeccionar los cañones con ayuda de las manchas producidas en un papel blanco; también estudia las trayectorias seguidas por los proyectiles y la calidad y eficacia de la pólvora. Finalmente, insiste en la necesidad de tratar con el máxima cuidado las armas ocupadas por la policía, al objeto de que no desaparezca ninguna huella.

El centro de la acción se traslada una vez más al otro lado del Océano, a Massachusetts, donde Oliver Wendell Holmes, uno de los grandes hombres de la jurisprudencia americana, presidió, en 1902, un tribunal constituido para juzgar a un tal Best. La mente despierta de Oliver Wendell Holmes estaba al acecho de las innovaciones científicas que se abrían paso en la criminalística moderna. Como hiciera antes su colega «de ideas modernas» en el caso Moughon, permitió que fuese invitado un armero, «que supiera manejar el microscopio». Una vez más, el problema consistía en determinar si la bala que había sido disparada sobre la víctima podía proceder de un arma perteneciente al acusado. El especialista procedió de la misma forma que Jeserich: hizo disparos de prueba con la pistola de Best. Tiró sobre un cesto lleno de algodón y extrajo las balas en perfecto estado. Después las comparó al microscopio en presencia del jurado y dedujo que la bala asesina podía proceder de la pistola de Best.

—No conocemos otro camino —manifestó el juez Holmes a los jurados— que permita obtener a la justicia una mayor claridad sobre las señales que el cañón de un arma deja en el proyectil disparado a través de él.

Sin embargo, también en este caso se trató de un intento imperfecto (considerado con suma desconfianza por jueces y policías, ensombrecido por la falta de experiencia y por una pregunta sin respuesta: ¿Qué es lo que realmente caracteriza el cañón de un arma?).

Lógicamente, los médicos legales europeos, que llevaban muchos años estudiando las trayectorias, direcciones y distancias de disparos, habían de dedicar su atención a estos problemas. Esto puede afirmarse principalmente de aquellos que, como ya hemos visto, luchaban para que su ciencia superara el campo estrecho de la patología y la medicina. El propio Richard Kockel, director del Instituto forense de la universidad de Leipzig y obstinado luchador en pro de una «tendencia universalizante» para la medicina forense, se ocupaba en estos problemas desde 1905. A él se debe la idea de «desarrollar» toda la trayectoria de los disparos efectuados por el asesino y los disparos de prueba hechos contra láminas de cera y óxido de cinc. Para ello ablandaba las láminas con agua caliente y las convertía en maleables. Los disparos se hacían sobre hielo, antes de ser «desarrollados». Kockel quería lograr lo que no podían conseguir ni la observación con la lupa o el microscopio, ni la comparación de fotografías. En sus láminas de cera se obtenían negativos de toda la superficie de la bala. Estas huellas le parecían más exactas que las fotografías, deformadas por el hecho de que la superficie del proyectil era cilíndrica. Y, sin embargo: ¿Que-
daban grabadas en la cera todas las características del proyectil, incluso las más insignificantes? ¿No permanecían invisibles algunos detalles?

Diez años después surge una nueva figura médica, y el escenario de nuestra historia se traslada una vez más a otro lugar, la balística forense. Balthazard, en diciembre de 1913, escribió, en la revista «Archives d'Anthropologie criminelle et de Médecine légale», que le había llamado la atención el hecho de que el percutor de las armas de fuego dejaba unas huellas típicas en la parte inferior de las cápsulas de los cartuchos. Y esto no ocurría tan sólo con los percutores, sino también con la pared trasera del arma. Esta pared mantenía el cartucho pegado al extremo posterior del cañón; al producirse la descarga, la parte trasera del cartucho era presionada con enorme violencia con-

tra la pared posterior del arma. Cualquier irregularidad del mismo quedaba perfectamente grabada en la base de la cápsula; así lo comprobó Balthazard. Y aún había algo más. Incluso la uña que expulsaba la cápsula del cartucho ya disparado, cándola del cerrojo, dejaba distintas señales, según el modelo de arma. Sin embargo, las experiencias de Balthazard eran demasiado escasas para que lo llevaran a conclusiones definitivas.

Cuando el sabio francés publicó su informe, se abatían sobre Europa las amenazadoras nubes de la primera guerra mundial. Bélgica—fue una de las últimas que sonaron entre los pioneros que intentaban cultivar el nuevo campo de la balística. Hasta aquel momento sólo habían desbrozado la tierra de dicho camino. Presentían la existencia de constantes, buscaban procedimientos técnicos para demostrar estos aspectos; pero la duda y la incertidumbre obstaculizaban su camino. En cualquier caso, el camino era perfectamente visible y había que seguirlo. Se bajaba en el terreno de la joven ciencia de la investigación criminal.

Nada demostró este hecho con mayor claridad que el ejercicio de «expertos» de dudosa reputación científica, advenedizos surgidos en el suelo abonado del liberalismo americano y ávidos de explotar sin escrúpulos el nuevo campo. Su espíritu mercantil les hacía olfatear las oportunidades que ofrecía para ellos la nueva era de la balística forense. Se difundió el lema siguiente: «Cómprate una lupa y conviértete en un experto en balística: puedes estar seguro de que ganarás cincuenta dólares diarios», y esta falta de escrúpulos inducía a los improvisados expertos a formular juicios y a decidir sobre la vida humana, dieran una cierta seguridad a tales decisiones.

Sin embargo, en la historia de la balística forense ocurrió el curioso fenómeno de que la falta de escrúpulo de un charlatán americano dio un impulso decisivo a la evolución de dicha ciencia.

La noche del domingo 21 de marzo de 1915 se cometió un doble asesinato en la pequeña localidad de West-Shelby, Estado de Nueva York. West-Shelby era una comunidad de granjas bastante dispersas, perteneciente al Orleans County, en la parte occidental de dicho Estado. En la noche de autos, el lugar se hallaba cubierto de nieve, que había caído al anochecer.

De madrugada, hacia las 6, Charles E. Stielow, mozo de una granja propiedad del viejo Charles B. Phelps, de setenta años, se decidió a saltar de la cama y echó a un lado las mantas con que se resguardaba del frío. Sin detenerse mucho rato en el aseo matinal, abrió la puerta de su cabaña, situada junto a la carretera, dispuesto a echar una ojeada al ganado. Medio dormido, tropezó con el cuerpo ensangrentado de una mujer en camión, que le cerraba la salida. Aterrado, contempló aquel cadáver, que se hallaba en el umbral de la puerta, y lo reconoció. Se trataba de Margaret Wolcott, ama de llaves de su patrón, Phelps.

Stielow siguió con paso vacilante el rastro de sangre y llegó a la puerta de la cocina de la granja. En la cocina yacía el propio Charles B. Phelps, también en ropa de dormir; estaba tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Su escritorio aparecía forzado; luego se descubrió que faltaba todo el dinero.

Stielow cumplía aquel mismo día treinta y siete años. Era alemán de nacimiento. Tenía la fuerza de un toro y la inteligencia de un chiquillo. Jamás pudo aprender a leer y escribir. Sólo entendía y usaba las palabras inglesas más sencillas e imprescindibles, y durante toda su vida fue de granja en granja, trabajando siempre de mozo, hasta que —hacia ya un año— pudo instalarse con su mujer —a punto de tener un hijo en el momento en que se cometió el doble asesinato—, su primer hijo, su suegra y un cuñado, en la granja de Phelps. Habitaba la cabaña del mozo, con calefacción y comida gratuitas y una paga de 400 dólares anuales, y creía haber alcanzado la cúspide de su carrera. Sus cortos alcances le impidieron darse cuenta en seguida de que se había cometido un robo con doble asesinato. Confuso, regresó a su casa a través de la nieve, despertó a su cuñado, Nelson Green, y lo envió a Shelby para que avisara al sheriff de Orleans County, Chester D. Bartlett, el cual residía

en la localidad de Albion. Green, más obtuso aún que Stielow, se puso en camino.

Media hora más tarde, la granja de Phelps era un hervidero de gente. Nadie recordaba que en Orleans County se hubiera cometido jamás ningún crimen. La curiosidad, el miedo y el deseo de venganza se apoderaron de los vecinos, que acudieron en masa desde todos los rincones. Excitados, corrían de un lado para otro y hacían desaparecer las posibles huellas dejadas por el asesino o asesinos. El sheriff Bartlett —elegido por razones políticas más que por sus conocimientos policiales, cosa que, por otra parte, ocurría, con casi todos sus colegas— tuvo que habérselas también con el primer crimen de su carrera. Dándose importancia, pero completamente desconcertado, empezó a mirar a su alrededor. En primer lugar, comprobó que Phelps aún vivía. Inmediatamente mandó que el granjero fuese trasladado al hospital del Albion, donde falleció hacia la 1 del mediodía, sin haber pronunciado una sola palabra. La única contribución de Bartlett al esclarecimiento del crimen fue la de haber empleado un perro para rastrear la sangre. Pero el animal no descubrió nada que mereciera la pena. Finalmente, el hospital proporcionó los primeros puntos de apoyo para la investigación. El médico de servicio extrajo tres balas del cuerpo de Phelps. Procedían de un arma de fuego calibre 22.

El día 26 de marzo, cuando el coroner de Orleans County procedió a la correspondiente *inquest*, se formó una lista de sospechosos con todas las personas que poseían un arma de calibre 22. Stielow y su cuñado Green juraron entonces que jamás habían tenido en su poder armas de fuego. Bartlett optó, finalmente, por una solución que por entonces se solía adoptar con frecuencia. De acuerdo con el acusador público del distrito, contrató los servicios de un detective privado, que cobraría dietas diarias y, en caso de éxito, una considerable prima.

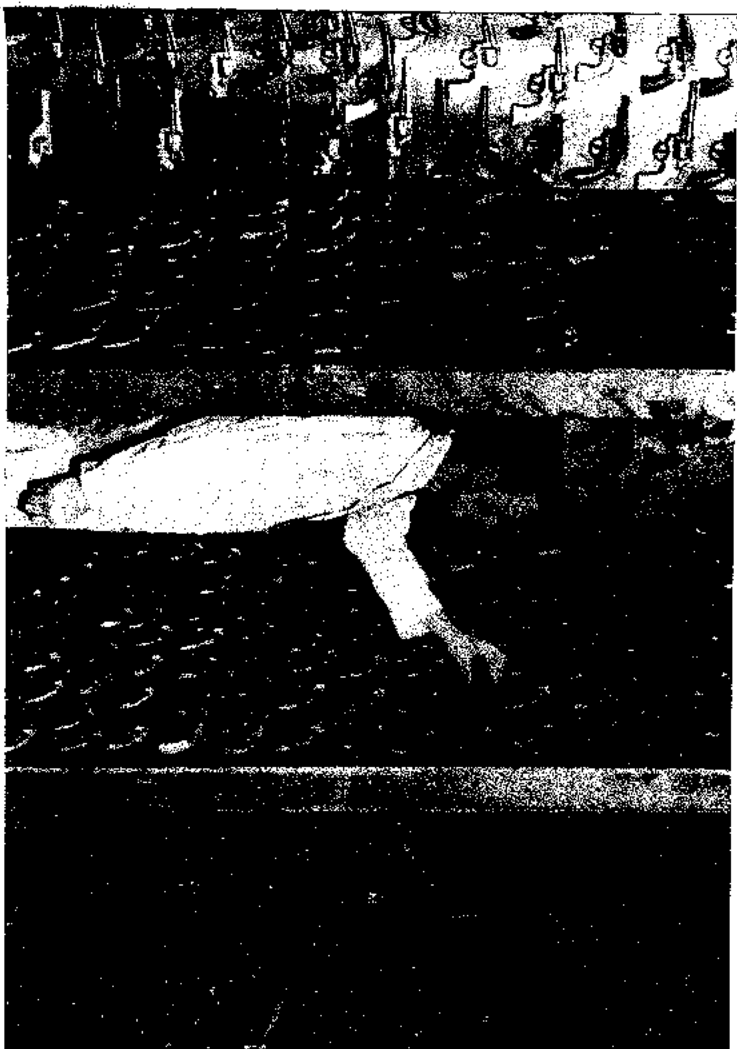
El detective, que vino de Buffalo, se llamaba Newton y estaba firmemente resuelto a embolsarse cuanto antes la prima. Sus métodos venían justificados por el caos policial y jurídico de aquellos días. Consistían en detener a los sospechosos más débiles, mental y económicamente, en retenerlos de forma ilegal y someterlos a interminables interrogatorios, hasta forzarlos a confesar.

Cuando Newton descubrió que Green, el cuñado de Stielow,

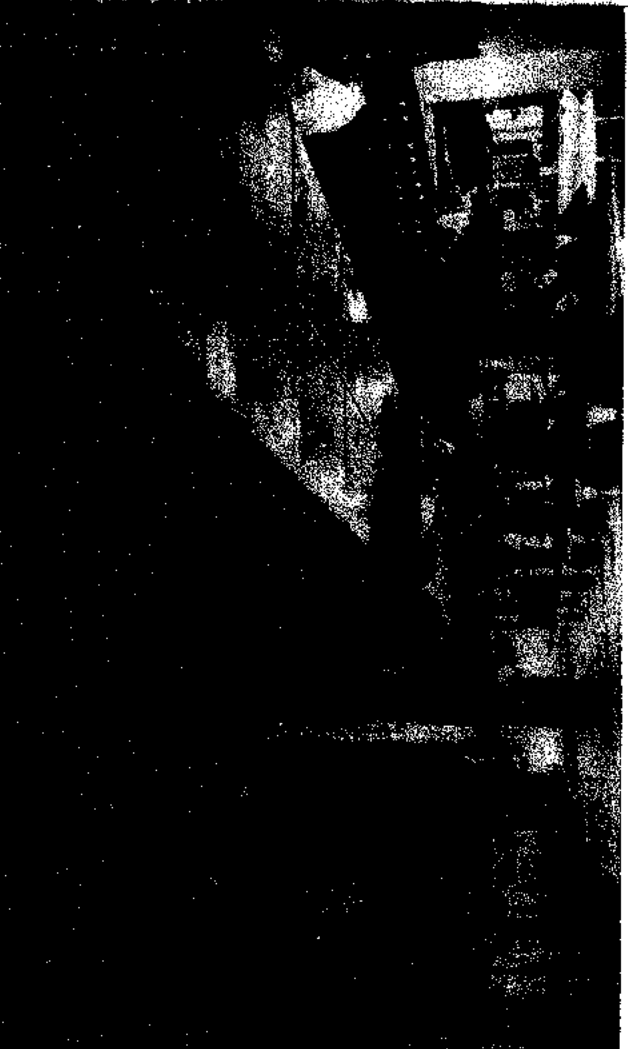
era más torpe e ignorante que éste, lo mando detener. Green, dominado por el terror y el desamparo, confesó inmediatamente que Stielow tenía armas: un revólver barato, y fusil, y una escopeta de perdigones. Así era, en efecto. Green había escondido las armas por encargo de su cuñado, y descubrió el escondijo al detective. Las tres armas eran del calibre 22. Otro largo «interrogatorio» nocturno sirvió para que Green acabara por confesar que Stielow y él habían asesinado a Phelps.

Newton y Bartlett triunfaron en toda la línea. Detuvieron a Stielow, lo llevaron a la cárcel de Albion y lo «trabajaron» durante dos días. No le dieron nada de comer, le impidieron dormir y le interrogaron día y noche, relevándose en los interrogatorios Newton, Bartlett y algunos carceleros. Stielow —incapaz de expresarse en inglés y acostumbrado a vivir al aire libre— parecía un animal acosado. Admitió que las armas le pertenecían y que las había escondido por miedo cuando, por todas parte, se estaban buscando armas del calibre 22. Pero él no había asesinado a Phelps. Jamás había matado a nadie. En efecto, en la noche del crimen había oído gritar a una mujer en las cercanías de la casa, pero su suegra le recomendó que no saliera, porque su mujer estaba a punto de tener un hijo y la excitación podría perjudicarla. Todo esto era cierto, pero no que hubiera asesinado a su patrón. Newton trabajó con todos los recursos de la violencia y el engaño. Por ejemplo, con gran amabilidad, dijo a Stielow que era una lástima que un hombre como él estuviera cuidando vacas. Tenía madera de sheriff; había nacido para llevar la estrella en el pecho. Si confesaba, lo nombrarían sheriff y lo dejarían ir a casa inmediatamente, a reunirse con su mujer.

Al segundo día, Stielow se derrumbó después de suplicar incesantemente que le dejaran ver a su esposa. Confesó haber asesinado a Phelps. Green y él habían ido a la granja la noche del crimen y habían robado el dinero de su patrón. Según la confesión, las cosas ocurrieron así: los dos cuñados llamaron a la puerta de la cocina. Phelps se levantó de la cama y fue a abrirles con una vela en la mano. Al retroceder ante los dos visitantes, ambos dispararon sobre él. Después fueron al dormitorio y forzaron la mesa de escribir. Mientras lo hacían, entró la señora Wolcott, la criada, que escapó, salió de la cocina y corrió dando gritos de socorro. Ellos dispararon sobre la fugi-



En febrero de 1929, en una sangrienta escaramuza entre gangsters de Chicago hubo siete víctimas. Con ayuda de las balas y cartuchos hallados en el lugar del crimen y los archivos de identificación (*abajo*), Goddard pudo encontrar las armas utilizadas y contribuir al descubrimiento de los autores. Su trabajo fue decisivo para la fundación del Departamento de balística en el F. B. I., que cuenta con la mayor colección de armas del mundo (*arriba*).



tiva a través de los cristales de la puerta de la cocina, que se había cerrado tras la criada. Después robaron 200 dólares y regresaron a su casa. Desde allí seguían oyendo los gemidos de la criada, pero no hicieron caso, y, después de entrar en ella por la puerta trasera, volvieron a acostarse.

Stielow no firmó nunca su confesión. Ante el tribunal se esforzó en buscar palabras para contradecirla. Y ya entonces el tribunal podía haberse dado cuenta de que en la descripción de Stielow figuraban hechos que no habían acaecido jamás. Pero el acusador se contentó con la confesión, porque se reservaba todavía una carta. Y con esta carta entramos de nuevo en el terreno de la balística forense. El triunfo que se reservaba el fiscal era la comparación de las balas que habían matado a Phelps, y el viejo revólver de Stielow.

En este momento entró en escena un hombre que más adelante citaremos con frecuencia, uno de los «especialistas» más notables entre los embaucadores que en aquella época, y en años posteriores, intentaban explotar el auge de la criminalística científica. Nos referimos al «doctor» Albert Hamilton.

Hamilton era un hombre hábil, más hábil que muchos de los «expertos» que pululaban en cantidad creciente y que acudían a los juicios cuando se lo permitían los jueces. Siguiendo la costumbre americana, los jueces no les pedían ningún documento que acreditase su profesión. Les bastaba con que declarara que era un «experto». Muchos de ellos quedaban después en ridículo cuando un interrogatorio demostraba que daban el nombre de «microscopio» a una lupa de las más baratas. Otros, cuando el jurado les preguntaba cómo se fabricaba una pistola, respondían con la ingenua e irrefutable declaración: «Las pistolas se funden en un molde». El «doctor» Hamilton era un hombre de otra madera.

Era un personaje diminuto, pero se rodeaba de una atmósfera de grandeza científica y poseía una gran capacidad de convicción. Había iniciado su carrera como fabricante de espejos patentados en Auburn, Nueva York. El título de doctor se lo concedió él mismo. Después se sintió atraído por las dietas de 50 dólares diarios, más gastos extras, que cobraban los «expertos» en balística. Durante mucho tiempo se llamó a sí mismo *micro-chemical-investigator*, y desde 1908 hizo propaganda de su persona con un escrito titulado: «El hombre de Auburn».

El microscopio comparativo de Goddard llegó a Europa a través de Egipto. Sydney Smith, director del Departamento forense del Ministerio de justicia catrota y futuro profesor de medicina legal en Edimburgo (*abajo, izquierda*), oyó hablar de Goddard y construyó por su cuenta un microscopio comparativo. En 1925 contribuyó a detener a los asesinos del comandante supremo del ejército egipcio, Sir Lee Stack Pascha, atentado que cometieron en plena calle. (*Arriba, reconstrucción del atentado*.) Los informes de Smith impulsaron a Robert Churchill (*abajo, derecha*), célebre experto en armas londinense, a introducir en Inglaterra el microscopio comparativo.

En él se calificaba de experto en Química, Microscopía, Grafología, comparación de escritos a máquina, fotografía, huellas dactilares, Toxicología, manchas de sangre, casos de muerte misteriosa, embalsamado de cadáveres y anatomía. No contento aún con esta impresionante cantidad de especialidades, añadió las siguientes: heridas por arma de fuego, armas de fuego, identificación de balas, pólvora y materias explosivas. Como explicaban después algunas personas que lo conocían, Hamilton había leído algunos artículos europeos sobre los primeros experimentos en el terreno de la identificación de armas de fuego, y había comprado un microscopio y una cámara fotográfica. Sabía que las fotografías grandes y misteriosas impresionaban a los jurados.

Se presentó, pues, en Albion, inspeccionó el revólver de Stielow y sometió al objetivo de su barato microscopio las balas extraídas al cadáver de Phelps. Luego dictaminó, con sorprendente rapidez: en el cañón del arma de Stielow había, según él, una «muesca anormal» junto a la boca. Dicha muesca aparecía también en las balas. Y concluyó con las siguientes palabras: «Las balas asesinas han sido disparadas por el revólver de Charles E. Stielow», palabras a las que añadió aún las siguientes: «No pueden haber sido disparadas por otro revólver». Para confirmar sus afirmaciones, tomó unas fotografías destinadas a impresionar a los jueces y al jurado.

El 12 de julio inició el proceso contra Stielow. Las confesiones de Stielow y Green parecieron extraordinariamente curiosas al propio juez, el cual expuso sus dudas al jurado. Otra circunstancia sospechosa era la de que ni en casa de Stielow ni en la de sus parientes apareció el menor rastro del dinero robado. Entretanto, la suegra de Stielow se había visto incluso obligada a vender la única vaca que poseía la familia, para sufragar los gastos del parto del segundo hijo. Así, pues, todos los ojos se dirigieron al «doctor» Hamilton. Éste se dejaba admirar sir reservas, mostraba las fotografías y repetía su dictamen. Insistió, sobre todo, en la frase fatal: «Las balas asesinas sólo pudieron ser disparadas por el revólver del acusado».

El defensor de Stielow, joven abogado de turno procedente de Medina y llamado David E. White, carecía de experiencia. Se trataba de su primer proceso por asesinato. Carecía también de los recursos necesarios para pagar a un experto que contra-

dijera al del fiscal. Sin embargo, logró demostrar que en las fotografías enseñadas por Hamilton no se veía la menor señal de una muesca. Pero Hamilton dominaba la situación y declaró: «¡Oh, las fotografías han sido confundidas y muestran la parte opuesta de las balas, la parte en la que precisamente no se halla la muesca!». La fuerza de convicción de Hamilton era tan grande, que nadie pensó en lo extraño de sus palabras. Hamilton contradijo también la afirmación de la defensa, según la cual las anomalías de la boca del cañón no quedan grabadas en los proyectiles. El «experto» afirmó sin vacilar:

«En este caso, el cerrojo sujeta los cartuchos con tanta fuerza, que no se forman gases. Toda la fuerza de los gases desprendidos por la pólvora impulsa el proyectil hacia delante. El plomo del mismo se dilataba poco antes de llegar a la boca del cañón y rellenaba los huecos y hendiduras que había en dicha zona».

Los ciudadanos de Orlenas County que ocupaban los asientos del jurado, estaban resueltos a dar cuanto antes un culpable a la opinión pública, y ahorrar así los costos de un largo proceso a los contribuyentes. El testimonio de Hamilton les satisfacía plenamente. El 23 de julio de 1915, Stielow fue declarado culpable de «asesinato en primer grado» y condenado a la silla eléctrica. Sería ejecutado a principios de diciembre. Stielow pasó a Sing-Sing, donde esperaba el cumplimiento de la condena.

Probablemente, ésta habría sido la suerte de Stielow si el director interino de la prisión, Spencer Miller, no se hubiese interesado por aquel candidato a la silla eléctrica, por aquel ser primitivo, que parecía un animal indefenso. Spencer Miller era un idealista que soñaba en una reforma del Derecho Penal. Informó de todo lo ocurrido al llamado *Humanitarian Cult*, de Nueva York, asociación regentada principalmente por mujeres y dedicada a la lucha contra la pena de muerte. Tres de dichas mujeres, Irene Loeb, la señora Humiston e Inez Milholland Boissevan, se entregaron, con pasión femenina, a la lucha por la causa de Stielow. Presentaron varias instancias de revisión del proceso, que fueron rechazadas, pero que sirvieron para aplazar varias veces la ejecución. Una de estas veces, en julio de 1916, Stielow estaba ya sentado en la silla eléctrica cuando se concedió el aplazamiento. Las investigaciones llevadas a cabo por el *Humanitarian Cult* condujeron a un importante descu-

brimiento: dos vagabundos, llamados King y O'Donnell, habían sido condenados hacía poco por robo y perjurio. Ambos individuos rondaron por West-Shelby la noche en que fue asesinado Phelps, y habían hablado del crimen a la mañana siguiente, mucho antes de que fuesen publicadas las primeras noticias.

La señora Humiston logró hablar con King en la cárcel. Más aún: lo convenció de que, al menos, hiciera una buena acción en su vida. King confesó y se presentó voluntariamente al juez Georg Larkin. Admitió haber asesinado y robado al granjero Phelps, con su compinche O'Connell. Su versión de los hechos era tan lógica y exacta, que disipaba todas las dudas contenidas en la declaración de Stielow.

La confesión de King provocó una oleada de indignación en Orleans County. Si lo que King decía era cierto, el distrito se veía amenazado con la celebración de un nuevo proceso, con los consiguientes gastos. El fiscal, el sheriff Bartlett y el detective Newton acudieron sin pérdida de tiempo a la cárcel de Little Valey, en la que se encontraba King, dispuestos a llevárselo a la propia capital de distrito e interrogarlo. Pero King les aseguró que su confesión correspondía a la verdad. Sin embargo, después, al regresar a la cárcel de Little Valey, lo negó todo. No se necesitaba mucha fantasía para imaginar cómo le habían explicado en Albion el poco valor que todo el mundo prestaba a su confesión. Sin embargo, el gobernador del Estado de Nueva York, Whitman, al enterarse de los acontecimientos, nombró, en 1917, una comisión independiente, que revisaría todo el caso. El presidente de la misma fue George H. Bond, abogado de Siracusa. Y Bond eligió como asistente a un funcionario del ministerio público neoyorquino llamado Charles E. Waite.

Waite ya no era joven. Tenía tras él una vida agitada y, en el fondo, improductiva. Sin embargo, la investigación criminal había sido siempre su afición, y por ello acabó trabajando en la oficina del ministerio público. Cuando Waite se presentó a Bond, no sospechaba que en aquel preciso momento iniciaba el camino que haría de él uno de los inmortales pioneros de la balística forense, y que su vida se llenaría de un nuevo contenido.

Bond y Waite interrogaron a Stielow, King y O'Connell. Estos primeros interrogatorios los indujeron ya a sospechar que Stielow era inocente, y que los dos vagabundos habían cometido el crimen. La única que Stielow tenía en contra era el informe

presentado en 1915 por el «doctor» Hamilton sobre el revólver del acusado y las balas halladas en el cadáver. Las balas y el revólver se hallaban cuidadosamente empaquetados, junto con las actas del caso. Waite no se había ocupado jamás en las armas de fuego. Pero sabía que, en la sección de detectives de la ciudad de Nueva York, trabajaba un tal capitán Jones, que llevaba años estudiando revólveres, pistolas y fusiles. Así, pues, pidió ayuda al capitán Jones y al inspector Faurot, que, como hemos visto en el capítulo primero, fue quien introdujo en América el sistema de las huellas dactilares.

En principio, se pidió a Jones que emitiera un juicio sobre la última vez que había sido disparado el revólver de Stielow. Jones no poseía tampoco métodos muy exactos. Actuaba por experiencia personal, aunque no era, en modo alguno un charlatán como Hamilton. Después de examinar el revólver, declaró que no había sido usado por lo menos en tres o cuatro años, es decir, en un intervalo muy superior al tiempo transcurrido desde el asesinato de Phelps. El orín existente en el interior del cañón abonaba la opinión de Jones. Pero lo que decía no pasaba de ser una opinión y, por tanto, no serviría de prueba. Finalmente, se colocó una hoja de papel en la boca del cañón del revólver perteneciente a Stielow. Un sólo disparo demostró que era de una falsedad grotesca la opinión de Hamilton, según la cual el cerrojo era tan ajustado, que no permitía la formación de gases hacia atrás. En realidad, el rastro de fuego que dejaba tras sí el proyectil bastó para que el papel se encendiera. Inmediatamente fueron disparados cuatro proyectiles de prueba, el primero sobre una caja llena de algodón, y el segundo, en un recipiente con agua. Ambos fueron comparados con las balas del crimen. A simple vista se veía que las balas de prueba no podían proceder de la misma arma que las extraídas del cadáver. Estas últimas eran limpias y tenían unas incisiones muy leves; en cambio, las de prueba estaban completamente sucias.

Como Jones no disponía de microscopio, todas las balas fueron enviadas a Rochester. En dicha localidad se hallaba la famosa Bausch & Lomb Optical Company, en la cual trabajaba un gran especialista de óptica y microscopía aplicadas: Max Poser. Recibió el encargo de buscar las muescas que Hamilton decía haber encontrado en las balas del crimen. Si dichas muescas existían en el revólver de Stielow, también se encontrarían

en los proyectiles de prueba. Poser se esforzó en localizar una muestra, utilizando para ello los aparatos más precisos de que disponía, y no pudo descubrirla ni en las balas del crimen ni en las de prueba. Evidentemente, eran producto de la fantasía de Hamilton. Sin embargo, todas estas pruebas tenían un carácter «negativo».

No obstante, Poser efectuó un descubrimiento que demostraba la criminal ligereza con que actuaba Hamilton. En las balas del crimen se observaban cinco estrías, con sus correspondientes campos intermedios. Ciertamente, también el revólver de Stielow poseía cinco estrías. Pero eran regulares y normales, mientras que en las balas del crimen había quedado marcado un campo intermedio de una anchura anormal; era tan ancho como un campo normal y dos estrías juntos. El arma del crimen debía de tener un defecto de fabricación que no poseía el revólver de Stielow.

Se trataba de una casualidad insólita. Pero demostraba que los proyectiles que habían matado a Phelps, jamás salieron del revólver de Stielow. Este hallazgo no era ya una simple opinión personal. Proporcionaba unos hechos que servirían de fundamento al juicio definitivo de Bond y Waites. Ambos declararon inocente a Stielow.

Después de tres años de prisión, Stielow fue absuelto por el gobernador Whitmann y puesto en libertad. El sospechoso King de derrumbó una vez más y repitió su confesión. Nadie dudaba ya de que él era culpable, aun cuando el Grand Jury de Orleans County se negara a acusarlo del asesinato de Phelps. Su misión era proteger al distrito contra los tan temidos gastos del proceso, y la cumplía a costa de la justicia. Sin embargo, semejante actitud no cambió los hechos: la sentencia falsa, basada en un falso informe de un falso especialista en balística, y sus históricas consecuencias.

Para Charles E. Waite, el caso Stielow dio un viraje a toda su vida. La experiencia de que un inocente había sido condenado a muerte por culpa de un dictamen científico falso, no lo dejaba vivir tranquilo, ni tampoco la convicción de que existían medios para evitar radicalmente tales errores. Una y otra vez se repetía a sí mismo la pregunta: ¿Cómo era posible descubrir el camino desde la bala disparada por el asesino hasta el arma utilizada, con tanta exactitud, que quedara excluido todo error?

Waite pasó un año en medio del caos de la primera guerra mundial. En 1919 regresó a casa y —a pesar de no ser ya un hombre joven— lanzóse a la búsqueda de una respuesta.

3

A principios de 1920, en las mundialmente famosas fábricas de armas Smith & Wesson, de Springfield, presentóse un desconocido procedente de Nueva York. Hizo una propuesta que, al principio, parecía algo extraña. «En nuestro país —declaró— registramos entre veinte y treinta asesinatos diarios, es decir, de quince a veinte veces más que en Inglaterra. La mayor parte de estos asesinatos se cometen con armas de fuego. Desde finales de la guerra hay más armas que nunca en manos de criminales. Lo único que encontramos en las víctimas son las balas y las vainas de los cartuchos. Necesitamos un procedimiento seguro para identificar el arma homicida a través del cartucho. Esto nos ayudaría extraordinariamente a encontrar a los asesinos. Estoy coleccionando todas las armas de fuego fabricadas en nuestro país y susceptibles de ser utilizadas aún por los criminales. Para ello necesito detalles exactos sobre la construcción, época, calibre, número, ángulo de torsión, medida de las estrías, campos intermedios del cañón y, tipo de munición. Sé que en los proyectiles disparados se pueden observar las huellas de las estrías. El ángulo de torsión de las mismas puede revelar también el calibre del arma. Si logro conocer las características de todas las armas, tendré la seguridad de descubrir siempre a qué tipo de arma pertenecen los proyectiles utilizados para un asesinato. Para ello necesito su ayuda».

El desconocido era Charles E. Waite.

Tras las primeras dificultades, pronto obtuvo la comprensión y la colaboración de la famosa empresa. Pero quedaban aún otras dificultades que vencer. La casa Smith & Wesson, por ejemplo, poseía sólo planos y documentos referentes a sus modelos más recientes. Muchos tipos de los que se venían fabricando desde 1857, habían caído en desuso en toda América, y sus detalles técnicos no quedaron registrados. Faltaban datos sobre los múltiples cambios que se habían ido introduciendo en los distintos tipos de armas.

Cuando Waite estaba ya a punto de ceder, tuvo ocasión de hablar con un anciano encargado, que recordaba una vieja agenda amarillenta, llena de números y datos. Manifestó que el cuaderno debía de andar por algún rincón de su casa. La agenda fue entregada a Waite, y constituyó para él una revelación. En ella constaban muchas medidas de las armas fabricadas por Smith & Wesson, empezando por el modelo número 1. Otros armeros empezaron a recopilar datos procedentes de sus mayores y antecesores. Este trabajo condujo al éxito más completo. Waite abandonó Springfield con una caja llena de documentos.

Lo mismo ocurrió en las fábricas Colt.

Samuel Colt produjo, en 1873 y 1878, su famoso Six Shooter, el arma de los pioneros del Oeste, en cinco calibres distintos. Lo mismo que otros modelos Colt, el Six Shooter seguía utilizándose en toda América. Sin embargo, la empresa no se había preocupado de coleccionar todos sus modelos anteriores.

Una vez más, impúsose una larga y laboriosa búsqueda hasta conseguir reunir todas las características de las armas Colt.

En 1922, después de un trabajo de tres años, Waite poseía ya datos exactos sobre todos los tipos de armas producidas en los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX, con excepción de los productos de armeros desconocidos, residentes en localidades apartadas, o de las fábricas que ya no estaban en funcionamiento. El resultado básico de su celo coleccionista fue un «describimiento asombroso»: ¡No existía ni un solo modelo de arma que fuese exactamente igual a otro! A veces era tan mínima la diferencia en las medidas de estrías y campos intermedios, que quedaban dentro del dominio de la llamada *tolerancia*. Se trataba de diferencias que incluso las empresas más acreditadas podían permitirles a sus trabajadores al aplicar las medidas prescritas. Sin embargo, podía haber otras diferencias clarísimas, especialmente en la orientación de las estrías. Cuando Waite examinaba un proyectil, media primero el calibre en fracciones de milímetro y luego determinaba cuál era la dirección de las estrías. Si se trataba, por ejemplo, de un calibre 25 con estrías hacia la izquierda, quedaban excluidas todas las armas que poseían distinto calibre y las del mismo calibre, pero con estrías hacia la derecha. Luego Waite contaba y media las estrías y los campos intermedios y descubría con facilidad el modelo de arma correspondiente, con excepción de los casos en

que las diferencias quedaran dentro del margen de tolerancia. Pero, aun entonces, si medía el ángulo de torsión de las estrías podía dar con «su» arma. A mediados de 1922, Waite estaba en condiciones de informar sobre la procedencia de cualquier proyectil procedente de un arma de producción americana. En poco tiempo podía saber si la bala pertenecía, pongamos por caso, a un Colt 35, modelo X, o a un fusil Winchester, modelo Y. Su sistema no fallaba jamás, a menos que el proyectil hubiese es tallado en partículas o se hubiese deformado totalmente. Sin embargo, en el momento de su primer triunfo, Waite pasó por la experiencia de todos los pioneros. Cuando ya se creía seguro de haber alcanzado la meta, tuvo un desengaño que le demostró lo lejos que aún se hallaba de dicha meta.

En otoño de 1922 visitó el cuartel general de la policía neoyorquina. Como si fuese cosa del destino, llegó precisamente en el momento en que todas las armas de fuego confiscadas durante el año eran llevadas a los buques que debían conducir a alta mar, para ser arrojadas en ella. La policía de Nueva York estaba sosteniendo una lucha tan denodada como inútil contra las armas escondidas. En 1922 confiscó nada menos que 3000 pistolas, revólveres, metralletas y fusiles. Cuando Waite vio dicho botín, comprobó algo que lo alarmó: por lo menos dos tercios de las armas recogidas no eran de fabricación americana, sino que procedían de Alemania, Inglaterra, Francia, Austria, Bélgica y España. La mayoría de ellas eran completamente desconocidas para él.

Lleno de sombríos presentimientos, corrió a las autoridades aduaneras. Tenía allí algunos amigos. Su terror aumentó al enterarse de que sólo en el año anterior fueron importadas, por el puerto de Nueva York, 559 000 armas de fuego extranjeras. En 1921, 205 000. Las armas españolas, compradas a precios ridículos y a menudo malas copias de los modelos americanos, predominaban sensiblemente por su número. En muchos catálogos de establecimientos americanos se ofrecían por 3 ó 4 dólares, para que todo americano, sin un gasto excesivo, pudiera ejercer el viejo derecho a la tenencia de armas.

Las experiencias de Nueva York sumieron a Waite en un abismo de desesperación. Si dos tercios de las armas utilizadas —no sólo en Nueva York— eran de procedencia extranjera, su colección, reunida con tanto esfuerzo, carecía de valor. Waite

comprendió que se encontraba ante una difícil alternativa. Podía renunciar a su trabajo o proseguirlo, caso en el cual tendría que ir a Europa y reunir allí los datos de todas las armas fabricadas en los últimos setenta u ochenta años. Con amargura y dominado por el cansancio, manifestó: «Si hubiese podido sospechar lo que me esperaba, habría dejado este trabajo en manos de una persona más joven». Pero, finalmente, Waite decidió no ceder. Se hizo con cartas de recomendación para los agregados militares estadounidenses en Europa y para los jefes de policía de los países más importantes. A fines de 1922 emprendió el viaje.

Su viaje, que duró un año, fue penoso y estuvo lleno de inconvenientes. Waite hablaba sólo inglés y, además, estaba enfermo con frecuencia. Sin embargo, en ninguna parte le negaron la ayuda solicitada: desde Naudin, prefecto de policía de París, hasta Julián Echeverría, director de la armería española de Elbar. Waite visitó todas las fábricas de armas de Europa. Las experiencias americanas se repitieron. Generalmente no se conservaban los modelos antiguos, y los planos y documentos estaban «traspapelados». Sin embargo, estimulado por el oscuro presentimiento de una muerte próxima, Waite hizo lo que al principio parecía imposible. A fines de 1923, cuando desembarcó de nuevo en territorio americano, llevaba una gran caja, llena de modelos de armas, dibujos y notas. Su colección comprendía unos 1500 modelos. Podía estar seguro de haber registrado prácticamente todas las armas utilizadas por los criminales en América y fuera de las fronteras de Estados Unidos. Cuando estaba ocupado aún en estudiar el rico botín de su viaje y en convertir las medidas europeas en americanas, Waite tuvo ocasión de contribuir resueltamente a esclarecer un crimen.

Un sheriff, a quien encontró casualmente, le mostró una bala empleada en un asesinato. Waite la estudió y dedujo que había sido disparada por un revólver belga, de la casa Nicholas Piper (Lieja), modelo 1895. En sus primeras pesquisas, el sheriff no había llegado muy lejos, aunque en algún momento había sospechado de un belga. El trabajo de Waite le permitió atar cabos, y el belga acabó por confesar.

Pero este caso, de resultados aparentemente satisfactorios, sumió de nuevo a Waite en el abismo de la decepción. Había comprobado que la bala procedía realmente de un revólver bel-

ga, tipo 1895, pero la casa Piper había fabricado, sin duda, decenas de miles de armas semejantes. Si no hubiese existido un sospechoso belga que confesó su crimen, nadie habría podido demostrar que la bala había sido disparada realmente por un determinado ejemplar del modelo en cuestión. Por segunda vez, Waite se dio cuenta de que aún estaba lejos de la meta; en realidad se hallaba a mitad de camino.

A Waite le quedaban sólo tres años de vida. El lo presentía. Pero las cosas habían ido ya demasiado lejos, y no podía existir la alternativa de continuar o ceder. Era preciso seguir adelante. Si existía realmente la posibilidad de relacionar un proyectil con un arma determinada, había que descubrir otras características que correspondieran de un modo inconfundible a una sola arma, algo así como las huellas dactilares humanas. Este era un sueño audaz, muy audaz. Waite había observado cientos de veces el proceso de fabricación de un arma: el cañón era fabricado y pulido en un bloque cilíndrico de acero. Después, con ayuda de una cortadora automática de acero durísimo, se labraban las estrías en el interior o ánima. Estas cortadoras trabajaban bañadas en grasa, y empujaban hacia delante las virutas de acero que cortaban de la pared del cañón. Si se estudiaban estas virutas al microscopio, se observaba que su superficie no era lisa, sino dentada, y los dientes, como es natural, desiguales. Además, la cortadora tenía que interrumpir varias veces el proceso, porque había que afilarla constantemente. Waite recordaba las frases pronunciadas por un ingeniero de una armería austriaca: «Utilizamos los mejores aparatos de precisión. Y, sin embargo, nunca será posible fabricar dos armas exactamente iguales. Existen siempre diferencias. Examine usted al microscopio una navaja de afeitar. Observará que el filo no es nunca recto, sino dentado; por tanto, el orden y la medida de los dientes es forzosamente distinto en cada navaja. Lo mismo sucede con nuestras máquinas cortadoras. Además, cada vez que son afiladas se producen cambios, que luego se observan en cada una de las estrías. Prácticamente, esto no tiene importancia, pero quizá sea interesante».

Completamente obsesionado por su primitiva idea de reunir una gran colección de armas, Waite no comprendió inmediatamente la importancia de las palabras pronunciadas por el austriaco. Ahora se daba cuenta de su valor. Si el ingeniero tenía

razón y el proceso de fabricación, pese a la calidad de las herramientas, no conseguía que dos armas fuesen iguales, entonces era preciso buscar dichas diferencias en las balas.

Waite no se había dedicado nunca a la Microscopía. Para sus anteriores trabajos le habían bastado instrumentos calibradores de gran precisión. Sin embargo, las peculiaridades que quería buscar sólo podían observarse al microscopio. Waite se dirigió a Rochester y pidió al óptico Max Poser el mejor microscopio que hubiera en el mercado. Su apasionamiento causó tal impresión a Poser, que creó un microscopio especial en el menor tiempo posible. Era un aparato con un dispositivo para mantener sujeto el proyectil y con escalas de medición. Con él podían observarse y medirse los signos y transformaciones más insignificantes. Sin embargo, Waite no se sentía capaz de efectuar personalmente el trabajo microscópico. Su vista no era muy buena, y le temblaba la mano derecha. Así, pues, buscó a un especialista para que le ayudara. La búsqueda no fue fácil, porque Waite no podía ofrecer todavía unos beneficios económicos. Necesitaba un idealista que creyera en su causa y en el porvenir de su trabajo.

La última gran suerte que tuvo Waite en su vida fue la de encontrar realmente hombres que comprendieran sus ideas y estuviesen dispuestos incluso a hacer sacrificios por ellas. El primero fue John H. Fisher, físico que había trabajado mucho tiempo en una oficina de verificación de pesos y medidas, pero que siempre se había interesado por las armas de fuego. El segundo se llamaba Philipp O. Gravelle. Cuando estudiaba Química en la universidad de Columbia, Gravelle se pasaba ya las noches dedicado a la microscopía y a la fotografía. La micrografía era su pasión; en su laboratorio de South Orange hacía visibles todos los aspectos «invisibles» de la Botánica, Mineralogía y Metalurgia, mediante fotografías. Gravelle tenía cuarenta y cinco años. La sociedad microfotográfica de Londres acababa de concederle la medalla de oro Barnard. Al tener noticia de las ideas de Waite, no vaciló ni un solo momento y se unió a él. En Nueva York fue creado el *Bureau of Forensic Ballistics*, primer instituto de este tipo en el mundo.

Desde este momento se inició un trabajo febril. El físico Fisher construyó el helixómetro, variante del cistoscopio métrico. Así como este último servía para introducir pequeños tubos

y lámparas en los riñones y la vejiga, a fin de obtener una visión directa del estado de dichos órganos, así también el helixómetro servía para inspeccionar el cañón de un arma de fuego. Fisher inventó también un microscopio calibrador, cuyas lentes y escalas permitían medir, con una precisión desconocida hasta entonces, las estrías, los campos intermedios y la orientación de las curvas. Por su parte, Gravelle observó y fotografió miles de proyectiles, disparados por ejemplares distintos de un mismo modelo de arma y apresados en cajas rellenas de algodón. Los comparó y vio que en todos los casos tenían unas determinadas características, que permitían distinguirlos. Parecía increíble, pero la diversidad de los instrumentos de fabricación, su gasto por el uso, la acción de las virutas de acero cortadas en el ánima daban a cada arma unas características distintas, que no se repetían jamás. ¿Era, pues, posible descubrir la «huella dactilar» de una arma en cada uno de los proyectiles disparados por ella?

El número de observaciones no era aún lo bastante grande como para atreverse a hacer tan audaz afirmación. Gravelle desconfiaba, sobre todo, del cerebro humano. Mientras sólo pudiera estudiarse una bala en el microscopio y hubiera que conservar sus características en la memoria hasta que se observara un segundo proyectil que se quería comparar con el primero, no se podía obtener una precisión absoluta. Casi todo dependía de la retentiva del observador.

Esta insatisfactoria situación indujo a Gravelle a inventar un instrumento destinado a dar a la balística su primer fundamento verdaderamente científico.

Se iniciaba el año 1925 cuando la balística dio este paso decisivo: Gravelle creó un «microscopio comparativo», un instrumento que permitía ver dos balas en una sola imagen y a un aumento considerable. Con un ingenioso dispositivo óptico, unió dos microscopios, cada uno de los cuales servía para observar un proyectil. La insuficiencia de la memoria humana quedaba así subsanada. Gravelle pudo observar dos proyectiles, uno junto a otro, y logró que ambos giraran de modo que se pudieran observar con toda detención las coincidencias o las diferencias inconfundibles.

Hasta aquí se había llegado cuando Waite —amenazado ya de muerte— obtuvo la colaboración de un tercer científico. El

nuevo colaborador estaba destinado a llevar la obra de Waite hasta una cúspide que aseguraría a los Estados Unidos un papel preponderante en el campo de la criminalística científica universal. Nos referimos a Calvin Goddard.

Goddard contaba entonces treinta y cuatro años. Era un hombre alto y fuerte, de pelo muy negro. Procedía de Baltimore y, como todos los grandes pioneros americanos, hasta entonces había llevado una vida muy agitada. En realidad era especialista en enfermedades cardíacas, se había doctorado en medicina el año 1915, y poco después ingresó como asistente en el famoso John-Hopkins-Hospital. En 1916 entró en el ejército, y llegó a vestir el uniforme de mayor en el cuerpo de Sanidad. Sirvió en Francia, Bélgica, Alemania y Polonia. En 1920 regresó a América y cambió el distintivo de sanitario por el de maestro armero. Tenía motivos para ello. Goddard conservaba una fotografía de cuando tenía cuatro años, en la que sostenía con su manecita un enorme trabuco. Desde los quince años se había aficionado a los revólveres, e incluso fabricó sus primeras armas. Desde entonces, las armas de fuego ejercieron sobre él una irresistible fascinación. La armería militar le dio la deseada oportunidad de vivir en arsenales y fábricas de armamentos. Un año después volvió a la Medicina, impulsado por necesidades económicas, y llegó a ocupar el cargo de director interino del John-Hopkins-Hospital. Sin embargo, ya en 1924, siguiendo su vieja afición, se había dirigido al «doctor» Hamilton, el cual, gracias a sus trucos propagandísticos, había conseguido superar el desastre del caso Stielow sin graves daños para su carrera. Goddard pidió consejo a Hamilton sobre la posibilidad de ejercer la profesión de «experto en balística forense». Por fortuna, no tardó en darse cuenta de que Hamilton era un embaucador. En 1925, cuando conoció a Waite, abandonó definitivamente la Medicina y entró a trabajar en la oficina de éste. El 14 de noviembre de 1926, Waite falleció de un ataque cardíaco en un hotel de Sommerville, al que había acudido como experto en el caso Hall-Mills, descrito en uno de los capítulos anteriores. Por entonces, Goddard era ya la cabeza visible de la «tríada balística», nombre con que pasaron a la historia de la criminalística él, John H. Fisher y Philipp O. Gravelle.

Pocas semanas después de entrar en la oficina de Waite, Goddard manejaba con una maestría absoluta el microscopio

comparativo construido por Gravelle. Era capaz de distinguir balas disparadas por diez pistolas del mismo tipo, fabricadas con las mismas máquinas. Podía distinguir sus «características de producción». Ya no cabía la menor duda de que toda arma de fuego dejaba marcadas en los proyectiles unas señales características, además del calibre, orientación de las estrías, etc., señales que tenían un valor semejante a las «huellas dactilares» para la identificación de personas. Incluso en la parte posterior de las vainas de los cartuchos encontró Goddard características que nada tenían que ver con la estructura del percutor, la pared trasera del cañón o la uña expulsora, sino que podían atribuirse a huellas de las máquinas utilizadas en la fabricación del arma. Se había dado con la respuesta a la cuestión de distinguir si un proyectil procedía de un arma determinada.

Con esta certidumbre y con el microscopio comparativo, Goddard se dispuso a conquistar a la policía y a los tribunales para crear una balística forense basada en principios de ciencia exacta.

El tiempo trabajó en su favor. Le ofreció un proceso sensacional, en el que, como en ninguna otra ocasión, se pudo poner de manifiesto la inseguridad, la ineptitud y la charlatanería que hasta entonces dominaban el campo de la balística. Y ese mismo proceso dio a Goddard la posibilidad de presentar al público los nuevos descubrimientos y métodos, así como de formular un dictamen balístico, que pasó a la historia como algo modelico.

4.

En los años 1926-1927, el mundo entero era un hervidero de protestas contra la ejecución de dos italianos, declarados culpables de robo y asesinato el día 14 de julio de 1921. He aquí sus nombres: Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

Estos dos nombres parecían haberse convertido en el símbolo de la lucha que, desde finales de la guerra, venían sosteniendo el socialismo de izquierdas y el comunismo contra las formas políticas constituidas, una lucha que habría de convertirse en universal. Para muchos millones de personas, Sacco y Vanzetti eran dos mártires asesinados por los «verdugos del capitalismo americano»; condenados a muerte, no porque hubiesen come-

tido un crimen, sino por «luchar en pro de la libertad de todos los proletarios oprimidos».

Grandes manifestaciones llenaron las calles de Moscú. Los comunistas y los socialistas protestaron en las plazas de París. El parlamento además, envió una resolución al gobernador de Massachusetts. La Asamblea francesa, el partido laborista británico, enviaron peticiones de indulto. Explotaron bombas ante las embajadas americanas en Buenos Aires y Montevideo. Hubo huelgas generales, manifestaciones, nuevas bombas y amenazas de muerte contra norteamericanos residentes en Méjico, Argentina, Lisboa, Rotterdam, Bruselas, Estocolmo, Sofía, Praga, Atenas, Sidney y Lima. Los intelectuales firmaron documentos de protesta. Como hijos de una época en la que el comunismo no había descubierto aún que, como todas las cosas de este mundo, tenía sus imperfecciones, sino que era la esperanza de todos aquellos que soñaban en un «mundo mejor», innumerables artistas, científicos y publicistas fueron víctimas de una histeria contagiosa.

Muy pocos de los que protestaban sabían quiénes eran realmente Sacco o Vanzetti. Toda la verdad se sumergió en una oleada de propaganda, mentiras y leyendas. Sacco y Vanzetti —culpables o no— eran simples objetos para desencadenar emociones sentimentales y para servir a deseos y objetivos particulares.

El caso Sacco y Vanzetti se inició el 24 de diciembre de 1919, entre una ráfaga de disparos. Por aquellos días, en la pequeña ciudad de Bridgewater, 30 millas al sur de Boston, se cometió un atraco contra un transporte de dinero para pagar los salarios de las fábricas de zapatos White. Un coche, repleto de hombres que parecían extranjeros, se cruzó en la carretera por donde pasaba el camión. Los desconocidos abrieron fuego con sus pistolas y una escopeta. Cuando cayeron los que custodiaban el transporte, los asaltantes abandonaron su empresa y huyeron del lugar a toda velocidad. En el escenario del crimen dejaron un cartucho de la escopeta vacío.

Pocos meses después, el 15 de abril de 1920, se cometió un segundo atraco, esta vez en South Braintree, pequeña ciudad industrial de las inmediaciones. Dos guardas de la fábrica de zapatos Slater & Morrill, llamados Parmenter y Berardelli, llevaban dos cajas metálicas con 16 000 dólares, con destino a una

sucursal de la fábrica, cuando, en la carretera, fueron detenidos por dos desconocidos que dispararon inmediatamente sobre ellos. Los gangsters cogieron las dos cajas y saltaron a un coche en el que había otros tres hombres. El automóvil partió a toda prisa. Berardelli murió en la carretera. Junto a él se hallaron cuatro vainas de cartucho vacías. En el cadáver había, además, cuatro balas del calibre 32. Una de ellas atravesó el pulmón derecho, cortó la aorta y se alojó en uno de los huesos ilíacos. El choque había aplastado algo el proyectil, el cual, sin duda alguna, había causado la muerte de Berardelli.

George Burgess Magrath, el *medical examiner* de Suffolk County, numeró las balas con ayuda de una aguja quirúrgica. La bala mortal llevaba el número III. El segundo guarda, Parmenter, fue llevado al hospital en grave estado. Tenía dos balas en el cuerpo, una de las cuales había penetrado en la vena cava. El herido murió catorce horas después. La bala mortal fue señalada con una cruz. El jefe de policía del Estado de Massachusetts, el anciano capitán Proctor, se hizo cargo de todos los proyectiles y los cartuchos ocupados. Eran vainas de la casa Peters, Remington y Winchester. Un cartucho de Winchester fue señalado claramente con una W.

Los atracos se perpetraron en la atmósfera de inquietudes sociales que caracterizó a los Estados Unidos después de la primera guerra mundial. El anarquismo, doctrina que pretendía imponer la justicia social por la aniquilación violenta de todo poder político, había arraigado principalmente en el este de Norteamérica, entre los numerosos italianos que allí habitaban. Constantemente eran arrojadas bombas, o se enviaban en paquetes postales a senadores, ministros, jueces de renombre o millonarios, como John D. Rockefeller. El nerviosismo iba en aumento. Cuando estalló una bomba frente a la casa del fiscal general, en Washington, el 7 de noviembre de 1919, se iniciaron redadas de anarquistas y comunistas. Algunos centenares de ellos fueron expulsados del país. Éste era el fondo sobre el que se cometieron los atracos de Bridgewater y South Braintree.

La policía se puso en movimiento, dispuesta a descubrir a los asesinos de South Braintree. La sección de detectives de Massachusetts no era precisamente un modelo de eficacia. Sin embargo, el 17 de abril de 1920 fue descubierto un automóvil Buick, abandonado en un bosque. Se trataba de un coche ro-

bado el pasado noviembre. La descripción del auto utilizado para los atracos de Bridgewater y South Braintree correspondía al coche encontrado. La matrícula también había sido robada; había indicios de que un italiano llamado Boda fue visto en el vehículo con algunos paisanos suyos. Boda se había esfumado. Sin embargo, tenía un viejo coche Overland, depositado en un garaje de West Bridgewater. El propietario de dicho garaje avisó a la policía cuando, la noche del 5 de mayo, Boda fue a recoger su coche. Iba acompañado por tres paisanos suyos. Al parecer, se dio cuenta de la maniobra del propietario del garaje y pudo huir en una moto con uno de sus compañeros; poco después regresaba a Italia. Los otros dos salieron del garaje a pie, pero fueron detenidos en el tranvía que los conducía a Bridgewater.

Los dos detenidos negaron que conocieran a Boda. También dijeron que no llevaban armas. Pero ya en el primer registro se descubrió que uno de ellos, Nicola Sacco, de veintinueve años, llevaba una pistola automática Colt, calibre 32, cargada con nueve cartuchos. En los bolsillos de Sacco había otros veintitrés cartuchos calibre 32, fabricados por las casas Peters, U. S. Winchester y Remington. El segundo detenido, Bartolomeo Vanzetti, de treinta y dos años, llevaba un revólver Harrington & Richardson del calibre 38, cargado con cinco cartuchos, y, además, cuatro cartuchos de perdigones. En uno de sus bolsillos aparecieron octavillas anarquistas. Ambos se enzarzaron en tantas mentiras sobre sus intenciones y sobre el origen de las armas, que la policía creyó conveniente mantenerlos encerrados. Así se inició el gran drama.

Sacco y Vanzetti había emigrado a América en 1908, en una época de gran depresión económica. Eran hijos inteligentes de la miseria italiana, condenados desde la adolescencia a los más duros trabajos. Después de su llegada a Nueva York, o a Boston, viéronse hundidos en el mundo libre, pero despiadado en la lucha por el dinero y el éxito, que ofrecía América a los extranjeros. Ninguno de los dos había aprendido a expresarse en inglés. Siempre habían sido extranjeros, que habían ido alimentando un odio irreprimible contra el ambiente en el que sólo parecían existir los ricos y ellos, los pobres. Ofendidos y de cortos alcances, habían sido ganados, finalmente, por el más fanático de los anarquismos.

En la época de su detención, Sacco trabajaba en una fábrica de calzado, en South Stoughton, y Vanzetti era pescadero y llevaba su mercancía de casa en casa, en un carretón. Ambos habían participado a fondo en las actividades de los grupos anarquistas italianos, y era muy posible que, junto con otros compañeros, tuvieran la misión de cometer atracos para obtener fondos para la agitación.

Sacco y Vanzetti fueron careados con testigos de los atracos de Bridgewater y South Braintree. Sacco tenía una coartada segura para negar su participación en el primer atraco; en cambio, Vanzetti fue reconocido por varios testigos; de ahí que sólo él fuera acusado del atraco de Bridgewater. En cuanto al de Braintree, algunos testigos reconocieron a Sacco y Vanzetti. Ambos fueron acusados de atraco con asesinato, perpetrado en South Braintree. El proceso contra Vanzetti se inició el 22 de julio de 1920 en Plymouth; el proceso contra Sacco y Vanzetti, por el atraco de South Braintree, empezó el 21 de mayo de 1921 en el tribunal de la ciudad de Dedham. En ambos casos, los acusadores fueron el *attorney* del distrito, Frederick Katzmann, y su asistente Williams. El sitial del juez era ocupado por Webster Thayer, de sesenta y tres años. Ninguno de ellos sospechaba que el proceso haría cernirse negras sombras sobre el resto de sus vidas, y que sus nombres quedarían cubiertos de lodo por el odio de millones de personas. Tanto Katzmann como Thayer eran conservadores por su posición y su temperamento; forzadamente habían de demostrar su antipatía por los dos acusados italianos, sin poder comprender las emociones políticas que movían a ambos. Sin embargo, un juicio desapasionado tiene que reconocer que los dos letrados se esforzaron por actuar con la máxima objetividad y por mantener fuera del proceso los aspectos políticos del caso. Su intención fue siempre la de limitarse a poner en claro si los acusados eran o no culpables de asesinato y robo. Si todo el caso fue llevado al nivel de las pasiones políticas, la culpa fue, en gran parte, del movimiento anarquista, el cual, con la ceguera de los fanáticos, vio en el proceso contra Sacco y Vanzetti una ocasión de «desenmascarar como criminal» al Estado americano. El defensor de los dos italianos fue un californiano, Moore, que se había hecho un nombre defendiendo a los radicales americanos. También él estaba resuelto a poner en juego las pasiones políticas.

Este fue el marco del proceso en el que la balística forense de aquellos años logró desenmascararse a sí misma, aunque al fin alcanzó un triunfo definitivo. En el breve proceso contra Vanzetti, la balística no desempeñó todavía un papel importante. En cualquier caso, se prestó mucha atención a la declaración del jefe de policía de Massachusetts, capitán Proctor, el cual afirmó que los cartuchos que llevaba consigo Vanzetti eran del mismo tipo que las vainas halladas en Bridgewater. Por el contrario, en el proceso contra Sacco y Vanzetti, las balas, los cartuchos, las pistolas y los revólveres tuvieron una importancia fundamental ante los testimonios contradictorios y poco dignos de los testigos.

En la sala reinaba un silencio absoluto cuando, a principios de julio de 1921, el acusador llamó a declarar a sus especialistas. Fuera quemaba el sol. En la sala no penetraba ni un soplo de aire. Los ojos de los doce miembros del jurado, cansados por el calor y la sucesión de testigos que se contradecían, volvieron a fijarse con atención en el capitán Proctor cuando ocupó el estrado de los testigos como experto en balística.

A pesar de su avanzada edad, Proctor llevaba algún tiempo ocupado en otras actividades no puramente policíacas. Lo mismo que otros colegas suyos, sintióse dominado por la ambición de destacar en el campo de la balística. Él fue quien puso las señales correspondientes a cada uno de los proyectiles, vainas, cartuchos y armas; de ahí que fuera también el más indicado para hablar primero. Lógicamente, para la acusación era esencial descubrir si los seis proyectiles del calibre 32, hallados en el cuerpo de la víctima, procedían de un arma del mismo calibre que la que Sacco llevaba el día de su detención. Lo mismo podía afirmarse de los cartuchos. Indudablemente, era sospechoso que los veintitrés cartuchos del calibre 32 encontrados en el Colt y en los bolsillos de Sacco correspondían, por su forma, calibre y tiempo de fabricación, a los que fueron hallados en el lugar del delito.

Algo nervioso, Proctor sostenía en su mano la pistola de Sacco y un proyectil. Luego anunció a los espectadores que estaba acostumbrado a estudiar armas de los calibres 32 y 38; según él, «empujaba» la bala con la mano en el interior del cañón, para obtener una imagen de las estrías, orientación de las mismas y otras peculiaridades de las armas. Así, pues, empujó una bala en el interior del cañón de la pistola pertene-

ciente a Sacco, pero no logró introducirla en él. Molesto, abandonó el intento y dijo que no era necesario. Había disparado catorce balas de prueba con la pistola de Sacco sobre una caja llena de serrín y aceite, y luego las había recuperado en perfecto estado. Todas ellas habían sido comparadas con los proyectiles hallados en el lugar y el cuerpo del delito. Sólo uno de estos últimos, el señalado con el III —causante de la muerte de Berardelli—, correspondía, en todos sus detalles, a las balas de prueba disparadas con el revólver de Sacco. Las otras cinco balas del calibre 32 fueron disparadas probablemente por otra pistola de la marca Savage.

El fiscal Williams preguntó: «¿Está usted seguro...?».

Proctor contestó sin vacilar: «Estoy más convencido de ello que de ninguna otra cosa de este mundo...».

Entonces, Williams formuló la pregunta decisiva: «¿La bala III, fue disparada por el colt de Sacco?».

Proctor respondió: «Mi opinión es que el aspecto de la bala permite deducir que fue disparada por dicha pistola...».

Williams habló entonces de las vainas halladas junto a las víctimas.

En la sala reinaba una gran tensión cuando Proctor declaró: «Los cartuchos Winchester, señalados con la letra W, pertenecen a una pistola, y los tres restantes, a otra. Yo he comparado la vaina W con las de los proyectiles de prueba disparados con el colt de Sacco».

Williams le interrumpió con la segunda pregunta decisiva:

«En su opinión, ¿procede la vaina W de la pistola de Sacco?».

Un ventilador producía un ligero rumor. Por lo demás, reinaba un silencio mortal. Proctor lo rompió diciendo: «Los signos que la pared trasera del cañón ha producido en la vaina W y en las de los cartuchos de prueba, permiten deducir —el capitán utilizaba la misma expresión que antes— que la vaina W fue disparada por la misma arma».

Williams llamó entonces a su segundo especialista, Charles van Amburgh.

Este tampoco era un aficionado. Había trabajado nueve años en el arsenal de Springfield, después en las fábricas Colt y Westinghouse, y ahora, como técnico armero, en la Remington Union Metallic Cartridge Company, de Bridgeport. Amburgh declaró que había disparado en presencia de Proctor los pro-

yectiles de prueba con el colt de Sacco. Luego procedió a la comparación. También él opinaba que cinco de los cartuchos hallados en el lugar del crimen procedían de una pistola Savage, y el sexto, señalado con el número III, pertenecía, en cambio, a un Colt 32. Había medido las estrías.

Inmediatamente, Williams preguntó si la bala III pudo ser disparada por el revólver de Sacco.

Van Amburgh respondió: «Me inclino a creer que lo fue. Y añadió: «En la parte trasera del cañón hay una señal de orín, que reaparece en el proyectil».

Moore, el defensor, levantóse como movido por un resorte y se dispuso a hacer su interrogatorio. Sin embargo, lo único que consiguió fue obligar a Van Amburgh a confesar que los revólveres Colt se oxidan con facilidad, precisamente en el lugar mencionado. Así, pues, la mancha de orín no podía atribuirse única y necesariamente al colt de Sacco.

Después, Moore presentó a sus dos especialistas, al objeto de responder a la acusación con sus propios técnicos. El primero fue James Burns, el cual manifestó haber trabajado durante treinta años como técnico en la U. S. Cartridge Company. También él había hecho disparos de prueba con la pistola de Sacco, y, al contrario de los técnicos del fiscal, afirmó, resuelto, que la bala III jamás pudo ser disparada por la pistola de Sacco. No, no existía la menor posibilidad de comparación. Podía proceder de un Colt o de un Bayard, es decir, de un arma de fabricación extranjera. El cañón no sólo tenía una mancha de orín en su parte trasera, sino que estaba completamente oxidado. Las restantes balas podían proceder de una pistola Savage, aunque también de una Steyr o una Walter.

Al terminar Burns, Moore llamó a su segundo experto: J. Henry Fitzgerald, quien se recomendó a sí mismo al declarar que llevaba veintiocho años trabajando con armas. Fue el más seguro de todos los expertos. Dijo: «El proyectil III no ha sido disparado por la pistola de Sacco. No he encontrado en él ninguna señal que se pueda comparar con las señales que quedan en las balas disparadas por dicha arma...».

Visto con las perspectivas de las experiencias posteriores, todo el espectáculo fue bastante lamentable. En Nueva York, Waite estaba estudiando aún las primeras posibilidades científicas, cuando aquellos aficionados o profesionales con conoci-

mientos insuficientes se permitían formular dictámenes en un caso de vida o muerte.

Proctor no tenía conocimientos de Microscopía. Van Amburgh conocía más métodos, aplicados en Europa poco antes de la primera guerra mundial, pero aún se estaba iniciando en la microfotografía. Burns y Fitzgerald no poseían los conocimientos ni las experiencias necesarias para identificar un tipo de arma como estaba intentando hacerlo Waite. Y ninguno de ellos tenía la menor idea de la regularidad con que un arma deja sus señales sobre los proyectiles disparados. La impresión de incapacidad e inseguridad apenas fue mitigada por la seguridad con que hablaron Proctor y Van Amburgh, puesto que ni el fiscal, ni el jurado, ni la defensa, se dejaron convencer.

No menos lamentable fue la polémica entre especialistas que se desencadenó inmediatamente después sobre el revólver de Harrison & Richardson de calibre 38, hallado en un bolsillo de Vanzetti. Se daba el hecho curioso de que el empleado asesinado, Berardelli, iba armado con un revólver de dicha marca, que le fue robado.

El fiscal acusó a Vanzetti de haber tomado el arma, caída junto al cadáver de Berardelli. Vanzetti dio realmente explicaciones contradictorias y confusas sobre la procedencia de su arma. El acusador, Williams, llamó a un armero de la casa Iyer Johnson, llamado Fitzmeyer, y le mostró el arma. Pocas semanas antes de su muerte, Berardelli había llevado a reparar su arma de servicio a la casa Johnson. Naturalmente, Fitzmeyer no podía recordar detalle alguno del arma. Pero él le puso un nuevo percutor en el revólver que llevaba el número de reparación correspondiente a Berardelli. Inspeccionó el revólver de Vanzetti y manifestó que el arma tenía una nueva percutor.

Excitado, Moore llamó de nuevo a sus expertos. Ambos declararon sin vacilar que no se podía hablar en modo alguno de la existencia de un percutor nuevo en el revólver de Vanzetti. El percutor era tan viejo y se hallaba tan gastado como el resto del arma. En los rostros de los jurados se veía que cedían más confianza a las declaraciones de Fitzmeyer que a las denegadas rápidas conclusiones de los expertos presentados por Moore.

Nadie lo vio con mayor rapidez que el propio defensor. También se dio cuenta de que la coincidencia entre los anticuados

cartuchos hallados en la pistola de Sacco y los aparecidos en el lugar del crimen, podía inducir a los jurados a confiar más en las declaraciones de Proctor y Van Amburgh que en las de Burns y Fitzgerald. En su discurso final a los jurados, muy demagógico, Moore intentó barrer de un manotazo todos los testimonios de los expertos, tanto los del fiscal como los suyos propios. Con voz excitada, dijo: «Si hemos llegado a la época en que un microscopio puede servir para decidir sobre las vidas humanas, y si los que usan dicho microscopio no se ponen de acuerdo, sino que se contradicen radicalmente, los que trabajan para la defensa y los que trabajan para la acusación, entonces las personas sencillas como ustedes deben forzosamente vacilar antes de destruir una vida humana».

Moore no tenía razón, si se refería a la importancia de los análisis verdaderamente exactos en la ciencia forense. En cambio, la tenía, sin duda, en lo tocante a la insuficiencia de los métodos empleados por ambas partes en el caso Sacco Vanzetti.

El fiscal Katzmann le contestó: «Quiera el cielo que pronto podamos ver el día en que las pruebas de un caso importante dependan de un científico y de su microscopio». Por su parte, Katzmann tenía razón en lo referente a la importancia general de la ciencia forense, y no la tenía, en cambio, si sus palabras se aplicaban a los testimonios de los especialistas que acababan de intervenir en el drama desarrollado ante sus ojos.

El 14 de julio de 1921, por la tarde, los miembros del jurado se retiraron a deliberar.

Al parecer, estaban obsesionados por el problema de las balas y los cartuchos, porque pidieron una lupa para comparar ellos mismos el proyectil III con los de prueba. Sus intenciones eran ingenuas, pero daban testimonio de un esfuerzo sincero por esclarecer la verdad. Uno de los jurados, Dever, decía muchos años más tarde: «Discutimos de manera especial el importante problema de los proyectiles... No hubo disensiones. Todos estábamos convencidos de que Sacco y Vanzetti habían cometido el delito que les imputaba la acusación». Los jurados creían que la bala hallada en el cadáver de Berardelli procedía de la pistola de Sacco. Había otras muchas dudas sobre la seguridad de determinadas pruebas. «Pero las balas no podían ser pasadas por alto...».

A las 7,55 de la tarde, los miembros del jurado estaban dis-

puestos a pronunciar su veredicto. Por unanimidad, declararon culpables de «asesinato en primer grado» a Sacco y Vanzetti; en el sentido del *accessory*, el cómplice directo, resultaba, según el Derecho angloamericano, tan culpable del crimen como el mismo asesino.

El 15 de julio de 1921, la noticia de la sentencia fue publicada en todos los periódicos del mundo. Lo que hasta entonces no había sido más que un suceso local, se convirtió, en pocos días, en noticia de resonancia universal. La sentencia proporcionaba el material necesario para organizar la campaña que presentaba a Sacco y Vanzetti como víctimas inocentes de la «justicia de clases» capitalista. Un comité de defensa anarquista financió ambiciosos intentos jurídicos para que se efectuara una revisión del proceso. Tales intentos iban guiados por el indudable interés de ayudar verdaderamente a los camaradas condenados. Pero tras ellos se preparaba ya la enorme campaña propagandística que organizó el Socorro Rojo. Para los organizadores, Sacco y Vanzetti eran dos muñecos utilizados en la lucha política contra el mundo capitalista. De los muchos millones reunidos por el Socorro Rojo en nombre de los dos italianos, sólo 6000 dólares llegaron a las cajas del comité de defensa.

La historia de las maniobras jurídicas posteriores —que duraron siete años— y de la batalla propagandística constituye para nosotros sólo el trasfondo sobre el que representó su papel la balística forense. Uno de los más curiosos fenómenos del proceso fue el que la defensa y la propaganda radical presentaron innumerables querellas para que el fiscal, los jueces y los jurados pasaran por representantes de la clase dominante, por incapaces e incluso por «criminales». Sin embargo, muy pocas veces aludieron a la parte del proceso en la que realmente existía una insuficiencia y una evidente irresponsabilidad: al dictamen de los expertos en balística.

Sólo en 1923, después de ser rechazadas dos solicitudes de revisión, y por falta de otros puntos débiles que atacar, Moore puso sobre el tapete la cuestión de las armas del crimen. Así se inició el segundo acto del «estudio balístico» en el caso Sacco-Vanzetti, un acto que resultó aún más macabro que el primero.

Mientras, en Nueva York, Waite seguía luchando por obtener nuevos fundamentos científicos después de su primer desengaño,

este segundo acto del proceso, celebrado en Dedham, demostró, aún más que el primero, los aspectos dudosos de la balística. Moore, sin saber a lo que se exponía, puso en juego a otro «experto», que pretendía reducir al absurdo los dictámenes de Proctor y Van Amburgh con una «nueva técnica irrefutable».

El nuevo «experto» no era otro sino el «doctor» Hamilton, el hombre por cuya ligereza estuvo a punto de ser ejecutado Charles Stielow.

Hamilton, cuyo negocio seguía floreciente, tomó el tren hacia Boston para ponerse en contacto con un reportero del diario «Globe». Con gran prosopopeya, aseguró: «Si me hubiesen llamado en seguida a mí, ahora se sabría con toda seguridad si la bala del crimen fue o no disparada por la pistola de Sacco. Estoy en posesión de un nuevo método que convence a cualquier tribunal». El periodista olfateó una crónica sensacional, se puso en contacto con Moore y le habló tan favorablemente de Hamilton, que Moore pidió al «hombre de Auburn» que le dijera cuáles eran sus honorarios y si estaría dispuesto a efectuar una nueva investigación balística sobre el caso Sacco-Vanzetti.

Hamilton no perdió tiempo en responder a la nota del defensor. Inmediatamente se puso en camino de Boston.

Moore quiso saber si Hamilton podía poner en claro de un modo convincente cuatro problemas que forzosamente dejarían en entredicho los argumentos de la acusación y asegurarían un nuevo proceso. Los cuatro problemas eran:

- 1.º ¿Había sido disparada la bala III por la pistola de Sacco?
- 2.º Los cartuchos encontrados en la persona de Sacco, ¿fueron fabricados realmente en la misma época que las vainas halladas en el lugar del crimen?
- 3.º La vaina del Winchester, señalada con la letra W y encontrada junto al cadáver de Berardelli, ¿procedía del revólver de Sacco?
- 4.º El percutor del revólver de Vanzetti, ¿era nuevo?

Con su acostumbrada autosuficiencia, Hamilton declaró que daría una respuesta satisfactoria a los cuatro problemas.

El supuesto método «nuevo» consistía única y exclusivamente en que Hamilton se servía de un microscopio mejor (de la marca Bausch & Lomb). Por lo demás, sus conocimientos no habían aumentado en lo más mínimo. Se limitó a disparar al-

gunas balas de prueba con la pistola de Sacco, y luego formuló sin vacilar un dictamen que favorecía la causa del defensor.

- 1.º La bala III no fue disparada por la pistola de Sacco. La simple medición de las estrías demostraba que ni siquiera procedía de un Colt.

- 2.º Las vainas encontradas no fueron fabricadas al mismo tiempo que los cartuchos hallados en los bolsillos y revólver de Sacco, cuando éste fue detenido.

- 3.º Ninguna de las vainas estuvo jamás en el revólver de Sacco, ni tampoco la vaina W.

- 4.º El revólver de Vanzetti no poseía un percutor nuevo. Para ello habría sido preciso quitar un tornillo. El tornillo no había sido tocado.

Moore estaba radiante.

Y se alegró aún más cuando encontró un segundo especialista que tenía incluso un título de catedrático: el profesor Augustus Gill. También Gill trabajaba con un simple microscopio y sin la menor idea de los acontecimientos que se estaban desarrollando en el laboratorio de Waite. Su dictamen fue breve y rotundo: «La bala del crimen no se adapta en absoluto a la pistola de Sacco». El júbilo de Moore no conoció ya límites cuando la casualidad indujo al capitán Proctor a cambiar su primer dictamen en favor del fiscal.

Hamilton tenía algo que ver con todo ello. Un abogado que se enteró de que el «doctor» Hamilton estaba en Boston, le pidió una opinión sobre un asunto criminal. El proyectil por analizar se hallaba precisamente en casa del capitán Proctor. Allí, Hamilton, con su acostumbrado aire de suficiencia habló del importante papel que desempeñaría en el caso Sacco y Vanzetti. Proctor declaró malhumorado: «Esto no me interesa. Ahora ya soy demasiado viejo para ver ejecutar a los dos italianos por algo que no han hecho».

Hamilton se puso sobre aviso, e inmediatamente recordó a Proctor su dictamen de 1921. Pero Proctor respondió que en aquella ocasión él se había limitado a decir que la forma de la bala permitía deducir que se adaptaba a la pistola de Sacco. No había dicho nada más. Si alguien le hubiese preguntado si tenía pruebas de ello, su respuesta habría sido un rotundo «no». Sin embargo, el fiscal no se lo había preguntado, porque sabía muy bien cuál habría sido la respuesta. Naturalmente, Moore

fue informado de la declaración de Proctor. Proctor murió antes de comparecer ante el nuevo tribunal. Sin embargo, dejó un dictamen escrito en el que confirmaba todo lo dicho. Esta circunstancia fue tan sorprendente como las apariciones de los otros especialistas. Era incomprensible que, en 1921, Proctor no hubiese tenido ocasión de expresar en sus respuestas y declaraciones lo que pensaba realmente. Quizá tuviese razón el fiscal cuando acusó al anciano capitán de haberse pasado a la defensa, porque la acusación le negó los 500 dólares que había solicitado por su primer dictamen. Sin embargo, Moore afirmó que el anciano había tenido remordimientos de conciencia al saber que moriría pronto. Sea como fuere, el 30 de abril de 1923, Moore presentó su séptima instancia de revisión. Era el documento de Hamilton-Proctor, destinado a echar por tierra los dictámenes científicos de la acusación.

Naturalmente, Katzmann y Williams se dirigieron a Van Amburgh. Le exigieron que revisara su anterior dictamen y que se dispusiera a contradecir las afirmaciones de Hamilton. Van Amburgh poseía también un microscopio nuevo y se dedicaba muy a fondo a la fotografía microscópica. En esta ocasión fotografió por todos los lados el proyectil III y las balas de prueba. Tomó doce fotografías de cada proyectil y las pegó unas junto a otras, formando una tira. Luego comparó las correspondientes tiras. El sistema era insuficiente, pero suponía una mejora sustancial. El juicio de Van Amburgh fue más contundente aún que en el primer proceso: «Estoy seguro de que el cartucho W fue disparado por la pistola de Sacco. Y también lo estoy de que la bala mortal procedía de su revólver».

Cuando el juez Thayer, a finales de octubre de 1923, se puso a considerar la instancia Hamilton-Proctor, volvían a enfrentarse radicalmente los expertos de la defensa y los de la acusación. Sin embargo, esta vez Hamilton se juzgó a sí mismo, al cometer un verdadero acto de piratería durante las sesiones, un acto del que jamás se llegó a saber si había sido maquinado de acuerdo con la defensa. Hamilton compareció con dos pistolas nuevas, del mismo tipo que la de Sacco. En presencia del juez, la acusación y la defensa, desmontó las tres pistolas para explicar mejor sus opiniones. Luego las volvió a montar, metió las dos pistolas nuevas en sus bolsillos y se dispuso a abandonar la sala.

El juez Thayer, que no se fiaba en absoluto de Hamilton, lo mandó volver al estrado y le exigió que dejara las dos pistolas en la sala del tribunal. Thayer actuó como movido por una inspiración sobrenatural, porque se descubrió que la pistola de Sacco había sido provista de un cañón nuevo, lleno aún de gránulas. El cañón viejo, tan importante para las investigaciones balísticas, había pasado a una de las pistolas nuevas, gracias a las habilidades prestidigitadoras del «doctor» Hamilton.

Thayer ordenó una investigación especial, y Hamilton se vio obligado a reconocer que había cambiado los cañones. El fiscal lo acusó de haber efectuado el trueque y le reprochó el haberlo querido ocultar después, para tener un argumento seguro con que solicitar un nuevo proceso. Hamilton tuvo la desfachatez de hablar de una «sucia jugada» realizada por el fiscal, y Moore lo apoyó. Pero el destino de la instancia Hamilton-Proctor estaba ya sellado definitivamente. Se rechazó la solicitud de nuevo proceso.

El macabro espectáculo quedaría incompleto si no mencionáramos el hecho de que poco después, en 1924, Van Amburgh sufrió una grave derrota en un caso de asesinato ocurrido fuera de Massachusetts. El asunto habría bastado para destruir toda la confianza que en Dedham se había puesto en él. Pero no llegó a oídos de la defensa.

La noche del 4 de febrero de 1924, Hubert Dahme, párroco de la comunidad católica de Bridgeport, en el Estado de Connecticut, iba por la calle mayor de la ciudad cuando se le acercó por detrás un desconocido que disparó contra él y le dio en la cabeza. Dahme cayó al suelo sin vida. El asesino pudo escapar. La bala que había matado a Dahme procedía de un arma calibre 32.

El párroco era muy querido por sus feligreses. Inmediatamente se inició una implacable búsqueda del asesino. Sin embargo, el celo de innumerables testigos no condujo a ningún resultado, hasta que, el 11 de febrero, John Reynolds, un policía de South Norwalk, vio a un joven que vagabundeaba por la ciudad sin hacer nada. El policía lo detuvo y lo llevó a la comisaría, donde fue registrado. En un bolsillo del abrigo llevaba un revólver de fabricación española. Era un arma calibre 32. Una de las cinco recámaras estaba vacía. Faltaba uno de los cinco cartuchos con que había sido cargada. El desconocido se

llamaba Harold F. Israel, procedía de Bridgeport y buscaba un lugar en el que pasar la noche. Fue condenado a treinta días por «llevar un arma en un lugar no visible». Los policías que lo interrogaron le preguntaron, por rutina, dónde se hallaba la noche en que fue asesinado el Padre Dahme. El vagabundo no lo sabía. Finalmente, fue careado con algunos testigos, que lo identificaron como el asesino del párroco. Israel fue sometido entonces a un nuevo interrogatorio, que duró desde el mediodía del 13 de febrero hasta la noche del día siguiente. El detenido acabó por derrumbarse y confesó que había asesinado al párroco «porque le había venido en gana».

Van Amburgh recibió el encargo de investigar el caso, como experto en balística. Hizo algunos disparos de prueba con el revólver de Israel, sacó fotografías microscópicas de todos los proyectiles (incluidos el del crimen) y formó con ellas tiras destinadas a mostrar toda la superficie de cada una de las balas. Luego efectuó una incisión en la tira correspondiente a una de las balas de prueba, fue pasando por ella la tira de la bala del crimen, hasta que coincidieron las señales características de ambas tiras. Ante el juez de instrucción declaró: «No he terminado todos los tests, pero estoy convencido de que la bala ha sido disparada por este revólver (el de Israel)». La declaración de Van Amburgh fue decisiva.

El resultado de las primeras averiguaciones fue pasado al fiscal Holmer Stillé Cummings, el cual era uno de aquellos hombres preocupados únicamente por lograr condenas rigurosas y ganarse así la simpatía de sus electores para el siguiente período electoral. Le importaba, por encima de todo, la justicia.

Cuando Israel negó su primera confesión y dijo que, después del largo interrogatorio a que fue sometido, confesó con el único objeto de que se pusiera fin a su tortura, Cummings tuvo en cuenta esta negativa. Trató de estudiar a Israel como persona y vio que era un retrasado mental, indefenso y fácilmente influible. Le costó muy poco desconcertar a los testigos y llevarlos a afirmaciones irresponsables y contradictorias. Incluso resultó que Israel tenía una buena coartada.

Al fin, sólo quedó un punto de apoyo para la acusación: el dictamen de Van Amburgh. Cummings acudió a otros expertos en balística. En aquellos tiempos, tales expertos surgían por todas partes, como las setas. Parecía como si cualquier emplea-

do de una fábrica de armas quisiera asegurarse un puesto en la ciencia de moda. Los métodos empleados no eran mejores ni más seguros que los de Van Amburgh, y las argumentaciones utilizadas por uno y otros habrían sorprendido a un Waite o a un Goddard. Sea como fuere, los nuevos expertos declararon unánimemente que no había pruebas de que la bala del crimen procediera del revólver de Israel. Ello obligó a Cummings a estudiar personalmente las fotografías de Van Amburgh. Al comparar las tiras vio que las coincidencias se hallaban en lugares tan distintos, que la tira con fotografías de un proyectil de prueba asomaba un buen trecho por debajo de la que mostraba fotografías con la bala del crimen. El fiscal se quedó de una pieza. En ningún caso se podía hablar de una «coincidencia».

Cummings citó a Van Amburgh y repitió el experimento ante sus ojos. Luego lo miró en silencio, pero con una expresión llena de severidad. Van Amburgh palideció de terror y no abrió la boca. Humillado, tuvo que confesar que la bala del crimen no había sido disparada por el revólver de Israel. No podía justificar su primitivo error. Pero éste era evidente: había obrado a la ligera, fiándose de una simple ojeada superficial.

Entretanto, en la lucha por la vida de Sacco y Vanzetti, se habían agotado todas las posibilidades legales de conseguir un nuevo proceso. La oleada de protestas alcanzaba su punto culminante en todo el mundo. Estas protestas, y la interminable duración de la lucha por un nuevo proceso, habían conseguido una cosa: incluso los americanos, que en modo alguno tenían tendencias «izquierdistas», empezaron a dudar de la legalidad y la honestidad del proceso. Se dio el hecho curioso de que cuando Moore, agotado e inseguro, abandonó la defensa, fue sustituido por un miembro de la alta aristocracia de Nueva Inglaterra, William Gooderich Thompson, el cual, espontáneamente, se dirigió para ello al gobernador de Massachusetts, Fuller. El 1 de julio de 1927, el gobernador nombró un comité de tres personas independientes (como en el caso Stielow), destinadas a poner en claro la culpabilidad o inocencia de Sacco y Vanzetti. A la cabeza de dicho comité figuraba Abbot Lawrence Lowell, presidente de la universidad de Harvard, de sesenta y dos años de edad. El gran drama se acercaba a su fin: tres días más tarde, Calvin Goddard llegaba a Dedham con su microscopio micrométrico y su microscopio comparativo.

Goddard había estudiado todo el desarrollo de los análisis balísticos efectuados en Dedham durante aquellos años. Sin embargo, cuando estuvo bien seguro de su causa en la primavera de 1927, se dirigió a la vez a la defensa y a la acusación. Se ofreció a resolver con «claridad meridiana» el problema del análisis balístico. Su minucioso temperamento le impedía hablar de «culpabilidad» o «inocencia»; se limitó a estudiar la posibilidad de que las balas y cartuchos procedieran o no del revólver de Sacco. Goddard no podía nunca afirmar si Sacco disparó o no dicho revólver.

La defensa no hizo caso de la oferta de Goddard. Thompson, el nuevo defensor, habían abandonado la frialdad característica de los hombres de Nueva Inglaterra, para convertirse en un apasionado partidario de sus defendidos. No era ya accesible a ningún argumento en contra. Quizá fuese este el motivo de que, para el problema balístico, se aferrara al «doctor» Hamilton y pasara por alto todas las pruebas de su incapacidad. El dictamen de Hamilton correspondía a los deseos de Thompson, el cual presentía incluso que dicho dictamen era falso. Sin embargo, no quería oír ni hablar de otro análisis.

En cambio, la acusación aceptó la oferta de Goddard. Thompson acabó por declararse dispuesto, por lo menos, a no impedir una nueva prueba. Sin embargo, él y Hamilton se negaron a ser testigos de la misma. En cambio, el segundo especialista de la defensa, Augustus Gill, catedrático de la Escuela Técnica Superior de Massachusetts, estuvo presente. Por primera vez, el microscopio comparativo hacía su aparición en un proceso de gran importancia. Aparte Goddard, ninguno de los presentes había oído nada de él.

Cuando Goddard mostró el aparato, Gill se quedó muy sorprendido y manifestó que el microscopio comparativo era de tal simplicidad y exactitud, que él, Gill, se sometería a los resultados, aunque contradijeran sus anteriores opiniones.

Posteriormente, Goddard explicó con todo detalle el largo y minucioso estudio realizado sobre las balas y vainas, así como en los numerosos proyectiles de prueba disparados con la pistola de Sacco. Goddard trabajó con su acostumbrada minucio-

sidad, sin dejarse contagiar por el nerviosismo de los que le rodeaban. La inquietud de las personas que se hallaban a su espalda iba en aumento. Por fin, Goddard expuso su opinión. Era la siguiente: «La bala III salió de la pistola de Sacco; no pudo ser disparada por ninguna otra arma. Las balas de los seis cartuchos Winchester encontrados en la persona de Sacco, correspondían, en su construcción, a la bala III. La vaina W procedía, sin lugar a dudas, de la pistola de Sacco. Las restantes balas y cartuchos fueron disparados por otra arma».

Los presentes contuvieron el aliento. Pero el profesor Gill se inclinó sobre el microscopio y comprobó los resultados de Goddard. Alzó la vista y, con el rostro lívido, manifestó: «¡Nada más puedo añadir!».

Gill, que en la primavera de 1923 afirmaba que la bala del crimen no había pasado jamás por el cañón de la pistola de Sacco, capitulaba ante la insospechada exactitud del nuevo método. Comunicó a Thompson que su dictamen de 1923 era falso y que se veía obligado a romper todos los lazos que lo unían al caso Sacco-Vanzetti.

No sólo Gill se retractó, sino también James Burns, el experto que, después de treinta años de experiencia en la U. S. Cartridge Company, fue el primero en decir que la bala III no se podía comparar con los proyectiles de prueba disparados por la pistola de Sacco. También él abandonó sus primitivas opiniones. Los resultados de la investigación de Goddard fueron pasados al comité Lowell.

Thompson quedó seriamente afectado por la retirada de dos de sus especialistas. Se quejó amargamente a Hamilton e incluso recabó la colaboración de un nuevo especialista semejante al «doctor». Era un tal Wilbur Turner. Thompson inventó una nueva teoría, que lindaba con el absurdo. Afirmaba que la acusación, al iniciarse el proceso, había fabricado la bala III y el cartucho W con ayuda de la pistola de Sacco, y que la bala había sido disparada sobre un pedazo de carne para simular que se trataba del proyectil mortal. Wilbur Turner intentó justificar dicha teoría con informes confusos. Pero la batalla estaba ya perdida.

Los expertos de Thompson fueron rechazados por el comité Lowell, y Hamilton abandonó definitivamente el campo, después de tener que sufrir el que le echaran en cara sus anteriores

errores, sobre todo el lamentable papel que desempeñó en el caso Stielow. La intervención de Goddard había sido tan convincente, que el comité consideró definitivos sus resultados, aun cuando el nombre de Goddard no fue mencionado en el informe final.

El 3 de agosto de 1927, el gobernador Fuller, basándose en el informe Lowell, rechazó un nuevo recurso, y el 23 de agosto de 1927, los dos condenados murieron en la silla eléctrica de la cárcel de Charleston. Hasta el último momento afirmaron su inocencia. Vanzetti murió diciendo: «¡Soy inocente!», y Sacco gritó: «¡Viva la anarquía!». Nadie pudo negar que, hasta el último momento, ambos mantuvieron una actitud que merecía respeto desde el punto de vista humano. Una vez más, estalló la indignación en todo el mundo. Los periódicos comunistas y socialistas de izquierdas aparecieron con fajas negras. Por las calles de todas las grandes ciudades circularon manifestaciones. Cinco años después, aún estallaban bombas en la casa del juez Thayer. Luego se fueron aplacando los ánimos. El mito de Sacco y Vanzetti había cumplido su misión para los propagandistas. Sin embargo, para muchos intelectuales, el caso seguía siendo una herida abierta: «¿Eran culpables o inocentes?», se repetía aún décadas después.

El dictamen de Goddard se perdió entre pasiones y leyendas, hasta que, en 1961, fue confirmado por la balística, que ya poseía el carácter de una ciencia reconocida por todos.

El microscopio comparativo había conquistado ya todos los laboratorios policiales del mundo. En octubre de 1961, dos expertos en balística, los americanos Jack Weller y Frank Jury, se dedicaron a revisar el dictamen formulado por Goddard en el año 1927. Pudieron disponer de la pistola de Sacco, de las balas y cartuchos hallados en los cadáveres y en el lugar del crimen. Weller y Jury efectuaron nuevos disparos de prueba y, tras una minuciosa investigación, llegaron a los mismos resultados que Goddard en 1927: la bala III y la vaina W procedían de la pistola de Sacco. No había «la menor sombra de duda».

Jamás los hallazgos de Goddard pretendieron señalar la culpabilidad o inocencia de Vanzetti. En cambio, permitían deducir claramente que Sacco era culpable, y para los cronistas no dejaba de ser interesante registrar el hecho de que los obser-

vadores del sensacional caso —personas a quienes el paso de los años permitió emitir un juicio desapasionado— también se fueron convenciendo de la culpa de Sacco y la posible inocencia de Vanzetti. El hecho de que ambos afirmaran su inocencia hasta el fin, pudo deberse a su ideología de anarquistas activos y fanáticos, una ideología para la cual un atraco no constituía ningún delito. El propio Moore, que defendió a los italianos con tanta pasión como falta de escrúpulos, dejó de estar convencido de la inocencia de ambos, y Treska, dirigente anarquista norteamericano que había hecho todo lo posible por defender a sus camaradas, declaró en 1943, poco antes de su muerte: «Vanzetti era inocente; Sacco, culpable...».

6

En 1961, cuando Weller y Jury confirmaron los resultados obtenidos por Goddard en 1927, Goddard había muerto hacía ya seis años. Pero tampoco él había tenido necesidad de tal confirmación. Incansablemente, como un poseso, había ido perfeccionando su primitivo método. Tuvo que hacer frente también a algunos fracasos y reveses. Se dio cuenta de que en su método existían aún pequeñas posibilidades de error, que había que aprender a evitar. Y Goddard aprendió a evitarlas.

En 1929 era tan grande la fama de Goddard, que fue llamado a la ciudad de Chicago —invadida por el crimen— para contribuir al esclarecimiento de una matanza que ha pasado a la historia de la criminalística con el nombre de «St. Valentine's Day Massacre».

El 14 de febrero de 1929, por la mañana, siete hombres estaban reunidos en un garaje de la North Clark Street, en Chicago. Casi todos pertenecían a la llamada banda de «Bugs» Moran, que, en aquellos caóticos años del contrabando de alcohol, ejercía sus actividades en la North Side de Chicago. Los hombres esperaban a «Bugs» Moran, su jefe, que aquella mañana quería hacerse cargo de un envío de bebidas alcohólicas.

Sin embargo, Moran se retrasó, y esto le salvó la vida. Hacia las 10.30 entraron en el garaje dos hombres con el uniforme de la policía de Chicago y, pistola en mano, ordenaron: «Pegaos a la pared». Tras ellos se presentaron otros dos hombres, de pai-

sano, sacaron sendas metralletas que llevaban escondidas bajo sus abrigos y abatieron a todos los que estaban en la pared con una lluvia de proyectiles. Después salieron del garaje, se metieron en un coche y desaparecieron.

El coroner doctor Herman N. Bundesen, uno de los pocos funcionarios «insobornables» de Chicago —fenómeno excepcional—, se personó en el lugar del crimen y halló seis cadáveres, un moribundo y no menos de setenta vainas de cartuchos disparados por las metralletas.

Los entendidos pronto dedujeron que detrás de todo aquello se escondía «Cara Cortada», Al Capone, el más famoso gangster de Chicago. Al parecer, Al Capone había querido librarse de su competidor «Bugs» Moran y de sus mejores hombres. Naturalmente, en el momento del crimen, Al Capone no estaba en Chicago. Pero algunos de sus hombres, Jack McGurn, Fred Burke y Freddie Goetz, habían sido vistos en las inmediaciones del garaje. Lo cierto es que no se podía probar nada. El coroner Bundesen sabía perfectamente que no podía esperar una gran ayuda de la policía. En ninguna ciudad del mundo se hallaban tan implicados como en Chicago el crimen, la policía y la política. Bundesen constituyó un jurado especial, formado por personas acomodadas y de criterio independiente, a fin de esclarezcer el crimen. Este jurado decidió llamar a Goddard a Chicago.

Cuando Goddard salió de Nueva York, no sospechaba que corría hacia la realización de uno de los mayores sueños de su vida: la fundación de un gran laboratorio nacional dedicado a la criminalística científica. Sabía ya perfectamente que sólo una institución semejante estaría en condiciones de poner fin a las caóticas actividades de los falsos «expertos». Tras examinar todos los proyectiles y vainas encontradas en lugar y los cuerpos del delito, Goddard dio su opinión.

El crimen había sido cometido con dos metralletas de la casa Thompson, calibre 45. Una de ellas era de repetición, y la otra, de tambor; la primera admitía una carga de veinte proyectiles, y la segunda, de cincuenta.

El 14 de diciembre de 1929, en San Joseph, Michigan, un automovilista asesinó a un policía, que lo detuvo por infringir las normas de la circulación. El número de la patente, anotado por la víctima, permitió localizar el domicilio del agresor, que había huido. La casa registrada por la policía estaba a nombre

de un tal Dane. Durante el registro, los policías abrieron un armario de pared y, con gran asombro, se encontraron con un arsenal de armas, entre las que figuraban dos metralletas Thompson. Rápidamente las enviaron a Goddard, el cual efectuó los consabidos disparos de prueba sobre cajas rellenas de algodón. Goddard permaneció después algunas horas inclinado sobre su microscopio. El resultado fue el siguiente: «Las armas ocupadas en el registro domiciliario eran las mismas con que se había perpetrado la matanza del día de San Valentín».

Pocos días después fue detenido el fugitivo. Era Fred Burke, uno de los gangsters que servían a Al Capone y uno de los primeros sospechosos. Había vivido en la casa, donde se registró con nombre falso. Condenado a prisión perpetua, desapareció para siempre entre rejas. Quizás esto le salvó de la suerte que la mano vengadora de «Bugs» Moran preparó a los otros dos sospechosos: Freddie Goetz y Jack McGurn, los cuales fueron hallados después cosidos a balazos, y no era muy difícil adivinar quiénes podían ser los asesinos.

Fue tan grande la impresión que causó el trabajo de Goddard en el influyente círculo de personas que rodeaban a Herman Bundesen, que decidieron fundar un instituto universitario con el nombre *Scientific Crime Detection Laboratory*. Su misión era la siguiente: enfrentarse a la oleada de crímenes mediante métodos científicos, y familiarizar con los métodos de la balística forense a un grupo de policías jóvenes y no corrompidos. Su director fue Calvin Goddard, el cual sabía perfectamente que acabaría con su propio laboratorio de Nueva York y con las bases de su existencia anterior si transmitía sus conocimientos a una serie de personas jóvenes. El, que hasta entonces había sido el único maestro, sería pronto uno más, entre muchos. Pero esto no le importaba.

En Evanstone, en los terrenos de la North Western University, construyó su laboratorio. Durante muchos años, nadie vio a Goddard sin revolver. No lo abandonaba ni cuando trabajaba con el microscopio. En las inmediaciones del laboratorio había siempre un guarda armado, que se presentaba inmediatamente cuando oía un disparo, aunque se tratara de un disparo de prueba. Goddard tenía que repetir constantemente: «Todo va bien, estoy haciendo pruebas». Nadie sabía si las bandas de Chicago caerían alguna vez sobre el laboratorio o sobre su director. El

laboratorio de Goddard se convirtió en uno de los primeros grandes centros de la criminalística científica americana. En cuatro años, Goddard investigó 1400 casos en los que intervinieron armas de fuego. Los discípulos difundieron sus enseñanzas. En 1934, cuando la gran crisis económica conmovió las bases financieras del Instituto, Goddard estuvo trabajando un año entero sin cobrar nada. Su sueño inmediato era la fundación de un gran laboratorio central en Washington, un laboratorio que trabajara para todo el país y en el que hasta el más insignificante comisario pudiera hallar ayuda e información en cuestiones de balística forense en el FBI. «Por primera vez —exclamó Goddard—, América se hace con el timón de la criminalística científica mundial». Y su voz grave parecía como vida, al repetir: «Por primera vez».

7

¿Tenía razón Goddard? ¿Se podía afirmar que, gracias a Waite, Gravelle y Goddard, los Estados Unidos habían superado al Viejo Mundo?

La primera guerra mundial había cambiado también la fisonomía del crimen en Europa. Probablemente los pacifistas exageraban cuando decían que los asesinos lo eran sólo porque la guerra les había enseñado a matar y había elevado el crimen a la categoría de acción patriótica. Sin embargo, era innegable que la guerra, con la consiguiente producción masiva de fusiles y pistolas, y las correspondientes lecciones de tiro dadas a millones de personas, pudo convertirse mucho más que antes en un instrumento del crimen. En Europa, la necesidad obligó a esclarecer cada vez más crímenes cometidos con armas de fuego y a aumentar los conocimientos que se tenían de balística forense. En los institutos forenses universitarios y en los laboratorios policiales y de química legal, los pioneros de la anteguerra y una serie de nuevos científicos y técnicos volvieron al trabajo —interrumpido por la guerra—, a veces con los medios más pobres e insuficientes.

En 1919, Pierre Medinger, de Luxemburgo, reemprendió sus estudios de balística. El doctor G. de Rechter, que, en 1920 se hizo cargo de la dirección de la recién fundada *École de Crimi-*

nologie et de Police scientifique en Bélgica, y el teniente coronel Mage, profesor de la Escuela Militar y de Guerra belga, fueron importantes figuras en el nuevo movimiento criminalista europeo. Año tras año se dedicaron a sacar moldes de proyectiles, a fotografíarlos y a estudiarlos al microscopio, así como a cubrir con una lámina de oro las balas de plomo, para obtener mejores fotografías. Contribuyeron de manera esencial a que la identificación de armas de fuego en Europa se ocupara en estos estudios mucho antes que en América. En París, el profesor Balthazard reanudó su trabajo. En Lyon, Locard siguió su propio camino. Los criminalistas y químicos holandeses, como Hulst y Ledden-Hulsebosch, informaron a todo el mundo sobre sus trabajos. En Atenas experimentaba Georgiades. Los rusos Matweiev y Suskin sobresalieron por sus trabajos científicos sobre balística, así como el polaco Sobolewski. El sueco Harry Söderman, que trabajaba en Lyon como asistente de Locard, escribió su tesis doctoral sobre balística. Alemania contaba con los siguientes investigadores: August Brünig en Berlín; Walexeneger, consejero de la jefatura de policía, en Stuttgart; Friedrich Pietrusky, del instituto forense de Breslau; el doctor Kraft, del Instituto territorial para química de alimentos, medicinas y procedimientos judiciales, en Berlín, y Otto Mezger, director de la Oficina de Investigaciones Químicas en la ciudad de Stuttgart. Este último, gran aficionado a la caza, se había interesado después por la balística forense, y proyectó sus propios aparatos, que luego fueron fabricados en los talleres de su amigo, el célebre Robert Bosch. Paso a paso, todos estos hombres fueron aportando conquistas en el nuevo campo. Envolvían proyectiles en plastilina, en papel carbón y hojas de estaño, o en láminas de plomo y en masa de las que usan los odontólogos. Obluvieron reproducciones en molde del interior de los cañones; abrieron la capa externa de los proyectiles y la tensaron para obtener una mejor imagen de los mismos. Incluso crearon aparatos que, como los sismógrafos, tocaban con sensibles agujas la superficie de una bala en rotación y permitían registrar todas las irregularidades. Los científicos se dedicaron también a efectuar disparos de prueba, en busca del mejor sistema para recuperar los proyectiles en buen estado. Usaron para ello madera blanda, láminas de cera, cajas llenas de algodón en rama, cestos llenos de trapos y arenas, libros gruesos

o tubos llenos de agua. Fotografiaron con microscopio y sin él, con luz artificial o natural, con chasis abovedados, para captar todas las curvas de las balas y las vainas. Pegaron las fotografías una al lado de otra, o una encima de otra, para comparárlas. Otto Mezger y sus colaboradores, Hees y Hasslacher, siguieron, en 1923, el mismo camino iniciado por Waite cuatro años antes: reunieron todos los tipos de armas de fuego, midieron y catalogaron sus características. Así crearon, finalmente, un *Atlas de las pistolas*, que no contenía 1500 ejemplares como la colección de Waite, sino sólo 100, pero que adquirió una gran importancia para Europa.

Sin embargo, los pioneros europeos no lograron la más importante de las conquistas americanas: no dieron el paso decisivo hacia el verdadero microscopio comparativo. En el curso de sus trabajos, Otto Mezger se dirigió a la empresa Leitz, a la que preguntó si era posible fabricar un dispositivo que permitiera estudiar dos proyectiles a la vez. Pero antes de que madurase su idea, el invento de Gravelle cruzó el Atlántico y pasó al Viejo Continente.

Una de aquellas extrañas e imprevisibles casualidades, que con tanta frecuencia hemos encontrado en la evolución internacional de la ciencia, hizo que el microscopio comparativo diera un rodeo antes de llegar a Europa, un extraño rodeo por el Mediterráneo, a través de El Cairo, la capital egipcia.

Desde 1917, Sydney Smith, uno de los pioneros más polifacéticos y curiosos de la medicina forense —como ya hemos visto—, era director de Departamento forense del ministerio de Justicia egipcio. La investigación de todos los crímenes cometidos a orillas del Nilo pasaba por sus hábiles manos. En sus memorias, Smith pudo decir con orgullo: «En pocos años tuvimos probablemente los mejores laboratorios forenses del mundo». Casi nadie lo sabía. Londres, París, Berlín, Roma... eran los centros de la investigación criminal europea..., pero, ¿El Cairo? Cuando Harvey Littlejohn visitó a su discípulo Smith en El Cairo, sus ojos se posaron sobre una larga hilera de aparatos en los que se efectuaban simultáneamente los análisis de Marsh para la localización del arsénico.

—¿Para qué necesita usted tantos? —preguntó Littlejohn.
—Simplemente, por los casos de envenenamiento que se dan —respondió Smith con toda tranquilidad.

Littlejohn meneó la cabeza. Tal cantidad de material era inimaginable en el angosto mundo de Edimburgo.

Desde 1905, el nacionalismo egipcio se agitaba contra la dominación inglesa, y en 1919 se inició una cadena de explosiones revolucionarias, que no se interrumpió jamás. «Cuando el tumulto hubo alcanzado su punto culminante —recordaba Smith unos decenios más tarde—, mi depósito de cadáveres se hizo pequeño.» No sólo los ingleses, sino muchos egipcios, eran abatidos en pleno calle de una forma indiscriminada. Casi nunca había testigos oculares. Ésta era la situación que empujó a Sydney Smith a explorar el nuevo campo de la ballística, como les sucedió a tantos de sus colegas europeos. Si callaban los testigos, tenían que hablar las balas y los cartuchos disparados por los asesinos.

Cuando empezó el trabajo, Smith no sabía mucho más de lo que pudieran saber Waite o Calvin Goddard en sus comienzos. Pero el número de cadáveres, de balas y cartuchos amontonados en su Instituto, le dio ocasión sobrada para aprender rápidamente y a fondo. Hizo notar a los órganos gubernamentales egipcios, que muchos de los cartuchos disparados en uno de los levantamientos procedían de las existencias de la propia policía. Esto le creó algunos enemigos. Pero él no se dejó intimidar. En 1924, leyó por casualidad un pequeño informe en el que se relataba cómo, en Nueva York, Waite y Gravelle habían unido dos microscopios para comparar proyectiles. Smith se puso a trabajar inmediatamente y construyó su propio microscopio comparativo. Por suerte lo hizo a tiempo, porque pocas semanas después le sorprendió un acontecimiento que puso a prueba todos sus conocimientos.

El 19 de noviembre de 1924, Sir Lee Stack Bajá, el *sirdar* o comandante supremo británico del ejército egipcio, fue asesinado en una calle de El Cairo. En el centro de la ciudad, su coche se vio obligado a cruzar unas vías de tranvía. El vehículo disminuyó la velocidad, momento que aprovecharon los atacantes para abrir fuego. Corrieron tras el coche sin dejar de disparar, para desaparecer luego en un taxi que los estaba esperando. El *sirdar* murió de hemorragia interna, y sus acompañantes fueron heridos.

Sydney Smith acudió al lugar del suceso y encontró en él nueve vainas. Del cuerpo de la víctima fueron extraídos seis

proyectiles. Smith tenía ya bastante experiencia como para comprobar inmediatamente que todas las vainas procedían de pistolas automáticas calibre 32. Sin embargo, se trataba de tipos distintos de pistola. Tres de las vainas tenían la señal característica producida por la uña del Colt. También las balas correspondían a una arma calibre 32. Cinco de ellas habían sido convertidas, afilando las puntas, en proyectiles dum-dum, para que produjeran efectos más mortíferos en el cuerpo de la víctima. También las balas procedían, al parecer, de pistolas de distinto tipo. La primera tal vez fuese de un Colt, por sus seis estrías orientadas hacia la izquierda; la segunda había sido disparada por una pistola Mauser con cuatro estrías hacia la derecha, y la tercera era de una Browning o una Sûreté, con seis estrías orientadas hacia la derecha. El Colt debía de estar en muy malas condiciones. Las estrías normales eran difícilmente reconocibles. Además, en las balas aparecía una curiosa hendidura, que revelaba la existencia de una irregularidad en la boca del cañón. Smith la estudió a fondo. La había visto en alguna parte, y no una sola vez, sino con mucha frecuencia. Encaminóse a la sala en que guardaba la colección de balas. En pocos años se habían ido acumulando en ella cientos, e incluso miles de proyectiles. Smith los fue comparando uno a uno con las balas del Colt disparadas sobre el *sirdar*. No cabía la menor duda: la misma pistola utilizada para el reciente atentado, había servido anteriormente para otros muchos asesinatos e intentos de asesinato.

Entretanto, la policía egipcia buscaba al agresor siguiendo los viejos y acreditados métodos del espionaje y la confidencia. Los espías comunicaron, finalmente, que los autores del atentado pertenecían a un grupo nacionalista dirigido por el abogado Shafik Mansur. Algo más tarde, se dieron a conocer los nombres de dos de los agresores. Se trataba de los hermanos Enayat. Por lo demás, no existía la menor prueba contra ellos. Sin embargo, Smith prometió suministrar dichas pruebas, si se ocupaban sus armas.

Smith tenía la suficiente fantasía como para descubrir una posibilidad de hacerse con dichas armas. Mediante otro espía, los dos hermanos sospechosos fueron advertidos de que la policía quería detenerlos. «Fuid a Trípoli», fue la consigna. Ambos se dejaron convencer, y tomaron el tren que cruzaba el desierto.

La policía detuvo el tren y registró a los Enayat, que llevaban cuatro pistolas escondidas en un cesto de fruta.

Smith esperaba impaciente el boñ en su laboratorio. De las cuatro pistolas había que excluir dos, por ser de calibre 25. Las otras dos tenían el calibre buscado. Se trataba de una Sûreté y de un Colt. Los disparos de prueba resonaron en el patio interior del tranquilo instituto de Smith. Y de los cestos de algodón, los proyectiles pasaron al microscopio comparativo. Si por aquel entonces Smith hubiese tenido más experiencia, seguramente habría llegado a unos resultados más extensos y minuciosos. Por ello, no estaba muy seguro de acertar en la comparación de los proyectiles usados en el atentado y los que él disparó con la pistola Sûreté. Sólo la comparación de vainas y cartuchos demostró que la Sûreté había sido empleada en el atentado contra el *sirdar*. No obstante, el resultado decisivo lo obtuvo con la pistola Colt. Tenía la hendidura que Smith había visto tantas veces. Smith no perdió jamás el miedo a formular un dictamen prematuro y precipitado. De ahí que examinara varias docenas de pistolas Colt. Tan sólo cuando comprobó que ninguna de ellas tenía la hendidura en cuestión, comunicó su resultado al jefe de policía de El Cairo —que esperaba impaciente—: La bala que había matado a Sir Lee Stack Bajá fue disparada con el Colt de los hermanos Enayat.

Por primera vez, los agresores políticos egipcios se vieron enfrentados al testimonio mudo, pero fehaciente, de sus propias balas. En los hermanos Enayat, la incredulidad fue sustituida por la consternación, el derrumbamiento y la confesión. Además, delataron a sus cómplices: Shafik Mansur y Mahmoud Rachid. En la casa de Rachid aparecieron sierras, muelas y dos tornillos de banco, cuyas pezuñas estaban recubiertas de cinc. Smith pudo observar que en ellas habían estado sujetos unos objetos redondos, correspondientes a proyectiles del calibre 32. En las juntas se había acumulado polvo metálico —plomo, cobre y níquel—, que resultó ser idéntico a las limaduras procedentes de afilar las balas. De este modo se demostró que las balas del atentado habían sido afiladas en casa de Rachid para convertirlas en proyectiles dum-dum.

A fines de mayo de 1925, Sydney Smith, en su actitud típica, comparecía, como especialista, ante el tribunal: en una mano llevaba el Colt del asesino, y en la otra, una lupa. Fue el último

testigo de la acusación. Todos los ojos estaban fijos en él, que en este caso hablaba de cosas misteriosas e inquietantes. Su declaración contribuyó resueltamente al desenlace del proceso.

8

Desde El Cairo, el microscopio comparativo dio su último gran salto hacia Europa. Aunque tampoco en este caso escogió el camino más corto, sino que paso primero a Londres.

En el mismo año en que se celebró el proceso por el atentado cairota, apareció en Inglaterra y Escocia el ya citado libro de Sydney Smith: *Forensic Medicine and Toxicology*, que estudiaba también las heridas por arma de fuego.

Sin embargo, sólo su artículo sobre el atentado de El Cairo, aparecido en 1926 en el «British Medical Journal», llamó la atención general sobre el microscopio comparativo. El artículo fue leído por un hombre que también llevaba mucho tiempo estudiando los secretos de la balística: Robert Churchill, de Londres.

Robert Churchill no era ningún científico ni criminalista con cargo oficial, como solía ocurrir cada vez más en el continente. En cierto sentido, era lo que suele llamarse «un tipo original», un hombre de unos cincuenta años, de rostro algo bovino y hombros robustos. Era armero de profesión. Al principio tenía un pequeño taller que fabricaba fusiles para el tiro de pichón, y que luego se convirtió en la más importante fábrica de armas de fuego de artesanía y elevado precio. Las habitaciones destinadas al tráfico comercial, situadas en la esquina de la Orange Street, junto a Leicester Square, en el Westend de Londres, tenían el clima y el ambiente de un club inglés. En las paredes había piezas de su valiosa colección de armas, ante las cuales se amontonaban los paquetes con armas enviadas desde todo el Imperio británico. Allí recibía Churchill a sus clientes y amigos de Inglaterra, la India y Sudáfrica. De allí partía para sus ca-
cerías.

En 1910, un tribunal había solicitado por primera vez su presencia como especialista en armas de fuego. Desde entonces se consideraba algo natural que Robert Churchill fuese consultado en cuestiones de balística forense. Poseía una indudable experiencia en armas de fuego, nunca dejaba de experimentar, aun-

que —como los restantes expertos de aquellos días, aparte los charlatanes— carecía de métodos científicos. Sin embargo, tenía fama de ser el mejor especialista en su campo, y los fiscales sabían apreciar la impresión que sus declaraciones producían en los jurados.

El hecho de que muchas veces apareciera junto con Bernard Spilsbury nos permite deducir cuán grande era su fama. Sydney Smith, con su característica sinceridad, dijo una vez: «Con él [Spilsbury] vino Robert Churchill, un experto en balística, también famoso. Era, sin duda, un magnífico armero, pero tan obstinado y dogmático como Spilsbury. En casos de delito con armas de fuego, solían comparecer juntos. Constituían una pareja temible, y terrible, cuando... cometían un error».

El juicio de Smith no era del todo falso. Precisamente en la época en que estudiaba el artículo de Smith en el «British Medical Journal», Churchill —con Spilsbury— cometió uno de los grandes errores de su carrera en el caso John Donald Merret.

Precisamente el espíritu de la máxima minuciosidad y prudencia fue el que gastó una jugarreta a Churchill. También en el año 1932 estuvo expuesto al peligro de emitir un juicio precipitado. En Old Bailey se juzgaba a la joven entretenida Elvira Barney, de veintiséis años, por el asesinato de su amante, Michael. No había testigos directos, y Elvira Barney declaró que se trataba de un accidente. Fuera de sí y llena de celos, lo había amenazado con suicidarse. Michael intentó arrebatarse la pistola que tenía ya en sus manos, y ésta se disparó accidentalmente.

Robert Churchill declaró como especialista de la acusación. Manifestó que el arma del crimen era una de las más seguras que se habían fabricado jamás. Sólo podía dispararse si se apretaba el gatillo con bastante fuerza. Esto significaba que era inadmisiblemente la afirmación de que el arma se había disparado «accidentalmente».

Una vez más, reinó en la sala un profundo silencio cuando Patrick Hastings, uno de los más célebres defensores de Inglaterra en aquellos años, mantuvo en alto, como jugando, la pistola de Elvira Barney. Mientras interrogaba a Churchill, siguió jugando con el arma, que, naturalmente, estaba descargada. El defensor se entretenía en apretar el gatillo sin cesar. Los jurados no dejaron de oír el «clic, clic, clic», y comprendieron que

realmente era muy fácil disparar el arma. Así, pues, la carrera de Churchill demostraba que, como todos los expertos de los años en que empezaba a evolucionar la balística, estuvo siempre amenazada por la posibilidad de fatales errores.

Sin embargo, esto no cambia el hecho innegable de que la entrada del microscopio comparativo y de la balística forense científica en Inglaterra va unida para siempre al nombre de Robert Churchill y a su leyenda.

Apenas hubo leído el artículo de Smith, Churchill mandó construir un microscopio comparativo. Y aún hizo algo más. Viajó a Nueva York y visitó personalmente a Goddard. El microscopio de Churchill no era en modo alguno una obra maestra, pero cumplía su misión. Y para Churchill, lo mismo que para Goddard, la maestra casualidad desempeñó también un importante papel al proporcionarle un caso sensacional en el momento justo. Este caso sirvió para que el microscopio comparativo y la balística forense experimentaran un auge extraordinario en la Gran Bretaña. Nos referimos al asesinato del agente Gutteridge, ocurrido la noche del 26 de noviembre del año 1927.

El 27 de noviembre amanecía nublado. Cuando el cartero de Stapleford Abbas, en Essex —un hombre llamado Ward—, recorría la Ramford Ongar Road, vio a un policía en medio de un charco de sangre. Su agenda estaba en el suelo, junto al caso, también caído. En la mano derecha tenía el lápiz con que, al parecer, se disponía a escribir algo. No había señales de lucha. En la mejilla izquierda del agente se observaban dos orificios de entrada de proyectiles. Una de las balas había salido por la parte posterior de la cabeza, y la otra, por el lado derecho. Resultaba insólito y cruel el hecho de que el asesino hubiera hecho otros dos disparos, uno en cada ojo del agente. Era como si hubiese querido extinguir la mirada acusadora de la víctima. Ward quedó paralizado por el terror. Conocía al muerto; era el agente Gutteridge.

El jefe de la comisaría local pidió ayuda a Scotland Yard. Vino de Londres el inspector jefe Berrett, hombre robusto, de barba cerrada, que gozaba de cierto prestigio. El caso Gutteridge fue para él la gran ocasión de su vida. En sus memorias le dedicó el primer capítulo. Lo cierto es que Berrett no pertenecía a la vieja guardia de la policía británica, ni compartía

con ella la prevención contra las conquistas científicas y técnicas.

Berrett visitó el lugar del crimen, vio las huellas de un neumático en la tierra cubierta de hierba que lindaba con la calzada de la carretera, y empezó a sacar deducciones. La carretera no estaba iluminada por la noche. La linterna de Gutteridge estaba en su bolsillo. Si el agente asesinado había querido escribir algo, necesitaba luz. Y si no sacó la linterna, ¿acaso los faros de un coche le proporcionaron la luz necesaria? ¿Había querido anotar la matrícula de algún coche sospechoso?

Poco después se supo que la noche anterior había sido robado el coche y la cartera del médico de Billericay, el doctor Powell. Berrett vio en ello una confirmación de que estaba en buen camino. Al poco tiempo apareció el coche robado. Los ladrones lo había abandonado en una carretera desierta e inutilizada. Al parecer, habían tenido mucha prisa. En las ruedas quedaban huellas de tierra y hierba. En el estribo correspondiente al lado del conductor había manchas de sangre, y detrás del asiento delantero izquierdo, un sargento de policía encontró una vaina de cartucho. El hecho de que Berrett perteneciera al grupo de policías «modernos» y de que conociera las posibilidades de la balística forense, le indujo a tomar todas las medidas necesarias para la correspondiente investigación. También fueron sometidas a la misma las tres balas halladas en el cadáver y a su lado. La investigación fue confiada a Henry Ibbitson, William Fox y Henry Perry, revisores del arsenal real y de la fábrica de armas de la Corona en Enfield Lock. Sin embargo, el especialista más importante que intervendría en ella sería Robert Churchill, de Londres.

Los tres revisores armeros comprobaron que las balas que habían destrozado los ojos de Gutteridge debían de proceder de cartuchos que no se fabricaban desde hacía unos decenios. Por el contrario, las balas de la cara pertenecía a cartuchos más modernos, de pólvora sin humo. También la vaina encontrada en el coche fue fácilmente identificable. Era de calibre 455 y procedía de un revólver de servicio de los tipos Colt, Wembley o Smith & Wesson. Los técnicos no podían determinar con exactitud a cuál de los tres tipos pertenecía. Precisamente fue entonces cuando Churchill hizo su aparición con el microscopio comparativo. Aunque las balas del crimen estaban muy defor-

madras a causa del impacto contra la caja craneal, ofrecían un aspecto tan característico, que se podían comparar perfectamente con cualquier proyectil salido de un Colt, un Webley o un Smith & Wesson. El microscopio comparativo permitió dar con la solución: todas las balas habían sido disparadas por un revólver Webley.

Berrett y varias docenas de policías se pusieron a la búsqueda de revólveres Webley. En Hammersmith fue hallado un Webley que alguien había tirado. Uno de los tres armeros supuso que la vaina hallada en el coche utilizado por los asesinos procedía de dicho revólver. Al parecer, había coincidencias entre las líneas visibles en el suelo de la vaina y la parte posterior de la recámara del revólver. Esta suposición fue confirmada por las correspondientes ampliaciones fotográficas (que tan a menudo condujeron a falsas conclusiones). Sin embargo, Churchill hizo disparos de prueba con el Webley. Los proyectiles fueron comparados uno a uno con las balas del crimen. El microscopio comparativo no mentía: eran completamente distintos. El revólver Webley de Hammersmith no podía ser el arma del crimen. No sólo Churchill se inclinó sobre el microscopio. También lo hicieron los otros tres técnicos, los cuales se vieron obligados a rectificar su opinión.

De nuevo empezó la caza. Berrett estaba obsesionado por el recuerdo de las cuencas vacías del agente Gutteridge. Una persona capaz de disparar aquellos tiros, tenía que ser forzosamente violenta e insensible. Berrett revisó la lista de los delincuentes conocidos, y, ya de buen principio, su mirada se detuvo en el nombre de Frederick Guy Browne, el cual había cumplido varias condenas. Era un tipo violento y rebelde. Durante algún tiempo había regentado un dudoso negocio de automóviles en las inmediaciones del lugar del crimen. Ahora tenía un pequeño taller de reparaciones en Buttersea. Berrett ordenó que lo visitasen, pero no encontró motivo alguno para detenerlo y registrar el garaje, hasta que, a fines de enero de 1928, Browne vendió un coche robado. Berrett comprendió. Al entrar en el taller de Browne, encontró un segundo coche. En el interior del mismo había no sólo instrumentos de la cartera del doctor Powell, sino también un revólver Webley cargado y gran cantidad de munición. Browne dijo: «¿Gutteridge? No lo conozco, nunca había oído este nombre». Según él, había comprado el

revólver Webley en abril del año anterior y jamás había disparado.

A la mañana siguiente, Churchill y los otros tres técnicos se pusieron a estudiar el botín. El microscopio de Churchill proporcionó con asombrosa rapidez el eslabón decisivo que faltaba. El dibujo de las balas del crimen era idéntico al de los proyectiles de prueba disparados con el Webley. Sin embargo, como las balas del crimen estaban deformadas, Churchill renunció a mostrarlas al jurado como prueba. «Si los miembros de un jurado —declaró— son confrontados por primera vez con los resultados del microscopio comparativo, dichos resultados no les dejarían la menor posibilidad de poner pretextos. Tienen que convencerse».

Esta posibilidad de convencer al jurado vino dada por la comparación entre el revólver Webley y el cartucho hallado en el interior del coche robado. Los dibujos y señales que aparecían en la parte inferior del cartucho, coincidían perfectamente con los de la recámara del Webley. No obstante, aún surgieron dudas frente a lo «nuevo»; así lo demostró William Foz, armero de Enfield Lock. Examinó las recámaras de 1374 armas que estaban en reparación en sus talleres. Sólo cuando comprobó que ni una sola tenía las mismas señales que la vaina del cartucho hallado en el coche, se dio por satisfecho.

Mientras se estaba realizando el examen balístico, Berrett detuvo a un hombre llamado Kennedy, que había sido visto muchas veces con Browne. Kennedy intentó disparar sobre los policías que lo detuvieron, pero el arma le falló. También fue examinada, pero no se pudo descubrir relación alguna entre ella y el arma del crimen. Sin embargo, esto no importaba mucho, porque Kennedy confesó que, junto con Browne, había robado el coche del doctor Powell. El agente Gutteridge los había detenido después en la carretera, y Browne disparó sobre él desde el coche.

El 23 de abril de 1928, el juez Avory presidía en Old Bailey la causa contra Browne y Kennedy. Por primera vez la balística forense entraba en el viejo edificio. El microscopio comparativo sirvió de tema a los titulares de los periódicos, y aún se hablaba de él cuando los dos acusados —condenados a muerte— morían, el 31 de mayo de 1928, en las cárceles de Pentonville y Wandsworth. Naturalmente, aún había desconfiados que

encontraban extraño y confuso el uso del microscopio comparativo como método probatorio. Uno de ellos era G. B. Shaw, el cual no perdía ninguna oportunidad de llamar la atención. En una carta abierta se refería a «muescas fabricadas ex profeso en pistolas y cartuchos, para impresionar a los jurados». Pero las declaraciones del famoso escritor se estrellaron contra la realidad. Esta vez, Churchill no se había equivocado, y con razón merece la fama de haber introducido en Gran Bretaña la balística forense.

9

Desde Londres, la evolución se extendió a los demás países. El sueco Söderman fue el siguiente científico que, a su regreso de Lyon, introdujo en su patria el microscopio comparativo. Lo siguieron Locard, de Lyon; Mezger, de Stuttgart; Kraft, de Berlín. En 1930 se usaban en Europa más microscopios comparativos que en América, donde el método había sido inventado, pero donde la criminalística científica no había alcanzado aún el nivel europeo. Durante mucho tiempo —en parte, incluso después de la segunda guerra mundial— se discutió el problema de si la balística forense era una parte de la medicina forense —a la que tanto debía— o bien si había de convertirse en un campo de acción de especialistas técnicos, mientras que las heridas de bala seguirían perteneciendo a la jurisdicción de la medicina legal. Era una polémica que recordaba, en muchos aspectos, la lucha de la Toxicología por definir su posición en la investigación criminal. Pero al final se fue imponiendo la idea de que el nuevo campo exigía una responsabilidad, un tiempo y una atención especiales, y que no podía ser ejercido por hombres que, a la vez, tuvieran que hacer otros trabajos de investigación distintos. En el curso de algunos decenios se fueron creando departamentos de balística en casi todos los países, casi siempre en el marco de los laboratorios policiales, cuya evolución hemos descrito ya con anterioridad. También en este aspecto acabó la época de los hombres polifacéticos, para dejar paso a un trabajo de mayor o menor especialización. La obra de los pioneros, con su búsqueda y sus errores, pero también con su penetración en un mundo desconocido, dejó

el paso a la rutina de una especialidad reconocida por todos. Sin embargo, la rutina no condujo al anquilosamiento, porque los delincuentes se aprovecharon también del progreso técnico, lo cual obligó a los expertos en balística a mantenerse siempre en forma, igual que los médicos forenses y los toxicólogos.

Sin embargo, los fundamentos adquiridos después de varias décadas de lucha no fueron cambiados por la evolución. Constituyeron siempre la base inmovible para seguir el camino hacia el futuro.

EPILOGO

Este epílogo debería ir tal vez precedido por la frase de un hombre que se considerara uno de los pioneros de la cirugía alemana, y que lo fue también de la medicina general en la primera mitad de nuestro siglo: August Bier. Él, que no se había limitado al ejercicio de la cirugía, sino que se había ocupado en otros problemas, y que fue criticado, unas veces con razón y otras sin ella, respondía a sus críticos: «Tengo la impresión de que la cirugía puede atontar a un hombre hasta el extremo de inutilizarlo para cualquier otra actividad».

Un autor que, tras dedicar sus primeros libros a la historia de la cirugía y de la medicina, aborda luego —en el presente libro— una materia tan distinta, se expone también al peligro de ser criticado por haber dado semejante «salto», y de ser incluido en la lista de aquellos escritores superficiales que van a la caza del éxito y pasan de un tema a otro. Esta posible identificación parece tanto más inquietante cuanto que —con la tendencia a la esquematización que caracteriza a nuestra época—, el libro será incluido en la moderna categoría de manual especializado, género cuya evolución inflacionista está en camino de hacer degenerar la forma literaria y convertirla en algo adocenado.

Todo aquel que lea esta obra verá en seguida que se ha de buscar su origen en el lugar en que, desde hace mucho tiempo, existe ya un puente tendido entre la medicina y la criminalística: en el dominio de la medicina forense. Esta apreciación del lector será correcta. El paso por dicho puente significó para mí el primer impulso hacia un mundo nuevo —el mundo del

acontecer histórico de la criminalística moderna, y, en especial, tecnicocientífica, en toda su amplitud universal—. Hace seis años, al enfrentarme por primera vez con ella, hice una experiencia que me pareció muy curiosa: jamás se había intentado estudiar esta evolución y el papel que ha desempeñado en los esfuerzos, más o menos felices, que los órdenes sociales establecido han llevado a cabo contra sus antagonistas naturales: los delinquentes de todas las formas y grados.

El que, con buena conciencia, puede decir que, en el transcurso de varios años, ha conocido e incluso reunido la bibliografía que existe en todos los pueblos sobre el proceso histórico de la criminalística, forzosamente ha de sentir extrañeza al enfrentarse con el hecho de que sólo existen unas cuantas exposiciones fragmentarias sobre aspectos históricos, o, mejor dicho, intentos de exposición. En la bibliografía francesa y anglosajona hay miles de libros sobre casos criminales, centenares de libros de memorias escritos por criminalistas, detectives, jueces, abogados defensores, médicos forenses y toxicólogos. Son legión las publicaciones especializadas sobre criminalística tecnicocientífica en forma de libros, artículos de revista, etc. Pero en ninguna parte —con excepción de los intentos fragmentarios mencionados— se ha intentado proporcionar a los lectores un panorama histórico general y una visión de la multiplicidad, movilidad y dramatismo de dicha historia. Hoy, tras la primera parte del trabajo, al cerrar el presente volumen, creo conocer el motivo de la reserva existente en este campo. Quizá pueda expresarlo mediante una confesión: Si hubiese sabido lo que me esperaba cuando realicé el primer intento de dominar el material existente, difícilmente habría tenido el valor de seguir adelante. Este primer intento no sólo me metió de lleno en una lucha agotadora por dominar las montañas de material, sino que —si exceptuamos algunos capítulos, como la historia de la identificación y la de las organizaciones policíacas como Scotland Yard— también me condujo a terrenos inexplorados, a senderos no recorridos, que se extendían por todo el mundo, y a fuentes con frecuencia ya agotadas. Había que reunir y distribuir, formando una imagen, numerosas piedrecitas de un mosaico, cuya relación estaba muchas veces por desentrañar. Hubo que estudiar la estructura jurídica de muchos países, innumerables procedimientos de investigación policíaca y proto-

colos originales de procesos importantes. No era solamente el estudio de una ciencia y de su progresiva implicación en la criminalística, sino que se trataba del estudio de *muchas* ciencias y de su evolución: la dactiloscopia, la patología forense, la serología, la química y la toxicología, la física hasta las más recientes etapas de la espectrofotometría y análisis radiactivo, la biología y la microbiología, en su enorme variedad y en su importancia para la interpretación de huellas, la óptica y la microscopía en su aplicación a la balística, la grafología y sus métodos. El trabajo significaba realmente un estudio en todos los sentidos de esta palabra. Significaba la comprensión y el dominio de problemas científicos complicados. Significaba verdadero estudio en el sentido que le daba Goethe: «Posesión es lo que se entiende».

Ahora, cuando ya está terminada una parte independiente de la obra total, me parece adecuado tratar de la historia de la criminalística científica en el siglo en que creó sus fundamentos. El que realmente conozca las enormes proporciones y la multiplicidad de esta evolución histórica, aunque sólo sea de manera aproximada, se asustará de tal denominación. Pero yo creo que el conocimiento de la bibliografía que existe en todo el mundo sobre este campo me permite decir que el lector tiene ante sus ojos el primer panorama de las fases básicas de este desarrollo y sus momentos más dramáticos; una imagen con muchos altibajos, errores y peligros; con los éxitos y los fracasos que acompañan a la historia de la investigación criminal, y que seguirán acompañándola hasta un futuro muy lejano, pese a las sueños optimistas de aquellos que opinan que se producirá una muerte natural del crimen como consecuencia de una transformación revolucionaria de la sociedad y de su estructura social, pedagógica y jurídica.

Hace muchos años, uno de los creadores de un libro especializado recomendaba a sus lectores que no empezaran la lectura de la obra por la primera página, sino por uno de los últimos capítulos, que a él le parecía especialmente interesante. Yo podría intentar hacer lo mismo, y proponer la lectura previa del capítulo sobre medicina forense o toxicología, para que así, de buenas a primeras, se introdujera el lector en campos científicos nuevos y originales. Porque era inevitable que en el primer capítulo, dedicado a la historia de las huellas dactilares y a la evo-

lución de las organizaciones policíacas mundiales, se trata de hechos sobre los cuales se da información en otras partes. Pero el camino que vaya a seguir el lector es algo que no me preocupa y que dejo a la discreción de cada uno, en la confianza de que pronto descubrirá cómo, incluso en aspectos conocidos, le espera siempre algo inédito.

En el momento de dejar la pluma, me siento obligado a expresar mi agradecimiento a un escritor y a un poeta. Cuando la montaña de material amenazaba con sepultarme y los caminos que había de seguir parecían confundirse; cuando se amontonaban los problemas de estructurar las cuestiones científicas y el mosaico de las diferentes partes se resistía a tomar una imagen coherente, entonces hallé consuelo en unas palabras que Gottfried Benn pronunció una vez en honor de Georg Büchner. Me refiero a las palabras sobre los tiempos y las zonas oscuras de la creación, que luego se olvidan y nos dejan tan sólo la impresión de que las palabras han venido «con pies de paloma», y de que basta tender la mano para alcanzar las piedras ya acabadas, que han sido moldeadas, en realidad, con enormes sacrificios.

Si Benn, más allá de la obra de Büchner, pensaba en el proceso general de la creación, se refería, sin duda, a los artistas y escritores del pasado y del presente. Seguramente no pensaba en los autores de manuales o libros especializados, ni tampoco en aquellos libros que pretendían ser algo más que obras de circunstancias, anejas a materias más importantes, o especulaciones al servicio de intereses momentáneos. Y, sin embargo, en las oscuras horas en que fue escrito este libro, las palabras de Benn me sirvieron de consuelo y estímulo.

Esta obra tendrá sus fallos inevitables y algún que otro error. Puede que la descripción de los hechos decepcione a quien exija la interpretación filosófica de los problemas criminalísticos y de la criminología, ciencia emparentada con ellos. Sin embargo, no hay que olvidar que los hechos constituyen una base para la interpretación. Si este libro contribuye a crear esta base y si, además, da la impresión de que el autor ha echado mano incansablemente de los archivos de la Historia; si he conducido al lector, también incansable pero confiado, a través de un siglo de historia y de sus intrincados caminos, entonces espero que la obra habrá cumplido su misión.

JÜRGEN THORWALD

BIBLIOGRAFÍA

1. EL SELLO INDELEBLE

- Historia de la Streté de Vidocq
a Macé
Encyclopédie Nationale de Police.
Paris 1955.
SCOTT, HAROLD: *The Concise Encyclopedia of Crime and Criminals.*
Nueva York 1961.
BUISSON, H.: *La police, son histoire.*
Vichy 1949.
DU PARQ, G.: *Secrets of the French Police.* Londres 1934.
LE CLERE, MARCEL: *Histoire de la Police.* Paris 1947.
STRAU, PHILIP JOHN: *The Police of Paris.* Londres 1951.
STRAU, PHILIP JOHN: *Vidocq.* Londres 1953 (edición alemana: Stuttgart 1944).
CANTIER, L.: *Mémoires.* Bruselas 1862.
GISOBERT, H. J.: *Mémoires.* Paris 1840.
Aspecto físico, carácter y antecedentes de Alphonse Bertillon.
BERTILLON, SUZANNE: *Vie d'Alphonse Bertillon.* Paris 1940.
RHODES, HENRY T. F.: *Alphonse Bertillon.* Nueva York 1936.
STOCKIS, EUGENE: *Alphonse Bertillon.* Arch. Intern. de Méd. Légale, Lieja 1914.
Situación de la identificación y sus métodos.
RHODES, HENRY T. F.: *Alphonse Bertillon.*
SPEARMAN, EDMUND R.: *Known to the Police.* The Nineteenth Century, septiembre 1894.
ASHTON-WOLFE, H.: *The forgotten Clue.* Londres s. a.
Inicios de la fotografía policial
TETZNER, HEINRICH: *Die Photographie in der Kriminalistik.* Berlin 1949.
JULIER, MAXIMILIAN: *50 Jahre Kriminaltechnik.* III: Photographie. Kriminalistik, 1952, p. 28.
ROBINSON, HENRY MORRIS: *Science catches the Criminal.* Nueva York 1935.
BORGENHOFF, TH.: *Les premières Photographies judiciaires.* Bruselas 1921.
BORGENHOFF, TH.: *Die ältesten politischen Verbrechenphotographien.* Archiv für Kriminalogie, vol. 68, p. 170.
Principios de la criminología, estudio de las causas científicas y formas de los crímenes. Quételet, Lombroso.
SCOTT, HAROLD: *The Concise Encyclopedia of Crime and Criminals.*
MANNHEIM, HERMANN: *Pioneers in Criminology.* Chicago, 1960.
MEZGER, EDMUND: *Kriminalpolitik.* Stuttgart 1942.
HARRIS, F. H.: *Adolphe Quételet as Statistician.* Nueva York 1908.
QUÉTELET, ANDRÉ: *Sur l'homme et le développement de ses facultés, ou essai de physique sociale.* Paris 1835.
QUÉTELET, ANDRÉ: *Du système social et des lois qui le régissent.* Paris 1848.
LOMBROSO, GINA: *Cesare Lombroso, Storia della Vita e delle opere.* Bologna 1914.
SIMSON, GERNARD: *Fünf Kämpfer für Gerechtigkeit.* Munich 1951.
KURELLA, HANS: *Zu Lombrosos Gedächtnis.* Monatschrift für Kriminalpsychologie, 7/1910-1911.
Nacimiento de la idea de identificación mediante la antropometría.
BERTILLON, SUZANNE: *Vie d'Alphonse Bertillon.*
RHODES, T. F. HENRY: *Alphonse Bertillon.*
LACASSAGNE, A.: *Alphonse Bertillon.*

L'homme, le savant, la pensée philosophique.
 LOCARD, EDMOND: *L'œuvre d'Alphonse Bertillon*. Ambos en: *Archives d'Anthropologie criminelle*, de Médecine légale et de Psychologie normale et pathologique n.º 249, 15, marzo 1914.
 HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*. Berlin y Leipzig 1927.

Louis Andrieux y la primera oposición a las ideas de Bertillon.
 STEAD, PHILIP JOHN: *The Police of Paris*.
 RHODES, HENRY T. F.: *Alphonse Bertillon*.

Gustave Macé y Bertillon
 HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.
 MACÉ, G.: *Mon musée criminel*. París 1890.

MACÉ, G.: *Le service de Sûreté*. París 1895.
 MACÉ, G.: *Un Joli Monde*. París 1887.
 RHODES, HENRY T. F.: *In the Tracks of Crime*.
 GRUBBLE, LEONARD R.: *Famous Feats of Detection and Deduction*. Nueva York 1934.

William Herschel y el descubrimiento de la huella dactilar en la India. Prehistoria de la huella dactilar en el Asia oriental.
 CHERRILL, FREDERICK R.: *The Fingerprint System at Scotland Yard*. Londres 1934.

CHERRILL, FRED: *Fingerprints Never Lie*. Nueva York 1934.
 HERSCHEL, W. J.: *The Origin of Fingerprinting*. Londres 1916.
 HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.
 GOWIN, GEORGE: *Criminal Men*. Nueva York 1937.
 HEINDL, ROBERT: *Sir William James Herschel. Archiv für Kriminologie*, vol. 70, p. 139-142.

El caso Tichborne.
 GILBERT, MICHAEL: *The Claimant*. Londres 1937.
 WOODRUFF, DOUGLAS: *The Tichborne Claimant*. Londres 1937.
 STOKER, BRAM: *Famous Impositors*. Nueva York 1910.
 SPARROW, GERALD: *The Great Impositors*. Londres 1962.

El doctor Henry Faulds, en Tokio; carácter; descubrimiento

independiente de la huella dactilar. Primitivas aplicaciones de la huella dactilar en la historia japonesa. Propuestas de Faulds a la revista «Nature». Vanas solicitudes a las policías de Londres y París.
 BROWNE, DOUGLAS G.: y ALAN BROCK: *Fingerprints*. Londres 1933.
 WILSON, G. W.: *Fingerprints*. Londres y Edimburgo 1938.
 WILSON, SHERIFF: *Two Pioneers of Fingerprinting: Faulds and Herschel* (con un Postfacio de Robert Heindl). Archiv für Kriminologie, vol. 118, p. 50-52 (Trad. alemana, p. 47-49).
 RHODES, HENRY T. F.: *In the Tracks of Crime*.

HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.
 KUBO, DR. TAKESHI: *Zur Geschichte der Fingerabdruckverfahren*. Archiv für Kriminologie, vol. 75, páginas 56-58.

Camecasse, una ocasión para Bertillon, el primer éxito de la antropometría en el caso Dupont. Triunfo de Bertillon, el «portrait parlé». Nombramiento de Bertillon como jefe del Servicio de Identificación Policial. Evolución de la fotografía policial y primer laboratorio criminalístico.

STEAD, PHILIP JOHN: *The Police of Paris*.
 BERTILLON, SUZANNE: *Vie d'Alphonse Bertillon*.
 RHODES, HENRY T. F.: *Alphonse Bertillon*.
 BERTILLON, ALPHONSE: *Identification Anthropométrique*. Ann. de Démographie. 1882.
 BERTILLON, ALPHONSE: *L'Anthropométrie Judiciaire à Paris en 1889*. París y Lyon 1890.

BERTILLON, ALPHONSE: *Notice sur le Fonctionnement du Service d'Identification*. Aparecido en el *Annuaire Statistique de la Ville de Paris* 1887.
 BERTILLON, ALPHONSE: *La Couleur de Paris*. Rev. Sci., julio 1885.
 BERTILLON, ALPHONSE: *Instructions Signalétiques*. Melun 1893.
 BERTILLON, ALPHONSE: *La Photographie Judiciaire*. París 1890.
 REISS, R. A.: *Le portrait parlé*. París 1905.

El caso Ravachol. Bertillon empieza a adquirir fama mundial.
 SERGENT, ALAN: *Le Roman vrai des*

80 ans dont nous avons hérité (L'in-saisissable Ravachol). Paris-Presses/L'intransigeant 9, 2, 56, 59.

IRVING, H. B.: *Studies of French Criminals of the Nineteenth Century*. Londres 1901.
 RHODES, HENRY T. F.: *In the Tracks of Crime*.

Francis Galton, personalidad y vida; la exposición de Londres, redescubrimiento de la huella dactilar. Galton y Herschel. Fingerprinting, el primer intento de registro. Galton y Faulds.

BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.
 GALTON, FRANCIS: *Fingerprints*. Londres 1892.

GALTON, FRANCIS: *Memories of my life*. Londres 1903.

CHERRILL, FREDERICK R.: *The Fingerprint System at Scotland Yard*.
 HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.

RHODES, HENRY T. F.: *In the Tracks of Crime*.

ROSCHER, G.: *Der Altmeyer der Daktyloskopie*. Archiv für Kriminologie, vol. 22, p. 326.

Scotland Yard, historia desde los Bow-Street-Runners hasta la New Scotland Yard.

SCOTT, HAROLD: *The Concise Encyclopedia of Crime and Criminals*.
 HART, J. M.: *The British Police*. Londres 1951.

REITH, C.: *A new Study of Police History*. Edimburgo 1956.

DILNOT, GEORGE: *The Story of Scotland Yard*. Londres 1926.

ADAM, HARGRAVE L.: *The Police Encyclopedia* (8 vols.). Londres s. f.
 ARMITAGE, GILBERT: *The History of the Bow Street Runners 1729-1829*. Londres s. f.

FITZGERALD, PERCY: *Chronicles of Bow Street Police Office*. Londres 1888.
 LESLIE-MELVILLE, R.: *The Life and Work of Sir John Fielding*. Londres s. f.

QUENNEL, PETER: *London's Underworld*. Londres s. f.

MOYLAN, J. F.: *Scotland Yard and the Metropolitan Police*. Londres 1929.

GOLLOMB, JOSEPH: *Scotland Yard*. Londres s. f.

WOODHALL, EDWIN T.: *Secrets of Scotland Yard*. Londres 1936.

La fundación del departamento de detectives, Whitcher, Dick Ta-

nner, el caso Constance Kent, el caso Mueller. Jack el Destripador, crisis en Scotland Yard.
 DILNOT, GEORGE: *The Tragedy at Budegus*. XEULT: *The Tragedy at Road Hill House*. Nueva York 1953.
 STAPLETON, J. W.: *The Great Crime of 1869*. Londres 1861.

JESSE, F. T.: *Murder and its Motives*. Londres 1924.

RHODES, J.: *The Case of Constance Kent*. Londres 1928.

GRUBBLE, LEONARD: *Famous Murders*. Londres 1933.

BIRMINGHAM, GEORGE A.: *Murder Most Foul*. Londres 1929.

MATTERS, LEONARD: *The Mystery of Jack the Ripper*. Londres 1928.

GRIFFITH, A.: *Mysteries of Police and Crime*. Londres 1898.

KINGSTON, CHARLES: *A Gallery of Rogues*. Londres 1924.

Estado de la identificación en Londres. Defensa del bertillonaje por parte de Spearman e interés simultáneo por la dactiloscopia. El comité Troup, visitas a Galton, Macnaghten.

DILNOT, GEORGE: *Scotland Yard*.
 SPEARMAN, EDMUND R.: *Known to the Police*.

GALTON, FRANCIS: *Memories of my Life*.
 HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.

BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.

ADAM, H. L.: *CID. Behind the Scenes at Scotland Yard*. Londres 1931.

Viaje del comité Troup a París. Visita a Bertillon, Lépine, Goron, entre el bertillonaje y la dactiloscopia.

HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.

STEAD, PHILIP JOHN: *The Police of Paris*.

LÉPINE, L.: *Mes Souvenirs*. París 1929.

BELEN, J.: *My Work at the Sûreté*. Londres 1950.

MACNAGHTEN, MELVILLE: *Days of my Years*. Londres 1914.

Victoria de la antropometría en Europa. Situación en Alemania. Desarrollo de la policía alemana, en especial la berlinesa. Situación de la identificación. El papel de la dactiloscopia. El papel de Koettig y Roscher.

Heindl, Robert: *System und Praxis der Daktyloskopie*.

Engel: *Die Entwicklung des Königlichen Polizeipräsidenten zu Berlin in der Zeit von 1809-1909. Aus Anlass der bundestaglichen Wiederkehr des Gründungstages der Behörde zum 23 März 1909 auf Grund amtlichen Materials zusammengestellt*. Berlin 1909.

Lindenberg, Paul: *Berliner Polizei und Verbrechen*. Leipzig 1892.

Pau, G.: *Berliner Kriminalstudien*. 5 vols. Berlin 1886-87.

Waters, C.: *Erinnerungen eines Kriminal-Polizisten*. Leipzig 1857.

Die Polizei in Preussen, über Befugnisse und deren Grenzen. Breslau 1898.

Unter Polizeibesen. Stuttgart 1905.

Assessor. Die Berliner Polizei, Berlin 1901.

Königliches Polizeipräsidentium. Berlin, s. f.

Die Geheimnisse von Berlin. Aus den Papieren eines Berliner Kriminalbeamten. Berlin 1944-45.

Seig: *Handbuch der Kriminalistik*, 2 vols. Berlin 1954.

Juan Vucetich. Biografía, introducción del sistema dactiloscópico en Argentina, primeros ataques al bertillonage. El caso Francis Rojas. Difusión del sistema de Vucetich por Sudamérica.

Scott, Harold: *The Concise Encyclopedia of Crime and Criminals*. Brown, Douglas G., y Alan Brock: *Fingerprints* Juan Vucetich. Kriminalistik, 1955, p. 34-35.

Da Silva, Romulo Xavier: *Juan Vucetich*. Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal. Buenos Aires, año XIII, n.º 77.

Almandos, Luis: *Dactiloscopia Argentina*. La Plata 1906.

Almandos, Luis: *Documentación del Museo Vucetich*. La Plata 1928.

Vucetich, Juan: *Dactiloscopia Compara. El nuevo Sistema Argentino*. La Plata 1904.

Henry y el desarrollo de su sistema de dactiloscopia en Bengala. Henry y Galton. Abolición de la antropometría en la India. Victoria de la dactiloscopia. El caso Charan, en Jubeiguri. El gran salto hacia Inglaterra.

Brown, Douglas G., y Alan Brock: *Fingerprints*. Heindl, Robert: *System und Praxis der Daktyloskopie*. Heindl, Robert: *Sir Edward Henry*. Archiv für Kriminalogie, vol. 88, p. 231-232.

Henry, Edward: *Classification and Uses of Fingerprints*. Londres 1900.

Triunfo de Henry en Inglaterra, el comite Belpier. Derrota de la antropometría en Inglaterra. Henry, jefe de policía de Londres.

Inicios en Scotland Yard. Stedman, Collins, Hunt, los primeros éxitos en las carreras de caballos. El caso Jackson en Denmark Hill. Richard Muir.

Cherrill, Frederick R.: *The Fingerprint-System at Scotland Yard*. Cherrill, Fred: *Fingerprints never lie*.

Adam, H. L.: *CID. Behind the Scenes at Scotland Yard*.

Macnaghten, Melville: *Days of my Years*.

Felstead, Sidney Theodore: *Sir Richard Muir, A Memoir of a Public Prosecutor*. Londres 1927.

El escándalo Adolf Beck. Watson, Eric R.: *Adolf Beck. Notable British Trials Series*. Londres/Edimburgo 1924.

Hyde, H. Montgomery: *Cases that changed the Law*. Londres 1951.

Macnaghten, Melville: *Days of my Years*. Dinor, George: *Great Detectives and their Methods*. Boston/Nueva York 1928.

Kington, Charles: *Famous Judges and Famous Trials*. Londres, s. p.

Kington, Charles: *Dramatic Days at the Old Bailey*. Londres, s. p.

Anderson, Robert: *Criminals & Crime*. Londres 1907.

Lang, Gordon: *Mr. Justice Ivory*. Londres 1935.

El asesinato de Deplford. Primavera intervención de las huellas dactilares como prueba procesal. Los hermanos Stratton. Richard Muir actúa de fiscal. Aparición del Dr. Faulds y el Dr. Garrison.

Brown, Douglas G., y Alan Brock: *Fingerprints*. Felstead, Sidney Theodore: *Sir Richard Muir*. Cherrill, Fred: *Fingerprints never lie*. Rhodes, Henry T. F.: *In the Tracks of Crime*.

Faulds, Henry: *The Hidden Hand*. Handley 1917.

Adam, H. L.: *CID. Behind the Scenes at Scotland Yard*.

La tragedia de Bertillon. La dactiloscopia desplaza a la antropometría en toda Europa. Heindl. Obstrucción. El caso Scheffer.

Rhodes, Henry: *Alphonse Bertillon*. Heindl, Robert: *System und Praxis der Daktyloskopie*.

Mennert, Franz: *Geheimrat Dr. Robert Heindl*. Archiv für Kriminalogie, vol. 123, p. 1-10.

Sannit, Ch.: *Alphonse Bertillon and Fingerprints Identification (The Scheffer Case)*. International Criminal Police Review. Paris, octubre 1950, n.º 41.

Choque de Bertillon y Vucetich. Destino de Vucetich.

Bertillon, Suzanne: *Vie d'Alphonse Bertillon*.

Rhodes, Henry T. F.: *Alphonse Bertillon*. Almandos, Luis: *Bertillon et Vucetich*. La Plata 1928.

Francia, último baluarte de la antropometría. El robo de Mona Lisa. Escándalo. Enfermedad y muerte de Bertillon. Derrota total de la antropometría.

Bertillon, Suzanne: *Vie d'Alphonse Bertillon*.

Rhodes, Henry T. F.: *Alphonse Bertillon*.

Reiner, Stuart: *Le Roman vrai des 80 ans dont nous avons hérité (Le vol de la «coccinelle»)*. Paris-Presses L'Intransigeant 14.12.56-55.

Heindl, Robert: *Mona Lisa und die Daktyloskopie*. Die Woche, Berlin, 17, 1, 1914.

George W. Walling y la policía de Nueva York.

Walling, George W.: *Recollections of a New York Chief of Police*. Nueva York 1887.

Los Pinkertons. Evolución, aventuras, métodos. Delinuentes y su persecución en el Oeste.

Horan, James D.: *The Pinkerton Story*. Nueva York 1951.

Rowan, Richard Wilmer: *The Pinkertons, A Detective Dynasty*. Boston 1931.

Horan, James D.: *Desperate Men*. Nueva York 1949.

Block, E. B.: *Great Train Robberies of the West*. Nueva York 1955.

Shirley, G.: *Law West of Fort Smith*. Nueva York 1957.

Cook, D. J.: *Hands up! A condensed Criminal History of the Far West*. Norman, Okla. 1958.

Pinkerton, Allan: *The Spy of the Rebellion*. Hartford, Conn. 1883.

Pinkerton, Allan: *Professional Thieves and the Detectives*. Nueva York 1930.

Pinkerton, Allan: *The Somnambulist and Detectives*. Nueva York 1875.

Pinkerton, Allan: *Criminal Reminiscences and Detective Sketches*. Nueva York 1878.

Pinkerton, Allan: *Sifters, Communists, Tramps and Detectives*. Nueva York 1878.

Huellas dactilares en la Exposición Internacional de San Luis. El sargento Ferrier.

Brown, Douglas G., y Alan Brock: *Fingerprints*.

Precursores americanos. Las narraciones de Mark Twain.
 HEINDL, ROBERT: *System und Praxis der Daktyloskopie*.
 GERTSCH, WALTER: *Detektive. Ihre Geschichte im Leben und in der Literatur*. Munich 1953.
 MARK TWAIN: *Life on the Mississippi*. Nueva York s. f.
 MARK TWAIN: *Pudd'nhead Wilson*. Nueva York 1955.

El bertillonage en los Estados Unidos. El caso Will West y sus consecuencias.
 BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.
 RHODES, HENRY T. F.: *Alphonse Bertillon*.

El inspector Thomas Byrnes y la policía de Nueva York. Evolución y estado de la policía de Nueva York. High Constable Hays, los bandidos, la política y la corrupción. Byrnes y la identificación.
 WALLING, GEORGE W.: *Recollections of a New York Chief of Police*.
 CAREY, ARTHUR A.: *Memoirs of a Murder Man*. Nueva York 1930.
 Dictionary of American Biography.

COSTELLO, AUGUSTINE E.: *Our Police Protectors. History of the New York Nueva York 1935*.
 WERNER, W. R.: *It happened in New York*. Nueva York 1957.
 WERNER, W. R.: *Tammany Hall*. Nueva York 1928.
 ASBURY, HERBERT: *The Gangs of New York*. Nueva York 1927.
 ROOT, JONATHAN: *The Life and bad Times of Charles Becker*. Londres 1961.
 ROVERE, RICHARD H.: *Howe & Hummel. Their True and Scandalous History*. Nueva York 1947.

Joseph A. Faurot, introducción de la dactiloscopia en Nueva York. El caso Johnson y Nellie Quinn.
 MILES, WILLIAM E.: *Historic Fingerprints*. The New York Times Magazine, 22 abril 1956.
 Police Lesson from India. Evening Post, 2 mayo 1906.

Ojeada retrospectiva al caso Nathan, las huellas de sangre.
 PEARSON, EDMUND LESTER: *Studies in Murder*. Nueva York 1924.

CAREY, ARTHUR A.: *Memoirs of a Murder Man*.

El caso Caesar Cella, Faurot ante el tribunal: primer reconocimiento de las huellas dactilares como prueba.

MILES, WILLIAM E.: *Historic Fingerprints*.
 STOUT, WESLEY W.: *Fingerprinting Bullets*. The Saturday Evening Post, 20 junio 1925.

Actitud de los tribunales americanos, reconocimiento vacilante. Oficinas estatales y municipales de dactiloscopia. El largo camino hacia el FBI; fundación del archivo central de identificación en Washington. América supera todos los centros dactiloscópicos europeos.

SCOTT, HAROLD: *The concise Encyclopedia of Crime and Criminals*.
 WHITEHEAD, DON: *The FBI-Story*. Nueva York 1959.
 LOWENTHAL, MAX: *The Federal Bureau of Investigation*. Nueva York 1950.

Oleada de criminalidad en la Norteamérica de los años treinta. La ley seca. Se inicia una etapa de prueba para la dactiloscopia.
 ASBURY, HERBERT: *The Great Illusion*. Nueva York 1950.
 BLOCH, HERBERT A.: *Crime in America*. Nueva York 1961.
 LYLE, JOHN H.: *The Dry and Lawless Years*. Englewood Cliffs, NY 1960.
 PETERSON, VIRGIL W.: *Barbarians in our Midst*. Boston 1952.
 KEFAUVER, ESTES: *Crime in America*. Nueva York 1951.

COOPER, COURTNEY RYLEY: *Ten Thousand Public Enemies*. Nueva York 1935.
 COLLINS, FREDERICK L.: *The FBI in Peace and War*. Nueva York 1943.
 Look, The Editors of, *The Story of the FBI*. Nueva York 1947.

El caso Jack Klutas, el hombre sin huellas dactilares. Problema de la posibilidad de borrar las huellas. Investigaciones en la Northwestern University; las líneas papilares reaparecen siempre.
 BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.

TOWLAND, JOHN: *The Dillinger Days*. Nueva York 1963.

La cirugía plástica y la huella digital. Experimentos del doctor Joseph Moran. La banda de Carpi. Decpciones. El asesinato de Moran.
 HOOVER, J. EDGAR: *Persons in Hiding*. Londres 1938.
 Look, The Editors of: *The Story of the FBI*. Nueva York 1947.

Vanos intentos de Dillinger por cambiar sus huellas digitales. El doctor Wilhelm Loeser, el doctor Harold Cassidy.

CROMIE, ROBERT, y JOSEPH PINKSTON: *Dillinger*. Nueva York 1962.
 TOWLAND, JOHN: *The Dillinger Days*.
 COOPER, COURTNEY RYLEY: *Ten Thousand Public Enemies*.
 New York Times, crónicas del 27, 28 y 29 de julio de 1934, y 2 y 3 de septiembre de 1934.

El fenómeno de Gus Winkler. Las investigaciones del doctor Updegraff sobre las posibilidades de transformar las líneas papilares.
 BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.

El caso Pitts. La búsqueda del doctor Brandenburg. La intervención plástica de Pitts.
 HOOVER, J. EDGAR, y FREDERICK L. COLLINS: *The Man without Fingerprint*. Colliers, 30 enero 1943.

En vías de utilizar las huellas dactilares para otros fines distintos a la identificación criminal. Enormes proporciones de la oficina dactiloscópica de Washington.

WHITEHEAD, DON: *The FBI-Story*.
 BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.

El asesinato de June Anne Devaney en Blackburn. La huella encontrada en el lugar del crimen. Se toman las huellas dactilares de toda la población. Descubrimiento del criminal. Enseñanzas sobre el registro de toda la población con ayuda de la dactiloscopia. Resúmenes.

GODWIN, GEORGE: *The Trial of Peter Griffith*. Londres/Edimburgo 1950.
 JACOBS, T. C. H.: *Cavalcade of Murder*. Londres 1955.

SHEW, E. SPENCER: *A Second Companion to Murder*. Nueva York 1962.
 BROWNE, DOUGLAS G., y ALAN BROCK: *Fingerprints*.

Desarrollo de la Dactiloscopia.
 KR., DR.: *Elektronen im Dienste der schnellen Identifizierung von Fingerringabdrücken*. Kriminalistik, 1957, p. 70.

ANGST, E.: *Abichtlich und zufällig verursachte Vernarbungen von Papillarieten*. Kriminalistik, 1958, p. 367.

TAKEUCHI, T., H. OHATA, M. SAKAGUCHI, Y. NAKAMOTO: *Sichtbarmachung von latenten Fingerabdruckspuren durch Autoradiographie*. Kriminalistik, 1960, p. 62.

ANGST, E.: *Untersuchungen zur Bestimmung des Alters von daktyloskopischen Spuren auf Papier*.

QUEKMARZ, A.: *Das Nihydrin-Verfahren zur Sichtbarmachung von Fingerabdrücken*. Archiv für Kriminologie, vol. 115, p. 84.

CORR, J.: *Das Flammenverfahren zur Sicherung latenter Fingerspuren* (con réplica de Robert Heindl). Archiv für Kriminologie, vol. 119, p. 1.

COOKE, T. G.: *Praktische Winke für die Anwendung der Jodine-Silber-Transfer-Methode* (con réplica de Robert Heindl). Archiv für Kriminologie, vol. 119, p. 27.

COOKE, T. G.: *Eine neue Methode zur Sichtbarmachung latenter Fingerabdruckspuren mit Hilfe radioaktiver Isotope*. Archiv für Kriminologie, vol. 122, p. 195.

II. LO QUE CUENTAN LOS MUERTOS

Las sensacionales repercusiones del caso Gouffé.
 DELARUE, JACQUES: *Le Roman vrai des 80 ans dont nous avons hérité. L'Enigme de la malte à Gouffé*. L'Intransigeant 14. 3. 1957, ss.

La desaparición de Gouffé. Gouffé y Doppler intentan en vano dar con el desaparecido.
 BATAILLE: *Causas criminelles et mondaïnes*. Paris 1890.

IRVING, H. B.: *A Book of Remarkable Criminals*. Nueva York 1918.

GRIMBLE, LEONARD R.: *Famous Facts of Detection and Deduction*. Nueva York 1934.

DELARUE, JACQUES: *Le Roman vrai des 80 ans dont nous avons hérité*.

MORLEY, CHRISTOPHER: *The Red and White Grail*. Fifth Avenue Bus. Nueva York 1928.

El hallazgo del cadáver de Millery, el cofre de París, el doctor Bernard y la primera autopsia.

DELAURE, JACQUES: *Le Roman vrai des 80 ans dont nous avons hérité*. Locarno, E.: *La malle sanglante de Millery*. París 1934.

Fracaso momentáneo de la idea de Goron, según el cual el muerto de Millery era Gouffé. El problema de las etiquetas del cofre. Goron solicita y obtiene una nueva autopsia, encomendada a Lacassagne.

BATAILLE: *Causas criminelles et mon-daines*.

DELAURE, JACQUES: *Le Roman vrai des 80 ans dont nous avons hérité*. Locarno, E.: *La malle sanglante de Millery*.

La historia de la medicina legal hasta el año 1889. Galeno. Hist. Yuh Lu. La Edad Media. Cons-titución Criminalis Carolina. In-quisición y tortura. Paré. Fide-lis, Zacchia. Los motivos centra-les. Teorías y superstición. Tho-mas Bartholin; la prueba de flo-tación de los pulmones: primer ejemplo de métodos racionales. Michaelis. Bohn.

DIERGEN, PAUL: *Geschichte der Medi-zin*. Vol. II, 1.ª y 2.ª mitad. Berlín 1935/1936.

OESTERLEIN, OTTO: *Über die früheste Entwicklung der gerichtlichen Me-dizin*. En: *Schmidt's Jahrbuch* 1877. Vol. 176, p. 166.

JANOVSKY, VICTOR: *Die geschichtliche Entwicklung der gerichtlichen Me-dizin*. En: *Maschka's Handbuch der gerichtlichen Medizin*. Vol. I, Tu-blinga 1881.

KOEP, J. H.: *Skizze einer Geschichte der gerichtlichen Arzneikunde*. En: *Kopps Jahrbuch der Staatsarznei-kunde* 1838.

PLACZEK, S.: *Geschichte der gerichtli-chen Medizin*. In *Neuburger-Pagels-Handbuch der Geschichte der Medi-zin*. Vol. 3, Jena 1905.

SARTH, STUART: *The History and De-velopment of Forensic Medicine*. British Medical Journal. Londres, marzo 1951.

SEWARGACHER, WALTER: *Aufgaben und Arbeitsweise der gerichtlichen Medizin (Historischer Teil)*. Wiener

Klinische Wochenschrift. Año 41, n.º 30, julio 1928.

VORKASTNER, W.: *Über Werden und Wesen der gerichtlichen Medizin*. Klinische Wochenschrift n.º 748/1931.

Johan Peter Frank y el naci-miento de la medicina estatal.

DIERGEN, PAUL: *Geschichte der Medi-zin*. Vol. II, 1.ª mitad.

SIGERUS, H. E.: *J. P. Franck: The Peo-ples Misery, Mother of Diseases*. Bulletin of the History of Medicine IX, 1940, p. 100.

KNEBEL: *Grundzüge zu einem vollständigen Handbuch der Literatur für die gesamte Staatsarzneikunde*. Vol. 1, secc. 1, Götting 1806.

La medicina científica y su in-fluencia en el desarrollo de la medicina legal. Berlín. Orfila. De-vergie. Casper.

PLACZEK, S.: *Geschichte der gerichtli-chen Medizin*.

SMITH, SYDNEY: *The History and De-velopment of Forensic Medicine*.

PROCOOP, O.: *Lehrbuch der gerichtli-chen Medizin* (Historische Einlei-tung). Berlín 1950.

LYMAN, CARL: *Nachruf auf Johan Ludwig Casper*. Vierteljahressch-rift für gerichtliche und öffentliche Medizin. Vol. 25, Berlín 1864.

CASPER, JOHANN LUDWIG: *Practisches Handbuch der gerichtlichen Medi-zin nach eigenen Erfahrungen*. Ber-lín 1856-1858.

HABERDA, A.: *Geschichte der Wiener Lehrkanzel für gerichtliche Medi-zin*. Beiträge zur gerichtlichen Me-dizin, vol. 1, Viena 1911.

BERNT, JOSEF: *Beiträge zur gerichtli-chen Arzneikunde*, vol. 1-6. Viena 1818-1823.

ORFILA, J.: *Debus de la médecine lé-gale en Europe*. Annales d'hygiène, t. 36, París 1872.

DUYOIR, MAURICE: *Orfila*. — En: *Die berühmten Ärzte*. Ginebra 1947.

DEVERGIE, A.: *Médecine légale*. París 1840.

BRAND y CHAUDÉ: *Manuel complet de médecine légale*. París 1880.

GRIFITH, ARTHUR: *Mysteries of Po-lice and Crime*, vols. I, II. Londres 1938.

LOCARD, E.: *La malle sanglante de Millery*.

Lacassagne y algunos problemas fundamentales de la medicina legal. Comprobación del falleci-miento, manchas cadavéricas, ri-gidez, enfriamiento del cadáver y su importancia para la crimina-listica y la medicina legal.

PROCOOP, O.: *Lehrbuch der gerichtli-chen Medizin*.

WALCHER, KURT: *Leichenschauun-gen*.

WALCHER, KURT: *Todeszeitbestim-mung*. — En: v. Neureiter, Pietsus-ky, Schütt: *Handwörterbuch der gerichtlichen Medizin und Krimi-nalistik*.

La segunda autopsia del cadáver de Millery por Lacassagne. La identificación de Gouffé. Rollet y la evolución de la osteología. Rayos Röntgen; la determinación de la edad por el esqueleto y los dientes; el problema de la com-paración de cabellos y su evolu-ción. El triunfo de Lacassagne.

LOCARD, E.: *La malle sanglante de Millery*.

LACASSAGNE, A.: *L'affaire Gouffé*. Lyon-París 1891.

MUELLER, BERTHOLD: *Examination von Leichen*. — En: v. Neureiter, Pietsusky, Schütt: *Handwörterbuch der gerichtlichen Medizin und Krimi-nalistik*. Berlín 1940.

ROLLET, EUGÈNE: *De la mensuration des os longs des membres, dans ses rapports avec l'anthropologie, la clinique et la médecine judiciaire*. Lyon 1889.

POLSON, CYRIL JOHN: *The Essentials of Forensic Medicine*. Oxford 1962.

DUFREUIL, WOLFGANG: *Die forensische Osteologie*. — En: O. Procoop: *Lehrbuch der Gerichtlichen Medizin*.

LOCKER, TH.: *Die Identifikationsme-thoden*. — En: *Gerichtsstützliche und Polizeistützliche Technik*. Wiesbaden 1914.

STEWART, T. D.: *Evolution of Evi-dence from the Skeleton*. — En: R. B. H. Gradwohl: *Legal Medicine*. San Luis 1954.

BOYD, J. D., y J. C. TREYOR: *Race, Age and Stature from Skeletal Ma-terial*. — En: Keith Simpson: *Mo-*

dern Trends in Forensic Medicine. Londres 1953.

KROEMER, MILTON MARION: *The Hu-man Skeleton in Forensic Medicine*. Springfield 1962.

SCHNEIDER y FRAUENHOFER: *Röntge-nstrahlen als Untersuchungsmittel in der gerichtlichen Medizin und naturwissenschaftlichen Kriminalis-tik*. En: v. Neureiter, Pietsusky, Schütt: *Handwörterbuch der ger-ichtlichen Medizin und Kriminalis-tik*.

GUSTAFSON, GÖSTA, y KEITH SIMPSON: *Dental Data in Crime Investigation*. En: *Modern Trends in Forensic Medicine*.

HUBERARDT: *Die Untersuchung von Haaren*. — En: *Gerichtsstützliche und Polizeistützliche Technik*.

MUELLER, BERTHOLD: *Gerichtliche Me-dizin (Untersuchung von Haaren)*. Berlín 1953.

El esclarecimiento del caso Gouffé

DELAURE, JACQUES: *Le Roman vrai des 80 ans dont nous avons hérité*. Goron: *L'Amour Criminel*. París s. t. Lacassagne, A.: *L'affaire Gouffé*.

El caso de Tizza-Eszlár

STEINER, OTTO: *Ritualmord? Hambur-go, s. t. Der Prozess von Tizza-Eszlár*. — En: *Der neue Pöbel*.

Eduard Hofmann y el primer es-plendor de la medicina legal aus-tríaca

HABERDA, ALBIN: *Geschichte der Wie-ner Lehrkanzel für gerichtliche Me-dizin*. Beiträge zur gerichtlichen Medizin, vol. 1, 1911.

HABERDA, ALBIN: *Nachruf für Eduard v. Hofmann*. Wiener Klinische Wo-chenschrift 1897.

HOFMANN, EDUARD: *v. Lehrbuch der gerichtlichen Medizin*. Viena-Leip-zig 1878.

REUTER, FRITZ: *Geschichte der Wie-ner Lehrkanzel für gerichtliche Me-dizin von 1804-1954*. Beiträge zur Gerichtlichen Medizin, vol. 19 (Su-plement) 1954.

REUTER, FRITZ: *Alle und neue Wege in der gerichtlichen Medizin*. Deut-sche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 11, 1928.

REUTER, FRITZ: *Ed. v. Hofmanns Er-be*. Nova Acta Leopoldina, vol. 9, 1940.

El dictamen de Hofmann en el caso de Tisza-Eszlar.

HOFMANN, E.: Die gerichtliche Aufgabe bei der Sicherstellung der Identität von Leichen. Wiener Medizinische Wochenschrift, n.º 3, n.º 12, 1882.

HOFMANN, E.: Zum Prozess von Tisza-Eszlar. Wiener Medizinische Wochenschrift, n.º 25, n.º 23, 1883.

Desarrollo y desenlace del proceso de Tisza-Eszlar. -- En: Der Prozess von Tisza-Eszlar. Der neue Pitaval.

La herencia de Hofmann y la evolución de la medicina legal austriaca después del fin del siglo. REUTER, FRITZ: Albin Haberdas Wirken am Institut für gerichtliche Medizin in Wien. Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 1, 1922.

REUTER, FRITZ: Alexander Kolisko. Verhandlungen der deutschen pathologischen Gesellschaft, Breslau, septiembre 1936.

REUTER, FRITZ: Geschichte der Wiener Lehrkanzel von 1804-1954. SCHWARZACHER, W.: Alte Probleme und neue Wege in der gerichtlichen Medizin. Wiener Klinische Wochenschrift 1953.

Primera publicación de Uhlenhuth y evolución del estudio de la sangre hasta 1901. Teichmann, van Deen, Schoenbein. Microscopia y análisis espectral.

UHELENHUTH, PAUL: Eine Methode zur Unterscheidung der verschiedenen Blutarten, im besonderen zum differentialdiagnostischen Nachweis des Menschenblutes. Deutsche Medizinische Wochenschrift, n.º 6, 7, febrero 1901.

ALBERT: Unterscheidung von Blutflecken und roten Färbeflecken in Kleidungsstücken. Hakes Zeitschrift für Staatsarzneikunde, año 35, 1855. DAUBLER, C.: Über die Untersuchung menschlichen und tierischen Blutes durch Messung von Grössenunterschieden rother Blutkörperchen. Vierteljahresschrift für gerichtliche Medizin, fasc. 4, 1899.

KRATZER, JULIUS: Lehrbuch der gerichtlichen Medizin. (Die forensischen Untersuchungen. Blut.) Stuttgart 1912.

MAGNANI, ROBERTO: Sulle macchie di sangue e sulla possibilità di diffe-

renziare il sangue umano da quello degli animali domestici. -- En: Estratto dal Bullettino della Società Lancisiana degli ospidati di Roma. fasc. II, Roma 1893.

RITTER, BERNHARD: Zur Geschichte der gerichtlichen Ausmittelung der Blutflecken. Henkes Zeitschrift für Staatsarzneikunde, vol. 80, 1860.

WEDKIN, F.H. v.: Wie ist in gerichtlichen Fällen das Menschenblut vom Thierblut zu unterscheiden? Henkes Zeitschrift für Staatsarzneikunde, vol. 13, 1830 (vol. appendix).

ZIEMKE, ERNST: Die Untersuchung von Blutspuren. En: Gerichtliche und Polizeiarztliche Technik. Neuere Arbeiten zur gerichtlichen Blutuntersuchung (Sammelbericht). Ärztliche Sachverständigen-Zeitung, año 1900, n.º 15.

Evolución de Uhlenhuth. Robert Koch, Friedrich Loeffler, Greifswald. La investigación del suero Bordet y la precipitina.

Paul Uhlenhuth, Biograph. Abriss eines Kürschners Deutscher Gelehrtenkundler 1954.

UHELENHUTH, PAUL: Über die Entwicklung des biologischen Erweisungsverfahrens im Dienste der gerichtlichen Medizin unter besonderer Berücksichtigung eigener Forschungsergebnisse (Persönliche Erfahrungen). Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 39, 1948. MÖLLER, BERNHARD: Robert Koch. Hannover 1950.

Intentos de diferenciación de albúmina con ayuda de suero de conejo. Descubrimiento de las diferencias en la albúmina sanguínea del hombre y de los animales. El camino hacia el test de la precipitina.

UHELENHUTH, PAUL: Neuer Beitrag zur Entwicklung des biologischen Erweisungsverfahrens im Dienste der gerichtlichen Medizin.

UHELENHUTH, PAUL: Neuer Beitrag zum spezifischen Nachweis von Eitererweis auf biologischem Wege. Deutsche Medizinische Wochenschrift, n.º 45, 15, noviembre 1900.

UHELENHUTH, PAUL: Das biologische Verfahren zur Erkennung und Unterscheidung von Menschen- und Thierblut, enero 1905.

La reacción ante el descubrimiento de Uhlenhuth. El caso del asesino Tessonow. en Rügen. Pruebas de Uhlenhuth sobre la existencia de sangre humana y de cordero en los trajes de Tessonow.

LEFFMANN, F.: Fortschritte der gerichtlichen Blutuntersuchungsmethoden (Sammelbericht). Ärztliche Sachverständigen-Zeitung, número 4, 1902.

UHELENHUTH, PAUL: Über die Entwicklung des biologischen Erweisungsverfahrens im Dienste der gerichtlichen Medizin.

UHELENHUTH, PAUL: Das biologische Verfahren zur Erkennung und Unterscheidung von Menschen- und Thierblut (apéndice, informes).

SCHWEDER, PAUL: Die grossen Kriminalprozesse des Jahrhunderts. Hamburgo 1961.

Publicaciones contemporáneas sobre el caso Tessonow, en el «Hamburger Fremdenblatt».

UHELENHUTH, PAUL: Bemerkungen zum Aussatz von Kratzer: Über den forensischen Werth der biologischen Methode zur Unterscheidung von Thier- und Menschenblut. Archiv für Kriminalogie, vol. 10, 1902 (con la historia y el contenido de los informes de Uhlenhuth en el caso Tessonow).

Como casos paralelos, compárense OBERLANDSGERICHTSRAT, TESSER: Der Müchenerhof Kalknecht Duwe aus Hegenhof. Pitaval der Gegenwart, vol. 3, p. 103.

STAATSANWALT ROSENBERG: Der Fall Maetz. Archiv für Kriminalanthropologie und Kriminalistik, octubre 1952.

así como los correspondientes informes de Uhlenhuth en Erkennung und Unterscheidung von Menschen- und Thierblut.

El problema de las posibilidades de error y su superación. KRATZER, JULIUS: Über den forensischen Werth der biologischen Methode zur Unterscheidung von Thier- und Menschenblut. Archiv für Kriminalogie, vol. 10, 1902.

FRITZ, BAUCH: Eine Irrtumsmöglichkeit bei der Uhlenhuthschen Präzipitinprobe. Archiv für Kriminalogie, vol. 106, 1940.

43. JÜRGEN TEHRWALD. Investigación Criminal

UHELENHUTH, PAUL: Über die Entwicklung des biologischen Erweisungsverfahrens im Dienste der gerichtlichen Medizin.

La medicina legal alemana en la época del descubrimiento de Uhlenhuth. Insuficiencia, en comparación con la medicina legal de Austria, Hungría o Francia. Discurso de Ungar. Liman y las condiciones reinantes en Berlin. De Strassmann a Giese.

KOCKEL, R.: Alte und neue Wege in der gerichtlichen Medizin. Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 11, 1923.

UNGAR, E.: Die Bedeutung der gerichtlichen Medizin und deren Stellung auf deutschen Hochschulen. Vierteljahresschrift für gerichtliche Medizin, 50-48, 1889.

MÜLLER-HESS, V.: Geleitwort zum 80. Geburtstag E. Ungars. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 14, 1929.

STRASSMANN, F.: E. Ungar zum Gruss. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 14, 1929. Nachruf auf Karl Liman. Vierteljahresschrift für gerichtliche Medizin, año 1892.

LIEMAN, CARL: Das neue Leichen-schauhaus in Berlin. Vierteljahresschrift für gerichtliche Medizin, vol. 44, 1886.

MÜLLER-HESS, V.: Fritz Strassmann zum hundertsten Geburtstag. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 48, 1899.

MÜLLER, BERNHARD: Nachruf für Martha Nippe. Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 33, 1940.

MEXNER, K.: Georg Puppe. STRASSMANN, F.: Georg Puppe Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 6, 1925.

FISCHER, HERMANN: Adolf Lesser. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 8, 1926.

TIMM, FRIEDRICH: Ernst Giese. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 46, 1957.

SCHÜTT: Professor Dr. Karl Berg. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 27, 1896.

El caso Jeanne Weber. Muertes de niños en la Goutte d'or: Georgette, Suzanne, Germaine, Marcel y Maurice Weber. El Dr. Salliant,

MOSEWITSCH, MAURICE: *Five Famous Trials*. Greenwich 1962.

ENGELHARDT, LEOPOLD: *Der Heirats-schwindler, Mörder und Versich-erungsbeträger G. J. Smith*. Archiv für Kriminologie. Vol. 96.

Spilsbury es encargado de la autopsia. El problema del ahogo en la historia de la medicina legal.

BROWNE, DOUGLAS G., y E. V. TULLET: *Bernard Spilsbury*. *Taylor's Principles and Practice of Medical Jurisprudence*. Vol. I. Ed. F. J. Smith, Londres 1910.

MANN, DIXON: *Forensic Medicine and Toxicology*. Londres 1908.

PALTAUF, A.: *Über den Tod durch Er-trinken*. Viena/Leipzig 1888.

Schmidtmann's Handbuch der gericht-lichen Medizin (Der Tod durch Er-trinken). Berlin 1907.

REYSDORF: *Über den Tod durch Er-trinken und konkurrierende Todes-ursachen*. Münchner Medizinische Wochenschrift N.º 2, 1906.

FÄRRENT: *Über das Eindringen von Ertrinkungsflüssigkeit in die Ge-därme*. Vierteljahresschrift für ge-richtliche Medizin. Vol. 52, 1890.

WACHHOLZ, LEO, y STEFAN HOROSAKIEWICZ: *Experimentelle Studien zur Lehre vom Ertrinkungstod*. Viertel-jahresschrift für gerichtliche Medi-zin. Vol. 28, 1904.

CARRARA, MARIO: *Untersuchungen über den osmotischen Druck und die spezifische elektrische Leitfähig-keit des Blutes bei der gerichtlichen todes und bei der Fäulnis*. Viertel-jahresschrift für gerichtliche Medi-zin. Vol. 24, 1902.

Los resultados de las autopsias. La falta de síntomas de muerte natural. Signos de ahogo. No hay síntomas de violencia. Muerte de la señora Williams en Herne Bay. Traslado de las baheras a Lon-dres. Spilsbury resuelve el pro-blema de los asesinatos.

WATSON, ERIC R.: *Trial of George Jo-seph Smith*. Notable British Trials Series. Londres 1922.

BROWNE, DOUGLAS G., y E. V. TULLET: *Bernard Spilsbury*.

Experimentos de Neil con nada-doras. Confirmación de la tesis de Spilsbury.

NEIL, ARTHUR FOWLER: *Forty Years of Man-Hunting*.

El proceso y fin de Smith. BARKER, DUDLEY: *Lord Darling's Fa-mous Cases*. Londres 1936. HUMPHREYS, SIR TRAVERS: *A Book of Trials*. Londres 1953.

La medicina legal y el problema de la muerte en el agua durante las décadas siguientes.

BÖHMER: *Tod durch Ertrinken*. En: v. Neureiter, Pietrusky, Schütt, Handwörterbuch der gerichtlichen Medizin und Kriminalistik. *Taylor's Principles and Practice of Medical Jurisprudence*. Ed. Sidney Smith and Keith Simpson. Londres 1956.

CARRARA, MARIO: *Medicina Legale*. Turin 1937.

DEROBERT, L., y G. HAUSSEK: *La pra-tique médico-legale*. Paris 1937.

PROKOP, O.: *Lehrbuch der gerichtli-chen Medizin* (Ertrinken und Tod im Wasser).

PONSOLD, ALBERT: *Lehrbuch der Ge-richtlichen Medizin* (Ertrinken). MUELLER, BEATHOLD: *Gerichtliche Me-dizin* (Ertrinken).

THOMAS, F., VAN HECKE, J. TIMPERMAN: *The Detection of Diatoms in the Bone Marrow as Evidence of Death by Drowning*. Journal of Forensic Medicine. Vol. 8, n.º 3, julio-sep-tiembre 1961.

GONZALES, THOMAS A., y CHARLES J. UMBERGER: *Legal Medicine*. Nueva York 1954.

GETTLER, ALEXANDER O.: *A Method for the Determination of Death by Drowning*. Journal of the American Medical Association 77/1650, 1921.

El caso Hall-Mills. El clan Steven. Antecedentes y ambiente de Mid-dlesex y Somerville-County. SANN, PAUL: *The Lawless Decade*. Nueva York 1957.

CHURCHILL, ALLAN: *A Pictorial His-tory of American Crime*. Nueva York 1964.

ALLEN, FREDERICK LEWIS: *Only Yes-terday*. Nueva York 1959.

BECKHOFFER y ROBERTS: *Famous Ame-rican Trials*. Londres 1947. *Hall Mills Murder Case, Life*. Nueva York, 2 de enero 1950.

El caos en las primeras investi-gaciones policíacas. El coroner y la funeraria. Influencias políticas. El doctor Long. El doctor Cronk. Autopsias como objeto de ambi-

ción en los fiscales. Exhumación y autopsia por los doctores He-gemann y Smith. Ignorancia e in-genuidad.

KUNSTLER, WILLIAM M.: *The Minister and the Choir-Singer*. Nueva York 1954.

BUSCH, FRANCES X.: *They escaped the Hangman*. Nueva York 1953.

Los periodistas sustituyen a la policía. Graves sospechas, pero no pruebas. Intervención de Jus-tice Parker. Wilbur A. Mott. «The Pigwoman». Rechazo del Grand Jury.

PEARSON, EDMUND: *Investigation of the Devil*. Nueva York 1930.

BECKHOFFER y ROBERTS: *Famous Ame-rican Trials*.

Vuelta al caso, papel del «Daily Mirror». Simpson fiscal, nuevas exhumaciones. El doctor Otto Schulze, el proceso contra el clan Stevens, el espectáculo del doc-tor Schulze; inexistencia de los «órganos de canto» en el cadáver de Eleanor Mills. La negligencia de Hegemann y Smith. Inutili-dad de la autopsia. Absolución de los Stevens, el enigma sin re-solver.

KUNSTLER, WILLIAM M.: *The Minister and the Choir-Singer*. BUSCH, FRANCES X.: *They Escaped the Hangman*.

El caso Hall-Mills como ejemplo del vacío en que se encontraba la medicina legal americana. El sis-tema del coroner en los Estados Unidos.

HAVARD, J. P. J.: *The Detection of Se-cret Homicide*. Londres 1960. MARTEN, M. EDWARD: *The Doctor looks at Murder*. Nueva York 1937.

La institución del Medical Exa-miner, como contrapartida a la ineficacia de los coroners. Intro-ducción del medical examiner en Boston.

LANDÉ, KURT, E.: *Forensic Medicine in Europe*. *Legal Medicine in Ame-rica*. New England Journal of Me-dicine. Vol. 215, N.º 18, 29 octubre 1936.

SCHULTZ, OSCAR T.: *Possibilities and Need for Development of Legal Medicine in the United States*. Na-tional Research Council Bulletin N.º 87, octubre 1932.

VANCE, B. M.: *Fundamental Charac-teristics of the Different Medico-legal Systems in the United States*. New York State Medical Journal 1944.

MAGRATH, GEORGE BURGESS: *Medical Science in the Service of the State*. Annals of the American Academy of Political and Social Science, no-viembre 1929.

George Burgess Magrath. MAY, LUKE S.: *Crime's Nemesis*. Nue-va York 1936. BOOS, WILLIAM F.: *Poison Parade*. Boston s. f.

La lucha por la introducción del medical examiner en Nueva York. MARTEN, M. EDWARD: *The Doctor looks at Murder*.

RADIN, EDWARD D.: *12 against Crime*. Nueva York 1961.

Charles Norris, Chief Medical Examiner de Nueva York. Perso-nalidad. Obra, objetivos.

JIRKA, FRANK J.: *American Doctors of Destiny*. Chicago 1940.

WILLEMSE, CORNELIUS W.: *Behind the Green Lights*. Nueva York 1931. SCHWARZ, BENJAMIN (as told to Fred McCormick): *The Man Who Made Dead Men Tell Tales*. Sunday Mi-rror, Magazine Section, 20 octubre, 8 diciembre 1935.

SPARLING, EARL: *The Strange Case of Bessie Troy, in which Dr. Charles Norris visits a Graveyard at Mid-night*. (Seis crónicas sobre casos es-pecialmente interesantes en la ac-tividad de Charles Norris como Chief Medical Examiner de Nueva York.) New York World Telegram, 17 octubre, 22 octubre 1932.

NORRIS, CHARLES: *The Medical Exa-miner Versus the Coroner*. National Review. Vol. IX, n.º 8, agosto 1920. NORRIS, CHARLES: *The office of Chief Medical Examiner, its Relation to the Public, the District Attorneys Office and the Medical Profession*. New York State Journal of Medi-cine, mayo 1919.

Alexander O. Gettler. BENDNER, R.: *The Man who Reads Corpses*. Harper's Magazine, febre-ro 1955.

BISKOP, JIM: *Test Tube Detective?* Colliers Magazine, 6 octubre 1945. PAWLEY, E.: *Cause of Death*. Ask

Gettler, American Mercury, septiembre 1954.

Lucha por la fundación de un sistema forense americano tras la muerte de Norris. ¿Medical examiner o coroner? El problema de la formación.

Flynn, John L.: *The Office of Coroners or The Medical Examiner System*, Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science, Vol. 46, Chicago 1955.

Snider: *Is the Coroner-System behind the Times?* Chicago Daily News, 9 agosto 1954.

Chauvot, R. B. H.: *The Office of Coroner - its Past, its Present and the Adaptability of its Abolishment in the Commonwealth of Missouri*, The Laboratory Digest n.º 1/1950.

Turkel, Henry W.: *Merits of the Present Coroner-System*, Journal of American Medical Association, 21 noviembre 1953.

Regan, L. J.: *Forensic Medicine as a Specialty*, Annals Western Medicine and Surgery, septiembre 1950.

Skyver, Le Moun: *Homicide Investigation*, Springfield 1950.

Cares, Rexner M.: *The Medical-Legal Autopsy in Suburban*, Journal of Forensic Science, Vol. 6, n.º 2, abril 1961.

Garner, S. R.: *Significance of Membership in American Academy of Forensic Sciences*, Journal of the American Legal Medicine on a Visit in 1952, Medico-Legal Journal 1953.

Oversberg, Junc m: *Die gerichtliche Medizin in den USA*, Beiträge zur gerichtlichen Medizin, Vol. 18, 1949.

Wolkart, Norbert: *Was versteht man unter Gerichtsmetizin in den USA?* Kriminalistik, mayo 1954.

Shew, E. Spencer: *A Companion to Murder*, Nueva York 1961.

Harvey Littlejohn. Autopsia. La personalidad de Littlejohn. ¿Suicidio o asesinato?

Roughead, William: *Trial of John Donald Merrett*, Notable British Trial Series, Londres 1929.

Littlejohn, Harvey: *Forensic Medicine*, Londres 1929.

Harvey Littlejohn, in: *The British Medical Journal*, 27 abril 1927.

Smith, Sydney: *Mostly Murder*, Nueva York 1959 (Ed. alemana: *Menschen Mord*, Stuttgart 1961).

Sydney Smith, personalidad y vida. Una nueva generación en la medicina legal.

Smith, Sydney: *Mostly Murder*, *A Textbook for Students and Practitioners* (numerosas ediciones de 1925-1955, últimamente con Fredrick Smith Fides).

La medicina forense y el problema de las heridas por arma de fuego. Disparos a diferentes distancias, huellas de quemaduras, escoriaciones, penetración de la pólvora. El desarrollo de la munición sin humo. Las huellas son menores y hacen más difícil determinar la distancia a que se efectuó el disparo. La situación en la época del caso Merrett.

Pope, George: *Die Schlussfolgerungen*, En: *Gerichtsarztliche und Polizeiarztliche Technik*, Taylor's Principles and Practice of Medical Jurisprudence, Vol. I, 7.ª edición 1920; 8.ª edición. (Editor Sydney Smith) 1928.

Glaister, John: *Medical Jurisprudence and Toxicology*, 4.ª ed. Edimburgo 1925.

Atchison Robertson, W. G.: *Manual of Medical Jurisprudence and Toxicology*, Londres 1925.

Consejo de Smith a Littlejohn. Experimentos de Littlejohn con el arma y la munición del crimen. Bertha Merrett no pudo suicidarse. John Glaister aludado de Littlejohn. Acusación de asesinato contra Donald Merrett.

Smith, Sydney: *Mostly Murder*, Smith, Sydney: *Forensic Medicine*, Roughead, William: *Trial of John Donald Merrett*.

Spilsbury como especialista de la defensa. La peligrosa leyenda de la intalibilidad. El caso Norman Thorne y los ataques contra el monopolio de Spilsbury.

Browne, Douglas G., y E. V. Tuller: *Bernard Spilsbury*.

Shew, E. Spencer: *A Compendium to Murder*.

Leagarten, Edgar: *The Murder and the Trial*, Nueva York 1958.

Normanton Helena: *The Trial of Norman Thorne*, Famous Trials Series, Londres s. l.

Grubbe, Leonard: *Famous Judges and Their Trials*, Londres 1957.

Experimentos de Spilsbury con armas y municiones que no eran las del crimen.

Roughead, William: *Trial of John Donald Merrett*.

Smith, Sydney: *Mostly Murder*, *A Textbook for Students and Practitioners* (numerosas ediciones de 1925-1955, últimamente con Fredrick Smith Fides).

La vida de Merrett-Chesney. Asesinato de su esposa y de su suegra. Confesión del asesinato de su madre. Suicidio de Chesney.

Tuller, Tom: *Portrait of a Bad Man*, Londres 1956.

Teare, Donald R.: *The Chesney Case*, Medico-Legal Journal 1955, Pl. II.

Evolución de la investigación forense de heridas producidas por armas de fuego, después del caso Merrett.

Müller, Bertold: *Macht die Einführung der Stochastik eine Änderung unserer Methoden zur Entfernungsbestimmung von Schüssen notwendig?* Deutsche Zeitschrift

für gerichtliche Medizin, 28, 197, 1937.

Müller, Bertold: *Schussverletzungen*, — En: V. Neureiter, Pletusky, Schütt: *Handbuch der gerichtlichen Medizin und Kriminalistik*.

Müller, Bertold: *Gerichtliche Medizin* (Schussverletzungen), Pletusky, R., y H. Dessolle: *Blessures par coups de feu*, Paris 1939.

Rouas, Nemo: *Medicina Legal*, Buenos Aires 1936.

Smith, Sydney: *Forensic Medicine*, Londres 1955.

Sanné, Charles: *La recherche scientifique du criminel*, Paris 1954.

Bowden, Keith Wane Ray: *Forensic Medicine*, Brisbane 1962.

Schöntag, A., y Robert Heindl: *Entwicklung der Methoden zur Bestimmung Schussentfernung*, Archiv für Kriminologie, vol. 118.

Elbel, Hermann: *Blechnuets im Schussfeld bei Verwendung der Stochastik*, — En: Bericht über den 1. Internationalen Kongress für gerichtliche und soziale Medizin, Bonn 1936.

Garsch, G.: *Der Nachweis des Quacksibers bei Schussverletzungen*, Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin 23, 89, 1934.

Walker, J. T.: *Bullet Holes and Chemical Residues in Shooting Cases*, Journal of Criminal Law and Criminology 31, 497, 1940.

Schöntag, A.: *Neue Methode: Bestimmung der Schussentfernung durch spektroskopische Spurenanalyse der «Schmuckelementen»*, Archiv für Kriminologie, Berlin 120, 48, 1957.

Richard Kockel y los esfuerzos de la medicina legal enciclopédica. Expansión de las ciencias fisiológicas y la técnica. Colaboración directa con la policía.

Gennat, Strauch, Weimann. *Generalstaatsanwalt Schlegel* 1898-1928.

Kockel, Richard: *Das erweiterte Institut für gerichtliche Medizin der Universität Leipzig*.

Kockel, Richard: *Übersichtende Sekundärgesamtheit*.

Kockel, Richard: *Identifizierung von Werkzeugabdrücken*, Archiv für Kriminologie 3-9 fasc., octubre 1928.

KOCKEL, RICHARD: *Alte und neue Wege in der gerichtlichen Medizin.* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 11, 1928.

VORKASTNER, W.: *Ein Nachwort zu Albin Haberdas Vorwort.* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 27.

MEIXNER, KARL: *Umfang und Aufgaben der gerichtlichen Medizin.* Wiener Klinische Wochenschrift, año 41, 12, enero 1928.

GENNAT, ERNST: *Mord.* — En: *Elster/Lingemann: Handwörterbuch der Kriminologie*, Berlin 1936.

GENNAT, ERNST: *Bearbeitung von Mord- (Todesermittlungs-) Sachen.* Kriminalistische Monatshefte, enero 1936 y fascículos siguientes.

ELWENSPÖCK, CURT: *Mord und Totschlag.* Stuttgart 1931.

KLAUHN, WALTER: *Berlin - Schicksale einer Weltstadt.* Munich 1938.

Das Spiel ist aus - Glanz und Elend der deutschen Kriminalpolizei. Der Spiegel, Hamburgo, sept. 1949-abril 1950.

WALDMANN WEIMANN. Biografía en: *Kriminalistik*, año 1952 (sobre las numerosas publicaciones científicas de Weimann, véase PROKOP: *Lehrbuch der gerichtlichen Medizin*).

WEIMANN, W., y O. PROKOP: *Atlas der gerichtlichen Medizin.* Berlin 1963.

Antecedentes del caso Tetzner, autopsia de Kockel en el cementerio y sus conclusiones.

LIEBERMANN V. SONNENBERG, E., y O. TRETTIN: *Kriminalfälle.* Berlin 1934.

WILSON, COLIN, y PATRICIA FRITMAN: *Encyclopedia of Murder.*

KOCKEL, R.: *Eine neue Methode des Versicherungsbetrags: Der Fall Tetzner.* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, año 1933, vol. 21.

El caso Alverding. Método de identificación de Stadtmüller.

PAULUS, KRIMINALRAT: *Der Fall Alverding, ein Beitrag zu dem Kapitel «Mord und Versicherungsbeitrag».* Kriminalistische Monatshefte, año 1936, p. 244.

GIJSE, ERNST: *Beitrag zur Frage der Identifizierung von Leichenfunden.* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 19, 1932.

STADTMÜLLER, FR.: *Identifizierung eines Schädels bei vorliegendem*

Erkennungsdienst-Photogramm, das vielleicht als ehemaliger Träger in Frage kommenden Individuums. Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 20, Comparsé con: John Glaister and Brash: *Medico-legal Aspects of the Ruston-Case.* Edimburgo 1937.

El problema de la muerte en el fuego. La cuestión del incendio criminal. El caso Görlitz. Las lecciones del incendio en el Ring-theater. Las reacciones vitales y la embolia adiposa.

GLAISTER, JOHN: *Medical Jurisprudence and Toxicology.* Edimburgo 1931.

Der neue Pitaval. Parte 17.^a. Nueva serie, parte 5.^a. Leipzig 1951.

ZEISS, ALEXANDER: *Die Katastrophe im Ringtheater.* Viena 1932.

ZILLNER, EDUARD: *Beitrag zur Lehre von der Verbrennung.* Vierteljahresschrift für gerichtliche Medizin, Nueva serie XXXVII.

DARMSTÄDTER, ERNST: *Kritisch-historische Bemerkungen über «Selbstverbrennung des menschlichen Körpers».* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 18, 1932.

MERKEL, HERMANN: *Diagnostische Feststellungsmöglichkeiten bei verbrannten und verkohlten menschlichen Leichen.* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 18, 1932.

REUTER, FRITZ: *Mord durch Erdrosseln und nachträgliches Verbrennen der Leiche.* Vierteljahresschrift für gerichtliche Medizin, 3. Ser. vol. 57.

La investigación del óxido de carbono.

SCHWARZACHER, WALTER: *Die Anwendung der spektrophotometrischen Blutuntersuchung in der gerichtlichen Medizin.* Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, año 1920-1.

FRANKE, WALTER: *Über Ergebnisse quantitativer spektrophotometrischer Untersuchungen bei Kohlenoxydgasvergiftung.* Beiträge zur gerichtlichen Medizin, vol. XVIII, 1949.

El descubrimiento de la embolia adiposa en el supuesto cadáver de Tetzner. Sospecha de Kockel.

Detención de Tetzner y primera confesión. Dudas de Kockel. Dic-

tamen de Molitor. Condena de Tetzner y segunda confesión.

KOCKEL, R.: *Eine neue Methode des Versicherungsbetrags: der Fall Tetzner.*

FRÄUNDORFER, OTTO: *Zur Kasuistik der Fettembolie.* Beiträge zur gerichtlichen Medizin, vol. VI, 1924.

WEIMANN, WALDEMAR: *Diagnose: Mord.* «Quick». Munich, n.º 2-46, 1963.

Muerte de Kockel. La evolución de la medicina legal. Nuevas investigaciones de la muerte por quemaduras y la diferenciación entre la simple quemadura y el incendio criminal.

RAESTRUP, GOTTFRIED: *Richard Kockel.* Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin, vol. 23, 1934.

ZINK, K. H.: *Pathologische Anatomie der Verbrennung.* enero 1940.

WINKLER, HANS: *Mord durch Verbrennen bzw. Mord und Verbrennen.* Beiträge zur gerichtlichen Medizin, vol. 17, 1943.

WALCHER, KURT: *Die vitale Reaktion bei der Beurteilung des gewaltsamen Todes.* Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin, vol. 26, 1935.

MÜLLER, BERTHOLD: *Gerichtliche Medizin (Schäden durch Hitze und Hitze und Strahlen).*

MÜLLER, BERTHOLD: *Der Schwurgerichtsprozess in Kaiserslautern gegen den Zahnarzt Dr. Richard Müller.* Archiv für Kriminologie, vol. 120-121, 1957-1958.

El caso Jeannie Donald: desaparición de Helen Priestly. Las condiciones en la vivienda de los padres, la búsqueda. Gordon, Taylor. Descubrimiento de la niña asesinada.

WILSON, JOHN G.: *The Trial of Jeannie Donald.* Notable British Trials Series. Londres 1953.

SEW, E. SPENDER: *A Companion to Murder.* Nueva York 1961.

Primera autopsia por Shennan y Richards. El problema de una supuesta violación. La hora de la muerte, los signos de muerte por ahogo.

WILSON, JOHN G.: *The Trial of Jeannie Donald.*

Holzer: *Mageninhalt in kriminaltischer Beziehung. Bestimmung der Reihenfolge von Verletzungen.* —

En: v. Neureiter, Pietrusky, Schütt: *Handwörterbuch der gerichtlichen Medizin und Kriminalistik.*

Detención de Jeannie Donald. Smith y Spilsbury. La teoría de Smith. Coordinación de las pruebas técnicas y científicas. Análisis de cenizas y escorias. Procedencia del saco en que fue hallado el cadáver de Helen Priestly.

SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder.*

GLAISTER, JOHN: *Medical Jurisprudence and Toxicology (Hairs and Fibers).*

GLAISTER, JOHN: *A Study of Hairs and Wools Belonging to the Mammalian Group of Animals, Including a Special Study of Human Hair.* Considered from the Medical Aspect. El Cairo 1931.

SCHWARZACHER, W.: *Über die Grundlagen der vergleichenden Haaruntersuchung.* Archiv für Kriminologie, vol. 113, 1943.

Comparación de fibras de material de limpieza en el saco y en la vivienda de los Donald. Cultivos bacterianos de MacKies. Condena de Jeannie Donald.

SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder.* WILSON, JOHN G.: *The Trial of Jeannie Donald.*

EVANS, W. E.: *The Examination of Hairs and Fibers.* Legal Medicine. Smith, Sydney, y John Glaister: *Recent Advances in Forensic Medicine.* Londres 1939.

DAVID y PRINGER: *Bakteriologische Untersuchungen in der gerichtlichen Medizin.* — En: v. Neureiter, Pietrusky, Schütt: *Handwörterbuch der gerichtlichen Medizin und Kriminalistik.*

El hallazgo de las ciénagas de Essex. Un tronco sin cabeza ni piernas. MacDougall.

WILLIAMS, JOHN: *Hume - Portrait of a Killer.* Londres 1960.

El sucesor de Spilsbury. Keith Simpson. Francis E. Camps. Donald R. Teare.

SIMPSON, KEITH: *Forensic Medicine.* Londres 1955.

SIMPSON, KEITH: *The Development of Scientific Methods in Crime Investigation.* Journal of Forensic Medicine, vol. 8, 1961.

SIMPSON, KEITH: R. v. Dobbin - The

Baptist Church Cellar Murder. *Po-
lice Journal* 16, 270, 1933.
LEENBURY, MOLLY: *Evidence for the
Crown*. Londres 1935.
CAMPS, FRANCIS E.: *Medical and
Scientific Investigations in the
Christie Case*. Londres 1933.
TREAR, R. DONALD: *The Christie Case*.
Medico-Legal Journal 1935, Part. II.
CHUBBART, C. R. M.: *Science and the
Detection of Crime*.

Comprobaciones provisionales de
Campos.
CAMPS, F. E. y H. S. HOLDEN: *The
Case of Stanley Setty*. *Medico-Legal
Journal*. Vol. 19, 1931.

Huellas dactilares de Setty. An-
tecedentes de Setty. Circunstancias
de su desaparición.
BEVERIDGE, PETER: *Inside the C.I.D.*
Londres 1937.
SCOTT, SIR HAROLD: *Scotland Yard*.
Munich 1933.

La autopsia. Conclusiones de
Campos sobre una posible caída al
agua desde gran altura. Las ave-
riguaciones en el aeropuerto. El
cambio hacia Hume.
CAMPS, F. E. y H. S. HOLDEN: *The
Case of Stanley Setty*.
WILLIAMS, JOHN: *Hume - Portrait of
a Killer*.

Detención de Hume. Sus declara-
ciones preparadas. Campos y Hol-
den investigan la vivienda de
Hume. Manchas de sangre. Gru-
pos sanguíneos, determinación de
cantidades, declaraciones de tes-
tigos y graves acusaciones.
BEVERIDGE, PETER: *Inside the C.I.D.*
WILLIAMS, JOHN: *Hume - Portrait of
a Killer*.
CAMPS, F. E. y H. S. HOLDEN: *The
Case of Stanley Setty*.
GONZALEZ, THOMAS A., MORGAN VANCE,
MILTON HARRISON, CHARLES J. UMBER-
GER: *Legal Medicine, Pathology
and Toxicology The Human Blood
Groups*. Nueva York 1934.

El problema de la coagulación,
su papel en el caso Hume y en
la investigación forense.
PROKOP, O.: *Lehrbuch der gerichtli-
chen Medizin* (Das Verhalten des
Leichenblutes).
BAGDASAROW, A. A., y A. W. GULJA-
JEV: *Bluttransfusion*. Berlín 1933.
SCHULYER, F.: *Quantitative Untersu-*

chungen über den Fibrinogenach-
tund im Leichenblut. *Archiv für
experimentelle Pathologie* 211/222,
1950.
MAUR, KERN: *Recent Work on Chan-
ges after Death (The Fluidity of
Blood after Death)*. In: Simpson,
Keith, *Modern Trends in Forensic
Medicine*.

El proceso contra Hume. Decla-
ración irrefutable de Hume sobre
las manchas de sangre. Incapaci-
dad del jurado para decidir. Hu-
me no es condenado.
FURNEAUX, RUFERT: *Killer Hume*. *Fa-
mous Criminal Cases*, 6. Londres,
1930.
WILLIAMS, JOHN: *Hume. Portrait of a
Killer*.

Confesión de Hume al *Sunday
Pictorial*. Su fin en Suiza. Sintó-
mática del caso Hume para la si-
tuación de la medicina legal en-
tre el progreso y la incertidum-
bre nacida de aquel. La necesi-
dad de nuevas investigaciones y
de una colaboración entre espe-
cialistas.
WILLIAMS, JOHN: *Hume. Portrait of a
Killer*.
HYDE, H. MONTGOMERY, y JOHN H.
KISCH: *An International Casebook
of Crime*. Londres 1932.

III. EL VENENO ESCONDIDO

El caso Lafarge, sus anteceden-
tes, la muerte de Charles Lafar-
ge, hasta que se inician los aná-
lisis toxicológicos.
GRIFFITHS, ARTHUR: *Mysteries of Po-
lice and Crime*. Londres 1936.
LAFARGE, M. C.: *Denksprüche, 1841,
von ihr selbst geschrieben*. Leipzig
1941.
DE PASSIÉ, GUY: *Marie Lafarge*. Pa-
ris s. l.
SANDERS, EDITH: *The Mystery of Ma-
rie Lafarge*. Londres 1931.
Marie Lafarge, die schmutzige Daman-
ten-Diebin und furchterliche Gift-
mischerin. *Criminalgeschichte der
neuesten Zeit*. Leipzig 1841.

Situación de la toxicología en la
época del proceso Lafarge.
BAMANN, O.: *Die Gifte und ihre Ge-
genstoffe*. I. Bd. (Geschichtlicher
Überblick der Toxikologie von den

ältesten Zeiten bis zur Gegenwart.)
Basilea 1869.

BUCHNER, A.: *Toxikologie*. Ein Hand-
buch für Ärzte und Apotheker so-
wie auch für Polizei- und Criminal-
beamte. Nuremberg 1822.

CHRISTISON, R.: *Abhandlung über die
Gifte, in bezug auf die gerichtli-
che Arzneikunde*. Physiologie und
practische Medizin. Weimar 1831.
GMELIN, J. F.: *Allgemeine Geschichte
der tierischen und mineralischen
Gifte*. Leipzig 1776.

GÖPPER, H. R.: *Einige Beiträge zur
Kenntnis der Arsenik-Vergiftungen*.
Adolph Henkes Zeitschrift für die
Staatsarzneikunde, año 12, 1832, p.
16.

HANEMANN, S.: *über die Arsenikver-
giftung, ihre Hülfen und gerichtliche
Ausmittlung*. Leipzig 1776.
LEWIN, L.: *Die Gifte in der Weltges-
chichte*. Berlin 1920.

MEISTER, J. C. F.: *Leitfaden zu Vor-
lesungen über Gifte und Verbrei-
chen der Vergiftung*. Breslau 1817.
MERZGER, J. D.: *Annalen der Staat-
sarzneikunde und Jurisprudenz*.
Königsberg 1792-1795.

MERZGER, J. D.: *Kurzegefasstes System
der gerichtlichen Arzneiwissens-
chaft*. Königsberg 1814.

THOMSON, C. J. S.: *Poisons and Poi-
soners*. Nueva York 1931.
WAGNER, HANS-JOACHIM: *Der Gift-
mord und sein Nachweis in der
Zeit vom letzten Drittel des 18. bis
zur ersten Hälfte des 19. Jahrhun-
derts*. Conferencia, Maguncia, 18,
XII, 1931.

WIGGERS, A.: *Die Trennung und Prü-
fung metallischer Gifte aus verdä-
chtigen organischen Substanzen*.
Göttinga 1935.

Orfila.

BEESON, B. BARREUR: *Orfila - Pioneer
Toxicologist*. *Annals of Medical His-
tory*.

Biographie Orfila in: *Nouveau La-
rousse Illustré*. Vol. 6, p. 537.
GUÉRY, JULES: *Orfila, Gazette Medi-
cale de Paris*, n.º 16, 26, III, 1853.

ORFILA, M. J. B.: *Traité des poisons
ou Toxicologie générale*. 2 vols. Pa-
ris 1913, 5.ª ed. 1832.

ORFILA, M. J. B.: *Leçons de chimie
légale*. 3 vols. Paris 1823, 4.ª ed.,
1856.
ORFILA, M. J. B.: *Rapport sur les mo-
yens de constater la présence de
l'arsenic dans les empoisonnements
par la toxique*. Paris 1841.

ORFILA, M. J. B.: *Lehrbuch der gerl-
chtlichen Medizin*. Aus dem Fran-
zösischen übersezt und mit Anmer-
kungen begleitet von J. Hergent-
ther. Leipzig 1829.

ORFILA, M. J. B.: *Lehrbuch der Toxi-
kologie*. Aus dem Französischen mit
selbständigen Zusätzen, bearbeitet
von G. Krump. 2 vols. Braunschweig
1853.

ORFILA, M. J. B.: *Denkschrift über
den in dem menschlichen Körper
von Natur enthaltenen Arsenik*.
Adolph Henkes Zeitschrift für die
Staatsarzneikunde, año 1940, p. 180.

James Marsh, el caso Bodle en
Plumstead, descubrimiento del
aparato de Marsh para la locali-
zación e identificación del arsé-
nico.

Biographie Marsh in: *The Dictionary
of National Biography*. Oxford 1917.
Bericht über den Fall Bodle in:
Plumstead. *Records of the Woolwich
District* 1700-1883.

MARSH, JAMES: *The Test for Arsenic*.
Edinburgh Philosophical Journal,
octubre 1863.

*Gutachten über die von Marsh ange-
wendete Methode, Arsenik zu ent-
decken*. Adolph Henkes Zeitschrift
für die Staatsarzneikunde, 1842, 32.º
fascículo-apéndice, p. 304.

El proceso Lafarge, análisis toxic-
ológicos efectuados por médicos
y químicos de Brives y Limoges.
Las discusiones, los resultados
contradictorios. La decisión final
de Orfila. Raspail.

BERNHARD, JURUS: *Madame Lafarge
unschuldig! Nachgewiesen aus dem
Vollständigen Verhörungen und
allen darauf bezüglichen Aktenstü-
cken*. Briefe von. des Prozesses La-
farge. Karlsruhe 1841.

FRIEZE, U.: *Chemisch-Pharmazeutisches
Bio- und Bibliographikon*. Mittlen-
wald 1937.

OLIVER, GABRIEL: *Le Drame de Glum-
dier*. Paris s. l.

ORFILA, M. J. B.: *Recherches sur l'em-
poisonnement par l'acide arse-
nieux*. Paris 1841.

ORFILA, M. J. B.: *Zwölf Vorlesungen
über die Lehre von den Vergiftun-
gen im allgemeinen und über die mit
Arsenik insbesondere*. Weimar 1858.
ORFILA, M. J. B.: *Vorlesungen über
die Arsenikvergiftung in chemis-
cher, gerichtlicher und therapeu-
tischer Hinsicht mit Bezugnahme*

auf den bekannten Lafargeschen Rechtsfall. Leipzig 1843.

El fin del proceso, apasionadas discusiones en Europa.

OPPEN, A. v.: *Die Memoiren der Lafarge für Richter und Ärzte. Ein Beitrag zur Gesetzrevision.* Berlin 1842.

SAUNDERS, EDITH: *The Mystery of Marie Lafarge.* Londres 1951.

TEMME, J. D. H., y G. A. NOERNER: *Der Prozess Lafarge beleuchtet nach Preussischem Strafrecht.* Berlin 1841.

WÖRINGEN, F. A. M. v.: *Gegen Temmes und Noerners Beleuchtung des Prozesses Lafarge nach preussischem Strafrecht.* Berlin 1841.

Situación de la toxicología, aislamiento de los alcaloides vegetales. Desconcierto e impotencia de los toxicólogos frente a los venenos vegetales.

HENRY, TH. A.: *The Plant Alkaloids.* Londres 1949.

LEWIN, LOUIS: *Gifte und Vergiftungen. Lehrbuch der Toxikologie.* Ulm 1962.

RÖMPF, HERMANN: *Chemie-Lexikon.* Stuttgart 1962.

WAGNER, HANS-JOACHIM: *Der Giftmord und sein Nachweis in der Zeit vom letzten Drittel des 18. bis zur ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts.* TRIER-WINTERSTEIN: Alkaloide. vols. 1-2. Berlin 1927-1931.

El caso Castaing. Historia de uno de los primeros asesinatos cometidos con morfina. Vanos intentos de demostrarlo.

AUERBACH, SIEGMUND: *Der Tod durch Morphinvergiftung in gerichtlich-medizinischer Beziehung.* Vierteljahrsheft für gerichtliche Medizin, 3ª serie, vol. XI. Berlin 1896. *Procès Complet d'Edme Samuel Castaing.* Paris 1823.

Affaire Castaing. Paris 1893.

IRVING, H. B.: *A Book of Remarkable Criminals.* Nueva York 1918.

PARRY, LEONARD A.: *Some Famous Medical Trials.* Nueva York, 1928.

HOFMANN, L.: *Castaing, der zweifache Giftmischer. Nach franz. Aktenstücken bearbeitet.* Berlin 1925.

Merkwürdige Criminaluntersuchung zu Paris über Vergiftung durch essigsaures Morphin. Adolph Henke's Zeitschrift für die Staatsar-

neikunde, año 1823, S. 473.

über den Criminalprozess gegen den wegen Giftmordes in Paris hingerichteten Dr. Castaing. Adolph Henke's Zeitschrift für die Staatsarzneikunde, año 1824, 2.º fas. apéndice, p. 1-126.

Auch eine Stimme Castaing betreffend. Adolph Henke's Zeitschrift für die Staatsarzneikunde, año 1825, p. 210.

El conde y la condesa Bocarmé. Asesinato de Gustav Fougues con nicotina. Los acontecimientos del castillo de Bitremont. El juez de instrucción Heughebaert y el análisis toxicológico.

Der Neue Pitaval. Neunzehnter Theil. Neue Folge, Siebenter Theil. Leipzig 1852.

Procès du comte et de la comtesse de Bocarmé devant la cour d'assises de Hainaut. Mons 1851.

Jean Servais Stas, descubrimiento de un método para localizar e identificar venenos vegetales. La búsqueda de la nicotina en el cuerpo de Gustav Fougues. Acusación y condena del conde y la condesa de Bocarmé. Triunfo del método Stas y sus complementos.

SPRING, W.: *Notice sur la vie et les travaux de Jean-Servais Stas, in: Jean-Servais Stas. Œuvres Complètes.* Bruselas 1894.

Der Prozess Bocarmé und die Arbeiten von Stas und Orfila über Nicotin und Conicin. Adolph Henke's Zeitschrift für die Staatsarzneikunde, 44 fas. apéndice, Erlangen 1853.

DENNSTEDT, M.: *Die Chemie in der Rechtsplege (Nachweis der nicht flüchtigen Gifte).* Leipzig 1910.

HUSEMANN, TH.: *Die Vergiftungen, in: Maschka's Handbuch der gerichtlichen Medizin, 2.º Vol. (Casuistik. Giftmord durch Nicotin. Prozess Bocarmé).* Tubinga 1882, p. 464.

KIPPENBERGER, CARL: *Grundlagen für den Nachweis von Giftstoffen (Methode Stas-Orfila).* Berlin 1897.

OTTO, FR. J.: *Anleitung zur Ausmittelung der Gifte.* Braunschweig, 1856.

SONNENSCHNEIN, F. L.: *Handbuch der gerichtlichen Chemie (Nicotina Tabacum. Tabak. Solanaceen-Nicotin. C. H. N.).* Berlin 1881.

TARDIEU, AMBROISE: *Die Vergiftungen in gerichtsmedicinischer und klinischer Beziehung (Beobachtungen. Tödliche Nicotinvergiftung. Bericht*

von Stas über den Bocarméschen Fall). Erlangen 1868.

Desarrollo posterior de la localización de alcaloides. Límites de las reacciones cromáticas. La aconitina y otros alcaloides afines.

DIXONMANN, J.: *Forensic Medicine and Toxicology.* Londres 1893.

FALK, AUGUST: *Lehrbuch der practischen Toxicologie.* Stuttgart 1880.

KIPPENBERGER, CARL: *Grundlagen für den Nachweis von Giftstoffen.* Berlin 1897.

LEWIN, LOUIS: *Gifte und Vergiftungen.*

MASCHKA, J.: *Handbuch der gerichtlichen Medizin.*

SONNENSCHNEIN, F. L.: *Handbuch der gerichtlichen Chemie.*

TAYLOR, A. S.: *Die Gifte in gerichtlich-medizinischer Beziehung.* Colonia 1863/63.

El envenenamiento de madame de Pauw en París. El doctor de la Pommerais. Antecedentes e historia del caso.

GRIFFITH, ARTHUR: *Mysteries of Police and Crime.* Vol. II.

MACÉ, G.: *Mon Musée Criminel.* París 1880.

WILSON, COLIN, y PATRICIA PITMAN: *Encyclopedia of Murder.* Nueva York 1962.

Ambroise Tardieu. Dificultades del análisis toxicológico, descubrimiento de la digitalina mediante experimentos con animales; surge la prueba fisiológico-biológica en la búsqueda de venenos vegetales.

HOFMANN, E.: *Ambroise Tardieu. Wiener Medizinische Wochenschrift, n.º 4/1879.*

Biografía de Tardieu en: *Grand Dictionnaire Universel du XIX Siècle.* París 1875.

Ambroise Tardieu. Vierteljahresschrift für Gerichtliche Medizin, 1879, p. 404.

HUSEMANN, TH.: *Vergiftungen en: J. Maschka's Handbuch der Gerichtlichen Medizin (Casuistik, Giftmord durch Digitalin, Prozess Couty de la Pommerais).* Tubinga 1882.

TARDIEU, AMBROISE: *Die Vergiftungen in gerichtsarztlicher und klinischer Beziehung (Criminelle Vergiftung durch Digitalin. Bericht von A. Tardieu und Z. Roussin).* Erlangen 1868.

KIPPENBERGER, CARL: *Grundlagen für den Nachweis von Giftstoffen (Digitalin).*

SONNENSCHNEIN, F. L.: *Handbuch der gerichtlichen Chemie (Digitalis purpurea - Digitalin).*

El proceso contra de la Pommerais. Condena. Crítica en torno a la prueba toxicológica fisiológica. El caso de la viuda Becker en Bruselas. Las primeras referencias a los alcaloides cadavéricos.

ANDERS, N. J.: *Soziale Gebrechen und Kapitalverbrechen (Betr. den Giftmischer de la Pommerais).* Berlin 1864.

GRIFFITH, ARTHUR: *Mysteries of Police and Crime.*

LEMAN: *Die neuesten Leistungen der Gerichtsmedizin (Schlussteil).* Allgemeine Deutsche Strafrechtszeitung, año 1.º, 1867, p. 622.

LOUWAGE, F. E.: *Die Witwe Becker aus Lüttich.* Kriminalistik, año 13, fasc. 2 y 3. Berlin 1939.

El doctor Henry Lamson. La muerte de su cuñado Percy John. Indagaciones contra Lamson, su detención.

EATON, HAROLD: *Famous Poison Trials.* Londres 1923.

PARRY, LEONARD A.: *Some famous Medical Trials.* Nueva York 1928.

DEWES, SIMON: *Doctors of Murder.* Londres 1962.

El análisis toxicológico, el doctor Thomas Stevenson, localización de aconitina. Proceso contra Lamson. Lucha de Montagu Williams contra los especialistas.

HOPKINS, F. GOWLAND: *Sir Thomas Stevenson. The Analyst. Volumen XXXIII, n.º 391, 1908.*

EATON, HAROLD: *Famous Poison Trials.*

ADAM, HARGRAVE L.: *Trial of George Henry Lamson.* Edimburgo/Londres 1913.

WILLIAMS, MONTAGU: *Leaves of a Life.* Londres 1893.

GRAHAM, EVELYN: *Fifty Years of Famous Judges.* Londres s. f.

El problema de los alcaloides cadavéricos o ptomainas. Salmi, los casos Gibbon y Sonzogno. Montagu Williams y los alcaloides animales. Inseguridad de Stevenson como síntoma de la inseguridad general entre los toxicólogos.

gos. Condena de Lamson basada en pruebas no científicas. Inseguridad general.

HUSEMANN, TH.: *Die Ptomine und ihre Bedeutung für die gerichtliche Chemie und Toxikologie*. Archiv der Pharmacie, n.º 217, 1880, p. 327-346.

Leichenalkaloide. Berichte der deutschen chemischen Gesellschaft, año 11.º, 1878, p. 1838.

Biografia Francesco Selmi en: *Enciclopedia Italiana*. Vol. XXXI. Provenal. Commemorazione di Selmi. La Chimica, 1932, p. 178.

SELM, FRANCESCO: *Sulle ptomaine e alcaloidi cadaverici e loro importanza in tossicologia*. Bolonia 1878.

SELM, FRANCESCO: *Alcuni criteri per la ricerca di alcaloidi vegetali per differenza della ptomaine*. Bolonia 1880.

ADAM, HARGRAVE L.: *Trial of George Henry Lamson*. A.: *Some famous Medical Trials*.

El Doctor Robert Buchanan. La extraña muerte de Annie Sutherland-Buchanan, el papel de él y los médicos y los antecedentes del caso.

BOSWELL, CHARLES, y LEWIS THOMSON: *Practitioners of Murder*. Nueva York 1902.

FURNACE, ROBERT: *The Medical Murderer*. Londres 1957.

HYND, ALAN: *Prescription Murder*. Nueva York 1962.

The Buchanan Case, Harpers Weekly, 8 junio 1895.

Charley Harris envenena con morfina a su esposa, con la que se había casado en secreto. El sensacional proceso de Harris, los análisis toxicológicos de Withams, Williams Travers Jerome y la lucha de los médicos y los toxicólogos.

BOSWELL, CHARLES, y LEWIS THOMSON: *The Curlye Harris Case*. Nueva York 1955.

O'CONNOR, RICHARD: *Courtroom Warrior*. Boston 1963.

Relación entre el caso Harris y el caso Annie Sutherland-Buchanan. Misteriosa declaración de Buchanan. Solución del enigma por Ike White, la utilización de morfina y atropina. Exhumación

de Annie Sutherland-Buchanan. Detención de Buchanan.

BOSWELL, CHARLES, y LEWIS THOMSON: *Practitioners of Murder*.

SMITH, EDWARD H.: *Famous Poison Mysteries*. Nueva York 1925.

PEARSON, EDMUND: *More Studies in Murder*. Nueva York 1936.

CAREY, ARTHUR A.: *Memoirs of a Murder Man*. Nueva York 1930.

El sensacional proceso contra Buchanan. El doctor Rudolf Withams. La prueba toxicológica del envenenamiento con morfina, importancia del test de Pellagri. El defensor O'Sullivan y los alcaloides cadavericos. Victor C. Vaughan, según la cual los alcaloides cadavericos provocan las mismas reacciones cromáticas que la morfina. Experimentos delante del tribunal. Condena de Buchanan por las restantes pruebas no científicas. Error de Vaughan.

Biografía de Rudolph August Withams en: *American Medical Biography* 1920. Who is Who in America 1914/15. Journal of the American Medical Association, 8 enero 1916; Science, 14 abril 1916.

SMITH, EDWARD H.: *Famous Poison Mysteries*.

FURNACE, ROBERT: *The Medical Murderer*.

TAYLOR, ALFRED SWAINE: *A Manual of Medical Jurisprudence* (American Edition by Clark Bell). Filadelfia/ Nueva York 1897.

VAUGHAN, y NOVY: *Ptomaines, Leucocytins, etc.* O. O., abril 1896.

WITHAMS, RUDOLPH AUGUST: *Researches of the Loomis Laboratory*. O. O. 1892.

WITHAMS, y BECKER: *Medical Jurisprudence, Forensic Medicine and Toxicology*. Vol. IV, O. O. 1898. Incluye la descripción detallada de los experimentos de Vaughan ante el tribunal.

La lucha por la seguridad de la prueba de los alcaloides. El caso del doctor Crippen. Willcox y la prueba de la hioscina. Nuevas rutinas, cristalización de los alcaloides, el problema del punto de fusión.

BAMFORD, FRANK: *Poisons, their Isolation and Identification*. Londres 1940.

Biographie Sir William H. Willcox

en: *British Medical Journal*, 19 julio 1941.

SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder*. Londres 1959. (Ed. alemana, Meisters Mord, Stuttgart 1961).

YOUNG, WILSON: *The trial of Hawley Harvey Crippen*. Londres/Edimburgo 1920.

ENGELHARD, L.: *Der Fall der Sängertinnen Belle Elmore und des Dr. Crippen*. London. Archiv für Kriminalogie, vol. 117, 1956, fasc. 5/6.

La evolución de la prueba para aislar los alcaloides en las décadas siguientes, hasta la segunda mitad del siglo xx. Nacimiento de los alcaloides sintéticos: doxantina, polamidón, antihistamina. El procedimiento Stas-Otto, perfeccionamiento, desarrollo de las reacciones cromáticas, test de cristalización, determinación del punto de fusión, análisis espectral, espectros ultravioleta e infrarrojo, espectrofotometría, análisis estructural Röntgen, cromatografía sobre columnas y papel. Resúmenes y síntesis.

AUTENRIETH, W.: *Detection of Poisons*. Londres 1928.

GADNER, J.: *Lehrbuch der chemischen Toxikologie*. Gotinga 1924.

V. NEUBREITER, PIETRUSKY, SCHÜTT: *Handwörterbuch der gerichtlichen Medizin und Kriminalistik*. Berlin 1940.

AUTENRIETH, W. H. BAUER: *Die Aufindung der Gifte und stark wirkenden Arzneistoffe*. Dresden y Leipzig 1943.

KORTER, L. y A.: *Mikromethoden zur Kennzeichnung organischer Stoffe und Stoffgemische*. Weinheim 1945.

MÜLLER, BERTHOLD: *Gerichtliche Medizin (Forensische Toxikologie)*. Berlin, Gotinga, Heidelberg, 1953.

WEIL, HERBERT, y TREVOR I. WILLIAMS: *Der Ursprung der Papierchromatographie*. Die Naturwissenschaften, año 40, 1953, fasc. 1.

LARSON y COCHRAN: *The Determination of Crystal Structures*. Londres 1953.

MICHER, P.: *La Spectroscopie térmis-ion*. Paris 1953.

Ullmanns *Enzyklopädie der technischen Chemie*. (Anwendung physikalischer und physikalisch-chemischer Methoden im Laboratorium). Copenhage 1954. (Ed. alemana 1960.)

TREY y LEGAT: *Einführung in die*

Untersuchung der Kristallgitter und Röntgenstrahlen. Vienna 1954.

KRUG y ALEXANDER: *X-Ray Diffraction Procedures*. Nueva York 1954.

GONZALES, THOMAS A., MORGAN VANCE, MILTON HELPERN, CHARLES J. UMBARGER: *Legal Medicine, Pathology and Toxicology*. Nueva York 1954.

NICKOLIS, L. C.: *The Scientific Investigation of Crime (Toxicology)*. Londres 1956.

SEMP, W., y K. RUTHARDT: *Chemische Spektalanalyse*. 1938.

STEWART, C. P. y A. STOLMAN: *Toxicology Vol. I/II*. Nueva York/Londres 1960/61.

PROKOP, OTTO y ALFRED BERNI: *Vergiftungen en: Otto Prokop-Lehrbuch der Gerichtlichen Medizin*. Berlin 1960.

SCHULTZ, H.: *Einführung in die anorgane spektrochemische Analyse*. Berlin 1960.

CLARE, E. G. L.: *Isolation and Identification of Alkaloids en: Methods of Forensic Science*. Ed Frank Lundquist, Vol. I. Nueva York/Londres 1962.

RÖMP, HERMANN: *Chemie-Lexikon*. Vol. I-III.

GRAMER, FRIEDRICH: *Papierchromatographie*. Weinheim 1962.

La detención de Frederick Seddon. Evolución en la localización del arsénico desde el caso Laidlaw. Reisch, errores de Taylor y Sonnenchein. El problema del arsénico en la tierra de los cementerios. Eduard Schürf, la infiltración del arsénico en el caballo. El contenido de arsénico natural. Exigencia de obtener cifras exasas sobre las cantidades de arsénico.

REINSCHE, H.: *Das Arsenik*. Nuremberg 1843.

TAYLOR, ALFRED SWAINE: *Die Gifte in gerichtlichmedizinischer Beziehung*. Taylor, Alfred Swaine: *The Principles and Practices of Medical Jurisprudence*. Vol I y II. Londres 1873.

ZAMMER, T.: *Das Verhalten der Leichen nach Arsenikvergiftung*. Vierteljahrsschrift für gerichtliche Medizin u. öffentl. Sanitätswesen. Año 1866. Nueva serie. Vol. 44.

SCHUMBERG: *Über Arsenikvergiftungen in gerichtsarztlicher Beziehung*. Vierteljahrsschrift für gerichtliche Medizin und öffentliches Sanitätswesen.

tätswesen. Año 1903, Serie 3. Vol. VI.

LESSER, A.: *Der Fall Speichert*. Vierteljahrsschrift für gerichtliche Medizin und öffentliche Sanitätswesen, s. F. Vol. 55, Serie 3, p. 86-115. *Der Fall Speichert* en: M. Denstedt: *Die Chemie in der Rechtspflege*. Leipzig 1910.

PARRY, LEONARD A.: *Trial of Dr. Smeethurst*. Edimburgo/Londres 1931.

WAGNER, HANS-JOACHIM: *Die Verwertung von Arsen zum Giftmord unter besonderer Berücksichtigung des Problems der arsenikhaltigen Friedhofserde*. Pro Medico. Año 1, 1952, fasc. 5.

Frederick Seddon y miss Barrow. La muerte de miss Barrow, las transacciones financieras, intervención de Scotland Yard.

YOUNG, FILSON: *Trial of the Seddons*. Edimburgo/Londres 1914.

FELSTEAD, SIDNEY THORP: *Berühmte Straftat*. Munich 1963.

Willcox intenta determinar la cantidad de arsénico existente en el cuerpo de la víctima. Los es-

pejos comparativos. El proceso contra Seddon. Controversia de Marshall Hall con Willcox y la infiltración de arsénico exterior en el cabello. Justificación de Willcox. Condena de Seddon e importancia del proceso para la prueba cuantitativa del arsénico.

YOUNG, FILSON: *Trial of the Seddons*.

MAJORBANKS, EDWARD: *The Life of Sir Edward Marshall Hall*. Londres Roeberts, Bechmoffer: *Sir Thors Humphreys*. Londres 1936.

Taylor's Principles and Practice of Medical Jurisprudence. (Nueva adaptación de Sidney Smith y G. P. Stewart.) Londres 1948.

RUFUS, ISAACS: *First Marquess of Reading*, by his Son. Londres 1950.

GLAISTER, JOHN: *The Power of Poison*. Londres 1954.

Evolución del análisis cuantitativo, calorimetría, titrimetría, elec-

trólisis, espectrofotometría, fotometría de llama, polarografía. BARNFORD, FRANK: *Poisons, their Isolation and Identification*.

LIEB, HANS: *Der gerichtlich-chemische Nachweis von Giften* en: *Handbuch der biologischen Arbeitsmethoden*, sec. IV, parte 12, mitad, 1, vol. 2. Berlín/Viena 1938.

STEWART, G. P. y A. STOLMAN: *Toxicology*. Vol. I y II.

RÖMPF, HERMANN: *Chemie-Lexikon*.

BULTZ, H. y W.: *Auswertung quantitativer Analysen*. o. O. 1960.

UORT, A. y KEYSER: *Colorimetric Analysis*. Londres 1957.

RÖBCKER, H.: *Massanalyse*. Leipzig 1959.

KOHLM: *Kolorimetrie, Photometrie und Spektrometrie*. Berlín 1955.

SCHURKNECHT, W.: *Die Flammenspektalanalyse*. Stuttgart 1960.

MILNER, G. W. C. y RANDES: *Polarography*. Nueva York 1956.

AUTENRIETH y KELLER: *Quantitative Chemische Analyse*. Dresde 1954.

BERL, W. G.: *Physical Methods in Chemical Analysis*. Nueva York 1960.

Repercusión del desarrollo del análisis cuantitativo en el problema del arsénico. Solución del problema sobre el contenido natural de arsénico, importancia del arsénico capilar. Principios experimentales sobre el comportamiento del arsénico terrestre en los muertos.

STEWART, G. P. y A. STOLMAN: *Toxicology*. Vol. 1.

MÜLLER, BERTHOLD: *Gerichtliche Medizin* (Arsen und seine Verbindungen). Berlín, Gotinga, Heidelberg 1953.

El caso Marie Besnard en Loudun, sus antecedentes. Roger, la exhumación de trece cadáveres; análisis cuantitativos en Marsella. Beroud descubre arsénico. Gautrat, primer proceso en Poitiers. Los trucos forenses de Gautrat, la descalificación de Beroud, final del primer proceso. Se plantearon nuevos dictámenes toxicológicos. Piédelièvre, Fabre, Kohn-

BESNARD, MARIE: *The Trial of Marie Besnard*. Londres 1963.

Crónicas en los periódicos: Le Monde; Le Figaro; Die Welt; Frank-

fürter Allgemeine Zeitung; Süddeutsche Zeitung.

Griffon y el análisis radiactivo del arsénico. Descalificación de Griffon por Gautrat; aparece el problema decisivo: la infiltración de arsénico terrestre en los muertos de Loudun. La toxicología de escuela niega esta hipótesis, experimentos, nuevas tesis de Olivier, Lepeintre, Kelling, Truffert. Microbios de la tierra, su importancia en la solubilidad del arsénico terrestre, generalmente insoluble. Perspectivas sorprendentes. El segundo proceso Besnard en Burdeos. La estrategia de Gautrat, inseguridad sobre los principios de la toxicología respecto al arsénico terrestre. Desempeño del segundo proceso. Se solicita un tercer equipo de especialistas.

MÜLLER, W. D.: *Atom-ABC*. Düsseldorf 1959.

STEWART, G. P. y A. STOLMAN: *Toxicology (Radioactive Isotopes and Compounds)* por Robert E. Zippi y Richard Grove. Vol. II. Nueva York 1961.

MICHON, R.: *Les procédés d'analyse par radioactivation et leur intérêt en médecine légale*. Acta Méd. Lég. et Soc. Lieja 11/1958, p. 119-128.

GREENDALE y LAW: *Rapid Radiochemical Procedure for Antimony and Arsenic*. Analytical Chemistry, 5/1963.

SMITH, HAMILTON: *Estimation of Mercury in Biological Material by Neutron-Activation-Analysis*. Analytical Chemistry, 5/1963.

OLIVIER, H. R.: *Grenzen der gerichtlich-medizinischen Expertise bei kriminellen Arsenvergiftungen*. Archiv für Toxikologie, 15/1955, p. 415.

BESNARD, MARIE: *The Trial of Marie Besnard*.

Crónicas detalladas del proceso en: Le Monde, Le Figaro, Die Welt, Frankfurter Allgemeine Zeitung, Süddeutsche Zeitung.

El tercer proceso Besnard en Burdeos. La lucha de los especialistas. La «escuela» contra los profanos. Lemaignes reconoce que existen influencias microbianas que escapan al conocimiento de los toxicólogos. Limitaciones de las pruebas toxicológicas efectivas en cadáveres que llevan mu-

cho tiempo enterrados. Triunfo de Gautrat. La absolución de Marie Besnard. Lecciones para la toxicología.

BESNARD, MARIE: *The Trial of Marie Besnard*.

Crónicas detalladas del proceso en los periódicos: Le Monde, Le Figaro, Die Welt, Frankfurter Allgemeine Zeitung, Süddeutsche Zeitung.

WEINING, EMIL: *Die Nachweisbarkeit von Giften in exhumierten Leichen*. Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin. Vol. 47, 1958, p. 397-416.

PIÉDELIEVRE, R., y L. DÉROBERT: *Les limites de l'expertise toxicologique*. Annales Méd. Lég. 33, 1953, p. 143.

La época de la industria farmacéutica y la competición de los toxicólogos con la producción de específicos y venenos. El ejemplo de los barbitúricos. Su nacimiento y desarrollo. La inundación del mercado. El caso Armstrong y el second. La lucha encarnizada para localizar los barbitúricos. Dificultades. Alteración del veneno por la transformación orgánica. Localización de los productos de los cambios orgánicos. Métodos hasta el descubrimiento de la espectrofotometría ultravioleta. Lo que hay detrás de los «tranquilizantes». El problema de las sorpresas producidas por nuevos grupos de venenos.

NICKOLIS, L. C.: *The Scientific of Crime*. Londres 1956.

FURNEAUX, RUPERT: *Famous Criminal Cases* IV. Nueva York.

SIMPSON, KEITH/MOLONY, J. T.: *The Second Capsule Murder*. Medical Journal 1957, Vol. XXV p. 53.

RÖMPF, HERMANN: *Chemie-Lexikon*.

BODENDORF, K.: *Über den toxischen Nachweis von Barbitursäurederivaten*. Archiv für Pharmazie, 270, 1932, p. 290.

HUSSMAN, FRIEDRICH: *Über tödliche Veronalvergiftungen*. Vierteljahrsschrift für gerichtliche Medizin, Vol. 50, p. 43.

ORTSEL, H.: *Luminal-Vergiftungen und Luminal-Nachweis* en *Führer-Beiträge zur Sammlung von Vergiftungsfällen*, Vol. VI, 1935, § 483.

WEINIG, EMIL, y GEORG SCHMIDT: *Zusammenstellung der in Deutsch-*

land im Handel befindlichen bari-
bitursäurehaltigen Arzneimittela-
bieten und Drages. (Tabletten-
identifizierung barbituratiger Arz-
neimittel als Hilfe zur Aufklärung
fraglicher Vergiftungen.) Archiv für
Kriminologie, Vol. 125, 1960, fasc.
3/4 p. 90, fasc. 5/6, p. 121.

SCHEIDT, GEORGE: *Detection and Esti-
mation of Barbituric Acid Deriva-
tives en: Methods of Forensic
Science*. Editado por Frank Lund-
quist.

GONZALES, THOMAS A., MORGAN VAN-
CE, MURTON HELPERN, CHARLES J. UM-
BERGER: *Legal Medicine, Pathology
and Toxicology*. (The Nonvolatile
Organic Poisons, Isolation and Ex-
traction).

STEWART, G. P. y A. STOLMAN: *Toxi-
cology*. Vol. II (Barbiturates by A.
S. Curry).

El asesinato de Annie Hamman
en Worms. Indagaciones de la po-
licia de Worms. Analisis toxico-
logico en el instituto forense de
Maguncia. Historia del E 605. Su
trayectoria de Alemania a Ame-
rica, y de ahí nuevamente a Ale-
mania. Métodos probatorios insu-
ficientes. Wagner tras las huellas
del E 605. Exigencia de nuevas
combinaciones por medio de re-
novadas investigaciones policia-
cas. Christa Lehmann, la muerte
de su marido y de su suegro. De-
tención, historia de sus confesio-
nes. Devastadores efectos en toda
Alemania y en otros países. La
psicosis del E 605. Necesidad de
descubrir métodos probatorios.

Dificultades y dudas.
Crónicas del proceso en: Süddeut-
sche Zeitung, Frankfurter Rund-
schau, Hamburger Abendblatt,
Die Welt, Münchner Illustrierte
Zeitung, n.º 11, 12, 13/1954.

SCHWERN, W. y G. SCHMIDT: *Einfache
Schnellreaktion im Blut zum Nach-
weis von Vergiftungen mit dem
Schädigungsbekämpfungsmittel E 605*.
Deutsche Medizinische Wochens-
chrift, N.º 77, 1952, p. 372.

PERMULA, O.: *Vergiftungen mit E 605*.
Archiv für Toxikologie, Vol. 15, 1955,
p. 210-281.

TASCHEN, BENEDIKT, y KURT VELDERT:
Vergiftungen durch E 605. Krimina-
listik, abril 1954, p. 102.

WEINIG, EMIL, HELEA SCHMIDT, GEORG
SCHMIDT: *Zum Bewusstsein der
Reaktion von Averell und Norris*

beim Nachweis von E 605. Archiv
für Toxikologie, Vol. XV, 1955, p.
422.

PROKOP, OTTO: *Lehrbuch der gericht-
lichen Medizin*. (Die Vergiftung
mit Schädigungsbekämpfungsmitteln,
E 605 und verwandte Präparate.)
Berlin 1960.

BURGER, E.: *Beiträge zum Nachweis
von E 605. Untersuchung über die
Dauer der Nachweisbarkeit bei An-
wendung spektrometrischer Metho-
den*. Archiv für Toxikologie, 16, p.
401.

FIORI, A. M., MARIGO: *Sei omicidi
medicanti E 605 compiuti da un mi-
nore*. Minerva Medica legale, Turin,
marzo-abril 1961.

El puente de transición entre la
toxicología y la policía. Historia
de los nuevos laboratorios pol-
iciales. Reiss.

Biografía: Prof. Dr. R. A. Reiss.
Kriminalistik, año 4, 1950, fasc. 13/
14.

BISCHOFF, M. A.: *Le Professeur R. A.
Reiss*. Lyon 1959.
*Les trente ans d'enseignement uni-
versitaire du Professeur Bischoff*.
Revue de Criminologie et de Police
technique, Vol. IV, n.º 4, octubre-
diciembre 1950.

Locard.
Das Polizeilaboratorium in Lyon. Kri-
minalistik, Jahrg. 3, 1949, fasc. 9/10.
SÖDERMAN, HARRY: *Auf der Spur des
Verbrechens*. Colonia 1957.

Jeserich, Ledden, Hulsebosch,
Popp. Recuentos de Paul Jese-
rich, por su hija política (manus-
crito).

JESERICH, PAUL: *Die Mikrophotogra-
phie auf Bromsilbergelatine bei na-
türlichem und künstlichem Licht
unter ganz besonderer Berücksich-
tigung des Kalblichtes*. Berlin 1958.

JESERICH, PAUL: *Über forensisch-che-
mische Untersuchungen*. Tageblatt
der 55. Versammlung deutscher Na-
turforscher und Ärzte in Eisenach,
1952, N.º 7, 157-161.

SÖDERMAN, HARRY: *Auf der Spur des
Verbrechens*.
VAN LEDDEN, HULSEBOSCH, C. J.: *Die
sieben goldenen W. des Krimina-
listen*. Archiv für Kriminologie, 115,
1950, p. 8.

POPP, GEORG: *Nachweis von Arsen in
Leichenaschen*. Zeitschrift für ange-
wandte Chemie, 1929, p. 836.

Evolución de los laboratorios po-
liciales en Alemania. Robert
Heindl, primer laboratorio en Sa-
jonia. La ley policial del Reich.
La idea de un laboratorio central
en Berlín. Fracaso de los proyec-
tos. Los esfuerzos para la unifí-
cación de la policía alemana. El
caso Kitten. Genat y la comi-
sión de los crímenes. Führer. La
centralización durante la época
nacional-socialista. Nebe. La ofi-
cina policial en el Werderschen
Markt. La oficina de investigación
técnico-criminal Hees. Derrota y
división de Alemania. Nueva
fragmentación policial por Esta-
dos. Laboratorios policiales en los
Estados. Heindl en Munich. El
Bundeskriminalamt. Presencia de
la toxicología en los institutos fo-
renses y los laboratorios policia-
cos. La larga ruta hacia la cola-
boración. Instalación de labora-
torios en toda Europa.

Präsident Robert Heindl zum 70. Ge-
burtstag. Kriminalistik, 1953, fasc.
15/16, p. 1958.

Gehemrat Dr. Heindl: *Deutsche Po-
lizei*, 1958, n.º 11.

MERBERT, FRANZ: *Gehemrat Dr. Ro-
bert Heindl*. Archiv für Kriminalho-
lie, Vol. 123, 1959, fasc. 1/2.

HEINDL, ROBERT: *Naturwissenschaftli-
che Kriminalistik*. Archiv für Kri-
minologie, Vol. 118, 1956, fasc. 1/2.

Prof. Dr. August Brühling. Krimina-
listik, 1950, p. 186.

BRÜHLING, AUGUST: *Überblick über die
historische Entwicklung der natu-
rwissenschaftlichen Kriminalistik*.
Archiv für Kriminologie, Bd. 118,
1957, Hef 3/4.

ULRICH, WOLFGANG: *Verbrechensbe-
kämpfung*. Neuwied 1961.

BECKER, H.: *Kriminaltechnik als Hilfs-
mittel der kriminalpolizeilichen Er-
mittlungstätigkeit*.
Schriftenreihe des Bundeskrimina-
lantes «Kriminaltechnik». Wiesba-
den 1953.

HARDER, ALEXANDER: *Kriminalzentra-
le. Werderscher Markt, Bayreuth*
1963.

HAENSEL, WALTER: *Der organisatoris-
che Weg zur einheitlichen Reichs-
polizei seit 1933*. Berlin 1959.

HEIN, UDO A.: *Die Reorganisation der
Polizei in der Britischen Besitzun-
gszone Deutschlands unter besonde-
rer Berücksichtigung des englischen
Polizeirechts*. o. O. 1948.

ANNAT, FRANK: *Das Auge des Geset-
zes*. Düsseldorf 1962.

Nacimiento de laboratorios poli-
cianos en Inglaterra. Cutbert.
Primeros intentos fracasados.
Lord Trenchard. Dixon. El Me-
tropolitan Forensic Science La-
boratory, Hendon y Scotland
Yard. La construcción de labo-
ratorios regionales.

CUTBERT, C. R. M.: *Science and the
Detection of Crime*. Londres 1958.

SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder*.
SCOTT, HAROLD: *Scotland Yard*. Lon-
dres 1954.

SUTTORF, PERCY: *Clock without Dag-
ger*. Londres 1955.

Allgemeine Weltentwicklung. World
list of Forensic Science Labora-
ries. Londres 1963.

Evolución de la criminalística
científica de los Estados Unidos.
August Vollmer. Los primeros la-
boratorios. Edward Oscar Hein-
rich. Accidentada evolución de
los primeros precursores. Berke-
ley. El caso Schwarz. Influencia
de Vollmer y Heinrich en la cri-
minalística científica. Influencia
de especialistas «autodidactas». Li-
beralismo y espíritu comercial
carente de escrúpulos. El labo-
ratorio de O'Connell en Nueva
York. El Scientific Crime Detec-
tion Laboratory de Chicago. Evo-
lución del gran laboratorio del
FBI en Washington. Lucha deno-
dada contra la dispersión. La fa-
cultad de ciencia criminalística
en Berkeley.

The Concise Encyclopedia of Crime
and Criminals. Nueva York 1961.

BRASLOW, BORIS: *Die Entwicklung der
Naturwissenschaftlichen Kriminal-
untersuchung in den Vereinigten
Staaten*. Archiv für Kriminologie,
Vol. 104, 1959, fasc. 3/4.

JENNINGS, DEAN: *Father of the mo-
dern Cop*. The Progressive, Mad-
ison 31, marzo 1947.

BLOCK, EUGENE B.: *The Wizard of
Berkeley*. Nueva York 1951.

WINTERHARD, DON: *The FBI-story*. Nue-
va York 1956.

El caso Barlow como ejemplo de
trabajo de un laboratorio poli-
ciao y de la competencia impla-
cable contra las nuevas posibi-
lidades de envenenamiento. La

- morte de Elizabeth Barlow en el baño. D. E. PRICE, A. S. CURRY. El examen del cadáver en Hargate. Pinchazos de inyecciones y sospechas de envenenamiento con insulina. La localización de la insulina. Acusación contra Barlow. Condena. El edificio de la toxicología forense a mediados del siglo xx. Resumen y síntesis.
- WILSON, COLIN, y PATRICIA PITMAN: *Encyclopedia of Murder*. FURNAUX, RUPERT: *Famous Criminal Cases II*. Nueva York S. F. BIRKENSHAW, V. J., M. R. GURD, S. S. RANDALL, A. S. CURRY, D. E. PRICE, P. H. WRIGHT: *Investigation in a Case of Murder by Insulin Poisoning*. British Medical Journal, 23, agosto 1958.
- BATHURST, MAURICE E. y D. E. PRICE: *Regina versus Kenneth Barlow*. Medico-Legal Journal, n.º 26, 1958, p. 58-70.
- JANTZKI, U., W. PLOCH, F. SCHLEVER, H. DITSCHUNEI, E. PREFFER: Über den Insulin-Nachweis in der Leiche bei Insulin-Vergiftung. I. Kasuistischer Teil. II. Experimenteller Teil (Institut für Gerichtliche Medizin, Universität Bonn, und I. Medizinische Klinik, Universität Frankfurt a. M.). Med. exp. (Basilea) 3, 1960, p. 17-32 (?).
- SCHREIBER: *Probleme der Kriminaltechnik vom Standpunkt der Gifte aus*. — En: *Grundfragen der Kriminaltechnik*. Wiesbaden 1958, p. 147 ss.
- WAGNER, KURT: *Verschleierte Tatbestände bei Todesfällen*. — En: *Grundfragen der Kriminaltechnik*. Wiesbaden 1958, p. 157 ss.

IV. LA BALADA DE LAS ARMAS DE FUEGO

- Bibliografía general sobre balística forense (selección).
- GROSS-SEELIG: *Handbuch der Kriminalistik*. Band II. Berlin 1954. (Capítulo: «Die Waffen, ihr Gebrauch und ihre Spuren» p. 215-296).
- MORLAND, NIGEL: *Science in Crime Detection*. Nueva York 1958. (Capítulo: «Forensic Ballistics», p. 34-50).
- CUTHBERT, C. B. M.: *Science and the Detection of Crime*. Londres 1958. (Capítulo: «The Ballistic Experts», p. 159-170).

- El doctor Albert Hamilton. RUSSELL, FRANCIS: *Tragedy in Dedham*. Nueva York 1962.
- Charles E. Waite. ROBINSON, H. M.: *Science Catches the Criminal*.
- La odisea de Waite por América y Europa. STOUT, WESLEY W.: *Fingerprinting Bullets*. GODARD, CALVIN: *Forensic Ballistics*. Army Ordnance 1925, p. 196.
- Fischer y el helixómetro. ROBINSON, H. M.: *Science Catches the Criminal*.
- STOUT, WESLEY, W.: *Fingerprinting Bullets*.
- Gravelle. ROBINSON, H. M.: *Science Catches the Criminal*.
- STOUT, WESLEY, W.: *Fingerprinting Bullets*. The New York Times, 5 febrero 1955.
- GODARD, CALVIN: *Forensic Ballistics*. Goddard.
- ROBINSON, H. M.: *Science Catches the Criminal*.
- The National Encyclopedia of American Biography. GODARD, CALVIN: *Forensic Ballistics*.
- GODARD, CALVIN: *Firearms as Evidence*. American Journal of Police Science, 1931.
- El caso Sacco/Vanzetti. BUSCH, FRANCIS X.: *Notable American Trials (Prisoners at the Bar)*. Londres/Melbourne 1957.
- ROBERTS, BECHHOFFER: *Famous American Trials*. Londres 1947.
- JOUGHIN, G. LOUIS, y EDMUND M. MORGAN: *The Legacy of Sacco and Vanzetti*. Nueva York 1948.
- MONTGOMERY, ROBERT H.: *Sacco Vanzetti - The Murder and the Myth*. Nueva York 1960.
- ZELT, JOHANNES: *Proletarische Internationalismus im Kampf um Sacco und Vanzetti*. Berlin (Este) 1958.
- Balas, cartuchos y armas. Los dictámenes de Proctor, Van Amburgh, Burns y Fitzgerald. RUSSELL, FRANCIS: *Tragedy in Dedham*. Nueva York 1962.
- JACK, D., y CHARLES O. GUNTHER: *The Identification of Firearms*. N. Y. S. F.
- El jurado y los informes balísticos. RUSSELL, FRANCIS: *Tragedy in Dedham*.
- Hamilton y el proceso Sacco/Vanzetti. Cambio de actitud de Proctor. El segundo informe de Van Amburgh. Hamilton y la confusión de los cañones de revolver. RUSSELL, FRANCIS: *Tragedy in Dedham*.
- Van Amburgh y el caso Israel. KUNSTLER, WILLIAM M.: *The Case for Courage*. Nueva York 1962.
- Calvin Goddard y el caso Sacco/Vanzetti. GODARD, CALVIN: *Who did the Shooting*. Popular Science Monthly, noviembre 1927.
- Los cambios de opinión de Gill y Burn. Las acusaciones de Thompson. Abandono de Hamilton. La decisión del comité Lowell sobre la culpabilidad o inocencia. SINCLAIR, UPRON: *The Fishpedder and the Shoemaker*. Institute of Social Studies Bulletin, Vol. 2. Nueva York 1953.
- EASTMAN, MAX: *Is this truth about Sacco and Vanzetti?* National Review, 21 octubre 1961.
- Goddards camino de Chicago. ROBINSON, H. M.: *Science Catches the Criminal*. Nueva York 1935.
- LYLE, JOHN H.: *The Dry and Lawless Years*. Englewood Cliffs, N. Y. 1960.
- Goddard y la matanza del día de San Valentín. GODARD, CALVIN: *The Valentine's Day Massacre*. The American Journal of Police Science 1929.
- LYLE, JOHN H.: *The Dry and Lawless Years*.
- ROBINSON, H. M.: *Science Catches the Criminal*.
- NESSE, ELLIOT (with Oscar Fraley): *The Untouchables*. Nueva York 1957.
- The National Encyclopedia of American Biography. Goddard y el Scientific Crime Detection Laboratory. Comparación con Europa. Ballística forense en el FBI. GODARD, CALVIN: *Scientific Crime*

- Detection Laboratories in Europe. American Journal of Police Science.
- WHITEHEAD, DON: *The F.B.I.-Story*. Nueva York 1966. (Édition allemande: *Die FBI-Story*. Munich 1969).
- Evolución en Europa después de la Primera Guerra Mundial.
- KRAFT, B.: *Kritisches zur gerichtlichen Schusswaffenuntersuchung*. Archiv für Kriminologie. Vol. 87 (1930), p. 138.
- MEDINGER, PIERRE: Remarques sur sa science. Schusswaffenexperimente im Archiv für Kriminologie. Vol. 88 (1931), p. 207.
- CONSTANT, JEAN: *L'enseignement de la Criminologie en Belgique*. Revue de Droit Pénal et de Criminologie. Publication jubilaire 1907-1957. Brussels 1957.
- DE RECHTER, G.: *Identification des documents et des projectiles*. Revue de Droit Pénal et de Criminologie 1925, p. 126.
- BRÜNING, AUGUST: *Beiträge zur Untersuchung und Beurteilung von Geschossen, Waffen und Einschüssen*. Archiv für Kriminologie. Vol. 77 (1925), p. 81.
- PERKINSKY: *Zur Identifizierung abgeschossener Patronenhülsen*. Archiv für Kriminologie. Vol. 77 (1925), p. 95.
- RASTROW: *Die kriminaltechnische Untersuchung von Patronenhülsen und Geschossen*. Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin. 1926, p. 242.
- WATZENEGGER: *Ein weiterer Beitrag zur Untersuchung von Patronenhülsen*. Archiv für Kriminologie, 1926, p. 10.
- MEZGER, OTTO: *Über die Entwicklung schwestechnischer Untersuchungen im Dienste der Justiz*. Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin. Vol. 13 (1929), p. 377.
- MEZGER, OTTO, WALTER HEES, FRITZ HASSLACHER: *Die Bestimmung des Pistolensystems aus verfeuertem Hülsen und Geschossen*. Archiv für Kriminologie. Vol. 89 (1931), páginas 3 y 93.
- KLAIBER: *Otto Mezger*. Archiv für Kriminologie. Vol. 95 (1934), p. 169.
- SÖDERMANN, HARRY: *L'Expertise des Armes à Feu Courtes*. Lyon 1928.
- CORPOUNTER: *Beschreibung seiner Kugelprüfmethode* en: *Annales de Médecine Légale* 1926.
- BALTHAZARD: *Précis de police scientifique*. Paris 1934.
- BALTHAZARD: Bericht über seine Methode der Geschossabrollung auf Zinnfolien en: *Annales de Médecine Légale*, Vol. 2 (1922), p. 345.
- LOCARD: *Manuel de Technique Policière*. Paris 1923/Paris 1948.
- MARWEREFF: *Zur Identifizierung der Selbstdecksolen*. Deutsche Zeitschrift für die gesamte gerichtliche Medizin. Vol. 13 (1929), p. 377.
- Sydney Smith. El microscopio comparativo en El Cairo. El asesinato del Sirdar. Informe enviado a Londres.
- SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder*.
- SMITH, SYDNEY: *Identification of Firearms and Projectiles*. British Medical Journal, January 1926. The Police Journal, Vol. 1 (1929), p. 411.
- SMITH, SYDNEY: *Forensic Medicine and Toxicology*. Londres 1925.
- Robert Churchill.
- CHURCHILL, ROBERT: *Churchill's Shotgun-Book*. Nueva York 1955.
- CHURCHILL, ROBERT: *Forensic Examination of Firearms*. Police Journal London, julio 1929.
- CHURCHILL, ROBERT: *Examination of Firearms and Ammunition*. Transactions of Medical-Legal Society. Londres 1934/1.
- CHURCHILL, ROBERT: *Firearms, Crime and Detection*. Londres 1934/1.
- SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder*.
- BROWNE, DOUGLAS G., y E. V. TULLET: *Bernard Spilsbury*. Londres 1951.
- El caso Merrett. Papel representado por Churchill.
- ROUGHHEAD, WILLIAM: *Trial of John Donald Merrett*. Edinburgo 1926.
- TULLET, TOM: *Portrait of a Bad Man*. Londres 1956.
- CUTBERT, C. R. M.: *Science and the Detection of Crime*.
- SMITH, SYDNEY: *Mostly Murder*.
- BROWNE, DOUGLAS G., y E. V. TULLET: *Bernard Spilsbury*.
- Churchill y el caso Elvira Barney.
- HASTINGS, PATRICK: *Cases in Court*. Londres 1953.
- El caso Gutteridge. Churchill y el microscopio comparativo.
- BERRITT, JAMES: *When I was at Scotland Yard*. Londres s. F.

- MORLAND, NIGEL: *Science in Crime Detection*.
- SHORE, W. TENGMOYER: *Trial of Frederick Guy Browne and William Henry Kennedy*. Edinburgo 1930.
- CREW, ALBERT: *The Old Bailey*. Londres 1933.
- Resumen.
- KRAFT, B.: *Über die Zentralisierung der gerichtlichen Waffenidentifizierung*. Archiv für Kriminologie, Vol. 88 (1931), p. 41.
- HOWE, RONALD MARTIN: *Criminal Investigation*. Londres 1950.

FUENTES DE LAS ILUSTRACIONES

- Archiv für Kunst und Geschichte, Berlin (1). Dr. Brauner, Viena (1). Ise Colléon, Munich (1). Deutsche Presse-Agentur, Frankfurt del Main (3). Prof. Dr. W. Durwald, Leipzig (1). Eberhard Grastorf, Munich (2). Historical Pictures Service, Chicago (1). Historisches Bildarchiv Hande, Bad Berneck (1). Internationale Bild-Agentur, Zurich (4). Paul Popper, Londres (2). Radio Times, Hulton Picture Library, Londres (6). H. Roger Viollet, Paris (4). Süddeutscher Verlag, Munich (6). Ullstein-Bilderdienst, Berlin (7). Rudolf Zschnele, Berlin (1). Institut für Gerichtliche Medizin, Viena (2). Bayerisches Landeskriminalamt, Munich (2).
- Todas las demás ilustraciones han sido facilitadas por el autor.

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

Aberdeen, 342.
 Adamo, Teotania di, 391.
 Agents provocateurs (moutons), 4.
 Aguilera, Moriz, 110.
 Aitchison, Craigie, 317, 320, 324.
 Ajtal, 200.
 Alberding, Heinrich, 331.
 Albedong, 332.
 Alberti, 173.
 Aldaux, 113.
 Alejandro VI, papa, 391.
 Alexandre, Lucie, 230.
 Algerie, 538.
 Allard, jefe de la Sûreté, 3, 4, 383, 384, 401.
 Alness, juez Lord, 318.
 Alvarez, inspector, 73, 74.
 Alverstone, juez Lord, 269.
 Ambros, Karl, 554.
 Ambros, Ludwig, 556.
 Amburgh, Charles van, 629, 632, 634, 636, 639.
 Anderson, L. T., 474.
 Anderson, Sir Robert, 33.
 Andrieux, Louis, 11, 14, 24, 25.
 Antigny, Auguste, 497.
 Antistio, 171.
 Antropologia, 42.
 Antropometría, 31, 42, 63, 65, 67, 69, 81, 85, 110-112, 115, 118, 121, 122, 130, 132.
 Arago, 424.
 Aristóteles, 390.
 Armstrong Janet, 533, 535, 541, 545.

Armstrong, John, 533, 535, 539, 542, 544, 545.
 Armstrong Pamela, 533, 540.
 Armstrong Stephen, 533, 540-542.
 Armstrong, Terence, 533, 535, 536, 540, 542, 544, 545.
 Ascher, doctor, 231, 233.
 Asquith, 8, 59.
 Atkin, Joseph, 49.
 Audiat, doctor Charles, 244-249.
 Auphand, inspector, 244.
 Avarne, doctor, 350.
 Averell, 552, 559.
 Avory, Horace, 92, 93, 99.
 Avory, juez, 657.

B

Baby-Face, 148.
 Bac, 414.
 Bachmann, G., 473.
 Baeyer, Adolf, 531.
 Bagdassarow, 370.
 Bahmer, Pearl, 288.
 Bai, Archer, 576.
 Bailey, Old, 92, 93.
 Ballentine, Sargeant, 19.
 Ballet, Auguste, 416 ss.
 Ballet, Hippolyte, 416 ss.
 Balotta, 335.
 Balthazard, 604, 605, 647.
 Balzac, 3, 417.
 Barbe, 580.
 Bardou, doctor, 385, 389, 406.
 Barker-Carpis, banda, 148, 150.
 Barker, Freddy, 150, 151.
 Barker, Kate, 148, 150, 151.

Bac, 414.
 Bachmann, G., 473.
 Baeyer, Adolf, 531.
 Bagdassarow, 370.
 Bahmer, Pearl, 288.
 Bai, Archer, 576.
 Bailey, Old, 92, 93.
 Ballentine, Sargeant, 19.
 Ballet, Auguste, 416 ss.
 Ballet, Hippolyte, 416 ss.
 Balotta, 335.
 Balthazard, 604, 605, 647.
 Balzac, 3, 417.
 Barbe, 580.
 Bardou, doctor, 385, 389, 406.
 Barker-Carpis, banda, 148, 150.
 Barker, Freddy, 150, 151.
 Barker, Kate, 148, 150, 151.

- Barlow, Elizabeth, 584, 585, 587, 593, 595, 596.
 Barlow, Kenneth, 584 ss.
 Barnes, W. W. H., 474.
 Barney, Elvira, 653.
 Barny, De, 413.
 Barr, Joseph, 354.
 Barrow, Eliza Mary, 477, 480-483, 485-487.
 Barriel, 211, 397, 417.
 Bartholin, Thomas, 173.
 Bartlett, Chester D., 606-608, 612.
 Barry, juez de instrucción, 194-201, 205.
 Bastide, juez de instrucción, 167.
 Bastisse, doctor, 527-529.
 Bates, doctor, 270-273, 275, 279.
 Bavouzet, Auguste, 244, 247, 248.
 Bavouzet, Germaine, 244.
 Bechterew, Louise, 243.
 Bechterew, 64.
 Beck, Adolf, 88-100.
 Beck, Romain, 303.
 Becker, Marie Alexandrine, 443.
 Bechbrook, 446.
 Beekman, fiscal, 291, 292, 294-296, 298.
 Behring, Emil von, 213.
 Belki, Johannes, 200, 203.
 Bel, doctor, 309, 314, 316-318.
 Belleau, juez, 244-248, 250.
 Belper, Lord, 84.
 Benn, Gottfried, 662.
 Bennett, Curtis, 106, 108, 321.
 Benoit, juez, 34, 35.
 Bentley, K. W., 473.
 Bérard, fiscal, 166, 170, 178.
 Berardelli, 624, 625, 629, 631, 632, 634.
 Berg, Karl, 226, 254, 370.
 Berg, Oly, 150.
 Berkeley, 578.
 Bernard, doctor Paul, 166, 167, 178, 180-184.
 Berni, 176, 177.
 Beroud, doctor Georges, 496, 497, 499, 501, 502 ss.
 Berret, 654, 656, 657.
 Berry, doctor, 447.
 Berthollet, 393.
 Bertholus, juez, 240, 241.
 Bertillon, Alphonse, 1 ss., 12-15, 24-34, 36, 37, 39-45, 57, 58, 61-65, 67, 69, 70, 73-76, 78, 81, 110, 112-122, 130, 136, 164, 174, 560-562.
 Bertillon, Louis Adolphe, 5, 14, 15, 25.
 Bertillonage, 32, ss., 43, 44, 57-60, 62-69, 74-76, 78, 81, 84, 106, 110-112, 115, 118-119, 122, 129-132, 136.
 Berzelius, 9, 424.
 Besnard, caso, 494, 501, 505, 516, 526, 527, 529, 530.
 Besnard, León, 494-499, 511, 527.
 Besnard, Lucie, 499.
 Besnard, Marcelin, 498, 527, 528.
 Besnard, Marie, 493, ss., 511, 517-520, 523, 524, 526, 527, 530.
 Besnard, P., 473.
 Best, 603.
 Beumer, Otto, 217.
 Beveridge, superintendente jefe, 360, 362, 363, 365, 369, 377.
 Bier, August, 659.
 Billing, doctor Georges, 274.
 Bingham, jefe de policía, 445.
 Birkenshaw, 580.
 Bischoff, Marc, 562.
 Blasces, doctor, 435.
 Bocarné, caso, 432, 433.
 Bocarné, conde Hippolyte Visard de, 420 ss.
 Bocharard, 182.
 Bockmühl, 472.
 Bodá, 626.
 Bodasse, 13.
 Bodendorf, 532.
 Bodle, George, 395.
 Bodle, John, 395, 396.
 Boerhaave, Hermann, 389.
 Bohm, médico, 173.
 Boissierin, Porquery de, 517.
 Boissevan, 611.
 Bompard, Gabrielle, 168, 186-192, 242.
 Bonaparte, Charles Joseph, 143.

- Bond, George H., 447, 612, 614.
 Bonjeau, George, 261.
 Boos, William F., 302.
 Booth, 106, 108.
 Bortet, 214.
 Bordue, doctor, 400.
 Borgia, César, 391.
 Borgia, familia, 391.
 Bosch, Robert, 647.
 Bouchery, Emile, 250, 252.
 Bouchery, madame, 250.
 Bourgeois, Laure, 188.
 Bouvanet, 168.
 Boret, inspector, 231, 233.
 Boyd, Dixon, 360.
 Bradford, Sir Edward, 83.
 Bragg, W. H., 474.
 Bragg, W. L., 474.
 Brakfield, Kate, 89, 90.
 Brandeburg, doctor Leopold William August, 154.
 Brandstetter, 473.
 Braun, Abraham, 195, 196.
 Breitenecker, 340.
 Bricourt, Emmerance, 420.
 Briggs, 53.
 Brinvilliers, Marie Madeleine, (marquesa de), 391.
 Brissaud, 164, 248, 249.
 Broe, De, 417, 418, 455.
 Bronté, 321, 322.
 Brooks, Charles W., 462, 468.
 Brouardel, Paul Camille Hippolyte, 234, 235, 239-243, 246, 253, 254, 277, 278, 312, 370.
 Brousse, Paul, 35.
 Brown, Benjamin, 86.
 Browne, Frederick Guy, 656, 657.
 Brulliard, Pierre, 32.
 Bruu, Anna, 385, 386, 388.
 Brunau, doctor Frederic, 245-249.
 Brunel, Jacques, 40.
 Brünig, August, 567, 568, 647.
 Buchanan, caso, 462, 469.
 Buchanan, Anne, 469 ss.
 Buchanan, doctor, 464, 533, 534, 541.
 Buchanan, Helen, 456.
 Buchanan, Robert W., 454 ss.
 Büchi, J., 475.
 Büchner, Georg, 662.
 Buckel, inspector, 51.
 Bulley, 534.
 Bulot, fiscal, 38.
 Bundesen, Herman N., 644, 645.
 Bunsen, Robert Wilhelm, 210, 473.
 Burke, Fred, 644, 645.
 Burne, Alec, 350.
 Burnham, Alice, 275.
 Burnham, Charles, 275.
 Burns International Detective Agency, 144.
 Burns, James, 630-632, 641.
 Burns, William J., 144.
 Butcher, inspector, 447.
 Butler, cirujano, 396.
 Buxbaum, 195, 196.
 Byrnes, Thomas, 132-136, 139, 445, 462.
 Calvert, inspector, 161.
 Camerasse, Jean, 24-26, 29, 31, 32.
 Cameron, Elsie, 321.
 Campbell, Grace, 96.
 Campbell, inspector jefe, 157, 159.
 Camps, Francis E., 358 ss., 369, 370, 372-375, 377.
 Canier, jefe de la Sûreté, 3, 4.
 Canillo, 120.
 Capelle, Marie, 383, 384.
 Capone, Al, 146, 147, 644, 645.
 Capstick, inspector jefe, 158.
 Carey, Arthur A., 455, 462.
 Carlos V, emperador, 172.
 Carpis, Alvin, 146, 150, 151.
 Carr, 379.
 Carrara, Mario, 277, 335.
 Casper, Johann Ludwig, 174, 176, 223, 224.
 Cassedy, doctor Harold, 151.
 Castaing, caso, 454.
 Castaing, Edme, 416 ss.
 Castro, 19.
 Cattaneo, 211.
 Caveniou, 415.

Cella, Caesar, 139-141.
 Celso, 390.
 César, Julio, 171.
 Clarke, E. G. C., 55, 473, 475.
 Claude, jefe de la Sûreté, 3, 4, 436 ss.
 Code d'instruction criminelle, 174.
 Coffey, inspector jefe, 586.
 Coiret, inspector, 230.
 Cole, agente, 343.
 Collins, Wilkie, 45, 64, 66, 84-86, 190, 102, 104, 108, 136, 137, 140.
 Colosimo, 147.
 Colt, Samuel, 616.
 Conkling, sheriff, 289.
 Constitutio Criminalis Carolina, 172.
 Coodige, presidente Calvin, 144.
 Cooper, sargento, 482, 538.
 Cornu, 2.
 Cosse, médico, 422.
 Costello, Frank, 146.
 Couerbe, 389.
 Coull, 344.
 Cramer, Georges W., 138.
 Crippen, doctor, 470.
 Crippen, caso, 255, 470, 471, 482.
 Crippen, Cora, 254, 255, 262-266, 268, 470.
 Crippen, Hawley Harvey, 254-258, 263, 265, 266, 269.
 Cromarty, Hannah, 103, 104.
 Cronk, doctor, 291, 292.
 Crossley, Joseph, 271, 274.
 Crouch, 461.
 Cummings, Holmer Stillé, 638, 639.
 Curran, James, 288.
 Curry, A. S., 474, 475, 538, 586 ss.
 Cuthbert, C. R. M., 575, 581.
 Cuvillier, 277.

CH

Channell, juez, 106, 109.
 Charan, 82, 83.
 Chatin, 168.
 Chatman, Annie, 56.
 Chaumartin, profesor, 35, 36.

D

Dactiloscopia, 44 ss., 81, 85, 190, 102, 104 ss., 120, 122, 123, 126, 131, 132, 136, 138, 140, 142, 143, 145, 148, 149, 150, 156, 161, 162, 174, 262, 299.
 Dahme, Hubert, 547, 550, 553-558, 638, 639.
 D'Albay, 389, 400, 404-406.
 Dalton, 9.
 Dane, 645.
 Darland, Michel, 242.
 Darrigant, juez, 40.
 Darwin, Charles, 9, 24, 42, 175.
 Davey, 361.
 David, 122.
 Davies, W. T., 273, 275.
 De Gaulle, general, 526.
 Dean, 595.
 Deblicqui, 427, 428, 431.
 Decous, fiscal, 402, 403, 405, 407, 408, 411.
 Deen, Van, 208, 209.
 Deibler, verdugo, 192.
 Delaignue, Père, 167.
 DeLancey, 462.
 Delaroche, doctor, 498.
 Demange, Edgar, 25.
 Demolon, Albert, 525.
 Derobert, 514, 516, 520.
 Desosse, 415.
 Devaillaud, Marie-Louise, 495.
 Devaillaud, Pierre Eugène, 497, 498.

Devaney, June Anne, 156, 157, 161, 162.
 Dever, 632.
 Devereux, caso, 281.
 Devergie, Marie Guillaume Alphonse, 176, 177, 179, 263, 389, 397, 407.
 Dew, Walter, 255-257, 263.
 Di Blasio, 65.
 Dickens, Charles, 51, 66.
 Dickson, Sir Arthur, 576, 577.
 Dietz, 494-496.
 Dillinger, John, 146, 148, 151.
 Diplock, juez, 596.
 Dittrich, 202.
 Dlaudry, 176.
 Dobkin, 358.
 Domenici, 335.
 Dominique, Louise, 183.
 Donald, Alexander, 344, 347, 348, 350.
 Donald, Jeannie, 347 ss., 380.
 Dopffer, juez de instrucción, 164-167, 169, 170, 191.
 Doria, 456, 459, 460.
 Doyle, Conan, 66, 561.
 Dragendorff, 433.
 Drago, doctor, 69.
 Draper, Shang, 133.
 Dresch, comisario, 39.
 Dreyfus, 122.
 Druce, caso, 261.
 Druscovich, 55.
 Dubiczy, madame, 436.
 Dubois, 405, 406, 497, 408, 412.
 Ducluzeau, 500.
 Dudzech, demoiselle de, 421.
 Duffus, Martin, 164.
 Dullien, 572.
 Dumas, 211, 424.
 Duncan, Andrew (el Viejo), 257.
 Dupertois, 181.
 Dupont-Martin, 29 ss.
 Dupré, doctor August, 445, 449.
 Dupuytren, 406, 409, 412.
 Duquenois, P., 473.
 Durpé, doctor, 448.
 Dvornitschenko, 211.
 Dwyer, teniente, 288-289.

E

Eber, doctor Wilhelm, 66, 67.
 Echeverian, Julián, 618.
 Eddowes, Katherine, 56.
 Edge, 534.
 Ehrhart, 472.
 Eisleb, 472.
 Elbel, 327.
 Emerson, Banjo, 133.
 Enayat, hermanos, 650, 651.
 Eötvös, Karl von, 199-201, 205, 206.
 Erdmann, 433.
 Erhard, 547, 548, 553, 555, 557.
 Everton, lady, 88.
 Eyraud, Michel, 168, 186-192.
 Eyssartier, 388.

F

Fabre, René, 510, 514, 518, 523.
 Fagerlund, 277, 278.
 Farnilo, C. G., 473, 474.
 Farrow, 100-105.
 Faulds, Henry, 20, 24, 43, 44, 46, 66, 80, 106, 108, 109.
 Faurot, sargento Joseph A., 132, 136-143, 613.
 Favreau-Colombier, 517.
 Federal Bureau of Investigation (FBI), 143 ss., 154, 155, 581, 582, 646.
 Felstead, 107.
 Ferrier, sargento, 128-130.
 Fidelis, Fortunato, 172.
 Field, inspector, 51.
 Fielding, Henry, 48-50, 389, 390.
 Fielding, John, 50.
 Fietz, 176.
 Firquit, profesor, 443.
 Fischer, Emil, 473, 531.
 Fisher, John H., 620-622.
 Fischer, Russell, 379.
 Fitzmeyer, 631.
 Fitzgerald, J. Henry, 630-632.
 Five Points, banda, 133.
 Fleming, inspector, 308, 309, 313, 318.

- Florence, Albert, 346.
 Fodéré, 173.
 Forgeot, 115.
 Fougères, Gustav, 421, 422, 424-427, 429, 431, 432.
 Fougères, Lydie, 420, 421.
 Fowley, superintendente, 52.
 Fox, inspector, 101-104.
 Fox, William, 655, 657.
 Frank, Johann Peter, 173.
 Franz, Karl, 556.
 French, doctor, 280, 281, 284.
 Fretwurst, F., 559.
 Friedberg, 211.
 Fritz, Erich, 222.
 Froest, inspector jefe, 92.
 Fröhde, 433.
 Fröhde, 465.
 Fuller, gobernador, 642.
 Fuller, inspector, 447.
 Fulton, Juez Forrest, 91, 93-95, 99, 473.
 Fühner, Hermann Georg, 568.

G

- Gabardino, 474.
 Gaboriau, 66.
 Gaillard, 192.
 Gallois, doctor, 494, 495, 499.
 Gallon, Sir Francis, 41-46, 57-60, 69-71, 79, 80, 84, 106, 113, 171, 175, 277.
 Garanger, Georges, 188, 189.
 Garret, inspector, 188.
 Garrigan, Edward, 288.
 Garron, 63, 84, 106, 108, 109.
 Gates, doctor, 536, 539, 540, 542, 543, 544.
 Gates, inspector, 535.
 Gaudinot, doctor, 435.
 Gautrat, Albert, 500-502, 504 ss., 515-519, 521, 522, 525-527, 530.
 Gay-Lussac, 9, 424.
 Geber, 391.
 Gelger-Müller, 515.
 Geist, Louise, 293, 297, 298, 300.
 Genest, K., 475.
 Genat, Ernst, 328, 568, 569.

- Gerber, S. R., 379.
 Gerl, Alfredo, 117.
 Gettler, Alexander O., 287, 305, 307, 340, 377.
 Gibbone, general, 451.
 Gibson, Jane, 297, 300.
 Giese, profesor Ernst, 226, 331, 332.
 Giesecke, 415.
 Gill, Augustus, 635, 640, 641.
 Gill, C. F., 93, 94.
 Gilles, 420, 422, 428, 595.
 Giocondo, 115.
 Giraud, fiscal, 501.
 Gisque, Henri, 3.
 Glaister, John, 317, 320, 324, 353.
 Gleser, 181.
 Goddard, Calvin, 581, 600, 622 ss., 639, 640-642, 644-646, 649, 654.
 Goddard, Henry, 599 ss.
 Goethe, 661.
 Goetz, Freddie, 644, 645.
 Goffy, 166.
 Goldbaum, Leo R., 582.
 Gonet, juez de instrucción, 438, 442.
 Gonzales, Thomas A., 307, 379.
 González, Audifrasio, 74.
 Göriltz, condesa, 332 ss.
 Goron, jefe de la Sûreté, 61, 62, 65, 163-170, 177-178, 188 ss., 343, 344, 347 ss., 500.
 Gorss, Hanns, 603.
 Goshiva, 21.
 Gosport, 539.
 Gösta, Gustafson, 184.
 Gouffé, 163-165, 167-170, 182, ss., 207, 226, 242, 498.
 Gouh, Elisabeth, 52.
 Gouin, Marie-Louise, 505, 527, 528.
 Gragnon, 32.
 Grant, Daisy, 89.
 Grant, Ernest, 440.
 Granham, juez, 97.
 Gravelle, Philipp O., 620, 623, 646, 648, 649.
 Gree, 363.
 Green, Nelson, 85, 606, 608, 610.
 Greifswald, 218.

- Griffith, mayor Arthur, 59-61, 63.
 Griffith, Peter, 161, 162.
 Griffon, Henri, 510-512, 514, 516, 518-520, 524, 525, 527.
 Grillon, 327.
 Gross, Hans, 67, 68.
 Gross, Martin, 199.
 Guichard, doctor, 250.
 Guillard, Achille, 5.
 Guillard, doctor, 183.
 Guillemin, 524.
 Guillermo I de Alemania, emperador, 34.
 Guillermo II de Alemania, 116.
 Guillon, doctor, 496, 504.
 Guljaew, 370.
 Gunther, Charles, 581.
 Gurd, 590.
 Gurrin, grafólogo, 91, 93.
 Guttenidge, 654, 655, 657.

H

- Haberda, Albin, 206, 389.
 Hadden, 181.
 Hahnermann, Samuel, 392, 394, 400.
 Haigh, caso, 358.
 Hall, Edward Marshall, 484, 488.
 Hall, Edward Wheeler, 288, 291.
 Hall, Frances Noel, 290, 292-294, 296, 297 ss.
 Hall, James, 294.
 Hall-Mills, caso, 622.
 Hamann, Annie, 546-549, 551-558.
 Hamann, Uschi, 546.
 Hamard, jefe de la Sûreté, 116.
 Hamilton, Albert, 580, 609-611, 613, 614, 622, 634, 636, 637, 640, 641.
 Hamilton-Patterson, J. L., 590.
 Hansen, E. Jolk, 538.
 Hansen, Carlyle, 457, 460, 462-464, 468.
 Hassacher, 648.
 Hastings, Patrick, 653.
 Hatcher, Julian, 581.
 Hauser, 327.
 Hawkins, A. E., 473.

- Hawkins, Sir Henry, 445.
 Haylan, John F., 304.
 Hayman, sargento, 482.
 Hayot, René, 500, 502, 517, 524.
 Hays, Jacob, High Constable, 133 y siguientes.
 Healy, sargento, 149.
 Hebert, 31.
 Hees, doctor, 570-572, 648.
 Hegeman, doctor Runkle, 295, 299, 300.
 Heidemann, Hannelore, 220.
 Heindl, Robert, 111, 112, 566-571, 573, 581.
 Heinrich, Edward Oscar, 578-581.
 Helpert, Milton, 307, 379.
 Henderson, Edmund, 24, 54.
 Hedon, 576, 577.
 Henke, Adolf, 175.
 Henri, primer jefe de la Sûreté, 1 ss.
 Henry, Edward, 78-87, 100, 102, 105-107, 109-111, 130.
 Henter, carcelero, 196.
 Hérissel, 327.
 Herschel, William J., 15-20, 23, 24, 43, 44, 46, 79, 80, 106, 445, 454.
 Herschko, David, 198, 199.
 Hervieux, doctor, 183.
 Heughebaert, juez de instrucción, 422-425, 427, 428, 431, 432, 438.
 Hill, Bertha, 309, 318.
 Hitler, 570.
 Hobson, doctor, 595, 596.
 Hödel, Max, 34.
 Hofmann, Eduard von, 200-206, 277, 304, 311, 312, 333, 381.
 Holcombe, doctor, 309, 314, 316-318.
 Holden, doctor Henry Smith, 367, 369, 370, 372-375.
 Holland, Camille, 261.
 Holmes, Oliver Wendell, 603.
 Holmes, Sherlock, 561.
 Homer, 148.
 Hood, 462.
 Hoover, J. Edgar, 144, 148, 150, 155, 572, 581.

- Hopf, 565.
 Horn, William, 312-314, 317.
 Horoszkiewicz, 277.
 Horvath, 197, 200-202, 205.
 Howard, Louisa, 91.
 Howe, «Big Bill», 133.
 Huang, T. Y., 474, 538.
 Hubbard, Gustave, 14.
 Hubbard, John V., 291, 295.
 Hubley, C. E., 474.
 Hübschmann, fiscal, 221.
 Hugounenq, profesor, 184, 185.
 Huller, inspector, 186.
 Hulme, Don, 362.
 Hulst, 647.
 Hume, Cynthia, 365 ss.
 Hume, Donald, 360 ss., 372.
 Humiston, señora, 611, 612.
 Hummel, «Little Abe», 133.
 Humphreys, Christmas, 369, 372-375.
 Humphreys, Gwendoline, 156.
 Humphreys, Travers, 265.
 Hunt, sargento detective, 64, 84, 85, 344.
 Husemann, 433, 465, 467.
 Hylton-Foster, Sir Harry, 595.

I

- Ibbitson, Henry, 655.
 Ipsen, 202.
 Irvin, reverendo, 294.
 Israel, Harold F., 638, 639.
 Ivanov, 327.
 Izatt, 308.
- J
- Jack el Destripador, 56 ss., 135.
 Jackson, 86, 87, 105, 108.
 Jacobson, O., 478.
 Jakobi, médico, 226.
 James, Jesse, 127.
 Jamieson, inspector jefe, 359, 363, 365, 367.
 Jarzuel, 38.
 Jaume, inspector, 170, 177, 178, 185.
- Jerome, William Travers, 460, 463, 464.
 Jerstew, B., 538.
 Jeserich, Paul, 564, 565, 602 ss.
 John, Percy, 445, 446, 449.
 Johnson, Bernard, 533, 534, 541.
 Johnson, E. W. M., 590.
 Joliot, juez de instrucción, 113.
 Joliot-Curie, Frédéric, 525, 527.
 Jones, capitán, 613.
 Jones, James, 137.
 Jones, Julius, 149.
 Jones, superintendente, 536, 540-544.
 Jorge IV, rey, 49.
 Joseph, Augustus, 257.
 Joss, 348.
 Jourdan, John, superintendente, 139.
 Junger, Adolf, 195.
 Jury, Frank, 642, 643.
- K
- Kaiser, H., 559.
 Kane, inspector, 97.
 Katzmann, Frederick, 627, 632, 636.
 Kawahara, 537.
 Kelling, Jean, 514, 521, 522, 527-529.
 Keller, 433.
 Kelly, Mary, 56.
 Kelso, James J., 139.
 Kendall, capitán, 262.
 Kenealy, Edward, 19.
 Kennedy, 657.
 Kent, Constance, 53.
 Kent, Samuel, 52, 53.
 Kernbach, 335.
 Kiliani, Heinrich, 443.
 King, 612.
 King, Lily, 96.
 Kirchhoff, Gustav, 210, 473.
 Kirk, Paul Leland, 583.
 Kiss, médico, 197, 200, 202, 205.
 Klein, Ignaz, 199, 370, 371.
 Klutas, Jack, 149, 150, 152.
 Kluth, Juliette, 89.

- Koch, Robert, 213.
 Kockel, Richard, 225, 226, 327, 328 ss., 329 ss., 356, 604.
 Koenigstein, Claudius François, 36, 37, 39, 40.
 Koettig, jefe de policía, 65-67, 111.
 Kofler, Ludwig, 473.
 Kohnmayer, 193.
 Kohn-Arest, profesor, 510, 511, 514, 518, 523.
 Kolisko, 206, 304.
 Konai, Rajyadar, 16.
 Koppanyi, 532.
 Kornis, juez, 205.
 Kraft, doctor, 647, 658.
 Krasnow, Sergei, 64.
 Kratter, 202.
 Kratter, Julius, 222, 326.
 Krauland, 327.
 Krieger, Von, 335-337.
 Kromholz, 176.
 Kropotkin, príncipe, 35.
 Kuboiwa, 254.
 Kückenthal, 551.
 Kühn, Richard, 475.
 Ku-Klux-Klan, 293, 294.
 Kürten, caso, 569.
 Kürten, Peter, 568.
- L
- Labelle, doctor, 232, 239, 241, 242.
 Lacassagne, Alexandre, 115, 164, 170, 174, 177-185, 190, 203, 226, 353, 597, 601, 602.
 Lachaud, 413, 442, 443.
 Lacroix, G., 474.
 Laennec, profesor, 416-418.
 Lafarge, caso, 389, 402, 404, 410, 501.
 Lafarge, Charles Joseph Poush, 382 ss., 399, 401, 403, 408.
 Lafarge, Marie, 382 ss., 401 ss., 413, 414, 477.
 Laforge, 168-170.
 Lafosse, doctor, 173, 389, 400.
 Lalleron, Pauline, 499, 500.
 Lalleron, Virginie, 499, 500.
 Lamson, caso, 448, 454.
- Lamson, doctor George Henry, 445 ss.
 Lande, profesor, 248, 249.
 Landé, Kurt E., 306.
 Landry, 164, 167, 170, 184.
 Langemeier, Else, 220.
 Langreuter, médico forense, 233.
 Laue, M. von, 473.
 Lauterbach, 186.
 Laveleye, doctor, 65.
 Lavoisier, 393.
 Leautaud, condesa de, 402.
 Leautaud, vizconde de, 383, 401.
 Leavenworth, 136.
 Lebreton, 514, 516, 520.
 Lecomte, Louise, 497, 498, 505, 527.
 Ledden Hulsebosch, C. J. van, 563, 647.
 Leeuwenhoek, 175.
 Léger, Léon, 35.
 Lehmann, Christa, 548-550, 553 y siguientes.
 Lehmann, Karl Franz, 548, 554, 557, 558.
 Lehmann, Valentin, 554-556, 558.
 Lemoigne, Maurice, 525-527, 529.
 Le Neve, Ethel, 255, 257, 262, 263.
 Lepeintre, 512-514, 521, 522, 527-529.
 Lépine, Louis, 61, 62, 116, 118, 251.
 Leppänen, 538.
 Léro, 39.
 Lescouvé, fiscal general, 116.
 Lespinasse, doctor, 387-389, 400, 401, 406.
 Lesser, Adolf, 225.
 Levi, L., 473, 474.
 Levy, 374.
 Lewis, Minnie, 89.
 Lewis, Thomas, 581.
 Leydet, juez de instrucción, 233, 234, 238, 239, 240.
 Lhermier, 417.
 Liebig, Justus, 41, 332, 333, 424.
 Liebermann, Charlie, 305.
 Liebespulver, 390.
 Liman, doctor, 224, 225.

- Lincoln, presidente, 126.
 Little, doctor, 447, 448.
 Littlejohn, Harvey, 257, 313-320,
 232-325, 648, 649.
 Lloyd, Georges Joseph, 271 ss.
 Lloyd, Margaret Elizabeth, 270,
 271, 277, 280.
 Locard, doctor Edmond, 115, 495,
 562, 563, 647, 648.
 Loccident, 496.
 Lockhart, Eileen, 157.
 Lodge, Alice, 590.
 Loeb, 578.
 Loeb, Irene, 611.
 Loeffler, Friedrich, 213, 216, 217.
 Loeser, doctor Wilhelm, 151.
 Lombroso, Cesare, 7.
 Long, William H., 289-291.
 Looms, inspector, 157.
 Loppers, profesor, 428, 429.
 Loubet, Émile, 39.
 Louis, 173.
 Lowell, Abbot Lawrence, 639, 641,
 642.
 Lozano, Narciso, 75.
 Lozet, Henry, 36.
 Luff, A. P., 260, 261, 265.
 Luis Felipe de Orleans, 4.
 Lustig, Samuel, 195.
 Lynch, 575.
- M
- MacDougall, superintendente, 357
 y siguientes.
 Macé, Gustave, 3, 4, 12, 13, 26, 29,
 33, 55, 62, 65, 76.
 MacFarlane, 372.
 Macnamotski, Kunigunde, 256.
 Mackie, Thomas Jones, 354, 355.
 Mackintosh, 254.
 Macnaghten, Melville, 59, 61-63,
 83-85, 98, 101, 102, 104, 105, 257.
 MacNeal, Ward J., 301.
 Macomber, Michael, 456, 459, 461.
 Mage, teniente coronel, 647.
 Magendie, 416-418.
 Magnamini, Roberto, 211, 212.
- Magrath, Georges Burgess, 302,
 395, 625.
 Mahon, 173.
 Mairet, profesor, 248, 249.
 Mandelbaum, «Ma», 133.
 Mansur, Shaik, 650, 651.
 Marbaise, De, 432.
 Marciso, A. D., 473.
 Marden, 274.
 Marion, C., 474.
 Marouze, médico, 422.
 Marquardt, 450.
 Marquis, 433.
 Marsh, James, 395-398, 400, 404-
 406, 409, 410, 412, 419, 479, 482,
 483, 503, 507, 511, 648.
 Marten, M. Edward, 307.
 Martinelli, 255.
 Marvin, B., 474.
 Maschka, 201.
 Massénat, 386, 388, 389, 400, 404-
 409.
 Massip, Auguste, 494, 526.
 Mathews, Sir Charles, 275, 276.
 Mathey, Ignaz, 198.
 Matwelew, 647.
 Mayer, 433.
 Mayne, Richard, 46, 53.
 McCadoo, jefe de policía, 136.
 McCloughly, 130, 131.
 McClucky, capitán, 136.
 McCready, Benjamin, 457.
 McGurn, Jack, 644, 645.
 McIntire, 460.
 McParland, 127.
 Means, Gaston B., 144.
 Mecke, 433.
 Médaille, doctor, 509.
 Medinger, Pierre, 646.
 Mehning, Joseph Freiherr von,
 531.
 Meiklejohn, 55.
 Mein, 415.
 Meissonnier, Otilie, 88-90, 94.
 Meixner, 202.
 Mende, profesor, 171.
 Merck, 433.
 Merrett, Bertha, 307 ss.
 Merrett, caso, 324, 653.

- Merret, Donald, 307, 314-318, 320,
 325.
 Merrett, John Alfred, 310.
 Metzger, Johann Daniel, 173, 391-
 393.
 Mezger, Otto, 647, 648, 648.
 Michaels, 173.
 Michel, profesor, 251, 252, 417.
 Middlemiss, 308.
 Mikalovics, profesor, 200.
 Milhaud, Albert, 38.
 Milholland, Inez, 611.
 Miller, doctor Harold, 256, 534-
 536, 542.
 Miller, Evelyn, 89.
 Miller, Spencer, 611.
 Mills, Charlotte, 292.
 Mills, Eleanor, 288 ss.
 Mills, James, 292, 293.
 Minovic, 235.
 Miquel, madame, 231, 233.
 Mistraka, 211.
 Mitchell, John Furroy, 263, 303,
 304, 344.
 Molchanov, 327.
 Molitor, Hans, 339 ss.
 Molly-Macquire, 127.
 Morentheuil, Comisario de poli-
 cía, 229.
 Monro, James, 55.
 Mons, Van, 423.
 Moock, doctor, 227, 233, 238.
 Moore, 298, 627-630 ss., 643.
 Moraes, E. de, 475.
 Moran, «Bugs», 643-645.
 Moran, Joseph P., 150, 151.
 Moran, juez de paz, 388, 399, 400,
 401.
 Morgagni, 175, 277.
 Morgan, 307.
 Morin, Jean, 496, 506.
 Moritz, Allan R., 379.
 Morris, Harold, 106.
 Morris, sheriff, 395.
 Morrison, Raggi, 348.
 Moser, sargento, 477.
 Mott, Wilbur A., 296, 297.
 Moughon, 630.
 Moughon, caso, 603.
- N
- Nabarro, David, 321, 322.
 Napoleón, 4.
 Napoleón III, 4.
 Nash, Frank, 148, 255.
 Nathan, Benjamin, 138.
 Nathan, Washington, 139.
 Naudin, 618.
 Navet, madame, 231, 233.
 Naylor, sargento-detective, 584 ss.
 Nebe, Arthur, 569, 570.
 Neil, Arthur Fowler, 270-273, 275,
 280-283, 285.
 Nélaton, 437.
 Nelson, 148.
 Newbarr, 379.
 Newton, Arthur, 265, 266, 607, 608,
 612.
 Nicholls, Ann, 55.
 Nickolls, L. C., 536-539, 541-543,
 545.
 Nicoll, 458, 462.
 Nobiling, Karl, 34.
 Nocquet, inspector, 494-496, 526.
 Normand, inspector, 494, 496, 526.
 Norris, Charles, 304, 379, 552, 559.
 Notar, Amelia, 27, 28.
 Núñez, Guillermo, 69, 71.
 Nutt, Fanny, 89, 90, 94.
 Nyssen, Pierre, 180.
- O
- O'Connell, John, 581.
 O'Donnell, 612.
 Okamoto, 222.
 Olivier, Henry, 397, 433, 512-514,
 521, 522, 526-529.

Onody, 194, 199, 205.
 Orfila, Matthieu Joseph Bonaventura, 176, 177, 179, 211, 389, 393, 399, 404-408, 411-413, 415, 419, 424, 477-479, 490, 512, 560.
 Orsos, 253, 335.
 Orther, Alois, 336, 337, ss.
 Orttel, 532.
 Osborne, James W., 462.
 O'Sullivan, William J., 462-466, 468, 469.
 Otto, Friedrich Julius, 433.
 Otto, Robert, 478.
 Ottolenghi, profesor, 112.

P

Paillet, maitre, 401, 404-407, 410, 411, 413, 414.
 Palma, E. T. M., 475.
 Paltauf, 277.
 Papazoglou, doctor, 243, 244.
 Papper, 164.
 Paré, Ambroise, 172.
 Parisot, profesor, 250-257.
 Parker, Charles W., 294, 295.
 Parkhurst, 135.
 Parmenter, 624, 625.
 Parri, 532.
 Pasquier, 2.
 Pasteur, Louis, 9, 213.
 Pauw, madame de, 434, 435 ss.
 Pay, comisario, 194, 199.
 Payne, Phil, 298.
 Pedro de Yugoslavia, rey, 562.
 Peel, Robert, 50, 51.
 Pellagri, 433, 434, 452, 463, 466, 468.
 Pelletan, 417.
 Pelletier, 415.
 Penn, Eliza, 309, 310, 318.
 Pepper, Augustus Joseph, 260-262, 264, 269, 276.
 Perrugia, Vincenzo, 117, 118.
 Perry, Henry, 655.
 Petit, 417.
 Pfeiffer, comisario, 336.

Q

Quételet, Adophe, 6, 9-11, 175.
 Quinn, Nellie, 138.

R

Rachid, Mahmoud, 651.
 Randall, S. S., 42, 44, 588, 590, 592.
 Raspaill, François, 397, 398, 413, 414.
 Ravachol, 36 ss.
 Rechter, G. de, 646.
 Recsky, comisario de la Seguridad, 193-195.
 Redstone, inspector, 91-93.
 Reece, Rose, 96, 98.
 Reibel, Joseph, 113.
 Reid, Jeannie, 347, 349.
 Reimann, 415.
 Reimers, 473.
 Reinsch, Hugo, 477.
 Reiss, Rudolph Archibald, 560-563.
 Renondecq, comisario, 167.
 Reno, Fred, 127.
 Reno, John, 127.
 Reuter, Fritz, 381.
 Revenstorff, 277, 278.
 Revol, 168.
 Reynolds, John, 637.
 Richards, Robert, 343 ss.
 Richardson, 578, 690.
 Ricket, William, 287.
 Riehl, Arthur S., 298.
 Ritter, madame, 129, 437.
 Rivas, 74.
 Rivet, Blanche, 499.
 Rivet, Toussaint, 499, 505.
 Rober, Henri, 192, 241, 246, 249, 250, 252.
 Robertson, Pieter, 299.
 Robinson, John Philo, 262.
 Rocher Taillier, baronin de, 37, 40.
 Rochester, 620.
 Rockefeller, John D., 625.
 Roentgen, 473.
 Roentgen, rayos, 181.
 Roger, Pierre, 494, 496, 498, 499, 500, 502, 507.
 Rojas, Francisca, 71-74.
 Rokitsky, 176.
 Rollet, Etienne, 178, 181, 182.
 Rollin, juez, 250, 251.
 Roosevelt, doctor, 460.
 Roosevelt, Teodoro, 143 ss.
 Rord, Richard, 379.
 Roscher, 67.
 Rose, Valentin, 392-394, 400.
 Rosenblum, C., 474.
 Rousin, 438.
 Rowan, 46.
 Ruh, Eva, 546-549, 553, 555-557.
 Ruh, Walter, 546.
 Runge, 415.
 Russell, C. S., 588, 595.
 Russel, Sir Charles, 58.
 Ruthvan, 49.
 Ryan, 257.
 Sacco, Nicola, 60, 623, 624, 626-629, 632-635, 639-643.
 Saillant, doctor, 227, 229, 233, 237, 239-241, 247.
 Saint-Cyr, doctor, 178.
 Salisbury, Lord, 88, 89.
 Salvadori, 33, 365.
 Sand, Knut, 381.
 Sangret, 358.
 Savel, Pierre, 525-527.
 Saville Kent, Samuel, 52.
 Sayer, 49.
 Scharf, Joseph, 193-196.
 Scharf, Moritz, 205.
 Scharf, Samuel, 194.
 Schumann, 472.
 Scheele, Carl Wilhelm, 392, 396.
 Scheffer, Henri Leon, 114-116, 118.
 Scherer, P., 474.
 Scheuthauer, profesor, 200.
 Schiff, Eduard, 478.
 Schirmacher, 221.
 Schleyer, 370, 371.
 Schmidt, Georg, 538, 552.
 Schneider, Raymond, 287, 288.
 Schoentag, 327.
 Schönbein, 299.
 Schrader, Gerhard, 551.

- Schreiber, Herbert, 597.
 Schreyer, 173.
 Schultze, Louis, 455, 456, 458, 462.
 Schultze, Otto O., 299.
 Schumacher, H., 475.
 Schwarz, Henry, 185, 196, 580.
 Schwarzscher, W., 334.
 Schwerd, W., 552.
 Scotland Yard, 133, 134, 136, 137, 168, 159, 260, 262, 265, 270, 277, 326, 357, 359, 367, 447, 477, 482, 536, 575, 577, 594, 654, 660.
 Scott, Pauline, 95, 96.
 Scrutton, juez, 286.
 Seat, Arthur, 314.
 Seddon, caso, 503.
 Seddon, Frederick Henry, 477, 480 y siguientes.
 Seeligman, 240-242.
 Segalas, 417, 418.
 Sellers, juez, 375.
 Selmi, Francesco, 451 ss., 463.
 Serturner, 415.
 Seis, doctor, 496, 504-507, 510.
 Seti, Sulman, 359 ss.
 Setty, caso, 375.
 Setty, Stanley, 359 ss., 370, 372, 373.
 Sevestre, doctor, 209, 237, 239-241, 247.
 Shahan, mayor general, 81, 83.
 Shaw, G. B., 658.
 Shennan, Theodore, 344-347, 350.
 Shepard, 474.
 Sheshire, superintendente, 594.
 Shore, superintendente, 59.
 Shu-Sing-Chen, 473.
 Sillitoe, Percy, 576.
 Simmer, H., 475.
 Simpson, Alexander, 298-300.
 Simpson, Keith, 358.
 Sims, F. J., 92.
 Sims, Victor, 375.
 Sinclair, Alice, 90.
 Sinclair, Evelyn, 89.
 Singer, Caroline, 96.
 Skehorn, Norman, 545.
 Skopun, 327.
 Slace, juez de paz, 395 ss.
- Smethurst, doctor, 258, 477.
 Smilovics, Jankei, 198, 199.
 Smith, Alice, 281.
 Smith, Arthur L., 295, 309.
 Smith, doctor, 296, 299.
 Smith, Georges Joseph, 274-276, 283, 285.
 Smith, John Gordon, 51, 90-92, 93, 94, 95, 97-99, 157, 161, 257.
 Smith, juez, 459.
 Smith, Sydney, 315 ss., 325, 351-356, 380, 492, 576, 648-654.
 Sociedad Antropológica de París, 5.
 Södermann, Harry, 647, 658.
 Soldais, 192.
 Solymossi, Esther, 193-198, 200, 201, 204, 205.
 Sonnenschein, Franz Leopold, 433, 477, 478.
 Sonzogno, 451.
 Soquet, doctor, 247-249.
 Soudeais, brigadier, 167, 168, 184.
 Spearman, Edmund, 31, 57, 58, 63, 64.
 Speichert, 478.
 Spilsbury, Sir Bernard, 261, 263-269, 276, 277, 279-283, 285, 317, 320-324, 329, 350, 358, 470, 482, Spurrel, E., 91-93.
 Stranell, 337.
 St. Valentine's Day Massacre, 643.
 Stack Bajá, Sir Lee, 649, 651.
 Stadden, 366, 369, 377.
 Stadtmüller, profesor, 332.
 Stanton, Ethel, 103, 105, 107.
 Stas, Jean Servais, 423 ss., 439, 448, 465, 471, 472, 474, 475, 560.
 Stas-Otto, procedimiento, 537.
 Steck, 517.
 Stedman, inspector detective, 64, 84.
 Steel, Armand, 522.
 Steinbach, 547, 548, 553, 555, 557.
 Stevens, Francis Noel, 290.
 Stevens, Henry, 294, 298.
 Stevens, Willie, 294, 297 ss.
 Stevenson, doctor Thomas, 445, 448, 449 ss., 470, 575.

- Stielow, caso, 622.
 Stielow, Charles F., 606 ss., 634, 639, 642.
 Stockis, doctor, 64, 65, 112.
 Stojman, Abraham, 582.
 Stone, Harland Fiske, 155.
 Stock, Harry, 590.
 Strassmann, Fritz, 225, 226, 312.
 Stratton, Alfred, 193.
 Strauch, Kurt, 328, 329.
 Stricker, Joseph E., 289, 294-296.
 Stride, Elizabeth, 56, 366, 369, 373, 377.
 String-Ham, J. S., 303.
 Stubbe, Hermann, 218.
 Stubbe, padre de Peter y Hermann, 219.
 Stubbe, Peter, 218.
 Sürclé, I ss., 134, 337, 401, 494, 563.
 Suskin, 647.
 Sutherland, Annie, 455, 456.
 Sutherland, Henrietta, 307.
 Sutphen, Samuel T., 290, 291.
 Sutton, Richard, 342.
 Sworn, doctor, 481.
 Sylvius, 277.
 Szelfert, fiscal, 199, 201, 205.
- T
- Tabor, 128.
 Tammihen, 538.
 Tanner, Dick, 53, 54.
 Tardieu, Ambroise, 234, 236, 238-240, 312, 435 ss., 449, 591.
 Taub, Emanuel, 195.
 Taylor, Alfred Swaine, 257, 258, 448, 477.
 Taylor, inspector, 342 ss.
 Taylor, Sophia, 395.
 Teare, Donald R., 358, 374.
 Teichmann-Stawarsky, Ludwig, 208, 209, 221.
 Teichmeyer, 173.
 Tenger, F. Lüdy, 473.
 Terry, Frank, 141.
 Tesnow, Ludwig, 219-223.
- Tetner, Emma, 329 ss.
 Tetner, Erich, 329, 332, 334, 336-339.
 Thayer, Webster, 627, 636, 637, 647.
 Thibaut, Justine, 429.
 Tichborne, James, 18.
 Tichborne, Roger, 19.
 Thierry, doctor, 250.
 Thoilot, Léon Henry, 234, 236-243, 246-252, 253, 254, 266.
 Thomas, William, 97, 98.
 Thomas, 473.
 Thompson, Gilbert, 128.
 Thompson, profesor R. H., 588.
 Thorne, Norman, 321, 322.
 Thompson, William Gooderich, 639-641.
 Tiffin, Sidney, 357 ss.
 Tilly, profesor, 450.
 Tobin, Alfred A., 265, 267, 268, 471.
 Topp, William, 343, 344.
 Tormai, 423.
 Totten, Georges, 289, 290.
 Tottendell, superintendente, 357 ss.
 Toulouse, doctor, 252.
 Townsend, Annie, 89, 94.
 Townsend, Peter, 49.
 Trail, 257.
 Trajter, 197, 200-202, 205.
 Travell, J., 473.
 Trenchard, 576, 577.
 Treska, 643.
 Trotter, 181.
 Troup, Charles Edward, 59, 61.
 Truffert, León, 514, 521-523, 526-529.
 Truhaut, René Charles, 512, 525-529.
 Tswett, 474, 475.
 Turfitt, 538.
 Turkel, Henry W., 379.
 Turnbull, Hubert Maitland, 266, 268, 269.
 Turner, Martha, 55.
 Turner, Wilbur, 641.
 Twain, Mark, 128, 129.

U

Uhlenhuth, Paul, 207, 212 ss., 226, 367.
 Umberger, Charles J., 307.
 Ungar, profesor, 223, 224.
 Uppdegraff, Howard L., 152, 153.

V

Valow, P., 537.
 Vanaerd, 189.
 Vanbenkeler, 429.
 Vance, 307, 379.
 Vanderberghe, 429.
 Vanillin, reacción de, 537.
 Vanzetti, Bartolomeo, 623, 624-628, 631-635, 639, 642, 643.
 Vaughan, Victor C., 463, 464, 466, 467-469.
 Vauquelin, 417.
 Vavard, 501.
 Velázquez, 71-73.
 Velpéau, 437.
 Vesalius, Andreas, 172.
 Vespres, madame, 186.
 Vezerek, 538.
 Vidal, juez de instrucción, 163-168, 388.
 Vickery, 49.
 Vidocq, Eugène François, 1 ss., 47, 49, 50.
 Vincent, Howard, 55.
 Vincett, Lilli, 94.
 Vinci, Leonardo da, 115.
 Vitali, 433.
 Vogel, G., 199, 552.
 Voirbo, 13.
 Voirbo, caso, 13.
 Vollmer, August, 578 ss.
 Von Hüllessem, 64.
 Von Richthofen, 67.
 Vonderahe, 480-482.
 Vucetich, Juan, 69 ss., 118-121, 136, 155.

W

Wade, Kate, 103, 107.
 Wachholz, 277.

White, periodista, 455.
 Whitman, gobernador, 612, 614.
 Whitmore, W. F., 473.
 Wild, Jonathan, 48, 49.
 Willcox, William, 260-262, 265, 267, 470, 471, 482-489, 492, 503, 575.
 Williams, Bessie, 281 ss.
 Williams, fiscal ayudante, 627, 629-631, 636.
 Williams, Henry, 280-283.
 Williams, John, 372, 373.
 Williams, Montagu, 444, 449, 450, 452-454.
 Williamson, superintendente, 54, 55, 59, 447.
 Willoughby, Lord, 89.
 Wilton, Lord, 89.
 Winkler, Gus, 152, 153.
 Winscott, Dick, 127.
 Wirchow, Rudolf, 176, 225.
 Withering, médico, 449.

Witthaus, Rudolf, 458, 462-466, 468, 469, 577.
 Wolcott, Margaret, 606, 608.
 Wolff, 340.
 Wölkens, G., 552.
 Wollner, 195, 196.
 Wood, doctor, 460.
 Wormley, 471.
 Wright, P. H., 586, 587, 590.

Y

Ydin, 370.

Z

Zacchia, Paolo, 172, 173.
 Zander, J., 475.
 Ziemke, Ernst, 226.
 Zoude, 422.
 Zwikker, 532.

